

**UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID**

**FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA**  
**Departamento de Historia Moderna**



**NOBLEZA, GUERRA Y SERVICIO A LA CORONA:  
LOS CABALLEROS DE HÁBITO EN EL SIGLO  
XVII.**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR**  
**PRESENTADA POR**

**Agustín Jiménez Moreno**

Bajo la dirección del doctor

Adolfo Carrasco Martínez

**Madrid, 2011**

**ISBN: 978-84-694-2083-6**

© Agustín Jiménez Moreno, 2010



**TESIS DOCTORAL.**

**NOBLEZA, GUERRA Y SERVICIO A LA  
CORONA. LOS CABALLEROS DE HÁBITO  
EN EL SIGLO XVII.**

**AGUSTÍN JIMÉNEZ MORENO.**

**DIRIGIDA POR EL DR. ADOLFO CARRASCO  
MARTÍNEZ. (UNIVERSIDAD DE VALLADOLID).  
DEPARTAMENTO DE HISTORIA MODERNA.  
FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA.  
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID.  
MADRID, 2010.**

# **NOBLEZA, GUERRA Y SERVICIO A LA CORONA. LOS CABALLEROS DE HÁBITO EN EL SIGLO XVII.**

<b>INTRODUCCIÓN .....</b>	<b>1</b>
<b>1. CONSIDERACIONES HISTORIOGRÁFICAS .....</b>	<b>11</b>
<b>2. ARBITRISMO MILITAR (1492-1680).....</b>	<b>26</b>
<b>2.1. PLANTEAMIENTOS INICIALES.....</b>	<b>27</b>
<b>2.2. INTENTOS DE ESTABLECER CONTINGENTES MILITARES FIJOS.....</b>	<b>33</b>
<b>2.3. LAS LIMITACIONES DEL SISTEMA DE MILICIAS Y BÚSQUEDA DE ALTERNATIVAS .....</b>	<b>44</b>
<b>2.3.1. EL RECLUTAMIENTO POR CONTRATO Y EL USO DE MERCENARIOS .</b>	<b>65</b>
<b>3. NOBLEZA Y SERVICIOS MILITARES. UN DEBATE EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XVII .....</b>	<b>77</b>
<b>4. EL PROBLEMA DE LA RETRIBUCIÓN DE LA CARRERA MILITAR: DINERO, HONORES Y ASCENSOS .....</b>	<b>141</b>
<b>5. LA REVITALIZACIÓN DE LAS FUERZAS MONTADAS (1600-1640) .....</b>	<b>185</b>
<b>5.1. GUARDAS DE CASTILLA .....</b>	<b>187</b>
<b>5.2. CABALLEROS CUANTIOSOS .....</b>	<b>212</b>
<b>5.3. LAS “64 COMPAÑÍAS DE CABALLOS” .....</b>	<b>222</b>

5.4. OTRAS ACTUACIONES PARA REFORZAR LA CABALLERÍA .....	277
<b>6. LAS ÓRDENES MILITARES Y LA PROFESIÓN DE MARTE.....</b>	<b>293</b>
6.1. ANTECEDENTES .....	293
6.2. LAS ÓRDENES MILITARES EN LA DEFENSA DE LA MONARQUÍA (1492-1640) .....	306
6.3. LA UTILIZACIÓN DE LOS HÁBITOS DE LAS ÓRDENES MILITARES COMO FORMA DE RETRIBUCIÓN .....	356
6.3.1. INICIATIVAS PARA FAVORECER EL INGRESO DE PROFESIONALES DE LAS ARMAS .....	357
6.3.2. CONCESIONES DE HÁBITOS POR EL RECLUTAMIENTO DE SOLDADOS .....	422
6.3.3. LA GRATIFICACIÓN DE SERVICIOS “SOBRE EL TERRENO” .....	475
<b>7. LA CONVOCATORIA DE LOS CABALLEROS DE HÁBITO.....</b>	<b>487</b>
7.1. ORÍGENES (1635-1639) .....	487
7.2. LA FORMACIÓN DEL BATALLÓN DE LAS ÓRDENES (1640-1641) .....	532
7.3. EL SEGUNDO LLAMAMIENTO (1642).....	586
7.4. REORIENTACIÓN DESPUÉS DE 1643 .....	628
7.5. DEL SERVICIO PERSONAL AL SUMINISTRO DE CABALLOS (1647-1655) .....	700
7.6. FIN DE UN PROYECTO: PAGO EN METÁLICO (1656-1699) .....	722
<b>8. EL BATALLÓN DE LAS ÓRDENES Y LA PROMOCIÓN SOCIAL .....</b>	<b>772</b>
8.1. PETICIONARIOS Y PETICIONES (1640-1641) .....	773
8.2. 1642: LA GENEROSIDAD DE LA CORONA .....	794

<b>8.3. RESTRICCIONES A PARTIR DE 1643.....</b>	<b>844</b>
<b>CONCLUSIONES.....</b>	<b>866</b>
<b>FUENTES .....</b>	<b>875</b>
<b>BIBLIOGRAFÍA.....</b>	<b>893</b>

## INTRODUCCIÓN.

La tesis que ahora presentamos supone la culminación de una trayectoria iniciada hace más una década. Allá por el año 1999 me decidí a visitar al Dr. Carrasco Martínez (quien por aquel entonces impartía la asignatura “Guerra y diplomacia en la Edad Moderna”, en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense de Madrid) y proponerle un tema de iniciación en la investigación histórica. Si bien se trataba de una aproximación de carácter bibliográfico y de estado de la cuestión, sin esa experiencia tal vez nunca me habría animado a realizar el doctorado, y mucho menos a acometer la ingente labor que supone una tesis doctoral. Gracias a ese estudio, que versaba sobre las consecuencias que el conflicto entre Habsburgo y Borbones (1635-1659) tuvo en la sociedad española, adquirí experiencia para manejarme entre la bibliografía y perder el miedo a la consulta de fuentes directas (uno de los grandes temores de los investigadores noveles). Todo ello se vio reflejado durante la redacción del Trabajo de Investigación de Doctorado (la antigua tesina) donde, a través del estudio de la convocatoria de los caballeros de hábito del año 1640, perfilamos el tema del presente trabajo.

Este bagaje investigador nos dio un sólido punto de partida desde el cual iniciar nuestra tarea, profundizando en los proyectos de movilización del estamento privilegiado en general, y de los caballeros de las Órdenes Militares en particular. En suma, evidenciar si las propuestas esbozadas desde finales del siglo XVI, tendentes a implicar a estas instituciones y a sus integrantes en la defensa de la Monarquía de España, cuyo punto culminante tuvo lugar durante el ministerio del Conde Duque de Olivares, se tradujeron en resultados prácticos y, al mismo tiempo, si tuvieron continuidad.

En este sentido, las primeras décadas del Seiscientos constituyeron un punto de inflexión para el segundo estamento y las Órdenes Militares, pues durante ellas tuvo lugar un intenso debate intelectual sobre su función en el seno de la sociedad. Respecto a las milicias cristianas, la cuestión de fondo era definir su propia esencia; es decir: si su cometido era combatir a los enemigos del rey de España, o la de atestiguar la limpieza de sangre de sus miembros.

Nuestra investigación parte de una premisa que, en general, ha sido asumida por la mayor parte de los historiadores. Aunque en los últimos años ha empezado a ser puesta en entredicho: el abandono de la carrera de las armas por parte de la nobleza y las Órdenes Militares a partir de la segunda mitad del siglo XVI. Según esta interpretación, la ruptura empezó a producirse en los años finales del reinado de Felipe II, y se agudizó durante el siglo XVII. Según nuestro criterio, una de las razones que explicaría tal disociación sería la existencia de un deficiente sistema de remuneración de los servicios prestados. El Conde Duque de Olivares fue consciente de esta deficiencia, cuyas perniciosas consecuencias se reflejaban en el dispositivo militar de la monarquía española, y se mostró partidario de llevar un cambio radical en los mecanismos que la Corona empleaba para recompensar los servicios prestados. Del mismo modo, articuló un ambicioso proyecto cuyo objetivo era impedir que el estamento privilegiado se convirtiera en un grupo ocioso, alejado del servicio al monarca, el cual estaba influenciado por dos corrientes intelectuales: el neoestocismo y el arbitrismo. Asimismo, se configuró un programa ideológico que tenía por objetivo persuadir al segundo estado de que su privilegiada posición se debía a su servicio a la monarquía, y sobre todo al prestado con las armas.

En la misma encrucijada se encontraban las Órdenes Militares. Al igual que lo acontecido con el segundo estado, estas corporaciones fueron objeto de duras críticas por parte de la intelectualidad del momento, las cuales venían motivadas por el abandono de sus tradicionales funciones y el relajamiento de sus primitivas costumbres. Olivares tenía grandes planes para ellas, todos basados en el incuestionable atractivo que ejercía en la sociedad del momento la pertenencia a las milicias cristianas. Más en concreto, las concebía como una fuente (según él casi inagotable) para remunerar los servicios prestados (sobre todo los militares) sin cargo para la Real Hacienda. Sin embargo, pronto entraría en conflicto con el Consejo de Órdenes por esta cuestión, pues los designios olivaristas con respecto a ellas estaban destinados a chocar con aquel organismo, pues al permitir el acceso a individuos que no poseían la calidad, se produciría una devaluación de la estimación social de los hábitos.

Respecto a la revitalización del vínculo entre las Órdenes Militares y la profesión castrense, desde finales del siglo XVI vio la luz un importante número de memoriales. En ellos se dieron a conocer una serie proyectos (unos más realistas que otros) para que retomaran su primigenia función: la lucha contra los enemigos de la Cristiandad y del rey de España. Algunos de estos escritos debieron de llegar a manos

del Conde Duque, pues sus proyectos reformistas están imbuidos de las aportaciones de estos autores, quienes buscaban utilizar hábitos y encomiendas para recompensar a los servidores públicos, sobre todo a quienes habían hecho méritos en la guerra, o cargar sobre estas últimas determinados gastos (como pensiones de soldados); o el mantenimiento de galeras, tanto en el Mediterráneo como en el Atlántico.

Así, el objeto de la tesis es analizar los proyectos de movilización nobiliaria en general, y de los caballeros de hábito en particular, durante el siglo XVII. Estos arbitrios no solo se refieren al requerimiento de sus servicios personales, sino que contemplaban otras modalidades de asistencia al monarca como el levantamiento de contingentes armados a su costa, donativos forzosos, suspensión del pago de los intereses generados por los juros, etc. De la misma manera, buscamos dar a conocer en un plano real (aunque sin dejar de lado el intenso debate intelectual existente en esos años) el comportamiento de un colectivo con obligaciones militares ineludibles, al menos en teoría.

Pese a que los estudios sobre las Órdenes Militares en la Edad Moderna han experimentado un significativo empuje desde mediados del siglo XX, aspectos como su dimensión castrense o los diseños de movilización de sus caballeros aún arrojan más sombras que luces. Aunque se trataba de organizaciones religiosas con una incuestionable vocación armada, estas materias (salvo contadas excepciones) no han sido abordadas en profundidad por la historiografía, que ha optado por dirigir su atención hacia otras cuestiones como su significación en la sociedad de los Austrias, los procedimientos que se siguieron a la hora de aceptar o rechazar a los aspirantes a ingresar en ellas, su relación con el resto del estamento nobiliario, o la condición social de sus elementos.

Esta es una de las carencias que buscamos paliar, así como llenar parte del vacío historiográfico que existe en torno a tales cuestiones, las cuales, según nuestro criterio, se antojan indispensables para entender la sociedad española durante el gobierno de la dinastía austriaca, y en concreto del siglo XVII. La única excepción ha sido una terna de artículos, publicados por Domínguez Ortiz, Postigo Castellanos y más recientemente Fernández Izquierdo. En el primero de ellos se dan unas pautas generales sobre lo que supuso la movilización nobiliaria (y por extensión de los caballeros de hábito), en el año 1640; en el otro, se realiza un sucinto análisis del fracaso que supuso la convocatoria de los caballeros de hábito para hacer frente al desafío francés en la península ese mismo año. El último aborda la participación de miembros de las Órdenes Militares en las



empresas bélicas de la monarquía española a lo largo de toda la Edad Moderna, aproximándose con algún detalle la formación de la unidad conocida como Batallón de las Órdenes y su periplo en el frente catalán.

Por otra parte, sin un análisis exhaustivo de lo que significaban los hábitos de las Órdenes Militares en una sociedad en la que su posesión era un símbolo de honor, no podremos valorar en su justa medida los distintos proyectos que se presentaron desde finales del siglo XVI para vincular a sus miembros al esfuerzo bélico de la monarquía española, ni sus designios para utilizar los hábitos como medio para sufragar parte del presupuesto militar.

En función de estos planteamientos, los objetivos que pretende alcanzar esta tesis son los siguientes:

- Poner de manifiesto las deficiencias del poder real para satisfacer sus necesidades defensivas a través de los “canales oficiales” y, al mismo tiempo, determinar en qué medida esta incapacidad motivó que la Corona volviera sus miras hacia la nobleza y las Órdenes Militares para tratar de paliarlas.

- Comprobar si, tal y como sostiene la historiografía tradicional, el segundo estado y las Órdenes Militares rompieron los vínculos que les unían con la profesión de Marte. O por el contrario, si más que un abandono de sus ancestrales ocupaciones, lo que se produjo fue una adaptación a los nuevos tiempos, motivada por una realidad político-social cada vez más compleja.

- Verificar hasta que punto la ausencia de un eficiente sistema de remuneración de los servicios se encuentra detrás de las dificultades del poder real para cubrir las plantillas de los ejércitos reales, y del supuesto desinterés de la nobleza por la guerra.

- Determinar la importancia de los hábitos de las Órdenes Militares como incentivo para el servicio a la Corona, en concreto para atraer nuevas vocaciones (y mantenerlas) a la carrera de las armas, y como recompensa por el levantamiento de tropas a costa de las bolsas de los particulares.

-Precisar las razones que movieron a la Corona a constituir una unidad de caballería compuesta por caballeros de hábito y comendadores, así como por sus sustitutos.

-Valorar el servicio en el Batallón de las Órdenes como camino para ingresar en las Órdenes Militares, y quienes fueron los individuos que se animaron a sentar plaza en esta unidad a cambio de una merced de hábito.

Respecto a las fuentes que hemos utilizado para la realización de la tesis, se encuentran localizadas en la Biblioteca Nacional, el Archivo General de Simancas, el Archivo Histórico Nacional y la Sección Nobleza de éste último, ubicada en el Hospital Tavera de Toledo. En la primera de ellas hemos examinado tanto fondos manuscritos como obras impresas (Raros, Usoz, etc.) cuya consulta nos ha permitido acceder a la tratadística sobre las Órdenes Militares publicada durante los siglos XVI y XVII. De igual manera, hemos tenido acceso a parte de la ingente producción intelectual que se encuadra dentro de la corriente arbitrista. En concreto nos centramos en aquellas que analizan la situación en la que se encontraban las milicias católicas, y que propugnaban una vuelta al pasado para recuperar su esplendor. En última instancia, también hemos consultado documentos que hacen referencia a la situación existente durante el reinado de Felipe IV, sobre todo correspondencia del Conde Duque con alguno de sus colaboradores, o de los años previos a la guerra con Francia.

En cuanto al Archivo de Simancas, nuestra labor se centró en la sección de Guerra Antigua, donde se custodia la documentación generada por el Consejo de Guerra y un elenco de juntas con competencias en esta materia. Los fondos recogidos en ella nos han proporcionado información sobre requerimientos a la nobleza y a los caballeros de hábito, insertos dentro de planes mucho más amplios cuya finalidad era satisfacer las exigencias de la Corona para defender el corazón la monarquía, tanto antes como después del estallido de la guerra con Francia. También nos ha permitido extraer datos sobre los reclutamientos efectuados por el segundo estado, a instancias de la Corona.

El Archivo Histórico Nacional ha sido el centro documental que más hemos utilizado. Dentro de sus fondos merece una especial mención la sección de Órdenes Militares, la cual constituye la piedra angular de esta tesis. En ella hemos consultado los legajos recogidos bajo el epígrafe Junta de Caballería, donde se recogen consultas, decretos, nombramientos, reales cédulas, patentes, cartas, etc., emanados por este

organismo, que bajo la supervisión del Conde Duque se encargó de la movilización y reclutamiento de los caballeros y comendadores de las Órdenes Militares, durante el año 1640 y posteriores. También hemos examinado consultas del Consejo de Órdenes, así como expedientes de ingreso en estas instituciones.

En la sección de Consejos hemos trabajado con consultas del Consejo de Castilla, así como de la Cámara de Castilla y de otras entidades administrativas menores, pero dependientes de ellas. El recurso a este fondo viene justificado porque a partir del año 1635, y sobre todo desde 1638, con la presencia de la guerra en la Corona de Castilla, ese organismo adquirió competencias de carácter militar, sobre todo vinculadas a tareas de reclutamiento y movilización de los hidalgos o la formación de las milicias.

La sección de Estado también ha ofrecido algunas aportaciones de interés. No obstante, se trata de una unidad documental caracterizada por la diversidad de sus contenidos, en la cual se puede encontrar prácticamente de todo. No obstante, hemos localizado información con respecto a las Órdenes Militares, o los medios facilitados a la aristocracia para hacer frente a las exigencias de la monarquía.

El último de los archivos visitados fue la Sección Nobleza del Archivo Histórico Nacional. La peculiaridad de sus fondos reside en que, junto con la documentación emanada por la Corona, se conserva la respuesta de los aristócratas a los requerimientos reales, lo cual nos permite conocer las dos versiones de una misma realidad.

No nos gustaría concluir este repaso por las fuentes utilizadas sin mencionar la documentación consultada a través de Internet. Pese a que la visita al archivo es aún imprescindible para el historiador, y el encanto de consultar un documento que ha resistido el paso de varios siglos no tiene comparación con su examen en una pantalla de ordenador, no podemos ignorar las nuevas tecnologías y su aplicación a la investigación histórica. La contribución de las fuentes digitales a esta tesis se circunscribe al Programa de Archivos Españoles en Red (PARES), un proyecto gestionado por el Ministerio de Cultura, gracias al cual se puede consultar documentación digitalizada de todos los archivos de titularidad estatal. Esta página nos ha sido útil para consultar algunas relaciones de servicios, conservadas en la Sección de Indiferente del Archivo General de Indias (en Sevilla). También hemos analizado “on-line” algunos relatos de batallas, en concreto enfrentamientos navales entre galeras de las Órdenes de Malta y San Esteban contra navíos turcos y berberiscos, localizados en la página web de la Biblioteca de la Universidad de Sevilla, en su apartado de fondos

digitalizados. En último lugar, hemos obtenido información sobre algunos aristócratas vinculados a la profesión militar, gracias a la página web [tercios.org](http://tercios.org). El artífice de esta propuesta es Juan L. Sánchez y, pese a no haber sido divulgada en exceso, ofrece valiosos datos de carácter biográfico sobre individuos que prestaron servicios en los ejércitos de la monarquía española durante la Edad Moderna.

En lo relativo a la estructura de la tesis, consta de ocho capítulos. En el primero acometemos un repaso por la producción historiográfica sobre las Órdenes Militares, desde mediados del siglo XVI hasta la actualidad, en la cual ponemos de manifiesto la evolución que han sufrido los estudios sobre esta materia a lo largo del periodo en cuestión. El segundo capítulo se centra el análisis del estado que presentaba la estructura militar española, y sobre todo en las dificultades que tenía para satisfacer la ingente demanda de hombres que exigía el mantenimiento de la hegemonía mundial. Del mismo modo, entramos a valorar los sistemas de reclutamiento vigentes y cómo podían paliar estas carencias. Más allá de las virtudes y defectos de cada uno de ellos, lo importante es que nos ilustran el delicado panorama al que debían enfrentarse los dirigentes españoles a la hora de aprestar los recursos humanos necesarios. En estas circunstancias cualquier ayuda extraordinaria siempre sería bien recibida (entre ellas la participación de los caballeros y comendadores de las Órdenes Militares).

A continuación, analizamos el intenso debate intelectual que tuvo lugar en torno a la función del estamento privilegiado en el seno de la sociedad de los Austrias, y sobre todo su abismo cada vez mayor con el mundo de la milicia (el cual, al menos en teoría, justificaba su posición preeminente), con el objetivo de comprobar si se produjo tal abandono. En el siguiente apartado abordamos una cuestión de suma trascendencia: la gratificación de los servicios prestados. Su importancia viene determinada porque sin la existencia de un eficaz mecanismo de remuneración, sería imposible atraer a la carrera de las armas (y mantener en ella) a ningún individuo.

En el capítulo 5 presentamos una serie de proyectos para reforzar las fuerzas de caballería, motivados por las pocas garantías que ofrecía el cuerpo montado a quien estaba asignada la tarea de defender el corazón del Imperio: las Guardas de Castilla. Ante esta indefinición, no es de extrañar que se buscaran medidas alternativas para solucionar este problema, una de las cuales podía ser la movilización de los caballeros de hábito para que formaran una unidad a caballo, lo cual aliviara parte de este problema.

Seguidamente abordamos el papel de las Órdenes Militares en el dispositivo militar de la monarquía de España, y más en concreto los designios planteados para asociarlas a esta tarea. De la misma manera, desde la administración olivarista se emprendieron una serie de iniciativas destinadas a mejorar el estado de las fuerzas reales. Todos ellos tenían un denominador común: la utilización de los hábitos de estas corporaciones para conseguir el fin pretendido. Entre ellos se encontraba la adopción de medidas para facilitar el acceso al honor a soldados profesionales, con largos años de servicio, a cambio de que continuaran en activo. Otro de los arbitrios puestos en marcha fue el ofrecimiento de hábitos a todos aquellos particulares que se comprometieran a levantar tropas para la Corona, el cual ofreció importantes resultados. En último lugar, se encontraba el envío de cédulas de hábito en blanco, para que los virreyes y/o capitanes generales que servían en las diferentes posesiones de la monarquía española, los proveyeran en aquellos sujetos que se hubieran distinguido en el servicio a la Corona.

En el penúltimo capítulo abordamos los intentos de movilización de los caballeros de hábito que concluyen con la convocatoria oficial del año 1640, cuando por fin se consiguió alcanzar el objetivo que se llevaba persiguiendo desde hacía varias décadas, y se constituyó una unidad integrada (al menos en teoría) por los miembros de las Órdenes Militares y los sustitutos de los impedidos. Durante los años siguientes continuó prestando servicios en el frente catalán, sustentada en gran medida por las contribuciones asignadas para su conservación. Pero a partir de 1647 se creyó más conveniente que, en lugar de enviar nuevas compañías al frente, la entidad administrativa encargada de esta materia aprestara cierto número de caballos con los cuales acometer su remonta. Esta situación se mantuvo hasta 1656, cuando se decretó la entrega de una cantidad anual con la cual financiar la compra de monturas, aunque con el tiempo se empleó en otros fines, algunos de los cuales no tenían ninguna relación con la caballería.

En último lugar analizamos el papel del Batallón de las Órdenes como camino a través del cual ingresar en las Órdenes Militares. En este sentido, pese a no tratarse de una opción abierta a cualquier individuo, algunos perfiles si pudieron ver satisfechas sus ansias de promoción social gracias al servicio en esta unidad.

Respecto a los agradecimientos, en primer lugar es obligado mencionar a la Fundación Caja Madrid, pues gracias a su apoyo, concretado en una Beca Doctoral, esta tesis puede ver ahora la luz. Asimismo a su director, el Dr. Adolfo Carrasco Martínez, quien desde el momento en que iniciamos esta aventura ha sido un apoyo constante para que concluyera con éxito. Gracias a su abnegada tarea de dirección, mucho más allá de lo exigido a una labor tan ardua como ésta, y que supera con creces lo personal, ha sido posible su finalización.

Igualmente, me gustaría tener unas palabras de reconocimiento hacia todos aquellos profesores con los cuales coincidí durante la licenciatura (sobre todo a los que impartieron las asignaturas de Historia Moderna) y en los cursos de Doctorado, porque también son “responsables” de que haya llegado hasta aquí.

Asimismo ocupan un lugar destacado las amistades surgidas durante los años de carrera. Por encima de la típica relación de compañeros de clase, tuve la suerte de conocer a una serie de personas con las cuales inicié una amistad que aún hoy, casi una década después, permanece. Por encima de títulos académicos y otras cuestiones de carácter docente, este fue uno de los tesoros que encontré en mi paso por la Facultad de Geografía e Historia. A vosotros: David, Javi, José Luis, Juanmi, Ramón, Roberto, Salva, Raúl, muchas gracias por estar ahí y por los buenos ratos que hemos pasado (y pasaremos), pues sin saberlo habéis contribuido en esta investigación.

Otro grupo que merece mi gratitud son los amigos “de fuera de clase”, con quienes trabé amistad también (y no creo que fuera casualidad) más o menos por los mismos años. Es muy difícil condensar en unas pocas líneas tantos años llenos de buenos ratos, cuya beneficiosa influencia en el terreno personal se ha visto reflejada en el profesional. Alejandro, Alberto, Alberto R, Antonio, Carlos, Gerardo, Iván, Jose, Nacho G, Nacho P, Raúl y Rubén, gracias por todo.

De la misma manera, sería injusto olvidarse de dos personas que, también sin ser conscientes de ello, han puesto su granito de arena en este proyecto: Ángela y José Ramón, con quienes compartí durante tres años clase de inglés, decenas de desayunos y “actividades extraescolares”. Pero lo más importante, a pesar de ya no coincidir en ellas, a lo largo de estos años siempre habéis estado ahí. También a vosotros muchas gracias, es una suerte poder contar con vuestra amistad.

Para concluir con la nómina de obligaciones contraídas, no sería honesto por mi parte ignorar a la familia, origen de todo e institución de la cual recibimos los valores que nos acompañarán en nuestro periplo por la vida. En primer lugar a mis padres y a mis abuelas (una de las cuales pronto cumplirá un siglo), pero también a mi familia política, quien desde el primer momento me hizo sentir como uno más de ellos. En último lugar (en este caso sí he guardado lo mejor para el final) es inexcusable hacer mención a Mónica, el otro tesoro que descubrí en la facultad, y la persona con quien he compartido los últimos diez años (de nuevo el mágico 1999), el último de ellos como marido y mujer. Aunque pueda sonar a tópico repetitivo y sensiblero, dedicar unas breves palabras a quien da sentido a la vida es una tarea imposible. Pero lo cierto es que sin su comprensión y su paciencia, ambas ilimitadas, nunca habría sido posible la conclusión de esta empresa.

# 1. CONSIDERACIONES HISTORIOGRÁFICAS.

La mayor parte de la producción historiográfica sobre las Órdenes Militares escrita en los siglos XVI-XVII se caracterizó por continuar la corriente iniciada en los siglos bajomedievales. Esta tendencia se identifica con narraciones, más o menos extensas, de las hazañas bélicas realizadas por sus miembros (en general los situados en la cúspide) en su lucha contra el secular enemigo secular, con una clara vocación laudatoria y apologética. Su estilo narrativo era bastante similar al de las crónicas reales, y en ellas se obviaba cualquier referencia a estas instituciones como colectividad.

Dentro de ella se inscriben trabajos como el de Martín de Ayala<sup>1</sup> (quien a mediados del siglo XVI se refirió a las virtudes de los caballeros de Santiago), Miguel Marañón<sup>2</sup>, Francisco Rades y Andrada<sup>3</sup> (fraile de la orden de Calatrava), Antonio Quintela de Salazar<sup>4</sup>, Francisco de la Portilla y Duque<sup>5</sup>, o fray Agustín Salucio<sup>6</sup>. En general, se trata de crónicas de maestros, historias de temática militar sobre las campañas en las que tomaron parte sus caballeros, o estudios de carácter nobiliario-genealógico. En cuanto a su contexto, estaban centrados en el periodo medieval (época dorada de las milicias católicas), mientras que los sucesos contemporáneos fueron relegados a un segundo plano. Su publicación buscaba alcanzar dos objetivos: en primer lugar, resucitar el prestigio militar de estas instituciones en un contexto de fuerte hostilidad hacia ellas; mientras que el segundo era exaltar su carácter nobiliario y elitista para justificar su nueva función en la sociedad.

Sin embargo, en los años finales de esa centuria aparecieron los primeros indicios de una corriente que se puede identificar con el arbitrista, opuesta a la mayoritaria, muy crítica con el relajamiento de la dimensión castrense de las Órdenes

---

<sup>1</sup> AYALA, M. de: *Compendio y declaración de lo que son obligados a guardar los caballeros de la Orden de Santiago, así por los votos, fin de su orden y disposición de su regla, como por los estatutos y loables usos y costumbres de ella*. Trento, 1552.

<sup>2</sup> MARAÑÓN, M.: *Libro del origen y actos capitulares de la Orden de Calatrava*. Valladolid, 1568.

<sup>3</sup> RADES Y ANDRADA, F.: *Catálogo de las obligaciones que los comendadores, caballeros, priores y otros religiosos de la orden y caballería de Calatrava tienen en función de su hábito*. Madrid, 1571. *Crónica de las tres ordenes de caballería de Santiago, Calatrava y Alcántara en la cual se trata de su origen y suceso y notables hechos en armas de los maestros y caballeros de ellas*. Toledo, 1572.

<sup>4</sup> QUINTELA DE SALAZAR, A.: *Qué cosa es nobleza e hidalguía*. 1590. BN, Mss, 9645. Fols. 70r-76r.

<sup>5</sup> PORTILLA Y DUQUE, F. de la: *Regalías de la orden y caballería de Santiago, tratado de su antigüedad*. Amberes, 1598.

<sup>6</sup> *Discurso hecho por fray Agustín Salucio, maestro en Santa Teología de la orden de Santo Domingo, acerca de la justicia y buen gobierno de España en los estatutos de limpieza de sangre y si conviene o no alguna limitación en ellos*. S.f, s.l. BN, Mss, 5998.



Militares contemporáneas<sup>7</sup>. Durante las primeras décadas del siglo XVII vieron la luz un importante número de obras de esta naturaleza, tanto impresas como manuscritas, como las de Francisco Murcia de la Llana<sup>8</sup>, el contador del Consejo de Indias, Pedro López del Reino<sup>9</sup>, o Fray Benito de Peñalosa<sup>10</sup>. El denominador común de todas es ellas fue su anhelo de reforma, con el objetivo de devolver a las Órdenes Militares a su estado primigenio. Se trataba de un retorno a los orígenes pero desde unos planteamientos innovadores, ya que se mostraron partidarios de mitigar la importancia de la limpieza de sangre, en su vertiente de filtro social, pues este requisito discriminaba a muchos individuos que, por sus méritos, eran merecedores de ser promocionados. De esta manera, ya en la primera mitad del siglo XVII se consolidó la primera fisura entre los autores que escribieron sobre estas corporaciones. De tal manera, la tendencia apologista (mayoritaria por otra parte) vio amenazada su primacía por la presencia de una corriente de escritores, los arbitristas, quienes desde una perspectiva mucho más crítica, y más próxima a la realidad de la sociedad de su tiempo. Así, censuraron la conversión de las Órdenes Militares en unas corporaciones cuya única utilidad era acreditar nobleza, en vez de abrir sus puertas a individuos que habían realizado grandes hazañas, sin importar su origen.

Esta vertiente crítica coexistió con los defensores de la línea tradicional, quienes continuaron con la exposición, más o menos lineal, de los acontecimientos en los que las Órdenes Militares tuvieron protagonismo, sobre todo los hechos de armas sucedidos durante el proceso reconquistador, añadiendo, según los casos, la participación de caballeros de hábito en las guerras de la monarquía española durante los siglos XVI y XVII. En ese sentido, se pueden destacar las obras de Caro de Torres<sup>11</sup>, Pizarro de Orellana<sup>12</sup>, o Mascareñas<sup>13</sup>, las cuales ensalzaron su función bélica y aristocrática, sobre todo en lo referente a la defensa a ultranza del fuero que disfrutaban sus integrantes.

---

<sup>7</sup> *Recuerdo dado a SM de Ramón Ezquerro, sobre las tres Órdenes Militares de Santiago, Calatrava y Alcántara, y ejercitar la nobleza de España*. S.l., 28-11-1596. BN, Mss, 904. Fols. 169r-172v.

<sup>8</sup> MURCIA DE LA LLANA, F.: *Discurso político del desempeño del reino, seguro de la mar, y defensa de las costas de la Monarquía de España*. Madrid, 1624.

<sup>9</sup> *Discursos políticos para el bien de estos Reinos por Pedro López del Reino, contador de cuentas del Consejo de las Indias*. S.l. Mayo de 1624. BN, Mss, 1092. Fols. 254r-258v.

<sup>10</sup> PEÑALOSA, B de: *Libro de las cinco excelencias que despueblan a España para su mayor potencia y dilación. Ponderanse para que mejor se adviertan las causas del despueblo de España, y para que los lugares despoblados de ella se habiten y sean populosos*. Pamplona, 1629.

<sup>11</sup> CARO DE TORRES, F.: *Historia de las Órdenes Militares de Santiago, Calatrava y Alcántara desde su fundación hasta el Rey Don Felipe segundo*. Madrid, 1628.

<sup>12</sup> PIZARRO Y ORELLANA, F.: *Discurso apologético en gracia y favor de las Órdenes Militares*. Madrid, 1629.

<sup>13</sup> MASCAREÑAS, J.: *Apología histórica por la ilustrísima religión: su antigüedad, su extensión, sus grandezas entre las militares de España*. Madrid, 1651.

Dentro de esta tendencia se consolidó una corriente de carácter moral (surgida a mediados del siglo XVI), auspiciada por el deseo de alterar el comportamiento nobiliario y poner fin a la disyuntiva entre moral nobiliaria y moral cristiana. En ella se incluyen un ingente número de obras que ahondaron en el comportamiento del caballero-noble, así como las cualidades requeridas a los miembros de las Órdenes Militares, entre las que destacan las de Peñafiel<sup>14</sup>, o Ruiz de Vergara<sup>15</sup>, que se caracterizan por lo anteriormente apuntado.

En última instancia, pese a formar parte de esta línea interpretativa, debemos mencionar al jesuita Andrés Mendo<sup>16</sup>, quien marcó un hito en los trabajos sobre el tema. Su singularidad vino determinada porque se trata de la primera obra que utilizó fuentes documentales procedentes de los archivos de las Órdenes Militares. A diferencia del resto de escritos mencionados no se trata de una mera descripción, sino que se ocupó de la realidad de las milicias católicas en su época, abordando en su estudio un análisis sobre el derecho canónico en el cual se sustentaban sus preeminencias y justificaban sus prerrogativas. Fue escrita en latín (1655), y posteriormente (1681) fue traducida al castellano (1681). En la traducción, sin embargo, ignoró las cuestiones de carácter doctrinal y se centró en otras como sus orígenes, sus órganos de gobierno o sus privilegios.

Durante el siglo XVIII aparecieron obras centradas en la defensa de los derechos señoriales de las Órdenes Militares, con el objetivo de hacer frente a los ataques sufridos por parte de sus detractores, sobre todo los ilustrados. Debemos tener en cuenta que las transformaciones acontecidas en España como consecuencia del cambio dinástico, estaban condenadas a chocar con unas instituciones fundamentadas en derechos de origen medieval, los cuales fueron considerados anacrónicos por parte de los nuevos dirigentes españoles. Dentro de esta línea podemos destacar los trabajos de: Salazar y Castro<sup>17</sup> (quien abordó la jurisdicción eclesiástica de la orden de Calatrava), Chaves<sup>18</sup> (con un tratado de carácter económico-jurídico sobre la orden de Santiago), y

---

<sup>14</sup> PEÑAFIEL, A. de: *Obligaciones y excelencias de las tres órdenes militares*. Madrid, 1643.

<sup>15</sup> RUIZ DE VERGARA Y ÁLAVA, F.: *Regla y establecimientos nuevos de la orden y caballería del glorioso apóstol Santiago (conforme lo acordado por el Capítulo General que se celebró en Madrid en 1652-53)*.

<sup>16</sup> MENDO, A. de: *De Ordinibus Militaribus desquisitiones canonicae, theologicae, morales et historicae*. Salamanca, 1657. (La traducción: *De las órdenes militares, de sus principios, gobierno, privilegios, obligaciones y casos morales que pertenecen a sus caballeros y religiosos*. Madrid, 1681).

<sup>17</sup> SALAZAR Y CASTRO, L.: *Defensa del derecho de erigir iglesias de la orden de Calatrava en los pueblos de su campo*. Madrid, 1718.

<sup>18</sup> CHAVES, B. de: *Apuntamiento legal sobre el dominio solar que por expresas donaciones reales pertenece a la orden de Santiago en todos sus pueblos*. Madrid, 1740.

Pérez de Tudela<sup>19</sup> (cuya obra se centra en las competencias religiosas de la orden jacobea). Estos autores continuaron con la tendencia iniciada por Mendo, y en sus obras emplearon documentación relativa a los derechos patrimoniales y privilegios que asistían a cada orden y a sus miembros.

Durante el siglo XIX, debido a dos acontecimientos, la producción histórica sobre las Órdenes Militares se incrementó de forma notable. El primero de ellos fue la influencia del Romanticismo, traducida en un interés por lo medieval, ya se las identificaba como una de las instituciones más características de ese periodo. Aunque abundaron las obras de carácter descriptivo, aparecieron algunas novedades metodológicas. En general se trata de autores sin ninguna vinculación con ellas, que llevaron a cabo análisis mucho más complejos, aportando una perspectiva mucho más próxima a la realidad. Entre ellas, destacamos las de Guillamas Galiano<sup>20</sup>, el diccionario histórico de Rigalt y Nicolás<sup>21</sup> sobre las órdenes de caballería en general (influenciado por la historiografía dieciochesca) o las de Fernández Llamazares<sup>22</sup>, Álvarez Araujo<sup>23</sup> y Zejona y Rase<sup>24</sup>.

Respecto al segundo acontecimiento, se trata de los procesos desamortizadores que tuvieron lugar en esa centuria, cuya consecuencia más visible fue el nacimiento del Archivo Histórico Nacional (1866). Su aparición facilitó la tarea de los investigadores, pues la mayor parte de la documentación de las Órdenes Militares se centralizó en esta institución. Con todo, el principal cambio se refiere al abandono de la producción histórica inspirada en la historiografía “tradicional”, en gran medida porque ya no había derechos que defender o ni era necesario realizar apologías en las que apoyar el honor de sus miembros. Pese a estas innovaciones, no se consiguió desterrar algunas ideas preconcebidas sobre las Órdenes Militares y las afirmaciones de muchas de las obras citadas, adolecen de falta de rigor. Estas deficiencias vinieron motivadas por la escasez

---

<sup>19</sup> PÉREZ DE TUDELA, G.: *Discurso histórico legal en que se demuestra que los priores y vicarios de la orden militar de Santiago se hallan autorizados para ejercer en el suelo del maestrazgo toda jurisdicción eclesiástica y espiritual* (.....). Madrid, 1788

<sup>20</sup> GUILLAMAS GALIANO, M.: *Reseña histórica del origen y fundación de las Órdenes Militares y bula de incorporación a la Corona Real de España, con datos estadísticos relativos a los maestrazgos, encomiendas y alcaldías, con sus productos, el número de iglesias y monasterios de religiosas, con otras varias noticias muy curiosas*. Madrid, 1850. *De las Órdenes militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa*. Madrid, 1852.

<sup>21</sup> RIGALT Y NICOLÁS, B.: *Diccionario histórico de las órdenes de caballería*. Barcelona, 1859.

<sup>22</sup> FERNÁNDEZ LLAMAZARES, J.: *Historia compendiada de las cuatro ordenes militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa*. Madrid, 1862.

<sup>23</sup> ÁLVAREZ ARAUJO, A.: *Recopilación histórica de las cuatro órdenes militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa*. Madrid, 1866.

<sup>24</sup> ZEJONA Y RASE, M.: *La verdad histórica de las órdenes militares en España*. Madrid, 1874.

de estudios que profundizaran en la realidad de los caballeros y las instituciones de las que eran miembros.

A comienzos del siglo pasado, tuvo lugar un aumento del número de obras que abordaron estas corporaciones en la Edad Moderna. Sin embargo las alusiones a la Edad Media, su época dorada, serán muy frecuentes. Altamira y Crevea<sup>25</sup>, vinculado a la Institución Libre de Enseñanza, en su obra de carácter general, influenciada por el pensamiento positivista de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, aportó algunas novedades. En el tomo dedicado a la Baja Edad Media mencionó a los caballeros de hábito y aludió a su dimensión militar, algo que no se había abordado con anterioridad (salvo en el caso de caballeros concretos) relatando su participación en las empresas bélicas de la Corona. De la misma manera, puso de manifiesto la pérdida de los valores originarios de las Órdenes Militares en lo relativo a su condición de cuerpo armado. Su argumentación se centró en la vinculación de las estas instituciones con la nobleza, pues pasaron a convertirse en meros signos de ostentación nobiliaria<sup>26</sup>. Este planteamiento se asentó en la producción historiográfica sobre estas congregaciones, ya que se convirtió en uno de los argumentos más recurrentes a la hora de abordar su estudio.

Pfandl<sup>27</sup> puso de manifiesto uno de los atributos que adquirieron los hábitos, cuyas repercusiones sobre la sociedad fueron más profundas: la exigencia de limpieza de sangre. Se mostró muy crítico con el peso de este requisito a la hora de ingresar en las Órdenes Militares, pues según su criterio la mayoría de los aspirantes accedieron a esta distinción por sus servicios, y no por nacimiento o herencia. Además, fue el primero en situar a los caballeros de hábito en la parte media-alta del estamento nobiliario, solo por debajo de grandes y títulos<sup>28</sup>.

No obstante, esta evolución se produjo de manera progresiva, pues aún se publicaron trabajos deudores de la historiografía de los siglos anteriores, que no aportaron novedad alguna. En esa línea se inscriben obras como las de: Alonso Rodríguez<sup>29</sup>, Revilla Vielva<sup>30</sup>, Maldonado<sup>31</sup> o Chacón<sup>32</sup>; las dos primeras de carácter

---

<sup>25</sup> ALTAMIRA Y CREVEA, R.: *Historia de España y de la civilización española*. 4 vols. Barcelona, 1913.

<sup>26</sup> *Ibidem*. Tomo III. Edad Moderna. La Casa de Austria. Hegemonía política de España y decadencia. pp. 271-305.

<sup>27</sup> PFANDL, L.: *Cultura y costumbres del pueblo español en los siglos XVI y XVII. Introducción al estudio del siglo de Oro*. Barcelona, 1929. (1ª edición en alemán: Munich, 1924).

<sup>28</sup> *Ibidem*. pp. 107-135.

<sup>29</sup> ALONSO RODRÍGUEZ, H.: *Algo sobre la fundación de la orden de Calatrava*. Barcelona, 1917.

<sup>30</sup> REVILLA VIELVA, R.: *Las Órdenes Militares de Santiago, Calatrava y Alcántara*. Madrid, 1929.

generales y las dos últimas dedicadas a dos insignes personajes. Si bien todas ellas se limitan a una relación superficial de los hechos más destacados. Por otra parte, se produjo un gran interés por los estudios de naturaleza genealógica, cuya calidad historiográfica no es muy elevada. Se trata de obras de carácter general-recopilatorio, que a pesar de todo tienen cierta utilidad, sobre biografías de caballeros y comendadores, como las de Pérez Balsera<sup>33</sup> o Castro<sup>34</sup>.

A partir de mediados del siglo XX, los estudios dedicados a las Órdenes Militares sufrieron importantes transformaciones. Por primera vez se constató un interés por las cuestiones de carácter social, económico e institucional, y se intentó superar la mera sucesión de acontecimientos. Antonio Domínguez Ortiz fue uno de los autores que contribuyó a la ampliación del horizonte historiográfico sobre las Órdenes Militares. Entre su vasta producción, en relación con este tema, merecen ser mencionadas algunas obras. La primera de ellas es un artículo publicado en 1955<sup>35</sup>, donde analizó el servicio militar que los caballeros de hábito estaban obligados a cumplir. En el se llegó a la conclusión de que el segundo estamento, en general, y los caballeros de hábito en particular, habían perdido la vocación castrense y, con motivo de la convocatoria del año 1640, no tenían ninguna intención de resucitar sus antiguos deberes. Lynch, en su trabajo sobre los Habsburgo, mencionó este llamamiento, aunque someramente<sup>36</sup>.

Del mismo modo, en otra de sus obras clásicas: la dedicada a la sociedad española del siglo XVII<sup>37</sup>, dentro del análisis de la jerarquía nobiliaria, llevó a cabo un estudio pormenorizado de las Órdenes Militares y sus caballeros, apoyándose en la bibliografía clásica sobre estas corporaciones (la de los siglos XVI y XVII) e incorporando documentos de época. Entre las novedades aportadas se encuentra la definición de caballero de hábito como una categoría especial de la nobleza, a la que accedían desde grandes y títulos hasta los miembros de la nobleza baja. Del mismo modo, puso de manifiesto que para los grados inferiores del segundo estado, la obtención de un hábito como medio de ascenso y prestigio social, se convirtió en una

---

<sup>31</sup> MALDONADO, A.: *Hechos de don Alonso de Monroy, clavero y maestre de la orden de Alcántara*. Madrid, 1935.

<sup>32</sup> CHACÓN, G.: *Crónica de D. Álvaro de Luna*. Madrid, 1941.

<sup>33</sup> PÉREZ BALSERA, J.: *Los caballeros de Santiago*. 7 vols. Madrid, 1932-36.

<sup>34</sup> CASTRO, B.: *Los comendadores de la Orden de Santiago*. Madrid, 1949.

<sup>35</sup> DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: "La movilización de la nobleza castellana en 1640", en: *Anuario de Historia del derecho español*, nº 25 (1955). pp. 799-823.

<sup>36</sup> LYNCH, J.: *España bajo los Austrias*, 2 vols. Barcelona, 1970-72. (1ª edición en inglés, 1965-69). La cita en vol. II, pp. 144-48.

<sup>37</sup> DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: *La sociedad española en el siglo XVII*. 2 vols. Madrid, 1963-1970. Sobre todo el volumen I, pp. 189-222.

cuestión de vida o muerte<sup>38</sup>. También abordó la política del Conde Duque de Olivares referente a las concesiones generalizadas de hábitos (en las cuales se incluían operaciones de compraventa de la merced), así como la pérdida de prestigio que acarreo esta práctica<sup>39</sup>.

En última instancia, en un intento de valorar la importancia que tenía la posesión de un hábito en la España de los Austrias, reveló los requisitos que incumplían quienes eran rechazados para tanpreciado honor. Pues algunos de los pretendientes, pese a obtener el beneplácito real, se encontraron con la negativa del Consejo de Órdenes a su concesión. En general, la solicitud era rechazada porque durante el proceso previo a su despacho el candidato y/o sus descendientes no acreditaban ser cristianos viejos. En este sentido, al contrario de lo manifestado por otros autores, quienes valoraron el ingreso en las Órdenes Militares como una recompensa a los servicios prestados al monarca, demostró que las mercedes concedidas a destacados militares (como el almirante Ribera o Julián Romero), o el concedido a Diego Velázquez, sólo fueron posibles gracias a la intercesión personal del monarca, pues el Consejo de Órdenes se mostró contrario a su admisión<sup>40</sup>.

Otra obra que tuvo una gran importancia, y que todavía es empleada y citada en todas las monografías sobre el tema, es el artículo publicado por Wright. Abordó el anacronismo en el que se movían las Órdenes Militares, pues las obligaciones impuestas a los caballeros, relativas a la edad de ingreso, el voto de castidad, el de pobreza, los rezos canónicos y los compromisos militares que asumían, no eran más que letra muerta. También puso de manifiesto la inflación de caballeros que se produjo durante el ministerio del Conde Duque, periodo en el que se produjeron ventas generalizadas de estas mercedes. En cuanto a la continuidad de estas instituciones, cuando todo apuntaba a que se trataba de entelequias. Wright consideró que respondía a la mentalidad de los siglos XVI y XVII, cuando se intentó dar fuerza a actitudes e ideales heredados de la tradición histórica castellana, muy influida por la Reconquista<sup>41</sup>.

Manuel Fernández Álvarez, en su obra sobre la sociedad del Renacimiento, mencionó el fallido intento de instalar conventos de las milicias cristianas en el norte de

---

<sup>38</sup> *Ibidem.* pp. 196-198.

<sup>39</sup> *Ibidem.* p. 204.

<sup>40</sup> *Ibidem.* pp. 205-210.

<sup>41</sup> WRIGHT, L.P. "Las Órdenes Militares en la sociedad española de los siglos XVI y XVII. La encarnación de una tradición histórica", en ELLIOTT, J.H. (ed): *Poder y Sociedad en la España de los Austrias*. Barcelona, 1982. pp. 15-56. (Publicado por primera vez en: *Past and Present*, 43, (1969). pp. 34-70).

África. Respecto a los miembros de las Órdenes Militares, los definió como una situación peculiar dentro los caballeros, pues se trataba de un pequeño grupo muy apreciado porque su número era muy reducido. Además, para recibir tal hábito era preciso superar un proceso, en el cual se debía probar la condición nobiliaria del solicitante. Sin embargo, al contrario que en los trabajos anteriormente citados, no hay ninguna referencia a la vinculación de la demanda de hábitos con la obsesión por la limpieza de sangre<sup>42</sup>.

Gutiérrez Nieto ha publicado algunos trabajos que inciden en la repercusión social de las Órdenes Militares en la España de los Austrias, y más en concreto en su utilización como instrumentos de discriminación social. En un artículo sobre la estructura de la sociedad castellana en el siglo XVI<sup>43</sup>, puso de manifiesto cómo la obsesión por obtener un hábito se debía al deseo de poder ostentar lo que denominó doble nobleza (aquella que se posee por ser hidalgo y limpio)<sup>44</sup>. En otro trabajo<sup>45</sup>, publicado poco después, profundizó en esta dirección, poniendo de manifiesto como a principios del siglo XVII se documenta un proceso de desvaloración social de la hidalguía, sobre todo por su desmesurado crecimiento durante el siglo XVI, a la que contribuyó su concesión masiva. En este sentido, el ingreso en las Órdenes Militares fue contemplado como una oportunidad para sobresalir por encima de la gran masa de los hidalgos<sup>46</sup>.

Thompson, en su obra sobre la organización militar de la monarquía hizo algunas alusiones a las milicias católicas. En primer lugar mencionó la dejación de sus deberes castrenses, así como los designios planteados a lo largo del siglo XVI para revitalizarlos. En segundo lugar, tras la culminación de la Reconquista, se minimizó la dimensión militar de la nobleza y las Órdenes Militares (sobre todo su capacidad de movilización). Como consecuencia de estas circunstancias, las peticiones para que cumpliesen con sus obligaciones militares y explotasen adecuadamente los recursos de sus tierras estaban condenadas al fracaso, pues estas instituciones se habían convertido

---

<sup>42</sup> FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M.: *La sociedad española del Renacimiento*. Madrid, 1970. pp. 138-153.

<sup>43</sup> GUTIÉRREZ NIETO, J.I.: “La estructura castizo-estamental de la sociedad castellana del siglo XVI”, en *Hispania* nº 125 (1973). pp. 519-563.

<sup>44</sup> *Ibidem*. p. 561

<sup>45</sup> GUTIÉRREZ NIETO, J.I.: “Limpieza de sangre y antihidalguismo hacia 1600”, en *Homenaje al Dr. D. Juan Reglá Campistol*, vol. I. Valencia, 1975. pp. 497-514.

<sup>46</sup> *Ibidem*. pp. 509-510.

en una herramienta para la demostración del status y en fuente de beneficio económico para la Corona<sup>47</sup>.

También mereció la atención de la historiografía el acceso de mercaderes y banqueros a los hábitos. En este sentido destaca un pionero artículo de Domínguez Ortiz<sup>48</sup>, vinculado a los deseos del Conde Duque de Olivares de revitalizar el comercio en la monarquía española mediante el ennoblecimiento de los mercaderes y los hombres de negocios, como medio de incrementar los ingresos de la Corona desde una doble vertiente: los directos, ingresos procedentes de la venta de las mercedes, y los indirectos, motivados por el resurgimiento de la actividad mercantil. Parece que el proceso se inicia a partir de 1628, coincidiendo con el estallido de la guerra de Mantua, alcanzando su apogeo en la década de los 40 (inicio de la guerra de Cataluña), pese a las protestas recogidas pidiendo el abandono de estas prácticas<sup>49</sup>.

En este sentido, según Vázquez de Prada se admitió en las Órdenes Militares a individuos productores del comercio a gran escala, hecho que desde 1622 queda autorizado por la compatibilidad entre nobleza y ejercicio del comercio al por mayor, a instancias de Olivares. Según su criterio, el número de caballeros alcanzó, en 1626, la cifra máxima de 1452 en 1626<sup>50</sup>.

A partir de finales de la década de los 70, la producción historiográfica sobre el tema sufrió un notable empuje. Entre los trabajos aparecidos destaca el de José Antonio Maravall En el llevó a cabo una reflexión sobre el honor, su importancia y sus repercusiones sociales en el siglo XVII, revisando las aportaciones de Domínguez Ortiz y Wright. Puso de manifiesto cómo las obligaciones religiosas de los caballeros de hábito habían desaparecido, y sólo estaba vigente el factor de “reputación” social y, en algunos casos, de posesión de riquezas. No obstante, fue aún más lejos y constató la negativa sus miembros a cumplir sus obligaciones castrenses, entre las cuales se incluían la defensa de las costas peninsulares y la lucha contra el infiel. Por otra parte, destacó su conversión en corporaciones caracterizadas por su impermeabilidad, pues la

---

<sup>47</sup> THOMPSON, I.A.A.: *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620*. Barcelona, 1981. (1ª edición en inglés: Londres, 1976).

<sup>48</sup> DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: “Comercio y blasones. Concesiones de hábitos de órdenes militares a miembros del consulado de Sevilla en el siglo XVII”, en: *Anuario de Estudios Americanos*, nº 33 (1976). pp. 217- 256.

<sup>49</sup> *Ibidem*. pp. 217-224.

<sup>50</sup> VÁZQUEZ DE PRADA, V.: *Historia económica y social de España. Vol. III: Los siglos XVI y XVII*. Madrid, 1978.



reglamentación de las Ordenes Militares, en términos de exclusión, se recrudeció durante el siglo XVII<sup>51</sup>.

Puddu vinculó los hábitos con una función retributiva de servicios prestados, en concreto los militares. Documentó su progresiva desvirtuación a lo largo del siglo XVI, fenómeno que se agudizó a lo largo del siglo XVII, pues en la Baja Edad Media las Órdenes Militares fueron las instituciones más características de la nobleza. Según su criterio, la crisis que sufrieron desde finales del siglo XVI, es uno de los signos de la inadecuación de la clase militar con respecto a su función original. De este modo, los hábitos se convirtieron en símbolos de privilegio y no de servicio, concedidos a individuos sin vinculación con la carrera de las armas<sup>52</sup>.

Otro trabajo que merece ser mencionado es el de Lambert-Georges, centrado en los caballeros vasco-navarros de la orden de Santiago, entre 1580-1620, en el cual incidió en los aspectos de carácter social y administrativo. Sobre todo estudió los motivos de que ocasionaron la solicitud del hábito, repasando la tradición familiar del aspirante, la búsqueda de plusvalías nobiliarias o la recompensa por servicios prestados. Se trata de una obra con gran rigor científico que no se limita a la descripción, la cual aportó una visión original del complejo panorama que presentó la orden de Santiago en la Edad Moderna<sup>53</sup>.

A mediados de los 80, Gutiérrez Nieto realizó una nueva aportación, en este caso sobre la sociedad castellana durante el reinado del Rey Prudente. Constató como, en la primera mitad del siglo XVI, el número de caballeros de Órdenes Militares se mantuvo relativamente bajo. No obstante, la generosidad de Felipe II motivó un ingente número de nuevos ingresos durante su reinado. De tal modo, con estas prácticas se configuró una nobleza dentro de la nobleza, pues la posesión del hábito implicaba, además, limpieza de sangre<sup>54</sup>.

En este repaso no podemos obviar los trabajos de Postigo Castellanos. Entre sus obras, destacamos una de las primeras visiones de conjunto sobre la producción historiográfica referente a las Órdenes Militares. En ella abordó la evolución experimentada por los estudios sobre estas instituciones, desde el siglo XVI hasta el

---

<sup>51</sup> MARAVALL, J.A.: *Poder, honor y élites*. Madrid, 1979.

<sup>52</sup> PUDDU, R.: *El soldado gentilhomme*. Madrid, 1984 (1ª edición en italiano: Bolonia, 1982).

<sup>53</sup> LAMBERT-GEORGES, M.: *Basques et navarrais dans l'ordre de Santiago (1580-1620)*. Paris, 1985.

<sup>54</sup> GUTIÉRREZ NIETO, J.I.: "La sociedad española de tiempo de Felipe II", en: *El Escorial. Biografía de una época*. Madrid, 1986. pp. 164-185.

siglo pasado<sup>55</sup>. En un breve artículo esbozó la convocatoria de los caballeros de hábito con motivo de la campaña de 1640. Aunque cita los estudios de Domínguez Ortiz y Wrigth, aportó algunas novedades con respecto a los miembros de las milicias católicas y al abandono de sus obligaciones militares<sup>56</sup>.

Un año más tarde apareció una obra colectiva titulada a obra *Hidalgos & Hidalguía*, aparecida a finales de los 80, en la se compilaron una serie de artículos que hacen referencia a la importancia de estas cuestiones durante los siglos XVI-XVII<sup>57</sup>.

También vio la luz otra de las obras de Gutiérrez Nieto, en este caso sobre los planes reformistas del Conde Duque con respecto a la sociedad de su tiempo<sup>58</sup>. El autor puso de manifiesto cómo Olivares trató de utilizar los hábitos de las Órdenes Militares para recompensar servicios, de cualquier naturaleza, con el objetivo de crear una nobleza de mérito al servicio del rey. Al tiempo que fomentó el ennoblecimiento de las actividades mercantiles y navales, aunque los resultados no fueron demasiado exitosos.

Poco después apareció una selección de artículos realizada por Thompson, en la cual destacan algunos trabajos la hidalguía, la limpieza de sangre o las modalidades de acceso al privilegio<sup>59</sup>.

No podemos pasar por alto la aportación de Fernández Izquierdo sobre la orden de Calatrava en el siglo XVI, centrada tanto en la institución como en sus miembros<sup>60</sup>. Se trata de una obra muy útil, que puso de manifiesto la base jurídica sobre la que se sustentaba la orden de Calatrava, así como sus mecanismos institucionales, los aspectos económicos, las peticiones de hábitos y encomiendas de las órdenes y, en última instancia, un estudio sobre sus caballeros.

Del mismo modo, en la revista del Departamento de Historia Moderna de la universidad Complutense aparecieron sendos artículos de Álvarez-Coca<sup>61</sup> y López

---

<sup>55</sup> POSTIGO CASTELLANOS, E.: "Las Órdenes Militares castellanas en la historiografía de los siglos XVI al XX" en *Hidalguía*, nº 201 (1987). pp. 353-371.

<sup>56</sup> POSTIGO CASTELLANOS, E.: "Notas para un fracaso: la convocatoria de las Órdenes Militares. 1640-1645", en: *Las Ordenes Militares en el Mediterráneo Occidental (siglos XIII-XVIII)*. Casa de Velázquez. Instituto de Estudios Manchegos, 1989. pp. 397-414.

<sup>57</sup> VV.AA: *Hidalgos & Hidalguía dans l'Espagne des XVI-XVIII siècles*. Paris, 1989.

<sup>58</sup> GUTIÉRREZ NIETO, J.I.: "El reformismo social de Olivares", en: ELLIOTT, J.H. y GARCÍA SANZ, A. (coords): *La España del Conde Duque de Olivares*. Valladolid, 1990. pp. 419-441.

<sup>59</sup> THOMPSON, I.A.A.: "The purchase of nobility in Castille, 1552-1700", en: *War and Society in Habsburg Spain*. Aldershot, 1992. pp. 313-360. (Publicado por primera vez en: *Journal of European Economic History*, nº 8 (1979).

<sup>60</sup> FERNÁNDEZ IZQUIERDO, F.: *La orden militar de Calatrava en el siglo XVI. Infraestructural institucional. Sociología y prosopografía de sus caballeros*. Madrid, 1992.

<sup>61</sup> ÁLVAREZ-COCA GONZÁLEZ, Mª J.: "El Consejo de las Órdenes Militares", en: *Cuadernos de Historia Moderna*, nº15 (1994). pp. 297-323.

Salazar<sup>62</sup>, los cuales nos han permitido tener un mejor conocimiento de la documentación existente en la sección de Órdenes Militares, conservada en el Archivo Histórico Nacional.

A finales de la década de los 90 apareció otro de los trabajos de Postigo Castellanos. En esta ocasión se trata de un estudio sobre el Consejo de Órdenes y los caballeros de hábito en el siglo XVII<sup>63</sup>. Nos encontramos ante una obra muy significativa, pues hasta ese momento no se disponía de ningún estudio en profundidad sobre esta institución. En ella analiza el proceso de incorporación de los maestrazgos a la Corona, para posteriormente enumerar sus competencias, entre las que se pueden destacar, para el objeto de este trabajo, la convocatoria militar de los caballeros<sup>64</sup>. Análogamente, tienen importancia sus observaciones sobre la espinosa cuestión de la concesión de hábitos, donde analizó las razones que motivaron la concesión de las mercedes<sup>65</sup>.

La vinculación entre las Órdenes Militares y la nobleza ha sido abordada por Carrasco Martínez en algunos de sus estudios. En uno de ellos puso de manifiesto la evolución del término caballero, desde sus orígenes medievales hasta su equiparación con un nivel de riqueza superior al hidalgo. Y del mismo modo, la manera en la que estas corporaciones se convirtieron en instituciones dispensadoras de honor y riqueza, con la peculiaridad de que, en sí mismas, no constituían un rango específico de la jerarquía nobiliaria. Por otra parte, constata como los cuadros superiores del estamento privilegiado fueron los grandes beneficiados en lo relativo a la concesión de encomiendas. Mientras que los hábitos se utilizaron para reforzar la hidalguía con la limpieza de sangre, elementos que se complementaban entre sí<sup>66</sup>.

En 1999 vio la luz otra obra colectiva, en la que se compilaron una serie de artículos, cuya calidad historiográfica es muy desigual, pero donde se tratan algunos aspectos que pueden resultar de interés<sup>67</sup>.

---

<sup>62</sup> LÓPEZ SALAZAR, J.: "La Sección de Órdenes Militares y la investigación en Historia Moderna, en: *Cuadernos de Historia Moderna* nº15 (1994). pp. 325-373.

<sup>63</sup> POSTIGO CASTELLANOS, E.: *Honor y privilegio en la Corona de Castilla. El Consejo de las Órdenes y los caballeros de hábito en el siglo XVII*. Valladolid, 1998.

<sup>64</sup> *Ibidem*. p. 61.

<sup>65</sup> *Ibidem*. pp. 111-125

<sup>66</sup> CARRASCO MARTÍNEZ, A.: "Herencia y virtud. Interpretaciones e imágenes de lo nobiliario en la segunda mitad del siglo XVI", en: RIBOT, L. y BERENGUER, E. (coords): *Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI*. Tomo IV. La Corona de Castilla. Madrid, 1998. pp. 231-271.

<sup>67</sup> VV.AA: *Lux Hispaniarum. Estudios sobre las Órdenes Militares*. Madrid, 1999.

Al año siguiente apareció otra obra de Fernández Izquierdo. Se trata de un análisis historiográfico en el que disertaba sobre las publicaciones que se han ocupado de las Órdenes Militares durante el siglo XX. Tras un somero análisis de la producción historiográfica hasta el siglo XIX, se centró en los trabajos de carácter “general” aparecidos en el siglo pasado. Es reseñable como las referencias a las milicias católicas pasaron de ser escasas, y casi siempre repeticiones de obras anteriores, a sufrir una gran renovación a mediados de siglo, cuando se empezó a abordar cuestiones sociales, económicas o jurisdiccionales, relativas a estas corporaciones<sup>68</sup>. Inserto en esta línea se encuentra el artículo aparecido en la revista *Studia Historica. Historia Moderna*, de la Universidad de Salamanca, donde llevó a cabo una revisión las publicaciones aparecidas entre 1995 y 2002<sup>69</sup>.

Al mismo tiempo apareció un interesante trabajo de Ricardo Gómez Rivero, centrado en los miembros del Consejo de Órdenes durante el siglo XVII, el cual ofrece una valiosa información sobre los funcionarios que formaron parte de esta institución, tanto de sus trayectorias previas antes de acceder al puesto como la manera en la que se produjo su nombramiento y, en su caso, de su ulterior promoción a otros destinos<sup>70</sup>.

La vertiente militar de estas instituciones es uno de los temas que ha merecido más atención. Entre los estudios que se ocupan de esta materia, destacamos nuestro Trabajo de Investigación de Doctorado, en el cual nos centramos la convocatoria de los caballeros de hábito del año 1640<sup>71</sup>, y otro artículo de Fernández Izquierdo sobre la vinculación de este colectivo con la carrera de las armas, donde alude a la movilización de ese año y a la presencia de los miembros de las milicias católicas en los ejércitos reales<sup>72</sup>. En un congreso de historia militar celebrado en marzo de 2005, se presentaron algunas aportaciones sobre la relación de las Órdenes Militares con la guerra<sup>73</sup>. En

---

<sup>68</sup> FERNÁNDEZ IZQUIERDO, F.: “De las historias de las Órdenes a las Órdenes en la historia: historias generales de España durante la Edad Moderna publicadas en los últimos cien años y órdenes militares”, en *Las Órdenes Militares en la península ibérica. Vol. II. Edad Moderna*. Cuenca, 2000. pp. 1181-1235.

<sup>69</sup> FERNÁNDEZ IZQUIERDO, F.: “Las Órdenes Militares en la Edad Moderna en la historiografía española desde 1995. Notas para un balance”, en: *Studia Historica. Historia Moderna*, nº 24 (2002). pp. 73-95.

<sup>70</sup> RIVERO GÓMEZ, R.: “Consejeros de Órdenes: procedimiento de designación (1598-1700)”, en: *Hispania*, nº 214 (2003). pp. 657-744.

<sup>71</sup> JIMÉNEZ MORENO, A.: *Los caballeros de hábito ante la crisis de 1640* (Trabajo de Investigación de Doctorado dirigido por el Dr. Adolfo Carrasco Martínez, defendido en el Departamento de Historia Moderna de la UCM, en mayo de 2004).

<sup>72</sup> FERNÁNDEZ IZQUIERDO, F.: “Los caballeros cruzados en el ejército de la Monarquía Hispánica durante los siglos XVI y XVII: ¿anhelo o realidad?”, en: *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, nº 22 (2004). pp. 11-60.

<sup>73</sup> GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (eds): *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, Estrategia y Cultura en la Europa Moderna. (1500-1700)*. Madrid, 2006. (2 vols.). Respecto a las obras

último lugar, destacamos un reciente congreso, celebrado en Alcazar de San Juan en octubre de 2008, titulado “Nobleza hispana, nobleza cristiana”, donde las milicias cristianas fueron objeto de atención preferente<sup>74</sup>.

No queremos concluir estas líneas sin mencionar otra de las grandes líneas de investigación: sus aspectos económicos. Sobre todo las encomiendas y su importancia dentro del régimen señorial, así como el estudio de la vida en los territorios bajo su jurisdicción. En este sentido, tras superar unos momentos iniciales caracterizados por el predominio de obras que abordan el periodo medieval, sobre todo los momentos previos a su incorporación permanente a la Corona, entre las que se pueden citar las de Ladero Quesada<sup>75</sup>, López-Salazar<sup>76</sup> o Rodríguez Llopis<sup>77</sup>, han aparecido estudios que tratan estas cuestiones en la Edad Moderna. Dentro de esta tendencia historiográfica, se inscriben los trabajos de López González<sup>78</sup>, Ruiz Rodríguez<sup>79</sup>, o De Francisco Olmos y Presa García<sup>80</sup>.

Como hemos visto a lo largo de estas páginas, y sin haber pretendido mencionar todos los trabajos, la historiografía sobre las Órdenes Militares ha sufrido una evolución radical. Tras unos momentos iniciales caracterizados por la publicación de crónicas y obras panegiristas del modo de vida de estas instituciones y de sus miembros, los caballeros de hábito, que como hemos visto eran narraciones más o menos profusas de la vida, de sus hazañas, o de los hechos de armas de sus principales miembros, el panorama historiográfico actual se identifica con obras que se alejan de aquellos presupuestos, y se centran más en otros aspectos. Entre ellos, como ha quedado patente, su importancia dentro de la sociedad, los criterios que se seguían a la hora de elegir a

---

en cuestión, se trata de: JIMÉNEZ MORENO “Las Órdenes Militares y la defensa de la Monarquía Hispánica, un proyecto de organización naval atlántica. El memorial de Ramón Ezquerra (1596)”, Tomo II. pp. 691-708. FERNÁNDEZ IZQUIERDO, F.: “Las órdenes de caballería hispánicas y su proyección militar en los siglos XVI y XVII”, Tomo II. pp. 861-884.

<sup>74</sup> RIVERO RODRÍGUEZ, M. (coord.): *Nobleza hispana, nobleza cristiana. La Orden de San Juan*. 2 vols. Madrid, 2009.

<sup>75</sup> LADERO QUESADA, M.A.: “Algunos datos para la historia económica de las órdenes militares de Santiago y Calatrava en el siglo XV”, en: *Hispania*, nº30 (1970). pp.637-62.

<sup>76</sup> LÓPEZ-SALAZAR, J.: “Una empresa agraria capitalista en la Castilla del siglo XVII: la hacienda de D. Gonzalo Muñoz de Loaisa”, en *Hispania* nº 148 (1981) pp. 355-408. Del mismo autor: *Mesta, pastos y conflictos. El campo de Calatrava (siglo XVI)*. Madrid, 1987.

<sup>77</sup> RODRÍGUEZ LLOPIS, M.: *La encomienda santiaguista de Yeste y Taibilla, siglos XIII-XV. Conflictos fronterizos y dependencia señorial*. Albacete, 1982.

<sup>78</sup> LÓPEZ GONZÁLEZ, C.: *La hacienda de las órdenes militares castellanas durante el reinado de Felipe IV*, Madrid, Universidad Autónoma, 1990 (Edición en microfichas).

<sup>79</sup> RUIZ RODRÍGUEZ, J.I.: *Hacienda y la administración territorial de tributos en el siglo XVII. El distrito de los campos de Montiel*. Madrid, Universidad Autónoma, 1993 (Edición en microfichas).

<sup>80</sup> DE FRANCISCO OLMOS, J.Mª y PRESA GARCÍA, Mª A.: “Los Fugger y el arrendamiento de los maestrazgos. El último contrato. 1635-1645, en: *Las Ordenes Militares en la península ibérica*. Vol. II. Edad Moderna. Cuenca, 2000. pp. 1759-1776.

sus miembros, su relación con el resto de jerarquías nobiliarias, la devaluación de sus primitivos valores y su transformación en un “selecto club” al alcance de unos pocos, la condición social de sus caballeros, la importancia económica de sus encomiendas, y la organización política de las mismas.

Todo ello ha repercutido en un mejor conocimiento de las órdenes militares, desde una perspectiva mucho más enriquecedora que la planteada por la historiografía tradicional. Sobre todo se ha demostrado que las órdenes militares, a pesar de haber pasado su momento de máximo esplendor, continuaron desempeñando un activo papel, readaptando sus funciones a las necesidades de los tiempos, en la Edad Moderna. Si bien su razón de ser ha desaparecido, la evolución histórica de la sociedad peninsular en los siglos modernos, sobre todo en el siglo XVI y XVII, motiva que sean instituciones de las cuales no se puede prescindir a la hora de abordar el estudio de esta época.

## **2. ARBITRISMO MILITAR (1492-1680).**

A la hora de valorar los intentos de movilización, tanto de la nobleza como de los caballeros de hábito, no podemos dejar al margen el contexto general en el que se encontraba la Monarquía de España: una situación de guerra permanente en varios frentes, donde los recursos eran cada vez más escasos y valiosos, la cual exigía políticas tendentes a obtener el máximo rendimiento posible de ellos. Del mismo modo, ante la magnitud e intensidad de las contiendas bélicas, a una escala desconocida hasta ese momento y, sobre todo, la incapacidad de la Corona para hacer frente a unos compromisos tan exigentes, se hizo necesario recurrir a cualquier expediente que pudiera aliviar, en parte, estas necesidades.

Es en este escenario en el que se insertan los requerimientos a sectores que podrían desempeñar un activo papel a la hora de contribuir al esfuerzo bélico. No obstante, el origen de tales peticiones se retrotrae a los siglos bajomedievales, si bien con un carácter más o menos “voluntario”, y a una escala mucho menor de lo que ahora pretendía el poder real. Esta situación no surgió de la noche a la mañana, sino que ya a finales del siglo XVI surgieron las primeras grietas en el sistema militar de la monarquía española, agudizadas durante las décadas siguientes, que desembocaron en la crítica situación existente a partir de 1635, y explican en buena medida el recurso a medidas más o menos “desesperadas”.

Por lo tanto, en las siguientes páginas nos centraremos en el análisis de esta problemática, los designios proyectados para su revitalización, y la proyección de la nobleza y de las Órdenes Militares en tales empresas.

## 2.1. PLANTEAMIENTOS INICIALES.

A finales del siglo XV resultaba innegable que el sistema militar vigente había dejado de ser válido, ya que era incapaz de satisfacer las necesidades de las monarquías emergentes, como la de los Reyes Católicos. Sus bases descansaban, sobre todo, en las obligaciones militares de origen medieval, las cuales permitían a los soberanos requerir, en ciertas condiciones y durante un periodo máximo al año, en virtud de determinados derechos feudales, el servicio armado y gratuito de sus nobles y de los vasallos de éstos, o el servicio temporal de las milicias urbanas.

Sin embargo, la forma en la que se prestaba este servicio militar, con lo que ello implicaba (es decir, la falta de control de las tropas por parte del rey), y otros aspectos como las innovaciones introducidas en el arte de la guerra, el supuesto alejamiento entre nobleza y el hecho bélico, o el relajamiento de la vocación militar de las Órdenes Militares, pusieron de manifiesto la inadecuación entre los ejércitos modernos y un reclutamiento fundamentado en prácticas medievales, a pesar de que continuaron teniendo vigencia durante la Edad Moderna.

Normalmente se ha considerado, para el caso de la Corona de Castilla (y por extensión de toda España), que el punto de inflexión en la evolución entre un ejército medieval y otro moderno, se encuentra en las campañas de la guerra de Granada y las guerras de Italia, donde se produce el tránsito a un modelo más en consonancia con el aumento de las necesidades bélicas y el desarrollo del estado moderno. No obstante, según lo apuntado por Quatrefages, los cambios producidos en esos años no fueron algo repentino, sino que son el resultado de un largo proceso que hunde sus raíces en la Edad Media<sup>81</sup>.

El despegue de los contingentes castellanos se llevará a cabo mediante las soluciones “ad hoc”, y la introducción de un sistema de levass voluntarias, al mismo tiempo que los contingentes privados, salvo los aportados por las ciudades, empiezan a perder importancia. A pesar de todo, en la primera mitad del siglo XVI todavía participaron tropas señoriales en algunas empresas bélicas, preferentemente en el

---

<sup>81</sup> QUATREFAGES, R.: *La revolución militar moderna. El crisol español*. Madrid, 1996. pp. 19-35. Según sus investigaciones, ya desde mediados del siglo XIV aparecen combatientes que luchan por un sueldo, y no por vinculaciones sociales o políticas; sin embargo todo esto no cuaja en una organización militar de carácter permanente hasta el reinado de los Reyes Católicos. QUATREFAGES, R.: “La elaboración de una nueva tradición militar en la España del siglo XVI”, en: *Cuadernos de investigación histórica*, nº 4 (1980). pp. 7-8.



ámbito peninsular<sup>82</sup>. De la misma manera, durante el reinado de Carlos V se sientan las bases de los sistemas de reclutamiento vigentes durante los siglos XVI-XVII: un reclutamiento voluntario, que permite obtener tropas profesionales, mejor preparadas, aunque en número menor; y un reclutamiento forzoso, caracterizado por lo contrario. Sin embargo, por las dificultades económicas y el aprieto que suponía recaudar nuevos impuestos, se recurrió a las levas forzosas o a las milicias, mucho más rápidas y baratas que el alistamiento voluntario<sup>83</sup>.

Respecto al sistema de reclutamiento de levas voluntarias, conocido como “comisión”, la principal ventaja que ofrece es el control, casi absoluto, de la Corona sobre las tropas reclutadas. Por el contrario, su principal inconveniente era la lentitud, pues desde que las tropas eran levantadas hasta que se dirigían al puerto de embarque, podía pasar el suficiente tiempo para que desertaran gran parte de ellas. Este hecho acarrea una realidad que no debería ser minusvalorada: el carácter extrapeninsular de los conflictos en los que se vio envuelta la Monarquía desde el fin de la Guerra de Granada.

Sin embargo, el principal problema era la falta de dinero en efectivo, lo que erosionaba una de las ventajas de este sistema, ya que a cambio de correr con los gastos de reclutamiento, la Corona permitía a otra entidad nombrar los cargos de la oficialidad. Por el contrario, entre sus principales ventajas se encontraba la rapidez, pues en muy poco tiempo permitía contar con unidades experimentadas y bien equipadas. Este modelo de ejército, profesionalizado y formado por voluntarios, era el preferido por la población en general, ya que no ocasionaba demasiados trastornos a la vida cotidiana<sup>84</sup>.

Pese a que en un principio todo pudieran parecer ventajas, esta nueva concepción de la carrera militar fue el detonante para que se comenzara a disolver el vínculo, forjado a lo largo de siglos de lucha contra el invasor musulmán, entre sociedad y milicia; en definitiva, entre súbdito y soldado. Al mismo tiempo, contribuyó a que la carrera de las armas fuera vista como algo cada vez más extraño para la mayor parte del cuerpo social<sup>85</sup>. Aunque tampoco deberíamos ignorar que las guerras se libraban fuera del solar patrio y, al principio, por unos intereses que son nuevos y extraños en Castilla, tal y como ocurrió con el caso de la contienda napolitana.

---

<sup>82</sup> RIBOT GARCÍA, L.A.: “El ejército de los Austrias. Aportaciones recientes y nuevas perspectivas”, en: *Temas de Historia Militar*, vol. I. Madrid, 1983. pp. 176-177.

<sup>83</sup> CONTRERAS GAY, J.: “Aportación al estudio de los sistemas de reclutamiento militar en la España Moderna”, en: *Anuario de Historia Contemporánea*, nº 8 (1981). pp. 8-9.

<sup>84</sup> CONTRERAS GAY, J.: *La problemática militar en el interior de la península durante el siglo XVII. El modelo de Granada como organización militar de un municipio*. Madrid, 1980. pp. 12-13.

<sup>85</sup> THOMPSON, I.A.A.: “Milicia, sociedad y estado en la España Moderna”, en: VACA LORENZO, A. (ed): *La guerra en la Historia*. Salamanca, 1999. pp. 116-117.

Hasta finales del siglo XVI, este sistema parece responder a las necesidades de la monarquía española, lo que se traduce en un progresivo incremento de las tropas reclutadas. Pero no sólo podemos hablar de cantidad, sino también de calidad. Una muestra lo podemos encontrar en un testimonio recogido por Thompson, al cual podemos otorgar bastante credibilidad, ya que se trata de un soldado, sir Roger Williams, que había combatido en la guerra de Flandes en ambos bandos. En su obra *Breve discurso de la Guerra* (1590), pone de manifiesto cómo el ejército español era el modelo a seguir, por su disciplina, profesionalidad y espíritu de cuerpo. La disciplina y el buen orden eran resultado de una continua actividad (primero eran adiestrados en las guarniciones italianas), y un espíritu de cuerpo basado en la mutua lealtad y respeto entre oficiales y soldados. Además, según nuestro criterio lo más importante, existía una política de promociones basada más en los méritos que en el nacimiento, la clientela y el favoritismo; y un sistema de recompensas que, mediante ventajas y entretenimientos, proporcionaba incentivos a todos los niveles de la jerarquía militar<sup>86</sup>.

Para Contreras Gay, el notable incremento de los efectivos reclutados en la península ibérica se basaba en dos factores: el aumento de la capacidad financiera de la Corona (sustentada en los metales preciosos americanos y un aumento de las rentas reales), y la existencia de un excedente de mano de obra barata hasta la década de los 80 del siglo XVI. Según su criterio, la vigencia de este sistema sería posible siempre que hubiera mucha población y los salarios se mantuvieran bajos<sup>87</sup>. El cambio se produce a partir de los últimos años del siglo XVI, cuando se evidencia una alteración de los parámetros que caracterizaron la prestación del servicio militar durante el Seiscientos<sup>88</sup>.

A partir de entonces se produjeron una serie de acontecimientos que vinieron a socavar esta estructura. Para Borreguero Beltrán se reducen a dos, y se hacen especialmente visibles a partir de 1621: deficiencias financieras y reducción de los efectivos reclutados<sup>89</sup>. Aunque tampoco se debería perder de vista otros dos: el

---

<sup>86</sup> Citado en: THOMPSON, I.A.A.: “Los ejércitos de Felipe II: del Tercio a la Milicia”, en: RIBOT, L. y BERENGUER, E. (coords): *Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI*. Tomo II. La Monarquía, recursos, organización y estrategias. Madrid, 1998. pp. 477-496.

<sup>87</sup> CONTRERAS GAY, J.: “El siglo XVII y su importancia en el cambio de los sistemas de reclutamiento durante el Antiguo Régimen”, en: *Studia Histórica. Historia Moderna*, nº 14 (1996). p. 144.

<sup>88</sup> Las principales evidencias de este cambio se reflejan en: “el abandono de la concepción nobiliaria del soldado, uso progresivo del mercenariado, servicio militar extensivamente obligatorio, mayor disciplina, escasos niveles de profesionalización, refuerzo del control administrativo militar, tendencia a una mayor homogeneidad entre las tropas y una progresiva jerarquización en los cuadros de mando”. CONTRERAS GAY, J.: La problemática militar en el interior..... *Op. cit.* p. 3.

<sup>89</sup> BORREGUERO BELTRÁN, C.: “De la erosión a la extinción de los Tercios españoles”, en: GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (eds): *Guerra y Sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y*

estancamiento demográfico de Castilla y la intensificación de la actividad bélica con la apertura de nuevos teatros de operaciones, cuya conjunción vino a colapsar el sistema militar hispano. Thompson aporta otra explicación, en este caso de carácter económico. Según sus investigaciones las curvas de precios y salarios iniciaron, por esos años, una separación espectacular a favor del asalariado que duraría hasta 1642 (excepto entre 1594-1600, y 1626-27). Mientras el ejército se nutrió mayoritariamente de voluntarios, la Corona tuvo que competir en el mercado laboral y, conforme fue avanzando el siglo XVI, lo hizo en condiciones cada vez más desfavorables. Uno de los cambios más evidentes del cambio de tendencia lo documentó a partir de 1534, cuando los salarios iniciaron una línea ascendente hasta finales del siglo XVI, que supuso multiplicar su valor por tres. De esta manera, el poder real se vio obligado a incrementar la cuantía de la paga ofrecida al soldado, que pasó de 38 maravedíes en 1551-60 a 83 en 1581-1600<sup>90</sup>.

Pero este aumento no fue suficiente para competir con el mundo civil que, en la mayoría de los supuestos, ofrecía unas condiciones más ventajosas. Por ejemplo, un soldado de infantería armado con pica, sin ninguna protección, conocido como pica seca, percibía 34 maravedíes, más otros 11 si era coselete o arcabucero. Con esta suma debía costearse su manutención y, posiblemente, pagar un impuesto del 1% a los contadores mayores, más otro sobre sus alimentos. Por el contrario, la vida civil, en momentos coincidentes con la máxima actividad agrícola, ofrecía más incentivos, pues se podía llegar a ganar 5 reales diarios (unos 150-170 maravedíes), más comida. Así, el estancamiento demográfico, unido a la subida de los salarios, convirtió la escasez esporádica de reclutas en una deficiencia crónica; ya que, tal y como hemos podido comprobar anteriormente, los métodos de reclutamiento utilizados por los Habsburgo dependían de la existencia de recursos demográficos abundantes y que los potenciales reclutas pudieran esperar mayores oportunidades luchando en Europa que permaneciendo en sus lugares de origen<sup>91</sup>.

Pese a todo, la paga no fue de los alicientes a la hora de alistarse, ya que en muchas ocasiones cualquier ocupación en la vida civil estaba mejor remunerada que el servicio militar. Lo que parece haber servido de acicate para alistarse en los ejércitos reales fue la exención de impuestos y la posibilidad de obtener botín (bien tras el posterior saqueo a la toma de alguna ciudad opulenta, o por el rescate obtenido por un

---

*cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*. Vol I. Política, estrategia, organización y guerra en el mar. Madrid, 2006. pp. 450-451.

<sup>90</sup> THOMPSON, I.A.A.: Guerra y..... *Op. cit.* pp. 130-131.

<sup>91</sup> *Ibidem.* pp. 135-138.

enemigo capturado); junto a esto, se encontraba la prima de enganche, que se paga en mano, y en efectivo, en el momento de alistarse, aunque su cuantía variaba considerablemente dependiendo de la situación económica. Para concluir, tampoco podemos ignorar el deseo de aventuras y salir de la monotonía diaria, sobre todo en una época en la que la vida se desarrollaba, en general, en el lugar de nacimiento, sin demasiadas oportunidades de viajar, inserta en la rutina del trabajo diario<sup>92</sup>.

Espino López, en su trabajo sobre la oficialidad catalana en el ejército de los Habsburgo, centrado en el periodo 1635-1700, se plantea este interrogante. Según su criterio, la principal motivación para emprender la carrera de las armas, en el caso de los cuadros de mando procedentes del Principado, era la tradición familiar, ya que la presencia de pariente en un puesto de mando podría ser un trampolín para emprender este arduo oficio. Además, tal y como podremos comprobar más adelante, los reclutamientos de unidades militares por parte de particulares eran una buena vía de introducción para jóvenes inclinados hacia la milicia<sup>93</sup>. Según nuestro criterio, estaríamos en condiciones de afirmar que estas premisas también se pueden apreciar en el caso de la nobleza castellana, ya que al igual que en otros ámbitos de la vida, las relaciones familiares eran la mejor vía para iniciarse en una actividad.

En otro orden de cosas, el incremento de la demanda de efectivos militares acarrió una serie de alteraciones en los sistemas de reclutamiento, cuyas principales consecuencias fueron: un incremento de los contingentes reclutados mediante contratos con particulares, así como de su precio; una progresiva disminución del carácter voluntario de los reclutas y una pérdida de control, por parte de la Corona, en lo referente al alistamiento. Asimismo, aumentaron las levas en las reinos periféricos de la península ibérica, lo que facilitó el auge de reclutamiento indirecto (asentistas, nobles y ciudades), pues en esos territorios la autoridad real era más débil, y el único método eficaz de reclutar tropas en estos territorios consistió en dejarlo en manos de terceras personas. Con los años, tales prácticas se extendieron al corazón de la Monarquía, ya que la Corona empezó a utilizar cada vez con más frecuencia los servicios de nobles y oligarcas urbanos para levantar contingentes militares, arrogándose la prerrogativa de nombrar sus propios oficiales, lo que tenía un claro objetivo: convencer a la nobleza

---

<sup>92</sup> TALLET, F.: *War and society in Early Modern Europe, 1495-1715*. Londres, 1992. pp. 94-97.

<sup>93</sup> ESPINO LÓPEZ, A.: "Oficiales catalanes en el ejército de los Austrias", en: *Cuadernos de Historia Moderna*, nº 24 (2000), pp. 44-45.

para que usara su influencia para levantar tropas<sup>94</sup>. Sin embargo también tuvo consecuencias lesivas, debido a la abundancia de poderes encargados del reclutamiento, pasando del monopolio de la Corona, a través de los capitanes nombrados por el consejo de Guerra, a la participación de ciudades y nobles en el proceso, por lo que el rey debía compartir una base social más reducida con otras entidades, lo que se tradujo en una disminución de los contingentes de voluntarios reclutados bajo la autoridad real<sup>95</sup>.

Pero según Tallet, ambos sistemas de reclutamiento, comisión y asiento, a pesar de ser diferentes tenían aspectos comunes, lo que nos permitiría hablar de un único procedimiento en el que se dan variaciones. En este sentido, ambos eran voluntarios, exigían una inversión por parte de su capitán, el cual consideraba la compañía como algo privado o cuasi-privado (incluso cuando había sido levantada por comisión)<sup>96</sup>.

Durante el siglo XVII se produjo un incremento de las necesidades militares de los estados, en unas proporciones desconocidas hasta ese momento. Pero al mismo tiempo, los problemas planteados para satisfacer esta demanda nos indican la ineficacia de las estructuras militares vigentes. Pese a todo, los estudios más recientes inciden en que durante la mayor parte de los siglos XVI y XVII, el porcentaje de castellanos que formaron parte de los ejércitos españoles, con respecto a la población total, fue mínimo. Según Lindegren, todo parece indicar que en el intervalo comprendido entre la segunda mitad del siglo XVI y principios del siglo XVII, se reclutaban en Castilla, de media anual, unos 8.000 hombres para servir en el ejército. En la coyuntura más crítica, el periodo comprendido entre 1618-1659, se calcula que cerca de 300.000 castellanos murieron en combate, de una población total de aproximadamente 6 millones. De manera que la tasa anual de pérdidas debió andar próxima al 0,13% de la población total entre 1618-1659; o el 0'11% entre 1620-1669. Según este autor, el porcentaje de bajas al año, entre 1559 y 1659 fueron, aproximadamente del 0'1%, las cuales serían más que

---

<sup>94</sup> TALLET, F.: *Op. cit.* p. 73. Parker pone de manifiesto la importancia de las tropas reclutadas por los señores, incluso en la Francia de finales del siglo XVII, cuando los ejércitos del Rey Sol superaban los 400.000 hombres. En esas circunstancias, los contingentes levantados por los señores entre sus parientes y sus vasallos, continuaron teniendo una gran importancia. La suma de los vínculos personales a las obligaciones militares servía para reforzar la cohesión de las unidades, de manera que se tratara de proveer la oficialidad entre familiares y vecinos, y que reclutaran el mayor número de vasallos posibles. PARKER, G.: "El soldado", en: *El hombre barroco*, Madrid, 1992. p. 55. (1ª edición en italiano: Roma, 1991).

<sup>95</sup> Pero este fracaso de la Corona, tal y como considera Contreras Gay, puede ser interpretado desde una doble dimensión: una negativa, basada en la pérdida de soberanía, el fracaso del gobierno absoluto y del absolutismo en Castilla, al ser el control de los ejércitos unos de los pilares del estado; la otra, más positiva, que incide en la extensión del concepto de deber y servicio militar a las autoridades locales, de manera que no se produciría un fracaso del gobierno real ya que, aunque exigüos, se obtienen algunos resultados. CONTRERAS GAY, J.: "El siglo XVII y su importancia....." *Op. cit.* pp. 153-54.

<sup>96</sup> TALLET, F.: *Op. cit.* pp. 71-72.

soportables, pues según sus datos, los niveles de reclutamiento castellanos permanecieron más o menos estable tanto en el periodo anterior a 1618 como a partir de entonces<sup>97</sup>. No obstante, si el número de muertos en combate se compara, en vez de con la población, con el número de hombres adultos en edad militar, el porcentaje para los años comprendidos entre 1559-1659, ascendería al 10%. En este sentido, se puede concluir que los costes humanos derivados de los conflictos bélicos, tuvieron un impacto mucho mayor para los reinos pequeños que para los grandes<sup>98</sup>.

## **2.2. INTENTOS DE ESTABLECER CONTINGENTES MILITARES FIJOS.**

La solución más lógica a tales problemas sería el establecimiento de algo parecido a una especie de servicio militar obligatorio. Sin embargo, estos proyectos solo tuvieron éxito, en un primer momento, en Suecia. No obstante otros estados, tratando de aprovechar el relativo éxito del país nórdico, intentaron establecer fuerzas militares con vocación de continuidad aludiendo, tal y como hemos visto anteriormente, a ciertas obligaciones (mal definidas) sobre el deber de defender la patria.

En Suecia estas prácticas ya tenían una arraigada tradición, pues allí el concepto de servicio militar estaba extendido desde el siglo XVI, cuando se establecieron listas de hombres susceptibles de ser reclutados para la milicia. El alistamiento estaba basado en la idea de servicio militar obligatorio, repartido en distritos o circunscripciones, correspondientes a las provincias rurales, creando una especie de identidad comunal. Es probable que se desarrollara alguna clase de sentimiento nacionalista, con motivo de la ruptura con Dinamarca, y un sentimiento religioso, como consecuencia de la Reforma, los cuales contribuyeron a inspirar cierto espíritu de patriotismo en el ejército sueco. Esta forma de reclutamiento forzoso dio lugar a los sistemas conocidos como “indelningsverk” o “indelta”, los cuales, modificados, estuvieron en vigor hasta principios del siglo XX. Según este designio, cierto número de granjas tenía que proporcionar un soldado y ocuparse de su mantenimiento. Esta tarea se cometió a los

---

<sup>97</sup> LINDEGREN, J.: “Men, money and means”, en: CONTAMINE, P. (ed): *War and competition between states*. Oxford University Press, 2000. pp. 132-137.

<sup>98</sup> *Ibidem*. pp. 139-143.

propietarios agrícolas, quienes debían darle un trozo de tierra y construirle una casa. Además, cuando fuera llamado a filas, debían ocuparse de sus tierras y de mantener a su familia<sup>99</sup>.

Estos efectivos, conocidos como milicias, proliferaron por todo el continente europeo; sin embargo, los intentos de constituir unas tropas permanentes, basadas en la obligación de los súbditos de defender el Reino, no tuvieron demasiado éxito, y cuando se consiguieron reunir las, demostraron su inoperancia en el combate ante tropas bien entrenadas, de carácter voluntario. En el caso de España, el reinado de los Reyes Católicos fue el periodo en el cual se hicieron los mayores esfuerzos destinados a constituir un ejército permanente. En cierta manera, la Hermandad de ciudades castellanas, restablecida entre 1476 y 1497, siguiendo el modelo de las Hermandades o milicias concejiles fue, de hecho, un ejército permanente, aunque sus funciones fueron el mantenimiento del orden público y persecución de los malhechores.

Además, entre 1492 y 1503 se promulgaron una serie de ordenanzas y reales decretos que pusieron las bases para la constitución de una estructura militar de naturaleza permanente la cual, en muchos aspectos, serviría como modelo. Destaca la publicada en septiembre de 1495, que obligaba a todos los súbditos, en función de su riqueza, a mantener armas ofensivas y defensivas<sup>100</sup>. En febrero de 1496 otra ordenanza estableció una reserva militar compuesta por toda la población. Se establecía que uno de cada doce pecheros, entre los 20 y los 45 años, podría ser llamado a filas en caso de necesidad. Al mismo tiempo se dejaba la puerta abierta a que, con motivo de una

---

<sup>99</sup> El artífice de la instauración de un estadio primitivo de un sistema militar obligatorio fue el monarca Gustavo Adolfo, que dispuso el llamamiento de todos los hombres entre 18 y 40 años, para servir durante 30. Las listas de hombres susceptibles de ser llamados, se confeccionaban anualmente por los pastores y los clérigos de las parroquias, las cuales eran utilizadas por los oficiales para dividir a los hombres en grupos, cada uno de los cuales tenía que proporcionar y equipar un soldado. El tamaño de cada grupo (generalmente entre 10 y 20) se fijaba dependiendo del número de reclutas que se necesitaban cada año. De esta manera se reclutaron unos 50.000 hombres entre 1626 y 1630. Sin embargo este sistema también presentaba inconvenientes, pues era sumamente gravoso para un país tan poco poblado como Suecia, ya que agotó sus reservas demográficas rápidamente y se vio obligada a reclutar tropas mediante asentistas privados para combatir en el continente. Sobre el ejército sueco, véase el trabajo de ROBERTS, M.: *Gustavus Adolphus, a history of Sweden, 1611-1632*. 2 vols. Londres, 1953-1958. Véase también: ABERG, A.: "The swedish army from Lützen to Narva", en: *Sweden's age of greatness, 1632-1718*. Londres, 1973. ROTHENBERG, G.E.: "Mauricio de Nassau, Gustavo Adolfo, Raimundo Montecuccoli y la revolución militar del siglo XVII", en: PARET, P. (coord.): *Creadores de la estrategia moderna. Desde Maquiavelo a la era nuclear*. Madrid, 1992. pp. 45-73. (1ª edición inglesa: Princeton University Press, 1986).

<sup>100</sup> Juan Bautista Gil de Velasco, arcipreste de Mena, alude a una pragmática de los Reyes Católicos de 18 de septiembre de 1495, dada en Tarazona, según la cual se estipuló que en todos los lugares con más de 100 vecinos se realizaran ejercicios militares en determinados días. GIL DE VELASCO, J.B.: *Católico y marcial modelo de prudentes y valerosos soldados*. Madrid, 1650. Fol. 24r-v.

situación de emergencia, esta cantidad pudiera ser incrementada. En última instancia, se decretó conceder un salario a quienes prestaran servicio en esta milicia<sup>101</sup>.

En este sentido, la evolución histórica de la península ibérica permitió establecer un punto de partida favorable a la instauración de organizaciones militares estables. Como consecuencia del estado de guerra permanente, y la perenne necesidad de combatientes, el denominado “estado llano” estuvo mucho más involucrado en las tareas militares que el resto de Europa donde, según la mayoría de los expertos, la vigencia del régimen feudal<sup>102</sup> dificultó el acceso a las armas del pueblo.

Una de las iniciativas más importantes, tendentes a la constitución de una milicia permanente en Castilla, fue la llevada a cabo por el cardenal Cisneros durante su regencia (1516). Su origen data de los meses anteriores a la muerte de Fernando el Católico, a quien se remitió un proyecto para organizar una fuerza de 10.000 hombres, que posteriormente se redujo a 6.000. La principal motivación que se encontraba detrás de la propuesta, aludía al intento de dar una respuesta satisfactoria a los problemas de seguridad interna<sup>103</sup>.

Tras la muerte del rey, el cardenal promulgó una orden, circunscrita exclusivamente a León y Castilla, para establecer una reserva de 30.000 hombres, formada por hombres de 20 a 40 años, que se alistarían de manera voluntaria. Es de destacar el carácter selectivo de esta milicia, pues entre todos los voluntarios presentados, el capitán reclutador, el corregidor y el escribano del concejo, deberían elegir a los más aptos. Todos los seleccionados estarían obligados a servir cuando lo determinara la autoridad, a cambio de una serie de privilegios. Sin embargo, era el alguacil del lugar quien adquiriría el rango de capitán de la tropa de su localidad, la cual

---

<sup>101</sup> QUATREFAGES, R.: “Génesis de la España militar moderna”, en: *Militaria. Revista de Cultura Militar*, nº 7 (1995). p. 63.

<sup>102</sup> Aunque no es este el lugar donde abordar la importancia del feudalismo, y sus repercusiones en la Europa medieval, únicamente referimos que fue un sistema contractual de relaciones políticas y militares, vigente durante la mayor parte de la Edad Media, caracterizado por la concesión de feudos a cambio de una prestación política y militar. Además se trataba de un contrato, sellado por un juramento de homenaje y fidelidad, aunque tanto el señor como el vasallo eran hombres libres. Para profundizar en esta problemática, destacamos: GANSHOF, F.L.: *El feudalismo*. Barcelona, 1974 (1ª edición en inglés: Bruselas, 1944). MOXÓ, S. de: *La disolución del régimen señorial en España*. Madrid, 1965. GRASSOTTI, H.: *Las instituciones feudo-vasalláticas en León y Castilla*. 2 vols. Spoleto, 1969. SÁNCHEZ-ALBORNOZ, C.: *En torno a los orígenes del feudalismo*. 3 vols. Buenos Aires, 1974-1979. PÉREZ DE TUDELA Y VELASCO, Mª I.: *Infanzones y caballeros: su proyección en la esfera nobiliaria castellano-leonesa (S. IX-XIII)*. Madrid, 1979. BARBERO, A. y VIGIL, M.: *Sobre los orígenes sociales de la Reconquista*. Barcelona, 1974. *La formación del feudalismo en la península ibérica*. Barcelona, 1986 (4ª edición). VV.AA.: *Estructuras feudales y feudalismo en el mundo mediterráneo (siglos X-XIII)*. Barcelona, 1984.

<sup>103</sup> GARCÍA ORO, J.: *Cisneros. Un cardenal reformista en el trono de España (1436-1517)*. Barcelona, 2007. pp. 254-255. (1ª edición: Madrid, 2005).



debía pasar revista el primer domingo de cada mes. Esta propuesta se encontró con una fuerte resistencia por parte de la nobleza, pues no veía con buenos ojos la posibilidad de armar al pueblo, pues podría aprovechar la ocasión para llevar a cabo un levantamiento. Tales temores no sólo no se disolvieron sino que, los acontecimientos de las Comunidades y las Germanías, vinieron a dar la razón a todos aquellos que desconfiaban de entregar armas al tercer estado, y explican, en buena medida, el fracaso de los sucesivos proyectos. Pese a todo, se pudo reunir el contingente previsto, pero incrementando los efectivos reclutados en algunas zonas, ya que otras se negaron. Sin embargo, la medida sólo se mantuvo en vigor hasta la muerte de Cisneros, posteriormente esta reserva desapareció por licenciamiento o por integración en otras unidades<sup>104</sup>.

A mediados de la década de los 30 del siglo XVI, Diego de Salazar, muy influenciado por el pensamiento de Maquiavelo<sup>105</sup>, el cual a su vez se declaró un devoto admirador del modelo romano, defendió la importancia del estamento llano como la piedra angular sobre la que se debía sustentar la defensa del Estado; en definitiva, se muestra partidario de la existencia de un ejército de ciudadanos. De sus ideas se desprende que el ejercicio de las armas no debía ser considerado como algo ajeno a la vida civil, ni como un medio de vida; en definitiva no concibe la milicia como una profesión. En este sentido, se asiste a una encendida crítica de todos aquellos que se dedican profesionalmente a la guerra, es decir los mercenarios, que combaten por el sueldo, ya que en su modelo de organización militar, no se contempla que los combatientes percibieran gratificación alguna. Tras este alegato a favor del ciudadano como soldado se esconde un hecho de carácter práctico: el ciudadano, que ya tenía una ocupación, y era requerido para prestar servicio militar, buscaba que el conflicto durase lo menos posible, para poder volver a sus quehaceres diarios, en oposición a quienes combatían por dinero<sup>106</sup>.

Pero el hecho de que las fuerzas armadas estén compuestas únicamente por súbditos, no implica que sea un ejército voluntario. El príncipe, en virtud de la autoridad que tiene, puede y debe seleccionar a aquellos que considere los mejores, tanto

---

<sup>104</sup> QUATREFAGES, R.: La revolución militar moderna..... *Op. cit.* pp. 253-260.

<sup>105</sup> MAQUIAVELO, N.: *Del arte de la guerra*. (Edición de: CARRERA DÍAZ, M., Madrid, 2008). GILBERT, F.: "Maquiavelo: el Renacimiento del arte de la guerra", en: PARET, P. (coord.): *Op. cit.* pp. 25-42.

<sup>106</sup> SALAZAR, D. de: *Tratado de Re Militari, hecho a la manera de diálogo entre los ilustrísimos señores D. Gonzalo Fernández de Córdoba, llamado Gran Capitán y duque de Sessa, y D. Pedro Manrique de Lara, duque de Nájera* (.....). Usamos la edición de BOTELLA ORDINAS, E. Madrid, 2002. pp. 29-35. (1ª edición: Alcalá de Henares, 1536.)

voluntarios como forzados, para servir en el ejército cuando la necesidad lo requiera. Este planteamiento parte de un hecho claro: los soldados voluntarios no necesariamente tienen que ser los mejores y, no olvidemos, el príncipe solo debe escoger a éstos, ya que si no lo hiciera no se podría hablar de selección, sino de imposición<sup>107</sup>.

Pese a todo, Salazar se muestra contrario al establecimiento de un ejército de carácter estables por los graves daños que pueden causar. No obstante, si esta circunstancia era inevitable, debía ser lo menos numeroso posible<sup>108</sup>. De la misma manera, su modelo de ejército se basa más en la cantidad que en la calidad; un ejército no profesional, en el que todos se ejercitaran los días de fiesta, con un claro objetivo: buscar una mayor cohesión entre ejército y sociedad. También critica una corriente de pensamiento que, conforme avanza el tiempo, estará cada vez más presente en los teóricos de la milicia: un ejército pequeño y bien pagado, profesionalizado, es la meta a alcanzar en el terreno militar. Para defender sus argumentos pone de relieve el excesivo coste que esto supondría para las finanzas públicas, y que no satisfaría las demandas de hombres en caso de un conflicto bélico; además, considera que, únicamente el salario, no es garantía de la fidelidad de las tropas. Otro de los postulados que se dedicó a socavar fue la idea, aceptada en mayor o menor medida, de que un ejército numeroso era sinónimo de indisciplina<sup>109</sup>.

Según nuestro criterio, consideramos que Salazar pone de manifiesto unos postulados que, con el tiempo, se demostrarán válidos; a pesar de que en su pensamiento no se concebía la existencia de un ejército permanente. Ciertamente, el modelo defendido por un considerable número de escritores militares, basado en la existencia de unas fuerzas armadas no demasiado numerosas, pero donde primara la calidad del combatiente, se empezó a demostrar cada vez menos válido en un contexto de guerra casi permanente, donde las necesidades militares de los estados aumentaron de manera espectacular<sup>110</sup>. Al mismo tiempo, tal y cómo ocurrió en el caso de Francia

---

<sup>107</sup> “los que voluntariamente militan no son de los mejores, antes de los peores de una provincia, porque todos, o los más, viven ociosos y sin freno y sin religión, fugitivos del dominio del padre, blasfemadores, jugadores, escandalosos y malcriados, que no son de otra manera los que quieren tener la guerra por oficio. Y tales costumbres no pueden ser más contrarias a una verdadera y buena milicia. (.....) De manera que, siendo forzado de tomarlos todos, no se pueden llamar elección, sino soldadar gente. Con esta tal desorden se hacen hoy los ejércitos en España y en otras partes”. *Ibidem*. pp. 115-116.

<sup>108</sup> *Ibidem*. p. 114.

<sup>109</sup> *Ibidem*. pp. 121-123.

<sup>110</sup> Uno de estos testimonios (anónimo, recogido muy posiblemente a principios de la década de los 40 del siglo XVII, se muestra partidario de la existencia de un ejército pequeño, pero disciplinado, pagado puntualmente, bien abastecido y con una provisión de reclutas permanente, para paliar las bajas. Pues uno de mayor tamaño, si no reúne estas condiciones, será poco operativo. Llama la atención que en un

durante el reinado del Rey Sol, la única forma de poner en campaña ejércitos cuyo número oscilara entre los 300.000-400.000 hombres, era el recurso, en diferentes formas, al estamento llano. Lo que ocurrió fue que, además de cantidad, con una preparación militar adecuada y unas buenas redes logísticas, se consiguió un combatiente de mayor calidad.

Apreciaciones de carácter similar parecieron poco después, a mediados del siglo XVI, muy probablemente en los primeros años de reinado del Rey Prudente, cuando un personaje anónimo dio su opinión sobre el establecimiento de una milicia en Castilla. En su dictamen, no se muestra favorable a su constitución, ya que los problemas causados no compensarían los hipotéticos beneficios. El principal inconveniente se refiere a la baja condición social de los hipotéticos reclutas que, con el reclamo de los incentivos que se les concederían, formarían parte de ella. Pero detrás de todo se esconde el temor existente a entregar armas al pueblo, ya que todavía estaban recientes los sucesos de las Comunidades, y la amenaza de una rebelión armada a nivel general. Además, no podían ser ignorados los inherentes problemas de orden público que tendrían lugar como consecuencia, de dar armas a un número considerable de individuos<sup>111</sup>.

Los años finales del reinado de Felipe II, y los primeros de su sucesor, Felipe III, fueron testigo de un ingente número de escritos sobre esta cuestión, y el establecimiento de unas fuerzas armadas de carácter permanente, con el objetivo prioritario de defender la península, basadas en el concurso principal de individuos procedentes del tercer

---

momento de máxima urgencia, con la presencia de la guerra en la península, se opte por unos contingentes menores en número. Según este autor: “(.....) un ejército de 12.000 o 14.000 infantes y 3.000 caballos, bien gobernado y disciplinado, es invencible en los tiempos presentes, si V.M. lo pone en campaña y lo mantiene con nuevas reclutas, por no haber príncipe que tenga fuerzas para oponerse a el, con otro de estas calidades. Y si le tuviese mayor, y le faltase alguna de las dichas, militando en España, se perderá más presto; y lo mismo sucederá al de V.M. si tuviere más gente, por no ser el país tan pingüe que lo pueda sustentar, y faltarle de ríos navegables para poder llevar de una parte a otra”. *Memorial dirigido a S.M. sobre el arte y disciplina militar*. S.f., s.l. Fol. 4v.

<sup>111</sup> “(.....) Digo yo ahora que una gente que de su condición es inquieta, tanto que se escribe de ella que cuando le faltan enemigos de fuera, los busca en casa, y que podemos decir que huelga con novedades que hará, acrecentándoles las libertades, las cuales serán ocasión de removerles el estómago a mil desórdenes. Demás de esto, muy pocos quedarán en España que no anden armados, porque el que fuere de Madrid, si fuere a Segovia, andará armado, y si le quisieren quitar las armas, dirá que es de la milicia de Madrid, y para ello mostrará una cédula falsa o prestada; y de esta manera, todos serán de la milicia, y todos andarán armados. Y así, el pueblo tendrá la fuerza, y como entre ellos habrá muchos moriscos y marranos y villanos, cualquier novedad hallará gente aparejada al humor de que fuere la misma novedad, porque así les ha acaecido a franceses con su infantería. Demás de esto, ¿qué camino habrá seguro, de noche ni de día, ni que cosa, siendo todo lleno de gente armada y señora de sus armas? Por lo cual, a los rufianes y ladrones se les abre una puerta muy grande, porque debajo de ellas, a las de esta milicia, a donde por fuerza han de tener amigos, podrán hacer sus mangas”. *Apuntamientos sobre la milicia cuando se trataba de ello, dados por uno a quien S.M. mandó que le diese su parecer en Madrid*. S.f., s.l. B.N., Mss. 1752. Fols. 279r-280r.

estado. Uno de ellos fue el de Álava y Viamont, en cuya obra publicada en 1590, se muestra muy sensible con la poca preparación militar de la mayor parte de la población, y con el hecho de que los contingentes armados se levantan para hacer frente a una urgencia puntual, y pasada ésta, se disuelven, y así sucesivamente<sup>112</sup>. De esta manera, se hace imposible la constitución de cualquier estructura militar más o menos estable.

Su proyecto se sustenta en una triple dimensión: primera, saber el número de pilas (parroquias) que hay en el Reino; segunda, conocer el número total de vasallos que tiene el rey; y en tercer lugar, tener registrado el número de grandes, títulos, poseedores de encomiendas y preladados, junto con la renta de la que goza cada uno. Salvadas estas cuestiones previas, su puesta en marcha vendría determinada por un hecho muy simple: cometer a cada pila el sustento de un soldado<sup>113</sup>, a la manera de lo que se hacía en Suecia. Sin embargo, el principal problema que diagnostica el autor es la gran desigualdad demográfica entre los diferentes distritos, pues mientras algunos podrán hacer frente a sus compromisos, para otros resultaría imposible.

Para solventar este problema propone dividir el número total de vecinos<sup>114</sup>, cuya suma estima en 800.000, entre el de parroquias, para el cual da una cifra, a modo de ejemplo, de 40.000. El resultado, 20, sería el número de hombres que estarían obligados a socorrer a un soldado con todo lo necesario; en definitiva, una parroquia equivaldría a 20 hombres. De este modo, se podría juntar una milicia de 40.000 hombres, correspondientes al número de parroquias, los cuales se reclutarían entre “los oficiales que de ordinario acuden a su trabajo”. Aunque únicamente se alistaría uno de cada 20 (un 5%), su levantamiento implicaría detraer mano de obra de actividades productivas, lo cual repercutiría negativamente en la economía del Reino<sup>115</sup>. Esta circunstancia nos llevaría la siguiente pregunta: ¿a partir de que tasa, el reclutamiento de efectivos entre individuos empleados en ocupaciones útiles para la “república”, tiene consecuencias nocivas para la situación económica general?

Con todo, la gran ventaja de su proyecto es de carácter económico. En este sentido, destaca el importante ahorro que supondría para la Real Hacienda el levantamiento de este contingente; en definitiva, se trataría de optimizar al máximo los recursos disponibles, tanto humanos como económicos, para obtener los mayores

---

<sup>112</sup> ÁLAVA Y VIAMONT, D.: *El perfecto capitán, instruido en la disciplina militar y nueva ciencia de la artillería*. Madrid, 1590. Fol. 26r.

<sup>113</sup> *Ibidem*. Fol. 26r-v.

<sup>114</sup> A pesar de que no lo menciona expresamente, interpretamos que el autor vincula el término vecino con el de hombres en edad militar.

<sup>115</sup> *Ibidem*. Fol. 26r-v.

resultados al menor coste posible. De este modo, si se hubieran de reclutar 40.000 hombres por los medios tradicionales, el coste sería incalculable. Sin embargo, con solo la tercera parte de esa cantidad, el autor considera que se podría poner en marcha este designio, “siendo más de cuatro [millones], y aún de cinco los que de ordinario se gastan en juntar un ejército que no tiene la tercera parte de gente”<sup>116</sup>. Según sus cálculos, el gasto total ascendería a 1’2 millones de ducados, cifra resultante de multiplicar los 40.000 hombres por la paga anual de cada uno de ellos, establecida en 30 ducados. La mayor parte del ahorro vendría determinado por la reducción, casi total, de los daños causados por los reclutamientos, alojamientos y marchas, los cuales repercuten sobre las localidades donde se realizaban, pues todos los soldados irían debidamente pagados y abastecidos, desde el primer día de servicio hasta el último<sup>117</sup>.

A pesar del aliciente de la paga, es consciente de que un número importante de estos hombres no estarían dispuestos a abandonar sus empleos, al menos de forma voluntaria, para servir en la milicia. Para animarlos a servir, y tratar de que el reclutamiento no fuera cubierto exclusivamente con forzados, propone que se concedan exenciones y privilegios a los que formen parte de ella, tanto a ellos como a sus localidades de origen<sup>118</sup>.

Para terminar, en cuanto a las cuestiones de carácter organizativo, considera acertado fraccionar este contingente en 5 “batallones” de 8.000 hombres cada uno, los cuales llevarían el nombre de alguna de las provincias de España (Andalucía, Castilla la Vieja, Galicia o Vizcaya), en un claro antecedente de los denominados “tercios provinciales”, y cada uno de ellos se dividiría en 32 compañías de a 250 hombres cada una<sup>119</sup>.

Álamos de Barrientos, en su escrito dirigido al Felipe III (1598), se muestra partidario de instaurar una milicia permanente en la península para asegurar su defensa. En su pensamiento se encuentran muy recientes los ataques ingleses contra las costas

---

<sup>116</sup> *Ibidem*. Fol. 26v.

<sup>117</sup> *Ibidem*. Fol. 27r-v.

<sup>118</sup> “(.....) por ser la gente de España más inclinada a desear negocios de honra y autoridad, cual es la que se les puede seguir de una exención de un pecho y alcabala, que a todos los intereses que se les pueden representar para mover y facilitar sus ánimos y determinación”. *Ibidem*. Fol. 26v.

<sup>119</sup> “(.....) A estos se les ha de señalar un capitán, un alférez, un sargento, un furrier, dos atambores y un pífano, dos cabos de escuadra, diez conservadores de la disciplina militar, cuyo oficio sería industrial e imponer a la gente bisoña en el lenguaje y trato de la guerra y en los términos de ella, y visitar de ordinario los soldados, riñendo y acusando al que procediere floja y descuidadamente en lo que estuviere a su cargo, para que su superior le castigue. Los cuales conviene se den a soldados viejos que tengan experiencia en la milicia”. *Ibidem*. Fol. 28r-v.

peninsulares, y la falta de una respuesta rápida a este desafío. A la hora de poner en marcha este proyecto, el autor descarga la mayor parte de la responsabilidad sobre la autoridades civiles, ya que serán las encargadas de reclutar, conforme a su criterio, el número que ellos consideraran oportuno, entre los hombres hábiles cuya edad estuviera comprendida entre los 17 y 40 años (piensa que no sería demasiado difícil crear una reserva de 50.000-60.000 hombres, aunque a todas luces parece excesiva). De esta manera, el proyecto de milicia esbozado por Barrientos, parte de un reclutamiento forzoso, el cual era rechazado por la mayoría de los escritores militares, quienes se decantaban por un modelo basado en la presencia de voluntarios. Sin embargo, con una adecuada política de incentivos, se podría lograr que estuviera compuesta en su mayor parte por individuos con vocación militar.

Su formación no significaría una carga excesiva para los municipios, en especial si la Corona ponía algo de su parte y les concedía algunos privilegios (aunque no dice cuáles). Al igual que en otros proyectos similares, se contemplaba la concesión de premios, privilegios y ayudas de costa, para todos los alistados en ella, con la obligación de ejercitarse los días festivos, todo ello con el objetivo de hacer atractivo el servicio y que hubiera un número considerable de individuos dispuestos a formar parte de ella<sup>120</sup>. En cuanto a la principal crítica que ha habido contra los designios para establecer una milicia permanente, el temor a un levantamiento armado, considera que esta sospecha es infundada por la lealtad que han demostrado los súbditos de la Corona de Castilla, y por los beneficios que acarrearía para asegurar la defensa peninsular<sup>121</sup>.

El estado de preocupación existente, en cuanto a la falta de formación militar de la población castellana en general, fue recogido por Pedro Frías Cascales, criado del archiduque Alberto. En una obra dirigida a Felipe III puso de manifiesto el estado de desmilitarización de la península ibérica, el cual quedó de manifiesto durante el levantamiento de los moriscos de Granada, y los ataques ingleses contra las costas peninsulares, donde la población local no fue capaz de oponer una resistencia eficaz a los atacantes<sup>122</sup>. Las principales deficiencias que diagnostica son: abandono de las

---

<sup>120</sup> ÁLAMOS DE BARRIENTOS, B.: *Discurso político al rey Felipe III al comienzo de su reinado*, por (.....). Usamos la edición de SANTOS LÓPEZ, M. Barcelona, 1990. pp. 93-94. (1ª edición: Madrid, 1598.)

<sup>121</sup> *Ibidem*. pp. 94-95.

<sup>122</sup> “(.....) En nuestros tiempos se ha experimentado cuantos y cuan grandes daños se han seguido a la autoridad y reputación de España, por la falta de armas y ejercicio de ellas, pues en las ocasiones que de pocos años a esta parte se han ofrecido en Granada, La Coruña, Lisboa y Cádiz, vimos sus moradores y convecinos tan confusos, tímidos y turbados por el poco o ningún ejercicio de las armas, que cuatro enemigos sin ellas, descalzos y sin disciplina militar, gobernados por una mujer, los pusieron en el más

fortalezas interiores, escasez de armas y falta de vocación militar en general. Según su criterio, se trata de una carencia que se venía arrastrando desde el final de la Reconquista cuando, tras la expulsión de los musulmanes, se empezó a asistir a una cierta relajación de todo lo relacionado con la guerra<sup>123</sup>.

El objetivo de su escrito era instituir en España unos contingentes militares de carácter permanente. Su reflexión parte de una valoración muy negativa de la situación militar de la península ibérica, pues a pesar de la existencia de unas embrionarias fuerzas de carácter permanente, las cuales serían el armazón sobre el que constituir unos contingentes más numerosos, éstas se encuentran prácticamente desmovilizadas y no cumplen con sus obligaciones. ¿Pero cuál es el camino a seguir para que se pudiera constituir algo parecido a una milicia? La propuesta de Frías Cascales está basada en un reclutamiento de carácter voluntario, pero es consciente de que se debían ofrecer algunos atractivos para atraer a los potenciales reclutas. El principal acicate consistiría en revitalizar una antigua pragmática que prohibía el uso de sedas a “los oficiales mecánicos y otros de su calidad”; y al mismo tiempo, autorizar su uso únicamente a quienes se comprometían a tener armas a su costa (“arcabuces con sus requisitos, picas con morriones, alabardas, montantes, espadas y rodela y también coseletes las personas de más cantidad”), en función de su riqueza<sup>124</sup>. Según nuestro criterio, a pesar de que las cuestiones de carácter simbólico y honorífico eran importantes en la sociedad castellana de la época, consideramos que este incentivo no sería lo suficientemente llamativo, para que un número significativo de individuos se mostraran dispuestos a alistarse y, además, no lo olvidemos, costear sus armas y equipamiento.

Análogamente, en concordancia con lo planteado, los potenciales reclutas tendrían una posición económica más o menos desahogada, gracias a la cual podrían

---

apretado trance que jamás vio España dentro de su casa, el cual fue tanto mayor cuanto menos se tenía ni esperaba”. *Discurso y modo fácil por el cual estará toda España proveída de armas y en continuo ejercicio militar, para la conservación de su monarquía, haciéndose eterna, sin declinación ni caída. A la Sacra Católica Real Majestad del rey don Felipe III, por Pedro Frías Cascales, criado del Serenísimo señor Archiduque Alberto*. S.f., s.l. BN, Mss, 8.446. Fols. 80v-81r.

<sup>123</sup> *Ibidem*. Fols. 76v-79r.

<sup>124</sup> La idea de vincular al pueblo con la posesión de armamento, en función de su riqueza, no era algo novedoso, sino que, en Castilla, tenía una larga tradición. Sin embargo, a diferencia de lo planteado por Frías Cascales, su posesión era obligatoria, y no voluntaria. Los primeros indicios inequívocos, en esa dirección, datan de mediados del siglo XIV, cuando en el Ordenamiento de Sevilla (1337) se establecía la obligación de mantener cierto número de caballos en función de la riqueza; y en las Cortes de Alcalá (1348) se reglamentó esta práctica. En cuanto a la infantería, en el famoso informe del contador Quintanilla (1494) se establecían tres categorías: 5.000, 10.000 y 20.000 maravedíes, cada una de las cuales estaba obligada a mantener un determinado armamento. QUATREFAGES, R.: *La revolución militar moderna..... Op. cit.* pp. 88-91.

hacer frente al desembolso que supondría el coste de sus armas; de manera que nos encontraríamos ante un ejército de hombres acomodados. A primera vista, no parece factible que unos individuos con una posición económica boyante, estuvieran muy interesados en arriesgarla, a cambio, únicamente, de poder vestir prendas confeccionadas con seda. Por otra parte, al contrario de lo planteado por otros autores que abordaron esta materia, se declara contrario a la concesión del fuero militar a los miembros de la milicia, y que sus integrantes estuvieran sujetos a la jurisdicción ordinaria<sup>125</sup>.

Otro de los puntos débiles de su proyecto tiene que ver con los hipotéticos efectivos que se esperaba reclutar, los cuales oscilarían entre 50.000-100.000 hombres, cifra a todas luces excesiva. Este error de cálculo implica un desconocimiento, tanto de la realidad demográfica de Castilla, como de los sistemas de reclutamiento vigentes, pues sería imposible reunir un contingente tan cuantioso sin ocasionar graves trastornos a la economía<sup>126</sup>, máxime cuando sus filas se nutrirían de “oficiales y artesanos”, aquellos que desarrollaban actividades productivas, y con su trabajo contribuían al bienestar público.

Sin embargo, con el objetivo de causar el menor daño posible a la vida económica de la región, los reclutas deberían realizar instrucción y ejercicios militares una vez al mes, siempre en días festivos. Al mismo tiempo, el hecho de que los milicianos tuvieran fuertes vínculos con la localidad donde eran reclutados, garantizaba que serían los primeros interesados en minimizar los efectos de las contiendas, y que se volviera a la normalidad lo antes posible<sup>127</sup>. De este modo, Frías Cascales manifiesta una palmaria oposición a que los contingentes militares se nutran de individuos cuya aspiración es hacer carrera en el ejército; en definitiva hacia el militar profesional, tanto oriundo del Reino como extranjero. Su acusación se basa en que éstos son los más interesados en que el conflicto bélico se prolongue indefinidamente, pues de él obtienen todo lo que desean. Al igual que otros tratadistas que abordaron dicha materia, éste es

---

<sup>125</sup> “(.....) han de estar sujetos a la justicia ordinaria, sin gozar por esta milicia de exención alguna, sino tan solamente el privilegio de poder traer sedas, quedando en todo lo demás obligados a la observancia de las leyes y pragmáticas, y sujetos a las justicias ordinarias, como ahora lo están”. *Discurso y modo fácil por el cual estará toda España.....Op. cit.* Fol. 84v.

<sup>126</sup> *Ibidem.* Fols. 86v-87r.

<sup>127</sup> “(.....) a tales vasallos bien puede fiárseles la guarda del rey y la defensa de su patria, fortaleciéndolos para ello con este modo de milicia, especialmente no fundándose en hombres libres y estragados, cuales comúnmente los suelen ser los de quien se levantan compañías, sino oficiales prendados y arraigados, con hijos, haciendas granjerías y tratos, y muchos con casas, heredades y labranzas. Por lo cual son muy interesados en la paz de la república.” *Ibidem.* Fol. 85r-v.



uno de los aspectos en los que el autor demuestra una mayor sensibilidad. El dilema consistía en que, pese a reconocerse la necesidad de articular unos contingentes militares con vocación de continuidad, bajo ninguna circunstancia podía significar un menoscabo de la vida económica de la “república”.

La esencia de estos proyectos no descansa en el hipotético número de hombres a reclutar, ni en la forma en la que se financiaría su participación. Su importancia reside en dos aspectos. En primer lugar, evidencian las dificultades del poder real para instituir unas fuerzas armadas de carácter estable con las que asegurar la defensa peninsular y, en casos extremos, realizar tareas diferentes a las asignadas en un principio. En cuanto al segundo, buscaban revitalizar la relación del cuerpo social con el ejercicio de las armas, así como delegar la defensa del Reino en manos de individuos que, al tener intereses en la vida económica y social, atenuaran al máximo los estragos causados por la guerra. Este modelo militar era incompatible con los militares profesionales, para quienes la guerra era su modo de vida y un camino para medrar en la sociedad.

### **2.3. LAS LIMITACIONES DEL SISTEMA DE MILICIAS Y BÚSQUEDA DE ALTERNATIVAS.**

Los contingentes militares de carácter popular eran denostados por los profesionales de la milicia, partidarios de unas fuerzas armadas en las que primaran la calidad sobre la cantidad. A este respecto, Contreras Gay considera que tales críticas, basadas en una supuesta mala calidad del plebeyo como combatiente, no deben ser tomadas al pie de la letra, ya que tenían una concepción del soldado como un profesional que hace de la guerra su modo de vida, pero esta apreciación no ofrecía una caracterización completa del soldado, ya que los militares que se alistaban en los tercios respondían a dos perfiles que, por diferentes motivos, a finales del siglo XVI, ven el servicio militar cada vez menos atractivo: el soldado aventurero (debido a la falta de oportunidades, ya que la mayoría de los empleos de la oficialidad se proveían más por favor que por mérito), y el soldado gentilhombre o noble (por la falta de estímulos y la tendencia a un comportamiento general en los ejércitos, donde cada vez es más difícil

destacar, y la progresiva plebetización de los tercios)<sup>128</sup>. Con todo, según Ribot, antes del colapso demográfico de finales del siglo XVI, este sistema fue suficiente para hacer frente a la demanda de hombres de los ejércitos reales y favoreció el reclutamiento voluntario, del que se nutrían los tercios<sup>129</sup>.

Conforme avanzó el siglo XVII, las quejas sobre la ineficacia de los efectivos procedentes de milicia aumentan cada vez más, coincidentes con una reivindicación del soldado profesional. Esta es la motivación que se encuentra tras una propuesta de D. Juan Caniego de Guzmán (fechada en 1626) dirigida a D. Luis de Haro, la cual ya había sido expuesta al conde Puñonrostro (consejero de Guerra), cuyo objetivo era reclutar el mayor número de hombres posibles para asistir a las necesidades presentes. Suponemos que su exposición viene motivada por los sucesos acontecidos en la península ibérica el año anterior, con motivo del ataque anglo holandés sobre Cádiz.

D. Juan critica que a la hora de realizar las levadas, no se incluya en ella a los soldados veteranos, y que la mayor parte de los efectivos procedan de las milicias, “pues de la gente concejil no se puede tener la que convendría, como la experiencia lo enseñó en la guerra de Granada”<sup>130</sup>. El remedio pasaba por confeccionar una relación de todos aquellos sujetos, “de cualquier calidad”, que hubieran militado en los ejércitos del rey y hubieran recibido sueldo. Según el autor, esta cifra sería más que suficiente para formar dos tercios, compuestos por soldados veteranos, los cuales se convertirían en la base sobre la que articular una fuerza para hacer frente a las amenazas internas<sup>131</sup>.

Este designio anticipa una realidad que, con el tiempo, se convertirá en un problema para las autoridades: la presencia de un importante grupo de militares profesionales que, tras un número variable de años de servicio, por diversos motivos dejaban de servir. Como tendremos ocasión de comprobar, se esbozarán numerosos proyectos para atraerlos, de nuevo, al servicio activo, pues la Corona no podía permitirse el lujo de renunciar a estos profesionales.

---

<sup>128</sup> CONTRERAS GAY, J.: “El siglo XVII y su importancia.....” *Op. cit.* p. 146. Sales apunta argumentos similares, al considerar que el fin de este prototipo de soldado responde a un cúmulo de circunstancias: disminución de las posibilidades de obtener botín, cultivo de las artes y las letras, aversión a servir en un mismo nivel con lo más bajo de la sociedad. SALES, N.: “La desaparición del soldado gentilhombre”, en: *Saitabi*, nº 21 (1971). pp. 62-63.

<sup>129</sup> RIBOT GARCÍA, L.A.: “Types of armies: Early Modern Spain”, en: CONTAMINE, P. (ed): *War and competition.....Op. cit.* pp. 42-43.

<sup>130</sup> *Memorial de D. Juan Caniego de Guzmán, dirigido a D. Luis de Haro, para el acrecentamiento del ejército que se junta en las plazas de armas de Castilla*. Sin fecha, 1626. AHN, Estado, Leg. 727, nº 15.

<sup>131</sup> *Ibidem*.

D. Francisco de Quevedo, ese mismo año, también se declaró a favor de instituir unas fuerzas armadas donde la calidad estuviera por encima de la cantidad<sup>132</sup>. Por este motivo se debería conceder mucha más importancia a las tareas de reclutamiento, seleccionando cuidadosamente a los reclutas y ofreciéndoles una preparación acorde con la profesión que iban a desempeñar<sup>133</sup>. Apoya su argumentación con el ejemplo del rey Gedeón, que derrotó a los enemigos de Israel con un ejército mucho más reducido, pero compuesto por soldados escogidos y valerosos. En el lado contrario se encuentra lo acontecido a Jerjes, rey de los persas, quien puso en el campo de batalla unas fuerzas colosales, pero que fue vencido por los griegos, con efectivos mucho menos cuantiosos<sup>134</sup>.

En definitiva, las fuerzas armadas deben estar compuestas por voluntarios, pues los forzados solo ocasionan problemas y trastornos. Además, con su actitud temerosa y cobarde crean un ambiente derrotista y desmoralizador, el cual repercute sobre los soldados con vocación militar. Por ello es tan importante la elección de la tropa, ya que el reclutamiento de rufianes y bellacos solo ocasiona gastos innecesarios y pérdida de reputación. De esta manera, no se debe obligar a nadie a servir contra su voluntad; es más, se les debía exhortar a que abandonaran el ejército<sup>135</sup>.

Sin embargo, estos planteamientos se encontraban cada vez más alejados de la realidad de la época. Pese a las recomendaciones en sentido contrario, el empeoramiento de la situación internacional y, sobre todo, la ruptura de las hostilidades con Francia, supuso el triunfo de unas fuerzas armadas basadas más en el número que en la calidad. De esta manera, las milicias se convirtieron en una de las fuentes más importantes para la obtención de soldados. No obstante, como ya hemos apuntado, se trataba de gente compelida a servir contra su voluntad, lejos de su hogar, lo cual explica los altos niveles de desertión y su poca capacidad en el campo de batalla.

---

<sup>132</sup> Sobre las reflexiones de Quevedo en torno a la milicia, véase: CASTILLO CÁCERES, F.: “La idea de la guerra en la obra de Francisco de Quevedo”, en: *Estudios sobre cultura, guerra y política en la Corona de Castilla*. Madrid, 2007. pp. 327-357. (Publicado por primera vez en: *Revista de Historia Militar*, nº 80 (1996).

<sup>133</sup> “(.....) No está la victoria en juntar multitud de hombres, sino en saber desecharlos y elegirlos. En número no es la fuerza. La multitud es confusión, y la batalla quiere orden. Pocas veces es la fanfarria defensa, muchas ruina. (...) No ha de juntar los ejércitos la aritmética, sino el juicio. En los ejércitos del guarismo, halla el suceso muchos yerros en las sumas. Llevar muchos soldados, y malos, o pocos, y buenos, es tener el caudal en oro, o abreviado el valor, o padecerle carga multiplicada en número, y peso bajo. Los bultos ocupan, y la virtud obra.” QUEVEDO, F. de: *Política de Dios y gobierno de Cristo. Sacada de la Sagrada Escritura para acierto de rey y reino en sus acciones*. (Edición de: OVEJERO Y MAURY, E. Madrid, 1986). p. 221-223. (1ª edición: Madrid, 1626).

<sup>134</sup> *Ibidem*. pp. 222-223.

<sup>135</sup> *Ibidem*. pp. 232-233.

Un memorial anónimo, escrito a principios de la década de los 40 del siglo XVII por un individuo que sirvió en la milicia, refleja la realidad existente en esos momentos, donde la disciplina y buen orden que caracterizó a los contingentes militares hispanos, brillaba por su ausencia. Esto sería consecuencia de la falta de vocación militar, tanto de oficiales como de soldados y, sobre todo, porque la mayoría de ellos no había tenido ningún contacto con las armas. Según su criterio, para tener unas tropas disciplinadas y operativas, debe haber en ellas un número considerable de soldados veteranos, los cuales deben constituir el pilar sobre el que sustentar la estructura militar de la monarquía española. En este sentido, no podemos ignorar que los veteranos serían imprescindibles para instruir a los nuevos reclutas<sup>136</sup>. Sin embargo, la realidad se caracteriza por todo lo contrario, pues los efectivos únicamente servían durante el periodo de campaña y, a su conclusión, o bien se volvían a sus casas (con o sin permiso), a pesar de que las Ordenanzas Militares de 1632 estipulaban severos castigos para los infractores, o eran desmovilizados por la Corona, la cual debía levantar nuevos contingentes para la próxima campaña. Este autor incide en que las deserciones no sólo se producían entre los estratos inferiores de la milicia, sino que cada vez eran más frecuentes los abandonos de destino por parte de la oficialidad, lo cual ocasionaba un tremendo daño tanto a la operatividad del ejército, como a su imagen<sup>137</sup>.

De la misma manera, acarreaban graves daños para las finanzas reales, traducidas en un incremento del presupuesto militar, pues era mucho menos lesivo para la Real Hacienda mantener las tropas que están prestando servicio, que reclutarlas de nuevo. Estos procedimientos no eran los más adecuados para hacer frente al desafío francés en suelo peninsular. Para tratar de remediar esta situación, se intentó (sin demasiado éxito) dotar de unos fondos, más o menos fijos, para ser destinados al

---

<sup>136</sup> Memorial dirigido a S.M..... *Op. cit.* Fol. 1r.

<sup>137</sup> “(.....) El desorden, corrupción y desacato que hay, y ha habido, de pocos años a esta parte en este delito, y la tácita permisión que se ha dado a todo género de soldados de delinquir en el, y esta deshonor, no castigando los fugitivos, es una de las principales causas de que se origina el deslucimiento y descrédito que hoy tiene la milicia. Habiendo pasado tan adelante que los oficiales reformados y soldados de conocida calidad, se han huido y desamparado sus banderas, con tan poco temor y respeto, como si V.M. no tuviera, por sus ordenanzas militares, promulgada ley que los condena por 6 años a galeras, dejando al arbitrio de los generales el proceder en castigo de este delito hasta la pena de muerte natural. Hay, en este caso, otro crimen aún más grave digo, señor, que ha habido capitanes y alféreces vivos, que se han huido, llevándose muchos soldados, dejando los unos sus compañías, y los otros sus banderas en campaña. Y siendo lo advertido tan malo, sepa V.M. que hay otra cosa peor: y es que muchas de las personas que han delinquido en esta infamia, ocupan puestos, están premiados, y son tan malos de contentar, como si esta mancha no les cogiese toda la reputación”. *Ibidem.* Fol. 2v.

mantenimiento de las unidades militares durante los meses en los que se suspendían las hostilidades, con el objetivo de que no se desmantelaran<sup>138</sup>.

El autor se muestra muy crítico con el hecho de que se levanten tropas nuevas para cada campaña. Así, el único camino posible para poblar los ejércitos españoles de soldados veteranos, era no desmovilizar las unidades tras la temporada de campaña, sino que debían estar siempre operativas. Para ello se debía asegurar un flujo constante de reclutas para reponer las bajas, e imponer castigos ejemplares a los desertores.

Isidro del Castillo, en un memorial dado en febrero de 1643, publicado en mayo de 1650, detecta los mismos problemas, y dedica sus esfuerzos intelectuales a la búsqueda de una solución a este aprieto. Basa sus reflexiones en el estudio y análisis de la campaña de 1642. Según su criterio, la disolución de las unidades militares al finalizar cada campaña se debe, entre otros factores, al poco deseo que tienen los soldados de volver a servir; y, al mismo tiempo, porque se trata de tropas no profesionales, con una nula vocación militar, que cumplen una obligación y desean retomar pronto su vida cotidiana, lo cual se traduce en unas elevadas tasas de deserción. Tales premisas vendrían a cuestionar los argumentos de los apologistas de un ejército de ciudadanos, en detrimento de los militares profesionales. Sin embargo no carga contra su operatividad militar, sino contra las deficiencias logísticas, las cuales repercuten negativamente a la hora de animar a los soldados a volver a servir. En este sentido, la causa principal de las deserciones eran las penalidades sufridas en el frente, y a las malas condiciones de vida “por tener aprendido los vasallos que no los llevan a pelear, sino a morir de hambre”<sup>139</sup>; todo ello causado por los problemas de aprovisionamiento, donde tiene gran responsabilidad la decisión de delegar el abastecimiento de las tropas en un asentista<sup>140</sup>, mucho más que las bajas causadas por el enemigo. Tampoco animaba

---

<sup>138</sup> “(.....) El saber conservar las compañías enteras, de invierno y de verano, tanto las de infantería como las de caballería, reclutándolas a menudo, sin esperar a que se deshagan casi del todo; y castigando los desertores y fugitivos, les hará tener el pido de soldados viejos; y excusará el haber de hacer la leva de un ejército cada año, los deservicios que se siguen a V.M. y a sus vasallos de no levantarse a tiempo. Y sobre todo el gasto excesivo que se hace con cada soldado nuevo para la infantería o caballería, asegurando a V.M. que cuesta más cada uno de estos que el conservar dos todo un año, sin el daño que se sigue de perder las armas, que es muy considerable, más por la falta que hacen que por su valor”. *Ibídem*. Fol. 5v.

<sup>139</sup> *Memorial en el que se contienen algunos puntos importantes al real servicio, y en uno de ellos hay una proposición y forma de hacer levas de soldados y tener tercios fijos, por D. Isidro del Castillo y Aguilera*. Madrid, 14-5-1650. Fol. 1r-v.

<sup>140</sup> “(.....) La campaña de 1642, la mayor parte de los soldados vinieron poco aficionados para volver a esta y otras, en particular los que no lo profesan, como son las compañías con que sirven a V.M. las ciudades, villas y lugares de estos Reinos y Corona de Castilla, que son los vecinos hacendados y naturales de ella. Y viene a ser esta leva lo más principal y grueso del ejército, porque es toda gente hecha, escogida y de reputación, y lo serán de mucho más cuando vayan en la conformidad y orden que

mucho a continuar el servicio el hecho de que los contingentes de la milicia, en contra de las disposiciones que regulaban su servicio, en ocasiones eran enviadas a combatir fuera de la península.

Todo ello confirmaría la ineficacia del dispositivo militar vigente en esos años, fundamentado en las milicias, y caracterizado por un elevado coste financiero, el cual no compensa los exigüos contingentes levantados, y los cuantiosos daños que se causan al resto de la sociedad<sup>141</sup>. De esta manera, se hacía más necesario que nunca la articulación de un proyecto meditado, cuyo objetivo último era disponer de unos contingentes fijos, con soldados motivados y animados para servir de manera continuada. En este sentido, su propuesta se basa en la utilización del reclutamiento voluntario, y la recuperación del “soldado de fortuna”, como “pie y corazón de los ejércitos”; a la vez que reprueba la utilización de métodos coercitivos para llenar los ejércitos reales, por los efectos contraproducentes que acarrearán. En suma, estamos ante otro de los autores que se decantan por unas fuerzas armadas en las que primen la calidad sobre la cantidad.

Sin embargo, aunque sus propuestas parecen bastante equilibradas, y pueden ser calificadas como sensatas, uno de sus puntos débiles consiste en el hecho de que estos tercios, una vez acabada la campaña se volverían a sus casas, precisamente lo que se trataba de evitar, pues ¿realmente iban a desear volver al combate una vez que hubieran regresado a sus casas?

Según nuestro criterio, el escrito de Isidro del Castillo sería el antecedente inmediato de los denominados “tercios provinciales”. La piedra angular de este designio serían los tercios de españoles que se encontraban sirviendo en los frentes peninsulares, sobre los cuales se establecería este dispositivo permanente, bien abastecido, pagado y proveído cada uno de ellos por una región. Para el autor, si se consiguen levantar unos 8-10 tercios de esta manera, los resultados serían inmediatos<sup>142</sup>. Con ello se buscaban

---

abajo se dirá. (.....) La causa de no haber venido los soldados aficionados a las campañas no ha sido porque les falta el ánimo ni el valor y voluntad de servir, sino por la falta de los bastimentos, por haber hecho asiento con un extranjero para su abasto. La verdad es que el hambre fue lo que le hicieron el daño y la guerra, y no el enemigo. Y de paso un sentir mío verdadero, de castellano y andaluz, vasallo de V.M.: la diferencia que hace el morir un soldado en los ejércitos y campañas, a manos de la necesidad y hambre, y no peleando, es que el que muere de hambre quita el valor y el ánimo, o lo amortigua y apaga a ciento de sus compañeros y camaradas que le ven”. *Ibidem*. Fol. 1r-v.

<sup>141</sup> *Ibidem*.

<sup>142</sup> “Y asimismo, parece a quien considerare el ver marchar ocho o diez tercios de españoles en batalla (que lo pueden hacer desde que parten o salen de sus casas hasta llegar allá, por llevar consigo todo su carruaje, armas y municiones) que han de tener a raya al enemigo más poderoso y pujante. Y que V.M. siempre se halla fuerte y guarnecido por cualquier parte, y en cualquier parte de sus reinos de Castilla

dos cosas: instaurar un dispositivo militar basado en el levantamiento de una serie de tercios, cada uno de ellos dependiente de una determinada región, y tratar de que cada uno de ellos sustituyera, de forma gradual, a los efectivos procedentes de la milicia, cuya profesionalidad deja bastante que desear.

El proyecto esbozado por Del Castillo implicaba delegar gran parte de las tareas de reclutamiento, movilización y abastecimiento de las unidades militares, a las autoridades locales. De modo este modo, la administración central se vería descargada de gran parte de trabajo, pues las competencias sobre estas materias pasarían a ser responsabilidad de los municipios. Nuestra impresión (en cuanto a la naturaleza del proyecto como antecedente de los tercios provinciales), se ve confirmada por el interés del autor en que la Corona ordene a los lugares (cabezas de partido) donde se instaurarán estos tercios, que los efectivos sean naturales de el. Además, se les concede la facultad de nombrar los oficiales, también autóctonos de la zona, aunque siempre entre individuos con experiencia militar. Todo ello con el objetivo de agilizar los reclutamientos<sup>143</sup>.

No obstante, sería muy difícil que estas disposiciones llegaran a buen puerto si no se acometían políticas destinadas a optimar los recursos disponibles. A tal fin, propone designar unos “diputados” (los cuales podrían ser considerados como predecesores de los superintendentes), cuyo cometido sería suministrar todo lo necesario para el abastecimiento de estas tropas, los alojamientos y, en definitiva, todo cuanto pudiera ser conveniente para su buen estado, incluidas las pagas. Para ello plantea que los “diputados” puedan disponer libremente de todas las rentas e ingresos que cada uno de los partidos paga al rey<sup>144</sup>. En concreto, propone que se les conceda autorización para gestionar los fondos procedentes del servicio de 24 millones,

---

hecho frente al enemigo con vanguardia y retaguardia entera, fija, fuerte, firme, cierta y no fingida, aparente de que tanto se necesita, por tener tan a los costados, así los rebeldes como los levantados. Y estos se llamarán tercios reales de V.M., de tal reino, provincia o señorío, cada uno de donde fuere, y entonces verá V.M. como obran sus españoles, a diferencia de lo que hasta aquí”. *Ibidem*. Fol. 8r-v.

<sup>143</sup> *Ibidem*. Fol. 2r-v.

<sup>144</sup> “Y para esta leva, bastimentos, conducción de ellos, paga de soldados y oficiales, municiones y pertrechos, y demás cosas necesarias para su buen avio y gobierno de ella, V.M. les ha de dar e por efectos todas aquellas rentas y derechos, nuevamente impuestos, que en sus distritos pagan a V.M.: como se las da por efectos a los que hacen asientos, que siendo los que hacen esta leva los naturales, y tomando a su cuenta, por efectos para ella, las rentas y derechos de nuevos impuestos, hasta pagarse de todos los gastos y costos, a más de la satisfacción que V.M. les da, les hace merced de ahorrarles tantos ejecutores como les envían los que tienen hechos asientos y tienen a su cargo las cobranzas y administración de las rentas, que a veces importan tanto las costas como los principales. Y tomando los reinos a su cargo, y para que se consuma en si mismos, en la forma dicha, cobrarán a tiempo, y se librarán del pecho de la comisión que tantos años ha procuro ver si los puedo librar de el, que a V.M. y sus vasallos no les es de ningún útil.” *Ibidem*. Fol. 3v.

concedido por las Cortes de Castilla, pagadero en 6 años<sup>145</sup>. En definitiva, estaríamos hablando de una especie de readaptación del sistema de consignaciones, característico de los asientos. La principal novedad consistiría sería que, en lugar de señalar una o varias rentas reales a un contratista, fueran libradas al funcionario encargado de reclutar, financiar, pagar y equipar el tercio asignado a cada uno de los partidos, lo cual, según Del Castillo, redundaría tanto en beneficio de la Real Hacienda como en el de los particulares.

Al mismo tiempo, se buscaba obtener mayores rendimientos a una práctica cada vez era más frecuente: la conmutación a dinero, mitad en plata y mitad en vellón, de los hombres que los diferentes municipios tenían que aportar para la milicia. Según el testimonio del autor, la adopción de esta práctica no tendría porque repercutir negativamente en la Corona. Por el contrario, con una gestión eficiente podría ser de gran ayuda para financiar parte del presupuesto militar, pues permitiría disponer de fondos suficientes para acometer su paga y manutención<sup>146</sup>.

Su diagnóstico pone de manifiesto su amplio conocimiento de la materia, pues además del proyecto dado a conocer en estos momentos, en 1637 presentó otro designio (en esta ocasión al Conde Duque) cuyo objetivo era articular una defensa eficaz frente a una potencial invasión francesa sobre el corazón de la Monarquía de España (que finalmente se produjo). Ahora busca recuperar este proyecto, el cual serviría de complemento al actual, pues ambos son eran compatibles. Su idea no es de nuevo cuño, sino que es heredera de todos aquellos proyectos basados en el pago y mantenimiento de un soldado por parte de cierto número de vecinos. En este caso concreto, el ámbito geográfico comprende toda la Corona de Castilla, mientras que el número de contribuyentes quedó establecido en un centenar, los cuales estarían obligados a proporcionar un hombre, pagarle y equiparle, para que sirviere allá donde fuere necesario, durante un periodo mínimo de un año y máximo de dos. Una vez cumplido el

---

<sup>145</sup> “(.....) Mi conclusión es que se remitan los nuevos impuestos a los Reinos, y con ellos hagan estas levass, y por su cuenta corra la cobranza y administración, paguen su gente y tercios como está dicho, o como más bien se dispusiere y determinare. Y estando los Reinos, como están, en Cortes, y que han concedido los 24 millones por 6 años, resolviendo la forma de estas levass, será perpetuamente, concediéndolo así, remitiéndoles la parte que hubieren menester en ellos para sustentarlas, y en tal caso ellos tomarán forma como los han de sacar y cobrar.” *Ibidem*. Fol. 9r.

<sup>146</sup> “(.....) Los lugares dan hoy (conforme es cada uno) uno, dos, tres o más soldados cada año, sustentados en la campaña, que los han reducido a dinero, a setenta y tantos ducados, poco más o menos, por cada uno, mitad vellón y mitad plata. O se cobren bien o se cobren mal, los ministros a cuyo cargo están, darán noticia de cualquier manera cuando este dinero llega al ejército, va por tantas manos o acueductos que cuando llega, ni hay para que beba ni coma el pobre soldado, como se está conociendo y viendo al presente, pues el hambre y la necesidad los arroja y hace desamparar las plazas; y se vienen, o se van, cada uno por su parte. Y todo se logrará por el referido medio.” *Ibidem*. Fol. 9r.



compromiso, y no antes, podría ser licenciado. No obstante, antes de que liberar del servicio a un soldado, los 100 vecinos referidos debían enviar a otro individuo que le sustituyera. En caso de que éste deseara continuar su compromiso, una vez vencido el tiempo obligatorio, podría hacerlo. Sin embargo, en caso de que muriera en combate, o quedara incapacitado, quedaban obligados a enviar otro en su lugar<sup>147</sup>. Según el autor, este sería uno de los medios más fiables para erigir unas fuerzas armadas permanentes, a un coste socio-económico asumible.

Sus propuestas debieron de llegar a las altas instancias del gobierno de la Monarquía, pues por esos años se institucionalizó una práctica que se venía realizando de manera encubierta. Se trataba de conmutar el número de soldados que estaba obligada a depositar cada población para el servicio en las milicias, por su equivalente en dinero, a un precio fijado por la Corona. En principio, esta opción se contemplaba para todos los supuestos, salvo el de las unidades destinadas al frente portugués donde era obligatorio presentar los hombres demandados. Con esta decisión se buscaba incrementar la calidad de las tropas, vista la ineficacia de las levás forzosas y las milicias locales, pues con los fondos procedentes de esta contribución se podrían contratar soldados voluntarios y/o mercenarios<sup>148</sup>.

Es muy posible que esta propuesta llegara a manos de D. Luis de Haro, o al menos que la conociera, pues en un papel dado al Consejo de Castilla en mayo de 1646, en el cual plantea las deficiencias del sistema militar hispano y las soluciones a adoptar, encontramos numerosas similitudes entre ambos. La reflexión de D. Luis viene determinada por su experiencia en Andalucía<sup>149</sup>, donde pudo constatar de primera mano los graves daños causados en estas provincias por los reclutamientos de las milicias, destinadas al frente catalán; y, al mismo tiempo, la escasez de efectivos de los contingentes militares, así como el enorme coste que suponían, tanto para la Corona como para la población civil. Así, plantea una solución aplicable en primer lugar a Andalucía, susceptible de instaurarse en el resto de la Corona de Castilla.

En cuanto a los daños causados a los municipios, destaca su empobrecimiento general, ya que muchos de ellos destinan ingentes cantidades al soborno de los funcionarios encargados del reclutamiento, para que los declaren exentos de servir. De esta manera, la presión militar se hace sentir con más intensidad sobre los menos

---

<sup>147</sup> *Ibidem*. Fol. 5r-v.

<sup>148</sup> CONTRERAS GAY, J.: “Aportación al estudio de los sistemas.....” *Op. cit.* pp. 34-36.

<sup>149</sup> Véase: ALAN SOONS, C.: “Cartas sevillanas de D. Luis de Haro, noviembre-diciembre 1645”, en: *Bulletin Hispanique*, vol. 92, nº 2 (1990). pp. 827-835.

puddientes, la mayoría de los cuales son humildes trabajadores. No obstante, algunos prefirieron pagar la cantidad establecida para evitar el servicio personal, la cual se estableció entre los 80-120 ducados, con los cuales se contrataría a un profesional. Sin embargo, esta práctica también tenía consecuencias negativas, pues se documentaban multitud de ejemplos de militares veteranos que, ante la promesa de una paga segura, abandonaban las unidades en las que estaban prestando servicio, para acudir allí donde se le garantizara la percepción de su salario<sup>150</sup>.

La exposición de D. Luis vendría a confirmar uno de los planteamientos que sostenemos, el cual no ha sido valorado en su justa medida, a la hora de determinar las causas del fracaso de la Monarquía en lo relativo a la satisfacción de sus necesidades militares. Según nuestro criterio, a pesar del agotamiento demográfico, los problemas financieros o las dificultades logísticas, la causa de principal de esta deficiencia se debe a la imposibilidad de la Corona por asegurar a los militares la puntual percepción de sus haberes<sup>151</sup>. A su vez, se inscribiría dentro de una disyuntiva mucho más compleja, que nos llevaría a cuestionar la eficacia del vigente sistema de remuneración de los servicios prestados. A modo de avance adelantamos que, cuando el monarca se mostró dispuesto a recompensar con generosidad a quienes se arriesgaban su vida en el campo de batalla, no hubo problemas para encontrar individuos inclinados a sentar plaza en los ejércitos reales. Esto fue lo que ocurrió en 1638 cuando, tras el triunfo de Fuenterrabía, la Corona trató de mantener en activo a los militares que habían tomado parte en esta campaña. Para ello se ofrecieron importantes recompensas, entre las que se incluían hábitos de las Órdenes Militares (tanto para el militar que aceptara seguir sirviendo como para un pariente), empleos civiles y militares, ayudas de costa, etc. El resultado fue más que satisfactorio, hasta el punto de que la administración real se vio desbordada y no pudo dar satisfacción a tantos aspirantes. Algo parecido ocurrió en 1642 cuando, con motivo

---

<sup>150</sup> *Papel de D. Luis de Haro sobre la forma en que se podrá sacar gente de las provincias de Castilla para el ejército*. Pamplona, 2-5-1646. AHN, Consejos, Leg. 4430.

<sup>151</sup> “(.....) Supongo por cosa cierta que, aunque la falta de gente es tan grande, no se ocasiona toda de la aversión que tienen los naturales de estas provincias a la guerra, y que la mayor parte de este daño consiste en la falta de pagamento; y que siempre que V.M. pudiere ajustar el poder pagar su ejército puntualmente, tendrá V.M. en el toda la gente que fuere menester, sin llegar a usar de la fuerza y extorsiones que se experimentan hoy. Y aunque esta opinión mía se funda en la experiencia que de ella se hace en todas partes, pues no hay más camino de disminuirse o aumentarse los ejércitos que a la falta o puntualidad de las pagas, diré a V.M., en prueba de que ninguna otra cosa tiene tan apartados los ánimos de los naturales del Andalucía de seguir la guerra, como el horror de las necesidades que se padecen en el ejército de Cataluña y de la esterilidad del país, que en cuantas partes he llegado me han dicho descubiertamente que conocen que tienen obligación de aventurar la vida en el servicio de V.M. y en defensa de estos reinos; pero que no hay ninguna razón natural que los compela a que vayan de conocido a morir de hambre.” *Ibidem*.

de la salida del rey al frente, se creyó conveniente formar una unidad de caballería bajo la jurisdicción de las Órdenes Militares. Para tenerla dispuesta en el menor plazo posible, se ofreció un hábito a todo aquel que se comprometiera a servir, según el caso, una o dos campañas en ella. En este caso, el Consejo de las Órdenes se vio colapsado ante la avalancha de solicitudes recibidas, y representó no encontrarse en condiciones de cumplir con la oferta presentada.

Para D. Luis, el remedio pasaba por dar un vuelco radical a la situación; focalizado en una realidad: los soldados debían tener la certeza de que serían pagados y abastecidos con puntualidad. Si el poder regio era capaz de dar una solución a este problema no sería necesario recurrir a levadas forzosas pues, con esta garantía, el servicio militar sería de nuevo atractivo. Además, todos aquellos que emprendieran la carrera de las armas se animarían a continuarla<sup>152</sup>, con lo cual no habría que levantar tropas nuevas cada campaña, que era otra de las deficiencias detectadas por los teóricos militares<sup>153</sup>.

En segundo lugar, vista la poca utilidad militar que tienen las milicias y el gran daño que ocasiona su levantamiento, recomienda suspender los reclutamientos para este servicio y circunscribir su actuación a la defensa peninsular, fin para el que fue instituida. Del mismo modo, la Corona debía comprometerse a no enviarlas al frente catalán, ni utilizar sus efectivos para reforzar los contingentes de la Armada. Con estas disposiciones, y unos abastecimientos más o menos seguros, las fuerzas armadas volverían a ser operativas y con unos efectivos numerosos<sup>154</sup>.

---

<sup>152</sup> D. Luis apoya su argumentación con lo acontecido en el frente portugués. Así, cuando el marqués de Torrecuso se dirigió a sitiar Elvas (diciembre 1644), las deserciones fueron elevadas, debido a las deficiencias logísticas. Situación muy diferente cuando el marqués de Leganés (D. Diego Mejía Felípez de Guzmán, primer marqués de Leganés, era primo de D. Gaspar de Guzmán, Conde Duque de Olivares. Poco después de la caída de su poderoso pariente, marzo de 1643, se le destituyó del mando del ejército de Cataluña por el fracaso de la campaña de 1642. Pese a todo, en 1644 se le rehabilitó y se le otorgó el mando de las tropas en Portugal, para posteriormente volver a Cataluña), tomó el fuerte de San Antonio y el puente de Olivenza (octubre de 1645), donde sus tropas estaban bien proveídas y abastecidas. Sin embargo, podríamos pensar que tras las palabras de Haro se encuentra una apología de la labor de su pariente, en un intento de elevar su consideración. “(.....) Y siempre que se ajustare que tengan que comer, acudirán con efecto a cualquier llamamiento que haga el capitán general del ejército de Extremadura, como la experiencia lo ha mostrado en la empresa que hizo últimamente el marqués de Leganés a la puerta de Olivenza, donde la gente subsistió tan diferentemente que en la jornada que el marqués de Torrecuso hizo sobre Elvas. Y puedo asegurar a V.M., como testigo de vista, que toda la que salió del Andalucía para esta última ocasión de Olivenza, volvió satisfecha y contenta, y diciendo que siempre que el marqués de Leganés los enviase a llamar, volverían con mucho gusto, dando por razón de esto que había cuidado de ellos, y les había tenido pan y un poco de carne. Con que también parece que se prueba lo que queda tocado en el primer discurso de este papel, de que en cualquiera otra parte que se ajustaren las asistencias, subsistirá la gente en la misma forma, y que este es el verdadero camino de reclutar y aumentar los ejércitos de España y fuera de ella.” *Ibidem*.

<sup>153</sup> *Ibidem*.

<sup>154</sup> *Ibidem*.

Como tercera medida, se propone conmutar la contribución humana de Andalucía por una cantidad en plata, equivalente al sueldo de 5.000-6.000 soldados, la cual se repartiría entre los diferentes municipios en función de su vecindad. Haro consideraba que, pese a tratarse de una suma cuantiosa, sería pagada con gusto, ya que los daños y extorsiones sufridos superarían con creces el total exigido. En suma, se busca disponer de unos fondos suficientes para asegurar el sustento de las tropas, con el objetivo de que los individuos con vocación militar acudan a servir, lo cual se traduciría en unas fuerzas armadas más operativas<sup>155</sup>.

Tal y como apuntábamos en las líneas precedentes, D. Luis debió conocer el designio de Isidro del Castillo sobre los tercios provinciales, pues su propuesta guarda cierta similitud con esta empresa. En líneas generales, consistiría en cargar sobre determinada región el levantamiento, paga y mantenimiento de estas unidades militares. Sin embargo el proyecto de Del Castillo presentaba tres problemas: un número importante de unidades militares que sirven en la península, formadas por españoles, correrían el riesgo de deshacerse, porque una parte considerable de sus integrantes desertaría de ellas para ir a servir en estos tercios provinciales, donde tienen la paga asegurada<sup>156</sup>. Lo ocurrido con el tercio de Zaragoza<sup>157</sup> es significativo de lo que estaba ocurriendo, pues la unidad estaba compuesta por soldados veteranos que habían abandonado sus unidades, ya que allí se asegura el pago de su sueldo<sup>158</sup>, lo cual acarrearía la disolución de los tercios viejos<sup>159</sup>. Pero esto era lo que se deseaba evitar de modo que, por todos los medios posibles, se debían mantener operativas las unidades de veteranos, procurando que reciban su paga al tiempo, y enviándoles los reclutas necesarios para que, con el ejemplo de sus compañeros más experimentados, poco a poco se conviertan en soldados de provecho.

---

<sup>155</sup> *Ibidem*.

<sup>156</sup> *Papel de D. Luis de Haro en el que responde a una consulta de la Junta de Asistentes de Cortes sobre la propuesta que hizo de sacar gente para Cataluña*. Zaragoza, 20-6-1646. AHN, Consejos, Leg. 4430.

<sup>157</sup> Sobre la contribución del Reino de Aragón al esfuerzo bélico común contra la Francia borbónica, véase: SOLANO CAMÓN, E.: *Poder monárquico y estado pactista (1626-1652). Los aragoneses ante la Unión de Armas*. Zaragoza, 1987. Sobre todo, pp. 163-194. SANZ CAMAÑES, P.: *Política, hacienda y milicia en el Aragón de los últimos Austrias entre 1640 y 1680*. Zaragoza, 1997. pp. 99-121.

<sup>158</sup> *Papel de D. Luis de Haro en el que responde a una consulta*.....

<sup>159</sup> Isidro del Castillo, en el memorial anteriormente mencionado, puso de manifiesto esta realidad, donde en muchas ocasiones los soldados desertan para irse a servir a otros tercios, en los cuales su sustento esté garantizado. Nos inclinamos a pensar que no puede ser casual la mención de los tercios aragoneses como ejemplo de unidades a las cuales desertan los soldados de los tercios viejos, pues allí son pagados puntualmente “dos reales en campaña, y acuartelados, real y medio”. *Memorial en el que se contienen algunos puntos importantes al real servicio*.....Fol. 7r-8v.

El segundo inconveniente alude a los daños que causarían las tropas en los trayectos hacia sus alojamientos, pues era de suponer que estos tercios desearan alojarse en sus lugares de origen. De este modo, si el teatro de operaciones donde prestarían sus servicios se encontraba muy alejado de ellos, se causarían grandes daños durante el tránsito, que era uno de los inconvenientes que se buscaba eliminar con su instauración. En último lugar podrían surgir problemas, a la hora de pactar el modo en que se llevaría a cabo el pago del tercio asignado, entre la Corona y los municipios<sup>160</sup>.

Según el propio autor, la principal ventaja que presenta su discurso es la de evitar los graves daños causados por las levadas de forçados, al tiempo que se potenciaría el alistamiento voluntario. Además, en el peor de los casos, con los fondos obtenidos se podría pagar un ejército “de naciones” (no de mercenarios) de unos 5.000-6.000 hombres<sup>161</sup>. Si este designio fuera aplicado en otras zonas de la Corona de Castilla, con el objetivo de que costearan otros 5.000-6.000 soldados, se podría disponer de un ejército de 10.000 hombres, con una paga fija, y sin necesidad de trámites burocráticos, ni intermediarios que distraigan los fondos, sino que los propios pueblos, al ser relevados de su contribución militar, acudirían a pagar esta contribución, de forma voluntaria, pues les garantizaba que no serían alistados en contra su voluntad<sup>162</sup>. En definitiva, estamos ante una propuesta cuyo objetivo final era el establecimiento de unas fuerzas armadas en la cual primase la calidad sobre la cantidad, vista la ineficacia de las medidas encaminadas a obtener un reclutamiento donde el número era lo más importante.

Pese a todo, Haro es consciente de que su designio puede generar recelos, al menos, en dos cuestiones: en primer lugar que a pesar de todos los esfuerzos realizados, el número de voluntarios sea poco significativo, lo cual no justificaría la puesta en

---

<sup>160</sup> *Papel de D. Luis de Haro en el que responde a una consulta*.....

<sup>161</sup> Los testimonios sobre la poca operatividad de los contingentes militares formados por los súbditos peninsulares de Felipe IV, tanto castellanos como aragoneses, son cada vez más frecuentes, al tiempo que se recomienda encarecidamente el envío de unidades nativas de Italia, Alemania o Flandes, mucho más operativas en los frentes peninsulares. CAMARERO PASCUAL, R.: “La Guerra de Recuperación de Cataluña y la necesidad de establecer prioridades en la Monarquía Hispánica (1640-1643), en: GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (eds): *Op. cit.* Vol I. pp. 336-337 y 339-340.

<sup>162</sup> “(.....) Y por este camino aun quando se pudiese presuponer que no se consiga fruto, se excusarán por lo menos tan graves daños en beneficio de unas provincias que con su sustancia han de influir tan principalmente a la defensa de todo el cuerpo. Y con el pagamento de estos 5.000 o 6.000 hombres, se sustentará otro tanto número de naciones, con que se formará un ejército de pie firme y veterano con que podrá cubrir estos Reinos. Y ajustándose un número tan grande en la sola Andalucía, juzgo que podrá conseguirse lo mismo en los demás Reinos de Castilla, hasta en número de otros 4.000 o 5.000 hombres, con que se pueda ajustar el pagamento firme, mes por mes, de 10.000 infantes, sin que para la cobranza sea menester que intervenga administración, executor ni vara de justicia, sino que los mismos pueblos vengan a traer voluntariamente.” *Papel de D. Luis de Haro en el que responde a una consulta*.....

marcha de tales medidas. Además, había numerosas voces que, ante la posibilidad de que las plantillas de las unidades no fueran cubiertas, se mostraban a favor de continuar con el reclutamiento de forzados. En segundo lugar era inevitable que, como consecuencia de la llegada de un considerable número de soldados extranjeros (entendido este término como extrapeninsulares, insistimos nuevamente, no como mercenarios, pues la mayor parte de ellos eran súbditos del Rey Católico), los cuales serían pagados con cargo a los fondos que se pensaba obtener con la sustitución del servicio militar personal por una cantidad de dinero, se levantasen ciertos recelos entre la población<sup>163</sup>.

Sin embargo D. Luis parece haber pensado en todo. En lo referente al primer punto, se muestra convencido de que mientras haya paga fija y puntual, siempre habrá individuos dispuestos a servir de forma voluntaria. Respecto al segundo, defiende la validez de los combatientes foráneos, los cuales han demostrado su valía en reiteradas ocasiones. Para reforzar este argumento, trae a colación lo acontecido en los ejércitos de Milán y Flandes, donde el grueso de la tropa no es oriundo de estos territorios<sup>164</sup>.

La propuesta fue remitida a la Junta de Asistentes de Cortes<sup>165</sup>, organismo con competencias sobre esta materia, que emitió un dictamen favorable de la misma, hasta el punto de solicitar un informe detallado para su inmediata puesta en marcha. La sintonía entre D. Luis y la junta venía determinada porque ambos focalizaban sobre las

---

<sup>163</sup> *Ibidem*.

<sup>164</sup> “(.....) debo representar a V.M. que en todas las guerras provinciales ha habido siempre poca gente natural, y reconociéndose que es de menor servicio que la extranjera, por la vecindad de sus casas y las demás razones que son tan sabidas; en el estado de Milán ha habido en muchas ocasiones 10.000 o 12.000 alemanes, 8.000 o 10.000 españoles. Y siendo tan inferior (como se sabe) el número de los lombardos, no ha sucedido jamás ningún accidente. Los ejércitos de Flandes se componen de españoles, italianos y alemanes, y concurriendo muy pocos valones se ha experimentado lo mismo, y no se porque se haya de juzgar por tan infalible que los inconvenientes que no se han reconocido en otras provincias con las naciones extranjeras, se hayan de experimentar con ellas en España demás de que no es tan fácil que todas las naciones se conformen entre sí. Los napolitanos son vasallos de V.M., y se puede introducir número mayor de irlandeses, que es nación que nunca se ha dividido de la española, a que también debo añadir que todos los inconvenientes que se pudieran considerar no pueden tener ejecución si no es en caso de ser mal asistidos, que es el principio de donde han nacido siempre los daños. Pero teniendo ajustado el pagamento para ellas, y con oficiales de satisfacción, no se que pueda llegar el caso del inconveniente y peligro que se considera, y cuando todo esto no fuera sí, este peligro siempre fuera dudoso y sujeto a contingencias. Y el dejar los Reinos sin defensa y sin ejército con que pueda cubrirlos, es tan cierto que si no se forma un pie de ejército con gente vieja pagada, no parece que queda esperanza ni forma de poder sustentarlos y de oponerse al daño que a tan apresurado paso va llegando al corazón.” *Ibidem*.

<sup>165</sup> Estaba formada por cuatro miembros del Consejo de Castilla, que a su vez pertenecían a la Cámara. En esos momentos eran: el presidente del consejo; D. Francisco de Alarcón, D. Antonio de Camporredondo y el licenciado José González. Este organismo sería el encargado de valorar el informe de D. Luis, porque de fructificar debería ser aprobado por las Cortes de Castilla. Entre sus competencias se encontraba todo lo relacionado con la convocatoria y desarrollo de las Cortes, así como las relaciones de esta institución con la monarquía. Unas notas sobre su funcionamiento en: MARTÍNEZ SALAZAR, A.: *Colección de memorias y noticias del gobierno general y político del consejo de Castilla*.....Madrid, 1764. pp. 604-610.

levas de forzados todos los males del sistema, cuyos exiguos resultados no justificaban su vigencia. Pero no todo eran coincidencias, pues había dos cuestiones que despertaron los recelos de la junta. La primera de ellas se refería a su capacidad para aprestar los contingentes necesarios, tanto para la defensa de Aragón como para la reconquista del Principado de Cataluña. En cuanto al otro punto de fricción, la junta albergaba serías dudas sobre la capacidad de las poblaciones andaluzas (campo de pruebas del designio planteado por Haro) para hacer frente a una nueva imposición, máxime cuando sus patrimonios ya habían sufrido cuantiosas exacciones<sup>166</sup>.

Si D. Luis deseaba que su proyecto fuera tenido en cuenta, debería atender las rectificaciones planteadas por este organismo, lo cual suponía realizar algunas correcciones sobre la propuesta inicial. Sobre todo había que determinar el número de hombres que cada municipio debía presentar. Para ello, se proponían dos sistemas: mantener el número de hombres que estipulaba el sistema de milicias, o hacer un nuevo reparto conforme a la población de cada uno de ellos. Una vez efectuado este cálculo, el rey tendría que emitir una orden que permitiera su conmutación por el pago de una cantidad en metálico, equivalente al sueldo de un año (en plata). Al mismo tiempo, sería conveniente establecer una fecha límite para la entrega de la suma recaudada por este concepto que sería, bien el día de San Francisco (4 de octubre), o el de Todos los Santos (1 de noviembre). Una vez vencido este plazo no había vuelta atrás, y todas aquellas poblaciones que no hubieran entregado la suma acordada, deberían servir con los hombres estipulados<sup>167</sup>. Con todo ello se buscaba mantener (con un suministro eficaz tanto de hombres como de abastecimientos, donde los nuevos soldados se incorporaran, gradualmente) los tercios de veteranos que se encontraban sirviendo en el ejército de Cataluña. Haro confiaba en que el compromiso de abonar los salarios con puntualidad, ejercería tal grado de atracción sobre los potenciales reclutas, que éstos acudirían a servir de forma voluntaria<sup>168</sup>.

En cuanto al segundo inconveniente considera que, al tratarse de una contribución voluntaria no debería de causar mayores problemas; pues el deseo de ser

---

<sup>166</sup> *Papel de D. Luis de Haro en el que responde a una consulta*.....

<sup>167</sup> “(.....) Y debe declarar V.M. al mismo tiempo que deseando atender al mayor beneficio de sus vasallos, considerando la falta que hay de gente y el daño que se causa el beneficio de las tierras con la saca de ella, tiene V.M. por bien que todos los lugares que el día de San Francisco, o el de Todos los Santos (de los cuales podrá V.M. elegir el que fuere servido) hubiere puesto en la caja de la cabeza de partido que V.M. señalare, el pago entero de un año en plata, de otros tantos hombres como los que les tocaren, hayan cumplido con ello y queden exonerados de la obligación de dar la gente en especie por todo aquel año.” *Ibidem*.

<sup>168</sup> *Ibidem*.

liberados de entregar hombres para las milicias, pesaría más que las consideraciones económicas<sup>169</sup>. Con todo, su puesta en marcha no debería ser traumática, pues únicamente se produciría la institucionalización de una práctica que, en esos momentos, ya se estaba realizando de hecho. Pues la mayoría de los lugares, estaban dispuestos a conmutar el número de hombres asignados por una cantidad de dinero, pese a que supusiera un importante desembolso.

No obstante el rey deseaba tener una opinión más completa, para lo cual instituyó una junta compuesta por: el marqués de Leganés, el conde de Fuensaldaña, el marqués Geri de la Rena y Tiberio Brancaccio, para que emitieran su dictamen sobre la propuesta de D. Luis de Haro y, al mismo tiempo, valoraran los reparos presentados por la Junta de Asistentes de Cortes al mismo<sup>170</sup>. El principal punto de coincidencia con Haro, en concordancia con una de las opiniones más comunes entre los profesionales de la milicia (aunque también era sustentada por algunos tratadistas civiles), se encuentra en su modelo fuerzas armadas, basado un ejército pequeño pero bien pagado y disciplinado. También se valora muy positivamente la posibilidad de vincular, a las poblaciones de la Corona de Castilla, el mantenimiento de los tercios de veteranos que sirven en el frente catalán, pues éstos conformarían la base sobre la que se sustentaría el sistema<sup>171</sup>.

No puede ser casualidad que ese mismo año se instituyera una práctica conocida como “composición de milicias”, donde se contempla la posibilidad de que las poblaciones castellanas pudieran conmutar la entrega de los 8.000 hombres, que se les repartían cada año para servir en la milicia, por un pago en dinero<sup>172</sup>. Si bien lo lógico sería suponer la existencia de un vínculo entre esta institución militar y su transformación en una exacción fiscal, también pudiera pensarse que no había ninguna

---

<sup>169</sup> “(.....) Y la aversión que tienen a salir en persona, y el daño que reciben los lugares y las haciendas es tan grande que entiendo que por salir cada uno del riesgo de que no le pueda caer la suerte, vendrán a traer con mucho gusto y puntualidad la contribución, porque compran con ella su libertad. Y para esto se debe suponer que ayudará mejor la gente de más caudal, por ser la que aventura más en que le caiga la suerte de salir. Y en esta misma forma corre hoy porque los más de los lugares buscan gente que poder enviar en lugar de los sorteados, y la compran a tan excesivos precios que es cierto que les saldrá más barato el pagar por este otro camino, a cada hombre el pagamento de un año y su conducción, y siendo este menor gasto que el que tienen hoy. Y por todos los lugares de más consideración del Andalucía, por donde vine pasando y confiriendo este medio, me dijeron conformemente que sería el mayor beneficio que podían recibir de la clemencia de V.M.” *Ibidem*.

<sup>170</sup> *Respuesta a un papel dado por D. Luis de Haro sobre una propuesta de sacar gente de las provincias de Castilla para el ejército*. Zaragoza, 22-6-1646. AHN, Consejos, Leg. 4430.

<sup>171</sup> *Ibidem*.

<sup>172</sup> RIBOT GARCÍA, L.A.: “Las milicias de Castilla. Reclutamiento y composición de un ejército de reserva”, en: RIBOT GARCÍA, L.A.: *El arte de gobernar. Estudios sobre la España de los Austrias*. Madrid, 2006. pp. 57-91. (Publicado por primera vez en: *Cuadernos de Investigación Histórica*, nº 9 (1986). pp. 63-90.)



relación entre ambas, sino que fue utilizada como excusa para justificar el nuevo tributo<sup>173</sup>.

De cualquier forma, el binomio “composición de milicias”-tercios provinciales constituyó el primer intento serio de establecer unas fuerzas armadas estables en España. Este designio consiguió, en unos momentos en los que la situación era desesperada, introducir algunas mejoras en el dispositivo militar español, que aseguraron su supervivencia. El sistema demostró su vigencia ya que daba respuesta a los dos principales problemas que llevaba anejos la formación de unidades militares: la búsqueda de los hombres necesarios, y una financiación suficiente para abonar sus salarios y cubrir sus necesidades. En este sentido, los tercios provinciales proporcionarían la mano de obra, mientras que el servicio de milicias aseguraría su paga y abastecimiento.

De esta manera, se pudieron levantar tropas con vocación de continuidad, las cuales no se desbaratarían al finalizar la campaña, compuestas por soldados veteranos, bien pagados y abastecidos. El éxito de este formato descansa sobre tres pilares: búsqueda de nuevas fuentes de financiación; apuesta por la calidad frente a la cantidad; y la adopción de una estrategia militar de carácter eminentemente defensivo, más acorde con la nueva situación internacional de la monarquía española<sup>174</sup>. Pese a que los efectivos reclutados gracias a este sistema no fueron suficientes para recuperar Portugal (lo cual constituía un punto negativo sobre las bondades de este proyecto), y presentaba algunas carencias, no había otra opción más fiable para atender los compromisos militares de la monarquía española. Por este motivo, en 1669 se creyó oportuno extenderlo a la mayor parte de la Corona de Castilla, donde estuvo vigente durante el resto de la centuria y se mantuvo hasta entrado el siglo XVIII<sup>175</sup>.

Pese a todo, no se abandonó el anhelo de atraer a la carrera de las armas al soldado de fortuna, o soldado aventurero, para que individuos de tal condición conformaran la piedra angular sobre la que se sustentaba la estructura militar de la Monarquía Hispánica. Sin embargo, como avanzaremos en las páginas siguientes, este modelo de fuerzas armadas era incompatible con la forma de hacer la guerra en el Seiscientos y, sobre todo, con las crecientes necesidades militares de los estados. Este es

---

<sup>173</sup> CONTRERAS GAY, J.: “Las milicias pecuniarias en la Corona de Castilla (1650-1715)”, en: *Studia Histórica, Historia Moderna*, nº 25 (2003). pp. 100-101.

<sup>174</sup> *Ibidem.* pp. 120-121.

<sup>175</sup> RIBOT GARCÍA, L.A.: “Types of armies.....” *Op. cit.* pp. 59-60.

el arquetipo que sostiene D. Diego Enríquez de Villegas<sup>176</sup>. Sin embargo, nos da la impresión de que el autor reúne, en su paradigma de soldado ideal, dos de los patrones que definíamos en las líneas anteriores: el soldado aventurero, o de fortuna (cuyo origen no está vinculado a la nobleza); y el gentilhombre o noble<sup>177</sup>. Aunque el eje central de su exposición es la defensa a ultranza del servicio militar voluntario, pues la utilidad, en términos operativos, de los que sirven apremiados deja mucho que desear. Por otra parte, este modelo tiene lesivas consecuencias para la situación económica general, ya que se dejan de cultivar los campos y de producir bienes. En consecuencia, desaconseja que los ejércitos reales estén formados por campesinos y trabajadores mecánicos<sup>178</sup>.

Sin embargo, debido a las deficiencias existentes en los mecanismos de remuneración de los servicios prestados, es consciente que la situación actual no es la más adecuada para la proliferación del militar profesional. Este autor, al igual que una pléyade de escritores castrenses a los que aludiremos en las próximas páginas, recomienda encarecidamente que los empleos honoríficos (con mención expresa a los hábitos y encomiendas de las Órdenes Militares) se concedan a cambio de servicios realizados con las armas, excluyendo cualquier otro mérito. Con ello se conseguiría tener soldados valerosos y aptos para el servicio, al tiempo que las finanzas reales se ahorrarían una sustanciosa cantidad en concepto de sueldos, ventajas y entretenimientos<sup>179</sup>. En suma, de sus palabras se puede deducir la existencia de dos patrones, bien diferenciados, en cuanto al profesional de la milicia: en primer lugar, el que empuña las armas buscando honores y mercedes procedente, en general, de los cuadros inferiores de la nobleza; y en segundo lugar, quien sirve a cambio de un sueldo, como una profesión más. Esta dicotomía representa la pugna entre pasado y presente, pues mientras el primero modelo será cada vez más escaso, y se asociará con un pasado

---

<sup>176</sup> D. Diego era natural de Lisboa, y prestó servicios militares a la Corona española desde 1615 hasta 1644, alcanzando el empleo de capitán de caballos corazas y siendo honrado con los títulos de caballero y comendador de la orden de Cristo. Tras la campaña de ese año cayó gravemente enfermo, y estuvo convaleciente durante cuatro años. Aprovechó este tiempo de retiro forzoso para impulsar su carrera como escritor, pues en 1653 afirmaba haber terminado 43 libros “militares, políticos y matemáticos”, de los cuales se habían impreso cinco. DÍAZ MORENO, F.: “D. Diego Enríquez de Villegas en el solar de Marte. Rasguear con la espada en el siglo XVII”, en: *Anales de Historia del Arte*, nº 15 (2005). pp. 197-218.

<sup>177</sup> Lo define como “aquel que sirve en la guerra a su rey, a su propia costa. Y siempre son los más nobles, los más poderosos y ricos, de la calidad de las personas que sirven con título de aventureros. Y del fin que llevan, que es atender a la fama y a ganar honras para sus casas, se puede inferir de cuan grande consecuencia sea, a los buenos efectos de las armas del príncipe, el que en su ejército haya muchos aventureros.” ENRÍQUEZ DE VILLEGAS, D.: *Levas de gente de guerra: su empleo en todas facciones militares. Sirve de introducción a los elementos militares o primeros principios de todas las matemáticas de que necesita el noble ejercicio militar*. Madrid, 1647. pp. 46-48.

<sup>178</sup> *Ibidem*. p. 54.

<sup>179</sup> *Ibidem*. p. 48.

idealizado, la otra tipología será la que se alce con el triunfo, y se constituirá como la más representativa del profesional de las armas.

A modo de resumen, se puede llegar a la conclusión de que mientras las necesidades militares de la Monarquía se mantuvieron en unos niveles no demasiado elevados, y los méritos personales eran lo más valorado a la hora de los ascensos y las concesiones de las mercedes, pudo satisfacer sus necesidades militares mediante el reclutamiento de contingentes voluntarios. Y al contrario, cuando los conflictos bélicos en los que se vio envuelta la monarquía desde la década de los 80, aumentaron en intensidad y, sobre todo, los méritos empezaron a perder fuerza en detrimento de las relaciones personales y familiares, las levadas voluntarias fueron cada vez más difíciles, y se debió recurrir cada vez con más intensidad al reclutamiento forzoso y al sistema de asiento. Sin embargo, ¿sería posible que, mientras el número de militares que prestaban sus servicios bajo las banderas del Rey Católico se mantuvo en unos niveles no demasiado elevados, la Corona tuvo la capacidad de recompensar a un número, más o menos amplio, de estos profesionales, de manera que la posibilidad de obtener mercedes mediante el servicio militar era más que plausible?; y, ¿cuándo fue necesario levantar contingentes más numerosos, lo cual acarrearía el uso de métodos represivos, con el consiguiente detrimento de la calidad del recluta, la Corona no tenía capacidad para gratificar a un número tan grande, ésta optó por concederlas a otros individuos, que habían prestado otros servicios, no militares, pero cuya actuación tenía consecuencias positivas en la estructura militar de la Monarquía Hispánica, como asentistas, proveedores, reclutadores privados, etc.?

En Francia también se emprendieron actuaciones para la formación de unas fuerzas armadas más o menos permanentes. Sin embargo, a pesar de las mejoras introducidas en la administración militar, la monarquía borbónica no tuvo disponible una milicia operativa, digna de tal nombre, hasta bien entrado el reinado de Luis XIV<sup>180</sup>. Conforme a la ordenanza promulgada en 1688, se obligó a cada provincia a proporcionar un número variable de soldados para la milicia y, al mismo tiempo, se autorizó a los intendentes a que efectuaran la leva, pero solo entre los hombres solteros de 20-40 años. En la puesta en marcha del proceso, las parroquias jugaron un activo papel, ya que eran responsables de equipar y pagar a los hombres que se le asignaban.

---

<sup>180</sup> CHARTRAND, R.: *Luis XIV's Army*. Londres, 1988. LYNN, J.A.: "Recalculating French Army growth during the Grand Siècle, 1610-1715", en: *French Historical Studies*, vol. 18, nº 4 (1994). pp. 881-906. ROWLANDS, G.: *The dynastic state and the army under Louis XIV: royal service and private interest in France, 1661-1701*. New York, 2002.

Con cada de 50 hombres se formaba una compañía, mientras que un regimiento consistía entre 15 y 20 compañías. Los soldados de la milicia estaban exentos de pagar la *taille*, pero tenían que ejercitarse obligatoriamente durante el invierno, y los domingos y festivos. Cuando eran llamados para servir fuera de su provincia, el rey se hacía cargo de sus salarios. De hecho, las milicias fueron utilizadas regularmente para maquillar las deficiencias del ejército regular, en lo que podíamos denominar una función complementaria de las unidades ya existentes.

La principal consecuencia del establecimiento de las milicias (o su pago en dinero para evitar el servicio), fue que obligó a la Corona a mantener un control sobre la población susceptible de ser reclutada. De esta manera, la milicia fue el precursor del sistema de conscripción, consistente en una serie de contribuciones regulares de cada uno de los distritos, previamente determinadas, según las listas de hombres capaces para el servicio. De hecho, las reformas de 1688 se encaminaron a instaurar un sistema de reclutamiento obligatorio, basado en la milicia, el cual contribuyó con importantes contingentes a las necesidades bélicas del Rey Sol, sobre todo en la Guerra de Sucesión Española.

En el caso de Francia, consideramos válido el planteamiento de Lynn, según el cual, a la hora de explicar el crecimiento de los ejércitos, se debería prestar más atención a las causas que lo motivan, que al proceso en sí (en definitiva, más al “por qué” que al “cómo”). De tal manera, la explicación obvia para el incremento numérico de los ejércitos, apuntaría a que este proceso sería el resultado de un aumento de la población general. Este factor es importante, pero no el único, ya que, si la existencia de unos recursos demográficos amplios, no va acompañada de unas políticas adecuadas, tendentes a su optimización, otras entidades políticas, con unas reservas humanas menos cuantiosas, pero mejor gestionadas, pueden poner en campaña ejércitos más grandes<sup>181</sup>.

Esta es, a grandes rasgos, la tesis que defiende a la hora de explicar el considerable incremento, a partir de mediados del siglo XVII, de los ejércitos franceses. Si bien Francia era el estado más poblado de la Europa occidental, hasta ese momento sus ejércitos no eran los más numerosos del continente. Además, este crecimiento se produjo en una época en la que la población francesa permaneció relativamente estable, o incluso retrocedió levemente. De esta manera, el aumento de los efectivos militares

---

<sup>181</sup> LYNN, J.A.: “The pattern of army growth, 1445-1945”, en: LYNN, J.A. (Ed.): *Tools of war. Instruments, ideas and institutions of warfare, 1445-1871*. Urbana, 1990. pp. 9-11.

franceses, tendría más que ver con las políticas seguidas por las cabezas rectoras de la monarquía borbónica, que con criterios estrictamente demográficos<sup>182</sup>.

La eficacia administrativa es un factor de peso en el incremento numérico de las fuerzas armadas, ya que multiplicar el número de efectivos, ciertamente, requiere unos aparatos burocráticos a la altura de las circunstancias. En ningún caso esto es más cierto que en la expansión militar francesa del siglo XVII. Sin embargo, no significa que la capacidad administrativa sea la única responsable de este aumento, ya que vendría impuesta por la mezcla de poder y burocracia, conocida como absolutismo, pues como hemos podido comprobar, al menos hasta la década de los 80 fue incapaz de satisfacer las demandas de un ejército creciente, a una escala sin precedentes.

También se debe dar una mayor importancia al papel jugado por las ideas, ya que cualquier intento de comprender el fenómeno del crecimiento del ejército francés a partir del ministerio de Richelieu, requiere una consideración de las suposiciones y metas de la política exterior de la monarquía borbónica. En este sentido, el intento de Luis XIV de expandir sus dominios e imponer la hegemonía en el continente, requería un ejército cercano a los 400.000 hombres. De este modo, población, tecnología y gobierno proporcionaron un contexto en el cual los conceptos de objetivos políticos e instituciones militares, junto con la cada vez más feroz competencia entre los estados, jugaron papeles cruciales<sup>183</sup>. Poco a poco, estos métodos de reclutamiento, de carácter obligatorio, se establecieron en Hannover (1689), Brandemburgo-Prusia (1690-1693), y otros estados alemanes, a finales del siglo XVII.

Pese a todo, Parker apunta que ningún estado de la Europa del siglo XVII, incluyendo Francia, podía satisfacer sus necesidades militares recurriendo únicamente a sus súbditos, por lo que debían recurrir a tropas extranjeras<sup>184</sup>. Junto con las limitaciones técnicas y humanas, según Tallet, se debe tener en cuenta que, era poco realista esperar de cualquier estado moderno que pudiera establecer un sistema de reclutamiento más o menos generalizado, porque esto supondría demoler uno de los pilares sobre los que se sustentaba la sociedad del Antiguo Régimen, el cual todos los monarcas creían su deber mantener: la desigualdad de los hombres ante la ley<sup>185</sup>.

---

<sup>182</sup> *Ibidem.* p. 11.

<sup>183</sup> *Ibidem.* p. 12.

<sup>184</sup> PARKER, G.: "El soldado....." *Op. cit.* p. 56.

<sup>185</sup> TALLET, F.: *Op. cit.* p. 83.

### 2.3.1. EL RECLUTAMIENTO POR CONTRATO Y EL USO DE MERCENARIOS.

Por otra parte, y a pesar de que no fueron demasiado bien visto por los coetáneos, no podemos ignorar el peso de los contingentes mercenarios que, en los siglos modernos, fueron muy importantes en determinadas zonas del continente. Según Mallet, el uso de mercenarios por parte de los monarcas europeos, se revitalizó a partir del siglo XIII, debido al incremento de las necesidades militares de los estados (sobre todo en la península italiana), y la imposibilidad de cubrirlas con el servicio militar de sus ciudadanos, ocupados en otras actividades. De la misma manera, las circunstancias socio-económicas del momento favorecieron la presencia de grupos armados, sin ocupación, que vieron en la guerra su modo de vida, e Italia el lugar donde ofrecer sus servicios. Las compañías de estos mercenarios se parecían más a empresas que a organizaciones militares, ya que estaban regidas por unas normas muy bien definidas, cuyo objetivo era conservar la unidad en perfecto estado, pues de ella dependían las posibles ofertas de trabajo. En la compañía el capitán era el elemento de cohesión, y el vínculo entre las tropas y las personas que los contrataban<sup>186</sup>.

La etapa de máximo esplendor de los *condottieri*<sup>187</sup> fue la primera mitad del siglo XV, cuando las tensiones políticas entre los distintos estados italianos alcanzaron su máximo apogeo<sup>188</sup>. Fue un periodo en el que la demanda de contingentes militares fue muy elevada, y en el que los empresarios militares fueron capaces de obtener enormes beneficios<sup>189</sup>.

Sin embargo, desde finales del Cuatrocientos la guerra se volvió contra quienes más beneficios obtenían de ella. Pues los estados se dieron cuenta de que no podían, ni debían, dejar en manos privadas una materia tan importante. Esta fue una de las razones

---

<sup>186</sup> MALLET, M.: "El condottiero", en: *El hombre del Renacimiento*. Madrid, 1990. pp. 55-56. (1ª edición en italiano: Roma, 1988).

<sup>187</sup> Al hablar de *condottieri*, nos referimos a grandes capitanes, capaces de movilizar contingentes militares de considerable tamaño, la mayoría de los cuales eran nobles de cuna, procedentes de la aristocracia terrateniente, con una posición social y los medios económicos necesarios para reclutar y dirigir las tropas, pagarlas, equiparlas y alojarlas durante el periodo invernal. Esto tiene gran importancia ya que, especialmente en la Edad Media, era impensable que una persona del estamento llano pudiera encabezar ejércitos.

<sup>188</sup> MALLET, M.: *Mercenaries and their masters. Warfare in Renaissance Italy*. Londres, 1974. pp. 56-85.

<sup>189</sup> TALLET, F.: *Op. cit.* p. 75.

que llevaron a las monarquías europeas a constituir ejércitos más o menos permanentes, si bien en formas embrionarias. No obstante, los mercenarios supieron adaptarse a la nueva situación, y algunos de ellos se convirtieron en asesores militares de los señores que los habían contratado. Al mismo tiempo se aumentó la duración de algunos contratos, pues no era conveniente acometer una desmovilización total, ya que las tropas podían volver a ser necesarias en cualquier momento. De la misma manera, la incapacidad de estos precarios ejércitos permanentes para dar una respuesta eficaz a las crecientes necesidades militares de los estados, aseguró la supervivencia de los ejércitos privados, a la espera de tiempos mejores<sup>190</sup>.

Ese momento llegó con motivo del estallido de la Guerra de los Treinta Años pues ninguno de los contendientes tenía las estructuras administrativas, ni el capital suficiente, para reclutar y movilizar sus propios contingentes. Además, en el caso de los estados alemanes, o las Coronas de Dinamarca o Suecia, sus carencias demográficas impedían formar ejércitos numerosos compuestos por sus propios súbditos de manera que, en mayor o menor medida, se vieron obligadas a contratar unidades con particulares. La principal cualidad de estos individuos era, más que su capacidad militar, su crédito y su habilidad en la gestión. De esta manera, el comandante era un empresario en el sentido literal del término, ya que reclutaba sus propias tropas y las ponía al servicio del estado<sup>191</sup>.

En el caso de la Corona española, las crecientes necesidades bélicas, sobre todo a partir de la década de los 30, junto con el cada vez menor rendimiento de los sistemas de reclutamiento directo, motivó que se recurriera a los contratistas privados con mayor asiduidad, si bien a una escala mucho menor que en Centroeuropa<sup>192</sup>. La principal

---

<sup>190</sup> MALLETT, M.: El condottiero..... *Op. cit.* pp. 70-77.

<sup>191</sup> Entre empresarios militares más importantes se encuentran: el conde Ernesto de Mansfeld, que proporcionó a Federico del Palatinado un contingente de 32.000 hombres para enfrentarse a los Habsburgo, o el duque de Bernardo de Sajonia-Weimar, que contrató, en 1635, con la Corona francesa, un asiento por el que 18.000 hombres pasarían a luchar al lado de las tropas borbónicas. Sin embargo, el más importante fue Albert von Wallenstein quien, en algunos momentos, tuvo más de 40 regimientos (unos 150.000 hombres) al servicio del emperador Fernando II. REDLICH, F.: *The german military enterpriser and his workforce, 13th to 17th centuries*. 2 vols. Wiesbaden, 1964. Los términos del acuerdo entre Luis XIII y Bernardo de Sajonia-Weimar, en: SYMCOX, G.: *War, diplomacy and imperialism, 1618-1763*. Londres, 1974. pp. 117-121. En cuanto a Wallenstein, véase: BELADIEZ, E.: *España y el Sacro Imperio Romano Germánico: Wallenstein, 1583-1634*. Madrid, 1967. MANN, G.: *Wallenstein*. Barcelona, 1978. (1ª edición en alemán: Frankfurt, 1971). Sobre la presencia de soldados escoceses en los ejércitos suecos y franceses, véase: GROSJEAN, A.: *An unofficial alliance. Scotland and Sweden, 1569-1654*. Brill Academic Publishers, 2003. GLOZIER, M.: *Scottish soldiers in France in the reign of the Sun King. Nursery for men of honour*. Leiden, 2004.

<sup>192</sup> Los estudios más recientes inciden en la cada vez mayor importancia del sistema de asientos durante todo el siglo XVII, e incluso el siglo XVIII, a la hora de satisfacer las necesidades militares de la Monarquía Hispánica, vista la incapacidad de los métodos de reclutamiento tradicionales. Andujar

ventaja que ofrecía el reclutamiento por contrato era la rapidez, pues conseguía levantar unidades militares (compañías o tercios) en unos tiempos relativamente breves, sobre todo en comparación con los sistemas de reclutamiento tradicionales. Sin embargo, estamos ante una práctica cara (unos 30 ducados por hombre), la cual exigía desembolsos por adelantado, y no garantizaba que los efectivos fueran de calidad. Isidro del Castillo, desaconseja el recurso a los asientos, ya que la mayoría de los soldados levantados por este medio desertan a la menor ocasión, y se alistan en nuevas unidades para volver a cobrar la prima de enganche. Todo ello con un tremendo coste para la Real Hacienda, que gasta ingentes cantidades de dinero en tales reclutamientos, con unos resultados prácticos poco satisfactorios para sus intereses<sup>193</sup>.

Para evitar estos dañinos efectos, se muestra a favor de que la Corona compita con los empresarios de la guerra, y que reclute los hombres en uno de sus tradicionales “graneros”: la Corte. Donde hay un gran número de gente sin ocupación, mucha de los cual acredita experiencia militar. Para ello, propone designar a un comisario general, cuyo objetivo será reclutar el mayor número posible de hombres, ofreciéndoles una cantidad diaria para su sustento (“dos o tres reales”). Este funcionario no debe tener ningún reparo en tratar directamente con los proveedores de los grandes asentistas, con el objetivo de tratar de arrebatarles esta preciada “mercancía”, para lo cual debía estar dispuesto a utilizar prácticas poco éticas, como el pago de sobornos o de gratificaciones, a fin de conseguir su objetivo<sup>194</sup>.

---

Castillo, uno de los autores que más ha estudiado esta cuestión, considera que las tesis de Thompson, expuestas para el periodo 1560-1620, las cuales inciden en la vigencia de un “sistema de administración indirecta” en todo lo relacionado con la guerra, cobran incluso mayor validez para el resto del Seiscientos. Entre sus obras destacan: ANDUJAR CASTILLO, F.: “El reclutamiento privado en la España del siglo XVIII: el sistema de asientos”, en: *Studia histórica. Historia Moderna*, nº 25 (2003). pp. 123-147. *El sonido del dinero. Monarquía, ejército y venalidad en la España del siglo XVIII*. Madrid, 2004. “Empresarios de la guerra y asentistas de soldados en el siglo XVII”, en: GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (Eds.): *Op. cit.* Vol. II. pp. 375-394.

<sup>193</sup> “(.....) Y de todas las levas que se hacen por conciertos o asientos, son muy pocos los que dejan de ser tornilleros y se vuelven. (.....) Considerando los grandes gastos que V.M. hace en estas levas de tropas, o tropistas, en solo levantarlos y mal conducirlos, pues a penas han llegado a pasar muestra al ejército o plaza de armas, cuando al entregar acá la certificación de su entrega (que tal vez suelen ser falsas) la vuelven a pasar acá con otro nombre. Y de esta manera se conducen muchas compañías y gente en el nombre, siendo muy pocos los soldados que de cierto y verdad van o llegan con efecto, y los que llegan de este género, muy pocos los que asisten y sean de provecho. Y pluguiera Dios esto no fuera tanta verdad, y que 30 ducados que cada uno cuesta a V.M., puesto, y conducido en las plazas de armas y puertos de mar dentro de España, se logran; y no quedarán perdidos, sin útil ni provecho ninguno, más que haber alimentado vagamundos y juzgando que se tiene gente y soldados en la campaña, hallarse en ella sin ella, y el dinero gastado.” *Memorial en el que se contienen algunos puntos importantes al real servicio*..... Fol. 6r-v.

<sup>194</sup> “(.....) Y para la leva de gente descarriada y desamparada, que ordinariamente andan vagueando, y padecen necesidad, o que sin ella, voluntariamente, quieren servir a V.M., que de este género es centro la Corte, se hará cargo el comisario general, y correrá por su cuenta el que todos los que quisieren servir a



D. Luis de Haro, en el proyecto que hemos analizado en las páginas anteriores, muestra una visión mucho más positiva de este modelo de alistamiento. Esta diferencia de parecer vino determinada por su experiencia personal; pues en Andalucía, a pesar de los problemas demográficos, y la poca voluntad de servir de la mayor parte de la población, algunos individuos a título privado (entre los cuales se encuentra el propio Haro) naturales de la tierra, con crédito y autoridad, han conseguido levantar tercios enteros<sup>195</sup>, ya que los reclutados tenían la certeza de recibir sus pagas puntualmente. De la misma manera cuestiona, una vez más, la operatividad de los contingentes militares formados por soldados forzosos, los cuales no estaban a la altura de las curtidas unidades francesas<sup>196</sup>. No obstante, según nuestro criterio, Haro comete un error de apreciación al identificar el reclutamiento por contrato con un reclutamiento de calidad, basada en un hecho que convierte en dogma de fe: si los hipotéticos reclutas tienen la seguridad de que sus sueldos serán pagados regularmente, se encontrarán individuos suficientes para servir en la milicia.

D. Diego Enríquez de Villegas se manifiesta totalmente en contra de levantar contingentes militares mediante asientos, por los irreversibles daños que ocasiona. No debemos olvidar que la asunción de tales prácticas implica reducir el proceso a una mera actividad mercantil, donde los inversores tratarán por todos los medios de obtener beneficios. Este punto de partida no debería, en principio, acarrear consideraciones negativas; sin embargo, la realidad denunciada por los teóricos de la época presenta un

---

V.M. vayan a sentar plaza en su casa o donde se señalare, dando dos o tres reales de socorro cada día a cada soldado, y de más a más un real de a ocho al truchimán o chalán que le trujere, y de esta manera se harán cada año 2.000 o 3.000 hombres en esta corte y su distrito, como lo han hecho, y hacen, todos estos tropistas.” *Ibidem*.

<sup>195</sup> Entre los ejemplos que pone, se encuentran los casos de D. Francisco de Ayala que, “sin tener más autoridad por puesto, ni por su persona, que el ser natural de Baeza, y bien visto y emparentado allí”, levantó un tercio de mil hombres para servir en la Armada, y reclutó otros 400 soldados para reforzarle, en solo 20 días. Por esas fechas, en Córdoba, con intervención del propio D. Luis, D. Jerónimo del Pueyo levantó un tercio “de más de 900 hombres”, que esos momentos estaba sirviendo en Tarragona. La actividad reclutadora de Haro también se dejó sentir en Sevilla, donde levantó, también en 20 días, un tercio para servir en la Armada, al mando del marqués de la Algaba. Por otra parte, documenta otros reclutamientos, tanto para prestar servicio en el mar, como para el teatro de operaciones flamenco, realizados por el duque de Medinaceli, D. Sabiniano Manrique y D. Luis de Peralta, las cuales se llevaron a cabo de forma fácil y rápida. *Papel de D. Luis de Haro en el que responde a una consulta.....*

<sup>196</sup> “(.....) sobre la gente que ahora se trae, y en la forma que se trae, involuntaria y forzada, nunca se puede disponer nada, ni juzgarse que con ella pueden estar los Reinos de V.M. defendidos. Y los que han venido este año acaban de salir del arado, y aún no saben tomar el mosquete y la pica en la mano, y al invierno no queda ninguno en los cuarteles, y se vuelven todos a sus casas; y su obligación se fenece a fin de cada campaña, y la siguiente vienen otros de la misma calidad. Y presumir que con este género de gente forzada, y siempre bisoña y acabada de sacar del arado, se pueden defender los Reinos y resistir a los tercios veteranos de Francia, de 20 y 30 años de formación, ninguna prudencia lo podría aconsejar. *Ibidem*.

panorama que, si bien es posible que haya sido exagerado, se caracteriza por la presencia en los ejércitos de individuos (tanto en lo referente a la tropa como a la oficialidad) poco capacitados para la profesión de la milicia, pues los criterios castrenses están por debajo de otro tipo de consideraciones. Otro argumento en contra de su utilización era que, a pesar del esfuerzo económico realizado por la Corona, no estaba garantizado que el número de hombres estipulados en el contrato fuera el mismo en el punto de destino, pues en el tránsito tenían lugar numerosas deserciones. Para evitar que esta contrariedad repercutiera en las finanzas de la Corona, se obligó a los asentistas a que entregaran los hombres en el destino, corriendo por su cuenta y riesgo la conducción<sup>197</sup>.

D. Guillén Ramón de Moncada, marqués de Aytona, (a quien debemos uno de los más lúcidos análisis de la situación militar de la Monarquía de España a mediados del siglo XVII), en su obra escrita en cautividad (pues estuvo encarcelado dos años) se inscribe dentro de esta línea crítica con el reclutamiento privado. Según su criterio, el auge del sistema de asientos se debe al descrédito en el que ha caído la profesión militar, cuya consecuencia principal es el recurso a las levadas de forzados, mucho más difíciles de llevar a cabo que las de voluntarios. Como consecuencia de los problemas intrínsecos de esta clase de reclutamiento, se ha producido el florecimiento de los reclutadores privados, los cuales se mueven como pez en el agua dentro de esta modalidad de alistamiento, y se encuentran mucho más capacitados que la Corona para saldar con éxito sus gestiones<sup>198</sup>.

No obstante, a pesar de que este sistema aporta tropas de una manera más o menos rápida, y satisface, en cierta medida, las necesidades militares de la Corona, plantea, según Aytona, seis grandes inconvenientes, los cuales ya habían sido anticipados por Enríquez de Villegas<sup>199</sup>:

---

<sup>197</sup> “(.....) aquellos que se encargan de hacerlas (las levadas), como no atienden al servicio del príncipe, sino a la ganancia propia, eligen para los puestos no al soldado de valor y experiencia, sino a aquel que ofrece, o más dinero o dar más soldados alistados a su cuenta. Y como las patentes de oficiales se entregan en blanco a tales asentistas, reparten los puestos a su voluntad. De que se sigue que estos tales oficiales, como no prácticos, desamparan los puestos, las insignias, y son los primeros que huyen en las ocasiones. Y roban no solo en los lugares donde se alojan, mas a los mismos soldados, no dándoles la paga o el socorro puntual. Ni enseñan a sus soldados el manejo de las armas, antes les permiten todo género de insolencias.” ENRÍQUEZ DE VILLEGAS, D.: *Op. cit.* p. 57.

<sup>198</sup> MONCADA, G.R. de: *Discurso militar. Proponense algunos inconvenientes de la milicia de estos tiempos, y su reparo, al rey nuestro señor, por (.....)*. Valencia, 1653. p. 9. (1ª edición: Madrid, 1647). (Edición moderna: DE MESA GALLEGOS, E. Madrid, 2008).

<sup>199</sup> “(.....) Síguese que estos soldados son la escoria de los lugares. Y a donde falta calidad no se halla pundonor, ni se aspira a la honra, ni se anhela la gloria. Con que aún de número cabal de tal gente, no se puede prometer feliz efecto el cabo que con ella le intentare. Síguese desalentar a los soldados viejos y de

1. Destrucción y despoblación de los pueblos, lo cual impide hacer levass voluntarias.

2. Los individuos reclutados, en general, suelen ser lo peor de la sociedad, pobres y desvalidos, más preocupados por desertar que por combatir.

3. Malos oficiales como consecuencia de la práctica de conceder patentes en blanco a los asentistas, los cuales las distribuyen entre aquellos individuos que le han ayudado a la hora de completar el asiento<sup>200</sup>.

4. En las levass por asiento la mayoría de la gente no tienen ninguna experiencia militar, ya que se conceden suplimentos por el tiempo de servicio que falta para acceder a un empleo, determinado por las Ordenanzas Militares. Además, para que estos oficiales sirvan, los oficiales experimentados son reformados, por lo que el sistema militar esta corrompido, y sin disciplina se deshacen las unidades<sup>201</sup>.

5. Exceso de sueldos, ya que los oficiales que han obtenido su empleo por concesiones en blanco, al no acreditar una formación competente, deben ser reformados. Así, están cobrando su salario y no prestan ningún servicio útil, por lo que aumentan los gastos sin ninguna contrapartida.

6. Desconsuelo de los buenos oficiales al ver que los puestos que legítimamente, y en función de sus servicios, les pertenecen, son ocupados por individuos indignos.

Según su criterio, la solución más factible pasaría porque los capitanes acudieran directamente a reclutar los hombres necesarios para cubrir las bajas. Con ello se evitaría el levantamiento de nuevas unidades, lo cual suponía un lastre para la Real Hacienda en forma de sueldos y ventajas, y para la propia operatividad del ejército, debido al exceso de oficiales. Para Aytona, en estas materias se ha de seguir el ejemplo de los suizos, donde hay dos capitanes en cada compañía; uno de ellos sirve en campaña con las tropas, y el otro está en la provincia de origen de la unidad, donde recluta efectivos y los

---

servicios particulares, pues ven que hombres sin valor, ejercen los puestos que a ellos se debía. De que procede, o que se retiren del servicio, o que sirvan sin gusto. Síguese un daño notable a la Real Hacienda, en razón del aumento de los sueldos que vienen a gozar, después de reformados, estos tales oficiales.” ENRÍQUEZ DE VILLEGAS, D.: *Op. cit.* pp. 59-60.

<sup>200</sup> “Que por facilitar las levass se les dan todas las patentes en blanco, y así las de los cabos mayores se quedan con ellas, los que profesan ser tropistas, y las de los capitanes y demás oficiales las dan a aquellos que les ofrecen levantar alguna gente a su costa, con que son oficiales inútiles e indignos, y se viene a comprar y no escoger la milicia, ¿y siendo tales los cabos, cómo podrán ser los soldados?” MONCADA, G.R. de.: *Op. cit.* p. 11.

<sup>201</sup> “Que se dan suplementos a todos los oficiales, pues en tales levass nunca se junta sino gente que no ha visto la milicia, con que se hallan los ejércitos con los soldados viejos reformados, y los vivos, bisonos e inútiles, con que se hace una milicia relajada, indigna e inútil, y no sólo lo son los nuevos, sino que corrompen los veteranos, y todos vienen a quedar sin las tres partes que hacen al soldado bueno, que son: querer serlo, respetar y obedecer. Y así se deshacen tan fácilmente, arruinan los países y obran tan flojosamente en las operaciones”. *Ibidem.* p. 13.

envía a completar las plantillas de las compañías, cambiando su ocupación cada año. Para el caso de España, considera que esto se puede hacer sin problemas en una o dos compañías de cada tercio. En estas reclutas jugarían un activo papel los sargentos mayores de los diferentes partidos de las milicias, los cuales servirían un año como capitanes de compañía en un tercio, y al año siguiente estarían en su circunscripción reclutando gente para la próxima campaña<sup>202</sup>.

A principios de los 80, D. Francisco de la Sala<sup>203</sup> evalúa la importancia del reclutamiento por asiento. Con la autoridad que acreditan 30 años de servicio, su opinión con respecto a esta práctica es, en general, negativa. Solo se manifiesta a favor de permitirla en dos supuestos: en primer lugar, si las unidades levantadas son destinadas a teatros de operaciones donde haya guerra declarada, pues allí si pueden prestar algún servicio útil<sup>204</sup>. En cuanto al segundo, se podría hacer la vista gorda con aquellos individuos del segundo estado que tuvieran vocación castrense, pues sería una buena manera de iniciarles en la carrera de las armas y que, con el tiempo, se convirtieran en oficiales experimentados. Como ejemplo, D. Francisco presenta el ejemplo de D. Artal Azlor<sup>205</sup>, conde de Guara, a quien se concedió la patente de capitán a cambio de levantar una compañía de infantería, con la cual sirvió en Cataluña. En este supuesto la experiencia fue más que positiva, pues el paso de D. Artal por la milicia no fue algo efímero, sino que hizo méritos suficientes para ascender al empleo de maestre de campo y recibir el mando del tercio del Reino de Aragón. Sin embargo, como más

---

<sup>202</sup> (.....) Y la costumbre de los esguizaros en esto es bonísima. Que cada compañía tiene dos capitanes, de los cuales, el uno está sirviendo en la campaña, y el otro en su provincia, recogiendo y enviando gente; y cada año se alternan. Y verdaderamente que conviniera mucho se hiciera entre nosotros. Y que no en todas las compañías, por el mucho gasto, por lo menos una o dos de cada tercio. Y para esta ejecución convendría mucho en España que los sargentos mayores de los partidos fuesen capitanes de los tercios, con que un año vendrían a servir en el ejército con la gente reclutada, y otro estarían recogiéndola. Y así serían todos a propósito, y no admitieran, como hoy, impedidos e inhábiles.” *Ibidem*. pp. 58-64.

<sup>203</sup> D. Francisco Ventura de la Sala y Abarca, natural de Huesca, nació a principios de la década de los 20, e inició su carrera militar en 1650, sirviendo en el reino de Nápoles. En 1652 fue ascendido a capitán y sirvió en la fase final de la guerra de Cataluña. En 1667 regresó a Nápoles, y accedió al empleo de maestre de campo. Finalmente, en 1679 se le nombró gobernador del castillo de Manfredonia, siendo ya teniente de maestre de campo general. Además, en 1667 fue propuesto para un hábito de la orden de Santiago, el cual obtuvo cuatro años más tarde, en 1671. Datos biográficos obtenidos del prólogo de su obra: DE LA SALA Y ABARCA, F.V.: *Después de Dios. La primera obligación y glosa de órdenes militares*. Nápoles, 1681.

<sup>204</sup> “(.....) Los que levantan compañías a su costa para servir en un ejército donde la guerra está más encendida, y las ocasiones se alcanzan unas a otras, hace gran servicio a S.M. Y puede ser que aquella poca gente sea ocasión de que tengan las armas de su príncipe alguna señalada victoria”. DE LA SALA Y ABARCA, F.V.: *Op. cit.*

<sup>205</sup> Este individuo era hijo del maestre de campo D. Martín de Azlor, caballero de la orden de Santiago, que también comandó el tercio levantado por el Reino de Aragón. En 1652 se le hizo merced de hábito para un hijo en consideración de sus servicios, y en 1664 se le concedió, de la misma orden, a D. Artal.

adelante declara D. Francisco, esto parece ser la excepción y, en general, los perjuicios ocasionados son mayores que los potenciales beneficios.

En este sentido muestra su más absoluta disconformidad con la política adoptada por la Corona en lo relativo a los nombramientos de los oficiales que iban a mandar los nuevos tercios formados en Castilla e Italia. Pues los criterios militares habían sido relegados a un segundo plano, y los puestos de maestro de campo y capitán fueron a parar a individuos sin los años de servicio obligatorios para tales empleos. El único mérito que acreditaban era su compromiso de reunir cierto número de hombres en el menor tiempo posible, gracias a lo cual recibirían la oportuna patente<sup>206</sup>.

Otro aspecto que tenía consecuencias negativas en el dispositivo militar español, en este caso en lo relativo a la profesionalidad de los oficiales, el cual ya fue apuntado por el marqués de Aytona, se refiere a los suplimientos concedidos a determinados individuos que, bien por su origen, bien por haber levantado un contingente, o incluso por haber comprado el empleo, no habían servido el tiempo estipulado para poder servirlo. En este sentido, la opinión de D. Francisco es mucho más pragmática que la de Aytona, pues el primero considera casi imposible erradicar esta práctica, y se muestra partidario de una coexistencia entre oficiales expertos (con el periodo de servicio obligatorio cumplido), e inexpertos (que han accedido al empleo por otras vías), con una amplia mayoría de los primeros frente a los segundos, en una proporción de 4 a 1<sup>207</sup>.

También critica que el poder real acepte ofertas de particulares, sin experiencia militar, para levantar compañías que sirvieran donde no hay “guerra viva” (en clara alusión a Nápoles y Sicilia, lugares que conoce perfectamente), pues su aceptación es más una carga que un alivio para el sistema defensivo de la Monarquía Hispánica. A pesar de que los reclutadores den a entender que han realizado un gran esfuerzo para cumplir con esta obligación, a la larga la gran perjudicada es la Real Hacienda, pues debe asumir los cuantiosos gastos generados por tan abultado número de oficiales<sup>208</sup>.

---

<sup>206</sup> DE LA SALA Y ABARCA, F.V. *Op. cit.* pp. 33-34.

<sup>207</sup> “(....) Y se ve cada día que antes de asentar la plaza ya tienen conseguidos los suplimientos para pasar con ellos a Flandes o Italia, esperando hasta que, con los favores y medios que llevan para los generales, consiguen tener compañías. Y entonces sacan el suplimento, y asientan la primera plaza de capitanes, y sin haber tenido un día de soldados. Y aunque es verdad que a muchas de éstas personas se concedan o dispense el tiempo, con mucha razón parece sería más acertado para los tales, y para el servicio del rey, si en cada tercio de 10 compañías, no pasasen de 2 esta suerte de personas, siendo los otros 8 capitanes soldados viejos y experimentados. Con los cuales, en breve tiempo, se harían capaces de la obligación de su cargo. Y no con tanta facilidad pudieran tener los empeños de hallarse solos en diversas acciones.” *Ibidem.* p. 88.

<sup>208</sup> “(....) Veinte compañías levantadas a costa de particulares, llegarán al número de 2.000 hombres, cuyas primeras planas importan cada año 37.740 ducados. Los capitanes, como no experimentados, es

Según el criterio de D. Francisco, lo que estos individuos buscan, más que contribuir a paliar las ingentes necesidades bélicas de la Corona, es su enriquecimiento personal; es decir, que el levantamiento de estas unidades equivaldría a una inversión, lo cual está bastante próximo a la realidad. La evidencia más palpable de todo ello es que, en el peor de los casos, levantar una compañía de 100 hombres, supone para ellos un gasto de 3.000 ducados<sup>209</sup>. A cambio, los beneficios a obtener son mucho mayores de los 150 ducados anuales que, como máximo, obtendrían si “los pusiesen en renta.” En primer lugar, junto a su sueldo, está la opción más que plausible de cobrar, al menos, la mitad de la paga si son reformados (en teoría la peor de las situaciones posibles). Y si continúan prestando servicio como “oficiales vivos”, aprovecharían su posición para recuperar la suma invertida lo antes posible, siempre a costa de los soldados, a quienes tratarán de escamotear hasta el último maravedí, sin importarles su estado y manutención. Con todo, la principal ventaja que obtienen es la obtención de la categoría de hidalgo de privilegio, condición muy ambicionada según los parámetros ideológico-morales de la época, e intrínseca al empleo de capitán, a pesar de que sus orígenes sean oscuros; y lo que es más importante, podía ser transmitida a los descendientes<sup>210</sup>.

En suma, la valoración que hace del reclutamiento privado es más que negativa; y se muestra contrario a la formación de nuevas unidades mediante este sistema. Aquí coincide con los postulados del marqués de Aytona, pues considera que los propios capitanes de las unidades deben acudir, bien a la península bien a los lugares donde se

---

imposible que en las ocasiones cumplan con su desempeño; y los que son de valor y esperanza, parecen en ellas. Pierde el rey estos sujetos que, sirviéndole algún tiempo, alcanzarían el conocimiento de las acciones, y no murieran tantos soldados por mal guiados, ni se consumiera la Real Hacienda sin fruto. pues cuando hecho el asiento los reformasen, les quedan 300 escudos al año de sueldo. Y al rey le faltan sujetos en el Reino, que a una invasión repentina del Turco, o de otro enemigo, le defiendan las marinas y otros puestos que deben ocupar los militares de experiencia.” *Ibidem*. pp. 91-92.

<sup>209</sup> Parece que los cálculos de D. Francisco son bastante cabales, e incluso da la impresión de que la cifra peca por exceso más que por defecto. El ejemplo más cercano que hemos encontrado a la fecha de publicación de su obra 1681, data de mediados de 1676, con motivo de la realización de una leva en el Reino de Galicia, de 1.100 hombres, para rehacer el tercio del marqués de Arcos de Tenorio, que prestaría servicio en Flandes. A pesar de que no se trata de un asiento, nos puede ofrecer información sobre el desembolso que suponía el levantamiento de unidad. En este sentido, ante la imposibilidad de concluirlo con voluntarios, se propuso hacerlo mediante una leva entre las ciudades, prelados, cabildos y comunidades (es decir, una leva involuntaria). Pero el Reino manifiesta la imposibilidad de hacerlo, pues el año anterior, 1675, ya se había utilizado este método para levantar los 1.300 hombres del tercio del conde de Amarante, “que se levantaron en breves días con solos 20.000 escudos de costa”. De este modo, el coste de levantar 100 hombres, equivaldría, aproximadamente, a unos 1.400 ducados. No obstante, ignoramos si los hombres iban vestidos y/o armados, circunstancia que encarecería notablemente el coste. *Consulta del consejo de Castilla en la que responde a un decreto de V.M., y dice lo que se le ofrece sobre dos consultas del consejo de Guerra, siendo de parecer que no conviene hacer levas de gente involuntaria para Flandes en el Reino de Galicia*. Madrid, 11-5-1676. AHN, Consejos, Leg. 7256, nº 180.

<sup>210</sup> DE LA SALA Y ABARCA, F.V.: *Op. cit.* p. 92.

determinara hacer leva, a reclutar ellos mismos los hombres necesarios para completar las vacantes de sus compañías. Con ello la Real Hacienda se podría ahorrar una importante suma, tanto en socorros como en sueldos de la oficialidad, porque no se incrementaría el número de unidades, sino que se reforzarían las ya existentes<sup>211</sup>.

Pero a diferencia de la mayor parte de las deficiencias detectadas por los escritores militares, ésta parece que fue tomada en cuenta por los dirigentes de la Monarquía Hispánica. Según Rodríguez Hernández para el caso del ejército de Flandes, a partir de 1683, debido a lo dispendioso que era el reclutamiento privado, se optó precisamente por lo planteado por D. Francisco: enviar capitanes a Castilla para que levantaran la gente con la cual cubrir sus necesidades. No obstante, parece ser que esto ya se estaba haciendo con los contingentes destinados a Italia<sup>212</sup>. Sin embargo, ¿por qué D. Francisco, destinado en Nápoles, no lo menciona, máxime cuando se trata de la solución que propone? Ante la imposibilidad de ofrecer una respuesta concluyente, pudiera ser que esto se debiera a una omisión intencionada para aparecer como innovador. También podría ser que su análisis de la situación pecara de pesimista, con el objetivo de acentuar la necesidad de reformas. A pesar de que la adopción de este procedimiento suponía un ahorro notable para la Real Hacienda, también presentaba inconvenientes, pues implicaba reclutar la mayor parte de los hombres, en teoría voluntarios, en el litoral y sus proximidades, donde parece ser que éstos no abundaban<sup>213</sup>.

Consideraciones tan negativas tuvieron que ejercer una gran influencia a la hora de evitar el recurso a este método de reclutamiento, el cual debía quedar reservado a situaciones de urgencia. Así, la opinión comúnmente aceptada apunta que, en comparación con el periodo comprendido entre 1620-1670, los últimos años del siglo XVII y los primeros del siglo XVIII, marcaron el inicio del declive de los empresarios militares y de los oficiales que levantaban sus propias unidades, en detrimento de un sistema de reclutamiento más metódico, supervisado y ejecutado directamente por las estructuras administrativas del Estado. Con todo, según Ribot la oferta de individuos susceptibles de ser reclutados por los empresarios militares comenzó a escasear, como

---

<sup>211</sup> “(...) Y si con lo que importan las primeras planas y socorros de 20 compañías, se enviasen capitanes viejos a levantar gente suelta, cuánta hicieran y cuánto excusarán al real patrimonio, sin contraer tantas obligaciones de sueldos con los que levantan dichas compañías. Y en las ocasiones de de empeño tuvieran soldados experimentados, y no inexpertos”. *Ibidem*. pp. 92-93.

<sup>212</sup> RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, A.J.: “El reclutamiento de españoles para el Ejército de Flandes en la segunda mitad del siglo XVII”, en: GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (eds): *Op. cit.* Vol. II. pp .401-402.

<sup>213</sup> *Ibidem*. pp. 401-402.

resultado del periodo de relativa prosperidad que se dio desde el último cuarto del siglo XVII hasta mediados del siglo XVIII<sup>214</sup>. Sin embargo, este planteamiento ha sido revisado por Andújar Castillo en sus trabajos sobre el ejército español en el Setecientos, donde no solo continúa vigente esta práctica (en la guerra hispano-francesa de 1793-1795 se recurrió a ella para levantar nuevos regimientos), sino que alcanzó su apogeo<sup>215</sup>.

De la misma manera, consideramos que se deberían rechazar los apriorismos de carácter negativo que rodean a este método de reclutamiento. Si bien es cierto que en algunas ocasiones los contratistas no cumplían con las condiciones pactadas, o la calidad del “producto” (entendido en sentido amplio) dejaba mucho que desear, en otros casos eran la única manera de asegurar el suministro (en este caso de hombres, pero también de armamento o pertrechos). Además, lucro personal y servicio a la Corona no tenían porque presentarse como conceptos antagónicos, sino que con frecuencia iban cogidos de la mano, pues la iniciativa privada y el deseo de prosperar y enriquecerse (por mucho que algunos piensen lo contrario) es el verdadero motor de las sociedades, mucho más que la acción del Estado<sup>216</sup>.

\*\*\*\*\*

En definitiva, se constatan las dificultades de la Monarquía de España para satisfacer las enormes necesidades que implicaba el mantenimiento de su integridad territorial, tanto fuera de España como en la península, debido a la apertura de dos frentes internos desde 1640.

En lo tocante a la participación del segundo estado y de los caballeros de las Órdenes Militares en el esfuerzo bélico común, la imposibilidad del poder real para resolver este problema por sí mismo motivó que se viera obligado a dirigir sus miras hacia potenciales colaboradores. Con motivo de la intensificación de las contiendas en las que estaba involucrada la Corona española, fue tomando cuerpo la determinación de implicarles en el sostenimiento de la guerra, pues era mucho lo que, tanto unos como otros, podían ofrecer. Análogamente, si se hubiera articulado un proyecto coherente,

---

<sup>214</sup> RIBOT GARCÍA, L.A.: Types of armies.....*Op. cit.* pp. 62-63.

<sup>215</sup> CASTILLO ANDUJAR, F.: “El reclutamiento privado...”*Op. cit.* El sonido del dinero..... *Op. cit.*

<sup>216</sup> Sobre esta materia, véase: BREWER, J.: *The sinews of power. War, money and the English State, 1688-1783*. Londres, 1989. Sobre todo, pp. 221-250. ROWLANDS, G.: *Op. cit.* En especial, pp. 73-108, 135-149 y 161-199.



tanto en los fines a conseguir como sobre todo, en una evaluación realista de los medios disponibles para hacerlos realidad, no se hubiera visto forzada a incrementar las exacciones sobre ellos, cuya última expresión fue la movilización de los caballeros de hábito, a quienes se exigió que prestaran servicio militar en la caballería, en una unidad constituida exclusivamente para ellos.

Pese a la ineludible responsabilidad de la Corona en esta materia, en su descargo se encuentra el hecho de que ninguna de las monarquías de la época fue capaz de dar una respuesta satisfactoria a este problema. Incluso la Francia de Luis XIV, modelo a imitar durante la segunda mitad del siglo XVII, tuvo serios problemas para levantar unos contingentes militares acordes con su ambiciosa política exterior.

### 3. NOBLEZA Y SERVICIOS MILITARES. UN DEBATE EN LA ESPAÑA DEL SIGLO XVII.

Junto a las carencias detectadas en el dispositivo militar de la Corona española, nos encontramos con otro dilema, cuyas repercusiones fueron evidentes sobre la nobleza y las Órdenes Militares: las continuas alusiones a la relajación de los vínculos que unían a ambas con la guerra. Respecto al estamento privilegiado, la historiografía tradicional ha repetido hasta la saciedad que, durante los siglos modernos, fue abandonando, de manera progresiva, el ejercicio de las armas. Este hecho no tendría más importancia si no es porque la profesión militar justificaba su privilegiada posición<sup>217</sup>, aunque había algunas voces discordantes a este respecto<sup>218</sup>.

Una de las circunstancias que más nos interesa de todo este debate es su vínculo con la profesión castrense, y en concreto con la oficialidad y el alto mando. En definitiva, si para comandar los contingentes militares era suficiente con tener unos orígenes elevados, o por el contrario, se debía preferir a los más aptos, sin tener en cuenta su nacimiento. La importancia de esta materia se refleja en la vasta producción literaria que la abordó, y en el hecho de que toda la literatura militar la tratara, con más o menos intensidad. En términos reales, la Corona se encontró ante una encrucijada: si concedía los puestos de la oficialidad a nobles sin experiencia, la profesión militar ganaría en prestigio y, sobre todo, sería mucho más fácil obtener reclutas; por el

---

<sup>217</sup> Según Bernardino de Escalante, el vínculo entre nobleza y guerra es insoluble, ya que los títulos de duque, conde y marqués, tienen un origen claramente militar, es decir son concesiones reales por servicios prestados con las armas. ESCALANTE, B. de: *Diálogos del arte militar*. (Edición de: MARTÍN POLÍN, R. Madrid, 2002). p. 201. (1ª edición: Sevilla, 1583).

<sup>218</sup> Por ejemplo, el licenciado Gregorio López Madera, fiscal de la Chancillería de Granada, ofrece un planteamiento diferente, según el cual no está tan claro que el origen de la nobleza titulada sea exclusivamente militar. Mientras que en el caso del título de duque si se puede acreditar una evidente relación con las armas, en cuanto a los de conde o marqués, surgen dudas. Respecto al primero, aparece vinculado con el mundo palatino, y el segundo con la magistratura. “(.....) De los títulos seculares, el más antiguo y principal es el de duques, que por su significación de ser guía y caudillo, no sólo se usó desde antiguo en los ejércitos, llamándose así los capitanes, pero también los gobiernos de las repúblicas, con el cual se han intitulado en todos tiempos muy poderosos y grandes príncipes. Los condes comenzaron por oficios de palacio, en que ayudaban a los emperadores y reyes, o en los gobiernos, por lo cual los honraban con renombre de compañeros suyos, como los marqueses, en magistrados supremos de los términos de las provincias, llamados marchas de algunas naciones que habiendo venido a ser ya no sólo título de dignidades, sino de señoríos perpetuos.” LÓPEZ MADERA, G.: *Excelencias de la Monarquía y Reino de España, por el licenciado (.....), dirigidas al príncipe Don Felipe, nuestro señor*. (Edición de: BERMEJO CABRERO, J.L. Madrid, 1999). pp. 148-150. (1ª edición: Valladolid, 1597). Sobre el personaje véase: GARCÍA BALLESTEROS, E. y MARTÍNEZ TORRES, J.A.: “Gregorio López Madera (1562-1624): un jurista al servicio de la Corona”, en: *Torre de los Lujanes*, nº 31 (1998). pp. 163-178.

contrario, si el oficial era de baja condición, pero experimentado, se ganaría en operatividad militar, y su ejemplo podría servir para que otros se animaran a servir; pero por el contrario, la reputación de la carrera de las armas se resentiría y, además, estos oficiales tenían mucha menos capacidad de reclutamiento que los de estirpe aristocrática.

Sin embargo, conforme vamos ascendiendo en el escalafón militar, el peso de la sangre es cada vez más importante, y adquiere una importancia capital en el caso del capitán general, su cúspide. En este sentido, Escalante es partidario de que dicho oficial sea de sangre ilustre, ya que con ello su autoridad sería prácticamente incontestable, y lo que es más importante, si un noble de alcurnia comandaba un ejército, se vería acompañado de un considerable número de caballeros y nobles menores, pertenecientes a su clientela, que supondrían un incremento notable de sus efectivos. A pesar de todo, debía acreditar unos conocimientos militares que le permitan ejercer el mando con suficiencia, pues “el título y favor no pueden hacer sabio y prudente al que no lo fuera”<sup>219</sup>. En definitiva, lo ideal sería que el oficial, en general, aglutinara ambas realidades, es decir: méritos y origen; pero en caso de que esto no fuere posible, se muestra partidario de que escojan los primeros, lo cual constituye un claro desafío a la autoridad de la nobleza de sangre<sup>220</sup>.

Para Álava y Viamont, el oficial debía tener cinco cualidades: “fortaleza de ánimo, prudencia en los negocios, severidad para mandar, ventura en sus obras, y ciencia en la milicia”<sup>221</sup>. De la misma manera, a diferencia de otros autores, los cuales trazan un abismo insalvable entre armas y letras, considera que ambas disciplinas son imprescindibles a la hora de forjar al militar ideal<sup>222</sup>. No debemos olvidar que a la hora de definir su pensamiento, se encuentra muy presente el hecho de que, en contraste con otros escritores militares, no acredita haber estado presente en el campo de batalla. A pesar de tal deficiencia, considera que se puede alcanzar la excelencia en el ejercicio de las armas, tal y como acreditan numerosos modelos a lo largo de la Historia, que suplieron su falta de experiencia práctica, con sus conocimientos e inteligencia.

En cuanto a la vinculación entre nobleza y mando militar, concede a ésta un papel importante, como una de las cualidades requeridas para su disfrute. Según este

---

<sup>219</sup> ESCALANTE, B. de: *Op. cit.* p. 248.

<sup>220</sup> “(.....) si la nobleza no estuviere acompañada con otras buenas partes, en tal caso se elija la virtud, que es el verdadero camino por donde se ha de valer. Que pocas veces se pierden los trabajos obrados con fortaleza en compañía del capitán experimentado y prudente.” *Ibidem.* pp. 134-135.

<sup>221</sup> ÁLAVA Y VIAMONT, D.: *Op. cit.* Fol. 4r.

<sup>222</sup> *Ibidem.* Fol. 3r.

autor, se pueden constatar numerosos ejemplos de nobles que han profesado la carrera de las armas, cuyos vástagos también la han desempeñado con éxito, lo cual implicaría asumir que determinados individuos, únicamente por su nacimiento, tenían una vocación natural para la guerra<sup>223</sup>. Sin embargo, no se deben minusvalorar los méritos personales de cada uno, pues si en función de ellos se ha ido ascendiendo hasta llegar a la oficialidad, debe ser respetado. En sus reflexiones finales, coincide a grandes rasgos con lo apuntado por Escalante; el capitán debe tener nobleza de origen y servicios propios.

Marcos de Isaba se mueve en una línea muy similar, cuando considera al estamento privilegiado como el más apto para la profesión militar, ya que cuentan con unas cualidades innatas para ello, procedentes de la virtud heredada de sus pasados. Si a ellas se le añaden sus propios méritos, el resultado es difícilmente superable: soldados virtuosos, tanto por su herencia como por sus servicios. No obstante, entiende que este deseado binomio solo será posible si la Corona ofrece recompensas acordes a sus servicios<sup>224</sup>.

Álamos de Barrientos recomendó a Felipe III que vinculara a los grandes con la conservación del Imperio, para lo cual debía honrarlos y favorecerlos. El autor adelanta una idea que, con el tiempo, se demostrará cada vez más acertada: si no se produce una conjunción de intereses entre la Corona y sus principales súbditos, será cada vez más difícil sostener la estructura imperial española y la hegemonía mundial<sup>225</sup>. Así, el rey debe estar cerca de ellos, para controlar sus comportamientos y encauzarlos hacia actuaciones productivas para la “república”, pues tienen un carácter innato para el servicio público, especialmente en lo relacionado con la profesión militar y la defensa del Imperio<sup>226</sup>.

---

<sup>223</sup> “(.....) Y así sucede de ordinario que en un linaje resplandece la liberalidad, y en otros las letras, en el otro la buena suerte en el uso de las armas, y otras muchas admirables virtudes, que muestran consistir la nobleza no sólo en el ejercicio de la virtud, sino también en obra de la naturaleza, continuada en las descendencias y sucesiones. La cual nobleza es una dignidad de linaje, donde resplandecieron muchas virtudes saludables y provechosas al bien común”. *Ibidem*. Fol. 15r.

<sup>224</sup> ISABA, M. de: *Cuerpo enfermo de la milicia española, con discursos y avisos para que pueda ser curado, útiles y de provecho, compuesto por el capitán (.....)*. (Edición de: MARTÍNEZ RUIZ, E. Madrid, 1991). pp. 229-230. (1ª edición: Madrid, 1594).

<sup>225</sup> “Justo será servirse V.M. de ellos (los grandes), honrarlos y favorecerlos, para que, apartados de su grandeza y sin servicio suyo, no gocen, ni pierdan, por mejor decir, aquellas grandes riquezas que merecieron recibir de sus progenitores; sino que con ellas asistan a la conservación del Estado y al crecimiento del resplandor de S.M., y las empleen en lo mismos en que las ganaron sus antepasados. Pues los reyes y monarcas antiguos procuraban que los nobles de sus reinos, e hijos de los grandes, y ellos mismos, se criasen y sirviesen en su Corte por mayor seguridad de la persona real”. *Ibidem*. p.111.

<sup>226</sup> “pues la nobleza natural y heredada tiene un no se qué de virtud y de entendimiento, que en las ocasiones luce, aparece y se descubre. Y aún más, que por ventura sus desórdenes y sus vicios les

Fray Gregorio de Pedrosa, en un escrito dirigido al conde de Olivares al acceder a la privanza, le recomienda favorecer y anteponer a los militares que hayan realizado servicios distinguidos. Pese a todo, detrás de esta recomendación se esconde un motivo menos elevado: si el ministro es vinculado con hombres beneméritos, su posición ante el rey se verá reforzada, y al contrario, si se le relaciona con la incompetencia y la ignorancia, se le ésta se debilitará, repercutiendo en su contra. De esta manera, le sugiere rodearse de los individuos mencionados en primer lugar, sobre todo si pertenecen al estamento nobiliario. Estos deben ser preferidos, ya que, debido a su origen, tienen una predisposición innata a realizar grandes obras, conformes a su calidad; y, al mismo tiempo, para no cometer actos indignos y viles, “si bien algunas veces suele verse de todo”. Por ello, le sugiere que, no obstante, se informe antes de la calidad de cada individuo y la trayectoria seguida. Así, aunque la nobleza, por sí misma, es importante y tiene unas cualidades naturales para la milicia, no debería ser el único argumento a la hora de proveer el mando, sino que también se deben tener en cuenta su trayectoria personal<sup>227</sup>.

Para Juan de Caramuel Lobkowitz, monje benedictino de Lovaina y profesor de Sagrada Teología, en su *Declaración Mística de las Armas de España* (obra apologética del poderío de España, escrita en 1636), no todos están capacitados para realizar grandes obras, capaces de elevar a la nobleza a su autor. Considera que los méritos propios son lo único que puede acreditar, sin ningún género de dudas, la verdadera nobleza. En resumen, lo ideal es que se hagan hechos propios, y si se pueden acreditar servicios de los pasados, mucho mejor<sup>228</sup>.

Juan Bautista Gil de Velasco considera que la nobleza tiene una vocación innata para el ejercicio de las armas, pues documenta ejemplos de miembros del segundo estado que, pese a criarse en un ambiente poco inclinado para ello, luego se han

---

proceden del descuido y menosprecio que se tiene de ellos. Porque cuando los grandes andan con el príncipe, verdaderamente se avergüenzan de no imitarle en la virtud; y ausentes de S.M. se entregan a toda clase de vicios y antojos desordenados”. *Ibidem*. pp. 110-111.

<sup>227</sup> *Papel fundado en razón de Estado, que escribió el padre Fray Gregorio de Pedrosa al conde de Olivares, para conservarse en la privanza con el rey nuestro señor, y gobernar acertadamente esta monarquía*. S.f., s.l. BN, Mss, 10.431. Fol. 160r.

<sup>228</sup> “(.....) Tiene licencia solo para emprender cosas arduas quien tuviere méritos intrínsecos para conseguirlas; aquel que fuere águila y no volare con alas de privanza, sino con la nobleza que heredó de sus padres, y con la virtud que adquirió con sus obras. Este tal no vuele a la mano derecha, que será dar buen agüero a la envidia, que está contemplando sus acciones. Pues sacará de este vuelo que el oficio sublime no se dará por méritos, y que los electores dan con prendas a un lado. No vuele a la siniestra, que todo mal siniestro nunca es digno de premio. Vuele derecho arriba, remóntese, suba, con seguro de que sus alas son sus méritos, no dependen de favores ajenos, y así es imposible que le falten”. CARAMUEL LOBKOWITZ, J.: *Declaración mística de las armas de España*. Bruselas, 1636. pp. 159-160.

destacado como grandes capitanes<sup>229</sup>. Esta argumentación podía ser vista por el segundo estamento como una tabla de salvación a la que aferrarse, en un momento en el que las críticas contra su modo de vida (sobre todo las que hacían referencia a una vida cómoda y placentera, alejada de cualquier tipo de responsabilidad). Es más, un tren de vida elevado, con lujos y riquezas no sólo no debe ser criticado, sino que es anejo a la condición nobiliaria. No obstante, en concordancia con lo manifestado por los autores precedentes, considera que la nobleza heredada no es suficiente, por sí sola, para justificar su posición. El noble debe comportarse como tal y hacer obras dignas de su condición, pues nada es más da más esplendor que las obras realizadas por uno mismo<sup>230</sup>.

Montero de Espinosa, mediante los personajes de su obra: Heráclito y Demócrito, identifica el valor con la virtud y, por ende, con la nobleza, el cual se transmite a través de la sangre. El primero de ellos considera que el valor no es un atributo susceptible de ser heredado, sino que es un don concedido por Dios; el cual puede estar presente (y también ausente), tanto en individuos con un origen bajo como entre los privilegiados, “y tal vez sobra en la sangre ignorada, el que falta en la esclarecida”. Heráclito se mueve en unas posiciones mucho más complacientes con la nobleza y con el monopolio del valor, y también la virtud, por parte del estamento privilegiado. Su argumentación se apoya en la intachable conducta de la mayor parte de los aristócratas, los cuales se comportan conforme a sus obligaciones, mientras que sólo una minoría de este heterogéneo grupo, con sus comportamientos indignos deshonran sus personas y a sus linajes<sup>231</sup>. Del mismo modo, manifiesta su poca confianza en la capacidad del estamento llano para llevar a cabo hechos valerosos, los cuales permitan el acceso al honor. Pese a todo, no descarta, siempre a título individual y selectivo, que algunos sujetos de oscuro nacimiento puedan realizar acciones meritorias.

---

<sup>229</sup> “Ejemplos hay infinitos de soldados nobles que, habiéndose criado entre abundancia de regalos y riquezas, acomodándose a la aspereza de la vida belicosa, salen excelentísimos soldados y capitanes. Y no por criarse los nobles con regalos son inútiles para la guerra, porque la nobleza, por conservarse y aumentar honra, con poca inclinación cría nueva naturaleza con el uso del arte militar, que bien aplicada, corrige monstruosidades de naturales costumbres y errores, y si con los primeros regalos se hicieron apacibles y muy humanos, con los trabajos de la guerra se hacen crudos y feroces, con que vienen a tener dos calidades que se requieren en los buenos soldados, que son apacibilidad y amor con los amigos, y en la batalla rigor y crudeza con los enemigos”. GIL DE VELASCO, J.B.: *Op. cit.* Fols. 24v-25v.

<sup>230</sup> *Ibidem.* Fols. 17v-18v.

<sup>231</sup> “(.....) De 50 que nacen con obligaciones, es uno el que no las cumple; y de 50 que nacen sin ellas, es uno el que las adquiere. Y así serían tanto mejores para el servicio, 50 caballeros que 50 villanos, cuanto va de uno a 49; pues el que tiene crédito que perder en la fuga, mucho será que no aventure la vida en el rencuentro. MONTERO DE ESPINOSA, R.: *Diálogos militares y políticos discurrecidos por Heráclito y Demócrito sobre las campañas y ejércitos de Flandes.* Bruselas, 1654. pp. 60-61.

Baños de Velasco incide en el indisoluble vínculo entre soldado, infanzón e hijodalgo, basado en la prestación de servicios militares al rey, el cual legitima esa posición. Estos individuos deben ser la columna vertebral del ejército, de manera que la Corona debía utilizar todos los medios a su alcance para vincularlos a la carrera de las armas (planteamientos muy similares a los utilizados por D. Gaspar de Guzmán en su Gran Memorial). Su tesis implicaría asumir una transmisión genética de las virtudes militares, y una inclinación innata hacia ella por parte de ciertos individuos. De la misma manera, pone de manifiesto una realidad denunciada por un significativo número de coetáneos: un exceso de letrados y estudiantes en las universidades, en detrimento de los profesionales de la milicia, hecho que llama la atención en un momento en el cual las necesidades militares de la Monarquía Hispánica son mayores que nunca, amenazada por la potencia francesa, y cuando se hacen necesarios militares competentes y profesionalizados. Así, se asistiría a una reivindicación de las armas sobre las letras como defensoras de la libertad de la nación y conservadoras de su lustre y honor<sup>232</sup>.

Pese a todo, considera imposible satisfacer las necesidades militares de la Monarquía Hispánica con únicamente estos hijosdalgo; lo cual sería un golpe a la concepción de la milicia como una institución reservada a los privilegiados y que, al mismo tiempo, asume el fin del monopolio de la guerra por parte de éstos. Así, es consciente de que se deben reclutar hombres procedentes del estado llano para los ejércitos, aunque considera que no todos son válidos para ello<sup>233</sup>.

---

<sup>232</sup> “(.....) En algunos reinos extraños suele la nobleza venderse, equivocándose la privilegiada con la lustrosa de la milicia. Los infanzones, en Aragón, son descendientes, por recta línea, de los soldados. Distínguense en que unos son ricos hombres y no soldados, otros ricos hombres, con título de barones y soldados; otros mesnaderos soldados, y otros soldados meros, como se llaman los vasallos de un señor, que sirve a su rey. De modo que, unidas estas voces de soldados e infanzones, es lo propio que caballeros hijosdalgo, reputados en el fuero de su sangre, por militar en el servicio de su rey. Estos son los que deben alistarse y empuñar las armas, pues por lo claro de sus entendimientos se habilitan mejor a un ejercicio que dentro de las venas les incita seguir aquellos varones que los dejaron en la excepción de lo vulgar. Hay muchos estudiantes y letrados en España. Concurren más a las universidades que a los ejércitos, buscan descanso y conveniencia sin peligro, para haber más pretendientes que se debiera a los tribunales. Vivimos en el siglo de hierro, no es ocasión de contemplar felicidades, sino de conquistarlas. Los Pelayos, Iñigos y Sanchos, solo pelearon; trajeron no libros sino espadas en las manos; éstas dieron libertad a nuestra nación, éstas la han de conservar en aquel lustre y honor en que se constituyeron”. BAÑOS DE VELASCO, J.: *Política militar de príncipes, a la Católica Majestad del rey D. Carlos II, por* (.....). pp. 138-141.

<sup>233</sup> Sin embargo, reclutar efectivos entre el tercer estado no se traduce en un reclutamiento forzoso, ya que los efectivos obtenidos a la fuerza suelen caracterizarse por la tibieza en el servicio y la desertión en cuanto es posible. Así, se debe configurar un ejército formado, en la medida de lo posible, por voluntarios; y la única forma de conseguirlo es con una adecuada política de remuneración de los servicios, estimación pública de su profesión, pagas y abastecimientos puntuales. “(.....) Después de la nobleza, se han de elegir los soldados de los oficios laboriosos de golpes, que son más a propósito que los otros, y de los labradores los menos que se puedan. Dos géneros de hombres suelen ir a la guerra. Uno, de los que aspiran al honor a costa de sus peligros y afanes; y otro, la sentina de la república, que por valerse

En definitiva, el ideal del vínculo nobleza-guerra estaría encarnado por los hidalgos, quienes reunirían en sus personas tanto la sangre como los servicios; así, el servicio a la Corona sería la piedra angular sobre la que se sustenta su posición. Además, no podemos ignorar la importancia que el estamento privilegiado (en sentido amplio) tenía como ejemplo para el resto de la sociedad. Según nuestro criterio, esta circunstancia explicaría la aparición de una ingente producción literaria cuyo objetivo era criticar el modo de vida de una parte de la nobleza, apartada del servicio a la comunidad en general, y del militar en particular; y, al mismo, recogen una exhortación al segundo estado para que recupere su tradicional papel.

Una de las corporaciones que más incide en estos reproches, es la de los militares profesionales, la mayoría de ellos de origen plebeyo. Pese a todo, no podemos afirmar que se definan como “antiaristocráticos”, sino que dirigen sus iras contra un segmento de la nobleza que se dedica a pulular por la Corte, sin ninguna ocupación productiva. Así, algunos de ellos no se mostrarán contrarios a que se den algunos privilegios a los nobles aventureros. Sin embargo, otros consideran que su presencia puede significar una merma en la cohesión y disciplina del ejército; y únicamente deben ser admitidos si tienen los requisitos necesarios para servir en la milicia.

Tales reproches recogen una corriente de pensamiento, para la cual sólo los servicios prestados (concretamente militares) justifican la existencia de una élite, que disfruta de unos privilegios. De manera que, si deben su razón de ser al servicio, ¿por qué han de mantenerse ociosos? En definitiva, ¿cómo es posible conservar lo heredado si no se actúa conforme a lo que se espera de tales individuos?

A esta problemática vino a sumarse un nuevo argumento el cual, desde mediados del siglo XVI, asumió una creciente importancia: la obsesión de la sociedad castellana de la época con la limpieza de sangre. Este criterio pasó a ser el más valorado para el ascenso social, sobre todo para la obtención de hidalguías y hábitos de las Órdenes Militares, muy por encima de los servicios. La asunción de esta realidad sería una de las pruebas más evidentes de la inexistencia de un sistema de ascenso social claro y regulado. Al igual que lo acontecido con la nobleza y su función en la sociedad de la época, tuvo lugar un encrespado debate en torno a la idoneidad de los estatutos de limpieza de sangre y sus repercusiones.

---

de la libertad y licencias donde se alojan, cometen tales insultos que hacen sean todos mal vistos por ellas. Hay en los naturales otro inconveniente, que es ir violentados. Pues voluntarios pueden ser si los anima el premio, si los honran en la milicia, si no les falta el estipendio, si se les socorre con víveres para alimentarse”. *Ibidem*. pp. 142-146.



Gutiérrez Nieto ha documentado que en el reinado de Felipe III, la crítica contra los estatutos de limpieza de sangre se hace cada vez más intensa, y la propia administración, al menos la facción lermista, tomó partido contra ellos. En este sentido, considera que los primeros años del Seiscientos fueron testigos de un fenómeno de desvalorización social de la condición de hidalgo. Según su criterio, esta situación tuvo sus orígenes en el proceso de concesión y ventas de hidalguías iniciado en el reinado de Enrique IV, y que se agudizó durante el siglo XVI. De la misma manera, junto con el notable incremento numérico, otro hecho que vino a socavar su prestigio fue su progresiva pérdida de poder económico, y el peligroso acercamiento de algunos de sus miembros hacia la pobreza<sup>234</sup>. Tales críticas se agudizaron durante el reinado de Felipe IV, y la necesidad de una reforma o, al menos su atenuación, se hizo más necesaria que nunca<sup>235</sup>. Este fenómeno fue algo típicamente español (más concretamente castellano), que no tuvo parangón en el resto de Europa, y fue tal su importancia que “se extendió a todos los ámbitos de la vida, se cruzó con el lenguaje nobiliario y afectó a la misma definición de nobleza”<sup>236</sup>.

Si ya de por sí se trataba de una materia de difícil interpretación, la falta de un criterio único a la hora de aplicarlos, y que al fin y al cabo la decisión última que determinaba si un individuo era cristiano viejo o, por el contrario, no podía ostentar tal categoría, se tomaba en función de testimonios personales, vino a complicar aún más la situación. Del mismo modo, se cuestiona que cumplan la misión para la cual realmente se instituyeron, pues se constatan la existencia de recovecos para escapar a sus efectos derivados, precisamente, de la falta de imparcialidad de las informaciones y de las prácticas poco éticas que llevaban aparejadas.

Este es uno de los principales inconvenientes que, a finales del siglo XVI, detectó fray Agustín Salucio<sup>237</sup> respecto a su observancia<sup>238</sup>. El principal argumento

---

<sup>234</sup> GUTIÉRREZ NIETO, J.I.: “Limpieza de sangre y.....” *Op. cit.* pp. 509-511.

<sup>235</sup> GUTIÉRREZ NIETO, J.I.: “El reformismo.....” *Op. cit.* p. 423.

<sup>236</sup> CARRASCO MARTÍNEZ, A.: *Sangre, honor y privilegio. La nobleza española bajo los Austrias*. Madrid, 2000. pp. 30-31.

<sup>237</sup> PARELLO, V.: “Entre honra y deshonor: el Discurso de fray Agustín Salucio acerca de los estatutos de limpieza de sangre (1599)”, en: *Crítico*, nº80 (2000). pp. 139-153.

<sup>238</sup> “(.....) Los escándalos y pesadumbres que varias veces se han visto sobre las informaciones de limpieza de sangre, juntándose con la pasión de muchos, la compasión de otros y el deseo de paz y la buena intención, acompañada de celo indiscreto, de algunos, que tienen opinión de santidad y letras. Todo esto junto ha levantado una guerra secreta contra la autoridad de los estatutos, y aunque secreta, bien encendida y atizada con varios tratados que andan escritos unos a la clara y otros con alguna disimulación, en que parece que se condena el excluir de las honras a cualquier género de gente por razón de su linaje.(.....) Y se quejan los ofendidos de que no se les responde a los argumentos de mayor fuerza. Considerado el fundamento de esta queja y la justicia y buen gobierno de España y que con el favor de

esgrimido por los detractores de la vigencia de los estatutos de limpieza de sangre, tanto en su vertiente más radical (es decir su supresión completa) como la más moderada (partidaria de hacer algunos retoques que paliaran las deficiencias detectadas) era que acarrearba más inconvenientes que ventajas para la “república”. Según su criterio, se podría estar de acuerdo con su vigencia si, aquellos individuos que hacen ostentación de nobleza y limpieza de sangre, se animaran a servir. Pero en la realidad ocurre lo contrario, ya que son los más remisos a emplearse en el servicio real, pues no necesitan acreditar méritos para acceder a las mercedes<sup>239</sup>.

Consideramos que, de nuevo, nos encontramos ante una línea intelectual caracterizada por unas críticas excesivas hacia el estamento privilegiado. Si bien es cierto que se podían constatar algunos ejemplos a título individual, no lo es menos que, como clase social, su vocación de servicio a la Corona estaba intacta. Insistimos en que todos estos ataques nacían de la diferencia de criterio que ambas entidades tenían de esta materia, pues la nobleza estaba dispuesta a servir, pero no de forma incondicional, y siempre a cambio de contraprestaciones. En cambio, si es cierto que, ante la negativa del segundo estado a someterse entusiastamente a la monarquía, sería una buena idea volver las miras hacia individuos que, pese a proceder de orígenes humildes, o bien acreditaban largos años de servicios, o una indudable intención de servir sin limitaciones al monarca. Pero esta tarea de conformar una nobleza basada en el servicio, cuyo principal beneficiario sería la Corona, chocaba con el muro que significaban los estatutos de limpieza de sangre<sup>240</sup>.

Sobre esta materia, Salucio planteó unos argumentos cuanto menos polémicos, pues según su criterio la nobleza nueva, recién adquirida, no debería ser inferior en

---

Dios será fácil mostrar claramente que no hay ningún argumento a que no se responda y satisfaga, me pareció que sería mayor servicio de la república poner claro y distinto lo que se puede oponer contra los estatutos y luego la respuesta dada en las razones que hubo para establecerlos y guardarlos.” *Discurso hecho por fray Agustín Salucio, maestro en Santa Teología de la orden de Santo Domingo, acerca de la justicia y buen gobierno de España en los estatutos de limpieza de sangre y si conviene o no alguna limitación en ellos*. S.f, s.l. BN, Mss, 5.998. pp. 1-3.

<sup>239</sup> “Y si con esto se alentase más a la virtud los que están en reputación de nobles y limpios, sería del mal el medio. Pero pasa muy al revés, porque se persuaden que para alcanzar hábitos y encomiendas, cargos y oficios, y otras grandes mercedes de su rey, en ninguna manera tienen necesidad de mostrarse muy valerosos en su servicio, sino nobleza y limpieza, y a un poco de favor. Y persuadidos a que las honras no se dan la mayor parte por los grandes servicios, sino por la calidad que maravilla huyen del trabajo y se contentan con la vanagloria de lo que no les cuesta a ninguno.” *Ibidem*. p. 105.

<sup>240</sup> “(.....) el que todos puedan ser capaces de las honras que merecieren, es el medio más conveniente que se pueda imaginar para que infinita gente se aventaje a maravilla en el servicio de SM, y en el bien de la república. Y al contrario, el perpetuar la infamia en los que descienden de tal casta (después que es gente segura) parece que es perder el valor de muchos sin fruto, por lo cual a la infamia es bien ponerle límite y perpetuar la memoria del valor para que se estime en mucho la honra que por el se ganan.” *Ibidem*. pp. 112-113.

calidad a la heredad<sup>241</sup>. Se trata de un planteamiento innovador, pues al poner ambas a un mismo nivel, se cuestionaban los cimientos del orden social establecido, pero que tenía unas raíces antiguas: la Roma clásica. Esta civilización es hacia donde vuelve sus miras a la hora de encontrar una solución que compatibilizara el ennoblecimiento (no sólo mediante la concesión de títulos nobiliarios sino, sobre todo, de hidalguías y hábitos de las Órdenes Militares) de quienes acreditaran servicios a la monarquía, con el mantenimiento del status heredado por las grandes familias aristocráticas<sup>242</sup>.

El padre Juan de Mariana fue uno de los autores que cargó con más dureza contra la vigencia de los estatutos de limpieza de sangre. Así, se mostró a favor de que el tercer estado, incluyendo a aquellos individuos de origen vil, tuviera oportunidades para demostrar su valía y mejorar su condición social. Al mismo tiempo, las faltas de los pasados no debían suponer una rémora permanente para sus descendientes, en una clara alusión a los conversos o los judíos, que por miedo a que se revelara la procedencia de su familia y fueran infamados<sup>243</sup>.

En definitiva, se buscaba apuntalar la independencia de la Corona para recompensar a los servidores del Estado, sin tener en cuenta su origen, condición o las faltas de sus ascendientes. Del mismo modo, a imitación de los dirigentes romanos, los monarcas españoles recuperarían la potestad absoluta para recompensar a sus súbditos, sin ningún tipo de consideración previa que no fueran sus propios servicios a la Corona.

---

<sup>241</sup> “(.....) importa grandemente que la honra que diere el rey a quien le sirviere bien no sea de menores quilates que la de los que la heredaron de sus padres, los que se precian de nobleza de sangre. Que pues no le cuesta nada a S.M., y es más autoridad suya y premio bien empleado en quien le sirviere bien, y cierto camino para que infinitos se aventajen en servirle. Razones que la nobleza que diere el rey a uno por sus méritos le haga capaz de todas las honras de España y sea norabuena nobleza nueva (que es claro que recién nacida no puede se vieja). Pero se pase que pueden aspirar los valerosos a dejar nobilísimos a sus nietos, que por ese camino llegaron a la gran nobleza los que hoy la tienen, y bien pocas son hoy las familias que la tenían ahora 500 años. (.....) Este medio, sin duda, es poderoso para que, aunque el rey estuviese alcanzadísimo de dineros pueda emprender cualquier gran jornada con grandísimo aliento de todo el número que quisiere de soldados.” *Ibidem*. pp. 110-111.

<sup>242</sup> “(.....) Y como los nuevos títulos de condes y marqueses no oscurecen a los antiguos, así la antigua nobleza no se oscurece con la nueva. Entre los humanistas es muy sabido que los patricios romanos unos eran de las familias antiguas y otros de las nuevas, que crió Augusto César. Y aunque los nuevos fueron más en número sin comparación y admitidos igualmente a todas las honras del Senado, nunca pudieron igualar en honra a las familias de los primeros.” *Ibidem*. p. 111.

<sup>243</sup> “Las notas de infamia no deben ser eternas, y es preciso fijar un plazo para que prescriba la infamia de los antepasados, pasado el cual no se transmita a las generaciones posteriores. Todas las familias que brillan hoy por su esclarecido linaje, tuvieron principios bajos y oscuros, y si se hubiese cerrado la puerta a los plebeyos y conversos, no tendríamos nobleza. ¿Y tenemos que arrepentirnos de que hayan pasado al número de los nobles, hombres insignes de otros países, y aún de religión distinta, cuyos nombres callaremos para que no odie nuestra generación a sus descendientes. (.....) Se podría, tal vez, privar de toda clase de honores a los que llevasen sobre sí aquellas manchas, si fuesen pocos en número. Mas hoy, que está ya confundida y mezclada de todas las clases del Estado, es sumamente arriesgado. Pues tendríamos en nuestra patria tantos enemigos cuanto quedasen excluidos de los negocios públicos no por sus faltas, sino por las de sus mayores.” MARIANA, J. de: *La dignidad real y la educación del rey*. (Edición de: SÁNCHEZ AGESTA, L. Madrid, 1981). pp. 306-308. (1ª edición: Madrid, 1599).

Sin embargo se constata una reacción de la nobleza vieja, cuya principal consecuencia fue la adopción de una postura obstruccionista hacia los recién llegados. Es decir se trató de entorpecer todo lo posible las demandas de quienes exigían su ingreso en el estamento privilegiado gracias a sus servicios, ya que si el número de individuos situados en la cúspide de la pirámide social se incrementaba sin control, su posición se vería devaluada. Pese a todo, en lugar de propugnar una supresión total de los estatutos de limpieza de sangre, la mayor parte de los autores optó por que se minoraran sus efectos y se permitiera el acceso al honor a quienes presentaran méritos suficientes para ello.

Muy vinculado a estas cuestiones, se encuentra un hecho al que ya hemos aludido: el cada vez menor control de la Corona en el proceso de promoción social, pues estaba sujeta al criterio de tribunales, consejos o testigos (susceptibles de recibir influencias e incurrir en delitos de prevaricación y/o cohecho). Esta realidad, a su vez, tendrá importantes repercusiones a la hora de elaborar una adecuada política de recompensas para los servicios prestados, cuestión que, según nuestro criterio, se encuentra detrás de la mayor parte de los males que afectaban a la monarquía española.

Ante este acontecimiento nos surge una pregunta: ¿era libre el rey para recompensar a sus súbditos, solo en función de sus servicios, sin tener en cuenta otras consideraciones? En principio parece que la respuesta es negativa, ya que, generalmente, eran los consejos los que se encargaban del proceso de ennoblecimiento del pretendiente, o de la concesión de alguna merced, tras lo cual el rey tomaba una decisión. Esta es la sensación que se desprende de una consulta de D. Luis Carrillo de Toledo, marqués de Caracena, que a la sazón ocupaba el cargo de presidente del Consejo de Órdenes, fechada a finales del reinado de Felipe III.

En ella sorprende que la entidad presidida por D. Luis, disuada al monarca de conceder hábitos a sujetos que no puedan acreditar, de forma incuestionable, su limpieza de sangre y la calidad de sus antepasados; es decir, sin necesidad de embarcarse en costosos procesos legales e informaciones, todo lo cual supone un cuantioso desembolso. Pero no sólo se originaban daños de carácter económico sino que, en caso de que el trámite se dilatará, la reputación del solicitante recibiría tal menoscabo que probablemente no se recuperaría jamás<sup>244</sup> (pues esta circunstancia sería

---

<sup>244</sup> “Con la experiencia de los negocios, y de lo que sirvo a V.M. en el consejo de las Órdenes, he notado los grandes inconvenientes que resultan de hacer V.M., mercedes de hábitos a personas que, sin haber hecho bastante examen de las calidades de su linaje, se atreven a pedir a V.M. semejantes mercedes. Y es

interpretada como algo negativo para el aspirante a recibir el hábito, al asociarse en la opinión colectiva que la demora estaría motivada por el descubrimiento de alguna mancha en su genealogía).

De este modo, se exhorta al monarca que se retomen las prácticas empleadas durante el reinado de Felipe II; es decir, que el Consejo de Órdenes reconozca primero la genealogía del aspirante a vestir un hábito militar, antes de que la Corona le conceda tal distinción, y no al contrario. De este modo se conseguiría sosegar a todos aquellos individuos que tienen sus pruebas detenidas, y lo único que hacen es importunar, exigiendo una explicación sobre el motivo de la dilación en el despacho de sus mercedes<sup>245</sup>. No obstante, tras la loable intención de este organismo, se encuentra un claro deseo de primar la sangre frente a los méritos, pues en la mayoría de los casos, las personas que acreditan servicios, a la hora de solicitar un hábito, suelen ser de origen humilde; realidad aún más notoria en el caso de los realizados con las armas. Al mismo tiempo da la impresión de que el consejo trata de controlar todo el proceso, con el objetivo de limitar la capacidad del monarca de remunerar a quien considere conveniente; lo que al fin y al cabo es una competencia suya.

Diego Serrano de Silva, que sirvió en varios empleos al servicio de la Inquisición, aporta una nueva perspectiva sobre esta cuestión. Según su criterio, los estatutos de limpieza de sangre fueron útiles en su momento<sup>246</sup>, pero al haber cambiado las circunstancias que motivaron su entrada en vigor, su existencia ya no era necesaria.

---

causa que, para esforzar la opinión que tenían los pretendientes, gasten en estas cosas sus haciendas y vidas, sin otro remedio que el dolor que tenemos de verlos consumir así.” *Consulta del presidente del consejo de Órdenes sobre el inconveniente de darse hábitos sin remitir primero los memoriales al consejo*. Madrid, 6-2-1620. AHN, OO.MM, Leg. 6340(1).

<sup>245</sup> “(.....) Todo lo cual podría V.M., siendo servido, remediar, no haciendo merced de hábitos sin que en el consejo se censuren primero las calidades de los sujetos, como se solía hacer en tiempo del rey, nuestro señor (que está en el cielo, padre de V.M.). Y parece conveniente que estas mercedes se hagan después de haber pasado las consultas de los pretendientes por la censura del consejo, donde se tiene noticia de los linajes de España, y de fuera de ella, mande que se observe lo allí dispuesto. *Ibidem*.

<sup>246</sup> “(.....) Admito que se pudo y debió elegir, en el siglo pasado, el remedio de los estatutos, para reparo de la gran quiebra que padeció la fe de algunos moradores de estos Reinos, por la infeliz vecindad y comunicación de la nación hebrea. (.....) Pero lo cierto es que la necesidad y ocasiones fueron enseñando que, sin el modo particular de proceder en las pruebas que hoy se halla introducido, no era casi posible hacerlas a cabal satisfacción del intento de los estatutos. (.....). La justificación total de los estatutos ha consistido en la prudente desconfianza que se tenía de la cordial conversión de los judíos, como hecha a vista de la amenaza de ser expelidos de estos Reinos, por lo cual, justamente, fueron excluidos de ellos, y sus descendientes de los oficios, prebendas y honores a que se anejó el estatuto de limpieza. Pero hoy se ve, por larga experiencia de años y evidentes pruebas de seguridad, que las familias que tienen raza de esta infección y descendencia, son de corazón fidelísimos cristianos. Luego es cierto que ya sería vano temor el recelar infidelidad de estos a la manera que se experimentó cuando se hicieron los estatutos”. *Discurso sobre los estatutos de limpieza por D. Diego Serrano de Silva, que habiendo sido provisor e inquisidor de Cuenca, fiscal y consejero de la Santa General Inquisición, varón muy docto y de mucha reducción e inteligencia, murió a 5 de octubre de 1630*. S.f, s.l.. BN, Mss, 10.431, Fols. 130r-134v.

Es sorprendente que estas reflexiones provengan de un individuo que prestó servicios en el Santo Oficio, las cuales suponen una crítica contra la institución en la que prestaba servicios. Además, la limpieza de sangre vendría a trastocar la tradicional división de la sociedad entre nobles y plebeyos, añadiendo un nuevo criterio de clasificación, en este caso entre limpios y manchados, innecesario y lesivo para el buen funcionamiento del orden social. Pues cabía la posibilidad de que se tradujera en una inversión de los tradicionales papeles de que ambas clases sociales representaban. Tal alteración se reflejaría en dos aspectos relacionados entre sí: primero, un miembro del estamento llano, por tener sangre limpia, puede situarse por encima de un noble, si éste descendía de judíos o conversos; en segundo lugar, entraba dentro de lo posible que los aristócratas se vieran apartados de los cargos políticos y militares, en detrimento de individuos de bajos orígenes (que acreditaran limpieza de sangre, tanto si ésta era cierta, como si no), pero con buenos contactos en el aparato burocrático de la Corona<sup>247</sup>.

A pesar de que su pensamiento pudiera dar a entender que planteara una derogación completa de los estatutos, tampoco se atrevió a dar ese paso. A lo más que llegó fue, al igual que Salucio, a proponer una reducción de sus efectos; en caso a través de una aplicación más racional. Para ello propuso dos medidas. En primer lugar, retrotraer el periodo de información a únicamente un siglo, y si en ese periodo no se tuviere constancia de ningún acto que le comprometiera, no escudriñar más. En cuanto al segundo, que las informaciones se hagan desde el último acto positivo del que la Inquisición tuviere constancia (“y esto se entendiére como el último acto fuese más arriba del bisabuelo”), en lugar de fiar la decisión última a la genealogía presentada por el aspirante, cuyo contenido podía haber sido manipulado a su gusto<sup>248</sup>.

Pero la conclusión más relevante de su argumentación revela que, al contrario de lo que pudiera parecer, los estatutos de limpieza de sangre eran mucho más lesivos para los nobles que para los plebeyos, pues las manchas de los primeros no se borraban tan

---

<sup>247</sup> “(.....) en las demás políticas antiguas, y modernas, la distinción usual y aprobada por todas las naciones, es la de los nobles y plebeyos, o ignobles. Y estos dos miembros son los que han encaminado el acierto en el buen gobierno. Y que por esa razón no se ha añadido otro miembro principal y de distinción importante en las demás repúblicas. Pero en la nuestra, con este atributo de limpieza viene a hacerse un monstruo. Pues damos a un noble, que el serlo dice, honor, superioridad a los plebeyos y esplendor de familia. Y éste tal, si tiene raza o descendencia de conversos, es vil, maculado y abatido, y menos estimado que el oficial mecánico o rústico labrador. Por el contrario, el plebeyo, bajo y abatido, ignorado él y sus antepasados de su misma ciudad y vecindad, por ser cristiano viejo, en fuerza de no saberse quien es, tiene superioridad al barón consular o patricio. Así, será un plebeyo ilustrado con los esplendores del honor y oficios, a que le admite su limpieza, baja y desconocida, y un noble maculado y envilecido con la aprobación de la descendencia y raza de conversos.” *Ibidem*. Fols. 139r-140v.

<sup>248</sup> *Ibidem*. Fols. 148v-149v.

fácilmente como las de los segundos. Es decir, con la misma mácula, los aristócratas se ven excluidos de muchos más honores que los pecheros. Por si esto no fuera suficiente, para Serrano de Silva los no privilegiados estaban en condiciones de sortear con mayor facilidad que los nobles (mediante prácticas de dudosa moralidad), las trabas burocráticas, para en última instancia acceder al honor<sup>249</sup>.

Si damos validez a sus planteamientos, la impresión que se desprende es que los estratos inferiores de la sociedad podrían aprovechar esta situación para ascender en el escalafón social a costa de la aristocracia. Con todo, parece que es una afirmación alarmista, que no se ajustaría a la realidad, ya que ésta continuó acaparando la mayor parte de los altos cargos, y en ningún momento vio amenazada su preeminencia en la sociedad. No obstante, testimonios como el que acabamos de recoger pondrían de manifiesto la existencia de una sociedad más permeable de lo que a primera vista podría parecer. Pese a todos los intentos de blindar el acceso a la nobleza desde principios del siglo XVI, tanto por parte del poder real como, sobre todo, por parte de las familias más linajudas (los cuales se agudizaron aún más en los siglos XVII y XVIII) ésta nunca fue una casta cerrada, pues sin la entrada constante de neófitos habría desaparecido<sup>250</sup>. Esta premisa tenía sus orígenes en los siglos bajomedievales, cuando el contexto socio-político de aquel periodo, caracterizado por la inestabilidad institucional y los frecuentes conflictos bélicos, era el más adecuado para la movilidad social. En esas circunstancias

---

<sup>249</sup> “(.....) Es digna de grande atención la desigualdad con que en materia de exclusiones, las padecen los nobles que les toca ligera raza de conversos a la que se guarda con los plebeyos que no participan la calidad de hidalgos. Los pecheros sólo se hallan privados de los honores y útiles que se incluyen en las cuatro religiones militares, y en la contribución de pechos, y aún de estas no del todo, pues suelen conseguir con algún hecho hazañoso la nobleza, o con las inteligencias que acostumbran tener para no pechar, con disimulo o fraude de las aldeas donde se heredan, con que se abren las puertas a los pocos puestos que les estaban prohibidos. Mas el caballero, hallase privado de aquellas mismas religiones militares que el pechero cristiano viejo, y de muchas iglesias de estatuto, de no menos colegios y del gran número de oficios de Inquisición, y de no pocas cofradías y hermandades, que el no entrar en ellas infama notoriamente. Fuera de esto, el pechero, por no conseguir un hábito, sólo queda notado de carecer de hidalguía; y en lo demás se halla reputado muchas veces por de honestos progenitores, ya ciudadanos ya mercaderes. Pero el caballero que es excluido, demás de este daño, queda con una infamia felicísima, y marcado por descendiente de quien ha cometido crimen tan feo como faltar en la fe. De que nacen despechos, desalientos y resoluciones precipitadas a cada paso, en hombres nobles; y que hallándose gustosos y honrados, sirvieran utilísimamente a la república.” *Ibidem*. 143r-144r.

<sup>250</sup> Por ejemplo en España, en 1520, de las 55 grandes casas nobiliarias existentes, sólo seis disfrutaban de su posición en 1400. Y en Inglaterra puede observarse el mismo proceso: de las 136 familias nobles de 1300, menos de la mitad sobrevivieron por línea paterna en 1400, y sólo 16 en 1500. Los que tuvieron menos dificultades para mantener su rango fueron los hacendados más adinerados. En cualquier caso, ninguna familia venida a menos podía aspirar a mantener su lugar en la nobleza, pues a medida que menguaban sus tierras y aumentaban sus deudas, crecía la posibilidad de descender al campesinado. De esta manera, “sólo quien se engañase profundamente podía aferrarse a la idea de que la nobleza era una casta pura.” DEWALD, J.: *La nobleza europea. 1400-1800*. Valencia, 2004. pp. 42-44. (1ª edición en inglés: Cambridge, 1996).

se producían vacantes en la cúspide de la sociedad, las cuales fueron cubiertas por el poder real mediante la promoción de aquellos que les habían servido con lealtad<sup>251</sup>.

Entre los representantes de la línea más beligerante contra los estatutos de limpieza de sangre se encuentran algunos de los autores inscritos dentro de la corriente arbitrista, y en concreto en su vertiente social. Por ejemplo, el licenciado Francisco Murcia de la Llana insta a Felipe IV a tomar cartas en el asunto para que ponga fin a esta injusticia, sobre todo cuando estaba demostrado que un notable número de individuos, dignos de ser honrados, quedaban apartados de sus justas recompensas, ganadas con largos años de servicio, por cuestiones vinculadas con la nobleza o la limpieza de sangre (en concreto con su ausencia)<sup>252</sup>. Apoya su argumentación recordando que, en lo relativo a los hábitos de las Órdenes Militares, se trata de una prebenda exclusiva e intransferible del monarca, en función de su título de gran maestre de ellas, por lo cual debe concederlos a quien considere oportuno, valorando en primer lugar los servicios, sobre todo los realizados con las armas, por encima de cualquier otra consideración<sup>253</sup>.

Benito de Peñalosa se mueve en una línea similar y critica los parámetros en los que se mueve la sociedad de su época. Dos fueron los aspectos que merecieron su atención. En primer lugar, las cada vez mayores dificultades que tenían los miembros del estamento llano para promocionar, debido a la falta de oportunidades. Mientras que la segunda aludía a la falta de seguridad que tenían los privilegiados para mantener su posición. En este sentido, denuncia que la sociedad castellana estaba mucho más interesada en subrayar los defectos que las virtudes, lo cual consternaba a muchos individuos y les apartaba del servicio a la Corona. De la misma manera, esta mentalidad también causaba gran desazón a muchos individuos que, a pesar de acreditar grandes servicios, se ven injuriados y descalificados por descender de familias sin linaje<sup>254</sup>.

---

<sup>251</sup> DOMÍNGUEZ ORTÍZ, A.: *Las clases privilegiadas del Antiguo Régimen*. Madrid, 1973. pp. 19-36

<sup>252</sup> “(.....) Ni la valentía española de un soldado experimentado en ocasiones valerosas había de estar sujeta, cuando le honra con un hábito, a la envidia de un maldiciente, que con su dañada intención son más señores de la merced que se les hace que V.M. propia. Y así, del premio de la guerra, como V.M. es el premiador, había de ser el informante. (.....) Y aún conocí a algunos cuyos hijos padecen este trabajo, en cuya defensa e industria estuvo la mayor parte de la conservación de la monarquía del Perú, defendiéndola con su espada y poco número de soldados de toda la potencia de Inglaterra; y hoy padecen sus hijos esta desdicha por envidias de hombres malos. De suerte que el gusto justificado que V.M. tuvo, de honrarlos y pagarlos algo de sus servicios, le detenga un malintencionado, oponiéndose a la voluntad de su rey.” MURCIA DE LA LLANA, F.: *Op. cit.* Fol. 10r-v.

<sup>253</sup> GUTIÉRREZ NIETO, J.I.: “El pensamiento económico, político y social de los arbitristas”, en: *Historia de España de Ramón Menéndez Pidal*, Tomo XXVI, vol. I. Religión, Filosofía y Ciencia. Madrid, 1986. pp. 283-288.

<sup>254</sup> PEÑALOSA, B. de: *Op. cit.* Fol. 95v.



Peñalosa también denunció la injusticia que suponía la vigencia de los estatutos de limpieza de sangre, pues no solo se juzgaba al aspirante, sino que también estaba en juego tanto la honra de los pasados como la de los descendientes; así la marca de alguno de ellos será indeleble para el resto. Al mismo tiempo, es suficiente que uno de los testigos emita una opinión desfavorable para que el candidato sea rechazado, con el consiguiente menoscabo de su reputación. Y al contrario, tener a su disposición testimonios favorables, pese a no haber realizado servicios distinguidos, es mucho más importante a la hora de la concesión de un hábito o una hidalguía. Esta realidad se muestra con toda su crudeza en lo relativo a los hábitos de las Órdenes Militares pues, a juzgar por lo acontecido durante esos años, parece recomendable no solicitarlos (o al menos requerirlos con reservas), pues cabe la posibilidad de que, durante los trámites realizados para su concesión, se encuentren orígenes viles<sup>255</sup>. En definitiva, el vigente sistema de pruebas para la obtención de hábitos encierra una paradoja, ya que en muchas ocasiones el resultado es el contrario del que se pretendía alcanzar. Así, cuando el objetivo era honrar a un individuo por sus servicios, lo que en realidad ocurría es que se veía infamado porque algún antepasado suyo no acreditaba la condición de cristiano viejo<sup>256</sup>.

En cuanto a los remedios para subsanar esta situación, se inscriben en la tendencia general esbozada por otros tratadistas, basada en la atenuación de sus efectos más que en su eliminación. Peñalosa considera que todos los problemas se deben al carácter arbitrario de las pruebas, pues se fundamentan, en general, en testigos buscados

---

<sup>255</sup> “(.....) Para ser uno admitido a las órdenes militares, tribunales y oficios de la Santa Inquisición, iglesias ricas, colegios insignes, y otras comunidades y cargos honrosos, se hacen las pruebas secretas de limpieza e hidalguía. Y no sólo se trata y determina la honra de los vivos de los muertos, sino también la de los no nacidos ni engendrados, sin que pueda volver por su honra, ni averiguar se falso lo que le imputan. (.....) ¿Por qué si en una probanza tiene uno cien testigos que le califican por hijodalgo y limpio, y hay dos que le condenan, sin que estos depongan de acto contrario, ni de proceso, ni de condenación, ni conversión, ni aleguen padrón, le han de condenar porque solo digan, en posesión de consenso le he tenido y le oído tener sin dar razón?” *Ibidem*. Fol. 96v.

<sup>256</sup> “(.....) Bien se ve que este modo de probanzas no es otra cosa que un contradecir a la intención del rey, pues el quiso honrar a uno, y por el mismo camino le deshonorra, y con él a todo su linaje. Lo otro, o puede ser que con verdad o con mentira, los testigos digan que uno es confeso de parte de su abuela, madre de su madre, y éste pierde, y como en el pueblo no e sabe el linaje por donde perdió, sucede que habiendo perdido por un costado, todos los que saben que perdió, se recatan de todos los costados que le tocan, y todos sus deudos pierden sin culpa, aunque sean muy grandes caballeros, porque más crédito da el mundo para condenar un linaje, con solo ver que ha perdido uno la honra que pretendía, que a ciento que sepan cierto la han alcanzado y la tienen. (.....) Perjuicio notable, con el cual se destruye la honra de familias ilustrísimas, porque en llegando a la materia de limpieza, hay cosas dignas de lastimarse mucho. (....) Y para quitar la honra a uno y a sus hijos, y a todos sus deudos, y a los vivos, y a los muertos, y a los no nacidos ni engendrados, no hay más de una sentencia, y ésta dada por hombres que, como tales, pueden tener pasión, y sin haber dado traslado a la parte, y sin haber informado a los jueces, y sin que sepa porqué le condenen.” *Ibidem*. Fols. 103v-104v.

por los informantes, testimonios orales al fin y al cabo, la mayoría de los cuales no se apoyan en ninguna base documental. Así, se muestra a favor de ofrecer al solicitante la posibilidad de defenderse de los testimonios que se pudieran presentar en su contra<sup>257</sup>.

Junto con su agudo diagnóstico de los problemas inherentes al sistema de ascenso social, nos ofrece una interesante reflexión: las medidas destinadas a conservar la nobleza, pueden traer como consecuencia la desaparición biológica del estamento privilegiado, pues cada vez es más difícil la entrada de nuevos miembros. Además, si se disminuye la honra de los españoles, nadie realizará hechos insignes y virtuosos, con lo cual no se introducirán nuevos individuos en el segundo estado y, en definitiva, la Corona será la gran perjudicada<sup>258</sup>.

Estas inquietudes fueron recogidas por el Conde Duque, las cuales constituyeron una de las cuestiones más peliagudas a las que debió enfrentarse a lo largo de su ministerio, pues consideraba que dicha legislación no podía retirar del servicio a la Corona a súbditos que deseaban comprometerse con la suerte del proyecto imperial, pero que no pertenecían a esta elite. Análogamente, la dicotomía entre nobleza nueva y nobleza vieja planteó un nuevo interrogante: ¿era la de rancio abolengo, basada en la herencia, en definitiva, en la sangre, superior a la de nuevo cuño, obtenida por servicios?<sup>259</sup>

De la misma manera, la incuestionable influencia de D. Gaspar como receptor de la herencia arbitrista, se reflejó en la promoción social de individuos que, en teoría, no tenían ninguna posibilidad de acceder a la nobleza y, sobre todo, los hábitos de las

---

<sup>257</sup> “(.....) Para obviar estos daños, parece sería conveniente que ya que las pruebas fuesen secretas, conforme los estatutos de las cosas de honra que se pretenden, y que han de ser con testigos, no los más inteligentes ni más calificados, sino por los que los informantes buscaren, y que han de disponer cosas que no han visto, sino que todas son de oídas y de opinión, y no de vista, y se trata de la cosa de mayor importancia que hay; que cuando un pretendiente perdiese, se llamase por el tribunal o comunidad que ha examinado sus pruebas, y se le dijese, sin decir quien lo dice, y aún quizá fuera justo se le diera copia de todo, pues para cosa que menos importa se admiten tachas de testigos, y las tales necesitan tan grandes, y que se le señale un breve y competente término para que se descargase de la objeción; con esto, si lo que dice es verdad, no podrá contra ella decir nada, y aunque lo haga, luego se ve. Y la forma que para su descargo pudiera haber, serían dos. La una, que pueda presentar instrumentos por donde se verifique lo contrario de lo que le imputan. La otra es que el que diese un memorial en que diga esto que se imputa es falso, por estas y estas razones.” *Ibidem*. Fol. 105r-v.

<sup>258</sup> “(.....) Y si esto no se previene, será como el gusano que se cría en el árbol, y le come hasta que se seca. Y así, habiéndose criado en este árbol de la nobleza de España, ha de venir a secarse y corromperle. Y por querer esmerar la nobleza en este reino por medios menos cautos que convendría, se ha de perder del todo. Adviértase mucho esto, que si al español le menoscaban la honra que tanto apetece y suda por ella, ni habrá valor ni hechos insignes entre ellos, y la virtud se marchitará y la monarquía padecerá quiebra. Porque sin duda uno de los principales apoyos y fundamentos suyos, y las murallas fortísimas de ella, es la gran nobleza, honra y presunción generosa del español.” *Ibidem*. Fols. 101r-102r.

<sup>259</sup> A este respecto, véase: JIMÉNEZ MORENO, A.: “En busca de una nobleza de servicio. El Conde Duque de Olivares, la aristocracia y las Órdenes Militares (1621-1643)”, en: RIVERO RODRÍGUEZ, M. (coord.): *Op. cit.* Vol. I. pp. 209-256.

Órdenes Militares. En concreto nos estamos refiriendo a los comerciantes, pues la normativa interna de estas corporaciones prohibía, de forma expresa, el desempeño de actividades mercantiles u oficios mecánicos al aspirante a vestir el hábito; disposición que se hacía extensiva a sus antepasados, ya que si se descubría el ejercicio de tales ocupaciones, su petición sería denegada de forma inmediata. Desde comienzos de su ministerio, esta cuestión ocupó gran parte de sus energías, y en 1623 logró que el Papa Gregorio XV expidiera un breve, en el cual ordenaba que la exclusión de los comerciantes se redujera a quienes “hubiesen tenido tienda abierta, o sus padres o abuelos, y vendieran por si o por personas designadas por ellos, no de los que invirtiesen su dinero en el comercio al por mayor”<sup>260</sup>.

El compromiso del Conde Duque con este colectivo, se revela en sus intentos de favorecer a los comerciantes sevillanos, concretamente a los del Consulado de Sevilla, ciudad de la que era oriundo su linaje, a la hora de acceder a los hábitos. Según recoge Domínguez Ortiz, entre 1628-1643, 31 miembros de esta institución fueron agraciados con esta merced, cifra que si bien no es excesiva (la media se sitúa en unos 2 hábitos por año), era un punto de partida para su presencia en estas selectivas instituciones<sup>261</sup>.

Pero sus esfuerzos por elevar la estima del comercio y de las personas que se empleaban en el, también se hicieron sentir en las posesiones españolas en el Nuevo Mundo. Con este objetivo se enviaron, en 1633, cuatro cédulas de hábitos de las Órdenes Militares, con los nombres en blanco, a D. Jerónimo Fernández de Cabrera, cuarto conde de Chichón (que ostentó el cargo de virrey del Perú entre 1629-1639) para que los concediera, a su criterio, entre comerciantes de su jurisdicción que hubieran servido a satisfacción (bien para ellos o para sus hijos)<sup>262</sup>. En cuanto a los beneficiarios, únicamente hemos identificar a uno de ellos; se trata de Pedro López de Gárate, comerciante de origen cordobés, que ostentaba los empleos de cónsul y prior del Consulado de la ciudad de Lima, al tiempo que era administrador general de las alcabalas<sup>263</sup>. Nos aventuramos a pensar que la administración virreinal se viera obligada

---

<sup>260</sup> DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: “Comercio y blasones.....” *Op. cit.* p. 220. Véase también: PIKE, R.: *Aristócratas y comerciantes: la sociedad sevillana del siglo XVI*. Barcelona, 1978. (1ª edición en inglés: Ithaca, 1972).

<sup>261</sup> *Ibidem.* pp. 226-238.

<sup>262</sup> *Carta del conde de Chinchón al rey*. Lima, 15-5-1635. AHN, OO.MM., Leg. 1397.

<sup>263</sup> En 1639 recurrió a la Junta de Hábitos para conseguir que su merced fuera de la orden de Santiago, a cambio de lo cual estaba dispuesto a pagar el sueldo de cuatro soldados para que sirvieran en Cataluña. Su oferta fue aceptada y por fin, en 1641, obtuvo su hábito. Sobre esta institución véase: JIMÉNEZ MORENO, A.: “Honores a cambio de soldados, la concesión de hábitos de las Órdenes Militares en una coyuntura crítica: La Junta de Hábitos (1635-1642)”. Comunicación enviada al Congreso Internacional “Las élites en la época moderna”, celebrado en Córdoba los días 25-27 de octubre de 2006. (En prensa).

a apoyarse en aquellos sectores con liquidez económica, para poder hacer frente a los numerosos retos que suponía el gobierno de un territorio, separado de la metrópoli por una colosal distancia geográfica. De la misma manera, con el objetivo de sustentar esta estructura, la Corona debería mostrarse liberal, al margen de cuestiones como la sangre y el linaje, con aquellos individuos que con su esfuerzo, y sobre todo su dinero, permitían que el rey de España pudiera seguir gobernando sobre tan estratégicos territorios.

Pese a tratarse de una cuestión importante, el aspecto más trascendente de toda esta polémica, según nuestro criterio, alude a su relación con la profesión militar, más concretamente en el retraimiento de muchos individuos a iniciar la carrera de las armas, y a realizar grandes hazañas, con el objetivo de ascender socialmente, por miedo a que se descubran unos orígenes humildes, lo cual se traduciría en un desdoro de su persona y una censura general por parte del resto de la comunidad. En la obra de Montero de Espinosa se reflexiona sobre este hecho, cuando Heráclito pregunta a Demócrito por qué no se anima a realizar hazañas militares, para mejorar su condición social, pues son el camino más digno para ello. En su respuesta, argumenta que un número significativo de individuos se aleja de ella porque, a pesar de que está en uno mismo mejorar su condición, sus méritos pueden verse neutralizados por difamaciones e injurias de los demás. Incluso cuando la mayoría de ellas no estén basadas en ninguna prueba, sino que se fundamentan en testimonios orales, una vez que se ha sembrado la duda, es muy difícil salir inmune<sup>264</sup>. Sin embargo, a pesar de este diagnóstico pesimista, no quiere decir que es imposible conseguir honores y honras mediante el servicio militar.

El sombrío panorama esbozado por estos autores nos conduce a plantearnos una trascendental pregunta: ¿realmente estaba tan viciado el proceso de concesión de hábitos, para que individuos con servicios ilustres, no exclusivamente militares, fueran descartados para acceder a estas prebendas? Según nuestro criterio, nos inclinamos a responder afirmativamente a esta cuestión, lo cual vendría a demostrar los grandes problemas que la Corona tenía a la hora de racionalizarlo, y utilizarlo en su propio beneficio. Sin embargo, habría que valorar si sus efectos fueron constantes a lo largo del

---

<sup>264</sup> “¿Sabiendo que es buena la honra, porqué huyes de tenerla? Porque esta en mí el adquirirla, y no está en mí el conservarla. No puedo granjear tanta en un siglo, como me pueden quitar en un instante. Toda esta vanidad que se apellida honra, consiste en la fama, la fama en la opinión, y la opinión en el concepto de los hombres. Esta voz quedó abandonada en la disposición de la fortuna; si no reinase en el mundo la mentira, no hubiera riesgo entre el mérito propio y la ajena aprobación. Mas como resbalan en la envidia las lenguas de los maldicientes, corren las palabras infames al opósito de las ínclitas acciones con que las nieblas del odio impiden los rayos de la honor.” MONTERO DE ESPINOSA, R.: *Op. cit.* pp. 37-38.

siglo XVII; o al contrario, se agudizaron o atenuaron conforme las circunstancias políticas (o bélicas, más concretamente).

Como ya hemos mencionado en las páginas anteriores, la cuestión más importante de esta polémica era si, en realidad, el estamento privilegiado se había apartado de su función tradicional, la cual justificaba su preeminencia en la sociedad, o por el contrario, nos encontramos ante una afirmación que no se ajusta del todo a la realidad. En primer lugar, cuando hablamos de nobleza ¿a quién nos referimos?: primogénitos, segundones, familias de rancio abolengo, advenedizos, linajes que acceden al estamento privilegiado por servicios militares, etc. Esta pluralidad de situaciones adquiere una gran significación, ya que se traducirá en una disparidad de respuestas ante su participación en la guerra<sup>265</sup>.

Por otra parte, no debemos olvidar que la imagen clásica del aristócrata en el campo de batalla, la que ha perdurado, es la de un combatiente a caballo<sup>266</sup>, pues era inconcebible que un miembro del estamento privilegiado luchara a pie, por lo que podemos hablar de una clara vinculación de la nobleza con la caballería. Sin embargo, en principio, nobleza y caballería eran dos realidades distintas; de manera que, ¿cómo se llegó a producir la simbiosis entre ambos conceptos?

En torno a esta cuestión, y con el objetivo de profundizar en tal disyuntiva, debemos retrotraernos a la época medieval, periodo en el que, al menos en teoría, la vinculación entre nobleza y guerra era más intensa. El término encierra, al mismo tiempo, un código de conducta y una cultura pertenecientes a un estamento militar, que considera la guerra como profesión. No obstante, en la península ibérica, como consecuencia del proceso reconquistador, a su amparo, se aglutinan realidades de muy

---

<sup>265</sup> A este respecto, suscribimos la opinión de Thompson, cuando afirma que no se puede valorar la actuación nobiliaria ante el hecho bélico desde una única perspectiva, sino que se deben tener en cuenta, además de las diferentes realidades sociales que conforman el estamento nobiliario, las peculiaridades geográficas y regionales. THOMPSON, I.A.A.: “Consideraciones sobre el papel de la nobleza como recurso militar en la España Moderna”, en: JIMÉNEZ ESTRELLA, A y ANDUJAR CASTILLO, F. (eds): *Los nervios de la guerra. Estudios sociales sobre el ejército de la Monarquía Hispánica (siglos XVI-XVIII)*: nuevas perspectivas. Granada, 2007. p. 17.

<sup>266</sup> El caballo constituye uno de los elementos esenciales en la vida aristocrática debido a dos razones principales: de un lado, por la estrecha relación existente entre el género de vida que, generalmente, se ha considerado como noble, y el uso de la cabalgadura. Montar un corcel de batalla supone la posesión de unas amplias posibilidades económicas, al no supeditar el animal a la realización de tareas productivas, hecho que conduce a la consideración social del mismo, al ser un signo de status inequívoco para la sociedad medieval. Véase: HERNANDO SÁNCHEZ, C.J.: “La gloria del caballo. Saber ecuestre y cultura caballeresca en el reino de Nápoles durante el siglo XVI”, en: MARTÍNEZ MILLÁN, J. (Dir.): *Felipe II (1527-1598). Europa y la Monarquía Católica*. Tomo IV. Literatura, Cultura y Arte. Madrid, 1998. pp. 271-310. PÉREZ HIGUERA, T.: “Caballos y jinetes en la Edad Media: Una aproximación a través de su iconografía en Al-Andalus y los reinos hispánicos”, en: *Mil años del caballo en el arte hispánico*. Sevilla, 2001, pp. 37-58, sobre todo: pp. 46-57.

diversa índole surgidas, la mayoría de las veces, por necesidades militares o por las aspiraciones de promoción de determinados grupos sociales<sup>267</sup>. Así, el poliformismo de la caballería castellana la hace singular y la diferencia de la del resto de Europa<sup>268</sup>.

Pese a todo, la caballería como técnica de combate, código de conducta y sistema de promoción social no puede desvincularse, en la Edad Media, de lo aristocrático; de manera que, si la caballería no puede separarse del mundo de la nobleza, tampoco cabe entenderla sin la realidad de la guerra. Así, nobleza, guerra, y caballería se encuentran íntimamente unidas, convirtiéndose ésta última en un cuerpo caracterizado por ser deudor de un ideario y una mentalidad, capaces de sintetizar los ideales del antiguo guerrero con las formas de vida noble, las cuales son presentadas como las más anheladas por la sociedad del momento<sup>269</sup>.

De este modo, en la Plena Edad Media la caballería dejó de ser un término estrictamente militar, al cual se le agregaron un compendio de valores y creencias, así como un estilo de vida que acabó por asociarse a la condición nobiliaria. La caballería fue, primero, la forma de combatir durante buena parte de la Edad Media; al estar unidos los conceptos de capacidad militar, libertad plena e idoneidad para intervenir en

---

<sup>267</sup> LOURIE, E.: "A society organized for war: medieval Spain", en: *Past and Present*, nº 35 (1966). pp. 54-76.

<sup>268</sup> La peculiar realidad histórica de la península ibérica, se tradujo en la existencia de varias realidades, complementarias, en lo referente a la caballería: la primera correspondió a la caballería sobre hidalguía, es decir, a la condición de caballero que se otorgaba al hidalgo, perfeccionándolo. Era la caballería de espuela dorada, sólo otorgable a los hidalgos, Se confiere por el rey en persona, o algún gran señor por su mandato, en solemne ceremonia, en Castilla, sobre el campo de batalla o en una iglesia. El segundo tipo es la caballería llamada "de privilegio" o de albalá. Podía otorgarse a hidalgos y pecheros. La admisión en ésta se conseguía mediante el principio de caballería del rey. El ritual difería mucho de la solemnidad exigida en el primer caso. Esta caballería gozaba de parte de los privilegios de la hidalguía, y entre ellos está el más apetecido: la exención fiscal, siempre que posean caballo y armas y acudan al llamamiento del rey. Es una caballería que supone la hidalguía de hecho. El tercer género de caballería, la villana, de cuantía, era el modo de acceso directo de los escalones superiores de los pecheros y de los hombres de los concejos, que poseían caballo y armas a la élite social. Véase: RODRÍGUEZ VELASCO, J.D.: *El debate sobre la caballería del siglo XV. La tratadística caballeresca castellana en su marco europeo*. Valladolid. 1996. DÍAZ PEÑA, E.: *Entorno caballeresco, infanzones y caballeros villanos en la Castilla medieval*. Madrid, 1999.

<sup>269</sup> Según Contamine, el conflicto bélico era algo que estaba presente en la vida cotidiana de las gentes que vivieron durante la Edad Media, especialmente en espacios fronterizos. Este hecho provocó la creación, o conformación, de un conjunto de valores socialmente aceptados a los que el hombre habrá que adaptarse. Como colectivos belicistas, los hombres del Medievo, situaron al arrojo en combate en el lugar más privilegiado entre sus valores, mostrándose la guerra como la mejor ocasión para manifestar esta pretendida virtud, "en una sociedad dotada de una ética esencialmente militar, y donde el status venía determinado por el ejercicio de las armas, aunque guerrear y nobleza no fueran una misma cosa, del estamento privilegiado se esperaba que se comportara de acuerdo a lo estipulado por su rango, es decir valerosamente". CONTAMINE, P.: *La guerra en la Edad Media*. Barcelona, 1984. pp. 138-144. (1ª edición en francés: París, 1980).

los actos de gobierno y justicia, fue un medio para que las aristocracias cimentaran el poder.<sup>270</sup>

La nobleza justificó su posición tanto por el monopolio de una serie de virtudes y valores, de los que se supone carecía el resto de la sociedad, como por la asunción de una serie de obligaciones, las cuales favorecieron la implantación de una imagen preeminente de la aristocracia frente a los demás. Estas funciones dimanaban de sus obligaciones militares, las cuales les excluían de la realización de actividades consideradas deshonorosas. En consecuencia, el noble ha de estar siempre dispuesto a luchar por el rey y el reino, defender y extender la Fe, proteger a los débiles, gobernar y dirigir al pueblo. Pero la responsabilidad fundamental de la nobleza consiste en defender a la comunidad cometido que, de manera idealizada, presuponía una anteposición tan generosa como loable del bien común al privado. Mediante la realización de este cometido, el noble obtiene la estima, el respeto, el honor y la honra de la comunidad, como recompensa por los riesgos y los esfuerzos a los que se expone; pero además, ponía a su alcance una serie de prerrogativas, esenciales a la hora de diferenciar a unos individuos de otros: los privilegios. Pero a pesar de que la virtud nobiliaria, a grandes rasgos, era un epítome de las virtudes cristianas y caballerescas, tales facultades no eran patrimonio exclusivo del estamento privilegiado<sup>271</sup>.

La importancia del disfrute del privilegio, las prerrogativas y distinciones, radicaba en el hecho de que conferían a su propietario un estado diferenciado positivamente del común social, el cual conducía a la nobleza; luego si a los privilegios se accede por el uso de las armas, no cabe duda que en ellas residen la principal base en donde la élite asienta su estado aventajado, y el trampolín desde el que se impulsaban todos aquellos que pretendían ascender en el escalafón social. Pero la guerra era algo más que la ocupación capaz de alzar al individuo a los escalones más altos de la sociedad, era una forma de vida<sup>272</sup>.

Junto con su servicio personal, el noble también podía servir al monarca con su capacidad de movilización y convocatoria, todo ello ligado a la obligación que tenían todos aquellos individuos que habían recibido bienes (generalmente tierras) de un señor, en definitiva con el fenómeno conocido como feudalismo. La importancia de esta dimensión es indudable, debido a las limitaciones de los monarcas para poner ejércitos

---

<sup>270</sup> KEEN, M.: *La caballería*. Madrid, 1986. pp. 92-97. (1ª edición en inglés: Londres, 1984).

<sup>271</sup> CARRASCO MARTÍNEZ, A.: Sangre, honor y..... *Op. cit.* pp. 26-27.

<sup>272</sup> GIBELLO BRAVO, V.M.: *La imagen de la nobleza castellana en la Baja Edad Media*. Cáceres, 1999. pp. 85-86.

en el campo de batalla, la cual nos interesa, sobre todo, porque durante los siglos modernos la Corona trató de resucitar estas obligaciones, con el objetivo de paliar las ingentes necesidades de hombres que ésta tenía.

En segundo lugar, debemos analizar la manera en la que se realizaba la guerra en la Edad Media. Aquí nos enfrentamos, de nuevo, a un tópico: el Medievo fue la época dorada de la caballería pesada, de carácter nobiliario, la cual monopolizó las operaciones militares del periodo, y relegó a la infantería a un papel secundario. En este sentido, es imposible no dejarnos influir por la imagen que, tanto la literatura como la pintura, han transmitido de la guerra medieval: una forma de hacer la guerra en la que predominaron las batallas campales, donde ésta caballería nobiliaria impuso su supremacía<sup>273</sup>.

Sin embargo, en la actualidad se está revisando esta interpretación, y las nuevas tendencias apuntan a que la hegemonía de la caballería pesada, en unos conflictos dirimidos en batallas campales, no se ajusta del todo a la realidad. García Fitz ha profundizado en esta línea interpretativa, y ha puesto de manifiesto que, en la mayoría de las campañas, la infantería superó cuantitativamente a la caballería en una proporción de 4-5 a 1. Del mismo modo, en determinados momentos y lugares, los ejércitos estuvieron compuestos sobre todo por tropas de a pie. Este fenómeno se hace cada vez más frecuente a partir del siglo XIV, y se consolida a partir de ese momento. Del mismo modo, en los siglos bajomedievales se asiste al desarrollo de una caballería ligera, aunque sin que esto se traduzca en la extinción de la caballería pesada.

Por otra parte, su acción más característica, la carga, no siempre resultó decisiva, pues fue muy frecuente que muchos jinetes desmontaran y lucharan a pie. Análogamente, se ha constatado el hecho de que si los ataques de la caballería no iban precedidos de la actuación previa de arqueros y ballesteros, era difícil que tuvieran éxito. Además, la guerra medieval se resolvía, más que por batallas campales en las que la caballería tenía una actuación destacada, mediante una combinación de operaciones de desgaste del adversario y de asedios<sup>274</sup>. Así, se puede concluir que la caballería pesada fue un arma importante, pero ni fue la única, ni la predominante, en la guerra

---

<sup>273</sup> La bibliografía sobre la guerra en la Edad Media es ingente, entre ella señalamos: BARBER, R.: *The knight and chivalry*. Londres, 1970. VERBRUGGEN, J.F.: *The art of warfare in Western Europe during the Middle Ages*. Ámsterdam, Nueva York, Oxford, 1977 (1ª edición: Bruselas, 1954). CONTAMINE, P.: *Op. cit.* PRESTWICH, M.: *Armies and warfare in the Middle Ages. The English Experience*. Londres, 1996. GARCÍA FITZ, F.: *Castilla y León frente al Islam. Estrategias de expansión y tácticas militares (siglos XI-XIII)*. Sevilla, 1998.

<sup>274</sup> GARCÍA FITZ, F.: *Ejércitos y actividades guerreras en la Edad Media europea*. Madrid, 1998.



medieval. La evidencia más palmaria de ello veía determinada porque la mayoría de las victorias venían determinadas, bien porque sus actuaciones se inscribían dentro de maniobras conjuntas con formaciones de infantería, o porque ellos mismos desmontaban y servían como combatientes de a pie. De esta manera, según Contamine, la guerra medieval pudo ser una guerra dirigida por caballeros, pero no una guerra esencialmente de caballería<sup>275</sup>.

Si tenemos en cuenta estos planteamientos, la imagen que tradicionalmente ha trascendido de la participación nobiliaria en la guerra debería ser revisada. Da la impresión de que ésta ha sido engrandecida a propósito, lo cual se tradujo en la articulación del “mito del caballero”. El noble intervenía en la guerra a caballo, aunque no era extraño que combatiera desmontado; sin embargo, parece que ese combate idealizado, el cual se resuelve con una pugna entre dos masas compactas de caballería, fue mucho menos frecuente de lo que se ha pensado. Son muy numerosos los testimonios que evidencian las reservas de los jefes militares medievales a presentar batalla. Este exceso de prudencia permite entender el hecho de que se desarrollaran, con cierta asiduidad, campañas sin batalla. Del mismo modo, los objetivos estratégicos que pudieran derivarse de un incierto y peligroso choque armado, podían conseguirse con otros medios menos arriesgados, y mejor adaptados, a los fines perseguidos. Así, la mayor parte de las batallas, tenía lugar cuando una hueste se disponía a atajar el curso de una campaña de conquistas, a detener una incursión o socorrer a los sitiados en un punto fuerte<sup>276</sup>. Pese a las grietas que presentaba este programa ideológico, era el que mejor se adaptaba a la hora de asociar las virtudes nobiliarias con las del caballero, ya que se trataba de una pugna entre iguales, conforme a unas reglas más o menos aceptadas; mientras que unas operaciones caracterizadas por operaciones de castigo y rapiña, eran difícilmente conciliables, al menos en teoría, con tal ideario. Sin embargo, los planteamientos más recientes vinculan estas prácticas con la crisis de mediados del siglo XIV, la cual, en el caso de la nobleza, se tradujo en empobrecimiento generalizado del estamento, el cual trata de superarse mediante métodos violentos. De esta manera, el pillaje, el saqueo y la obtención de beneficios, no solo no eran incompatibles con el ideal caballeresco, sino que se aceptan como algo inherente al mismo<sup>277</sup>.

---

<sup>275</sup> CONTAMINE, P.: *Op. cit.* pp. 186-190.

<sup>276</sup> BARNIE, J.: *War and medieval society. Social values and the Hundred Years War, 1337-1399*. Londres, 1974. pp. 59-70.

<sup>277</sup> VALE, M.G.A.: *War and chivalry. Warfare and aristocratic culture in England, France and Burgundy at the end of Middle Ages*. Londres, 1981. pp. 20 y ss.

La tratadística de la época también aportó argumentos para demoler esta relación ideal entre nobleza, guerra y caballería. Sus críticas aludían a la falta de coherencia entre los ideales que se comprometían a defender y sus pautas de comportamiento, eludiéndose de forma ostensible la puesta en práctica de los principios básicos de su código ético<sup>278</sup>.

Otro testimonio que vendría a cuestionar el mito, sería el hecho de que gracias a las mejoras tecnológicas, el riesgo corrido por los combatientes a caballo se redujo de forma notable. De este modo, se podría deducir que el noble hacía la guerra desde una posición de ventaja, en la cual asumía muy pocos riesgos. Esta tesis se vería reforzada por la calidad del armamento empleado por la aristocracia, su posición cómoda y segura sobre una montura elevada, así como la precariedad de las armas que el soldado de a pie podía presentar; todo ello confería al noble un sentimiento de enorme seguridad y superioridad en el combate. Pero las protecciones no sólo resguardan a su dueño físicamente, sino también de un modo psicológico. De manera que la sensación de invulnerabilidad, motivada por el reducido número de muertes en combate, envalentonó al noble en la guerra<sup>279</sup>.

Pero detrás de esta fachada se encontraban motivaciones mucho menos loables de lo que pudiera parecer en un principio. Así, los límites a la violencia, siempre entre iguales, articulados por las reglas de la guerra caballeresca, ponen de manifiesto como, más allá de disquisiciones teóricas, existía un fehaciente temor ante la posibilidad de recibir lesiones, mutilaciones y, sobre todo, a caer en combate. Al igual que las corazas, la existencia de un código ético de la guerra puesto en práctica sólo entre los nobles, se dispone junto a otros mecanismos tendentes a eliminar, o reducir en la medida de lo posible, los riesgos<sup>280</sup>.

Si tenemos en cuenta estos planteamientos, nos ofrecerían una nueva perspectiva en cuanto a la relación del segundo estado con las armas, la cual nos llevaría a plantearnos una pregunta que podría socavar los pilares de este binomio: ¿el noble interviene en la guerra porque puede obtener grandes beneficios con un mínimo riesgo? En caso afirmativo, se pondría en tela de juicio el carácter idílico del vínculo entre nobleza y guerra durante la Edad Media. Según esta nueva interpretación, si bien es

---

<sup>278</sup> Ramón Llull, hacia 1275, en su obra sobre la caballería, apuntó que: “si el caballero no cumple con el oficio de la caballería, es contrario a su orden y a los principios de la caballería (.....) por cuya contrariedad no es verdadero caballero.” LLULL, R.: *El libro de la orden de la caballería*. Madrid, 2006. (Edición de: DE CUENCA, L.A.) p. 35.

<sup>279</sup> GIBELLO BRAVO, V.M.: *Op. cit.* pp. 63-64.

<sup>280</sup> *Ibidem.* pp. 65-66.

cierto que el estamento privilegiado concurrió a los llamamientos reales para cumplir con sus tradicionales obligaciones, siempre lo hizo en unas condiciones, cuando menos, ventajosas para su integridad física. A la par, sería un argumento de peso a la hora de explicar la relativa ausencia de la nobleza en los campos de batalla (como combatientes individuales, pues los altos cargos fueron monopolizados por miembros del segundo estado) desde los momentos finales de la Edad Media, debido a dos factores: en primer lugar, con motivo de las transformaciones sufridas en el arte de la guerra, traducidas en la recuperación de la infantería como arma preponderante, capaz de poner en fuga a la caballería pesada, de carácter nobiliario, el conflicto bélico se hizo cada vez más peligroso para los aristócratas<sup>281</sup>, por lo que los potenciales beneficios no compensaban los riesgos que, ahora, se asumían<sup>282</sup>. En este sentido, todos los indicios parecen apuntar que tales novedades asestaron un duro golpe, del que muy posiblemente no se recuperó, a la trilogía nobleza-guerra-caballería, uno de los cuales es el recogido por Ludovico Ariosto en su *Orlando Furioso*, en el primer tercio del siglo XVI<sup>283</sup>. Unas décadas

---

<sup>281</sup> Según ha puesto de manifiesto Parker, desde finales del siglo XIV, el arte de la guerra evolucionó considerablemente; entre los factores que provocan esta dinámica de cambio, se encuentran la moderna utilización de la infantería, y la introducción y posterior consolidación de la artillería y otras armas de fuego. A ambas habría que añadir el sentido de la disciplina, del que la infantería se adueña, en clara contraposición con la díscola actitud que distinguía a la caballería, y la progresiva monopolización que sobre las armas y las tropas obtiene el rey, u otra figura que lo personifique, en perjuicio de la típica fragmentación de poderes y efectivos militares inherente a los ejércitos medievales. PARKER, G.: *La revolución militar moderna. Innovación militar y apogeo de Occidente*. Madrid, 2002 (1ª edición inglesa: Cambridge, 1988).

<sup>282</sup> De esta manera, se ha puesto de manifiesto que, lenta pero inexorablemente, la nobleza abandonó sus formas tradicionales de vida, pues las nuevas formas de hacer la guerra son incompatibles con el desempeño de su función militar, en la cual se sustenta su posición privilegiada. Tal y como señala Bühler “aquellos caballeros que seguían alardeando, en los torneos, de las viejas artes de la guerra y que en las ocasiones solemnes lucían su resplandeciente armadura, no cuadraban ya bien con su época en la que los ejércitos de los caballeros eran derrotados y puestos en fuga no pocas veces por los campesinos, los burgueses y los soldados mercenarios.” BÜHLER, J.: *Vida y cultura en la Edad Media*, Méjico D.F., 1977. p.154.

<sup>283</sup> “(.....) aquella máquina infernal [las armas de fuego] estuvo sepultada bajo más de cien brazas de mar durante muchos años, hasta que fue extraída del mar por medio de encantamiento. Primeramente fue descubierta por los alemanes, que haciendo con ella diferentes experimentos, y ayudados por el demonio que aguzaba su ingenio en hacernos daño, comprendieron por fin el uso a que estaba destinada. Francia, Italia, y sucesivamente todas las naciones aprendieron después ciencia tan cruel. Unos fundieron el bronce, y al salir del horno ardiente, en su forma líquida lo modelaron de aspecto hueco. Otros horadaron el hierro y forjaron armas de todos los tamaños, más o menos pesadas, a las que cada autor, según su antojo, llamó bombardas o arcabuces, cañones sencillos (.....) Por tanto, ¡miserable soldado!, confía a la fragua cuantas armas llevas, incluso la espada, y échate a las espaldas un mosquete o un arcabuz, pues sin ellos no lograrás un buen resultado. ¡Oh invención horrible y criminal! ¿Cómo pudiste hallar un lugar en el corazón del hombre? Por ti ha sido destruida la gloria militar, por ti la carrera de las armas ha quedado sin honor, por ti se ven reducidos a tal punto el valor y la virtud, que con frecuencia aparece el malvado preferido y antepuesto al bueno; por ti la audacia y la gallardía no son ya ventajas en las batallas. Tú has sido y serás causa de la sangrienta muerte de tantos señores y tantos caballeros antes de que concluya esta guerra, que es origen del gemir de todo el mundo, especialmente de Italia. Por eso he dicho que el inventor de tan abominable artificio fue el más cruel y más perverso de cuantos hayan inventado artificios crueles y perversos, y he de creer que Dios, en justa y eterna venganza de tal infamia, encerrará

después Bernardino de Escalante se manifestará en términos similares. Ponía de manifiesto que los soldados de su época son mucho más valientes que los del pasado, pues ahora se deben enfrentar a las armas de fuego y a la artillería, cuando antes no se debía hacer frente a esta nueva amenaza “hallada para ruina y menoscabo del valor y fortaleza humana”<sup>284</sup>. Pero incluso a principios del siglo XVII, tales cuestiones estaban en la mente de los autores, las cuales inciden en el carácter maligno y vil de las nuevas armas de fuego y, sobre todo, la artillería<sup>285</sup>.

El imparable proceso de cambio en las formas de hacer la guerra<sup>286</sup>, así como en la mentalidad de la aristocracia ante el hecho bélico, motivó dos tipos de reacciones. En primer lugar, la de quienes no quisieron (o no pudieron) adaptarse a la nueva realidad, y optaron por desvincularse de las armas en su vertiente más directa; es decir, la de exponer su persona en el campo de batalla. Quienes se decantaron por ella, al igual que en otros procesos históricos que han supuesto una ruptura radical con el pasado, se dedicaron a denigrar y deslegitimar la nueva realidad vigente; al mismo tiempo, dentro del habitual proceso de resistencia al cambio, reclamarán una vuelta al pasado como remedio para los problemas y como paradigma de modelo ideal. Detrás de este posicionamiento se podría identificar una cierta actitud estoica, pues ante la imposibilidad de cambiar la realidad vigente, se opta por el retiro de la vida pública (en este caso militar). Pero el aislamiento al que se sometía el estoico no era un retiro ocioso, sino que se trataba del marco óptimo desde el cual lanzar sus diatribas contra el nuevo orden, tanto las surgidas de su propia pluma, como las de tratadistas a su servicio.

---

su alma maldita en el profundo abismo, junto a la del maldito Judas (.....). ARIOSTO, L.: *Orlando Furioso*, canto XI (edición de CAVANES, A. Madrid, 1984. pp. 204-205). Tomado de GARCÍA HERNÁN, D.: *La nobleza española en la España Moderna*, Madrid, 1992. pp. 71-72.

<sup>284</sup> ESCALANTE, B. de: *Op. cit.* p. 100.

<sup>285</sup> “ (.....) pues en estos tiempos los debemos juzgar [a los soldados] por más animosos que los antiguos, por el riesgo y muerte tan propinqua a que se ponen, esperando las balas de los mosquetes, arcabuces y piezas de artillería (.....). Y un miserable artillero, cobarde y vil, hace pedazos a un gran capitán, y a muchos famosos soldados con una bala, que en otro tiempo, peleando valerosamente ganarán nombre eterno”. PÉREZ DE HERRERA, C.: *Discurso décimo y último al rey D. Felipe, nuestro señor, del ejercicio y amparo de la milicia de estos reinos, por el doctor (.....), protomédico de las galeras de España de S.M., residente en su Corte*. S.f., s.l. Fol. 6v.

<sup>286</sup> A este respecto, González de León cuestiona la tesis sostenida por Roberts y sus seguidores, según la cual el ejército español de principios de la Edad Moderna era una institución estructurada en torno a ideas antiguas, al margen de las nuevas tendencias tácticas y técnicas. Pese a que en cierto modo la tratadística militar española construyó un modelo de oficial que presentaba muchas similitudes con Don Quijote (aferrado al pasado e imbuido de una mentalidad que ya había pasado a mejor vida), no compartía con este su enquistamiento y su estrechez de miras. GONZÁLEZ DE LEÓN, F.: “Doctors of the military discipline. Technical expertise and the paradigm of the spanish soldier in the Early Modern Period”, en: *Sixteenth Century Journal*, nº 27, vol. I, (1996). pp. 61-85.

Pero otra parte del segundo estado optó por acomodarse a las nuevas corrientes, pues no deseaba verse apartada de su función tradicional. Para ello debieron hacer un gran esfuerzo, el cual implicaba jugar un juego que ya conocían, pero en el que las reglas habían cambiado. Pese a que iba a requerir un gran esfuerzo por su parte, lo cierto es que su capacidad de adaptación a ellas fue más que notable. En este sentido, Puddu ha puesto de relieve que la nobleza castellana, en general, se mostró dispuesta a mantener su vínculo con la profesión de las armas, lo cual se manifestó en la facilidad con que se reconvierte en infante<sup>287</sup>.

Sin embargo, no podemos valorar con un único patrón la actitud del segundo estado ante la carrera de las armas. Por norma general, eran los segundones quienes se sentían más atraídos por la actividad bélica, pues al no heredar prácticamente nada, se ven obligados a labrarse su propio porvenir, siendo la milicia el camino preferido para hacerlo. Por el contrario, los primogénitos se comportarán de un modo mucho más comedido, y su presencia personal será mucho más infrecuente, pues estaban destinados a heredar el título y el mayorazgo, por lo que su función primordial es dirigir y gestionar patrimonio y familia. Ambas actitudes ofrecen las dos caras de una misma moneda, pues, mientras los primeros tienen mucho por ganar, la prioridad de los segundos será conservar lo ya obtenido.

Disyuntivas de esta naturaleza repercutieron sobre la propia esencia de la nobleza y su razón de ser en el seno de la sociedad de la época. De tal manera, una de las cuestiones capitales será dilucidar si el noble que no rige su conducta de acuerdo a lo que de él se espera, puede considerarse como tal, ya que la nobleza es, entre otras cosas, función y servicio, pero sin ellas su existencia carece de sentido. Como consecuencia, desde mediados del siglo XVI se asiste a una crítica de los ideales (muchos de ellos exagerados de manera intencionada) que representaba el binomio noble-caballero<sup>288</sup>.

---

<sup>287</sup> PUDDU, R.: *Op. cit.* p. 72.

<sup>288</sup> Es significativo que a mediados del siglo XVI se pusiera de manifiesto que: “ya son mudados por la mayor parte aquellos propósitos con los cuales la caballería fue comenzada. Entonces se buscaba en el caballero sola virtud, ahora es buscada la caballería para no pechar; entonces a fin de honrar esta orden, ahora para robar en su nombre; entonces para defender la república, ahora para señorearla; entonces para la orden los virtuosos buscaban, ahora los viles buscan a ella por aprovecharse de solo su nombre. Ya las costumbres de caballería en robo y tiranía son reformadas; ya no curamos cuanto virtuoso sea el caballero, pero cuanto abundoso sea de riquezas; ya su cuidado que solía en cumplir grandes cosas es convertido en pura avaricia. Ya no se avergüenzan de ser mercaderes y usar de oficios aun más deshonestos, antes piensan estas cosas poder convenirse. Sus pensamientos que solían en solo el bien público, con gran deseo de allegar riquezas por mares y tierras, son esparcidos” VALERA, D. de: *Espejo de verdadera nobleza*. Madrid, 1959 (Prosistas Castellanos del siglo XV, BAE, tomo CXVI. Edición de: PENNA, M.). p.107.

En este sentido, Contreras Gay pone sobre la mesa una cuestión que es muy ilustrativa del estado en que se encontraba esta materia. Según su criterio, la relación de la nobleza con el ejército se enfrenta a una importante contradicción: los privilegios de la aristocracia dimanaban de sus servicios militares (aunque también se obtuvo nobleza por otras vías) pero, al mismo tiempo, no estaban obligados a prestarlos, ya que la esencia nobiliaria no dependía de sus méritos en la guerra<sup>289</sup>.

Para Carrasco Martínez, ya desde finales del siglo XV se empiezan a definir dos posturas en torno a este asunto: una primera línea, para la cual la nobleza es una concesión del rey en recompensa por servicios prestados, representada, entre otros, por autores como Diego de Valera y Alonso de Cartagena. Para ellos, existe un importante vínculo entre caballería y nobleza, al tiempo que anteponen los méritos personales a la sangre, y consideran los servicios militares como los más dignos de ser remunerados. Análogamente, se plantea la posibilidad de que se pierda la condición nobiliaria si no se cumple con las obligaciones inherentes a tan codiciado status<sup>290</sup>.

En cuanto a la segunda, en la cual se incluyen, entre otros, Fernán Mexía y Pedro Gracia Dei, postula que el origen de la nobleza no tiene nada que ver con una gracia real, sino que deriva de las capacidades y cualidades innatas del estamento privilegiado. Además, el resto de la sociedad aceptó su supremacía como único medio para asegurar el orden establecido<sup>291</sup>. En suma, la Corona no está por encima de la aristocracia; el rey no concede nobleza a cambio de servicios, sino que únicamente se limitaría a reconocer una situación ya existente. Esta línea interpretativa justifica la transmisión de los privilegios por la sangre, a la vez que minimiza la capacidad ennoblecedora del rey, pues éste no puede crear nobles de la misma calidad que los nobles de sangre. De tal modo, la nobleza de sangre está por encima de la concedida por el rey. Este autor concluye que, con el devenir histórico, lo que realmente se produjo

---

<sup>289</sup> CONTRERAS GAY, J.: La problemática militar..... *Op. cit.* p. 10.

<sup>290</sup> CARRASCO MARTÍNEZ, A.: “La formación de los valores nobiliarios en el reinado de Isabel la Católica”, en: *Cuadernos de Investigación Histórica*, nº 21 (2004), pp. 23-27.

<sup>291</sup> Para Domínguez Ortiz, el pensamiento sobre la nobleza “se movía entre dos polos: la consideración de la nobleza como una cualidad natural que distingue a ciertos hombres y los eleva sobre el resto, con independencia de su nacimiento, como el grupo de los más capaces para gobernar; y el concepto estamental que hacía de ella un coto cerrado para la descendencia de cierto número de familias privilegiadas, en las cuales se suponía la transmisión hereditaria de las virtudes de sus antepasados. Para unos y otros estaba fuera de duda la existencia de una minoría mejor dotada, aristocrática, sin la cual la sociedad sería una masa invertebrada sin gobierno”. DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: Las clases privilegiadas..... *Op. cit.* p.197. Un buen análisis sobre la justificación de la desigualdad social en: CARRASCO MARTÍNEZ, A.: “El orden sagrado. Mitos sociales, legitimación teológica y teorías de la desigualdad social en los siglos XVI y XVII”, en: *Cuadernos de Investigación Histórica*, nº 18 (2001). pp. 267-279.

fue una síntesis de las dos grandes corrientes de opinión, con el objetivo de reforzar la posición social de la nobleza; todo ello con el beneplácito de la Corona<sup>292</sup>.

La importancia de esta polémica no debería ser pasada por alto, ya que en ella se encuentra la propia naturaleza del servicio nobiliario a la Corona, cuestión que, con el paso del tiempo, adquirirá una importancia capital. De esta manera, si el aristócrata lo es al margen de cualquier otra instancia, es decir, no debe su condición al favor real, ¿podría encontrar en ello una justificación legal para excusarse ante los requerimientos del monarca?; y al contrario, si su privilegiada posición se debe a una merced regia, ¿podría la Corona obligar a sus principales súbditos, en función de tales argumentos, a que concurrieran con sus bienes y/o personas, cuando ésta lo requiriera?

El estallido de la guerra con Francia, con la consiguiente conversión de la península ibérica en teatro de operaciones principal, motivó que tales materias pasaran a convertirse en temas candentes. Según Hernández Franco y Molina Puche, este hecho permitiría explicar la repuesta de las noblezas de ambas monarquías. Pues una de las claves que explican el aparente fervor de la aristocracia francesa, así como la tan repetida apatía de la castellana, sería la manera en la que se accedía a la nobleza en cada de ellas. Mientras que en Castilla el proceso estaba regulado y sancionado por el rey, en Francia era mucho más impreciso, pues la intervención del monarca era mucho menor. De esta manera, la sociedad francesa, al no tener unos mecanismos claros de regulación del ascenso social, entendía la participación en la guerra como un medio de consolidar su posición, algo que los nobles castellanos no tenían que hacer<sup>293</sup>.

Sin embargo, en el caso de Castilla consideramos que sus argumentos son susceptibles de ser criticados ya que, como tendremos ocasión de demostrar en las páginas siguientes, la normativa que reglamenta la promoción social es mucho más compleja de lo que han apuntado estos autores. Del mismo modo, no han tenido en cuenta el activo papel jugado por consejos y tribunales en los procesos de ennoblecimiento y concesiones de hábitos. En último lugar, en el supuesto de que sus planteamientos fueran ciertos, la aristocracia castellana (tanto sus escalones más elevados como los cuadros inferiores) se involucró en la contienda bélica en una escala

---

<sup>292</sup> CARRASCO MARTÍNEZ, A.: “La formación de los valores nobiliarios.....” *Op. cit.* pp. 30-36.

<sup>293</sup> “(.....) si el noble francés acude raudo a la guerra contra España en 1635, no lo hace porque tenga más valor marcial que el castellano, sino por un simple motivo de justificación social, algo que, a estas alturas de siglo, a su homólogo castellano ya no le hace tanta falta, pues puede justificar su posición por medio de otras vías.” HERNÁNDEZ FRANCO, J. y MOLINA PUCHE, S.: “El retraimiento militar de la nobleza castellana con motivo de la guerra franco-española (1635-1648). El ejemplo contrapuesto del Reino de Murcia”, en: *Cuadernos de Historia Moderna*, nº 29 (2004). pp. 115-117.

mucho mayor de lo que se ha venido manteniendo. Esta colaboración adoptó muy diversas maneras las cuales abarcaban, tanto el servicio personal, como el pago de cantidades en dinero, o el reclutamiento de contingentes para los ejércitos reales. Otra cosa es que el grado de participación se ajustara al exigido por la Corona, cuyas exigencias no tenían límite, y serían casi imposibles de satisfacer.

Según nuestro criterio, en la base de todo se encuentra la poco afortunada asociación de dos parejas de conceptos. La primera de ellas es la equiparación entre nobleza y virtud; dos conceptos que, si bien no tenían porque ir unidos, en la sociedad de la época formaban una única realidad<sup>294</sup>. Sin embargo, se trataba de un camino de una sola dirección, ya que el noble, por definición era virtuoso; sin embargo, no todos los virtuosos eran nobles. Pero sobre todo, lo que se debatía era si los servicios realizados por los antepasados eran suficientes para conservar su posición preeminente. En este sentido, el mantenimiento de los privilegios exigía una línea de conducta honesta, adecuada a los principios culturales asumidos como positivos; de ahí que uno de los elementos básicos de la mentalidad aristocrática fuera el sentimiento de conciencia de los antepasados, y la consiguiente emulación de éstos como seña de identificación por dos motivos: primero, para refrendar su puesto entre los privilegiados; segundo, para aseverar la correcta observancia de las virtudes emanadas de una de las fuerzas esenciales en las que el noble sustenta su status, la sangre, el origen, los antepasados gloriosos; o si, por el contrario, éste debía realizar servicios distinguidos, acordes con su posición<sup>295</sup>.

A pesar de que parte de la tratadística nobiliaria ofrecía una visión idealizada de ella, representa la preocupación existente dentro del mismo por justificar su posición privilegiada en la sociedad. De modo que, ¿si no se hubieran sucedido los ataques contra el segundo estado, habrían aparecido tantas obras sobre esta cuestión? Así, se

---

<sup>294</sup> En un memorial anónimo, escrito aproximadamente en la década de los 70 del siglo XVII, se vincula claramente ambas realidades, y visualiza tres vías para ello: “la primera es aquella cuyo origen, por el largo discurso de tiempo, esta sepultada en el olvido. La segunda es la que por actos positivos consta haberla recibido de este o de aquel rey, por alguna singular acción. Y la tercera, y última, es la adquirida por haberse entronizado en puestos con que abundando en bienes de fortuna han venido a tenerla por algún lícito medio. De lo dicho se saca clara demostración de que decirle a uno noble, es lo mismo que calificarle de virtuoso, prudente y varón ejemplar, supuesto que para uno ser caballero es necesario lo muestre siendo cabal en todas sus obras respecto que la calidad que sus progenitores le dejaron por herencia”. *Avisos que sobre algunos apuntamientos del estado en que están las armas hizo un curioso celoso del real servicio y bien público a la Monarquía*. B.N, Mss, 1123. Fol. 22v-24r.

<sup>295</sup> A este respecto, véase: CARRASCO MARTÍNEZ, A.: “Herencia y virtud.....” *Op. cit.* pp. 231-271.



puede atestiguar una polémica basada en el hecho de si el rey debe recompensar a aquellos que acrediten méritos suficientes, o a los que acrediten ser nobles<sup>296</sup>.

Mariana concedió una gran importancia a los servicios heredados. Sin embargo, este legado suponía una pesada carga para quien lo recibía. De tal modo, la responsabilidad de estar a la altura de las circunstancias era más gravosa para un individuo con unos antecedentes familiares elevados, que para otra sin ascendientes dignos de elogio. Pues las faltas cometidas por éstos son más censurables, porque no solo se deshonran a sí mismos, sino que también dejan en una situación embarazosa a su linaje; y al contrario, los méritos propios merecen una valoración más elevada, porque obran conforme lo que se espera de ellos. Por este motivo considera que deben emplearse en grandes empresas, acordes a su nivel, al tiempo que censura a todos aquellos privilegiados que llevan una vida caracterizada por el ocio y la pereza, sin ninguna utilidad para el bien común, donde la reivindicación del pasado es el único argumento aducido para la conservación del status<sup>297</sup>.

Para Saavedra y Fajardo, la reivindicación de los méritos de los predecesores no era algo malo, siempre y cuando sirvieran como acicate para, al menos, igualar sus méritos. En cambio es digno de reproche que el noble justifique su posición sólo con las hazañas de sus pasados. De esta manera, estaría obligado a cumplir con los deberes innatos a su condición de privilegiado, entre los cuales se encontraba estar a la altura de sus ascendientes, cuando no superarlos<sup>298</sup>. Con esta actitud la nobleza siempre ocupará

---

<sup>296</sup> Según Guillén Berrendero, esta argumentación se apoya en diez aspectos: “1. Consideración general de la nobleza como un grupo esencial dentro de la sociedad; 2. Caracterización moral de la nobleza, identificándola con la idea de Bien; 3. Conceptualización de la nobleza relacionada con su función social; 4. Desarrollo de una doctrina encaminada a vincular al estamento hacia el desempeño de un poder político derivado del conjunto de privilegios que se le atribuyen; 5. Reinención y posterior adaptación de un discurso de carácter moral sobre los conceptos de virtud y honor, convirtiéndolos en valores propios de la nobleza; 6. Singularización de la condición de noble que se dirige hacia la elaboración de un ideario de carácter racista, basado en la primacía de ciertos valores sobre otros, y en la asimilación de estos por el resto de la sociedad; 7. Glorificación de la nobleza castellana y de su relación con la Corona; 8. Enalzamiento de la jerarquía nobiliaria como reflejo de la idea de desigualdad social imperante; 9. Existencia de dos aparentes antinomias en la consideración del origen de la nobleza: el mérito y la sangre; 10. Consideración de la nobleza como un valor social y político”. GUILLÉN BERRENDERO, J.A.: “La tratadística nobiliaria como espejo de nobles. El ejemplo de Juan Benito de Guardiola y su Tratado de Nobleza de 1591”, en: *Brocar*, nº 26 (2002). pp. 95-96.

<sup>297</sup> “(.....) La gloria de los antepasados es una luz que acompaña a los presentes, y no permite que estén ocultas ni sus virtudes ni sus vicios. Y cuánto más esclarecida fue la vida de los padres y la de los abuelos, tanto más vergonzosa es la bajeza de los hijos. (.....). Y confiado en los méritos de sus abuelos, languidece en la desidia y la pereza, aspirando a alcanzar con sus vicios el premio que corresponde a la virtud, y a ocupar con su apatía y desidia los puestos debidos a los hombres de gran valor y esfuerzo. Tales hombres deben ser rechazados por los príncipes, pues no sólo se presentan manchados, sino que manchan también el esplendor de su linaje.” MARIANA, J.de: *Op. cit.* pp. 136-137, 301.

<sup>298</sup> “(.....) Quinto Máximo y Publio Escipión decían que, cuando ponían los ojos en las imágenes de sus mayores, se inflamaban su ánimos y se incitaban a la virtud. No porque aquella cera y retrato los moviese,

el lugar que le corresponde y osaría cuestionar su supremacía, pues aunarían nobleza y virtud<sup>299</sup>.

El jesuita Alonso de Andrade, calificador del Consejo de la Inquisición, incide en la indisoluble relación entre el ejercicio de las armas y el disfrute de una posición privilegiada. Según su criterio, la profesión militar es la más estimada por Dios debido a la nobleza intrínseca que tiene esta ocupación, lo cual redundaba en su beneficio y en su consideración ante la sociedad. Del mismo modo, el ejercicio de las armas, por sí mismo, concede nobleza a quien lo profesa ya que es la fuente de la que dimana<sup>300</sup>. Sin embargo, la realidad no era tan benévola como se podría desprender a primera vista, ya que, a pesar de que el vínculo existente entre ambas realidades, es evidente que el acceso al honor se realiza por otros medios, ajenos a la milicia. Del mismo modo, como tendremos oportunidad de comprobar, ningún empleo militar, incluidos los más altos, llevaba acarreado el disfrute de honores, mientras que ciertos cargos administrativos y cortesanos, por el contrario, concedían a su titular un status privilegiado.

El marqués de Aytona incidió en esta dimensión, y reivindicó el papel de la milicia como base de cualquier organización social, pues sería imposible encontrar un solo ejemplo de un monarca o un noble, el cual hubiera conseguido su privilegiada posición por otra actividad que no fueran los hechos de armas. Por este motivo, disolver esta relación supondría renegar de sus propios orígenes y todo lo que ellos representan; en definitiva, ir contra ellos mismos. Al mismo tiempo, en concordancia con lo apuntado por Andrade, constata un indisoluble vínculo entre milicia y religión<sup>301</sup>.

Baños de Velasco también ensalzó el origen militar de la nobleza. Sin embargo, el disfrute de tal condición no implicaba solo derechos, sino que llevaba acarreados unos deberes militares ineludibles, los cuales sólo podían ser eludidos si el aristócrata

---

sino porque hacían comparación de sus hechos con los de aquellos, y no se quietaban hasta haberlos igualado con la fama y gloria de los suyos. (...) Y así, las hazañas de los antepasados son confusión e infamia al sucesor que no las imita. Si en todos los nobles ardiese la emulación de sus mayores, merecedores fueran de los primeros puestos de la república en la paz y en la guerra, siendo más conforme al orden y razón de naturaleza que sean mejores los que provienen de los mejores.” SAAVEDRA Y FAJARDO, D. de: *Empresas políticas*. (Edición de: DÍEZ DE REVENGA, F.J.: Barcelona, 1990). pp. 111-114. (1ª edición: Munich, 1640)

<sup>299</sup> En este sentido debemos tener en cuenta que la nobleza (en concreto los grandes linajes) fue muy aficionada a elevar, a las más altas dignidades, a algún antepasado que realizó alguna acción heroica en el campo militar como teórico ejemplo a seguir por sus descendientes. Entre los casos más notables se encuentran: Guzmán el Bueno para la casa de Medina Sidonia; Pedro González de Mendoza, que en la batalla de Aljubarrota murió para salvar al rey Juan I, para los Duques del Infantado; el Gran Capitán para los Fernández de Córdoba; el Tercer Duque de Alba para los Álvarez de Toledo, o el marqués de Santillana para los Mendoza. CARRASCO MARTÍNEZ, A.: Sangre, honor y.....*Op. cit.* p. 75.

<sup>300</sup> ANDRADE, A. de: *El buen soldado católico y sus obligaciones, compuesto por* (.....). Madrid, 1642. p. 30.

<sup>301</sup> MONCADA, G.R. de: *Op. cit.* pp. 20-22.

era demasiado joven para empuñar las armas o, por el contrario su edad era tan avanzada que le imposibilitaba hacerlo; en última instancia, también estaban exentos de acudir al frente si se encontraban enfermos. De este modo vincula, de manera inequívoca, guerra y nobleza, derivando la segunda de la primera. Conforme a ello, se muestra en contra de que quienes hubieran accedido al estamento privilegiado por medios no militares, utilicen signos externos que les identifiquen con hechos de armas<sup>302</sup>. Tras esta manifestación, sería indudable no plantearse la siguiente pregunta: ¿todos los problemas existentes durante estos años pueden deberse a las dificultades para aceptar la existencia de otras formas de nobleza al margen de las armas? Si esto es así, ¿estarían justificadas las reticencias a prestar servicios militares, por parte de sujetos que habían obtenido títulos nobiliarios y hábitos de las Órdenes Militares, por méritos ajenos a la carrera de las armas? Análogamente, parte del problema también puede deberse a la vinculación entre nobleza y riqueza, máxime cuando estaríamos hablando de dos realidades distintas, y la posesión de una de ellas no implicaba la otra aunque, en ocasiones ocurriera.

En cuanto a la segunda dupla, se trataba de la identificación del servicio a la Corona, en sentido amplio, con el servicio prestado con las armas. Tal apriorismo supone limitar las posibilidades que ofrecía la relación entre la Corona y la aristocracia, pues al monarca se le podía asistir de muy diferentes maneras, no solo con la asistencia personal en el ejército. Es más, de nuevo la realidad de la época se sitúa por encima de las reivindicaciones de parte de la tratadística. Pese a que éste grupo de nostálgicos realizó una defensa a ultranza del papel del aristócrata como combatiente, lo cierto es que los cambios acaecidos en la manera de hacer la guerra, motivaron que otras formas de colaboración fueran más valoradas por el poder regio que el sostenido por éstos. E incluso se llegó a cuestionar la eficacia de la presencia masiva de la nobleza (en

---

<sup>302</sup> “(.....) Probada la consecuencia de originarse los nobles de los soldados, es evidente que todo lo ilustre de España es militar, por obligación contraída en sus fundamentos, siendo como destinado a quien principalmente toca al primer arbolar de pendón o bandera, ceñirse el bordado balteo, si la edad o achaques no lo impiden. Suele adquirirse también este ornato, por acciones independientes de la guerra, o por letras. Mas esto se debiera separar de los escudos donde se ponen las militares divisas y gloriosos timbres, porque el escudo es solo arma defensiva militar, y esta pieza no toca a los que no la empuñaron. Lo otro, porque antes los escudos o paveses, se llevaban en blanco a las batallas, y con los hechos valerosos ocupaban su centro, mas si excedían las proezas, por no caber ya, los orlaban con ellas, simbolizando cada uno el modo de valor con que había merecido blasonar públicamente a los ojos de todos con aquellas divisas”. BAÑOS DE VELASCO, J.: *Op. cit.* pp. 135-136.

concreto de sus cuadros superiores) en el ejército, debido a las disputas personales entre ellos, lo cual dilataba la toma de decisiones y la ejecución de las órdenes<sup>303</sup>.

En suma, el papel militar de la nobleza titulada, entendido en su vertiente más ancestral, era más un engorro que una ventaja en los modernos ejércitos. Esta realidad se revelará con toda su extensión en dos momentos muy concretos: la ofensiva para liberar Fuenterrabía del asedio francés (1638), y la salida del monarca hacia Aragón (1642) para ponerse al frente de sus tropas. Pese a que en ambas ocasiones se solicitó su asistencia, lo que en realidad se requería de ellos era su presencia en el campo de batalla junto con sus criados y vasallos, pues ante su falta de preparación castrense, si acudían a servir a la manera tradicional, se convirtieron en un estorbo para la buena marcha de las operaciones militares. Si partimos de este hecho incuestionable, ¿por qué se defendía con tanta vehemencia que la ocupación natural del aristócrata era el servicio militar personal, cuando podía cumplir mejor con su función de *auxilium* al monarca mediante otras ocupaciones?

Si tenemos en cuenta estas reflexiones, ¿cómo se configuró el mito del soldado gentilhomme, y la presencia mayoritaria de la nobleza en los ejércitos? Según han mantenido parte de los tratadistas de la época, cuyos argumentos influyeron en los planteamientos historiográficos más tradicionales, hasta finales del siglo XVI el vínculo entre nobleza y guerra vivió su momento de máximo esplendor, tras lo cual entró en un periodo de decadencia del que no se recuperó. Los responsables de esta situación fueron los segundones de las casas nobiliarias los cuales, adaptándose a la nueva situación vigente, vieron en la milicia el mejor camino posible para colmar sus ansias de honor y riqueza. El objetivo a conseguir era la elevación social de sus personas, hasta constituir un linaje colateral al originario<sup>304</sup>. Estos individuos constituyen la máxima expresión de

---

<sup>303</sup> “(.....) La nobleza junta es peligrosísima, porque ni sabe mandar ni obedecer. (.....) Y el rey Don Sebastián se llevó su reino consigo. Y no sólo los nobles, sino sus herederos, aun sin edad bastante para oír la guerra si se la cantaran. Perdió la jornada miserablemente, murió él, y de todos, siendo tantos, nadie escapó de muerto o cautivo. Y la armada de Inglaterra, que juntó el señor rey Don Felipe Segundo, cuyo nombre y relación sólo pudo conquistar para su pérdida, que tanto quebrantó la monarquía, adoleció de abundancia de nobles novicios, que con fidelísimo celo llevaron peso a los bajeles, discordia al gobierno, embarazo a las órdenes y estorbo a los soldados de fortuna.” QUEVEDO, F. de: Política de Dios.....*Op. cit.* pp. 223-224.

<sup>304</sup> En relación con este argumento, consideramos muy acertados los planteamientos de Ruiz Ibáñez, para quien la prestación de servicios militares a la Corona debe ser entendido como una inversión, ya que el objetivo final de la mayor parte de los individuos que emprendían la carrera de las armas, era volver a sus localidades de origen en una posición más elevada, gracias a las mercedes obtenidas por dichos servicios. De la misma manera, “compensaban la concentración de propiedades en el primogénito, servían de reserva biológica en caso de muerte de aquél, y convertían su carrera en un proyecto colectivo del linaje, al que a la postre revertiría la inversión personal en forma de honra, prestigio, reconocimiento o mercedes”. RUIZ IBÁÑEZ, J.J.: “Espacios de Monarquía: la paz y la guerra en el pensamiento de Diego

la nobleza guerrera<sup>305</sup>, siempre prestos a cualquier acción osada, a realizar todo tipo de expediciones en las que mostrar coraje y de donde extraer provecho económico.

Quatrefages corroboró esta impresión, pues puso de manifiesto que, en general, los hijos (no primogénitos) de los grandes linajes estaban dispuestos combatir, encuadrados en las mismas unidades, y en igualdad de condiciones, junto con individuos del estamento llano, pues “el noble que escoge la carrera de las armas es a menudo el segundón, casi tan pobre como el pastor que se ha alistado como el”<sup>306</sup>. Pero no podemos hablar de una única modalidad de servicio nobiliario, pues junto a los segundones con vocación de hacer carrera en el ejército, se puede identificar la presencia de soldados aventureros, también procedentes del estamento privilegiado, quienes se alistan en el ejército sin sueldo, como voluntarios, para ganar honra y engrandecer sus linajes, como paso previo a la consecución de metas más altas, que en muchas ocasiones no guardaban relación con la carrera de las armas. Sin embargo, a pesar de que la Corona sacaba un claro beneficio para sus intereses militares (sobre todo en lo referente a la calidad del combatiente), se trataba de un servicio no permanente, circunscrito a una campaña o a un periodo de tiempo determinado (con ciertas reminiscencias del servicio militar prestado en la Edad Media), insuficiente para satisfacer las necesidades militares de la Monarquía Hispánica<sup>307</sup>.

Durante el reinado de Felipe II, la presencia nobiliaria fue significativa en los ejércitos que combatían en Europa. En ese sentido, la mayoría de los mandos del ejército, en la década de los 60 y los 70 del siglo XVI, eran hijos de hidalgos o de nobles<sup>308</sup>, impresión respaldada por los testimonios de época. Sancho de Londoño puso de manifiesto como: “entre la infantería anda siempre mucha gente noble”; asimismo es partidario de que se les concedan privilegios y honores (sobre todo en lo referente a

---

de Villalobos y Benavides”, en: RIZZO, M. y MAZOCCHI, G. (Eds.): *La Espada y la pluma. Il mondo militare nella Lombardia spagnola cinquecentesca*. Lucca, 2000. pp. 56-57.

<sup>305</sup> Según ha puesto de manifiesto Maravall, la antítesis: “caballero valeroso-villano cobarde, es un principio de la sociedad aristocrática renacentista que sitúa en el más elevado nivel el valor guerrero; jamás, tal vez, la nobleza militar ha tenido mejor opinión de sí misma que en la época del Renacimiento, y jamás su desprecio hacia los villanos, sobre todo hacia los artesanos, ha sido mayor”. MARAVALL, J.A.: *Op. cit.* p. 35.

<sup>306</sup> QUATREFAGES, R.: La elaboración de una nueva tradición militar.....*Op. cit.* p. 12.

<sup>307</sup> PUDDU, R.: *Op. cit.* p. 87.

<sup>308</sup> Este modelo de ejército será invocado frecuentemente durante las décadas siguientes, e incluso durante el Seiscientos, por los nostálgicos del vínculo entre nobleza y guerra en su vertiente más tradicional, cuando se agudizan las dificultades de la Monarquía Hispánica y las necesidades de hombres para servir en el ejército son más intensas. “(.....) Que en tiempos pasados salían a servir los señores de soldados, como el duque de Pastrana en Flandes, debajo de la mano del duque de Parma. El hijo del duque de Alba, debajo de la de su padre; el hijo del de Parma, también con una pica en la infantería española. En Portugal el de Infantado, con plaza de 4 escudos.” DE LA SALA Y ABARCA, F.V.: *Op. cit.* Nápoles, 1681. pp. 30-31.

caballos y bagajes), ya que sin ellos, se: “se seguiría faltar la nobleza, que es el nervio de la infantería española”<sup>309</sup>.

Bernardino de Escalante, cuando debate sobre la idoneidad de que el capitán tenga una escuadra propia dentro de la compañía, se muestra a favor de ello. La principal razón que aduce es el prestigio que llevaba anejo el servicio en ella donde podían, de manera honrosa y sin merma de reputación, individuos de condición noble y antiguos oficiales. Además, los miembros de esta escuadra serían una especie de “cuerpo de élite” dentro de la unidad, a quienes se encomendarían las misiones más peligrosas, a la vez que servirían de ejemplo a los soldados inexpertos<sup>310</sup>. Así, nos encontraríamos ante una situación perfecta para que los segundones de la nobleza pudieran comenzar su carrera militar en una posición de cierto privilegio, conforme a su grado y a su reputación.

Junto a las motivaciones de carácter honorífico, se encontraban otros alicientes mucho más terrenales. Entre ellos se encontraban la paga y, sobre todo, la posibilidad de enriquecerse gracias a la captura de botín o el rescate de algún personaje importante. De este modo, la idea de ganar honra, que había primado desde siempre en la escala de valores del soldado aparecía, pues, desbancada por otro propósito mucho menos insigne: el dinero, tal y como ocurrió durante la Edad Media, donde la oportunidad de obtener cuantiosos ingresos animó a los aristócratas a concurrir personalmente en los campos de batalla. Esta apreciación se ve apuntalada por el hecho de que, en general, durante la segunda mitad del siglo XVI, la profesión de las armas (en especial los puestos de la oficialidad) estaba mejor remunerada que el servicio en la burocracia.

Sin embargo, desde finales de esa centuria, y sobre todo con el devenir del nuevo siglo, esta realidad empezó a invertirse<sup>311</sup>. De tal modo, la nobleza media-baja, la

---

<sup>309</sup> LONDOÑO, S. de: *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*. (Edición moderna: Madrid, 1939). p. 43 (1ª edición: Bruselas, 1587). ESCALANTE, B. de: *Op. cit.* p. 167.

<sup>310</sup> “Esta escuadra está en tal predicamento, que todo caballero por ilustre que sea, y cualesquiera alféreces y sargentos pueden ser soldados en ella, sin perder punto de su reputación, aunque hayan tenido gente a su cargo, porque los tales son aventajados en sus pagas, y respétalos el capitán, y estímalos como a su propia persona; y aconséjase con ellos y élégelos por sus oficiales cuando les faltan. Y si se ofrece alguna empresa a donde se ha acudir con alguna parte de gente de la compañía, y elige los que le parece, y encomiéndasela para que den aliento a los de menos nombre en las peleas y combates que se ofrecieren. Y con este ejemplo deben los capitanes proveer que no sólo en su escuadra, pero en todas las demás haya algunos soldados particulares y aventajados, porque importa mucho, para que los demás hagan el deber y se reporten en sus vicios y libertades, que suelen tener. *Ibidem.* p. 163.

<sup>311</sup> Esta tendencia se agudiza durante el siglo XVII, realidad que fue denunciada por el marqués de Aytona, cuando puso de manifiesto el escaso sueldo que reciben los oficiales de los ejércitos reales, mucho menores que los de cualquier otra nación, y los problemas que tienen para subsistir con el. “(.....) Es digno atender a la cortedad de sueldos de los oficiales, pues no hay nación en Europa que los tenga

que en mayor medida se sentía atraída al servicio militar, empezó a considerar cada vez menos atractiva esta ocupación y volvió sus miras hacia la burocracia, donde había mayores sueldos y mayores posibilidades de promoción, a un precio mucho menos elevado que a través de la carrera militar<sup>312</sup>. No obstante, a pesar de que es evidente un cambio en su orientación profesional, sería demasiado aventurado afirmar que se produjo un abandono masivo de las armas, y su sustitución por las letras.

En cierta medida, este argumento no es baladí, ya que para muchos hidalgos empobrecidos, que veían en las “ventajas” y en los salarios, un acicate para hacer de la profesión militar su modo de vida, empezaron a verse apartados de ellas. Isaba se hace eco de esta reivindicación, y considera que, por tanto, habían dejado de ser un premio al mérito personal del individuo, para convertirse en retribución de meros oportunistas. Tal medida provocó el retraimiento de muchos hidalgos pobres de cara al ejército, acarreando con ello la decadencia de las instituciones militares. Así, propone conceder una gratificación, consistente en un tercio del sueldo ordinario, reservada a soldados veteranos, y “otras personas que tienen buenos deseos”, en clara alusión a estos hidalgos faltos de recursos. Con tal medida, se buscaba proporcionarles los medios suficientes para que pudieran servir en el ejército con el decoro necesario a su condición y, al mismo tiempo, hacerles atractiva la profesión militar<sup>313</sup>. Según González Castrillo, esta desidia caló también entre el estamento llano, al que contagiaron de su misma apatía. Si a ello le sumamos el estancamiento demográfico que empezó a producirse desde finales del Quinientos, nos encontramos con una realidad en la que cada era vez más difícil el reclutamiento de voluntarios, con los que cubrir las crecientes necesidades de los ejércitos reales<sup>314</sup>.

El tránsito del siglo XVI al XVII fue el marco cronológico en el cual se produjo el cambio de tendencia, en cuanto a la presencia de la aristocracia en los ejércitos reales, que se ha sostenido por parte de los planteamientos historiográficos más tradicionales. Si hasta ese momento la relación entre nobleza-guerra se había caracterizado por responder, más o menos, a lo que se esperaba de ellos, es a partir de entonces cuando parte de la tratadística militar incrementa sus críticas, muchas de ellas exageradas, sobre

---

menores que la española y la italiana. Que se les aumente conviene mucho, porque como hoy se paga, apenas se podrá sustentar sin hurtar al rey o a lo labradores; o a todos, de que se siguen infinitos inconvenientes, pues la necesidad hace atropellar la conciencia. Los oficiales a los que se debe aumentar el sueldo son: el maestre de campo, sargento mayor, cabos de escuadra, y pagar por entero a los capitanes.” MONCADA, G.R. de: *Op. cit.* pp. 97-99.

<sup>312</sup> THOMPSON, I.A.A.: “Milicia, sociedad y.....”. *Op. cit.* p. 121.

<sup>313</sup> ISABA, M. de: *Op. cit.* p. 77.

<sup>314</sup> GONZÁLEZ CASTRILLO, R.: *El arte militar en la España del siglo XVI*. Madrid, 2000. pp. 101-104.

la actitud del estamento privilegiado ante la guerra. Del mismo modo, constatan un rechazo a lo militar y una pérdida del gusto por la profesión de las armas “que había dejado de ser la más honrosa”<sup>315</sup>. Tanto si los ataques estaban justificados, como si no se ajustaban a la realidad, tuvieron importantes repercusiones sobre el ideario colectivo, sobre todo de carácter psicológico, que debieron crear una especie de “crisis de identidad” en una sociedad que, no olvidemos, se había hecho a sí misma a través de la guerra<sup>316</sup> (primero contra los musulmanes<sup>317</sup>, y luego en Europa y América<sup>318</sup>).

En este sentido, según Carrasco Martínez, dos ideas sustentaron el dispositivo militar español: primero, la Monarquía debía su posición hegemónica a su fuerza militar; y segundo, las armas y la profesión militar eran la razón de ser de la nobleza española<sup>319</sup>. De modo que, al perder la supremacía militar se pierde la hegemonía política. En todo ello, el noble, entendido como defensor de la Corona, juega un activo papel, ya que si abandona su función tradicional, el resto de la sociedad se vería gravemente trastocada, o al menos se produciría una anomalía social en el seno del sistema estamental.

Según nuestro criterio, consideramos que, en general, las críticas vertidas sobre la aristocracia resultan inmerecidas. Pese a los agrios comentarios emitidos por parte de algunos teóricos, el estamento privilegiado no abandonó la profesión militar. La

---

<sup>315</sup> “(.....) es lastimosa cosa que a más de 24 años que no he oído decir haya ido a la guerra, a servir a su costa para adquirir méritos y experiencia para con sus reyes, ningún título de los de Castilla. Y que como se comen sus haciendas en la Corte, o en sus casas, se la comiesen en las guerras, mereciendo por sus servicios. Que es harta mengua que no hagan los de ahora, lo que hacían solo por ganar honra sus antepasados.” *Discursos políticos para el bien de estos Reinos.....Op. cit.* Fol. 258v.

<sup>316</sup> Un ejemplo de esta línea interpretativa la encontramos en los planteamientos de Domínguez Ortiz, el cual puso de manifiesto cómo, a finales del siglo XVI, la nobleza [¿qué nobleza?] estaba olvidando su misión tradicional, y “empieza a reprochársele que se apoltronara en el ocio y prefería el tranquilo disfrute de sus riquezas a las penalidades de las campañas. Puede fijarse la fecha de 1588 como tope de la vocación guerrera de la nobleza, lo cual podría ser explicado por la falta de premios que había en la milicia, mientras que las letras ofrecían, en abundancia, cargos y provechos. Pero es evidente que había causas de orden psicológico”. DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: *Las clases privilegiadas.....Op. cit.* p. 144.

<sup>317</sup> Ya en el primer tercio del siglo XVI, Diego de Salazar, recoge un sentimiento de nostalgia y, al mismo tiempo, alabanza del modo de vida antiguo, caracterizado por un estado de guerra cuasi permanente de lucha contra los musulmanes. En definitiva, era una sociedad en la que lo bélico adquirió una importancia capital, caracterizada por la austeridad, el sacrificio, el rechazo del lujo y la vida ociosa. Del mismo modo, como muchos autores coetáneos, se muestra partidario de recuperar las virtudes, y el modo de vida de los romanos, como ejemplo a seguir. SALAZAR, D. de: *Op. cit.* pp. 107-109.

<sup>318</sup> Para Puddu, la sociedad castellana del siglo XVI fue una sociedad eminentemente guerrera, en la que la lucha en defensa de la religión católica no debe ser tomada a la ligera, sino que es un factor muy importante. La Monarquía Hispánica fue testigo de una interpretación militar de la Historia, la cual aglutinaba el ideal contrarreformista con la Reconquista, la cual “se ajustaba perfectamente a las características de la sociedad y resultó útil a la Corona, porque era la guerra lo que confería gloria y poder”. PUDDU, R.: *Op. cit.* p. 119.

<sup>319</sup> CARRASCO MARTÍNEZ, A.: “Guerra y virtud nobiliaria en el Barroco. Las noblezas de la Monarquía Hispánica frente al fenómeno bélico (1598-1659)”, en: GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (eds): Vol. II. p. 146.



continuidad de esta relación no se debía únicamente a los requerimientos del poder real, sino que para determinados segmentos de la aristocracia era una oportunidad de promoción. Otra cosa es que su proceder se ajustara a los parámetros establecidos por los apologistas de la relación entre nobleza y guerra en su vertiente más tradicional. Como tendremos ocasión de comprobar a lo largo de las páginas siguientes, el segundo estado estuvo más presente que nunca en el esfuerzo bélico de la monarquía española, tanto a través de su servicio personal como, sobre todo, aportando soldados para los ejércitos o contribuyendo en los periódicos donativos que la Corona les solicitaba.

Pensamos que todo el dilema se debe a una desafortunada asociación, repetida hasta la saciedad por algunos tratadistas, según la cual, la mayor parte de la infantería española estaba compuesta por hidalgos o por segundones de la nobleza, patrón que responde a lo que se ha conocido como soldado gentilhomme. Sin embargo, se trata de una interpretación simplista, que no concibe otras posibilidades del servicio nobiliario, más acordes con los nuevos tiempos, las cuales son minusvaloradas e incluso despreciadas por los apologistas de los planteamientos tradicionales. Esta identificación y, sobre todo, su idealización, se encuentra detrás de este fenómeno, el cual se derrumba como un castillo de naipes si se acomete un análisis más riguroso.

Thompson ha sido uno de los autores que han incidido en esta línea revisionista, cuyo objetivo es demostrar la endeblez de presupuestos que en general se han dado por válidos. Más allá de cuestiones de carácter intelectual, la fuerza de sus argumentos reposa en la solidez que ofrecen las cifras, según las cuales es imposible hablar de una presencia masiva de los hidalgos en las filas de los ejércitos españoles. Para demostrar su planteamiento, trae a colación el número de soldados reclutados en Castilla durante las décadas centrales del siglo XVI, momento de máximo esplendor de esta hipotética realidad, el cual asciende a una media de 8.000-9.000 hombres al año. Si se extrapolan estas cifras al número de hidalgos que, conforme los defensores de la presencia masiva de estos individuos en la milicia debería haber, supondría duplicar la población hidalga de Castilla. E incluso si la proporción de hidalgos en cada compañía fuera del 25%, significaría que uno de cada tres hidalgos emprendía la carrera de las armas, cifra que parece a todas luces excesiva<sup>320</sup>. De la misma manera, los datos demográficos y el origen geográfico de los reclutas vendrían a demoler aún más esta realidad<sup>321</sup>.

---

<sup>320</sup> THOMPSON, I.A.A.: "Milicia, sociedad y.....". *Op. cit.* p. 119.

<sup>321</sup> THOMPSON, I.A.A.: "El soldado del Imperio: una aproximación al perfil del recluta español en el siglo de Oro", en: *Manuscripts*, nº 21 (2003). pp. 32-33.

Si bien es cierto que se dieron situaciones que respondían a los dos modelos aludidos, suponían una minoría dentro del dispositivo militar español. Respecto al primero de los arquetipos que sustentaban este paradigma, pudiera ser que durante ese periodo la carrera de las armas fuera la salida más atractiva para los hidalgos. Pero las circunstancias que movían a una parte de ellos a la milicia, parecen cambiar a finales del siglo XVI, y optaron por emprender otros caminos profesionales. Respecto al segundo, como ya hemos mencionado, en la mayor parte de los supuestos se trataba de un servicio prestado en circunstancias ventajosas, el cual podemos concebir como un periodo de entrenamiento para ascender a la oficialidad. Si estos incentivos desaparecían, o si se encontraba otra ocupación que permitiera acceder a ellos con menos riesgo, su número podía verse reducido. En definitiva, al igual que había acontecido con el caballero medieval, modelo en el que se plasmaron todas las virtudes que debía tener el combatiente, el soldado gentilhombre se erigió en el ejemplo a seguir por parte de los profesionales de la milicia, el cual fue reivindicado por una parte de los teóricos de la época. Ambas realidades representan la continuidad entre el pasado y el presente, pues el soldado gentilhombre heredó las cualidades que hicieron del caballero el prototipo de una época. Sin embargo, insistimos de nuevo, pese a asumir su existencia, no podemos decir que los contingentes militares de ambos periodos históricos estuvieran compuestos, de manera mayoritaria, bien por el caballero medieval o por el soldado gentilhombre renacentista.

Algunas de las críticas más duras fueron vertidas por tratadistas militares quienes, tras haber servido cierto número de años en los ejércitos españoles, plasmaron su experiencia por escrito. Su dictamen sobre la relación de la nobleza con la carrera militar es desalentador, pues atestiguaban un más que evidente desinterés por la milicia y la profesión de las armas. Una de las explicaciones más comunes que se dio para justificar este fenómeno, aludía a la ausencia de guerras en España, así como a la situación de relativa calma en la mayor parte del Reino, salvo en las zonas costeras; argumentos que ya se encontraban presentes a mediados del siglo XVI<sup>322</sup>.

Bernardino de Escalante, hacía el mismo diagnóstico a la hora de buscar las causas que habían llevado a la milicia al estado de postración en el que, según su criterio, se encontraba: una Corona de Castilla más o menos tranquila, cuya seguridad estaba garantizada, y donde la guerra había dejado de ser algo cotidiano. De este modo,

---

<sup>322</sup> Apuntamientos sobre la milicia..... *Op. cit.* Fol. 279r.

era muy difícil que la sociedad no se contagiara de este pacifismo; es decir, la falta de guerras en el suelo peninsular hizo decaer el interés por la milicia. No obstante, sí que había motivos por los que empuñar las armas, ya que en otros dominios de la Monarquía Hispánica había conflictos bélicos donde poder demostrar la valía personal, y luchar por la defensa de la Fe Católica y la reputación de su rey<sup>323</sup>. Este autor, desde una óptica poco objetiva, caracteriza a la sociedad castellana de principios de la década de los 80 como acomodada. Sus críticas se centran en la juventud nobiliaria, para la cual “ninguna cosa había de ser de más contento que el ejercicio y arte militar, por ser su propio oficio, y haber procedido de ella la verdadera nobleza”, poco aficionada a riesgos y peligros, cuyo único objetivo sería conservar lo ya adquirido, y ocupada en actividades impropias de su condición<sup>324</sup>. En suma, la aristocracia, en general, no siente que deba justificar su posición mediante el ejercicio militar (lo cual encierra una paradoja), sino que hay otras vías para ello mucho menos temerarias.

Esta impresión negativa se vio corroborada por los planteamientos de Marcos de Isaba, cuando puso de manifiesto que, a diferencia de otras partes de Europa, la nobleza española había abandonado la práctica de ejercicios militares. Al mismo tiempo, recoge su escaso interés por la profesión de Marte, las nuevas técnicas de combate, o el moderno armamento; en definitiva, en caso de una urgencia sería difícil encontrar individuos preparados para comandar los ejércitos, aunque sus críticas se dirigen a los aristócratas, pues era inconcebible que un plebeyo pudiera comandar un contingente militar. Según su criterio esta situación era inasumible, pues el estamento privilegiado, en función de sus tradicionales obligaciones, debería ser el más interesado en estas materias, para servir de ejemplo al resto de la sociedad<sup>325</sup>.

La importancia del ejemplo nobiliario sobre el resto de la comunidad, fue una de las cuestiones que más atención acaparó. En este sentido, uno de los pocos argumentos coherentes del descabellado proyecto de Frías Cascales buscaba el concurso de caballeros y nobles en los alardes y revistas a los que debía concurrir la milicia. El

---

<sup>323</sup> “Como no hay guerras en España, se han hecho los caballeros más ciudadanos de lo que solían ser nuestros pasados, cuando por su valor y esfuerzo echaron a los moros, arraigados ya de tantos años en ella. Y entonces en ninguna otra provincia del mundo había más valor, arte y ni disciplina militar. (.....) Pero no es bastante disculpa esa, pues la hay en los más Reinos y estados de nuestro Rey Católico, a donde también está obligado a acudir a la defensa de ellos. ESCALANTE, B. de: *Op. cit.* p. 92.

<sup>324</sup> “No pretenden ahora los caballeros honras e intereses con tanto trabajo, contentándose con una medianía en sus casas, escribiendo a las damas y ocupándose en juegos y conversaciones domésticas. Diferentemente, por cierto, se entretenían nuestros pasados, ejercitándose en la paz, en justas y torneos y otros ejercicios militares. Haciéndose diestros para la guerra, yendo a reinos extraños a probarse las armas con otros caballeros”. *Ibidem.* pp. 91-92.

<sup>325</sup> ISABA, M.de: *Op. cit.* pp. 224-225.

objetivo era claro: conferir prestigio a estos ejercicios con su presencia; lo cual pone de manifiesto la importancia del segundo estado en todo lo relacionado con lo castrense, más que por su carácter propiamente militar, que tampoco es desdeñable, por el ejemplo que el fortalecimiento del vínculo entre nobleza y guerra, tenía a la hora de militarizar al resto de la sociedad<sup>326</sup>.

Sin embargo, estos argumentos deben ser tomados con muchas reservas. No debemos olvidar que dichos autores se incluyen dentro de un grupo de tratadistas caracterizados por defender una imagen idealizada de la profesión militar, al margen de los nuevos parámetros en los que ésta se mueve. En definitiva, estaríamos ante un intento de resucitar el mito del caballero, a través del soldado gentilhomme, el cual, según hemos podido comprobar, no es tan sólido como se nos ha presentado. Además, los tiempos en los que el noble estaba obligado a concurrir con su persona y bienes, pertenecían al pasado. Por otra parte, de su argumentación se desprende una palmaria crítica a unos aristócratas que, según su criterio, no estaban a la altura de las circunstancias, máxime en una coyuntura en la que no faltaban enemigos a los que combatir<sup>327</sup>. No obstante, ¿podemos considerar válida la imagen tan negativa de la relación nobleza-guerra que ha transmitido, o por el contrario, ha sido exagerada conscientemente, para dar un toque de atención al estamento privilegiado?

Otro de los motivos esgrimidos para explicar la apatía de una parte del segundo estado hacia la profesión militar, ha sido la falta de deseo los monarcas de la Casa de Austria, con la excepción de Carlos V, de ponerse a la cabeza de sus tropas. Según ha manifestado Puddu, el prestigio militar del monarca tenía un peso específico tan importante, que le garantizaba el concurso y el servicio de la alta aristocracia; aunque también trataba de buscar el servicio militar del pueblo<sup>328</sup>.

Se debe valorar en su justa medida esta reluctancia a comandar los ejércitos, en la cual influía, además del peligro físico que suponía exponer su persona, el daño

---

<sup>326</sup> Discurso y modo fácil por el cual estará toda España.....*Op. cit.* Fols. 83r-84r.

<sup>327</sup> “(.....) ellos (los nobles) han de estar y asistir y trabajar en las guerras. Y un caballero mozo, libre, rico que a un príncipe cristiano, un tirano atrevido o un rebelde desvergonzado o un príncipe moro o hereje enemigo de su fe, toman las armas, el caballero tiene obligación, digno de tal nombre y profesión, con licencia de su rey, ponerse en camino y poner su persona en peligro y trabajos, gastando su hacienda, por sustentar lo que como bueno heredó de su pasados, porque los tales enemigos no opriman y pongan en trabajo y perdición un príncipe justo y cristiano. (.....) De manera que tantos enemigos como la santa Iglesia ahora tiene, es obligación grandísima para que toda la nobleza y caballería que hay, sienta por principal injuria la que la santa fe recibe de tan perversa canalla. Y han de considerar mucho los caballeros de esta valerosa nación, los ejército y armadas tan ordinarias de Su Majestad hace y que por este respecto es tan odiado y aborrecido su real nombre por estos sucios y nefandos turcos y moros y por los glotonos y borrachos herejes”. *Ibidem.* pp. 226-230.

<sup>328</sup> PUDDU, R.: *Op. cit.* pp. 62-63.

simbólico que acarrearía una revés en campaña, ya que la derrota de un ejército capitaneado por su jefe supremo podía suponer un golpe muy duro, del cual sería difícil reponerse, en términos de reputación y prestigio<sup>329</sup>.

Además, este fenómeno debe ser estudiado en un contexto general, donde a partir de la segunda mitad del siglo XVI, los reyes estaban cada vez menos interesados en comandar sus contingentes militares. Según Valladares Ramírez, lo habitual fue que la guerra se “burocratizara”, y que las decisiones principales se tomaran lejos de los teatros de operaciones. Aspecto que, por otra parte, es obvio, y tiene que ver con el mismo concepto de guerra “moderna”. Así, los únicos casos en los que el vínculo entre monarquía y presencia personal en el campo de batalla continuó vigente, fue en los de aquellas dinastías que habían accedido al trono recientemente, ya que utilizaron su puesto como comandante en jefe para tratar de normalizar su posición<sup>330</sup>.

El caso de la monarquía española refleja a la perfección este cambio, pues Felipe II no se vio obligado a invocar su papel como primer combatiente para buscar la presencia de los nobles en el campo de batalla. Además, aunque hubiera querido estar presente al frente de sus tropas, era prácticamente imposible que pudiera hacerlo, sin que descuidara, al mismo tiempo, sus responsabilidades administrativas. De esta manera, se podría hablar de una clara subordinación de lo militar ante lo burocrático, la cual pudo ayudar a la disolución de los lazos que unían a la Corona y a la aristocracia castrense, debido a que el rey ya no compartía armas con ésta; y, sobre todo, a la obligación que tenían los nobles de prestar servicio con las armas<sup>331</sup>.

Las impresiones del duque de Carpiñano<sup>332</sup>, emitidas a comienzos del reinado de Felipe IV, ilustran a la perfección las transformaciones sufridas en la relación del rey

---

<sup>329</sup> El rey únicamente debía asumir este riesgo si su Reino se encontraba al borde del colapso, y su presencia podía suponer un acicate para sus tropas. Esta debió ser la principal motivación que movió a Felipe IV, cuando decidió dirigirse, en periodos intermitentes, al frente catalán entre los años 1642-1646. STRADLING, R.A.: *Felipe IV y el gobierno de España. (1621-1665)*. Madrid, 1989. pp. 186-191. (1ª edición inglesa: Cambridge University Press, 1988).

<sup>330</sup> VALLADARES RAMÍREZ, R.: “El arte de la guerra y la imagen del rey. Siglos XVI-XVIII”, en: VACA LORENZO, A: *Op. cit.* pp. 175-176.

<sup>331</sup> En relación con esta disyuntiva, compartimos lo apuntado por Dewald, cuando pone de manifiesto el creciente abismo entre nobles y monarcas, especialmente a partir del Seiscientos, ya que “los reyes del siglo XVII abandonaron el campo de batalla y su ruda camaradería con los soldados aristócratas y, aproximadamente a partir de 1670, se retiraron aún más al mundo de los palacios acotados, como Versalles”. DEWALD, J.: *Op. cit.* pp. 192-193.

<sup>332</sup> D. Francisco de Lanario y Aragón, fue un caballero napolitano que en 1589 sirvió como capitán de caballos en Flandes, y llegó a alcanzar el cargo de consejero del Consejo de Guerra de este territorio; también sirvió como gobernador de las provincias napolitanas de Principato Citra y Basilicata. En 1624 se hallaba en la Corte española, donde gozó de la amistad del Conde-Duque de Olivares, interviniendo en algunas gestiones diplomáticas ante la Corte francesa, por cuyos servicios recibió el ducado de Carpiñano, el hábito de Calatrava y fue naturalizado español. Un año antes publicó una obra sobre la

con la guerra. A pesar de no prohibir su presencia en el campo de batalla, por las beneficiosas consecuencias que tiene para las tropas, que servirán mejor y con más ánimo; y sobre todo, porque si acude con su persona, los nobles, y “muchos señores y príncipes”, acudirán con sus personas y séquitos (los cuales únicamente están dispuestos a prestar sus servicios bajo esta condición), su principal preocupación debe ser la de velar por la integridad física de su persona, “porque de ella depende la de todo el ejército”<sup>333</sup>. Para este autor, el hecho de que el príncipe no empuñe las armas no debe ser considerado como algo deshonesto, pues la verdadera función del rey no consiste en exponer su persona en el combate<sup>334</sup>. Sin embargo, no debe alejarse demasiado de lo militar, sino que debe estar en contacto con el mundo de las armas, para premiar a los beneméritos y castigar las faltas y los excesos<sup>335</sup>.

Coetáneas a las reflexiones de este aristócrata, se encuentran las de D. Francisco de Quevedo, quién subrayó la importancia de la presencia del rey al frente de las tropas, tanto por la inyección de moral que supone para los combatientes, como el hecho de que sentirían obligados a esforzarse al máximo, sabiendo que el monarca se encontraba observándolos, y por la posibilidad de que sus actos valerosos se vean remunerados, pues entre ellos y las recompensas únicamente se encuentran los ojos del rey<sup>336</sup>. Al mismo tiempo, Quevedo pone de manifiesto que el soberano debe estar pendiente de todo, incluidas las cuestiones militares, pues es el responsable final, tanto de los éxitos como de los fracasos. Eso no quiere decir que, si otros asuntos impiden su asistencia en las campañas, no pueda delegar el mando, pero siempre en generales capacitados y experimentados, ya que, al fin y al cabo, pone su reputación y su prestigio en sus manos<sup>337</sup>.

---

contienda de los Países Bajos, cuya narración concluye con la Tregua de los Nueve Años. LANARIO Y ARAGÓN, F. de: *Las guerras de Flandes, desde el año de mil y quinientos y cincuenta y nueve hasta el de seiscientos y nueve, por* (.....).Madrid, 1623.

<sup>333</sup> LANARIO Y ARAGÓN, F. de: *Los tratados del príncipe y de la guerra, por* (.....). Palermo, 1624. pp. 40-41.

<sup>334</sup> “(.....) No es afrenta en un rey el no arrojarle fácilmente a los asaltos de la guerra. Y por esto, Escipión el Africano, en la vida de los hombres ilustres, refiere que respondió a algunos soldados que le decían que peleaba pocas veces: “yo no nací para pelear, soldado, sino para gobernar”. *Ibidem*. p.41.

<sup>335</sup> *Ibidem*. pp. 41-42.

<sup>336</sup> “(.....) Rey que pelea, y trabaja delante de los suyos, oblígalos a ser valientes; el que los ve pelear los multiplica, y de uno hace dos. Quien los manda pelear, y no los ve, ese los disculpa de lo que dejaren de hacer; fía toda su honra a la fortuna, no se puede quejar sino de sí solo. Diferentes ejércitos son los que pagan los príncipes que los acompañan. Los unos traen grandes gastos, los otros, grandes victorias. Los unos sustentan el enemigo, los otros, el rey perezoso y entretenido en el ocio de la vanidad acomodada. Una cosa es en los soldados obedecer órdenes, otra, seguir el ejemplo. Los unos tienen por paga el sueldo, los otros la gloria.” QUEVEDO, F. de: *Política de Dios*.....*Op. cit*, p. 20.

<sup>337</sup> “(.....) El rey es menester que asista a todo, y que abra los ojos, porque los suyos no pierdan la fe. La vista de los príncipes influye el coraje y el miedo, que solo precia la salud, y pone la honra en la

Sin embargo, al margen de estas reflexiones teóricas, no debemos olvidar que la realidad era muy diferente, pues el servicio militar de los nobles tenía su origen en la obligación de acompañar al monarca al campo de batalla. De acuerdo con este argumento, la presencia personal de nobles en los ejércitos se debía, en cierta medida, a una adaptación de la obligación medieval y al mantenimiento de cierta mentalidad militar en el seno de la nobleza castellana. Sin embargo, su alistamiento era voluntario, a diferencia de la obligación feudal de combatir junto al rey<sup>338</sup>. La importancia de este argumento la podemos observar en las fallidas tentativas de Felipe IV de ponerse al frente de sus tropas, sobre todo a partir de 1635, lo cual no se produjo hasta el año 1642. En este sentido, se debe considerar dicha determinación como la última oportunidad de conseguir el servicio de hidalgos, caballeros de hábito y nobles, ya que estaban obligados a prestar un servicio militar al rey, ineludible cuando el propio monarca comandaba en persona sus ejércitos.

Esta problemática también se encuentra presente en el principal antagonista de la monarquía española: la Francia borbónica. Al año siguiente de la ruptura de las hostilidades entre ambas Coronas, el duque de Rohan reflexionó sobre esta materia, recogiendo argumentos en ambos sentidos: tanto en contra como a favor de la presencia del rey en el campo de batalla. En lo referente a la línea que desaconseja la presencia del monarca, según el aristócrata galo, este planteamiento es sostenido por burócratas y cortesanos, antagonistas del soldado, los cuales gozan de una privilegiada posición gracias a la paz<sup>339</sup>. El autor critica a estos grupos, que tienen adormecido al monarca, y le convencen para que no abandone la Corte, ya que si lo hace, su privilegiada posición podría verse amenazada<sup>340</sup>. Así, ¿podríamos hablar de un temor, por parte de estos

---

seguridad, suele reprenderle con el respecto; no le queda que hacer al rey que asiste y mira, ni qué esperar al que hace lo contrario. (.....) Y no puede un rey militar en todas partes personalmente, mas puede, y debe, enviar generales que manden con las obras, y no con la pluma.” *Ibidem*. pp. 20-21.

<sup>338</sup> RIBOT GARCÍA, L.A.: “El ejército.....” *Op. cit.* pp. 178-180.

<sup>339</sup> “(.....) No es extraño que los estadistas, enemigos capitales de los soldados, y que sólo en la paz pueden conservar la autoridad y hacer su cosecha, sustenten esta opinión, cuando llevados del mismo interés particular, sin reparo del decoro de los príncipes, persuaden ser acto de prudencia disimular los agravios, por no llegar a la extremidad de romper la guerra, en la cual dicen que las leyes pierden su derecho, los estados su lustre, los vasallos su sustancia, el príncipe sus vasallos, y tal vez su entero dominio. Siendo del mismo sentir muchos de los cortesanos que, habituados al ocio y sobornados del vicio, aprehenden el trabajo de la campaña, y tienen en horror el peligro de las ocasiones. Hacen a estos compañías unas sabandijas infames que los príncipes entretienen en sus Cortes para que recíprocamente vengan a ser entretenidos de ellos, los cuales, teniendo en el mal decir su gracia, y en la paz su granjería, disuaden la guerra e infaman a los soldados, diciendo que el trabajo y la fatiga se hizo para ganapanes, y solo para verdugos el oficio de matar los hombres; y todos estos resuelven que el príncipe puede dar movimiento a todas las cosas sin que él se mueva”. ROHAN, duque de: *Discursos militares*. Amberes, 1652. pp. 169-171. (1ª edición francesa: París, 1636).

<sup>340</sup> *Ibidem*. pp. 164-165.

grupos, a que el monarca salga de su palacio y esté en contacto con los militares, porque de esta manera los profesionales de la milicia podrían acaparar el favor real? En caso afirmativo, estaríamos ante una de las claves que explicarían, en parte, la disgregación del vínculo nobleza y guerra, en la cual el rey tenía una gran responsabilidad, al preferir otras actividades en menoscabo de la carrera militar.

Así, el monarca no debe dirigir sus ejércitos, en especial cuando su presencia implique abandonar el Reino, por el grave peligro de sediciones y rebeliones que se seguirían de su ausencia. Quienes optan porque el príncipe se quede en ella, apuntan que hará más bien si delega en sus generales por varios motivos: pérdida de reputación en caso de derrota, y riesgo para su vida, a pesar de que su presencia tiene efectos positivos para los soldados, que sirven con más brío<sup>341</sup>. En este sentido, considera que la muerte del rey en campaña tendrá consecuencias irreparables para la suerte de la campaña, aunque el ejemplo de Gustavo Adolfo, que murió en la batalla de Lutzen, demuestra que un ejército puede superar la muerte de su comandante en jefe.

En el otro lado, quienes recomiendan la presencia del príncipe en el campo de batalla al frente de sus tropas, invocan un hecho fundamental: la peligrosidad de conceder el mando de las tropas a un individuo (el autor piensa que el general, con el poder que le otorga el mando de estas tropas, podría levantarse contra el rey, porque al fin y al cabo es un hombre, susceptible de ser sobornado o influenciado); además, tanto en las victorias como en las derrotas, si el rey delega el mando de sus tropas, siempre sale perdiendo. El argumento es muy simple: si un general encadena una serie de victorias, puede significar una amenaza para el rey (de este modo, asegura su vida, pero puede perder parte de su prestigio); mientras que si éste es derrotado, sus dominios pueden perderse. De esta manera, en ambos casos el monarca será el perdedor. En definitiva, nadie mejor que el propio príncipe puede defender sus intereses, todo ello partiendo del hecho de que la gloria militar es la más grande a la que puede aspirar el monarca<sup>342</sup>. El aristócrata galo deja la decisión final en manos del príncipe, el cual debe decidir, siempre en función de lo que considere más oportuno para sus intereses. Aunque según su criterio no hay ninguna duda, se desprenden muchas más ventajas que inconvenientes de la presencia del rey en el campo de batalla al frente de sus tropas<sup>343</sup>.

---

<sup>341</sup> *Ibidem.* pp.166-169.

<sup>342</sup> *Ibidem.* pp. 171-173.

<sup>343</sup> “(.....) si se paga de una vana apariencia de rey, de ser admirado sólo de sus domésticos y de aumentar el número de los vicios en su Corte, es infalible que despreciará el dominio de sus armadas. Si es un príncipe prudente, que ama la paz y quietud, no por falta de valor y brío, sino por un celo loable del



En tercer lugar, muy relacionado con la premisa anterior, podemos constatar un latente descrédito en todo lo relacionado con la milicia, exagerado con el propósito de invocar una realidad que había pasado a mejor vida. Dentro de esta línea se inscribe Gil de Velasco quien, en sus reflexiones sobre la etimología de la palabra soldado, teorizó sobre la naturaleza de la profesión militar. Al igual que otros autores, consideró que el término deriva de la voz latina “miles”, la cual, según su criterio, hacía referencia al modo en que se reclutaban los soldados en la Antigüedad clásica. Para ello se reunía a mil hombres y se elegía solo al uno, al más apto. Más allá del carácter anacrónico de sus planteamientos, destacamos su más absoluta disconformidad con quienes igualan el servicio en el ejército con la percepción de un salario<sup>344</sup>.

En este apartado la actitud del monarca también tenía importantes repercusiones, pues junto a la dimensión propiamente militar del papel del rey como primer combatiente, se esconde otra motivación más importante: con este simple hecho, podía contribuir a revitalizar el prestigio de la carrera de las armas. Según el marqués de Aytona, el rey tenía una gran responsabilidad en lo referente a la estimación de la milicia. Además, en el caso de la Monarquía Hispánica esta materia debería adquirir una importancia capital, debido a la situación de guerra constante en la que ésta se encuentra. Por otra parte, se encuentran motivaciones de carácter psicológico, pues según su criterio, cuando una monarquía deja de valorar y estimar las armas entra en crisis; tal realidad es más cierta en el caso de España que en cualquier otra entidad política, ya que estamos hablando de una entidad política forjada y engrandecida con hechos militares<sup>345</sup>.

Apoya su argumentación con un hecho incuestionable: desde que la carrera militar ha perdido consideración social, las victorias de las armas hispánicas en los campos de batalla son cada vez más escasas (¿o, por el contrario, la profesión militar está desprestigiada porque se asocia con la derrota?). Pese a todo, considera que, en una situación general de descrédito de la milicia, los daños han sido mucho menores de lo

---

bien público, no dejará de instruirse en todos los particulares que tocan al arte militar para que, cuando se ofrezca ocasión de defender sus estados, no necesite de poner en otras manos el gobierno de sus armas. Pero si es un príncipe generoso, cuya grandeza de ánimo no cabe en los términos limitados de una monarquía, es cierto que tratará de imitar a aquellos varones ilustres, los cuales, en gloriosas conquistas se hicieron memorables, y cuyos nombres insignes (a pesar de los siglos) están aun hoy honrando a sus sucesores.” *Ibidem*. pp. 173-174.

<sup>344</sup> GIL DE VELASCO, J.B.: *Op. cit.* Fols. 7v-8r.

<sup>345</sup> MONCADA, G.R. de: *Op. cit.* pp. 1-2.

esperado, pues la mayor parte de la herencia imperial se mantiene intacta, a pesar de haber hecho frente a la guerra europea y, al mismo tiempo, a conflictos internos<sup>346</sup>.

En su reflexión sobre este hecho, trató de identificar las causas de la ruptura del vínculo entre nobleza y guerra, máxime cuando parece que en otras monarquías (en clara alusión a Francia) se encuentra más vigente que nunca. Sus argumentos están muy influenciados por los planteamientos más conservadores de esta realidad; sin embargo, un análisis riguroso presenta un cuadro mucho más complejo, y menos idealizado, del que presentan estos autores, pues los choques de la monarquía borbónica con sus aristócratas respecto a esta materia fueron, al menos, tan numerosos como en la Corona española<sup>347</sup>.

Según su criterio, el hecho de que fuera de España la profesión militar tenga “más tirón”, se debe a un hecho incuestionable: allí es la más estimada y venerada por la sociedad. Además, no se concebía que caballeros y gentilhombres vivan alejados de las armas, y los pocos que lo hacen, sufren escarnio público; e incluso los que, por imposibilidad, no pueden servir con las armas, viven retirados de la vida pública por la deshonra que ello supone, lo cual era inconcebible en la Monarquía Hispánica<sup>348</sup>.

Uno de los medios que propone para recuperar el prestigio de la milicia, con el objetivo indudable de que la nobleza considerara atractiva esta ocupación, consistiría en que el príncipe manifestara una innegable voluntad de honrarla y situarla en el primer lugar; en suma, considerarla como la profesión más honrosa y digna de elogio. En definitiva, el gobernante tiene una responsabilidad incuestionable en la ignominiosa situación en la que se encuentra; y, al mismo tiempo, a la hora de tomar medidas conducentes a mejorarla<sup>349</sup>.

---

<sup>346</sup> *Ibídem.* pp. 2-3.

<sup>347</sup> RANUM, O.: “Richelieu and the great nobility: some aspects of Early Modern political motives”, en: *French Historical Studies*, vol. 3, nº 2 (1963). pp. 184-204. BITTON, D.: *The French Nobility in crisis, 1560-1640*. Stanford University Press, 1969. SMITH, J.M.: *The culture of merit. Nobility, royal service and the making of absolute monarchy in France, 1600-1789*. Michigan University Press, 1996. PARROT, D.: *Richelieu's Army. War, government and society in France, 1624-1642*. Cambridge University Press, 2001. De éste último: “France's War against the Habsburgs, 1624-1659: the politics of military failure”, en: GARCÍA HERNÁN, E. Y MAFFI, D. (eds): *Op. cit.* Vol. I. pp. 31-48.

<sup>348</sup> “(.....) La causa porque en otras provincias hay tantos soldados, no es por tener más conveniencias que acá, pues también padecen como nosotros, y los premios son menores, pues ni gozan reformation, ni tienen hábitos ni encomiendas, ni se pagan en los hijos los servicios de los padres, ni se socorren los estropeados ni viudas. Y no obstante esto sirven tantos, y es porque la mayor estimación y la profesión más venerada es la militar. Y así vemos que no hay gentilhombre, ni caballero que no siga los ejércitos; de suerte que si alguno se queda, es la risa de todos, y hasta las damas los desprecian. Y sin esta estimación no se puede conservar el punto debido, ni en las virtudes que encierra en sí la buena disciplina y la verdadera y honrada vida militar”. MONCADA, G.R. de: *Op. cit.* pp. 9-10.

<sup>349</sup> “El principal medio (para recuperar el crédito de la milicia) es la voluntad deliberada del príncipe, conocida por los vasallos, que el mostrarla es el mayor motivo para que obren todos como deben. Y es tan

El maestre de campo D. Juan de Medina se manifiesta en unos términos muy similares, pues invoca los orígenes exclusivistas y nobiliarios de la profesión militar, en la cual solo podían servir los más virtuosos. De nuevo nos encontramos ante una reivindicación de la perspectiva más idealizada de la milicia, destinada a elevar su estimación social. Al referirse a la caballería, por ejemplo, la define como “congregación de hombres nobles, a los cuales les era encargada la guardia de la tierra”<sup>350</sup>. De la misma manera, critica a todos los nobles que se han alejado de la armas, llegando a afirmar que quienes “desprecian la virtud militar no son verdaderamente nobles, presuponiendo que no hay más nobleza que la quietud y delicias de una Corte”<sup>351</sup>.

Juan Baños de Velasco, autor que publica su obra en 1680, resalta la importancia de la presencia del rey en el frente, pues hay muchos más argumentos a favor de ello que para su absentismo. Destaca el ejemplo que su presencia tiene entre las tropas, a la hora de animarlos al servicio y, sobre todo, en lo referente a elevar la consideración social de la milicia en unos momentos en los que se hacía más necesario que nunca revitalizar y estimular el oficio de la guerra<sup>352</sup>.

Considera que los súbditos de un monarca se emplearán con más eficacia, por simple imitación, en los menesteres preferidos por éste. De esta manera, si las armas ocupaban una posición preeminente, la mayor parte de la nobleza se volvería hacia ellas<sup>353</sup>. Como no podía ser de otra manera, su mirada se volvió hacia el monarca guerrero por antonomasia, el Emperador Carlos V. Este monarca, al encumbrar a la

---

poderoso su ejemplo para la imitación de los súbditos y tan natural formarse la república conforme a sus acciones. Si conocieren los súbditos en el príncipe voluntad asentada de honrar, estimar y favorecer la milicia, sólo con las muestras de ella tendrá totalmente mejorado el estado y la estimación, conformándose todos con la voluntad y ejemplo del príncipe. Con que se verá trocada la fortuna, engrandecerán todos lo que pocos alababan, lo estimarán los que lo aborrecían, lo seguirán los que más se retiraban, y generalmente asistirán todos con pronta voluntad a sus mayores logros. Que todos estos útiles y conveniencias se seguirán empezando el príncipe a mostrar voluntad resuelta de favorecer la milicia, con que se hallarán a poca fatiga y cuidado los medios por donde se consiga todo y se perfeccione tan justa estimación en lo que tanto importa”. *Ibidem*. pp. 28-29.

<sup>350</sup> MEDINA, J. de: *Breve compendio militar*. Longón. 1671. pp. 282-286.

<sup>351</sup> *Ibidem*. p. 3.

<sup>352</sup> BAÑOS DE VELASCO, J.: *Op. cit.* pp. 47-49.

<sup>353</sup> Destaca el hecho de que el autor alabe el comportamiento del Rey Sol, principal enemigo de la Monarquía Católica, en lo referente a cómo se debe comportar un monarca en su relación con las armas y, sobre todo a la hora de atraer a la nobleza al servicio militar; lo cual parece que no ocurre con el monarca hispano. Argumenta su exposición con la reacción de Luis XIV ante la muerte del mariscal de Turenne, ocurrida, en 1675, como consecuencia de las heridas recibidas en el campo de batalla. El monarca le concedió el honor póstumo de ser enterrado en la basílica de Saint-Denis, junto a los reyes de Francia y, según Baños de Velasco, llegó a vestir de luto como muestra de duelo por esta pérdida. Esto es lo que debe hacer un monarca, honrar, favorecer y elevar a la milicia al mayor grado de estimación posible, para que sus principales súbditos se vean inclinados hacia ella. *Ibidem*. pp. 368-371.

profesión militar a las más altas cotas de estimación, tuvo una reserva prácticamente inagotable de militares experimentados y victoriosos, la mayor parte de los cuales procedían del estamento nobiliario<sup>354</sup>.

Pese a que estos autores tienen parte de razón, su diagnóstico peca de exagerado. Si bien es posible que tanto Felipe IV como Carlos II pudieran haber hecho algo más por reivindicar la profesión militar, (sobre todo en lo relativo a la configuración de una correcta política de remuneración de los servicios prestados, a la cual nos referiremos más adelante) nos parece excesivo cargar sobre ellos esta responsabilidad. Lo que no parecen tener en cuenta dichos autores son las transformaciones acaecidas en el ejército, en concreto el imparable proceso de conversión de la carrera de las armas en un oficio más<sup>355</sup>, donde por encima de consideraciones honoríficas o de reputación se esperaba recibir un salario a cambio. Al contrario, sus consideraciones nos remiten a una visión idealizada de la profesión militar, donde se sirve por honor y para demostrar la valía personal, y no por dinero (lo cual acarrearía reducir al militar a la categoría de asalariado, con la consiguiente merma de prestigio). Sin embargo, esta concepción tenía cada vez menos validez en un escenario donde el soldado servía por la paga, no por futuras recompensas que difícilmente llegaría a recibir.

Con todo, el triunfo de este punto de vista pragmático y realista, no significó que la profesión militar se viera despojada del halo de prestigio y estimación que hasta ese momento la había acompañado. Aunque tal cambio de percepción tuvo efectos disuasorios sobre parte del estamento privilegiado<sup>356</sup>, la generalización del conflicto bélico acarreó un aumento de la estima social de la profesión militar, la cual responde a

---

<sup>354</sup> “(.....) Fórmanse los grandes generales a los ojos de sus reyes, y los señores reyes que antes fueron estudiosos, sacaron ministros eminentes para letrados. Mas el pabellón del sr. D. Carlos el Máximo, fue seminario de los Leyvas, Córdoba, Ávalos, Bastos y Moncadas. Fabríquense otros como estos en la Real escuela de V.M. En el pasado siglo aquellos fueron lo mejor, en este no sean menos los demás.” *Ibídem*. pp. 53-54.

<sup>355</sup> MARAVALL, J.: *Op. cit.* pp. 203-207.

<sup>356</sup> Según Stone, para el caso de la nobleza inglesa, las mayores exigencias en cuanto a formación, que se exigían a los jefes militares, las cuales privaban a la guerra de la mayor parte de su relumbrón aristocrático, fueron la principal causa del abandono de la milicia por parte de la alta nobleza. A ello habría que sumar que, entre 1552 y 1642, Inglaterra disfrutó de varios periodos prolongados de paz, por lo cual las oportunidades de prestar el servicio militar se vieron drásticamente reducidas. Su teoría se apoya en un hecho incuestionable: aproximadamente las tres cuartas partes de los pares ingleses habían prestado servicios en las guerras de la década de 1540; en 1576, sin embargo, solo uno de cada cuatro había tenido alguna experiencia militar. La situación no mejoró en la centuria siguiente, pues el porcentaje había disminuido al 20% (uno de cada cinco), y sus investigaciones revelan que la proporción continuó decreciendo. De esta manera, no es de extrañar que en 1642 la aristocracia inglesa no estuviera a la altura de las circunstancias, y una de las razones por las que Carlos I perdió la guerra civil fue por la falta de preparación de sus principales súbditos. STONE, L.: *La crisis de la aristocracia*. Madrid, 1985. pp. 136-137. (1ª edición en inglés: Oxford University Press, 1965).

planteamientos nacidos de la propia realidad de la época, como consecuencia de la importancia de los ejércitos a la hora de dirimir las diferencias internacionales. En suma el militar sería estimado, más que por razones de prestigio, porque su actividad profesional tiene repercusiones políticas<sup>357</sup>.

En última instancia, no podemos ignorar otra realidad, vinculada con las dos antecedentes: el prestigio del alto mando como motivación para servir en el ejército. En este sentido, la presencia de un ramillete de experimentados y victoriosos capitanes (el Gran Capitán, Leyva, Londoño, Dávila, etc.), los cuales prestaron servicio durante el periodo de máximo esplendor del nexo nobleza-guerra que invocaron parte de los teóricos del momento, debió de ejercer una poderosa atracción para que los segundones de la nobleza y los hidalgos se decantaran por la profesión militar<sup>358</sup>. Y al contrario, según Quatrefages, cuando Castilla dejó de aportar los mejores capitanes, los dos grupos referidos no tendrán tantos deseos de alistarse en el ejército y ponerse a las órdenes de un “extranjero”<sup>359</sup>.

Aunque es cierto que el peso de la aristocracia militar de los diferentes territorios que integraban la Monarquía Hispánica, sobre todo la originaria de Flandes y de las posesiones italianas, fue en aumento durante el siglo XVII, alcanzando su máximo esplendor durante el ministerio de Olivares<sup>360</sup>; y que el comandante militar más afamado de ese periodo fue D. Ambrosio Spínola, marqués de Los Balbases, quien ni

---

<sup>357</sup> CARRASCO MARTÍNEZ, A.: “Guerra y virtud nobiliaria.....” *Op. cit.* pp. 138-142.

<sup>358</sup> A principios del siglo XVII, el capitán D. Antonio del Corral y Rojas valoró la importancia que, en la concepción de un jefe militar, la imagen que sus subordinados tenían de él. Es decir, si era un comandante victorioso, sus hombres le seguirían sin vacilaciones; pero si, al contrario, le rodeaba una aureola derrotista, tendría más dificultades para que sus subordinados acataran sus órdenes. Del mismo modo, es indudable que, cuando las cosas marcharon más o menos bien, y las victorias fueron frecuentes, había muchos más individuos dispuestos a servir que cuando la situación militar de la Monarquía Hispánica se deterioró. “(.....) Se echa claramente de ver de cuánta excelencia sea la reputación en una cabeza de guerra, arraigada en los ánimos de los soldados. Pues ningún adverso suceso de pérdida de batallas, de plazas, ni de rendimiento de ellas la desdora ni menoscaba; porque la buena o mala resolución debe ser mirada y regulada por razones que mueven a tomarla y ejecutarla, no del suceso que se figure, del cual puede acontecer fuera de todo pensamiento humano y de toda razón, no hay obligación a prevenirle ni dar cuenta. De donde nace que, con la satisfacción que el tal caudillo tiene dada al mundo, de virtud, larga experiencia, valor y prudencia, suple la mala fortuna en los acontecimientos de la guerra. Los cuales son tan inciertos que no ha habido, ni hay guerrero alguno que pueda antever ni pronosticar, con certidumbre, los fines. DEL CORRAL Y ROJAS, A.: *Advertencias de guerra*. S.f., s.l. (reinado de Felipe III). Fol. 17.

<sup>359</sup> QUATREFAGES, R.: “La elaboración de una nueva tradición militar.....” *Op. cit.* p. 12.

<sup>360</sup> THOMPSON, I.A.A.: “Aspectos de la organización naval y militar durante el ministerio de Olivares”, en: ELLIOTT, J.H. y GARCÍA SANZ, A. (coords): *La España del Conde Duque de Olivares*. Valladolid, 1990. p. 262.

siquiera era súbdito del Rey Católico, pues era natural de Génova, consideramos que la validez de este argumento es más que discutible<sup>361</sup>.

Esto no fue obstáculo para que aquellos segmentos del segundo estado con vocación castrense se mostraran dispuestos a alistarse en el ejército. La prueba más palpable la encontramos en la documentación de la época, pues no hace falta más que rastrear en las relaciones de servicios del siglo XVII (periodo en el que, según los defensores de las tesis tradicionales, la ruptura del vínculo nobleza-guerra era ya evidente) para darse cuenta de que un importante número de segundones, e individuos de extracción hidalga (bien ellos o sus padres), se sintieron atraídos por la profesión militar, y se animaron a hacer carrera en ella<sup>362</sup>.

Pero no solo hablamos de los cuadros intermedios del estamento nobiliario, sino que la nobleza titulada tuvo un papel destacado en los ejércitos españoles del siglo XVII. A modo de ejemplo, trayectorias profesionales como las de: el conde de Fuentes, el segundo marqués de Santa Cruz, el marqués de Villafranca, el duque de Sessa, el duque de Feria, D. Fadrique de Toledo, el marqués de Leganés, el marqués de Mortara, el marqués de Caracena, el conde de Monterrey<sup>363</sup>, el conde de Fuensaldaña, el duque de San Germán o el duque de Escalona, son testimonios ilustrativos de lo poco que coherente que resulta seguir manteniendo la tesis clásica, según la cual en las últimas

---

<sup>361</sup> A este respecto, véase: RODRÍGUEZ VILLA, A.: *Ambrosio Spínola, primer marqués de los Balbases. Ensayo biográfico*. Madrid, 1904. GARCÍA RODRÍGUEZ, J.M<sup>a</sup>: *Ambrosio Spínola y su tiempo*. Madrid, 1942. CERROZALA, A.: *Spínola. Un genovés en Flandes*. Madrid, 1946. AGUIRRE PRADO, L.: *Ambrosio Spínola*. Madrid, 1959. HERRERO SÁNCHEZ, M.: “La red genovesa Spínola y el entramado transnacional de los marqueses de los Balbases al servicio de la Monarquía Hispánica”, en: YUN CASALILLA, B. (dir): *Las redes del Imperio. Elites sociales en la articulación de la Monarquía Hispánica, 1492-1714*. Madrid, 2008. Sobre todo pp. 110-115. DE MESA GALLEGU, E.: *La pacificación de Flandes. Spínola y las campañas de Frisia (1604-1609)*. Madrid, 2009.

<sup>362</sup> En relación con estos planteamientos, Contreras Gay incide en subrayar la importancia de los obstáculos puestos a la promoción de los soldados de fortuna, militares profesionales, por parte de la Corona. Pues con la promulgación de las Ordenanzas Militares de 1632, se valoraba más la sangre sobre el mérito a la hora de cubrir los empleos de la oficialidad y en los ascensos. Lo cual trajo consecuencias negativas sobre la milicia, ya que se concedieron los puestos de mando a sujetos con poca experiencia y preparación y, al mismo tiempo, que muchos sujetos con vocación militar no estuvieran interesados en prestar sus servicios en la milicia, ante la falta de incentivos profesionales. CONTRERAS GAY, J.: *La problemática militar..... Op. cit.* p. 10.

<sup>363</sup> El ejemplo de D. Juan Domingo de Guzmán Zúñiga y Fonseca, conde de Monterrey, hijo segundo de D. Luis de Haro, contradice la visión negativa sostenida por la historiografía tradicional. Pese a que D. Juan no había servido los años necesarios para ello, en 1666 fue nombrado maestre de campo de un tercio que fue enviado a Flandes. Detrás de su nombramiento se encontraban otro tipo de razones, entre las que se encontraba el prestigio social, gracias al cual se dinamizaría de forma considerable la formación de la unidad, pues muchos veteranos y clientes del conde estarían dispuestos a seguirle. Por otra parte, este destino significó el comienzo de una prolífica carrera militar, pues alcanzó el puesto de capitán general de la caballería y llegó a ser gobernador de los Países Bajos entre 1670 y 1675. RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, A.J.: *España, Flandes y la Guerra de Devolución (1667-1668). Guerra, reclutamiento y movilización para el mantenimiento de los Países Bajos españoles*. Madrid, 2007. pp. 112-116.

décadas del siglo XVI tuvo lugar una ruptura del nexo que unía a la aristocracia con la profesión militar, cuyos síntomas se agudizaron durante el Seiscientos.

Pese a que los argumentos utilizados para evidenciar esta disociación se vienen abajo si se enfrentan a un análisis más complejo, tuvieron importantes repercusiones en la sociedad de la época. La más importante se traduciría en un hecho que, según podremos comprobar más adelante, repercutirá en la imagen que se tenía de la nobleza: la pérdida del monopolio de la función militar podría llegar a acarrear el fin de su propia razón de ser como estamento. Si bien, todo ello no tuvo grandes consecuencias en lo referente a su rango o su prestigio, fue la excusa perfecta para la aparición de críticas al segundo estado, y al monopolio que ejercía sobre el honor<sup>364</sup>.

No obstante, desde las últimas décadas, la producción historiográfica más reciente se está encargando de matizar este panorama tan desolador. En primer lugar, como ya hemos apuntado, la alta aristocracia, es decir la nobleza titulada y sus primogénitos, no abandonaron su relación con el ejército. Según hemos podido comprobar, incluso en la época dorada de tal vínculo, este segmento del segundo estado, no prestó su servicio personal (como combatiente individual) de la manera en que se ha apuntado por la historiografía tradicional. Evidentemente, acaparó los altos cargos de la oficialidad y el mando de los contingentes militares, al igual que en la Edad Moderna, de modo que no cabría hablar de una ruptura tan radical como la que se ha apuntado desde la historiografía tradicional. Lo que sí se produce es, a partir de finales del siglo XVI, una presencia cada vez menor de estos segundones, como simples soldados de a pie, con la esperanza de un ascenso a la oficialidad y a las mercedes reales, por dos motivos: la falta de una adecuada política de remuneración de los servicios prestados, sobre todo militares, y la existencia de nuevos caminos para acceder a la gracia real.

Otra de las preguntas a las que no ha dado respuesta la historiografía tradicional, la cual encierra una paradoja, se refiere a que, si tal como sostiene, desde finales del siglo XVI, la nobleza dejó de concurrir en los ejércitos, circunstancia que puede ser interpretada como un desinterés por lo militar, ¿por qué lo bélico continúa teniendo gran importancia en la aristocracia, entendida ésta en sentido amplio?

Consideramos que este atractivo tiene su máxima expresión en una serie de representaciones de carácter simbólico, entre las cuales se encuentran: la caza, los torneos o las justas. En cuanto a la primera de ellas, tanto en sus medios como en sus

---

<sup>364</sup> MARAVALL, J.A.: *Op. cit.* p.38.

finés, permitía robustecer al individuo para soportar las inclemencias del tiempo y, además de ser un entrenamiento para la guerra, le habilitaba para asimilar los principios básicos de su estamento, pues en ella podían adquirirse virtudes y practicar las habilidades propias de la guerra. Por su parte justas, torneos, retos, desafíos, pasos de armas, juegos de cañas o naumaquias, surgieron como simulacros de guerra que servían para enseñar, en tiempo de paz, los rudimentos bélicos a los jóvenes y, a la vez, mantener en activo a quienes ya habían tenido algún contacto con la guerra<sup>365</sup>. Otra muestra de este andamiaje teórico-intelectual, se refleja en un hecho tan simple como el montar a caballo, el cual permaneció inalterable en el inconsciente colectivo, como sinónimo de nobleza a lo largo de la toda la Edad Moderna.

Del mismo modo, no podemos olvidar que tales “diversiones” aristocráticas, pese a tratarse de representaciones de un pasado idealizado, tenían un innegable sustrato violento. Además, la rivalidad del juego, la competitividad por los honores, los premios, la fama y las disputas internas en el seno del estamento nobiliario, propiciaron que, a pesar de todo, y hasta la desaparición de estos eventos, estuviera presente una alta dosis de violencia. Pese a todo, se trata de unas actividades cada vez más controladas y regladas, que tratan de atenuar al máximo el riesgo. En definitiva, la ostentación y el divertimento relajado sustituyen a la agresividad en estado puro. Asimismo, eran un medio para demostrar en público las aptitudes individuales y la organización interna del estamento nobiliario, asegurando la perpetuación de una conciencia elitista, y de la pertenencia a un estamento social diferenciado. Por otra parte, no sería descabellado pensar que, detrás de estas actividades, se encuentra un deseo de demostrar a la burguesía emergente quien controlaba las riendas del Reino.

Estas evidencias ratificarían el hecho de que la nobleza, en general, no abandonó el uso de las armas (si bien no las dieron el uso que le hubiera gustado a la Corona), como atributo personal de sus miembros, incluso contraviniendo la legislación estamental. De tal manera, los nobles se aferraron a la necesidad de mantener sus preeminencias, entre las que se encontraban el monopolio de la posesión de armas<sup>366</sup>. Del mismo modo, no podemos olvidar la importancia del duelo, el cual se convirtió en un quebradero de cabeza para las autoridades. Pero a diferencia de la violencia nobiliaria organizada que imperó durante el Medievo, ésta práctica no ponía en peligro ni la estabilidad ni la seguridad de la monarquía. A pesar de las numerosas voces que se

---

<sup>365</sup> SAAVEDRA Y FAJARDO, D. de: *Op. cit.* pp. 270-273.

<sup>366</sup> MARAVALL, J.A.: *Op. cit.* pp. 36-37.



levantaron en su contra, también tuvo consecuencias positivas. La principal de ellas fue acabar con las luchas entre facciones nobiliarias, que sí podían desestabilizar el Reino<sup>367</sup>.

Además, según han demostrado estudios recientes, se ha constatado la presencia de un significativo número de obras de literatura militar en las bibliotecas privadas de muchos aristócratas, lo que vendría a cuestionar la comúnmente asumida falta de interés del segundo estado por lo militar<sup>368</sup>.

Finalmente, la obsesión por la guerra y lo militar llevó a muchos aristócratas al extremo de ser representados en la sepultura con sus armas, lo que demostraría el deseo de un estamento que, aún en la muerte, temía perder la preeminencia que estas concedían. Tales representaciones, vigentes en la Baja Edad Media, siguieron estando presentes en los siglos XVI y XVII. Se trata de figuraciones bélicas, reflejo visible de la opulencia en la existencia también en la muerte, tendentes a la perpetuación de la honra a través de la fama y a la autoafirmación del poder de los linajes a los que pertenecen los difuntos, signos visibles de su status social y económico<sup>369</sup>.

En la actualidad, ya no se piensa que la aristocracia en general, y la castellana en particular, desertara de sus obligaciones militares, sino que lo que se produciría sería una readaptación a los nuevos tiempos. Una de las más acertadas visiones de conjunto sobre esta materia se la debemos a Mackay, quien incidió en el activo papel desempeñado por la nobleza castellana en todo lo relacionado con las armas. Pese a que en la mayoría de los casos se trataba de una colaboración forzosa, lo cierto es que el segundo estado necesitaba al rey, y viceversa. Del mismo modo, no circunscribió su contribución al esfuerzo bélico común a su asistencia personal, sino que su servicio podía adoptar diversas maneras, tanto o más valiosas que el desempeñado con las armas en la mano<sup>370</sup>.

---

<sup>367</sup> STONE, L.: *Op. cit.* pp. 122-128.

<sup>368</sup> Últimamente, a través del estudio de los inventarios de las bibliotecas privadas, se ha podido constatar dicha realidad. A este respecto, véase: ESPINO LÓPEZ, A.: *Guerra y cultura en la Edad Moderna*. Madrid, 2001. pp. 444-456. MARTÍNEZ OYARZÁBAL, E.: “La tratadística militar hispana en las bibliotecas particulares del siglo de Oro”, en: *Revista de Historia Militar*, nº 96 (2004). pp. 219-252. De la misma autora: “El libro y la literatura militar en la segunda mitad del siglo XVII”, en: GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (eds): *Op. cit.* Vol. II. pp. 817-842.

<sup>369</sup> Para el caso de los Mendoza, una de las casas aristocráticas más importante del periodo, véase: CARRASCO MARTÍNEZ, A.: “Los Mendoza y lo sagrado. Piedad y símbolo religioso en la cultura nobiliaria”, en: *Cuadernos de Historia Moderna*, nº 25 (2000). pp. 233-269.

<sup>370</sup> MACKAY, R.: *Los límites de la autoridad real. Resistencia y obediencia en la Castilla del siglo XVII*. Salamanca, 2007. pp. 115-149. (1ª edición inglesa: Cambridge University Press, 1999).

Maffi, en un trabajo sobre la aristocracia milanese, puso de manifiesto la pervivencia del vínculo entre nobleza y guerra en este dominio de la monarquía española. En este sentido, la actividad militar fue monopolizada por el segundo estado, lo cual les permitió mantener su privilegiada posición, dentro de una inquebrantable voluntad de servicio a la Corona<sup>371</sup>.

Salas Almela, por su parte, incide en la poca validez de las tesis tradicionales a la hora de explicar la situación de la nobleza castellana en las décadas iniciales del reinado de Felipe IV. Para este autor, lo más destacado es el trasvase de competencias militares por parte de la Corona, en concreto las de carácter defensivo, a la nobleza, fundamentadas en su dimensión señorial<sup>372</sup>. En este sentido, se buscaba que los aristócratas pusieran al servicio de la Corona, tanto sus ingentes rentas como, sobre todo, su capacidad de movilización y convocatoria. Sin embargo, para vincular al segundo estado, sobre todo a sus principales miembros, con las necesidades militares de la Corona, faltaban dos elementos, los cuales, a partir de la década los 30 del siglo XVII, marcaron un punto de inflexión en el vínculo entre nobleza y guerra: unas demandas cada vez mayores, tanto financieras como humanas, motivadas por el recrudecimiento del conflicto general europeo y, sobre todo, el hecho de que la península ibérica se convirtiera en teatro de operaciones principal.

Storrs, en su obra sobre la situación de la Monarquía de España durante el reinado de Carlos II, considera que la dimensión militar de la nobleza estuvo vigente durante todo el siglo XVII, ya que un número significativo de nobles continuaron prestando servicio activo en el ejército, con grave riesgo para su integridad física<sup>373</sup>.

En el caso de la aristocracia del reino de Murcia, Hernández Franco y Molina Puche han puesto de manifiesto que, a pesar de producirse una pérdida, más o menos generalizada, de los valores militares de la nobleza, tal afirmación debe ser matizada, pues un número significativo de aristócratas si que concurrirán a los llamamientos

---

<sup>371</sup> MAFFI, D.: "Potere, onore e carriere nell' esercito di Lombardia (1630-1660)", en: RIZZO, M. y MAZOCCHI, G. (Eds.): *Op. cit.* pp. 195-245. "Milano in guerra. La mobilitazione delle risorse in una provincia della Monarchia, 1640-1659", en: RIZZO, M., RUIZ IBÁÑEZ, J.J. y SABATINI, G. (eds): *Le forze del Principe. Recursos, instrumentos y límites en la práctica del poder soberano en los territorios de la Monarquía Hispánica*. Tomo I. Murcia, 2003. pp. 347-408.

<sup>372</sup> SALAS ALMELA, L.: "Las espadas del rey: nobleza territorial en Castilla en el siglo XVII", en: *Campo de Calatrava*, nº3 (2001). pp. 201-205.

<sup>373</sup> STORRS, C.: "La pervivencia de la monarquía española bajo el reinado de Carlos II (1665-1700)", en: *Manuscripts*, nº 21 (2003). pp. 39-61.

reales, y otros, en concordancia con lo apuntado anteriormente, circunscribirán tal servicio a su ámbito territorial<sup>374</sup>.

En una línea muy similar se mueve García Hernán, cuando afirma que la verdadera importancia de la aristocracia, en lo relacionado con el hecho bélico, no emana de sus obligaciones feudales, sino que, debido a sus cuantiosas rentas y a su privilegiada posición en la sociedad, podían contribuir a la defensa de la Monarquía. Al mismo tiempo, no se debe olvidar que regían los destinos de un importante número de vasallos, así como ciudades, villas y aldeas<sup>375</sup>. En función de esta realidad, tenían una responsabilidad inherente en las labores defensivas, que no podía ser ignorada ni por la nobleza (es decir, debían asumir tales obligaciones porque eran parte interesada en evitar cualquier tipo de invasión), ni por la Corona, que estaba obligada a contar con ellos en todo lo referente a estos menesteres.

También para el caso del Reino de Murcia, Cózar Gutiérrez y Muñoz Rodríguez, han estudiado la respuesta de las oligarquías locales a la hora de defender el litoral mediterráneo, centrada en dos momentos puntuales: los desafíos galos sobre Cartagena y Alicante en 1691, insertos en un contexto de amenaza general por parte de Francia entre 1691-1694. En ese sentido, los autores constatan, a nivel general, un mayor grado de colaboración entre el rey y las ciudades; además, la Corona no tuvo ningún reparo a la hora de recompensar la lealtad de las oligarquías urbanas<sup>376</sup>.

En concordancia con estos argumentos, el servicio a la Corona es interpretado como un medio para afianzar la posición de las noblezas locales. Además, parece que (al menos en el caso del Reino de Murcia), estaban deseosas por servir a la Corona, e incluso aquellos que no ostentaban empleos militares lucharon por obtenerlos. De la misma manera, estos autores han documentado que, más tarde o más temprano, quienes acudieron a los socorros de 1691 fueron recompensados. La defensa de la monarquía cimentó los vínculos entre el monarca y sus súbditos, aunque fue la nobleza autóctona la que obtuvo mayores beneficios de esta relación, pues utilizó todas sus influencias a la hora de movilizar los recursos disponibles para atender al requerimiento real<sup>377</sup>.

---

<sup>374</sup> HERNÁNDEZ FRANCO, J. y MOLINA PUCHE, S.: *Op. cit.* p. 114.

<sup>375</sup> GARCÍA HERNÁN, E.: *Milicia general en la Edad Moderna. El Batallón de D. Rafael de la Barreda y Figueroa*. Madrid, 2005. pp. 89-90.

<sup>376</sup> CÓZAR GUTIÉRREZ, R. y MUÑOZ RODRÍGUEZ, J.D.: “El reino en armas. Movilización social y “conservación” de la Monarquía a finales del siglo XVII”, en: GARCÍA HERNÁN, E. Y MAFFI, D.: *Op. cit.* Vol. II. pp. 436-446.

<sup>377</sup> *Ibidem.* pp. 450-453.

Recio Morales, en su trabajo sobre “la gente de naciones” en el dispositivo militar de la Monarquía Hispánica, se mueve en una línea pareja. Según su criterio, el servicio militar era una forma de revitalizar el vínculo entre el monarca y sus diferentes dominios, donde las élites locales son los principales actores. De tal modo, el servicio con las armas, se convertía en la principal vía de comunicación de las aristocracias “extranjeras” con la Corona, tanto si eran súbditos suyos como si no<sup>378</sup>. En este sentido, el aparente vigor de las noblezas extrapeninsulares, en contraste con la tradicional apatía de la castellana, nos llevaría a cuestionarnos la naturaleza de este hecho; en suma: ¿su actitud colaboracionista se debería a que tendrían más que demostrar, en definitiva, hacer méritos ante el monarca; a diferencia de los castellanos, que no necesitarían recurrir al servicio militar para justificar su posición?

Rodríguez Hernández, en dos trabajos recientes sobre la aportación de dos reinos de la Corona de Castilla al esfuerzo bélico de la monarquía española, durante la segunda mitad del siglo XVII, Galicia y Granada, ha llegado a conclusiones similares. Lo más destacado es la importancia de la negociación entre el poder real y las autoridades locales, así como las cesiones por ambas partes, pues la Corona no podía imponer su voluntad sin el beneplácito de las oligarquías territoriales. Son numerosos los ejemplos de dádivas otorgadas por la Corona para ablandar la resistencia a servir, gracias a las cuales incluso se consiguió que fueran los propios oligarcas quienes se ofrecieran al monarca, a cambio de una determinada concesión. Además, las altas personales del ámbito regional, encargadas de efectuar los reclutamientos, recibían las patentes de los empleos de la oficialidad en blanco, lo cual suponía una interesante oportunidad laboral para los segundones de las principales familias, quienes comenzarían la carrera militar desde esta privilegiada posición. Pero no solo se trataba de una más que atractiva opción profesional, sino que gracias a su condición de oficiales del ejército, se encontraban en una inmejorable situación para promocionar socialmente gracias a la concesión de hábitos de las Órdenes Militares, e incluso un título nobiliario<sup>379</sup>.

Arroyo Vozmediano, en un artículo sobre los reclutamientos efectuados en el concejo de Calahorra entre 1644 y 1688, ha puesto de manifiesto cómo la identificación

---

<sup>378</sup> RECIO MORALES, O.: “La gente de naciones en los ejércitos de los Austrias hispanos: servicio, confianza y correspondencia”, en: GARCÍA HERNÁN, E, y MAFFI, D. (Eds.): *Op. cit.* Vol. I. pp. 661-665.

<sup>379</sup> RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, A.J.: “De Galicia a Flandes: Reclutamiento y servicio de soldados galleros en el ejército de Flandes”, en: *Obradoiro de Historia Moderna*, nº 16 (2007). pp. 234-236. “La contribución militar del Reino de Granada durante la segunda mitad del siglo XVII: la formación de tercios de Granada”, en: JIMÉNEZ ESTRELLA, A. y ANDÚJAR CASTILLO. F.: *Op. cit.* pp. 175, 188-189.

de intereses entre la Corona y la nobleza territorial era el único medio posible para que tuvieran éxito las levas realizadas en este territorio. Y al contrario, cuando el poder real trataba de imponer su criterio, de forma unilateral, sin tener en cuenta el parecer de la corporación municipal (la cual estaba compuesta por los ciudadanos más poderosos), cualquier intento de llevar a cabo reclutamientos fracasaba de forma estrepitosa<sup>380</sup>.

Como colofón, Thompson, en un trabajo reciente, desmitifica el consabido argumento de la “falta de cabezas”, esgrimido por el Conde Duque para quejarse de la escasez de mandos militares cualificados de origen aristocrático, concretamente los de sus cuadros superiores. Según su criterio, su opinión no se ajustaba del todo a la realidad, y obedecería, en gran medida a una rabieta de D. Gaspar ante la falta de cooperación de parte del estamento nobiliario. Esta actitud vendría motivada por la falta de expectativas y oportunidades, acordes con su elevada posición<sup>381</sup>.

No queremos concluir este epígrafe sin dedicar unas páginas a otra de las facetas de la relación entre nobleza y la guerra, la cual suponía uno de los principales alicientes para iniciarse en la profesión de Marte. Nos referimos la posibilidad de ascenso social gracias a los servicios prestados con las armas. En ese sentido, el periodo de guerra casi permanente que se vivió en Europa durante el siglo XVII, se reveló como el marco ideal para que sujetos de origen humilde mejoraran su posición en la sociedad gracias a sus méritos. Sin embargo, debemos reconocer que el ennoblecimiento por servicios militares fue poco frecuente, pues había otras vías mucho menos peligrosas para ello. Una de las más importantes fue la compra de patentes de nobleza, o de oficios cuyo disfrute llevaba aparejada la condición nobiliaria, aunque esta posibilidad estaba sólo al alcance de individuos que disfrutaban de una posición económica opulenta<sup>382</sup>.

Pese a que la realidad de la época se había encargado de desmontar la validez de estos argumentos, lo cierto es que siguieron acaparando el interés de buena parte de la sociedad. En las décadas centrales del Seiscientos, el viejo ideal que invocaba la carrera de las armas como medio más honroso para acceder al honor, fue reivindicado por parte de la tratadística<sup>383</sup>. Nos encontraríamos ante una apología de la milicia como único

---

<sup>380</sup> ARROYO VOZMEDIANO, J.L.: “Reclutamiento militar, articulación política y mecanismos de clase en el Alto Valle del Ebro durante el siglo XVII. El concejo de Calahorra”, en: *Espacio, Tiempo y Forma. Serie IV, Historia Moderna*, nº 20 (2007). pp. 92-93.

<sup>381</sup> THOMPSON, I.A.A.: “Consideraciones sobre el papel.....” *Op. cit.* pp. 21-22.

<sup>382</sup> TALLET, F.: *Op. cit.* pp. 98-99.

<sup>383</sup> “Florece las armas cuando la virtud y el valor pueden esperar que serán preferidos a todos y que, ocupando los mayores puestos de la guerra podrán dar principio a su nobleza, o adelantar e ilustrar más la ya adquirida. Esta esperanza dio grandes capitanes a los siglos pasados, y por falta de ella está hoy

camino para medrar en la sociedad, aunque algunos individuos que se inician en ella con esta motivación, no obren conforme a lo que se espera de quienes, según estos teóricos, se han dedicado a la profesión más digna de estimación. En concordancia con esta tesis, pese a que el hecho bélico tiene consecuencias perniciosas, debe ser elogiado por el ejemplo positivo que tiene entre todos aquellos que la siguen, y por ser una actividad donde cada hombre se hace a sí mismo, sin tener en cuenta nada más que su actuación personal<sup>384</sup>.

Pero las alusiones a esta materia también se hacen presentes en la literatura de la época. Uno de los ejemplos más clarificadores lo encontramos en la obra de Von Grimmelshausen, *Simplicius Simplicissimus*, ambientada en la Alemania de la Guerra de los Treinta Años. En uno de los capítulos se tiene lugar un diálogo entre el protagonista de la novela y un militar, donde se debate si, ciertamente, un individuo de orígenes humildes podía llegar a la cúspide, tanto de la carrera militar como del escalafón social gracias a sus méritos de guerra o, por el contrario, había determinados empleos y títulos que estaban vetados a los miembros del estamento llano. Pese a que, se dan a conocer ejemplos de personas de extracción vulgar que han alcanzado los más altos honores, lo cierto no se trataba de algo habitual<sup>385</sup>.

---

despreciada la milicia, porque solamente la gloria de los puestos mayores puede vencer las incomodidades y peligros de la guerra.” SAAVEDRA Y FAJARDO, D. de: *Op. cit.* p. 116.

<sup>384</sup> “(.....) aunque es por diferentes causas aborrecida [la guerra], debe ser por una estimada, pues del infinito número de soldados que la han seguido, ninguno de cuantos comienzan bien, prosiguen mal; y muchos de los que comienzan mal, prosiguen bien; que siempre la acción aplaudida en el bueno le alienta a que la secunde, y tal vez la vituperada en el malo, le obliga a que se enmiende. La guerra es causa de que el uno mejore cuando el otro no empeora, luego si puede hacer de cobardes, valientes, y nunca hizo de valientes, cobardes, más debe ocasionar gusto que pesadumbre, ver al cobarde en la guerra, pues asiste donde puede llegar a ser valiente (.....)”. MONTERO DE ESPINOSA, R.: *Op. cit.* pp. 9-10, 12-13.

<sup>385</sup> “¿Quién será tan loco que quiera servir en el ejército si no tiene esperanzas de ascender por su buena conducta, y ver recompensados sus fieles servicios? ¡Al diablo con tales guerras! Pues por este sistema lo mismo da comportarse bien que mal. Yo le oí decir muchas veces a nuestro antiguo coronel que no quería soldados en su regimiento que no soñasen convencidos de que por su buena conducta podían llegar a general. Todo el mundo deberá también reconocer que las naciones que favorecen el ascenso de sus soldados, aunque sean de baja ascendencia, pero honrados, y premian su valentía, son generalmente los que vencen. (.....) Hoy en día se encuentra gente que habiendo cambiado el arado, la aguja, la lezna y el pastoreo por la espada, han alcanzado, gracias a su comportamiento y valentía, llegar más allá de la nobleza ordinaria, hasta el título de conde y barón. ¿Quién era si no Juan [Johann] von Werd, general de los imperiales? (.....) No supone, por tanto, novedad alguna en nuestros días, y también se dará en la posteridad que gente sencilla, pero valerosa, pueda alcanzar merced a la guerra altos honores, como ocurrió en los viejos tiempos. (.....) Todo esto suena muy bien, pero yo puedo ver también que la nobleza nos cierra las puertas para tal y cual dignidad. Nada más salir del caserón, la nobleza llega a algunos lugares con los que nosotros no podemos ni soñar, aunque hayamos hecho más méritos que muchos nobles que ahora son coroneles. Y lo mismo que entre los aldeanos se malogran muchos ingenios nobles por falta de medios para acceder a los estudios, igual hay soldado que envejece con su mosquete al hombro, que muy bien podría mandar un regimiento y prestar valiosos servicios al general en jefe.” VON GRIMMELSHAUSEN, H.J.CH.: *Simplicius Simplicissimus*. (Edición, estudio preliminar y notas de: GONZÁLEZ, M.J. Madrid, 2004). pp. 93-94. (1ª edición en alemán: 1669).

Entonces, si el ascenso social gracias a los servicios prestados con las armas parece ser una excepción, ¿por qué muchos individuos acudían a servir al ejército con esta esperanza, y salir de la medianía en la que se encontraban? Según nuestro criterio, la respuesta a esta pregunta se encuentra, de nuevo, en la elevación a la categoría de mito de una realidad que, si bien es cierto existió, lo hizo a una escala mucho más reducida de lo que se ha pensado: el soldado gentilhombre. Tal y como apuntábamos en las páginas anteriores, durante un periodo muy concreto es posible que esta situación estuviera próxima a la realidad. Sin embargo, respondió a unas circunstancias concretas, las cuales estuvieron vigentes durante solo unas décadas. Para Sales, la principal de ellas fue la necesidad de la monarquía española de organizar unas fuerzas armadas más o menos permanentes, compuestas en su mayoría por súbditos del Reino. De este modo, se vieron obligados a ofrecer importantes remuneraciones para conseguir atraerse al mayor número posible de individuos. Pese a que, en última instancia, el objetivo a conseguir era el mismo, se trabajó en una doble línea. En primer lugar, aquellos grupos que ya pertenecían al segundo estado y podían sentirse atraídos por la milicia (segundones e hidalgos). Con vistas a lograr su participación, se insistió en la equiparación entre hidalguía e infantería. En cuanto a la segunda, dirigida a los miembros del tercer estado se declaró que, gracias a la profesión militar, cualquier individuo, con independencia de sus orígenes, sería considerado hidalgo. Junto a estas medidas, se llevaron a cabo concesiones colectivas de determinados privilegios, exclusivos del noble, a los soldados. Entre ellos, la exención fiscal, el derecho a llevar armas, o a ser juzgado por tribunales militares<sup>386</sup>.

Puddu, en concordancia con sus postulados, concibió la infantería como un crisol en el que, bajo la misma bandera, convergían individuos de muy distinta condición. Todo ello con un claro objetivo: nivelar a todos sus miembros<sup>387</sup>. Esta motivación arraigó con fuerza en la monarquía española pues, a diferencia de otras zonas de Europa, sobre todo Francia, se inculcó la idea de que el servicio en la infantería no ocasionaba una merma de prestigio a la nobleza, a pesar de que podían encontrarse sirviendo bajo las órdenes de individuos de menor condición social, algo impensable en los ejércitos de otras regiones de Europa, sobre todo Francia<sup>388</sup>. Esta labor de vincular infantería y nobleza, según Quatrefages, fue mucho más sencilla en la

---

<sup>386</sup> SALES, N.: *Op.cit.* pp. 57-58.

<sup>387</sup> PUDDU, R.: *Op. cit.* pp. 74-79.

<sup>388</sup> *Ibidem.* p. 25.

Monarquía de España, pues la lucha secular contra el enemigo musulmán, motivó que siempre estuvieran operativos contingentes de a pie siempre fueron importantes. Por otra parte, no se debe minusvalorar un argumento de carácter psicológico, el cual fue invocado en reiteradas ocasiones: el mantenimiento de la herencia romana en la península ibérica, así como la exaltación de la operatividad de la legión romana<sup>389</sup>.

Sin embargo, mostramos nuestras reservas sobre la validez de estos planteamientos pues, de nuevo, pensamos que ofrecen una imagen idílica del ejército de los Habsburgo, alejada de la realidad, circunscrita a una parte minoritaria del grueso de las fuerzas armadas de la monarquía, y aun periodo de tiempo muy concreto. Además, no podemos ignorar que, en la Europa de los siglos XVI-XVII, la carrera militar no era el único camino, y ni siquiera el más glorioso, para mejorar la condición social. Pero lo más chocante fue que, incluso, tales argumentos fueran esgrimidos desde las propias filas de la aristocracia. Lo cual, pese a tratarse de posiciones minoritarias, no deja de ser significativo. Otra prueba del cambio de mentalidad experimentado en la sociedad, era el hecho de que incluso algunos de los más acérrimos defensores de los ideales de la gloria militar, asumían la existencia de otras formas válidas para acceder al honor<sup>390</sup>.

\*\*\*\*\*

A modo de conclusión, consideramos que el estamento privilegiado, en su conjunto, no quedó al margen de las actividades militares, ni fueron relegados a un papel secundario, pues siguieron ocupando una posición importante dentro de los ejércitos (durante la Edad Moderna, ningún ejército fue comandado por un individuo que no perteneciera al segundo estado<sup>391</sup>). Los nobles eran conscientes de que el

---

<sup>389</sup> QUATREFAGES, R.: “La elaboración de una nueva tradición militar.....” *Op. cit.* p. 8.

<sup>390</sup> DEWALD, J.: *Op. cit.* pp. 63-64.

<sup>391</sup> Este hecho, en teoría evidente, parece que ha sido deliberadamente ignorado por los defensores de la ruptura del vínculo entre nobleza y guerra durante los siglos XVI y XVII. En el caso del ejército de Flandes, el cual operaba en el teatro de operaciones más importante de la época, “la práctica totalidad de los altos mandos al frente de los veinte tercios de infantería española destinados en Flandes entre 1567-1701, eran o llegarían a ser hidalgos, caballeros de hábito o títulos nobiliarios. Es decir, la nobleza tradicional no había olvidado del todo sus orígenes, y las armas siguen siendo el modo más rápido de medrar en la sociedad estamental del Barroco”. GÓMEZ VOZMEDIANO, M.F.: “Fuentes para la historia militar de los siglos XVI y XVII en los archivos nobiliarios españoles”, en: GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D.: *Op. cit.* Vol. II. pp. 611-612.



servicio en la guerra (el cual no se reducía a su presencia personal<sup>392</sup>), podía reportarles grandes ventajas, y trataron de aprovechar la necesidad que la Corona tenía de ellos para obtener el mayor fruto posible. Entre ellas se pueden destacar: la apropiación de rentas reales y funciones propias de la Corona, ampliación de sus competencias, la posibilidad de servir de intermediarios, a la hora de dispensar las mercedes, entre la Corona y sus familiares y clientes<sup>393</sup>.

Consideramos que las críticas vertidas al estamento privilegiado parten de una premisa que, cuando menos, no se ajusta a la realidad. Si bien es cierto que durante algunas décadas el modelo de ejército de los Habsburgo parecía responder a ese paradigma ideal, caracterizado por la presencia significativa de hidalgos y segundones de la aristocracia en sus filas, su duración fue efímera y respondió a unas circunstancias muy concretas. Pero la responsabilidad definitiva se encuentra en aquellos que elevaron a la categoría de mito un modelo que, por las bases sobre las que sustentaba, no podía perdurar, y menos sin un adecuado sistema de remuneración de los servicios prestados.

---

<sup>392</sup> Coincidimos plenamente con lo manifestado por Thompson, para quien “la verdadera importancia militar de los nobles, no nacía de sus obligaciones feudales o personales, sino de su posición territorial como grandes terratenientes, y de su posición social en una red de relaciones familiares intrincadas y entremezcladas”. THOMPSON, I.A.A.: *Guerra y..... Op. cit.* pp. 183-184.

<sup>393</sup> Llama la atención que uno de los requisitos para el alto mando de los ejércitos, fuera que el aspirante al puesto tuviese hijos. Esto responde, precisamente, al hecho de que si la cabeza visible del ejército tenía sirviendo en los puestos intermedios a sus descendientes, estos se implicarían más en el servicio, ya que, aparte de los intereses de la Corona, a la que servían, entraban en juego los suyos propios, tanto económicos como de reputación personal. De este modo, al tiempo que se intenta erradicar el nepotismo, y que el mérito personal sea el principal criterio a la hora de la promoción, la utilización de las redes familiares también reporta beneficios a la Corona. BAÑOS DE VELASCO, J.: *Op. cit.* p. 46.

#### **4. EL PROBLEMA DE LA RETRIBUCIÓN DE LA CARRERA MILITAR: DINERO, HONORES Y ASCENSOS.**

En las páginas anteriores hemos bosquejado el malestar existente, no solo entre los profesionales de la milicia, sino también por parte de otros sectores alejados de la carrera de las armas, referentes a los pocos atractivos que mostraba esta profesión. Sus quejas iban dirigidas a la falta de incentivos que se ofrecían, tanto a aquellos individuos con vocación militar, que no se animaban a servir por la falta de premios, como a los que ya acreditaban largos años de servicios y no habían sido remunerados.

Tales reivindicaciones hacían alusión, en general, a dos conceptos: en primer lugar, la provisión de los empleos de la oficialidad; y, en segundo término, la concesión de hábitos y encomiendas de las Órdenes Militares. No obstante, ambas realidades no pueden ser analizadas de forma independiente, ya que la mayor parte de los autores las conciben como partes de un todo. Según nuestro criterio, no se ha valorado en su justa medida esta disyuntiva, sobre todo en lo relativo a ofrecer una explicación a las carencias del sistema militar español, pues nos permite explicar las dificultades existentes a la hora de encontrar hombres disponibles para servir, o hacer atractiva la carrera de las armas. A modo de avance, consideramos que la falta de una respuesta eficaz a la remuneración de los servicios militares, tendría un papel más que destacado a la hora de explicar los problemas de la Corona para hacer frente a sus compromisos militares, y el alejamiento de la milicia por parte de la sociedad castellana.

De la misma manera, podemos atestiguar que, a pesar del estancamiento demográfico sufrido por la Corona de Castilla, siempre hubo hombres disponibles para servir en los ejércitos de los Habsburgo. Sin embargo, muchos sujetos empezaron a considerar poco llamativa la profesión militar, ya que los servicios no se remuneraban de forma adecuada. En este sentido, las primeras voces de alarma aparecen antes lo que la historiografía tradicional ha considerado: los años finales del reinado de Felipe II.

Quatrefages, en su estudio sobre los tercios, nos presenta un sistema de ascensos caracterizado por la “meritocracia”, en el cual incluso los nobles empezaban a servir como simples soldados; eso sí, con perspectivas de promoción hacia la oficialidad a corto plazo. Sin embargo poco a poco, con el transcurso del tiempo, se empiezan a tener

en cuenta otros criterios, sobre todo de carácter económico, pues se busca que tanto capitanes como maestros de campo tengan la capacidad de autofinanciar su unidad, en detrimento de las consideraciones estrictamente militares<sup>394</sup>.

Puddu, en una línea similar, considera que el sistema funcionó más o menos bien mientras se respetó la preeminencia de los méritos frente a las influencias, pero cuando se aplicaron a los tercios las jerarquías de la vida civil, la cosa empezó a empeorar. La vigencia de este planteamiento se constataría en el hecho de que, la mayor parte de los grandes capitanes de los ejércitos de los monarcas hispanos (Cortés, Pizarro, Julián Romero, Cristóbal de Mondragón, Francisco de Valdés, Cristóbal Lechuga, Sancho de Londoño o Francisco de Verdugo) no procedían de la alta aristocracia, si no que eran hombres curtidos en los campos de batalla<sup>395</sup>. Según nuestro criterio, nuevamente esboza una visión idílica de la milicia al poner como principal acicate para el servicio, más que el salario o el botín, la posibilidad de ascender y promocionarse socialmente, lo cual puede llegar a ser cierto en un periodo muy concreto, pero conforme avanza el siglo XVI y, sobre todo el siglo XVII, esta tesis no se ajusta a la realidad.

Una de las principales demandas, aludía a una óptima provisión de la oficialidad de los ejércitos españoles, la cual parece ser que dejaba bastante que desear, circunstancia que repercutía negativamente en el servicio a la Corona. Desde los momentos iniciales de este debate, al igual que en otros muchos aspectos, se aprecia una evidente admiración por la Roma clásica. Diego de Salazar se declaró un apasionado defensor de su disciplina militar y, sobre todo, de su sistema de gratificación de los servicios prestados, el cual dio muestras de su validez, ya que incitaba a la realización de hechos heroicos, pues los ciudadanos romanos tenían la certeza de que iban a ser recompensados por ellos<sup>396</sup>.

Un testimonio muy esclarecedor procede de un militar profesional que, según él mismo, “residió 21 años en los ejércitos”, y debió servir en el Reino de Nápoles durante el virreinato de D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca<sup>397</sup> (1532-1553), de manera

---

<sup>394</sup> QUATREFAGES, R.: *Los tercios españoles*. Madrid, 1983.

<sup>395</sup> PUDDU, R.: *Op. cit.* pp. 153-156.

<sup>396</sup> SALAZAR, D. de: *Op. cit.* p. 234.

<sup>397</sup> D. Pedro Álvarez de Toledo y Zúñiga, nació en Alba de Tormes en 1484. Era hijo de Don Fadrique Álvarez de Toledo, II duque de Alba, y de Doña Isabel Cossines de Zúñiga, III Condesa de Huesca y Sarmiento. Comenzó sirviendo de paje a Fernando el Católico, y le acompañó en calidad de escudero mayor a la conquista de Navarra. Apoyó a Carlos I en la Guerra de las Comunidades y le acompañó en Italia, Flandes y Alemania. En 1532 sucedió al Cardenal Colonna como virrey de Nápoles, y en 1537 rechazó un ataque de los turcos, gracias a la fortificación de la costa que había llevado a cabo. Murió en Florencia el 21 de febrero de 1553, siendo capitán General de los Ejércitos de Italia, cuando se dirigía al sitio de Siena. El mejor conocedor de este personaje es Carlos José Hernando, cuyas obras más

que escribiría sus reflexiones entre la década de los 60-70 del siglo XVI. Llama la atención que tales apreciaciones, cada vez más frecuentes conforme avanza el tiempo, aparezcan en un momento tan temprano, en el cual, según la opinión comúnmente aceptada, el sistema militar de la monarquía española, era una institución donde los méritos se valoraban más que el origen a la hora de nombrar a los oficiales. Este autor anónimo denuncia que los puestos de la oficialidad se proveen, en la mayoría de las ocasiones, más por favores que por servicios prestados. De tal forma, los mandos deben ser militares experimentados y no bisoños. De no hacerlo así se seguirían dos importantes daños: un notable deterioro de la operatividad militar, “porque no saben ordenar y mandar”, y un efecto disuasorio sobre la milicia, ya que los soldados veteranos y “hombres de lustre”, ante esta situación, no encontrarían atractiva la carrera de las armas, y se alejarían de ella<sup>398</sup>.

Además, tales oficiales, al no haber vivido la profesión militar desde los puestos inferiores, ni haber ascendido poco a poco, no tienen ningún respecto por sus subordinados, a los cuales consideran gente ruin y miserable, y tratan como a sus criados. En definitiva, los desprecian por su origen, cuando en realidad son mucho más virtuosos (en función de sus méritos y servicios). Esta sería una de las causas por las que hidalgos y caballeros no acudirían a servir en la milicia, pues los buenos soldados no deseaban verse humillados y despreciados por individuos incompetentes. De este modo, dejaron de asistir en las banderas del Rey Católico<sup>399</sup>. Además, la adopción de tales prácticas vendría a cuestionar uno de los mitos sobre el ejército hispano del siglo XVI: su función integradora, donde concurrían individuos de diferente condición y, más o menos quedaban “igualados”, gracias a sus méritos y servicios.

Tampoco hace ningún favor al real servicio el hecho de que las “ventajas” (gratificaciones extraordinarias) hubieran dejado de concederse a los que en realidad las merecen. Esto ha traído como consecuencia que muchos hidalgos y “gente de lustre” se apartaran de la milicia, como ocurría en tiempos del Gran Capitán y de Antonio de

---

destacadas son: HERNANDO SÁNCHEZ, C.J.: Castilla y Nápoles en el siglo XVI: el virrey Pedro de Toledo: linaje, estado y cultura (1532-1553). Valladolid, 1994. *El Reino de Nápoles en el imperio de Carlos V: la consolidación de la conquista*. Madrid, 2001.

<sup>398</sup> *Relación de algunas cosas cumplideras al servicio de S.M. acerca de la gente de guerra, por un vasallo de S.M., que ha residido 21 años en sus ejércitos*. S.f.,s.l. BN, Mss, 12.615. Fol. 160r.

<sup>399</sup> *Ibidem*. Fol. 160v.

Leyva. Pero también el pueblo ha dejado de encontrar atractivo el servicio militar, como demuestra el hecho de que cada vez se tardara más tiempo en finalizar las levadas<sup>400</sup>.

Para invertir esta situación, y que los soldados beneméritos encuentren motivaciones para el servicio, propone que tales ventajas no se concedan sino a quien acredite al menos cinco años de servicio, o hubiere llevado a cabo alguna acción distinguida antes de ese periodo de tiempo. En la misma línea, plantea que no se entregue el mando de presidios, fortalezas o castillos, a quien no hubiera servido un mínimo de 10 años (y que su edad no fuera inferior a 40 años)<sup>401</sup>. Según nuestro criterio, estas propuestas tendrían una clara finalidad: el intento de regular el binomio años de servicio-recompensas; es decir, que los profesionales de la milicia tuvieran la certeza de que, tras servir cierto número de años, tendrían una recompensa segura, a la manera de un contrato entre el monarca y sus militares. La adopción de iniciativas de ésta naturaleza podría constituirse en un buen medio para remunerar a quienes, con sus méritos, lo merecieran. Y lo que es aún más importante, permitiría vincular la carrera de las armas con la obtención de mercedes.

Otra de sus propuestas plantea la posibilidad de reservar los puestos de continos de la Casa Real<sup>402</sup> a los militares que acreditaran méritos suficientes (aunque en este caso no estipula los años que se debe servir para obtener una de estas plazas). Con esta opción, además, se podría solucionar otro de los problemas que en esos momentos se empezaba a detectar: el exceso de mandos en el ejército. Para evitarlo propone que la

---

<sup>400</sup> “(.....) Lo mismo que digo de la provisión de las compañías y cargos de guerra, se entienda del señalar de las ventajas, dándolas a los que las han servido y merecido muchos años, padeciendo trabajos, heridas y fríos, haciendo guardas y centinelas, y no como hartas veces se hace, que por favor dan ventaja a quien nunca sirvió ni pasó un mal día, ni sabe que cosa es guerra, de lo cual redundan gran daño y deservicio a S.M. Lo uno porque se da su hacienda a quien no le ha servido ni lo merece; lo otro, porque viéndolo los otros soldados que han sudado y están llenos de heridas, desmayan y pierden el ánimo para señalarse, y así se apartan de la guerra.” *Ibidem*. Fol. 161r.

<sup>401</sup> *Ibidem*. Fols. 161v y 165r.

<sup>402</sup> Esta unidad fue uno de los pocos vestigios que se conservaron de la anterior organización cortesana de la Casa de Castilla, tras la implantación de la etiqueta borgoñona. Su origen se encuentra en una guardia de escuderos a pie y a caballo creada en época medieval. Sin embargo, su antecesor directo fue una unidad de caballería, creada por D. Álvaro de Luna, condestable de Castilla, valido de Juan II y maestro de la Orden de Santiago, como cuerpo de guardia del rey y su familia. Pese a todo, estaban más vinculados a D. Álvaro que al propio rey, por lo que las Cortes de Tordesillas de 1421 trataron de disolverlos. Desde su origen estuvieron vinculados a la casa de Luna, de manera que los sucesores de D. Álvaro, ostentaron el título de capitanes de esta compañía. En cuanto a sus efectivos, durante el reinado de Juan II estaba formada por unos 1.000 jinetes, y con Enrique IV hasta los 3.600; finalmente, con Carlos I se reguló su número en 100 hombres, los cuales residirían en la Corte de forma permanente como guardia real, hasta su disolución en 1618, aunque parece que en 1551 fueron integradas en las Guardas de Castilla. SALAZAR Y ACHA, J. de: *La casa del rey de Castilla y León en la Edad Media*. Madrid, 2000. RUIZ BREMÓN, M.: “Los primeros Guardias Reales en España”, en: MARTÍNEZ-CARDÓS RUIZ, J.L. (Ed.): *La Guardia Real en su Historia*. Madrid, 2004. pp. 30-50. DOMÍNGUEZ NAFRÍA, J.C. “El rey y sus ejércitos (Guardas reales, continos, monteros y tropas de Casa Real del siglo XVII)”, en: GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (eds.): *Op. cit.* Vol. I. pp. 707-738.

Corona, a la hora de proveer las vacantes, se sirva de los militares que han obtenido un puesto de continuo. De este modo, el cargo sería cubierto por un sujeto con experiencia militar, al tiempo que dejaría una vacante en la Casa Real, la cual iría a parar a otro soldado benemérito<sup>403</sup>.

En último lugar, se declara partidario de que ningún militar, que en esos momentos estuviera recibiendo sueldo del rey, pudiera estar en la Corte. El autor denuncia una realidad que, con el tiempo se convertirá en un grave problema: el excesivo número de soldados que, en lugar de estar prestando servicio, se encontraban en la capital del Reino. Este hecho tenía perniciosas consecuencias para la imagen de la milicia, las cuales se reflejan en tres aspectos: operatividad militar, orden público y ejemplo al resto de la sociedad. No obstante, según nuestro criterio, lo que realmente llama la atención es el hecho de que tales problemas se denuncien tan pronto. Para el autor, esto se debe a malas elecciones de los puestos de oficialidad, pues con su ejemplo hacen que los soldados, a imitación de sus superiores, abandonen sus puestos y se dediquen a sus negocios particulares<sup>404</sup>.

El alférez Juan de Funes, en su obra sobre el empleo de sargento mayor, publicada en 1582, detectó los problemas inherentes a una mala selección de los oficiales. En ella, hace hincapié en las cualidades que deben tener, entre otros, el sargento mayor, el capitán y el alférez. Según su criterio, la experiencia es imprescindible para acceder al mando, no sólo por cuestiones operativas, “porque algunos que hay que dan las órdenes, si ellos las hubiesen de poner en efecto, no se si sabrían por donde principiar”, sino por la faceta ejemplarizante que ejercen sobre la tropa<sup>405</sup>. De esta forma, propone que los cargos de oficial se provean entre los soldados que acrediten mejores servicios, con lo cual se obtendrían dos beneficios: primero, realmente se recompensaría a quienes lo merecen; segundo, y más importante, al

---

<sup>403</sup> “(.....) Y de esta manera habría menos capitanes de los que hay, y más soldados. Porque como hacen hoy tantos capitanes de nuevo, en habiendo reformation de ellos, no quieren servir por soldados y piden mercedes. Y así se disminuye el número de soldados y crece el de los capitanes, y son tantos que no puede S.M. cumplir con todos, lo cual se excusaría si mandasen hacer la gente a los capitanes, ordinarios, y a falta de ellos, a los dichos continos de la Casa Real, y no criar cada vez capitanes de nuevo.” *Relación de algunas cosas cumplideras al servicio de S.M. acerca.....* Fols. 161v-162r.

<sup>404</sup> *Ibidem*. Fol. 161v.

<sup>405</sup> FUNES, J. de: *Arte militar en el que se declara que sea el oficio de sargento mayor, y que sea orden cuadrada y como se ha de caminar con una compañía de infantería, o con un tercio o ejército, o donde ha de ir la artillería, bagajes y carruajes, con otros avisos necesarios al dicho oficio, por el alférez (.....)*. Pamplona, 1582. Fol. 11v.

constatarse que las remuneraciones se conceden a los más beneméritos, el resto, a su ejemplo, se esforzaría para ser promocionado<sup>406</sup>.

Por otra parte, carga las tintas contra los escalones superiores de la profesión castrense (generales y maestros de campo), pues no prestan todo el cuidado que deben a una decisión tan importante como es la designación de los oficiales subalternos. Para Funes, lo ideal sería que aquellos remitieran al rey, o al Consejo de Guerra, una relación de los sujetos más aptos con vistas a su posterior ascenso. Es decir, que el aparato burocrático de la Corona tuviera más peso a la hora de promover a aquellos que acreditaran méritos suficientes, lo que implicaría disminuir la autoridad del alto mando en esta cuestión. Del mismo modo, su planteamiento acarrea una concepción negativa del criterio de los máximos responsables de los contingentes militares, la cual implicaría una falta de objetividad a la hora de cubrir las vacantes, pues los criterios profesionales no serían los más valorados, sino que las relaciones personales y clientelares coparían el proceso<sup>407</sup>.

Si consideramos acertado su diagnóstico, ¿podríamos deducir que muchos individuos con vocación militar, algunos de ellos segundones de las casas nobiliarias, cuyo objetivo final era la obtención de un empleo de oficial, no estarían dispuestos a servir en una institución donde, a pesar de realizar servicios distinguidos, se verían relegados por otros candidatos mucho menos aptos, pero mejor relacionados? En este sentido, no debemos olvidar que la opinión comúnmente aceptada nos ha pintado un cuadro en el cual, los vástagos de la nobleza encontraban atractiva la profesión militar porque tras servir un tiempo en los escalafones inferiores, eran promovidos a la oficialidad. Así, no sería descabellado pensar que, si se disolvía esta asociación, la carrera de las armas empezara a ser cada vez menos atractiva para ellos. No debía estar demasiado desencaminado el alférez Funes, ya que gran parte de sus denuncias se repiten en los años siguientes. De la misma manera, podemos conceder un alto grado de credibilidad a sus planteamientos, porque otros profesionales de la milicia también los comparten.

En cuanto a los nombramientos de los capitanes, Bernardino de Escalante critica por igual a los burócratas y a los militares (pues cuando se levantan nuevas compañías

---

<sup>406</sup> “Pues es tan necesario premiar los buenos cuanto conviene, y es justo, que se castiguen los malos. Porque una de las cosas que hace perder a los hombres el brío, y desmayar totalmente, es el estar satisfechos en sí, haber servido a su rey bien y lealmente, y nunca hallan quien les ayude a pasar adelante. Antes ven muchos que ha muy pocos días comenzaron a servir y se les hace mercedes; y esto es negocio que destruye totalmente los ánimos de los hombres, por buenos que sean.” *Ibidem*. Fol. 33r-v.

<sup>407</sup> *Ibidem*. Fol. 33v.

en España, los nombran miembros de los consejos de Estado y Guerra; mientras que si las vacantes se producían en los teatros de operaciones, los encargados de cubrirlas eran los generales y los virreyes), ya que en más ocasiones de lo deseable proveen estos empleos sin tener en cuenta a los soldados con más servicios. Tales prácticas, al igual que apuntaba Funes, solo pueden tener consecuencias negativas para el servicio a la Corona: malos oficiales, desazón entre los beneméritos, descrédito de la milicia y falta de atractivos para el servicio<sup>408</sup>.

Las soluciones propuestas por Escalante son, al mismo tiempo, muy sencillas en el planteamiento, pero la práctica casi imposibles de ejecutar. Se declara partidario de que los empleos de capitán no se concedan a los individuos que los pretenden en la Corte, sino que se centralice todo el proceso en el alto mando (al contrario que lo propuesto por Funes), porque su parecer siempre será el más autorizado para valorar quienes son los candidatos más a propósito para ello, siempre entre los alféreces más veteranos. También propone que el resto de los puestos de oficiales menores (sargentos y cabos de escuadra) se cubra de la misma manera, con lo cual aquellos individuos con vocación militar encontrarán motivos para servir<sup>409</sup>. Por el contrario, para proveer los puestos de sargento mayor y maestro de campo, se manifiesta a favor de que sea el rey, representado por los Consejos de Estado y Guerra (en una manera muy similar a la

---

<sup>408</sup> “Pues se ha visto muchas veces que algunos generales y virreyes, y aún consejeros, los han hecho (los nombramientos) con poca consideración. Proveyendo estas conductas en sus allegados y familiares, de que ha resultado daño a sus príncipes, y por entender esto, dejan muchos soldados valerosos de asistir en la guerra. Y cuando se hallan en ella, no obedecen ni respetan a sus oficiales, ni intentan hazañas ni empresas dificultosas, que suelen de ofrecer de ordinario, pareciéndoles que no han de ser honrados ni premiados por ellas, viendo que hombres de poca suerte, y bisonños sin ninguna platica ni experiencia, por sólo favor, les preceden en estos cargos que a ellos les eran debidos. Que es causa de que la milicia vaya muy decaída y de que tenga harta necesidad de ser reformada.” ESCALANTE, B. de: *Op. cit.* p. 161.

<sup>409</sup> “Podráse hacer esto fácilmente con proveer que, cuando se hubiere de levantar gente de nuevo, no se den conductas ni otros cargos a los que por medio de favores los estuviesen pretendiendo en la Corte, sino que den orden a los generales y virreyes y maestros de campo, que asisten en los ejércitos y en el gobierno de diferentes estados, que envíen relación de los alféreces más antiguos y pláticos en la milicia, y de mejor nombre que hubiere. Y que de los tales se haga elección de capitanes, y que con ellos traigan sargentos para alférez y caporales para sargentos, y de soldados con más experiencia para caporales; y que la misma orden guarden los virreyes y generales, de que no elijan por capitán a quien no hubiere sido alférez, y que los pagadores de los ejércitos y armadas no paguen ni asienten plaza a alférez que no haya sido sargento, ni sargento que no hubiese sido caporal, y que esto se guarde y cumpla por todos inviolablemente. Podráse hacer esto fácilmente con proveer que, cuando se hubiere de levantar gente de nuevo, no se den conductas ni otros cargos a los que por medio de favores los estuviesen pretendiendo en la Corte, sino que den orden a los generales y virreyes y maestros de campo, que asisten en los ejércitos y en el gobierno de diferentes estados, que envíen relación de los alféreces más antiguos y pláticos en la milicia, y de mejor nombre que hubiere. Y que de los tales se haga elección de capitanes, y que con ellos traigan sargentos para alférez y caporales para sargentos, y de soldados con más experiencia para caporales; y que la misma orden guarden los virreyes y generales, de que no elijan por capitán a quien no hubiere sido alférez, y que los pagadores de los ejércitos y armadas no paguen ni asienten plaza a alférez que no haya sido sargento, ni sargento que no hubiese sido caporal, y que esto se guarde y cumpla por todos inviolablemente.” *Ibidem.* p. 162.



apuntada por Funes), quien haga estas elecciones entre los capitanes más experimentados. Considera que si los nombramientos se hicieran por parte de los generales o los virreyes, no los proveerían en los individuos más a aptos, sino que recaerían en amigos o clientes; en definitiva sujetos sin experiencia, con las consecuencias negativas que tales prácticas acarrearán<sup>410</sup>.

Al igual que Diego de Salazar, Bernardino de Escalante se revela como un ardiente defensor del sistema de gratificaciones erigido por la antigua Roma, donde no sólo se recompensaba a quien lo merecía sino que, con esta motivación, se animaba a cualquier individuo, sin importar su origen, a emprender la carrera militar. Uno de los recursos que mejor utilizaron los dirigentes romanos fue recompensar, con propiedades en los territorios conquistados y la concesión de generosas pensiones, a los soldados veteranos, con largos años de servicios a sus espaldas, o a quienes habían quedado inútiles para el combate por las heridas recibidas. También se creyó conveniente honrar con estas mercedes a los hijos de los caídos en combate, lo cual, indudablemente, era un aliciente más para servir con las armas. Por otra parte, los romanos mostraron predilección por la concesión, a todos aquellos que se hubieran distinguido con las armas, de recompensas honoríficas, conocidas como coronas (de las cuales había diversas clases, conforme al mérito realizado<sup>411</sup>). También concedían a sus comandantes “collares de oro y plata, y manilas, bandas y cintos tachonados, y otras insignias y premios honrosos y privilegios y preeminencias, con que se honraban ellos y sus descendientes”<sup>412</sup>. En cuanto al carácter de estas prebendas, es imposible no hacer una analogía con los hábitos de las Órdenes Militares, pues su posesión confería al titular un prestigio indeleble ante el resto de la comunidad; del mismo modo, tenían un coste prácticamente nulo para la Real Hacienda. Así, no es de extrañar que la Corona viera en ellos un atractivo reclamo a la hora de intentar hacer atractiva la profesión militar.

---

<sup>410</sup> “(.....) eligen siempre para este cargo (los virreyes y generales) personas muy bisoñas, y del todo inhábiles, y que por no tener la autoridad y poder que se requiere, les pierden los capitanes muchas veces el respeto. Que por ventura, si hubieran tenido compañías como ellos, no se lo perdieran; y holgarían con más voluntad y obediencia de recibir las órdenes de ellos habiendo sido capitanes, que de quien saben que esperan a que les den plazas que ellos tienen por premios de sus servicios.” *Ibidem*. pp. 175-176 y p. 198.

<sup>411</sup> En primer lugar, estaban las obsidionales, para aquellos que, por su industria y valor, libraban algún ejército cercado. Las cívicas eran para quienes quitaban de extremo peligro algún vecino de Roma, y mataban al enemigo de cuyo poder le libraba. Las navales se concedían a los primeros que saltaban, en combate naval, a galera o nave de los enemigos. Las murales se daban a los que primero ascendían las murallas de una fortaleza enemiga. Finalmente, las castrenses estaban destinadas a los que acometían y entraban en primer lugar en los campamentos enemigos. Estas mercedes permitían a sus titulares un gran prestigio y reconocimiento en el seno de la comunidad, y podían cederlas a sus sucesores. ESCALANTE, B. de: *Op. cit.* p. 99-100.

<sup>412</sup> *Ibidem*. p. 100.

Otro de los autores más representativos de esta corriente interpretativa fue el capitán Marcos de Isaba. Según su experiencia, los hidalgos y los segundones debían recibir una atención preferente ya que constituían la piedra angular del dispositivo militar hispánico, y debían ser preferidos a la hora de cubrir los empleos militares vacantes, siempre y cuando acreditaran experiencia<sup>413</sup>. De la misma manera, coincide con Escalante cuando considera que los puestos de oficiales menores (hasta capitán), deberían ser proveídos teniendo en cuenta el criterio de virreyes y gobernadores, pues tienen más elementos de juicio que los burócratas de la Corte. Isaba considera que si esto se realiza correctamente el gran beneficiado será el rey, sobre todo por tres motivos: los puestos de oficial serían desempeñados por los que realmente lo merecen, los profesionales de la milicia encontrarían su oficio lo suficientemente atractivo para servir con dignidad, sin necesidad de andar mendigando favores en la Corte; y en última instancia, al proveerse las vacantes con estos soldados, no será necesario crear nuevas unidades sino reforzar las ya existentes, con el consiguiente ahorro en lo referente a nuevos oficiales<sup>414</sup>.

A principios del siglo XVII, el capitán Antonio del Corral reflexionó sobre los problemas que acuciaban a la profesión militar, y el estado de postración en el que, según su criterio, se encontraba. Considera que la mayor parte de los males se deben a que los puestos de la oficialidad recaen en individuos sin la suficiente preparación para su desempeño. Por ese motivo, tales empleos se deben cubrir, únicamente, conforme a criterios de carácter operativo, pues pocas cosas animaban tanto a la tropa, como comprobar que se escogía para el mando a aquellos soldados que mejor habían servido<sup>415</sup>. En última instancia, sus planteamientos vendrían a confirmar una de nuestras hipótesis: el estancamiento demográfico sufrido por la Corona de Castilla no explica por

---

<sup>413</sup> ISABA, M. de: *Op. cit.* pp.77-78.

<sup>414</sup> *Ibidem.* p. 78.

<sup>415</sup> “Pues de olvidar los beneméritos y anteponer los inexpertos, nacen grandes inconvenientes, en detrimento de la real corona y patrimonio de V.M., la total destrucción de sus estados y opresión de sus vasallos. Y el menor (aunque muy digno de consideración), es retirarse algunos del servicio de V.M. al fin de continuación de muchos años, no por faltarles deseo, sino estimulados y movidos por verse sin premio ni remuneración alguna de sus trabajos, fatigas, derramamiento de sangre. Siendo causa más viva y fuerte de esta precipitación considerar, y ver levantados y colocados a los que sin haber pasado por tales grados, ascienden a los a ellos tan debidos. Y sin haber sido discípulos, tienen autoridad, honor y mando de maestros; y a los que sin conocimiento y práctica de disciplina militar ocupan puestos de los profesores de ella, con que orgullosos y altivos ultrajan y menosprecian a los que habían de ser estimados y encumbrados. Lo cual procede (a mi parecer) de que como se hallan premiados sin méritos, tienen a los demás por de menos, contra los cuales se arman de artificio y falsa relación, de tal suerte que, con semejantes prevenciones, cada día quitan y usurpan a la virtud lo que es tan propio suyo, alcanzando dignidades, oficios y otras mercedes con universal admiración y nota.” DEL CORRAL Y ROJAS, A.: *Op. cit.* Fol. 1r-2r.

sí solo las cada vez mayores dificultades de la Corona para encontrar individuos dispuestos a alistarse en el ejército, sino que detrás de todo se encontraba una desacertada política de remuneración de los servicios prestados. En definitiva, sí había hombres dispuestos a servir en el ejército, siempre y cuando tuvieran certeza de que sus méritos serían premiados; mientras que, por el contrario, si los alicientes eran escasos sería casi imposible cubrir las plazas de las unidades militares<sup>416</sup>.

Uno de los puntos de coincidencia de todos los tratadistas militares que hemos presentado, alude a la ineludible responsabilidad que la Corona tenía en la situación a la que se había llegado. Sin embargo, también hay testimonios que minimizan su culpa, al tiempo que se arremete contra los cuadros superiores del escalafón militar. Según el conde de Carpiñano la principal culpable es la ambición desmedida de algunos generales, los cuales sirven más por su propio interés que por la gloria del rey. Apoya su argumentación mediante algunos ejemplos en los que las cabezas de los ejércitos, si el curso de la contienda les favorece, se muestran a favor de continuarla porque es un medio de fortalecer su posición y solicitar al monarca unas recompensas abusivas desde una posición de fuerza. En esas circunstancias la Corona es la principal perjudicada, ya que sea cual sea la decisión adoptada, agravará más el problema en lugar de solucionarlo, “pues no concediéndoselas [las mercedes] se disgustan y no hacen cosa buena, y si las alcanzan se vuelven soberbios y dañosos a los mismos príncipes que sirven”<sup>417</sup>. Pese a que sus impresiones puedan pecar de exageradas, lo cierto es que durante las décadas siguientes esta impresión se confirma, ya no solo entre el alto mando, sino también entre los oficiales intermedios y la tropa, quienes demandan mercedes muy superiores a los servicios prestados; e incluso se llegan a solicitar por anticipado.

A finales de la década de los 30, el sargento mayor D. Gregorio de Contreras<sup>418</sup>, que servía el empleo de sargento mayor de la milicia del partido de los prioratos de San Juan, la ciudad de Alcaraz y el campo de Montiel, se mostró partidario de conceder la

---

<sup>416</sup> “(.....) V.M. tiene sus Reinos llenos de soldados experimentados, valerosos y de buen celo en su servicio. Algunos, y muchos, retirados por verse sin puestos, sin esperanzas de premios de sus muchos y continuados trabajos. Eche V.M. mano de ello, sírvase ellos, que la virtud bien se puede y debe buscar, rogar y galardonar.” *Ibidem*. Fols. 29v-30r.

<sup>417</sup> LANARIO DE ARAGÓN, F.: Los tratados del príncipe.....*Op. cit.* pp. 58-59.

<sup>418</sup> D. Gregorio acredita haber servido desde hace 18 años, (por lo que empezó a servir en 1621), la mayor parte del tiempo en Italia. Dice inició la carrera de las armas desde el puesto de soldado, ocupando dos veces el empleo de alférez y el de capitán en el tercio de Lombardía, y posteriormente el de entretenido del general de la artillería de España, hasta llegar al de sargento mayor. *Dictamen sobre la mejora de la disciplina militar, por D. Gregorio de Contreras*. Consuegra, 15-1-1639. BN, Mss, 18.653, nº 39.

hidalguía a cualquier militar que alcanzara el empleo de capitán (tanto de infantería como de caballería), reivindicación que fue planteada unos años antes por fray Benito de Peñalosa. En este sentido, propone asociar dicho grado con la condición de hidalgo y, al mismo tiempo, que su posesión fuera suficiente para acreditar nobleza a la hora de solicitar un hábito, tanto si lo demanda para su persona, como si los peticionarios son sus sucesores<sup>419</sup>. Al mismo tiempo, como medida complementaria, sería recomendable conceder la hidalguía durante el resto de su vida a todo aquel soldado que, por méritos propios, hubiera ascendido hasta el empleo de sargento o alférez y deseara retirarse del servicio activo. En último lugar, se debería disponer lo mismo para cualquier militar que acreditara haber servido 20 años y, por diversas circunstancias, no hubiera alcanzado los referidos puestos<sup>420</sup>.

Enríquez de Villegas, influenciado por autores como Alonso de Barros, incide en el carácter contractual de la relación mérito-servicio. Pero en su caso va más allá y no muestra ningún reparo al afirmar que soldado y rey están vinculados por un compromiso, donde ambas partes tienen derechos y obligaciones. Sin embargo, según su experta opinión (no olvidemos que ha prestado servicio activo durante 30 años) el soldado únicamente tiene deberes, mientras que los incentivos inherentes a su profesión quedan en el olvido. Según su interpretación solo el militar cumple con su parte del acuerdo, mientras que la Corona ignora la suya<sup>421</sup>. Las quejas más frecuentes en ese sentido, se refieren a la poca puntualidad en la percepción de las pagas, la falta de promoción, el estado de desamparo de los profesionales de la milicia una vez han abandonado el servicio activo, o la poca atención prestada por la Corona a las viudas y huérfanos de todos aquellos que dejaron sus vidas en los campos de batalla<sup>422</sup>.

---

<sup>419</sup> “(.....) Que cualquier soldado que llegare al puesto de capitán de caballos o infantería, si no tuviere heredada nobleza, quede capaz en ella para tener hábito, y su patente sea ejecutoria para sí y sus descendientes.” *Ibidem*. Fol. 3v.

<sup>420</sup> “(.....) Que cualquier soldado que, por sus servicios, llegare al puesto de alférez, y con buenos papeles volviere a su tierra, reconocidos por tales en el consejo de la guerra, goce por su vida del fuero de hijodalgo; y asimismo el sargento. Y que el soldado que hubiere servido a S.M., por tiempo de 20 años, y su poca fortuna no le hubiere llegado a ser oficial, si volviere a su tierra con buenos papeles, aprobándolos el consejo de la guerra, que goce de fuero de hijodalgo por su vida. Pues quien ha gastado tanta parte de ella en el servicio de V.M., no es bien que quede en el estado ordinario que los demás de iguales padres, por haberse adelantado en su persona.” *Ibidem*. Fol. 3v-4r.

<sup>421</sup> “(.....) Cuando el soldado se alista, hace un tácito concierto con el príncipe a que va a servir, quedando el príncipe y el soldado obligados. (.....) Y supuesto que el soldado, pena de vida o nota de infamia, está obligado al puntual cumplimiento y exacta ejecución de todo, parece que también el príncipe está obligado al cumplimiento de la satisfacción del servicio que el soldado espera.” ENRÍQUEZ DE VILLEGAS, D.: *Op. cit.* p. 86.

<sup>422</sup> “(.....) El príncipe propone pagar al soldado, cada mes, el sueldo que le tocare para el sustento y aliño de su persona. Propone, conforme los años y la calidad de los servicios, irle mejorando en los puestos de la guerra. Propone, por los servicios particulares, darles honra y puesto en la república, conforme la

El marqués de Aytona justifica la escasez de voluntarios para servir en la milicia, pues se puede obtener estimación y honra por otras vías. En definitiva, si el ejercicio de la profesión militar no lleva aparejado el disfrute de unas mercedes propias y exclusivas, imposibles de obtener por otros caminos, cualquier intento destinado a recuperar su crédito tendrá pocas posibilidades de fructificar. De la misma manera constata un hecho injusto, que ha tenido gran trascendencia en la falta de prestigio de la carrera de las armas: los premios reservados a los militares (hábitos y encomiendas) están al alcance de personas ajenas a profesión; mientras que los destinados a los civiles, les están vedados<sup>423</sup>.

Pero en su pensamiento se encontraba dar un vuelco a la situación, colocando a los servicios militares por encima del resto. Su voluntad de cambio llegó hasta el extremo de proponer que, para ocupar cualquier puesto en la vida pública, se debía haber servido previamente cierto número de años en el ejército o la armada. Se trata de una idea procedente del mundo romano en el cual Aytona, como otros muchos autores, ve gran parte de las soluciones a los problemas de su tiempo. En lo tocante a este particular, los dirigentes romanos no permitían el acceso a un empleo al servicio del Estado, si antes no se había servido 10 años en el ejército. Sin embargo, su propuesta es algo menos severa ya que reduce el tiempo de servicio a 6 años. Según su criterio, éste sería un buen incentivo para que muchos súbditos se animaran a iniciarse en la profesión de Marte, pese a que no tuvieran vocación, pues la milicia sería vista como un paso previo para acceder a otros oficios. Esto era posible porque los méritos contraídos en la guerra eran apreciados por encima de cualquier otro, y porque no tenían ningún reparo en promocionar a individuos de bajos orígenes, si éstos habían acreditado buenos servicios<sup>424</sup>.

---

calidad de la persona y los servicios. Propone que, si saliere estropeado y de forma que quede inhábil para el servicio militar, da, conforme la calidad de la persona y mérito de lo que hubiere servido, con que poder vivir; señalando su sueldo en algún presidio u otra parte, o dando otro género de satisfacción. Y Propone, si muriere en el servicio, hacer merced a los sucesores, si los tuviere, y a la mujer y los herederos.” *Ibidem*. pp. 86-88.

<sup>423</sup> “(.....) Y no se les puede negar que ningún premio de los de otra profesión se da a la militar. Con que siendo más justo que de los premios de otras profesiones se diesen a la milicia, pues es la más sublime, ver que de los suyos es la que menos posee, ya se ve que desaliento y desestimación ocasionará, y que dificultad en aventurar tantas veces la vida por premios inciertos, con que es más de alabar el que haya algún soldado de valor que no admirar haya pocos; y como por el castigo se corrigen, es necesario que el premio y la esperanza los aliente.” MONCADA, G.R. de: *Op. cit.* pp. 4-5.

<sup>424</sup> “(.....) La monarquía romana floreció y se hizo señora del mundo son las armas, y con ser su primera estimación y haber tantos que voluntariamente las seguían, todavía lo afianzaban y aseguraban con no permitir se diese a nadie puesto en la república sin haber servido diez años. Este medio en estos tiempos fuera utilísimo, aun con menos rigurosa observación, ordenándose que no se admitiese a ningún oficio, puesto u ocupación de la república el que no hubiese militado seis años. Que con esto se aplicarán a la

Otra disposición, nacida de la experiencia romana, que ya fue apuntada por otros autores, supondría licenciar a quien hubiera servido durante al menos 20 años. Con esta medida, los soldados tendrían un incentivo más para acudir a las armas, pues en esos momentos, parece que la única forma de “pasar a la reserva”, era la de quedar herido e inútil para el combate<sup>425</sup>.

También mereció su atención la provisión de los empleos de la oficialidad. A este respecto, denuncia una realidad que se repetía con más frecuencia de la deseada: los oficiales sirven muy poco tiempo en sus empleos, y buscan ascensos rápidos, amenazando con abandonar el servicio si no se atienden sus reivindicaciones<sup>426</sup>. Para poner fin a estos abusos, mejorar la formación de los cuadros de mando, e incentivar el ascenso de los mejores, propone no ascender a quien no hubiera servido previamente “dos años enteros y parte del tercero” en el cargo anterior (por ejemplo, un alférez no podría ascender a capitán hasta que no hubiera servido ese tiempo con el puesto referido), salvo que hubiera realizado algún servicio distinguido que justificara su promoción anticipada<sup>427</sup>. Según su criterio, esto se debe a que la última palabra en las provisiones de los empleos no la tienen los generales de los ejércitos, sino los altos funcionarios del aparato burocrático. Esta práctica se ha demostrado más que lesiva para los intereses de la Corona, pues no tienen los conocimientos necesarios para valorar los méritos de los soldados, a diferencia de su general, que sobre el terreno puede emitir un juicio mucho más acertado<sup>428</sup>.

Circunstancias como esta no hacían más que socavar la imagen que el resto de la sociedad tenía de la carrera militar, pues cada vez estaba más establecida en la “opinión pública” la idea de que quienes arriesgan su vida en servicio del Estado, no reciben a cambio más que pobreza y carestía. Por ese motivo cada vez había menos individuos dispuestos a iniciarse en la milicia, y los que ya servían lo hacían, en la mayoría de los

---

milicia muy considerable número de gente, y aunque se puede decir que el que lleva intento de seguir otra profesión no seguirá con voluntad la milicia, todavía alguno se aficionaría a esta profesión, y los más servirían bien por alcanzar después mayores medras.” *Ibidem*. p. 35.

<sup>425</sup> “Los romanos, tan dignos de ser imitados, daban licencia los soldados de a caballo después de 10 años, a los de a pie después de 20, y a los pretorianos después de 16. y por no habérseles guardado este privilegio, algunas veces hubo motines en las legiones romanas. A cuyo ejemplo se debiera conceder (por lo menos a los 20 años de servicio) dando entonces licencia precisamente al que la pidiese.” *Ibidem*. p. 38.

<sup>426</sup> *Ibidem*. p. 46.

<sup>427</sup> *Ibidem*. p. 48.

<sup>428</sup> “(.....) Porque en la Corte no es tan fácil conozcan los ministros cuales son buenos o no, y cuales son a propósito para unos puestos u otros, con que no siempre las provisiones pueden ser tan acertadas, lo cual es al contrario en los ejércitos, donde el general conoce mejor sus soldados, con que se logran y se emplean mejor los puestos.” *Ibidem*. p. 139.

casos, a disgusto y buscando desertar a la menor ocasión. Según refiere Aytona, la situación ha llegado al extremo que soldados veteranos y oficiales reformados han abandonado las banderas del rey de España para entrar al servicio de otras naciones, e incluso al de los enemigos de los Habsburgo<sup>429</sup>. En cuanto a las soluciones planteadas para subsanar este problema destacan dos: en primer lugar, que los consejos no admitieran memoriales relativos a pretensiones que pudieran ser resueltas por los generales, y que se les autorizar a proveer todos los empleos conforme a su opinión<sup>430</sup>; el segundo remedio, ya apuntado por otros teóricos, consistiría en erigir una institución exclusiva para despachar las pretensiones de los soldados, la cual centralizaría todas las solicitudes y permitiría resolverlas de un plazo más breve<sup>431</sup>.

El capitán Montero de Espinosa introduce un nuevo argumento al debate de la remuneración de los servicios: la capacidad del rey, personal e intransferible, para gratificar a quien crea conveniente, tanto si ha llevado a cabo obras honrosas como si no. En este sentido, una de las principales novedades que aporta es su positiva valoración de un hecho que, intrínsecamente, tiene unas consecuencias lesivas para los intereses militares de la monarquía española: se acepta que no todos los militares son profesionales competentes, ni están capacitados para llevar a cabo grandes hazañas. Pues si todos fueran buenos servidores, dignos de alcanzar los más altos honores, el monarca perdería una de sus principales virtudes: la generosidad<sup>432</sup> (gratificar a sujetos que no han hecho ningún mérito para ello). Además, éstos soldados son necesarios, pues hacen brillar con más intensidad los buenos servicios<sup>433</sup>.

Por otra parte, el autor asume como algo natural, e incluso positivo, que un importante número de individuos nunca verían remunerados sus méritos, pese a ser merecedores de la gracia real. Al mismo tiempo hace de la necesidad una virtud, pues

---

<sup>429</sup> “(.....) y algunos se van a buscar partido en otras guerras. Y me han asegurado que por esta ocasión, los años de 1644, 45 y 46, se fueron a servir a venecianos, a Florencia y otras partes, más de 1.500 soldados viejos y 200 reformados, y muchos toman partido por nuestros enemigos.” *Ibidem*. pp. 151-152.

<sup>430</sup> *Ibidem*. pp. 140-141.

<sup>431</sup> *Ibidem*. pp. 155-156.

<sup>432</sup> “Controversia que fue de algunos vencida y de muchos ventilada, que el renombre más generoso del ánimo es hacer un beneficio sin esperar la recompensa, y que satisfacer un beneficio es la acción más justificada de la honra. Estas dos partes son las que encumbran la grandeza de un rey, pues cuando nuestro Felipe el Grande predomina en entrambas, ¿por qué si con quien sirve bien, muestra la una, te lastimas de que con quien sirve mal logre la otra? Honrar y alimentar a quien lo merece, es satisfacción; honrar y alimentar a quien no lo merece, es generosidad, luego le importa al rey que no todos los soldados sean buenos, porque si mereciesen todos, quedará sin ejercicio una de las más ínclitas virtudes que le adornan.” MONTERO DE ESPINOSA, R.: *Op. cit.* pp. 11-12.

<sup>433</sup> “(.....) ¿Para que le está bien en la guerra al bueno el lado del que no lo es? Para lo mismo que en las pinturas alegres, las molduras negras; no sólo consiste el renombre del bueno en los méritos con que le gana, si no es en la infamia del malo, que si los servicios fuesen iguales en los hombres, no siendo inhábil este, ¿cómo pudiera sobre salir aquel?” *Ibidem*. pp. 15-16.

considera que esta circunstancia encierra un beneficio para el Estado: pues si la Corona estuviera obligada a premiar a todos los que lo merecen, solo habría oficiales, lo cual podría degenerar en un problema de macrocefalia, como recogen algunos de autores de la época. Sin embargo, no parece que el exceso de mandos se deba a este hecho, sino más bien a que los ejércitos se forman con unidades nuevas, con sus propios jefes, y no mediante el envío de reclutas a las unidades ya formadas. Con todo, realiza un balance positivo del grado de preparación y cualificación de los profesionales de la milicia, pues se pueden documentar numerosos ejemplos de individuos que, comenzando a servir desde abajo, gracias a sus servicios, han ascendido hasta lo más alto del escalafón militar. De la misma manera, considera que la mayor parte de la tropa, gracias a su alto grado de preparación, estaría lista para asumir el mando<sup>434</sup>, sentencia que a todas luces parece exagerada.

Según nuestro criterio, los planteamientos expuestos por Montero de Espinosa constituirían un intento de reconducir, en beneficio de la Corona, una situación que de otra manera sería difícil de justificar, susceptible de ser criticada; en definitiva, intentar sacar partido de una circunstancia desfavorable. De la misma manera, podríamos estar ante una tentativa para hacer ver a los militares que no se disponían de suficientes prebendas para recompensar a todos, sin que el monarca renunciara a una de sus indefectibles prerrogativas. No podemos olvidar que por esos años, coincidiendo con las dificultades militares que tuvo que soportar la Monarquía Hispánica, traducidas en la pérdida de algunas de sus posesiones, afloró una corriente de pensamiento que trató de explicar esta situación con argumentos de carácter divino, o a minimizar las consecuencias enumerando los vastos territorios que todavía se conservaban.

El maestre de campo Juan de Medina incide en una de las denuncias más repetidas por los militares: que los puestos de mando no sean proveídos en sujetos cuyo único mérito es su origen o estar bien relacionados. Tal vez estas prácticas puedan ser lícitas en los ambientes cortesanos, pero no en la milicia, donde una mala elección ocasiona graves daños a los intereses de la Corona<sup>435</sup>. Nos encontramos ante otro

---

<sup>434</sup> “Y muchas, bien pudiera nombrarte infinitos soldados de fortuna que sin más favor que el de sus hazañas, están hoy ocupando las dignidades de la milicia, para crédito de sus naciones, y ejemplo de los que anhelan a ser más. Y puedo asegurarte que de todos los que están atrasados en los puestos, muy pocos los desmerecen. Pero si cada uno tuviese el cargo conforme los servicios, se redujera sólo a las primeras planas del ejército. Y así como no son fáciles las reclutas de este género, juzgo que deben llegar hasta cierto número las mercedes, para no hacer deforme el cuerpo de la armada, siendo más los que manden que los que obedezcan.” *Ibidem*. pp. 34-35.

<sup>435</sup> “(.....) verdaderamente no hay cosa que más haga desdeñar el ánimo de los soldados, que es ver dar los puestos a quien no lo ha servido ni merecido con justa causa, por lo cual no debe el general dar orejas



profesional de las armas que se declara admirador del modelo romano, donde los buenos soldados eran remunerados en virtud de sus servicios, sin tener en cuenta su origen<sup>436</sup>.

Otra de las corrientes intelectuales que abordó esta materia fue el arbitristo. Pese a que se abordan cuestiones relacionadas con la operatividad militar, motivadas por la mala provisión de los puestos de mando, se muestran más preocupados por las repercusiones sociales que tenía la ausencia de un sistema eficaz de recompensas, y cómo tal circunstancia apartaba del servicio a la Corona a un importante número de individuos. Por ejemplo, Alonso de Barros en un memorial escrito a finales del siglo XVI, pero publicado a principios la centuria siguiente, otorga a este asunto una importancia capital. Al igual que muchos profesionales de las armas que plasmaron sus reflexiones en papel, Barros también se integra dentro del grupo de apologistas del modelo adoptado por Grecia y Roma, donde individuos de baja cuna llegaron a lo más alto gracias a sus méritos. Pero lo más llamativo de su planteamiento se encuentra en la alabanza del sistema de gratificación de los servicios de uno de los enemigos seculares de la monarquía española: el Imperio Otomano. Pues allí los méritos personales son lo más importante a la hora de los ascensos en el escalafón militar, así como en la promoción social del individuo<sup>437</sup>.

De la misma manera, esboza un pensamiento que, con el transcurrir del tiempo, tendrá una gran repercusión: la consideración de que la nobleza francesa emprendía la carrera de las armas porque los monarcas borbónicos ofrecían grandes remuneraciones a cambio, no solo militares, sino también civiles. Y al contrario, gran parte de la apatía de la sociedad castellana, en general, por las armas, y la nobleza en particular, se debe a la falta de incentivos<sup>438</sup>. Consideramos que tras sus palabras se desprende una cierta autocrítica de la sociedad de su época, ya que los servicios de los militares no son valorados por el conjunto de la comunidad como hubiera sido deseable, responsabilidad que recae sobre todos. Además, aporta un nuevo punto de vista en la naturaleza de la

---

a los favores y ruegos, porque no podrá hacerlo sin grandísimo detrimento de su reputación y del servicio de su rey.” MEDINA, J.de: *Op. cit.* pp. 369-371.

<sup>436</sup> *Ibidem.* pp. 371-373.

<sup>437</sup> “Los príncipes de la casa otomana tuvieron su principio humilde y bajo, y siempre se han ido mejorando y dilatando su monarquía. Y la causa que algunos dan para ellos es porque honran y pagan a sus soldados más que ninguna otra nación. Paganlos en paz y en guerra, y de tal manera los honran, que no dejan de gozar de nobleza en todos sus reinos a ninguno que no sea soldado o criado suyo. Pero los soldados son a quien les están señalados premios y recompensas de sus servicios, y a todos se les da por la muestra de su valor o ingenio, a los unos honrosos cargos militares, y a los otros gobiernos de ciudades y provincias, y a los impedidos y viejos, tenencias de castillos o corregimientos; de manera que por un camino o por otro, hay paga señalada, respecto de los servicios, edad y calidad de cada uno.” BARROS, A. de: *Reparo de la milicia y advertencias de (.....)* S.f., s.l. Fol. 1r

<sup>438</sup> *Ibidem.* Fols. 1r-2v.

remuneración de los servicios: la concibe más como un contrato que como una gracia real, es decir, los méritos contraídos en la guerra deberían llevar acarreados, por si mismos, una serie de prebendas, sin necesidad de entrar en largos procesos burocráticos<sup>439</sup>. En suma, que los soldados se dediquen, exclusivamente, a su profesión, a combatir, y no a mendigar y a suplicar.

De este modo, propone conceder una serie de recompensas, siempre de carácter honorífico, sin coste para las finanzas regias, estipuladas en función de los años de servicio. Una de ellas, de forma muy acertada, buscaba utilizar el atractivo que, para una gran parte de la sociedad, tenían dos situaciones de la vida cotidiana: la ostentación en el vestir y la fascinación por las armas (sobre todo la espada). Para ello sugirió que ninguna persona (incluidos los nobles) pudiera llevar plumas en su sombrero si no hubiere servido antes cuatro años en la guerra. De la misma manera, para tratar de excitar los ánimos hacia la profesión de Marte, plantea que sean de diferentes colores, según el mérito contraído, y que pudieran ser acumulables<sup>440</sup>. En cuanto a las armas, se declara partidario de que nadie, en tiempo de paz, pudiera llevar “espada dorada”, sin haber servido previamente 10 años en la guerra. Por último, sugiere que para animar a los oficiales se les conceda una medalla o retrato del rey, “unos de metal, otros de plata, otros de oro”, en concordancia con los méritos contraídos; poniendo en el reverso, “una nave el que hubiere servido en el mar, y un ejército de gente el que hubiese servido en la tierra. Y todo junto el que todo lo hubiese hecho, con el número de los años que hubiese servido, con aprobación y licencia de sus generales”<sup>441</sup>. La alusión a estas mercedes honoríficas es el paso previo para demandar que, tanto encomiendas como hábitos de las Órdenes Militares se dirijan, si bien no en su totalidad, al menos en parte, a recompensar a los soldados más beneméritos. Sin embargo, en lo referente a este apartado, las cosas ya no están tan claras como en las líneas anteriores, pues no codifica de la misma manera el modo en que deben ser concedidas (no estipula los años de

---

<sup>439</sup> “(.....) Y es mucha la obligación que tenemos de ayudar y dar mano a los que, como los soldados, emplean su vida. Procurando cada uno, por su parte, que la milicia sea honrada en general, y favorecidos y pagados sus ministros en particular, pues no es gracia que se les hace, sino paga de deuda que se les debe.” *Ibidem*. Fol. 2v.

<sup>440</sup> “En esto podría haber muchas diferencias de premios, así en los colores como en la cantidad de las plumas, señalando la verde para el que primero sirviese en la muralla o batería; y la blanca para el que ganase bandera de enemigo, y la amarilla para el que prendiese centinela ajena. Y las demás para otros efectos, de manera que el que trujese tres colores, o tres plumas, hubiese hecho tres cosas notables, a imitación de los húngaros y suizos, que ponen tantas plumas en el bonete cuantos son los turcos que han muerto, hasta llegar a poner una ala entera de garza, que es la suma de valentía.” *Ibidem*. Fol. 3r.

<sup>441</sup> *Ibidem*. Fol. 3r.

servicio necesarios para acceder a ellas), lo cual implicaría dejar fuera a un importante número de profesionales de la milicia.

Su diagnóstico sobre dicha cuestión es bastante cabal y, sobre todo, ofrece un punto de vista mucho más pragmático, pues es consciente de que de la resolución de este problema depende gran parte del futuro de la monarquía española. Toda su reflexión parte de un hecho evidente: si no se ofrecen atractivos tangibles, inmediatos, muy pocos sentirán inclinación a comenzar y/o continuar la carrera de las armas. Esos incentivos podían ser de dos categorías: o bien la Corona se comprometía a entregarles su estipendio de manera regular, al igual que se haría con un trabajador ordinario; o se reservaban hábitos y encomiendas para remunerar a los soldados, “pues por eso no van de tan buena gana a pelear como irían si supiesen que ya las encomiendas no se alcanzan en solo virtud de sangre heredada, si no va mezclada con la propia”<sup>442</sup>.

Pero en una nueva muestra de sensatez, es consciente de que en las actuales circunstancias no era posible destinar, en exclusiva, hábitos y encomiendas de las Órdenes Militares a los profesionales de la milicia, pues eran unas prebendas codiciadas por otros individuos, sin ningún vínculo con las armas. Ante la imposibilidad de conseguir un objetivo tan ambicioso, mejor era plantearse metas más asequibles. Para ello, propuso que las encomiendas fueran divididas en dos categorías. La primera de ellas para recompensar a cortesanos y, en general, servicios realizados al margen del ejército, las cuales se denominarían “encomiendas de paz”. Mientras que la otra mitad se reservaría para gratificar a militares con servicios distinguidos, o que acreditaran largos años de servicio (sin concretar un número), y se conocerían como “encomiendas de guerra”. En un principio, los civiles no podían optar a las encomiendas de los soldados, ni viceversa. No obstante, se dejó una puerta abierta a que, siempre por servicios prestados con las armas, los criados de las casas reales optaran a las “encomiendas de guerra”, tal y como sucede en Portugal donde, según el criterio del autor, era habitual que los titulares de los oficios palatinos se animaran a realizar hazañas bélicas, con la esperanza de obtener una de estas prebendas<sup>443</sup>. Pese a todo, se buscaba que estas dádivas fueran utilizadas para gratificar al mayor número posible de soldados. El remedio planteado consistía en reservar la quinta parte de la renta total de las encomiendas militares para recompensar actos virtuosos. Con los ingresos generados por esta exacción, se instaurarían premios de 50 ducados cada uno, acumulables entre sí,

---

<sup>442</sup> *Ibídem*. Fol. 5r.

<sup>443</sup> *Ibídem*. Fol. 4r.

que irían a parar a aquellos militares que hubieran realizado algún hecho digno de consideración<sup>444</sup>.

El atractivo de su propuesta reside en el hecho de ser llamativa, al mismo tiempo, tanto para aquellos individuos que desean mejorar su posición a través de la profesión de las armas (que en esos momentos no se decidían a hacerlo por la falta de incentivos), como para quienes ya se encuentran en una posición elevada (teóricamente sin nada que demostrar), y buscan engrandecer su linaje con sus propias obras. En definitiva, no concibe otro método para recuperar la estimación de la milicia, y que los súbditos se animen a sacrificarse por su rey, que los premios destinados a los profesionales de la milicia, vuelvan a ser para ellos<sup>445</sup> (a pesar de que reserva parte de las encomiendas para los cortesanos, lo que implica una contradicción en si misma). Por lo cual, no deja de sorprenderle al autor el hecho de que la Corona no utilice este inmenso caudal para remunerar a sus mejores servidores, los militares, máxime cuando la Real Hacienda no se ve cargada por ello<sup>446</sup>.

Finalmente, propone que se nombre un “protector o defensor de los soldados”, “persona principal”, con experiencia militar y contactos en el ámbito burocrático, para que se ocupara de servir de intermediario entre los militares y los consejos. Este “protector”, con residencia en la Corte, se encargaría, en primer lugar, de valorar si las pretensiones eran acordes a los méritos presentados y, en caso positivo, de iniciar los trámites que conducirían a su posterior concesión; o por el contrario, de disuadirlos si no encontraba una correlación entre servicios y mercedes solicitadas. Todo ello con el objetivo de que los profesionales de la milicia perdieran el menor tiempo posible en tales trámites, y continuaran sirviendo<sup>447</sup>.

Otra de sus misiones sería la de amparar y recompensar a todos aquellos que hubieran quedado inútiles para el servicio por enfermedad, vejez o heridas en combate. En este sentido, eran frecuentes las quejas de los militares respecto al desamparo y

---

<sup>444</sup> *Ibidem*. Fol. 4v.

<sup>445</sup> Compartimos lo apuntado por Fernández Izquierdo, cuando constata la existencia de un sistema de recompensas idéntico para civiles y militares, y se echa de menos la articulación de un mecanismo de remuneración de los servicios prestados, específico para los profesionales de la milicia. FERNÁNDEZ IZQUIERDO, F.: “Las órdenes de caballería hispánicas.....” *Op. cit.* Tomo II. p. 863.

<sup>446</sup> (.....) Con estos premios, y otros semejantes, servirían todos de muy buena gana. Y S.M. no habría puesto nada de su casa, ni es justo que lo ponga, ni aunque lo pusiese, le bastaría a cumplir con tantos como son los que en la guerra se ocupan, ni hay príncipe tan poderoso que lo pueda hacer, sino es repartiendo entre ellos lo que ellos propios hubieren ganado. Que es un género de granjería la mayor que tienen el mundo, porque el soldado que deba su esperanza en la seguridad del premio, fácilmente aventura la vida, donde piensa que ha de haber ganancia.” BARROS, A.: *Op. cit.* Fol. 6r.

<sup>447</sup> *Ibidem*. Fol. 6r-v.

abandono que sufrían quienes no podían continuar con su actividad, condenados a la mendicidad y al ostracismo, según atestiguan los testimonios de la época. Esta circunstancia tenía unas lesivas consecuencias para el servicio militar. La más dañina hacía referencia al efecto disuasorio que tenía a la hora de encontrar nuevas vocaciones, y a presentar la profesión de las armas como algo atractivo. Ante este panorama tan desalentador, era comprensible que muy pocos súbditos desearan servir en una institución que no recompensaba sus servicios y, además, tenía reservado un futuro nada halagüeño para sus integrantes<sup>448</sup>.

Junto con la mejora de las condiciones de vida de los militares retirados, reivindicó su papel en el seno de la sociedad, pues su experiencia podía ser puesta al servicio de la república, donde demostrarían su utilidad. En concreto, propone utilizarlos como instructores de los nuevos reclutas, o como inspectores de las fortificaciones para elaborar informes sobre sus deficiencias, con vistas a ulteriores reparaciones. Para ello, sería conveniente instituir una serie de “casas de la milicia” a lo largo del litoral peninsular (la zona más vulnerable a un ataque exterior), en cada una de las cuales residirían cuatro ex militares. Todos estos establecimientos estarían bajo el mando del “protector de los soldados”, quien se encargaría de proveer las vacantes que existieran en ellas, así como los fondos necesarios para su mantenimiento, cifrados en 250 ducados anuales<sup>449</sup>.

Con el cambio de centuria los problemas se agudizan, pues los testimonios de los coetáneos hacen hincapié en aspectos ya planteados con anterioridad. Cristóbal Pérez de Herrera, uno de los autores más paradigmáticos de la corriente arbitrista, habla con conocimiento de causa, pues dice que ha “andado 14 años entre ellos [los militares]”, y ha sido testigo de las dificultades que padecen los soldados (ha servido como protomédico de las galeras de España). Las propuestas de Pérez de Herrera, enunciadas en torno a 1610, se insertan en un proyecto mucho más amplio, cuyo objetivo final era buscar una solución al problema de la pobreza, la cual suponía una carga para el resto de la comunidad. Sin embargo, esta realidad podía ser alterada si se desarrollaban políticas para el reciclado de estos individuos sin ocupación; en concreto, para atraerles al servicio en los ejércitos y armadas de la monarquía española. Dentro de

---

<sup>448</sup> *Ibidem.* Fol. 6v.

<sup>449</sup> *Ibidem.* Fols. 7r-8v.

este designio, cobraba una especial trascendencia el vincular a los niños abandonados y sin hogar hacia el real servicio<sup>450</sup>.

Para el caso que nos ocupa, su objetivo es que la carrera de las armas se vea favorecida y protegida por el rey, con vistas a que los súbditos se animaran a servir. Para ello propone que se instituya en la Corte una especie de “asociación o congregación”, a la manera de lo formulado por Alonso de Barros. Sin embargo, Pérez de Herrera ofrece un proyecto más amplio, mejor estructurado y definido. Tal institución estaría compuesta por 13 soldados veteranos, de calidad y hacienda, los cuales tendrían que elegir cada año un “protector general de la milicia” y “dos diputados”, cuya misión sería amparar y favorecer, conforme a los méritos aportados, el despacho de todos aquellos militares que acudían a la Corte a solicitar mercedes por sus servicios. Además, estarían facultados para conceder alguna ayuda de costa, con cargo a los fondos de la “congregación”, a quienes consideraran más aptos, mientras duraran los trámites administrativos. Sin embargo, la meta final era que los soldados no tuvieran que desplazarse a Madrid para reclamar los premios correspondientes a sus años de servicio. Así, se satisfaría una de sus principales reivindicaciones: que los soldados no se arruinarán en la Corte mientras se toma resolución en cuanto a sus pretensiones, ni vagabundearán por ella, con los problemas de orden público que todo ello acarrearba<sup>451</sup>.

Del mismo modo, en concordancia con lo apuntado anteriormente por otros autores, se hace eco del cambio acontecido en la “opinión pública” en cuanto a la concepción del soldado, pues en esos momentos, “la gente vulgar piensa que decir soldado es decir disolución y libertad”. No obstante critica a todos aquellos que consideran cierta esta apreciación, a la vez que reivindica al soldado y la profesión militar como la más honrosa, digna de alabanza y susceptible de ser remunerada.

Pérez de Herrera critica, de manera indirecta, que los militares (quienes se sacrifican en defensa de la reputación del rey y de la religión católica), no tengan premios ni honras tras largos años de servicio; mientras que eclesiásticos y burócratas pueden llevar una vida digna tras abandonar su actividad profesional. Para evitarlo, se muestra partidario de instituir alguna especie de pensión para todos aquellos soldados que no pudieran continuar sus servicios. Con estos incentivos la profesión militar recuperaría su prestigio, habría numerosos súbditos dispuestos a emprender la carrera de

---

<sup>450</sup> PÉREZ DE HERRERA, C.: *Op. cit.* Fols. 3r-4v.

<sup>451</sup> “(.....) en esta Corte he visto pedir limosna a algunos que delante de mis ojos les vi llevar de balas las piernas y brazos, y pelear con mucho valor y ánimo. Y otros que hay en otra partes, con grandes necesidades, por haber quedado inútiles y sin remedio ni favor humano.” *Ibidem*. Fol. 5r-v

las armas, y sobre todo, que muchos “hombres principales” deseen que sus hijos se inicien en ella, con la certeza de que sus servicios serán remunerados y preferidos a otros<sup>452</sup>.

Otra de sus propuestas hace referencia a la erección de una “casa del amparo de la milicia”, dirigida por la “congregación” anteriormente mencionada. Para su puesta en marcha, el autor propone que se financie con cargo a las siguientes rentas: los ingresos procedentes de la venta de algunos oficios, la parte que le correspondía al monarca de todas las presas que los corsarios hicieren (el quinto real), o de alguna merced concedida por el consejo de Indias (¿por qué este consejo?). Y si estos medios no fueren suficientes, se podría obtener el resto mediante una contribución general, en forma de limosna, por parte de los militares. El objetivo de esta institución sería velar por todos aquellos soldados inútiles para el servicio, para que puedan vivir con decoro, sin necesidad de recurrir a la mendicidad.

En cuanto a las gratificaciones, las divide en dos categorías: “recompensas” y “remuneraciones”. Las primeras quedaban reservadas a los “soldados ordinarios”, para los cuales contempla la opción de concederles alimento diario, alojamiento en un hospital y 12.000 maravedíes anuales (unos 32 ducados) para gastos. Dichos militares estarían bajo la supervisión de un administrador (nombrado por la “congregación”), el cual tendría que ser un militar retirado, que velaría por el buen funcionamiento de la institución, con facultad de expulsar a quien infringiera las normas de comportamiento. Para comprobar la viabilidad de su propuesta propone que, en un primer momento, se constituyan 150 de estas “recompensas”, susceptibles de ser ampliadas conforme se dote de mayores fondos a la “casa del amparo de la milicia”<sup>453</sup>.

Pérez de Herrera, al igual que Alonso de Barros, no contempla que estos soldados retirados lleven una vida ociosa. La misión que estaban llamados a desempeñar era la de instruir en el arte militar a los niños sin hogar. No olvidemos que el autor busca atraer hacia la profesión de las armas al mayor número posible de niños abandonados, para que sirvan tanto en el ejército como en la armada, todo ello inserto dentro de un proyecto general de establecer albergues: uno para militares retirados, otro para niños huérfanos y otro para pobres y mendigos<sup>454</sup>.

---

<sup>452</sup> *Ibidem*. Fols. 7r-8r.

<sup>453</sup> *Ibidem*. Fol. 9r.

<sup>454</sup> *Ibidem*. Fol. 10r-v.

En cuanto a la segunda categoría, las “remuneraciones”, en un principio se contemplaba establecer un centenar, las cuales se dividirían en tres categorías: 40.000, 80.000 y 120.000 maravedíes cada una, para remunerar a los oficiales (capitanes, alféreces, sargentos) y “gente principal”. Únicamente se concederían a los sujetos más beneméritos, que acreditaran haber realizado servicios distinguidos y una conducta intachable, y hubieren quedado inútiles para el servicio o, aun estando sanos, atestiguaran 25 años de servicios continuos (incluso siendo soldados ordinarios), los cuales siempre serían elegidos por mayoría entre los miembros de la “congregación”<sup>455</sup>.

Según nuestro criterio, la principal deficiencia que se puede achacar a su propuesta es el escaso número de estas prebendas: 250 en un primer momento, si bien plantea la posibilidad de aumentar su número en caso de contar con los fondos necesarios para ello. Con todo, si tenemos presente el número de militares que combatían bajo las banderas de la Monarquía Católica, tal cifra se antoja más que exigua. Por otra parte, su planteamiento no erradica la raíz del problema pues, en última instancia, la concesión de “recompensas” y “remuneraciones” quedaría en manos de terceras personas (tal y como estaba sucediendo en esos instantes). El único cambio acontecido, se referiría a los encargados de deliberar sobre los hipotéticos receptores de la gracia real, que serían militares profesionales; los cuales, en teoría, tendrían un criterio más acertado para concederlos a los más aptos. Pero no olvidemos que, en suma, el factor humano seguía estando muy presente y, por lo tanto, susceptible de ser influenciado de muy diversas maneras. En definitiva, podríamos concluir que la solución ideal sería una especie de “contrato”, entre el poder real y los militares, donde las mercedes fueran concedidas de manera regulada.

Por otra parte, Pérez de Herrera se suma a la corriente de apologistas del modelo romano, como el espejo en el que mirarse, en lo concerniente a la consideración de lo militar y de sus profesionales. Entre los ejemplos que extrapola de Roma clásica, se encuentra lo acontecido con Emérita Augusta (Mérida), la cual fue reservada para todos aquellos militares, tanto oficiales como soldados que, o bien ya no podían continuar sus servicios, o habían servido durante largo tiempo y deseaban jubilarse<sup>456</sup>. Otro aspecto en el que se debería imitar a Roma, ya apuntado, es en la concesión de recompensas honoríficas a quienes hubieran realizado servicios distinguidos en la guerra, o que hubieran servido durante largo tiempo, con el objetivo de que fueran reconocidos y

---

<sup>455</sup> *Ibidem*. Fol. 10r-v

<sup>456</sup> *Ibidem*. Fol. 11v



admirados. Así, plantea que se haga algo similar con los soldados acogidos en esta “congregación”<sup>457</sup>, pues junto con su función remuneradora, servirán como acicate a los demás para que se animaran a servir.

En cuanto a la financiación de esta “casa del amparo de la milicia”, entre otras medidas, Pérez de Herrera comparte lo apuntado por otros tratadistas: los premios de carácter militar deben ser destinados a retribuir estos servicios, en clara alusión a las encomiendas y los hábitos de las Órdenes Militares. De este modo, propone que se destine una cantidad sin especificar, consistente en el 20-25% de las rentas de las encomiendas vacantes, o el 5% de todas las que se provean a partir de ese momento (para lo cual se debe pedir permiso al Papa), pues tales prebendas fueron instituidas para recompensar servicios exclusivamente militares. En segundo lugar, que se destinen a este proyecto un 25-33% de las medias anatas de los beneficios curados (es decir la mitad de los ingresos del primer año), que no estuvieren vinculados a monasterios o iglesias. A pesar de las posibles suspicacias que podría levantar esta práctica, pone como ejemplo el caso de Portugal, donde es habitual la utilización de rentas eclesiásticas para recompensar a los soldados<sup>458</sup>. En tercer lugar que se pida al Papa que, a través de su colector, recaude un donativo (limosna) de carácter general, cuyo producto se destine a este fin.

Otra forma de financiación tiene como protagonista a los hábitos de las Órdenes Militares. Se trataría de que todos aquellos individuos honrados con un hábito, hiciera una “donación” de 50 ducados para costear los gastos de la “casa del amparo de la milicia”, con cargo a los derechos de la merced. Pero también propone que entreguen alguna suma todos los virreyes, capitanes generales, maestros de campo, coroneles, capitanes, sargentos mayores, y los demás “ministros y oficiales de guerra de tierra y mar”, en proporción a su sueldo, al tiempo que se despachan sus títulos y patentes<sup>459</sup>. En última instancia, considera conveniente que la Corona sea nombrada heredera universal

---

<sup>457</sup> “(.....) que los soldados traigan una banda roja de tafetán con flecos de seda del mismo color. Y los capitanes y oficiales, las traigan también de la misma manera, con los cabos y flecos de oro, porque todos ellos sean estimados y conocidos por hombres jubilados en la guerra, pues da indicio de haber servido mucho tiempo, o haberse visto en grandes peligros en defensa de la Fe Católica.” *Ibidem*. Fol. 12r.

<sup>458</sup> “(.....) pues en el reino de Portugal se fundaron encomiendas o tenzas de los hábitos de Cristo, y otras de beneficios curados o simples, con obligación de servir en las fronteras que en África aquel reino tiene, algún tiempo, los caballeros portugueses que las alcanzaren; y a quien se les hace merced de ellas, lo cual hacen con mucho valor, peleando y escaramuzando con los moros vecinos muy de ordinario.” *Ibidem*. Fol. 13r-v

<sup>459</sup> *Ibidem*. Fol. 14v.

de todos los bienes de los soldados que muriesen sin hacer testamento, y que los destine a la financiación de esta obra<sup>460</sup>.

Pedro de las Cuevas es otro de los autores que se declara partidario de erigir una institución destinada a favorecer y amparar a los militares. En este caso, sus esfuerzos se dirigen hacia los soldados que vienen a la Corte a solicitar mercedes. Para ello propone al rey que instaure una “Real casa de milicia y obra pía”, al mando de un administrador, auxiliado por un teniente, donde estos profesionales de la milicia llegados a Madrid (siempre con licencia de sus superiores), puedan alojarse y llevar una vida digna mientras se resolvían sus solicitudes. Otro de sus objetivos era poner fin al ejemplo negativo que tienen estos militares empobrecidos para la consideración y estimación de la milicia, pues su ejemplo disuade a un importante número de individuos de alistarse en los ejércitos del Rey Católico. Tampoco podemos ignorar los problemas de orden público que originaban estos militares, así como la creciente preocupación que suponía tener a un grupo armado y violento merodeando por la Corte<sup>461</sup>.

En cuanto a la manera de aprestar los fondos necesarios para su puesta en marcha, propone utilizar tres figuras fiscales de carácter extraordinario: recaudar un real de todas las multas (“sentencias pecuniarias”) impuestas en aquellos lugares cuya población superara los 500 vecinos<sup>462</sup>, gravar con dos maravedíes las consumiciones efectuadas en los bodegones<sup>463</sup> (tal y como se hace en otros lugares), y en tercer lugar, instaurar un impuesto sobre los coches de caballos, cuya cuantía sería de dos reales y medio diarios, el cual también se destinaría al sustento de esta casa<sup>464</sup>. Con ello se ayudaría a solucionar el problema del exceso de carruajes en la Corte, lo cual supondría incrementar el número de equinos disponibles para su uso militar, y la revitalización del

---

<sup>460</sup> *Ibidem*. Fols. 14v-15v.

<sup>461</sup> “Pues no es justo que la nobleza de España consienta que tan honrosa milicia se vea con tanta desnudez, hambre y desestimación en esta Real Corte, mendigando públicamente por monasterios, casas y calles, como es notorio, de que entre extranjeros y otras muchas personas hay gran nota.” DE LAS CUEVAS, P.: *Discurso y arbitrio de (.....) a S.M.* S.f., s.l. Fol. 1r.

<sup>462</sup> *Ibidem*. Fol. 1r-v.

<sup>463</sup> “Que por cuanto en Génova, Florencia, Alemania, y otras partes, es uso y costumbre que cualquiera persona que entra a comer en las hosterías, que acá en España llaman estados o bodegones, demás del gasto que cada uno hace, paga siempre dos dineros más por el servicio que llaman de sal y manteles, y lo demás necesario. Lo mismo puede hacer V.M. mandar se haga en los dichos lugares referidos, donde hubiere los dichos estados o bodegones, que cada persona que entrare a comer en ellos, demás del gasto que cada uno hiciere, pague dos maravedíes tan solamente, por el dicho servicio, que por ser una cosa tan mínima y aplicada a la dicha obra pía y bien común de todos, lo pagarán de buena voluntad.” *Ibidem*. Fol. 1v.

<sup>464</sup> “(.....) y que la persona que quisiere tenerle (coche de caballos), así hombre como mujer, le haya de registrar cada seis meses ante el dicho administrador o su teniente, con obligación de dar dos reales y medio cada día para el sustento de un soldado en la dicha casa real de milicia, todo el tiempo que tuviere coche.” *Ibidem*. Fol. 1v.

arma de caballería. Según sus cálculos, con lo ingresado durante dos años se podrían dotar fondos suficientes para auxiliar a 150 militares (cifra a todas luces exigua). Estas asistencias serían distribuidas en 5 grupos, cada uno de los cuales acapararía 25, correspondientes a los diferentes destinos donde asistían: Flandes, Italia, Armada Real, presidios de España, Carrera de Indias. Mientras que las 25 pensiones restantes se reservarían para las mujeres de los soldados que acudían a la Corte a hacer valer sus pretensiones por los servicios de sus maridos<sup>465</sup>.

A pesar de que su propuesta encierra un alto grado de coherencia, y atestigua un notable conocimiento de la situación, consideramos que, al igual que el arbitrio de Pérez Herrera, se revela insuficiente para ofrecer una solución definitiva a las graves deficiencias existentes en ese sentido, y no sería más que una solución de circunstancias. De la misma manera, su propuesta implicaba un cambio radical en la manera de despachar las peticiones de los militares, pues la “casa de la milicia” estaba destinada a jugar un activo papel en esta materia. Conforme los nuevos métodos que buscaba implantar, el soldado, al llegar a la Corte, tendría la obligación de presentarse (con la licencia de su superior y sus papeles) ante el administrador de esta casa o su teniente, para que registrara su presencia en ella. Una vez cumplido este trámite, debería entregar el memorial donde constara su pretensión, el cual sería presentado con sus papeles ante la instancia administrativa correspondiente que, tras comprobar la verosimilitud de todo lo aportado, le emitiría una certificación, necesaria para ser admitido en “la casa de la milicia”, donde se le proveería de todo lo necesario mientras se resolvía su pretensión<sup>466</sup>. En suma, según lo planteado por De las Cuevas, y otros autores, el aparato burocrático de la Monarquía Hispánica se encontraba colapsado por el ingente número de solicitudes de mercedes procedentes de los profesionales de la milicia, situación a todas luces insostenible. Así, se plantean dos opciones: delegar en el alto mando militar la responsabilidad de premiar a los beneméritos, o centralizar todo este proceso a través de la administración real, con lo cual el rey ejercía un mayor control sobre todo ello; sin embargo, en las actuales condiciones esto es inviable.

Como es bien sabido, la llegada al poder de D. Gaspar de Guzmán supone el periodo de mayor expresión de la corriente arbitrista, y de los más serios intentos por llevar a la práctica los postulados que proponían. En lo tocante a la materia que abordamos, se empezó a plantear la posibilidad de vincular al alto mando militar con el

---

<sup>465</sup> *Ibidem*. Fol. 1v-2r.

<sup>466</sup> *Ibidem*. Fol. 2r-v.

disfrute de la condición de hidalgo, sin necesidad de involucrarse en costosos procesos legales para su obtención. Fray Benito de Peñalosa, a finales de la década de los 20, fue uno de los primeros autores que se declaró partidario de conceder la hidalguía, sin más contemplaciones, a todo individuo que ascendiera al cargo de maestre de campo o general<sup>467</sup>. Según nuestra opinión, dos serían los objetivos pretendidos con ello: en primer lugar, elevar la estimación social de la carrera de las armas, mediante la concesión de esta preciada merced, a quienes alcanzaran los empleos superiores del escalafón militar; y en segundo lugar, regular por ley un sistema de ascenso social, en el que la Corona tuviera mucho más peso que el detentaba en esos momentos, en detrimentos de consejos y tribunales.

En este sentido, carga contra el “sistema” (en sentido amplio, aunque sin dirigir sus iras contra nadie en particular) por no haber sabido (¿o podido?) canalizar el ansia de ascenso y de promoción de la mayor parte de la sociedad, cuyas posibilidades de acceder al honor son muy limitadas, motivo por el cual se ven obligados a recurrir a actos poco éticos para satisfacer esa aspiración (¿compras, falsificaciones de pruebas, sobornos de testigos, etc.?). Nos encontramos ante un nuevo testimonio, el cual corroboraría la inexistencia de un adecuado sistema de remuneración de los servicios prestados, uno de los principales lastres de la monarquía española<sup>468</sup>. Según su criterio, la evidencia más palmaria de esta realidad consiste en que la mayor parte de las mercedes únicamente están al alcance de quienes acreditan rancio abolengo, mientras que los servicios personales, si no van acompañados de la sangre, en general son ignorados. Este hecho supone un agravio con lo ocurrido en el pasado, donde todos aquellos que por sus servicios merecían ser remunerados lo eran, sin tener en cuenta otro tipo de consideraciones. Critica que en España la virtud personal de cada individuo no sea lo más valorado, sino que se estima mucho más los actos heroicos de los antepasados; y ahora, en cambio, las obras individuales son minusvaloradas<sup>469</sup>.

---

<sup>467</sup> “(.....) Parece cosa dura que un soldado de estos tiempos, que por su valor y obras, hoy a llegado a que su rey le haga general o maestre de campo de un tercio, si sucede que no sea hijodalgo, “ipso facto”. ¿Y por qué no se ha de dar juntamente con el cargo la hidalguía y nobleza que adquirieron los nobles antiguamente con menores cargos?, pues no puede uno subir a tales puestos si no es con grandes méritos.” PEÑALOSA, B. de: *Op. cit.* Fol. 95r.

<sup>468</sup> *Ibidem.* Fol. 98r.

<sup>469</sup> Los premios honrosos son tantos títulos de señores, tantos privilegios y exenciones de la nobleza, tantas órdenes militares y encomiendas tan ricas, tantas principales iglesias, tantos tribunales del Santo Oficio (.....), y todos para solo los que descenden de los nobles, y sangre antigua y clara e ilustre, sin que el valor de la persona, por aventajada que sea, pueda merecer por si sola, cuando no le acompaña la sangre y se funda en la nobleza de sus mayores. Por donde parece que la virtud y valor de los que hoy viven es de diferentes quilates que la de los antiguos. Es cierto que la virtud ha de ser de razón más

Los planteamientos de Peñalosa deben ser interpretados como parte de un objetivo mucho más ambicioso: la configuración una nobleza de servicio, no exclusivamente militar. Según nuestro criterio, este es uno de los puntos débiles de su pensamiento, ya que concibe la posibilidad de acceder al honor mediante otros caminos mucho menos espinosos, como la burocracia o el servicio cortesano. En este sentido, consideramos que el autor incurre en una contradicción, pues a lo largo de su obra elogia los méritos realizados en la milicia por encima de los demás, con la misión de elevar la consideración social de la profesión de las armas. Pero al mismo tiempo este acicate es utilizado para gratificar servicios ajenos al mundo castrense<sup>470</sup>.

En cuanto a los hábitos de las Órdenes Militares, denuncia que en esos años se ha producido una devaluación de estas prebendas, las cuales han perdido su función tradicional, es decir la de recompensar los buenos servicios. Sirven más para remunerar los de los antepasados que las hazañas personales, lo cual genera un intenso malestar entre todos aquellos que se ven apartados de ellos si sus orígenes no son esclarecidos<sup>471</sup>. Todos estos argumentos vendrían a corroborar nuestra impresión: el problema no se debía a la apatía y a la desgana de los súbditos, sino que se encontraba en la falta de incentivos que presentaba el real servicio, aún más palpable en el caso de los prestados con las armas.

En un memorial anónimo, que podemos fechar a principios de la década de los 40 del siglo XVII, se denuncian las perniciosas consecuencias de una mala política de provisión de los empleos militares, y de los servicios prestados en general. A las ya conocidas, de carácter estrictamente operativo, y de desánimo entre los beneméritos, se suma una nueva: las cada vez mayores demandas que plantean los soldados veteranos y

---

estimada en el que hace la obra, que no en los que de él descienden, pues no se sigue que hayan de tener la misma virtud. Y en España es al revés, que la hazaña que hizo fulano antiguamente, siendo plebeyo, le dejó a él y a sus descendientes honrados, y aún ilustrísimos, como hoy los conocemos y podríamos señalar. Y que la misma hazaña u otras de mayores quilates que hoy haga un plebeyo, no honre al mismo que la oró, y que para ser noble sea mejor que mi bisabuelo haya sido bueno y virtuoso o valeroso, que no que yo lo sea, y me valga más la virtud ajena que la propia. *Ibidem*. Fol. 101r-v.

<sup>470</sup> “(.....) Lo mismo se debe decir de los grandes y excelentes letrados. Y si por ley quedase noble, con sus descendientes, el que hubiese sido o general de mar o tierra, de gente de a pie o a caballo, o maestre de campo nombrado por el rey; y el que hubiese sido mayordomo o gentilhomme de la cámara del rey, o de presidente de cualquier consejo, o consejero real, y en dándoles S.M. los dichos cargos, fuesen hijosdalgo, limpios y tan nobles que con solo esto, por esta parte, fuesen sus descendientes idóneos de todas las honras, hábitos y dignidades que hay establecidas para nobles en estos reinos, sería causa de que se considerasen mucho semejantes provisiones. Y habría millares que harían tales obras que procurasen merecerlo, y estaría el rey mejor servido, y sus cargos muy estimados. Y teniendo ese caudal de honra, no procurarían tanto el de hacienda, para introducirse y suplir con ella lustre y nobleza.” *Ibidem*. Fol. 95r-v.

<sup>471</sup> *Ibidem*. Fol. 104r.

los cuadros inferiores del estamento privilegiado por sus servicios<sup>472</sup>, ya que si un bisoño, o un miembro del estamento llano, podía aspirar a lo máximo (con exigencias abusivas o poco proporcionadas a los méritos contraídos), ¿por qué ellos no podían optar, como poco, a premios similares?<sup>473</sup>

Sobre esta cuestión, Thompson extrae otra lectura, la cual explicaría parte del teórico desinterés de la sociedad castellana en general, y del segundo estado en particular, por la carrera de las armas<sup>474</sup>. Según su criterio, este incremento de la solicitud de mercedes, tanto en número como en importancia, no sería más que una reacción defensiva para evitar su participación. Y si en última instancia no les quedaba más remedio que acudir, sus servicios estarían más que gratificados.

En última instancia, se reivindica el papel del rey como dispensador de todos los honores, “origen de todos los bienes apetecibles de honra y provecho de sus soldados”. En este sentido, el monarca debe atender en persona las reivindicaciones de sus militares “no solo como su rey y señor natural, sino como presidente y cabeza de los consejos de Estado y Guerra”<sup>475</sup>. De ello se seguirían dos ventajas: que los individuos con inclinación al mundo castrense tendrían esperanzas ciertas de que sus servicios serán recompensados; y en segundo lugar, que las peticiones fundamentadas en hechos

---

<sup>472</sup> “El no haber tenido particular atención en la distribución de los cargos; y el no haberse hecho por personas inteligentes y desinteresadas, han causado tanto daño en la milicia que puedo asegurar ser una de las principales causas de nuestras desdichas, y de estar todo género de soldados descontentos. Pareciéndoles a los que comenzaban a servir se debe hacer con ellos lo que se ha hecho con otros, que es graduarlos desde capitanes hasta generales, dando por pretextos uno su calidad y algún género de servicios, y otros las consecuencias. Y esto es tan cierto que los que se hubieran contentado 12 años ha con 4 o 6 escudos de ventaja, no lo están con haberles dado compañías de caballos, hábitos, encomiendas y hecho otras mercedes muy considerables. A los que se hallan con algunos servicios y calidad, les parecen cortos estos premios, viendo que se han dado a quien le falta algo de esto; y quieren ser maestros de campo (.....) y todo lo demás que se les antoja. Y sálense con ello como si en cada uno de ellos consistiese la conservación de la Monarquía, siendo el medio de su perdición, como lo ha demostrado la experiencia, por no tener las partes que se requieren para obedecer o mandar.” *Ibidem*. Fol 2r-v.

<sup>473</sup> “Con esto, entra luego la pretensión de los que han servido honradamente a V.M. 25 años arriba, y lo que dicen es: ¿por qué me tengo que contentar con una compañía de caballos, si las dan a quien no ha servido, y no es mejor que yo? ¿por qué con una sargentía mayor, si las dan a quien no la entiende, ni sabe lo que es raíz cuadrada, y no ha ocho años que sirve? ¿por qué ser teniente de maestro de campo general, o con un tercio, si fulano y fulano lo son, no habiendo comenzado a servir el año de 1635? Y de grado en grado va alegando cada uno, conforme el puesto y pretensión que tiene, hasta el de capitán general; y el daño mayor que hay en esto es que dicen la verdad. Pues hay muchos que han comenzado por donde habían de acabar, aunque sirvieran muchos años y hecho servicios muy particulares.” *Ibidem*. Fol. 3r.

<sup>474</sup> Este autor recoge un testimonio algo posterior, pero sumamente expresivo para sustentar su tesis. Se trata de un documento emitido por el Consejo de Castilla, fechado en 1654, en el cual se afirma que: “el hidalgo, para ir a servir, pide ventajas y gajes crecidos; el caballero, puesto que le viniera bien después de algunos años de guerra; y el de mayor esfera no empieza sin mercedes que fueran dignos premios de una victoria dada a V.M.” THOMPSON, I.A.A.: *Milicia, sociedad y..... Op. cit.* p. 131.

<sup>475</sup> *Ibidem*. Fol. 5r-v.

de armas tendrían preeminencia sobre el resto, pues serían despachadas por el rey, sin ningún otro intermediario.

En el memorial ya aludido de Isidro del Castillo (cuya meta era constituir unos contingentes militares permanentes en la península ibérica), el ofrecimiento de mercedes a los soldados, conforme a sus servicios, se antojaba como algo imprescindible si se deseaba atraer a nuevos reclutas y, al mismo, que los veteranos continuaran sirviendo. De nuevo las recompensas honoríficas estaban llamadas a jugar un activo papel a la hora de alcanzar este objetivo, pues estas prebendas eran tan estimadas por la sociedad que su disfrute bien compensaba los riesgos que implicaría su obtención<sup>476</sup>.

La avalancha de obras cuya temática profundiza en el diagnóstico y resolución de los problemas que afectaban a la institución militar, nos llevaría a cuestionarnos si estos arbitrios tuvieron alguna influencia sobre los dirigentes de la monarquía española, o si por el contrario, sus propuestas cayeron en el olvido. Pese a que en un principio se pudiera pensar que nos encontramos ante dos grupos cuyos planteamientos muestran pocas convergencias, lo cierto es también se encuentran puntos en común. Uno de los ejemplos de tal coincidencia de pareceres lo encontramos en un escrito al que ya nos hemos referido, cuyo origen es la respuesta de una junta formada “ad hoc” para que emitiera su dictamen sobre una propuesta de D. Luis de Haro (cuya motivación era cargar sobre las diferentes provincias de Castilla, el mantenimiento y abastecimiento de una serie de tercios que estaban prestando servicio en Cataluña). En ella se recoge una de las reivindicaciones de gran parte de estos autores, pues los miembros de esa comisión recomendaron que, para mejorar las condiciones del servicio y atraer a la profesión militar a más individuos, sería una buena medida garantizar a los soldados que, tras un periodo de servicio comprendido entre los 6-8 años, podrían licenciarse y volver a sus casas con todos los honores<sup>477</sup>.

En otro memorial anónimo, escrito sobre los años 70 del siglo XVII, se pone de manifiesto la inmejorable posición del rey de España, inalcanzable para cualquier otro monarca europeo, para honrar y mejorar la condición de sus militares, pues cuenta con instrumentos específicos para ello, en clara alusión a los hábitos y encomiendas de las Órdenes Militares. Llama la atención de que el autor, pese a incidir en la indisoluble relación de esas mercedes con el mundo de las armas, no tenga inconveniente en que

---

<sup>476</sup> *Memorial en el que se contienen algunos puntos importantes al real servicio.....* Fol. 3v.

<sup>477</sup> *Respuesta a un papel dado por D. Luis de Haro.....*

personas con otra actividad profesional tengan acceso a ellas, lo cual pudiera representar una aparente contradicción (esta es una de las paradojas en las que se mueve gran parte del pensamiento sobre la utilización de los hábitos como instrumentos para gratificar a la casta militar, pues conciben otros caminos para su obtención, además de las armas). En este sentido, si se trata de reservar estas prebendas para gratificar, de forma exclusiva, servicios prestados en el ejército, no parece muy lógico que se puedan conceder a quienes nunca han tomado parte de una campaña. Pese a tales limitaciones, nos encontraríamos ante un primer paso para que aquellos soldados con servicios distinguidos vieran elevado su prestigio social<sup>478</sup>.

En un nuevo intento por tratar de reglamentar el acceso al honor y, al mismo tiempo, incrementar la reputación de las armas, se propone no tramitar mercedes de hábito a ningún individuo que no haya servido un mínimo de 6 años en el ejército o en la armada, “para lo cual no había de haber dispensación ni suplimiento por respecto alguno”. Asimismo, contempla la posibilidad de conceder el hábito directamente, sin necesidad de pruebas ni informaciones, a cualquier militar que, comenzando su carrera en el puesto de soldado, tras haber servido en todos los empleos, alcanzara el de maestre de campo, “pues de algún principio ha de venir la nobleza”<sup>479</sup>.

En cuanto a las encomiendas, se muestra partidario de reservarlas a los escalones superiores de la carrera militar, con el objetivo de asegurarles un sustento cuando decidieran abandonar el servicio. Este autor debía de conocer las propuestas de Pérez de Herrera (en las cuales ya hemos profundizado en las páginas precedentes), pues pone sobre la mesa el mismo ejemplo, el caso de la ciudad de Mérida durante la época romana, como ideal de gratificación a largos años de servicios prestados con las armas<sup>480</sup>.

En tercer lugar, la disyuntiva sobre la manera en que se debía recompensar a los servidores del Estado fue objeto de atención por parte de autores inscritos en el género conocido como “literatura de príncipes”, así como de tratados dirigidos al privado o de carácter teológico-moral. A finales del siglo XVI, el padre Juan de Mariana sugería al monarca que los cargos y los honores estuvieran abiertos a cualquier individuo. Pues debía remunerar a los súbditos virtuosos, conforme a sus méritos, sin tener en cuenta su

---

<sup>478</sup> Avisos que sobre algunos apuntamientos..... *Op. cit.* Fol. 24v-25r.

<sup>479</sup> *Ibidem.* Fol. 25r-v.

<sup>480</sup> *Ibidem.* Fols. 27v-28r.



condición<sup>481</sup>. Si bien esta máxima era aplicable a los oficios civiles, adquiriría una dimensión aún más trascendente en lo relativo a los puestos militares. Mariana concede tal magnitud a los servicios prestados con las armas, que se muestra partidario de reservar las prebendas más importantes para los profesionales de la milicia, incluidos los oficios palatinos y la mayor parte de los puestos de consejero<sup>482</sup>.

Respecto a los hábitos de las Órdenes Militares, se debía restringir su acceso a aquellos individuos que hubieran servido, al menos, dos años en el ejército o la armada sin sueldo del rey. Al mismo tiempo, con el objetivo de que hubiera cada vez más caballeros de hábito en las fuerzas armadas, y evitar que tras la concesión de la merced abandonaran esta profesión, debían comprometerse a servir otros dos años, en este caso con un salario simbólico, abonado con cargo a las rentas gestionadas por estas corporaciones<sup>483</sup>. Como bien sabemos, el pensamiento de Mariana tuvo una gran influencia en la configuración del programa político del Conde Duque. En este sentido, en algunas de estas propuestas se pueden apreciar en ciertos proyectos para recuperar la estimación social de la milicia, promovidos por Olivares. Por ejemplo, no puede ser casualidad que fueran dos años el tiempo de servicio exigido a los sustitutos de los caballeros de hábito, en 1640 y 1642, para obtener una de estas mercedes; o que desde 1638 se potenciara el acceso al honor de miembros del ejército, con el compromiso de que continuaran sirviendo.

Álamos de Barrientos incide en el papel del rey como remunerador y acicate para el servicio público. Según este autor, la concesión de honras y mercedes deben ser identificadas de forma inequívoca con el monarca. De este modo se configuraría un

---

<sup>481</sup> “(.....) El camino de los honores y las riquezas ha de estar abierto para todos los que lo merezcan. (...) Y el propósito de todo príncipe debe ser honrar la virtud, en cualquier linaje de hombres, y elevarlos a las más altas dignidades, y manifestar con hechos que nada vale tanto ante él como el esplendor de la justicia y la excelencia del alma en el cultivo de las virtudes. (.....) MARIANA, J. de: *Op. cit.* p. 302

<sup>482</sup> “(.....) Los principales premios y honores deben otorgarse a los soldados, pues los hombres valoramos en más las esperanzas que el dinero, y arrostramos de mejor gana los peligros cuando confiamos en que la victoria ha de poner fin a nuestros trabajos. Y considero también muy importante que los príncipes escojan para el servicio de su palacio a los soldados más esforzados y valientes, como medio efficacísimo para excitar el valor de los ciudadanos. Y digo aún más, gran parte de los consejeros deberían ser elegidos de entre los soldados, para que no sólo ejercieran con mayor entusiasmo la profesión de las armas, sino que hechos ya consejeros, y elevados a las magistraturas, defendiesen con la misma constancia los intereses particulares y los intereses públicos.” *Ibidem.* pp. 315-317.

<sup>483</sup> “(.....) No debe concederse una cruz de ninguna orden noble sino al que, cuando menos, haya servido dos años a sus expensas en el ejército o en la armada. Y cuando la hayan recibido, debe obligárseles a pasar otro tanto tiempo en la milicia con un sueldo módico, asignado con cargo a las rentas de cualquiera de las Órdenes Militares. (.....) Lo que debemos evitar, como muy perjudicial, es que las gracias creadas y destinadas por nuestros antepasados para recompensar los trabajos de los ciudadanos, vayan a parar precisamente a poder de los cortesanos pusilánimes que no vieron nunca al enemigo.” *Ibidem.* pp. 314-315.

estado de ánimo favorable entre los súbditos para inclinarlos al servicio a la Corona, más concretamente al militar; aunque el objetivo final era atraer a los aristócratas<sup>484</sup>. Una de las máximas que este autor dio a Felipe III fue la de favorecer y reputar la profesión militar, y de forma específica a sus profesionales. Lo que había que conseguir, por todos los medios posibles, era reforzar los lazos que unían a los nobles con el mundo castrense, “que es su propio oficio, y con el que se han conservado y aumentado las grandes monarquías”. Para lo cual adquiriría una importancia capital la existencia de una buena política de recompensas<sup>485</sup>.

En este sentido, el monarca debe honrar y ocupar a los nobles en los empleos más importantes; además, deben ser conscientes de que sus servicios serán tenidos en cuenta y remunerados conforme a ellos, con especial atención a los prestados con las armas. Es aquí donde entran en escena las encomiendas de las Órdenes Militares, pues el autor, a pesar de no hacer referencia expresa a ellas, se muestra partidario de “repartir entre los que sirvieren en ésta [la guerra], y no entre otros, las haciendas que se instituyeron para eso.” De la misma manera, llega a la conclusión de que si no se reservan exclusivamente a los militares ciertas mercedes, cualquier intento de revitalizar el vínculo entre nobleza y guerra estará condenado al fracaso<sup>486</sup>.

Francisco de Quevedo, en su “Discurso de las privanzas”, publicado entre 1606-1608, también dedicado a Felipe III, considera que entre las funciones atribuidas al valido, una de las más importantes es identificar tanto a aquellos individuos que por su virtud y servicios merecen ser premiados, como a los que por sus faltas y errores deben ser castigados. Sobre todo, a la hora de conceder mercedes y honores, bajo ninguna circunstancia se debe anteponer los favores o a la negociación a la valía personal,<sup>487</sup>. Con todo, las recomendaciones de Quevedo no surtieron demasiado efecto, pues la administración lermista, al igual que los años del ministerio de Olivares, no podía articular una eficiente red de colaboradores, leal a su persona, sin recurrir al patronazgo y al clientelismo. Es decir, su propia supervivencia pasaba por la promoción de unos individuos cuyo principal mérito era la fidelidad a su patrón, en detrimento de otras

---

<sup>484</sup> ÁLAMOS DE BARRIENTOS, B.: *Op. cit.* pp. 87-88

<sup>485</sup> *Ibidem.* p. 112.

<sup>486</sup> *Ibidem.* pp. 112-113.

<sup>487</sup> “(.....) Realmente [el valido] tiene a su cargo el peso de la república, no porque juzgue él los pleitos, sino porque pone en los puestos que son para eso (aconsejando al rey que lo haga) hombres beneméritos por virtud y letras del cargo, advirtiéndolos las faltas de todos; éstas para castigarlas, y los servicios para premiarlos.” QUEVEDO, F. de: *Discurso de las privanzas*. (Edición de: DÍAZ MARTÍNEZ, E.Mª. Pamplona, 2000). pp. 212-213.

cualidades que, a priori, podían ser mucho más provechosas para el Estado<sup>488</sup>. No obstante, un buen ministro debería ser lo suficientemente hábil para conjugar ambas realidades, sin que ello supusiera repercutiera de forma negativa sobre el servicio real.

Unas décadas más tarde abordó estas mismas cuestiones, aunque ahora sitúa en el centro de su pensamiento al monarca en vez de al valido. Considera que el rey debe recompensar a todos aquellos que le hayan servido bien, sin tener en cuenta el parecer de consejeros envidiosos que tratan de esquilmar estas mercedes en beneficio propio<sup>489</sup>. Además, siempre deben tener preferencia aquellos que prestan servicios al Estado (en sus diferentes formas, tanto con las armas como con las letras) sobre quienes no aportan nada al sostenimiento de la monarquía y a su buen funcionamiento<sup>490</sup>.

Al mismo tiempo, coincide con Lanario de Aragón en que se debe remunerar con moderación, pues cuanto más dadivoso es el monarca, mayores son las peticiones, tanto en cantidad como en calidad. De tal modo, se debe gratificar a quienes presenten demandas ajustadas a la realidad, pues la gracia real es limitada, y debe abarcar al mayor número posible de individuos, aunque sea de forma menos importante desde el punto de vista cuantitativo (es decir, mejor conceder muchas gratificaciones, pero de escasa cuantía, que pocas aunque más grandiosas)<sup>491</sup>.

---

<sup>488</sup> A este respecto, véase: TOMÁS Y VALIENTE, F.: *Los validos en la Monarquía Hispánica del siglo XVII*. Madrid, 1982. Sobre todo pp. 31-117. FEROS, A.: “Lerma y Olivares. La práctica del valimiento”, en: ELLIOTT, J.H. y GARCÍA SANZ, A. (coords.): *Op. cit.* pp. 197-224. BENIGNO, F.: *La sombra del rey*. Madrid, 1994. Sobre todo, pp. 141-165. (1ª edición en italiano: Venecia, 1992). ELLIOTT, J.H.: “Conservar el poder: el conde-duque de Olivares”, en ELLIOTT, J.H. y BROCKLISS, L. (dirs.): *El mundo de los validos*. Madrid, 1999. pp. 165-179. (1ª edición en inglés: Yale University Press, 1999). FEROS, A.: “Almas gemelas: monarcas y favoritos en la primera mitad del siglo XVII”, en: KAGAN, R.L. y PARKER, G. (eds): *España, Europa y el mundo atlántico: Homenaje a J.H. Elliott*. Madrid, 2001. pp. 49-81. (1ª edición en inglés: Cambridge University Press, 1985).

<sup>489</sup> “(.....) Señor, dice el ministro a V.M. en la consulta que despida al soldado y al que ha envejecido sirviendo, que ya no son menester. Que no se pague a los que con su sangre son acreedores de V.M: por su sustento. Que no les de el sueldo, ni el oficio, ni cargo, que los envíe, que los despida. Que para éstos es desierto palacio, donde no hay nada. Tome V.M. de los labios de Cristo la respuesta, y decreta: dadle vos de comer de lo mucho que os sobra; para vos hay mantenimientos, y no es desierto en ninguna parte. Para vos hay oficios y honras, y para los otros males respuestas. Y solamente sea pena y castigo que les deis vos lo que les falta y no queréis que les de yo.” QUEVEDO, F. de: *Política de Dios y..... Op. cit.* pp. 22-23.

<sup>490</sup> “(.....) Mala acogida hallan necesidades ajenas en otro pecho que el de Cristo, cosa que debe tener cuidadosos y desvelados a los reyes. Oiga V.M., y lea cautelosamente, lo que le propusieren, a favor de los que le sirven, los que le parlan. Así diferencio yo al que con las armas, o con letras, o con hacienda y la persona sirve a V.M., de los que tienen por oficio el hablar de éstos desde su aposento, y que ponen la judicatura de sus servicios y trabajos en el albedrío de su pluma. Enfermedad es que, si no se remedia, será mortal en la mejor parte de la vida de la república, que es en la honra, donde está la estimación. Al buen rey, la porfía de consulta sin piedad en necesidades grandes de sus vasallos, o criados, o beneméritos, en lugar de enflaquecerle o mudarle de propósito, o envilecerle el corazón, le ha de obligar a hacer milagros, como hizo Cristo.” *Ibidem*. p. 23.

<sup>491</sup> “Los reyes de acá, a uno solo, con todo cuanto tienen, no le pueden hartar. De todos sus reinos no sobra para otros nada, repartido entre pocos siendo ellos muchos. Mas tales son los que siguen a Dios, tales sus dádivas, tal su mano que las reparte que, como da con justicia, y a los que le siguen, satisface a

Alberto Struzzi, gentilhomme de la casa de los Archiduques, Alberto e Isabel<sup>492</sup>, en una obra publicada en 1614, considera que el buen nombre del Rey Católico, el prestigio que tiene entre sus semejantes, y la hegemonía internacional que goza, se sustenta en el prestigio de sus ejércitos. Por este motivo, el monarca (en este caso Felipe III) debe prestar la máxima atención a la conservación del pilar sobre el que descansa su primacía. Y uno de los medios más acertados para ello es el de dar seguridad a los soldados de que, si servían a satisfacción, recibirían sus justas recompensas<sup>493</sup>. Por nuestra parte, consideramos que las apreciaciones de Struzzi tienen una cierta lógica, sobre todo porque fueron emitidas desde el teatro de operaciones donde se dirimía la supremacía española en Europa, Flandes. Por otra parte, nos llama la atención que en plena Tregua de los Doce Años, las cuestiones de carácter militar estén presentes en el pensamiento de este autor, por lo que podríamos pensar que consideraba la situación de paz con los rebeldes holandeses como algo interino, de modo que la vuelta a las hostilidades era inevitable a su conclusión, como realmente ocurrió.

En un papel de fray Gregorio de Pedrosa para D. Gaspar de Guzmán, quien acababa de acceder al poder, se reflexiona sobre postulados ya enunciados. En primer lugar le recomienda que valore, por encima de cualesquier otros, los servicios prestados por los militares, y que fueran antepuestos a la hora de la concesión de mercedes. Al mismo tiempo, le aconseja que trabaje para conseguir una fuente de financiación regular con la cual acudir, con anterioridad a cualquier otra partida, al abono de los salarios de los soldados. También reflexionó sobre la necesidad de establecer algún tipo de normalización en el binomio servicios prestados-recompensas, con el objetivo de que los soldados no abandonaran sus destinos para dirigirse a la Corte a reclamar sus gratificaciones por los años de servicio. Para evitarlo, propone que se tenga un listado actualizado con los servicios de los militares susceptibles de ser honrados, para que se

---

todos. Y los bienes y mercedes de los reyes son de otra fuente; que si bien lo mira V.M., por si hallará que le agradecen las mercedes con hambre de otras mayores, y que a quien más da, desobliga más. Y que con sus dádivas, en lugar de de llenar la codicia de los ambiciosos, la ahondan y ensanchan. Y no ha de ser así, para imitar a Cristo, ni se han de hacer mercedes sino a aquellos que con poco se hartan, siendo muchos para otros tantos. Estos, señor, son dignos de milagro de consulta y decreto, favorecido de bendición del Señor, y de colmados favores de su omnipotencia.” *Ibidem*. p. 25.

<sup>492</sup> Sobre este personaje, véase el trabajo de: ECHEVARRÍA BACIGALUPE, M.A.: *Alberto Struzzi. Un precursor barroco del capitalismo liberal*. Lovaina, 1995. Sobre todo pp. 13-20.

<sup>493</sup> STRUZZI, A.: *Imagen de la milicia y de un ejército firme, con el favor del marqués Spínola, maestre de campo general del ejército de S.M. en los Estados de Flandes, y con la industria, estudio y cuidado de* (.....). Bruselas, 1614. Sin foliar.

agilicen lo más posible los trámites burocráticos y vuelvan lo antes posible a sus destinos<sup>494</sup>.

Caramuel Lobkowitz se mostró contrario a que la decisión de conceder mercedes merced recayera en la voluntad de una persona, pues debería tratarse de una decisión mancomunada<sup>495</sup>. Pese a que no lo declare de forma abierta, es razonable suponer que detrás de sus palabras se encuentre una actitud disidente con el hecho de que el parecer del rey (al fin y al cabo un individuo) fuera, al menos en teoría, el factor más importante a hora de determinar si un súbdito merecía ser gratificado. Pese a todo, consideramos que Caramuel Lobkowitz magnifica el peso del rey en este proceso. Pues si bien el monarca era quien tenía la última palabra, era poco frecuente que recompensara a un súbdito sin antes tener en cuenta el parecer del consejo de turno.

Pero la principal novedad que introduce, con respecto al tema que nos ocupa, es la posibilidad de que las recompensas se concedieran antes de la realización de los servicios. De esta manera nos encontramos ante un designio novedoso, el cual podría suponer un primer paso a la hora de configurar un sistema de gratificación de los servicios prestados en el que la merced no tuviera naturaleza de gracia real, sino que sería considerada como una retribución. El punto de partida de su argumentación puede parecer algo trivial, pues deriva de una interpretación libre de la semántica del término premio, ya que supone que “premio” quiere decir “previo”; o sea, algo concedido antes del servicio<sup>496</sup>.

---

<sup>494</sup> “(.....) Los servicios de soldados y toda gente de guerra, de mar y tierra, son de grandísimo trabajo y riesgo. Y de hombres de este ejercicio tiene tanta necesidad el rey y el Reino, que deben anteponerse las pagas y premios que les tocan, y el despacharlas con puntualidad a la pretensión de los demás pretendientes, de cualquier calidad que sean. Y porque el servicio real y personas de milicia, reciben notable daño en la detención, si se pudiere encaminar a tener nómina de cómo sirve cada uno, donde se hallaba, de grande importancia sería el premiarle sin que venga a la Corte, aventajándose en esto el privado, y en despachar con brevedad los que acudieren a el.” Papel fundado en razón de Estado..... *Op. cit.* Fols. 157r-158r.

<sup>495</sup> CARAMUEL LOBKOWITZ, J.: *Op. cit.* p. 230-32.

<sup>496</sup> “(.....) Fue prevenida esta república, [España] con premios, justamente, pero antes que tuviese méritos; éstos los tuvo luego. Que fue que basta ser quien es para ser digna de todo género de estimación. Diréisme señor: mal se componen premios justos con antecedenias a méritos, pues estos han de ser disposición, con que nos hagamos merecedores de los otros. Es así, no lo dudo. Primero se han de merecer los premios que se reciban, pero primero se han de dar que se merezcan, que por eso se llaman premios, porque han de ser “previos” y anteceder a toda operación. (.....) Porque aunque la disposición es antes que se reciba la forma, es después que se infunde. Así, también los méritos, disposiciones son, que hacen capaz a un hombre de recibir el premio, que es la forma, que le nobilita y perfecciona. Pero este mismo premio, pues es forma que constituye la nobleza, ha de infundirse en los corazones antes que obren, para que elevados con deseos de alcanzarle, aprendan hechos que nunca hicieran si el premio no hubiera antecedido. Lo que digo es que, antes de merecerlos, se han de dar, tan dados que de parte del que los da no quede más que hacer, y solo falte que dispuesto con méritos venga quien dignamente los reciba. No son premios, no; los que no tienen méritos por última disposición.” *Ibidem.* p. 73.

Es decir, se plantea la concesión de honores previamente como acicate para animar a los súbditos a servir al Estado. Pero ello supondría un cambio radical en la naturaleza de la relación entre los servicios prestados y las mercedes concedidas, mucho más práctica y más acorde con los nuevos tiempos. Con ello se abandonaría la concepción tradicional del monarca como dispensador de las mercedes y remunerador de sus súbditos más beneméritos; en definitiva una visión de carácter bucólico, por otra más “mercantilista”, la cual reduce la relación entre ambos a una mera transacción.

La principal ventaja obtenida, sería que los individuos con vocación de servicio (sobre todo militar) encontrarían incentivos suficientes para hacerlo. Pues tendrían la certeza de ser remunerados sin verse envueltos en farragosos procesos administrativos, circunstancia que retraía a un número considerable de individuos de servir, pues no sólo había que hacer méritos suficientes, sino que luego había que medrar en el aparato burocrático de la Corona para que realmente se cumpliera la merced<sup>497</sup>.

A pesar de que estos planteamientos pudieran parecer descabellados, el tiempo vino a dar la razón al autor. En este sentido, Caramuel actualiza ideas ya apuntadas por el padre Mariana, las cuales sirvieron de inspiración a ciertas medidas tendentes a que las milicias cristianas y la carrera de las armas estrecharan sus lazos. Como tendremos ocasión de ver en los siguientes capítulos, a partir de 1638 se concedieron hábitos de las Órdenes Militares a oficiales del ejército, con la condición de continuaran prestando servicio durante un número de años, variable según sus circunstancias personales. En 1640, con motivo de la formación del Batallón de las Órdenes, se prometió un hábito a los sustitutos de los caballeros y comendadores que no pudieran servir en persona, a cambio de servir dos campañas. Y en 1642, cuando se levantó otro cuerpo de caballería de las Órdenes Militares, el monarca ofreció, incluso por escrito, un hábito a los soldados veteranos y personas de calidad que sirvieran la campaña de ese año. Pero no solo se recompensaron por anticipado servicios personales, sino que también se adoptó esta determinación con otras modalidades de asistencia, entre ellas: el abono de la

---

<sup>497</sup> “(.....) Y si no recibe el oficio, con cuyas esperanzas hizo una hazaña ilustre, claro está que se queda sin premio. Si le recibe después de haberlo pedido cien mil veces, después de haberse cansado en moler al consejo, sabemos todos que claramente que le dan el oficio, es porque negocia, porque importuna, porque tiene quien le favorezca, no es premio de sus hazañas. No, que ha serlo al punto que el las hizo, sin más pretensiones ni negociaciones le hubiera recibido. Doctrina es esta que si hicieran concepto de ella muchos príncipes, no se vieran arrinconados hombres grandes, no anduvieran debajo de los pies los que fueron Atlante de las monarquías, pues las sustentaron con sus hombros. Nadie metería memorial en consulta porque el que tuviera méritos estaría últimamente dispuesto para recibir premios, y así los alcanzaría sin pedirlos. Y el que no los mereciera, sabría que no había nada que negociar con el rey, (.....).” *Ibidem*. pp. 73-75.

soldada, durante varios meses, de cierto número de hombres, o el reclutamiento de contingentes militares.

Saavedra y Fajardo también se mostró partidario de imponer algún tipo de regulación para el acceso al honor, en concreto a los hábitos, para que se reservaran a los militares, con la finalidad de hacer atractiva su profesión. En concreto, considera que estas mercedes no deberían ser consideradas como una merced del monarca, sino como un justo premio a los años de servicio, pues tales prebendas, en sus orígenes, estaban llamadas a integrar en una misma realidad nobleza y virtud. Por este motivo es tan importante mantener su estimación social, pues de lo contrario perderían todo su atractivo<sup>498</sup>. En este sentido, sus planteamientos se inscriben dentro de los admiradores del mundo romano, donde había un importante número de premios honoríficos para recompensar a los soldados, función que en ese momento histórico bien podrían desempeñar los hábitos de las Órdenes Militares<sup>499</sup>.

El jesuita Alonso de Andrade revitalizó un enfoque de esta problemática, al cual ya había se había recurrido con anterioridad, aunque es en estos momentos de máxima dificultad cuando se trata de maximizar: la principal motivación del soldado debe ser la defensa de la Fe Católica;<sup>500</sup> y por el contrario, el ejercicio de las armas no debe ser utilizado para la satisfacción de sus ambiciones y pasiones personales, ni para obtener honores ni grandes riquezas<sup>501</sup>.

El pilar sobre el que descansa su argumentación es la identificación del militar con el religioso. Aunque pudiera pensarse que se trata de dos ámbitos profesionales sin ningún punto en común lo cierto es que, según su criterio, tienen más analogías de las

---

<sup>498</sup> “(.....) Con esta motivación [reflejar los grandes hechos de armas] los reyes de España fundaron las religiones militares, cuyos hábitos no solamente señalaran la nobleza, sino también virtud. (.....). Y si los hábitos se dieran en la cuna, o a los que no han servido, serán merced y no premio. Su instituto fue para la guerra, no para la paz. Y así, solamente se habían de repartir entre los que señalasen en ella, y por lo menos que hubiesen servido cuatro años. Con que se aplicaría más la nobleza al ejercicio militar y florecerían más las artes de la guerra. Y los demás premios, sean comunes a todos los que se aventajan en la guerra o en la paz. Para esto se dotó el cetro con las riquezas, con los honores y con los oficios.” SAAVEDRA Y FAJARDO. D. de: *Op. cit.* pp. 157-159.

<sup>499</sup> *Ibidem.* p. 157.

<sup>500</sup> “El celo con que deben tomar la espada los soldados es no para vengar sus ofensas, ni para satisfacer a sus agravios, los cuales deben sufrir con mucha paciencia, a ejemplo de Cristo, como soldados de su milicia; sino para vengar las ofensas que hacen a Dios, y para restaurar los templos y defender la Iglesia de los que la roban y ultrajan.” ANDRADE, A. de: *Op. cit.* p. 32.

<sup>501</sup> “Y las mismas armas que trae el soldado católico, le están persuadiendo esta verdad, porque cuando se las da la Iglesia, armándole para la guerra, las bendice y le avisa que se las da para que use de ellas contra sus enemigos, en defensa de la fe católica que profesa, no para venganzas de sus agravios ni para hacer mal a los fieles, ni para buscar sus honores y acaudalar grandes riquezas. Porque de esa suerte usan los infieles, no para adelantar la gloria de Dios y defender a los fieles y mantener la paz de la Iglesia.” *Ibidem.* pp. 16-18.

que a priori pudiera parecer. Por ejemplo, Andrade equipara las penalidades que padecen los soldados en campaña con las de aquellos frailes y ermitaños cuyo modo de vida es más extremo. Otro de los aspectos en los que asemeja ambas esferas, es el sacrificio de los soldados caídos en combate (siempre y cuando se comporten como soldados católicos), con el de los mártires<sup>502</sup>.

De manera que, si se puede asemejar al religioso con el militar, y los servicios que unos y otros prestan a la Cristiandad gozan de la misma estimación, ¿por qué los religiosos tienen a su alcance tantas mercedes y los soldados tan pocas? Según el autor esto se debe a que los clérigos, al escoger esta vida de forma voluntaria, llevan a cabo su labor con resignación y paciencia, considerando las dificultades como pruebas de Dios y sin esperar nada a cambio, con la esperanza de ser recompensados en la otra vida. En el caso de los soldados, por el contrario, al tratarse en la mayoría de los casos de gente que sirve en contra de su voluntad, no son constantes y buscan el enriquecimiento rápido sin tener en cuenta otras consideraciones<sup>503</sup>.

Sin embargo, censura que los premios establecidos para gratificar servicios con las armas (en clara alusión a los hábitos y encomiendas de las Órdenes Militares), sean entregados a sujetos ajenos a esta profesión. Así, mientras que los buenos soldados se ven olvidados y apartados de los honores, subsistiendo de mala manera y obligándoles a adoptar comportamientos censurables para sobrevivir, burócratas y cortesanos acaparan mercedes que no les pertenecen<sup>504</sup>. Ante la imposibilidad de acometer una reforma integral del sistema, la solución más razonable que Andrade fue capaz de ofrecer suponía sustituir al rey por Dios como destinatario final de sus servicios. Pues si se comportaban como soldados católicos, recibirían la máxima aspiración a la que puede aspirar un hombre: la salvación eterna<sup>505</sup>. Nos encontramos ante un intento,

---

<sup>502</sup> *Ibidem*. pp. 36-40.

<sup>503</sup> *Ibidem*. pp. 25-27.

<sup>504</sup> “(.....) Y no puede dejar de causar lástima y dolor, lo mucho que pueden merecer los soldados, con los trabajos que padecen continuamente en la guerra, y lo poco que de ordinario merecen con ellos. Porque si bien lo consideramos, no hay religiosos ni ermitaños (.....). Y podemos contar entre estos afanes, los que pasan con los príncipes, y mucho más con sus oficiales, consejeros y secretarios, con el premio de sus servicios. Que si oímos a los soldados, dirán que sienten más los desvíos, sequedades y dilaciones de estos, que todo cuanto pasan en las campañas. Y a todo echa el sello cuando ven dar las encomiendas y las tenencias, y los puestos y rentas, a los que se han estado a la sombra de verano y en lo abrigado de invierno; y asimismo olvidados y dejados, pobres y viejos, llenos de canas y servicios arrinconados, y sin honra, que así medra quien bien sirve a los príncipes del mundo.” *Ibidem*. pp. 22-25.

<sup>505</sup> “(.....) ¿No pasas todos los trabajos dichos por el servicio de tu rey y por el adelantamiento de tu persona? No me negarás que lo uno y lo otro es incierto, y que muchas veces, y tu dices que las más, después de 30 años de servicios, se quedan los soldados sin premio. ¿Pues no será mejor servir con esos mismos trabajos, juntamente, a un príncipe que saber de cierto que te los ha de premiar?, si puedes ganar doblado, ¿por qué tiras a ganar el premio sencillo?, si trabajas por el incierto, ¿por qué quieres perder el



desesperado, de utilizar el enorme peso de lo religioso en la sociedad de la época, para animar a los súbditos a prestar servicios militares en un momento de extrema urgencia. Del mismo modo, su aplicación podría suponer una mejora de la disciplina de los contingentes militares que combatían en la península, la cual, según todos los indicios, parece que brillaba por su ausencia.

No obstante, según nuestro criterio, la imagen de la milicia que transmite este autor, que asume la condición católica militante, está bastante alejada de la realidad, máxime cuando en esos momentos se asiste a la disolución de los contingentes armados por la falta de pagas, las malas condiciones del servicio o los pocos atractivos que ofrecía esta profesión. Evidentemente, lo religioso tenía una gran importancia en una sociedad cuyo rey tenía el título de católico, pero de ahí a pensar que el servicio con las armas permitiría obtener la salvación eterna, y que esta promesa se traduciría en un alistamiento más o menos masivo, mediaba un abismo. Otro punto débil de esta interpretación haría referencia al hecho de que, si el servicio en defensa de la religión católica hubiera sido un acicate suficiente para animar al servicio militar, la Monarquía Hispánica no hubiera tenido los graves problemas de reclutamiento que padeció, los cuales se intensificaron en los años en que Andrade escribe.

Además da la impresión de que con los argumentos esgrimidos, el autor trataría de fomentar una actitud complaciente entre los profesionales de la milicia, caracterizada por la resignación y el conformismo. En definitiva, se buscaría que ante una situación injusta, en la que los militares no se ven remunerados por sus servicios, no se comportaran de manera indigna para lograrlos, pues con ello no conseguirían nada y perderían también las futuras recompensas que obtendrían de Dios<sup>506</sup>.

Sin embargo, al final de su obra matiza su propuesta inicial y la inclina hacia términos más realistas y menos utópicos, pues critica de nuevo que las encomiendas, los títulos nobiliarios y los empleos militares más altos, se concedan a individuos sin servicios y sin ningún vínculo con la milicia. Así, recomienda que todas estas prebendas queden reservadas, sin ningún género de dudas, para ellos, “que las han comprado con su sangre”, en contraposición a aquellos individuos que las obtenido por medios ilícitos. De esta manera, si el rey reserva tales mercedes para los soldados, habrá dado un

---

cierto, y que no te ha de faltar? Pues mira, que tú mismo eres para ti el mayor enemigo que tienes, si dejas perder una ganancia tan grande para tu alma, que es el mayor tesoro que puede tener, tú lo trabajas, tú lo padeces, tú lo merecerás y tú lo gozarás por una eternidad, si sabes no perder tus trabajos y hacer la sementera ahora para coger la mies sazónada después.” *Ibidem*. pp. 27-28.

<sup>506</sup> *Ibidem*. pp. 28-29.

importante paso a la hora de hacer atractiva la carrera de las armas, por lo que no le faltarán individuos dispuestos a sacrificarse en la defensa del Imperio; y al contrario, si continúa con el actual sistema, “tema el rey de perder, más presto que piense, su Corona”<sup>507</sup>. De la misma manera, incide en que los soldados sean pagados con puntualidad, tanto porque es de justicia, como por cuestiones estrictamente operativas. Además, si no se facilitan al soldado los medios necesarios para su sostenimiento, estarían hasta cierto punto “justificados” para buscarlo por todos los medios posibles, lo cual va contra el ideal de soldado que defiende Andrade<sup>508</sup>.

Así, el pensamiento de Andrade se mueve desde unas posiciones poco cercanas a la realidad, hasta otras mucho más próximas a ella, donde se asume la ausencia de un sistema de remuneración de los servicios prestados eficaz, en el que los méritos sean lo más valorado a la hora de conceder las mercedes, aspecto que repercute de forma negativa en la operatividad de las fuerzas españolas y, sobre todo, en la imagen que el resto de la sociedad tenía de la profesión de las armas.

Baltasar Gracián trajo de nuevo a colación los planteamientos expuestos por Caramuel Lobkowitz, relativos a la gratificación de los servicios. Según su criterio, el hecho de que se ofrecieran los premios antes de realizar los servicios era una práctica más que recomendable, pues con ello se obligaba a los agraciados a cumplir su obligación con mayor ahínco. No obstante, esta liberalidad solo debía estar al alcance de la nobleza<sup>509</sup>.

Gil de Velasco se mostró más próximo a las tesis de Andrade, aunque las desarrolló desde otro enfoque. Este autor, en un intento por elevar el crédito de la milicia, cuando éste se encontraba en uno de sus momentos más bajos<sup>510</sup>, se muestra partidario de conceder un estatuto especial a los soldados, el cual acarrearía el disfrute de los privilegios y exenciones inherentes al fuero militar. Uno de los puntos de coincidencia con Andrade se encuentra en la identificación que hace entre soldado y monje (en torno a la cual gira la mayor parte de su obra). Del mismo modo, Dios

---

<sup>507</sup> *Ibidem.* p. 463.

<sup>508</sup> *Ibidem.* pp. 464-465.

<sup>509</sup> “(.....) Favores antes de méritos son prueba de hombres de obligación. El favor así anticipado tiene dos eminencias: que con lo pronto del que da, obliga más al que recibe. Un mismo don, si después es deuda, antes es empeño. Sutil modo de transformar obligaciones, que la había de estar en el superior para premiar, recae en el obligado para satisfacer. Esto se entiende con gente de obligaciones, que para hombres viles más sería poner freno que espuela, anticipando la paga del honor.” GRACIÁN, B.: *Oráculo manual y arte de prudencia*. (Edición de: BLANCO, E. Madrid, 2007). pp. 230-231. (1ª edición: Huesca, 1647).

<sup>510</sup> GIL DE VELASCO, J.B.: *Op. cit.* Fol. 10r.

aparece como remunerador de sus servicios, siempre y cuando no se comportaran como vulgares forajidos. En suma, ante la imposibilidad de retribuirles con bienes tangibles, se busca confortarles con la esperanza de que Dios tendría en cuenta sus servicios, premiándoles con la salvación de sus almas. Esta interpretación implicaría revestir a la Divinidad de una nueva función: la gratificación de los militares, tarea que corresponde al poder terrenal y que, ante su incapacidad, debe asumir el poder divino<sup>511</sup>.

Para Baños de Velasco, si no existe la certeza de que los buenos servicios serán recompensados, el servicio militar nunca será una opción atractiva. En este sentido, aunque el rey tiene la potestad para nombrar a quien desee para el mando de sus ejércitos, no debe conceder tales empleos a individuos incompetentes, ya que es lo más dañino que puede hacer, tanto para sus propios intereses como para los de su Reino (no obstante, no le parece mal que el monarca conceda gracias extraordinarias en otras facetas de la vida civil). Además, la persona a quien se promociona debe ser digna de la prebenda concedida, pues de lo contrario se pueden levantar suspicacias entre el resto de los soldados. Esta es la mejor política que puede seguir el rey, pues de concederse las mercedes así, los veteranos continuarán el servicio, y los nuevos reclutas verán en ellos un ejemplo a seguir<sup>512</sup>.

Considera que gran parte de la problemática se debe a la cada vez mayor estimación que tiene el mundo de las letras. Pero el autor se declara en contra de concederlas una valoración especial, si ello implica una mengua de la reputación de las armas. Como consecuencia de esta realidad, ante la opción de obtener la misma recompensa por servicios no militares, muy pocos encontrarán atractiva la profesión de las armas. El único camino posible para que la milicia recuperara su estimación, consistía en establecer algún tipo de incentivo al cual no pudieran acceder más que los soldados. Detrás de su reflexión se recoge un anhelo, manifestado por la mayor parte de los autores que hemos mencionado en estas páginas: reservar los hábitos de las Órdenes Militares, única y exclusivamente, para gratificar servicios realizados con las armas<sup>513</sup>.

---

<sup>511</sup> “(.....) Dios premiará al buen soldado con la gloria eterna, porque el día que el soldado padece hambre, quizá merece más que el ayuno del que no lo es; y sus viglias y centinelas se las remunerará Dios, a caso mucho más que el levantar a maitines de muchos frailes. Y el estar en cuerpo de guardia con la gola puesta le agrada a Dios en su tanto cuanto el cilicio sobre las carnes del penitente; y el guardar y seguir a su bandera es a Dios tan acepto como el ir los clérigos y religiosos acompañando la Cruz.” *Ibidem*. Fol. 10v-11r.

<sup>512</sup> BAÑOS DE VELASCO, J.: *Op. cit.* pp. 122-125.

<sup>513</sup> “(.....) Tiempos hubo que se necesitó de letras, y hay tiempo que hacen falta las armas. Si lo que a estas se las debe lo consiguen las otras, se irán a las otras, y pocos seguirán en estas. Ningún hijo de rey godo podía sentarse a la mesa de su padre, si primero no hubiere acreditado su valor en la campaña contra los enemigos. Aquel uso de los godos era propio para los hábitos militares, conociérase la nobleza que

\*\*\*\*\*

Las reflexiones de los autores que hemos traído a colación nos han demostrado, sin ninguna duda, la inexistencia de un sistema eficaz de remuneración de los servicios prestados, y en concreto de los realizados con las armas. Como hemos sostenido a lo largo de estas páginas, dicha deficiencia suponía un lastre para la monarquía española, pues era una de las causas que apartaba de la profesión militar a muchos individuos, y debido a esta circunstancia los problemas para satisfacer las necesidades de hombres para los ejércitos eran cada vez mayores.

Un importante número de autores (con independencia de su actividad profesional) volvieron su mirada hacia la Antigua Roma como panacea para resolver este problema. Su admiración por esta civilización venía determinada por la alta estimación que tenían los méritos contraídos en la guerra, por encima de los demás, que permitían a los soldados acceder a una serie de mercedes honoríficas, reservadas exclusivamente para ellos, pues solo se podían conceder a quien hubiera servido cierto número de años en las legiones o en la armada romana. En este sentido, se extrapolaba tales recompensas a los hábitos y encomiendas de las Órdenes Militares, pues se trata de gracias reservadas para remunerar servicios armados, que confieren a su poseedor un prestigio intrínseco ante el resto de la sociedad, el cual servía de acicate para su obtención. En definitiva, se tenía la certeza de que si se servía un tiempo pactado, se obtendría una determinada recompensa.

Una de las soluciones, inspirada en la experiencia romana, pasaba por imponer algún tipo de normativa en lo relativo a los servicios prestados y las recompensas que podrían obtener por ellos. Pese a que las Ordenanzas Militares, al menos en teoría, regulaban la manera en que se accedía a los empleos de la oficialidad, no había ninguna legislación al respecto que estipulara el tiempo de servicio necesario para la obtención de un hábito y/o encomienda, sino que entraban en juego otras cuestiones, entre las que se incluían: el origen del aspirante, sus relaciones personales, o sus contactos en el aparato administrativo. La adopción de medidas de este género, que hubieran supuesto

---

había servido, incitaría a la emulación para servir a la que quisiese cruzar el pecho con estas insignias rojas y verdes. Si no se diere satisfacción a los que bien sirvieron, es fuerza se disminuya este ejercicio del servir, y bien. Y si cómodos se hallan sin salir de las ciudades, ni padecer trabajos, no disminuyéndose el crédito, ¿quién los buscará con tantos peligros y tan poca certeza de hallar aquellos?” *Ibidem*. pp. 368-369.

una solución razonable a este problema, implicaba acometer cambios profundos en la naturaleza de las relaciones entre la Corona y los militares, cuyo resultado final sería algo parecido al establecimiento de un contrato entre ambos, donde quedarán reflejados los derechos y obligaciones de cada uno, y el acceso a dichas mercedes naciera de los méritos contraídos, y no de una gracia del monarca.

Con el establecimiento de unas reglas fijas e inmutables, que no dieran lugar a interpretaciones personales, cada una de las partes sabría a lo que atenerse, de manera que se acallarían las críticas sobre esta materia, al tiempo que se mejoraría la estimación social de la carrera de las armas, y ésta sería de nuevo atractiva. Además, al tiempo que los soldados beneméritos recibirían sus justas gratificaciones, se evitaría que algunos individuos presentaran demandas abusivas por acudir a servir, ya que no habría ocasión de satisfacer estas exigencias.

Otro de los remedios acarrea una concepción diametralmente opuesta de la relación servicios-recompensas. Se trataba de asegurar, por todos los medios posibles, una fuente de financiación fija con la cual acometer la paga puntual de los profesionales de la milicia. Conforme esta nueva interpretación, el servicio militar se vería despojado de gran parte de su carga simbólica, y se equiparía a una profesión más, donde sus integrantes tendrían la misma consideración que un agricultor o un cortesano. Asimismo, la importancia de las mercedes honoríficas se vería seriamente disminuida, en detrimento de la percepción regular del salario. Con el transcurso del tiempo, esta segunda línea será la que se imponga, pues todos los esfuerzos de las monarquías del momento se centrarán en asegurar los haberes de la tropa, más que en la concesión de potenciales recompensas honoríficas.

Pese a que desde el poder real se emprendieron actuaciones en ambas direcciones, para el tema que nos ocupa nos centramos en la primera de ellas. Así, a instancias del Conde Duque, se incentivó la concesión de hábitos a militares a cambio de que se comprometieran a continuar sus servicios, a individuos que se mostraban dispuestos a levantar contingentes militares de cuantía variable, o a quienes asumieran el gasto de su salario durante cierto tiempo. En último lugar, pese a que el llamamiento de los caballeros de hábito del año 1640, tenía una indudable voluntad de que los miembros de las Órdenes Militares prestaran servicio militar en persona, o que al menos presentaran un sustituto, estaba concebido como un medio para vincular a soldados veteranos y oficiales reformados al Batallón de las Órdenes, mediante el ofrecimiento de un hábito a cambio de servir dos campañas en ella.

## **5. LA REVITALIZACIÓN DE LAS FUERZAS MONTADAS (1600-1640).**

En las páginas precedentes hemos tenido la ocasión de comprobar el intenso debate existente en la sociedad de los siglos XVI y XVII, sobre el papel de la nobleza, entendida en sentido amplio, y la presencia de una corriente de pensamiento cuyo objetivo era revitalizar el vínculo entre el estamento privilegiado y la guerra el cual, según la mayoría de los autores, había perdido intensidad.

De la misma manera, con el progresivo empeoramiento de la situación internacional, la cual se tradujo (en lo referente a los intereses de la Monarquía de España), en unas demandas sin precedentes tanto de recursos financieros como humanos; y, sobre todo, la presencia de la guerra en la península ibérica, de una manera permanente, desde el año 1635, las miradas de la Corona se volvieron con cada vez más frecuencia hacia el segundo estado. En este sentido, ya hemos bosquejado las inmensas posibilidades que la nobleza podía ofrecer al esfuerzo bélico común, en forma de donativos, la utilización de su capacidad de movilización en sus señoríos, o el levantamiento de unidades militares a su costa.

A la hora de vincular a la aristocracia con la guerra, uno de los aspectos que más llama la atención, es el recurso constante a su relación con la caballería, el cual, como ya hemos visto, se remonta a los siglos medievales, y que en estos momentos de extrema necesidad se trata de explotar al máximo. Es en este contexto en el que se inscriben una serie de proyectos, entre los que destacamos el conocido como “las 64 compañías de caballos”, cuyo objetivo final fue impulsar el arma de caballería, a través del concurso personal de la nobleza (en este caso el de la nobleza media), en los puestos de la oficialidad o, en caso contrario, bien mediante la formación de unidades de caballería, pagadas con cargo a sus rentas.

Como tendremos ocasión de comprobar a lo largo de las páginas siguientes, según nuestro criterio, iniciativas de este tipo debieron de ser el paso previo a la decisión tomada el año 1640 de formar el Batallón de las Órdenes, una unidad de caballería integrada, al menos teóricamente, por caballeros de hábito. De la misma manera no fue casual que los dirigentes de españoles optaran por el levantamiento de

fuerzas montadas, en vez de articular efectivos pedestres, por las connotaciones simbólicas que esto tenía en el ideario colectivo.

Los primeros testimonios que hemos recogido, en esa dirección, proceden de mediados del siglo XVI, inscritos en los proyectos generales para establecer una milicia en Castilla, y a los cuales ya nos hemos referido anteriormente. Destacamos que, en unos momentos en los que la infantería primaba sobre la caballería, algunos autores inciden en la necesidad de sacarla del relativo abandono en que se encontraba por dos motivos: el primero, el de naturaleza militar, pues según su criterio, las “naciones” más poderosas cuentan con unas fuerzas ecuestres numerosas<sup>514</sup>, “porque esta es la verdadera fuerza de un príncipe, y la más segura”. En segundo lugar, y según nuestro criterio, aún más importante, el psicológico, ya que según sus impresiones, la mayoría de los que sirven en ese arma son de extracción nobiliaria, pues “la mayor parte, o toda, consta de gente noble e hidalgos, o tenidos por tales”<sup>515</sup>, lo cual se traduce en un prestigio añadido para el servicio.

Las fuerzas a caballo estaban destinadas a jugar un activo papel en la defensa del litoral peninsular<sup>516</sup>, porque estaban más capacitadas que la infantería para organizar una respuesta rápida ante cualquier amenaza externa. A pesar de la considerable extensión de territorio a defender, sólo había fuerzas permanentes en la costa de Granada y en Valencia. Allí se había erigido una línea de atalayas para dar la alarma ante posibles desembarcos de corsarios y, al mismo tiempo, se establecieron fuerzas de caballería permanentes, acuarteladas en las fortalezas<sup>517</sup>. Estas defensas estaban financiadas por las autoridades locales, siendo administradas en Valencia por los

---

<sup>514</sup> “(.....) Por experiencia se prueba, todas las naciones que son poderosas en caballería, tienen más parte en la tierra, como el turco y los persianos, y tártaros y moscovitos. Por razón se prueba, porque la caballería es la que en la guerra señorea a la campaña y hace las diligencias en la guerra. Por ejemplo se prueba, en las dos batallas que ganaron contra francés, últimamente en Flandes, y por la que ganó el Emperador en Sajonia, de la cual es buen testigo el duque de Alba, y otras muchas, en las cuales la caballería ha hecho el efecto. Por tanto, es necesario que esta caballería sea ordinaria, y la hagan ejercitar, repartida por sus capitanes, y cada mil lanzas, su coronel. Y de este género de milicia de caballería ordinaria, se aprovechó el rey Matías de Hungría y Jorge Castrioto; y con ella, fueron tan grandes como fueron estas; aseguran el Reino por de dentro y por de fuera, y de estas no se puede esperar lo que de un pueblo alterado se esperaría.” Apuntamientos sobre la milicia..... *Op. cit.* Fol. 279v.

<sup>515</sup> *Ibidem.* Fol. 280r-v.

<sup>516</sup> Véase: CORONA MARZOL, C.: “La defensa de la península ibérica: la frontera de agua a finales del siglo XVI”, en: RIBOT, L. y BERENGUER, E. (coords): *Op. cit.* Tomo II. pp. 531-549. Sobre todo, pp. 540-546.

<sup>517</sup> THOMPSON, I.A.A.: Guerra y..... *Op. cit.* pp. 25-26.

representantes de las Cortes y el virrey<sup>518</sup>, mientras que en Granada asumía esta función el capitán general<sup>519</sup>.

Sin embargo, al igual que otros aspectos de la organización militar, parece que esta defensa presentaba notables deficiencias. En lo concerniente a la caballería, los testimonios indican que las plazas teóricas nunca se cubrían, de modo que, en estas condiciones, era imposible articular una defensa eficaz. En este contexto surgen una serie de iniciativas destinadas a paliar estas carencias y, al mismo tiempo, aumentar los efectivos de las fuerzas a caballo, en las cuales la nobleza estaba llamada a ser parte activa de ellas.

## 5.1. GUARDAS DE CASTILLA.

A principios del reinado de Felipe II, el núcleo de la defensa interior estaba constituido, a grandes rasgos, por las Guardas de Castilla<sup>520</sup>, cuerpo de caballería integrado por unos 1.000 jinetes, acuartelados en Navarra y Castilla la Vieja. Esta

---

<sup>518</sup> PARDO MOLERO, J.F.: *La defensa del Imperio. Carlos V, Valencia y el Mediterráneo*. Madrid, 2001.

<sup>519</sup> Tras la toma de Granada, la Corona estableció el cargo de capitán general del Reino de Granada, cuyo primer titular fue D. Íñigo López de Mendoza, conde de Tendilla, que también fue nombrado alcaide de la Alhambra. En principio, sus competencias eran eminentemente militares. Sin embargo, se le agregaron una serie de funciones jurisdiccionales y fiscales. SMZOLKA CLARES, J.: *El conde de Tendilla, primer capitán general de Granada*. Granada, 1985. JIMÉNEZ ESTRELLA, A.: *Poder, ejército y gobierno en el siglo XVI. La Capitanía General del Reino de Granada y sus agentes*. Granada, 2004.

<sup>520</sup> El origen de esta unidad se encuentra en un decreto de mayo de 1493, el cual establecía sus efectivos en 2.500 hombres, divididos en 25 compañías de 100 hombres cada una. De ellas, 20 estarían compuestas por hombres de armas (es decir caballería más o menos pesada, pues sus integrantes debían servir con armadura completa y lanza de arandela), mientras que las cinco restantes lo harían como lanzas jinetas, con un equipo mucho más ligero. Sin embargo, ya en 1525 se produjo una reducción significativa de sus efectivos hasta más o menos la mitad de la cifra inicial. En 1573 incluían 15 compañías de hombres de armas, con 60 hombres cada una; 4 compañías de lanzas jinetas, con 50 hombres cada una; 100 continos y unos 520 jinetes de la Costa del Reino de Granada, cuyo total estaba en torno a los 1.700 efectivos. Véase: MARTÍNEZ RUIZ, E.: “La reforma de un “ejército de reserva” en la monarquía de Felipe II: las Guardas, en: RIBOT, L. y BERENGUER, E. (coords): *Op. cit.* Tomo II. pp. 497-511. MARTÍNEZ RUIZ, E. y DE PAZZIS PI CORRALES, M.: “Los perfiles de un ejército de reserva español. Las Ordenanzas de las Guardas de 1613, en: MARTÍNEZ RUIZ, E. y PI CORRALES, M. de P. (eds): *España y Suecia en la época del Barroco*. Madrid, 1998. pp. 341-371. MARTÍNEZ RUIZ, E. y PI CORRALES, M. de P.: “Un ambiente para una reforma militar: la Ordenanza de 1525 y la definición del modelo de ejército del interior peninsular, en: *Studia Histórica. Historia Moderna*, nº 21 (1999). pp. 191-216. MARTÍNEZ RUIZ, E.: “La difícil supervivencia del “ejército interior”: las Guardas, los aposentos y la escasez de dinero a finales del siglo XVI, en: SANZ CAMAÑES, P. (ed.): *La Monarquía Hispánica en tiempos del Quijote*. Madrid, 2005. pp. 433-461. PI CORRALES, M. de P.: “Las Guardas de Castilla: algunos aspectos orgánicos”, en: GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (eds): *Op. cit.* Tomo I. Madrid, 2006. pp. 767-785. MARTÍNEZ RUIZ, E.: *Los soldados del rey. Los ejércitos de la Monarquía Hispánica (1480-1700)*. Madrid, 2008. pp. 574-659.



unidad tenía un carácter permanente y podían ser considerados como los únicos profesionales de carrera al servicio de la Corona. De la misma manera, en caso de necesidad, el rey podía ordenar el reclutamiento de contingentes locales por parte de las ciudades castellanas; además la nobleza tenía la obligación de prestar servicio personal (en el caso de los caballeros de las Órdenes Militares y de los caballeros de cuantía, villanos con propiedades valoradas en 100.000 maravedíes, con la obligación de mantener un caballo y armas) o mandar un cupo de hombres montados cuando el rey los convocase a la guerra<sup>521</sup>. Este sistema se utilizó en los últimos años de la guerra contra Francia, aunque ya en 1558 (coincidiendo con una crisis económica) las poblaciones acusaban visiblemente el esfuerzo que ello representaba, cuando en 1562 se reavivaron los temores de una nueva guerra contra el vecino transpirenaico, se puso en estado de alerta a las tropas de las ciudades y de la nobleza, aunque este sistema empezó a mostrar signos de colapso. Para subsanarlos, a mediados de ese año se anunció la creación de una milicia en todo el territorio, consistente en una reserva ciudadana formada por voluntarios adiestrados y colocados bajo el mando de oficiales regulares nombrados por la Corona; también se aumentó el número y las pagas de las Guardas de Castilla y de las Guardas de la Costa de Granada. Además, se tomaron medidas para revitalizar los caballeros de cuantía en Andalucía y Murcia (consistentes en el alza del nivel de propiedades, de 100.000 a 375.000 maravedíes), sin embargo ninguna de estas medidas tuvo éxito<sup>522</sup>.

En cuanto a la situación de las Guardas de Castilla a principios del siglo XVII, hemos encontrado una valiosa información, procedente de la muestra general que pasaron en Valladolid el 11 de junio de 1605, encabezada por D. Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, duque de Lerma, en calidad de capitán general de la caballería de España<sup>523</sup>. Según los datos recogidos en ella, ese día pasaron revista 22 de las 23 compañías de este cuerpo de caballería, con la única ausencia de la compañía de caballos ligeros del condestable de Navarra, acuartelada en ese territorio, y cuya

---

<sup>521</sup> QUATREFAGES, R.: La revolución militar moderna... *Op. cit.* pp. 67-80.

<sup>522</sup> THOMPSON, I.A.A.: Guerra y..... *Op. cit.* pp. 28-29.

<sup>523</sup> En 1603, a propuesta del Consejo de Estado, fue nombrado capitán general de la caballería de España, lo que le convertía en capitán general de las Guardas de Castilla, cargo del que pidió ser relevado en 1611. Este nombramiento tenía un claro objetivo: vincular al personaje más poderoso del momento con la conservación de esta prestigiosa unidad, y mejorar la pésima situación existente. Según García García, a partir de ese momento, se produjeron algunas mejoras en la situación de esta unidad, ya que se consignó su paga con cargo al servicio de millones, la cual pasó a ser de 200.000 ducados anuales. GARCÍA GARCÍA, B.J.: *La Pax Hispánica. Política exterior del Duque de Lerma*. Leuven, 1996. pp. 122-23

presencia no era necesaria<sup>524</sup>. De las presentes, 16 eran de hombres de armas (incluida la de los continos, integrada por 100 jinetes), 4 de caballos ligeros, una de caballos arcabuceros, y finalmente, una mixta, compuesta por 40 jinetes ligeros y 60 arcabuceros a caballo. Este último aspecto llama la atención ya que, la introducción de las armas de fuego en el arma de caballería, puede ser interpretado como un intento de introducir, bien es cierto que de manera tímida, algunas novedades en un cuerpo caracterizado por su apego al pasado.

Conforme estas cifras, podemos atestiguar que, a pesar de la reducción de efectivos en aproximadamente 1.000 hombres, respecto a la plantilla inicial, en gran medida por la relegación a un segundo plano de la península ibérica, y más concretamente Castilla, como teatro de operaciones principales, las Guardas contaban con unos 1.500 soldados de caballería disponibles (1.560 si se contabilizaba la compañía del condestable de Navarra que, como hemos visto, no se encontró en la muestra), aunque las fuerzas totales a caballo eran sensiblemente mayores, pues no se habían contabilizado otras unidades<sup>525</sup>. Asimismo, llama la atención que a principios del siglo XVII, cuando la utilización de las armas de fuego y de las modernas técnicas de combate acreditaba cerca de un siglo de vigencia, se siga insistiendo en el mantenimiento de unas fuerzas de caballería que, cuando menos, resultaban anacrónicas y su utilidad militar era más bien insignificante.

No olvidemos que la mayor parte de las fuerzas de las Guardas de Castilla eran unidades de caballería pesada, conocidas, según la terminología de la época, como “caballos lanzas”, cuya operatividad ante los escuadrones de piqueros y arcabuceros, o incluso ante caballería armada con pistolas o carabinas dejaba bastante que desear<sup>526</sup>. Este hecho, añadido a las gruesas sumas que eran necesarias para mantener operativas estas compañías, puede explicar su cada vez menor importancia (tanto cuantitativa

---

<sup>524</sup> *Relación de lo sucedido en la ciudad de Valladolid, desde el punto del felicísimo nacimiento del príncipe Don Felipe Dominico Víctor, nuestro señor, hasta que se acabaron las demostraciones de alegría que por él se hicieron*. Valladolid, 1605. (atribuido a Miguel de Cervantes). Edición de MARÍN CEPEDA, P., en: *Cervantes Bulletin of the Cervantes Society of America*, nº 25 (2005). pp. 194-270. Se puede consultar en Internet en: <http://www.h-net.org/~cervantes/csa/articf05/marincedpeda2f05.pdf>. La cita en p. 254.

<sup>525</sup> “(.....) sin la caballería de la costa de Granada, que allí asiste, y sin los caballeros de cuantía, que en algunas muestras han llegado a cinco mil y setecientos, y sin otra caballería que el Reino tiene.” *Ibidem*. p. 258.

<sup>526</sup> “(.....) Tengan las lanzas paciencia en ceder a la invención de las corazas, que aunque en tiempos pasados hayan obtenido algunas victorias, esto habrá acontecido peleando con otras lanzas. Pero al presente, en hechos de armas, para los cuales nos fortificamos de cuerpos gruesos y poderosos, si ellas quisiesen acometer las corazas, yo les aseguro la peor parte.” BASTA, G.: *Gobierno de la caballería ligera, compuesto por* (.....). Madrid, 1642. pp. 142. (1ª edición castellana: Bruselas, 1624).

como cualitativa) en los contingentes montados. A modo de ejemplo, Luigi Melzo<sup>527</sup>, en su obra sobre la caballería publicada a principios de siglo, propone, para un ejército de 15.000 infantes, unas fuerzas montadas de 4.000 efectivos, organizados en 40 compañías de 100 hombres, de las cuales únicamente 10 deben ser de lanzas; mientras que las 30 restantes estarían compuestas por caballos corazas, equipados con peto y espaldar como armas defensivas, y dos pistolas para el ataque, (18 compañías) y caballos arcabuceros, que incorporaban la borgoñota, como arma defensiva, al peto y al espaldar; e iban armados con carabina, pistola y espada (las 12 restantes)<sup>528</sup>. Esta distribución (25% frente a 75%) implica relegar a la caballería que combate con arma blanca, a una posición menor, en detrimento de la que utiliza armas de fuego.

En este sentido, aunque no es nuestra intención profundizar en cuestiones militares, relacionadas con la táctica y la estrategia, según Melzo, las compañías de lanzas no son las idóneas para encabezar los ataques, “privilegio” que recae ahora en los que utilizan las armas de fuego, sobre todo los caballos arcabuceros, cuya misión sería la de castigar las formaciones enemigas con su potencia de fuego, tras lo cual cargarían aquellas, con el objetivo de desbaratarlas y ponerlas en fuga<sup>529</sup>. Otro teórico militar con experiencia en el servicio militar a caballo, Giorgio Basta<sup>530</sup>, coincide con lo apuntado Melzo, en cuanto a la distribución de la caballería, pues la proporción entre corazas y arcabuceros, por un lado, y la de lanzas, por otro, es virtualmente idéntica. Al mismo tiempo, sus palabras dan la impresión de que la formación de compañías de caballos corazas debía de levantar alguna clase de recelos (suponemos que entre la clase

---

<sup>527</sup> Este militar italiano, al servicio de la Monarquía Hispánica, fue caballero de la Orden San Juan de Jerusalén, miembro del Consejo de Estado de Milán y del de Guerra en Flandes. Dentro de su amplia experiencia militar, acredita haber servido en las guerras de Francia, Saboya, Delfinado, Borgoña, Piamonte, Flandes (hallándose en el sitio de Ostende), y contra los turcos en el Mediterráneo. Asimismo, alcanzó los empleos de maestro de campo de infantería italiana, capitán de lanzas y teniente general de la caballería.

<sup>528</sup> MELZO, L.: *Reglas militares sobre el gobierno y servicio militar de la caballería*. Milán, 1619. pp. 26-28. (1ª edición en italiano: Amberes, 1611).

<sup>529</sup> “(.....) El uso y servicio más principal de estas lanzas consiste en ir siguiendo los arcabuceros, los cuales, después de haber dado su carga a las tropas del enemigo, de frente y por el costado, y habiéndolos descompuesto y metido en confusión, vienen luego las lanzas a embestir resueltamente, de costado o frente a frente, según la ocasión y oportunidad que se presenta.” *Ibidem*. p. 25.

<sup>530</sup> Según se recoge en su obra, fue gobernador y capitán general en Hungría y Transilvania, y lugarteniente en Alemania, al servicio del Emperador Rodolfo II. En el momento de escribirla, 1624, afirma llevar sirviendo 40 años en Flandes, “y subido de soldado privado, por todos los grados, hasta el de comisario general de la caballería.” BASTA, G.: *Op. cit.* Prefacio sin paginar.

aristocrática), pues suponía socavar uno de los pocos reductos en los podía sobrevivir la caballería tradicional<sup>531</sup>.

De igual forma, se podría interpretar que la nobleza prefiere servir como lanzas, en lugar de hacerlo como corazas. Pero la falta de medios suficientes para mantener el equipo necesario, les habría hecho abandonar su preparación militar, por lo que sería una buena medida reconvertirlos en corazas, lo cual implicaría una reducción significativa del número de las primeras<sup>532</sup>.

En este sentido, a medida que avanza el siglo XVII las consideraciones de carácter “romántico” o idílico, son cada vez menos importantes antes las necesidades reales de la guerra, donde las compañías de lanzas tenían cada vez menor peso y habían quedado relegadas a vestigios del pasado. El duque de Rohan puso de manifiesto que en los ejércitos de su tiempo ya no se utilizan compañías de “caballos lanzas”, pues las nuevas formas de hacer la guerra las han convertido más en un estorbo que una ayuda<sup>533</sup>. Al mismo tiempo, realiza una apología de las compañías de caballos corazas, como principal fuerza no ya de la caballería, sino de la totalidad del ejército<sup>534</sup>.

Incluso va más allá que sus dos colegas italianos, pues en su organización ideal de la caballería, ante la mayor eficacia de las armas de fuego, las compañías de lanzas desaparecen. Así, propone que de cada mil soldados de caballería, haya 800 corazas, 100 arcabuceros y 100 dragones<sup>535</sup>, lo cual habla bien a las claras de los cambios acontecidos en el arma de caballería<sup>536</sup>.

En cuanto a la vigencia de las compañías de lanzas, debido a los elevados costes que acarreaban, según Melzo se deberían conceder a “personas muy calificadas” con fondos suficientes, capaces de mantenerlas por su cuenta si fuera necesario. De la

---

<sup>531</sup> “Yo sería de parecer que S.M. debería, en todas maneras, admitir corazas en su caballería, en tal proporción que de las cuatro partes, las dos fuesen de corazas, la tercera de lanzas y la cuarta de arcabuceros.” *Ibidem*. pp. 139-140.

<sup>532</sup> “(.....) Y si pareciese difícil reducir algunas compañías de lanzas en corazas, podríanse quitar las lanzas a los hombres de armas del país, y darles la pistola. Y al fin, habiéndose desfalcado en gran manera la nobleza de ellas no pudiendo, por el poco entretenimiento, mantener los caballos suficientes y propios para la lanza, si se convirtiesen en gruesos escuadrones, y se pusiese la nobleza que se hallara en ellas en la frente, guarnecidos con tropas de caballería ligera, así de lanzas como de arcabuceros, sin duda esto causaría muy gran progreso”. *Ibidem*. p. 141.

<sup>533</sup> “(.....) Las compañías de lanzas se han del todo extinguido en los ejércitos, dando el tiempo a conocer que eran de mayor embarazo que de servicio.” ROHAN, Duque de: *Op. cit.* pp. 8-9.

<sup>534</sup> “(.....) Las compañías de corazas son el cuerpo más sólido de la caballería, y la fuerza formidable de los ejércitos. Siendo infalible que será señor de la campaña el que fuere superior en este género de tropas.” *Ibidem*. pp. 9-10.

<sup>535</sup> Los dragones servían básicamente como infantería montada, siendo frecuente que el combate desmontaran y combatieran a pie. En cuanto a su armamento, utilizaban mosquete y espada, sin otras de carácter defensivo.

<sup>536</sup> *Ibidem*. pp. 15-16.

misma manera, aunque sus titulares acreditaran de menores servicios, debían tener preferencia sobre los de corazas y arcabuceros. Sus palabras parecen definir a la perfección el estado en que se hallaban las Guardas de Castilla, al mando de oficiales inexpertos pero que, en principio pueden hacer frente a los gastos necesarios para su puesta en marcha<sup>537</sup>. Asimismo, consideramos que estos argumentos vendrían a conformar una hipótesis plausible sobre su continuidad en el siglo XVII.

Análogamente, no podemos ignorar que el servicio militar a caballo, en general, y en particular en estas unidades, suponía para la Corona una magnífica ocasión para mantener vivo el vínculo entre nobleza y caballería, en unos momentos en los que, según todos los indicios, no se encontraba en su mejor momento. Del mismo modo, como podremos comprobar en las páginas siguientes, motivaciones de esta índole estuvieron muy presentes a la hora de tomar la determinación de requerir a los caballeros de hábito para que, al menos en teoría, prestaran servicio militar en persona, a caballo, con pistolas y coraza.

Según el capitán Montero de Espinosa, da la impresión de que este nexo era mucho más intenso en Francia que en España. Pone como ejemplo el caso del ejército de Flandes (que es en el que ha servido), donde constata que la nobleza sirve más en la infantería que en la caballería<sup>538</sup>. No obstante, a pesar de las deficiencias que presentaban las tropas montadas, pensamos que el autor plantea una situación idealizada, ya que gran parte de los tratadistas de la época (muchos de ellos también exagerando la realidad), se manifiestan en el sentido contrario: que la nobleza prefiere servir en la caballería, y por ese motivo no acuden a la infantería.

De tal modo, nos parece acertado el diagnóstico emitido por Pi Corrales<sup>539</sup>, cuando manifiesta que lo que perseguían los monarcas con la pervivencia de las Guardas de Castilla, era mantener vivo el vínculo entre nobleza y guerra, aunque fuera en unas condiciones no demasiado satisfactorias desde el punto de vista de la operatividad militar. La información facilitada en el cuadro 1 vendría a fortalecer esta

---

<sup>537</sup> MELZO, L.: *Op. cit.* pp. 1-2.

<sup>538</sup> “(.....) Pocos particulares sientan en la caballería, si no es que hayan sido en ella reformados. Es verdad, pero esa es culpa del estilo, no del ministerio. No se acostumbra en Flandes lo que en Francia, que aquí usa la sangre ilustre el manejo de las picas; allá se emplea en el de las pistolas. Y el que ha de cumplir con su obligación, de la misma suerte puede disparando que blandiendo.” MONTERO DE ESPINOSA, R.: *Op. cit.* pp. 53-54.

<sup>539</sup> “(.....) puede que los monarcas españoles aspiraran con las Guardas a la pervivencia de los valores tradicionales y el modelo caballeresco de la nobleza, de cuyo apoyo no se podía prescindir.” PI CORRALES, M. de P.: “Las Guardas de Castilla..... *Op. cit.* p. 785. MARTÍNEZ RUIZ, E.: Los soldados.....*Op. cit.* pp. 659-664.

teoría, pues la gran mayoría de los capitanes de las compañías son de extracción nobiliaria (lo cual no significa que necesariamente se pusieran al frente de ella en caso de necesidad, sino que lo haría su teniente), y además, a lo largo de su existencia, se emitieron una serie de disposiciones que, al menos en teoría, exigían la hidalguía a sus miembros<sup>540</sup>. De la misma manera, llama poderosamente la atención, que de los 22 capitanes de las compañías, sin contar al duque de Lerma, cuyo empleo de capitán general era honorífico, 8 de ellos procedían inequívocamente del ámbito cortesano, sin ninguna vinculación con la guerra ni con la caballería<sup>541</sup>.

Además, podemos acreditar que ninguno de ellos tenía experiencia directa en el mando de unidades de caballería. En el mejor de los casos, encontramos dos miembros del Consejo de Guerra, tres capitanes generales, dos virreyes y un castellano. Estos comportamientos hablan por sí solos y muestran bien a las claras lo que la Corona buscaba con la concesión de compañías a estos individuos. Según todos los indicios, la situación de las Guardas de Castilla durante las décadas siguientes dejó bastante que desear, tanto en lo referente a la calidad de las monturas como a la disciplina y operatividad de sus integrantes. Esta es la sensación que se desprende del testimonio de Murcia de la Llana (pronunciado un año antes del intento de desembarco anglo-holandés en Cádiz, ocasión en la que las Guardas deberían haber constituido la piedra angular de la defensa), donde emite un dictamen muy negativo de este cuerpo en su papel de principal garante de la integridad territorial del corazón de la monarquía, hasta el punto de llegar a cuestionar su vigencia y propugnar una reorganización de la unidad. Sin embargo, este deplorable estado no estaba justificado, pues a diferencia de otros efectivos encargados de la seguridad interna, las Guardas de Castilla recibían una consignación procedente del servicio de millones<sup>542</sup>.

Según nuestro criterio, lo acontecido con las Guardas de Castilla revela cierto paralelismo con el caso de los caballeros de hábito. Estamos hablando de dos entidades

---

<sup>540</sup> La primera ordenanza que recogía tal exigencia, parece ser que fue la de 1503, complementada con la de 1554. PI CORRALES, M. de P.: “Las ordenanzas de las Guardas y la búsqueda de una élite militar”, en MARTÍNEZ RUIZ, E. (ed): *Poder y mentalidad en España e Iberoamérica*. Madrid, 2000. pp. 157-166.

<sup>541</sup> *Relación de lo sucedido en la ciudad de Valladolid*.....pp. 254-258.

<sup>542</sup> “(.....) Cuánto se debía advertir y reformar que la escuela de los hombres de armas de Castilla estuviese bien disciplinada y pagada, pero ¿qué caballos han de tener los desdichados cuando van a hacer reseña, sino unos rocines alquilados? El soldado y hombre de armas, si estuviese pagado y satisfecho, si las armas le faltasen, debía pasar por una grande afrenta. Pues yo aseguro, señor, que lo que está consignado de V.M. para pagas de hombres de armas, que está cobrado, y aún quizá con centenas de costas, y no se oye otra cosa sino voces y clamores de hombres de armas mal pagados. (.....) ¿Qué disciplina militar han de tener, si por mal pagados están las armas mohosas, olvidados de arrimar el acicate, y del manejo de los caballos? MURCIA DE LA LLANA, F.: Op. cit. Fol. 8v.

que hundían sus raíces en el pasado, donde tenían su razón de ser y podían invocar su utilidad en el dispositivo militar de la monarquía española, pero que a principios del siglo XVII aparecían como reliquias sin utilidad aparente. Suponemos que continuaron perviviendo porque llevaban asociados un vínculo indisoluble con lo militar<sup>543</sup> (con mayor intensidad si cabe en el caso del combate a caballo), que alcanzaba las más altas cotas de estimación en el ideario colectivo de la sociedad de la época, donde los valores militares eran los más valorados y apreciados.

En este sentido, consideramos que la Corona estaba convencida de su operatividad, pues de lo contrario no se puede entender que en las Ordenanzas Militares de 1632, se optase porque tanto las compañías de hombres de armas como las de caballos ligeros, pasasen a servir como corazas, lo cual implicaba un salto cualitativo, y sobre todo de operatividad militar y de adaptación a las necesidades militares de la época. El ejemplo más claro de esta metamorfosis consiste en la progresiva supresión de las reminiscencias medievales, evidenciadas en la adopción de la pistola (una en el caso de los caballos ligeros, y dos en el de los hombres de armas) y el abandono de la lanza<sup>544</sup>, circunstancias que acarrearán una reducción de los fondos destinados a su mantenimiento<sup>545</sup>.

**CUADRO 1. EFECTIVOS DE LAS COMPAÑÍAS DE LAS GUARDAS DE CASTILLA SEGÚN LA MUESTRA PASADA EN VALLADOLID EL 11 DE JUNIO DE 1605.**

TITULAR DE LA COMPAÑÍA	TIPO	EFFECTIVOS	¿PRESENTE EL CAPITÁN?	EMPLEO DEL TITULAR
DUQUE DE LERMA	HOMBRES DE ARMAS	60	SI	CAPITÁN GENERAL DE LA CABALLERÍA DE ESPAÑA
DUQUE DE CEA	HOMBRES DE ARMAS	60	SI	MIEMBRO DE LA

<sup>543</sup> Este argumento, unido al prestigio intrínseco que tenía la unidad, fue esgrimido por los defensores del mantenimiento de las Guardas de Castilla, frente a aquellos que, a partir de 1610, llegaron a proponer su disolución y la asignación de sus fondos a otros aspectos de la defensa. Sin embargo, a partir de 1618, con la salida del duque de Lerma del poder y el empeoramiento de la situación internacional, se trata de invertir la tendencia disgregadora. No obstante, en 1617 sus efectivos se habían reducido a 726 unidades, integradas en 15 compañías de hombres de armas y 4 de caballería ligera, lo cual supone una reducción notable, cercana al 50%, en comparación con la muestra pasada en Valladolid en 1605. Sobre los proyectos para la reducción de los efectivos de las Guardas de Castilla entre 1610-1617, Véase: GARCÍA GARCÍA, B.J.: *Op. cit.* pp. 123-28.

<sup>544</sup> ALBI DE LA CUESTA, J., STAMPA PIÑEIRO y SILVELA MILANS DEL BOSCH, J.: *Un eco de clarines. La caballería española*. Madrid, 1992. p. 21.

<sup>545</sup> *Consulta de la junta de Reformation que se hace en el aposento del conde duque, sobre las compañías de hombres de armas y caballos ligeros de las Guardas de Castilla*. Madrid, 26-2-1633. AGS, GA, Leg. 1074.

				CÁMARA DEL REY
CONDE DE ALBA DE ALISTE	HOMBRES DE ARMAS	60	SI	CAZADOR MAYOR
MARQUÉS DE SAN GERMÁN <sup>546</sup>	HOMBRES DE ARMAS	60	SI	CAPITÁN GENERAL DEL REINO DE PORTUGAL
D. ENRIQUE DE GUZMÁN	HOMBRES DE ARMAS	60	SI	CLAVERO DE LA ORDEN DE ALCÁNTARA Y MIEMBRO DE LA CÁMARA DEL REY
CONDE DE GELVES	HOMBRES DE ARMAS	60	SI	MIEMBRO DE LA CÁMARA DEL REY
D. DIEGO DE SANDOVAL	HOMBRES DE ARMAS	60	SI	CORREGIDOR DE VALLADOLID Y MIEMBRO DE LA CÁMARA DEL REY
D. LUIS DE GUZMÁN	HOMBRES DE ARMAS	60	SI	GENTILHOMBRE DE LA BOCA
ALONSO RUIZ DE HERRERA <sup>547</sup>	HOMBRES DE ARMAS	100	NO	
D. PEDRO DE CASTRO	HOMBRES DE ARMAS	60	SI	MIEMBRO DE LA CÁMARA DE S.M.
CONDE DE SANTA GADEA, ADELANTADO DE CASTILLA	HOMBRES DE ARMAS	60	NO	CAPITÁN GENERAL DE LAS GALERAS DE SICILIA
MARQUÉS DE VILLAMIZAR	HOMBRES DE ARMAS	60	NO	VIRREY DE VALENCIA
MARQUÉS DE CAÑETE	HOMBRES DE ARMAS	60	NO	
D. JOSÉ VÁZQUEZ DE ACUÑA	HOMBRES DE ARMAS	60	NO	CASTELLANO DE MILÁN Y MIEMBRO DEL CONSEJO SECRETO DE AQUEL DUCADO.
CONDE DE OÑATE	HOMBRES DE ARMAS	60	NO	EMBAJADOR EN SABOYA
MARQUÉS DE MONTESCLAROS	HOMBRES DE ARMAS	60	NO	VIRREY DE NUEVA ESPAÑA
CONDE DE PUÑONROSTRO	CABALLOS LIGEROS	80	SI	MIEMBRO DEL CONSEJO DE

<sup>546</sup> D. Juan de Mendoza, marqués de San Germán, era lugarteniente del duque de Lerma en las Guardas de Castilla. *Relación de lo sucedido en la ciudad de Valladolid*.....p. 255.

<sup>547</sup> Ejerce como gobernador de la compañía de los continos hasta el nombramiento de un capitán. *Ibidem*. p. 255.



				GUERRA
MARQUÉS DE TAVARA	CABALLOS LIGEROS	80	SI	
D. PEDRO PACHECO	CABALLOS LIGEROS	80	SI	GENTILHOMBRE DE LA BOCA
D. SANCHO BRAVO DE ACUÑA	CABALLOS LIGEROS	80	SI	
D. GASPAR DE GUEVARA	MIXTA. 60 ARCABUCEROS A CABALLO Y 40 LANZAS JINETAS	100	SI	
CONDE DE SALDAÑA <sup>548</sup>	ARCABUCEROS A CABALLO	60	NO	

**Fuente:** Elaboración propia a partir de: *Relación de lo sucedido en la ciudad de Valladolid, desde el punto del felicísimo nacimiento del príncipe Don Felipe Dominico Víctor, nuestro señor, hasta que se acabaron las demostraciones de alegría que por él se hicieron*. Valladolid, 1605. (atribuido a Miguel de Cervantes). Edición de MARÍN CEPEDA, P., en: *Cervantes Bulletin of the Cervantes Society of America*, nº 25 (2005). pp. 254-258.

A partir de 1634, la demanda de tropas de caballería sufrió un espectacular aumento<sup>549</sup>. Como podremos comprobar más adelante, uno de los métodos a los que se recurrió para impulsar este designio fue la invocación de la figura del monarca como comandante militar, es decir, planteando su salida en campaña al frente de sus ejércitos. En lo concerniente a las Guardas de Castilla, a finales del mes de julio el barón Felipe de Areizaga, comisario general de la unidad, refería al Conde Duque de Olivares, en su condición de capitán general de la caballería de España<sup>550</sup>, que algunas de las catorce

<sup>548</sup> D. Diego Hurtado de Mendoza, conde de Saldaña, tenía el honor de ser el titular de la compañía asignada a la protección del capitán general de la caballería. Sin embargo no estuvo presente en esta muestra, ya que la pasó su teniente, D. Gonzalo Guiral, caballero de la orden de Santiago. *Ibidem*. p. 258.

<sup>549</sup> Según Stradling, el interés por el fortalecimiento de las tropas de caballería parece surgir justo después de la guerra de Mantua. Una de las primeras muestras en esa dirección se aprecia cuando en 1631, en previsión de un enfrentamiento con Francia, Olivares ordenó redactar un informe en el que constara las fuerzas montadas que se encontraban disponibles en la península ibérica, con el objetivo de paliar las deficiencias encontradas. Otros dos factores que también tuvieron un peso significativo, fueron los éxitos de los ejércitos suecos en Alemania (1632), donde las tropas montadas jugaron un papel decisivo; y la decisión de enviar un ejército desde Milán hasta Bruselas, al mando del cardenal infante, D. Fernando, el cual, por el tipo de misión a realizar, y la amplitud del teatro de operaciones que debía abarcar, necesitaba de unas cuantiosas fuerzas de caballería. STRADLING, R.A.: "Spain's military failure and the supply of horses, 1600-1660", en: *History*, vol. 69, nº 226 (1984). p. 211.

<sup>550</sup> D. Gaspar obtuvo este empleo en 1625, tras el fracaso de la invasión anglo-holandesa del mismo año sobre las costas andaluzas, con el objetivo de encargarse del buen estado de las fuerzas montadas en España. Entre otros empleos, llevaba anejo el de capitán general de las Guardas de Castilla, y un más que generoso sueldo de 12.000 ducados anuales, librados en los fondos consignados a esta unidad. Sin embargo, se trataba de un nombramiento honorífico, pues "los muchos y graves negocios en que os traigo ocupado, no darán lugar todas veces a que podáis acudir en persona a todas las cosas convenientes al dicho vuestro cargo", de modo que, a propuesta del ministro, el rey nombró a Carlos Filiberto D'Este, marqués de D'Este, caballero del Toisón de Oro y capitán general de los hombres de armas del estado de Milán, como teniente general. "(.....) elijo y nombro a vos, el dicho D. Gaspar de Guzmán, conde de Olivares, duque de Sanlúcar, mi primo, por mi capitán general de la caballería que al presente hay y adelante hubiere en estos mis reinos, así de la compañía de los cien continos hombres de armas, y de otra

compañías enviadas a Cataluña, ante la posibilidad de que Francia decidiera romper las hostilidades e invadir el Principado, se encontraban sin algunos de sus oficiales. Para remediar esta carencia Olivares ordenó a Areizaga que, junto con el virrey de Cataluña (el duque de Cardona), le remitieran un listado con los oficiales ausentes en cada una de las compañías para que se proveyeran las vacantes.<sup>551</sup>

Lo cierto es que ninguna de ellas tenía, en lo relativo a sus puestos principales, las plantillas completas. Por ejemplo, a tres de ellas faltaba el teniente, y a otras tantas el contador. En dos el alférez se encontraba fuera de servicio, y en el resto había más de un miembro de la primera plana ausentado. Entre las que presentaba peor situación se encontraba la comandada por el marqués de Alcañices, pues los empleos de teniente, contador y aposentador estaban vacantes<sup>552</sup>.

Poco o nada debió de solucionarse, pues los máximos responsables de la unidad continuaron denunciando esta situación. Pero el Conde Duque no estaba dispuesto a permitir que una fuerza montada tan importante, la cual consumía importantes fondos de la Real Hacienda, estuviera en tal estado de postración. Por este motivo, a principios de 1635 se creó una comisión, cuyas competencias abarcaban también otros cuerpos de caballería, denominada “Junta que trata de lo tocante a las Guardas de Castilla, Jinetes de la Costa de Granada y casa de V.M”. En lo relativo a las Guardas, su cometido era que los capitanes tuvieran prevenidas y listas sus compañías para hacer frente a cualquier eventualidad, tanto en lo relativo a sus plantillas como a caballos y armamento, por si el monarca creía oportuno dirigirse al Principado en caso de una ruptura de las hostilidades con Francia. Una de las primeras actuaciones en esta dirección, consistió en designar gobernadores para aquellas unidades cuyo capitán estaba ausente. Según el informe que presentó, cinco de ellas se encontraban en esta

---

que he mandado erigir de la misma manera, ambas para la guarda de mi persona, como de las demás de hombres de armas, caballos ligeros y arcabuceros, y demás de mis Guardas de Castilla, como jinetes de la costa del reino de Granada y fuera de ella, caballeros cuantiosos, lanzas, jinetes y arcabuceros de caballo, con que acostumbran a servirme todos los prelados, grandes, titulados y caballeros que tienen vasallos en estos mis reinos, y los con que me han de servir los comendadores de las Órdenes Militares que gozan en ellas encomiendas, y otro cualesquier género de caballería, así de los que llevaren nuestro sueldo, como de los que tuvieren obligación de servirme por cualquier título o causa que se sea o ser pueda, sin excepción alguna, para que la rijáis y gocéis y tengáis debajo de vuestra mano y gobierno.” *Copia del real decreto por el que se nombra capitán general de la caballería de España a D. Gaspar de Guzmán, Conde Duque de Olivares*. Madrid, 15-12-1625. BN, Mss, 18.175. Fols. 20r-25r.

<sup>551</sup> *Consulta del consejo de Guerra sobre lo que representa el comisario general, barón Felipe de Areizaga, tocante a la ausencia de los oficiales de las compañías de las Guardas de Castilla*. Madrid, 22-9-1634. AGS, GA, Leg. 1098.

<sup>552</sup> *Relación inclusa de los tenientes, alféreces, contadores y aposentadores que faltan en las catorce compañías de hombres de armas de las Guardas de Castilla que están en Cataluña*. Perpiñán, 30-8-1634. AGS, GA, Leg. 1098.

situación: la del duque de Lerma, las de los condes de Saldaña y Oñate, la de D. Fadrique Enríquez y, en última instancia, la de D. Jerónimo de Sandoval<sup>553</sup>.

No obstante, los candidatos a tal honor eran muy reducidos, ya que los escogidos debían de ser personas de prestigio y autoridad, que con su sola presencia animasen al resto de capitanes a que tuvieran su compañía en perfecto estado, todo ello bajo la perspectiva de una inminente presencia del rey a la cabeza de sus tropas<sup>554</sup>. Además, para evitar animadversiones y rencillas entre los oficiales principales, con motivo del nombramiento de un gobernador de la compañía, se ordenó que los aspirantes fuesen “personas de las mismas casas”; es decir, parientes de los capitanes ausentes<sup>555</sup>. Pero había otro motivo, en este caso de carácter militar, para justificar el nepotismo en lo concerniente a las compañías de las Guardas de Castilla, pues si se concedía el título de gobernador a un familiar, éste se implicaría con más ahínco en lo relativo al buen estado de la unidad, así como en las labores de reclutamiento para que tuviera las plazas designadas. De esta manera, se optó por designar como gobernadores al conde de Niebla, o si éste rehusase, al conde de Ricla (para la primera)<sup>556</sup>; a D. Luis de Haro (para la segunda); al conde de Villamediana, hijo del conde Oñate, para la de su padre; al almirante de Castilla para la de D. Fadrique Enríquez; y a D. Fernando de la Cerda para la quinta y última<sup>557</sup>.

De forma paralela, a finales de enero de 1635, una junta presidida por el Conde Duque, en la que concurrieron: el marqués de Castrofuerte, el duque de Villahermosa, D. Francisco de Alarcón, D. Felipe de Silva, D. Antonio de Contreras, D. Juan de Castilla, D. Jerónimo de Villanueva, Pedro de Arce, Bartolomé de Anaya y José González, cuyo objetivo era disponer todo lo necesario en caso de una súbita ruptura de las hostilidades con Francia, consideraba factible reunir unos 3.500 soldados de

---

<sup>553</sup> *Consulta de la junta que trata de la composición de las Guardas de Castilla y de la costa de Granada, sobre la forma que se podrá dar en el gobierno de las compañías cuyos capitanes están ausentes.* 10-1-1635. AGS, GA, Leg. 1121.

<sup>554</sup> “(.....) Algunas compañías de las Guardas de Castilla se hallan sin capitanes, por estar ausentes los que son. Y juzgando por conveniente que, en caso de salir la real persona de V.M., las gobiernen personas de tal calidad que no rehúsen los demás capitanes concurrir con ellas, y que los ausentes tampoco se sientan de que se les den gobernadores.”

<sup>555</sup> *Ibídem.*

<sup>556</sup> Finalmente, ante el poco deseo que los dos aristócratas designados tenían de servir este empleo, se nombró gobernador de dicha compañía al marqués de Palacios. *Consulta de la junta que trata de lo tocante a las Guardas de Castilla y jinetes de la costa de Granada, proponiendo al marqués de Palacios para que sirva la compañía de hombres de armas de que es capitán el duque de Lerma.* Madrid, 28-2-1635. AGS, GA, Leg. 1121.

<sup>557</sup> *Consulta de la junta que trata de la composición.....* 10-1-1635.

caballería para apoyar a los 11.000 infantes que se pretendía levantar para este fin<sup>558</sup>. Dentro del contingente de fuerzas montadas, las Guardas de Castilla aportarían 840 hombres, 14 compañías a 60 hombres por cada una de ellas, lo cual implicaba que tuvieran todos sus efectivos<sup>559</sup>. Sin embargo, una cosa eran las fuerzas teóricas que se pretendían reclutar, y otra las que realmente estaban disponibles para el servicio. Desgraciadamente para los intereses de la monarquía española, ambas cifras casi nunca solían coincidir, y el caso de las Guardas no iba a ser una excepción.

No obstante, se pusieron todos los medios posibles para que los mandos de estas unidades pudieran completar sus plantillas y, si fuera posible, incrementarlas. Sin embargo los resultados iniciales fueron poco alentadores, en su mayor parte debido a la poca colaboración de los capitanes<sup>560</sup>. En estos designios para incrementar las fuerzas montadas, en las cuales las Guardas estaban llamaban a jugar un importante papel, se encuentra la impronta del Conde Duque de Olivares, que hizo de la revitalización de la caballería una cuestión personal; pues sin unas fuerzas montadas operativas, cualquier intento de articular una defensa consistente estaba condenado al fracaso<sup>561</sup>.

Con el objetivo de enmendar esta situación, se requirió de nuevo a los capitanes para que tuvieran sus unidades listas en Cataluña el día 8 de marzo. En caso contrario se amenazó con quitarles el mando de las compañías, y nombrar nuevos oficiales en jefe (“capitanes propietarios”) para aquellas que no estaban listas para entrar en combate<sup>562</sup>.

---

<sup>558</sup> *Consulta que se tuvo en el aposento del conde duque, diciendo lo que se le ofrece cerca de los inconvenientes que tendría dar luego principio a las levas*. Madrid, 22-1-1635. AGS, GA, Leg. 1121.

<sup>559</sup> El resto de los 3.500 jinetes, se pensaba obtenerlo de la contribución de los “coroneles y capitanes de caballos”, a los cuales aludiremos en las paginas siguientes, quienes aportarían unos 2.000 hombres; otros 200 de los Jinetes de la Costa de Granada; 150 más de las compañías que hay en Aragón, Valencia y Cataluña. Finalmente, se pretendía obtener otros 300 soldados montados, proveyendo de monturas a una compañía de napolitanos y “algunas de valones” que se encontraban acuarteladas en el Principado de Cataluña. *Ibidem*.

<sup>560</sup> “(.....) aunque se han hecho diferentes diligencias con los capitanes de las compañías de las Guardas de Castilla desde principio de este mes, se halla la materia de la prevención de sus compañías mucho menos adelantada de lo que sería menester, por lo poco que obran los dichos capitanes.” *Consulta de la junta que trata de lo tocante a las Guardas de Castilla, jinetes de la costa de Granada y casa de V.M., sobre lo que conviene ordenar a los capitanes de las Guardas tengan prevenidas y puestas a punto sus compañías para 8 de marzo, y otras tocantes a lo que está cometido a esta junta*. Madrid, 28-1-1635. AGS, GA, Leg. 1125.

<sup>561</sup> “(.....) De caballería considero que si se pone a prisa a caballo la valona y la napolitana, y se rehinchén las compañías de las Guardas. Con esta gente y los jinetes y arcabuceros de los tres Reinos, se pueden empezar con buena esperanza las primeras acciones.” *Discurso dado al rey por el conde duque de Olivares sobre materias de estado y guerra*. Sin fecha (principios de 1635). AGS, GA, Leg. 1120.

<sup>562</sup> “(.....) Hase acordado que se les escriba de nuevo, dándoles prisa a la composición de sus compañías, y a llenar el número de gentileshombres que deben tener en ellas. Diciéndoles que, precisamente, han de haber cumplido con esto, y poner la gente en Cataluña para los 8 de marzo, porque la ocasión es de calidad que ni sufre más dilación ni V.M. podrá excusar si ellos no cumplieren con lo que es de su obligación, en esta parte, de dar capitanes propietarios a las dichas compañías, para que las sirvan y prevengan como conviene.” *Ibidem*.

Con todo, el poder regio estaba dispuesto a facilitar esta tarea lo más posible, para lo cual contribuiría con parte del desembolso necesario, sobre todo en lo relativo a surtir a sus compañías de los caballos necesarios, aportando 60 ducados para cada uno de ellos, con cargo a los fondos asignados para reforzar la caballería, o de los “rezagos” de la consignación de las Guardas de Castilla procedente del servicio de millones. Por el contrario, la recluta de nuevos soldados y su equipamiento correría por cuenta de los capitanes<sup>563</sup>.

No se quiso dejar nada al azar y, por parte de la Real Hacienda se trató de allegar todos los fondos posibles. Para ello, se ajustó con D. Juan de Castro y Castilla, miembro de los Consejos de Guerra y Hacienda, un asiento para hacerse cargo de la provisión de la caballería de Cataluña, con unas condiciones, en principio, bastante positivas para las finanzas regias, si se comparaba con las del suscrito con los anteriores proveedores: Juan Carrizo y Sancho de Monreal<sup>564</sup>.

Simultáneamente, se ajustó otro asiento con Diego Ruiz de Castellanos, cuyo principal ascendió a 22.000 ducados, que permitiría acometer la compra de las monturas necesarias para los soldados de las 14 compañías de las Guardas localizadas en Cataluña. Por otra parte, se ordenó al Consejo de Hacienda que situara dicha cantidad en lo que faltaba por cobrar de la consignación de las Guardas en los millones, y el resto en alguna renta cobrable durante 1636<sup>565</sup>. En la misma dirección se inscribe la orden enviada a este organismo, para que pusiera a su disposición 6.000 escudos procedentes de las consignaciones embargadas a Juan Carrizo, que permitirían el abono de dos pagas

---

<sup>563</sup> “(.....) Y porque se sabe que demás de los soldados que están ausentes de ellas, faltan muchos que han muerto, e inutilizándose, y otros están a pie, parece que se libre a cada capitán lo que hubiere menester para proveer los caballos que faltaren en sus compañías, a razón de 60 ducados por cada uno, por cuenta de V.M., lo cual se hará del dinero que V.M. ha mandado proveer para encabalar la caballería, o de lo que se cobrara de rezagos de su consignación, si V.M. tuviere por bien de aprobarlo. Y que el demás gasto que fuere menester para buscar la gente y aviarla corra por cuenta de los dichos capitanes.” *Ibidem*.

<sup>564</sup> La oferta de D. Juan suponía ahorrarse a la Corona, en primer lugar, un interés anual del 8%, los 7.000 ducados de adehala (cantidad que se otorgaba a los asentistas, tanto como recompensa por el cumplimiento del asiento a satisfacción, como para cubrir cualquier imprevisto durante su gestión), y los 40 días de plazo para cambiar la moneda de vellón en plata. Aunque para la administración olivarista no fueron suficientes, ya que se intentó obligarle a que corriera con los gastos generados por la conversión del vellón en plata, si el premio fuera superior al 20%, que fue lo pactado con Carrizo y Monreal. *Consulta de la junta a quien está cometida la prevención del tren de la casa de V.M., la composición de las compañías de las Guardas de Castilla, y jinetes de la costa de Granada, sobre lo que D. Juan de Castro y Castilla pide que se declare en el despacho que se le ha de dar para la provisión de dinero para la caballería*. Madrid, 18-3-1635. AGS, GA, Leg. 1125.

<sup>565</sup> *Consulta de la junta a quien está cometida la prevención de las compañías de las Guardas y jinetes de la costa de Granada, en la que representa lo que conviene que se sirva de mandar ordenar para la ejecución de lo que toca a esta junta*. Madrid, 21-4-1635. AGS, GA, Leg. 1125.

extraordinarias a todos los soldados y oficiales de las Guardas presentes en la frontera catalana<sup>566</sup>.

También se buscaba acabar con la mala gestión de las rentas destinadas al mantenimiento de las Guardas de Castilla, por lo que se ordenó a la Comisión de Millones<sup>567</sup> que cometiera a D. Rodrigo Jurado, el pago de todas las cantidades que se las adeudaban, con jurisdicción para proceder contra todo aquel que las hubiera administrado, y se hubieran demostrado irregularidades en su labor<sup>568</sup>.

Pese a todos los esfuerzos y las medidas encaminadas a mejorar la situación existente, la realidad parece inclinarse en la dirección contraria, ya que desde finales de 1637 se incide en algunas de las cuestiones planteadas en 1635. En esta ocasión, el Conde Duque de Olivares, a través de la Junta de Ejecución, parece asumir personalmente la dirección de las gestiones para conseguir el objetivo que se había propuesto: que las Guardas de Castilla se convirtieran en una fuerza de caballería plenamente operativa, capaz de responder a las necesidades del momento. Si tenemos en cuenta la información suministrada por esta entidad administrativa, la situación en la que se encontraban dejaba mucho que desear. Sin embargo, hemos de considerar esta circunstancia desde una perspectiva amplia, pues debido a la ausencia de conflictos internos se puede entender, en cierta medida, el estado de abandono que presentaba la unidad. En este sentido, al igual que en otros muchos aspectos de la defensa peninsular, hasta que la monarquía española no se vio literalmente con el agua al cuello, no se ocupó de las Guardas de Castilla como fuerza de caballería susceptible de ser utilizada en la conservación de la frontera pirenaica. Y cuando se buscó este objetivo, la desidia y la apatía acumulada durante largos años hizo imposible culminar con éxito cualquier iniciativa en esa dirección. En suma, era muy complicado articular en torno a una

---

<sup>566</sup> *Ibidem*.

<sup>567</sup> Se trata de una institución nacida en 1611, emanada de las Cortes de Castilla, para administrar los millones (renta en la cual estaba situada la consignación de las Guardas), al margen del Consejo de Hacienda. Estaba compuesta por cuatro comisarios, nombrados por las Cortes, pero desde 1632, el Conde Duque consiguió introducir a otros cuatro, hombres de su confianza, para ejercer cierto control sobre este organismo, hasta que en 1639 el monarca le concedió la presidencia. En 1647 se decidió incorporarla al Consejo de Hacienda, aunque se constituyó un tribunal específico para esta cuestión, conocida como la Sala de Millones. Sin embargo, las Cortes protestaron, y en 1653 Felipe IV hubo de rectificar. En 1658 se adoptó una resolución consensuada entre la Corona y las Cortes, pasando la administración de los millones a la sala homónima, formada por cuatro consejeros de designación regia y cuatro comisarios elegidos por el Reino. Véase: DEDIEU, J.P y RUIZ, J.I.: “Tres momentos en la historia de la Real Hacienda”, en: *Cuadernos de Historia Moderna*, nº 15 (1994). pp. 77-98. Sobre todo, pp. 79-90. CÁRCELES DE GEA, B.: *Fraude y administración fiscal en Castilla. La Comisión de Millones (1632-1658). Poder fiscal y privilegio jurídico-político*. Madrid, 1994. *Fraude y desobediencia fiscal en la Corona de Castilla en el siglo XVII (1621-1700)*. Valladolid, 2000.

<sup>568</sup> *Consulta de la junta a quien está cometida la prevención de las compañías de las Guardas y jinetes de la costa de Granada*.....21-4-1635.

unidad sin operatividad militar, obsoleta y anclada en el pasado, las fuerzas montadas que deberían oponerse a las tropas francesas.

No obstante, durante el año 1637 se pactó con los capitanes que cubrieran las plazas vacantes en sus compañías, con el objetivo de completar las 60 que debían tener obligatoriamente. Pero el objetivo final era que las incrementaran hasta llegar a las 80 o 100 unidades según el caso, para lo cual se les proveyeron los fondos necesarios. Según esta realidad, los capitanes de las Guardas aparecerían como reclutadores privados al servicio de la Corona, pues se les libraba una cantidad con la cual debían cubrir las vacantes de su unidad, y al mismo tiempo incorporar nuevos integrantes. El trasladar esta responsabilidad a los comandantes de las compañías no se tradujo en una mejora de la situación de esta unidad, y se recomendó la adopción de medidas de carácter compulsorio para que cumplieran con su obligación<sup>569</sup>. Análogamente, se propuso pactar lo mismo con el resto de capitanes (es decir, aquellos con quienes no se había acordado la remonta de sus compañías en 1637), para lo cual se debían depositar las cantidades necesarias. La firme voluntad del Conde Duque en convertir las Guardas de Castilla en un cuerpo de caballería eficaz, también se encuentra presente en el monarca, ya que a principios de marzo ordenó al Consejo de Guerra que propusiera, de manera inmediata, personas para cubrir las vacantes de las compañías en las que no sirvieren sus propietarios, con el claro objetivo de poner fin a su falta de operatividad<sup>570</sup>.

Es también en esos momentos cuando, por parte de la administración olivarista, se incide en la participación de los diferentes consejos de la monarquía en el esfuerzo bélico común, al cual estaban obligados a contribuir todos y cada uno de los súbditos. Esta contribución se había iniciado, muy probablemente, en el año 1635, y consistiría en el mantenimiento de una compañía de infantería por parte de cada uno de estos organismos, destinada al frente catalán. Sin embargo, poco después (1636-1637) se incrementó la carga a la que debían hacer frente, ya que se conmutó por una compañía de caballería. En este sentido, se encargó a D. Jerónimo de Villanueva, protonotario de

---

<sup>569</sup> “(.....) ha parecido representar a V.M. sería conveniente ordenar a los capitanes de las Guardas, con quien se asentó llenarían el número de las plazas de su dotación, y acrecentarían otras hasta 80 o 100, cumplan con poner en Perpiñán las que hubieren dejado de remitir por culpa suya, pues V.M. les dio lo que se concertó para montarlas, conforme a lo que se encargaron. Y que para saber las que cada uno pasó muestra en Cataluña, se ajuste por los papeles que hubiere, o se pida razón de ello a los oficiales a quien tocare.” *Consulta de la junta de la Ejecución en la que representa a V.M. lo que le parece se podrá disponer para acrecentar la caballería que hoy tiene el ejército de Cataluña*. Madrid, 17-2-1638. AGS, GA, Leg. 1215.

<sup>570</sup> *Consulta de la junta de Ejecución en la que se da cuenta de lo que se ofrece en orden a que D. Pedro Dávila pase a Extremadura a reconocer la caballería que está en esta parte*. Madrid, 2-3-1638. AGS, GA, Leg. 1217.

la Corona de Aragón, que la compañía asignada al consejo homónimo tuviera los efectivos acordados, pues parece que en esos momentos sus plazas no son las asignadas<sup>571</sup>.

En cuanto a la remonta de las compañías de las Guardas de Castilla, surgieron problemas entre los capitanes y el poder regio, respecto a la forma en la cual se daba por cumplido el compromiso. Mientras que para los primeros era suficiente haber pasado muestra de los caballos levantados en la Corte, ante el marqués de Castrofuerte (veedor general de las Guardas de Castilla), la Junta de Ejecución emitió un dictamen opuesto ya que no concurrieron con las plazas pactadas, pues de admitir tal incumplimiento de las condiciones, el perjuicio para la Corona sería inmenso<sup>572</sup>. Para solventar esta disyuntiva, se ordenó que únicamente se contabilizaran los soldados “recibidos al sueldo” en Cataluña, advirtiéndoles que si no cumplían con lo estipulado, se recurriría a medidas más severas<sup>573</sup>. No obstante, el problema no se encontró una solución a este dilema, de manera que las diferencias continuaron durante los meses siguientes.

De tal modo, a finales del mes de mayo se pasó una muestra general de la caballería en el Principado de Cataluña, que nos ofrece una valiosa información sobre el grado de cumplimiento del compromiso de los capitanes de aumentar las plazas de sus unidades, así como del estado de las Guardas de Castilla en su papel de fuerza asignada a la defensa de la frontera pirenaica. En principio, el cuadro esbozado no parece ser demasiado halagüeño, ya que ninguna de las 14 compañías que la pasaron tenía las 80 plazas pactadas, y mucho menos las 100, e incluso varias de ellas ni llegaban a las 60<sup>574</sup>.

---

<sup>571</sup> “(.....) El consejo de Aragón se encargó de tener en Cataluña, en lugar de la compañía de infantería que V.M. le señaló, como a otros consejos, una de caballos. Y respecto de haberse minorado el número de las plazas de ellas, por los accidentes que han sobrevenido, tiene por conveniente la junta que V.M. se sirva de ordenar al consejo cumpla el número de las que le faltare, conforme a lo que se asentó con el había de tener. Encomendado su disposición y efecto a D. Jerónimo de Villanueva, pues por su mano se encaminará como conviene.” *Consulta de la junta de la Ejecución*..... 17-2-1638.

<sup>572</sup> “(.....) Y respecto que pretenden haber cumplido con lo capitulado con haber pasado muestra ante el marqués de Castrofuerte, veedor general de las Guardas de Castilla, ha parecido a la junta representar a V.M. que los dichos capitanes, en ninguna manera, cumplieron con haber pasado aquí muestra de los caballos que levantaron, porque debieron poner el número entero de la obligación en sus estandartes. Pues sería de ningún fruto lo concertado, di después de haber pasado la muestra se ausentasen las personas que hubiesen montado antes de legar a donde habían de servir.” *Consulta de la junta de la Ejecución, en la que da cuenta a V.M. de que los capitanes de las Guardas, con quien se asentó hinchasen las plazas que faltaban en sus compañías, y acrecentasen otras, pretenden haber cumplido con haber pasado muestra aquí, de las que tuvieron obligación a levantar*. Madrid, 24-3-1638. AGS, GA, Leg. 1215.

<sup>573</sup> *Ibidem*.

<sup>574</sup> *Relación del número de los soldados de a caballo y a pie, y oficiales que hay en las compañías de las Guardas de Castilla, jinetes de la costa de Granada, compañías sueltas, las de los valones y dragones*. Barcelona, 27-5-1638. AGS, GA, Leg. 1215



Entre las que presentaban mejor aspecto se encontraba la compañía del Conde Duque de Olivares, con 76 plazas, de modo que solo debía entregar 4 soldados y montar a otros cuatro para alcanzar las 80 plazas<sup>575</sup>. En segundo lugar se encontraba la del conde de Aguilar, con 69 efectivos, de los cuales 37 no tenían montura (más o menos la mitad de la compañía); le seguían el marqués de Leganés, que según la muestra acreditaba tener 65 hombres, y el marqués de Cañete, con la misma cifra, pero con 13 soldados desmontados<sup>576</sup>. En cuanto a las 10 restantes, ninguna de ella superaba las 43 plazas, y dos de ellas: la del conde de Puñonrostro y la de D. Luis Bravo registraban 19 plazas, sólo un tercio de las que estaban obligados a tener<sup>577</sup>.

En suma, de unos efectivos teóricos de 840 hombres (a 60 por compañía), únicamente estaban registrados 581, lo que significa el 70% del total. Sin embargo, el porcentaje es aún menor, (el 60%) cuando lo comparamos con el total de unidades operativas, listas para el servicio, donde no podemos incluir a los 77 desmontados<sup>578</sup>. Después de todos los esfuerzos, para incrementar las plantillas de las compañías de las Guardas, no solo no se habían alcanzado los 1.120-1400 hombres que se pretendía (a 80-100 hombres por cada una de ellas), sino que ni siquiera se cumplían los objetivos mínimos. Además, en 8 de las compañías faltaban oficiales: 1 alférez y 7 tenientes, lo cual generaba nuevos problemas, en esta ocasión en lo referente al mando y disciplina de las tropas<sup>579</sup>.

**CUADRO 2. EFECTIVOS DE LAS COMPAÑÍAS DE LAS GUARDAS DE CASTILLA SEGÚN LA MUESTRA PASADA EN BARCELONA EL 27 DE MAYO DE 1638.**

TITULAR DE LA COMPAÑÍA	SOLDADOS A CABALLO	SOLDADOS DESMONTADOS	OFICIALES	TOTAL
CONDE DUQUE DE OLIVARES, CAPITÁN GENERAL	67	4	5	76

<sup>575</sup> *Relación del número de los soldados de a caballo y a pie, y oficiales que hay en las compañías de las Guardas de Castilla.....27-5-1638.*

<sup>576</sup> *Ibidem.*

<sup>577</sup> *Ibidem.*

<sup>578</sup> *Ibidem.*

<sup>579</sup> En la compañía del Conde Duque faltaba el alférez, porque había sido promocionado al empleo de ayudante de la caballería. En la del conde de Aguilar, no se encontraba el teniente, pues había ido a levantar una compañía de infantería; en la del conde de Colmenar estaba ausente el mismo oficial por idéntico motivo. En la del marqués de Alcañices también faltaba el teniente, porque se había ido a servir a Nápoles. El duque de Medina de las Torres tampoco tenía esta oficial en su unidad, porque fue ascendido a capitán de dragones; mientras que el de D. Luis Bravo estaba licenciado por impedido. Finalmente, el del marqués de Távora también pasó a ser capitán de dragones, y a D. Fadrique Enríquez le mataron el suyo los franceses en la batalla de Leucata (septiembre de 1637). *Ibidem.*

CONDE DE AGUILAR	26	37	6	69
MARQUÉS DE CAÑETE	48	13	4	65
MARQUÉS DE LEGANÉS	60		5	65
D. FADRIQUE ENRÍQUEZ	38		4	42
D. JERÓNIMO SANDOVAL	36		4	40
MARQUÉS DE TÁVARA	36		4	40
MARQUÉS DE ALCÁÑICES	30	1	4	35
CONDE DE COLMENAR	26	2	5	33
CONDE DE OÑATE	19	6	4	29
DUQUE DE MEDINA DE LAS TORRES	17	5	4	28
CONDE DE BENAVENTE	14	5	4	23
CONDE DE PUÑONROSTRO	13	1	5	19
D. LUIS BRAVO	13	3	3	19
<b>TOTAL</b>	443	77	61	581

**Fuente:** *Relación de los soldados de a caballo y a pie, y oficiales que hay en las compañías de las Guardas de Castilla, jinetes de la Costa de Granada, compañías sueltas, las de los valones y dragones.* Barcelona, 27-5-1638. AGS, GA., Leg. 1215.

Desde el poder central se intentó solucionar esta situación, y la Junta de Ejecución propuso la adopción de dos medidas: en primer lugar, el incremento de la cantidad librada a los capitanes por cada una de las plazas en que aumentara su unidad, que pasó de 60 a 80 escudos; y en segundo lugar, la admisión de todos aquellos efectivos que fueron rechazados por no haber pasado muestra en Barcelona<sup>580</sup>. No obstante, el Consejo de Guerra (con la presencia de los marqueses de Castrofuerte, Valparaíso y Torrecuso, el conde de Montalvo, Bartolomé Spínola, Pedro Dávila y D. Alonso del Castilla) recordó al monarca que los capitanes sólo estaban obligados a pasar muestra ante el veedor general de la caballería, por lo que no se les podía obligar a que levantaran los soldados de nuevo<sup>581</sup>.

<sup>580</sup> *Consulta del Consejo de Guerra sobre si los capitanes de las Guardas cumplieron con pasar muestra de la caballería que tuvieron obligación acrecentar en sus compañías, en Madrid ante el veedor general, o debieron ponerla en sus estandartes.* Sin fecha, ¿principios de junio de 1638? AGS, GA, Leg. 1215.

<sup>581</sup> “(.....) ha parecido representar a V.M. que el título que se tiene en todas partes, es pasar la muestra ante el veedor general de la caballería de la que se levanta, que habiendo precedido este requisito, sin gravamen de poner en los estandartes enteramente el número de plazas que pasaron en la muestra, ni habérseles dado a entender lo habían de hacer, así no halla causa por donde se les pueda obligar a que

El marqués de Castrofuerte, una de las voces más autorizadas en esta materia, en su calidad de consejero de Guerra y veedor general de las Guardas de Castilla, declaró que quienes pasaron muestra ante él en Madrid, estaban obligados a garantizar que tanto los caballos como los soldados llegaran en perfecto estado a su destino (en este caso Cataluña), para lo cual los capitanes deberían exigir fianzas a sus proveedores. De la misma manera, en caso de no haber previsto tal eventualidad, serían los responsables de velar por su conservación<sup>582</sup>. Pero lo que realmente buscaba Castrofuerte era reducir, en todo lo posible, la carga soportada por la Real Hacienda y endosarla a los jefes de las compañías que, no olvidemos, estaban recibiendo generosas cantidades por ello. Del mismo modo, las finanzas reales no estaban obligadas al abono de los caballos que fueran inútiles para el servicio, es decir que llegaran lastimados a la plaza de armas designada, o que el estado que presentaran fuera incompatible con su uso militar. Tal y como se hace con el armamento para las tropas de a pie, que no era entregado hasta que los capitanes se han comprometido a velar por su buen estado y responsabilizarse de su conservación<sup>583</sup>.

Pero las dilaciones, y la falta de compromisos ciertos, continuaron siendo lo habitual respecto a la revitalización de la caballería en general, y la de las Guardas de Castilla en particular, muchas de las cuales se reproducirán dos años más tarde con motivo de la formación del Batallón de las Órdenes. Una nueva muestra la encontramos cuando la Junta de Ejecución decidió encargar a Pedro de Arce y a D. Nicolás Cid, que se encargaran de esta materia. Ambos funcionarios insistieron en que el acuerdo de la Corona con los capitanes tenía un carácter contractual, es decir con unas condiciones pactadas entre ambas partes, que los capitanes no habían cumplido<sup>584</sup>.

---

vuelvan a levantar las que dejaron de presentar en sus compañías. Si bien reconoce el consejo que los cabos a quien se encargaron la conducción de las tropas estarán con obligación de dar cuenta de los caballos que se les entregaron.” *Ibidem*.

<sup>582</sup> “El marqués de Castrofuerte dijo que V.M. mandó entregar a algunos de los dichos capitanes, a razón de los dichos 80 escudos para montar las plazas que habían de aumentar en sus compañías. Que los que presentaron aquí, les corría obligación a tomar fianzas de que llegarían a sus estandartes, si no es en caso que en el camino se muriese el caballo, o quedase malparado, de que había de constar por testimonio. Que habiendo ejecutado esto, los capitanes deben apremiar a las personas que hicieron las obligaciones, den satisfacción de lo que importaren.” *Ibidem*.

<sup>583</sup> “(.....) en caso de no haber prevenido esto (exigir fianzas), correrá por cuenta de los capitanes el cumplimiento de poner las plazas que hubieren de montar en sus compañías. Y que esta plática es tan sabida que ni aún las armas para la infantería no se entregan a los soldados hasta que los capitanes se hayan obligado a tenerlas prontas y de manifiesto.” *Ibidem*.

<sup>584</sup> “(.....) el caso presente es llano por la parte de V.M., pues fue un concierto recíproco entre partes. Y V.M. concertó con los capitanes que le pusiesen tanto número de gente y caballos para rehenchir cada uno su compañía, que se hallaban sirviendo en la frontera de Perpiñán, haciendo la cuenta de lo que costarían llevar los caballos y lo necesario para el socorro de la gente, y que siendo este el acuerdo, les parece no puede tener duda que no cumplen con la obligación, sino presentándolo todo en la parte donde tienen sus

Del mismo modo, según el artículo 37 de las Ordenanzas de esta unidad, si las compañías estaban alojadas fuera de Castilla, o sirviendo en “guerra en las fronteras”, debían pasar revista ante el veedor general. Ya que en esos instantes concurrían ambas circunstancias descritas, y los capitanes no han pasado muestra, ni de los caballos ni de los soldados, es evidente que han incumplido su parte del trato, pues el veedor general no tiene autoridad para aceptar los soldados y caballos presentados en Madrid<sup>585</sup>.

La solución pasaba por la presencia del veedor general en Cataluña, o de su teniente, para que comprobara si todo estaba en orden. La Junta de Ejecución suscribió las propuestas de Arce y Cid, y recomendó al monarca que las pusiera en marcha, amenazando con la adopción de medidas punitivas si a mediados de julio no se había resuelto esta cuestión<sup>586</sup>.

Las urgencias de la Corona están más que justificadas, sobre todo si se tiene en cuenta que las condiciones económicas pactadas con los capitanes son más que generosas. Desde Cataluña, territorio donde estaban prestando servicio, también llegaron críticas sobre su estado. Según el máximo representante de la Corona en el Principado, D. Dalmau de Queralt, conde de Santa Coloma, como máximo se debería dar a los capitanes 76 escudos por cada unidad en la que incrementaran sus compañías, y 4 pagas para proveer de monturas a los soldados desmontados<sup>587</sup>. Igualmente, criticó la pasividad de estos oficiales, pues bien entrado el año 1638, los progresos realizados eran mínimos. Además, si se les autorizaba a que acudieran a remontarlas ahora, los daños causados serían mucho mayores ya que además de abandonar su puesto, los

---

compañías para agregarlo a ellas.” *Consulta de la Junta de Ejecución sobre la pretensión que tienen los capitanes de la Guardas, de haber cumplido con la obligación de las plazas que tienen obligación de las plazas que habían de levantar para sus compañías, con la muestra que pasaron aquí ante el veedor general.* Madrid, 5-6-1638. AGS, GA, Leg. 1215.

<sup>585</sup> “(.....) representan a V.M. que el oficio de veedor general tiene dos ejercicios: uno, cuando la caballería de las Guardas está alojada en Castilla, y otro cuando está fuera de ella, sirviendo en guerra en las fronteras. Y cuando las compañías estén en Castilla alojadas, cumplirán con presentarle al veedor general; pero cuando están en guerra o frontera, debe decidir el veedor general, personalmente con ellas, como está dispuesto por el capítulo 37 de las Ordenanzas. Y siendo esta su obligación, no pudieron los capitanes presentar los caballos ante él, ni tampoco la gente, concurriendo ambas calidades en el caso presente, pues las compañías están en guerra rota con Francia, y en frontera. Y estando mandado por la ordenanza que resida personalmente el veedor general, no tuvo la autoridad necesaria para admitir los caballos. Y aunque en las ordenanzas hay otros capítulos que se podrían traer a este propósito, por ser este expreso en el caso presente, no los alegan, pues tienen por caso llano que los capitanes no han cumplido con presentar los caballos en Madrid al veedor general, ni él se los pudo admitir, conforme las órdenes de V.M., no teniendo permiso para dejar de residir.” *Ibidem*.

<sup>586</sup> *Ibidem*.

<sup>587</sup> *Consulta de la junta del veedor general, D. Nicolás Cid, en la que representa lo que se le ofrece sobre lo que escribe el virrey de Cataluña, cerca de las levas de caballería, y remonta de los soldados que están a pie.* Madrid, 13-6-1638. AGS, GA, Leg. 1215.

hipotéticos refuerzos que consiguieran no podrían ser utilizados hasta la campaña del año siguiente<sup>588</sup>.

Sin embargo, el parecer de los capitanes (o mejor dicho los tenientes y los alféreces, que son quienes conocen la realidad diaria de sus unidades y su verdadero estado), difiere de lo planteado por el conde de Santa Coloma pues, en general, consideran insuficientes los fondos asignados, tanto para montar los soldados sin corcel, como para levantar los soldados con los que incrementar sus unidades. Con tales condiciones, la mayoría de los oficiales no tenían ningún interés en aumentar las plantillas de sus compañías, y se limitaron a dilatar el proceso todo lo posible, con la esperanza de la Corona desistiera de alcanzar este objetivo<sup>589</sup>. De los 14 oficiales, cuatro de ellos: Pedro García de la Sierra, alférez de la compañía del marqués de Leganés; Diego de Torres, teniente de la de D. Jerónimo de Sandoval; D. Lorenzo de Terán, alférez de la del marqués de Távara y Francisco de Terán, alférez de la compañía de D. Fadrique Enríquez, se declararon en contra de salir hacer leva para cubrir las vacantes de su unidad, y mucho menos incrementarla. En cuanto al resto, lo máximo que ofrecen es remontarlas, proveyendo de caballos a los desmontados. En cuanto al reclutamiento de más efectivos, impusieron unas condiciones tan poco favorables a los intereses de la Corona que desaconsejaban su puesta en marcha<sup>590</sup>. Esta actitud motivó que desde determinados ámbitos se reconociera la dificultad de levantar tropas de caballería en Castilla, sobre todo si se tenía en cuenta lo avanzado del año<sup>591</sup>. Ante esta coyuntura, lo máximo que se podía hacer era proporcionar monturas a los soldados desmontados, siempre y cuando se incrementara la cantidad destinada a tal efecto, pues con las cuatro pagas ofrecidas sería muy difícil llevarlo a cabo<sup>592</sup>.

---

<sup>588</sup> *Ibidem*.

<sup>589</sup> *Relación de lo que responden los cabos de las compañías de hombres de armas, los de corazas y valones, sobre la proposición que se les ha hecho para remontar la gente que está a pie en sus compañías, y para los que de nuevo hubieren de asentar plaza y comprar caballos*. Sin fecha. (¿julio-agosto 1638?). AGS, GA, Leg. 1215.

<sup>590</sup> *Ibidem*.

<sup>591</sup> Estas manifestaciones implican que no se estaban haciendo las cosas como era debido. Según Melzo, lo ideal sería iniciar las gestiones nada más retirarse a los cuarteles de invierno. Con ello se lograría que, tanto los caballos como los soldados, pudieran ejercitarse durante este periodo y estar listos para el combate en primavera. Además, de esta manera los capitanes tendrían una mayor oferta de caballos, y podrían pagarlos a precios menores, que en primavera, cuando ante la urgencia de la próxima campaña, se compran monturas de calidad inferior a precios más altos. Finalmente, propone que los propios miembros de las compañías instauren una especie de fondo común, para que, una vez finalizada la campaña, se puedan comprar caballos para todos aquellos que los hubieren perdido en acto de servicio. MELZO, L.: *Op. cit.* pp. 125-26.

<sup>592</sup> “(.....) Parece que el tiempo está muy adelante para hacer leva de caballería en Castilla; y así, si S.M. fuere servido, se podría con los cuatro meses de paga, o algo más, remontar los soldados que están a pie, añadiéndoselos lo que tienen atrasado del tiempo que han estado a pie. Y estos soldados, no

Pero tras el sitio de Fuenterrabía, acaecido entre julio y septiembre, donde se mostró con toda claridad las carencias de la estructura militar de la Monarquía Hispánica, a la vez que se llevó a cabo un esfuerzo supremo para expulsar a los franceses del suelo peninsular, la postura del rey (suponemos que muy influenciada por los planteamientos del Conde Duque) basculó hacia presupuestos mucho más comprometidos con la necesidad de evitar que se repitiera este incidente. Suponemos que la deplorable situación en la que, a pesar de todos los esfuerzos destinados a mejorar su estado y su operatividad militar, se encontraban las compañías de las Guardas de Castilla, conforme una relación de principios del mes de diciembre, tuvo que traducirse en la adopción de alguna medida encaminada a su remedio. Los datos ofrecidos, en vez de reflejar una mejora, atestiguan un agudo empeoramiento de la situación que presentaban 7 meses antes, y evidencian un estado de la unidad próximo al colapso. Los datos hablan por si solos, y sorprende que en un periodo de tiempo tan breve se haya producido tal deterioro de esta fuerza de caballería.

En esos momentos, las 15 compañías registradas sólo presentaban 497 plazas, incluyendo 80 soldados desmontados y 76 cuyo caballo no era apto para el servicio militar, lo que dejaba en 400 soldados los efectivos en condiciones de entrar en combate. La gravedad de la situación se hace patente si comparamos los resultados reales con lo que se pretendía obtener. De unos efectivos básicos (sin ningún incremento) de 900 hombres (a 60 por compañía) estaban presentes el 61%, pero únicamente el 44 % del total estaba operativo<sup>593</sup>. Si confrontamos estos datos con las cifras que se proyectaba alcanzar, se reducen al 25% de lo deseado, pues faltaban 820 plazas por cubrir. Pero las carencias de las unidades también afectaban al armamento, tanto ofensivo (pistolas) como defensivo (corazas), e incluso en muchas de ellas no había botas suficientes para los jinetes<sup>594</sup>.

---

remontándoles, se conoce del poco servicio que serán.” *Relación de lo que responden los cabos de las compañías de hombres de armas, los de corazas y valones*.....

<sup>593</sup> *Relación del estado que tienen las 15 compañías de las Guardas de Castilla, de los caballos que son de servicio y los que no lo son, y los soldados que hay a pie en cada compañía, como se ve por la muestra que se les tomo, sin paga, en 4 de diciembre; y el número de gente que tiene cada una, y lo que falta para el número de 80, conforme se ve en las partidas que siguen.* Perpiñán, 6-12-1638. AGS, GA, Leg. 1215.

<sup>594</sup> Por ejemplo, a la compañía del conde de Aguilar le faltaban 14 corazas y 4 pares de pistolas; a la del marqués de Távara 10 corazas y 11 pares de pistolas; a la del marqués de San Damián, 27 pares de pistolas, a la del marqués de Malagón todas las pistolas, o a la del príncipe de Esquilache, pistolas y botas a todos sus miembros. Únicamente estaban bien pertrechadas las del marqués de Mondejar, la del duque de Medina de las Torres, D. Jerónimo de Sandoval y D. Luis Bravo. *Ibidem*.

**CUADRO 3. EFECTIVOS DE LAS COMPAÑÍAS DE LAS GUARDAS DE CASTILLA  
SEGÚN LA MUESTRA PASADA EN PERPIÑÁN EL 6 DE DICIEMBRE DE 1638.**

<b>TITULAR</b>	<b>CABALLOS APTOS</b>	<b>CABALLOS INÚTILES</b>	<b>SOLDADOS DESMONTADOS</b>	<b>OFICIALES</b>	<b>TOTAL</b>	<b>FALTAN HASTA 80</b>
CONDE DUQUE	43	13	1	3	60	34
CONDE DE AGUILAR	31	1	18	5	55	44
CONDE DE COLMENAR	16	8	3	5	32	59
CONDE DE PUÑONROSTRO	10	1	3	5	19	65
MARQUÉS DE TÁVARA	24	4	13	5	46	51
MARQUÉS DE MONDEJAR	49			5	54	26
MARQUÉS DE SAN DAMIÁN	47	3	3	3	53	30
CONDE DE BENAVENTE	10	2	4	3	19	67
MARQUÉS DE MALAGÓN	2	5	25	4	36	74
DUQUE DE MEDINA DE LAS TORRES	8	5	5	3	21	69
D. JERÓNIMO DE SANDOVAL	19	11	18	6	54	55
D. LUIS BRAVO	12	2	1	2	17	66
PRÍNCIPE DE ESQUILACHE	10	5		5	20	65
MARQUÉS DE ALCAÑICES	22	6	1	4	33	54
MARQUÉS DE CAÑETE	33	10	11	6	60	41
<b>TOTAL</b>	336	76	80	64	556	820

**Fuente:** *Relación del estado que tienen las 15 compañías de las Guardas de Castilla, de los caballos que son de servicio y los que no lo son, y los soldados que hay a pie en cada compañía, como se ve por la muestra que se les tomo, sin paga, en 4 de diciembre; y el número de gente que tiene cada una, y lo que falta para el número de 80, conforme se ve en las partidas que siguen. Perpiñán, 6-12-1638. AGS, GA, Leg. 1215.*

El cambio de actitud se aprecia en su firme determinación de que los capitanes de las compañías cumplieran con lo pactado en los meses anteriores, tanto en la remonta de sus compañías como en el incremento de las mismas hasta 80 plazas, tarea que se cometió a D. García de Haro y Avellaneda, conde de Castrillo (otro de los individuos adscritos al círculo olivarista, pues era pariente de D. Gaspar)<sup>595</sup>. Pero el informe que presentó a la Junta de Ejecución obligó a moderar los objetivos pretendidos, pues incluso “habiéndose de encaminar por términos rigurosos de justicia”, la mano dura no garantizaba que se obtuviera el fin pretendido.

**CUADRO 4 COMPARATIVA DE LA SITUACIÓN DE LAS GUARDAS DE CASTILLA ENTRE MAYO Y DICIEMBRE DE 1638.**

	<b>MAYO 1638</b>	<b>DICIEMBRE 1638</b>
SOLDADOS QUE DEBÍAN TENER CON EL INCREMENTO.	1200	1200
SOLDADOS QUE DEBÍAN TENER SIN EL INCREMENTO	900	900
SOLDADOS APTOS PARA EL SERVICIO	504	400
DIFERENCIA CONTANDO EL INCREMENTO	696	800
DIFERENCIA SIN CONTAR EL INCREMENTO	396	500

**Fuente:** Elaboración propia a partir de AGS, GA, Leg. 1215.

En vista de todo ello, y de la perentoria necesidad de reforzar las fuerzas montadas, se propuso que en el menor tiempo posible, ajustara con los capitanes el apresto de todas las monturas que pudieran (para todos aquellos soldados que estaban sin ella), y que incrementaran sus plantillas al máximo de sus posibilidades<sup>596</sup>. Al mismo tiempo, aunque no se apuntan cifras, da la impresión de que la Corona estaba dispuesta a echar el resto para que las compañías estuvieran en perfecto estado. Con

<sup>595</sup> “V.M. tiene resuelto que los capitanes de las Guardas de Castilla lleven a sus estandartes las plazas que dejaron de presentar en ellos, así de la dotación de cada compañía, como de las que se habían de acrecentar conforme lo asentado con ellos; y que no se les pase en cuenta, sino aquellas que constare haberse admitido al sueldo. Y considerando lo que convenía que tuviesen el número de caballería con que debían estar en los accidentes presentes, se cometió al conde de Castrillo tratase la ejecución de lo resuelto, y ajustar con ellos montasen todas aquellas que dejaron de llevar, pues el capitán general de ellas no puede, por sus muchas ocupaciones.” *Consulta de la Junta de Ejecución en la que representa lo que se le ofrece en cuanto al medio que se podrá tomar para que los capitanes de las Guardas de Castilla monten sus compañías*. Madrid, 13-12-1638. AGS, GA, Leg. 1215.

<sup>596</sup> “(.....) dándoles (a los capitanes) por estas (nuevos soldados) la cantidad que pareciere justo, para que, con este medio, se encamine con la brevedad que es menester.” *Ibidem*.



todo, a finales de mayo de 1639 el mando de cuatro de las compañías estaba vacante, por lo que se hizo necesario nombrar nuevos capitanes. En esta ocasión los elegidos fueron D. Luis de Haro (sobrino del Conde Duque), el marqués de Aytona y el duque de Pastrana, mientras que la cuarta y última se la reservaba el monarca para proveerla en quien creyera conveniente<sup>597</sup>.

Si analizamos con una perspectiva amplia las dificultades encontradas para articular unas fuerzas de caballería operativas, capaces de ofrecer una resistencia eficaz a la amenaza francesa en suelo peninsular, donde las Guardas de Castilla estaban llamadas a ser piedra angular (que en el mejor de los casos podría aportar unos 1.200-1.400 soldados montados) podremos comprender mejor las motivaciones que llevaron a la Corona a recurrir a la revitalización de las obligaciones de carácter militar que ciertos grupos, en función de su origen, llevaban acarreadas. En este sentido, cualquier pequeño aporte, podía significar cierto alivio en una coyuntura de máxima urgencia, en la que todos los recursos, por mínimos que parecieran, suponían una mejora de la situación existente.

## 5.2. CABALLEROS CUANTIOSOS.

Muy vinculada a esta demanda de fuerzas de caballería, se encuentra la recuperación del compromiso que tenía la población de poseer caballo y armamento en función de su riqueza, en definitiva recuperar a los “caballeros cuantiosos”. Aunque esta práctica hunde sus raíces en los siglos bajomedievales<sup>598</sup>, supeditada a la necesidad de asegurar la frontera y responder a cualquier incursión musulmana, los Reyes Católicos, en 1492, ordenaron que todos los habitantes de Andalucía cuya hacienda fuera superior a los 100.000 maravedíes, tuvieran la obligación de mantener armamento y montura para ser utilizados en caso de necesidad<sup>599</sup>.

---

<sup>597</sup> *Carta del padre Sebastián González al padre Rafael Pereira*. Madrid, 24-5-1639. MHE, Tomo XV. Madrid, 1862. p. 258.

<sup>598</sup> MENESES GARCÍA, E.: “Documentos sobre la caballería de alarde madrileña”, en: *Hispania*, Tomo XXI, nº 83 (1961). pp. 323-341.

<sup>599</sup> PÉREZ-PRENDES MUÑOZ DE ARRACO, J.M.: “El origen de los caballeros de cuantía y los cuantiosos de Jaén en el siglo XV”, en: *Revista Española de Derecho Militar*, nº9 (1960). pp. 1-69. TORRES FONTES, J.: “Dos ordenamientos de Enrique II para los caballeros de cuantía de Andalucía y Murcia”, en: *Anuario de Historia del Derecho Español*, nº 34 (1964). pp. 463-478.

No obstante, si concedemos crédito a las evidencias documentales de mediados del Quinientos, parece que durante las décadas siguientes este compromiso, sin llegar a desaparecer, empezó a perder intensidad. Según un autor anónimo, las categorías que estipulaban el equipo a mantener no se habían actualizado durante un periodo amplio de tiempo, y para tratar de compensar esta rémora, se procedió a una subida brusca de su importe, con el consiguiente daño a los contrayentes de esta obligación y, sobre todo, a la Corona, que vio cómo esta reserva de caballería iba disminuyendo su operatividad<sup>600</sup>. Sin embargo, el objetivo del poder real era invertir esta situación, y que todos aquellos individuos alcanzados por este deber la cumplieran efectivamente<sup>601</sup>. Este deseo era, si cabe, aún más intenso en el litoral andaluz, donde el monarca no podía permitirse el lujo de renunciar a estas fuerzas montadas en una zona tan sensible como ésta.

Una de las medidas propuestas para resucitar a los cuantiosos, consistiría en sustituir las armas que debían mantener, “por otras armas más útiles y no tan costosas”, en clara alusión al armamento de carácter medieval, desfasado en esos momentos y cuya utilidad dejaba mucho que desear, por otro más ligero y acorde con los nuevos tiempos<sup>602</sup>.

Por otra parte, la operatividad de la caballería de cuantía debió de generar numerosas dudas pues, al igual que lo ocurrido con los efectivos de infantería procedentes de la milicia, se documentan numerosos testimonios que prefieren una caballería profesionalizada y experimentada, en detrimento de los cuantiosos, que sirven por obligación y no por vocación. Álava y Viamont, dentro de su proyecto para instaurar unas fuerzas permanentes en la península ibérica, dedica parte de su atención a las tropas de a caballo. Propone dividir a sus integrantes en cuatro categorías: hombres de armas, caballos ligeros, estradiotes y arcabuceros a caballo, por orden de importancia; y que empezando a servir desde la última categoría, tras unos años de servicio, se fuera ascendiendo hasta llegar al grado de hombre de armas. Con estas disposiciones se buscaba evitar que individuos sin experiencia militar, “o teniendo

---

<sup>600</sup> “(.....) Y porque hasta que les ha parecido a los que lo han mandado, que las cuantías estaban bajas, las han alzado. Y no se ha hecho más, ni dado otra orden, sino que dejarlo así, de manera que de muchos millares de caballos que había en Andalucía, no se hallará ahora uno.” *Lo que se ha de considerar para tratar del aparejo que puede haber para ofender a España, y el que es necesario para su defensa*. s.f, s.l. (mediados del siglo XVI). BN, Mss, 1752. Fol. 275r.

<sup>601</sup> *Ibidem*. Fol. 277r. GONZÁLEZ FUERTES, M.A. y GONZÁLEZ FUENTES, A.R.: “La reforma de los caballeros de cuantía de 1562: un intento fracasado de crear una milicia ciudadana”, en: MARTÍNEZ RUIZ, E. (coord): *Madrid, Felipe II y las ciudades de la Monarquía*. Vol. I. Poder y dinero. Madrid, 2000. pp. 129-141.

<sup>602</sup> *Lo que se ha de considerar para tratar.....* Fol. 277v.

caudal para comprar armas y caballo, aunque le falten partes y edad”, puedan servir en la caballería, “que es la causa de haber tan pocos diestros en los ejercicios de a caballo<sup>603</sup>.”

Junto a las unidades de carácter permanente, el autor se muestra partidario de conservar el vínculo entre nobleza y caballería, en este caso mediante el recurso a medidas de carácter represivo, las cuales incluían la pérdida de las exenciones y privilegios propios del estamento nobiliario a quien, a pesar de tener los medios económicos para ello, se negase costear un número variable de caballos, siempre en función de su riqueza<sup>604</sup>. Más adelante suavizó esta normativa tan severa con el recurso al bien común y a la responsabilidad de los nobles en esta tarea, como los principales beneficiarios de la existencia de unas fuerzas de caballería poderosas, “pues son sus estados y señoríos lo principal que cualquier Reino tiene, y así ellos, por el consiguiente, los que son más interesados en su defensa<sup>605</sup>.”

Sin embargo, más que el concurso de los aristócratas en el campo de batalla, lo que se buscaba era utilizar sus rentas y su capacidad de movilización para que, en caso de necesidad, levantaran unidades militares, en este caso de caballería. Conforme tales postulados, no sería descabellado pensar que Álava y Viamont viera con buenos ojos conmutar la obligación que tenían nobles, prelados y titulares de las encomiendas de las Órdenes Militares, de concurrir con cierto número de “lanzas” cada uno, por un equivalente en metálico, como finalmente sucedió en 1632 cuando se decidió liquidar esta obligación por un pago anual, cuyos frutos se aplicaron a la dotación de los presidios. Este planteamiento introduce una nueva perspectiva de la relación entre nobleza y guerra, la cual cobrará cada vez importancia durante el siglo XVII, sobre todo en las décadas de los 30 y los 40. Este punto de vista suponía poner en un plano inferior el servicio personal frente a otras modalidades del servicio como el potencial económico, el patronazgo nobiliario o las posibilidades del noble como reclutador al servicio de la Corona<sup>606</sup>.

---

<sup>603</sup> ÁLAVA y VIAMONT, D.: *Op. cit.* Fol. 29r-v.

<sup>604</sup> *Ibidem.* Fol. 30r-31r.

<sup>605</sup> *Ibidem.* Fol. 31r.

<sup>606</sup> “(.....) Toda la obligación que les pongo no es más de que cada uno, conforme a su estado, calidad y renta, se sirva de criados que en tiempo de necesidad puedan acudir a servir a su rey, industriándolos en todo lo que para esto fuere necesario, pues se puede hacer con facilidad. Y mucha gente honrada de estos reinos que no se inclinan a servir, de esta suerte se aplicarán a hacer asientos con hombres principales, sabiendo que los han de amparar y favorecer en las pretensiones de guerra, de las cuales quizá no tratan por verse sin hacienda y favor para lo que por este camino se les podrá ofrecer.” *Ibidem.* Fol. 31r-v.

En el diseño de D. Rafael de la Barreda, cuyo objetivo final era la instauración de unas fuerzas armadas permanentes, los caballeros cuantiosos estaban llamados a jugar un activo papel. Así, los 36.000 jinetes que se pretendía tener operativos procederían de este grupo, lo cual implicaría incluir a un número considerable de individuos en el, a cambio de determinadas libertades y exenciones (en concreto de carácter honorífico, entre las que podemos destacar las concesiones de hidalguía, primer paso para promocionar socialmente). No obstante, el cálculo de Barreda no se ajusta a la realidad, pues si ya era difícil que las compañías de las Guardas de Castilla tuvieran todas sus plazas, aún teniendo una consignación fija, procedente del servicio de millones, no queremos ni pensar en cómo se podrían levantar unas fuerzas de caballería tan numerosas sin una fuente de financiación regular<sup>607</sup>.

Además, la predisposición de estos individuos no era la más apropiada para confiarles una tarea tan importante. En este sentido, las quejas referentes a la pesada carga que suponía esta obligación, estabilizada en una cifra superior a los 1.000 ducados de hacienda, eran cada vez mayores. El malestar existente debió de mover a Felipe III, en octubre de 1600, a promulgar una pragmática según la cual se instauraba la condición de cuantioso para todos aquellos súbditos cuyos bienes superaran los 2.000 ducados<sup>608</sup>. A pesar de aumentar el umbral a partir del cual se estaba comprendido en ella, el descontento continuó, y en los últimos años de su reinado (1619), se vio obligado a derogarla<sup>609</sup>, como una de las condiciones por las cuales el Reino, en las Cortes de 1617, concedía nuevos fondos (18 millones de ducados a pagar en 9 años)<sup>610</sup>. Este hecho pone de manifiesto la relación de las oligarquías urbanas con la caballería de cuantía, y el poco deseo que éstas tenían de continuar una práctica anacrónica<sup>611</sup>. De la misma manera, llama la atención como la Corona tuvo que ceder a las demandas de los procuradores de Cortes, procedentes en su mayoría de los cuadros medios de la nobleza de origen ciudadano, poniendo en tela de juicio el tantas veces aludido absolutismo de

<sup>607</sup> GARCÍA HERNÁN, E.: *Milicia general en la Edad Moderna.....Op. cit.* p. 171.

<sup>608</sup> *Pragmática en la que se declara que los caballeros cuantiosos, que han de tener obligación de mantener armas y caballo, hayan de tener dos mil ducados de hacienda.* El Pardo, 25-10-1600. AHN, Diversos-Reales Cédulas, nº 4.673

<sup>609</sup> *Real Cédula por la que se tiene por bien y manda que, desde el día de la fecha de esta cédula, cese y se consuman los caballeros cuantiosos de Andalucía.* Belén de Portugal, 28-6-1619. AHN, Consejos, Libro 1531. Fol. 66r

<sup>610</sup> DÁNVILA Y COLLADO, M.: "Nuevos datos para escribir la Historia de las Cortes de Castilla en el reinado de Felipe III", en: *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Tomo VIII, nº 4 (abril 1886). pp. 272-274.

<sup>611</sup> "(.....) Atento que los caballeros cuantiosos de la Andalucía se fundaron en tiempo que hacían frontera los moros de Granada, y hoy, por no haberla, deben cesar. Pues en su lugar, para acudir a la defensa de los puertos está instituida milicia general en los mismos lugares (.....)." *Ibidem.* p. 274.

los Habsburgo. Aunque conforme avancemos en nuestro relato, tendremos ocasión de comprobar que no fue la única ocasión en que esto se produjo y que, en concurrence con los momentos de mayor dificultad, será cada vez más habitual que la Corona tenga que ceder ante otras instancias para conseguir sus objetivos.

Otro de los proyectos destinados a mejorar las fuerzas de caballería, en este caso en un área tan sensible como la costa occidental andaluza, emitido a mediados de la década de los 30, llevaba la firma de uno de los aristócratas de más rancio abolengo: D. Juan Manuel Pérez de Guzmán y Silva, octavo duque de Medina Sidonia. Su reflexión venía motivada por la creciente inseguridad existente en torno al estrecho de Gibraltar, debida en gran medida, siempre según su criterio, a la supresión del servicio de los caballeros cuantiosos. La preocupación de Medina Sidonia responde a las responsabilidades que implicaba su puesto como capitán general del Mar Océano y la costa de Andalucía<sup>612</sup>, pues consideraba que la actual situación era muy mejorable. Para tratar de remediarla, y con el objetivo de aumentar los efectivos que servían a caballo, propuso al monarca establecer alguna forma de recompensa para todos aquellos que estuvieran dispuestos a servir con armas y caballo, con vistas a oponer una defensa eficaz a cualquier amenaza externa<sup>613</sup>.

Entre los incentivos propuestos destacan: que el servicio en la caballería, con armas y caballo propio, fuera valorado como un mérito preferente a la hora de un ulterior acceso al estamento privilegiado, o que tuvieran prioridad a la hora de acceder a los empleos públicos, e incluso que recibieran el doble de pastos que el resto de la población. Reivindicó la validez de su propuesta a través de lo obrado en sus señoríos, pues según su criterio, todo parece indicar que un número considerable de individuos estarían dispuestos servir, si se les garantiza el acceso a estas prebendas<sup>614</sup>. Según nuestro criterio, este designio se situaba en la dirección correcta, pues recogía algunas

---

<sup>612</sup> Según los datos aportados por Salas Almela, este empleo fue creado en 1588, con el objetivo de vincular a una de las casas nobiliarias más importantes, en este caso la de Medina Sidonia, a la defensa de la costa gaditana. Sobre la creación del cargo y la gestión de los duques: SALAS ALMELA, L.: *Colaboración y conflicto. La capitanía general del Mar Océano y costas de Andalucía, 1588-1660*. Córdoba, 2002. pp. 53-102.

<sup>613</sup> *Consulta del consejo de Castilla sobre la exenciones que el duque de Medina Sidonia propone se den a las personas que sustentaren armas y caballo en Andalucía*. Madrid, 2-5-1634. AHN, Consejos, Leg. 7134.

<sup>614</sup> “Propone [el duque de Medina Sidonia] que se podrían dar algunos privilegios a los que, voluntariamente, quieren sustentar armas y caballo, y entre otros, considera que podría declararse que este es acto de nobleza, y darles prelación en los oficios públicos, porción doblada en los pastos. Y dice que él lo ha comenzado a introducir en los lugares de su estado, y que se podría esperar que muchos se inclinasen a tener armas y caballo, por gozar de estos privilegios, y los demás que propone el duque.” *Ibidem*.

de las demandas planteadas por los teóricos de la época, cuyo objetivo era promocionar socialmente a aquellos individuos comprometidos con el servicio al Estado sin tener en cuenta su origen, las cuales fueron recogidas por el Conde Duque de Olivares, quien intentó llevarlas a la práctica. Además, medidas de esta naturaleza eran las que permitirían obtener progresos en la revitalización del vínculo entre nobleza, guerra y caballería; en este caso mediante el ofrecimiento de la condición nobiliaria a individuos dispuestos a prestar servicios militares

Sin embargo, pese a las potenciales ventajas que se podrían obtener con la puesta en marcha de la propuesta del duque de Medina Sidonia, el Consejo de Castilla emitió un dictamen desfavorable del designio ducal y propuso su sobreseimiento. Esta disparidad de pareceres venía motivada porque, según su opinión, las molestias que se resultarían de su aplicación pesaban mucho más que los beneficios obtenidos. El principal inconveniente que vieron los consejeros se refería al cada vez menor número de individuos sobre los que recaen las obligaciones fiscales. En ese sentido, según reconoce el propio Consejo de Castilla, las ventas de oficios realizadas durante estos años<sup>615</sup>, pese a haber aportado pingues beneficios a la Real Hacienda, han tenido un efecto pernicioso sobre el interés general, ya que todo aquel con alguna renta, la ha empleado en comprar un empleo que le permitiera eximirse del pago de los tributos comunes. De modo que la base sobre la cual recae la presión fiscal es cada vez menor, pues para recaudar lo mismo, no quedaba más remedio que incrementar la carga impositiva. Por lo que si se concedían exenciones de impuestos, cada vez habría menos súbditos para hacer frente a las exigencias de la Real Hacienda<sup>616</sup>.

---

<sup>615</sup> A este respecto, destacamos las obras de: TOMÁS Y VALIENTE, F.: "La venta de oficios de regidores y la formación de oligarquías urbanas en Castilla (siglos XVI-XVII)", en: *Historia, Instituciones, Documentos*, nº2 (1975) pp. 523-547. DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: "La venta de cargos y oficios públicos en Castilla y sus consecuencias económico-sociales", en: *Seminario de Historia Social y Económica*, 1975, pp. 151-177; FERNÁNDEZ VEGA, L.: "Ventas, arriendos y renunciaciones de oficios en la ciudad de Santiago, durante los siglos XVII y XVIII", en: EIRAS ROEL, A. (ed.): *La historia social de Galicia en sus fuentes de protocolos*. Santiago, 1981. pp. 409-430; CUARTAS RIVERO, M.: "La venta de oficios públicos en el siglo XVI" en: *Actas del IV Symposium de Historia de la Administración*, Madrid, 1983. pp. 225-260; GELABERT, J.E.: "Tráfico de oficios y gobierno de los pueblos en Castilla", en: RIBOT GARCÍA, L.A.: y ROSA, L. de (dirs): *Mundo urbano en la época moderna*, Madrid, 1997. pp. 157-186; FORTEA PÉREZ, J.I.: "Las ciudades, sus oligarquías y el gobierno del Reino", en: FEROS, A. y GELABERT, J.E. (dirs.): *España en tiempos del Quijote*, Madrid, 2004. pp. 235-278. THOMPSON, I.A.A.: "Conflictos políticos en las ciudades castellanas en el siglo XVII", en: FORTEA PÉREZ, J.I. y GELABERT, J.E.: *Ciudades en conflicto (siglos XVI-XVII)*. Madrid, 2008. pp. 37-53.

<sup>616</sup> "Las necesidades públicas, las invasiones hechas a los Reinos y estados de V.M., el haberse confederado príncipes y potentados contra ellos, y la precisa obligación de mantenerlos, ha obligado a V.M. a pedir en estos Reinos todos los servicios que le han hecho, y están haciendo, y avisar de otros medios, como son la venta de vasallos y oficios, de que se han sacado gruesas sumas. Todas estas gravezas, y la continua saca de dinero y gente, han ido y van enflaqueciendo las fuerzas de estos Reinos, disminuido la población, con que todas las cargas vienen a caer sobre los pobres, porque los que han

No obstante, a pesar de este dictamen negativo, nos parece increíble que un proyecto, cuyo principal atractivo consistía en combinar la perfección los servicios prestados, en este caso militares, con la concesión de recompensas, fuera calificado por el Consejo de Castilla como contrario al bien común. Además, si hacemos caso a la argumentación de este organismo, ya desde mediados del siglo XV la Corona había promulgado disposiciones destinadas a eliminar los privilegios de todos aquellos miembros del estamento llano que servían con armas y caballo. Tal normativa puede resultar incomprensible, ya que nos encontramos en los momentos finales de la Reconquista, y la necesidad de individuos listos para el servicio era evidente. Pero se debe tener en cuenta que en esta dinámica, juegan un importante papel las consideraciones políticas y las rivalidades internas entre las diferentes facciones que detentan el poder, por lo que si un proyecto era presentado por un rival, aunque diera muestras de su viabilidad, sería rechazado sin contemplación.

Otra de las razones que adujo el Consejo de Castilla para echar por tierra el designio del duque de Medina Sidonia, emanaba de una disposición de Juan II, fechada en 1451. En ella se prohibía nombrar caballero a los “buenos hombres” pecheros, pues su origen era contrario al de la caballería, vinculada exclusivamente al ideario nobiliario<sup>617</sup>. En suma, el servicio militar a caballo, al menos en teoría, quedaba reservado a los miembros del estamento privilegiado. De la misma manera, otro de los argumentos que desaconsejarían su puesta en marcha, sería la depreciación de la nobleza debido a la llegada de una importante cantidad de nuevos miembros. Lo cual provocaría el desconsuelo y el malestar de la “verdadera aristocracia”<sup>618</sup>.

---

tenido algún caudal le han empleado en comprar oficios y jurisdicciones, con que se exentas de las cargas comunes. Y si sobre todo esto le añadiesen ahora las exenciones que propone el duque a los que mantuviesen armas y caballo, vendría a reducir el estado del Reino a tales términos, que V.M. perdiese los servicios que en el se hacen, o se le minorasen en grandísima suma. Y todas las cargas concejiles cargarían sobre los más pobres, con que los concejos se arruinarían totalmente”. *Consulta del consejo de Castilla sobre la exenciones*.....2-5-1634.

<sup>617</sup> “no sería razón, ni de justicia, se debe tolerar que aquellos que son pecheros, y no son nacidos ni criados en el oficio de la caballería, ni habiéndolo usado ni acostumbrado, ni siendo hábiles ni capaces, expertos ni experimentados en el negocio militar y hecho de caballería, no cabiendo en ellos la tal dignidad, puedan gozar, ni gocen, de los privilegios y libertades, inmunidades y franquezas de la dicha caballería.” *Ibidem*.

<sup>618</sup> “Y se ve conocidamente el grave daño que de esto resultaría, porque al paso que los pecheros, por introducirse en la nobleza, dando principio a esta introducción, la desestimarían todos los nobles, y los que hoy conservan caballos, se desharían de ellos, pareciéndoles que esto les pondría ser de daño, en lo de adelante, para su nobleza. Y vendría a ser que los nobles desestimasen el ejercicio de caballos y armas, y que los pecheros, con sólo tener un mal rocín, se introdujesen en acto de nobleza, y que se excusase de todos los pechos reales y concejiles, con que vendría V.M. a perder tanto más de lo que puede aprovechar de este medio, que no es cosa comparable.” *Ibidem*.

La alusión de esta entidad administrativa a la depreciación de la condición de noble, se cae por su propio peso si tenemos en cuenta el autor de la propuesta: el duque de Medina Sidonia, cabeza de una de las casas nobiliarias más linajudas de la monarquía española, para quien no supondría ningún problema compartir clase social con individuos de extracción humilde, siempre y cuando se comprometieran con el servicio a la Corona. No obstante, pese a que pertenecerían al mismo estamento, no gozaría del mismo prestigio un grande de España, como era D. Alonso, que un simple hidalgo o, a lo sumo, un caballero. Además, en su caso no estaba obligado a realizar ninguna clase de servicios para justificar su privilegiada posición, mientras que los hipotéticos beneficiarios de su designio se encontraban en la situación opuesta. En cambio, los recelos del Consejo de Castilla estaban más que justificados, pues al establecerse de forma inequívoca una recompensa (nobleza) por un servicio prestado (mantenimiento de armas y caballos, con obligación de acudir cuando se determinara), y no tener que recurrir estos individuos a los tribunales para obtener una hidalguía, o una patente de nobleza, quedaría al margen del proceso de ennoblecimiento con todo lo que ello acarreaba.

Tras la ruptura de las hostilidades con Francia, todos los esfuerzos se destinaron a allegar hombres y fondos para hacer frente a este nuevo desafío, que venía a sumarse a la sempiterna guerra contra los holandeses, la participación en la Guerra de los Treinta Años en auxilio de los intereses de la Casa de Habsburgo, y la defensa de las rutas marítimas, tanto en el Atlántico como en el Mediterráneo<sup>619</sup>. De esta manera, a partir de 1635 asistimos a la presentación de un considerable número de arbitrios y propuestas, cuyo objetivo era impulsar medidas destinadas a potenciar la cría caballar, así como el incremento de las fuerzas de a caballo, donde la reinstauración de la caballería de cuantía podría resultar una iniciativa interesante. En este sentido, Olivares se declaró partidario de revitalizar esta obligación, máxime si tenemos en cuenta las dificultades para aprestar tropas montadas. Para ello, se encargó a los consejos de Estado y Guerra que, “por haberse extinguido muchos años ha este género de caballería” una comisión de expertos reconociera la forma en que se llevaba a cabo la movilización de estos

---

<sup>619</sup> A este respecto véase: GOODMAN, D.: “El dominio del mar y las armadas de la Monarquía”, en: RIBOT, L. y BERENGUER, E. (coords): *Op. cit.* Tomo II. pp. 365-382. PI CORRALES, M. de P.: “La Armada de los Austrias”, en: *Estudis*, nº 27 (2001). pp. 23-51. “La Armada en el siglo XVII”, en: ALCALÁ-ZAMORA, J. y BERENGUER, E. (coords.): *Op. cit.* Tomo II. pp. 131-155. “Los tercios en el mar”, en: *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, nº 5 (2006). pp. 101-134.



efectivos, con vistas a un probable restablecimiento de los cuantiosos condicionado a la presencia de conflictos bélicos en la península<sup>620</sup>.

Pero los intentos más serios en esa dirección tuvieron, de nuevo, al duque de Medina Sidonia como protagonista. A principios de 1638, junto con el marqués de Valparaíso y D. Juan de Velasco Castañeda, remitió un memorial al Consejo de Guerra, en el que se reiteraban las ventajas que acarrearía la instauración de tropas de caballería voluntaria en el área andaluza, con un coste casi inexistente para las finanzas reales<sup>621</sup>. Para ello, se llevaron a cabo gestiones “con las personas más peritas del Andalucía” encaminadas, por un lado, al reclutamiento de tropas montadas, y a estimular la crianza de caballos en esta región.

Al igual que en el arbitrio anterior del año 1634, el principal obstáculo para su puesta en marcha eran los incentivos que se ofrecerían a quienes sirvieran en esta caballería voluntaria. La importancia de esta cuestión fue tal, que en algún momento del año 1635 Felipe IV instituyó una junta<sup>622</sup>, cuya misión era determinar qué se debía conceder a los cuantiosos, sin que estas mercedes supusieran un menoscabo para el resto de la comunidad. Sin embargo, no hemos encontrado ninguna referencia a la adopción de medidas concretas, pues únicamente se acordó seguir deliberando.

A finales de 1638 el capitán de caballos D. Bernabé Tomás de Velasco<sup>623</sup>, máximo responsable de una de las dos compañías de jinetes de la costa de Granada, presentó un proyecto al Conde Duque de Olivares, examinado en una sesión conjunta de

---

<sup>620</sup> *Consulta del consejo pleno de Estado y Guerra en la que da cuenta de lo que se le ofrece sobre las prevenciones generales*. Madrid, 19-6-1635. AGS, GA, Leg. 1120.

<sup>621</sup> *Consulta del consejo de Guerra, dando cuenta de lo que escriben el duque de Medina Sidonia, D. Juan de Velasco y el marqués de Valparaíso, sobre el establecimiento de la caballería voluntaria en Andalucía*. Madrid, 26-1-1638. AGS, GA, Leg. 1218.

<sup>622</sup> Estaba compuesta por el conde de la Puebla, el marqués de Castrofuerte, D. Francisco Antonio de Alarcón, D. Felipe de Silva, el protonotario D. Jerónimo de Villanueva, y dos procuradores de Cortes: D. Jerónimo de San Vitores y D. Bernardo de Rivera. Durante los años siguientes, 1636-1637, bien por muerte, bien por otras ocupaciones, el conde de la Puebla, D. Felipe de Silva, D. Francisco Antonio de Alarcón y D. Bernardo de Rivera, no tomaron parte en sus sesiones, por lo que la junta quedó prácticamente paralizada. Pese a todo, en 1638, el monarca decide que la junta continúe con sus ocupaciones, entrando el marqués de Santa Cruz, D. Pedro Pacheco, D. Jerónimo de Ulloa y Gil Pardo de Nájera, en lugar de los ausentes. *Ibidem*.

<sup>623</sup> En una relación de servicios, presentada por esas fechas, con el objetivo de que se le permitiera ceder su compañía a su hijo, D. Bartolomé de Velasco y Mendoza, consta que ha servido 23 años, 6 de ellos de soldado en la Armada del Mar Océano, 9 de capitán de una compañía de las Guardas Viejas de Castilla, y los 8 restantes de capitán de una compañía de jinetes de la Costa de Granada, y gobernador de la gente de guerra de la villa de Motril. *Cuaderno de los servicios y pretensiones de los capitanes que se hallaron en la ocasión de Fuenterrabía*. S.f., s.l. (Finales 1638). AGS, GA, Leg. 1215.

los consejos de Estado y Guerra<sup>624</sup>, donde estuvieron presentes: el duque de Ciudad Real, el conde de Santa María, los marqueses de Santa Cruz, Castrofuerte y Valparaíso, D. Cristóbal de Benavente, D. Alonso del Castillo y Bartolomé Spínola. A grandes rasgos, proponía incrementar los efectivos de la caballería granadina hasta los 700 hombres, para destinar parte de ellos a los teatros de operaciones peninsulares, lo cual se conseguiría “mandando V.M. que los vecinos que tuvieran 2.000 ducados de hacienda o caudal, compren caballos y asienten plaza<sup>625</sup>.” Con el objetivo de no despertar suspicacias proponía que únicamente sirvieran en Cataluña la mitad de los hombres, en este caso 350, mientras que la otra mitad estaría asignada a la defensa del litoral andaluz. El periodo de servicio quedaría estipulado en un año, tras el cual, quienes hubieran prestado servicio en la frontera pirenaica lo harían en las guarniciones costeras y viceversa; alternando el destino todos los años<sup>626</sup>.

Por otra parte, el capitán Velasco era consciente de la necesidad de ofrecer incentivos concretos para atraer al servicio militar a estos súbditos adinerados. Entre los alicientes que se podrían ofrecer, se encontraba el respeto absoluto de sus preeminencias, y la promesa de que, en caso de cometer un delito, fuere el que fuere, los tribunales ordinarios no tendrían jurisdicción sobre ellos, sino que serían juzgados por el capitán general o, en ausencia de éste, por el teniente general. Debemos señalar la agudeza de este militar, pues tuvo la habilidad de tocar una de las fibras sensibles de la sociedad de la época. En este sentido, era indudable el atractivo que tenía la posibilidad de eximirse de la justicia común; en definitiva, quedar bajo el arbitrio de tribunales especiales, tanto por razones de prestigio, o de pertenencia a un grupo exclusivo, como por cuestiones prácticas.

La valoración que D. Gaspar de Guzmán hizo de la propuesta de D. Bernabé, fue más que positiva, pues recomendó su inmediata puesta en marcha por las beneficiosas consecuencias que tendría para la Corona, pese a que significaría eximir del fuero común a estos individuos. Pese a que podrían seguirse graves daños de esta decisión, la adopción de medidas de esta naturaleza era imprescindible si se deseaba atraer a estos súbditos al servicio militar. Para salvar este obstáculo sería conveniente ordenar a los oficiales del ejército que, con el objetivo de evitar desmanes, impusieran castigos

---

<sup>624</sup> *Consulta del consejo de Estado y Guerra pleno, habiendo visto un papel del capitán D. Bernabé Tomás de Velasco, que el conde duque de Sanlúcar remitió a el, sobre algunas proposiciones y medios de sacar gente de la Corte, en que dice lo que se le ofrece.* Madrid, 30-11-1638. AGS, GA, Leg. 1216.

<sup>625</sup> *Ibidem.*

<sup>626</sup> *Ibidem.*

ejemplares a los infractores<sup>627</sup>. Con todo, Olivares fue más allá de la propuesta inicial del capitán Velasco<sup>628</sup> y, en su búsqueda permanente de más recursos, planteó aumentar estas tropas en 100 plazas más, es decir hasta los 800 hombres. De este modo, se podrían sacar cada año 400 soldados de caballería, de los cuales 200 se servirían en el frente catalán, y otros tantos se destinarían a Cantabria<sup>629</sup> para asegurar la frontera pirenaica occidental (ya que todavía estaba muy reciente el sitio francés de Fuenterrabía, acaecido unos meses antes).

La comisión encargada de valorar esta propuesta, coincidió con el análisis de Olivares. Sin embargo, hizo hincapié en un aspecto al cual el ministro no había concedido la debida importancia: la financiación. Pues la puesta en marcha de este arbitrio acarrearía aumentar los fondos consignados a las compañías de jinetes de la costa de Granada, con el objetivo de asegurar las pagas y el abastecimiento de los nuevos combatientes<sup>630</sup>. Felipe IV mostró su conformidad con este proyecto y dio las órdenes necesarias para que se hiciera realidad, lo cierto es que no tenemos noticias de que esto aconteciera. Lo más plausible es que, como consecuencia de la escasez de numerario, se perdiera entre la montaña de proyectos presentados en esos años, que nunca vieron la luz, y los intentos de resucitar la caballería de cuantía quedaron en nada.

### 5.3. LAS “64 COMPAÑÍAS DE CABALLOS”.

El estallido de la guerra con Francia supuso un punto de inflexión para todos los proyectos cuyo objetivo era vincular al estamento privilegiado con la guerra. En concordancia con lo apuntado en los capítulos anteriores, más que su presencia personal en los campos de batalla, se pretendía que pusieran al servicio del monarca su capacidad

---

<sup>627</sup> “(.....) El conde duque sólo repara en el punto de la resistencia calificada, pero le parece que esto se podría prevenir dando orden secreta a los cabos que, sucediendo el caso, la demostración que hiciesen fuese tal que la justicia quedase satisfecha, y el delito castigado convenientemente.” *Ibidem*.

<sup>628</sup> Aunque estamos tratando del arma de caballería, el designio del capitán Velasco también reservaba un lugar para la infantería asignada a la defensa de la costa granadina. En este sentido, también proponía doblar los efectivos, que pasarían de 400 a 800; es decir 4 compañías de 200 hombres cada una, cuyos miembros gozarían de los mismos privilegios que los combatientes a caballo, para destinar la mitad a los frentes peninsulares. Pero el conde duque considera que esta cifra es mejorable, y propone que el incremento sea hasta los 1.000 hombres (es decir 600 más), para que 500 presten servicio en la defensa del litoral, y el resto fuera. *Ibidem*

<sup>629</sup> *Ibidem*.

<sup>630</sup> *Ibidem*.

financiera y de movilización, para que levantaran unidades militares a su costa o desembolsaran la cantidad equivalente en metálico, con especial interés en las fuerzas de caballería, cuya esencia se adaptaba mejor a la idiosincrasia del segundo estado.

Demandas de este tipo, entre las cuales incluimos los donativos o las coronelías, entre otras, eran deudas del papel de la nobleza como principales súbditos del rey. Según Enríquez de Villegas, en función de tal reconocimiento los aristócratas debían ser los primeros en acudir al socorro de la Corona si ésta se veía en apuros, porque a su imitación lo haría el resto de la sociedad. Además, al tratarse de los súbditos más ricos, eran quienes más tenían que perder en caso de una invasión del Reino<sup>631</sup>. Como ya hemos mencionado, una de las formas de contribución era el levantamiento de tropas con cargo a sus rentas, la cual implicaba ensalzar la figura del noble como agente al servicio real, en este caso en tareas reclutadoras, sobre todo en sus posesiones. No obstante, dicha asistencia no era incondicional, pues aunque el monarca no estaba obligado por ley a remunerar a quienes arrimaran el hombro, si no ofrecía algún tipo de incentivo, las posibilidades de obtener algún tipo de colaboración se verían reducidas de forma considerable, realidad que era aún más evidente en el caso del segundo estado<sup>632</sup>.

El proyecto de las “64 compañías de caballos”, a grandes rasgos se resumía en eso: el encargo a 64 titulados del reclutamiento, abastecimiento y equipamiento de una compañía de caballería a cada uno. Este proyecto debió de surgir entre finales de 1633 y principios de 1634, centralizado en un primer momento a través de la “Junta de Ejecución de las Prevenciones de la Defensa”<sup>633</sup>, o simplemente “Junta de la Defensa”,

---

<sup>631</sup> “(.....) en ocasión de necesidad se debe, por vía de préstamo, pedir a los vasallos más poderosos, con qué acudir a los males que amenazan, por cuanto los más poderosos en las pérdidas generales son los que más pierden.” ENRÍQUEZ DE VILLEGAS, D.: *Op. cit.* p. 106.

<sup>632</sup> “(.....) la nobleza es la primera que, a la propia costa, levanta gente. El pueblo, émulo de tanta fineza, se esfuerza a más de lo que puede. Y cuando los vasallos sirven de esta manera, es conveniente razón de estado que hallen premio y agradecimiento en el príncipe. (.....) Cuando la república se ve invadida de enemigos poderosos, los nobles, como columnas de la república, como allegados al príncipe, como aquellos que logran de los mayores puestos, como aquellos que tienen más que perder, han de ser los primeros en acudir al príncipe. Deben solicitar caballeros pobres y de valor, deben procurar granjear con sus asistencias a soldados de experiencia que están retirados, deben sacar gente de sus lugares, deben ir a servir con muchos camaradas y dar mesa a todos”. *Ibidem.* pp. 150-151.

<sup>633</sup> Esta institución, nacida en 1634, sería la respuesta de D. Gaspar de Guzmán a la ineficacia mostrada por el Consejo de Guerra a la hora de gestionar todo lo relativo al reclutamiento, abastecimiento y paga de las tropas, ante la inminente ruptura de las hostilidades con Francia. En cuanto a su plantilla, estaba integrada por 21 componentes, todos ellos escogidos por su experiencia en cargos de gobierno o militares: el presidente del Consejo de Castilla; el confesor; el marqués de Leganés; el conde de la Puebla; el conde de Castriello; Francisco de Alarcón; José González; el marqués de Castelfuerte; el marqués de Valparaíso; Bartolomé de Anaya, Juan de Castilla, Francisco de Castellví; el protonotario; el duque de Villahermosa; el secretario Diego Suárez; D. Jerónimo de San Vitores y D. Bernardo de Rivera, procuradores de Cortes; un secretario de la Cámara; y Gaspar Ruiz. BALTAR RORÍGUEZ, J.F.: *Las Juntas de gobierno en la Monarquía Hispánica (siglos XVI-XVII)*. Madrid, 1998. pp. 370-71.

aunque posteriormente, en enero de 1635<sup>634</sup>, se instituyó una corporación para que se ocupase en exclusiva de esta materia, conocida como “Comisión de los 64 capitanes de caballos” o “Junta de los 64 capitanes de caballos”<sup>635</sup>.

Uno de los interrogantes que plantea este proyecto alude a los mecanismos adoptados para “elegir” a los nobles que deberían levantar las unidades montadas. En definitiva, ¿por qué se escoge a éstos 64 y no a otros? Una explicación razonable, aunque no la única, vendría determinada por las obligaciones que habían contraído con el monarca nacidas de la concesión de su título nobiliario. De este modo, dentro de la dinámica servicio-recompensa, y viceversa, sería una hipótesis sostenible que los individuos ennoblecidos por Felipe IV, o por su antecesor, Felipe III, fueran los primeros en ser requeridos en caso de necesidad. Nuestra impresión se ve corroborada con los datos recogidos en el gráfico 2, donde podemos observar que las dos terceras partes de los nobles designados, 43 (el 66%) obtuvieron su título durante los dos reinados referidos, mientras que los 21 restantes (33%), accedieron al estamento privilegiado entre los reinados de Juan II y Felipe II. Consideramos que este fenómeno no se debió a la casualidad, y que el grueso del servicio se focalizó hacia la nueva nobleza, la que tenía más recientes sus deberes hacia la Corona, y a la cual se le podía “recordar” el origen de su privilegiada posición. Por el contrario, aquellos aristócratas que habían obtenido su título en las centurias precedentes, tendrían mucho más fácil excusarse del servicio, invocando argumentos diversa índole, y sobre todo que no debían al monarca actual su estatus preferente.

No obstante, podemos afirmar que la mayoría de los nobles no fueron comprendidos en esta contribución, y solo afectó a un pequeño número de ellos. En el caso del reinado de Felipe III, según Berni y Catalá, 67 individuos fueron ennoblecidos<sup>636</sup>, de los cuales, según nuestra investigación, se pidió la participación de 19 (28%), cifra que, pese a no tener en cuenta el impacto de otros servicios solicitados por la Corona, no parece abusiva. Respecto a Felipe IV, hasta 1634 se contabilizan 108

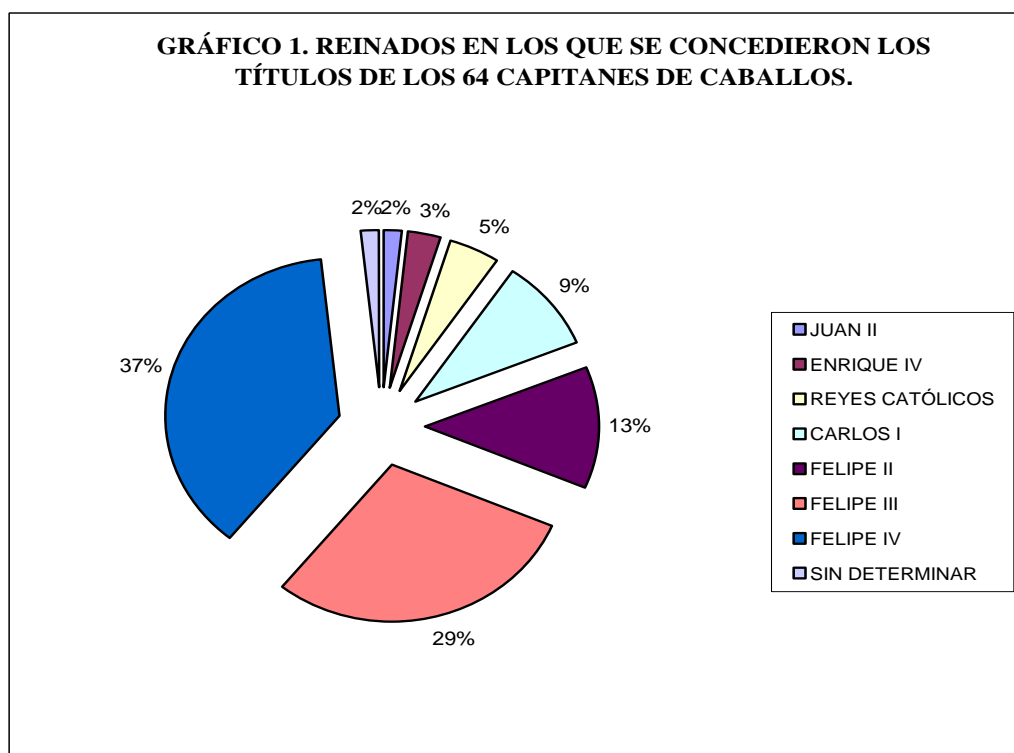
---

<sup>634</sup> *Consulta de la Junta de la Defensa, dando cuenta de que conviene nombrar ministros que tengan a su cuidado la comisión y diligencias que se han de hacer con los títulos a quien no se ha encargado coronelías y se les ha escrito estén prevenidos.* Madrid, 22-1-1635. AGS, GA, Leg. 1121.

<sup>635</sup> Baltar Rodríguez, en su obra sobre las juntas, considera que las primeras sesiones de este organismo tuvieron lugar en el mes de diciembre de 1634, como parte integrante de la Junta de Previsiones de la Defensa. Estaba formada por el conde de la Puebla, D. Francisco de Alarcón, D. Diego de Cárdenas y el secretario Bernardo González. BALTAR RODRÍGUEZ, J.F.: *Op. cit.* pp. 372-373.

<sup>636</sup> BERNI Y CATALÁ, J.: *Creación, antigüedad y privilegios de los títulos de Castilla.* Valencia, 1769. pp. 246-273.

nuevos títulos<sup>637</sup>, solicitándose en concurso de 24 de ellos (22%). Como contrapunto, señalamos que de los 40 nuevos títulos nombrados por el Rey Prudente<sup>638</sup>, solo a 8 (20%) se les exigió que reclutaran una compañía de caballos. Por otra parte, este progresivo incremento en el número de recién llegados al segundo estamento, especialmente significativo en el caso del Rey Planeta, no se explica por sí solo con los argumentos esgrimidos por la historiografía tradicional (muchos de ellos sostenidos sin respaldo documental): ventas masivas, concesiones insertas en el ámbito cortesano, o como pago de favores, entre otros. Si bien es cierto que tales situaciones llegaron a producirse, no es menos cierto que la Corona veía en el ennoblecimiento una forma de asegurarse la lealtad de unos individuos que habían logrado entrar en el estamento privilegiado gracias a su intervención. Otro de los motivos para no cerrar las puertas a nuevos ingresos, responde a una razón de pura lógica: cuántos más nobles hubiera, más recursos se podría obtener de ellos.



**Fuente.** Elaboración propia a partir de: *Títulos de duques, marqueses, condes y vizcondes que ha dado el rey D. Felipe Cuarto, nuestro señor, hasta el año de 1635*. S.f, s.l. B.N, Mss. 11.077, Fols. 55r-

<sup>637</sup> *Ibidem.* pp. 274-319.

<sup>638</sup> *Ibidem.* pp. 226-245.

En cuanto a la puesta en marcha del proyecto, las primeras evidencias documentales que hemos encontrado datan de mediados de 1634. En esa fecha, el rey envió una serie de cédulas, dirigidas a las autoridades locales de los diferentes partidos, para que prestaran toda la ayuda posible a los nobles seleccionados para levantar las unidades. En un primer momento se encargó a cada noble servir con una compañía de 80 hombres, lo cual permitiría obtener unos efectivos teóricos de 5.120 soldados, corriendo la Real Hacienda con su paga<sup>639</sup>. Al mismo tiempo, también se proyectó levantar “coronelías de caballos”, encargando a 14 aristócratas el levantamiento de un regimiento de caballería, compuesto por 5 compañías de 80 hombres cada una, con lo cual se incrementarían las fuerzas montadas en otras 5.600 unidades. Sin embargo, a pesar de la aparente validez de estos designios, una cosa era movilizar ejércitos sobre el papel, y otra la realidad. Como tendremos ocasión de comprobar, los resultados finales, con ser positivos para los intereses de la Corona, tuvieron muy poco que ver con lo que se pretendía obtener en un principio.

No obstante, el formación o de estas unidades de caballería estaba supeditado a la presencia personal del rey, como jefe militar, al frente de sus tropas; sin embargo, este acontecimiento no se produjo hasta la década siguiente. Desde tal perspectiva, estaríamos hablando de un contrato entre el monarca y los nobles designados, el cual acarrearía la prestación de un servicio bajo unas condiciones fijadas previamente. Entre ellas se incluía la asistencia al monarca en el campo de batalla; pero a cambio, la Corona les recompensaría con la concesión de las patentes en blanco de los empleos de la oficialidad, o la adopción de medidas destinadas a mejorar la solvencia de las economías nobiliarias. De la misma manera, el incumplimiento de estos términos, vendría a justificar la poca colaboración y el obstruccionismo adoptado por algunos de ellos.

Para vencer hipotéticas resistencias al proyecto el monarca repitió, en reiteradas ocasiones, su disposición a ponerse al frente de las tropas<sup>640</sup>. No obstante, habría que

---

<sup>639</sup> *Cédula real dirigida a las autoridades locales para que asistan y ayuden a D. Jerónimo Garcés Carrillo de Mendoza, conde de Priego, a quien ha nombrado capitán de una compañía de 80 caballos*. Madrid, 25-6-1634. SNAHN, Priego, 1/35.

<sup>640</sup> “Estando tan declarados los enemigos de mi Corona en ofender por mar y tierra mis reinos y vasallos, en todas partes, no sólo confederándose para ello entre sí, sino también valiéndose de otras armas y

preguntarse si su intención era sincera o, por el contrario, era un señuelo para atraerse al estamento privilegiado, invocando sus tradicionales obligaciones feudales, las cuales les obligaban a concurrir con sus personas siempre que el rey se dirigiera al campo de batalla. En este sentido, al menos en esos momentos, se atestigua la firme determinación de Felipe IV de asumir sus competencias como comandante supremo de los ejércitos, en caso de ocurrir alguna urgencia, y la intención de no constreñir a los nobles designados, si no es concurriendo esta circunstancia<sup>641</sup>. Además, la Corona trató de asegurarse la aceptación de este proyecto mediante el recurso a cuestiones de carácter simbólico u honorífico, tales como la precedencia y la reputación, muy importantes en la mentalidad nobiliaria<sup>642</sup>.

Otra de las medidas adoptadas para ganarse la colaboración nobiliaria, según nuestro criterio la más importante, fue la voluntad del rey de facilitar todo lo posible el cumplimiento del servicio. En concreto, se mostró comprensivo con las dificultades esgrimidas por algunos nobles y, con vistas a obtener la liquidez económica de la que carecían, les autorizó a proponer los medios que consideraran necesarios para hacer frente a los gastos generados por esta obligación, los cuales serían valorados por la “Junta de Ejecución de las Prevenciones de la Defensa”<sup>643</sup>. Pese a los indudables beneficios de este designio, tanto en lo concerniente al reforzamiento de la caballería, como en lo referente a la vinculación del estamento nobiliario con el esfuerzo bélico de la monarquía española, si no contaba con la financiación suficiente podía menoscabar aún más las poblaciones castellanas, pues supondría cargarlas con más alojamientos.

---

poderes, para hacer mayores hostilidades y daños, se puede esperar que más de cerca lo intenten, procurando meter la guerra en estos Reinos. Y porque mi intención ha sido, y es, salir personalmente a donde llamare la fuerza de la ocasión, sin perder alguna en amparar y defender mis Reinos y vasallos, procurando su mayor alivio y seguridad, conviniendo tener prevenido y dispuesto todo lo necesario para este intento (.....).” *Carta del rey a D. Jerónimo Garcés Carrillo de Mendoza, conde de Priego, en que le previene para que tenga su compañía lista, y que se corresponda con la Junta de Prevenciones de la Defensa en lo referente a las disposiciones y medios necesarios para la leva*. Madrid, 25-9-1634. SNAHN, Priego, 3/19.

<sup>641</sup> “(.....) Pone esta junta en consideración a V.M. que si no se da principio, desde luego, a la prevención que requiere tanto tiempo para juntar esta caballería, no se podrá hacer cosa considerable en pocos días si la ocasión apretase, de que ha parecido dar cuenta a V.M. Y también de la declaración que V.M. mandó hacer, que si no llega el caso de salir la real persona de V.M., y haber partido la caballeriza, como se acostumbra en semejantes ocasiones, no se recibirá nada de lo que se ofreciere por las personas con quien se hacen las diligencias.” *Consulta de la junta de la Defensa, en la que representa lo que se le ofrece cerca de la diligencia que han hecho el conde de la Puebla, y demás ministros, a quien V.M. mandó encargar lo que toca a las 64 compañías de caballos que se han de levantar*. Madrid, 18-1-1635. AGS, GA, Leg. 1121.

<sup>642</sup> “(.....) advirtiendo que he resuelto que los que primero juraren y pusieren su compañías en orden, precedan a los otros nombrados (.....).” *Ibidem*.

<sup>643</sup> *Carta del rey al conde de Priego, en que le manda pida los medios necesarios para hacer la compañía de caballos que le mando que hiciese*. Madrid, 12-11-1634. SNAHN, Priego, 3/21.



Por este motivo era tan importante solucionar esta cuestión antes de poder acometer el reclutamiento y la formación de las compañías<sup>644</sup>.

Durante los dos primeros meses de 1635, “la Junta de la Defensa”, a través de la “Junta de los 64 capitanes de caballos”, fue testigo de una ingente actividad, ya que los nobles “elegidos” para levantar sus compañías remitieron a este organismo los medios que consideraban necesarios para financiar su compañía o, por el contrario, su imposibilidad para hacerlo. Pero en el intervalo de tiempo comprendido entre noviembre de 1634 y enero de 1635 se produjo una importante reducción en la cuantía del servicio, suponemos que motivada por la dificultad de cumplir con las demandas reales. Sin embargo, desde la junta se justificó dicha disminución por el deseo del monarca de no empeorar la delicada situación por la que atravesaban la mayoría de ellos, más de liquidez que de otra cosa<sup>645</sup>. Unos años más tarde, con motivo de la convocatoria de los caballeros de hábito, se identifican prácticas similares. Pues de unas exigencias iniciales muy rigurosas, se pasó a unas exacciones mucho menos severas y más acordes con sus posibilidades. Suponemos que, tanto en un caso como en otro, el rigor original mostrado por la Corona sería una primera toma de contacto, no vinculante, con el objetivo de sondear la voluntad de estos aristócratas, y tal vez de todo el estamento privilegiado, en primer lugar ante el servicio exigido en esos momento y, en segunda instancia, ante ulteriores requerimientos.

De tal manera, se propuso sustituir el levantamiento de la compañía entera por el reclutamiento, abastecimiento y desembolso de dos tercios de la paga de un año de un teniente, un alférez y 12 soldados. Al mismo tiempo, se decidió moderar el servicio pedido a los “coroneles de caballos”, y rebajarlo de los 400 hombres a solo 75 por unidad (los 5 capitanes, 5 tenientes, 5 alféreces y 60 soldados), corriendo además con los dos tercios de su paga, lo cual suponía una rebaja de más del 80% con respecto a la propuesta inicial<sup>646</sup> (pues se pasaría de unos efectivos teóricos de 5.600 hombres a 1.050, y sin garantías de que esta última cifra se alcanzara en su totalidad). Pese a los recortes referidos, estos dos expedientes, al menos desde el punto de vista teórico, permitirían incrementar las fuerzas montadas en casi 2.000 unidades (1.050 por parte de los coroneles de caballos, y 896 por la de los capitanes). Y lo que es más importante, se

---

<sup>644</sup> *Consulta de la junta de la Defensa*.....18-1-1635.

<sup>645</sup> “(.....) pues se debe excusar a los coroneles y capitanes (de caballos) la mayor parte que se pudiere de la costa de las levas que les están encomendadas, sin que se falte nada al servicio de V.M. en materia que es tan importante.” *Consulta que se tuvo en el aposento del conde duque*.....22-1-1635.

<sup>646</sup> *Ibidem*.

trataría de tropas veteranas que iban a estar bien equipadas, abastecidas y pagadas<sup>647</sup>. Aunque se trataba de un importante repliegue con respecto al objetivo previsto en un primer momento, la Corona lo aceptó y ordenó que se tuviera dispuesto este contingente lo antes posible<sup>648</sup>.

Pero el relajamiento en la intensidad de las demandas reales, no se tradujo en una disminución proporcional de su generosidad<sup>649</sup>. Pues junto a la promulgación de medidas ventajosas para la obtención de liquidez, el monarca les concedió la facultad de “proponer” personas para los dos puestos de oficial mencionados, siempre y cuando cumplieran con los requisitos estipulados para servirlos<sup>650</sup> (aunque en la mayoría de las veces esto no se cumplía y se nombraba a individuos que, en el mejor de los casos, no acreditaban los años de servicio recogidos en las ordenanzas, y en el peor, no tenían ninguna experiencia de combate<sup>651</sup>). Bajo este eufemismo se escondía la cesión regia de una de las prerrogativas más importantes: el nombramiento de los puestos de la oficialidad. La verdadera dimensión de esta realidad, en lo referente al segundo estado, consistió en la utilización de tales empleos (en este caso el de teniente y el de alférez) a

---

<sup>647</sup> *Ibidem*.

<sup>648</sup> *Consulta de la junta de la Defensa en la que dice lo que se le ofrece sobre la consulta que trata de las diligencias hechas cerca de los medios que se proponen para levantar las compañías de caballos*. Madrid, 20-2-1635. A.G.S., G.A., Leg. 1121.

<sup>649</sup> Al menos durante los primeros momentos, se trató de no recurrir a medidas de carácter represivo, con especial cuidado en no herir su orgullo ni sus prerrogativas; al tiempo que se trataba de requerirles, siempre con buenas palabras, un servicio moderado, conforme a sus medios. “(...)Y porque algunos títulos han reparado en la forma que se les escribe, pretendiendo más de lo que está en estilo, y con esta ocasión no se concluye nada con ellos, podría V.M. servirse de mandar que los comisarios a quien toca, los llamen, y de parte de V.M. les den recaudos en la misma sustancia que las cartas contienen; y ajusten con ellos lo que pudieren hacer, en lo que se les encarga, con que se sale de este embarazo.” *Consulta de la junta que trata de lo tocante a las Guardas de Castilla, jinetes de la costa de Granada y casa de V.M.*..... 28-1-1635.

<sup>650</sup> “(.....) el sr. secretario Pedro Coloma, en papel suyo de 29 de enero de este año, me dio aviso que S.M., Dios le guarde, en dos consultas de la junta de la Defensa de 22 y 26 del mismo mes, se sirvió de resolver que, cada uno de los 64 capitanes de caballos, hiciese luego proposición de teniente y alférez para su compañía, procurando que todos fuesen gente vieja, y que los enviasen a las fronteras de Cataluña, donde el virrey les señalaría cuarteles, socorriendo los capitanes esta gente con dos tercios de paga, en tanto que S.M. les mandaba acabar de llenar el número de sus compañías.” *Papel del secretario Bernardo González al secretario D. Fernando Ruiz de Contreras en el que da cuenta de lo dispuesto con los 64 capitanes de caballos*. Madrid, 5-7-1635. AGS, GA, Leg. 1123.

<sup>651</sup> Las quejas sobre la falta de preparación de los oficiales y su falta de experiencia, como hemos podido comprobar, fueron una de las principales denuncias de los tratadistas militares, aunque era uno de los pocos caminos mediante los cuales los nobles podían encontrar atractivo el servicio militar. En el caso de la caballería, sin embargo, aunque es una cualidad fundamental, en lo concerniente a los alféreces se relajan estas exigencias. Según Luigi Melzo, este empleo “es de tanta consideración y estima que lo suelen pretender mancebos muy nobles y bien nacidos, y algunas veces se les suele dar, aunque no tengan toda aquella experiencia y práctica que fuera necesario, como sean de lindo espíritu y den muestras de valor.” Sin embargo, los tenientes deben acreditar ser conocedores de su profesión, “personas de grande habilidad, experiencia y valor, y que se hayan criado en la caballería. En ausencia del capitán, el teniente rige y manda la compañía, y sobre sus hombros apoya de ordinario todo el cargo y peso de ella, y todos los trabajos que se ofrecen, mayormente cuando se dan las compañías de lanzas y corazas (como por la mayor parte se hace) a caballeros mozos, sin ninguna experiencia.” MELZO, L.: *Op. cit.* pp. 4-6.

través de la concesión de las patentes en blanco, bien para ocuparlos con individuos insertos en su red clientelar, bien para proceder a su venta y financiar con su producto parte de la leva asignada. Pese a todo, tanto la reducción del servicio, como las favorables condiciones para su cumplimiento, no fueron suficientes para vencer la resistencia de los aristócratas, ya que durante los meses siguientes se siguieron recogiendo quejas referentes al cuantioso desembolso que debían realizar.

En este sentido, dos cuestiones estaban sobre la mesa. En primer lugar, ¿se debía conceder a los nobles designados autorización para tomar, de la venta o empeño de los bienes de sus mayorazgos, los 4.000 ducados que, según ellos, necesitarían para cumplir con esta obligación? Y en segundo lugar, ante el importante número de solicitudes que reivindicaban una nueva reducción del servicio, ¿estaba autorizado el organismo encargado de dicha materia para hacerlo?, y en este caso afirmativo, ¿se debían aceptar ofertas inferiores?<sup>652</sup> En un principio, la mayoría de los consejeros se mostró contrario a autorizar la venta o empeño de los bienes vinculados a los mayorazgos, por las perniciosas consecuencias que estas prácticas tenían para las economías nobiliarias. D. Juan de Chaves y Mendoza (gobernador del Consejo de la Cámara, y que durante los años siguientes tendrá competencias en la movilización de la nobleza y de los caballeros de hábito), en su voto a esta consulta, informaba de que en Castilla nunca se había concedido facultad para vender ni empeñar mayorazgos; e incluso dudaba de que el rey pudiera autorizarlas, siempre y cuando no se vincularan otros bienes en lugar de los enajenados. De manera que propuso conceder “socorros y ayudas de costa extraordinarios, demás de sus alimentos” a todos aquellos que tengan sus haciendas empeñadas<sup>653</sup>.

El duque de Medina de las Torres discrepó del planteamiento de D. Juan de Chaves, pues tenía constancia de que en tiempo de Carlos I y Felipe II se concedieron facultades para vender y empeñar mayorazgos<sup>654</sup>. Pese a todo es consciente de que algunos aristócratas estaban tratando de sacar partido de la situación, mediante la venta de posesiones cuyo valor superara lo estipulado para hacer frente a este servicio. Para evitar los abusos, se debería conceder permiso para ello, aunque solo por la cantidad

---

<sup>652</sup> *Papel del secretario Bernardo González.....5-7-1635.*

<sup>653</sup> *Ibidem.*

<sup>654</sup> “(.....) en ocasiones que se pedían servicios para las guerras de aquel tiempo. Y no parece que en este se puedan limitar los medios que entonces se ofrecieron. Que el dinero no está hoy pronto, y es menester que se gradúen estos medios” *Ibidem.*

necesaria<sup>655</sup>. Sin embargo, el recurso a esta práctica solo se contemplaba en casos de extrema urgencia, siempre estudiando cada caso de manera individualizada. Y en caso de que las circunstancias aconsejaran su aplicación, se debía conceder la cantidad necesaria para ello, ni un ducado más. Otra posibilidad era permitirles que suspendieran el pago de sus deudas por un tiempo variable (uno o dos años como máximo) para acudir a este gasto. A pesar de ser el medio más rápido y eficaz para que obtuvieran la liquidez precisa, el gobernador del Consejo de Castilla desaconsejó recurrir a él por las lesivas consecuencias que acarrearía, pues los intereses de los acreedores de las casas nobiliarias se verían muy perjudicados<sup>656</sup>.

En cuanto al segundo dilema, se acentuó la división de opiniones entre quienes consideraban que una segunda disminución sería un abuso, y los que, en función de las circunstancias actuales, era mejor obtener algo que nada. Con todo, la mayoría de los consejeros se inclinaron por la primera opinión, pues creían que el monarca ha sido demasiado generoso, y aceptar un servicio menor sería algo humillante<sup>657</sup>.

Ante la disparidad de pareceres, Felipe IV resolvió que se les concediera facultad para tomar hasta 4.000 ducados, evitando en la medida de lo posible las ventas de bienes vinculados a mayorazgos, o las suspensiones de pagos. Pero movido por la urgencia de la situación, “no habiendo otros, y pareciendo a mi confesor que se puede hacer en conciencia”, autorizó ambos expedientes. Al mismo tiempo, en un testimonio que vendría a romper una lanza a favor del carácter papalista y burócrata de Felipe IV, a imitación de su abuelo, arremetió contra la comisión encargada de la formación de las compañías, a la cual culpó de todas las dilaciones y retrasos que estaba sufriendo este designio<sup>658</sup>.

Pese a los buenos deseos del monarca por acelerar todo el proceso, lo cierto es que todavía se produjeron algunos retrasos, en este caso por la pretensión de algunos nobles de que se les admitiera “servicio de dinero” en lugar de los 2 oficiales y 12 soldados que debían presentar. Mientras que otros, invocando sus dificultades financieras, trataron de que se les declarara exentos de contribuir<sup>659</sup>.

---

<sup>655</sup> *Ibidem.*

<sup>656</sup> *Ibidem.*

<sup>657</sup> *Ibidem.*

<sup>658</sup> “(.....) En materias de guerra es menester votar más corto y despachar al punto que llegan. Que yo de estas consultas no tengo hora reservada, y si fuere menester levantarme a media comida para despacharlas, lo haré.” *Ibidem.*

<sup>659</sup> *Consulta de la junta de la Defensa en la que dice lo que se le ofrece cerca de lo que contiene la consulta inclusa de la comisión que trata de la leva de las 64 compañías de caballos.* Madrid, 12-3-1635. AGS GA, Leg. 1121.

En este aspecto se constatan dictámenes similares entre Felipe IV<sup>660</sup> y los miembros de la “Junta de la Defensa”, pues ninguno de ellos se muestra partidario de conmutar a dinero el servicio solicitado, ni de aceptar sin más las excusas presentadas. Esto nos llevaría a pensar que había un motivo especial para que la nobleza contribuyera al esfuerzo bélico de la Monarquía Hispánica, pero no mediante un donativo más, sino a través de su implicación en tareas específicamente militares, en este caso el reclutamiento; pues lo que se buscaba era que aportaran los 14 hombres requeridos, y no su equivalente en plata<sup>661</sup>.

Sin embargo, a finales del mes de marzo, en una relación del secretario de la “Junta de las 64 compañías de caballos”, Bernardo González, al secretario de la “Junta de la Defensa”, Pedro Coloma, encontramos la primera evidencia documental de la forma en que se ha gestionó todo el proceso, así como los resultados prácticos en los que se tradujo. En ella aparece un hecho que nos parece, cuanto menos, significativo: algunos nobles se mostraron dispuestos a cumplir con el servicio solicitado en un primer momento (una compañía de caballería de 80 hombres). Pero la Corona desestimó esta contribución, por sus exageradas pretensiones: facultades para tomar fondos de mayorazgos, o cesación del pago de los censos durante un periodo de tiempo amplio<sup>662</sup>.

Conforme a la información facilitada por el secretario González, los “64 capitanes de caballos” podían ser agrupados, según la respuesta dada a este requerimiento, en cuatro categorías: quienes aceptaron el servicio de reclutar, equipar y pagar dos tercios del sueldo anual de 2 oficiales y 12 soldados de caballería; los que ofrecieron servir con una cantidad variable de dinero, que unos casos equivaldría a una conmutación, y en otros es sensiblemente inferior; los imposibilitados para hacer frente a este gasto; y en último lugar, aquellos que estaban dispuestos a concurrir con su persona, acompañados de su séquito, a quienes se apremió para que concretaran el número de lacayos con el que acudirían<sup>663</sup>. Estos resultados no satisficieron al monarca, que cargó con dureza contra los miembros de las comisiones encargadas de esta materia,

---

<sup>660</sup> En el caso del monarca, destaca la vehemencia con que defiende la concepción original del servicio, al tiempo que rechaza su trueque en dinero. “Yo no he pedido dinero en ninguna manera, ni lo he menester.” *Ibídem.*

<sup>661</sup> *Ibídem.*

<sup>662</sup> Como ejemplo, recogemos el caso del marqués de Aguilafuente, el cual se comprometió, a finales de diciembre de 1634, a reclutar la compañía entera, con la condición de que se le concediera facultad para tomar 20.000 ducados de su mayorazgo, aunque posteriormente se redujo a 16.000 ducados y 6 años de suspensión de censos, demandas inasumibles para la Corona. *Relación del secretario Bernardo González al secretario Pedro Coloma sobre el estado de las diligencias de las 64 compañías de caballos*. Madrid, 24-3-1635. AGS, GA Leg. 1121.

<sup>663</sup> *Ibídem.*

a quienes culpabilizó de los magros rendimientos obtenidos, en lugar de responsabilizar a los aristócratas por su escasa cooperación<sup>664</sup>.

Los datos recogidos en el gráfico 2 muestran con claridad que las primeras actuaciones para conseguir la colaboración nobiliaria, en los términos deseados por la Corona, no obtuvieron el resultado deseado. En este sentido, una minoría, 8 nobles (el 13%), se mostró dispuesta a aceptar las demandas reales (si bien uno de ellos, el marqués de Montemayor, únicamente ofrece 10 soldados) mientras que el resto, o no ofrecía nada o proponía alternativas que no eran las recogidas en un principio. Sin embargo, visto desde una perspectiva mucho menos negativa, se puede afirmar que 39 nobles (el 64%) estaban dispuestos a colaborar de una u otra manera; y por el contrario, 25 (el 38%) no mostraron voluntad de acceder a las peticiones regias. Tras su negativa se podrían esconder diversos motivos, como por ejemplo su grado de proximidad al partido olivarista. En este sentido, entra dentro de la lógica suponer que, cuanto menor fuera su vinculación con el primer ministro, o incluso que se encontrara en la facción opuesta, mayor sería su resistencia a involucrarse en un designio promovido por el Conde Duque. Al mismo tiempo, sería cierto que determinadas casas nobiliarias estaban pasando por apuros económicos, aspecto que, unido al anterior, lastraba cualquier deseo de colaboración. En última instancia, no podemos ignorar que la mayor parte de estos titulados ya estaban sirviendo al rey, bien con dinero, bien con hombres, por otros conceptos.

De las hipotéticas modales de cumplimiento del servicio, la mejor valorada fue la disposición de algunos nobles de servir en persona acompañados de su parentela. No sorprende esta predilección, pues con ello se asistiría a la consecución del objetivo que se venía persiguiendo desde hacía tiempo: la presencia de los aristócratas, junto con sus parientes y deudos, en el campo de batalla; en suma la recuperación de prácticas de carácter medieval<sup>665</sup>. Este recurso ofrecía importantes ventajas a los nobles. La principal de ellas era que podían aprestar los hombres necesarios en las poblaciones bajo su

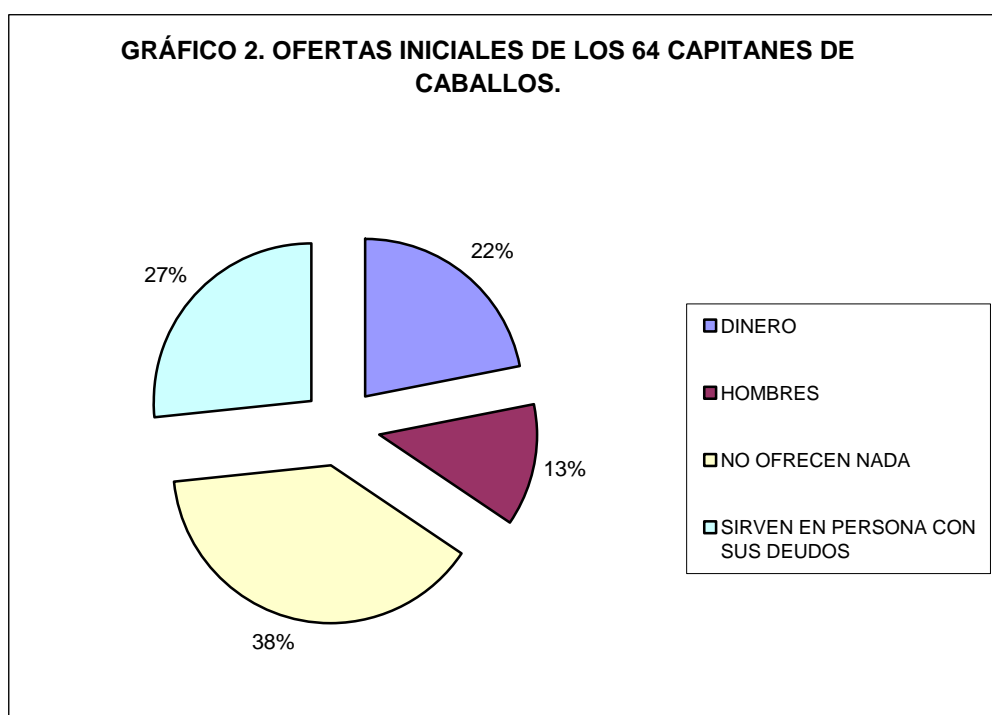
---

<sup>664</sup> “(.....) La junta de las compañías de caballos me espanta cuan atrás está. Y así es menester, precisamente, que en estos tres o cuatro días, hablar a todas las personas que aquí hay, y efectivamente firme cada uno en que, cómo y cuándo, me quiere o puede servir en lo que se le pide. Y si fuere necesario ir aquella junta misma a las puertas de sus casas, y hacerles en el coche ajustar la materia, se hará. Y todas las demás juntas harán lo mismo. (.....) De las coronelías de caballos, me admira que no se me avisa ni una sola palabra. Será bien advertir que precisa e indispensablemente concluya de aquí al domingo en la noche, ajustando con ellos lo que se les ha ordenado. Y me admiro cómo, ni con uno ni con más, se haya ejecutado ninguna cosa en tantos días.” *Consulta de la junta de la Defensa de estos Reinos representando lo que se le ofrece*. Madrid, 26-3-1635. AGS, GA, Leg. 1121.

<sup>665</sup> *Consulta de la junta de la Defensa sobre la consulta que trata de la leva de las 64 compañías de caballos, en que dice lo que se le ofrece*. Madrid, 16-4-1635. AGS, GA, Leg. 1121.

jurisdicción casi sin dificultad, pues la mayoría de los reclutados serían individuos vinculados a su persona, los cuales acudirían a servir esperando una contraprestación del aristócrata de turno. Además, las condiciones en las que se prestaría el servicio serían mucho más benignas que si lo hicieran en una unidad levantada por la Corona.

Pues los hombres no serían integrados en otras formaciones, sino que lo harían en las compañías levantadas por sus señores. Detrás de este hecho se esconden tanto razones de militares como de ostentación. Pues los contingentes levantados por la nobleza servían mejor si conservaban su autonomía, y no eran mezclados con las fuerzas ordinarias. Por otra parte, este hecho suponía en sí mismo un incentivo para todos aquellos formaban parte del servicio, por el carácter exclusivo de su contingente. En último lugar, el recurso al noble como reclutador al servicio de la Corona suponía una oportunidad inmejorable para poner dinamizar sus redes clientelares y potenciar su papel como distribuidor de la gracia real, como de hecho así sucedió.



**Fuente:** Elaboración propia a partir de AGS, GA, Leg. 1121.

En función de esta realidad podríamos afirmar que la capacidad de convocatoria del segundo estado, gestionada a través de los conductos adecuados, podría ser utilizada por la Corona en su beneficio para conseguir el servicio militar de individuos que, de

otra forma, sería mucho más difícil de obtener. Pese a todo, debemos tomar con reservas este aparente deseo de servir en persona, ya que parece responder más a un intento de aludir una contribución económica que a una decisión sincera. Esta ambigüedad se hizo evidente cuando el monarca, tras dar su visto bueno a la oferta de éstos nobles, requirió su salida inmediata hacia la frontera pirenaica. A partir de ese momento, la buena voluntad y el deseo de auxiliar al monarca fueron sustitutos por las dilaciones y los retardos. Además, el secretario Bernardo González se lamentaba de la falta de instrumentos legales para proceder contra quienes se mostraban reticentes a colaborar, o a exigirles más de lo que estaban dispuestos a aportar. De la misma manera, tampoco estaba autorizado para obligar a los partidarios de reducir su participación a un pago en metálico, a que entregaran los hombres requeridos<sup>666</sup>. Así, y a la espera de recibir instrucciones en esa dirección, eran ellos quienes tenían todas las de ganar.

La determinación del monarca y de su primer ministro en alcanzar los objetivos planteados, les llevó a aceptar aprobar medidas que, tal vez en otras circunstancias, no hubieran autorizado, en contra del parecer mayoritario de los consejeros. En concreto, se trataba de la autorización para echar mano de sus mayorazgos, así como de sus haciendas embargadas, en una cantidad no superior a los 4.000 ducados (cifra en la que se tasaba este servicio), pese a que ambas suponían un menoscabo de los intereses de otras sus acreedores, al tiempo que se incrementaban las cargas sobre su patrimonio.

Uno de los testimonios más esclarecedores en esa dirección fue el del arzobispo de Granada, relativo a la autorización a los marqueses de Las Navas y de Malagón para tomar los susodichos 4.000 ducados “sin embargo de embargos ni concurso de acreedores”. Según su criterio, en esas circunstancias resultaría más beneficioso para los intereses de la Corona que se le eximiera de aprestar los hombres solicitados, pues los graves inconvenientes que acarrearía acceder a su pretensión serían mayores que el beneficio a obtener<sup>667</sup>. A pesar de estas recomendaciones, las urgentes necesidades

---

<sup>666</sup> “(.....) la junta puso en consideración a S.M. que, si bien de su parte, y cumpliendo con su obligación se hacían vivas diligencias para cumplimiento de las órdenes de S.M., ni podía ni tenía facultad para extenderse a más de reducir el servicio a la voluntad a cada uno, pidiendo a S.M. se sirviese de declarar si cabía en este servicio otro medio de mayor aprieto para ejecutarlo. Y en papel que V.m. me escribió en 17 de este, sólo resuelve S.M. el punto de que este servicio no se reduzca a dinero, advirtiéndome que no se ha pedido. De esto, di cuenta en la junta, y en 19 de este acordó que a todos se les diese aviso de esto. Y por cartas mías que escribieron luego, incesantemente, se les ha dado aviso de que cumplan las órdenes de S.M., sin tratar de reducirlo a dinero, por no le haber pedido S.M., ni le haber menester, como S.M. lo dice, desengañándoles que en esta resolución no queda arbitrio, ni modo de dispensación ni conmutación.” *Relación del secretario Bernardo González*.....24-3-1635.

<sup>667</sup> “(.....) Y juzgo por de menor inconveniente que el marqués de Las Navas no levante su compañía que el concederle lo que pide. Pero siendo V.M. servido, mandará que se ejecute lo que la junta consulta a



bélicas aconsejaban mirar para otro lado si con ello se alcanzaba la meta propuesta; en definitiva, se trataba de elegir el mal menor, según se recoge en la respuesta del rey a la consulta del prelado, y permitir a los nobles financiar su auxilio con cargo a sus mayorazgos y a sus haciendas embargadas<sup>668</sup>.

Por si esto no fuera suficiente, el monarca debió aceptar que los nobles dispusieran de cantidades superiores a la cuantía del servicio, circunstancia que había sido denunciada por varios consejeros, lo cual era una forma de obtener liquidez (principal problema de las economías nobiliarias), mediante el servicio a la Corona, en este caso mediante el levantamiento de un contingente de caballería. Las suspicacias de algunos miembros de la “Junta de la Defensa” estaban más que justificadas, ya que según una relación de principios de mayo, el desembolso a realizar por cada uno de ellos ascendía a 2.868 escudos en plata, unos 2.580 ducados<sup>669</sup> (aproximadamente 975.120 maravedís, también en metal argénteo). Ante este hecho cabría plantearse: ¿dónde irían a parar los 1.400 ducados de diferencia?<sup>670</sup>

---

V.M.” *Consulta del arzobispo de Granada sobre lo que representa la junta del conde de la Puebla*. Madrid, 29-4-1635. AGS, GA, Leg. 1121.

<sup>668</sup> “(.....) la necesidad que hay de poner este ejército en las fronteras es más forzosa. Yo he descargado mi conciencia con las de ministros que tengo por enteros; y antepongo lo mejor a lo menos malo, y lo menos malo a lo malísimo. Y así, he mandado que se den las órdenes.” *Ibidem*.

<sup>669</sup> El total desglosado sería el siguiente:

“-14 caballos, a 700 reales cada caballo: 980 escudos.

-14 sillas con sus aderezos, a razón de 13 escudos cada una: 182 escudos.

-12 coletes para los soldados, a razón de 12 escudos cada uno: 144 escudos.

-12 pares de botas, a 5 escudos cada par: 60 escudos.

-15 días de cuartel, dando a cada soldado 4 reales al día, y al teniente y alférez, a 6 reales cada uno: 90 escudos.

-Las cuatro pagas del teniente: 200 escudos.

-Las cuatro pagas del alférez: 152 escudos.

-Las cuatro pagas de los soldados: 480 escudos.

-Para hacer la jornada a Cataluña, a 20 escudos al teniente, 20 al alférez y 10 a cada soldado: 160 escudos.

-Para las armas de las 14 personas, a 20 escudos cada una: 280 escudos.

-Para 14 bandas, a 10 escudos cada una: 140 escudos.” *Relación del coste que harán el levantar un teniente y un alférez, con doce soldados a caballo, dándoles con qué hacer su jornada hasta Cataluña, socorro para 15 días de cuartel, y cuatro pagas, hecha por D. Felipe de Silva*. Sin fecha (mayo 1635). AGS, GA, Leg. 1120.

<sup>670</sup> “(.....) Y porque la leva de los 14 caballos, incluso teniente y alférez, se juzga por cosa de menos costa de lo que se había considerado. Y por un papel que hizo D. Felipe de Silva parece que solo importará 2.868 escudos, puestos en orden con todo lo necesario, causa gran maravilla a esta junta la resistencia que se halla casi en todos los dichos capitanes, como quiera que no se duda que las haciendas, generalmente, están muy empeñadas. Pero si se tuviera por cierto que los más desacomodados, si se les ofreciese un negocio de gusto o conveniencia propia a que desearan acudir, hallarían medios en sus haciendas para mayores gastos. Y en la comisión que trata de estas compañías, los han pedido otros de tales calidades que les vendrá a ser de mucha más granjería que lo que tendrá de costa.” *Consulta de la junta de la Defensa, en la que dice lo que se le ofrece cerca de lo que V.M. ha mandado de que se viesse en ella a que capitanes de caballos, de los 64 elegidos, se habrá de apretar a que hagan el servicio, o a los que no*. Madrid, 25-5-1635. AGS, GA, Leg. 1120, n° 32.

Si tenemos en cuenta los argumentos adelantados en las líneas anteriores, podemos afirmar que éstos aristócratas utilizaron el servicio a la monarquía para obtener la de la que carecían<sup>671</sup>. Sin embargo, debemos apartar de este hecho cualquier connotación negativa, pues era la consecuencia lógica de un juego de poder entre la Corona y sus principales súbditos, pues si el rey no se mostraba comprensivo con sus pretensiones, las posibilidades de obtener alguna asistencia de ellos se reducían de forma considerable. Esta “mano izquierda” se hacía más que necesaria, máxime cuando el monarca, a pesar de sus buenas intenciones, no estaba “jugando limpio”, pues no conviene no olvidar que todo el proyecto se sustentaba sobre la presencia del rey al frente de las tropas, la cual no se produjo hasta 1642<sup>672</sup>.

Además, hemos documentado algún supuesto en el cual se trata de esgrimir este servicio para obtener hábitos de las Órdenes Militares, que a su vez serían puestos a disposición de parientes o deudos. Esto es lo que sucedió con el marqués de Valenzuela, a quien se había concedido una de estas mercedes para su persona, suponemos que con el objetivo de recompensar su predisposición a cooperar con la Corona. No obstante, dicha gracia no pareció colmar sus aspiraciones, y solicitó otro para un hijo. Por si esto no fuera suficiente, reclamó que el destinado a su persona fuera a parar a D. Francisco Pérez de Vargas, “íntimo amigo suyo”<sup>673</sup>. Las reivindicaciones del marqués de

---

<sup>671</sup> Esta impresión se ve corroborada en una carta del secretario Bernardo González al secretario D. Sebastián de Contreras, en la que le informa de los medios concedidos al marqués de Malagón para cumplir con su obligación, y manifiesta sus temores ante la posibilidad de que utilicen este servicio para mejorar su situación. En ella le informa que se ha autorizado a este aristócrata a vender unas tierras de su mayorazgo, sitas en Vallecas, “con calidad que de lo que procediere de la venta, tan solamente se le puedan entregar al marqués, 4.000 ducados, y que lo demás se emplee en beneficio de la casa de Malagón.” Además, Contreras anota en esta consulta, a modo de respuesta, que “lo que se ha de entregar al marqués no es más de 4.000 ducados”, lo cual es muy ilustrativo sobre sus verdaderas intenciones. *Carta del secretario Bernardo González al secretario D. Sebastián de Contreras sobre los medios concedidos al marqués de Malagón para levantar la tropa con que ofreció servir*. Madrid, 11-6-1635. AHN, Estado, Leg. 6405(2).

<sup>672</sup> Sin embargo, la “Junta de la Defensa” debió de sospechar que la salida del monarca se dilataría más de lo inicialmente dispuesto, y le sugirió la paralización de tales privilegios, hasta que se produjera este acontecimiento. Sin embargo la determinación del monarca cobró nuevos bríos con motivo de la declaración de guerra por parte de Francia, y resolvió que se permitiera disponer de los expedientes concedidos para que las tropas se pusieran en marcha “sin esperar mi partida, pues yo me voy moviendo y conviene que todos lo hagan”. *Consulta de la junta de la Defensa de estos Reinos, diciendo lo que se le ofrece en la consulta que trata de la prevención de las compañías de caballos, y apercebimiento general de los grandes y títulos*. Madrid, 21-5-1635. AGS., GA, Leg. 1121.

<sup>673</sup> *Consulta de la junta de la Defensa de estos Reinos, en la que da su parecer sobre la consulta de la que trata de las compañías de caballos, y pretensión del marqués de Valenzuela, de que se le conceda un hábito, y que la que V.M. le tiene hecha, sea para D. Francisco Pérez de Vargas*. Madrid, 6-6-1635. AGS, GA, Leg. 1122.

Valenzuela fueron atendidas a medias, pues las dos últimas fueron desestimadas, mientras que la merced de hábito para su persona continuó vigente<sup>674</sup>.

Estos testimonios vendrían a sumarse a los ya recogidos en los capítulos anteriores, sobre la vigencia del absolutismo en la monarquía de los Habsburgo. Pues la fórmula del “orden y mando”, esgrimida por la historiografía tradicional, no se ajusta a la realidad que estamos presentando, caracterizada por las cesiones de ambas partes y a una permanente negociación para conseguir los fines proyectados. Esta nueva perspectiva se vio reforzada por las reflexiones de la “Junta de la Defensa” sobre la naturaleza del servicio; es decir si era voluntario, o por el contrario se trataba de una contribución obligatoria, motivadas por la falta de resultados prácticos y las excusas, más acusadas en el caso de aquellos nobles a quienes no se había permitido tomar fondos de sus haciendas<sup>675</sup>. Pero el meollo de la cuestión ya había sido planteado por el secretario Bernardo González, el cual se resumía en la siguiente pregunta: ¿era legítimo adoptar medidas represivas con los díscolos para que asumieran sus responsabilidades, o la Corona debía aceptar lo que de buen grado pudieran entregar?

En principio, los miembros de este organismo se pusieron del lado de los aristócratas, pues a pesar de las ineludibles obligaciones que el segundo estamento tenía contraídas, en función de su origen, de auxiliar al rey en caso de guerra, sobre todo cuando éste asumía sus responsabilidades como comandante en jefe, no había ninguna normativa que permitiera compelerles al cumplimiento de este servicio, pues en teoría ya tributaban, con más o puntualidad, por el servicio de lanzas<sup>676</sup>. No obstante, se recomienda continuar con los requerimientos, conforme las posibilidades de cada uno, pero encubriendo las actuaciones “de manera que no sea compulsión expresa ni se lo parezca” y sin admitir excusas, por las consecuencias negativas que tendría para aquellos que estaban dispuestos a cumplir con el servicio<sup>677</sup>.

Estas cuestiones, que en principio podían parecer triviales, adquieren una importancia capital en la dinámica de las relaciones de la Corona con sus súbditos, más

---

<sup>674</sup> *Ibidem*.

<sup>675</sup> *Consulta de la junta de la Defensa*..... 25-5-1635.

<sup>676</sup> “(.....) Como quiera que todos los vasallos de V.M., de la calidad que son los elegidos para estas compañías, se tiene por llano que sus obligaciones los llevan a servir a V.M. en las ocasiones de guerra, y mucho más en las que se de hubiere de hallar su real persona, sin reservar cosa alguna de su poder, hasta la última gota de sangre. Todavía no parece que por derecho tengan obligación precisa al servicio de estas levadas, pues cumplen con lo que deben en el de las lanzas que a cada uno le están repartidas, que es con lo que se contentaron los reyes nuestros señores, progenitores de V.M. Y así, entiende la junta que no pueden ser compelidos.” *Ibidem*.

<sup>677</sup> *Ibidem*.

concretamente con los miembros del segundo estado. En este orden de cosas, compartimos lo apuntado por Fortea Pérez, cuando sostiene que las mercedes y los favores no solo emanaban del monarca y se proyectaban sobre los vasallos, sino que también emprendían la dirección opuesta. De esta manera, las contribuciones nobiliarias, al menos desde el punto de vista teórico, se concibe como una relación basada en el intercambio, por ambas partes, de asistencias y apoyos<sup>678</sup>.

La declaración de guerra por parte de Francia supuso algunos cambios en la gestión de este designio. Por ejemplo, desde la “Junta de la Defensa” sugirió a Felipe IV que abandonara su obstinada negativa a aceptar la sustitución del servicio por la cantidad de dinero en que estaba tasado; o al menos permitir esta opción a quienes no pudieran aprestar los hombres requeridos (una de las excusas más repetidas). Además, en vez de lamentarse por lo que se dejaría de conseguir, sería más conveniente valorar los logros obtenidos, sobre todo cuando se trataba de una exacción extraordinaria, en la cual la Corona incumplía la principal condición para su puesta en marcha: la salida del rey hacia el frente. Al mismo tiempo, si los 64 nobles presentaban los hombres demandados, supondría la presencia de 128 nuevos oficiales los cuales, una vez pasados los cuatro primeros meses, percibirían su salario con cargo a la Real Hacienda; y si en un futuro eran reformados, continuarían recibiendo sustento. De la misma manera, la mayor parte de ellos tendrían poca experiencia militar, pues accederían a estos empleos individuos sin los años exigidos para su desempeño. Si se tenían en cuenta dichos argumentos, la transformación de esta exigencia en un servicio monetario no se mostraría como algo negativo, sino que sería una buena solución. Pero por otro lado, si el rey accedía a modificar su primigenia naturaleza, se difuminaría el principal objetivo que se pretendía alcanzar: la utilización de la capacidad de movilización de la nobleza, y vincularla (al menos en esta dimensión) al esfuerzo bélico común<sup>679</sup>.

---

<sup>678</sup> FORTEA PÉREZ, J.I.: “Los donativos en la política fiscal de los Austrias (1625-1637): ¿servicios o beneficio?”, en: RIBOT GARCÍA L.A. y DE ROSA, L. (Dirs.): *Pensamiento y política económica en la Edad Moderna*. Madrid, 2000. pp. 39-41.

<sup>679</sup> “(.....) Y así, para mayor facilidad y presteza de la leva de esta caballería, si V.M. no hubiera mandado declarar que no se ha de admitir dinero en lugar del servicio, propusiera la junta la compensación de el por los 2.868 escudos que D. Felipe de Silva ha hecho cuenta de que tendrán de costa, a todos los que no le admiten, o la parte concurrente según el número con que cada uno ofrece servir, dejando a su elección el dar la gente o el dinero. Porque muchos toman por pretexto en su excusa que no han de hallar caballos ni soldados. Y no hay duda que por los ministros de V.M. se haría la leva más fácilmente, y aún se seguirían otras conveniencias muy considerables, como evitar la creación de tantos oficiales, que por la mayor parte han de ser poco pláticos. Y V.M., continuando el tener en pie las levadas, o reformándolos, ha de quedar en obligación de darles sus sueldos, además de la confusión que se evitaría de tener tantas cabezas con tropas tan pequeñas, en cuanto no se llenan las compañías.” *Consulta de la junta de la Defensa*..... 25-5-1635.

Pese a que se apreciaba un cambio en el parecer del monarca hacia posiciones menos rígidas, se mostró muy crítico con aquellos aristócratas incapaces de satisfacer su demanda, pues consideraba que la cuantía exigida no justificaba tal grado de inmovilismo. Los comentarios más duros se dirigen contra quienes disfrutaban de prebendas regias, los cuales estaban, si cabe, más obligados a auxiliar al monarca. Su enfado llegó a tal extremo que incluso llegó a proponer la revocación de las mercedes de todos aquellos que no mostraran voluntad de colaborar<sup>680</sup>.

Según nuestro criterio, nos encontraríamos con otro argumento que afianzaría, aún más, nuestra concepción de la relación nobleza-Corona, como un continuo tira y afloja entre ambas. Según esta interpretación, la gracia real, además de ser utilizada para remunerar servicios prestados, llevaba implícita una cláusula no escrita según la cual se debería auxiliar al monarca siempre y cuando lo requiriera. Este argumento se revelará cada vez más importante, hasta alcanzar su cénit en 1640, con motivo del llamamiento de los caballeros de hábito, y durante los primeros años de esa década. Aunque abordaremos la trascendencia de este argumento en las páginas siguientes, mencionamos, a modo de avance, que el monarca se consideraba legitimado para solicitar el concurso (bien personal, bien mediante otras formas), de todos aquellos que hubieran gozado de su liberalidad, siempre y cuando lo requiriera por los canales adecuados y respetara sus preeminencias.

La determinación de Felipe IV de invalidar las gratificaciones concedidas a quienes no colaboraran, contó con el beneplácito de la mayor parte de los miembros de la “Junta de la Defensa” y la de los “64 capitanes de caballos. Pese a todo, trataron de aplacar los ánimos del rey, sugiriéndole que se estudiara cada caso de manera individualizada, y que recurriera a este extremo como última medida, “pues conviene que en la suspensión de las mercedes se hable con limitación, y antes se busquen medios de animarlos que de amenazas”<sup>681</sup>, utilizando métodos coercitivos con los insumisos<sup>682</sup>. Por otra parte, “la Junta de la Defensa”, se declaró partidaria de

---

<sup>680</sup> “(.....) parece que pidiéndose cosa tan moderada y proporcionada, no parece fuera de justificación que quien echaría sobre sí una nota tan grande, como faltar en esta ocasión, por lo menos los que tuvieren de mercedes mías, se les suspendan en todo género. Pues quien a obligación tan grande, y de honra, faltare en aquello que no falta a su gusto, no parece posible que pueda ser ninguna demostración más leve que esta.” *Ibidem*.

<sup>681</sup> *Consulta de la junta de la Defensa de estos Reinos, representando lo que se le ofrece sobre lo que V.M. fue servido de responder a la consulta inclusa de 25 de mayo, que trata de las levas de los 64 capitanes de caballos*. Madrid, 2-6-1635. AGS, GA, Leg. 1120.

<sup>682</sup> “(.....) advirtiéndoles que podrá mandar se les suspendan las mercedes que tuvieron. Y que se reconozca que cosa de gracia ocupan sus casas para revocarlas, por causa de inaptitud en haberse

comprobar si era cierto que algunos nobles, incapacitados para cumplir el servicio, estaban dispuestos a concurrir con sus personas y sus criados, ordenándoles que se apercebieran y estuvieran listos para partir, siempre y cuando el rey lo hiciera primero. En caso contrario, lo más conveniente sería tratar de “reducir a dinero” su contribución, o en el peor de los casos, que contribuyeran con la mayor cantidad posible<sup>683</sup>.

No obstante, este endurecimiento de la posición del monarca no se tradujo en resultados prácticos y, en última instancia debió ceder a sus demandas. En concreto, se comprometió a concederles los medios necesarios para financiar este servicio antes de que se dirigiera al frente<sup>684</sup>. Si analizamos esta circunstancia desde una perspectiva más amplia, podemos afirmar que resultaba satisfactoria pues ambas partes lograban sus objetivos y ninguna salía perjudicada. Desde el lado nobiliario, podía ser calificada como una victoria, pues su asistencia no iba a menoscabar en excesos sus economías; mientras que la Corona se aseguraba un servicio que de otra manera no hubiera conseguido. Resoluciones de este tipo son coherentes con la naturaleza de las relaciones entre Corona y nobleza que venimos sosteniendo, donde se antojaba muy difícil que una de las dos partes pudiera imponerse a la otra, al tiempo que cuestiones como la negociación y las cesiones mutuas se revelaron trascendentales, pues ambas se necesitaban y estaban obligadas a llegar a un acuerdo.

De este modo, el segundo estado no podía permitirse el lujo de cerrarse en banda y desatender al monarca, pues no era la actitud más inteligente a la hora de defender sus intereses. En este sentido, compartimos los planteamientos de Jago, para quien, desde mediados del siglo XVI, la aristocracia necesitaba cada vez más a la Corona para su subsistencia. Esta dependencia se intensificó durante el Seiscientos, alcanzando “proporciones alarmantes”, pues era el monarca, a través de su gracia, quien podía favorecer (o damnificar) a una casa nobiliaria con sus decisiones. Entre ellas se encontraban: la derogación de la normativa que restringía la explotación de las propiedades nobiliarias vinculadas a mayorazgos; la concesión de los empleos más codiciados (tanto en la Corte, como la administración o el ejército) o la concertación de matrimonios provechosos<sup>685</sup>. De esta forma, si el estamento privilegiado cooperaba con

---

excusado de servicio tan moderado, en ocasión que V.M. y los reinos se hallan en los aprietos que son notorios.” *Ibidem*.

<sup>683</sup> *Ibidem*.

<sup>684</sup> *Carta del secretario Pedro Coloma al secretario Juan Lorenzo de Villanueva*. Madrid, 9-6-1635. AGS, GA, Leg. 1123.

<sup>685</sup> JAGO, C.: “La Corona y la aristocracia durante el ministerio de Olivares”, en: GARCÍA SANZ, A. y ELLIOTT, J.H.: *Op. cit.* pp. 377-378.

la Corona, en vez de enfrentarse a ella y sabotear sus proyectos, podría alcanzar sus objetivos de manera mucho más sencilla que si optaba por la actitud contraria.

Otra resolución que también se inscribe dentro de esta tendencia, fue la autorización para sustituir los hombres solicitados por su equivalente en dinero (siempre y cuando se tratara de fondos cobrables sobre los cuales pudieran disponer libremente), pues esta modalidad de servicio sería la más ventajosa para los dos. Sin embargo, aún debían pasar unos meses para que se sancionara de forma oficial. Esta decisión venía motivada por las dificultades existentes para entregar tanto los hombres como los caballos, y por el dictamen favorable de una junta constituida para tratar esta materia, integrada por: el arzobispo gobernador del Consejo de Castilla, el inquisidor general, el duque de Villahermosa, el conde de La Puebla, el marqués de Leganés, D. Antonio de Contreras, D. Jerónimo de Villanueva, D. José de Nápoles y Cid de Almeida<sup>686</sup>.

Aunque a principios del mes de septiembre la “Junta de la Defensa” dio cuenta de tener cerradas las contribuciones de varios nobles, lo cierto es que la realidad dejaba bastante que desear, pues solo el conde de Cantillana<sup>687</sup> había cumplido con su obligación. Este retardó motivó que Felipe IV, como consecuencia de los magros resultados obtenidos, se llegara a cuestionar la vigencia el organismo dirigido por el conde de La Puebla, al tiempo que carga contra los consejeros por su incompetencia, y falta de resolución<sup>688</sup>.

---

<sup>686</sup> “(.....) Pero porque los más representan no solo la falta de caudal, sino dificultades en prevenir caballos y soldados a propósito, parece que, sin embargo de lo resuelto por V.M. en cuanto a no admitir dinero en lugar de estos servicios, podría V.M. servirse de mandar que cumplan con entregar la cantidad que pareciere montará el gasto de sus levas, asegurando primero los efectos que se señalaren para la paga, y de manera que sean pronto y efectivos. Con lo cual, por mano de los ministros de V.M., se vencerán estas dificultades y se conseguirán mejor las levas, adelantándose esta prevención con la brevedad que conviene y será menester.” *Consulta de la junta que V.M. mandó formar para ver las personas que por diferentes comisiones, han ofrecido servir*. Madrid, 23-6-1635. AGS, GA, Leg. 1120.

<sup>687</sup> Este aristócrata sevillano se comprometió en un principio a cumplir con la leva de los 12 soldados y los 2 oficiales, aunque finalmente lo conmutó por el 16 soldados sencillos. A juzgar por la documentación consultada, consiguió de la Corona unas condiciones más que generosas para poder cumplir con el servicio demandado, pues se le permitió introducir vino “de fuera” en sus dominios de Cantillana y Villaverde del Río, durante 6 años; y en Brenes por 2, siempre y cuando se vendiera primero el de dichos municipios. Este sistema era sumamente beneficioso para sus intereses, pues gracias a sus redes clientelares y las medidas de presión, podría introducir sus existencias en detrimento de los vecinos de estas poblaciones (a pesar de que dieron su consentimiento para esta medida), y con estos ingresos extraordinarios, hacer frente a su obligación. *Carta del secretario Bernardo González al secretario D. Sebastián de Contreras, en la que da cuenta de que por resolución de la junta del conde de la Puebla, se ha dado licencia al conde de Cantillana para meter en Cantillana. Brenes y Villaverde del Río, vino de fuera, por tiempo de 6 años; en Cantillana y Villaverde, por 6 años; y en Brenes por dos, habiéndose vendido el de estos lugares primero*. Madrid, 17-4-1635. AHN, Estado, Leg. 6405(2), nº 23.

<sup>688</sup> “(.....) para consultar lo que aquí decís, poco sería menester esa junta; y juzgo que si mandase buscar otras consultas vuestras, se hallaría lo contrario de lo que consultáis. Y os confieso me avergüenzo y espanto que en ocasión como la presente suceda lo que decís y que todos calléis luego.” *Consulta de la junta de la Defensa de estos Reinos en la que da cuenta del estado que tienen las diligencias hechas por*

Las duras palabras de Felipe IV debieron surtir algún efecto, ya que unos días después la “Junta de la Defensa” requirió la presencia del conde de La Puebla, como principal responsable del proyecto, para que expusiera las medidas que, según su criterio, serían necesarias para la consecución de las metas propuestas. Las soluciones que planteó no estaban basadas en remedios milagrosos, sino que incidían en dos aspectos ya manifestados durante los meses precedentes, que si bien podían traducirse en un notable progreso de la contribución nobiliaria, supondrían desvirtuar su naturaleza inicial: la adopción de disposiciones de carácter coercitivo, y la admisión de dinero como equivalente al servicio<sup>689</sup>.

Análogamente, se planteó por primera vez la posibilidad de establecer una fecha límite para la entrega de los hombres o el dinero, aunque se trataba de una recomendación. En suma, se debía escribir a quienes se habían concedido medios para poder cumplir con su obligación, compeliéndoles a que en un plazo máximo de 8 días (una vez recibida esta notificación) declararan si habían iniciado su leva. En caso contrario, debían entregar los 2.868 escudos en que se había tasado el gasto de los 12 soldados y los 2 oficiales. Si continuaban las demoras, se adoptarían disposiciones más rigurosas, consistentes en tomar dicha suma por la fuerza, mediante el embargo de sus bienes<sup>690</sup>. Por otra parte, el conde era consciente de que algunos de los medios concedidos no podrían ser llevados a la práctica por las lesivas consecuencias que su aplicación tendría para terceras personas<sup>691</sup>. Para subsanar este inconveniente, sugirió

---

*el conde de la Puebla y ministros que tratan de la prevención de las 64 compañías de caballos*. Madrid, 8-9-1635. AGS, GA, Leg. 1120.

<sup>689</sup> *Consulta de la junta de la Defensa de estos Reinos, representando lo que representa el conde de la Puebla para que, sin más dilación, tenga efecto el servicio que han de hacer los 64 capitanes de caballos que están elegidos*. Madrid, 15-9-1635. AGS, GA, Leg. 1120.

<sup>690</sup> *Ibidem*.

<sup>691</sup> Los principales perjudicados por la aplicación de estas medidas serían los sucesores de los mayorazgos, ya que verían mermadas las posesiones que, legítimamente, les correspondían. No obstante, parece que en algunos casos, la Corona no tuvo ningún reparo en incumplir la legalidad y permitir la venta de tierras vinculadas a mayorazgos, como en el caso del marqués de Malagón. Pues “habiéndose de citar el inmediato sucesor en su mayorazgo, de que teme pleitos y dilación en la ejecución, por la contradicción que ha de hacer; y habiéndose visto, ha resuelto la junta que la citación se haga al inmediato, y que la facultad se despache sin embargo de que lo contradiga.” *Carta del secretario Bernardo González al secretario D. Sebastián de Contreras, en la que le participa que S.M. ha resuelto que al marqués de Malagón se le despache facultad para vender unas tierras en el lugar de Vallecas, y que se le entregue el despacho, aunque lo contradiga el inmediato en su mayorazgo, atándole para ello*. Madrid, 8-7-1635. AHN, Estado, Leg. 6405(2), nº 41.

Por si quedaba alguna duda, unos meses más tarde, el secretario González participa al secretario Contreras que “ha acordado la junta que la facultad se haga y se entregue al marqués, sin embargo de la contradicción, con que lo que procediere de estas tierras, se deposite en el depositario general de esta Corte. Y de allí, en primer lugar, se satisfaga el presupuesto de la costa de esta leva.” *Carta del secretario Bernardo González al secretario D. Sebastián de Contreras sobre los medios concedidos al marqués de Malagón para hacer frente al gasto de su leva*. Madrid, 30-10-1635. AHN, Estado, Leg. 6405(2), nº 41.



que se les autorice a imponer censos sobre sus haciendas, hasta en 4.000 ducados, a favor de la Real Hacienda, para que fueran administrados por la Corona y, con su producto, llevar a cabo la leva por oficiales reales<sup>692</sup>. Pero este nuevo enfoque del servicio significar asumir que un número variable de nobles iban a salir exentos, así que lo mejor era dirigir todos los esfuerzos hacia quienes hubieran mejorado su situación económica con la excusa de acudir al real servicio. Tal razonamiento vendría a confirmar los planteamientos anteriores, centrados en la utilización, por parte de individuos del segundo estado, de las dificultades regias para mejorar sus problemas de liquidez.

En suma, tras varios meses de continuas negociaciones, y con el innegable efecto positivo que tuvo la promulgación de disposiciones orientadas a sanear las economías nobiliarias, se consiguió mejorar en algo sus resultados originales<sup>693</sup>. Con todo, hasta finales de octubre-principios de noviembre, los capitanes a quienes se había concedido algún auxilio para sufragar este servicio eran minoría, solo 17 (el 27%), mientras que el resto, 47 (73%) debía costarlo con sus propios medios.

Por otra parte, se consiguió incrementar, de 8 a 22, los nobles dispuestos a servir con hombres<sup>694</sup> o con su equivalente pecuniario. Como contrapartida, se produjo una notable reducción en la cuantía de la oferta presentada, pues solo 3 se comprometieron a reclutar los 2 oficiales y los 12 soldados, mientras que 16 estaban dispuestos a entregar la tropa; en cuanto a los 3 restantes, se obligaban a reclutar, 16, 6 y 4 soldados respectivamente. Por otra parte, fue por estas fechas cuando el monarca aceptó, de forma definitiva, la posibilidad de conmutar la leva por su equivalente en dinero. A este respecto, se dio orden al consejo de Hacienda para que “entre en arca aparte este dinero, con cuenta separada”, con el objetivo de que esos fondos se emplearan en aquello para lo que habían sido recaudados, y no se divirtieran en otros menesteres<sup>695</sup>.

Este cambio de parecer, se inscribe en una línea similar a lo acontecido por esas fechas con los hábitos de las Órdenes Militares. En lo concerniente a estas prebendas, se estableció un organismo, conocido como la “Junta de Hábitos”, encargada de gestionar su concesión a cambio del reclutamiento de un número variable de soldados. A pesar de

---

<sup>692</sup> *Consulta de la junta de la Defensa de estos Reinos*.....15-9-1635.

<sup>693</sup> *Consulta de la junta de las Prevenciones del Ejército, en la que concurren el conde duque, duque de Villahermosa, marqués de Castañeda y Pedro de Arce*. Madrid, 29-10-1635. AGS, GA, Leg. 1123.

<sup>694</sup> *Consulta de la junta del conde de la Puebla sobre el medio que se le ofrece para que cada uno de los 64 capitanes de caballos que tienen aceptada caballería, cumplan las órdenes que V.M. tiene dadas sobre esto*. Madrid, 30-10-1635. AGS, GA, Leg. 1121.

<sup>695</sup> *Ibidem*.

que desde los primeros momentos se elevaron numerosas voces pidiendo la sustitución del servicio por el pago de dinero efectivo, Felipe IV mostró sus reservar a aceptarla. Sin embargo, cuando se dio cuenta de que si no daba su brazo a torcer los resultados obtenidos serían exiguos, a la manera de lo acontecido con los “64 capitanes de caballos” mostró un cambio de criterio<sup>696</sup>, autorizó que se conmutara por una cantidad en metálico.

Pero este cambio no significó que disminuyera un ápice el grado de intervención de la Corona en todo el proceso. En este sentido, se constata un claro deseo, por parte del poder real, de gestionar los fondos procedentes de los medios concedidos a los aristócratas para evitar que fueran dilapidados. Así, se tuvo en cuenta lo apuntado por el conde de La Puebla, y se les obligó a fundar censos a favor de la Real Hacienda por la citada cantidad de 4.000 ducados, que fue la autorizada para ser impuesta con cargo a sus rentas<sup>697</sup>.

En último lugar, entre las medidas encaminadas a agilizar el proceso, se encuentra la petición de este organismo, relativa al disfrute de la plena jurisdicción sobre esta materia, y que ninguna otra entidad administrativa tuviera competencias en la gestión, cobro e imposición de medidas coercitivas a los infractores<sup>698</sup>. Esta propuesta fue valorada de forma positiva y se accedió a ella, siempre y cuando se respetara la legalidad vigente y no se cometieran abusos<sup>699</sup>. De la misma manera, se solicitó autorización para proceder contra las personas que gestionan las rentas nobiliarias, en

---

<sup>696</sup> JIMÉNEZ MORENO, A.: “Honores a cambio de soldados.....” *Op. cit.*

<sup>697</sup> *Consulta de la junta del conde de la Puebla sobre el medio que se le ofrece.....* 30-10-1635.

<sup>698</sup> “Y aunque la junta pone también en consideración a V.M. la dificultad e imposibilidad que todos representan para cumplir con lo que se les ha mandado y tienen obligación, no halla ningún remedio por más eficaz para que se consiga con la brevedad que pide la misma materia, que es el que V.M. (siendo servido) le mande dar jurisdicción privativa, con inhibición del consejo y de los demás de esta Corte y de las Audiencias de estos Reinos, jueces y justicias de ellas, para que se pueda cobrar de cada uno de los de esta clase, que tienen aceptada caballería, con pacto de los medios que han propuesto, y se les han concedido, y entregados los despachos de ellos, los 2.868 escudos de a 10 reales en plata, pudiéndolos cobrar en esta moneda, y si no en la de vellón con el premio común y corriente al tiempo de la paga, con más las costas que se causaren. Compeliendo a esto a los administradores, mayordomos, asentistas, renteros o personas a cuyo cargo hubiere sido, es, o fuere la paga de las rentas de estas casas, sin embargo de cualesquier embargos, concurso de acreedores y administraciones, donde las hubiere, pues esto debe ser privilegiado, y primero que ninguna otra cosa, como V.M. lo tiene resuelto. Quedando por cuenta de la junta la disposición de que lo que fuese cobrando de esta calidad, se entregue en las arcas del tesoro, por cuenta aparte, como V.M. lo tiene resuelto, y se hace en los 3.000 ducados con que el vizconde de Villoria sirve a V.M. en lugar de su caballería.” *Ibidem*

<sup>699</sup> “Y parece que, pues aquella junta ha tratado de esta materia, y juzga no hay otro medio para la conclusión y efecto de este servicio, que darle V.M. jurisdicción privativa, con inhibición del Consejo y los demás de esta Corte, Audiencias y Chancillerías (como lo propone, para que se pueda cobrar de cada uno lo que le toca), se le de comisión en la forma que la pide, declarando que esto sea ajustándose a las órdenes y lo resuelto por V.M., proviniendo lo que fuere justicia.” *Consulta de la Junta de la Defensa de estos Reinos, representando lo que se le ofrece sobre la consulta de la comisión de los capitanes de caballos*. Madrid, 11-11-1635. AGS, GA, Leg. 1121.

caso de que su patrimonio estuviera bajo administración, para que esta circunstancia no fuera un problema a la hora de la recaudación<sup>700</sup>.

**CUADRO 5. RESUMEN DE LAS CONTRIBUCIONES DE LOS NOBLES ENCUADRADOS EN “LAS 64 COMPAÑÍAS DE CABALLOS” (febrero-octubre 1635).**

NÚMERO	NOBLE	OFERTA INICIAL	MERCEDES CONCEDIDAS	OFERTA 2.
1	MARQUÉS DE AGUILAFUENTE	OFRECE LA LEVA DE LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS	SE LE PERMITE IMPONER 4.000 DUCADOS DE PLATA SIN OBLIGACIÓN DE REDIMIRLOS, Y SUSPENSIÓN POR 8 AÑOS DE LA REDENCIÓN DE LOS CENSOS IMPUESTOS SOBRE SU CASA.	OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES)
2	MARQUÉS DE MONASTERIO	PIDE SE LE CONMUTE POR 181.000 ESCUDOS QUE ENVIÓ A FLANDES.		OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES). AL FINAL SE COMPROMETE A SERVIR CON LA LEVA ENTERA.
3	MARQUÉS DE VILLAMANRIQUE	OFRECE LA LEVA LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS	SE LE DA FACULTAD PARA IMPONER A CENSO SOBRE SU CASA 4.000 DUCADOS.	LA MISMA.
4	MARQUÉS DE VALLE DE OAXACA. TAMBIÉN ES MARQUÉS DE PALACIOS.	OFRECE SERVIR CON 3.000 DUCADOS.		OFRECE SERVIR CON 8 O 10 CRIADOS. TRAS OFRECER 3.000 DUCADOS SUBIÓ LA OFERTA A 4.000, AUNQUE DESPUÉS LA DISMINUYÓ “POR ACCIDENTES DE SU HACIENDA Y HABERSE VALIDO EL REY DE UN TERCIO DE

<sup>700</sup> *Ibidem.*

				SUS JUROS”
5	DUQUE DE CIUDAD REAL, MARQUÉS DE ARAMAYONA	NO CONSTA		OFRECE IR SIRVIENDO EN PERSONA.
6	MARQUÉS DE LAS NAVAS	NO CONSTA. POSTERIORMENTE OFRECE LEVANTAR LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.	SE LE CONCEDE FACULTAD PARA TOMAR DE SU HACIENDA EMBARGADA 4.000 DUCADOS.	OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES). AL FINAL SE COMPROMETE A SERVIR CON LA LEVA ENTERA.
7	CONDE DE MOLINA DE HERRERA	OFRECE LA LEVA DE LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.		OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES). AL FINAL SE COMPROMETE A SERVIR CON LA LEVA ENTERA.
8	CONDE DE LA MONCLOVA (MAYORDOMO DE LA REINA)	OFRECE 3.000 DUCADOS PROCEDENTES DE RÉDITOS DE JUROS.		LA MISMA.
9	CONDE DE FRIGILANA	OFRECE 2.000 DUCADOS.		OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES).
10	MARQUÉS DE TAVARA	OFRECE LA LEVA DE LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.	SE LE AUTORIZA A VENDER LA VILLA DE FAFILA, PRECEDIENDO PRIMERO DILIGENCIA. O PARA TOMAR A CENSO ESTA CANTIDAD SIN OBLIGACIÓN DE REDIMIRLOS.	LA MISMA.
11	MARQUÉS DE LA CONQUISTA	NO CONSTA.		OFRECE SERVIR EN PERSONA
12	CONDE DE VILLALBA	OFRECE SERVIR CON 14.262 REALES.		OFRECE SERVIR EN LA INFANTERÍA JUNTO CON SU HIJO Y 4 CRIADOS.
13	CONDE DE LUQUE	OFRECE LA LEVA DE LOS 2	SE LE AUTORIZA A VENDER, O	OFRECE SERVIR CON LOS 12

		OFICIALES Y 12 SOLDADOS.	DAR A CENSO, LA MITAD DE UNA DEHESA DE SU MAYORAZGO.	SOLDADOS. (SIN OFICIALES). AL FINAL SE COMPROMETE A SERVIR CON LA LEVA ENTERA.
14	CONDE DE CANTILLANA	OFRECE LA LEVA DE LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.	SE LE AUTORIZA POR 6 AÑOS A METER EN CANTILLANA Y VILLADERO VINO DE FUERA Y POR 2 AÑOS EN BRENES.	OFRECE SERVIR CON 16 SOLDADOS SENCILLOS. EN SEPTIEMBRE ESTÁN EN CATALUÑA.
15	CONDE DE PRIEGO	OFRECE SERVIR CON 1.500 DUCADOS.	SE LE AUTORIZA A IMPONER 2.000 DUCADOS A CENSO SOBRE SU MAYORAGO.	OFRECE SERVIR CON 2.000 DUCADOS.
16	MARQUÉS DE LA TORRE DE ESTEBAN HAMBRÁN	OFRECE SERVIR CON 22.963 REALES EN UN DEPÓSITO.		OFRECE SERVIR EN PERSONA, EN LA INFANTERÍA, CON 4 CRIADOS
17	MARQUÉS DE MALAGÓN	OFRECE SERVIR CON 2.000 O 4.000 DUCADOS, SEGÚN LAS MERCEDES QUE SE LE CONCEDAN. LA MAYOR ES CON LA CONDICIÓN DE DARLE FACULTAD PARA TOMAR 7.000 DUCADOS DE SU MAYORAZGO.	SE LE AUTORIZA A VENDER UNAS TIERRAS DE SU MAYORAZGO, Y SE LE SUSPENDE POR 8 AÑOS LA OBLIGACIÓN DE REDIMIR CENSOS.	OFRECE SERVIR CON LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.
18	MARQUÉS DE SAN VICENTE DEL BARCO	OFRECE SERVIR CON 2.000 DUCADOS.	SE LE CONCEDE FACULTAD PARA TOMAR 4.000 DUCADOS DE SU HACIENDA EMBARGADA.	OFRECE SERVIR CON LOS 2 OFICIALES Y LOS 12 SOLDADOS.
19	MARQUÉS DE JABALQUINTO	OFRECE LA LEVA DE LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS. DICE QUE EL REY LE DEBE 15.000 DUCADOS.	SE LE CONCEDE FACULTAD PARA IMPONER A CENSO SOBRE SU CASA 4.000 DUCADOS, Y SUSPENSIÓN POR 8 AÑOS DE LA OBLIGACIÓN DE REDIMIR CENSOS.	OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES). AL FINAL SE COMPROMETE A SERVIR CON LA LEVA ENTERA.

20	MARQUÉS DE VALENZUELA	OFRECE SERVIR CON 2.000 O 4.000 DUCADOS. DICE QUE SI SE LE HACEN LAS MERCEDES QUE TIENE PEDIDAS DOBLA LA OFERTA.	SE LE CONCEDE FACULTAD PARA IMPONER SOBRE SU CASA 4.000 DUCADOS, Y SUSPENSIÓN POR 4 AÑOS DE LA OBLIGACIÓN DE REDIMIR CENSOS.	OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES). AL FINAL SE COMPROMETE A SERVIR CON LA LEVA ENTERA.
21	MARQUÉS DE BEDMAR	OFRECE SERVIR CON 1.500 DUCADOS.		OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES)
22	MARQUÉS DE MALPICA	OFRECE SERVIR CON 2.500 O 4.000 DUCADOS. LA OFERTA MAYOR ES CON LA CONDICIÓN DE QUE SE LE DE LICENCIA PARA PERPETUA PARA ROMPER UNA DEHESA. Y LA MENOR SI ES POR 10 AÑOS.	SE LE AUTORIZA A IMPONER A CENSO SOBRE SU MAYORAZGO 4.000 DUCADOS DE PRINCIPAL, LICENCIA PARA ROMPER UNA DEHESA POR 10 AÑOS, Y SUSPENSIÓN POR 6 AÑOS DE LA OBLIGACIÓN DE REDIMIR CENSOS.	OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES). AL FINAL SE COMPROMETE A SERVIR CON LA LEVA ENTERA.
23	VIZCONDE DE VILLORIA	OFRECE SERVIR CON UN JURO DE 58.800 MRS. SOBRE PUERTOS SECOS.		OFRECE SERVIR CON 3.000 DUCADOS.
24	MARQUESA DE CERRALBO	OFRECE SERVIR CON 4.011 DUCADOS QUE DICE SE LE DEBEN.		SU HIJO EL MARQUÉS OFRECE SERVIR EN PERSONA, A PESAR DE SER HIJO DE FAMILIAS.
25	VIZCONDE DE TORRES CABRERA	OFRECE EL MONTANTE DE LA VENTA DE UNA VEINTICUATRÍA.	SE LE AUTORIZA A LA VENTA DE DICHA VEINTICUATRÍA.	OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES). AL FINAL SE COMPROMETE A SERVIR CON LA LEVA ENTERA.
26	CONDE DE LA ROCA (EMBAJADOR EN VENECIA)	NO RESPONDE.		SE EXCUSA POR SER EMBAJADOR EN VENECIA.
27	VIZCONDE DE CRECENTE (ESTE	NO RESPONDE.		

	TÍTULO ESTÁ EN MANOS DEL CONDE DE RIVADABIA)			
28	CONDE DE GRAJAL	NO RESPONDE.		SE EXCUSA PORQUE VA A SERVIR A FLANDES.
29	CONDE DE RIBADAVIA	NO RESPONDE.		OFRECE SERVIR CON LOS CRIADOS QUE PUEDA.
30	MARQUÉS DE BELMONTE	NO RESPONDE.		SIRVE CON 1.000 DUCADOS.
31	MARQUESA DEL VILLAR	NO RESPONDE.		NADA.
32	MARQUÉS DE VALDERÁBANO, CONDE DE MONTIJO	NO RESPONDE.		SE EXCUSA POR SERVIR CON UNA CORONELÍA.
33	MARQUÉS DE MONTEALEGRE	NO RESPONDE. NO TIENE MEDIOS.		OFRECE SERVIR CON LO QUE PUEDA, SALIENDO EL REY EN CAMPAÑA.
34	MARQUÉS DE MEDELLÍN	NO RESPONDE. NO TIENE MEDIOS.		OFRECE SERVIR CON 12 CRIADOS, SI SE LE CONCEDEN MEDIOS PARA ELLO.
35	MARQUÉS DE LA TORRE	NO RESPONDE.		OFRECE SERVIR CON LOS CRIADOS QUE PUEDA.
36	MARQUÉS DE CASARRUBIOS	PIDE QUE SE LE PAGUE LO QUE LE DEBE LA REAL HACIENDA PARA PODER SERVIR.		SIRVE CON UN JURO DE 200 DUCADOS SOBRE LAS ALCABALAS DE ALCÁZAR.
37	CONDE DE OÑATE	NO PROPONE MEDIOS EFECTIVOS		SE EXCUSA POR SERVIR CON UNA CORONELÍA.
38	MARQUÉS DE MORA	NO RESPONDE. NO TIENE MEDIOS.		OFRECE SERVIR CON SU PERSONA.
39	MARQUESA DE SALINAS DEL RÍO	SE EXCUSA POR		NADA.

	PISUERGA	SER MUJER.		
40	MARQUESA DE LA ALGABA	SE EXCUSA POR SER MUJER.		OFRECE SERVIR CON 4 SOLDADOS.
41	MARQUÉS DE LOS TRUJILLOS	NO CONSTA.		OFRECE SERVIR CON 6 SOLDADOS
42	MARQUÉS DE MONTEMAYOR (TIENE PLEITO DE ACREEDORES)	OFRECE 10 SOLDADOS.		LA MISMA
43	MARQUÉS DE CASTELLAR	NO CONSTA. BUSCA MEDIOS PARA SERVIR.		OFRECE SERVIR CON SU PERSONA Y LOS CRIADOS QUE PUEDA.
44	MARQUÉS DE LA MOTA	NO CONSTA. BUSCA MEDIOS PARA SERVIR		OFRECE SERVIR CON SU PERSONA
45	CONDE DE GONDOMAR	OFRECE SERVIR CON LO QUE PUEDA. SE EXCUSA POR SE MENOR DE EDAD.		OFRECE SERVIR CON EL PRODUCTO DE LA VENTA DE UN REGIMIENTO EN VALLADOLID.
46	CONDE DE VALVERDE	OFRECE SERVIR CON SU PERSONA A PESAR DE SER MENOR DE EDAD.		OFRECE SERVIR CON UN CRIADO.
47	CONDE DE PUÑONROSTRO (TIENE SU HACIENDA EN ADMINISTRACIÓN. EL REY SE HA APROPIADO DE 28.000 DUCADOS SUYOS Y SE LOS HA CANJEADO POR JUROS)	SE EXCUSA POR TENER COMPAÑÍA VIVA DE LAS GUARDAS DE CASTILLA.	SE LE AUTORIZA A VENDER UNAS CASAS DE SU MAYORAZGO VALORADAS EN 5.000 DUCADOS, Y SE LE CONCEDEN 6 AÑOS DE REDIMIR CENSOS.	OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES). SE LE CONMUTA POR SU EQUIVALENTE EN DINERO.
48	CONDE DE COLMENAR DE OREJA	OFRECE SERVIR A COSTA DE 50.000 DUCADOS QUE DICE LE DEBE LA REAL HACIENDA	SE LE CONCEDEN MEDIOS PARA PODER SERVIR, AUNQUE NO SE ESPECIFICAN.	OFRECE SERVIR CON LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.
49	MARQUÉS DE POVAR	OFRECE SERVIR EN PERSONA CON SUS CRIADOS.		OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES)
50	MARQUÉS DE LA	OFRECE SERVIR EN PERSONA CON		OFRECE SERVIR



	LISEDA	SUS CRIADOS.		CON 4 CRIADOS.
51	MARQUÉS DE JODAR	OFRECE SERVIR EN PERSONA CON SUS CRIADOS.	SE LE PERMITE TOMAR 4.000 DUCADOS DE SU HACIENDA EMBARGADA.	OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES)
52	MARQUÉS DE VILLANUEVA DEL ARISCAL	OFRECE SERVIR EN PERSONA CON SUS CRIADOS.		OFRECE SERVIR CON 8 O 10 CRIADOS.
53	MARQUÉS DE LADRADA	OFRECE SERVIR EN PERSONA CON SUS CRIADOS.		OFRECE SERVIR CON 4 CRIADOS.
54	MARQUÉS DE FROMISTA	OFRECE SERVIR EN PERSONA CON SUS CRIADOS.		OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES). AL FINAL SE COMPROMETE A SERVIR CON LA LEVA ENTERA.
55	MARQUÉS DE GUADALCAZAR	OFRECE SERVIR EN PERSONA CON SUS CRIADOS.		OFRECE SERVIR CON 24.297 REALES PROCEDENTES DE RÉDITOS DE JUROS Y SERVIR CON 2 CRIADOS.
56	MARQUÉS DE OROPESA	OFRECE SERVIR EN PERSONA CON SUS CRIADOS.		SE EXCUSA POR SER POBRE.
57	MARQUÉS DE LA ALAMEDA	OFRECE SERVIR EN PERSONA CON SUS CRIADOS.		OFRECE SERVIR CON 4 CRIADOS.
58	MARQUÉS DE VILLAFRANCA DE GAITÁN	OFRECE SERVIR EN PERSONA CON SUS CRIADOS.		LA MISMA. (AUNQUE NO ESPECIFICA EL NÚMERO)
59	MARQUÉS DE VILLANUEVA DE CARDEÑOSA	OFRECE SERVIR EN PERSONA CON SUS CRIADOS.		SE EXCUSA PORQUE ESTÁ SIRVIENDO EN LA ARMADA.
60	CONDE DE MONTALBÁN	OFRECE SERVIR EN PERSONA CON SUS CRIADOS.		LA MISMA. (AUNQUE NO ESPECIFICA EL NUMERO)
61	CONDE DE LA FUENTE DEL SAUCO	OFRECE SERVIR EN PERSONA CON SUS CRIADOS.		LA MISMA. (AUNQUE NO ESPECIFICA EL NÚMERO).

62	VIZCONDE DE LA CORZANA	OFRECE SERVIR EN PERSONA CON SUS CRIADOS.		OFRECE SERVIR CON SU PERSONA SIEMPRE Y CUANDO EL REY SALGA EN CAMPAÑA.
63	CONDE DE BRATENVILLA	OFRECE SERVIR EN PERSONA CON SUS CRIADOS PESE A ESTAR EXCUSADO.		LA MISMA
64	CONDE DE VILAFRANQUEZA	OFRECE SERVIR CON SU PERSONA Y 4 CRIADOS.	SE LE AUTORIZA A IMPONER A CENSO, SOBRE SU CASA DE 3.000 DUCADOS DE PRINCIPAL, SIN OBLIGACIÓN DE REDIMIRLOS.	NO CONSTA.

**Fuente:** Elaboración propia a partir de: AGS, GA, Legs. 1120-1121, 1123 y AHN., Estado, Leg. 6405 (2).

Las nuevas medidas no se tradujeron en una mejora sustancial de los resultados obtenidos. A mediados de noviembre, el secretario Bernardo González informó de que 22 nobles se habían comprometido a servir de alguna manera, mientras que de los otros 42 no se había logrado ajustar nada efectivo<sup>701</sup>. El Conde Duque no se mostró satisfecho con estos logros y propuso incrementar la presión sobre la comisión encargada de la puesta en marcha de este proyecto<sup>702</sup>.

Unos días después, conforme en una respuesta de este burócrata a un papel del secretario Juan Navarro, encontramos datos muy reveladores sobre la contribución de los nobles que cumplieron con los designios reales. De ellos, 13 estaban preparados para servir en persona acompañados de un número variable de criados; otros 9 lo harían ellos mismos; 8 se disponían a aprestar una cantidad irregular de dinero para conmutar su obligación; y finalmente, 11 trataron de liberarse de ella, bien por su imposibilidad para

<sup>701</sup> *Carta del secretario Bernardo González sobre lo dispuesto con las 64 compañías de caballos.* Madrid, 12-11-1635. AGS, GA, Leg. 1121.

<sup>702</sup> *Consulta de la junta de la Ejecución de las prevenciones del Ejército, representando el estado que tienen las que están cometidas a diferentes comisiones, y lo que conviene ganar tiempo en ellas.* Madrid, 23-12-1635. AGS, GA, Leg. 1121.

hacerlo, bien servir a la Corona en otras peticiones<sup>703</sup>. En cuanto a los nobles que, en teoría, habían mostrado una mejor disposición a cumplir con las demandas reales, los datos facilitados no permiten ser muy optimistas, ya que a 12 de ellos se les envió un ejecutor para que cumplieran con su compromiso<sup>704</sup>. Este hecho habla bien a las claras de las dificultades que se estaba encontrando la administración real para que los aristócratas designados, a pesar de las ventajosas condiciones que se les habían dispensado, cumplieran con su deber.

La Corona no se dio por vencida y continuó trabajando para mejorar los logros obtenidos durante el año 1635. Una de las primeras actuaciones en esa dirección, fue autorizar al marqués de Povar a que impusiera un censo, sobre los bienes y rentas de su casa, de 4.000 ducados de principal, con los cuales acudir al servicio que Felipe IV le solicitaba<sup>705</sup>. En este caso, como tendremos ocasión de comprobar más adelante, la generosidad real dio sus frutos, pues este aristócrata fue uno de los que cumplió con su obligación y entregó los hombres asignados.

Pero no fueron los únicos que se beneficiaron de ella, pues durante el periodo comprendido entre abril y octubre de 1636 la Corona se ganó el apoyo de otro 6 nobles, si bien a cambio de importantes prebendas: el marqués del Valle y los condes de Molina, Frigilana, Castellar, Colmenar y Villalba. En cuanto a los medios concedidos, al conde de Frigilana<sup>706</sup> y al marqués del Valle<sup>707</sup>, se les dio permiso para tomar a censo 4.000 ducados “sobre sus bienes y rentas, sin obligación de redimirse”. En el caso del conde de Molina, se le permitió financiar su contribución con cargo a un censo de 250 ducados de renta, vinculado a uno de sus mayorazgos, sito en Noves (Toledo), del cual se le entregarían los 2.868 escudos, “que es el presupuesto de la costa de su leva”<sup>708</sup>. Esta concesión implicaba derogar, con la connivencia de la Corona, que no olvidemos era la garante de la institución del mayorazgo, todas las cláusulas que impedían la realización de tales prácticas, por las lesivas consecuencias que acarreaban.

---

<sup>703</sup> *Respuesta del secretario Bernardo González a un papel del secretario Juan Navarro de 29 de diciembre*. Madrid, 30-12-1635. AGS, GA, Leg. 1123.

<sup>704</sup> *Ibidem*.

<sup>705</sup> *Carta del secretario Bernardo González al secretario D. Sebastián de Contreras sobre los medios concedidos al marqués de Povar para su leva*. Madrid, 1-1-1636. AHN, Estado, Leg. 6405(2), nº 63.

<sup>706</sup> *Carta del secretario Bernardo González al secretario D. Sebastián de Contreras para que se despache al conde de Frigilana, uno de los 64 capitanes que S.M. tiene nombrados, facultad para imponer 4.000 ducados de principal para los gastos de su leva*. Madrid, 2-4-1636. AHN, Estado, Leg. 6405(2), nº 50.

<sup>707</sup> *Carta del secretario Bernardo González al secretario D. Antonio de Alosa sobre los medios concedidos al marqués de Valle y Palacios para la leva de su caballería*. Madrid, 17-7-1636. AHN, Estado, Leg. 6405(2).

<sup>708</sup> *Carta del secretario Bernardo González al secretario D. Antonio de Alosa sobre los medios concedidos al conde de Molina para su leva*. Madrid, 10-7-1636. AHN., Estado, Leg. 6405(2).

En cuanto a los condes Castellar y Colmenar, la Corona no se mostró menos desprendida, pues accedió a que se les suspendieran, por 6 años, la obligación de redimir los censos impuestos sobre sus mayorazgos<sup>709</sup>. Pero con el segundo de ellos, las condiciones fueron aún más ventajosas, ya que se prorrogaron a la villa de Colmenar de Oreja (la cual daba nombre a su título) también por 6 años, unos arbitrios de los que ya gozaba<sup>710</sup>. Finalmente, el conde de Villalba tampoco se podía quejar de la munificencia mostrada por Felipe IV, ya que se le concedieron hasta tres mercedes: permiso para imponer a censo sobre su mayorazgo 4.000 ducados, autorización para vender unos censos en una cantidad máxima de 2.500 reales, y suspensión de la obligación de redimir censos durante 6 años<sup>711</sup>.

Por si esto no fuera suficiente, la Corona se empeñó de tal manera en la buena marcha del proyecto que incluso llegó a poner parte del aparato estatal en manos nobiliarias. Esa es la impresión que se desprende de lo acontecido con el marqués de Valenzuela, a quien también se autorizó a imponer un censo de 4.000 ducados de principal, con cargo a su mayorazgo, con los cuales costeó los 2.868 escudos en que estaba tasada la leva. Pero el hecho al que nos referimos tuvo lugar cuando, a través de la secretaría de la Cámara de Castilla, se comisionó a uno de sus funcionarios (el licenciado Robles de la Puerta) para que gestionara el cobro de una deuda de 2.000 ducados que D. Alonso de Herrera, un particular, tenía con Valenzuela, “dándole permisión para que los pueda cobrar por maravedís y haber de S.M.”<sup>712</sup>. Es decir, a pesar de la carga de trabajo que soportaba la burocracia real, no tuvo ningún reparo en servir los intereses particulares de un individuo, por muy privilegiado que fuera, si ello suponía un beneficio para la Corona.

#### **CUADRO 6. EVOLUCIÓN DE LAS OFERTAS DE LOS NOBLES DE LAS 64 COMPAÑÍAS DE CABALLOS (noviembre 1635-diciembre 1636).**

---

<sup>709</sup> *Carta del secretario Bernardo González al secretario D. Sebastián de Contreras, en la que informa que al conde de Castellar se le ha concedido la suspensión por seis años de la obligación que tiene de redimir censos impuestos sobre su casa y mayorazgo, para que pueda acudir a la leva de su caballería.* Madrid, 12-8-1636. AHN, Estado, Leg. 6405(2).

<sup>710</sup> “(.....) arrendar los espartos que hay en la villa de Colmenar de Oreja; arrendar la yerba del Monte Pinar de dicha villa; hacer dehesa cerrada el valle de Valsalido, y arrendar la yerba de el; arrendar para sembrar los ejidos y veredas de Palomar, Castellanos y Alamedilla.” *Carta del secretario Bernardo González al secretario D. Antonio de Alosa sobre los medios concedidos al conde de Colmenar para la leva de su caballería.* Madrid, 12-8-1636. AHN, Estado, Leg. 6405(2), nº 47.

<sup>711</sup> *Carta del secretario Bernardo González al secretario D. Antonio de Alosa sobre los medios concedidos al conde de Colmenar para la leva de su caballería.* Madrid, 12-8-1636. AHN., Estado, Leg. 6405(2).

<sup>712</sup> *Carta del secretario Bernardo González al secretario D. Antonio de Alosa sobre la leva del marqués de Valenzuela.* Madrid, 24-8-1636. AHN, Estado, Leg. 6405(2), nº 53.

<b>NÚMERO</b>	<b>NOBLE</b>	<b>OFERTA POSTERIOR. (2)</b>	<b>MERCEDES CONCEDIDAS 2.</b>	<b>OFERTA 3.</b>
<b>1</b>	MARQUÉS DE AGUILAFUENTE	OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES)	SE LE CONCEDE FACULTAD PARA IMPONER A CENSO SOBRE SU CASA 4.000 DUCADOS.	OFRECE SERVIR CON LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.
<b>2</b>	MARQUÉS DE MONASTERIO	OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES)		OFRECE SERVIR CON LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.
<b>3</b>	MARQUÉS DE VILLAMANRIQUE	OFRECE LA LEVA LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS	SE LE CONCEDE FACULTAD PARA IMPONER A CENSO SOBRE SU CASA 4.000 DUCADOS.	LA MISMA.
<b>4</b>	MARQUÉS DEL VALLE DE OAXACA (TAMBIÉN ES MARQUÉS DE PALACIOS)	OFRECE SERVIR CON 8 O 10 CRIADOS.	SE LE CONCEDE FACULTAD PARA IMPONER 4.000 DUCADOS (2.000 EN CADA CASA) A CENSO A FAVOR DE LA REAL HACIENDA.	LA MISMA.
<b>5</b>	DUQUE DE CIUDAD REAL, MARQUÉS DE ARAMAYONA	OFRECE IR SIRVIENDO EN PERSONA.		LA MISMA
<b>6</b>	MARQUÉS DE LAS NAVAS	OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES)	SE LE CONCEDE FACULTAD PARA TOMAR DE SU HACIENDA EMBARGADA 4.000 DUCADOS.	OFRECE SERVIR CON LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.
<b>7</b>	CONDE DE MOLINA DE HERRERA	OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES)	EN JULIO SE LE CONCEDE AUTORIZACIÓN PARA QUE DEL PRINCIPAL DE UN CENSO DE 250 DUCADOS, SE LE ENTREGUEN LOS 2.868 ESCUDOS QUE CUESTA LA LEVA.	OFRECE SERVIR CON LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.
<b>8</b>	CONDE DE LA MONCLOVA	OFRECE 3.000 DUCADOS PROCEDENTES DE RÉDITOS DE JUROS.		LA MISMA.
<b>9</b>	CONDE DE FRIGILANA	OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN	NO SE HAN AJUSTADO MEDIOS CON ÉL.	LA MISMA

		OFICIALES).	PERO EN ABRIL DE 1636 SE LE CONCEDE FACULTAD PARA IMPONER, SOBRE LAS RENTAS DE SU CASA, UN CENSO DE 4.000 DUCADOS DE PRINCIPAL, SIN OBLIGACIÓN DE REDIMIRLOS.	
10	MARQUÉS DE TAVARA	OFRECE LA LEVA DE LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.	SE LE AUTORIZA A VENDER LA VILLA DE FAFILA, PRECEDIENDO PRIMERO DILIGENCIA. O PARA TOMAR A CENSO ESTA CANTIDAD SIN OBLIGACIÓN DE REDIMIRLOS. EN ABRIL DE 1636, ADEMÁS, SE LE CONCEDIÓ FACULTAD PARA IMPONER, SOBRE LAS RENTAS DE SU CASA, UN CENSO DE 400 DUCADOS DE PRINCIPAL, “QUE DICE LE DA UN VASALLO SUYO”, SIN OBLIGACIÓN DE REDIMIRLOS.	LA MISMA.
11	MARQUÉS DE LA CONQUISTA	OFRECE SERVIR EN PERSONA.		LA MISMA.
12	CONDE DE VILLALBA	OFRECE SERVIR EN LA INFANTERÍA JUNTO CON SU HIJO Y 4 CRIADOS.	SE LE AUTORIZA A IMPONER A CENSO, SOBRE SU MAYORAZGO, 4.000 DUCADOS DE PRINCIPAL, VENDER HASTA 2.500 REALES DE RENTA EN CENSOS. Y SE LE SUSPENDE, POR 6 AÑOS, LA OBLIGACIÓN QUE TIENE DE REDIMIR CENSOS. EN OCTUBRE DE 1636 SE LE DESPACHÓ FACULTAD PAR AIMPONER UN CENSO DE 9.000	LA MISMA. AL FINAL SE COMPROMETE A PAGAR LOS 2.868 ESCUDOS EN QUE ESTÁ VALORADA LA LEVA.

			DUCADOS DE PRICIPAL: 5.000 PARA “REDIMIR OTROS TANTOS IMPUESTOS SOBRE SU CASA CON FACULTAD REAL”, Y LOS 4.000 RESTANTES PARA EL PAGO DE LA LEVA.	
13	CONDE DE LUQUE	OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES)	SE LE AUTORIZA A VENDER, O DAR A CENSO, LA MITAD DE UNA DEHESA DE SU MAYORAZGO.	OFRECE SERVIR CON LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.
14	CONDE DE CANTILLANA	OFRECE SERVIR CON 16 SOLDADOS SENCILLOS. EN SEPTIEMBRE ESTÁN EN CATALUÑA.	SE LE AUTORIZA POR 6 AÑOS A METER EN CANTILLANA Y VILLVERDE VINO DE FUERA Y POR 2 AÑOS EN BRENES.	LA MISMA.
15	CONDE DE PRIEGO	OFRECE SERVIR CON 2.000 DUCADOS. AUNQUE PARECE QUE EN PRIMER LUGAR ACEPTÓ LA LEVA ENTERA, PERO LOS MEDIOS CONCEDIDOS PARA ELLO NO FUERON SUFICIENTES.	SE LE AUTORIZA A IMPONER 2.000 DUCADOS A CENSO SOBRE SU MAYORAGO	LA MISMA.
16	MARQUÉS DE LA TORRE DE ESTEBAN HAMBRÁN	OFRECE SERVIR CON 4 CRIADOS PARA LA INFANTERÍA. Y ÉL, CON SU PERSONA, DONDE SE LE ORDENE.		LA MISMA
17	MARQUÉS DE MALAGÓN	OFRECE SERVIR CON LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.	SE LE AUTORIZA A VENDER UNAS TIERRAS DE SU MAYORAZGO. A PESAR DE QUE SU HERMANA, LA MARQUESA DE LA PUEBLA, MANIFESTÓ QUE LA VENTA ERA CONTRARIA A SUS INTERESES, SE AUTORIZÓ LA VENTA.	LA MISMA.

18	MARQUÉS DE SAN VICENTE DEL BARCO	OFRECE SERVIR CON LOS 2 OFICIALES Y LOS 12 SOLDADOS.	SE LE CONCEDE FACULTAD PARA TOMAR 4.000 DUCADOS DE SU HACIENDA EMBARGADA.	LA MISMA.
19	MARQUÉS DE JABALQUINTO	OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES)	SE LE CONCEDE FACULTAD PARA IMPONER A CENSO SOBRE SU CASA 4.000 DUCADOS.	OFRECE SERVIR CON LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.
20	MARQUÉS DE VALENZUELA	OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES)	SE LE CONCEDE FACULTAD PARA IMPONER SOBRE SU CASA 4.000 DUCADOS.	OFRECE SERVIR CON LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.
21	MARQUÉS DE BEDMAR	OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES)	NO SE HAN AJUSTADO MEDIOS CON ÉL.	LA MISMA.
22	MARQUÉS DE MALPICA	OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES)	SE LE AUTORIZA A IMPONER A CENSO SOBRE SU MAYORAZGO 4.000 DUCADOS DE PRINCIPAL, A FAVOR DE LA REAL HACIENDA.	OFRECE SERVIR CON LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.
23	VIZCONDE DE VILLORIA	OFRECE SERVIR CON 3.000 DUCADOS.		LA MISMA (A FINALES DE DICIEMBRE YA HABÍA HECHO EFECTIVA SU CONTRIBUCIÓN).
24	MARQUESA DE CERRALBO	SU HIJO EL MARQUÉS OFRECE SERVIR EN PERSONA, A PESAR DE SER HIJO DE FAMILIAS.		LA MISMA.
25	VIZCONDE DE TORRES CABRERA	OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES)	SE LE AUTORIZA A LA VENTA DE UNA VEINTICUATRÍA EN CÓRDOBA (A PESAR DE QUE ESTA VENTA TENDRÍA CONVENIENTES, SE REMITIÓ NOTIFICACIÓN AL CORREGIDOR DE CÓRDOBA PARA QUE LA AUTORIZARA.	OFRECE SERVIR CON LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.
26	CONDE DE LA ROCA	SE EXCUSA POR SER EMBAJADOR EN VENECIA.		LA MISMA.



27	VIZCONDE DE CRECENTE	NO RESPONDE.		LA MISMA.
28	CONDE DE GRAJAL	SE EXCUSA PORQUE VA A SERVIR A FLANDES.		LA MISMA.
29	CONDE DE RIBADAVIA	OFRECE SERVIR CON LOS CRIADOS QUE PUEDA.		LA MISMA.
30	MARQUÉS DE BELMONTE	SIRVE CON 1.000 DUCADOS.		LA MISMA.
31	MARQUESA DEL VILLAR	NADA.		LA MISMA.
32	MARQUÉS DE VALDERÁBANO, CONDE DE MONTIJO	SE EXCUSA POR SERVIR CON UNA CORONELÍA.		LA MISMA.
33	MARQUÉS DE MONTEALEGRE	OFRECE SERVIR CON LO QUE PUEDA, SALIENDO EL REY EN CAMPAÑA.		LA MISMA.
34	MARQUÉS DE MEDELLÍN	OFRECE SERVIR CON 12 CRIADOS, SI SE LE CONCEDEN MEDIOS PARA ELLO.		LA MISMA.
35	MARQUÉS DE LA TORRE	OFRECE SERVIR CON LOS CRIADOS QUE PUEDA.		LA MISMA.
36	MARQUÉS DE CASARRUBIOS	SIRVE CON UN JURO DE 200 DUCADOS SOBRE LAS ALCABALAS DE ALCARAZ		LA MISMA.
37	CONDE DE OÑATE	SE EXCUSA POR SERVIR CON UNA CORONELÍA.		LA MISMA.
38	MARQUÉS DE MORA	NO RESPONDE. NO TIENE MEDIOS.		
39	MARQUESA DE SALINAS DEL RÍO PISUERGA	NADA.		LA MISMA.
40	MARQUESA DE LA ALGABA	OFRECE SERVIR CON 4 SOLDADOS (SU OFERTA NO FUE ACEPTADA).		LA MISMA.
41	MARQUÉS DE LOS TRUJILLOS	OFRECE SERVIR CON 6 SOLDADOS (SU OFERTA NO FUE ACEPTADA).		LA MISMA.
42	MARQUÉS DE MONTEMAYOR	OFRECE SERVIR CON 10 SOLDADOS.		LA MISMA.
43	MARQUÉS DE CASTELLAR	OFRECE SERVIR CON SU PERSONA Y LOS CRIADOS	SE LE SUSPENDE POR 6 AÑOS LA OBLIGACIÓN DE	LA MISMA. AL FINAL SE COMPROMETE A

		QUE PUEDA.	REDIMIR LOS CENSOS IMPUESTOS A SU MAYORAZGO.	PAGAR LOS 2.868 ESCUDOS EN QUE ESTÁ VALORADA LA LEVA.
44	MARQUÉS DE LA MOTA	OFRECE SERVIR CON SU PERSONA		LA MISMA.
45	CONDE DE GONDOMAR	OFRECE SERVIR CON EL PRODUCTO DE LA VENTA DE UN REGIMIENTO EN VALLADOLID.		LA MISMA.
46	CONDE DE VALVERDE	OFRECE SERVIR CON UN CRIADO.		LA MISMA.
47	CONDE DE PUÑONROSTRO	OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES).	SE LE AUTORIZA A VENDER UNAS CASAS DE SU MAYORAZGO VALORADAS EN 5.000 DUCADOS.	SIRVE CON LOS 2.868 ESCUDOS EN QUE ESTÁ TASADA LA LEVA COMPLETA. (A FINALES DE DICIEMBRE YA HABÍA PAGADO).
48	CONDE DE COLMENAR DE OREJA	OFRECE SERVIR CON LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS	OFERTA CONDICIONADA A LA CONCESIÓN DE MEDIOS PARA PODER SERVIR (VID. PAGINAS ANTERIORES).	LA MISMA.
49	MARQUÉS DE POVAR	OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES)	SE LE PERMITE TOMAR 4.000 DUCADOS DE SU HACIENDA EMBARGADA.	LA MISMA.
50	MARQUÉS DE LA LISEDA	OFRECE SERVIR CON 4 CRIADOS.		LA MISMA.
51	MARQUÉS DE JODAR	OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES)	SE LE PERMITE TOMAR 4.000 DUCADOS DE SU HACIENDA EMBARGADA. EN ENERO DE 1636 SE LE CONMUTÓ POR LA FACULTAD PARA IMPONER SOBRE LOS BIENES Y RENTAS DE LA CASA DE POVAR, UN CENSO DE 4.000 DUCADOS DE PRINCIPAL.	LA MISMA.
52	MARQUÉS DE VILLANUEVA DEL ARISCAL	OFRECE SERVIR CON 8 O 10 CRIADOS.		LA MISMA.
53	MARQUÉS DE LADRADA	OFRECE SERVIR EN PERSONA CON		OFRECE SERVIR CON 4 CRIADOS.

		SUS CRIADOS.		
54	MARQUÉS DE FROMISTA	OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES)	SE LE PERMITE TOMAR 4.000 DUCADOS DE SU HACIENDA EMBARGADA.	LA MISMA.
55	MARQUÉS DE GUADALCAZAR	OFRECE SERVIR CON 24.297 REALES PROCEDENTES DE RÉDITOS DE JUROS Y SERVIR CON 2 CRIADOS.		LA MISMA.
56	MARQUÉS DE OROPESA	SE EXCUSA POR SER POBRE.		LA MISMA.
57	MARQUÉS DE LA ALAMEDA	OFRECE SERVIR CON 4 CRIADOS.		LA MISMA.
58	MARQUÉS DE VILLAFRANCA DE GAITÁN	OFRECE SERVIR EN PERSONA CON SUS CRIADOS.		LA MISMA. (AUNQUE NO ESPECIFICA EL NÚMERO)
59	MARQUÉS DE VILLANUEVA DE CARDEÑOSA	SE EXCUSA PORQUE ESTÁ SIRVIENDO EN LA ARMADA.		LA MISMA.
60	CONDE DE MONTALBÁN	OFRECE SERVIR EN PERSONA CON SUS CRIADOS.		LA MISMA. (AUNQUE NO ESPECIFICA EL NUMERO)
61	CONDE DE LA FUENTE DEL SAUCO	OFRECE SERVIR EN PERSONA CON SUS CRIADOS. (AUNQUE NO ESPECIFICA EL NÚMERO)		LA MISMA.
62	VIZCONDE DE LA CORZANA	OFRECE SERVIR CON SU PERSONA SIEMPRE Y CUANDO EL REY SALGA EN CAMPAÑA		LA MISMA.
63	CONDE DE BRATENVILLA	OFRECE SERVIR EN PERSONA CON SUS CRIADOS PESE A ESTAR EXCUSADO.		LA MISMA.
64	CONDE DE VILLAFRANQUEZA	OFRECE SERVIR CON SU PERSONA Y 4 CRIADOS.	SE LE AUTORIZA A IMPONER A CENSO, SOBRE SU CASA, 3.000 DUCADOS DE PRINCIPAL, SIN OBLIGACIÓN DE REDIMIRLOS.	NO CONSTA.

**Fuente:** Elaboración propia a partir de: AGS, GA, Legs. 1120-1121, 1123 y AHN, Estado, Leg. 6405 (2).

Según los datos recogidos en el cuadro 6, el número de aristócratas a quienes se concedieron mercedes para acudir al servicio pasó de 17 a 24 (32'5%). Sin embargo, no podemos ignorar que otros nobles fueron incapaces de hacer frente a sus obligaciones, y el monarca se vio obligado a autorizar la suspensión de sus deudas, ya que en algunos casos los medios concedidos se revelaron incobrables, y se hizo necesario buscar nuevas fuentes de financiación con cargo a las economías nobiliarias. Según una relación de abril de ese mismo año, hasta 12 “capitanes de caballos” se encontraban en esta situación y adeudaban a la Corona, por el mencionado servicio, unos 23.400 ducados<sup>713</sup>. Además, existían serias dudas sobre la posibilidad de poder obtener algo de 16 de ellos (la cuarta parte) que, por diversos motivos (aunque el más común fue la imposibilidad de allegar fondos para el servicio) habían sido declarados exentos<sup>714</sup>. Estas dos situaciones hacían presagiar un destino poco prometedor al designio de las “64 compañías de caballos”, ya que casi la mitad de los escogidos no podrían cumplir con su deber.

Asimismo, en marzo de 1637 todavía no se habían hecho efectivas las contribuciones de 15 nobles que se habían comprometido a cumplir, bien con el dinero en el que se había regulado el servicio de “las compañías de caballos”, bien con los hombres estipulados o, en último lugar, con una cantidad en metálico menor de la acordada. Esto se debía a varios motivos: en primer lugar, algunos (marqueses de Malpica y del Valle) no habían entregado el censo de 4.000 ducados que se habían comprometido a fundar, a favor de la Real Hacienda<sup>715</sup>; otros no habían entregado certificación de haber depositado la suma en que se estipuló su contribución (marqués de Tavera), o los soldados equivalentes (marqués de las Navas). Finalmente, se constatan algunos casos (marqueses de Jabalquinto, Guadalcazar, Montemayor,

---

<sup>713</sup> *Relación de algunos capitanes de caballos que deben cantidades señaladas, y su cobranza está suspendida, por orden de S.M., hasta que propongan y se les den medios de que poder pagar, conforme a lo resuelto, por consulta de 6 de abril de 1636.* AHN, Consejos, Leg. 7135.

<sup>714</sup> *Relación de algunos capitanes de caballos excusados de la leva de caballería, en conformidad de consultas de juntas particulares.* Sin fecha. Abril 1636. AHN, Consejos, Leg. 7135.

<sup>715</sup> Respecto a esta modalidad de contribución, existía un innegable deseo por parte de las cabezas rectoras de la Monarquía Hispánica, de que estas partidas fueran dedicadas, en exclusividad, a gastos militares. En este sentido, hemos constatado cómo en el caso de estos dos aristócratas, los censos fundados a favor de la Real Hacienda, se entregaban a Manuel López Pereira, contador del ejército, para emplearlos en la financiación de la guerra. *Consulta de la junta del conde de la Puebla, en la que da cuenta de lo que está ejecutado de las diligencias que se van haciendo, y de lo que está suspendido, por órdenes de V.M.* Madrid, 10-5-1637. AHN, Consejos, Leg. 7135.

Villafranca, o conde de Medellín, entre otros) en los que no se ha abonado ni un solo maravedí, circunstancia que motivó el envío de ejecutores contra ellos<sup>716</sup>.

Con todo, la presión ejercida sobre ellos se intensificó durante los dos meses siguientes, pues a finales de abril, el secretario D. Fernando Ruiz de Contreras, que ejercía tal empleo en la “Junta de la Ejecución del Ejército”, exhortó al conde de la Puebla a que acelerara los trámites para que “los capitanes de caballos acaben de cumplir enteramente con la paga de lo que deben y les toca pagar.”<sup>717</sup> Además, gracias a este testimonio hemos podido conocer un hecho que, hasta ese momento permanecía ignoto: la inclusión, en algún momento comprendido entre junio-diciembre de 1636, por mediación de la “Junta del Donativo”<sup>718</sup>, de dos nuevos individuos a los 64 anteriormente designados, el marqués de Miranda y D. Alonso Mejía de Prado<sup>719</sup>, vecino de Mérida<sup>720</sup>. Según nuestro criterio, esto demuestra bien a las claras la evolución del servicio de “las 64 compañías de caballos”, cuyo punto de partida era una posición caracterizada por el deseo del monarca de que, bajo ningún concepto se sirviera con dinero, hasta llegar al momento actual, donde se da por buena cualquier forma de contribución, siempre y cuando estuviera dentro de unos límites razonables, mucho más próxima al concepto de donativo<sup>721</sup>.

---

<sup>716</sup> *Memoria de los expedientes que se han de despachar, y diligencias que se han de hacer por mano del sr. Francisco de Alarcón, conforme a lo acordado por la junta en 2 de marzo de 1637.* Sin fecha. Marzo 1637. AHN, Consejos, Leg. 7135.

<sup>717</sup> *Consulta de la junta del conde de la Puebla.....* 10-5-1637.

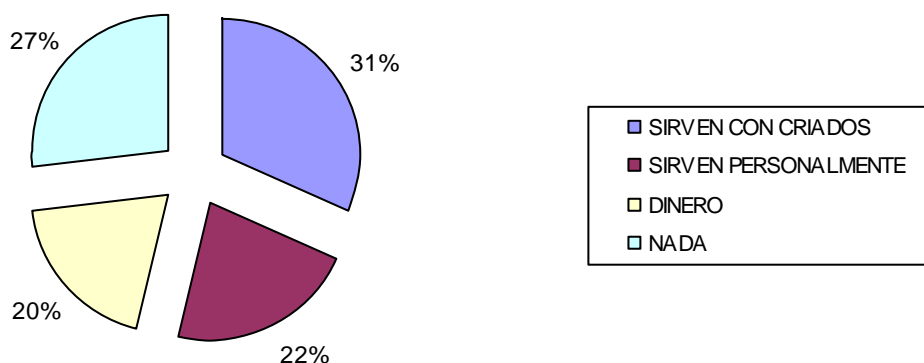
<sup>718</sup> Según Baltar Rodríguez, esta entidad administrativa surgiría en agosto de 1635, encargada de gestionar y administrar el cuarto de los diez donativos que Felipe IV solicitó durante su reinado. En general, estaban formadas por un número variable de consejeros y de funcionarios, entre los que destacaban el secretario y el contador. Teóricamente continuaban en el ejercicio de sus funciones hasta haber conseguido cobrar el monto del donativo, aunque lo habitual era que no se pudiera ingresar la totalidad del servicio. BALTAR RODRÍGUEZ, J.F.: *Op. cit.* pp. 282-287.

<sup>719</sup> Con el objetivo de que pudiera cumplir eficazmente con su obligación, se le autorizó a imponer un censo de 4.000 ducados de principal sobre su mayorazgo y, además, se le suspendió, durante 4 años, la obligación que tenía de redimir censos. *Carta del secretario Bernardo González al secretario D. Alonso Mejía de Prado para levantar una de las compañías de caballos.* Madrid, 2-12-1636. AHN, Estado, Leg. 6405(2), nº 57.

<sup>720</sup> *Consulta de la junta del conde de la Puebla.....* 10-5-1637.

<sup>721</sup> DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: *Política y hacienda de Felipe IV.* Madrid, 1960. pp. 297-304.

**GRÁFICO 3. FORMA EN LA QUE SE ESTÁN DISPUESTOS A SERVIR LOS NOBLES QUE NO ACEPTARON LA LEVA DE LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS, O SU VALOR EN DINERO.**



**Fuente:** Elaboración propia a partir de AGS, GA, Leg. 1123.

De acuerdo con los datos aportados por el conde de la Puebla, los 66 “capitanes de caballos”, se pueden agrupar en 5 categorías<sup>722</sup>:

- 1. Los que han pagado totalmente los 2.868 escudos en que estaba valorada la leva, cuyo número ascendía a 16 (24%).
- 2. Los que sirvieron con “caballería efectiva”, 4 (6%).
- 3. Quienes han abonado parte de la suma en la que conmutó el servicio, quedando pendiente de cobro el resto, 18 (27%).
- 4. Aquellos a quien, a pesar de haberse reducido a dinero su aportación, se ha suspendido el cobro porque no tienen medio efectivo con el que acudir al requerimiento del rey, 9 (14%)<sup>723</sup>.
- 5. Los que han sido relevados de la contribución, 19 (29%).

Conforme estos datos, la Corona había obtenido, bien de una manera bien de otra, la contribución de 38 (el 57%) de los 66 nobles designados; si bien sólo 20 de ellos (el 30%) entregaron la totalidad del servicio. Por el contrario, la Corona fue incapaz de

<sup>722</sup> Consulta de la junta del conde de la Puebla..... 10-5-1637.

<sup>723</sup> Respecto a este grupo, “la junta de los 64 capitanes de caballos” se ve en la obligación de recordar al monarca que ninguno de ellos ha propuesto ningún medio para el cumplimiento del servicio. Para evitar que estos aristócratas eludan cumplir con su deber, se recomienda proceder al cobro de la cantidad designada, por la fuerza, conforme a la situación económica de cada uno, según el informe enviado por los ejecutores enviados a tal efecto; “pues siendo cierto que, si no es por este medio, no llegará el caso de la proposición de medios para pagar la cantidad que a cada uno le toca.” *Ibídem*.

obtener algo de 28 (el 43%), a los cuales era muy probable que se les unieran otros 19 (el 29% del total).

Al tiempo que se conocían estos datos, desde las más altas instancias de la Monarquía Hispánica se decidió que, para obtener una colaboración masiva de los súbditos en general, y del segundo estado en particular, a las cargas exigidas por la guerra, había que predicar con el ejemplo. Según nuestro criterio, esta es la motivación principal que movió tanto al príncipe Baltasar Carlos (que a la sazón tenía 5 años de edad) como al Conde Duque, a levantar sendas compañías de caballos<sup>724</sup>.

Con todo, la Corona, conforme el criterio de la “Junta de la Defensa”, promulgó nuevas disposiciones, cuyo objetivo último era agilizar y poner fin a esta contribución nobiliaria. Para ello se propusieron tres medidas, algunas de las cuales ya habían sido empleadas durante los años anteriores: en primer lugar, encargar al conde de la Puebla una relación de los aristócratas que se encontraran en la Corte y, al mismo tiempo, que escribiera a quienes residieran fuera de Madrid, para que en el plazo “improrrogable” de 8 días acreditaran haber cumplido<sup>725</sup>.

En segundo lugar, autorizar la entrega de la suma en que se había tasado la leva, para que fuera realizada la Corona, a todos aquellos capitanes que optaran por esta modalidad de servicio. En este sentido, se recomendó encargar el reclutamiento al marqués de Castrofuerte, hombre de confianza del Conde Duque que, entre otros cargos, ostentaba el de veedor general de las Guardas de Castilla, y era miembro de la “Junta de Defensa”<sup>726</sup>.

La asunción de estas disposiciones confirmaría el cambio producido en la naturaleza de esta exacción. Al mismo tiempo vendría a cuestionar la capacidad reclutadora de la mayor parte de los aristócratas designados. Sin embargo, no debemos caer en generalizaciones pues, en general, pertenecían a los cuadros medios-bajos del estamento privilegiado, los cuales tenían muchas menos posibilidades de extender sus redes clientelares en beneficio de la Corona, y podrían contribuir mejor al esfuerzo bélico común mediante una suma en metálico. En último lugar, si se demostraba que los arbitrios otorgados para hacer frente a este servicio no habían producido los frutos

---

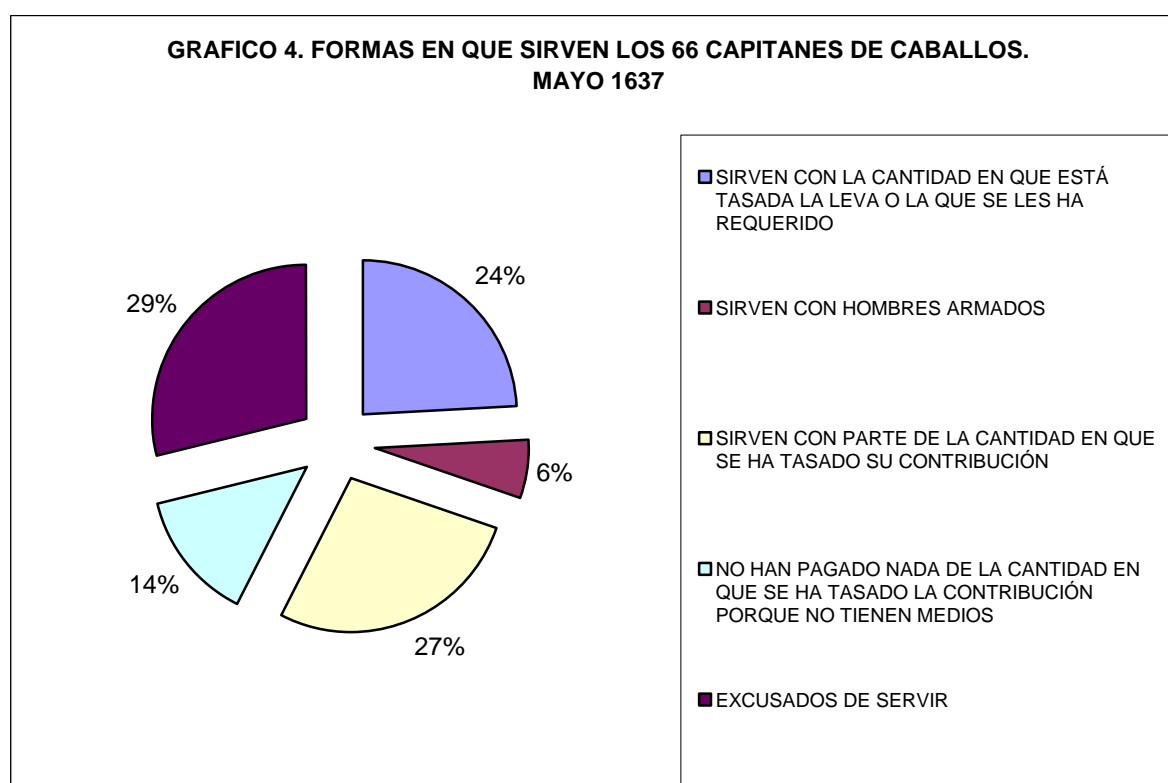
<sup>724</sup> *Carta del padre Sebastián González al padre Rafael Pereira*. Madrid, 25-5-1637. MHE, Tomo XIV. Madrid, 1862. p. 130.

<sup>725</sup> *Consulta de la junta de la Defensa de estos Reinos sobre la forma en que parece se administren los efectos con que sirvieren los 64 capitanes de caballos para las levadas que les estaban encomendadas*. Madrid, 7-10-1637. AGS, G A, Leg. 1120

<sup>726</sup> *Ibidem*.

deseados, se deberían imponer censos a favor de la Real Hacienda, por 4.000 ducados de principal, con los cuales se acudir a el<sup>727</sup>.

Pese a todos los esfuerzos destinados a que tanto los ingresos aportados por los nobles, como los obtenidos de los censos, se emplearan en el levantamiento de estas unidades montadas, al parecer su gestión no se debió de llevar a cabo de forma satisfactoria. Con el objetivo de subsanar estas dificultades, se ordenó al conde de la Puebla que pusiera los fondos recaudados por estos conceptos en manos del Consejo de Hacienda, donde se pondría “en arca a parte, para distribuirlo en dichas levass y no en otro efecto.” También se le mandó que depositara las escrituras fundacionales de los censos en el Consejo de Hacienda, donde quedarían bajo cuidado del comisario Juan Muñoz de Escobar, “para que tenga a su cargo el beneficio de estos censos, y que lo procedido de ellos se ponga en el arca del tesoro para el mismo efecto de las levass”<sup>728</sup>.



**Fuente:** Consulta de la junta del conde de la Puebla, en la que da cuenta de lo que está ejecutado de las diligencias que se van haciendo, y de lo que está suspendido, por órdenes de V.M. Madrid, 10-5-1637. AHN, Consejos, Leg. 7135.

<sup>727</sup> *Ibidem.*

<sup>728</sup> *Ibidem.*



Resulta sorprendente que a partir de octubre de 1637, y hasta principios de 1639, los testimonios documentales sobre la actuación de la “Junta de los 64 capitanes de caballos” desaparezcan. Este mutismo tal vez tuviera que ver con la poca fe que tenían los miembros de la “Junta de los 64 capitanes de caballos” de que sus gestiones pudieran dar algún fruto más, y que poco quedaba por hacer en lo relativo a este designio. Es decir, que la continuación de las diligencias no compensaría los hipotéticos beneficios que se esperaba conseguir, y que sería más conveniente tratar de hacer efectiva la contribución de quienes ya habían ajustado su participación, así como obtener algo, aunque fuera menor de lo esperado, de quienes se excusaron en esta ocasión<sup>729</sup>.

Pese a tal vacío, la evolución acontecida durante estos cuatro años de arduas gestiones, nos permite realizar una valoración, más o menos definitiva de este designio y, al mismo tiempo, valorar si sus resultados justificaban el empeño de la Corona y de sus cabezas rectores para que llegara a buen puerto. En primer lugar, según su respuesta al requerimiento del monarca, podemos dividirlos en 4 categorías:

1. Aquellos que estaban dispuestos a finiquitar su participación mediante el pago de la cantidad en que estaba valorada la leva: 18 individuos (el 28%), de los cuales, 9 (el 50%) la pagaron en su totalidad; 7 la abonaron parcialmente, pero siempre en cantidades superiores a la solicitada; y 2 (el 11%) que no pagaron nada.

2. Quienes pretendían servir con sumas variables de dinero, comprendidas entre los 1.000 y los 3.000 ducados: 23 sujetos (el 35%); de ellos, 7 (el 30'5%) pagaron el importe que se les requirió; otros 7 lo hicieron en parte; y 9 (el 39%) no depositó ni un solo maravedí.

3. Los que optaron por servir con soldados de caballería: 4 (el 6%), cumpliendo todos.

4. Aquellos que fueron relevados del servicio: 20 (el 31%)<sup>730</sup>.

---

<sup>729</sup> Esta es la impresión que se desprende de la relación anteriormente citada, sin fecha, pero que podemos datar a principios del año 1639, donde se recogen las contribuciones, con las cantidades pendientes de cobro, de los nobles que al final han contribuido. Es en este documento donde hemos encontrado la única referencia al mencionado año de 1638. En ella se recoge el caso del marqués de Jabalquinto, que de ofrecer en un primer momento el montante de la leva, en mayo de 1638, se reduce su contribución a 2.000 ducados de vellón, de los cuales ya había pagado 299.200 maravedíes. *Relación de los capitanes de caballos que han debido pagar cantidades fijas, conforme a las órdenes de V.M. y resoluciones de consultas*. Sin fecha, ¿principios de 1639? AHN, Consejos, Leg. 7135.

<sup>730</sup> De uno de los aristócratas, el conde de Villafrankeza, no hemos encontrado evidencias posteriores de su participación, por lo que no le incluimos en ningún grupo.

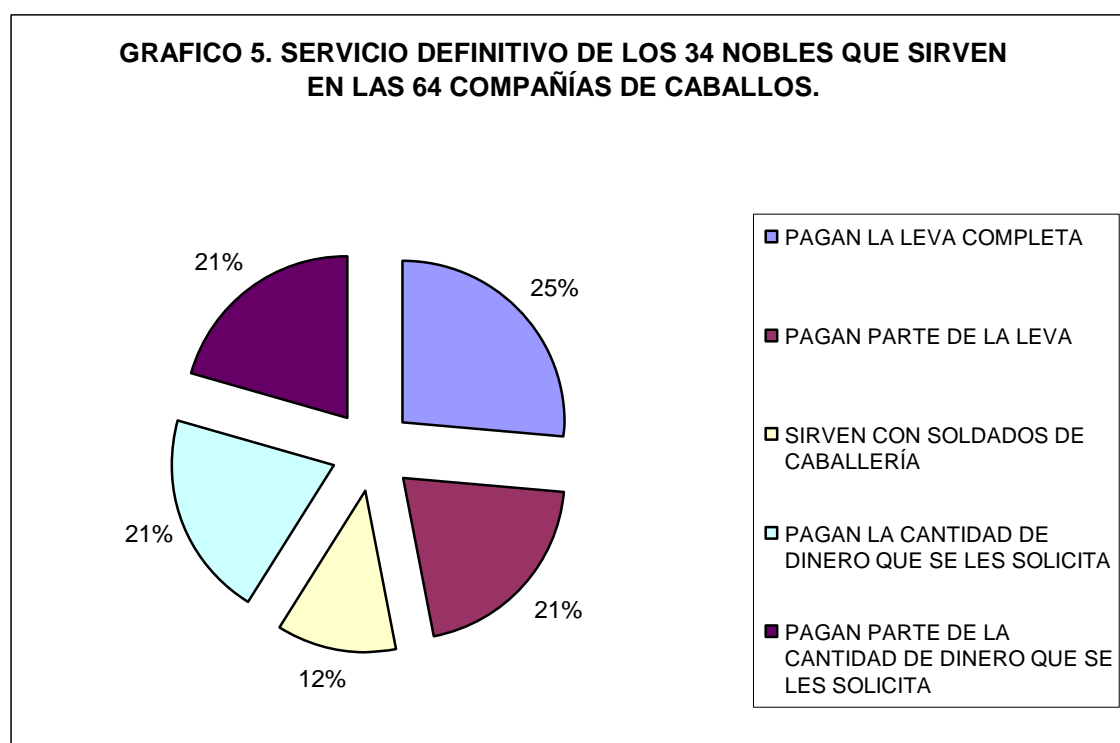
Según estos datos, la Corona obtuvo alguna forma de contribución de 34 nobles (el 51'5%), mientras que de los 32 restantes (el 48'5%), no consiguió nada. En el primer grupo encontramos una abrumadora mayoría: 30 (el 88%) que han servido al monarca con dinero (en diferentes modalidades); mientras que sólo 4 (el 12% de ellos), lo hicieron con hombres, y ninguno con los 2 oficiales y 12 soldados solicitados en un primer momento (solo aportaron los soldados rasos, y uno de ellos aumentó su participación hasta las 16 unidades).

Desde esta perspectiva, se puede emitir una valoración inicial negativa de la respuesta nobiliaria a las demandas reales, ya que ninguno de los 64 capitanes cumplió con la orden regia de levantar a su costa la tropa mencionada, pues en el mejor de los casos aportaron los soldados, o diversas cantidades de dinero. Por otro lado, pese a no tratarse de cifras desorbitadas, podemos afirmar que, hasta principios de 1639, la Corona obtuvo de ellos (sin coste alguno) 52 soldados de caballería y cerca de 57.000 ducados (unos 63.300 escudos)<sup>731</sup>. Esta suma sería suficiente para reclutar y equipar a 288 soldados de caballería, 12 alféreces y 12 tenientes lo cual, teniendo en cuenta la multiplicidad de frentes en los que se encontraba inmersa la monarquía española, así como sus graves dificultades financieras, sería un modesto alivio a las acuciantes necesidades que requería la maquinaria bélica de Felipe IV.

En último lugar, debemos tener en cuenta la implicación de la Corona para que se alcanzaran los objetivos propuestos. En este sentido, ya hemos mencionado el atractivo que tuvo la promulgación de medidas dirigidas a mejorar la liquidez de las economías nobiliarias. Los datos que hemos recogido corroboran nuestra impresión, pues de los 25 nobles a los que se ofrecieron arbitrios para tal fin, (el 38% del total); 22 de ellos (el 88%) respondieron a la petición de Felipe IV: 4 con soldados de caballería, 8 con el pago de la cantidad en la que estaba tasada la leva, y 10 con cantidades de dinero, y sólo 3 (el 12%) no cumplieron con su obligación. De este modo, podemos establecer un claro paralelismo entre la obtención de liquidez y el cumplimiento del servicio, por lo que nos surge un interrogante: ¿si se hubiera concedido esta gracia a todos ellos, el cumplimiento hubiera sido mayoritario?

---

<sup>731</sup> Según los datos recogidos, la contribución media de los 30 aristócratas que sirvieron con dinero, se sitúa en, aproximadamente, unos 1.900 ducados. La más cuantiosa fue la del vizconde de Villoria, con 1.106.821 maravedíes, y la menor fue la del marqués de Villafranca de Gaitán, con 225.000 maravedíes. *Consulta de la junta del conde de la Puebla..... 10-5-1637. Relación de los capitanes de caballos que han debido pagar.....*



**Fuente:** Consulta de la junta del conde de la Puebla, en la que da cuenta de lo que está ejecutado de las diligencias que se van haciendo, y de lo que está suspendido, por órdenes de V.M. Madrid, 10-5-1637. AHN, Consejos, Leg. 7135. Relación de los capitanes de caballos que han debido pagar cantidades fijas, conforme a las órdenes de V.M. y resoluciones de consultas. Sin fecha, ¿principios de 1639? AHN, Consejos, Leg. 7135.

De la misma manera, si analizamos a los 34 nobles que sirvieron, 22 de ellos (el 67%), gozaron de tales prebendas, mientras que 12 (el 33%), no obtuvo ninguna merced destinada a aliviar su situación económica. Visto desde otra perspectiva, de los 32 que eludieron el compromiso, únicamente a 3 (el 9%) se les prometió algún tipo de gratificación, mientras que la inmensa mayoría, 29 (el 91%) no recibieron nada.

En suma, si la Corona era generosa, los nobles estarían más dispuestos a servir y a atender a las demandas reales. Al contrario, si las peticiones reales se imponían por la fuerza, los resultados no serían los esperados. Todo ello vendría a desmontar, según lo manifestado en las páginas anteriores, la intensidad del absolutismo monárquico defendido por la historiografía tradicional, hacia posiciones mucho más moderadas.

**CUADRO 7. OFERTAS FINALES Y CUMPLIMIENTO DE LAS MISMAS, POR PARTE DE LOS NOBLES ADSCRITOS AL PROYECTO DE LAS 64 COMPAÑÍAS DE CABALLOS (diciembre 1636-principios 1639).**

NÚMERO	NOBLE	OFERTA 3.	OFERTA FINAL	¿CUMPLIÓ?
1	MARQUÉS DE AGUILAFUENTE	OFRECE SERVIR CON LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.	SIRVE CON LOS 2.868 ESCUDOS EN QUE ESTÁ TASADA LA LEVA.	SI. HA PAGADO 1.218.900 MRS. EN VELLÓN.
2	MARQUÉS DE MONASTERIO	OFRECE SERVIR CON LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.	EXCUSADO DEFINITIVAMENTE "POR OTROS SERVICIOS DE MAYOR CONSIDERACIÓN QUE CORREN POR SU CUENTA"	
3	MARQUÉS DE VILLAMANRIQUE	OFRECE LA LEVA LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.	SIRVE CON LOS 2.868 ESCUDOS EN QUE ESTÁ TASADA LA LEVA.	SI. HA PAGADO 1.109.658 MRS. EN VELLÓN.
4	MARQUÉS DEL VALLE DE OAXACA	OFRECE SERVIR CON 8 O 10 CRIADOS.	SIRVE CON LOS 2.868 ESCUDOS EN QUE ESTÁ TASADA LA LEVA.	EN MAYO DE 1637 DEBÍA 28.297 MRS. Y A PRINCIPIOS DE 1639, 75.000 MRS.
5	DUQUE DE CIUDAD REAL, MARQUÉS DE ARAMAYONA	OFRECE IR SIRVIENDO EN PERSONA.	SIRVE CON 2.000 DUCADOS.	NO. NO HA PAGADO NADA
6	MARQUÉS DE LAS NAVAS	OFRECE SERVIR CON LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.	OFRECE SERVIR CON 12 SOLDADOS DE CABALLERÍA. (HOMBRES)	SI. AUNQUE NO HAY CERTIFICACIÓN DE HABERLOS ENTREGADO.
7	CONDE DE MOLINA DE HERRERA	OFRECE SERVIR CON LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.	SIRVE CON 12 SOLDADOS DE CABALLERÍA. (HOMBRES)	SI. PERO NO HAY CERTIFICACIÓN DE QUE LOS HOMBRES HAYAN SENTADO PLAZA.
8	CONDE DE LA MONCLOVA	OFRECE 3.000 DUCADOS PROCEDENTES DE RÉDITOS DE JUROS.	SIRVE CON 1.500 DUCADOS.	HA PAGADO 225.000 MRS EN PLATA Y 343.600 MRS EN VELLÓN. DEBE 2.500 REALES EN VELLÓN.
9	CONDE DE FRIGILANA	OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES).	SIRVE CON LOS 2.868 ESCUDOS EN QUE ESTÁ TASADA LA LEVA.	A PRINCIPIOS DE 1639 NO HABÍA PAGADO NADA.
10	MARQUÉS DE TAVARA	OFRECE LA LEVA DE LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.	SIRVE CON LOS 2.868 ESCUDOS EN QUE ESTÁ TASADA LA LEVA.	EN MAYO DE 1637 HABÍA PAGADO 972.228 MRS EN VELLÓN, Y DEBE EL RESTO (EL PREMIO DE LA PLATA).
11	MARQUÉS DE LA CONQUISTA	OFRECE SERVIR EN PERSONA.	EXCUSADO POR POBRE.	
12	CONDE DE	OFRECE	SIRVE CON 1.500	SI. HA PAGADO

	VILLALBA	SERVIR EN LA INFANTERÍA JUNTO CON SU HIJO Y 4 CRIADOS.	DUCADOS.	561.000 MRS.
13	CONDE DE LUQUE	OFRECE SERVIR CON LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.	SIRVE CON LOS 2.868 ESCUDOS EN QUE ESTÁ TASADA LA LEVA.	SI. PAGÓ LA CANTIDAD EN PLATA.
14	CONDE DE CANTILLANA	OFRECE SERVIR CON 16 SOLDADOS SENCILLOS.	SIRVE CON LOS 16 SOLDADOS DE CABALLERÍA. (HOMBRES)	SI.
15	CONDE DE PRIEGO	OFRECE SERVIR CON 2.000 DUCADOS.	LA MISMA	NO. DEBE 1.000 DUCADOS.
16	MARQUÉS DE LA TORRE DE ESTEBAN HAMBRÁN	OFRECE SERVIR CON 4 CRIADOS PARA LA INFANTERÍA. Y ÉL, CON SU PERSONA, DONDE SE LE ORDENE.	SIRVE CON 1.000 DUCADOS, PROCEDENTES DE UNA RENTA VACANTE QUE TENÍA EN EL CONSEJO DE INDIAS (AL MORIR, CESÓ EL COBRO DE ESTA RENTA Y NO PUEDE PAGAR NADA).	NO HA PAGADO NADA.
17	MARQUÉS DE MALAGÓN	OFRECE SERVIR CON LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.	SIRVE CON LOS 2.868 ESCUDOS EN QUE ESTÁ TASADA LA LEVA.	SI. PAGÓ LA CANTIDAD ENTERA.
18	MARQUÉS DE SAN VICENTE DEL BARCO	OFRECE SERVIR CON LOS 2 OFICIALES Y LOS 12 SOLDADOS.	SIRVE CON LOS 2.868 ESCUDOS EN QUE ESTÁ TASADA LA LEVA.	NO. DEBE 2.600 DUCADOS. (EN ÚLTIMA INSTANCIA SE LE RELEVA DEL SERVICIO)
19	MARQUÉS DE JABALQUINTO	OFRECE SERVIR CON LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.	SIRVE CON LOS 2.868 ESCUDOS EN QUE ESTÁ TASADA LA LEVA.	EN MAYO DE 1637 NO HABÍA PAGADO NADA. LUEGO PAGÓ 299.200 MRS, Y SU CONTRIBUCIÓN SE REDUJO A 2.000 DUCADOS. DEBE 450.000 MRS EN PLATA.
20	MARQUÉS DE VALENZUELA	OFRECE SERVIR CON LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.	SIRVE CON LOS 2.868 ESCUDOS EN QUE ESTÁ TASADA LA LEVA.	SI. DEBÍA PAGAR 975.120 MRS EN PLATA Y PAGÓ 1.218.900 EN VELLÓN.
21	MARQUÉS DE BEDMAR	OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS.	SIRVE CON 1.500 DUCADOS.	SI.

		(SIN OFICIALES)		
22	MARQUÉS DE MALPICA	OFRECE SERVIR CON LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.	SIRVE CON LOS 2.868 ESCUDOS EN QUE ESTÁ TASADA LA LEVA.	EN MAYO DE 1637 DEBE 87.150 MRS. Y A PRINCIPIOS DE 1639, 163.150 MRS.
23	VIZCONDE DE VILLORIA	OFRECE SERVIR CON 3.000 DUCADOS.	LA MISMA.	HA PAGADO 1.106.281 MRS, Y DEBE 18.179 MRS.
24	MARQUESA DE CERRALBO	SU HIJO EL MARQUÉS OFRECE SERVIR EN PERSONA, A PESAR DE SER HIJO DE FAMILIAS.	EXCUSADA POR POBRE Y ESTAR SIRVIENDO EL MARQUÉS DE MANCERA.	
25	VIZCONDE DE TORRES CABRERA	OFRECE SERVIR CON LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.	SIRVE CON LOS 2.868 ESCUDOS EN QUE ESTÁ TASADA LA LEVA.	SI. HA PAGADO 1.267.666 MRS EN VELLÓN.
26	CONDE DE LA ROCA	SE EXCUSA POR SER EMBAJADOR EN VENECIA.	EXCUSADO POR SU OCUPACIÓN COMO EMBAJADOR.	
27	VIZCONDE DE CRECENTE	NO RESPONDE	EXCUSADO POR POBRE.	
28	CONDE DE GRAJAL	SE EXCUSA PORQUE VA A SERVIR A FLANDES.	SIRVE CON LOS 2.868 ESCUDOS EN QUE ESTÁ TASADA LA LEVA.	NO. DEBE 2.600 DUCADOS (EN ÚLTIMA INSTANCIA SE LE RELEVA DEL SERVICIO)
29	CONDE DE RIBADAVIA	OFRECE SERVIR CON LOS CRIADOS QUE PUEDA.	EXCUSADO POR POBRE	
30	MARQUÉS DE BELMONTE	SIRVE CON 1.000 DUCADOS.	SIRVE CON 1.500 DUCADOS	SI. PAGÓ 561.000 MRS.
31	MARQUESA DEL VILLAR	NADA.	SIRVE CON LOS 2.868 ESCUDOS EN QUE ESTÁ TASADA LA LEVA.	NO. DEBE 2.600 DUCADOS (EN ÚLTIMA INSTANCIA SE LE RELEVA DEL SERVICIO)
32	MARQUÉS DE VALDERÁBANO, CONDE DE MONTIJO	SE EXCUSA POR SERVIR CON UNA CORONELÍA.	EXCUSADO DEFINITIVAMENTE	
33	MARQUÉS DE MONTEALEGRE	OFRECE SERVIR CON LO QUE PUEDA, SALIENDO EL REY EN CAMPAÑA.	EXCUSADO DEFINITIVAMENTE POR POBRE.	

34	MARQUÉS DE MEDELLÍN	OFRECE SERVIR CON 12 CRIADOS, SI SE LE CONCEDEN MEDIOS PARA ELLO.	SIRVE CON 2.000 DUCADOS.	HA PAGADO 544.000 MRS, Y DEBE 206.000.
35	MARQUÉS DE LA TORRE	OFRECE SERVIR CON LOS CRIADOS QUE PUEDA.	SIRVE CON 1.000 DUCADOS.	SI. HA PAGADO 411.400 MRS EN VELLÓN.
36	MARQUÉS DE CASARRUBIOS	SIRVE CON UN JURO DE 200 DUCADOS SOBRE LAS ALCABALAS DE ALCARAZ (A PESAR DE SU OFERTA, EL JURO NO PUEDE SER USADO HASTA 1641, PORQUE EN 1635 SU RENTA FUE VINCULADA AL PAGO DE LOS SOLDADOS QUE SE LE ASIGNARON PARA LA DOTACIÓN DE LOS PRESIDIOS)	EXCUSADO DEFINITIVAMENTE	
37	CONDE DE OÑATE	SE EXCUSA POR SERVIR CON UNA CORONELÍA.	EXCUSADO DEFINITIVAMENTE POR SERVIR CON UNA CORONELÍA	
38	MARQUÉS DE MORA	NO RESPONDE. NO TIENE MEDIOS.	EXCUSADA POR POBRE.	
39	MARQUESA DE SALINAS DEL RÍO PISUERGA	NADA.	SIRVE CON LOS 2.868 ESCUDOS EN QUE ESTÁ TASADA LA LEVA (SU CONTRIBUCIÓN SERÍA POSIBLE CON CARGO A 1'1 MILLONES DE MARAVEDÍES QUE, SEGÚN EL RECEPTOR DEL CONSEJO DE INDIAS LE PERTENECÍAN, PERO NO PARECE QUE ESE ARBITRIO DIERA NINGÚN FRUTO)	NO HA PAGADO NADA.
40	MARQUESA DE LA	OFRECE	OFRECE SERVIR	NO. NO HA

	ALGABA	SERVIR CON 4 SOLDADOS.	CON 2.000 DUCADOS.	PAGADO NADA
41	MARQUÉS DE LOS TRUJILLOS	OFRECE SERVIR CON 6 SOLDADOS.	SIRVE CON LOS 2.868 ESCUDOS EN QUE ESTÁ TASADA LA LEVA.	SI. HA PAGADO 204.000 MRS EN PLATA Y 963.000 EN VELLÓN.
42	MARQUÉS DE MONTEMAYOR	OFRECE SERVIR CON 10 SOLDADOS.	SIRVE CON 1.000 DUCADOS.	HA PAGADO 357.000 MRS. Y DEBE 18.000.
43	MARQUÉS DE CASTELLAR	OFRECE SERVIR CON SU PERSONA Y LOS CRIADOS QUE PUEDA.	SIRVE CON 1.500 DUCADOS.	SI. HA PAGADO 561.000 MRS.
44	MARQUÉS DE LA MOTA	OFRECE SERVIR CON SU PERSONA.	EXCUSADO DEFINITIVAMENTE POR POBRE.	
45	CONDE DE GONDOMAR	OFRECE SERVIR CON EL PRODUCTO DE LA VENTA DE UN REGIMIENTO EN VALLADOLID.	EXCUSADO POR POBRE.	
46	CONDE DE VALVERDE	OFRECE SERVIR CON UN CRIADO.	OFRECE SERVIR CON 1.000 DUCADOS.	NO. NO HA PAGADO NADA.
47	CONDE DE PUÑONROSTRO	SIRVE CON LOS 2.868 ESCUDOS EN QUE ESTÁ TASADA LA LEVA.	LA MISMA	SI. PAGÓ LA CANTIDAD ENTERA EN PLATA.
48	CONDE DE COLMENAR DE OREJA	OFRECE SERVIR CON LOS 2 OFICIALES Y 12 SOLDADOS.	SIRVE CON LOS 2.868 ESCUDOS EN QUE ESTÁ TASADA LA LEVA.	HA PAGADO 975.120 MRS EN VELLÓN, Y TENÍA QUE PAGARLOS EN PLATA. DEBE EL PREMIO.
49	MARQUÉS DE POVAR	OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES)	SIRVE CON 12 SOLDADOS DE CABALLERÍA. (HOMBRES)	SI.
50	MARQUÉS DE LA ELISEDA	OFRECE SERVIR CON 4 CRIADOS.	OFRECE SERVIR CON 1.000 DUCADOS.	NO. NO HA PAGADO NADA.
51	MARQUÉS DE JODAR	OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES)	SIRVE CON LOS 2.868 ESCUDOS EN QUE ESTÁ TASADA LA LEVA.	SI. EN MAYO DE 1637 HABÍA PAGADO 573.716 MRS. A MEDIADOS DE 1639 DEBÍA 995.120 MRS EN PLATA Y LOS PAGÓ.
52	MARQUÉS DE VILLANUEVA DEL ARISCAL	OFRECE SERVIR CON 8 O 10 CRIADOS.	OFRECE SERVIR CON 2.500 DUCADOS.	NO. NO HA PAGADO NADA.



53	MARQUÉS DE LADRADA	OFRECE SERVIR CON 4 CRIADOS.	OFRECE SERVIR CON 2.000 DUCADOS.	NO. NO HA PAGADO NADA. (EN ÚLTIMA INSTANCIA SE LE RELEVA DEL SERVICIO)
54	MARQUÉS DE FROMISTA	OFRECE SERVIR CON LOS 12 SOLDADOS. (SIN OFICIALES)	SIRVE CON LOS 2.868 ESCUDOS EN QUE ESTÁ TASADA LA LEVA.	PAGÓ 520.000 MRS EN VELLÓN (POR CONSULTA DE LA JUNTA DE LAS 64 COMPAÑÍAS DE CABALLOS DE 18 DE JUNIO DE 1637, SE DECRETÓ NO EXIGIRLE LOS 454.420 MARAVEDÍES QUE AÚN DEBÍA SATISFACER).
55	MARQUÉS DE GUADALCAZAR	OFRECE SERVIR CON 24.297 REALES PROCEDENTES DE RÉDITOS DE JUROS Y SERVIR CON 2 CRIADOS.	SIRVE CON 2.000 DUCADOS.	SI. PAGÓ 748.000 MRS EN PLATA.
56	MARQUÉS DE OROPESA	SE EXCUSA POR SER POBRE.	EXCUSADO POR POBRE.	
57	MARQUÉS DE LA ALAMEDA	OFRECE SERVIR CON 4 CRIADOS.	OFRECE SERVIR CON 2.000 DUCADOS.	NO. NO HA PAGADO NADA.
58	MARQUÉS DE VILLAFRANCA DE GAITÁN	OFRECE SERVIR EN PERSONA CON SUS CRIADOS.	OFRECE SERVIR CON 1.000 DUCADOS.	HA PAGADO 225.000 MRS, Y DEBE 150.000 MRS.
59	MARQUÉS DE VILLANUEVA DE CARDEÑOSA	SE EXCUSA PORQUE ESTÁ SIRVIENDO EN LA ARMADA.	EXCUSADO POR POBRE.	
60	CONDE DE MONTALBÁN	OFRECE SERVIR EN PERSONA CON SUS CRIADOS.	OFRECE SERVIR CON 2.000 DUCADOS.	NO. NO HA PAGADO NADA.
61	CONDE DE LA FUENTE DEL SAUCO	OFRECE SERVIR EN PERSONA CON SUS CRIADOS. (AUNQUE NO ESPECIFICA EL NÚMERO)	EXCUSADO POR POBRE.	
62	VIZCONDE DE LA CORZANA	OFRECE SERVIR CON SU PERSONA SIEMPRE Y CUANDO EL REY SALGA EN CAMPAÑA.	OFRECE SERVIR CON 1.000 DUCADOS.	NO. NO HA PAGADO NADA.
63	CONDE DE	OFRECE	SIRVE CON 1.000	SI. HA PAGADO

	BRATENVILLA	SERVIR EN PERSONA CON SUS CRIADOS.	DUCADOS.	425.000 MRS. EN VELLÓN.
64	CONDE DE VILLAFRANQUEZA	NO CONSTA.	NO CONSTA.	
65	MARQUÉS DE MIRANDA	NO CONSTA	SIRVE CON 1.500 DUCADOS	HA PAGADO 510.000 MRS.
66	D. ALONSO MEJÍA DE PRADO	NO CONSTA	SIRVE CON LOS 2.868 ESCUDOS EN QUE ESTÁ TASADA LA LEVA.	NO. HA PAGADO 532.440 MRS EN VELLÓN, Y DEBE 686.460 MRS .

**Fuente:** Elaboración propia a partir de: AGS, GA Legs. 1120-1121, 1123, AHN, Consejos, Leg. 7135 y AHN., Estado, Leg. 6405 (2).

## 5.4. OTRAS ACTUACIONES PARA REFORZAR LA CABALLERÍA.

A la hora de acometer el fortalecimiento de las fuerzas montadas, se optó por no circunscribir las actuaciones a un único ámbito. Al contrario, se buscó tener varios frentes abiertos para lograr los mayores rendimientos posibles, pues si uno de ellos fallaba (o no se obtenían los resultados esperados), al menos se podría conseguir algo de los otros. En una situación tan delicada como la que le tocó vivir a la Corona española a partir de 1635, no se podía desechar ninguna proposición cuya puesta en marcha se tradujera en el incremento de los soldados de caballería.

¿Pero cómo se había llegado a este extremo? En este caso, podemos conceder más crédito a las afirmaciones de los tratadistas militares, que coinciden en su diagnóstico sobre la crítica situación que atravesaba el arma de caballería. Gran parte del problema se debía a lo arduo que resultaba el levantamiento de efectivos para servir en los ejércitos españoles. Dificultades que, si cabe, fueron aún mayores en el caso de los combatientes a caballo, ya que, por un lado, son mucho más caros que el soldado de a pie; y por otra parte, se requiere una mayor especialización y profesionalización<sup>732</sup>.

Para Giorgio Basta, quien analizó el estado de la caballería en el ejército de Flandes, los problemas se debían a la falta de incentivos y al aumento de los trabajos

<sup>732</sup> Una muestra de la gravedad del problema, la encontramos en un testimonio del Conde Duque, cuando pone de manifiesto las dificultades existentes a la hora de levantar tropas de caballería. Para lo cual propone que se haga leva en la costa de Granada y en las montañas de Castilla, porque allí se encuentra “la gente más a propósito e inclinada a esta milicia.” *Consulta que se tuvo en el aposento del conde duque.....*22-1-1635.

que debían realizar; en definitiva, la cortedad del salario para sustentarse conforme a lo que exige el decoro, y a las pocas oportunidades de promoción. Aunque en el caso de las fuerzas montadas en Castilla, al menos hasta 1635 no se puede decir que estuvieran inmersas en una actividad febril, si es cierto que había pocos alicientes para el servicio, y las pagas no se recibían con puntualidad. Según su criterio, se desprende que la Corona, en su relación con las fuerzas armadas en general, y en la caballería en particular, no ha actuado de la mejor manera posible. Pues al parecer argumentos como el honor o el prestigio, a pesar de tener su peso específico, no son los únicos, ni los más importantes estímulos para alistarse. Por otra parte, discrepó de una opinión generalizada, conforme la cual el buen orden de la caballería se había corrompido por la comodidad y el descanso (circunstancias aplicables a la caballería peninsular), pues para Basta, los verdaderos culpables de esa situación eran la falta de pagas y la ausencia de premios ciertos<sup>733</sup>. En su análisis, se mostró a favor de unas fuerzas de caballería en las que primara la calidad frente a la cantidad. Aunque en las circunstancias actuales eso era difícil de conseguir, máxime con las dificultades financieras que atravesaba la Real Hacienda, se podría llevar a cabo mediante la reducción de efectivos, pues es preferible un número menor, pero bien pagado y proveído, que otro más numeroso sin las pagas y los pertrechos necesarios<sup>734</sup>.

Ya hemos indicado que a partir de 1635 la situación para España era cada vez más complicada, pues la inclusión de un nuevo antagonista en su amplia nómina, obligó a realizar nuevos esfuerzos con el objetivo de hacer frente a tales desafíos. Una de las prácticas a las que se empezó a recurrir por estos años, y que se generalizará conforme se agudicen las carencias de equinos, consistió en la promulgación, cada cierto tiempo, de órdenes para que todos los poseedores de coches de caballos los presentaran ante la autoridad competente, con el objetivo de seleccionar los que estuvieran en mejor estado,

---

<sup>733</sup> Aunque ya hemos tratado ampliamente esta problemática en las páginas anteriores. Debemos mencionar que Basta se pone del lado de los tratadistas que desmitifican el tópico de que los soldados únicamente sirven por el honor, sino que también pretenden cargos y recompensas materiales. De esta manera, ofrece una imagen de la milicia como una profesión más, en la que se sirve por un salario, o por la esperanza de ascender en el escalafón, pasando a un segundo plano consideraciones de carácter moral. “(.....) El fin del soldado puede ser inclinado a la utilidad o al honor, o a ambos juntos. Pero cosa vana es pensar que pueda ser solo el honor, pues vemos a grandes caballeros, con color de aventureros, andar pescando cargos, y poco después mendigando mercedes.” BASTA, G.: *Op. cit.* pp. 24-25.

<sup>734</sup> “Paréceme más claro que la luz del sol que el príncipe o general de la guerra, y sus consejeros, están en muy gran error, mientras buscan esmerarse en disminuir sus pagas, debiendo antes imitar a los romanos en su buen ejemplo, acomodando a los soldados. De suerte que no caigan en tal necesidad que, menospreciando la obediencia, pierdan la disciplina. Examinen los ministros sus fuerzas, y habiendo de cercenarlas, sea primero del número de soldados que de la comodidad necesaria, pues es cierto que la buena regla y valor del soldado es más importante en las acciones militares, que no el número.” *Ibidem.* pp. 31-32.

previo pago de una cantidad pactada, y utilizarlos para paliar la falta de monturas que había entre las tropas destinadas a Navarra para contener a los franceses. Ni que decir tiene que la suma ofrecida a los dueños de los equinos estaba muy por debajo de su precio verdadero<sup>735</sup>.

A principios del mes de febrero de 1638, la Junta de Ejecución (con la presencia del conde duque, el duque de Villahermosa, el marqués de Castelfuerte y Pedro de Arce), propuso al monarca que, con el objetivo de mitigar estas graves carencias, se enviaran a Cataluña “con todo secreto”, 500 soldados procedentes de Italia y otros 500 de Flandes, junto con sus oficiales<sup>736</sup>. Sin embargo, la opción de enviar a la península caballería extranjera, ya había sido puesta sobre la mesa en enero de 1635, cuando D. Felipe de Silva planteó la posibilidad de traer jinetes naturales de Nápoles, junto con soldados veteranos de Flandes que en esos momentos se encontraban desmontados, con el objetivo de atraer al servicio en la península a un número considerable de veteranos<sup>737</sup>. En cuanto al designio de los mil soldados extranjeros, sería conveniente que arribaran con todo lo necesario para el servicio<sup>738</sup>. En cuanto a las monturas, “supuesto que en España, con dificultad se levanta caballería”, para ayudar en la medida de lo posible a paliar esta escasez, se propuso al monarca que se trajeran de 500 caballos de Flandes, encargando la gestión de este negocio a D. Miguel de Salamanca<sup>739</sup>, para que suscribiera bien por asiento, “o en otra forma”, algún medio para que llegaran a España de forma inmediata<sup>740</sup>.

Según nuestro criterio, el hecho de plantear esta medida revelaba las severas dificultades existentes para asegurar, en este caso, la frontera pirenaico-oriental, e implicaba reconocer su debilidad o, al menos, la imposibilidad de articular un

---

<sup>735</sup> *Carta del padre Sebastián González al padre Rafael Pereira*. Madrid, 16-5-1637. MHE, Tomo XIV. p. 126.

<sup>736</sup> *Consulta de la junta de Ejecución en la que representa a V.M. lo que conviene que vengan, de Italia y Flandes, 1.000 hombres para servir en la caballería del ejército de Cataluña*. Madrid, 3-2-1638. AGS., GA, Leg. 1215.

<sup>737</sup> *Consulta que se tuvo en el aposento del conde duque*.....22-1-1635.

<sup>738</sup> “(.....) con los 500 valones que han de venir de Flandes, será bien se remitan las armas necesarias para corazas, trayendo también sillas, frenos y guarniciones para que, con mayor brevedad puedan montar. (.....). En cuanto a los 500 hombres que han de venir de Italia, parece a la junta que será del servicio de V.M. mandar, por la parte donde toca, se encaminen cuanto antes, enviándolos con armas y los demás aderezos que son forzosos, en el primer pasaje de galeras de la gente que hubiere en Milán.” *Consulta de la junta de la Ejecución sobre los 1.000 hombres que han de venir de Italia y Flandes para servir en la caballería del ejército de Cataluña*. Madrid, 7-2-1638. AGS., GA, Leg. 1215.

<sup>739</sup> Este funcionario era miembro de los consejos de Estado y Guerra en Flandes, órganos destinados asesorar a D. Fernando, el cardenal-infante, que servía como gobernador de los Países Bajos.

<sup>740</sup> *Consulta de la junta de la Ejecución sobre los 1.000 hombres*.....7-2-1638.

dispositivo defensivo adecuado; y al mismo tiempo, vendría a señalar la importancia de los contingentes extrapeninsulares en la defensa del corazón del Imperio<sup>741</sup>.

Al mismo tiempo se presentó uno de los informes más lúcidos sobre esta cuestión. Su origen se encuentra en la petición de consejo, por parte del conde duque de Olivares, a D. Diego de Luna y Rojas<sup>742</sup> y al capitán Terrazas<sup>743</sup>, sobre la manera en la que se podría efectuar, con los mejores resultados posible, el aumento del número de caballos para que sirvan como corazas<sup>744</sup> y arcabuceros, bien mediante levass, bien mediante compras, con el objetivo de destinarlos al ejército de Cataluña<sup>745</sup>, donde prestaban servicio ambos. Su propuesta está concebida para la constitución de unas fuerzas de, aproximadamente 2.000 efectivos, e implicaría incluir en ella a los 1.000 soldados de caballería que, procedentes de Flandes e Italia, acudirían a servir a la península. A ellos habría que sumar los 250 valones que en ese momento se encontraban sirviendo en Perpiñán y en Mérida, a los que se agregarían unas 750 unidades que se suponía servían en Castilla en esos momentos<sup>746</sup> (suponemos que se

---

<sup>741</sup> *Consulta de la junta de Ejecución en la que representa.....*3-2-1638.

<sup>742</sup> La única referencia documental que hemos encontrado de este individuo, es en una relación de mediados del año 1635, donde figura en un amplio listado de capitanes reformados (cuyo último destino fue el ducado de Milán) que se hallan en Madrid, para tenerlos registrados y tratar de que volvieran al servicio activo. En 1636 sirvió como comisario general de la caballería en el ejército de Labort, durante la entrada que las armas españolas hicieron en Francia en octubre, y al año siguiente, con el mismo empleo, en el ejército de Ayamonte, encargado de sofocar los motines producidos en Évora durante el verano. En el año 1639 se le concedió un hábito de la orden de Santiago, en consideración de sus servicios como teniente general de la caballería de Alsacia, y parece ser que ese mismo año fue destinado a Cataluña, donde sirvió de nuevo el empleo de comisario general de la caballería. *Consulta de la junta donde concurren el marqués de Leganés, el marqués de Castrofuerte y D. Felipe de Silva, en la que se ve la relación inclusa de capitanes y soldados particulares que se hallan en la Corte.* Madrid, 26-7-1635. AGS, GA, Leg. 1120, nº 15.

<sup>743</sup> Respecto a este militar, suponemos que se trata del capitán Juan de Terrazas, que también sirvió el puesto de comisario general de la caballería de Portugal, y posteriormente como capitán de una compañía de caballos en el frente catalán. Ese mismo año recibió un hábito de la orden de Santiago, y poco después fue nombrado comisario general de la caballería de las Órdenes Militares (Batallón de las Órdenes). Sin embargo, también hemos encontrado datos sobre un tal Bartolomé de Terrazas, que también era capitán de caballería en Cataluña.

<sup>744</sup> No puede ser casualidad que, con motivo de la presencia de la guerra en la península ibérica, se asista a la consagración del servicio a caballo con armas de fuego, lo cual se puede interpretar desde una doble perspectiva; por un lado, entendida un salto cualitativo, y una asimilación de las técnicas de combate más modernas, en detrimento de la caballería tradicional. Por otro lado, supondría un cambio de mentalidad, ya que por encima de cuestiones como el prestigio o la preeminencia, implica el reconocimiento de esta caballería como la más adecuada para el tipo de combate en el que se habrían de ver envueltas. A diferencia de las compañías de lanzas, aquí no cabe opción a concederlas a individuos sin experiencia militar, “aunque sean de menos calidad y estima que las de lanzas”, pues se hace imprescindible que sean dirigidas por auténticos profesionales. MELZO, L.: *Op. cit.* pp. 29-30.

<sup>745</sup> *Papel de D. Diego de Luna y Rojas y el capitán Terrazas al conde duque de Sanlúcar, sobre lo que proponen para remontar la caballería para el ejército de Cataluña.* Madrid, 7-2-1638. AGS, GA, Leg. 1215.

<sup>746</sup> “En cuanto a la gente, haciendo venir 1.000 hombres de Italia y Flandes, con todas sus armas, y montando los valones que hay en Perpiñán y Mérida, que serán hasta 250, y con la que hay hoy en la

refiere a las Guardas de Castilla y a los Jinetes de la Costa de Granada). Por otra parte, esta propuesta introduce un elemento que, si bien no estamos en condiciones de afirmar que sea novedosa, es una de las primeras veces que aparece para el servicio militar a caballo: la posibilidad de cubrir las plazas restantes hasta llegar a los 2.000 soldados propuestos, mediante la conmutación de las penas impuestas por tiempo de servicio en el ejército, en este caso en la caballería<sup>747</sup>.

Respecto a los puestos de la oficialidad, su parecer coincide con el de la Junta de Ejecución, y recomendaban que el millar de hombres que destinados al frente catalán, vinieran con sus oficiales, e incluso traer oficiales de fuera, “porque en España no se halla gente plática para oficiales, capitanes, tenientes y alféreces”, testimonio descorazonador sobre la situación del arma de caballería que explicaría, en buena medida, las dificultades de las cabezas rectoras de la monarquía española en el año 1640, para encontrar militares capacitados y expertos en el combate a caballo, que asumieran el mando de las compañías del Batallón de las Órdenes.

En cuanto a los lugares donde se centrarían los esfuerzos para la compra de caballos, merece una atención preferente el Reino de Andalucía, aunque también se podría acudir, en caso necesario, a la costa granadina, el Reino de Murcia, Castilla o incluso en Mallorca<sup>748</sup>. En este sentido, con el auxilio de una persona encargada de los fondos necesarios, y con la asistencia de las corporaciones municipales, sería factible adquirirlos a un precio aproximado de 70-80 escudos, incluidos los gastos para su manutención<sup>749</sup>. Este dictamen debió de influir en las decisiones de la Junta de Ejecución, ya que unos días después, con el claro objetivo de facilitar su adquisición, propuso al monarca que proveyera para este fin 30.000 ducados en vellón, 20.000 de manera inmediata y los otros 10.000 en cuanto fueran necesarios, con cargo a los

---

caballería, harán en todo 2.000 soldados a propósito para este efecto, que es número de consideración.” *Ibidem*.

<sup>747</sup> “Y si no se cumpliera con esta gente el dicho número, S.M. podría servirse de tomar un expediente, de perdonar a las personas que están en trabajo, con que sirviesen en la caballería por tiempo límite, conforme el delito de cada uno. Con que parece sobraría gente, demás del número sobre dicho que se presuponiere.” *Ibidem*.

<sup>748</sup> “Dice [el capitán Terrazas] que en el reino de Mallorca se podría buscar de 70 a 80 caballos, a propósito para corazas. Y así, se podría nombrar a una persona plática, con un despacho al virrey, para la ejecución de esta leva.” *Ibidem*. El interés de este militar en utilizar el archipiélago balear para abastecerse de caballos podría deberse a que era natural de allí, y aspiraría a ser esa “persona plática” que la pondría en marcha.

<sup>749</sup> Respecto a la compra de caballos para servir como arcabuceros, consideran que se podrán obtener mucho más fácilmente y a un precio sensiblemente menor, el cual oscilaría entre los 50-60 escudos. *Ibidem*.

caudales destinados al ejército, “encargando el efecto de la compra de los caballos a las personas más pláticas que hubiere”<sup>750</sup>.

No obstante, según su experta opinión, la mayor dificultad no era la obtención de los de los animales, sino su mantenimiento. Para ello se propusieron dos soluciones: en primer lugar, instalar caballerizas en los lugares donde se realizaran las compras y las reclutas, con todo lo necesario para su sustento, “y para cada caballos un mozo, y para 50 un comisario, como se acostumbra en semejantes levass, que se hacen para la artillería, en Flandes y Alemania y otras partes”<sup>751</sup>. El segundo expediente, el recomendado por los suscriptores del texto, proponía que se acordara con los proveedores que se hicieran cargo de su sustento durante un tiempo, durante el cual los antiguos propietarios podrían emplearlos en las labores cotidianas como medida compensatoria. Una vez vencido este plazo, si su estado no era el mismo que presentaban en el momento de su compra, la Corona tendría derecho a adquirirlos con un coste cero. El principal incentivo consistía en que, con esta última opción, los proveedores estarían obligados a cuidarlos y a velar por su integridad, pues de lo contrario no cobrarían<sup>752</sup>. Sin embargo, habría que ver si estarían dispuestos a aceptar estas lesivas condiciones para sus intereses.

Para concluir su exposición, sondearon la posibilidad de que algunos individuos, en este caso militares que servían en la caballería como oficiales<sup>753</sup>, pero que no tenían compañía propia, levantaran compañías de caballos corazas<sup>754</sup>, en este caso en el obispado de Málaga “dándoles el dinero necesario para ello”. Esta práctica, cuyo uso se empezó a generalizar cada vez más desde principios de la década de los 30, suponía una de las modalidades del sistema de asiento o de reclutamiento privado. Nos

---

<sup>750</sup> *Consulta de la junta de la Ejecución, en la que representa a V.M. será conveniente que, en Extremadura y Andalucía se compren caballos para el ejército de Cataluña, y que para este efecto se provean 30.000 ducados.* Madrid, 11-2-1638. AGS, GA, Leg. 1215.

<sup>751</sup> *Papel de D. Diego de Luna y Rojas y el capitán Terrazas.....* 7-2-1638.

<sup>752</sup> “(.....) que las compras se hagan con pacto de que el que los vendiere, los sustente hasta el tiempo limitado que parecieren serán necesarios, haciéndolos trabajar medianamente. Y al cabo del dicho tiempo, si no estuvieren en el estado que cuando se comprasen, que S.M. los tome por sí, sin que se les de por ellos cosa alguna. Y esto conviene se haga así, para obligar a los que los venden, que los tengan con el mismo elemento que antes de la compra de ellos.” *Ibidem*.

<sup>753</sup> Se trata de D. Luis de Villanueva, teniente de caballos de la compañía del marqués de Mondejar, capitán general del Reino de Granada, y D. Gaspar Calvillo, que tiene el empleo de capitán de dragones.

<sup>754</sup> No obstante, había ciertas dudas de que, una vez obtenida la patente de capitán de caballos corazas, la unidad sirviera ciertamente como tal. Pues parece ser que era relativamente habitual que, a pesar de tener tal consideración, lo hiciera con carabinas (armamento propio de las compañías de caballos arcabuceros). Esta irregularidad, prohibida por las ordenanzas de 1632, tenía consecuencias negativas para el servicio real, pues si un capitán tenía patente de arcabuceros, intentaría hacer méritos suficientes para obtenerla de corazas. Y en esos momentos, parece que, al servir desde el principio con esta consideración, no es necesario destacar para ascender. DE LA SALA Y ABARCA, F.V.: *Op. cit.* pp. 56-57.

encontraríamos ante la utilización, por parte de la Corona, de la capacidad de alistamiento de dos individuos, que si bien están a su servicio, parecen actuar como agentes privados, pues aspiran a obtener un beneficio por su actuación, en este caso mandar su propia unidad<sup>755</sup>.

Pero estas disposiciones vendrían a complementarse con otras actuaciones sobre el terreno, donde el virrey del Principado estaba destinado a jugar un activo papel. Su participación se centraría en dos aspectos: en primer lugar, que acuerde “con los cinco capitanes extranjeros que se hallan con compañías de caballos en la frontera”<sup>756</sup>, el aumento de sus unidades hasta 80 o 100 hombres, siguiendo lo estipulado con los capitanes de las compañías de las Guardias de Castilla, consensuando con ellos las condiciones, y los medios que se les deberían facilitar, para que la calidad de las tropas y de las monturas, sea la mejor posible<sup>757</sup>.

En cuanto a los resultados prácticos, el balance ofrece luces y sombras, pues las 5 compañías totalizaban 265 hombres (248 soldados y 17 oficiales) más 17 soldados desmontados, lo que hacía un total de 289 efectivos, cifra que no era nada desdeñable<sup>758</sup>. Es digno de mención el estado de las compañías de los capitanes Jerónimo Díaz de Aux y fray Pedro Antonio de Hulus que, con 92 y (83 soldados y 9 oficiales), 83 unidades (75 “plazas sencillas” y 9 “de primera plana”)<sup>759</sup>, era más que satisfactorio, e incluso un mes después, el primero de ellos consiguió llegar hasta los 96 hombres (86 soldados y 9 oficiales, y un alférez reformado). Respecto al número de soldados reclutados, Díaz de Aux aprestó 53 soldados, recibiendo por cada uno de ellos 76 escudos (4.028 escudos en total); además, recibió otros 180 escudos (equivalentes a 4 pagas, a 9 escudos por mes) por haber provisto de monturas a otros 5 integrantes de su unidad<sup>760</sup>. Fray Pedro Antonio también incrementó su unidad hasta los 92 componentes

---

<sup>755</sup> El levantamiento de tropas era una de las vías utilizadas para el acceso a la oficialidad, o en el caso de aquellos individuos que ya pertenecían a ella, para lograr el mando de una unidad propia. También era una buena oportunidad para los oficiales reformados, de obtener una patente de capitán, con la cual continuar el servicio en un puesto de prestigio. Sobre este tema se han publicado últimamente importantes trabajos, que han ayudado a clarificar un tema del cual se conocía relativamente poco. Remitimos a las obras de Andújar Castillo y Rodríguez Hernández que ya citamos en las páginas anteriores.

<sup>756</sup> A las compañías de estos capitanes, uno de ellos era el propio Juan de Terrazas, también se las conocía como las “compañías de valones”. Los otros cuatro eran: Fabricio Priñano, Jerónimo Díaz de Aux, fray Antonio de Hulus y Francisco Plaza.

<sup>757</sup> *Papel de D. Diego de Luna y Rojas y el capitán Terrazas*..... 7-2-1638.

<sup>758</sup> *Relación del número de los soldados de a caballo y a pie, y oficiales que hay en las compañías de las Guardas de Castilla*.....27-5-1638.

<sup>759</sup> *Ibidem*.

<sup>760</sup> *Relación de la leva que han hecho los capitanes de caballos corazas extranjeras, que son fray Pedro Antonio de Hulus y Jerónimo Díaz de Aux*. Barcelona, 5-6-1638. AGS, GA, Leg. 1.215.



(84 soldados y 8 oficiales), mediante el reclutamiento de 50 soldados, lo cual le reportó unos ingresos de 3.800 escudos<sup>761</sup>.

En cuanto a las unidades de Fabricio Priñano, Francisco Plaza y Juan de Terrazas, su situación es mucho menos opulenta, pues no solo cuentan con menos de la mitad de efectivos, sino que parte de ellos se encuentran sin montura y, además, faltaban todos los oficiales<sup>762</sup>. No obstante, aquí también se produjeron avances significativos, pues en ese mismo periodo de tiempo, el virrey de Cataluña había pactado con ellos el reclutamiento de 126 nuevos soldados y la provisión de monturas para otros 24. En cuanto a las condiciones ajustadas, eran virtualmente idénticas: 76 escudos por soldado nuevo, y 36 escudos para remontar a los desmontados, lo que supondría un desembolso para la Real Hacienda de 10.440 escudos<sup>763</sup>. En vista de este aparente éxito a la hora de reforzar sus compañías, cabe preguntarse donde se encuentra la clave. Según nuestro criterio, nos inclinamos a pensar que la generosa oferta de la Corona motivó que estos capitanes se involucraran en el reclutamiento de forma más activa que otros oficiales. De la misma manera, según veremos más adelante, se permitió que la infantería valona que había servido en Extremadura, fuera reconvertida en tropas de caballería, y se es probable que dichos capitanes utilizaran este caladero de hombres para reforzar sus unidades<sup>764</sup>.

Para concluir, sugirieron que el virrey tratara con los capitanes de las compañías de caballería que recientemente se habían levantado en Castilla, y en esos momentos se encontraban en el Principado, la sustitución de los equinos no aptos para el servicio por otros con la calidad requerida, aportándoles los fondos necesarios para ello. Y al mismo tiempo, si fuera posible, que pactara el aumento de sus efectivos hasta los 80 hombres por compañía, para lo cual también percibirían haberes procedentes de la Real Hacienda<sup>765</sup>.

---

<sup>761</sup> *Ibidem*.

<sup>762</sup> Por ejemplo, la del capitán Priñano se componía de 40 efectivos (30 soldados y 10 desmontados); la de Francisco Plaza de 38 (33 soldados y 5 desmontados); y finalmente, la de Juan de Terrazas, 36 (27 soldados y 9 desmontados). *Relación del número de los soldados de a caballo y a pie, y oficiales que hay en las compañías de las Guardas de Castilla*.....27-5-1638.

<sup>763</sup> *Consulta de la junta del veedor general, D. Nicolás Cid, en la que representa*.....13-6-1638.

<sup>764</sup> Esta es la impresión que se desprende de las manifestaciones de los capitanes Juan de Terrazas y Francisco Plaza, los cuales, a la hora de comprometerse a incrementar sus unidades, piden se les de permiso para hacer leva entre los soldados de las compañías de valones de los capitanes Simón Díaz y Simón Sánchez. *Relación de lo que responden los cabos de las compañías de hombres de armas, los de corazas y valones*.....

<sup>765</sup> *Papel de D. Diego de Luna y Rojas y el capitán Terrazas*..... 7-2-1638..

Ante esta batería de propuestas, cabe preguntarse si se tradujeron en resultados efectivos, o si cayeron en el olvido. En un principio, la respuesta parece ser positiva, ya que según una consulta de la Junta de Ejecución fechada 10 días después de la proposición de D. Diego de Luna y del capitán Terrazas, se habían iniciado las gestiones para levantar caballería en Andalucía, a cargo de D. Diego, y en Extremadura, por parte de D. Martín Portocarrero, quien se había comprometido a aprestar los caballos necesarios para poner montar a su compañía, siempre y cuando la leva se realizara en aquella provincia<sup>766</sup>. Para salvaguardar los intereses de la Corona, sobre todo en lo referente a la calidad de los caballos, y los fondos asignados se destinaran al fin pretendido, se recomendó implicar en las gestiones a D. Fernando de Escobar, teniente de veedor general de las Guardas de Castilla, que en esos momentos se encontraba en Extremadura<sup>767</sup>.

En el caso de D. Diego de Luna, al ser requerido por el secretario D. Fernando de Contreras para que diera cuenta de las localidades andaluzas donde se podrían comprar más caballos, a finales de febrero todavía se encontraba en Cataluña, según refiere éste consta en un papel enviado por D. Antonio Gandolfo (teniente de maestre de campo general, ingeniero mayor y superintendente de las fortificaciones, en el ejército de Cataluña) al secretario Contreras, pues su presencia era necesaria allí por necesidades del servicio<sup>768</sup>. Pero esta circunstancia no impidió que continuara buscando nuevos caminos para poner en marcha su propuesta. Así, recomendó que los comisarios encargados de llevar los caballos a las plazas de armas, fueran personas con experiencia en la caballería, con conocimientos de la materia que se encomienda, pues de lo contrario se corre el riesgo de que, o bien mueran por el camino, o lleguen a su destino en unas condiciones lamentables. Para que esto no suceda, lo más sensato sería encargar esta tarea, tanto a los capitanes a quienes se había concedido el mando de las compañías que se hubieran de formar con los caballos adquiridos, como a los que ya tuvieran una

---

<sup>766</sup> *Consulta de la junta de la Ejecución del Ejército, dando cuenta a V.M. de lo que se le ofrece sobre la leva de caballos que, en Extremadura y Andalucía, se encargó a D. Martín Portocarrero y D. Diego de Luna.* Madrid, 17-2-1638. AGS, GA, Leg. 1215.

<sup>767</sup> “(.....) Y porque conviene que los caballos que levantara D. Martín sean de satisfacción, parece a la junta que V.M. sea servido de mandar al teniente de veedor general de las Guardas, D. Fernando de Escobar, que está en Extremadura, asista a esta leva, y reconozca los caballos que sean de servicio y los reseñe, e intervenga a las compras. De manera que la hacienda de V.M. no tenga desperdicio, y los caballos sean muy buenos.” *Ibidem*.

<sup>768</sup> “Por un papel que dio a V.m. D. Antonio Gandolfo, firmado del capitán Terrazas y de mí, previne el que yo no había estado en Andalucía, con que queda respondido a no tener noticia en que partido había más caballos, ni a que lugares se habrá de remitir el dinero, ni yo me satisfago de más informe que de lo que viere estando allá.” *Papel de D. Diego de Luna y Rojas al secretario D. Fernando Ruiz de Contreras sobre la leva de la caballería de Cataluña.* Madrid, 22-2-1638. AGS, GA, Leg. 1215.

compañía formada, pues además de conocer el oficio, eran los más interesados en la conservación de los animales<sup>769</sup>. Al mismo tiempo, con el objetivo de asegurarse el cumplimiento del servicio a satisfacción, no se deberían entregar las patentes, o al menos paralizar su concesión, hasta que no acreditaran haber llegado a sus destinos con los caballos asignados, y en buenas condiciones<sup>770</sup>, tarea que debería ser encomendada a una serie de oficiales del ejército, todos ellos próximos a sus personas<sup>771</sup>.

Respecto a la forma en que se debían de acometer las levadas, al igual que en otros muchos aspectos como la fiscalidad, o el reclutamiento de hombres para los ejércitos, se consideró fundamental la colaboración de las autoridades municipales, pues se articulaban en el registro de todos los caballos de los diferentes partidos, incluidos los de los caballeros, eclesiásticos y familiares del Santo Oficio, para que de ellos se compraran los más aptos. En cuanto al personal necesario para esta tarea, junto con el propio D. Diego, se juzgó conveniente designar una persona autorizada para que tasara los caballos, con el objetivo de que la Real Hacienda abonara por ellos el precio justo. Y para hacer cumplir esta normativa, e imponer las sanciones correspondientes en caso de rebeldía o insubordinación, se hacía imprescindible el concurso de un alguacil y un escribano, que no sean naturales de la zona donde se hayan de comprar los caballos, para que ejerzan su función sin presiones y con imparcialidad<sup>772</sup>. Aunque por los testimonios que hemos presentado, la necesidad de monturas para las tropas que habían de servir en la caballería era notoria, la Junta de Ejecución ralentizó la puesta en marcha de este proyecto, y se ordenó a D. Diego y a D. Martín, que tuvieran listos los caballos para mediados del mes de mayo y que, por el momento, su misión debía limitarse a inspeccionar los equinos, reservando los que pudieran ser aptos para su uso militar, con vistas a su ulterior utilización<sup>773</sup>.

---

<sup>769</sup> “(.....) si los comisarios que han de ir llevando las tropas de caballos son gente ordinaria, o caballeros que no entienden del manejo de la caballería, en los unos se erraría por el interés, y en los otros, por la poca experiencia.” *Ibídem*.

<sup>770</sup> *Ibídem*.

<sup>771</sup> Se trata de los capitanes de caballos Alonso Rodríguez, Luis de Torres y D. Juan de Liberona, y el teniente Carvajal. “Pues para para este efecto, soldados pláticos, de puesto y de satisfacción, no conozco en España.” *Ibídem*.

<sup>772</sup> “(.....) Y a todos (los que no declaren los caballos que tienen) se les ha de poner pena de 1.000 ducados, aplicados para gastos de guerra, o lo que S.M. mandare, al que no lo manifestare.” *Papel de D. Diego de Luna y Rojas*.....22-2-1638.

<sup>773</sup> “(.....) Que se de orden a D. Martín Portocarrero y a D. Diego que, luego salgan de aquí, y se les advierta que para mediado mayo han de partir los caballos, y que la diligencia que por ahora han de hacer, es ir reconociéndolos y reseñarlos, y dejarlos embargados, dando a entender que esta diligencia sólo se hace para saber los que hay en cada lugar, advirtiéndoles que han de ser crecidos, y de calidad que puedan servir de corazas.” *Consulta de la junta de la Ejecución, dando cuenta de lo que se le ofrece, sobre*

Paralelamente, se decidió que D. Pedro Dávila, miembro del Consejo de Guerra, a quien se acababa de nombrar gobernador de la caballería que se estaba congregando en Perpiñán<sup>774</sup>, antes de encaminarse a su destino, se dirigiera a Extremadura a conocer de primera mano el estado de las unidades de caballería destinadas allí, ante la posibilidad de que pudieran reproducirse los sucesos acontecidos durante el verano anterior en Évora. Pero su misión en tierras extremeñas era más compleja, pues a D. Pedro se le cometi6 la disolución de todas las compañías de dragones que, tras servir en la invasión del suroeste de Francia, a finales de 1636, pasaron a Extremadura para intervenir en la represión de los motines de Évora<sup>775</sup>, acaecidos durante el verano siguiente, y reconvertirlas en caballos arcabuceros<sup>776</sup>.

A imitación de lo obrado con las compañías de las Guardas de Castilla, sería muy beneficioso que D. Pedro tratase con los capitanes de las compañías asignadas a esta región, la manera de completar sus compañías hasta los 80 hombres, para que se dirijan hacia el frente catalán<sup>777</sup>. En último lugar, un hecho que llama poderosamente la atención, y que refleja bien a las claras la dificultad de encontrar tropas para servir a caballo, plantea la posibilidad de que, la infantería valona que había servido en Extremadura se reciclara en compañías de caballos corazas, disponiendo D. Pedro todo lo necesario para ello, y que se dirigiera con él a Perpiñán. Estas disposiciones merecieron la aprobación del monarca, quien ordenó se acelerasen las gestiones todo lo posible con el objetivo de que pudieran estar en Cataluña a primeros de abril<sup>778</sup>.

Al mismo tiempo, como medio complementario para aumentar los efectivos de caballería, y solucionar un problema de orden público, a petición de la “Junta de las Inquietudes de Portugal”, se propone reformar las compañías de dragones a las que nos acabamos de referir. Respecto a la manera de acometer su disolución, lo más conveniente sería repartirlos entre el resto de compañías de caballería, en concreto las de caballos arcabuceros, en grupos de cuatro unidades<sup>779</sup>. En concordancia con la

---

*algunas disposiciones de las levas de caballería para el ejército de Cataluña.* Madrid, 23-3-1638. AGS, GA, Leg. 1215.

<sup>774</sup> *Consulta de la junta de Ejecución sobre enviar a D. Pedro Dávila a tener a su cargo la caballería de Perpiñán en la forma que dentro se dice.* Madrid, 17-2-1638. AGS, GA, Leg. 1217.

<sup>775</sup> A este respecto, véase: VALLADARES RAMÍREZ, R.: *Epistolario de Olivares y el marqués del Basto (Portugal, 1637-1638)*. Badajoz, 1998. Sobre todo, pp. 33-90.

<sup>776</sup> *Consulta de la junta de Ejecución en la que da cuenta*.....2-3-1638.

<sup>777</sup> *Ibidem.*

<sup>778</sup> *Ibidem.*

<sup>779</sup> *Consulta de la junta de la Ejecución del Ejército, representando lo que conviene enviar orden para reformar las compañías de dragones que están en Extremadura, y agregar la gente de ellas a los arcabuceros a caballo.* Madrid, 24-3-1638. AGS, GA, Leg. 1215.

resolución adoptada, se envió orden a D. Pedro para proceder a ello “porque sirvan en ellas y, separados, estén con mejor disciplina”<sup>780</sup>.

Respecto a las gestiones del conde de Santa Coloma, a principios de marzo mantuvo contacto con dos capitanes de caballos italianos (de los cuales desconocemos su identidad), para que aumentaran sus compañías hasta 80 o 100 plazas. En cuanto a la forma en que se logrará este objetivo, el virrey propuso el mismo método que D. Pedro Dávila: asignar a estas ellas los soldados de infantería valona gobernados por D. Miguel de Acevedo, y si no fueren suficientes, tomarlos del tercio de italianos acuartelado en el Principado<sup>781</sup>. Pero reclutar soldados de caballería no era tan sencillo como cogerlos de la infantería, pues había que pertrecharlos con un equipo mucho más costoso que en el arma de a pie. Para ello, propuso que se abonara a cada capitán 700 reales por soldado, destinados al desembolso necesario para el caballo, silla, botas y espuelas<sup>782</sup>. Esta proposición pareció contentar a la administración real, pues desde Madrid se le autorizó a satisfacer tal cantidad (como máximo), con cargo a los fondos del pagador del ejército de Cataluña, siempre y cuando los caballos “sean de calidad que puedan servir corazas en ellos”<sup>783</sup>.

Nos resistimos a creer que los dirigentes de la Monarquía Hispánica tuvieran pensado resolver un problema tan complejo como el que estamos tratando, con la simple conversión de infantes en soldados de caballería. Pues no solo había que tener en cuenta que el tipo de combatiente era muy distinto, sino que el incremento numérico se veía lastrado por la disminución de su calidad. Además, se corría el riesgo de enflaquecer en exceso las fuerzas de a pie, que tampoco eran abundantes. Suponemos que esta última motivación debió estar presente en el ánimo del conde de Santa Coloma, cuando atenuó su propuesta inicial, mostrándose a favor de que sólo se destinara a tal efecto la compañía del capitán Caraffa, natural de Nápoles, donde servían 60 hombres<sup>784</sup>.

---

<sup>780</sup> *Ibidem*.

<sup>781</sup> *Consulta de la junta de la Ejecución del Ejército, dando cuenta de lo que escribe el conde de Santa Coloma sobre la leva de caballería que trata con los capitanes de caballos italianos, para cumplir el número de sus compañías*. Madrid, 2-3-1638. AGS, GA, Leg. 1215.

<sup>782</sup> *Ibidem*.

<sup>783</sup> *Ibidem*.

<sup>784</sup> “la dificultad que se le ofrece (al conde de Santa Coloma), es haber de valerse de la infantería valona e italiana que hay en el ejército. Y el medio que se podría tomar sería que, en volviendo la patrona de las galeras de Sicilia, que pasa con su infantería, se aplicase la compañía del capitán Caraffa, que va con ella, y tiene 60 napolitanos.” *Ibidem*.

La importancia que, desde las altas instancias de la Monarquía Hispánica, se dispensó a estas actuaciones, se puso manifiesto en la rapidez con la cual se remitieron los fondos necesarios para su aplicación<sup>785</sup>. Según una consulta de finales de abril, se acordó aprobar dos libramientos: el primero de 6.000 escudos, dirigido a Cataluña, para que el marqués de Santa Coloma pueda agilizar sus diligencias; y el segundo de 5.000 escudos, con destino a Requena, para socorrer a las tropas de caballería que, desde Extremadura, se encaminaban al Principado, y tenían previsto transitar por el Reino de Valencia. Y al mes siguiente se le remitieron otros 10.300 escudos para que hiciera frente a los gastos generados por la remonta y reclutamiento de nuevos efectivos de las compañías de caballería<sup>786</sup>.

Pero no solo el dinero era importante, sino que también se debían encontrar buenos oficiales para que mandaran. De tal modo, se nombró al barón Felipe de Arizaga teniente general “de la caballería de la vanguardia”, subordinado a D. Pedro Dávila; y se ordenó llamar a Juan Bautista de Meazza para que sirviera el empleo de comisario general, “pues tiene mucha plática de este ministerio”<sup>787</sup>. Otro de los designados para ocupar puestos de responsabilidad fue D. Pedro de Santa Cilia<sup>788</sup>, en concreto el de

---

<sup>785</sup> Para ello, no se tuvo ningún reparo en “valerse” de la plata destinada a particulares procedentes de Indias. En este caso, los perjudicados han sido los Fúcares, a quienes se tomó la cantidad necesaria de los 100.000 ducados de plata que se les habían de entregar. La cual pasó a manos de Juan Lucas Palavesín, importante financiero genovés, asentista de la Corona y miembro del Consejo de Hacienda, tras haber expedido una letra por dicha cantidad el gobernador del mencionado consejo. *Consulta de la junta de la Ejecución del Ejército, en la que representa a V.M. será bien se aprueben los libramientos de 6.000 escudos, que se remiten a Cataluña para las levas de caballería, y 5.000 para socorrer la que va de Extremadura*. Madrid, 29-4-1638. AGS, GA, Leg. 1215.

<sup>786</sup> *Consulta de la junta de Ejecución, dando cuenta de lo que se le ofrece sobre la leva y remonta de las compañías de caballos que hay en la frontera de Perpiñán*. Madrid, 21-6-1638. AGS, GA, Leg. 1215

<sup>787</sup> *Consulta de la junta de la Ejecución del Ejército, dando cuenta de lo que se le ofrece sobre algunas disposiciones tocantes a la caballería de la frontera de Perpiñán*. Madrid, 23-6-1638. AGS, GA, Leg. 1215.

<sup>788</sup> D. Pedro de Santa Cilia y Paz de Togores, caballero de Calatrava, (1592-1668) fue un noble mallorquín que ocupó diversos empleos políticos y militares al servicio de la Monarquía española. La primera referencia que hemos encontrado en este sentido, se refiere al año 1633, cuando levantó en Menorca una compañía de 400 infantes que condujo aquel mismo año a Italia, con el tiempo, sus efectivos se redujeron a la mitad, y fue agregada al Tercio de Saboya, aunque poco después formó parte del tercio que Juan Díaz Zamorano condujo a Alemania para el socorro de Breisach, a las órdenes del duque de Feria. Poco antes de la batalla de Nordlingen, el Cardenal Infante le ordenó formar un tercio de dragones, que levantó a partir de 5 compañías de infantería que se le confiaron. Posteriormente, fue almirante de la Armada del Mar de Cataluña, gobernador de los dragones de los ejércitos de España, gobernador de la caballería del ejército de Castilla la Vieja, gobernador de los bajos del socorro del Principado, gobernador y capitán general de Menorca, y capitán general interino del Reino de Mallorca. En la actualidad, un equipo dirigido por el profesor Antonio Bernat Vistarini, de la Universidad de las Islas Baleares, se encuentra trabajando en la elaboración de un epistolario sobre este personaje, que esperamos vea pronto la luz.

gobernador de los dragones de la frontera de Perpiñán, a quien se asignaron los soldados de las compañías de dragones que se reformaron en Extremadura<sup>789</sup>.

A finales de noviembre, dos meses después de haberse levantado el sitio de Fuenterrabía, el Conde Duque se lamentaba del poco fruto que estaban dando sus propuestas, con vistas a tenerlo todo dispuesto para la próxima campaña. En cuanto a las fuerzas montadas, llama la atención que todas las disposiciones encaminadas a remontar las compañías de caballos acuarteladas en Cataluña y Extremadura, no marchaban por buen camino<sup>790</sup>. Por si esto no fuera suficiente, tanto las fuerzas de caballería que sirven en el Principado, como las destinadas en Cantabria se encontraban en esos momentos sin mandos que las dirigieran<sup>791</sup>.

En cuanto a las medidas destinadas a paliar la crónica escasez de monturas, por esos días se promulgó un decreto, según el cual se obligaba a los grandes, títulos y criados del rey a tener cada uno cierto número de caballos (conforme la capacidad de cada uno). Al mismo tiempo, se contemplaba la posibilidad de obligar a los individuos que no satisficieran esta petición a que abandonaran la Corte<sup>792</sup>. El mismo objetivo se pretendía alcanzar cuando, a principios de abril de 1639, se ordenó a los corregidores que, sin ninguna consideración ni privilegio, requisaran los caballos propiedad de los obispos y canónigos de su jurisdicción<sup>793</sup>. Aunque no se menciona, suponemos que, de un modo similar a lo acontecido en ocasiones similares, se compensaría a los titulares de las monturas con una cantidad de dinero, si bien inferior a su valor real.

\*\*\*\*\*

De forma idéntica a lo sucedido con la infantería, la situación que presentaba la caballería no ofrecía ninguna garantía ante una amenaza exterior seria. En este sentido, la unidad montada sobre la que recaía esa responsabilidad, las Guardas de Castilla,

---

<sup>789</sup> *Ibidem*.

<sup>790</sup> “(.....) Para engrosar el número de caballería que hay en las dos fronteras, se ha ordenado se remonten las compañías. Y porque en este particular no ve el conde duque se camina como conviene, y es necesario se trate de ello con suma prisa, por ser de tanta importancia no falte en los ejércitos la que fuere menester, le parece se tome el medio conveniente para que esto se adelante. De suerte que haya la caballería necesaria.” *Consulta de la junta de la Ejecución sobre lo que ha propuesto el conde duque, para adelantar las disposiciones hechas para la formación de los ejércitos que ha de haber el año que viene*. Madrid, 23-11-1638. AGS, GA, Leg. 1215.

<sup>791</sup> *Ibidem*.

<sup>792</sup> *Carta de Sebastián González al padre Rafael Pereira*. Madrid, 17-11-1638. MHE, Tomo XV. pp. 102-103.

<sup>793</sup> *Carta de Sebastián González al padre Rafael Pereira*. Madrid, 5-4-1639. MHE. Tomo XV. pp. 208-209.

evidenciaba numerosos síntomas de decadencia y abandono, que la convertían más en una formación teórica que un cuerpo operativo. Estas miserias se hicieron aún más patentes cuando, a partir de 1631-1632, en previsión del inicio de las hostilidades con Francia, se buscó dinamizar su papel como garante de la seguridad del corazón de la monarquía. Cuando a partir de 1635 esta amenaza se convirtió en realidad, el Conde Duque de Olivares se implicó en la revitalización de esta unidad, y propuso una serie de medidas cuyo objetivo último era que estuvieran listas para cumplir con el objetivo que justificaba su existencia. La principal de ellas, era que los capitanes de las diferentes compañías tuvieran todas sus plazas cubiertas y, si era posible, que las incrementaran, para lo cual se ofrecerían importantes incentivos.

Las pocas esperanzas que se tenía en que el fortalecimiento de las Guardas de Castilla se tradujera en resultados prácticos, motivó que el Conde Duque optara por otros expedientes complementarios, que permitieran paliar las carencias que ofrecía la unidad encargada de la defensa peninsular. Entre ellas, recogiendo el parecer de algunos teóricos de la época, se encuentra la recuperación de una antigua práctica medieval, la cual se había revelado eficaz durante el Medievo: el restablecimiento de la caballería de cuantía. Se trataba de obligar a la población a costear una montura y un determinado armamento en función de su riqueza, ofreciendo a cambio una serie de incentivos que compensaran el esfuerzo que suponía esta carga. Al mismo tiempo, se llegó a proponer que el servicio en esta caballería fuera valorado como mérito preferente a la hora de acceder a la nobleza, con el objetivo de animar al mayor número posible de individuos.

Otra de las actuaciones que se emprendieron, buscaba vincular al estamento nobiliario con la formación, equipamiento y paga de unidades de caballería (aunque también se obligaron a la formación de tropas de a pie). Entre ellas, destacan las coronelías y las 64 compañías de caballos. Ambas supusieron un campo de pruebas de las nuevas relaciones entre Corona y nobleza, condicionadas por el inicio de la guerra con Francia y la conversión de la península ibérica en teatro de operaciones principal, por primera vez en más de una generación. La principal diferencia con respecto al pasado fue un progresivo incremento de la intensidad de los servicios exigidos al estamento privilegiado, tanto en hombres como en dinero.

Sin embargo, pese a que la situación había cambiado, si el poder real quería obtener la asistencia de sus principales súbditos, debía mostrarse dispuesto a pactar con ellos y a ofrecerles gratificaciones, con las cuales vencer la resistencia que pudieran mostrar. En el caso de las 64 compañías de caballos, esta realidad se reveló más que



necesaria, pues si las condiciones del servicio, incluidas las contrapartidas que obtendrían, no se pactaban con ellos, los resultaban serían poco satisfactorios. Como hemos visto en el desarrollo de este proyecto, las cesiones por ambas partes estuvieron muy presentes, pues la aristocracia tampoco podía cerrarse en banda y abandonar al rey, pues de ello dependían sus posibilidades de promoción.

Por otra parte, de estas iniciativas para mejorar la situación de las fuerzas montadas se puede extraer una doble lectura. En primer lugar, evidencian el poco éxito de la Corona a la hora de articular una caballería operativa por los canales oficiales, es decir, mediante las Guardas de Castilla, lo cual justificó que se optara por alcanzar este objetivo a través de caminos alternativos. Por otra parte, supusieron un punto de partida para ulteriores designios cuyo objetivo era aprestar todos los recursos posibles para oponerse a Francia.

En este orden de cosas, consideramos que decisiones como obligar a 64 nobles a que levantaran una tropa de caballería, supusieron una manera de sondear la actitud del segundo estado, por si en un futuro fuera necesario recurrir de nuevo a ellos. Al mismo tiempo, vendrían a justificar los llamamientos que por esos años se hicieron a hidalgos y caballeros de hábito para que se agruparan en unidades de caballería, a los cuales nos referiremos en los siguientes capítulos, y que concluyeron con la formación del Batallón de las Órdenes.

En definitiva, si la Monarquía hubiera sido capaz de satisfacer por sí misma sus demandas de tropas de caballería, no tendría que haber recurrido a expedientes como los que hemos mencionado, donde el estamento privilegiado estaba llamado a jugar un activo papel, tanto con sus bienes, su capacidad de reclutamiento y, en el caso de hidalgos y caballero de hábito, su servicio militar personal.

## 6. LAS ÓRDENES MILITARES Y LA PROFESIÓN DE MARTE.

### 6.1. ANTECEDENTES.

Las Órdenes Militares fueron una de las instituciones en las que el Conde Duque buscó llevar a la práctica sus proyectos reformistas por su doble naturaleza: nobiliaria y militar. El interés del ministro venía determinado por su relación con el estamento privilegiado, el acceso al honor y, sobre todo la relajación de sus valores originales. Según D. Gaspar, éstos podían ser validos en la realidad de su tiempo, sobre todo para alcanzar su objetivo de configurar una nobleza de servicio, para oponerla a la nobleza tradicional, la cual reivindicaba la sangre y el origen por encima de todo.

No vamos a extendernos demasiado en su origen, pero cabe decir que nacieron en el siglo XII como organizaciones religiosas carácter regular y evidente proyección militar. Sus miembros, conocidos como *freires*, se hallaban, por tanto, sujetos a disciplina y votos monásticos sin que ello supusiera renunciar al servicio con las armas en defensa de la Iglesia frente a sus enemigos: los infieles musulmanes de Tierra Santa y la península ibérica, los paganos eslavos de Prusia y el Báltico, los cismáticos griegos y los herejes diseminados por toda la Cristiandad. Sin embargo, a lo largo de la Edad Media, las Órdenes Militares fueron cambiando poco a poco su naturaleza esencial y objetivos funcionales en concreto, tuvo lugar un paulatino proceso de secularización, visible ya en la Baja Edad Media y patente en los tiempos modernos. A partir del siglo XVI las antiguas milicias abandonaron la vida monástica y su dimensión militar para convertirse, hasta el siglo XIX, en organizadas instituciones nobiliarias.

El origen de todo se encuentra en la asociación de la milicia y la religión a la altura del siglo X, momento a partir del cual empiezan a estar presentes en textos y sermones, pero se hacen también familiares en las imágenes de hombres cuya santidad no fue incompatible con la profesión de las armas. Es conocido el pionero ejemplo del famoso abad Odón de Cluny, quien hacia 930 escribió la biografía de un contemporáneo santo guerrero, el conde Geraldo de Aurillac, buen ejemplo de cómo podía alcanzarse la santidad propia del mundo monástico desde el ejercicio de las armas. De este modo, la

orden de Cluny, paradigma del monacato renovador, contribuyó a cristianizar la imagen del guerrero noble. La influencia de esa aristocracia también propiciaría una profunda señorialización de los monasterios, incompatible en principio con las originarias ideas monacales de reforma eclesiástica, pero cuando el Cister intentó poner remedio a la situación, ya no renunciaron al lenguaje e incluso al estilo y manifestaciones de la milicia<sup>794</sup>.

Este hecho supuso una ruptura radical con los postulados asumidos en los primeros tiempos del cristianismo, en los cuales estuvo vigente un rechazo frontal a la violencia y a la guerra. Sin embargo, a partir del siglo IX, la necesidad de acudir en defensa de la Cristiandad vino a trastocar este idílico panorama. En una carta (de dudosa procedencia) del Papa Juan VIII, aparecida en las Actas del Concilio de Oviedo del año 872, se expone tanto la situación política del momento como la idea de guerra religiosa y la necesidad de la defensa frente a los enemigos de la fe. En este sentido, la Iglesia tuvo la habilidad de convertir la violencia y el ímpetu guerrero en una ideología compartida por todo Occidente. De esa manera, la “cristianización” total del guerrero, se realizó a partir de los siglos X y XI, con la introducción de oraciones, de bendiciones y otros elementos netamente cristianos en la vida de los caballeros<sup>795</sup>.

Tal y como apuntamos en las páginas anteriores, la caballería tuvo unos orígenes laicos y seculares relacionados con la guerra. Pero cuando en la plena Edad Media, se incorporó a la caballería una serie de valores identificables con la nobleza, tales como: el valor, la lealtad, la liberalidad, la cortesía, etc. purificó su imagen. La valoración espiritual de los guerreros combatiendo por la Iglesia, se tradujo también por un culto a los santos militares. El cual culminó con la aparición del *miles Christianus*, durante los siglos X-XI. En la península ibérica, esta figura no surgió hasta el siglo XII, con la aparición de la Orden del Temple que fue abordada y defendida ante la Iglesia en la obra *De Laude Novae Militiae* (De la Excelencia de la Nueva Milicia, ca. 1130) de San Bernardo de Claraval. Puede considerarse al cisterciense como uno de los responsables de la perfecta conjunción de los ideales de monje y guerrero, que a los ojos de la sociedad europea de principios del siglo XII, podían parecer como diferentes e incluso contradictorios. Este clérigo, en concordancia con el pensamiento reformista que dio pie al movimiento de las Cruzadas, diferenció la milicia secular, de aquella otra que tomó

---

<sup>794</sup> AYALA MARTÍNEZ, C.: *Las Órdenes Militares hispánicas en la Edad Media (siglos XII-XV)*. Madrid, 2003. pp. 13-17.

<sup>795</sup> SÁNCHEZ PRIETO, A.B.: *Guerra y guerreros en España según las fuentes canónicas de la Edad Media*, Madrid, 1990. pp. 27-29 y pp. 39-54.

cuerpo en el Temple. Haciendo un juego de palabras, a la primera la denominó *malitia*, pues nacía del pecado. En cuanto a la segunda, consideraba que la dedicación armada a Cristo transfiguraba la acción militar, y la definió como *nova militia*, pues estaba basada en la fidelidad a Dios. Estas ideas, se difundieron por la península gracias a la orden religiosa que encabezaba San Bernardo de Claraval. Y su éxito se explica porque los caballeros de la Orden del Temple (paradigma de esta milicia dedicada al servicio de Dios) practicaban las virtudes cristianas como ideal religioso, al tiempo que se ejercitaban en otras virtudes humanas, tales como la lealtad al señor y la defensa de los débiles<sup>796</sup>. El caballero estaba protegido a la vez, en su alma por la coraza de la fe y en su cuerpo por la coraza de hierro, gracias a ambas armaduras puede defenderse de los hombres y de los demonios<sup>797</sup>.

El Primer Concilio de Letrán (1123), donde se concedieron los mismos privilegios, tanto a quienes combatían en Tierra Santa, como a los que lo hacían en la península ibérica, tuvo una gran influencia en la aparición y consolidación de las Órdenes Militares en suelo hispano. Aunque fue en el siglo XI cuando nacieron las primeras órdenes de caballería, no fue hasta la centuria siguiente cuando se instaló la Orden del Temple en los reinos cristianos peninsulares y, por ende, la figura del monje-guerrero, un caballero al servicio de Dios. Así, las Órdenes Militares se constituyeron como instituciones en las que se reflejaba la identificación de la milicia con la Iglesia, cuya aparición responde a una doble finalidad: guerrera y religiosa<sup>798</sup>.

En esta evolución, el Papado jugó un papel significativo, ya que no sólo ayudó a la consolidación del movimiento cruzado, sino que fomentó la construcción de un nuevo modelo de sociedad: el de un feudalismo cristianizado. Y es que para Roma, siempre y cuando se consiguiera que las relaciones de dependencia personal se vieran legitimadas por un sacralizado concepto de jerarquía y, sobre todo, si se conseguía domesticar a los caballeros reorientando su desatada violencia hacia fines moralmente aceptables, el orden feudal no tenía porque ser visto como algo negativo.

---

<sup>796</sup> DÍAZ PEÑA, E.: *Op. cit.* pp. 77-80.

<sup>797</sup> “(.....) los caballeros de Jesucristo combaten solamente por los intereses de su señor, sin temor de incurrir en algún pecado por la muerte de sus enemigos, ni en peligro ninguno por la suya propia, porque la muerte que se da o recibe por amor de Jesucristo, muy lejos de ser criminal, es digna de mucha gloria. (.....) Es cierto que no se debería exterminar a los paganos si hubiera algún otro medio de estorbar los malos tratamientos y las opresiones violentas que ejercen contra los cristianos. Pero es mucho más justo combatirlos ahora, que no sufrir la dominación de los pecadores sobre la cabeza de los justos para que los justos no vayan a cometer la iniquidad con ellos.” CLARAVAL, SAN BERNARDO DE: *De la Excelencia de la Nueva Milicia*, c.a. 1130. Tomado de: CAMPOS, J., (coord): *Lux Hispaniarum. Estudios sobre las Órdenes Militares*. Madrid, 1999. pp. 467-468.

<sup>798</sup> DÍAZ PEÑA, E.: *Op. cit.* p. 81.

La conversión de esa turbulenta *militia diaboli* en la santificada *militia Dei*, era en cierto modo la clave. Se trataba de hacer que la violencia, encauzada a favor de los intereses de la Cristiandad no sólo estaba justificada sino que podía reportar inmensos beneficios para quien la practicara: beneficios espirituales porque hacía al nuevo guerrero cristiano campeón de la justa causa de la Iglesia, acercando su virtuoso comportamiento al del esforzado monje, pero también beneficios materiales, porque la defensa de Fe cristiana no era ajena a la consolidación expansiva de sus fronteras, ni mucho menos a la liberación de los Santos Lugares, y de una u otra circunstancia podían derivarse legítimas recompensas materiales<sup>799</sup>.

El nacimiento de las Órdenes Militares castellanas estuvo muy imbuido de este espíritu de cruzada. En el caso de la orden de Santiago, según lo apuntado por Quintela de Salazar, su origen estuvo en el deseo del rey Ramiro I de poner fin al pago del tributo de las parias. Para ello invadió las tierras de los musulmanes, pese a los buenos augurios de la empresa, los infieles consiguieron rehacerse y, cuando la situación se hizo desesperada para el monarca, la noche antes de la batalla definitiva, se le apareció en sueños el apóstol Santiago, animándole a presentar batalla al día siguiente, ya que el santo participaría en ella. El rey comunicó esta premonición a algunos religiosos que le acompañaban, visión también compartida por ello. El apóstol cumplió su promesa y en la batalla del cerro de Clavijo (844), los moros fueron “vencidos y desbaratados y muertos más de setenta mil”. Tras esta memorable victoria se inició la costumbre de invocar a Santiago al principio de las batallas, e instituyéndose la orden y caballería de Santiago, como signo de veneración hacia aquel que hizo posible la victoria, y para premiar con su insignia a los que se distinguieron en aquella batalla. Posteriormente, en la ciudad de León, el rey junto con los prelados y grandes del reino, prometió dedicar parte de lo que se tomase a los moros a promover el culto al apóstol Santiago. De este voto se hace mención en el capítulo *Ex parte censibus*, tal cuando la orden fue confirmada bajo la regla de San Agustín, por el Papa Alejandro III, el año 1175<sup>800</sup>. Para otros autores, la orden de Santiago nació en Cáceres en 1170, a instancias del rey

---

<sup>799</sup> BENITO RUANO, E.: “Las Órdenes Militares españolas y la idea de Cruzada”, en: *Hispania*, Tomo XVI, nº LXII (1956). pp. 8-13. Véase también: ANTELO IGLESIAS, A.: “El ideal de cruzada en la Baja Edad Media”, en: *Cuadernos de Historia*, Tomo I (1967). Sobre todo pp. 37-43.; GUIJARRO RAMOS, L.: *Papado, Cruzadas y Órdenes Militares, siglos XI-XIII*. Madrid, 1995.

<sup>800</sup> QUINTELA DE SALAZAR, A.: *Op. cit.* Fol. 74r.

Fernando II de León, y como cofradía de caballeros liderada por Pedro Fernández<sup>801</sup>. Dicha cofradía, apenas transcurridos unos meses de su constitución, en febrero de 1171, se transformó propiamente en milicia religiosa gracias a un acuerdo con el arzobispo de Santiago del que recibió nombre y rentas a cambio de compromiso vasallático y servicio a su Iglesia bajo el estandarte del Apóstol. En última instancia, antes de 1175 la milicia empezó a seguir su propio camino, al margen de la Iglesia compostelana, desplazando su núcleo fundamental de poder a Castilla y con la configuración de una regla religiosa que sancionó su directa dependencia de la Sede Apostólica<sup>802</sup>.

Respecto a la fundación de la orden de Calatrava, uno de los primeros testimonios que tenemos, es el ofrecido por el arzobispo de Toledo, Rodrigo Jiménez de Rada, que vivió en la segunda mitad del siglo XIII. Esta fuente nos informa de la llegada del rey Sancho III de Castilla a la ciudad de Toledo, en el preciso instante en que tomaban cuerpo en la ciudad insistentes rumores sobre una inminente acometida musulmana contra Calatrava. Por entonces el control y defensa de esta plaza fuerte se encontraba a cargo de la orden del Temple, pero ante la imposibilidad de ofrecer una defensa con garantías, comunicó al monarca su intención de abandonarla. Esta decisión acarreó un grave problema, ya que se trataba de una plaza estratégica sobre el Guadiana, pues suponía el principal eje de comunicaciones entre la antigua capital del reino visigodo y Andalucía, y el territorio por donde los musulmanes realizaban sus incursiones contra el corazón de Castilla<sup>803</sup>.

Según Francisco de Rades y Andrada, en la década de los 70 del siglo XVI, dicha orden fue instituida en la villa del mismo nombre, bajo el pontificado de Adriano IV, por el rey Sancho III de Castilla, a instancias del abad del monasterio de Santa María de Fítero, Don Raimundo (de la orden del Cister), y de un monje del dicho convento, Fray Diego Velázquez, que antes de ejercer la religión había profesado las armas. Este abad recibió como donación real la villa de Calatrava el año 1158 y así, la orden de Calatrava fue instituida para el servicio de Dios, como se documenta en su bula de aprobación, otorgada por el Papa Alejandro III en 1164<sup>804</sup>.

La presencia en Calatrava del abad Raimundo de Fítero y de un monje de su comunidad, Diego Velázquez, antiguo caballero de origen burgalés que se había criado

---

<sup>801</sup> SASTRE SANTOS, E.: *La orden de Santiago y su regla*. Madrid, 1982. pp. 132-136.

<sup>802</sup> Sobre el origen de la orden de Santiago, destacan las obras de: LOMAX, D.W.: *La Orden de Santiago. (1170-1275)*. Madrid, 1965 y MARTÍN, J.L.: *Orígenes de la orden militar de Santiago. 1170-1195*. Barcelona, 1974.

<sup>803</sup> MARAÑÓN, M.: *Op. cit.* Fols. 28r-36v.

<sup>804</sup> RADES Y ANDRADA, F.: *Catálogo de las obligaciones*..... *Op. cit.* 9r-11r.

junto al rey Sancho, ofreció una solución al problema de la defensa de la plaza. El monje aconsejó al abad que solicitara del monarca la concesión de la fortaleza, petición que fue atendida por Sancho III. De inmediato se presentaron ante el arzobispo Juan de Toledo, de quien obtuvieron apoyo material e indulgencias para quienes acudieran a la defensa de la plaza. Mientras tanto, en enero de 1158, el rey formalizó la concesión a perpetuidad de la villa y castillo de Calatrava, a favor del abad y monasterio de Fítero, aunque en última instancia los moros no comparecieron. Pero este hecho no impidió que muchos devotos ingresaran allí, en la orden cisterciense, y combatieran a los musulmanes. Fue entonces cuando el abad marchó a su monasterio para trasladar tanto personas como bienes a Calatrava, y el abad a la plaza fronteriza con abundantes rebaños y bienes, además de una gran cantidad de guerreros a los que proporcionó soldadas y mantenimiento<sup>805</sup>.

En relación a la orden de Alcántara (en sus orígenes llamada orden de San Julián de Pereiro) filial de la Calatrava, sólo mencionaremos que fue fundada por Fernando II de León en 1176, y que también fue ordenada en la regla cisterciense de San Benito (adaptada, al igual que en el caso de su precursora, para hacerla compatible con su profesión militar). Su bula confirmatoria fue otorgada también por Alejandro III en 1177 y, tras unas décadas de existencia independiente, quedó sujeta a Calatrava en 1256. De este modo, el maestre y los caballeros estaban obligados a guardar sus estatutos y leyes, así como admitir las visitas y reformaciones del maestre de Calatrava<sup>806</sup>.

En cuanto a la acción militar de estas corporaciones durante la Edad Media, debemos mencionar que no solo se circunscribió al combate terrestre, sino que desde momentos muy tempranos, asistimos a diversos intentos, con fortuna desigual, para vincularlos al servicio naval, cuyos objetivos preferentes consistieron en la defensa del litoral costero, y en la realización de expediciones de castigo contra los infieles, que al mismo tiempo permitían obtener significativos botines con los que financiar estos gastos. Pero lo más importante de todo, con vistas al futuro, es que esta vertiente marítima será invocada por gran parte de los autores que buscarán revitalizar la belicosidad de estas milicias, en los siglos XVI y XVII.

Uno de los primeros testimonios que hemos encontrado en esta dirección, data de época de Alfonso X. En 1253, el Rey Sabio llegó a un acuerdo con el maestre de la

---

<sup>805</sup> CARO DE TORRES, F.: *Op. cit.* Fols. 56r-62v.

<sup>806</sup> *Ibidem.* Fols. 77r-81v.

orden de Santiago Pelayo Pérez Correa. Según dicho acuerdo, esta corporación recibiría del monarca una galera aparejada, a cambio de que mantuvieran en ella 200 hombres para servir al monarca durante tres meses al año; se especificaba además que el beneficio obtenido a partir de estas acciones marítimas, se repartirían al 50% entre el rey y la orden, y que ésta se comprometería a repararla cada siete años, de modo que si se perdiera en servicio del rey, no la habría de restituir hasta que se cumpliera el plazo de los siete años. Aunque no tenemos noticias de sus actuaciones, lo cierto es que años después, en torno a 1276, este soberano creó la primera orden militar específicamente naval, la cofradía de Santa María de España<sup>807</sup>. No arraigaría tampoco el proyecto que, más de un siglo después, diseñaría Juan I en relación con una nueva orden militar, con sede en Tarifa y bajo la advocación de San Bartolomé, para atender a la defensa costera. No sabemos si en el designio del rey figuraban labores de vigilancia marítima mediante el flete de naves al efecto, pero en cualquier caso, la orden, pese a ser aprobada en enero de 1388 por el Papa aviñonense Clemente VII, nunca llegó a ver la luz<sup>808</sup>.

También la orden de Montesa, a pesar de que en su bula fundacional (1317), no hay ninguna alusión al desarrollo de actividades navales, y que su nacimiento obedecía

---

<sup>807</sup> Esta milicia fue fundada en 1276 por el rey Alfonso X, con unos objetivos muy claros: impulsar los ideales caballerescos y la guerra contra el infiel en el mar; poner fin a las incursiones berberiscas contra el litoral mediterráneo y asegurar el comercio en esta zona y en el estrecho de Gibraltar. Se decidió establecer su cuartel general en Cartagena (además se erigieron otros tres conventos menores, situados en San Sebastián, La Coruña y el Puerto de Santa María). En cuanto a su organización, estaba encabezada por el almirante y alférez de Santa María, que hacía las funciones de Gran Maestre de ella, empleo que fue a parar al infante D. Sancho (hijo de Alfonso X). Por debajo se encontraban los clérigos, los caballeros (que vestían hábito negro y capa roja) y otros *freires* laicos. Respecto a sus hechos de armas, además de la protección del litoral correspondiente a su asentamiento, participaron en el cerco de Algeciras (1279), donde la flota castellana fue derrotada. Este hecho marcó el final de la orden, pues al año siguiente la campaña emprendida contra el rey granadino culminó con una sonora derrota en la batalla de Moclin. Tras estos reveses, y ante la imposibilidad de que la orden pudiera continuar sus actividades, el Rey Sabio decidió liquidarla e integrarla en la orden de Santiago, decisión que se consumó en abril de 1281. *Regla de la orden de la caballería de Santiago, con notas sobre algunos de sus capítulos y un apéndice de varios documentos*. Madrid, 1791. p. 89. Entre los trabajos recientes que han estudiado esta milicia, destacamos: DE LUCAS ALMEIDA, J.M.: “Nuevas aportaciones al estudio de Santa María de España”, en *Revista de Historia de El Puerto*, nº 6 (1991). pp. 11-32. MARTÍNEZ-VALVERDE, C.: “Las Órdenes Militares en la mar. La orden de Sancta María de Espanna”, en: CAMPOS, J., (coord) *Op. cit.*, pp. 167-177. RODRÍGUEZ DE LA PEÑA, M.A.: “La orden de Santa María de España y la orden Teutónica. Apuntes en torno a un modelo de relación entre las Órdenes Militares y las monarquías europeas en el siglo XIII”, en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, nº 32 (1996). pp. 237-246. TORRES FONTES, J.: “La orden de Santa María de España”, en *Miscelánea Medieval Murciana*, nº 3 (1997). pp. 75-118. HERNÁNDEZ SERNA, J.: “La orden de la Estrella, o de Santa María de España, en la cantiga 78 del código BR20 de Florencia”, en: *Alcanate: Revista de estudios alfonsíes*, nº 2 (2000-2001). pp. 227-250. TORRES FONTES, J.: “La Orden de Santa María la Real, de Murcia”, en *Alcanate: Revista de estudios alfonsíes*, nº 2 (2000-2001). pp. 83-96.

<sup>808</sup> AYALA MARTÍNEZ, C.: *Op. cit.* pp. 536-37.



a la defensa de las fronteras del Reino de Valencia contra los musulmanes, fue incluida en designios de carácter naval. No obstante, aunque las escaramuzas locales con los infieles continuaron, era evidente que el proceso reconquistador había dejado de ser una motivación política para los reyes aragoneses. En cambio, había pasado a un primer plano la defensa de sus posiciones costeras amenazadas por los golpes de la piratería. Por eso no fue de extrañar que unas décadas más tardes, intentara ser orientada hacia la custodia de la costa, aunque sin mucho éxito. No obstante, en 1388 las Cortes de Monzón dispusieron la dotación de una galera para la vigilancia del litoral que habría de ser comandada por el maestre de Montesa, pero el presupuesto acordado y concedido a las autoridades de la orden no llegó a materializar dicho objetivo.

Para concluir, no podemos ignorar lo acontecido con las órdenes portuguesas de Cristo y Avis, que en esta materia fueron el ejemplo a seguir. Dichas milicias ofrecen una realidad muy diferente a lo acontecido con Santiago y Montesa, pues en ellas se puede apreciar una clara vocación marinera. Respecto a la orden de Cristo, fundada en 1319, su nacimiento tuvo lugar casi setenta años después de que finalizara la reconquista portuguesa, como consecuencia de la necesidad de defender su litoral costero meridional. En ese sentido, la fijación del convento central de la nueva orden en la inexpugnable fortaleza de Castro Marim, resulta del todo elocuente. Esta vinculación con el mar, es evidente en la época del infante don Enrique el Navegante, responsable del maestrazgo de Cristo a lo largo de una buena parte del siglo XV, y durante el reinado de Manuel I. En relación a la orden de Avis, cuando se produce la conquista de Ceuta (1415), cuenta ya con una cierta tradición. Por ejemplo, en el enfrentamiento acontecido entre galeras castellanas y portuguesas en 1384, con motivo del cerco de Lisboa, el patrón de una de estas últimas era un comendador de la orden de Avis<sup>809</sup>.

Aunque estos indicios pudieran hacer pensar que la situación de las Órdenes Militares dentro de la sociedad bajo medieval era cómoda, lo cierto es que debió afrontar dos problemas que, a la larga, trastocaron su concepción y sus primigenias funciones. Nos referimos al el deseo del poder civil de utilizarlas en su propio beneficio, y una cierta relajación de su vertiente militar. No obstante, ambas realidades se encuentran relacionadas entre sí, e influirán decisivamente en su incorporación a la Corona en 1523. Paralelamente, tampoco podemos ignorar que, sobre todo a partir del

---

<sup>809</sup> *Ibidem.* pp. 532-39.

siglo XVI, todos los testimonios ponen de manifiesto una notable laxitud en las duras condiciones de vida que, hasta entonces, habían regido la pertenencia a estas milicias.

En cuanto al primero de ellos, lo que pretendían los monarcas castellanos era emplearlas en sus contiendas contra otros príncipes cristianos. Sin embargo, sus primitivos textos reglares y normativas contemplaban sólo contemplaban la defensa de la fe cristiana y el combate contra sus enemigos por antonomasia, los musulmanes. Pues en un principio, la Iglesia consideró inaceptable el desvío de las capacidades ofensivas de las Órdenes Militares contra quienes no fueran infieles sarracenos. Pero los reyes, desde momentos muy tempranos, introdujeron, por vía de excepción, una importante reserva que les permitiría la utilización de estas milicias en caso de enfrentamiento con un enemigo cristiano, lo cual constituía una violación de los términos originales. Pese a esta voluntad del poder real, los casos de colaboración en los enfrentamientos sostenidos contra otros monarcas cristianos, siempre con el pretexto de auxilio, fueron poco numerosos antes de principios del siglo XIV<sup>810</sup>.

Con el devenir de los siglos, estos designios cristalizaron. Su principal consecuencia fue que las Órdenes Militares pasaron a convertirse en instrumentos de la monarquía, la cual estaba autorizada a utilizar sus servicios, sin otra justificación que la de la asistencia a la Corona. Es cierto que, con todo, su hipotética acción militar aludía a la defensa del Reino, y que los musulmanes no desaparecieron como enemigo secular. Pero al mismo tiempo, es indudable que una vez finalizada la Reconquista, la defensa del territorio se transformó en voluntad expansiva de afirmación monárquica, más ligada al fortalecimiento de la Corona que a la propia supervivencia del Reino, de tal suerte que la Cristiandad dejará de constituir el horizonte ideal de su intervención.

De tal modo, las Órdenes Militares se nacionalizan, por lo que su existencia y función encuentran su razón de ser en las de la propia monarquía. Así, sus objetivos militares no serán otros que los que la voluntad del rey decida, sean infieles o cristianos. En este sentido, los frentes de intervención más destacados fueron: la guerra luso-castellana de 1336-39, la castellano-aragonesa de los Dos Pedros, de 1356-66; la contienda entre Portugal y Castilla, que culmina en la batalla de Aljubarrota de 1385 y, finalmente, ya en el siglo XV, la Guerra de Sucesión entre Portugal y Castilla de 1475-76, donde las ordenes de Calatrava y Alcántara tomaron partido por Juana la Beltraneja, mientras que la de Santiago apoyó a Isabel. En el caso de la Corona de Aragón, es de

---

<sup>810</sup> *Ibidem.* pp. 487-92.

destacar el concurso de la orden de Montesa en las campañas italianas de Alfonso V, donde su maestre, Romeo de Corbera, fue nombrado capitán de una galera destinada a pacificar la isla de Cerdeña en 1419-20, y poco después comandó la flota aragonesa que derrotó a Génova, aliada de los angevinos napolitanos<sup>811</sup>.

En cuanto a la segunda disyuntiva, las primeras manifestaciones también datan del siglo XIV (de modo que el problema que se planteará durante el reinado de Felipe IV con los caballeros de hábito, tiene sus orígenes en esos momentos). Es a partir de esos años cuando se detecta una sensible desmotivación en lo referente a la vertiente militar de estas corporaciones, sobre todo en lo referente a la lucha contra los infieles. Sin embargo, habría que tomar estos datos con reservas, pues como hemos señalado en las líneas anteriores, las Órdenes Militares (a instancias del poder civil) participaron en contiendas entre príncipes cristianos. De la misma manera, la ralentización, e incluso paralización, de la Reconquista durante esa centuria, coincidente en el tiempo con una notoria debilidad de la institución monárquica, tuvo que dislocar a unas instituciones que habían hecho de la lucha contra los musulmanes su modo de vida.

Entre los testimonios más críticos destacan los del Papa Juan XXII, quien en 1319 exhortaba a los miembros de la orden de Calatrava a combatir contra los infieles en defensa de la Cristiandad, recuerdo que debió invocar de nuevo al año siguiente. Pero la dureza de las críticas se intensificó desde principios del siglo XV, las cuales incidieron en la falta de vocación castrense de sus miembros. En una carta del abad de Morimond dirigida a los freires de Calatrava, fechada en octubre de 1449, les apremiaba a reformar sus relajadas costumbres tanto en lo tocante a la disciplina como a la combatividad militar, en los siguientes términos: “*dicese de vosotros que non faceis cavallerias por el nombre de Christo*”<sup>812</sup>. No obstante, la activa participación de estas corporaciones en la guerra de Granada, indica que nos encontramos ante una coyuntura y no una relajación definitiva en la que, sin llegar a niveles de espectacularidad, desplegaron una actividad apreciable. A pesar de todo, se trata de un papel más significativo, debido a razones de utilidad política e ideológica, que realmente decisivo en los aspectos militares<sup>813</sup>. De forma que las Órdenes Militares tenían una oportunidad

---

<sup>811</sup> *Ibidem.* pp. 493-95.

<sup>812</sup> *Ibidem.* pp. 599-600.

<sup>813</sup> La implicación de las Órdenes Militares en esta campaña fue más que destacada, y un número notable de caballeros encontraron la muerte en esta última campaña, entre ellos el maestre de Calatrava, que murió en 1482, en la ciudad de Loja, combatiendo a los musulmanes. Sobre este personaje, véase: TORRES SUÁREZ, C.: “Rodrigo Téllez Girón, maestre de Calatrava”, en: *Miscelánea Medieval Murciana*, Vol. III (1977). pp. 43-71.

única de reivindicarse en el seno de un contexto político que buscaba someterlas a su arbitrio, y poner fin a su independencia jurídico-administrativa, cuando no suprimirlas

La participación de las Órdenes Militares, y de sus efectivos dependientes, a lo largo de toda la guerra de Granada (no olvidemos que las Órdenes Militares, al igual que el resto de señoríos, impusieron obligaciones de carácter militar a sus vasallos), constituyó casi un 30% de las tropas de caballería movilizadas por señores y prelados. Además, el maestre de Santiago era, en la mayoría de las ocasiones, el caudillo cristiano que más efectivos aportaba. Por ejemplo, en 1487, el año de las decisivas campañas malagueñas, comandó 1.200 lanzas, y en 1489, sus 1.760 caballeros superaban a mucha distancia, el millar corto movilizado por D. Pedro González de Mendoza, arzobispo de Toledo y cardenal primado de España. En líneas generales, la aportación de las Órdenes Militares en la campaña granadina, puede calcularse entre el 15-20% de la caballería y en torno al 5-6% de la infantería. Su contribución a la actividad bélica no se limitó al esfuerzo de movilización de hombres y equipos militares. Sus señoríos, como los del resto de las jurisdicciones de la Corona, contribuían a través de derramas y repartimientos de vituallas que la monarquía exigía con cierta regularidad, para garantizar el abastecimiento de las fuerzas destacadas en la frontera<sup>814</sup>.

Del mismo modo, las Órdenes Militares ocuparon un lugar destacado entre los contingentes movilizados por la nobleza y los señoríos, que alcanzó el 30% de los caballeros y casi la mitad de los peones. En el año 1487, el de mayor participación bélica de las Órdenes, los caballeros de hábito constituyeron el 35% del total de los aportados por nobles y señores eclesiásticos, y sus peones supusieron el 55% del total del conjunto. En cuanto a las tropas montadas, en 1487 suponían el 21%, pero la media de participación en el conjunto de la guerra nunca superó el 15%. Sin embargo, la participación de las Órdenes Militares en las huestes reales se tradujo casi siempre en cifras modestas<sup>815</sup>.

A pesar de que su actuación en la Guerra de Granada reivindicó su vigencia en la sociedad, y permitió acallar por un tiempo las críticas vertidas sobre ellas, la compleja realidad del momento y, sobre todo, el deseo de los Reyes Católicos de configurar un estado más fuerte y centralizado, no eran compatibles con la existencia de unas poderosas corporaciones que, en caso de caer en manos de la alta nobleza, podrían

---

<sup>814</sup> LADERO QUESADA, M.A.: *Los Reyes Católicos y la conquista del reino de Granada*. Valladolid, 1967. pp. 135-140.

<sup>815</sup> *Ibidem*. pp. 143-146.

suponer un contrapeso a la monarquía de carácter autoritario que trataban de imponer. En este sentido, no debemos ignorar que a lo largo de la Edad Media, estas congregaciones fueron incrementando su importancia política y social, hasta el punto de detentar cuantiosas riquezas y extensos territorios. Por este motivo, la dignidad maestral se convirtió en algo apetecible por los primeros hombres del Reino e incluso por los hijos de los reyes<sup>816</sup>.

Del mismo modo, la dignidad maestral se convirtió en un cargo político, en función del cual los maestros tomaron partido en las disputas nobiliarias, y pusieron a su disposición los enormes recursos de las Órdenes Militares. Con el tiempo, las luchas para obtener un maestrazgo fueron cada vez más frecuentes y llegaron a amenazar la paz del Reino, sobre todo con motivo de la muerte de la reina Isabel (1506) y el problema sucesorio que ello acarreó<sup>817</sup>.

De esta manera, la incorporación de las Órdenes Militares a la Corona, se imponía como una realidad que no convenía demorar más. Wright puso de manifiesto cómo, a finales de la Edad Media, se encontraban en posesión de extensos dominios e ingresos y tenían jurisdicción sobre gran parte de las actuales provincias de Extremadura y Andalucía. El poder real fue cada vez más consciente de los peligros que suponía tal concentración de riqueza en manos privadas, e inició los trámites necesarios para asumir sus maestrazgos. Las gestiones se saldaron con éxito y, en 1523, el Papa Adriano VI, ratificó su incorporación perpetua a la Corona<sup>818</sup>.

Postigo Castellanos, profundizó en esta misma línea. Según su opinión, la tarea de los Reyes Católicos de organizar el poder y restituir el orden, hubiera sido mucho más ardua si las Órdenes Militares no hubieran sido vinculadas al poder monárquico. Esta idea de asociarlas a la Corona, en principio de manera interina, para que fuesen gobernadas por la misma cabeza del reino, contaba con dos elementos a su favor: el primero, la administración temporal de los maestrazgos no era una solución nueva, pues existían numerosos precedentes en épocas anteriores; respecto al segundo, si el monarca se ponía al frente de ellas, la dignidad del maestro adquiría más esplendor. Por estas

---

<sup>816</sup> CALDERÓN ORTEGA, J.M.: “Pugnas nobiliarias para el control de las dignidades de las Órdenes Militares en la Castilla bajomedieval: el caso de la encomienda de Azuaga (1465-1478), en: *Espacio, Tiempo y Forma*, serie III. Historia Medieval. nº1 (1998). pp. 97-102.

<sup>817</sup> *Ibídem*. pp. 110-115.

<sup>818</sup> WRIGHT, L.P.: *Op. cit.* pp. 15-16.

razones, cuando el rey Fernando propuso gobernarlas durante el tiempo de su vida, éstas aceptaron, aunque no sin ciertas condiciones y también con alguna oposición<sup>819</sup>.

Tras estas negociaciones, Inocencio VIII concedió dos bulas: una para Santiago y otra para Calatrava y Alcántara, por las cuales se autorizaba a Fernando a administrar las Órdenes Militares según fueran vacando los maestrazgos por muerte de los maestros. Concedió también que, en caso de faltar el rey, la reina ocupase su lugar como administrador. Este matiz es muy importante, porque no se trataba de una concesión definitiva, ya que había varias razones que lo desaconsejaban. La primera es que los reyes no eran religiosos profesos de ellas, como lo habían de ser para titularse como maestros, la segunda porque pretendían tener los tres maestrazgos y porque al convivir tres congregaciones diferentes, no los podían retener todos en un título, y la tercera porque era posible que la administración recayera en una mujer. En 1492, Alejandro VI confirmó las dos bulas de Inocencio VIII, añadiendo una cláusula más: “que los reyes tengan obligación de ejercer todas las cosas tocantes a lo espiritual por personas religiosas de dichas milicias”<sup>820</sup>.

A la muerte del rey Católico (1516) las Órdenes Militares trataron de volver a su antiguo estado, a la vez que el Papado también intentó recuperar la potestad cedida de cubrir las vacantes de sus maestrazgos. Sin embargo, estos intentos fracasaron y, en última instancia, Adriano VI sancionó la incorporación perpetua a la Corona de Castilla y León. Las condiciones fueron semejantes a las exigidas por Inocencio VII y Alejandro VI, aunque se introdujeron algunas novedades: la primera, que los maestrazgos no fueran extinguidos, mientras que la segunda obligaba al rey Carlos y sus sucesores a colaborar en “la defensa de toda la república cristiana, y feliz expedición contra los turcos”, “y nos ayudarán mucho a favor de Dios, a librar la cristiandad de tan grandes peligros como la amenazan”. En este sentido, la defensa de la religión católica hecha por Carlos V y sus antecesores, fue una de las razones que movió a Adriano VI a conceder al rey de España el disfrute de los maestrazgos de las Órdenes Militares<sup>821</sup>.

---

<sup>819</sup> POSTIGO CASTELLANOS, E.: *Honor y privilegio*.....*Op. cit.* pp. 31-33.

<sup>820</sup> RUIZ RODRÍGUEZ, J.I.: “Las Órdenes Militares castellanas (siglos XVI-XVIII). Dinámica política, estancamiento económico y freno social”, en: *Hispania*, Tomo LIV, nº 188 (1994). pp. 897-916.

<sup>821</sup> POSTIGO CASTELLANOS, E.: *Honor y privilegio*.....*Op. cit.* pp. 40-41. Véase también: LÓPEZ GONZÁLEZ, C.: “La incorporación a la Corona de los maestrazgos de las Órdenes Militares españolas”, en: *Revista de Historia Moderna y Contemporánea*, año II, 2ª época, nº8. (1980). pp. 9-16.

## **6.2. LAS ÓRDENES MILITARES EN LA DEFENSA DE LA MONARQUÍA (1492-1640).**

Los designios del Conde Duque en relación a estas corporaciones, no surgen de la nada, ya que incluso desde época bajomedieval, empiezan a aparecer un número destacado de escritos que aluden a diversos proyectos de movilización, o más concretamente, de vincularlas al servicio a la Corona. En estos memoriales, dos ideas se repiten de manera obsesiva: el cada vez mayor abandono de su espíritu militar como colectivo, pues durante los siglos XVI y XVII son numerosos los ejemplos de individuos que, a título individual, prestaron servicio tanto en el ejército como en la armada. Para remediar esta situación, un número considerable de autores propugnó que se adoptaran las medidas necesarias para revitalizar esta dimensión, invocando su ineludible deber de lucha contra el infiel. En segundo lugar, se encuentra la posibilidad de utilizar sus cuantiosas rentas, con el objetivo de reducir los gastos militares y mejorar la situación de la Real Hacienda.

En este sentido, según Postigo Castellanos, pese a la expulsión de los musulmanes de la península, las Órdenes Militares podían seguir siendo útiles. Para esta autora, se trataba de una de sus funciones, pero no la única. En realidad, el cometido para el que fueron instituidas era luchar contra “contra los enemigos de la Fe Católica” bajo la autoridad del Papado. De este modo, ni su papel terminaba con la expulsión del secular enemigo, ni su ámbito de acción se reduce a la península ibérica, sino que es toda la Cristiandad<sup>822</sup>.

La política de expansión por el norte de África iniciada tras la guerra de Granada, estaba llamada a proporcionar nuevas oportunidades a las Órdenes Militares para demostrar su valía. Además, no podemos ignorar que en determinados sectores de la sociedad se creía que la lucha contra los musulmanes no había terminado con su expulsión de la península ibérica, sino que había que se debía combatirles en su propio terreno. Sin embargo, la actuación de las Órdenes Militares durante los años

---

<sup>822</sup> POSTIGO CASTELLANOS, E.: “Caballeros del Rey Católico. Diseño de una nobleza confesional”, en: *Hispania* LV/1, n°189 (1995). pp. 175-176.

comprendidos entre la toma de Melilla (1497) y Trípoli (1510)<sup>823</sup>, no se caracteriza por adoptar un patrón uniforme, sino que presenta luces y sombras.

En paralelo con esta nueva política, tomó cuerpo una corriente de pensamiento que buscaba reforzar la perspectiva castrense de estas corporaciones, la cual se reflejó en el Capítulo General de la orden de Santiago, celebrado en Valladolid en 1509. En dicha asamblea se propuso, a instancias del Rey Católico, que esta milicia continuara la lucha en las costas norteafricanas, a imitación de lo acontecido en las Cruzadas. En relación con este proyecto, Diego de la Mota, en 1603, para evitar que cayera en el olvido y al tiempo que buscaba revitalizar estos designios, recogió lo apuntado por Jerónimo de Zurita en los *Anales de Aragón*. Constata el interés de Fernando el Católico en continuar la lucha contra los infieles y expulsarlos de Berbería, para lo cual propuso que esta corporación se estableciese “en las principales ciudades que se ganasen a los moros”. De esta manera, en el mencionado capítulo del año 1509, se dispuso la fundación de un convento de la orden de Santiago en Orán, a donde, sin admitir ninguna excusa, debían acudir los caballeros para recibir su hábito<sup>824</sup>.

Este designio debió de estar muy avanzado, ya que el Papa Julio II emitió una bula en mayo de 1509, en la que dio su visto bueno. De igual manera, se concibió la participación de las otras dos Órdenes Militares, ya que al año siguiente Fernando el Católico dispuso que la orden de Calatrava erigiera un convento similar en Bujía, y que la orden de Alcántara hiciera lo mismo en Trípoli, para que las tres Órdenes Militares lucharan juntas y cooperasen entre sí. Pese a la firme determinación de acometer este designio, las guerras italianas en las que se vio envuelta la monarquía española, motivaron que el proyecto fuera cancelado de forma indefinida<sup>825</sup>.

---

<sup>823</sup> Durante esos años cayeron bajo dominio hispano, además de las dos plazas mencionadas: Mazalquivir (1505), el Peñón de Vélez de la Gomera (1508), Orán (1509), Bujía (1510), y se obtuvo la sumisión de Argel (1510-11). Véase: SZMOLKA CLARES, J.: “Granada y la política norteafricana de los Reyes Católicos (1492-1516), en: *Anuario de Historia Contemporánea*, nº 8 (1981). pp. 45-82. GUTIÉRREZ CRUZ, R.: *Los presidios españoles del norte de África en tiempo de los Reyes Católicos*. Melilla, 1997. ALONSO ACERO, B.: *Cisneros y la conquista española del norte de África: cruzada, política y arte de la guerra*. Madrid, 2006.

<sup>824</sup> DE LA MOTA, D.: *Tratado sobre un problema en que se advierte como se ha de pretender el hábito de las Órdenes Militares y los padres encaminar a sus hijos*. Valladolid, 1603. Fols. 17v-19r.

<sup>825</sup> Según el anónimo autor de este designio, el proyecto se sustentaba sobre dos pilares: la “antigua costumbre de esta orden y caballería del bienaventurado apóstol Santiago, nuestro patrón, de poner conventos de ella en las fronteras de los infieles moros, enemigos de nuestra santa fe católica, por que allí en presencia tuviesen todo aparejo y oportunidad para hacer y cumplir lo que la religión obliga”; y “el fin de esta caballería de defender los cristianos y hacer guerra a los enemigos de nuestra santa fe católica” *Discurso sobre el ejercicio militar de las Órdenes Militares para la defensa de las costas de África*. (sin fecha, muy probablemente de los años inmediatamente posteriores a la expulsión de los moriscos). BN, Mss, 9442. Fols. 130r-131r.



Pese a su paralización, De la Mota apuntó que, en lo concerniente a la orden de Santiago, tal disposición fue confirmada por una bula otorgada por el Papa León X en 1513. En ella, entre otras cosas, se mandaba que “no sea recibido al hábito el que no fuere idóneo para la guerra, y de buena vida y costumbres, y que haya estado en Orán o en la parte que por la orden fuere establecido y ordenado un año de aprobación”<sup>826</sup>.

Sin embargo, junto a esta corriente de carácter belicista y vindicadora de los primitivos valores de las Órdenes Militares, asistimos al surgimiento de otra tendencia, la cual consideraba el servicio militar prestado por estas instituciones (siempre entendido de forma mancomunada), como algo cada vez menos estimado, desfasado con respecto a la realidad del momento. En este sentido, conforme lo apuntado por Fernández Izquierdo, se empiezan a vislumbrar dos pautas que marcarán la relación de los caballeros de hábito con la defensa de la monarquía, las cuales explican en buena medida, la situación en la que se encontrarán estas milicias durante las décadas siguientes, y que debieron sumirlas en una cierta confusión. En primer lugar, parece ser que coincidiendo con estas campañas, (concretamente la de 1508-1510, que concluyó con la toma de Orán, Bujía y Trípoli), la Corona se mostró a favor de que los comendadores de las Órdenes Militares, en lugar de concurrir con su persona y las lanzas correspondientes a su encomienda, lo hicieran con una cantidad en metálico, según la riqueza generada por cada una de ellas<sup>827</sup>.

Durante los años siguientes esta práctica se institucionaliza y perfecciona, pues en la convocatoria que se ordenó el año 1512, se confirma dicha tendencia, partidaria de una contribución económica frente al servicio personal, al tiempo que se incluían también a los caballeros de hábito entre los susceptibles de conmutar su servicio personal por una suma de dinero. No obstante, no todos los comendadores y caballeros estaban obligados a concurrir al llamamiento de Fernando el Católico, localizado en la ciudad de Burgos, ya que se relevaba a los comendadores pobres y a los caballeros viejos y enfermos (en un claro antecedente de lo que ocurrirá en 1640). En segundo lugar, también durante la campaña señalada, pero también durante los años siguientes, se produjo una progresiva integración de los caballeros de las Órdenes Militares en el ejército real, lo cual se tradujo en una quiebra de su espíritu de cuerpo, y de unidad militar exclusivista y diferenciada del resto<sup>828</sup>.

---

<sup>826</sup> DE LA MOTA, D.: *Op. cit.* Fol. 19v.

<sup>827</sup> FERNÁNDEZ IZQUIERDO, F.: “Los caballeros cruzados.....” *Op. cit.* pp. 18-20.

<sup>828</sup> *Ibidem.* p. 25

Carlos V, en vista de sus numerosos compromisos bélicos, trató de asociarlas al concepto de defensa de la Cristiandad en sentido amplio. Pero el Emperador no deseaba que sus deseos se quedaran en meros proyectos, pues tenemos constancia que las convocó en varias ocasiones durante su reinado, y no solo para luchar contra los musulmanes. Con motivo de la rebelión de los comuneros<sup>829</sup>, entre 1520-21 solicitó su asistencia hasta en tres ocasiones, entre 1520 y 1521, para que acudieran en su auxilio, a pesar de que algunos territorios de la orden de Santiago se levantaron contra el poder real<sup>830</sup>.

Tras la derrota de los húngaros en Mohacs (1526), Carlos V movilizó a los caballeros de Calatrava para que se presentasen en Valladolid en febrero de 1527; también fueron prevenidas en 1532 con motivo de la amenaza de un desembarco turco en la península. También tuvieron una participación señalada en la defensa de las fronteras peninsulares con motivo del ataque francés sobre Perpiñán y Navarra (1542), y en los momentos iniciales de la conquista de América<sup>831</sup>. A pesar de todo no se pueden sacar conclusiones demasiado optimistas, pues según los testimonios de la época ésto parece ser la excepción. Además, durante el reinado de Carlos V se vendió de forma masiva gran parte del patrimonio de las Órdenes Militares (autorizada mediante una bula de Pablo III fechada en 1536), con el objetivo de paliar los graves desequilibrios que la defensa del Imperio ocasionaba a la Real Hacienda. El punto culminante de esta política se produjo en 1547 (fecha que coincide con la gran victoria del Emperador en Alemania: la batalla de Mühlberg), cuando se ingresaron por este concepto cerca de 90 millones de maravedíes<sup>832</sup>.

No obstante parecen fructificar, si bien es cierto de manera desigual, los designios enunciados en las décadas centrales del siglo XVI (cuyos antecedentes se encuentran en la época bajomedieval, y a los que ya nos hemos referido), para obligar a

---

<sup>829</sup> GÓMEZ VOZMEDIANO, M.F.: “El conflicto comunero en tierras de Ciudad Real, los maestrazgos de Órdenes y el señorío de Chillón”, en: GÓMEZ VOZMEDIANO, M.F. (coord.): *Castilla en llamas. La Mancha comunera*. Ciudad Real, 2008. pp. 169-209.

<sup>830</sup> Gutiérrez Nieto recoge el malestar existente de los miembros de las Órdenes Militares con Carlos V, por varios motivos: rivalidades por el gobierno, concesión de encomiendas a extranjeros y deseo de recuperar la independencia perdida tras pasar a depender de la Corona. Estos agravios llevaron a algunos territorios bajo su jurisdicción a sufragar el levantamiento con hombres y dinero. Uno de los ejemplos más significativos fue el de Villaescusa de Haro, perteneciente a la Orden de Santiago. GUTIERREZ NIETO, J.I.: *Las comunidades de Castilla como movimiento antiseñorial*. Barcelona, 1971.

<sup>831</sup> A este respecto véase: PEÑAFIEL, A. de.: *Op. cit.* Fol. 144r-v. Sobre la presencia de las Órdenes Militares en el Nuevo Mundo: REDER GADOW, M.: “Las Órdenes Militares en América”, en: CAMPOS, J., (coord): *Op. cit.* pp. 399-423.

<sup>832</sup> CEPEDA ADÁN, J.: “Desamortización de tierras de las Órdenes Militares en el reinado de Carlos I”, en: *Hispania*, Tomo XL, nº 146 (1980). pp. 487-528.

las Órdenes Militares a que costearan una serie de galeras, con las cuales contribuir a mejorar la seguridad del litoral peninsular. Según Fernández Izquierdo, esto fue posible porque se consignó parte de las cantidades que los titulares de las encomiendas debían satisfacer en concepto de lanzas, para el mantenimiento de estos navíos<sup>833</sup>.

En este sentido, parece ser que desde 1552, por lo menos la orden de Santiago, se comprometió a tener operativas cuatro galeras al mando del comendador mayor de Castilla, D. Luis de Requesens, y que se financiasen con los dos quintos de la media anata de las encomiendas vacantes<sup>834</sup>. Esta disposición fue ratificada en el Capítulo General que se celebró en 1553, y confirmada por bula papal de Julio III ese mismo año<sup>835</sup>. En cuanto a la financiación, Fernández Izquierdo apunta que, entre 1552-1559 se consignaron 25.000 ducados anuales para este fin, procedentes de los fondos de estas corporaciones (rentas de la mesa maestra, encomiendas y demás beneficios de la orden)<sup>836</sup>. No obstante, el objetivo se alcanzó de forma parcial, ya que solo tres estuvieron operativas, las cuales fueron asignadas a las Galeras de España en 1561, donde estuvieron presentes en la toma del Peñón de Vélez de la Gomera (1564), el sometimiento de los moriscos granadinos (1568) y en la batalla de Lepanto (1571). Pero poco después, por “no tener parte donde se recogiesen y tuviesen guarda segura, se deshicieron y desarmaron con causas bien leves”<sup>837</sup>.

Con todo, sabemos que en el Capítulo General celebrado en Madrid el año 1573, se acordó nombrar un contador que se hiciera cargo de los fondos destinados al mantenimiento de las galeras<sup>838</sup>. Además, ese año se entregaron a Sancho Biedma<sup>839</sup>, general de las galeras de la orden, 84 esclavos para que sirvieran en ellas como galeotes, cuyo valor ascendía a 3.150.000 maravedís, los cuales fueron pagados con cargo a las rentas de esta milicia. Pero tras la pertinente reclamación, formulada en

---

<sup>833</sup> FERNÁNDEZ IZQUIERDO, F.: “Los caballeros cruzados.....” *Op. cit.* p. 25.

<sup>834</sup> LAMBERT-GEORGES, M.: “Santiago et la defense de la Mediterranee (Notes sur le XVI<sup>e</sup> siècle)”, en: *Las Órdenes Militares en el Mediterráneo Occidental (siglos XIII-XVIII)*. Casa de Velázquez. Instituto de Estudios Manchegos. 1989. pp. 213-247.

<sup>835</sup> *Discurso sobre el ejercicio militar.....* Fol. 132v.

<sup>836</sup> FERNÁNDEZ IZQUIERDO, F.: “Los caballeros cruzados.....” *Op. cit.* pp. 26-27.

<sup>837</sup> *Discurso sobre el ejercicio militar.....* Fol. 132v.

<sup>838</sup> *Establecimientos de la orden de Santiago* (según el Capítulo celebrado en Madrid en 1573). Madrid, 1577. Fol. 110r.

<sup>839</sup> Era oriundo de la ciudad de Baeza (Jaén), y prestó servicios militares en los ejércitos de Carlos V, donde alcanzó el empleo de capitán. En 1543 recibió el hábito de la orden de Santiago, al tiempo que se le encomendó la defensa de la costa de Granada, y posteriormente el generalato de las galeras de la orden de Santiago. Algunos datos en: UHAGÓN, F.R. de, “Desafío entre Rodrigo de Benavides y Ricardo de Merode”, en: *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 40, 1902, 177-251.

dicho Capítulo, la Corona se comprometió a reintegrarla, aunque todavía se quedaban debiendo más de 2'2 millones de maravedíes por este concepto<sup>840</sup>.

En cuanto al origen de esta obligación, según De la Mota, quedó codificada a mediados del siglo XVI, cuando el futuro Felipe II (aun siendo príncipe), mandó celebrar en 1551 Capítulo General de la Orden de Santiago, cuyos acuerdos aparecieron en los establecimientos del año 1565. En ellos se aludía a la obligación que los caballeros de la orden de Santiago tenían de “estar diestros y expertos en la orden de pelear contra los enemigos de nuestra santa fe católica”, para lo cual se ordenó que los aspirantes a vestir el hábito de la orden de Santiago “han de estar un verano y hacer en las dichas galeras profesión, sin dispensación alguna, que en otra parte la pueda hacer, y entendemos que el verano sea hasta que las galeras paren y, por causa del invierno, dejen de navegar”. Estos mismos argumentos se repitieron en el Capítulo que dicha orden celebró en Madrid en el año 1600, por lo que parece que su grado de cumplimiento no fue el esperado<sup>841</sup>.

En cuanto a la orden de Calatrava, Rades y Andrada apuntó argumentos similares, pues los aspirantes a vestir el hábito de esta milicia, debían prestar servicio en las galeras durante 6 meses y, además, presentar testimonio de haberlo hecho<sup>842</sup>. Según Francisco de Ocampo, esta exigencia todavía estaba vigente a mediados del siglo XVII, al tiempo que hizo hincapié en el carácter militar de estas corporaciones, y la importancia de que los caballeros adquirieran experiencia y destreza en el manejo de las armas, tal y como se estableció en su momento<sup>843</sup>.

Según Fernández Izquierdo, durante el reinado de Felipe II se las convocó en dos ocasiones. La primera de ellas en 1569, con motivo de la rebelión de los moriscos granadinos, aunque parece ser que sin grandes resultados. En este sentido, a pesar de producirse un llamamiento en toda regla, y haber quedado constancia documental del mismo, no se tradujo en nada práctico. Su contribución se reduciría a las tres galeras ya mencionadas, pero en tierra no se constata ninguna participación<sup>844</sup>. Su hipótesis se ve reforzada por el hecho de que en la principal obra sobre esta contienda, *La Guerra de*

---

<sup>840</sup> *Establecimientos de la orden*.....Fol. 110r-v.

<sup>841</sup> DE LA MOTA, D.: *Op. cit.* Fols. 20r-23r.

<sup>842</sup> RADES Y ANDRADA, F.: *Op. cit.* fol. 52v.

<sup>843</sup> “(.....) se estableció que en noviciado de estos caballeros fuese seis meses en las galeras con certificación de su capitanes generales y un mes en el convento aprendiendo la regla y asperezas de ella, como consta en el capítulo 8 del título 5 del establecimiento donde se dice por lo que para el fin principal de la orden, que es la defensa de la fe, importa que los caballeros tengan experiencia y ejercicio de las armas.” OCAMPO, F.: *Op. cit.* fol. 45r.

<sup>844</sup> FERNÁNDEZ IZQUIERDO, F.: “Los caballeros cruzados.....” *Op. cit.* 28-30.

*Granada*, escrita por Diego Hurtado de Mendoza, quien participó en ella, no se encuentra el más mínimo indicio de la participación de los miembros de las Órdenes Militares como colectivo. Si bien es cierto que, a título individual, si estuvieron presentes un número significativo de ellos, pero siempre integrados dentro de las fuerzas reales. En cuanto a la otra convocatoria, únicamente sabemos que se produjo en 1597, con motivo de un hipotético ataque de los turcos contra las costas peninsulares<sup>845</sup>.

Aunque los acontecimientos de esos años pudieran recomendar la supresión de estas instituciones, debido a su poca utilidad militar como conjunto, todavía eran muy útiles para el poder central, pues suponían una fuente de patronazgo y reafirmación de su poder, ya que, al menos en teoría, la concesión de hábitos y encomiendas dimanaba del monarca. Consideraciones de esta índole debieron estar muy presentes cuando en 1571, Manuel Filiberto<sup>846</sup>, duque de Saboya, informó a Felipe II que el Papa Pío V (cuyo pontificado se desarrolló entre 1565 y 1572), tenía intención de permitirle unir las órdenes de San Lázaro y San Mauricio, y nombrarle gran maestre de ella<sup>847</sup>. Al mismo tiempo, exhortó al Rey Prudente a que apoyara esta decisión y, lo que es más importante, que autorizase la presencia de la nueva milicia en los territorios bajo jurisdicción de Felipe II, (con especial atención a los ubicados en el ducado de Milán, fronterizo con Saboya); sin embargo, fue desestimada porque acarrearía consecuencias negativas sobre sus intereses<sup>848</sup>.

---

<sup>845</sup> FERNÁNDEZ IZQUIERDO, F.: La orden militar de Calatrava.....*Op. cit.* Madrid, 1992. pp. 117-119.

<sup>846</sup> Manuel Filiberto de Saboya (1528-1580), prestó servicio en los ejércitos de Carlos Quinto en su pugna contra Francia, y en 1553 heredó el ducado de Saboya a la muerte de su padre, el duque Carlos III. No obstante, su título ducal era más honorífico que otra cosa, ya que la mayor parte de sus posesiones habían sido ocupadas por los franceses. Sabedor de que la única forma de recuperar sus dominios era apoyar la causa de los Habsburgo contra los Valois, continuó sirviendo al Emperador y a su sucesor, Felipe II. De esta manera, se le nombró gobernador de los Países Bajos en 1555, y encabezó las tropas que derrotaron a los franceses en la batalla de San Quintín (1557). Tras la firma de la paz de Cateau-Cambresis (1559), se le restituyó en el ducado de Saboya y abandonó dicho cargo.

<sup>847</sup> No debemos olvidar que en 1561, a instancias de Cosme I, Gran Duque de Toscana, se había fundado la orden de Santo Stefano, la cual fue aprobada por el Papa Pío IV en 1562. De modo que es razonable suponer que el duque de Saboya no querría ser menos que su homólogo toscano, y estaría dispuesto a fundar su propia orden militar, bajo su control y su dirección.

<sup>848</sup> “Por el mes de septiembre del año pasado de 1571, me avisó el ilmo. duque de Saboya, mi primo, por medio de Juan de Vargas Mejía, que es la persona que allí reside por mi orden, que el Papa Pío Quinto, de buena memoria, estaba resuelto de unir la orden de San Lázaro con la de San Mauricio, orden antigua de su casa, y darle título de Gran Maestre de ella. (...) Pidiéndome que yo tuviere por bien esta unión, ofreciendo que, en lo que tocase a las encomiendas y rentas de la dicha orden que tuviese en mis reinos y estados, se haría lo que yo quisiese y mandase. (...) Y habiéndose hecho así, parecía que en ninguna manera convenía que introdujese la dicha orden en mis reinos y estados, representándome en ello muchos y muy grandes inconvenientes, en daño de mi patrimonio real y de mis estados y vasallos. (...) Y mandé avisar se suplicase a Su Santidad, en mi nombre, que en ninguna manera pasase adelante este negocio.” *Copia de una carta de S.M., dada al sr. marqués de Ayamonte, sobre la concesión de hábitos de la*

Pese a todo, Manuel Filiberto no se dio por vencido, y tras la muerte de Pío V, continuó sus gestiones hasta que al fin, el nuevo Pontífice, Gregorio XIII (1572-1585) le autorizó a llevar a cabo tal asociación<sup>849</sup>, aunque permitió al monarca español conservar los bienes de la orden en sus dominios. Pero esto no colmó sus ambiciones y envió una embajada a Madrid para que, al menos, se le cediera la jurisdicción de los bienes que la orden tuviera en las posesiones italianas de la monarquía española. En último lugar, se solicitó a Felipe II que equiparara a estos caballeros con los de otras milicias católicas; en suma, dotarles de los mismos privilegios y exenciones que, en esos momentos, disfrutaban los de la orden de San Lázaro en el reino de Nápoles, y los que detentaba la orden de San Juan en los dominios hispánicos<sup>850</sup>. De nuevo, su propuesta fue desestimada, porque suponía menoscabar la Real Hacienda y las prerrogativas del monarca español<sup>851</sup>.

Pese a que la posición española no dejaba lugar a dudas, el duque de Saboya hizo caso omiso de esta decisión, pues se atestiguan concesiones de encomiendas de la orden de San Lázaro y San Mauricio en el ducado de Milán, y lo que es más preocupante: que súbditos del rey de España hubieran ingresado en ella y jurado fidelidad a Manuel Filiberto. Tal acontecimiento era de una gravedad extrema, pues el

---

*religión de San Lázaro con la de San Mauricio, en la casa del sr. duque de Saboya. Aranjuez, 25-1-1574. AHN, Estado, Leg. 4827*

<sup>849</sup> MERLOTTI, A.: “Le ambizioni del duca di Savoia. La dimensione europea degli ordini cavallereschi sabaudi fra Cinque e Seicento”, en: GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (Eds.): *Op. cit.* Tomo II. Sobre todo, pp. 669-678.

<sup>850</sup> “(.....) Y después de haber obtenido dicha gracia, ha enviado aquí a su embajador, a suplicarme que, pues mis reinos y estados se habían reservado a su instancia en la dicha concesión, fuese servido, a lo menos, de hacerle gracia de las encomiendas que ahora están de ser en mis reinos y estados de Italia, pertenecientes a la dicha religión de San Lázaro, y que se pudiese reintegrar de las que no estuviesen en poder de otras órdenes militares. (.....) Y que demás de esto, le concediese a la dicha religión, en todos mis reinos y estados, los mismos privilegios que tiene la orden de San Juan, y los que al presente gozan en el reino de Nápoles los caballeros de San Lázaro.” *Copia de una carta de S.M., dada al sr. marqués de Ayamonte.....*

<sup>851</sup> “(.....) Y se han representado los mismos inconvenientes que siempre que se ha tratado este negocio, en conceder al dicho mi primo lo que pide en mis reinos y estados, y mucho más, ahora, en los de Italia. Y demás de los dichos inconvenientes, se ha representado de gravísimo inconveniente, y perjuicio y redundancia a las rentas y patrimonio real de todos mis reinos y estados, concediendo a la dicha orden exenciones de gabelas, derechos, décimas, imposiciones y lo del subsidio de los reinos, tratas de trigo, vino y otras coas, y frutos de las encomiendas y prioratos de la dicha orden, y saca de dinero sin licencia, y libre de derechos, y concederles exención de bienes que poseían, así antes de sacar la posesión como de los que después han querido, de la manera que la tenían las otras órdenes militares. Y se ha representado, asimismo, muy grande inconveniente para la jurisdicción y preeminencia real. Y ha parecido que, en ninguna manera, conviene conceder al duque de Saboya lo que de su parte se nos ha pedido, en consentir la orden en ninguno de mis reinos y estados.” *Ibidem.*

Papa le había prohibido taxativamente inmiscuirse en los territorios del rey de España<sup>852</sup>.

Para remediar este atropello a las posiciones españolas, el rey encargó a D. Antonio de Guzmán y Zúñiga, marqués de Ayamonte, gobernador general del estado de Milán entre 1573 y 1580, que impidiera por todos los medios la posesión de cualquier bien de la orden en esta demarcación, que se concediesen exenciones y privilegios a los caballeros de esta orden, y que sus súbditos ingresasen en ella. En resumen, Felipe II no podía permitirse el lujo de legitimar en sus posesiones la presencia de una orden militar extranjera (pese a que su gran maestro fuera un príncipe católico, que había prestado notables servicios a los Habsburgo en su pugna con Francia), pues supondría renunciar a rentas que por derecho le correspondían. Aunque estas motivaciones económicas eran muy importantes, no podemos ignorar que los miembros de esta orden, a pesar de residir en posesiones bajo jurisdicción española, no deberían obediencia a Felipe II, sino a un príncipe extranjero, con la consiguiente reducción, en términos de patronazgo y influencia, que ello suponía<sup>853</sup>.

Este último aspecto debió de estar presente durante las décadas siguientes, y nos permite identificar la existencia de un verdadero problema con aquellos individuos que vestían hábitos de Órdenes Militares no castellanas (concretamente las italianas), ya que trataron de hacer valer esta merced (concedida por príncipes extranjeros, en los dominios de los reyes españoles) para acreditar los mismos privilegios y exenciones que los caballeros de Santiago, Calatrava y Alcántara; o que, al menos, su posesión fuera valorada positivamente para optar a una de estas preciadas recompensas. De modo que, en última instancia, y pese a que Felipe II deseaba evitar que sus súbditos formaran parte de otras milicias católicas, esto llegó a producirse, con las nocivas secuelas que acarrearía. Lo cual justificaba la adopción de medidas represivas, destinadas a atajar la

---

<sup>852</sup> “(.....) Pero habiendo entendido que el dicho duque ha comenzado a proveer encomiendas de la dicha orden, y particularmente en ese estado, y que acuden muchos vasallos míos a tomar hábitos, habiendo Su Santidad, exceptuado en la concesión mis reinos y estados.” *Ibidem*.

<sup>853</sup> Pese a los esfuerzos del duque de Saboya por sacar adelante este proyecto, debemos decir que la orden tuvo un papel marginal. En este sentido, en los primeros años formaba parte de ella unos 70 caballeros, muchos de ellos súbditos del duque de Saboya, que mantuvieron una pequeña flota de galeras (2-3), operando desde el puerto de Villefranche, cerca de Niza. Debido al reducido tamaño de su litoral, estas galeras colaboraron en la defensa y protección del mar Tirreno y, al mismo tiempo, llevaron a cabo acciones conjuntas con la flota española. Pese a las controversias surgidas entre el rey de España y el duque de Saboya, se creyó conveniente a los intereses hispanos el que estas galeras continuaran operativas. De esta manera, España pagó subsidios para su mantenimiento, con los cuales se pudo aumentar la flota con barcos de pequeño tamaño, armados por corsarios y asentistas privados, que usaron Villefranche como base de operaciones Véase: MERLOTTI, A., “Un sistema degli onori europeo per Casa Savoia? I primi anni dell’Ordine dei Santi Maurizio e Lazzaro (1573-1604)”, en *Rivista storica italiana*, nº 94 (2002). pp. 477-514.

raíz del problema, que cristalizaron en una pragmática promulgada en octubre de 1609, la cual prohibía la exhibición pública (a menos que se hiciese con permiso de las autoridades) de hábitos concedidos por otros soberanos, tanto a los naturales de Castilla, como a los foráneos residentes en ella<sup>854</sup>.

En relación con esta materia, dos aspectos llaman la atención. En primer lugar, que los hábitos de las Órdenes Militares, si no se encuentran reconocidos y apoyados por el poder real, no tienen legitimidad alguna. Esta realidad supondría una reafirmación del poder del rey, al tiempo que respondería, en parte, a porqué estas mercedes eran tan apreciadas, pues significaban un reconocimiento del soberano hacia el beneficiario. En suma se trataría de ratificar el papel del rey de España, en detrimento de otros poderes políticos extraños, en lo relativo a la concesión de estas prebendas<sup>855</sup>. En segundo lugar, esta compleja realidad confirmaría el intento de repliegue a la hora de incluir a nuevos miembros dentro del selecto club que conformaban los caballeros de hábito<sup>856</sup>, pues supondría permitir el goce de sus privilegios a un mayor número de individuos, lo cual significaría una devaluación de tan preciados valores<sup>857</sup>.

Análogamente, nos encontraríamos ante un intento de confirmar la supremacía y preeminencia de las Órdenes Militares castellanas (con más de 400 años de antigüedad a sus espaldas), frente a las nuevas milicias que aparecen por estos años, mucho más recientes. Esta hipótesis vendría avalada por el hecho de que la orden de San Juan de

---

<sup>854</sup> “(.....) habiendo visto los daños e inconvenientes que se han seguido, y siguen, de que los naturales de estos reinos reciban y traigan hábitos de órdenes militares, de los que acostumbran a dar y proveer algunos príncipes y señores de otros reinos y señoríos, haciendo los que pretenden engaños y encubiertas; y siendo causa de muchos perjuros para probar la nobleza e hidalguía que tales hábitos requieren. Y después que los han conseguido, tratándose como nobles, para eximirse por este medio de los pechos y cargas, y contribuciones reales y personales a que están obligados, y pretendiendo ser exentos de nuestra jurisdicción real en las causas civiles y criminales que contra ellos se ofrecen.” *Pragmática para que ningún natural de estos reinos, y residente en ellos, pueda, sin licencia, traer ni usar, en público ni en secreto, ni recibir hábito alguno militar de los que dan los príncipes y señores de otros reinos y señoríos*. Madrid, 15-10-1609.

<sup>855</sup> “(.....) Y debiendo recibir de nos las honras de nobleza e hidalguía, acuden a otras partes, y con falsas relaciones y probanzas, obtienen lo que conforme a sus calidades muchas veces no merecen”. *Ibidem*.

<sup>856</sup> “(.....) Podrá ser de mucho inconveniente que, teniendo en estos mis reinos, los nobles e hijosdalgo, las órdenes militares de Santiago, Calatrava y Alcántara, y otras con que honrarse y conservar con mucho lustre sus noblezas, vengán a mezclar en estos reinos las señales de honor y nobleza que, fingidamente, y con engaño, han conseguido con las de estos reinos que, con tanto cuidado, solamente se dan a los que, con verdaderas probanzas de nobleza e hidalguía, y servicios, consta merecerlas.” *Ibidem*

<sup>857</sup> Estas cuestiones han sido abordadas recientemente por GUILLEN BERRENDERO, J.A.: *La idea de nobleza en Castilla durante el reinado de Felipe II*. Valladolid, 2007. *Los mecanismos del honor y la nobleza en Castilla y Portugal, 1556-1621*. (Tesis doctoral inédita dirigida por el Dr. CARRASCO MARTÍNEZ, defendida en el Departamento de Historia Moderna de la UCM en 2009).



Malta queda al margen de esta disposición tan taxativa, al tiempo que se la reconoce y equipara con las de Santiago, Calatrava y Alcántara<sup>858</sup>.

Con todo, y retomando el tema que nos ocupa, al acabar el Quinientos, la mayor parte de los testimonios ponen de manifiesto la instauración en el ideario colectivo de una realidad incuestionable: la decadencia del espíritu guerrero entre las Órdenes Militares. De la misma manera, se empezó a aludir a la guerra de Granada como la última campaña en la que estas instituciones, como corporación, prestaron servicios militares distinguidos.

Más o menos por esos se años puede fechar el nacimiento y consolidación de una corriente intelectual, caracterizada por unos planteamientos muy críticos con el estado y la función de estas corporaciones en la sociedad del momento. Durante las décadas siguientes tuvo lugar una acalorada polémica entre los defensores de las Órdenes Militares (o más en concreto, quienes consideraban que su estado no requería ningún ajuste) y sus críticos, quienes abogaban por una renovación profunda de las milicias cristianas, al tiempo que buscaban reforzar sus vínculos con las armas y la defensa de la monarquía. Otro de los denominadores comunes de estos tratadistas, se refería a su apología de los méritos castrenses frente a cualesquier otros, a la hora de la concesión de hábitos y encomiendas. Esta tendencia renovadora tuvo su momento culminante durante el ministerio de D. Gaspar de Guzmán, quien se mostró muy interesado en estas cuestiones.

Uno de los primeros testimonios que hemos recogido en esta línea, procede de un arbitrio propugnado por Juan Velázquez, dirigido al presidente del Consejo de Hacienda. A grandes rasgos, proponía la fundación de una nueva orden militar para combatir a los enemigos de la Cristiandad, en este caso turcos y berberiscos<sup>859</sup>. Este simple hecho apuntalaría los argumentos de todos aquellos que cuestionaban la utilidad de las Órdenes Militares, y la necesidad de una amplia reforma que, según el criterio del autor, supondría partir desde cero. Es decir, asume que es imposible introducir cambios en las ya existentes: Santiago, Calatrava y Alcántara, y las da por perdidas. De modo que la solución se encontraría en la fundación de una nueva, que no estuviera corrompida por los vicios que las han llevado a la actual situación. Así, Velázquez se

---

<sup>858</sup> “(.....) Todo lo cual no es nuestra voluntad que se entienda a los hábitos de caballeros y religiosos de la orden y religión de San Juan, en cuanto a los cuales y su orden, no es nuestra intención y voluntad innovar cosa alguna.” *Pragmática para que ningún natural de estos reinos.....*

<sup>859</sup> *Memorial de Juan Velázquez al presidente del Consejo de Hacienda sobre fundar una orden militar para luchar contra los turcos*. S.l. 6-5-1591. AGS, CJH, Leg. 303, nº 19/41. Citado por: GARCÍA HERNÁN, E.: *Milicia general en la Edad Moderna..... Op. cit.* p. 113.

inscribe dentro del grupo de pensadores que invocan el pasado glorioso de estas milicias, es decir como brazo armado del catolicismo, cuya mayor hazaña fue la expulsión de los musulmanes de la península.

De la misma manera, su propuesta, al igual que otras presentadas, tenía una vocación netamente ofensiva, que buscaba la conquista y el sometimiento de unos individuos que merecen ser castigados por su condición de infieles, argumento que constituye la piedra angular de la propuesta<sup>860</sup>. No obstante, se trataba de una ardua tarea, que implicaba la organización de unos contingentes militares en los que primara la cantidad sobre la calidad. Es aquí, a la hora de buscar los individuos llamados a formar parte de esta nueva milicia, donde la nobleza estaba llamada a jugar un activo papel, así como el tercer estado, siempre y cuando fueran cristianos viejos y acreditaran limpieza de sangre. Sin embargo, los objetivos que Juan Velázquez se había planteado nos parecen demasiado ambiciosos, pues aspiraba a congregar unos 50.000 hombres entre caballeros y frailes, cifra a todas luces excesiva<sup>861</sup>.

A pesar de este loable intento por contribuir al robustecimiento del espíritu de cruzada y, al mismo tiempo, aportar unos contingentes humanos que, si tenemos en cuenta la amplitud de frentes en los que se estaba batiendo la monarquía española, supondrían un notable alivio, cualquier intento en esa dirección estaba condenado al fracaso si no iba acompañado de atractivos premios para quienes decidieran servir en esta nueva congregación. En este sentido, Velázquez propone fundar “un buen número de encomiendas”, reservadas exclusivamente para ellos<sup>862</sup>. En cuanto a la financiación, es decir, de que partidas se iba a obtener el numerario con el que acometer tal desembolso, sabemos que el año anterior (1590) el autor informó al presidente de este organismo de donde se podría obtener, aunque ahora no lo dice. Además, como disposición complementaria, le sugiere que se incremente el valor nominal de la moneda de plata, procedente de Indias, en un tercio, lo que supondría una considerable inyección económica para que su idea llegase a buen puerto<sup>863</sup>. Es decir, se plantea

---

<sup>860</sup> “(.....) Así como en España se fundaron las órdenes militares para echar los moros de ella, conviene a V.m. fundar otra, de nuevo, para conquistar los turcos y moros, a quien la predicación del Evangelio no aprovecha, pues no la quieren oír.” *Memorial de Juan Velázquez*.....

<sup>861</sup> “(.....) Es necesario elegir tales hombres, que pocos puedan vencer a muchos. En lo cual, los nobles de España tienen el primero lugar en el mundo, y los labradores limpios de ella, a quien Dios da ánimo esforzado, haciendo de ellos caballeros y frailes en número de 50.000.” *Ibidem*.

<sup>862</sup> *Ibidem*.

<sup>863</sup> “(....) Hase hallado de a donde fundarles buen número de encomiendas, dicho a V.m. el año pasado en Aranjuez. Y sirviéndose V.m. de acrecentar la moneda de plata, que viene de Indias, en el tercio, habrá de que sean pagados perpetuamente.” *Ibidem*.

abiertamente uno de los expedientes fiscales a los que recurrirán frecuentemente tanto Felipe III como Felipe IV, y que tan perniciosas consecuencias tuvo para la vida económica, sobre todo en la Corona de Castilla<sup>864</sup>.

Unos años después, en noviembre de 1596, vio la luz un memorial escrito por Ramón Ezquerro<sup>865</sup>. En él se plantea, por primera vez que nosotros sepamos, la posibilidad de que las Órdenes Militares fueran destinadas a la defensa del Atlántico, en un contexto internacional muy complicado para los intereses españoles. En este sentido, debemos tener muy presente que a partir de la década de los 80, con la incorporación de Portugal, y sobre todo desde el fracaso de la expedición de 1588 contra Inglaterra, el Atlántico fue el objetivo preferente de la política exterior de Felipe II<sup>866</sup>. Además de la guerra contra los neerlandeses y la amenaza de la piratería inglesa (contra la península ibérica, las posesiones americanas y las rutas que conectaban a la metrópoli con las colonias), a lo largo de la década de los 90 vino a sumarse la intervención en la guerra civil francesa a favor de los católicos y el apoyo a la rebelión del duque de Mercoeur en Bretaña<sup>867</sup>, y la del conde Tyrone en Irlanda<sup>868</sup>. En última instancia, debemos tener presente que unos meses antes los ingleses habían conseguido desembarcar en Cádiz, donde cometieron todo tipo de tropelías.

---

<sup>864</sup> Aunque las manipulaciones monetarias y sus repercusiones en la economía sobrepasan nuestro tema de estudio, según García Guerra estas cuestiones están ya muy presentes en los últimos años del reinado del Rey Prudente. Para esta autora, el periodo 1594-1597 es testigo de una notoria actividad en esa dirección, traducida en la constitución de la “Junta de Madrid” cuya misión sería presentar un informe en el que se pusiesen de manifiesto los efectos que tendría cualquier alteración sobre la ley, peso o valor de las monedas, tanto de plata como de vellón. GARCÍA GUERRA, E.Mª: *Las acuñaciones de moneda de vellón durante el reinado de Felipe III*. Madrid, 1999. Sobre todo. pp. 13-22. Véase también: RUIZ MARTÍN, F.: “Las finanzas españolas durante el reinado de Felipe II”, en *Cuadernos de Historia Anexas a la Revista Hispania*, nº 2 (1968). pp. 109-173. ULLOA, M.: *La Hacienda Real de Castilla durante el reinado de Felipe II*. Madrid, 1986. DE SANTIAGO FERNÁNDEZ, J.: “Propuestas de reforma en la moneda de plata castellana a principios del siglo XVII”, en: *Boletín del Museo e Instituto Camón Aznar*, vol. LVIII (1994). pp. 113-128.

<sup>865</sup> *Recuerdo dado a S.M. de Ramón Ezquerro*.....Fol. 171r.

<sup>866</sup> PARKER, G.: *El éxito nunca es definitivo: imperialismo, guerra y fe en la Europa Moderna*, Madrid, 2001. pp. 42-45.

<sup>867</sup> GRACIA RIVAS, M., “La campaña de Bretaña (1590-1598). Una amenaza para Inglaterra”, en *Cuadernos Monográficos del Instituto de Historia y Cultura Naval*, nº 20 (1993). pp. 41-56. VÁZQUEZ DE PRADA, V., “Un episodio significativo de las relaciones de Felipe II con la Liga: la intervención en Bretaña 1589-1598”, en MARTÍNEZ MILLÁN, J., *Felipe II (1527-1598). Europa y la Monarquía Católica. Actas del Congreso Internacional sobre Felipe II (1598-1998). Europa dividida: la Monarquía Católica de Felipe II*. Tomo I. Madrid, 1998. pp. 923-952. GRACIA RIVAS, M., “La Jornada de D. Juan del Águila de 1591 y sus aspectos sanitarios”, en GARCÍA HERNÁN, E, BUNES, M.A. de, RECIO MORALES, O. y GARCÍA GARCÍA, B.J. (eds), *Irlanda y la Monarquía Hispánica: Kinsale, 1601-2001. Guerra, política, exilio y religión*. Madrid, 2002. pp. 153-172.

<sup>868</sup> GARCÍA HERNÁN, E., *Irlanda y el Rey prudente*, Madrid, 2000. O'DONNELL y DUQUE DE ESTRADA, H.: “Tyrone y Tyrconnel. La aportación irlandesa a Kinsale”, en: GARCÍA HERNÁN, E., BUNES, M.A. de, RECIO MORALES, O. y GARCÍA GARCÍA, B.J. (eds): *Op. cit.* pp. 283-294.

No nos vamos a extender demasiado en el desarrollo de este proyecto, y las principales novedades que trataba de introducir, pues ya nos referimos a el en otro trabajo<sup>869</sup>. A grandes rasgos, el autor se planteaba dos objetivos fundamentales: revitalizar la dimensión militar de estas corporaciones y, en segundo lugar, un fortalecimiento de los medios navales de la monarquía. Para ello, buscaba la utilización de las rentas de las encomiendas de las Órdenes Militares, más que suficientes para la formación de una flota de 21 galeones (10 al mando de la orden de Santiago, mientras que Calatrava y Alcántara gobernarían 6 y 5 cada una, respectivamente). El comandante de esta fuerza naval sería el comendador mayor de Castilla, y los navíos de cada una de las tres Órdenes estarían mandados por los comendadores mayores (como una representación simbólica de los maestros de cada una de ellas). De la misma manera, en cada uno de los galeones, estaría presente un comendador y doce caballeros de hábito<sup>870</sup>.

Pero al mismo tiempo, este designio estaba concebido como una escuela práctica donde, bajo la promesa de importantes recompensas en forma de hábitos y encomiendas, se buscaba atraer a la nobleza al servicio naval<sup>871</sup>. Según nuestro criterio, esto es lo realmente importante, porque tales planteamientos estarán muy presentes en las décadas siguientes entre los autores denominados como arbitristas, y en los proyectos reformistas del Conde Duque de Olivares en cuanto a las Órdenes Militares. Para obtener el objetivo pretendido, el autor recomendó que sólo se concedieran estas mercedes a quienes acreditaran tres o seis años de servicio, respectivamente, en los galeones de su orden. La única excepción que plantea es la de los ministros del rey y los criados de su casa, que sí pueden recibir el hábito sin haber servido en los galeones, lo que abría un peligroso precedente para el intrusismo; que podía ser explicada como un deseo de remunerar servicios sin cargar la Real Hacienda, la cual acababa de declararse en bancarrota<sup>872</sup>.

A comienzos del reinado de Felipe III apareció el designio de D. Rafael de la Barreda y Figueroa (que comparte algunas similitudes con los dos arbitrios a los que

---

<sup>869</sup> JIMÉNEZ MORENO, A.: “Las Órdenes Militares.....” *Op. cit.* pp. 691-708.

<sup>870</sup> *Ibidem.* p. 701.

<sup>871</sup> JIMÉNEZ MORENO, A.: “La dimensión naval de las Órdenes Militares durante el primer tercio del siglo XVII”, en: GARCÍA HURTADO, M.R., GONZÁLEZ LOPO, D.L. y MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, E. (eds.): *El mar en los siglos modernos*. Tomo II (Actas de la X Reunión Científica de la FEHM, celebrada en Santiago de Compostela- Ferrol los días 11-13 de junio de 2008). Santiago de Compostela, 2009. pp. 253-265.

<sup>872</sup> JIMÉNEZ MORENO, A.: “Las Órdenes Militares.....” *Op. cit.* p. 706.

hemos aludido), en el cual las Órdenes Militares están llamadas a jugar un activo papel. Su objetivo principal era configurar unas fuerzas armadas de carácter permanente, que fueran suficientes para acometer las necesidades bélicas de la Monarquía Hispánica en una doble vertiente: interior y exterior<sup>873</sup>. Según García Hernán, este proyecto sería un precedente de la Unión de Armas, presentada por D. Gaspar de Guzmán a Felipe IV en 1624, pues en la biblioteca del Conde Duque había un ejemplar del mismo<sup>874</sup>.

La manera en la que se pretendía poner en marcha de su propuesta era, al mismo tiempo, muy sencilla desde el punto de vista teórico, pero sumamente compleja de llevar a la práctica. Se pensaba crear un espacio común entre las Coronas de Castilla, Aragón y Portugal, el cual abarcaría la totalidad de la península ibérica y se dividiría en 6 provincias, cada una de las cuales sería encomendada a una orden militar: Santiago, Calatrava, Alcántara, Montesa, Cristo y San Juan, que deberían contribuir cada una con 25.000 infantes y 6.000 soldados de caballería. Además, se buscaba establecer 15 escuadras de galeras, a 10 galeras por escuadra, a las que se asignaría un puerto como cuartel general y zona de operaciones<sup>875</sup>.

Al mismo tiempo, contemplaba un objetivo mucho más ambicioso: la culminación del ideal iniciado por los Reyes Católicos y el cardenal Cisneros: la conquista del norte de África, que pasaría a ser dividido en 6 provincias, al igual que lo proyectado para la península. Para ello, se debía encargar a las órdenes de Santiago<sup>876</sup>, Calatrava, Alcántara, Cristo y Montesa, la conquista de otros tantos puertos en el norte de África, los cuales pasarían a convertirse en “cabeza del maestrazgo”, de una manera muy parecida a la planteada en 1509, donde residirían los comendadores mayores junto con los caballeros de las respectivas órdenes<sup>877</sup>.

---

<sup>873</sup> *Batallón de los treinta y seis mil a caballo y ciento cincuenta mil infantes con la traza para haber caballos de las órdenes de Santiago, Christus, Montesa, San Juan, Calatrava y Alcántara, para conquistar la Berbería y defender el Reino, compuesto por D. Rafael de la Barreda y Figueroa, vecino de Madrid, dirigido a la majestad del rey Don Felipe, que Dios guarde muchos años. S.f., s.l. AGS, Estado, Leg. 493. Edición moderna: GARCÍA HERNÁN, E.: Milicia general en la Edad Moderna.....Op. cit. pp. 101-116.*

<sup>874</sup> *Ibidem.* pp. 136-138.

<sup>875</sup> *Ibidem.* p. 121.

<sup>876</sup> En el caso de la orden de Santiago, el objetivo a conquistar es la plaza de Larache, que como bien sabemos fue tomada en 1610. *Ibidem.* p. 193.

<sup>877</sup> “(.....) Que haciendo jornadas en Berbería, lo primero, que se tome un puerto acomodado. Y como se haya tomado, se quede allí el comendador mayor de la orden de Santiago con todos los caballeros de su orden, y este puerto quede para siempre para el maestre de Santiago. Y en tomando otro, se quede el comendador mayor de Calatrava con todos los caballeros de su orden, y quede este puerto como cabeza del maestrazgo de Calatrava. (.....) Y después que estén ganados cinco puertos, para que sean cabezas de los maestrazgos, podrá V.M. mandar que con cada comendador mayor haya escuadras de galeras que sean menester para los caballeros y soldados de cada comendador mayor.

La piedra angular de este designio consistía en la utilización de las encomiendas y hábitos de estas congregaciones. Respecto a las primeras, se planteaba la creación de un número suficiente para poder remunerar los servicios prestados, tanto en tierra como en mar. Para ello, propone hacer una relación de las encomiendas de las órdenes de Santiago, Calatrava y Alcántara, para conocer el valor total. Una vez realizada esta operación, serían divididas conforme a una nueva tasación, siendo el valor mínimo de 400 ducados al año, e incrementándolas en 200 ducados, se llegaría a los 3.000 ducados, que sería la máxima cuantía<sup>878</sup>.

En cuanto a los beneficiarios de estas prebendas, los mejor tratados iban a ser los oficiales de este Batallón. Barreda se mostró a favor de que las más cuantiosas se reservaran para los coroneles; las de 2.000 ducados serían para los maestros de campo, y para los capitanes de infantería se planteaba concederles las evaluadas en 1.000 ducados. El resto de encomiendas, las menor dotadas, serían empleadas para gratificar a todos aquellos caballeros de hábito que estuvieran prestando servicio a su costa en el ejército, valorándose en primer lugar la experiencia y la antigüedad, pues al igual que en arbitrio de Ezquerria, los caballeros de cada orden deberían ir a servir en las galeras, junto con sus comendadores mayores, para adquirir destreza en el combate. De esta manera, la Real Hacienda se ahorraría una cantidad considerable en sueldos de la oficialidad, que eran los más cuantiosos<sup>879</sup>. Con todo, Barreda comete el mismo error que Ezquerria en su memorial, pues permite el acceso a estos honores por medios no militares. En este caso, se trata de la posibilidad de honrar con una encomienda a los caballeros de hábito que prestan servicio en la Casa Real. Esta realidad chocante,

---

(.....) Y para conquistar Berbería, será bien que todas las cinco órdenes, con sus comendadores mayores y caballeros, y con la infantería y caballería de este batallón, se junten y vayan conquistando la provincia que toca al maestrazgo de Santiago. Y acabada de conquistar, y puestas en orden las encomiendas que se fundaren de Santiago, se podrá ir conquistando la provincia que toca al maestrazgo de Calatrava, (.....) hasta que estén fundadas y conquistadas todas las cinco provincias y establecidas las cinco órdenes, y la de San Juan, que es justo se le de parte. Y quedará Berbería repartida en 6 provincias, como en España, para poder hacer otro batallón de infantería y caballería por la orden que en España.” *Ibidem.* p. 184.

<sup>878</sup> “(.....) Que se hiciere un tanteo de todas las encomiendas que hay de las tres órdenes. Y hecho, que se dividiesen. Y que hubiese encomiendas de 400 ducados de renta cada año, y de 600, yendo subiendo en cada encomienda 200 ducados, hasta llegar a 3.000 ducados de renta cada año, y de aquí no pase. (.....). *Ibidem.* p. 168.

<sup>879</sup> “(.....) Que las encomiendas de 3.000 ducados sean para coroneles, y las de 2.000 ducados para maestros de campo; y las de mil para capitanes de infantería que ha de haber en España en este batallón. Y las demás, que no llegan a esta cantidad, para los caballeros aventureros que tienen hábito de las tres órdenes, dándoselas por su antigüedad. De esta manera, V.M. no pagará ningún coronel, ni maestro de campo ni capitán, de su patrimonio, sino de lo que rentan las encomiendas.” *Ibidem.* p. 168.

máxime cuando el objetivo pretendido es el contrario, y se busca potenciar la faceta castrense de estas corporaciones<sup>880</sup>.

Otro de los aspectos más destacados de su arbitrio, fue el intento de vincular a la oficialidad con la posesión de los hábitos. Para ello, convendría reservar un millar de ellos para los cuadros de mando de este Batallón: 25 para los maestros de campo, 150 para los capitanes y 600 para los ayudantes; mientras que el resto debían ser concedidos a coroneles, maestros de campo o capitanes que acreditaran servicios distinguidos<sup>881</sup>.

Acerca de la financiación Barreda concedió una importancia capital a las “Tres Gracias” de la Iglesia: cruzada, subsidio y excusado, las cuales se convertirían en su principal soporte. No obstante, sus cálculos eran erróneos, ya que estimaba su montante en cerca de dos millones de ducados. En realidad, aparte de ser inferior a esa cifra, no tuvo en cuenta que la mayor parte de los ingresos estaban empeñados. Para paliar este potencial desequilibrio, propuso que se introdujera la primera de las figuras fiscales mencionadas en las Coronas de Aragón y Portugal. Y al mismo tiempo, coincidiendo con lo apuntado por Velázquez, no vería con malos ojos un aumento del valor nominal de la moneda<sup>882</sup>.

Poco después de la toma de Larache (1610)<sup>883</sup>, apareció un nuevo escrito, anónimo, que buscaba vincular a las Órdenes Militares con la defensa del litoral mediterráneo y de las plazas españolas norteafricanas. En la base del proyecto se encuentran los temores del autor ante la posibilidad, según su criterio más que factible, de que los moriscos intentaran resarcirse de su reciente expulsión, colaborando con los corsarios berberiscos. Del mismo modo, considera que la zona del estrecho de Gibraltar y, en general, todo el litoral mediterráneo, es la más vulnerable, de donde han procedido todos los intentos de invasión de la península, circunstancia que debe ser remediada<sup>884</sup>, y en la que las milicias cristianas estaban llamadas a jugar un activo papel.

---

<sup>880</sup> “(.....) Que V.M. deje las encomiendas que sean necesarias para los caballeros de su casa y servicio, y que están señaladas. Y sean de 400 ducados, yendo subiendo en cada encomienda 200 ducados, hasta llegar a 3.000 ducados; y de aquí no suban ni pasen.” *Ibidem*. p. 169.

<sup>881</sup> *Ibidem*. p. 193.

<sup>882</sup> *Ibidem*. p. 196.

<sup>883</sup> Véase: GARCÍA FIGUERAS, T., GARCÍA RODRÍGUEZ, C. y SAINT-CYR, J.: *Larache: datos para una historia en el siglo XVII*. Madrid, 1973.

<sup>884</sup> “Viéndose libre nuestra España del eminente peligro que la amenazaba tan de cerca con la expulsión de la gente mahometana, y ahora añadiendo la feliz nueva de la entrega de Larache, parece justo poner en los ojos la conservación y defensión de provincia tan católica. Que por serlo tanto, y el amparo y propugnado de la religión, tiene conmovidos contra sí los ánimos de los enemigos de nuestra santa fe, los cuales, solicitados de tanta multitud de enemigos domésticos, como los que han salido por la fuerza, han de inquietar el sosiego. Los unos con el ánimo de conquistar, y los otros con el mismo, y con otro más de volver a su patria, que jamás podrán olvidar el peligro que se puede temer, es forzosamente el mar

De sus palabras se desprende un tono laudatorio de la expulsión de los moriscos y del repliegue español sobre el Mediterráneo, lo que significó un momentáneo abandono de los objetivos septentrionales con motivo de la Tregua de los Doce Años. Pero en la base de este memorial se aprecia una palmaria crítica a la ruptura del vínculo nobleza-guerra-Órdenes Militares, así como un claro intento por repararlo. A pesar del carácter reformista de su designio, tiene unos fundamentos poco originales, a los cuales ya nos hemos referido: los Capítulos Generales de la orden de Santiago que tuvieron lugar en 1509 y en 1553. Es decir una vocación expansionista por el norte de África, y el compromiso de mantener una serie de galeras operativas para contribuir a la defensa del Mediterráneo<sup>885</sup>. En líneas generales, se reducía a que cada una de las tres milicias se estableciera en una plaza norteafricana, y tuviera a su cargo cierto número de galeras: Santiago 6 u 8, mientras que Calatrava y Alcántara gobernarían 4 cada una (lo que haría un total de 14-16 galeras)<sup>886</sup>. Desde el primer momento, llama la atención que los objetivos que previstos por este anónimo autor, sean mucho menos ambiciosos que los planteados por los memoriales analizados en las líneas anteriores, lo cual puede ser un punto a favor a la hora de su hipotética viabilidad.

Para conseguir su propósito se focalizó su atención en el modo de aprestar los recursos necesarios, tanto humanos como financieros, para la fundación de los conventos, y el aprestamiento de las galeras con las cuales cada congregación debía servir. En cuanto a los conventos, propuso una serie de medidas para obtener los fondos precisos, sin que ello suponga gravar aún más a la Real Hacienda. Respecto al de la orden de Santiago es partidario de que se funde en Orán con religiosos de los conventos de Uclés y San Marcos. En el primero de ellos, de los 36.000 ducados de renta de dicho convento, se podrían tomar 16.000; mientras que en el de San Marcos al ser su renta bastante inferior (16.000 ducados), se tomarían 4.000-6.000 ducados. A estos 20.000 ducados se le añadirían las rentas de los conventos de Villar de Dueñas y de San Martín (situados en las diócesis de Santiago y Lugo), asignadas por bula apostólica de mayo de 1509, cuyo importe asciende a 6.000 ducados anuales. En última instancia, se le

---

Mediterráneo, que es por donde ha tenido España sus infortunios, y por donde la han acometido las naciones extranjeras (.....).” *Discurso sobre el ejercicio militar*..... Fol. 130r.

<sup>885</sup> Véase: WILLIAMS, P.: “Past and present: the forms and limits of Spanish naval power in the Mediterranean, 1590-1620”, en: RIZZO, M., RUIZ IBÁÑEZ, J.J. y SABATINI, G. (eds): *Op. cit.* Tomo I. pp. 239-278. BUNES IBARRA, M.A. de: “La defensa de la Cristiandad. Las armadas en el Mediterráneo en la Edad Moderna”, en: *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, nº5 (2006). pp. 77-99.

<sup>886</sup> *Discurso sobre el ejercicio militar*..... Fol. 130v-132r.



consignarían las rentas de la ermita de Cubillana (800 ducados al año) y otros 300 ducados anuales procedentes de una renta anual, lo que ofrecería un total de 27.100<sup>887</sup>.

En relación con las órdenes de Calatrava y Alcántara, asume la mayor dificultad que supondrá obtener los fondos necesarios para fundar sus conventos, pues disfrutaban de unos ingresos mucho menos cuantiosos (al contrario de lo ocurrido con la orden de Santiago, el autor no se atreve a cuantificar los ingresos anuales de sus establecimientos principales). Así, propone que se asienten en Bujía y Trípoli respectivamente, lugares de naturaleza similar al de sus establecimientos principales, es decir, zonas agrestes y sin ninguna riqueza. Con el objetivo de asegurar su sustento, propuso que a la orden de Calatrava se le permitiera valerse de una dignidad de sacristán mayor, tasada en 300 ducados anuales, mientras que Alcántara recibiría el usufructo del priorato de Magacela<sup>888</sup>, valorado en la misma cantidad<sup>889</sup>.

Respecto a la formación de la escuadra de galeras sería suficiente con hacer cumplir lo dispuesto en la mencionada bula de Julio III del año 1553, en la cual se concedía licencia para tomar los dos quintos de la media anata de las encomiendas vacantes durante dos años, para la dotación de las galeras (de las tres partes restantes, una iría dirigida al tesoro de la orden y las otras dos a la reparación de las encomiendas). Pero esta renta estaba muy mal gestionada, pues los arrendamientos de la media anata no se realizaban de forma satisfactoria para los intereses de la Corona, ya que la recaudación ofrecía unos resultados muy inferiores a lo que, en teoría, se debía percibir, y sólo cubría los gastos que acarreaba su percepción. Todo ello se traducía en un menoscabo de la Real Hacienda, pues según el artífice del proyecto se contabilizan numerosos ejemplos de encomiendas que han vacado, y en el ínterin que se designa

---

<sup>887</sup> *Ibidem*. Fols. 134r-135v.

<sup>888</sup> Véase: MARTÍN NIETO, D.A. y DÍAZ DÍAZ, B.: *Los priores de Magacela de la orden de Alcántara. La mal llamada sexta dignidad de la orden*. Badajoz, 2002. GUTIÉRREZ AYUSO, A.: *Magacela: el patrimonio de un municipio de la orden de Alcántara*. Badajoz, 2002.

<sup>889</sup> “(.....) En cuanto a los conventos de Calatrava y Alcántara, parecería más dificultad por no ser ricos. Y cuando del todo se mudaran del sitio donde estaban, no fuera de mucha importancia, antes parecía muy puesto en razón. Pues el uno está en un desierto, que es el de Calatrava, y el otro en un pueblucho donde no es de mucho provecho, y seríanlo de muy grande en los lugares donde esta dicho. Y cuando se quisiesen dejar ocho religiosos en los que ahora están fundados, para conservar la memoria antigua, se les podría dar al uno y al otro convento, la renta que al presente tienen, repartiéndosela por rata respecto de las personas que había de haber en cada convento. Y añadirseles a los que se habían de poner en la frontera, al de Calatrava, la dignidad de sacristán mayor, que vale 300 ducados, y es beneficio simple; y al de Alcántara, el priorato de Magacela, que vale otros 300, y es de la misma orden. Y con esto, quedaban en suficiente dotación los unos y los otros, sin que para ello fuese necesario poner S.M. cosa alguna.” *Discurso sobre el ejercicio militar.....* Fol. 135v.

nuevo titular, no se recaudaba este tributo, el cual, únicamente con las encomiendas de la orden de Santiago, generaba unos 12.000 ducados anuales<sup>890</sup>.

Si damos validez a estas cifras, quedarían 8.000 ducados (e incluso 10.000) a disposición de la Corona. Esta cantidad, sumada a lo que importa la media anata de las encomiendas vacantes de Calatrava y Alcántara, haría un total de cerca de 15.000 ducados anuales. Además, las mesas maestras de las tres Órdenes Militares, tenían asignados cerca de 5.000 ducados anuales para la reparación de sus fortalezas<sup>891</sup>. Pero al igual que las medias anatas, la administración de esta partida dejaba mucho que desear. Por este motivo, lo mejor sería consignarlos a la financiación de este designio, con los cuales se alcanzarían los 20.000 ducados anuales. Otra de las partidas sobre las que se sustentaría su propuesta, sería la venta de trigo norteafricano por valor de 30.000 ducados. Si estos expedientes no bastaran, se podría recurrir a la venta de aquellas dehesas, propiedad de las Órdenes Militares, cuyo rendimiento fuera más bajo. Entre ellas se encontraban: Jerez de los Caballeros (Santiago), Alcobazas y Las Brozas (Alcántara), Alcudia, La Catuna y San Martín (Calatrava), que podrían aportar unos 400.000 ducados (cantidad que parece, cuando menos, exagerada), los cuales “puestos en renta”, generarían unos ingresos anuales de 20.000 ducados (a un 5% de interés anual), que sumados a lo anterior harían un total de 70.000 ducados, suficientes para sustentar 16 galeras a 5.000 ducados cada una, “como los suele dar S.M. a algunos grandes que traen galeras en la mar, como es el duque de Maqueda”<sup>892</sup>.

Para concluir con las cuestiones de carácter financiero, dispuso una última cuestión, consistente en instaurar una práctica que aliviaría la Real Hacienda, y al mismo tiempo supondría un importante empujón a su viabilidad: que en cada iglesia, catedral o colegio eclesiástico, se sitúe una dotación para este fin, a la manera en que se hace con los miembros del Santo Oficio, para lo cual se debe pedir autorización al Papa.

---

<sup>890</sup> “(.....) El contador de las medias anatas, por la administración, tiene su veintena (el cinco por ciento), y es el que la arrienda. Y por sus particulares intentos siempre sale muy más corto el arrendamiento de la media anata de lo que suele otros años valer la encomienda; y esto saben muy bien los dichos que arriendan, Y así, en vacando, acuden a hacer sus diligencias con el contador y la persona que envían, y no se suele esto hacer de balde. Y al cobrar hay tantas dilaciones, demás de los largos plazos que se conceden en los arrendamientos, que muchas veces pasan cuatro, o seis u ocho años sin cobrar la media anata. Y si no fuese por el mucho cuidado que en ello tiene el presidente y el consejo de las Órdenes, nunca se cobraría. Y después de mal cobrada, se sacan de ella los salarios del tesorero y los contadores y del obrero, que ayuda muy bien a consumir esta hacienda miserablemente. (.....) Que cierto es lastimosa cosa que si esta hacienda fuese de 500 ducados cada año, podría disimular; pero un año con otro pasa de 12.000 ducados. Y este año han vacado tantas encomiendas, que pasan a mucho más.” *Ibidem*. Fol. 136r.

<sup>891</sup> *Ibidem*. Fol. 136r.

<sup>892</sup> *Ibidem*. Fols. 136v-137r.

Su petición se justifica en un hecho muy simple: quienes defienden el catolicismo con las armas, tienen los mismos derechos que quienes lo hacen con la legislación y la justicia (con las letras)<sup>893</sup>.

Respecto a los efectivos humanos de los navíos, se mostró partidario de convocar a todos los caballeros de hábito que tenían concedida “relevación de galeras”. Con esta decisión se obtendrían los hombres necesarios para el servicio, y una importante cantidad de dinero para su sostenimiento, pues quienes alegasen enfermedad o cualquier otra excusa, podrían suplir su presencia con el pago de 500 ducados. En caso de que el número de caballeros relevados fuera de 300, se generarían unos ingresos adicionales de 150.000 ducados<sup>894</sup>. Este segundo objetivo, como hemos podido comprobar, hunde sus raíces en los albores del siglo XVI, motivado por la imposibilidad (o falta de vocación castrense) de los titulares del hábito de cumplir con sus obligaciones. Tal acontecimiento implicaría una nueva modalidad de servicio, el cual sería muy apreciado por la Corona, pues con esa cantidad se podría equipar y pagar a un combatiente profesionalizado. Según podremos ver en los próximos capítulos, la Corona recurrió a esta práctica en el año 1640, cuando obligó a todos los caballeros de hábito que no acudieron a servir en persona, a que asumieran el coste de un sustituto que lo hiciera en su lugar.

Como medida complementaria, se podría utilizar parte de la guarnición de Orán, que ascendía a 1.500 infantes y 200 caballos, de donde se podrían tomar 500 soldados, ya que allí “lo más del tiempo está esta gente ociosa”. Algo similar se podría llevar a cabo con las tropas acuarteladas, unos 700 hombres, en los presidios del Peñón de Vélez de la Gomera y en Melilla<sup>895</sup>.

También se obtendría otro puñado de hombres si se imponía de nuevo la obligación que tenían los comendadores, cuando el rey lo solicitase y se pusiese al frente de la hueste, de concurrir con las lanzas asignadas a sus encomiendas. Según sus cálculos, la cifra ascendería a 893 (431 procedentes de las encomiendas de la orden de

---

<sup>893</sup> *Ibidem*. Fol. 140v.

<sup>894</sup> “(.....) Y mandando S.M. que todos los caballeros de las órdenes, a quienes tiene concedidas relevaciones de galeras, con que las hayan de ir a servir cuando se les ordenare, que vayan a cumplir con su obligación, se harían dos efectos: el uno, que yendo los que no tienen impedimento, se poblarían las galeras de gente principal, y el otro, que no podrá dejar de haber muchos que tuviesen legítimo impedimento, o por la edad o por la enfermedad, y a estos se les podría conmutar la residencia en 500 ducados a cada uno, que los darán de muy buena gana. Y son tantos, que de todas las órdenes, los que se excusasen legítimamente, se puede entender pasarían de 300, que vienen a ser 150.000 ducados, que no sería de pequeña ayuda. Así para asentar este negocio tan importante, como para situar alguna renta para lo de adelante.” *Ibidem*. Fol. 137r.

<sup>895</sup> *Ibidem*. Fol. 137v.

Santiago, 330 de Calatrava y, en último lugar, 132 de Alcántara). No obstante, reconoce la dificultad de resucitar bruscamente un compromiso que se había relajado de manera casi definitiva, a lo largo del siglo XVI. De esta manera, se mostraría satisfecho con que, al menos, se consiguiera la mitad de la cantidad pretendida (446 soldados), los cuales podrían ser utilizados para este designio, sin que a la Real Hacienda le costase ni un solo maravedí<sup>896</sup>. En este sentido, se declaró a favor de que todos aquellos comendadores que lo desearan, contribuyesen con 100 ducados por lanza, a cambio de ser excluidos de esta obligación, pues a muchos de ellos les resultaría más sencillo acudir a esta carga, que no a una caduca obligación de carácter feudal<sup>897</sup>.

Según nuestro criterio, nos encontraríamos ante un nuevo antecedente de lo que acontecerá a partir del año 1640. Pues desde entonces se obligó a todos los individuos que eran honrados con un hábito, y no tenían intención de prestar servicio en el Batallón de las Órdenes, a que abonaran 300 ducados para un “montado”, es decir un sustituto que acudiera por él. Algo similar acaeció con los beneficiarios de las encomiendas, a quienes se exigió la misma contribución. Pese a las protestas que generó tal decisión, era la forma de contribución más beneficiosa para ambas partes, pues la Corona obtenía una suma en metálico con la cual sustentar a verdaderos soldados, al tiempo que evitaba la prestación de un servicio militar de baja calidad por individuos que, en la mayoría de los casos, no tenían ninguna vocación castrense. Por su parte, comendadores y caballeros, si bien debían asumir un desembolso de capital, el cual en ocasiones suponía una cuantiosa suma, sobre todo para patrimonios no demasiado boyantes, lograban eludir una participación personal que dimanaba de la posesión de tales prebendas y, al menos en teoría, debían prestarlo.

En cuanto a las ventajas que acarrearía este arbitrio, la primera de ellas responde a cuestiones de carácter práctico, pues se conseguiría reducir el impacto de la piratería berberisca sobre las costas mediterráneas. En segundo lugar, se encontraría la recuperación de la Órdenes Militares en su vertiente más tradicional. Como ya hemos mencionado, pese a tratarse de una propuesta renovadora, el objetivo final era una vuelta al pasado; es decir que las milicias cristianas retomaran la misión para la cual

---

<sup>896</sup> “(.....) Demás de lo dicho se me ofrece otro medio, y es que, conforme a establecimientos y definiciones, están todos los comendadores obligados a acudir con lanzas cuando S.M. las pidiese. Y son de la orden de Santiago (.....). Y podría ordenar S.M. que, para asentar una fuerza tan grande para España, como la que está referida, se convocasen las lanzas, o por lo menos se contribuyese con la mitad de las lanzas, con que habría pagados, por lo menos, 446 soldados sin costa de S.M. Y éstos podrían servir en las galeras cuando navegasen, y en el lugar diputado para los conventos, en tiempo que las galeras no navegasen.” *Ibidem*. Fol. 140v.

<sup>897</sup> *Ibidem*. Fol. 140v.

fueron instituidas durante la Edad Media: la defensa de la Cristiandad y la lucha sin tregua contra sus enemigos. De esta manera, se renovaría el vínculo que los caballeros de hábito tenían con la profesión militar, el cual justificaba su privilegiada posición, así como las mercedes que disfrutaban. Sólo a través de este medio podrían sobrevivir en un ambiente cada vez más hostil, caracterizado por la presencia de un creciente número de voces críticas con el relajamiento de sus primitivas reglas y, por ende, su preeminencia en la sociedad<sup>898</sup>. En tercer lugar, gracias a la promesa de que sus servicios serán convenientemente remunerados, se ofrecía a la nobleza una nueva oportunidad para ocuparse en función por antonomasia, la guerra.<sup>899</sup>

En último lugar, se asistiría a la consagración de los méritos sobre el origen, pues los méritos contraídos en combate serían preferentes a la hora de optara a hábitos y encomiendas, todo ello con la clara motivación de impulsar el servicio militar. Para cumplir este propósito, no se deberían conceder hábitos a quien no acreditara dos años continuos de servicio en las galeras o en el convento de una de las Órdenes Militares, salvo a los que sirven en la Casa Real (otro autor que, a pesar de propugnar la concesión de hábitos y encomiendas por méritos castrenses, plantea otras vías de acceso). En cuanto a las encomiendas, se deberían reservar unas 22-24 “de las de a 1.000 ducados de renta” (10-12 de Santiago, 6 de Calatrava y 6 de Alcántara) para recompensar a aquellos que acrediten haber servido 6 años seguidos<sup>900</sup>. De nuevo, nos encontramos con otro intento de regular el acceso al honor y de establecer un sistema eficaz de remuneración de los servicios prestados, en el cual se tuviera la certeza de recibir un hábito o una encomienda, a cambio de servir un número de años pactado con anterioridad.

---

<sup>898</sup> “(.....) Las órdenes militares volverían a renovar su principal instituto, que fue la defensa de la religión cristiana y el sacrificar la vida por ella, a imitación de Cristo. Y aunque por el voto de la obediencia están obligados a ello, pero por faltarles el uso y el ejercicio, parece que ya los hábitos militares solo se dan y se procuran por las calidades de limpieza y nobleza que requieren. Y ordenándose lo que está referido en acto y ejercicio, cumplirán con su voto y con su religión e instituto. Y por este camino, serían dignos de que se les guardase su excepción y privilegio, y se desharía lo que, por faltarles el ejercicio militar, han escrito tantos contra ellos, y la murmuración ordinaria de los que no son de hábito, pretendiendo que pues no hay diferencia en el modo de vivir, no la haya en lo demás. *Ibidem*. Fol. 131r-v.

<sup>899</sup> “(.....) no estará tan ociosa como la vemos en las calles y plazas públicas inquietar las doncellas honradas e infamando sin culpa muchas mujeres principales. Y si hubiese este santo ejercicio, no habría grande ni título, ni caballero principal que no quisiese enviar a tan santa escuela sus hijos segundos y terceros, y aun por ventura los primeros, de que resultaría que la milicia andaría entre gente noble y no entre gente desgarrada como ahora la vemos, y esto principalmente es más necesario en estos tiempos que en otros, que con las paces que hay en los estados de Flandes, del todo parece estar cerrada la puerta para el ejercicio militar de la gente noble.” *Ibidem*. Fol. 133v.

<sup>900</sup> *Ibidem*. Fol. 140r.

Pero la aparición de todos estos escritos, y los que se publicarán durante los años siguientes, revelarían que algo estaba sucediendo con las codiciadas prebendas de las Órdenes Militares. Un testimonio muy relevador de las numerosas irregularidades existentes en las concesiones de hábitos, y la necesidad de remediarlas, lo encontramos en un decreto de finales de septiembre de 1622, dirigido al marqués de Caracena, presidente del Consejo de Órdenes, en el que se trata de regular los servicios prestados por los antepasados, a la hora de solicitar los hábitos<sup>901</sup>.

En este sentido, según refiere el monarca, un número indeterminado de solicitantes alegan servicios realizados por sus parientes pero que, en realidad, no pueden ser tenidos en cuenta, bien por no ser sus herederos directos, bien por no haberse estipulado que el aspirante fuera beneficiario de tales actos. Así, se ordenó que, a la hora de valorar los servicios familiares<sup>902</sup> (cualquier tipo de asistencia), sólo se contemplen las dos situaciones referidas, y que las restantes fueran descartadas.

Dentro de esta corriente “autocrítica”, se inscribe otro decreto, fechado a finales de febrero de 1623, dirigido a D. Jerónimo de Villanueva, secretario del Consejo de Estado, en el cual se reconoce que la concesión de hábitos no se estaba llevando a cabo de la mejor manera posible. Con todo, se justificaron las actuaciones irregulares aludiendo a las necesidades impuestas por la situación internacional (continuación del apoyo a la rama vienesa de los Habsburgo en la Guerra de los Treinta Años, y reanudación de la guerra contra los rebeldes neerlandeses)<sup>903</sup>.

No obstante, pese a la persistencia de una delicada coyuntura exterior, la nueva administración (donde Olivares, gracias a su reciente nombramiento como consejero de Estado<sup>904</sup>, daba sus primeros pasos) deseaba poner coto a estas irregularidades, y que

---

<sup>901</sup> *Decreto del rey, dirigido al presidente del consejo de Órdenes, sobre que no se consulten servicios que no sean propios o heredados*. Madrid, 27-9-1622. AHN, OO.MM, Leg. 6340(1).

<sup>902</sup> “He entendido que muchas personas piden mercedes por servicios de parientes suyos, sin tocarles ni ser sus herederos. Y algunas veces las consiguen, en perjuicio de los que lo son, y sin debérseles. Y por excusar esto, he resuelto que de aquí adelante, antes de consultarme por servicios de otro, se verifique, por papeles, si la persona por quien se consultare es heredera, derechamente, de los servicios porque se pide, o por manda que le hayan hecho de ellos, o por tocarle la sucesión. Y al que no le pertenecieren, de una de estas dos maneras, no se me consulte, aunque sea descendiente o hijo, o tenga cualquier otro parentesco con las persona de cuyos servicios se tratare.” *Ibidem*.

<sup>903</sup> “(.....) El aprieto de los tiempos, y el deseo de hallar camino de alivios de mayores imposiciones a estos reinos, ha dado motivo a que, con alguna relajación, haya corrido la materia de hábitos, interviniendo este género de gracia para diferentes disposiciones, en orden a la defensa de ellos.” *Decreto del rey, dirigido a D. Jerónimo de Villanueva, secretario del consejo de Estado, para que no se consulten hábitos por vía de beneficio, ajustamiento de asientos, ni otro ningún género de medro*. Madrid, 23-2-1623. AHN, Estado, Leg. 2795.

<sup>904</sup> D. Gaspar accedió a este cargo en octubre de 1622, inmediatamente después de la muerte de su tío, D. Baltasar de Zúñiga. No obstante, en sus momentos iniciales no pudo ejercer demasiada influencia en este organismo, ya que era un recién llegado y debía subordinarse al resto de consejeros, mucho más

únicamente se dispensaran por servicios y méritos personales. Al mismo tiempo, como consecuencia de las limitaciones financieras de la Corona, y la consecuente reducción de las mercedes pecuniarias, se hacía más conveniente que nunca reafirmar y reforzar la importancia de las recompensas honoríficas<sup>905</sup>. Es decir, hay una clara voluntad de resolver este problema, al igual que otros muchos desafíos a los que se enfrentaba la monarquía española, mediante una vuelta al pasado<sup>906</sup>. Esta realidad se revelará con más intensidad desde el momento en que D. Gaspar asuma de forma efectiva el poder y pueda poner en práctica sus teorías políticas.

En consecuencia, el monarca prohibió (entendido el término como miembro de los órganos de administración y gobierno de la Corona), remitir consultas de hábitos en las que hubiera indicios de una posible venta (directa o indirecta), o que detrás de ella se encontrara una merced destinada a un asentista, aunque su concesión significara un beneficio para las finanzas reales<sup>907</sup>. Así, los hábitos sólo se deben otorgar por méritos y servicios personales. Sin embargo, consideramos que lo importante de este decreto, reside en el reconocimiento de la existencia de otros caminos, ajenos al mundo de la milicia, para acceder a estas prebendas, siempre y cuando se trate de servicios personales. De la misma manera, se asumió que individuos pertenecientes a otros ámbitos, pudieran lograr unos honores que, no olvidemos, en su origen estaban concebidos para remunerar hechos de armas.

---

experimentados y que acreditaban largos años de servicio. ELLIOTT, J.H.: *El Conde Duque de Olivares. El político de una época en decadencia*. Barcelona, 1990. (1ª edición en inglés: Londres, 1986). pp. 163-166.

<sup>905</sup> “(.....) Y si bien no han cesado las mismas consideraciones, sino que militan más estrechamente los accidentes que podrían facilitar esta gracia, he considerado que, restituirla a su antigua estimación, trae suma conveniencia, por lo que comprende de honor. Y porque dándose solo por servicios y méritos, será mayor el premio que recibirán los que llegasen a merecerle. Consideración que, cuando es fuerza que por la falta de hacienda se limite la mano para premiar con ella, pone en mayor obligación de que las mercedes de honra se conserven y reduzcan a crédito y reputación.” *Decreto del rey, dirigido a D. Jerónimo de Villanueva*.....

<sup>906</sup> En este sentido, Marañón considera que la ambiciosa política de Olivares fue inspirada por el reinado de Carlos V. Elliott, por su parte, comparte algunos aspectos con Marañón, pero considera que el verdadero motor de su acción de gobierno fue Felipe II. De esta manera, el programa de regeneración nacional promovida por D. Baltasar de Zúñiga, en primer lugar, y por D. Gaspar de Guzmán, a la muerte de éste, se proponía, tomando como modelo al Rey Prudente, invertir la situación heredada del reinado anterior, y reafirmar la primacía española. A este respecto, véase: MARAÑÓN, G.: *El Conde Duque de Olivares. La pasión de mandar*. Madrid, 1999. (1ª edición: Madrid, 1936). STRADLING, R.A.: *Europa y el declive de la estructura imperial española*. Madrid, 1983. (1ª edición en inglés: 1981). ELLIOTT, J.H.: *El Conde Duque de Olivares y la herencia de Felipe II*. Valladolid, 1977. También: *España y su mundo (1500-1700)*. Madrid, 1989.

<sup>907</sup> “(.....) Y así, he resuelto que ninguno de mis consejos, tribunales ni ministros, me puedan consultar hábitos por vía de beneficio, ajustamiento de asientos, ni de ningún otro género de medro, aunque resulte comodidad o conveniencia grande a mi hacienda y servicio, por preciso que sea. Porque solo es mi voluntad que esta honra se de por gratificación de servicios y méritos personales.” *Decreto del rey, dirigido a D. Jerónimo de Villanueva*.....

Por esos años apareció otro memorial<sup>908</sup>, dirigido a una alta personalidad del gobierno de la monarquía, perteneciente al estamento privilegiado (cabe la posibilidad de que el remitente último fuese D. Gaspar de Guzmán), pues el autor se dirige al destinatario del escrito como excelencia, tratamiento reservado a las más altas instancias. El punto de partida de este arbitrio es el grave problema que representaba la separación geográfica entre las diferentes territorios que integran el Imperio español, ante lo cual se hacía imprescindible asegurar el dominio de los mares.

Su proyecto se centra en la zona del estrecho de Gibraltar, con una doble dimensión: mediterránea y atlántica, cometido en el que las Órdenes Militares asumirían un papel principal<sup>909</sup>. No obstante, al igual que en las otras tentativas presentadas, sus raíces se encuentran en lo dispuesto por Fernando el Católico en 1509. De este modo, se aseguraría el dominio de una zona estratégica, y muy sensible para los intereses de la monarquía española, al tiempo que se recuperaría a estas milicias como fuerza armada operativa<sup>910</sup>. El autor busca que las Órdenes Militares castellanas imitaran a las de San Juan y San Esteban, pues estas dos instituciones estaban llevando a cabo una encomiable labor de lucha contra el infiel y defensa del Mediterráneo ante sus empujes<sup>911</sup>.

Como bien sabemos, la orden de San Juan de Jerusalén estuvo presente en Tierra Santa hasta la caída de San Juan de Acre, acaecida en 1291. Tras establecerse unos años en Chipre, lo abandonaron en 1306, como consecuencia de sus discrepancias con el monarca de la isla, y se dirigieron a Rodas, donde permanecieron hasta 1522, cuando la ciudad cayó en manos turcas<sup>912</sup>. Tras este suceso, solicitaron al Papa Adriano VI un nuevo asentamiento desde el cual proseguir con sus actividades. Pero la muerte del Sumo Pontífice, y la poca voluntad de su sucesor, Clemente VII, de resolver esta cuestión, la dilataron hasta 1530, momento en que el Emperador Carlos V se implicó en el asunto y cedió a la orden las plazas de Malta, Gozo, Comino y Trípoli, para que continuaran la lucha contra los enemigos del catolicismo<sup>913</sup>. Durante esos años, la orden de San Juan, conocida a partir de entonces como la orden de Malta, desarrolló una

---

<sup>908</sup> *Medio para defender las costas de África, asegurando las plazas que el rey, nuestro señor, tienen en ellas, ilustrando las Órdenes Militares de que S.M. es maestro y perpetuo administrador*. S.f., s.l.

<sup>909</sup> *Ibidem*. Fol. 1r.

<sup>910</sup> *Ibidem*. Fols. 1r-2v.

<sup>911</sup> *Ibidem*. Fol. 4r-v.

<sup>912</sup> LUTRELL, A.: *The Hospitaller State on Rhodes and its Western provinces, 1306-1462*. Aldershot, 1999.

<sup>913</sup> CADENAS Y VICENT, V. de: "Documentos para la historia de la Orden de Malta. Cesión de la isla en feudo por el emperador Carlos V", en: *Hidalguía*, nº 26 (1958). pp. 749-760.



considerable actividad naval contra las flotas musulmanas. Tras el levantamiento del sitio al que Solimán el Magnífico sometió a la isla en 1565<sup>914</sup> (el acontecimiento más importante de su historia), sus caballeros estuvieron presentes en la batalla de Lepanto.

En cuanto a sus miembros, los aspirantes a ingresar en la orden procedían exclusivamente de casas nobiliarias, ya que la admisión en la orden era vista como una marca inequívoca de nobleza y de unos orígenes elevados, para lo cual se debía presentar, entre otros documentos, un árbol genealógico. Con todo, a partir de la década de los 90 del siglo XVI, los requisitos de entrada se endurecieron todavía más, pues se ordenó desestimar cualquier petición de ingreso, en la cual constara que la familia del aspirante había tenido relación con actividades mecánicas o comerciales. Pese a esta rigurosidad, se determinó que los nobles de Génova, Lucca, Florencia y Siena, no estuvieran comprendidos en esta medida (suponemos que esto se debió a que la práctica totalidad de los aristócratas de estas ciudades se dedicaban, en diferentes grados, a tales ocupaciones). Si en último término se le admitía en la orden, no le esperaba una vida contemplativa. Así, estaba obligado a residir durante cinco años en la isla y completar cuatro temporadas, de seis meses cada una, de servicio activo en las galeras (normalmente había 20-25 caballeros por galera, y 30 en el buque insignia, junto con algunos soldados y marineros)<sup>915</sup>.

Además de la lucha en defensa de la Cristiandad, desarrolló otra actividad mucho menos caballeresca: el corso. Al parecer, desde principios del siglo XVII navieros privados, con la connivencia de la orden y de caballeros retirados del servicio, usaron la isla de Malta como base de operaciones contra los navíos musulmanes. Al parecer, las cabezas rectoras de esta institución consideraban que la cruzada religiosa no era incompatible con el corso, siempre y cuando los objetivos no fueran cristianos. Poco a poco esta ocupación creció en importancia, hasta el punto de llegar a superar las acciones de castigo de las galeras de la orden, pues entre 1600-1624, se expidieron hasta 280 licencias para ello, y unos 350 navíos (alrededor de 14 por año) decidieron tomar parte en este lucrativo negocio<sup>916</sup>.

---

<sup>914</sup> SALVÁ RIERA, J.: *La Orden de Malta y las acciones navales españolas contra turcos y berberiscos en los siglos XVI y XVII*. Madrid, 1944. DESPORTES, C.: *Le Siège de Malte. La grande défaite de Soliman le Magnifique, 1565*. París, 2000.

<sup>915</sup> SPAGNOLETTI, A.: *Stato, aristocrazie e Ordine di Malta nell'Italia moderna*. Roma-Bari, 1998. pp. 153-166.

<sup>916</sup> HANLON, G.: *The twilight of a military tradition: Italian aristocrats and European conflicts, 1560-1800*. Londres, 1998. p. 30.

Sus acciones, tanto las oficiales de la orden como el corso auspiciado por ella, continuaron con gran intensidad hasta mediados del siglo XVII en que empezaron a decaer. En su declinar tuvo gran importancia la resolución tomada por Luis XIV en 1667, de prohibir a la orden de Malta lanzar expediciones contra los territorios otomanos de Anatolia y Grecia. Además, los mercaderes turcos empezaron a transportar sus mercancías en barcos franceses, por lo que lo que estas presas se volvieron intocables, a riesgo de entrar en conflicto con el Rey Sol. Durante el siglo XVIII se agudiza su declinación, hasta que en 1798 la orden fue suprimida por Napoleón Bonaparte<sup>917</sup>.

En relación con la orden de San Esteban, nos llama la atención que una institución con menos de un siglo de existencia, fuera considerada como el modelo a seguir, sobre todo cuando las de Santiago, Calatrava y Alcántara acreditaban mucha mayor antigüedad, y ejercieron una gran influencia en el surgimiento de nuevas milicias católicas en Europa. En su nacimiento tuvo un papel capital el deseo del duque Cosme I de crear una orden militar bajo su jurisdicción y, al mismo tiempo, unas fuerzas navales en las que integrar a la élite de sus dominios. Los primeros pasos en esa dirección se dieron en 1547, cuando fortificó Portoferraio, en la isla de Elba, y entraron en servicio dos galeras: una comprada al virrey de Nápoles, y otra construida en sus astilleros, a las cuales se unieron, el año siguiente, otras dos. Sin embargo, las cuatro galeras no pudieron hacerse a la mar porque escaseaban tanto la marinería como los remeros. A pesar de estas dificultades, Cosme no se dio por vencido y en 1551 optó por alquilar sus navíos a Jacobo de Appiano, príncipe de Piombino. Tras esta decisión, que en principio podría parecer lesiva a sus intereses, se encontraba un objetivo más elevado: utilizar los contactos e influencias de este aristócrata para abastecer a las galeras de los hombres necesarios. Al mismo tiempo, la actividad constructora no disminuyó, y en 1559 otras tres galeras vinieron a sumarse a las ya existentes<sup>918</sup>. Sin embargo, esta prometedora actividad naval se truncó en 1560, pues cuatro de las siete galeras del duque Cosme cayeron en manos de los turcos, dos en la fallida expedición enviada a Djerba, y otras dos frente a las costas de Córcega<sup>919</sup>.

Pese a este revés, la orden de San Esteban fue formalmente constituida al año siguiente. Uno de los aspectos que explican el éxito de esta institución se encuentra en

---

<sup>917</sup> *Ibidem*. pp. 34-35.

<sup>918</sup> GUARNERI, G.: *I cavalieri di Santo Stefano, nella storia della marina italiana, 1562-1859*. Pisa, 1960. pp. 225-253.

<sup>919</sup> *Ibidem*. pp. 285-288.

la creación de una especie de academia naval, a imitación de los caballeros de la orden de Malta, en la cual se formarían los aspirantes a ingresar en ella. La peculiaridad de este seminario consistió en su habilidad para conjugar la presencia de los vástagos de las principales casas toscanas (quienes iban a ser en principio los únicos integrantes), con individuos cuyos orígenes eran mucho más humildes<sup>920</sup>. Asimismo la nueva milicia surgió con el beneplácito y connivencia del rey de España, quien vio en ella un potencial aliado en su lucha contra el infiel. Este apoyo se tradujo en la asignación de fondos para el mantenimiento de las galeras, los cuales se intensificaron en los años finales de la década de los 60 y principios de los 70, que culminaron en la victoria de Lepanto<sup>921</sup>.

La mejor prueba de la recuperación del poderío naval toscano la encontramos en 1565, cuando el gran duque Cosme I puso a disposición de la orden 7 galeras, al tiempo que contrató más navíos con Marco Antonio Colonna. Aunque en 1569 se perdieron otras 4 galeras, dos años después ofreció al Papa 12 galeras para la campaña de Lepanto, en la cual tomaron parte 100 caballeros de esta milicia. Es más, en 1572 sus fuerzas navales ascendían a 11 galeras ligeras, 2 galeazas, dos galeones, 6 fragatas y algunos barcos de transporte. En ellos había 200 cañones (cifra considerable para la época), 900 marineros, 100 caballeros y 2.500 remeros. Sin embargo, tras disipar la amenaza turca en el Mediterráneo, Felipe II decidió, en 1574, congelar los subsidios enviados al mandatario toscano, que se vio obligado a reducir la flota a 4 galeras.

Este número se mantuvo durante el resto del siglo XVI, aunque bajo el gobierno de Fernando I (1587-1609), se asistió a una nueva revitalización de lo marítimo. De esta manera, en 1604, bajo el mando del almirante Jacobo Inghirami, la orden tenía a su disposición 15 navíos, incluyendo 6 galeras, una galeaza y un galeón. Entre sus acciones más brillantes destaca la expedición contra el puerto de Prevesa (Grecia), en 1605, en la que participaron 5 galeras. En 1608 interceptaron un convoy otomano de 42 navíos, de los cuales tomaron 9. Este golpe de mano reportó a la orden un millón de ducados, así como 600 esclavos. Según Hanlon, durante este periodo, es decir el comprendido entre 1560-1609, la orden fue capaz de tomar 76 galeotas, 7 galeras y 67

---

<sup>920</sup> MICHELI MÁRQUEZ, J.: *Tesoro militar de caballería. Antiguo y moderno modo de armar caballeros y profesar, según las ceremonias de cualquier orden militar, regla debajo la cual militan, origen que tuvieron y a fin de que pontífice fueron aprobadas, y concesiones que han tenido, así imperiales como reales, constituciones que guardan desde el emperador Constantino el Magno, primer legislador, insignias y hábito de cada una, maestres y encomiendas que tienen y las que hoy lucen.* Madrid, 1642. Fols. 55r-56v.

<sup>921</sup> GUARNERI, G.: *L'ordine di Santo Stefano nei suoi aspetti organizzativi interni sotto il gran magisterio Mediceo.* Pisa, 1969. pp. 104-109.

navíos menores, al tiempo que liberaron de su cautiverio a más de 2.000 cristianos, y se tomaron unos 9.600 esclavos para servir como remeros<sup>922</sup>.

A pesar de que su sucesor, Cosme II (1609-1621), desmovilizó parte de las galeras, y limitó sus tareas a funciones de patrullaje y vigilancia en el mar Tirreno, sabemos que en julio de 1614, se encontraron entre las fuerzas destinadas a formar parte del socorro enviado a la isla de Malta (que acababa de sufrir un nuevo ataque por parte de la armada turca) junto con las galeras de Nápoles, al mando del marqués de Santa Cruz, las de la orden de Malta y las del Papa, reunidas en el puerto de Mesina<sup>923</sup>. Dos años después, las seis galeras de la orden tomaron dos galeras turcas propiedad del corsario Amurat Arraez, cuyo botín se estimó en más de 100.000 escudos, junto “con gran cantidad de damascos, brocados, tapicerías y otras mercaderías de grande estima y valor”<sup>924</sup> a la vez que dieron muerte a 210 soldados turcos, y libertaron a 418 cautivos cristianos. Todo ello a cambio de 36 muertos y 300 heridos<sup>925</sup>.

En 1617, el objetivo fue el corsario Ali Jorge, renegado de origen inglés, cuyas actividades suponían un impedimento al libre tránsito de personas y mercancías en el Mediterráneo. Además, había un especial interés en capturarlo, ya que en los años anteriores se había apoderado de un navío del Gran Duque, y otro del Papa<sup>926</sup>. Tras sorprenderle en un islote del Egeo, donde se había detenido a carenar sus navíos, se vio obligado a rendirse junto 400 de sus hombres (otros 300 quedaron heridos), al tiempo que se liberaron a 200 forzados cristianos. En cuanto al botín de la expedición, se tomaron 5 navíos cargados con todo género de mercaderías, y se esperaba conseguir un rescate de medio millón de ducados por el famoso corsario<sup>927</sup>.

---

<sup>922</sup> HANLON, G.: *Op. cit.* p. 36.

<sup>923</sup> “(.....) No se ha descuidado en esta ocasión el duque de Florencia, que de las primeras han llegado a Mesina sus galeras, cargadas de valientes soldados que tiene de todas naciones, muy prácticos en la guerra, y ejercitados en muchas ocasiones con enemigos. *Relación de lo que sucedió en la isla de Malta, habiendo llegado de improviso allí la armada turquesca, y echado gente en la dicha isla, y como los echaron de ella*. Sevilla, 1614. Biblioteca de la Universidad de Sevilla, A 109/085(045). Fol. 2v. Edición digital: [http://fondosdigitales.us.es/books/digitalbook\\_view?oid\\_page=340144](http://fondosdigitales.us.es/books/digitalbook_view?oid_page=340144).

<sup>924</sup> *Relación muy verdadera de la gran presa que hicieron seis galeras de la sacra religión de San Esteban.....* Sevilla, 1616. Biblioteca de la Universidad de Sevilla, 109/085(135). Edición digital: [http://fondosdigitales.us.es/books/digitalbook\\_view?oid\\_page=352531](http://fondosdigitales.us.es/books/digitalbook_view?oid_page=352531).

<sup>925</sup> *Ibidem*. Fol. 2r.

<sup>926</sup> *Relación de la famosa victoria que tuvieron seis galeras del serenísimo gran Duque de Florencia, de Ali Jorge, renegado inglés, gran corsario.....* Sevilla, 1617. Biblioteca de la Universidad de Sevilla. A 109/085(076). Edición digital: [http://fondosdigitales.us.es/books/digitalbook\\_view?oid\\_page=342119](http://fondosdigitales.us.es/books/digitalbook_view?oid_page=342119).

<sup>927</sup> *Ibidem*. Fol. 2r.

Durante el gobierno de Fernando II (1621-1670)<sup>928</sup>, se inició el declive de la marina toscana y, por extensión, de las actividades navales de la orden de Santo Stefano. Con todo, durante la década de los 20 continuaron prestando servicios en defensa de la Cristiandad. Un ejemplo de esta participación se produjo en el mes de abril de 1626, cuando los navíos de San Esteban, al mando de Ludovico Guerrasan, junto con tres galeras papales que se encontraban fondeadas en el puerto de Barcelona, tuvieron noticia de la presencia de un “bajel grande de enemigos corsarios turcos, como de trescientas toneladas” en las costas levantinas<sup>929</sup>. Al hacerse a la mar en su busca, se toparon con las galeras de la escuadra de Sicilia, que ya la había localizado, y en ese momento intervinieron en apoyo de sus correligionarios. Tras un breve combate, las galeras cristianas se alzaron con la victoria y pusieron fuera de combate a este peligroso enemigo, además de tomar más de un centenar de prisioneros y liberar a 25 cautivos<sup>930</sup>.

Con todo, durante los siguientes años la situación se deterioró gradualmente, y en 1630 sólo dos galeras toscanas continuaban operativas, mientras que una tercera permanecía en reserva. En estas condiciones, el número de caballeros que prestaban servicio armado cayó de forma drástica hasta llegar a poco más de dos docenas de caballeros. La evidencia más palmaria de la decadencia de los valores militares de la orden de San Esteban la presenta Hanlon. Según sus investigaciones, constata que a partir de 1635 cayó en sus manos una única galera, mientras que en el periodo 1568-1599 apresó 11, y entre 1602-1635 se tomaron 17<sup>931</sup>.

Según Carrasco Martínez, parte del éxito de la orden radica en que los Médici fueron capaces de organizar en torno suyo una verdadera nobleza de servicio. Además, tuvieron la habilidad de aunar en ella la tradición mercantil y financiera, tradicional de la nobleza toscana, con la dimensión militar que representaban estas corporaciones, y una nueva aristocracia que veía en las armas su razón de ser. Esta perfecta simbiosis pudo llevarse a cabo, en gran medida, gracias a la configuración de un vasto programa ideológico e iconográfico para presentar a los grandes duques de Toscana como jefes militares. No obstante, el objetivo final tenía unas miras más amplias, pues buscaba

---

<sup>928</sup> Sobre este periodo, véase: CAPPONI, N.: “Le Palle di Marte: military strategy and diplomacy in the Grand Duchy of Tuscany under Ferdinand II de Medeci (1621-1670)”, en: *The Journal of Military History*, vol. 68, (2004), nº 4. pp. 1105-1141.

<sup>929</sup> *Victoria cierta y verdadera que da cuenta de la presa que las galeras del duque de Florencia, juntamente con la patrona de Sicilia y su escuadra, han hecho de un navío de corsarios que andaban robando en la costa de Cataluña.....* Madrid, 1626. Biblioteca de la Universidad de Sevilla, A 109/085(039). Edición digital: [http://fondosdigitales.us.es/books/digitalbook\\_view?oid\\_page=340124](http://fondosdigitales.us.es/books/digitalbook_view?oid_page=340124).

<sup>930</sup> *Ibidem*. Fol. 2v.

<sup>931</sup> HANLON, G.: *Op. cit.* pp. 40-41.

vincular a la aristocracia con la profesión militar<sup>932</sup>. Tales comportamientos contrastaban con la realidad imperante en el caso de los monarcas españoles donde, pese a las voces de advertencia de un número importante de arbitristas militares, ambas realidades eran cada vez más divergentes pues, en teoría, la aristocracia se mostraba más inclinada hacia otras esferas del servicio a la Corona, menos arriesgadas y más reconocidas por el monarca. Sin embargo, como ya hemos apuntado en los capítulos anteriores, este análisis no se ajustaba a la realidad del momento, pues la nobleza continuó interesada en la profesión militar.

Otro de los factores que explica su notoriedad es la existencia de un mecanismo de ingreso, desconocido en el resto de corporaciones: nos referimos a las encomiendas de patronato, las cuales permitían el acceso a individuos ajenos al estamento privilegiado. Esta práctica puede ser entendida como el deseo de abrir una vía de entrada a individuos del estado llano, pero con una situación económica saneada. Pues los grandes duques pasaron por alto la falta de nobleza de algunos aspirantes, a cambio de que se comprometieran a poner parte de su riqueza al servicio de la orden. En última instancia, las encomiendas de patronato fueron un arma a disposición de los grandes duques para permitir el acceso a la orden a quien ellos consideraran oportuno<sup>933</sup>; en suma, a individuos cuyo denominador común era el deseo de promocionar socialmente mediante el servicio público (uno de los mayores deseos del Conde Duque a lo largo de su ministerio).

En cuanto a sus obligaciones militares, los grandes duques, en su condición de maestros, decretaron que todos los aspirantes debían prestar 3 años de servicio en las galeras, y residir en el cuartel general de la orden, establecido en Pisa, donde recibirían formación militar y naval. Respecto a sus efectivos, en 1562 ascendían a unos 60 caballeros, pero esta cifra se vio incrementada de manera significativa durante las décadas siguientes. La cima se alcanzó a principios del siglo XVII, cuando la orden contaba con unos 600 caballeros, procedentes de varias “nacionalidades”, a los cuales había que sumarles unos 1.400 soldados, marineros, remeros, y voluntarios de condición nobiliaria; en suma, cerca de 2.000 hombres<sup>934</sup>.

---

<sup>932</sup> CARRASCO MARTÍNEZ, A.: “La idea de nobleza en Toscana y en España. Debate social y contexto político en la transición del siglo XVI al XVII”, en: AGLIETTI, M. (Ed.): *Instituzioni, potere e società: Le relazioni tra Spagna e Toscana per una storia mediterranea dell'Ordine dei Cavalieri di Santo Stefano*. (Actas del Congreso Internacional celebrado en Pisa el 18-5-2007). Pisa, 2007. p. 316.

<sup>933</sup> *Ibidem*. pp. 323-325.

<sup>934</sup> Según Hanlon, entre 1562 y 1737, militaron en la orden de Santo Stefano 3.765 caballeros. De ellos, la mayor parte, (68%) eran súbditos del Gran Duque, un 28% eran nativos del resto de estados italianos,

Pese a que a la altura de la década de los 30 del siglo XVII tanto la orden de San Esteban como la de Malta estaban en claro retroceso, aún eran instituciones a tener cuenta no solo por su prestigio, sino por también por su capacidad armada. En este sentido, a principios de 1636 se planteó la posibilidad de involucrar a estas milicias en la protección de la costa sur italiana, pues ante la amenaza de que el litoral occidental peninsular sufriera un ataque naval (lo cual era más que probable), era necesario que parte de las galeras de Nápoles y Sicilia se dirigieran al Atlántico, con el objetivo de asegurar de un hipotético desembarco enemigo dos puntos sensibles como Cádiz y Lisboa. Esta decisión supondría dejar este frente a merced de los ataques de los corsarios berberiscos, pues las naves que se quedaran allí no serían suficientes para contenerles. Así pues, para complementar las defensas se creyó conveniente sondear la predisposición de los máximos responsables de estas corporaciones a tomar parte en esta empresa<sup>935</sup>.

Volviendo al memorial que estábamos analizando, no podemos ignorar las motivaciones de carácter económico, pues se intenta que estas milicias, con su servicio militar, contribuyeran a aliviar los gastos de la Real Hacienda, pues asumirían la defensa de una zona con una gran importancia estratégica para la seguridad de la monarquía española. Entraría dentro de la lógica suponer que este deseo estuviera motivado, en parte, por la reanudación de la guerra contra los rebeldes neerlandeses, pues se hacía necesario, de nuevo, destinar la mayor parte de los limitados recursos de la Corona hacia el frente septentrional. Del mismo modo, para no asegurar la defensa del Estrecho, con unos costes tolerables para las finanzas reales, se podría asignar esta tarea a las Órdenes Militares<sup>936</sup>.

Con todo, sus planteamientos guardan una similitud más que sospechosa, con las del memorial precedente, pues coinciden de manera literal tanto los objetivos como los

---

sobre todo de los territorios papales, y el 4% restante era de procedencia extraitaliana, sobre todo de España y del Sacro Imperio. HANLON, G.: *Op. cit.* pp. 33-38.

<sup>935</sup> “(.....) Y sería bien escribir al gran maestre para que las galeras de Malta, que son seis y están bien armadas, guarden los dichos reinos [Nápoles y Sicilia]. Y prevenir también al Gran Duque de Florencia para que envíe sus galeras, que aseguren los daños de las de Bizerta y Argel y de otros navíos de enemigos, quedando algunas galeras de los dichos reinos para el mismo efecto. Que de otra manera, demás de los daños que recibirán las costas de Sicilia y Nápoles, los corsarios robarán cuanto se sacare de trigo y otras municiones de Sicilia y Nápoles, con daño notable del servicio de V.M., habiendo tanta esterilidad en todas partes que no se podrá suplir lo que tomaron. Y tendrán encarcelados todos los bajeles en los cargaderos si no hay galeras que los aseguren y los sigan.” *Consulta de la junta de la Defensa de estos Reinos, representando lo que se le ofrece sobre la consulta inclusa de la que trata de la Ejecución del Ejército*. Madrid, 12-3-1636. AGS, GA, Leg. 1150.

<sup>936</sup> *Medio para defender las costas de África, asegurando las plazas.....* Fol. 4v.

medios dispuestos para su puesta en marcha.. De este modo, se plantearían dos opciones: en primer lugar, que el autor de ambos escritos fuera la misma persona, y que el presentado en estos momentos no fuera sino una versión ampliada. Sin embargo, no hay ninguna referencia en el texto a que hubiera realizado una propuesta en los años anteriores, y ahora la desarrollara más ampliamente. Por otra parte, sería más factible que los dos textos se debieran a plumas distintas, y que el autor del aparecido en estos momentos, plagiera el anterior, y le añadiera su propia cosecha.

La principal novedad que introdujo, consistió en encargar a las Órdenes Militares la ocupación y ulterior defensa de la isla de Mogodor, un pequeño enclave ubicado junto a la actual ciudad marroquí de Essaouira, situado más o menos entre las islas Canarias y el estrecho de Gibraltar<sup>937</sup>, de una manera muy parecida a la actuación de la milicia sanjuanista con la isla de Malta<sup>938</sup>. Se trata de un territorio cuya posesión era crucial, pues si los enemigos de España (turcos, piratas berberiscos, o incluso los holandeses), se hicieran con él, estarían en condiciones de interceptar el comercio de España, tanto con las Indias Occidentales como con las Orientales, e incluso lanzar un ataque contra el archipiélago canario o la isla de Madeira<sup>939</sup>.

En su obra sobre los males de la monarquía y sus posibles soluciones, Pedro López del Reino, contador del Consejo de Indias, también dado a conocer a principios del reinado de Felipe IV, dedicó unas páginas a analizar la situación en la que se encontraban las Órdenes Militares, y el papel que podían jugar en la revitalización del poderío español<sup>940</sup>.

El punto de partida de su análisis viene motivado por dos acontecimientos: la gran estimación que los hábitos y encomiendas militares otorgan a sus poseedores, pues al menos en el pasado había que llevar a cabo grandes servicios para merecer una de estas gracias. En este sentido, de sus palabras se desprende que en esos momentos las prebendas de las Órdenes Militares, en general, no se otorgaban a quienes acreditan servicios distinguidos, sino que otros factores son los más valorados. En suma, estamos

---

<sup>937</sup> “(.....) En la parte que mira al Occidente, frente de la costa de África, que bate el océano cerca del cabo de Eguer, entre él y el cabo de Cantín, está el sitio e isla de Mogodor, aunque pequeña y no muy conocida (por mayor bien nuestro) a dicho de todos los mareantes de aquella costa, y de la carrera de Indias, importantísimo puerto a esta Corona, por el paraje que tiene imperante sobre aquellas riberas.” *Ibidem.* fol. 24v.

<sup>938</sup> “(.....) esto lo podrían hacer las órdenes militares, y aún dar a una de ellas aquella defensa, como la de San Juan tiene la de Malta, dada en nuestros tiempos por el señor Emperador Carlos Quinto.” *Ibidem.* Fol. 24v.

<sup>939</sup> *Ibidem.* Fol.25r.

<sup>940</sup> *Discursos políticos para el bien de estos Reinos.....*Fols. 254r-258v.



ante otro tratadista que evoca el pasado glorioso de estas milicias como objetivo a alcanzar. Y en segundo lugar, vinculado con el anterior, una defensa de los méritos frente a los privilegios basados en la sangre a la hora de su concesión, lo cual acarrearía perniciosas consecuencias para el servicio real<sup>941</sup>, a las cuales ya nos hemos referido.

En cuanto a los remedios propuestos (nada originales, pues fueron planteados por algunos de los autores que ya hemos mencionado), se reducían a tres: en primer lugar, que los servicios personales, concretamente los prestados con las armas, sean los méritos preferentes a la hora de optar a hábitos y/o encomiendas, en detrimento de la sangre y los antepasados<sup>942</sup>. Como segundo pilar de su designio, se encontraba el deseo de vincular a los poseedores de encomiendas, y de forma específica a todas aquellas que superaran los 1.000 ducados de renta anuales, con el sustento de soldados inválidos, sobre todo oficiales subalternos como alféreces y capitanes, conforme el valor de cada una<sup>943</sup>. En tercer y último lugar, la invocación de lo establecido por Fernando el Católico en 1509, es decir que las Órdenes Militares se sitúen en la frontera, en contacto con los infieles (en este caso las plazas designadas a tal fin serían Orán, Melilla y Larache) para retomar la misión para la cual fueron instituidas, la lucha contra los enemigos de la Cristiandad<sup>944</sup>, a la manera de la orden de San Juan, establecidos en la isla de Malta, o la de San Antón, ubicados en la de Meroe, en el río Nilo<sup>945</sup>.

Murcia de la Llana, ese mismo año, discurrió sobre la razón de ser de estas milicias, y la necesidad de un amplio programa de reformas, con el objetivo de potenciar su dimensión militar. Su diagnóstico inicial es sumamente descorazonador, al tiempo que, en concordancia con lo ya apuntado por sus antecesores, propugnó una vuelta a los orígenes como única solución posible. Para ello, lo mejor sería que cada una

---

<sup>941</sup> “(.....) Eran tan estimados los hábitos de las órdenes, que para merecerlos habían de haber hecho hazañas valerosas en las guerras, derramando su sangre por la defensa de la Fe. (.....) Y el haberles dado los reyes, y otros particulares, sus haciendas, fue para este fin de la defensa de la Fe. (.....) Lo contrario de todo vemos en estos tiempos, por darse los hábitos a muchachos. Y no para que ya grandes vayan a la guerra, sino para hacerse libertados e insolentes con ellos, porque ya no los pretenden para ennoblecerse, sino para envilecerse y, con sensualidades, afeminarse y enflaquecerse, contentándose con solo lo que ganaron sus antepasados, no procurando nada por sí. Y así, adquieren por vía de negociación las encomiendas que otros tienen merecidas con su sangre y trabajo. Y en esto conviene mucho que V.M. se sirva de poner remedio. *Ibidem*. Fol. 254r.

<sup>942</sup> “(.....) Sería justo que V.M., como administrador perpetuo de las dichas órdenes, se privase de no dar hábito a hombre ninguno que no haya servido 6 años en la guerra, ni encomienda a quien no haya servido doce.” *Ibidem*. Fol. 254v.

<sup>943</sup> “(....) Y a cualquiera que se haya de dar encomienda de mil ducados, sea con carga de sustentar un soldado estropeado, y si fuere dos mil, 2; y de 4.000, 3, entre ellos algunos alféreces y capitanes, sin que los reyes tengan que gastar con los tales.” *Ibidem*. Fol. 255r.

<sup>944</sup> *Ibidem*. Fol. 255v-256r.

<sup>945</sup> OLLAQUINDIA AGUIRRE, R.: “La orden militar de San Antón”, en: *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, nº 75 (2000). pp. 147-158.

de ellas (incluidas la orden de Montesa y la de Cristo), sirviera con una escuadra de galeras<sup>946</sup>. En cuanto al hipotético despliegue de estas fuerzas, al contrario que otros tratadistas, que se muestran partidarios de que las Órdenes Militares se establezcan en territorio hostil, es decir, en contacto permanente con los infieles, Murcia de la Llana considera que prestarían un mejor servicio, si se les asignaba la defensa de puertos y lugares estratégicos en las costas españolas<sup>947</sup>.

De esta manera, propuso que la orden de Santiago, al ser la más numerosa y opulenta, se estableciera en Portugalete (Vizcaya) con la misión de asegurar el Atlántico y estar al acecho de cualquier amenaza, tanto de Inglaterra, como de Holanda. Al mismo tiempo, estaría en condiciones de asumir competencias defensivas en el Mediterráneo, donde toda ayuda extra sería bien recibida. En este sentido, propugnó que en Cataluña se instaurase un convento de la orden de Santiago, y que en el puerto de Barcelona hubiera una escuadra de galeras (entre cuatro y seis), sustentadas con cargo a las rentas del Principado<sup>948</sup>.

La orden de Calatrava se establecería en El Ferrol, con la misma misión que la orden de Santiago, mientras que Alcántara (la menor, tanto en miembros como en riquezas) tendría su cuartel general en Gibraltar, pues en esa plaza sus efectivos podrían ser auxiliados por las galeras de España y por la armada real. Con ello se daría satisfacción a una de las grandes aspiraciones del autor, asegurar tanto el área mediterránea como la atlántica del estrecho de Gibraltar, con el objetivo de poner fin a las actividades de los corsarios y defender las plazas norteafricanas<sup>949</sup>. Murcia de la Llana era consciente de la delicada situación de las órdenes de Calatrava y Alcántara, pues incluso llegó a plantear que ambas milicias sirvieran juntas en un único destino, con el objetivo de que desempeñaran su cometido más fácilmente. Además, al no poder competir con la orden de Santiago, en cuanto al número de encomiendas, tendrían mucho más difícil remunerar a los caballeros que acreditaran méritos suficientes. Para

---

<sup>946</sup> MURCIA DE LA LLANA, F.: *Op. cit.* Fols. 1r-3v.

<sup>947</sup> *Ibidem.* Fol. 3v.

<sup>948</sup> *Ibidem.* Fol. 12v.

<sup>949</sup> “(.....) Que si en estas costas hubiese una buena escuadra de galeras y navíos, ¿no estaría España asegurada?, ¿y guarnecidas aquellas costas de una y otra parte del estrecho? Se cerraría de corsarios, y los fuertes y presidios se darían la mano unos a otros en las acciones importantes. Y no se verá el aprieto que ahora tres años se vio La Mamora. Pues es cierto que si el Moro no levantara el cerco por temor de ser desalojado, se perdiera aquella plaza con ignominia y afrenta. Y si en tiempo del rey Don Fernando se hubiera ejecutado este santo celo, no se hubieran perdido aquellas plazas de Trípoli y Bujia, con tanta infamia de nuestra reputación, ni La Goleta y Túnez hubieran sido destruidas con tanto oprobio de la nación española.” *Ibidem.* Fol. 1r-v.

paliar esta rémora, se mostró a favor de que ambas milicias pudieran utilizar las alcaldías de Castilla como recompensa para los caballeros beneméritos<sup>950</sup>.

Pero su proyecto incluía también la movilización de la orden de Montesa, y las Órdenes Militares portuguesas de Cristo y Avís<sup>951</sup>, con la novedad de que su hipotético campo de actuación desborda el ámbito peninsular. Respecto a la primera, podría establecerse en Mallorca, Cerdeña, o en el Reino de Valencia. En cuanto a los fondos con los que acometer esta empresa, se podrían consignar las siguientes partidas: la mitad de los beneficios simples que tiene el Reino de Valencia (unos 300), las alcaldías de dicho reino, e incluso la renta de algunos monasterios de frailes benitos que hay en Cataluña<sup>952</sup>. En relación con las milicias portuguesas, los asentamientos más idóneos serían: Oporto, África, Brasil y Cabo Verde, y respecto a la financiación, se obtendrían los caudales necesarios de las 445 encomiendas de la orden de Cristo, las 60 de la orden de Santiago que había en Portugal, junto con las 43 de la orden de Avis (que hacen un total de 548 encomiendas cuyo valor asciende a 486.000 cruzados). Con todo, si los ingresos no fueran suficientes, sugirió que se asignara la renta disfrutada por una orden de canónigos reglares portugueses, la cual asciende a 100.000 ducados<sup>953</sup>.

Según su criterio, el servicio en el litoral peninsular ofrece una serie de ventajas, las cuales se desaprovecharían si, en última instancia, se establecían fuera. En primer lugar, se tendrían aseguradas las costas antes de acometer acciones en el extranjero, pues no era recomendable embarcarse en aventuras exteriores sin tener las fronteras bien aseguradas, por las perniciosas consecuencias que tendría para la seguridad interna, máxime cuando la unidad encargada de este cometido, las Guardas de Castilla, no se encontraba en su mejor momento<sup>954</sup>. Sus reflexiones se insertan dentro de una corriente

---

<sup>950</sup> “(.....) Que anduviesen en un puesto estas dos órdenes juntas, a las cuales, por ser pobres, se les podrá aplicar las alcaldías de Castilla, que sean para premios de caballeros de ellas, que no serán de menor honor y provecho que las encomiendas.” *Ibidem*. Fol. 5r.

<sup>951</sup> OLIVAL, F., *As Ordens Militares e o Estado Moderno. Honra, Merce e Venalidade em Portugal (1641-1789)*. Lisboa, 2001. “The Military Orders and the nobility in Portugal, 1500-1800”, en: *Mediterranean Studies*, nº 11 (2002). pp. 71-88. “La historiografía sobre Órdenes Militares en el periodo moderno: balance y tendencias (1970-2002)”, en: *Studia Historia. Historia Moderna*, nº 24 (2002). pp. 193-206. “Os Austrias e as reformas das ordens militares portuguesas”, en: *Hispania*, nº 216, LXIV/1 (2004). pp. 95-116. “Norte de Africa ou India? Ordens Militares e serviços (século XVI)”, en: *As Ordens Militares e as ordens de cavalaria na construção do mundo ocidental. Actas do IV Encontro sobre Ordens Militares*, Lisboa, 2005. pp. 769-795.

<sup>952</sup> MURCIA DE LA LLANA, F.: *Op. cit.* Fol. 6r.

<sup>953</sup> *Ibidem*. Fol. 6v.

<sup>954</sup> “(.....) El fin de su milicia se consigue mejor, pues en primer lugar se ha de defender el Reino, asegurando sus costas, hacer franco de enemigos el comercio y ponerles terror, que no se atrevan a infestar nuestras fronteras. Y de aquí, consecuentemente, se saldrá a invadir al enemigo en su tierra, con nuestra comodidad. Y no como los romanos, que teniendo ocupado el mundo, se descuidaron en las

de pensamiento, la cual aboga por mantener lo ya adquirido y fortalecer la defensa del Imperio. De la misma manera, se consideraba que la Monarquía Hispánica abarcaba más territorios de los que podía controlar, y era preferible centrarse en asegurar el corazón del Imperio, en lugar de emprender nuevas acciones exteriores.

En segundo lugar, por una razón tan sencilla como la simple proximidad geográfica, se conseguiría que un mayor número de caballeros estuvieran dispuestos a cumplir con su obligación. En este sentido, como veremos enseguida, se contemplaba el establecimiento de diversas bases a lo largo de la península ibérica, con el objetivo de que prestaran servicio en ellas atendiendo a criterios de proximidad, pues era mucho más cómodo servir cerca de sus casas<sup>955</sup>. Con esta propuesta, además, se busca una continuidad en la vinculación de los caballeros de hábito con la milicia, pues estableciéndose en los puertos designados junto con sus familias, era factible que sus vástagos mostraran inclinación por la profesión militar y deseos de continuar la carrera de las armas.

En cuanto a las motivaciones de carácter económico, con la ubicación de las Órdenes Militares en la península, se impulsaría la producción agrícola y manufacturera, pues todo lo necesario su abastecimiento se produciría aquí y, análogamente, al no tener que comprarlos a extranjeros, se generaría riqueza. Del mismo modo, al asumir las Órdenes Militares la defensa de determinadas zonas, la Real Hacienda se vería aliviada, y los fondos aplicados a estos menesteres podrían ser destinados a otras partidas<sup>956</sup>. Respecto a las labores de intendencia, y de correspondencia entre la Corte y los lugares donde se establecieran las Órdenes Militares, éstas se simplificarían de forma considerable, pues la distancia geográfica es mucho más fácil de salvar que si, por el contrario, se asentaran en el norte de África<sup>957</sup>.

---

costas de Italia, de suerte que los sílices les corrieron la mar y tierra hasta la vista de Roma.” *Ibidem*. Fol. 4v.

<sup>955</sup> “(.....) Los medios para este fin son más útiles en España que fuera, porque habrá más caballeros en la guerra, que llevarán su familia al puerto y asentarán su casa, y otros que la tendrán cerca se irán allá a invernar. Y si pasan la frontera a África, no se hará esto con tanta comodidad. Con lo cual se llenará la milicia de las órdenes de caballeros circunvecinos, teniendo sueldo junto a sus casas, y aun tendrán la guerra como oficio. Y sus hijos, criándose al lado de sus padres en milicia tan noble, ¿qué se podrá esperar de semejantes escuelas, sino Césares, Pompeyos y Escipiones? *Ibidem*. Fol. 5r.

<sup>956</sup> “(.....) Porque mejor es hacer lugares dentro del Reino que fuera, y que en el se consuman los bastimentos, se detenga la gente y dinero, y se ocupe tanto número de sirvientes, y vengan los extranjeros al trato, y no que todo esto salga fuera, vaciándose el Reino de gente y de dinero, que forzosamente ha de ser mucho.” *Ibidem*. Fol. 5r-v.

<sup>957</sup> “(.....) estarán más a mano para recibir las Órdenes de V.M. Y si es necesario hacer jornada, o dar socorros, mejor se ejecutará estando en el reino, con un aviso de peón, que habiendo de pasar la mar. Y V.M. será mejor testigo de cómo sirven y viven en el Reino, y no tendrán tanta libertad, como fuera, teniéndolos a la vista.” *Ibidem*. Fol. 6r.

Pero no solo plantea la existencia de Órdenes Militares en la península, sino que se declaró partidario de erigir otras nuevas en diferentes territorios bajo soberanía de los Habsburgo. Al igual que en arbitrios anteriores, se desprende un claro deseo de hacer compatible la pertenencia a las Órdenes Militares con el ejercicio de la marinería. En este sentido, se hace eco de la notoria inseguridad que preside el tráfico marítimo en el Mediterráneo occidental, que podría ser subsanada estableciendo una nueva milicia cristiana en Nápoles y Sicilia, pues colaboraría en la defensa de las costas italianas, escenario de frecuentes incursiones de la piratería berberisca. La nueva orden estaría bajo la advocación de San Felipe, y su emblema sería “una cruz roja, de hechura de la de Santiago, y en medio dos llaves, significando por ellas la iglesia”<sup>958</sup>.

Respecto a los efectivos, la mitad de los caballeros serían naturales de Nápoles y Sicilia, y la otra mitad de España (con la clara motivación de estrechar los vínculos entre las diferentes posesiones de la Monarquía Hispánica, en este caso Castilla y las posesiones italianas meridionales, aspecto que mereció la atención del Conde Duque de Olivares, en su objetivo de cohesionar el imperio hispánico), los cuales procederían de la orden de Santiago, ya que esta nueva orden pasaría a ser considerada como filial suya. De esta manera, propuso reservar cien encomiendas de la orden jacobea para recompensar hasta 50 caballeros, que deberían haber servido, al menos, doce años en la nueva milicia<sup>959</sup>.

Otra zona donde sería acertado fundar conventos de las Órdenes Militares para ayudar a la defensa de la monarquía española eran las Indias, tanto occidentales como orientales<sup>960</sup>. Para lograr su designio, al igual que el caso anterior, consideró conveniente involucrar en el proyecto a los naturales (es decir los españoles y sus descendientes que residen ultramar), y la mejor forma de hacerlo era reservando dos tercios de los hábitos a conceder para ellos<sup>961</sup>.

En cuanto a los fondos necesarios para su sustento, se dividirían en dos grupos: los procedentes de rentas agrícolas, y los de naturaleza fiscal. En cuanto a los primeros, considera acertada la asignación de un porcentaje, entre el 10-20%, de la cosecha de determinados frutos, así como el 5% del valor de la producción de cacao, y la

---

<sup>958</sup> *Ibidem.* fol. 9r.

<sup>959</sup> *Ibidem.* Fols. 9v-10r.

<sup>960</sup> “(.....) las Indias no son las menos infestadas de corsarios herejes, junto con turcos y moros, procurando destruir las plantas de la Santa Fe católica que allí han enarbolado los estandartes de la cruz de Cristo, como ahora tres años lo experimentó el puerto y plaza de Ormuz, y otras que han sido saqueadas y abrasadas (.....).” *Ibidem.* fol. 10r.

<sup>961</sup> *Ibidem.* Fol. 10r.

producción de algunas parcelas. Acerca de los segundos, destaca la concesión de la décima parte de los bienes de difuntos, siempre y cuando saliera del Nuevo Mundo con destino a Europa. Además, era partidario de gravar la salida de numerario de las Indias (evidentemente el de los particulares), con un gravamen de medio ducado por cada 100. Según su criterio, estas partidas deberían ser suficientes para fundar cien encomiendas, de 2.000 ducados de renta cada una, con las cuales animar a los caballeros a servir y premiar a los beneméritos. En caso de que sobrara alguna cantidad, se debería utilizar para costear los sueldos y pensiones de los caballeros de hábito de aquella milicia. También se busca resucitar los compromisos militares que tenían las encomiendas americanas ya que, según su riqueza, están obligadas a: “sustentar uno, cual dos, y cual cuatro escuderos, que no será número pequeño de soldados pagados para formar esta milicia”. Otra medida destinada a mejorar la seguridad de las Indias Occidentales, sería que los caballeros de hábito formaran una escuadra de galeones en el Mar del Sur<sup>962</sup>.

Se trata, en definitiva, de que las Indias, al igual que los reinos de Nápoles y Sicilia, fueran capaces de asegurar su propia defensa y, de esta manera, reducir los gastos de la Corona en unos momentos en los que la ofensiva sobre Flandes estaba en uno de sus momentos culminantes. Por otra parte, se buscaba resucitar el espíritu militar de los nobles indianos evocando los tiempos de la conquista de América, para que asumieran sus responsabilidades en la defensa imperial, pues los ataques de ingleses y holandeses se habían recrudecido tras la conclusión de la Tregua de 1609.

Con todo, Murcia de la Llana era consciente de que todos sus proyectos reformistas estaban condenados al fracaso si no se acometía una renovación profunda de la importancia de hábitos y encomiendas y, sobre todo, de la manera en la que se concedían, que no era la más conveniente desde el punto de vista del servicio a la Corona. Respecto a los hábitos, dos son las actuaciones principales que considera necesario acometer. En primer lugar, no concederlos si antes no se había prestado 6 años de servicio en el ejército o la armada. Pero no se contenta con que estas mercedes se concedan sólo por servicios militares, sino que se trata de vincular a los agraciados con la carrera de las armas. Pues una vez que se haya hecho efectiva esta prebenda, quedarían obligados a servir durante dos años seguidos, en la escuadra de su orden. Sin embargo, al igual que otros autores, contempla alguna excepción a esta regla tan severa. En este caso, los agraciados son los pajes de la Casa Real, quienes podrán acceder a tan

---

<sup>962</sup> *Ibídem*. Fols. 10r-v.

preciado honor sin necesidad de haber asistido los años requeridos. Sin embargo, una vez que abandonen este empleo, deben servir en la milicia de su orden durante un bienio<sup>963</sup>.

Como primera medida, se deberían consignar 200 hábitos para ser repartidos entre todos aquellos individuos que, al margen de su condición social, acreditaran haber servido 20 años en “guerra viva”. Además, debían ser preferidos a la hora de concederles pensiones y encomiendas<sup>964</sup>. Lo cual suponía un nuevo intento de regular el acceso al honor, así como la remuneración de los servicios prestados. En segundo lugar, se deberían revocar las relevaciones de galeras, concedidas a los caballeros para eximirles de los 6 meses de servicio en ellas, que acarreaba el disfrute del hábito, pues se trata de una suspensión temporal, y no de una revocación o derogación definitiva<sup>965</sup>. No obstante, se contemplaba la posibilidad de conmutar esta obligación por 500 ducados, satisfechos en dos pagas, siempre y cuando fuera por causas justificadas<sup>966</sup>. Con esta disposición, consideraba que un número importante de caballeros, sobre todo gente de “calidad”, acudiría a servir en persona, y lo que es más trascendente, lo harían acompañados de un número significativo de lacayos. En este sentido, nos encontraríamos ante una nueva evidencia de la importancia de prácticas más o menos feudales, a la hora de movilizar individuos para el ejército<sup>967</sup>. No obstante, consideramos que el autor llega a unas conclusiones demasiado optimistas, pues si tenemos en cuenta lo que ocurrió en 1640, cuando se ordenó una movilización general, los caballeros y comendadores que no tenían ninguna intención de concurrir con sus personas en esta ocasión, encontraron caminos para ser eximidos de ella.

En relación con las encomiendas, dispone que no se dispense ninguna si previamente no se atestiguan 20 años de servicios continuos. Además, se muestra partidario de que su renta, tasada en algo más de 434.000 ducados anuales, sea utilizada para sufragar gastos de guerra, lo que supondría un alivio para la Real Hacienda. Aquí

---

<sup>963</sup> *Ibidem*. Fol. 7r-v.

<sup>964</sup> *Ibidem*. Fols. 7v-8r.

<sup>965</sup> “(.....) Propongo que todos los caballeros a quien se tienen dadas relevaciones de galeras, las vayan a servir. Y ninguno se podrá tener por agraviado, pues cuando recibió el hábito se obligó a este servicio. Y en esto solo se le pide cumpla con la obligación que hizo, cuya ejecución estaba suspendida por V.M., pero no remitida ni perdonada. Y pues el hábito lo solicitó y pretendió con esa carga, para ser con el ennoblecido, temido y respetado, haciéndoles plaza por donde quiera que pasan, ¿qué razón hay para que no lo cumplan? *Ibidem*. Fol. 7r.

<sup>966</sup> *Ibidem*. Fol. 7r.

<sup>967</sup> “(.....) como los caballeros irán con lucimiento de criados, aquellos puestos se poblarán de gente principal, y los puestos estarán lucidos y acompañados, siguiéndose a V.M. otros intereses. Que siendo el número de los caballeros, demos el caso mil, con el forzoso acompañamiento, y cual llevando tras si el amigo, cual pariente, el número se vendrá a triplicar, y aun cuadruplicar.” *Ibidem*. Fol. 7r.

estaban llamadas a jugar un activo papel las encomiendas vacantes, en concreto las de renta superior a 2.000 ducados, pues se contemplaba dividir las en tres partes, una de ellas destinada a “los gastos de la milicia”, la segunda sería propiedad de los titulares de las encomiendas, mientras que la última sería usada para sufragar el pago de pensiones a los caballeros a los caballeros de hábito que hubieran servido en ellas, así como para financiar la reparación de las fortalezas bajo responsabilidad de las Órdenes Militares<sup>968</sup>.

Pero en el interim que las encomiendas iban vacando, se muestra partidario, al igual que otros autores, de revitalizar la obligación de los comendadores de aprestar las lanzas correspondientes a su encomienda, que según sus cálculos ascienden a 830. Esta carga sería asumible por los beneficiarios, pues el disfrute de tales mercedes llevaba acarreadas unas cargas ineludibles e inexcusables<sup>969</sup>.

Murcia de la Llana pensaba que, con esta medida las Órdenes Militares recuperarían su pasado esplendor<sup>970</sup>. Además, se podría asegurar el correcto abastecimiento de los soldados, y la gente con inclinación a la milicia tendría motivación para servir. Por si esto no fuera suficiente, también proponía utilizar los empleos vinculados a la Casa Real, como medio de recompensar a los caballeros que mejor hubieran servido<sup>971</sup>. En la base de todo se encuentra el deseo de establecer una auténtica nobleza de servicio, en la que los méritos fueran lo más valorado, al margen de otro tipo de consideraciones.

En suma, se buscaba que la nobleza volviera a servir en los ejércitos del rey de España de forma masiva, pues con un correcto sistema de remuneración de los servicios prestados, la profesión de las armas sería atractiva para las principales familias de Castilla. En ese sentido, pone como paradigma el ejército romano, que alcanzó su fama inmortal por la gran cantidad de gente noble que militaba en sus filas, sin embargo: “al revés es en España, casi toda la milicia es gente plebeya, y de aquí nace el amotinarse por las pagas, porque no tienen que perder, lo que no hicieran si fuera gente noble”<sup>972</sup>. Sin embargo, no podemos mostrarnos de acuerdo con este diagnóstico, que es deudor de

---

<sup>968</sup> *Ibidem*. Fol. 7r.

<sup>969</sup> *Ibidem*. Fol. 7v.

<sup>970</sup> “(.....) ¡Qué de bienes! ¡Qué de aumentos se seguirían de esto a la nación española! Las órdenes volverán a su primer instituto y fin para que fueron fundadas. (.....) Y pondrase perpetuo silencio a tantos como han escrito en la limitación de sus privilegios, atreviéndose a defender que ya no son órdenes en acto militares, sino medios para probar nobleza y limpieza. Y que viviendo como todos viven, no deben gozar de particular exención.” *Ibidem*. Fol. 9r.

<sup>971</sup> “(.....) se podrán de allí sacar caballeros para el servicio de la casa de V.M., cual para gentilhomme de la boca, cual para la llave, y cual para los demás oficios, viniendo a ser la Casa Real el premio de los que mejor han servido, pagándoles con esto y honrando la valentía y nobleza de España.” *Ibidem*. Fol. 2r.

<sup>972</sup> *Ibidem*. Fol. 7r.



los planteamientos más tradicionales con respecto a la relación del segundo estado con la guerra, y que incide en su aparente abandono a partir de finales del siglo XVI, los cuales, como ya hemos visto, no se ajustaban a una realidad mucho más compleja de la que venían sosteniendo.

El debate sobre estas milicias y su razón de ser traspasó el plano teórico, y estuvo muy presente en el resto de la Europa católica, sobre todo en Italia. No puede ser casualidad que los proyectos presentados por López del Reino y Murcia de la Llana, coincidan en el tiempo con la constitución de la orden de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, cuyo acto fundacional tuvo lugar a finales de enero de 1624<sup>973</sup>, en presencia del Papa Urbano VIII (pues dicha orden estaba subordinada al Sumo Pontífice, a quien debía obediencia) cuando Carlos de Gonzaga, duque de Nevers (el mismo que tres años después reclamó el ducado de Mantua a la muerte del duque Vincenzo II, dando inicio a la guerra de sucesión de Mantua), que desempeñaría el empleo de gran maestro de la orden, hizo los votos y recibió su hábito<sup>974</sup>. Esta nueva milicia tenía una clara finalidad integradora, pues buscaba reunir bajo su órbita a la nobleza católica de Alemania, Francia e Italia, identificada en sus tres promotores: el conde de Althan, el duque de Nevers y el duque de Mantua<sup>975</sup>.

En cuanto al escenario donde llevaría a cabo su acción militar, se localiza en el Mediterráneo, por lo que se inscribiría dentro del grupo de Órdenes Militares navales, cuyo principal objetivo era la lucha contra los musulmanes. Para iniciar su actividad bélica, la nueva orden debía conquistar un enclave a los enemigos del catolicismo, para que, a la manera de los caballeros de Malta, se estableciera en la frontera con los infieles<sup>976</sup>. A la hora de su puesta en marcha, adquirió un papel preponderante el duque de Nevers, “principal movedor de esta máquina divina”, pues sus esfuerzos para que esta congregación viera la luz se remontan al año 1616, y en este intervalo afirmaba haber gastado unos 400.000 ducados en el proyecto, suficientes para armar ocho galeones, con los cuales la orden podría ponerse en marcha<sup>977</sup>.

Al mismo tiempo, se puede identificar la influencia de las milicias españolas, la cual se revela más en el carácter elitista de las Órdenes Militares de Santiago, Calatrava

---

<sup>973</sup> No obstante, la idea de fundar esta milicia católica se remontaba al año 1614, aunque no fue hasta este momento cuando cristalizó definitivamente. *Relación de la institución en Roma de la orden militar de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, nuestra señora, por la Santidad del Papa, nuestro señor, Urbano Octavo*. Roma, 8-2-1624. BN, Mss, 2355. Fol. 492r.

<sup>974</sup> *Ibidem*. Fol. 492r.

<sup>975</sup> *Ibidem*. Fol. 492r.

<sup>976</sup> *Ibidem*. Fol. 492r.

<sup>977</sup> *Ibidem*. Fol. 492v.

y Alcántara, que en su dimensión militar, pues se tenía la intención de que los hábitos<sup>978</sup> de la Inmaculada Concepción, tuvieran “las mismas calidades y probanzas” que aquellas. En suma, el objetivo último era que sus caballeros sean equiparados, en términos de nobleza y estimación, a los de las milicias hispanas<sup>979</sup>. Pese a que Felipe IV ostentaría el título honorífico de protector de la orden, no estaba dispuesto a extender los privilegios y las exenciones de que gozaban los caballeros las Órdenes españolas a individuos ajenos a ellas, tanto por las perniciosas consecuencias que ello tendría, como por la oposición que levantaría.

Según nuestro criterio, lo más destacado de esta prolífica corriente renovadora (la cual abogaba por el establecimiento de nueva relación entre la Corona y las Órdenes Militares, basada en un mayor grado de compromiso de estas corporaciones con la delicada coyuntura en la que se encontraba inmersa la monarquía española; es decir una adecuación a las realidades de la época) fue que, a partir de finales de los años 20 y principios de los 30, consiguieron traspasar este debate intelectual desde ámbitos más o menos marginales, hacia canales de expresión donde realmente podían tener influencia: el aparato administrativo estatal, donde el Conde Duque de Olivares, muy sensible a tales designios, gozaba de una posición de privilegio desde la cual podía intervenir a su favor. En este sentido, no debemos pasar por alto que el ministerio de D. Gaspar fue el periodo en el que estas cuestiones estuvieron más presentes en el ideario de los dirigentes hispanos, pues se tenía la impresión de que el rey, como maestro y administrador perpetuo de estas corporaciones, obtenía de ellas unos rendimientos mucho menores de los que podría conseguir.

Hemos encontrado dos evidencias documentales que sustentarían nuestra hipótesis. En primer lugar, una consulta fechada en febrero de 1630, cuyo autor fue el licenciado Manuel Riberos de León, abogado de los reales consejos, con 40 años de servicios a sus espaldas, cuya propuesta estaba inspirada por las ideas que hemos presentado en las páginas anteriores. En ella proponía consignar parte de las rentas de

---

<sup>978</sup> “(.....) Tiene por hábito e insignia una cruz de raso azul, de la forma de la de Alcántara, aunque un poco más ancha. Del medio de ella salen muchos rayos de oro, y encima está nuestra señora como la mujer del Apocalipsis, y coronada de doce estrellas; la luna debajo los pies y manto azul, y en el contorno, el cordón de San Francisco. Tiene niño en los brazos y cetro en la mano derecha.” *Ibidem*. Fol. 493r.

<sup>979</sup> *Ibidem*. Fol. 492r.

las encomiendas, que según sus apreciaciones ascendían a 477.627 ducados anuales<sup>980</sup>, al pago de gratificaciones para los profesionales de la milicia.

En una línea similar, consideró acertado gravar las encomiendas, prioratos y sacristías de las Órdenes Militares con una cantidad de dinero, a la manera de lo acontecido con obispados y dignidades eclesiásticas, equivalente en un tercio de su renta, la cual irá destinada, ineludiblemente, al sustento de soldados que en esos momentos militaban bajo las banderas del Rey Católico<sup>981</sup>. Sin embargo, su proposición no tenía carácter retroactivo, pues solo se aplicaría este gravamen a las concedidas a partir de ese momento. Además, se mostró partidario de que, cuando una encomienda vacara, no fuera proveía al menos durante un año. Con estos fondos extraordinarios se podrían conceder ayudas de costa a los militares sin ingresos, que no habían podido acceder a una pensión<sup>982</sup>.

A pesar de las buenas intenciones del proyecto, y de que su puesta en marcha sería factible, da la impresión de que nos encontramos más ante un parche que ante una solución definitiva, pues los hipotéticos beneficiarios de esta medida serían, a lo sumo 2.000 individuos<sup>983</sup>, mientras que para el resto no contemplaba la percepción de cantidad alguna. Respecto a la cuantía de la pensión a recibir, estos dos millares de militares se repartirían unos 159.200 ducados cada año (cantidad a la que, en teoría, ascendía la tercera parte de los ingresos de las encomiendas), por lo que cada agraciado recibiría unos 80 ducados (88'8 escudos), cantidad más que aceptable para un soldado raso, que cobraba, aproximadamente unos 48-50 escudos anuales, pero no tan sustanciosa para los oficiales, cuyos estipendios rondaban esa cantidad, e incluso la superaban.

A cambio, los receptores de esta asignación estarían obligados a prestar servicio durante al menos 10 años, pues de lo contrario la perderían y se destinaría a otro

---

<sup>980</sup> Según sus cálculos, las 87 encomiendas y 11 alcaldías y tenencias de la orden de Santiago producían unos ingresos anuales de 268.077 ducados; las 34 encomiendas y 9 prioratos y sacristías de la orden de Calatrava, 107.200 ducados. Y finalmente, las 35 encomiendas, 4 alcaldías, 3 prioratos y una sacristía de la orden de Alcántara, tenían unas rentas de 102.350 ducados anuales. *Consulta del licenciado Manuel Riberos de León, hecha a la Majestad del rey Don Felipe Cuarto, sobre echar pensión en las encomiendas de las tres órdenes militares de Santiago, Calatrava y Alcántara, para soldados que actualmente sirvan, y la nómina de las que son, con sus valores*. Madrid, 6-2-1630. BN, Mss, 18.658, nº 25.

<sup>981</sup> “(.....) Ellas [las encomiendas] y los hábitos fueron instituidos para caballeros soldados, las cuales y sus rentas es bien que ayuden a llevar las cargas del patrimonio real, que honren y sustenten a los que de ellos sirven en las guerras o cerca de la real persona. Supuesto lo cual, parece será acertado y conveniente que, a cada una se les eche la tercera parte de pensión, como a obispados y dignidades eclesiásticas, proveyéndolas en los que actualmente están sirviendo en la guerra.” *Ibidem*.

<sup>982</sup> *Ibidem*.

<sup>983</sup> *Ibidem*.

soldado. Todo ello responde a una clara motivación, hacer atractivo el servicio militar y, sobre todo, mantener en esta profesión a quien se animara a comenzarla. Esta cuestión fue una de las grandes obsesiones del Conde Duque, pues levantar ejércitos, dentro de las dificultades inherentes a tal cometido, era una tarea relativamente fácil de conseguir; pero conservarlos de una campaña a otra era harina de otro costal. Además, con el objetivo de subrayar el carácter vitalicio de estas prebendas, y primar los méritos por encima de todo, se prohibió que pudieran ser transmitidas a los herederos<sup>984</sup>.

En cuanto a la segunda evidencia, se trata de un decreto real enviado al Consejo de Órdenes a finales de marzo de 1630 (es decir, algo más de un mes de la consulta elevada por el licenciado Riberos de León), en el cual se participaba al presidente de este organismo de la adopción de una serie de disposiciones, tomadas tras las deliberaciones de la Junta de Teólogos, el 23 de diciembre de 1629, con las cuales se podría contribuir a mejorar la situación de las finanzas reales<sup>985</sup>.

Respecto a la manera en que tal auxilio se llevaría a cabo, se propusieron hasta ocho medidas. Ninguna de ellas se caracterizó por su originalidad, pues la mayoría consistían en la enajenación de bienes y jurisdicción de las Órdenes Militares, es decir simples ventas. En primer lugar, se autorizó el “acrecentamiento” del número de regidores y procuradores en los municipios bajo potestad de las Órdenes Militares, para ponerlos a la venta. Al mismo tiempo, se optó por convertir en perpetuos aquellos cuya duración era anual. Es decir, se sacaban a la venta nuevos cargos corporativos y, al mismo tiempo, se permitía a los que ya lo ostentaban mutarlo en definitivo. Sin embargo, el Consejo sólo estaba dispuesto a aceptar parte de lo propuesto, pues le parecía inaceptable permitir la perpetuación de dichos empleos<sup>986</sup>. También se aprobó la venta de notarías “y otros oficios”, aunque se especifican cuales<sup>987</sup>, así como de 8.000 vasallos bajo jurisdicción de estas instituciones, previa autorización al Papa, lo cual aportaría otros cuantiosos ingresos<sup>988</sup>.

---

<sup>984</sup> “(...) Al que se diere alguna de estas pensiones, no ha de faltar por 10 años continuos en la milicia, si no fuere con licencia de V.M., o causa legítima de su general. Y si en otra manera se ausentare, la pensión quede vaca y V.M. la pueda proveer de nuevo. Y si vacare por muerte o promoción, a mayor dignidad o renta, V.M. pueda volver a proveerla, de forma que por ningún caso la herede el encomendado, y siempre quede reservada para V.M. su provisión.” *Ibidem*.

<sup>985</sup> *Decreto de Felipe IV dirigido al presidente del Consejo de las Órdenes, sobre los medios propuestos para el desempeño de la hacienda real, en materias que tocan a dicho consejo*. Madrid, 31-3-1630. BN, Mss, 11.362. Fols. 14r-15v.

<sup>986</sup> *Ibidem*.

<sup>987</sup> *Ibidem*.

<sup>988</sup> *Ibidem*.

En cuarto lugar se planteó, y aprobó, el arrendamiento de las “yerbas” de los maestrazgos de las Órdenes Militares, las pertenecientes a la Mesta<sup>989</sup>. Otra de las disposiciones planteaba descascarar los alcornoques y cortar pinos en los dominios de las Órdenes, para vender su madera. y “adehesar baldíos en sus tierras”, siempre y cuando no se ocasionaran perjuicios a terceros<sup>990</sup>.

En último lugar, y lo más importante desde nuestro punto de vista, se pretendía obligar a los caballeros de hábito que no hubieran recibido esta merced por servicios militares, a que sirvieran en los ejércitos y armadas reales sin sueldo durante dos años. No obstante, esta medida tan rigurosa quedó descafeinada desde el principio, pues se autorizó a todos aquellos caballeros cuyo estado de salud, o avanzada edad, les impidiera cumplir con tal obligación, a conmutarla por el pago del salario de un soldado durante el resto de su vida<sup>991</sup>.

Por parte del Consejo de Órdenes no se produjo un rechazo frontal a que los caballeros de hábito contribuyeran, de alguna manera, a las cargas que exigía el mantenimiento de la primacía española. En este sentido, dicho organismo era consciente de la vinculación indisoluble de los miembros de estas milicias con la carrera de las armas, al tiempo que se asumía la total subordinación al monarca en su condición de gran maestro, para enviarlos a combatir, máxime en tiempos de necesidad (como el actual), circunscribiendo su servicio “dentro de estos reinos y sus mares”<sup>992</sup>.

Sin embargo, le pareció más razonable profundizar en esta segunda modalidad, es decir el servicio mediante un sustituto, y en concreto mediante su equivalente monetario. Conforme a este criterio, el Consejo de Órdenes, aceptó que la cantidad asignada a los caballeros de hábito para su sustento, un real diario (también se conocida

---

<sup>989</sup> Estas rentas pertenecían a la Corona desde que la Santa Sede concedió a perpetuidad a los reyes de España el título de maestre de las Órdenes Militares. Las “yerbas” eran la alcabala de los arriendos de pastos de territorios de estas corporaciones (casi todos en Castilla la Nueva y Extremadura). La renta de los maestrazgos se integraba con diversos aprovechamientos de estos territorios, diezmos, dehesas, molinos, censos, frutos y algunos juro de recompensa. Su administración era competencia del Consejo de Ordenes. En 1625 se arrendó la renta de los maestrazgos a los Fúcares viejos por unos 300.000 ducados. Este contrato se prorrogó en 1635, con la obligación de proveer ciertas cantidades de azogue (la mina de Almadén era lo único productivo del arriendo ya que las demás fincas tenían más cargas que beneficios). Cuando al retraso en abonarles el azogue se unieron los perjuicios causados por el incendio de la mina, y en 1645 ya no podían hacer frente a sus obligaciones y cesaron en el arriendo, el Consejo de Hacienda se hizo cargo de la administración para que no cesara el suministro de mercurio a las minas americanas. DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: Política y..... *Op. cit.* pp. 212-13. Ver también: DE FRANCISCO OLMOS, J.Mª y PRESA GARCÍA, Mª A.: *Op. cit.*

<sup>990</sup> *Decreto de Felipe IV dirigido al presidente del Consejo de las Órdenes.....*

<sup>991</sup> “(.....) Que a los caballeros de hábito se les obligue a que sirvan dos años, por sus personas, sin sueldo; o que den el sueldo de un soldado por toda la vida. Y esto se entienda a los que no se les dio por servicios militares.” *Ibidem.*

<sup>992</sup> *Ibidem.*

como pan y agua, y aquellos que la recibían se denominaban paniaguados), fuera consignado durante cinco años al sustento de un soldado que sirviera por el titular del hábito en los presidios de España o en las galeras<sup>993</sup>.

Testimonios como éste, emanado desde la institución de la cual dependían los caballeros de las Órdenes Militares, muestra bien a las claras la poca estimación que se tenía de su operatividad militar. Hasta el Consejo de Órdenes, o incluso este organismo con mejor criterio que ningún otro, consideraba absurdo obligar a servir durante dos años, a todas aquellas personas que habían logrado esta merced gracias a servicios ajenos a la carrera de las armas. De tal modo, tanto los contemplados en esta medida, como el propio servicio armado, saldrían perjudicados, pues estamos hablando de individuos alejados de este universo, que supondrían un engorro más que conveniencia. Por este motivo, era preferible que arrimaran el hombro con una contribución monetaria, mucho más satisfactoria para ambas partes que el servicio militar personal.

A finales de la década de los 30, D. Gregorio de Contreras, volvió a incidir en la necesidad de volver a reservar los hábitos y encomiendas a los profesionales de la milicia. Según Contreras, el punto de inflexión de esta problemática se encontraría en el reinado de Felipe II, manifestado en dos acontecimientos relacionados entre sí, cuya consecuencia última era el estado de postración en que se encontraba la carrera militar: en primer lugar, la preferencia del Rey Prudente por las letras en detrimento de las armas. La segunda cuestión, aún más importante, su connivencia a la hora de permitir que mercedes destinadas a premiar servicios militares (en una clara alusión a las dimanadas de las Órdenes Militares), se hayan destinado a recompensar a individuos ajenos a ella, sobre todo cuando éstos tienen a su alcance otras prebendas, inalcanzables para los soldados<sup>994</sup>.

---

<sup>993</sup> “(.....) La profesión de los caballeros de hábito es militar, y por ella están sujetos a la voluntad del maestro para que los envíe a las guerras, por lo menos dentro de estos reinos y sus mares en tiempos de necesidad, como es el presente. Así se justifica el suplirles esta obligación de servir por sus personas, con que envíen otros a su costa en su lugar. Esto será más suave si el acostamiento que suele darse a los caballeros de hábito, que llaman pan y agua, se tomase por ahora, por cinco años, para el sustento de un soldado que sirva por ellos en los presidios de España, o en las galeras.” *Ibidem*.

<sup>994</sup> “(....) Y por convenir al servicio de S.M. hacer singulares honras a la milicia, como se puede dejar de esperar la que es de liberalidad, con justicia siempre cierta de su real mano. Pues en el servicio militar no hay tantas ocupaciones que dar a soldados beneméritos como puede haber en el, con lo cual los favores en la generalidad serán parte del premio virtuosos de ella, juzgando aventaja S.M. esta profesión a las de las letras, por convenir así, hasta que tenga el apoyo necesario. Que parece descaeció desde que la majestad de Felipe Segundo puso tanto cuidado en el gobierno político de la monarquía, y en autorizar las letras, en que se han ido introduciendo algunos bienes y premios que tocan a los soldados, y así al patrimonio real. Pues lo que falta a los ejércitos, falta a la Real Hacienda, en que las letras no deben tener parte. Pues por si tienen ocupados tantos puestos de tanta calidad, cantidad, autoridad y respeto, desde el abogado al presidente de Castilla, y desde un cura al arzobispo de Toledo, que todo lo que se legare de más es

A pesar de que sus planteamientos parecen bastante firmes, al igual que otros autores, también deja abierta la puerta a excepciones a la regla general, la cual podría ser aprovechada para desvirtuar su propuesta. Según su experta opinión, sólo se debería aceptar las candidaturas de quienes hubieran servido, como mínimo, 10 años para los hábitos y 20 para las encomiendas. Sólo se contemplaba la reducción de estos tiempos, si se realizaba algún servicio distinguido que justificara dicha rebaja, o si el aspirante pertenecía al estamento privilegiado<sup>995</sup>.

Además, se declaró partidario de que ningún caballero de hábito, el cual hubiera accedido a este honor por servicios no militares, pudiera conseguir una encomienda, si no se comprometía a servir durante 10 años. Con todo, creyó conveniente reservar de esta medida a los casados, enfermos, impedidos y los ocupados en el servicio al monarca<sup>996</sup>. De la misma manera, consideró oportuno que los titulares de encomiendas obtenidas por servicios ajenos a la milicia, fueran compelidos a servir (con plaza sencilla) durante cierto tiempo, siempre y cuando tengan “edad a propósito”<sup>997</sup>. Además, recogiendo parte del legado de los memoriales presentados en las páginas anteriores, abre la vía a eludir el servicio personal, mediante el pago de una cantidad, en este caso un tercio de las rentas anuales de la encomienda, durante el mismo intervalo, destinada a caballeros de hábito que estuvieran sirviendo en esos momentos<sup>998</sup>.

Sin embargo, resulta chocante que un militar de carrera, con amplia experiencia en los campos de batalla, haga una valoración mucho más benévola que la emitida por el Consejo de Órdenes, del servicio militar de los caballeros de hábito que han obtenido este honor por méritos ajenos a las armas, sobre todo cuando estamos hablando de un

---

superfluo, y en menos precio de la autoridad de las armas, que necesitan de los demás favores y honras. (.....) Aquí es donde estriba el particular remedio para el servicio de S.M., el cual parece que se conseguirá, sin duda, con las honras y mercedes propuestas a la profesión, pues se compondrán los ejércitos de más cantidad de sangre de valor, a cuyo abrigo se mejorará lo restante.” *Ibidem*. Fol. 4v.

<sup>995</sup> “(.....) Que S.M. se sirva de inhabilitar, para la pretensión de hábitos, a los que no fueren soldados. Y que ninguno podrá dar memorial para el menos que con 10 años de servicios en la guerra viva; y para encomienda, con menos de 20, si no es por servicios tan relevantes que puedan, siendo señalados por tales, suplir cualquier tiempo que estos ejemplares podían adelantar a otros. Y que el consejo de la guerra reconozca y apruebe sus servicios para hacerles capaces a la pretensión, exceptuando solo a grandes señores, que por el celo de S.M., y gran remedio al estado militar, no las querrán admitir sin algún ejemplar de sus grandezas.” *Dictamen sobre la mejora de la disciplina militar*..... Fol. 3r.

<sup>996</sup> *Ibidem*. Fol. 3r.

<sup>997</sup> “(.....) Que todos los que tuvieren encomiendas sin haber servido a S.M., se les obligue, a que vayan a servir, sin más sueldo que el de la plaza ordinaria, por algún tiempo.” *Ibidem*. Fol. 3r.

<sup>998</sup> “(.....) O que den, por el mismo la tercia parte de sus encomiendas, de pensión, para otros de los caballeros de sus hábitos que asistieren en los ejércitos. Pues si legítimamente puede S.M. poner cargas en las haciendas de sus vasallos para la conservación de sus reinos, en ninguna más debidamente que en estas, no heredadas de sus padres, sino antes sacadas del pecunio militar, en descomodidad de el.” *Ibidem*. Fol. 3r.

tiempo amplio de servicio. De la misma manera, esta valoración no parece ser muy consecuente con el objetivo último de su arbitrio: mejorar la operatividad de los ejércitos españoles y articular un sistema eficaz de remuneración de los servicios prestados. Otra medida conveniente sería despachar cédulas de hábitos y encomiendas a los capitanes generales de los ejércitos, en concreto Flandes e Italia, para que atendiendo a su criterio, se gratificara a los soldados más distinguidos, sin importar su origen y condición<sup>999</sup>.

En suma, nos encontramos ante una materia cuyas repercusiones son mucho más importantes de lo que pudiera parecer a primera vista, y que afectaban tanto a la propia esencia de las Órdenes Militares como a los criterios de admisión que regulaban el acceso a las mismas. En este sentido, nos encontramos ante un claro deseo de primar a los militares, y a los servicios prestados con las armas, por encima de cualquier otra consideración. El deseo de reforma fue tan intenso que incluso se llegó a cuestionar su vigencia en la sociedad del momento, aunque lo que realmente se discutía era la desvirtuación de sus primigenios valores, no la esencia de la institución. Dentro de este ambiente renovador, en concordancia con lo apuntado por alguno de los tratadistas que hemos dado a conocer, se llegó a plantear la opción de fundar una nueva orden militar, cuyos miembros pertenecieran al mundo castrense. Al mismo tiempo, se buscaba facilitarles el acceso a las mercedes honoríficas sin necesidad de recurrir a tediosos trámites administrativos (en definitiva, mejorar el sistema de remuneración de los servicios prestados). Aunque en última instancia, pese a que las circunstancias aconsejaban la puesta en marcha de medidas en esta dirección, y a que flotaba en el ambiente tal posibilidad, en concreto a finales de 1639, nunca llegaron a cristalizar tales designios<sup>1000</sup>.

---

<sup>999</sup> “(.....) Que envíe V.M., a las partes donde sus ejércitos están más en el manejo de las armas, alguna cantidad de hábitos y encomiendas, para que los generales honren los soldados de puesto, de valor singular y de muchos servicios. Y si algunos que los tuvieren superiores, no se hallaren con la nobleza heredada, no les embarace al recibir tal honra. Que no ha de ser menester se vuelva a perder y restaurar un reino para criarse hombres nobles. Pues no son hoy muchos servicios hechos a S.M. y nuestra religión, inferiores a los de muchos progenitores de sangre ilustre, ni es menos sustentar una monarquía grande que restaurar un reino.” *Ibidem*. Fol. 3r.

<sup>1000</sup> “(.....) No se que verdad tenga una nueva que corre, (.....) que se instituye una nueva caballería y orden militar para solo los soldados que hubieren servido diez años en la guerra, con sus encomiendas, sin que les hagan otras pruebas.” PELLICER Y TOVAR, J.: *Avisos*. (Edición de CHEVALIER, J.C. y CLARE, L.). París, S.f.. p. 68.



### **6.3. LA UTILIZACIÓN DE LOS HÁBITOS DE LAS ÓRDENES MILITARES COMO FORMA DE RETRIBUCIÓN.**

Según hemos podido comprobar a lo largo de las páginas anteriores, podemos hablar de un estado de opinión que, en general, podríamos calificar de crítico hacia las Órdenes Militares, el cual convive con otro mucho más benévolo e indulgente con ellas. Es decir, es un tema vivo, candente, cuyas repercusiones tuvieron importantes consecuencias en la sociedad pues no se trata de las reflexiones de ciertos autores al margen de lo que acontece en la época que les ha tocado vivir, sino que recogen un “estado de opinión” presente entre la intelectualidad del momento.

Esta hostilidad se refleja en dos hechos fundamentales: la cada vez menor importancia de lo militar entre sus miembros, lo cual se refleja en que muchos militares quedan al margen de estos honores, y el abandono de sus obligaciones castrenses como colectivo. Aunque tales cuestiones estuvieron presentes en los designios de Olivares desde el comienzo de su ministerio, fue en la década de los 30, y de forma más acusada a partir de 1635, cuando ocuparon el primer puesto en cuanto a las prioridades de la monarquía.

El intento de solventar estas deficiencias es una de las actuaciones donde mejor podemos observar la voluntad reformista del Conde Duque, pues si bien es cierto que dichas corporaciones no podían ser valoradas de la misma manera que en la época medieval, no lo era menos que las Órdenes Militares, y por ende sus miembros, asumían, al menos teóricamente, unas obligaciones militares ineludibles. De esta manera, en concordancia con los arbitristas, no se resignó a verlas como vestigios del pasado, sin ninguna utilidad al bien común, agonizando en espera de su fin sino que, aprovechando el atractivo que tenían los hábitos, estableció una triple línea de actuación para intentar corregir una situación que parecía irreversible.

### **6.3.1. INICIATIVAS PARA FAVORECER EL INGRESO DE PROFESIONALES DE LAS ARMAS.**

En este apartado, el objetivo a conseguir era que los hábitos de las Órdenes Militares se vincularan lo más posible a la profesión de Marte, y sobre todo que los militares veteranos, muchos de los cuales habían sido reformados, volvieran a encontrar atractivo el servicio militar en un momento en el que la necesidad de soldados experimentados era mayor que nunca. Según nuestro criterio, esta realidad vendría a apuntalar lo que manifestábamos en las páginas antecedentes: los problemas militares de la Corona española no eran tanto de falta de hombres, pues había una considerable reserva humana, y lo que es más importante, con experiencia en combate; sino que obedecería más a una falta de incentivos para animarse a servir.

Desde 1633-1634, con motivo del empeoramiento de la situación internacional, el Conde Duque empezó a discurrir sobre cómo conseguir que los “soldados viejos”(es decir, con experiencia militar, pero que se encontraban al margen del mundo castrense), volvieran a prestar servicio activo, pues su concurso se antojaba fundamental para salvar la compleja realidad a la que se enfrentaba la Corona española. A principios de febrero de 1635 ya habían madurado algunas ideas en esa dirección, insertas en las medidas a adoptar en caso de que el rey decidiera encabezar sus ejércitos.

Como primer paso, se creyó oportuno ordenar a las autoridades municipales en general, y a los corregidores en particular, que iniciaran diligencias para localizar a todos aquellos individuos con experiencia militar, con vistas a una hipotética movilización en caso de necesidad (en principio para que se dirigieran al Principado de Cataluña a reforzar la frontera pirenaica, en caso de que Francia intentara atacar por allí, o si se decidiera pasar a la ofensiva e invadir el país vecino)<sup>1001</sup>. En suma, nos encontraríamos ante un reclutamiento de carácter selectivo, circunscrito a soldados veteranos, con un mínimo de cuatro años de servicio en la Armada o fuera de España, a quienes se respetaría el último sueldo que hubieran recibido<sup>1002</sup>.

La vinculación de Olivares con este objetivo, su deseo de que todo pasara por sus manos, y la inquebrantable voluntad de alcanzar los fines proyectados, quedó de

---

<sup>1001</sup> *Consulta de la junta donde concurren el conde duque, el arzobispo inquisidor general, el marqués de Leganés, el duque de Villahermosa y el marqués de Castrofuerte, sobre un papel del conde duque sobre levantar gente vieja en España.* Madrid, 10-2-1635. AGS, GA, Leg. 1120.

<sup>1002</sup> *Ibidem.*

manifiesto cuando se ordenó a todos los corregidores que dieran cuenta al maestre de campo Antonio de Oteiza (que servía el puesto de teniente coronel de la coronelía del Conde Duque), de todos los militares que hubieran registrado, para que centralizara todo el proceso<sup>1003</sup>. Por nuestra parte suponemos que, pese al celo del ministro, era probable que intentara aprovechar en su propio beneficio esta situación, para formar su unidad con los mejores soldados de entre este selecto grupo.

En términos generales se buscaba un doble objetivo: en primer lugar, que los militares volvieran a servir y, como segunda medida, disponer de una reserva humana con la cual surtir dos de los proyectos destinados a llenar de soldados experimentados los ejércitos españoles. Así, desde el poder central, se buscaba que constituyeran una especie de cantera para poder formar las coronelías, es decir, los regimientos encargados por Felipe IV a cierto número de Grandes de España<sup>1004</sup>, pues se dispuso que todos aquellos individuos que ya se hubieran comprometido a servir en estas unidades, no deberían registrarse ante las autoridades locales<sup>1005</sup>.

Desde nuestro punto de vista, lo más destacado de esta iniciativa fue la utilización de los hábitos de las Órdenes Militares con la finalidad de financiar el coste de la guerra, pues se trató de que, tanto capitanes como “personas de calidad” (procedentes del estamento nobiliario, aunque de sus cuadros inferiores, y suponemos que con poca experiencia militar), pudieran acceder a estos honores, a cambio de asumir los gastos de equipamiento, manutención y paga de un número variable de estos “soldados viejos”. Respecto a los primeros, la cifra se estipulaba en 15 veteranos, mientras que para los segundos, la cifra ascendía a 25. No obstante, Felipe IV consideró que esta cantidad era escasa y, si se deseaba que dicho designio fructificara, debería ser incrementada<sup>1006</sup>.

Detrás de este hecho había una inequívoca vocación de primar a los militares frente a otros individuos, con lo cual se podría incrementar el número de profesionales de la milicia entre los miembros de las Órdenes Militares. No obstante, sólo aquellos

---

<sup>1003</sup> “(.....) Que V.M. se sirva de mandar se publique en todas las ciudades, villas y lugares de España, que se manifiesten ante los gobernadores, corregidores y justicias de todos los distritos, todos los que hubieren servido en la guerra. Y que se les ordene que los que lo hubieren hecho, los envíen a Cataluña, con fianza de que se presentarán allá, escribiendo al maestre de campo Antonio de Oteiza, que los envíen, y que avisen acá de ello, para que se les ordene les haga asentar las plazas.” *Ibidem*.

<sup>1004</sup> BALTAR RODRÍGUEZ, J.F.: *Op.cit.* pp. 383-385.

<sup>1005</sup> “(.....) Que se les advierta [a los corregidores] que si algunos soldados estuvieren asentados en las coronelías que ahora se levantan, los dejen servir en ellas, y que no se entienda con ellos esta orden. *Consulta de la junta donde concurren el conde duque.....* 10-2-1635

<sup>1006</sup> “(.....) Y convendrá alargar un poco más el servicio para que se de el hábito, por parecer corto el que se propone para honra tan grande.” *Ibidem*.

con ciertos ingresos podrían beneficiarse de esta medida<sup>1007</sup> pues, en general, la mayoría de ellos sobrevivía a duras penas. Con todo, cuando esta cuestión se consultó en la Junta de la Defensa, había dudas más que razonables sobre si era factible, o no, obligar a los soldados veteranos, que ya se encontraban retirados, a que volvieran a prestar servicio. En lo que había unanimidad, más o menos general, era en el rechazo a utilizar medidas coercitivas para obligarles a ello, puesto que sería mucho más conveniente proceder con métodos suaves<sup>1008</sup>, y siempre con la promesa de premios y recompensas para quienes acudieran en esta ocasión<sup>1009</sup>.

Según el duque de Medina de las Torres, no se podía incluir en el mismo saco a todos los veteranos retirados, ya que había grandes diferencias en cuanto a su situación. A grandes rasgos, se podrían dividir en dos clases: aquellos cuya situación económica es, más o menos, desahogada; y en segundo lugar, quienes, pese a no disponer de grandes medios, prefieren vivir una vida ociosa antes que volver a empuñar las armas<sup>1010</sup>. Según su criterio, habría que centrar los esfuerzos en la segunda categoría, a pesar de que se tuviera que recurrir a medidas de presión para obtener su asistencia. Con todo, su parecer último se movió hacia la adopción de una normativa menos restrictiva. De esta manera, junto las actuaciones emprendidas por los corregidores, la Corona se debería designar dos personas para que se coordinaran con ellos y agilizaran los trámites<sup>1011</sup>.

Pero la prueba más fehaciente de que se deseaba que estos designios cristalizaran en resultados prácticos, la encontramos en una disposición publicada el 27 de febrero. En ella se recogía la concesión de mercedes a todos los “soldados viejos” que se dispusieran a servir, así como a quienes acudieran con los soldados requeridos

---

<sup>1007</sup> JIMÉNEZ MORENO, A.: Honores a cambio de soldados..... *Op. cit*

<sup>1008</sup> “(.....) El regente Brancha duda si se puede, con justicia, obligar a todos los soldados viejos que están retirados, a que vayan a servir en caso que no salga la real persona de V.M. Y así, es su entender que, por lo que a esto toca, se excuse el medio de la fuerza, procurando, con maña y premios, disponer los ánimos de los soldados que están retirados, a que vayan a servir en esta ocasión.” *Consulta de la junta de la Defensa de estos Reinos, en la que representa lo que se le ofrece sobre la consulta que trata de los medios que habrá para juntar soldados viejos*. Madrid, 20-2-1635. AGS, GA, Leg. 1120, n° 103.

<sup>1009</sup> “(.....) El marqués de Mirabel dice que a los corregidores se les debe encargar publiquen a todos los soldados que no estuvieren despachados, que V.M. les hará merced, enviando para ello sus papeles y memoriales, y que V.M. se sirva de nombrar una o dos personas que tengan la protección y solicitud de de estos despachos.” *Ibidem*.

<sup>1010</sup> *Ibidem*.

<sup>1011</sup> “(.....) El duque de Medina de las Torres reconoce el inconveniente de las molestias que harán los corregidores. Y así, juzgaría por conveniente que se haga con toda la prevención posible, para excusarlas; mandando V.M. que averigüen la gente vieja que hay en sus distritos. Y que V.M. señale dos personas en esta Corte, con quien se correspondan y vayan haciendo las diligencias que les advirtieren, pues de esta manera se obrará con más recato. Y V.M. podrá saber, a punto cierto, los soldados viejos que hay.” *Ibidem*.

para la obtención del hábito<sup>1012</sup>. Al mismo tiempo, se ordenó a los corregidores que hicieran una relación pormenorizada de los veteranos que había en cada distrito (incluidos los que se habían alistado en las coronelías, pues debían hacer constar la unidad en la que sirven y con qué empleo), y la predisposición que mostrarían para acudir a servir a las zonas designadas, que finalmente se estableció fueran Cataluña, Fuenterrabía y Navarra<sup>1013</sup>, zonas fronterizas con Francia, por las cuales se podía esperar un ataque en caso de ruptura de las hostilidades. Una vez declarada la guerra, la preocupación por tener bien guarnecidos los territorios colindantes con la Francia borbónica, adquirió aún más importancia, y todos los proyectos destinados a tal efecto muestran una creciente inquietud por conseguir este objetivo.

Aunque se utilizó la presencia del rey para exaltar los ánimos de estos individuos, lo importante era la promesa de remuneraciones y de mercedes a todos aquellos que se presentaran<sup>1014</sup>, así como la concesión de cantidades de dinero, las cuales variaban según el empleo ostentado (300 reales para los capitanes, 150 para los alféreces, y 100 para el resto, aunque debían presentar papeles en los que constara que, en realidad, habían disfrutado de ese puesto), para ayudarles a prevenirse de todo lo necesario para ello<sup>1015</sup>. Por otra parte, también se juzgó acertado que el Conde Duque ordenara a su teniente coronel que enviara una relación de la gente que fuere llegando a su destino, donde constara, junto con su nombre, su lugar de procedencia, la parte donde acuden a servir, y la cantidad que se le había dado para ello<sup>1016</sup>. Esta disposición vendría a confirmar lo apuntado en las líneas anteriores, sobre la implicación personal de D. Gaspar en este proceso, a través del oficial al mando de su coronelía, y su firme intención de que saliera adelante.

---

<sup>1012</sup> “(...) Después de haber publicado la orden de S.M., en que se contienen las mercedes que es servicio hacer a los que fueren a servir, y se encargaren de llevar el número de soldados que en ella se señala, se ha de hacer una relación muy particular de todos los soldados viejos que hay en cada lugar, puestos que han tenido, edad y disposición que se hallan los que se ofrecieren para ir a servir; los que se excusaren, refiriendo con particularidad las causas legítimas que los impiden y representaren para no poderlo hacer.” *Instrucción que se ha de guardar en el cumplimiento de lo que V.M., manda, en carta de este día, que trata de la conducción de los soldados viejos al Principado de Cataluña, Fuenterrabía y Navarra.* Madrid, 27-2-1635. AGS, GA, Leg. 1120.

<sup>1013</sup> *Ibidem.*

<sup>1014</sup> “Hase de representar a todos la obligación que tienen de servir en esta jornada, pues habiendo de salir a ella la real persona de S.M., ninguna, de calidad y obligaciones, puede dejar de seguirle, en particular los que han profesado la milicia. Y la atención que se tendrá para premiar y acrecentar a los que no tuvieron recompensa de sus servicios pasados, continuándolos en esta ocasión.” *Ibidem.*

<sup>1015</sup> *Ibidem.*

<sup>1016</sup> *Consulta de la junta de la Defensa sobre lo que escriben algunos corregidores cerca de los soldados viejos que hay en sus distritos.* Madrid, 24-3-1635. AGS, GA, Leg. 1120.

Tras la declaración de guerra por parte de Francia, estas cuestiones estuvieron más presentes, si cabe, en el ánimo de Olivares y su círculo de colaboradores, pues se hacía más necesaria que nunca, la formación de nuevas unidades militares y, sobre todo, que estuvieran compuestas por individuos que acreditaran experiencia. Este problema se reveló con mayor intensidad en la Corte, donde se encontraba un número considerable de capitanes reformados y “soldados particulares”, a quienes se deseaba encontrar acomodo en el dispositivo militar de la monarquía. En este sentido, las altas instancias políticas se encontraban ante un dilema: ¿qué hacer con estos individuos? Consideraciones de esta naturaleza, vendrían a corroborar la hipótesis que venimos manteniendo: el principal problema de la Corona en materias militares, no era la escasez de hombres, lo que realmente ocurría era que la falta de alicientes, motivados por la ausencia de una adecuada política de remuneración de los servicios prestados, retraían cada vez a más individuos de emprender, o en este caso continuar, la carrera de las armas.

Para intentar solucionar esta paradójica situación, caracterizada por unas crecientes demandas humanas, y la presencia de un notable número de individuos que eran aptos para el servicio, pero que no estaban demasiado interesados en alistarse, se constituyó una junta, compuesta por los marqueses de Leganés y Castrofuerte, junto con D. Felipe de Silva. A finales del mes de julio, en una consulta elevada al monarca, se optó por la solución más sencilla: integrarlos en los empleos de la oficialidad (concretamente se consideraba serían aptos para los empleos de sargento mayor y/o capitanes de las compañías) de las diferentes coronelías que se estaban levantando. Para ello se envió una relación de estos individuos a los aristócratas reclutadores para que, de entre ellos, propusieran personas para los referidos puestos<sup>1017</sup>.

Pese a que el servicio en las coronelías era, desde el punto de vista de la Corona, una buena opción para canalizar a estos individuos hacia el servicio militar, los nobles designados para levantar estas unidades tenían otro parecer. Por ejemplo, el duque de Escalona rechazó proveer los puestos de capitán y sargento mayor de su regimiento con ellos<sup>1018</sup>. Esta decisión podría parecer lesiva para los intereses de la Monarquía, pues se trata de individuos cualificados, con experiencia militar que en principio parecen ser

---

<sup>1017</sup> “En consulta de 26 de julio pasado, se dio cuenta a V.M. de los capitanes y soldados particulares que se hallan en la Corte, que podrían emplearse en los puestos de sargentos mayores y en compañías de infantería. Y fue V.M. servido de mandar se enviase relación de ellas a los coroneles, y se les dijese los propongan para estos puestos.” *Consulta de la junta que trata de los capitanes y personas particulares que se hallan en esta Corte*. Madrid, 7-9-1635. AGS, GA, Leg. 1120.

<sup>1018</sup> *Ibidem*.

aptos para tales cometidos. Sin embargo, debemos tener en cuenta que la provisión de los puestos de la oficialidad era una de las prerrogativas más preciadas de las que gozaban los aristócratas encargados de levantar una coronelía. Esto obedecía a dos motivos: en primer lugar, podían promocionar a personas de su entorno (tanto de su familia como de su red clientelar); además, las patentes de dichos empleos podían ser vendidas al mejor postor, y con su fruto acudir a los gastos generados por este servicio. Con todo, la Corona trató, por todos los medios posibles, de que los puestos de la oficialidad, fueran cubiertos con las personas más capacitadas para ello.

Como no se deseaba entrar en conflictos con los coroneles, se buscó otro medio en el cual emplearlos. La solución propuesta consistió en utilizarlos como sargentos mayores de una leva de 6.000 hombres, con destino a Milán. De esta manera, se ordenó que seis de ellos, a quienes se concedería ese empleo, se hicieran cargo de este contingente (cada uno mandaría mil hombres)<sup>1019</sup>. Con esta resolución, además, se evitaría formar nuevos tercios, con los cuantiosos gastos que ello generaría, en concepto de sueldos de la oficialidad, y se les proporcionaría un empleo conforme a su condición<sup>1020</sup>. Unos días después, tres de ellos, los capitanes Diego de Vera (que había servido en la plaza norteafricana de Larache), D. Iñigo de Angulo (quién sirvió el puesto de capitán en la Armada) y D. Antonio de León (el cual ostentó este empleo en Flandes), recibieron orden de dirigirse a Cádiz para embarcarse con la infantería destinada al Milanésado<sup>1021</sup>.

Como medida complementaria, se creyó conveniente primar a los profesionales de la milicia, frente a otros individuos, en lo referente a la concesión de hábitos de las Órdenes Militares. Pero junto al indudable deseo de premiar los servicios realizados con las armas, se buscaba utilizar estas prebendas con el objetivo de que continuaran sirviendo. Así, se empezó a institucionalizar una práctica que durante estos años dio sustanciosos frutos, tanto para la Corona, que se aseguraba el servicio militar de sujetos

---

<sup>1019</sup> “(...) Porque el duque de Escalona se ha excusado de proponerlos, ha parecido representar a V.M. que, pues al presente ha mandado pasen a Lombardía 6.000 infantes de las levadas, convendría que se formen tercios de ella. Y para excusar el gasto de las primeras planas, no se elijan maestros de campo ni otros oficiales mayores, sino que para cada mil hombres, se nombre un sargento mayor que los lleve a su cargo, un ayudante y un capellán mayor, con que llegados a aquel estado, se podrán agregar a ellos otras tropas de gente”. *Ibidem*.

<sup>1020</sup> “(...) Y parece que no solo se acude a acomodar las personas que hay de servicios y a propósito, sino que con esto se excusa el criar maestros de campo, y los sueldos que con ellos será fuerza se acrecentasen.” *Ibidem*.

<sup>1021</sup> *Consulta de la junta que trata de los capitanes que se hallan en esta Corte, sobre los sargentos mayores que parece vayan con la infantería que al presente pasa a Milán*. Madrid, 19-9-1635. AGS, GA, Leg. 1120.

con experiencia, como para los militares, que podían acceder a estos ansiados honores de forma preferente.

Todos los indicios nos llevan a pensar que detrás de estas iniciativas se encontraba la mano de Olivares. En este sentido, era consciente de la necesidad de articular algún programa destinado a retener a los soldados veteranos en los ejércitos. Y la promesa de hábitos, siempre y cuando continuaran desempeñando su cometido, era uno de los más razonables. Al mismo tiempo, si las cabezas rectoras de la monarquía, y en concreto el Conde Duque de Olivares, planeaban la movilización de los caballeros de hábito, sería una política muy acertada el preferir a los profesionales de la milicia a la hora de su concesión. Pues en caso de que cristalizaran estos proyectos (como sucedió), se contaría con un importante número de sujetos con experiencia militar, los cuales constituirían la piedra angular de esta hipotética unidad formada por los miembros de las Órdenes Militares. Y al contrario, si no se conseguía incluirles en este selecto club, cualquier intento en esa dirección estaba condenado a sufrir, cuando menos, una adulteración del plan original o, en el peor de los casos, un estrepitoso fracaso.

La primera prueba inequívoca sobre la concesión de hábitos de las Órdenes Militares a soldados veteranos en esta coyuntura, la hemos encontrado en 1634 (aunque es probable que se hubiera concedido alguno en los meses anteriores). Ese año, se honró con una merced de hábito al capitán D. Pedro de Cañaveral y Córdoba<sup>1022</sup>, la cual se haría efectiva a cambio de servir tres años más en la guerra<sup>1023</sup>. Este acontecimiento abrió una vía por la cual se “institucionalizaba” la concesión de estas gracias, siempre y cuando el aspirante se comprometiera a servir con las armas un número variable de años. Algo similar ocurrió con el capitán D. Ambrosio de Carranza y Carnero<sup>1024</sup>, a

---

<sup>1022</sup> D. Pedro empezó a servir en noviembre de 1624, como cabo de escuadra de una compañía de infantería asignada a la Armada del Mar Océano, hasta febrero de 1626, estando presente en la recuperación de la ciudad de Bahía de Todos los Santos (Brasil). En agosto de 1629 volvió al servicio activo, y D. Fadrique de Toledo, con la posterior aprobación del Consejo de Guerra, le suplió el tiempo que le faltaba para ser alférez. Con esa graduación pasó servir en una de las compañías del tercio de D. Luis Ponce de León, que pasó a Milán, y allí sirvió hasta abril de 1631, cuando pasó a Flandes con su compañía, hasta octubre de 1632. En marzo de 1634, se le hizo merced de una patente de capitán de infantería española, con la obligación de levantar la compañía. Con ella pasó a Nápoles y sirvió hasta mayo de 1635. De allí pasó a Milán, hasta octubre de 1637, “que el señor marqués de Leganés le dio licencia para venir a España a hacer las pruebas de su hábito, sin embargo que su persona hacía gran falta al servicio de S.M. en aquel estado”. *Relación de los servicios del maestro de campo D. Pedro de Cañaveral y Córdoba*. Madrid, 10-7-1646. AGI, Indiferente, Leg. 113/15.

<sup>1023</sup> En 1640 recibió su hábito de la orden de Santiago. AHN, OO.MM, Caballeros-Santiago, Expediente 1488.

<sup>1024</sup> *Consulta del consejo de Guerra sobre la pretensión del capitán D. Ambrosio de Carranza y Carnero*. Madrid, 20-6-1635. AGS, GA, Leg. 1122.



quien se hizo la misma merced, en 1635, como recompensa a sus 21 años de servicios, y haberse comprometido a continuarlos<sup>1025</sup>.

El Conde Duque y sus colaboradores debieron suponer que un importante número de militares encontraría atractiva esta oferta. Así que para gestionar dicha materia recurrió a su método predilecto: la constitución de una junta. Pese a que este sistema ofrecía ventajas tales como la rapidez en la toma de decisiones y, sobre todo, en la ejecución, era la evidencia más palmaria de una política caracterizada por la ausencia de proyectos a largo plazo (impuesta por las circunstancias), y por la búsqueda de soluciones concretas a problemas específicos, en una situación de guerra total. No obstante, tal y como indica Elliott, éste parece ser el entorno en el que Olivares se sentía más cómodo y dónde sacaba lo mejor de sus dotes como estadista<sup>1026</sup>.

El organismo creado para esta labor se denominó *Junta del Despacho de los Soldados*, y podemos asegurar, de forma inequívoca, que en 1636 ya se encontraba en funcionamiento. Su objetivo era centralizar y tramitar, única y exclusivamente, las peticiones de hábitos de los profesionales de la milicia. En este sentido, dicha organización nacía con una vocación exclusivista, pues el resto de los solicitantes no podían acudir a ella para negociar sus solicitudes.

La primera referencia a su actividad la hemos encontrado a mediados del mes de junio de 1636 cuando, tras someter la cuestión a consulta, se decidió honrar al capitán D. Juan Díaz de Arellano con un hábito, siempre y cuando se dirigiese a servir a Perpiñán junto con su compañía. Además, a finales de mayo de 1637, por consulta del Consejo de Estado, se decidió que fuera de la orden de Santiago, “por estar sirviendo”<sup>1027</sup>.

Por otra parte, es muy probable que la concesión de hábitos a militares que se comprometieran a seguir sirviendo estuviera relacionada con su vinculación al proyecto de las coronelías, como uno de los hipotéticos destinos en el que poder cumplir su compromiso. Esto parece ser lo que ocurrió con el capitán D. Benito Abraldez Fajardo, a quién este organismo prometió, por esas mismas fechas, una merced de hábito, con la

---

<sup>1025</sup> AHN, OO.MM., Caballeros-Santiago, Expediente 1587.

<sup>1026</sup> ELLIOTT, J.H.: El Conde Duque.....*Op. cit.* pp. 563-568.

<sup>1027</sup> *Papel del secretario Andrés de Rozas al secretario D. Francisco de Calatayud sobre la merced de hábito concedida al capitán D. Juan Díaz de Arellano, por consulta de la junta del despacho de los soldados y del consejo de Estado.* Madrid, 16-6-1637. AHN, OO.MM, Leg. 104 (2), nº 16.

condición de servir en Perpiñán<sup>1028</sup>. Para ello, sentó plaza a mediados de julio en la coronelía del Conde Duque, con 25 escudos de sueldo al mes, donde sirvió hasta finales de marzo de 1637 (ocho meses en total)<sup>1029</sup>.

A pesar de esta predisposición por favorecer a los profesionales de la milicia, hemos encontrado algunos casos en los que, pese a contar con todos los requisitos para acceder al hábito, y haberse despachado la merced, no llegaron a vestirlo por no estar concluidas sus pruebas. En relación con este aspecto, pese a que el objetivo a conseguir era que a un servicio le correspondiera una recompensa, al margen de cualquier otra disposición, lo cierto es que tuvieron que seguir pasando por los trámites burocráticos inherentes a su concesión, es decir: las pruebas. Este hecho muestra bien a las claras que, a pesar de todas las iniciativas destinadas a mejorar la condición social de los profesionales de las armas, se levantaba un insalvable muro que los devolvía a la realidad: el peso decisivo de las cuestiones relacionadas con la nobleza y la sangre a la hora de ingresar en las Órdenes Militares.

El caso del capitán D. Fernando Pareja Valdés y Mendoza, que lo era de una compañía de la milicia de la ciudad de Cuenca, es un ejemplo muy representativo, pues junto con el empleo que acreditaba, y unos antecedentes familiares intachables (es decir, al menos a efectos administrativos descendía de cristianos viejos), tenía una voluntad inequívoca de acudir a servir allí donde se le ordenare, tanto con el empleo de capitán como en cualquier otro<sup>1030</sup>, y no hay evidencia documental de que lograra su objetivo.

Suponemos que el rechazo de la petición de D. Fernando, tendría que ver con la poca valoración que los cargos desempeñados en estas unidades tenían a la hora de la concesión de hábitos. No podemos olvidar que la mayor parte de ellos eran proveídos por méritos no militares, y acaparados por las oligarquías urbanas como un mecanismo

---

<sup>1028</sup> “En junio del año pasado de 1636, me escribió el protonotario D. Jerónimo de Villanueva, que V.M., por consulta de la junta que se formó para el despacho de los soldados, había hecho merced a D. Benito Abraldez Fajardo, de un hábito, para pasado el verano, yéndose a servir aquel tiempo a Perpiñán, y presentándose dentro de 20 días allí.” *Consulta de la junta de D. Francisco de Calatayud, sobre la merced de hábito que V.M. tiene hecha a D. Benito Abraldez y Fajardo*. Madrid, 21-4-1637. AHN, OO.MM., Leg. 104(2), nº 1.

<sup>1029</sup> Tras despachársele su hábito, de la orden de Santiago, D. Benito dejó el servicio en el Principado, con licencia del virrey, el duque de Cardona, y se dirigió a La Rioja a levantar una compañía para el tercio de D. Luis Ponce de León, que se estaba formando en esos momentos.” *Ibídem*.

<sup>1030</sup> “D. Fernando Pareja Valdés y Mendoza, capitán de la milicia de la ciudad de Cuenca y su tierra, dice que pasó muestra a D. Antonio Chumacero, de más de 200 soldados que, voluntariamente y por militar con él, se alistaron en su compañía. Y siendo, como es, caballero calificado, mayorazgo, hijo solo en casa, su ánimo y deseo es de servir a V.M., imitando a su padre y pasados. (....) Y su ánimo es hacer lo mismo en la guerra más viva que hubiere, para que ofrezca su persona, con su compañía o sin ella, en el puesto o forma que se le mandare.” *Memorial del capitán D. Fernando Pareja Valdés y Mendoza, para que S.M. se sirva de mandar al consejo de las Órdenes que, con toda brevedad, le despachen el hábito de que se le hizo merced*. S.I. 24-7-1636. AHN, OO.MM, Leg. 7022.

más para afianzar su privilegiada posición. Al mismo tiempo, sería razonable suponer que, en concordancia con la política de promocionar a militares en activo, se considerara más conveniente primar los servicios desempeñados en los teatros de operaciones que en esos momentos se encontraban activos. No obstante, como tendremos ocasión de comprobar en las páginas siguientes, durante los años ulteriores, sobre todo a partir de 1638, estos escrúpulos desaparecieron y se produjeron concesiones de hábitos a individuos cuyo único mérito era disponerse a servir en la guerra. Si bien, ante la avalancha de solicitudes tales gracias se dispensarían atendiendo a criterios selectivos, a los cuales luego nos referiremos en seguida.

Pese a todas las actuaciones emprendidas para acomodar a los militares, lo cierto es que la administración regia no tenía la suficiente capacidad para encargarse de un conjunto tan amplio. En este sentido, nos da la impresión de que, con el objetivo de dar solución a situaciones concretas, la Junta del Despacho de los Soldados debió de instaurar, al menos, dos subcomités: la *Junta del Despacho de los Soldados que asisten en la Corte*, y unos meses más tarde la *Junta del Despacho de los Soldados de la ocasión de Fuenterrabía*, al tiempo que el organismo nodriza seguía funcionando. Suponemos que ante la carga de trabajo soportada por aquella, sería conveniente abordar por separado todas aquellas peticiones que se circunscribían a un ámbito geográfico o a una campaña concreta, para una vez cumplido el objetivo, extinguirla.

En cuanto a la primera de ellas, integrada por el Conde Duque de Olivares, el duque de Villahermosa, y los marqueses de Santa Cruz, Castrofuerte y Valparaíso, consideramos que su nacimiento vendría motivado por razones geográficas, pues la mayoría de los pretendientes estaban en Madrid, y sería menos arduo ocuparse de ellos en la Corte que no en sus localidades de origen. Para ello, se acordó establecer una fecha límite para que acreditaran documentalmente los servicios que habían prestado, así como sus pretensiones. Al mismo tiempo, se debía tener una consideración especial con quienes se mostraran dispuestos a continuar sus servicios (en la práctica se debía desestimar cualquier solicitud que no incluyera el compromiso explícito del solicitante de continuar sus servicios). Con esta intención, el 22 de mayo de 1638 se promulgó un bando según el cual se establecía que desde ese día, y hasta el 7 de junio, se aceptarían los memoriales presentados para su posterior aprobación<sup>1031</sup>.

---

<sup>1031</sup> “En la junta que se tuvo en el aposento del conde duque de Sanlúcar, para el despacho de los soldados que asisten en esta Corte, se han visto los papeles que, en cumplimiento del bando de 22 de mayo, hay presentado hasta hoy algunos capitanes y otros oficiales, con los memoriales de sus pretensiones.”

Pero no sólo se solicitaron hábitos de las Órdenes Militares, sino que sus pretensiones también comprendían puestos de la oficialidad e incrementos de sueldo. Según los datos que recogemos en el cuadro 8, de 52 peticiones presentadas, 29 de ellas (el 56%) se refieren a la primera categoría mencionada, y 11 (el 21%) a la segunda. Mientras que de las 12 restantes, 10 no concretaron su petición, y en dos casos se demanda tanto un puesto militar como un aumento de sueldo.

**CUADRO 8. PETICIONES ATENDIDAS POR LA JUNTA DEL DESPACHO DE LOS SOLDADOS. 7-6-1638.**

NOMBRE	EMPLEO	PETICIÓN	¿CONCEDIDO?	VARIOS
D. BERNABÉ ANTONIANO DE SALAZAR (CABALLERO DE SANTIAGO)	CAPITÁN DE CABALLOS	GOBIERNO DE UNA COMPAÑÍA DE LAS GUARDAS DE CASTILLA CON TÍTULO DE CORAZAS	SI	
D. JUAN DE LIVERONA	CAPITÁN DE CABALLOS	IDEM.	SI	
D. FRANCISCO SELLÁN	CAPITÁN DE CABALLOS	IDEM.	SI	
D. MIGUEL DE ITÚRBIDE	CAPITÁN DE CABALLOS	IDEM.	SI	
BARTOLOMÉ DE LA CRUZ	CASTELLANO	IDEM.	SI	
D. VICENCIO FILOMARINO	CAPITÁN DE INFANTERÍA	COMPAÑÍA DE CABALLOS CORAZAS.	SI	SIRVIÓ 5 AÑOS COMO TENIENTE DE LA COMPAÑÍA DE CABALLOS DE SU TÍO, EL CAPITÁN ANDREA FILOMARINO, QUE MURIÓ EN LA BATALLA DE LEUCATA. Y POSTERIORMENTE COMO CAPITÁN DE UNA COMPAÑÍA DE INFANTERÍA NAPOLITANA QUE LE CONCEDIÓ EL DUQUE DE CARDONA, VIRREY DE CATALUÑA.

*Consulta de la junta que se tuvo en el aposento del conde duque de Sanlúcar, para el despacho de los soldados que asisten en esta Corte, en la que se da cuenta de los que hasta hoy han presentado sus papeles. Madrid, 7-6-1638. AGS, GA, Leg. 1218.*

ESTEBAN GÓMEZ	CAPITÁN DE INFANTERÍA	COMPAÑÍA DE INFANTERÍA	NO. CONDUCCIÓN DE UNA DE LAS COMPAÑÍAS DE LOS 500 HOMBRES QUE SE HAN DE LEVANTAR	“MUCHOS AÑOS DE SERVICIO EN FLANDES, ITALIA, EL MEDITERRÁNEO Y OTRAS PARTES”
DIEGO PÉREZ	CAPITÁN DE INFANTERÍA	SUELDO DE REFORMADO PARA SERVIR EN LA CORONELÍA DEL CONDE DUQUE	SI	
D. JUAN DE MARCHENA	CAPITÁN DE INFANTERÍA	SUELDO DE REFORMADO PARA SERVIR EN LA CORONELÍA DEL CONDE DUQUE	SI	
D. FRANCISCO DE CISNEROS	CAPITÁN DE INFANTERÍA	SUELDO DE REFORMADO PARA SERVIR EN LA CORONELÍA DEL CONDE DUQUE	SI	
D. ANTONIO DE ARIZA	CAPITÁN DE INFANTERÍA	SUELDO DE REFORMADO PARA SERVIR EN LA CORONELÍA DEL CONDE DUQUE	SI	
D. JUAN DE CARVAJAL	CAPITÁN DE INFANTERÍA	SUELDO DE REFORMADO PARA SERVIR EN LA CORONELÍA DEL CONDE DUQUE	SI	
D. PEDRO DE ARCE Y LARA	CAPITÁN DE INFANTERÍA	SUELDO DE REFORMADO PARA SERVIR EN LA CORONELÍA DEL CONDE DUQUE	SI	
SIMÓN DE CASTAÑIZA	CAPITÁN DE INFANTERÍA	SUELDO DE REFORMADO PARA SERVIR EN LA CORONELÍA DEL CONDE DUQUE	SI	ENTRE 1638-1642 ASCENDIÓ A TENIENTE DE MAESTRE DE CAMPO GENERAL, PUES ERA EL EMPLEO QUE OSTENTABA CUANDO SE LE HIZO MERCED DE HÁBITO ESE AÑO (LO OBTUVO DE FORMA DEFINITIVA EN 1643, DE LA ORDEN DE SANTIAGO). EN LOS ÚLTIMOS AÑOS DE LA GUERRA DE PORTUGAL OSTENTÓ EL CARGO DE GENERAL DE LA ARTILLERÍA DEL EJÉRCITO DE AYAMONTE
FRANCISCO CASTELLANOS	CAPITÁN DE INFANTERÍA	SUELDO DE REFORMADO PARA SERVIR EN LA CORONELÍA DEL CONDE	SI	

		DUQUE		
D. JERÓNIMO DE JIBAJA	CAPITÁN DE INFANTERÍA	COMPAÑÍA DE INFANTERÍA O SUELDO DE REFORMADO.	NO. ENTRETENIMIENTO DE 25 ESCUDOS PARA SERVIR EN LA CORONELÍA DEL CONDE DUQUE	HA SERVIDO EN INDIAS Y “OTRAS PARTES”. EL MARQUÉS DE LA HINOJOSA LE DIO PATENTE PARA LEVANTAR 100 INFANTES, PERO NO PUDO COMPLETAR LA LEVA PORQUE SE DECLARÓ UNA EPIDEMIA EN LA ZONA DE RECLUTAMIENTO (MÁLAGA), MURIÓ EN LA CAMPAÑA DE FUENTERRABÍA UNOS MESES MÁS TARDE
MARTÍN DE CABRERA	CAPITÁN DE INFANTERÍA	30 ESCUDOS DE SUELO PARA QUE SIRVA EN LA ARMADA QUE ESTÁ A CARGO DE D. ANTONIO DE OQUENDO	SI	20 AÑOS DE SERVICIOS EN LA ARMADA. SE HALLÓ EN LA ENTRADA QUE SE HIZO EN FRANCIA POR NAVARRA, Y EN LA SOFOCACIÓN DE LOS MOTINES DE ÉVORA, DONDE SIRVIÓ COMO CAPITÁN Y SARGENTO MAYOR. ADEMÁS, GOBERNÓ EN INTERINIDAD EL FUERTE DE SANTA ISABEL Y EL PUERTO DE PASAJES
DIEGO PARDO SALGADO	CAPITÁN DE INFANTERÍA	PUESTO DE SARGENTO MAYOR EN UN TERCIO, O COMPAÑÍA DE CABALLOS CORAZAS, O EN LOS GALEONES.	NO. CONSULTA PARA COMPAÑÍA EN LOS GALONES Y SUELDO DE REFORMADO PARA QUE SIRVA EN EL PRESIDIO DE CÁDIZ	HA SERVIDO EN FLANDES E ITALIA ENTRE OTROS DESTINOS
D. SEBASTIÁN DE RENTERÍA	CAPITÁN DE INFANTERÍA	COMPAÑÍA DE INFANTERÍA	NO. SE LE TENDRÁ EN CUENTA PARA FUTURAS PROVISIONES Y SE LE DARÁ SUELDO DE REFORMADO PARA QUE VAYA A SERVIR	10 AÑOS DE SERVICIOS. NO PUDO TOMAR POSESIÓN DE LA COMPAÑÍA QUE SE LE HABÍA PROVEÍDO EN EL TERCIO DEL SEÑORÍO DE VIZCAYA, PORQUE SE REFORMÓ ESTA UNIDAD
D. JUAN MARTÍNEZ DE	CAPITÁN DE	COMPAÑÍA DE CABALLOS	SI. SE LE CONCEDE	HA SERVIDO EN

MELILLA	CABALLOS	O SUELDO DE REFORMADO PARA SERVIR EN LA CABALLERÍA DE PERPIÑÁN	SUELDO DE REFORMADO.	ITALIA Y, RECIENTEMENTE, EN LA REPRESIÓN DE LAS ALTERACIONES DE ÉVORA
BARTOLOMÉ MÁRQUEZ	CAPITÁN DE INFANTERÍA	SUELDO DE REFORMADO PARA SERVIR EN LA CORONELÍA DEL CONDE DUQUE Y RECOMENDACIÓN AL CONSEJO DE GUERRA PARA QUE LE OCUPE EN PUESTO COMPETENTE	SI.	26 AÑOS DE SERVICIOS EN FLANDES, ITALIA Y “OTRAS PROVINCIAS”
DIEGO RODRÍGUEZ	CAPITÁN DE INFANTERÍA	EMPLEO CONFORME A SUS SERVICIOS	SI RECOMENDACIÓN AL CONSEJO DE GUERRA PARA QUE LE EMPLEE EN EL PRIMER CASTILLO VACANTE, Y EN EL INTERIM 35 ESCUDOS DE SUELDO PARA QUE SIRVA EN CATALUÑA.	30 AÑOS DE SERVICIOS EN ITALIA Y “OTRAS PARTES”. ADEMÁS HA SERVIDO EL EMPLEO DE TENIENTE GENERAL DE LA ARTILLERÍA DE NÁPOLES, Y GOBERNADOR INTERINO DEL CASTILLO DE PAMPLONA
PEDRO DE PALACIOS	ALFÉREZ	COMPañÍA DE INFANTERÍA	SI	
JUAN GÓMEZ	ALFÉREZ	COMPañÍA DE INFANTERÍA	SI	
ANTONIO DE AMPUERO	ALFÉREZ	COMPañÍA DE INFANTERÍA	SI	
D. GARCÍA DE CAVIEDES	ALFÉREZ	COMPañÍA DE INFANTERÍA	SI	
PEDRO LOMBARDO	TENIENTE DE CABALLOS	COMPañÍA DE INFANTERÍA O CABALLOS	NO. SUELDO DE REFORMADO PARA QUE SIRVAN EN PERPIÑÁN	
PEDRO JAQUE	TENIENTE DE CABALLOS	COMPañÍA DE INFANTERÍA O CABALLOS	NO. SUELDO DE REFORMADO PARA QUE SIRVAN EN PERPIÑÁN	
LORENZO MORONE	TENIENTE DE CABALLOS	SUELDO DE REFORMADO PARA IR A SERVIR A PERPIÑÁN	SI	
D. MIGUEL DE SOTOMAYOR	AYUDANTE DE SARGENTO MAYOR	UN ASCENSO. SIN CONCRETAR MÁS	NO. SUELDO DE REFORMADO PARA QUE SIRVA EN CATALUÑA.	
CARLOS DE AVINO	AYUDANTE DE SARGENTO MAYOR	UN ASCENSO. SIN CONCRETAR MÁS	NO. SUELDO DE REFORMADO PARA QUE SIRVA EN CATALUÑA.	
D. JOSÉ DE TORRES	AYUDANTE DE SARGENTO	UN ASCENSO. SIN	NO. SUELDO DE REFORMADO PARA	

	MAYOR	CONCRETAR MÁS	QUE SIRVA EN CATALUÑA.	
AGUSTÍN DE VALENCIA	AYUDANTE DE SARGENTO MAYOR	UN ASCENSO. SIN CONCRETAR MÁS	NO. SUELDO DE REFORMADO PARA QUE SIRVA EN CATALUÑA.	
BARTOLOMÉ LLORENTE	ALFÉREZ	UN ASCENSO. SIN CONCRETAR MÁS	NO. SUELDO DE REFORMADO PARA QUE SIRVA EN CATALUÑA.	
JUAN HURTADO	ALFÉREZ	UN ASCENSO. SIN CONCRETAR MÁS	NO. SUELDO DE REFORMADO PARA QUE SIRVA EN CATALUÑA.	
JUAN DE ROA	ALFÉREZ	UN ASCENSO. SIN CONCRETAR MÁS	NO. SUELDO DE REFORMADO PARA QUE SIRVA EN CATALUÑA.	
D. JUAN DE TORRES	ALFÉREZ	UN ASCENSO. SIN CONCRETAR MÁS	NO. SUELDO DE REFORMADO PARA QUE SIRVA EN CATALUÑA.	
CARLOS DE OCO	ALFÉREZ	UN ASCENSO. SIN CONCRETAR MÁS	NO. SUELDO DE REFORMADO PARA QUE SIRVA EN CATALUÑA.	
JULIÁN DÁVILA	ALFÉREZ	UN ASCENSO. SIN CONCRETAR MÁS	NO. SUELDO DE REFORMADO PARA QUE SIRVA EN CATALUÑA.	
FRANCISCO DE LARA	ALFÉREZ	UN ASCENSO. SIN CONCRETAR MÁS	NO. SUELDO DE REFORMADO PARA QUE SIRVA EN CATALUÑA.	
JUAN DE RIVERA	ALFÉREZ	UN ASCENSO. SIN CONCRETAR MÁS	NO. SUELDO DE REFORMADO PARA QUE SIRVA EN CATALUÑA.	
FRANCISCO BARRUERO	SARGENTO	UN ASCENSO. SIN CONCRETAR MÁS	NO. SUELDO DE REFORMADO PARA QUE SIRVA EN CATALUÑA.	
JUAN DE AGUILERA	SARGENTO	UN ASCENSO. SIN CONCRETAR MÁS	NO. SUELDO DE REFORMADO PARA QUE SIRVA EN CATALUÑA.	
JUAN DE LA CÁMARA	ALFÉREZ	NO CONSTA	40 ESCUDOS DE SUELDO PARA QUE SIRVA EN CATALUÑA.	HA GOBERNADO, DESDE NAVARRA A PORTUGAL, LA COMPAÑÍA DEL CAPITÁN D. GONZALO MANRIQUE



D. JERÓNIMO DE SANTANDER	ALFÉREZ	NO CONSTA	RECOMENDACIÓN AL CONSEJO DE GUERRA PARA QUE LE CONCEDA UNA COMPAÑÍA, Y CONCESIÓN DE LA VENTAJA QUE LE TOCA COMO REFORMADO EN LA ARMADA	MÁS DE 17 AÑOS DE SERVICIOS. HA SERVIDO EN LA ARMADA DE PERNAMBUCO Y EN LA CARRERA DE LAS INDIAS
DOMINGO MARTÍNEZ	ALFÉREZ	NO CONSTA	CONCESIÓN DE LA VENTAJA QUE LE TOCA COMO REFORMADO EN LA ARMADA	MÁS DE 17 AÑOS DE SERVICIOS. HA SERVIDO EN LA ARMADA DE PERNAMBUCO Y EN LA CARRERA DE LAS INDIAS
FRANCISCO DE PRADO	ALFÉREZ	NO CONSTA	RECOMENDACIÓN AL CONSEJO DE GUERRA PARA QUE LE CONCEDA UNA COMPAÑÍA	EL DUQUE DE BEJAR LE ACABABA DE CONCEDER, EN INTERINIDAD, EL MANDO DE UNA COMPAÑÍA VACANTE EN SU CORONELÍA
FRANCISCO DE HOYOS	ALFÉREZ	NO CONSTA	RECOMENDACIÓN AL CONSEJO DE GUERRA PARA QUE LE CONCEDA UNA COMPAÑÍA, Y SUELDO DE REFORMADO PARA QUE SIRVA EN CATALUÑA	HA SERVIDO 18 AÑOS, 13 DE ELLOS EN FLANDES Y LOS OTROS 5 EN NAVARRA Y EXTREMADURA
BENITO DELGADO	ALFÉREZ	NO CONSTA	RECOMENDACIÓN AL CONSEJO DE GUERRA PARA QUE LE CONCEDA UNA COMPAÑÍA	26 AÑOS DE SERVICIOS, 25 DE ELLOS EN LARACHE
ANTONIO HERNÁNDEZ VIDAUR	ALFÉREZ	NO CONSTA	VENTAJA PARA QUE SIRVA EN EL PRESIDIO DE CÁDIZ	26 AÑOS DE SERVICIOS EN DIFERENTES PARTES. SE ENCONTRABA VIEJO Y ENFERMO, E IMPOSIBILITADO PARA SERVIR
SIMÓN COPADO	ALFÉREZ	NO CONSTA	VENTAJA PARA QUE SIRVA EN EL PRESIDIO DE CÁDIZ	
PEDRO DE EMALDI	MAYORDOMO DE LA ARTILLERÍA EN EL EJÉRCITO QUE PASÓ DE NÁPOLES A CATALUÑA	NO CONSTA	RECOMENDACIÓN PARA QUE EL MARQUÉS DE CASTROFUERTE, GENERAL DE LA ARTILLERÍA DE ESPAÑA, LE PROVEA EN PUESTO	18 AÑOS DE SERVICIO EN DIFERENTES LUGARES, Y CON DIFERENTES EMPLEOS

			COMPETENTE	
--	--	--	------------	--

**Fuente:** Elaboración propia a partir de *Consulta de la junta que se tuvo en el aposento del conde duque de Sanlúcar, para el despacho de los soldados que asisten en esta Corte, en la que se da cuenta de los que hasta hoy han presentado sus papeles*. Madrid, 7-6-1638. AGS, GA, Leg. 1218.

Con todo, se atestiguaron algunas diferencias entre las peticiones presentadas por los militares y las mercedes concedidas por la Corona. Pues si bien la mayoría de las demandas se refieren a la provisión de empleos militares, en especial compañías, tanto de infantería como de caballería, la actuación regia se movía en otra dirección. Esta divergencia se reflejó en que de las 31 solicitudes encuadradas en esa categoría, sólo se dio satisfacción a 10 (el 33%).

Por el contrario, en este caso, se creyó más conveniente recompensarles con gratificaciones pecuniarias en una doble dirección: la concesión de sueldos “de reformados” y de ventajas, pues de las 52 concesiones, 39 de ellas (el 75%), aludían a estos dos conceptos. Al mismo tiempo, con el objetivo de agilizar los trámites, y que todos ellos se dirigieran a sus lugares de destino, se recomendó pagarles una cantidad en concepto de ayuda de costa, variable según su grado: 80 escudos para los capitanes de caballos y los sargentos mayores; 50 para los capitanes de infantería; 30 para los alféreces, 20 a los sargentos y 100 reales para los soldados rasos; y a los tenientes de caballos y ayudantes de sargento mayor, “lo que se ha estilado en otras ocasiones<sup>1032</sup>.”, las cuales serían efectivas una vez hubieran abandonado Madrid. También se contemplaban medidas coercitivas en caso de que los militares incumplieran las condiciones pactadas, las cuales incluían la retirada del fuero militar y la remisión de los infractores a la justicia ordinaria<sup>1033</sup>.

En este sentido, hay una destacada intención de asegurar la frontera catalana, pues se recogen hasta 20 casos en los que se conceden sueldos para servir en el Principado. Al mismo tiempo, otro de los destinos preferentes fue la coronelía del Conde Duque, pues 10 de los solicitantes recibieron estipendios para servir en dicha unidad. Además, a 9 demandantes se prometió que su persona sería recomendada (ante

<sup>1032</sup> *Consulta de la junta que se tuvo en el aposento del conde duque de Sanlúcar*.....7-6-1638.

<sup>1033</sup> “(...) Y parece a la junta que, para que estos soldados puedan aviarse y disponer la jornada, a la parte donde se les ordenare vayan a servir, y no les quede excusa bastante para dejar de hacerlo, y estarse en Madrid a título de sus pretensiones, como lo están muchos, será conveniente mandar se les de aquí el dinero que hubiere más pronto del ejército, por vía de ayuda de costa.” *Ibidem*.

el Consejo de Guerra en la mayoría de los supuestos) a la hora de proveer empleos militares.

¿Era ésta la mejor decisión posible? Por una parte, la asignación de tales salarios permitiría satisfacer parte de sus aspiraciones sin incrementar las “primeras planas”, es decir los empleos de la oficialidad, aquellas que generaban mayores gastos para la Real Hacienda, tal y como hemos visto en los memoriales presentados por diferentes autores, al tiempo que, en parte, se ponía coto a la macrocefalia, otro de los males que aquejaban a los ejércitos españoles. Con todo, la puesta en marcha de medidas de este calado acarrearía la articulación de un eficaz sistema de financiación militar, que contara con los fondos suficientes para poder hacer frente a tales desembolsos, y poder acudir puntualmente al pago de sus soldadas, pero ¿estaba la Corona en situación hacer frente a este reto?

Según nuestro criterio, si la administración de Felipe IV quería resolver sus deficiencias defensivas, ésta era la dirección a seguir. No debemos olvidar que el objetivo último de la venta de hábitos de las Órdenes Militares, a través de la Junta de Hábitos, era aprestar los fondos necesarios para pagar al mayor número posible de veteranos y oficiales reformados. Y en cuanto a las coronelías, desde la Corona se insistió en que se incluyeran en ellas cuantos más veteranos mejor. Ambos designios corroborarían la hipótesis que venimos manteniendo: sí había individuos inclinados a la carrera de las armas, siempre y cuando se ofrecieran los atractivos oportunos para el servicio.

En cuanto a la *Junta del Despacho de los Soldados de la ocasión de Fuenterrabía*, también conocida como *Junta de los Soldados de Fuenterrabía*, o simplemente *Junta de Fuenterrabía*, debió de instituirse poco después del levantamiento del sitio de aquella plaza a principios del mes septiembre, con el objetivo de satisfacer las demandas de todos aquellos militares que habían acudido a esta empresa y de quienes, bajo la promesa de ser remunerados, “sirvieron a su costa” en ella. La primera referencia a su actividad la hemos encontrado a finales del mes de noviembre de 1638, cuando este organismo, tras la oportuna consulta, emitió un dictamen favorable sobre la pretensión del capitán y sargento mayor D. Juan Guerra de la Vega, a quien se le hizo merced de hábito, con la condición de servir dos campañas (para que el tiempo de servicio tenga validez, debía presentar una certificación, expedida por el alto mando, donde constara que, de forma efectiva, había prestado

servicios durante el tiempo estipulado). Tras cumplir con su obligación en el ejército de Cataluña, donde incluso sirvió una campaña más, se accedió a su petición<sup>1034</sup>.

Al mismo tiempo, destaca la alta valoración que la Corona tuvo de la intención de acudir a servir, al menos tan importante como los servicios prestados con anterioridad, pues la principal razón por la que se concedía el hábito, era el compromiso por parte del aspirante de servir durante un cierto tiempo. En este sentido, Postigo Castellanos considera que a partir de 1638, los hábitos de las Órdenes Militares se utilizaron más como incentivo para servir en el ejército o en la armada, que para remunerar los méritos contraídos<sup>1035</sup>. Hasta cierto punto su afirmación es verdadera, pues durante los años comprendidos entre 1635 y 1642, cuando Olivares deja el poder, hay una clara intención de utilizar estas mercedes para que individuos con experiencia militar continuaran activos. Según nuestro criterio, no se trataba de una posibilidad abierta a cualquiera que mostrara vocación de iniciar la carrera de las armas, sino a quienes acreditaran conocimientos castrenses.

La prueba más evidente de este compromiso se encuentra en una notificación del secretario D. Fernando Ruiz de Contreras, respecto al hábito concedido al capitán D. Fernando de Castilla, en la cual informa que todas las mercedes otorgadas a quienes se hallaron en el sitio de Fuenterrabía, estaban condicionadas a servir, al menos, una campaña más<sup>1036</sup>. Pero no había un criterio unificado en cuanto a qué se consideraba “servir una campaña”. En teoría se trataba de servir un año en alguno de los ejércitos que se estaban formando en España para atender a las necesidades generadas con motivo de la guerra contra Francia. Pero en el caso de este militar, se considera que ha cumplido con su obligación prestando servicios como sargento mayor del tercio que

---

<sup>1034</sup> “El consejo de Guerra, en 22 de octubre de este año, consultó a S.M. la pretensión del capitán D. Juan Guerra de la Vega, de que corriese el despacho de la merced de hábito que, por otra de la junta que se formó para el despacho de los soldados que se hallaron en Fuenterrabía, de 20 de noviembre de 1638, se mandó se le diese sirviendo dos campañas.” *Papel del secretario Pedro Coloma al secretario D. Jerónimo de Lezama, en el que da fe de que el capitán y sargento mayor D. Juan Guerra de la Vega, ha cumplido con las dos campañas*. Madrid, 5-11-1642. AHN, OO.MM, Leg. 104(2), nº 153.

<sup>1035</sup> POSTIGO CASTELLANOS, E.: *Honor y privilegio*.....*Op. cit.* p. 119.

<sup>1036</sup> “(.....) Por consulta de la Junta de Fuenterrabía de 20 de enero antecedente, había sido servido hacer merced al capitán D. Fernando de Castilla, de hábito de una de las tres órdenes militares, para un sobrino suyo, el que nombrare. (.....) Y las mercedes que S.M. hizo a personas que se hallaron en la ocasión del sitio de aquella plaza, fueron con calidad de ir a servir en esta campaña.” *Papel del secretario D. Fernando Ruiz de Contreras a la secretaría de Órdenes, en el que informa que corra el despacho de la merced que S.M. tiene hecha a D. Fernando de Castilla, de un hábito para un sobrino*. Madrid, 16-9-1639. AHN, OO.MM., Leg. 104(2), nº 129.

estaba levantando en Canarias su hermano, el marqués de Lanzarote<sup>1037</sup>. Nos encontraríamos ante otro indicio de la alta estimación que las tareas de reclutamiento, y el levantamiento de tropas, tenían para los dirigentes de la monarquía española, incluso por encima de los servicios prestados con las armas. En relación con este aspecto, nos parece muy revelador lo apuntado por Andujar Castillo quién, en un reciente trabajo, ha puesto de manifiesto cómo la Corona valoraba de forma muy positiva, a la hora de acceder al privilegio, la formación de unidades militares, en detrimento del servicio militar propiamente dicho, realidad que vino a modificar la relación entre nobleza y guerra, sobre todo a partir de mediados del siglo XVII<sup>1038</sup>.

Una de las características de la concesión de hábitos por esta entidad administrativa, era la obligación, al menos teórica, de hacer frente a un depósito (a la manera de una fianza) evaluado en una cantidad variable, como garantía de que el aspirante a vestir el hábito acudiría a servir el tiempo estipulado. Este es el caso del capitán D. Antonio Godínez de Paz, a quien se hizo merced de hábito con la condición de servir tres años en “guerra viva”<sup>1039</sup>. Pero desde el momento en que se adoptó esta resolución, no mostró demasiado interés en acudir a servir, y solicitó que se le conmutara por tres soldados pagados<sup>1040</sup>.

Su oferta fue aceptada, pero debían ser 8 soldados, en lugar de los 3 referidos, aunque unos días más tarde se estableció en sólo 6 hombres. Con estos indicios podemos afirmar que D. Antonio no tenía ninguna intención de servir las tres campañas que se le exigían para vestir el hábito. Pero estas actitudes eran incompatibles con los objetivos que se pretendían alcanzar con la puesta en marcha de esta junta, los cuales buscaban mantener en sus puestos a los militares que ya estaban sirviendo.

---

<sup>1037</sup> “(.....) Y ha constado en el consejo de Guerra que el dicho D. Fernando se embarcó en Cádiz, para pasar a Canarias por sargento mayor del tercio que, en aquellas islas, ha de levantar D. Juan de Castilla, marqués de Lanzarote, su hermano.” *Ibidem*.

<sup>1038</sup> ANDUJAR CASTILLO, F.: “Milicia y nobleza. Reformulación de una relación a partir del caso granadino (siglos XVII-XVIII)”, en: JIMÉNEZ ESTRELLA, A. y ANDUJAR CASTILLO, F. (eds): *Op. cit.* pp. 257-260.

<sup>1039</sup> “(.....) Por consulta de 22 de diciembre de 1638 de la junta del Despacho de los Soldados que se hallaron en la ocasión de Fuenterrabía, ha sido S.M. servido de hacer merced al capitán (.....) de un hábito de una de las tres órdenes militares, sirviendo tres años en guerra viva.” *Papel del secretario D. Fernando de Contreras a la secretaría de Órdenes, en el que informa que S.M., por consulta de la Junta de Fuenterrabía, ha hecho merced al capitán D. Antonio Godínez de Paz, sirviendo tres campañas en guerra viva*. Madrid, 27-1-1639. AHN, OO.MM., Leg. 104(1), nº 88.

<sup>1040</sup> “(.....) El capitán D. Antonio Godínez, por desear ponerse luego el hábito de que V.M. le hizo merced, dice servirá a V.M. con tres soldados para las ocasiones presentes, en lugar de los tres años que había de servir por su persona.” *Memorial del capitán D. Antonio Godínez de Paz*. S.f., s.l. (principios de febrero de 1639). AHN, OO.MM., Leg. 104(1), nº 88.

Entre finales de septiembre y principios de octubre, D. Antonio debió de formalizar su oferta, pues aceptó el servicio de los 6 hombres referidos, pagados por un año, lo cual le supondría un desembolso de 360 ducados de plata. Al mismo tiempo, la obligación de acudir a servir en persona fue revocada, por lo que sólo quedaba hacer efectivo el pago de la susodicha cantidad para que se despachara el hábito<sup>1041</sup>.

La respuesta al comportamiento de D. Antonio, se encuentra en su condición de capitán de una compañía de la milicia de Salamanca. Pues al mando de ella se mostraba dispuesto a servir cuando se le ordenara, tal y como hizo en 1637, cuando se reunieron tropas con destino a Extremadura<sup>1042</sup>, para acudir a sofocar las alteraciones de Évora, y suponemos que prestaría servicios con ella en el sitio de Fuenterrabía. Consideramos que este militar, pese a lo que pueda parecer, no tendría ningún reparo en continuar sirviendo, pero siempre que fuera al mando de su unidad, donde era respetado y estimado, pues para obtener este empleo, debía pertenecer, o estar muy próximo, a la oligarquía de la ciudad de Salamanca. De esta manera, el servicio en una de las compañías de la milicia le permitiría disfrutar de la privilegiada posición de la que goza en la sociedad civil, mientras que si acudía a servir las tres campañas pactadas en los ejércitos reales, pese a ostentar el empleo de capitán, su condición se difuminaría entre la masa de individuos que prestaban servicios en el ejército, y no le reportaría ningún beneficio en términos de “estimación social”, tan importantes en esta época.

Los argumentos presentados por D. Antonio no debieron satisfacer al Consejo de Órdenes, pues si bien el 29 de octubre ordenaba que se le despachara el hábito, antes debía prestar juramento de que serviría las tres campañas, bajo amenaza de ser condenado a pagar 500 ducados<sup>1043</sup>. Vista su poca predisposición no sabemos si realmente sirvió, pero con los indicios presentados, suponemos que si estaba dispuesto a ofrecer 360 ducados por eximirse de tal obligación, podría hacer un esfuerzo y aprestar otros 140 ducados para evitarlo. En todo caso, bien por un camino, bien por otro, en 1641 consiguió vestir el hábito de la orden de Calatrava<sup>1044</sup>.

---

<sup>1041</sup> “(...) D. Antonio Godínez de Paz dijo serviría con 6 soldados, a 60 ducados de plata cada uno, pagados por un año, en lugar de las tres campañas con que V.M. le hizo merced de un hábito. Y hecho este ofrecimiento, su persona quedó libre, de tal manera que no se le puede obligar a que vaya a servir, ni a dar fianza de ello, ni a otra cosa alguna más que a la paga de los dichos seis soldados.” *Memorial del capitán D. Antonio Godínez de Paz*. S.f., s.l. (finales septiembre-principios octubre 1639). AHN, OO.MM, Leg. 104(1), nº 88.

<sup>1042</sup> “(...) Y tiene una compañía de la milicia de la ciudad de Salamanca a su cargo, con la cual ha de salir siempre que V.M. lo ordenare, como lo hizo el año de 1637, para la ocasión que V.M. mandó formar ejército en la provincia de Extremadura.” *Ibidem*.

<sup>1043</sup> *Ibidem*.

<sup>1044</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Calatrava, Expediente 1051.

El capitán D. Pedro de Olave y Álava, a quien se hizo merced de hábito por consulta de la Junta del Despacho de los Soldados de la ocasión de Fuenterrabía, de 20 de enero de 1639, es el primer caso que podemos documentar en el cual se pide directamente una fianza por el hábito. Según un papel enviado, de nuevo, por el secretario D. Fernando Ruiz de Contreras a la secretaría del Consejo de Órdenes, D. Pedro quedaba obligado a entregar 2.000 ducados por este concepto, aunque en última instancia se le liberó de esta carga<sup>1045</sup>, suponemos porque acudió a servir. De la misma manera, se estableció como norma general, que todos aquellos individuos que se encontraran en esta situación, debían depositar 2.000 ducados como fianza de que cumplieran lo pactado<sup>1046</sup>.

Lo contecido al capitán y sargento mayor Juan Francisco Diest, a quien se hizo merced de hábito por sus servicios, y los prestados en el socorro de Fuenterrabía, con la condición de servir la campaña del año 1639, es un buen ejemplo de dicha disposición. A este militar se le impuso la referida fianza, pero unos meses después fue revocada porque había presentado certificación de haber retomado el servicio en la plaza guipuzcoana<sup>1047</sup>. Por otra parte, se le ofrecieron nuevas mercedes para agradecer su compromiso: 300 ducados en efectivo para el pago de las pruebas que debía realizar para la concesión del hábito, o que éstas se realizaran por patria común, en Madrid<sup>1048</sup>, opción por la que se decantó<sup>1049</sup>.

Su decisión pondría de manifiesto, en primer lugar, el elevado desembolso que suponían los trámites burocráticos previos a su definitivo despacho, motivo por el cual algunos debían renunciar a esta merced, pues no disponían de la suma necesaria para ello. Por ese mismo motivo se solicitaba que las pruebas se hicieran por “patria común”, ya que los gastos se veían reducidos, pues todo el proceso se llevaría a cabo en la Corte. De la misma manera, iniciar un costoso, y en ocasiones largo, litigio sin garantías de

---

<sup>1045</sup> *Papel del secretario D. Fernando Ruiz de Contreras a la secretaría de las Órdenes, en el que informa que S.M., por consulta de la junta de Fuenterrabía, ha hecho merced de hábito al capitán D. Pedro de Olave.* Madrid, 30-1-1639. AHN, OO.MM, Leg. 104(1), nº 112.

<sup>1046</sup> “(.....) Ha de dar la fianza de 2.000 ducados que los demás.” *Ibídem.*

<sup>1047</sup> *Papel del secretario D. Fernando Ruiz de Contreras a la secretaría de Órdenes, en el que informa que S.M. ha hecho merced al capitán Juan Francisco Diest, de hábito de la orden de Santiago.* Madrid, 12-2-1639. AHN, OO.MM., Leg. 104(1), nº 82.

<sup>1048</sup> Como bien sabemos, antes de que el aspirante a ingresar en las Órdenes Militares recibiera el hábito, se llevaba a cabo una investigación sobre su limpieza de sangre y sus antecedentes, que debía obtener un dictamen favorable para que pudiera despacharse la merced. Estas pesquisas debían realizarse en la localidad de nacimiento del peticionario aunque en ocasiones, bien para acelerar los trámites, bien porque podrían descubrirse circunstancias personales incompatibles con la pertenencia a estas instituciones, se autorizaba a que las pruebas se hicieran en Madrid, “por patria común”.

<sup>1049</sup> *Papel del secretario D. Fernando Ruiz de Contreras*.....12-2-1639.

que fuera a culminar con éxito, podría suponer un duro golpe para el aspirante, pues podía ver menoscabada, de forma irreversible, su honra<sup>1050</sup>. Es muy probable que un importante número de militares a quienes se había concedido un hábito, pero sin fondos suficientes para costear las pruebas, procedieran a su venta de forma encubierta. En cuanto a los posibles compradores, se encontrarían familiares, más o menos, directos (parientes hasta en cuarto grado), o individuos sin ninguna vinculación con el beneficiario, pero con buenos contactos, los cuales podrían inventar una genealogía que vinculara a vendedor y comprador<sup>1051</sup>. No obstante, una investigación más profunda podría arrojar algo de luz sobre esta cuestión, y revelaría más de una sorpresa. Por ahora, debemos contentarnos con especular sobre esta realidad.

Incluso se llegó a dar un paso más a la hora de asegurarse el cumplimiento del tiempo de servicio estipulado, pues en algunos casos se llegó a exigir al hipotético destinatario de la merced la firma de una escritura, según la cual se obligaba por documento legal a respetar su compromiso. Este es el caso del capitán José Oyancos, a quien se le hizo merced de hábito el 3 de marzo de 1639, tras ser consultado por la Junta del Despacho de los Soldados, con el compromiso de servir dos campañas para obtenerlo<sup>1052</sup>. Lo frecuente era que el hábito se concediera tras el tiempo de servicio pactado, pero si el aspirante deseaba vestirlo antes de acudir a servir, o bien debía abonar una cantidad como aval fianza a la manera de lo acontecido en los casos anteriores, o suscribía una escritura<sup>1053</sup>.

Pese a que la formación de estas comisiones permitió mejorar en algo la situación existente, lo cierto es que no faltaron los problemas, y ante la magnitud del desafío que se afrontar, parece que se trataba de soluciones de emergencia, pues la Corona no tenía la capacidad suficiente para recompensar a todos aquellos que prestaban servicios con las armas.

---

<sup>1050</sup> POSTIGO CASTELLANOS, E.: Honor y privilegio.....*Op. cit.* pp.172-180.

<sup>1051</sup> Soria Mesa, en su reciente trabajo sobre la nobleza hispana, aborda estas cuestiones, al tiempo que destaca su importancia en los procesos de movilidad social que se produjeron durante los siglos modernos. En lo relativo al siglo XVII, estos parecen ser mucho más intensos y numerosos de lo que ha apuntado la historiografía tradicional. SORIA MESA, E.: *La nobleza en la España Moderna. Cambio y continuidad*. Madrid, 2007. pp. 294-317.

<sup>1052</sup> *Papel del secretario Contreras a la secretaría de Órdenes, en el que informa que se S.M. ha hecho merced de hábito al capitán José Oyancos Sañales*. Madrid, 20-6-1640. AHN, OO.MM, Leg. 105(1), nº 51.

<sup>1053</sup> “(.....) ha sido S.M. servido de resolver que al capitán José de Oyancos se le de, desde luego, el hábito de que se le hizo merced por la junta del despacho de los soldados, sirviendo dos campañas, quedando obligado y dando seguridad de que las cumplirá. Y ha dado fianza de servir las, por escritura que otorgó, ante Hernando de la Carrera Camino.” *Ibídem*.



A mediados de noviembre de 1638, la Junta de Ejecución recogió el malestar del Conde Duque por la falta de cumplimiento de las órdenes dadas (uno de los caballos de batalla de D. Gaspar durante su ministerio), cuestión aún más relevante en tiempo de guerra. En este caso, el descontento de Olivares cristalizó en un hecho que no estaba dispuesto a consentir: las deserciones, en referencia expresa a quienes servían en el norte de España, región muy sensible tras el reciente asedio de Fuenterrabía. El enfado del Conde Duque estaba más que justificado, pues se estaba socavando uno de los pilares sobre los cuales descansaban sus proyectos para mejorar la situación militar de la monarquía. Al mismo tiempo, no podemos olvidar que un número considerable de los destinatarios de los hábitos concedidos con obligación de continuar sirviendo, tenían como lugar de destino la provincia de Guipúzcoa, con el objetivo último de afrontar con garantías un nuevo ataque francés por esta región. Sus críticas venían motivadas porque, pese a haberse prohibido la concesión de licencias para abandonar el servicio, un número considerable de ellos recibió autorización para retirarse, mientras que otros tantos se volvieron a sus localidades de origen cuando el almirante de Castilla, comandante supremo de las fuerzas enviadas al socorro de la plaza guipuzcoana, dio por concluidas las operaciones militares<sup>1054</sup>.

Con el objetivo de esclarecer estos hechos, se instituyó una junta, en la cual estarían presentes el marqués de Castrofuerte, D. Diego del Castillo, el alcalde Quiñones y Mendizábal, y el fiscal del Consejo de Guerra<sup>1055</sup>. Sin embargo, la Junta de Ejecución creyó conveniente tomar partido en esta cuestión, e inició las diligencias oportunas para conocer el motivo por el cual, contraviniendo las órdenes reales, se ha dado licencia a los soldados y se había puesto en peligro la seguridad de esta zona tan expuesta a una agresión francesa.

Por si esto fuera poco, los maestros de campo destinados a servir en el ejército de Cantabria (fuerza armada destinada a salvaguardar la frontera vasco-navarra de una nueva incursión francesa por esta región), habían abandonado sus puestos con destino a la Corte para tramitar sus pretensiones. Como remedio, la Junta de Ejecución

---

<sup>1054</sup> “(.....) habiendo ordenado V.M. se excusase la licencia de los oficiales reformados que fueron a servir a Fuenterrabía, y de otros soldados viejos que se hallaron en la ocasión, en cumplimiento del bando para que todos acudiesen a ella, y señalado V.M. los que habían de quedar en el ejército de esta calidad, se les ha concedido a muchos; y otros se han venido con el almirante.” *Consulta de la junta de Ejecución sobre lo que ha representado el conde duque, cerca de los inconvenientes que resultan de no observarse las órdenes*. Madrid, 18-11-1638. AGS, GA, Leg. 1216.

<sup>1055</sup> *Ibidem*.

recomendó que, con carácter inmediato, y utilizando todos los medios disponibles, se les compeliere a regresar a sus destinos<sup>1056</sup>.

A mediados de febrero de 1639, con el objetivo de evitar que se repitiera otra situación como la de Fuenterrabía<sup>1057</sup>, se publicó un bando según el cual todos los soldados (de cualquier graduación) debían presentarse de forma inmediata en sus destinos. No obstante, desde la propia administración real se reconocía que la gestión de sus solicitudes y, sobre todo, la satisfacción de sus demandas, era una condición imprescindible para alcanzar el fin pretendido. Con el objetivo de acelerar la tramitación de estos expedientes, y resolverlos lo antes posible, se envió una circular a los consejos y juntas con competencias en esta materia. En lo referente al Consejo de Estado, uno de los organismos donde los profesionales de la milicia acudían a hacer constar sus demandas, se ordenó que todos los días se reservara, al menos, una hora a tratar las reivindicaciones de los soldados<sup>1058</sup>. Como condición previa, debían registrarse ante el conde de Castrillo, encargado de este cometido<sup>1059</sup>. Detrás de esta decisión, se encuentra un intento de volver a centralizar todo lo referente a las pretensiones de los militares, pues a partir de febrero de 1639 desaparecieron las menciones a la Junta de Fuenterrabía y todas ellas pasan por la Junta del Despacho de los Soldados de la posada del conde de Castrillo. En cuanto a la Junta del Despacho de los Soldados que asisten en la Corte, también parece que fue absorbida por la encabezada por el conde de Castrillo, pues tampoco hemos encontrado referencias específicas a ella a partir de entonces.

---

<sup>1056</sup> “(.....) Los maestros de campo que están nombrados para los tercios que ha de haber en el ejército de Cantabria, se han venido a la Corte. Y siendo conveniente residan con la gente con que han de servir, parece a la junta que V.M. se sirva mandar se vuelvan luego a sus puestos, dejando sus memoriales de las pretensiones que tuvieren, para que se vea lo que debe hacer con lo que pidieren.” *Ibidem*.

<sup>1057</sup> Según el monarca, no se puede volver a producir algo como lo acontecido en esa ocasión, al tiempo que “se debe borrar el deslustre grande que se ha seguido a nuestra nación, de que ningún soldado viejo ni persona particular dejase de acudir a la ocasión de Fuenterrabía, como sucedió este año pasado”. No obstante, en concordancia con los argumentos que venimos manteniendo en las páginas antecedentes, el dictamen emitido por Felipe IV no se ajusta del todo a la realidad. Hemos presentado un notable número de casos en los que se acude a servir, incluso en los puestos inferiores, y es la propia Corona la que rechaza la participación de los privilegiados por su poca utilidad. En cuanto a los “soldados viejos”, estos acuden a servir, pero siempre y cuando se atiendan sus peticiones, y se le aseguren una serie de prebendas. Si bien es cierto que hubo individuos que no tenían ninguna intención de concurrir personalmente, su poca predisposición sería proporcional a la falta de incentivos. *Decreto del rey, dirigido a D. Jerónimo de Villanueva, secretario del Consejo de Estado, sobre el despacho de los soldados*. AHN, Estado, Leg. 2795.

<sup>1058</sup> “Siendo la principal prevención, para la defensa y oposición de las invasiones con que son amenazadas

estas fronteras, el que se pongan todos los soldados, de cualquier puesto que sean, en el ejército o partes que se les señalaren, en conformidad del bando que está publicado. Y conviniendo para esto dar expediente a sus pretensiones, el consejo de Estado ajustara las horas de el, de manera que, precediendo siempre los negocios de oficio, toque a los de partes una hora precisa todos los días de consejo.” *Ibidem*.

<sup>1059</sup> *Ibidem*.

También se cargó parte de responsabilidad sobre los corregidores, a quienes se acusó de no aplicar las órdenes con el rigor necesario, motivo por el cual un importante número de individuos permanecían en sus casas. La situación era de tal gravedad, que se contemplaba la aplicación de severas penas contra ellos, hasta el punto de amenazarles con penas de cárcel<sup>1060</sup>. Esta misma medida sería aplicada contra quien, a partir del 1 de abril, hiciera la vista gorda en esta materia y no prendiera a los insumisos<sup>1061</sup>. La situación había llegado a tal extremo, que se establecieron recompensas para todo aquel que denunciase estas irregularidades<sup>1062</sup>.

Las prevenciones para obligar a los veteranos a continuar sirviendo, se extendieron al Reino de Aragón, pues a finales de enero de 1640 (cuando ya se había decretado la movilización de comendadores y caballeros de hábito con el objetivo de formar el “Batallón de las Órdenes”) se consideró oportuno apercibirles para que se dispusieran a servir en el ejército de Cantabria<sup>1063</sup>.

Por otra parte, la actividad de la Junta del Despacho de los Soldados despertó recelos en otros organismos que también tenían competencias en la materia. la Junta de Ejecución, presidida por el Conde Duque, manifestó su malestar porque, según su criterio, parte de sus atribuciones estaban siendo solapadas por aquella. El motivo de la disputa era que la Junta de Ejecución consideraba inapropiado que la del Despacho de los Soldados monopolizara las consultas de determinadas mercedes, entre las que se incluían los empleos militares, las encomiendas de las Órdenes Militares, y las alcaldías<sup>1064</sup>. De este modo, sugirió al monarca que la Junta del Despacho de los Soldados no pudiera proponer candidatos para estas prebendas, sin antes remitirlos a la Junta de Ejecución. En suma, este organismo no deseaba quedar al margen del proceso de concesión de recompensas, y buscó que su parecer fuera tenido en cuenta a la hora de

---

<sup>1060</sup> “Y allí donde los corregidores hubieren dado, en el término señalado, recados para partir a los soldados que se les ha ordenado, y no los hubieren hecho partir, se les hará cargo de visita, y habrán de estar presos hasta que yo mismo los absuelva, o condene en lo que merecieren.” *Ibidem*.

<sup>1061</sup> “(....) Y he mandado se declare que esta misma pena tenga el que consistiere, disimulare o tolerare, desde primero de abril, ningún soldado en España, aunque sea de otro partido, si no le enviare dentro del tercero día preso al ejército, con persona de recaudo, con toda seguridad y decencia.” *Ibidem*.

<sup>1062</sup> “(....) Y que a cualquier hombre particular que lo denunciare, se le dará libertad de obligación de soldados y de alojamientos, y de oficios de justicia, por diez años siguientes, u otra merced equivalente, la que pidieren.” *Ibidem*.

<sup>1063</sup> *Consulta de la junta de Estado y Guerra sobre que V.M. se sirva ordenar se prevengan los soldados viejos que hubiere en el Reino de Aragón*. Madrid, 20-1-1640. AGS, GA, Leg. 1326.

<sup>1064</sup> *Consulta de la junta de Ejecución, en la que representa lo que conviene que, por la del despacho de los Soldados, no se consulten puestos para el ejército, encomiendas, alcaldías ni otras de esta calidad*. Madrid, 18-5-1640. AGS, GA, Leg. 1328.

sugerir individuos susceptibles de ser remunerados<sup>1065</sup>. El monarca consideró razonable esta proposición, y ordenó que ambas instancias tuvieran voz en este asunto<sup>1066</sup>. Sin embargo, la principal motivación de la Junta de Ejecución para defender sus competencias, no sería la mejora de los mecanismos de remuneración de los militares, y que los individuos seleccionados fueran los que más lo merecieran, sino que buscaría conservar su influencia ante otra junta, que amenazaba con acaparar un asunto tan importante como éste.

Por otra parte, a principios de junio se ordenó llevar a cabo una inspección general de los lugares de Madrid donde se encontraban alojados los soldados, con el objetivo de proceder contra todos aquellos que hubieran incumplido las disposiciones reales, referentes a la marcha de los profesionales de la milicia hacia sus destinos<sup>1067</sup>. A pesar de que la realidad parece indicar lo contrario, el alcalde de Casa y Corte D. Gregorio de Mendizábal, uno de los designados para las labores de reconocimiento, consideró estas gestiones producirían más inconvenientes que beneficios porque, según su criterio, el número de soldados que en esos momentos se encontraban en la Corte, sin contar aquellos que han sido excusados de acudir a servir, era de 150 a lo sumo<sup>1068</sup>. En última instancia, se cometió esta tarea a la “Junta de la Observancia de las Órdenes”, y se estableció que D. Francisco Antonio de Alarcón, D. Luis Gudiel, D. Nicolás Cid y Pedro de Arce, fueran informados por los alcaldes de Casa y Corte de las diligencias realizadas a este respecto, así como de todo aquello que consideraren oportuno para lograr el objetivo pretendido<sup>1069</sup>.

Aunque el monarca dio el visto bueno a esta resolución, unos días después su opinión cambió radicalmente. Su decisión venía motivada por el parecer de la Junta de Ejecución, presidida por Olivares, que abogaba por la adopción de medidas drásticas

---

<sup>1065</sup> “En esta junta se ha entendido que por la que trata del Despacho de los Soldados, se consultas algunos puestos para el ejército y mercedes de encomiendas y alcaldías, y otras de esta calidad. Y por lo que conviene tener individual noticia en esta junta de los sujetos a quien se hubieren de hacer semejantes mercedes, ha parecido representarlo a V.M. lo referido, para que sea servido de mandar que, por aquella vía no se resuelvan estas gracias, sin que se remitan a esta para que, visto, se consulte a V.M. lo que pareciere.” *Ibidem*.

<sup>1066</sup> *Ibidem*.

<sup>1067</sup> *Consulta de la junta de Ejecución, en la que representa la forma en que se podrá disponer la visita de los cuarteles de esta Corte, para reconocer los soldados que se hallan en ella*. Madrid, 15-6-1640. AGS, GA, Leg. 1328.

<sup>1068</sup> “(.....) Y porque según ha representado el alcalde D. Gregorio de Mendizábal, se ha entendido que, después de hecha la cuenta de las personas a quien se han reservado de ir a servir, será muy corto el número de los soldados que hay aquí, pues no llegarán a 150; y que los que últimamente van llegando, se despachen y encaminen al ejército. Poniendo en consideración que si se hiciese la visita, resultarían de ella inconvenientes, y no pudiendo ejecutarse a un tiempo, sería corto el efecto.” *Ibidem*.

<sup>1069</sup> *Ibidem*.

para poner fin a esta situación. En concreto, se debían desestimar las pretensiones de los soldados, y hacerles ver que si continuaban eludiendo su deber, nunca conseguirían acceder a las recompensas. Para ello, se creyó oportuno enviar una orden a los secretarios, tanto de consejos como de juntas, para que desecharan los memoriales de los soldados que se encontraran en la Corte<sup>1070</sup>. No obstante la normativa no tenía carácter retroactivo. Pues se acordó tramitar las solicitudes de todos aquellos militares que, con anterioridad a la fecha de la consulta (24 de junio) se encontraran en Madrid, y no se hubiera emitido resolución sobre ellas. Así, se les conminaba a que se presentaran ante los secretarios de los diferentes organismos antes del 29 de junio, y luego se dirigieran al frente, pues pasada esta fecha no se atendería ninguna<sup>1071</sup>.

Pero este nuevo requerimiento tampoco produjo los resultados apetecidos, ya que a finales de julio de 1640 se publicó un nuevo bando para que los soldados saliesen de la Corte, al tiempo que se establecían nuevos plazos para que presentaran sus memoriales. Al mismo tiempo, se reconocía el fracaso de las medidas adoptadas para conseguir que todos aquellos individuos con experiencia militar se integraran en los ejércitos españoles, pues ni siquiera la amenaza de encarcelar a los insumisos había conseguido que depusieran su actitud<sup>1072</sup>.

Según nuestro criterio, da la impresión de que a pesar de las buenas intenciones de la administración de Felipe IV para resolver este dilema, promovidas por el Conde Duque de Olivares, se vio superada por los acontecimientos. Por una parte, la avalancha de solicitudes tuvo que ser considerable, y debió de repercutir negativamente en el funcionamiento de las instituciones encargadas de tramitarlas. Además, como ya hemos

---

<sup>1070</sup> “(.....) lo que conviene es cerrar la puerta al despacho de soldados, de manera que no haya recurso alguno para intentar sus pretensiones.” *Consulta de la junta de Ejecución sobre lo que se podría disponer para que los soldados que están aquí, se vayan luego a servir*. Madrid, 24-6-1640. AGS, GA, Leg. 1328.

<sup>1071</sup> “(.....) Y para que esto se ejecute irremisiblemente, convendrá se envíe orden a todos los secretarios para que no se admita memorial ni pretensión de soldado que se halle aquí. Y para que se despachen todos los que faltaren, se eche bando mañana, publicando que de aquí al viernes, 29 de este mes, se han de ver los memoriales que estuvieren en Madrid y no se hubieren despachado, y que así acudan a las secretarías donde tocaren las pretensiones que tuvieren. Porque aquellos que no lo hicieren, no han de poder ser oídos después, ni admitírseles excusa, declarando asimismo que no se ha de poder recibir memorial de ningún soldado, aunque haya venido el día antes del señalado, para ser despachados los soldados que faltan.” *Ibídem*.

<sup>1072</sup> “Habiéndose publicado diferentes bandos para que todos los soldados viejos saliesen de esta Corte, para ir a servir, señalándoles plazo para que acudiesen a presentarse y despachar sus pretensiones, dándoles pagas y haciendo otras diligencias, reconociendo que no se había conseguido. Y este medio no ha excusado que dejen de venir a la Corte, desde los ejércitos, soldados particulares a sus pretensiones. Y que demás del inconveniente de no asistir en campaña, resulta desconsuelo a los que están sirviendo, pues los que llegan a la Corte procurarán sacar mercedes y adelantarse.” *Bando que se publico en 20 de julio, en que se dijo la pragmática que se ha mandado publicar sobre la forma de oír a los soldados en sus pretensiones, y el tiempo que ha de ser, y que se registren los que hay actualmente en esta Corte*. Madrid, 20-7-1640. AHN, Consejos, Leg. 7134.

anticipado, la capacidad de la Corona para remunerar a sus militares, era limitada y no podía llegar a todos. De la misma manera, si utilizaban los hábitos de las Órdenes Militares en exceso se produciría una merma en su estimación; mientras que si se optaba por conceder ayudas de costa y ventajas, se dañaría aún más A una Real Hacienda menoscabada. Y en último lugar, tampoco se podía recurrir a concesiones masivas de empleos de la oficialidad, tanto por razones económicas como de operatividad militar, pues podían derivar en problemas de macrocefalia.

En un intento por reconducir esta situación, se establecieron una serie de requisitos que, en caso de ser incumplidos, supondrían que la solicitud sería desestimada. En primer lugar, debían presentarse ante el conde de Castrillo, encargado de esta materia, quien los registraría y se encargaría de que sus demandas fueran escuchadas<sup>1073</sup>. Además, se decretó que las peticiones sólo podrían ser despachadas entre los meses de diciembre a mayo (ambos inclusive, coincidiendo con la temporada en la que se suspendían las operaciones militares por el frío y las inclemencias meteorológicas), con prioridad sobre el resto de suplicantes<sup>1074</sup>. Además de cumplir con este plazo, debían presentar una certificación en donde constara que se encontraban sirviendo. Pasados estos meses, salvo que el solicitante se encontrara en “guerra viva”, no se atendería ninguna petición<sup>1075</sup>.

Pero nada parecía ser suficiente para que los veteranos acudiesen a servir, situación que Conde Duque consideró insostenible. Sus quejas respecto a esta materia crecieron en intensidad durante las semanas siguientes, hasta alcanzar su máxima intensidad a finales de agosto cuando reconoció el fracaso de todas las disposiciones emanadas para este fin, tanto las de carácter represivo, traducidas en la infinidad de bandos y órdenes promulgadas, como las más dadivosas, entre las que se incluía el inicio de los trámites administrativos para la ulterior concesión de mercedes, así como la paga de subsidios para hacer frente a los gastos que ocasionaría su marcha hacia el frente<sup>1076</sup>. Al mismo tiempo, D. Gaspar contradijo lo expuesto en la consulta del 15 de junio, pues según su criterio había un considerable número de soldados que no habían acudido a servir, hasta el punto de que “se podría formar un cuerpo grande de esta

---

<sup>1073</sup> *Ibidem.*

<sup>1074</sup> *Ibidem.*

<sup>1075</sup> “(.....) Ha resuelto S.M. se publique ley y pragmática, en la que se declare que, desde primero de diciembre hasta fin de mayo de todos los años, se despachen las pretensiones de los soldados que se hallaren en la Corte. Y en los demás meses, no se vean ni consulten, si no es la persona que constare estar sirviendo en los ejércitos, armadas y presidios que se les hubieren señalados.” *Ibidem.*

<sup>1076</sup> *Consulta de la junta de Ejecución sobre la propuesta del conde duque sobre lo que se ha de hacer con los soldados viejos.* Madrid, 27-8-1640. AGS, GA, Leg. 1329.

gente»<sup>1077</sup>, realidad extensible a todo el Reino. Pero esto no era lo peor de todo, pues algunos militares que estaban prestando servicios en Flandes e Italia, habían abandonado sus destinos y se encontraban en Madrid<sup>1078</sup>.

A instancias de Olivares, la Junta Ejecución se mostró partidaria de utilizar todos los medios posibles para obligar a los veteranos a servir, para lo cual configuró una triple línea de actuación. En primer lugar, una vez más, se recomendaba poner una fecha límite, en este caso el 29 de agosto (únicamente dos días), para que todos aquellos soldados a quienes no se había atendido sus peticiones, entregaran sus memoriales ante los órganos administrativos correspondientes, y que ese mismo día, de 7 a 11 de la mañana, fueran consultadas<sup>1079</sup>.

Esta medida sería complementada con la publicación de un nuevo bando, en el cual se debía anunciar la salida del rey hacia el frente para el día 20 de septiembre. En último lugar, se establecía la fecha del 5 de octubre para que todos los soldados abandonaran la Corte. A partir del 6 de octubre, una vez vencido el plazo, se designarían los funcionarios para que, bajo la supervisión del conde de Castrillo, prendieran a todos los militares que se encontraran en Madrid. En cuanto a las penas contempladas, se enviaría a los oficiales a servir a los presidios norteafricanos, mientras que los soldados rasos serían enviados a las galeras a servir como galeotes<sup>1080</sup>. Respecto a esta materia, sería muy recomendable llevar a cabo un par de castigos ejemplares, para atemorizar a todo aquel que mostrara tibieza ante las órdenes dadas<sup>1081</sup>. En el resto de jurisdicciones, los corregidores serían los encargados de poner en marcha estas medidas, a quienes se amenazó, con la pérdida de su empleo, si no llevaban a cabo su cometido a satisfacción. Pero no se confiaba demasiado en la profesionalidad de estos funcionarios, ya que se creyó oportuno nombrar dos o tres ministros para que supervisaran su labor<sup>1082</sup>.

Las quejas de D. Gaspar, y lo acontecido durante los meses anteriores, nos llevaría a pensar que además de la incapacidad de la Corona para remunerar a los

---

<sup>1077</sup> *Ibidem.*

<sup>1078</sup> *Ibidem.*

<sup>1079</sup> “(.....) Y así, parece que V.M. se sirva de ordenar que, de aquí al miércoles 29 de éste, presenten sus papeles cuantos soldados no hubieren sido despachados de ninguna manera, y den sus memoriales a todos los secretarios a quien tocare, como se ha hecho por lo pasado. Y el mismo día, desde 7 de la mañana hasta las 11, se consulte a V.M. en las pretensiones que tuvieren los soldados por despachar. *Ibidem.*”

<sup>1080</sup> *Ibidem.*

<sup>1081</sup> “Al conde de Castrillo se le podría ordenar ejecuta por la junta que está a su cargo, con los que hubieren incurrido en los bandos, dos o tres ejemplos luego, y con todo el rigor entero, sin arbitrio, para que se crea lo que se ha de seguir.” *Ibidem.*

<sup>1082</sup> “En todo el Reino, parece a la junta se haga la misma diligencia, encargándola a los corregidores, con calidad que si no la hicieren como conviene, han de incurrir en privación de su oficio, nombrándose dos o tres ministros que lo pesquisen en toda Castilla.” *Ibidem.*

militares con servicios distinguidos, y sobre todo con voluntad de continuarlos, nos encontraríamos ante un problema de falta de autoridad para asegurar el cumplimiento de normativa vigente. Vista la gravedad de la situación, no sorprenden los esfuerzos de Olivares para corregir esta deficiencia, pues la Corona no podía permitirse el lujo de que tales comportamientos quedaran impunes.

En cuanto al balance de la concesión de hábitos por servicios militares durante el periodo 1635-1641, hemos contabilizado 297 casos (aproximadamente unos 42 por año), en los cuales el motivo principal de la merced fue la prestación de servicios armados, o la intención de hacerlo durante un determinado periodo de tiempo. A pesar de que nuestra intención era identificar todos los profesionales de la milicia que ingresaron en las Órdenes Militares durante ese periodo, somos conscientes de que algunos se habrán quedado en el tintero. Con todo, la muestra presentada puede sernos de suma utilidad a la hora de valorar la política seguida durante aquellos años para tratar de invertir una realidad denunciada en numerosas ocasiones por los arbitristas: el creciente abismo que existía entre las Órdenes Militares y quienes servían a la Corona con las armas.

En primer lugar, nos llama la atención que la mayoría de los beneficiarios de las mercedes de hábito, ostentaran el grado de capitán de infantería, pues según podemos comprobar en el cuadro 9, hasta 166 de ellos se ajustaban hasta este perfil. Una cifra tan alta confirmaría el exceso de jefes de compañía que tenía el ejército de Felipe IV, pero no todos disfrutaban del gobierno de una unidad, pues parte de ellos habían sido reformados y se encontraban sin tropa a la que mandar, de modo que se veían obligados a servir como simples soldados (si bien con un sueldo sensiblemente mayor), con la esperanza de ser promovidos de nuevo al mando.

El segundo grupo más numeroso, con 39 situaciones, abarca a todos aquellos individuos que, en el momento de la concesión del hábito, no consta que disfrutaran de ningún empleo militar, pero cuyos servicios prestados con las armas habían sido determinantes para conseguirlo. De ellos, sabemos que 14 (35%) acudieron al socorro de Fuenterrabía del asedio francés, mientras que otros 10 (25%) lo obtuvieron tras prestar servicios en las campañas que los años 1636 y 1637, desde Navarra y Guipúzcoa, tuvieron como objetivo la invasión del sudoeste francés. Además, cuatro sirvieron en la Armada, otros 6 lo habían hecho en diferentes teatros de operaciones. En cuanto a los seis restantes, no hemos podido identificar el lugar donde prestaban sus servicios, aunque hay dos de ellos que por su peculiaridad nos llaman la atención: Jaime



de Anglada<sup>1083</sup>, que sirvió en una leva que realizada en el Reino de Mallorca en 1637, y D. Pedro de Ozores Sotomayor<sup>1084</sup>, paje del rey, que renunció a este lucrativo puesto para iniciar la carrera de las armas.

También hemos localizado algunos capitanes de caballería, arma nobiliaria por excelencia y la que invocaba los primigenios valores de estas corporaciones, pero en clara inferioridad con respecto a los de infantería; y un puñado de maestros de campo. El resto de los empleos, entre los que se contabilizan sargentos mayores, tenientes generales de la caballería, o maestros de campo generales suman algunos casos aislados; mientras que bajo el epígrafe de “varios”, incluimos situaciones individuales como: capitán general, general de la caballería, coronel, teniente coronel, etc.

De toda esta mezcolanza destaca la abrumadora mayoría de capitanes de infantería en comparación con los de caballería, pues los primeros suponen casi seis veces más que los segundos. La inferioridad de los oficiales montados resulta chocante cuando, al menos desde el punto de vista teórico, las Órdenes Militares eran órdenes de caballería. Sin embargo, la importancia numérica de la infantería en los ejércitos se traducían en que (por una cuestión de simple aritmética) los que servían en ella, al ser muchos más, siempre iban a suponer un mayor porcentaje que los capitanes de caballería. Con todo, el servicio en ella tenía un aura elitista y exclusivista precisamente por eso, razón por la cual las compañías de caballos eran uno de los empleos más apetecibles.

En segundo lugar, nos sorprende que los escalafones superiores del ejército sean una minoría. De forma habitual, hemos considerado que la concesión de un hábito era el premio a largos años de servicio, por lo que no sería descabellado suponer que capitanes generales, maestros de campo generales, coroneles o maestros de campo, estuvieran entre los agraciados. Pero los datos que presentamos parecen indicar lo contrario, pues los altos empleos de la oficialidad representan una minoría. De los 297 ejemplos que presentamos, sólo 35 pueden ser incluidos en esta categoría, lo que representa un exiguo 12%. Conforme estos datos, podríamos afirmar que la concesión de estas mercedes por servicios militares, durante el periodo 1635-1641, no tenía como objetivo prioritario recompensar a los altos cargos de la jerarquía militar.

---

<sup>1083</sup> AHN, OO.MM, Expedientillos, nº 16278.

<sup>1084</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Santiago, Expediente 6129.

**CUADRO 9. EMPLEOS DISFRUTADOS POR LOS MILITARES A QUIEN SE HIZO MERCED DE HABITO ENTRE 1635-1641.**

<b>EMPLEO</b>	<b>NUMERO</b>	<b>PORCENTAJE</b>
CAPITAN DE INFANTERIA	166	56%
SIN GRADO CONCRETO	39	13%
CAPITAN DE CABALLOS	29	10%
MAESTRE DE CAMPO	18	6%
ALMIRANTE	10	3%
SARGENTO MAYOR	8	3%
TENIENTE GENERAL DE LA CABALLERIA	4	1%
CAPITAN DE LA ARMADA	4	1%
AYUDANTE DE TENIENTE DE MAESTRE DE CAMPO GENERAL	3	1%
TENIENTE DE MAESTRE DE CAMPO GENERAL	4	1%
VARIOS	15	4%
<b>TOTAL</b>	297	100%

**Fuente:** Elaboración propia a partir de: AGS, GA, Legs. 1122 y 1215, y AHN, OO.MM, Legs. 104-106, 1397, 7022.

¿Entonces, que se pretendía conseguir cuando se distinguía a un profesional de las armas con este honor? Conforme los datos presentados, nos inclinamos a pensar que la principal motivación era recompensar a los cuadros inferiores del escalafón militar, pues dos tercios de ellos, el 66%, poseían el grado de capitán (tanto de infantería como

de caballería), con vistas a que sirviera de estímulo para continuar el servicio activo<sup>1085</sup>. Como hemos puesto de manifiesto a lo largo de las páginas antecedentes, a partir del año 1635 se hace evidente la voluntad de la Corona, a instancias del Conde Duque, de conceder una mayor atención a los profesionales de la milicia a la hora de acceder a los hábitos, y en concreto a quienes estuvieran dispuestos a continuar el servicio, al menos durante un cierto periodo de tiempo. Pese a todo, debemos tener presente que se concedieron mercedes por méritos ajenos al universo militar, y habría que valorar los hábitos concedidos a soldados dentro de las concesiones totales, con objeto de ofrecer datos más exactos.

En cuanto a los resultados prácticos, podemos atestiguar que hasta el 31% de los hábitos concedidos por servicios militares (incluyendo todos los grados), llevaban implícito el compromiso del aspirante de seguir en activo. En el caso concreto de los jefes de compañía, la cifra es algo mayor, ya que alcanza el 37%; es decir, 72 de los 194 capitanes de infantería y de caballería que recibieron el hábito, bien quedaron obligados a continuar sus servicios en sus destinos, bien tuvieron que comprometerse a servir en los ejércitos de Cantabria, Guipúzcoa o Cataluña. Tal vez la respuesta a la pregunta que planteábamos haya que buscarla en esta dirección, pues si los militares honrados con el hábito dejaban de servir, la Corona, en vez de obtener un beneficio, saldría perjudicada. Pues individuos con unos conocimientos castrenses tan valiosos, debían seguir sirviendo por todos los medios posibles. Por el contrario si las concesiones se llevaban a cabo de esta manera, ambas partes salían ganando.

Pese a estas buenas intenciones, no todos los militares agraciados con el hábito, llegaron a vestirlo. Según nuestras investigaciones, hasta 91 de los 297 militares se encuentran en esta situación; es decir que el 30%, pese a haber alcanzado esta distinción, por diferentes motivos no consiguieron que se hiciera efectiva la merced. En cuanto a las causas, dos de ellos no pudieron ponerse el hábito por haber fallecido, y otros siete porque sus pruebas se encontraban detenidas en el Consejo de Órdenes al

---

<sup>1085</sup> El ejemplo apuntado por Andujar Castillo, para el periodo 1700-1715, guarda algunas similitudes con las conclusiones que presentamos. Entre esos años, se concedieron 139 hábitos de Santiago a militares (aproximadamente el 30% del total); de ellos, el 61% eran capitanes, mientras que los coroneles sólo representaban el 9% y los generales el 5%. Para este autor, se podría llegar a pensar que los hábitos “pudieron recaer en oficiales del ejército que iban a tener un futuro profesional brillante, que habían destacado antes de la concesión”. Pero al mismo tiempo, constata que la carrera profesional de los capitanes agraciados con el hábito parece estancarse tras obtener este galardón, pues únicamente 14 de ellos alcanzaron el grado de general. ANDUJAR CASTILLO, F.: *Milicia y nobleza.....Op. cit.* pp. 262-264.

haberse detectado alguna deficiencia durante el proceso, sin haber encontrado ninguna evidencia de que en el futuro se atendiera su petición.

En cambio otros 36 hábitos (39%) fueron a parar a familiares de los beneficiarios, o a personas afines. El proceso por el cual se llegó a este fin no obedece a una única motivación. En primer lugar, algunos ya eran caballeros de hábito y se les autorizó a pasarlo a un familiar. Al mismo tiempo, mientras que unos directamente pedían que el hábito fuera para un hijo, un hermano, o para casar una hija, otros beneficiarios, pasado un tiempo, creyeron más conveniente a sus intereses que esta merced recayera en algún miembro de ella, con la esperanza de que fuera el punto de partida para un ascenso social. Como tercera situación, ante la excesiva duración de los trámites administrativos, algunos de los agraciados fallecían sin obtener su merced, momento que aprovechaba algún familiar para solicitar que se le despachara en su persona. Es más que probable que en estos traspasos de la merced se cometiera alguna irregularidad, y que se trataran de operaciones de compraventa en toda regla a las que, con la excusa de que el hábito iba a parar a un familiar del agraciado, se trataba de rodear de un aura de legitimidad.

Pero lo que más nos llama la atención, es que de la mitad de los casos en que el beneficiario no ingresó en las Órdenes Militares, no tenemos ninguna evidencia de que se denegara la tramitación, o que fuera a parar a algún pariente, de modo que ¿dónde fueron a parar estas mercedes? Es en esta última situación donde el terreno parece más abonado para las hipótesis y las conjeturas. Como punto de partida, consideramos que, vista la demanda de hábitos que había en esos momentos, sería poco inteligente que esta merced se perdiera. Según hemos mencionado en las líneas anteriores, muchos de los militares laureados no podrían hacer frente a los gastos generados por la tramitación de su merced, por lo que entraría dentro de la lógica suponer que intentarían proceder a su venta, de manera más o menos indirecta. Aunque no estamos en condiciones de ofrecer una conclusión definitiva, que vendría determinada por una investigación más profunda, nos da la impresión de que la respuesta debe encontrarse en todos aquellos individuos que recibieron un hábito y no atestiguaron ningún servicio a cambio, pues siempre que se podía acreditar algún hecho digno de mención, tanto personal como heredado, quedaba reflejado en la documentación. En esta categoría tan sería interesante comprobar cuántos de los hábitos que se pasan a familiares, no escondían una venta encubierta, pues no resultaba complicado (siempre y cuando se contaran con los resortes

adecuados) revestir a estas prácticas, contrarias a la legislación de las Órdenes Militares, de la legalidad necesaria para que no levantaran ninguna sospecha.

**CUADRO 10. HÁBITOS CONCEDIDOS POR SERVICIOS MILITARES. 1635-1641  
(SIN INCLUIR LOS CONCEDIDOS POR SERVIR EN EL BATALLÓN DE LAS ÓRdenes)**

<b>NOMBRE</b>	<b>NOTIFICACIÓN AL CONSEJO DE ÓRdenes</b>	<b>MÉRITOS</b>	<b>CONCESIÓN DEFINITIVA</b>	<b>ORDEN</b>	<b>VARIOS</b>
ALEJANDRO BOUSÚ Y DE GAURE	1640	CAPITÁN DE UNA DE LAS COMPAÑÍAS DEL TERCIO DEL BARÓN DE MOLINGHEN (VALONES), QUE ESTÁ SIRVIENDO EN CATALUÑA.	1640	SANTIAGO	
ALFONSO MOSTI	1640	MAESTRE DE CAMPO DE INFANTERÍA MODENESA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE QUE SIGA SIRVIENDO.	NO CONSTA		
ANDRÉS DE ONTÓN CARASA	1639	ALMIRANTE. HA SERVIDO EN LA ARMADA DE FLANDES, LA DEL MAR OCÉANO Y LA DE LA CARRERA DE LAS INDIAS	NO CONSTA		NO LLEGA A PONERSE EL HÁBITO
ASENSIO DE ARRRIOLA Y DE ALZOLA	1639	ALMIRANTE.	1639	SANTIAGO	
BENITO ARIAS MONTANO	1639	GOBERNADOR Y CAPITÁN GENERAL DE LA NUEVA ANDALUCÍA, EN INDIAS.	1641	SANTIAGO	
BLAS GIANNINI	1641	CAPITÁN DE INFANTERÍA Y COMISARIO GENERAL DEL EJÉRCITO DE TARRAGONA.	NO CONSTA		EN 1643 SE LE PERMITE PASAR ESTE HÁBITO A UN DEUDO SUYO, SIENDO EL AGRACIADO D. CARLOS CORIO Y VISCOTI, CABALLERO MILANÉS QUE, EN 1648 RECIBIÓ SU HÁBITO DE LA ORDEN DE ALCÁNTARA
D. AGUSTÍN DE ÁLAVA Y EGUINO	1639	AYUDANTE DE TENIENTE DE MAESTRE DE CAMPO GENERAL. CONCEDIDO CON LA	1639	SANTIAGO	

		CONDICIÓN DE CONTINUAR SIRVIENDO.			
D. AGUSTÍN DE MARIMÓN	1641	HA COMBATIDO EN LA GUERRA DE CATALUÑA	1641	ALCÁNTARA	
D. AGUSTÍN DE SANTISTEBAN Y DE TORRES	NO CONSTA	CAPITÁN DE INFANTERÍA. SIRVE EN LA ARMADA DEL MAR OCÉANO, Y EN 1630 LEVANTÓ UNA COMPAÑÍA DE 110 HOMBRES. SIRVIÓ EN LA JORNADA DE PERNAMBUCO.	1639	SANTIAGO	
D. ALONSO COELLO DE RIBERA Y SANDOVAL	1640	CAPITÁN DE INFANTERÍA. SIRVE EN EL EJÉRCITO DE MILÁN.	1644	SANTIAGO	
D. ALONSO DE BAEZA Y MANRIQUE	1638	CAPITÁN DE INFANTERÍA. 16 AÑOS DE SERVICIO EN LA ARMADA DEL MAR OCÉANO. OFRECE SERVIR CON 22 SOLDADOS PAGADOS.	1638	SANTIAGO	
D. ALONSO DE MESA	1637	ALMIRANTE. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SEGUIR SIRVIENDO.	1637	SANTIAGO	
D. ALONSO DE MOLINA	1640	CAPITÁN DE INFANTERÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SEGUIR SIRVIENDO.	NO CONSTA		
D. ALONSO DE VALENZUELA FAJARDO	¿?	SARGENTO MAYOR.	1640	CALATRAVA	
D. ALONSO GÓMEZ DEL RÍO	1637	CAPITÁN Y SARGENTO MAYOR DE LA MILICIA DEL PARTIDO DE UTRERA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SEGUIR SIRVIENDO.	1639	SANTIAGO	
D. ALONSO RODRÍGUEZ DE SALAMANCA	1640	CAPITÁN DE MAR Y GUERRA DE LA ARMADA DE LA GUARDIA DE LAS INDIAS	1644	SANTIAGO	
D. ÁLVARO DE QUIÑONES	1639	TENIENTE GENERAL DE LA CABALLERÍA DE PERPIÑÁN	1640	SANTIAGO	
D. ÁLVARO DE VIVERO	1637	CAPITÁN DE CABALLOS EN FLANDES. HIJO DEL CONDE DE FUENSALDAÑA	1638	SANTIAGO	
D. ÁLVARO MUÑOZ TRIVIÑO DE LOAISA	1638	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1638	SANTIAGO	OFRECE SERVIR CON 34 SOLDADOS PAGADOS
D. ÁLVARO SARMIENTO DE LUNA	1639	CAPITÁN DE CABALLOS EN FLANDES. ES CABALLERO DE LA ORDEN DE SAN JUAN.	1639	ALCÁNTARA	
D. ANDRÉS ALONSO BRAVO	1639	CAPITÁN DE UNA COMPAÑÍA DE LA MILICIA DE LA CIUDAD DE LA PLATA, EN	NO CONSTA		RECIBE EL HÁBITO PORQUE AL MARQUÉS DE SALINAS SE LE

		INDIAS			CONCEDIÓ, EN 1639, UN HÁBITO PARA QUIEN DESIGNARE, POR HABER LEVANTADO 100 HOMBRES
D. ANDRÉS PÉREZ FRANCO Y GARCÍA DE ALCARAZ	1635	CAPITÁN DE INFANTERÍA. 32 AÑOS DE SERVICIOS	1636	SANTIAGO	OFRECIÓ SERVIR CON 8 SOLDADOS PAGADOS, PUESTOS EN BARCELONA
D. ANTONIO DE ANCIONDO	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA	NO CONSTA		MURIÓ SIN PONERSE EL HÁBITO Y PASÓ A D. MARTÍN DE ANCIONDO Y ZUAZOLA, SU HERMANO, QUE INGRESÓ EN LA ORDEN JACOBEO EN 1640
D. ANTONIO DE ARROYO Y BERRIO	1638	CAPITÁN DE INFANTERÍA DE LA ARMADA	1639	SANTIAGO	RECIBE EL HÁBITO PORQUE A D. CRISTÓBAL GUTIÉRREZ DE MOYA, PROCURADOR DE CORTES POR LA CIUDAD DE SALAMANCA, SE LE PERMITIÓ PASAR LA MERCED DE HÁBITO QUE SE LE CONCEDIÓ EN D. ANTONIO, A CAMBIO DE 50 HOMBRES PUESTOS EN CARTAGENA
D. ANTONIO DE SAAVEDRA BENGOLEA	1639	CAPITÁN Y SARGENTO MAYOR DEL TERCIO DEL MARQUÉS DE TAVARA. 17 AÑOS DE SERVICIOS EN FLANDES Y MILÁN.	1640	SANTIAGO	
D. ANTONIO DE UGARTE Y UGARTE	1639	CAPITÁN DE CABALLOS ARCABUCEROS. SIRVE EN MILÁN	1641	SANTIAGO	
D. ANTONIO GODÍNEZ DE PAZ	1638	CAPITÁN DE UNA COMPAÑÍA DE INFANTERÍA DE LA MILICIA DE SALAMANCA. SIRVIÓ EN FUENTERRABÍA. DEBE SERVIR 3 CAMPAÑAS.	1641	CALATRAVA	
D. ANTONIO GONZÁLEZ DE PROAÑO	1640	CAPITÁN DE INFANTERÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SEGUIR SIRVIENDO.	NO CONSTA		
D. ANTONIO PIMENTEL DE PRADO	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA.	1645	SANTIAGO	
D. ANTONIO	1639	CAPITÁN DE UNA	1640	ALCÁNTARA	

RODRÍGUEZ DE LAS VARILLAS		COMPañIA DE LA MILICIA DE SALAMANCA. ESTUVO EN EL SOCORRO DE FUENTERRABÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SEGUIR SIRVIENDO.			
D. ANTONIO SALGADO GUNDÍN Y GÓMEZ DE VENTOSA	1639	CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE VOLVER A SERVIR.	1639	SANTIAGO	
D. BALTAZAR DE ROJAS Y PANTOJA	1639	CAPITÁN Y SARGENTO MAYOR. ESTUVO EN EL SITIO DE FUENTERRABÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE QUE SIGA SIRVIENDO	1639	SANTIAGO	SE LE CONCEDE EL HÁBITO CON LA CONDICIÓN DE PRESENTARSE A SERVIR EN EL EJÉRCITO DE GUIPÚZCOA. PESE A NO CUMPLIR CON ESTE COMPROMISO, FUE HONRADO CON EL HÁBITO DE LA ORDEN DE SANTIAGO, POR OCUPARSE DE UNA LEVA QUE ESTA LLEVANDO A CABO EL CONDE DE MOLINA
D. BARTOLOMÉ DE HARO Y ORTEGA BENAVIDES	1635	SIRVE DESDE 1629	1636	ALCÁNTARA	OFRECIÓ SERVIR CON 10 SOLDADOS PAGADOS
D. BARTOLOMÉ DE VILLAVICENCIO NEGRÓN	1638	CAPITÁN DE INFANTERÍA. 3 AÑOS DE SERVICIO EN LA ARMADA. ADEMÁS OFRECE 34 SOLDADOS PUESTOS EN PERPIÑÁN	1638	ALCÁNTARA	
D. BARTOLOMÉ MANZOLO	1640	CAPITÁN DE INFANTERÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SERVIR UNA CAMPAÑA	NO CONSTA		
D. BARTOLOMÉ VARA POLO	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1641	SANTIAGO	TAMBIÉN ES REGIDOR PERPETUO DE VÉLEZ-MÁLAGA. RECIBE EL HÁBITO PORQUE AL DUQUE DE PASTRANA SE LE CONCEDIERO EN 1639, DOS HÁBITOS POR UNA LEVA DE 300 HOMBRES
D. BENITO ABRÁLDEZ FAJARDO	1637	CAPITÁN DE INFANTERÍA. VA A SERVIR EN LA CORONELÍA DEL CONDE DUQUE	1637	SANTIAGO	



D. BENITO ENRÍQUEZ DE QUIROGA	1640	TENIENTE DE MAESTRE DE CAMPO GENERAL Y GOBERNADOR DEL CASTILLO DE SALCES	1641	SANTIAGO	
D. BERNABÉ ANTONIANO DE SALAZAR	1637	CAPITÁN DE CABALLOS	1638	SANTIAGO	
D. BERNARDO BRAVO DE CABAÑAS	1639	CAPITÁN DE UNA DE LAS COMPAÑÍAS DEL REGIMIENTO DE LA GUARDIA DEL REY. DEBE SERVIR UNA CAMPAÑA PARA OBTENERLO	1640	SANTIAGO	
D. BERNARDO CHACÓN Y DE SALINAS	1641	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1641	SANTIAGO	
D. BLAS DE GAUNA	1638	SIRVIÓ EN EL SITIO DE FUENTERRABÍA	NO CONSTA		SE LE HIZO MERCED DEL HÁBITO DE MONTESA, PERO NO LLEGO A PONÉRSELE. EN 1665, D. GASPAR FRANCISCO DE GAUNA, SU HIJO, PIDE SEA PARA ÉL, Y SE LE CONMUTE POR EL DE LA ORDEN DE SANTIAGO. EN 1673 SE ACCEDIÓ A SU DEMANDA.
D. CARLOS COLOMA	1639	SIRVIÓ EN EL SITIO DE FUENTERRABÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE QUE SIGA SIRVIENDO	NO CONSTA		NO LLEGA A VESTIR EL HÁBITO, Y EN 1649 D. JOSÉ COLOMA Y DE LIEDEGUERQUE, SU HIJO, PIDE SEA PARA ÉL. SE ACCEDE A SU PETICIÓN AL AÑO SIGUIENTE, RECIBIENDO UN HÁBITO DE ALCÁNTARA
D. CARLOS DE IBARRA	1638	SIRVE EN LA ARMADA.	NO CONSTA		PIDE QUE EL HÁBITO SEA PARA SU HIJO, D. DIEGO DE IBARRA Y LADRÓN PALLÁS. ESE MISMO AÑO SE LE CONCEDIÓ, SIENDO DE LA ORDEN DE SANTIAGO
D. CARLOS GUASCO Y SPÍNOLA	1639	MAESTRE DE CAMPO	1639	SANTIAGO	
D. CESAR NEGRÓN SPÍNOLA	NO CONSTA	CORONEL. REALIZA UNA LEVA DE MIL CABALLOS CORAZAS. SE LE CONCEDEN	1640	SANTIAGO	

		OTROS 4 HÁBITOS POR ESTE SERVICIO.			
D. CRISTÓBAL BEJARANO ORELLANA	1640	CAPITÁN DE INFANTERÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE VOLVER A SERVIR.	1640	SANTIAGO	
D. CRISTÓBAL DE ROJAS	1640	CAPITÁN DE INFANTERÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SERVIR UNA CAMPAÑA.	NO CONSTA		
D. CRISTÓBAL MARRUSO Y VILLAVICENCIO	1638	CAPITÁN DE INFANTERÍA. 12 AÑOS DE SERVICIOS. ADEMÁS OFRECE SERVIR CON 36 SOLDADOS PAGADOS.	1639	CALATRAVA	
D. DAVID BARRY	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA IRLANDESA	NO CONSTA		
D. DIEGO CABALLERO DE ILLESCAS	1638	MAESTRE DE CAMPO DE Y TENIENTE DE MAESTRE DE CAMPO GENERAL DEL EJÉRCITO DE GUIPÚZCOA.	1639	SANTIAGO	
D. DIEGO CARRILLO DE LOAISA	1638	CAPITÁN DE INFANTERÍA. 16 AÑOS DE SERVICIOS. SIRVIÓ EN EL SITIO DE FUENTERRABÍA.	NO CONSTA		
D. DIEGO DE ÁGREDA Y VARGAS	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. ADEMÁS OFRECE SERVIR CON 18 SOLDADOS PAGADOS.	1640	SANTIAGO	
D. DIEGO DE BERRIO Y MENDOZA	1637	CAPITÁN DE INFANTERÍA. HA SERVIDO EN FLANDES Y ÁFRICA.	1637	SANTIAGO	
D. DIEGO DE FIGUEROA Y CÓRDOBA	1639	SIRVIÓ EN EL SITIO DE FUENTERRABÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE VOLVER A SERVIR.	1640	ALCÁNTARA	
D. DIEGO DE LARREATEGUI	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SERVIR DOS CAMPAÑAS	NO CONSTA		D. DIEGO MURIÓ EN COMBATE MIENTRAS CUMPLÍA LAS DOS CAMPAÑAS QUE SE HABÍA OBLIGADO A SERVIR POR EL HÁBITO. EN 1641 D. DIEGO MANUEL DE LARREATEGUI Y PAZ DE LA SERNA, SU HIJO, SOLICITÓ QUE ESA MERCED PASARA A SU PERSONA. EN 1642 SE ACCEDIÓ A SU PRETENSIÓN, Y SE LE DESPACHÓ HÁBITO DE SANTIAGO

D. DIEGO DE LUNA ROJAS Y DE HARO	1639	TENIENTE GENERAL DE LA CABALLERÍA DE ALSACIA	1639	SANTIAGO	
D. DIEGO DE MENDOZA Y GUZMÁN	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. 19 AÑOS DE SERVICIOS. Y ÚLTIMAMENTE COMO CAPITÁN DE UNA COMPAÑÍA DE LA CORONELÍA DEL CONDE DUQUE	1639	SANTIAGO	
D. DIEGO DE MORTARGULL Y SOLER	1641	CAPITÁN DE INFANTERÍA. SIRVIÓ EN LOS SITIOS DE SALCES Y TARRAGONA	1651	SANTIAGO	
D. DIEGO DE NARVÁEZ	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. SIRVIÓ EN EL SITIO DE FUENTERRABÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE VOLVER A SERVIR	NO CONSTA		D. DIEGO PIDIÓ QUE EL HÁBITO FUERA PARA D. LUIS NARVÁEZ DE ROJAS. EN 1641 SE LE DESPACHÓ HÁBITO DE SANTIAGO.
D. DIEGO DE OLLAURI ZAMUDIO	1640	CAPITÁN DE CABALLOS EN EL EJÉRCITO DEL PIAMONTE	1643	SANTIAGO	
D. DIEGO DE ROJAS CARVAJAL Y DE HERRERA	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1641	SANTIAGO	OFRECIÓ SERVIR CON 24 SOLDADOS PAGADOS PUESTOS EN CARTAGENA
D. DIEGO DE SAAVEDRA Y BENGOLEA	1640	CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS Y COMISARIO GENERAL DE LA CABALLERÍA LIGERA EN MILÁN	1640	SANTIAGO	
D. DIEGO DE VILLALBA Y RENGIFO	1637	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1638	SANTIAGO	
D. DIEGO JARABA	1639	MAESTRE DE CAMPO. REALIZÓ UNA LEVA DE 700 HOMBRES EL AÑO ANTERIOR	NO CONSTA		SUS PRUEBAS SE ENCONTRABAN DETENIDAS EN EL CONSEJO DE ÓRDENES
D. DIEGO JOSÉ DE GANTE Y MUÑOZ DE PAMPLONA	1637	SIRVIÓ LA CAMPAÑA DE 1637, CUANDO SE INVADIÓ FRANCIA POR GUIPÚZCOA	NO CONSTA		PIDIÓ QUE EL HÁBITO FUERA PARA QUIEN SE CASARE CON UNA HERMANA SUYA, AUNQUE EN 1639 SOLICITÓ QUE FUERA PARA D. GASPARD DE GANTE, SU HERMANO, QUE SIRVIÓ EN EL SOCORRO DE FUENTERRABÍA. AL AÑO SIGUIENTE INGRESÓ EN LA ORDEN JACOBEO

D. DIEGO LAÍNEZ Y DEL CASTILLO	1639	CAPITÁN Y SARGENTO MAYOR. SIRVIÓ EN FUENTERRABÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE VOLVER A SERVIR	1644	SANTIAGO	
D. DIEGO MANUEL DEL CASTILLO Y PÉREZ DE PUMAREJO	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. SIRVIÓ EN FUENTERRABÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SERVIR 3 CAMPAÑAS	1646		
D. DIEGO QUEIPO DE LLANO	1637	HA SERVIDO EN LA ARMADA DEL MAR OCÉANO	1638	SANTIAGO	
D. DIEGO REMÍREZ	1637	CAPITÁN DE UNA COMPAÑÍA DE INFANTERÍA DEL REINO DE NAVARRA	NO CONSTA		NO UTILIZÓ ESTA MERCED, Y EN 1661 SOLICITÓ FUERA PARA UN HIJO. EN 1690 SE PROVEYÓ EN D. GONZALO REMÍREZ DE VAQUEDANO, SU HIJO, QUE LO RECIBIÓ DE LA ORDEN DE SANTIAGO
D. DIEGO VELARDE CALDERÓN	1635	CAPITÁN DE INFANTERÍA. 20 AÑOS DE SERVICIOS CONTINUOS	1636	SANTIAGO	OFRECIÓ SERVIR CON 14 SOLDADOS PAGADOS
D. DIONISIO DE GUZMÁN Y GONZÁLEZ	1641	CAPITÁN DE INFANTERÍA, SARGENTO MAYOR Y TENIENTE DE MAESTRE DE CAMPO GENERAL EN EL EJÉRCITO DE FLANDES	1641	SANTIAGO	
D. DOMINGO DE ARANO Y OLANO	1635	CAPITÁN DE INFANTERÍA. 20 AÑOS DE SERVICIOS EN LA ARMADA DE LA CARRERA DE INDIAS	1638	SANTIAGO	OFRECIÓ SERVIR CON 25 SOLDADOS PAGADOS PUESTOS EN BARCELONA
D. DOMINGO DE LOAISA Y ARIAS DE ARCAIOS	1638	CAPITÁN DE INFANTERÍA. 20 AÑOS DE SERVICIOS	1639	SANTIAGO	OFRECIÓ SERVIR CON 36 SOLDADOS PAGADOS PUESTOS EN PERPIÑÁN
D. FABRICIO RAMÓN PONCE DE CASTELLVÍ	1641	SIRVE EN LA GUERRA DE CATALUÑA. PRESENTE EN EL SITIO DE TARRAGONA.	1642	SANTIAGO	
D. FAUSTO FRANCISCO DE LODOSA	1637	MAESTRE DE CAMPO. SIRVIÓ CON UN TERCIO LA CAMPAÑA DE 1636, CUANDO SE INVADIÓ FRANCIA.	NO CONSTA.		
D. FELICIANO TALAYERO	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE VOLVER A SERVIR.	NO CONSTA		
D. FELIPE DE	1638	CAPITÁN DE	1641	ALCÁNTARA	

LEZCANO Y RIVA AGUDA		INFANTERÍA. 21 AÑOS DE SERVICIOS (14 EN FLANDES Y 7 EN FILIPINAS). CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SERVIR.			
D. FELIPE FELINGIERO Y DEL TUFO	1639	GENERAL DE LA CABALLERÍA DE NÁPOLES. ESTÁ SIRVIENDO CON 5 COMPAÑÍAS DE ELLA EN CATALUÑA	1640	SANTIAGO	
D. FERMÍN DE ANDUEZA	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. SERVICIOS EN LAS CAMPAÑAS DE 1636-1638	NO CONSTA		
D. FERNANDO ÁLVAREZ DE AGUIAR Y TEJEIRO	1641	CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS EN NÁPOLES	1643	SANTIAGO	
D. FERNANDO DE CASTILLA	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. SIRVIÓ EN EL SITIO DE FUENTERRABÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SEGUIR SIRVIENDO	NO CONSTA		EL HÁBITO FUE A PARAR A D. ANDRÉS DE LA CERDA Y MARTÍNEZ FUSTERO, SU SOBRINO, QUE INGRESÓ EN LA ORDEN DE SANTIAGO EN 1640
D. FERNANDO DE CASTILLA AGUAYO Y DE HOCES	1635	CAPITÁN DE INFANTERÍA. 11 AÑOS DE SERVICIO	1635	ALCÁNTARA	
D. FERNANDO DE LA BARREDA Y JIMÉNEZ DE COBO	1640	CAPITÁN DE INFANTERÍA Y REGIDOR DE LA CIUDAD DE MÉJICO.	1642	SANTIAGO	
D. FERNANDO DE PAREJA Y VALDÉS	1636	CAPITÁN DE UNA COMPAÑÍA DE LA MILICIA DE LA CIUDAD DE CUENCA	NO CONSTA		SUS PRUEBAS SE ENCONTRABAN DETENIDAS EN EL CONSEJO DE ÓRDENES
D. FERNANDO DE SAN JURGE MONTENEGRO	1636	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1638	SANTIAGO	OFRECIÓ SERVIR CON 35 SOLDADOS PAGADOS PUESTOS EN BARCELONA
D. FERNANDO DE SAN MARTÍN Y VALLEJO	1639	CAPITÁN DE UNA COMPAÑÍA DE INFANTERÍA DE LA MILICIA DE BURGOS CON LA QUE SIRVIÓ EN FUENTERRABÍA	1639	SANTIAGO	
D. FERNANDO DE SOTOMAYOR Y CASTRO	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA Y CASTELLANO DEL CASTILLO DE SAN ANTÓN, EN LA CORUÑA. SIRVIÓ EN FUENTERRABÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE QUE SIGA SIRVIENDO	NO CONSTA		D. FERNANDO MURIÓ SIN PONERSE EL HÁBITO, Y ESTA MERCED SE PUSO A DISPOSICIÓN DE SU VIUDA PARA QUE CASARA A UNA HIJA. EN 1668 FUE A

					PARAR A D. RODRÍGO LÓPEZ DE URÍA POR EL MOTIVO REFERIDO, SIENDO DE LA ORDEN DE SANTIAGO
D. FERNANDO GALINDO DE ZAYAS	1637	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1637	SANTIAGO	OFRECIÓ SERVIR CON 33 SOLDADOS PAGADOS PUESTOS EN PERPIÑÁN
D. FERNANDO GUTIÉRREZ DE CASTILLA ALTAMIRANO	1640	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1644	SANTIAGO	OFRECIÓ SERVIR CON 50 SOLDADOS PAGADOS, QUE SE LE CONMUTAN POR 1.500 DUCADOS EN PLATA
D. FRANCÉS DE AGUIRRE Y ÁLAVA	1639	SIRVIÓ EN EL SITIO DE FUENTERRABÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SERVIR EN EL EJÉRCITO DE GUIPÚZCOA	NO CONSTA		ESE MISMO AÑO PIDE QUE SEA PARA D. JOSÉ FRANCISCO DE AGUIRRE Y ZURICARAY, SU HIJO, QUIEN INGRESÓ EN LA ORDEN DE SANTIAGO EN 1648
D. FRANCISCO ANTONIO DE AGUILAR DE LA CUEVA	1637	ALFÉREZ MAYOR PERPETUO DE ÉCIJA	1637	ALCÁNTARA	OFRECIÓ SERVIR CON 24 SOLDADOS PAGADOS
D. FRANCISCO ANTONIO DE MONTESER ESPINOSA	1641	CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS	1642	SANTIAGO	
D. FRANCISCO CARNERO Y DE SANTA CRUZ	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1639	SANTIAGO	
D. FRANCISCO DE AVENDAÑO Y VALDIVIA	1635	MAESTRE DE CAMPO.	1636	SANTIAGO	
D. FRANCISCO DE EGUÍA	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. ESTUVO EN EL SITIO DE FUENTERRABÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE QUE SIGA SIRVIENDO	NO CONSTA		EN ÚLTIMA INSTANCIA, EL HÁBITO FUE A PARAR A D. JERÓNIMO FRANCISCO DE EGUÍA, SU NIETO, QUE LO RECIBIÓ DE LA ORDEN DE SANTIAGO EN 1664.
D. FRANCISCO DE GOMARA MEJÍA	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. SIRVIÓ EN FUENTERRABÍA CON UNA COMPAÑÍA QUE LEVANTÓ A SU COSTA EN TOLEDO.	NO CONSTA		SE LE CONCEDIÓ EL HÁBITO CON LA CONDICIÓN DE PONER EN GUIPÚZCOA 150 SOLDADOS VIEJOS
D. FRANCISCO DE	1639	CAPITÁN DE	NO CONSTA		

LAREDO Y BAZÁN		INFANTERÍA			
D. FRANCISCO DE LUNA Y CÁRCAMO	1639	MAESTRE DE CAMPO	NO CONSTA		
D. FRANCISCO DE PERALTA Y DE CASTELLANOS	1635	CAPITÁN DE INFANTERÍA. 26 AÑOS DE SERVICIOS	1637	SANTIAGO	OFRECIÓ SERVIR CON 25 SOLDADOS PAGADOS
D. FRANCISCO DE ROJAS Y CARVAJAL	1637	CAPITÁN DE INFANTERÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE CONTINUAR SIRVIENDO	1638	SANTIAGO	
D. FRANCISCO DE SALSAMENDI Y ZIBAURRE	1640	CAPITÁN DE INFANTERÍA. SE LE CONCEDE CON LA CONDICIÓN DE SERVIR 3 CAMPAÑAS	NO CONSTA		
D. FRANCISCO DE SARAVIA Y SARASA	1641	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1647	SANTIAGO	TAMBIÉN SE TUVIERON EN CUENTA LOS SERVICIOS DE SU PADRE, D. JOSÉ DE SARAVIA, TENEINTE DE MAESTRE DE CMAPO GENERAL, QUE MURIÓ EN MARTORELL LUCHANDO CONTRA LOS FRANCESES
D. FRANCISCO DE TORRES Y CASTEJÓN	1640	MAESTRE DE CAMPO	1643	SANTIAGO	REALIZÓ UNA LEVA DE 800 HOMBRES
D. FRANCISCO DE VALENCEGUI Y OLAZÁBAL	1640	CAPITÁN DE UNO DE LOS GALEONES DE LA ARMADA DE LA CARRERA DE INDIAS. DEBE SERVIR UNA CAMPAÑA POR EL HÁBITO, PERO SE LE DISPENSA POR SER CAPITÁN DE UNO DE LOS GALEONES DE LA PLATA DE LA ARMADA	1641	SANTIAGO	
D. FRANCISCO DE VELASCO Y ARCE	1641	CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS. PASA A SERVIR A EXTREMADURA.	1642	SANTIAGO	
D. FRANCISCO DE ZARAUZ Y ALDAMAR	1637	SIRVIÓ LA CAMPAÑA DE 1636 CUANDO SE INVADIÓ FRANCIA.	NO CONSTA		EL HÁBITO PASA A SU HIJO, D. FRANCISCO DE ZARAUZ Y SAGISTI, A QUIEN SE LE DESPACHÓ, ESE MISMO AÑO, DE LA ORDEN DE SANTIAGO
D. FRANCISCO EZQUERRA	1639	ALMIRANTE DE LA ARMADA	NO CONSTA		SE LE CONCEDE PORQUE A LA ARCHIDUQUESA CLAUDIA, TÍA DE FELIPE IV, SE

					LE HIZO MERCED DE 6 HÁBITOS PARA DISTRIBUIRLOS A SU ELECCIÓN
D. FRANCISCO GEDLER LUZEMBERGER MAGUERÍN	1635	CAPITÁN DE INFANTERÍA. ESTÁ SIRVIENDO CON UNA COMPAÑÍA DE 180 HOMBRES, AGREGADA AL REGIMIENTO DEL CONDE DUQUE, EN LA FRONTERA DE PERPIÑÁN	1635	ALCÁNTARA	
D. FRANCISCO GONZÁLEZ DE CIFUENTES	1636	ENTRETENIDO EN LOS GALEONES DE LA CARRERA DE LAS INDIAS	1639	SANTIAGO	
D. FRANCISCO GONZÁLEZ DE LA HOZ	1638	CAPITÁN DE INFANTERÍA. SIRVIÓ EN EL SITIO DE FUENTERRABÍA EN LA CORONELÍA DEL CONDE DUQUE	1639	SANTIAGO	
D. FRANCISCO GONZÁLEZ DE TORRES	1640	CAPITÁN Y SARGENTO MAYOR	1641	SANTIAGO	TAMBIÉN REALIZÓ LEVAS PARA LA CORONA, POR LAS CUALES RECIBIÓ IMPORTANTES BENEFICIOS. EN 1638 RECIBIÓ 3 HÁBITOS DE SANTIAGO POR UNA LEVA DE 600 HOMBRES. DOS AÑOS DESPUÉS FUE RECOMPENSADO CON UN HÁBITO, AL TIEMPO QUE SE LE CONCEDIÓ OTRO DE ALCÁNTARA PARA QUIEN CREYERA OPORTUNO, POR LEVANTAR OTROS 800 HOMBRES. ADEMÁS, ENTRE 1638 Y 1640 OBTUVO EL EMPLEO DE MAESTRE DE CAMPO, PUES EN LA ÚLTIMA LEVA APARECE CON TAL GRADUACIÓN
D. FRANCISCO NIÑO DE LA VEGA	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA EN EL EJÉRCITO DE LOMBARDÍA	NO CONSTA		POCO DESPUÉS DE SER HONRADO CON ESTA DISTINCIÓN, MURIÓ EN TURÍN



					<p>LUCHANDO CONTRA LOS FRANCESES, Y EN NOVIEMBRE DE ESE MISMO AÑO, D. JERÓNIMO NIÑO DE CABRERA, SU HERMANO, SOLICITÓ QUE SE FUERA PARA ÉL, A LO CUAL SE ACCEDE EN 1640, SIENDO DE LA ORDEN DE SANTIAGO</p>
D. FRANCISCO PASQUIER Y DE EOGARAS	1641	CAPITÁN DE INFANTERÍA.	1641	SANTIAGO	
D. FRANCISCO PUNCET DE ALDERETE Y OROZCO	1637	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1638	SANTIAGO	
D. FRANCISCO RAMÍREZ DE ARELLANO	1640	CAPITÁN DE CABALLOS. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SERVIR TRES CAMPAÑA	NO CONSTA		<p>EN 1658 PIDIÓ QUE FUERA PARA QUIEN CONTRAJERA MATRIMONIO CON UNA DE SUS HIJAS, PERO AL HACERSE RELIGIOSA, EN 1661 SOLICITA QUE SEA PARA D. JUAN BAUTISTA DE PONTE, NATURAL DE CANARIAS, QUE RECIBIÓ EL HÁBITO DE LA ORDEN DE SANTIAGO EN 1662.</p>
D. FRANCISCO TUTTAVILLA Y DEL TUFO	1639	TENIENTE DE MAESTRE DE CAMPO GENERAL EN EL EJÉRCITO DE LOMBARDÍA	1653	SANTIAGO	
D. FRANCISCO VELARDE DE LA SIERRA	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1642	SANTIAGO	<p>RECIBIÓ EL HÁBITO PORQUE AL DUQUE DE OSUNA SE LE CONCEDIERON, EN 1639, 3 HÁBITOS POR HABER LEVANTO 300 HOMBRES</p>
D. GABRIEL DE FRÍAS	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA	NO CONSTA		<p>EL BENEFICIARIO FINAL FUE D. DIEGO DE SOTOMAYOR Y FRÍAS, SU NIETO, QUE INGRESÓ AL AÑO SIGUIENTE EN LA ORDEN DE</p>

				ALCÁNTARA	SANTIAGO
D. GABRIEL DE SAAVEDRA Y OBANDO	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SERVIR 5 CAMPAÑAS	1645		
D. GABRIEL FERNÁNDEZ DE UBITARTE	1635	CAPITÁN DE CABALLOS	NO CONSTA		OFRECIÓ SERVIR CON 20 SOLDADOS PAGADOS
D. GABRIEL GUERRERO DE SANDOVAL	1641	CAPITÁN Y SARGENTO MAYOR. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SEGUIR SIRVIENDO	1641	SANTIAGO	
D. GABRIEL SPÍNOLA DE SANTIAGO	1640	SIRVE DESDE 1617. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE CONTINUAR SIRVIENDO	1641	SANTIAGO	
D. GASPAR DE ARTEAGA	1641	CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS EN EL EJÉRCITO DE LOMBARDÍA	1656	SANTIAGO	
D. GASPAR DE ELIO	1637	SIRVIÓ LA CAMPAÑA DE 1636, CUANDO SE INVADIÓ FRANCIA	NO CONSTA		
D. GIL FERNÁNDEZ DE NAVARRETE Y SOTOMAYOR	1639	CAPITÁN DE CABALLOS LANZAS EN ORÁN Y GOBERNADOR DEL PEÑÓN	1643	SANTIAGO	
D. GIUSEPE DE MONPAON	1638	MAESTRE DE CAMPO	NO CONSTA		SUS PRUEBAS ESTABAN DETENIDAS EN EL CONSEJO DE ÓRDENES
D. GÓMEZ DE LA ROCHA Y ULLOA	1639	CAPITÁN DE CABALLOS	1639	SANTIAGO	OFRECIÓ REALIZAR UNA LEVA DE CABALLERÍA EN EXTREMADURA
D. GONZALO DE MENDOZA	1638	CAPITÁN DE INFANTERÍA 30 AÑOS DE SERVICIO	NO CONSTA		
D. GONZALO MALDONADO Y TEJEDA	1638	CAPITÁN DE INFANTERÍA. 15 AÑOS DE SERVICIO. SIRVIÓ EN EL SITIO DE FUENTERRABÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE VOLVER A SERVIR	NO CONSTA		EL HÁBITO FUE A PARAR A D. ANTONIO MALDONADO Y TEJEDA, SU HERMANO, PUES D. GONZALO YA ERA CABALLERO DE SANTIAGO, INGRESANDO EN LA ORDEN DE SANTIAGO EN 1643
D. GONZALO PORTILLO DE RIVADENEIRA	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. SIRVIÓ EN FUENTERRABÍA. CONCEDIDO CON LA OBLIGACIÓN DE SERVIR UNA CAMPAÑA	1641	SANTIAGO	TAMBIÉN ES REGIDOR DE VALLADOLID
D. GONZALO RODRÍGUEZ DE MONROY Y OTÁLORA	1639	SIRVIÓ EN EL SITIO DE FUENTERRABÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE VOLVER	1644	ALCÁNTARA	

		A SERVIR			
D. GREGORIO DE MERCADO Y LEDESMA	1640	CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE VOLVER A SERVIR	1640	SANTIAGO	
D. GREGORIO GABRIEL CARRILLO	1640	CAPITÁN DE INFANTERÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SERVIR 4 CAMPAÑAS	NO CONSTA		
D. GUILLERMO DE VERA Y VENTING	1640	CAPITÁN DE UNA DE LAS COMPAÑÍAS DEL TERCIO DEL BARÓN DE MOLINGHEN (VALONES), QUE ESTÁ SIRVIENDO EN CATALUÑA. 23 AÑOS DE SERVICIO EN FLANDES Y ESPAÑA	1640	SANTIAGO	
D. IÑIGO LÓPEZ DE ONDARRA	1640	CAPITÁN DE INFANTERÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE ACUDIR A SERVIR	NO CONSTA		D. IÑIGO MURIÓ SIN PONERSE EL HÁBITO, Y EN 1668 D. FRANCISCO ANTONIO DE ONDARRA, SU HIJO, SOLICITÓ FUERA PARA ÉL. SU PETICIÓN FUE ATENDIDA, Y EN AL AÑO SIGUIENTE INGRESÓ EN LA ORDEN DE SANTIAGO
D. IÑIGO PACHECO DE MENDOZA	1639	SIRVIÓ EN EL SITIO DE FUENTERRABÍA	NO CONSTA		SOLICITÓ QUE EL HÁBITO FUERA PARA D. FRANCISCO GONZÁLEZ DE PROAÑO, SU PRIMO TERCERO, ALFÉREZ MAYOR DE SEPÚLVEDA (SEGOVIA). ESE MISMO AÑO SE LE DESPACHÓ EL HÁBITO DE LA ORDEN DE ALCÁNTARA
D. JACINTO DE LARIZ Y DE VILLODAS	1638	SARGENTO MAYOR. 16 AÑOS DE SERVICIOS	1640	SANTIAGO	
D. JERÓNIMO DE CAVANILLAS Y GONZÁLEZ DE CASTEJÓN	1639	SIRVIÓ LA CAMPAÑA DE 1636, CUANDO SE INVADIÓ FRANCIA	1640	SANTIAGO	
D. JERÓNIMO DE LUNA Y DÍEZ DE AUX	1641	CAPITÁN DE INFANTERÍA Y SARGENTO MAYOR. 10 AÑOS DE SERVICIOS EN FLANDES Y ESPAÑA	1643	SANTIAGO	
D. JERÓNIMO DE ULLOA Y RIBERA	1640	SIRVIÓ EN EL SITIO DE FUENTERRABÍA	NO CONSTA		
D. JOSÉ BELLO DE	1638	HA SERVIDO EN LAS	1638	SANTIAGO	OFRECIÓ SERVIR

ACUÑA Y DE OVIEDO		INDIAS			CON 33 SOLDADOS PAGADOS
D. JOSÉ CALDERÓN	1639	SIRVIÓ EN EL SITIO DE FUENTERRABÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SERVIR 4 CAMPAÑAS	NO CONSTA		
D. JOSÉ DE INSAUSTI	1640	CAPITÁN DE INFANTERÍA	NO CONSTA		D. JOSÉ ERA CABALLERO DE LA ORDEN DE SANTIAGO. POR ESTE MOTIVO SE LE PERMITIÓ PASAR LA MERCED EN D. BERNARDO BARTOLOMÉ DE INSAUSTI, SU HIJO, QUIEN INGRESÓ EN LA ORDEN JACOBEO ESE MISMO AÑO
D. JOSÉ DE LARIZ DURANGO	1640	CAPITÁN DE INFANTERÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SERVIR 3 CAMPAÑAS	1644	SANTIAGO	
D. JOSÉ DE PRADO	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE VOLVER A SERVIR	NO CONSTA		D. JOSÉ ERA CABALLERO DE LA ORDEN DE SAN JUAN. POR ESTE MOTIVO SE LE PERMITIÓ PASAR ESTA MERCED EN D. JERÓNIMO DE PRADO Y VALTODANO, SU HIJO, QUIEN INGRESÓ EN LA ORDEN SANTIAGUISTA EN 1649
D. JOSÉ DEL CASTILLO Y SOTOMAYOR	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SERVIR 3 CAMPAÑAS, AUNQUE FINALMENTE SE REDUCE A UNA	NO CONSTA		
D. JOSÉ PINTO COELLO DE CASTRO DE GUEVARA	1640	SARGENTO MAYOR	1651	CALATRAVA	RECIBIÓ EL HÁBITO PORQUE AL DUQUE DE MEDINA SIDONIA SE LE CONCEDIERON, EN 1640, 2 HÁBITOS POR HABER LEVANTADO 500 HOMBRES
D. JUAN ALFONSO DE LOSADA Y SARMIENTO DE LOSADA	1639	CAPITAN Y SARGENTO MAYOR. SIRVIÓ EN FUENTERRABÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SERVIR 2	1645	SANTIAGO	SU VERDERO NOMBRE ERA D. JUAN GUERRA DE LA VEGA. PERO EN 1645,

		CAMPAÑAS			CUANDO RECIBIÓ EL HÁBITO, CAMBIO SU NOMBRE POR EL REFERIDO, PUES HABÍA HEREDADO EL MAYORAZGO DE SU CASA
D. JUAN ÁLVAREZ DE EULATE Y ALBIZU	1641	SARGENTO MAYOR	1641	SANTIAGO	RECIBIÓ EL HÁBITO PORQUE A D. FERNANDO LADRÓN DE GUEVARA SE LE HIZO MERCED DE UN HÁBITO PARA QUIEN DESIGNARE, POR SUS SERVICIOS Y ENCARGASE DE CAMBIAR 200.000 DUCADOS DE VELLÓN EN PLATA
D. JUAN ANTONIO DE LA PILA	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. SIRVE EN FLANDES	NO CONSTA		EL HÁBITO FUE A PARAR A D. ANTONIO DE LA PILA ALMARAZ, QUIEN INGRESÓ EN 1642 EN LA ORDEN DE SANTIAGO
D. JUAN ASTETE DE MONROY	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. SIRVIÓ EN FUENTERRABÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE VOLVER A SERVIR	1641	SANTIAGO	
D. JUAN BAUTISTA DE ALBELDA BAZÁN	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1639	SANTIAGO	OFRECIÓ SERVIR CON 18 SOLDADOS PAGADOS
D. JUAN BAUTISTA DE VALDÉS	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. 13 AÑOS DE SERVICIOS EN FLANDES. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE VOLVER A SERVIR	NO CONSTA		NO LLEGÓ A VESTIR EL HÁBITO, Y D. JERÓNIMO DE VIYA SETIÉN, SU SOBRINO, SOLICITÓ FUERA PARA ÉL. EN 1695 SE ACCEDIÓ A SU PETICIÓN E INGRESÓ EN LA ORDEN DE ALCÁNTARA
D. JUAN BERNARDO DE SALAS	1639	CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS	1639	SANTIAGO	RECIBIÓ EL HÁBITO PORQUE A D. LUIS DE TREJO SE LE CONCEDIERON 4 HÁBITOS POR HABER LEVANTADO 300 HOMBRES
D. JUAN CHAPARRO Y	1641	15 AÑOS DE SERVICIOS EN EL EJÉRCITO DE	NO CONSTA		EN 1625 SE LE PROMETIÓ UN

SOTOMAYOR		LOMBARDÍA			HÁBITO SIRVIENDO CUATRO AÑOS EN FLANDES O MILÁN. CONSTA QUE SIRVIÓ ENTRE 1626 Y 1636. PERO EN 1647 TODAVÍA NO SE LE HABÍA CONCEDIDO
D. JUAN CONRADO DE UBREMONT	1641	MAESTRE DE CAMPO DE INFANTERÍA VALONA EN FLANDES	NO CONSTA.		
D. JUAN DE ACUÑA	1636	CAPITÁN DE CABALLOS	NO CONSTA		SUS PRUEBAS SE ENCONTRABAN DETENIDAS EN EL CONSEJO DE ÓRDENES
D. JUAN DE ANGULO Y EZPELETA	1640	SIRVIÓ EN EL SITIO DE FUENTERRABÍA.	1640	SANTIAGO	
D. JUAN DE ARABIO Y VITIZ DE ECHEVERRÍA	1640	CAPITÁN DE INFANTERÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE VOLVER A SERVIR	1641	ALCÁNTARA	
D. JUAN DE BALBOA MOGROVEJO	1637	CAPITÁN DE CABALLOS	1641	SANTIAGO	
D. JUAN DE BEAUMONT Y PERALTA	1636	SIRVIÓ LA CAMPAÑA DE 1636, CUANDO SE INVADIÓ FRANCIA	NO CONSTA		EN 1639 SOLICITÓ QUE EL HÁBITO FUERA PARA D. ALONSO DE BEAUMONT, SU HIJO MAYOR, QUIEN INGRESÓ AL AÑO SIGUIENTE EN LA ORDEN DE SANTIAGO
D. JUAN DE CAÑAS Y SILVA	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. SIRVIÓ EN EL SOCORRO DE FUENTERRABÍA. CONCEDIDO A CAMBIO DE SERVIR.	1639	ALCÁNTARA	
D. JUAN DE CASTRO Y ORTIZ	1639	SARGENTO MAYOR EN EL EJÉRCITO DE MILÁN	1639	SANTIAGO	
D. JUAN DE CHAVES Y SOTOMAYOR	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1645	SANTIAGO	TAMBIÉN ES REGIDOR PERPETUO DE LA CIUDAD DE BADAJOZ
D. JUAN DE DESPUIG Y DESPUIG	1637	CAPITÁN DE INFANTERÍA. HA SERVIDO EN LA LEVA DE INFANTERÍA HECHA EN EL REINO DE MALLORCA	1637	SANTIAGO	
D. JUAN DE ELEIZALDE Y DE EZCAMENDI	1637	CAPITÁN DE INFANTERÍA EN LA ARMADA DEL MAR OCÉANO.	1644	SANTIAGO	
D. JUAN DE	1640	GENERAL. CONCEDIDO	1640	SANTIAGO	

EULATE Y DE CEGAMA		CON LA CONDICIÓN DE QUE SIGA SIRVIENDO.			
D. JUAN DE GUZMÁN Y AYALA	1639	CAPITÁN Y SARGENTO MAYOR	1639	ALCÁNTARA	RECIBIÓ EL HÁBITO PORQUE AL DUQUE DE MEDINA SIDONIA SE LE CONCEDIERON, EN 1639, 7 HÁBITOS POR HABER LEVANTADO MIL HOMBRES PARA REHACER UN TERCIO
D. JUAN DE LEYVA Y GUZMÁN	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1639	ALCÁNTARA	RECIBIÓ EL HÁBITO POR REALIZAR UNA LEVA DE MIL HOMBRES QUE DEBÍA ENTREGAR EN MÁLAGA. ADEMÁS, SE LE CONCEDIERON OTROS 3 PARA QUIEN QUISIERA. POCO DESPUÉS DEBÍO ASCENDER A MESTRE DE CAMPO
D. JUAN DE LOAISA Y ARIAS	1635	CAPITÁN DE INFANTERÍA. 12 AÑOS DE SERVICIOS	1638	SANTIAGO	OFRECIÓ SERVIR CON 25 SOLDADOS PAGADOS PUESTOS EN BARCELONA
D. JUAN DE LUSA Y MENDOZA	1641	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1641	SANTIAGO	TAMBIÉN SE VALORAN LOS SERVICIOS DE SU PADRE, D. PEDRO DE LUSA, QUE MURIÓ EN 1641 COMBATIENDO A LA ARMADA HOLANDESA EN CÁDIZ
D. JUAN DE MIOTA ROMERO Y MEJÍA	1638	SIRVIÓ EN EL SITIO DE FUENTERRABÍA	1656	SANTIAGO	
D. JUAN DE MUTILOA	1639	SIRVIÓ LA CAMPAÑA DE 1636, CUANDO SE INVADIÓ FRANCIA	NO CONSTA		
D. JUAN DE PAREJA Y BUSTO	1641	CAPITÁN Y SARGENTO MAYOR.	1642	SANTIAGO	
D. JUAN DE PAZ Y TOVAR	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. SIRVE EN FLANDES. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE QUE SIGA SIRVIENDO.	1639	SANTIAGO	
D. JUAN DE RÍO Y	1640	CAPITÁN DE	1640	SANTIAGO	

MALO		INFANTERÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE VOLVER A SERVIR.			
D. JUAN DE SALINAS Y PINEDA	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. SIRVIÓ EN FUENTERRABÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE VOLVER A SERVIR	NO CONSTA		
D. JUAN DE UGARTE	1638	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1638	SANTIAGO	OFRECIÓ SERVIR CON 34 SOLDADOS PAGADOS
D. JUAN DE VILLAVICENCIO Y ESTUPIÑÁN	1635	CAPITÁN DE INFANTERÍA EN LA ARMADA DE LA CARRERA DE LAS INDIAS	1637	CALATRAVA	OFRECIO SERVIR CON 24 SOLDADOS PAGADOS
D. JUAN DE ZUAZO Y LARRINA	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SERVIR 3 CAMPAÑAS	1639	SANTIAGO	SE LE CONMUTÓ ESTA OBLIGACIÓN POR 12 SOLDADOS PAGADOS
D. JUAN DEL CASTILLO CAVANILLAS	1639	SIRVIÓ EN EL SITIO DE FUENTERRABÍA	1639	SANTIAGO	
D. JUAN DEL CASTILLO Y SALCEDO	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1640	SANTIAGO	OFRECIÓ 30 SOLDDOS PAGADOS PARA EL EJÉRCITO DE CANTABRIA
D. JUAN DEL CASTILLO Y SOTOMAYOR	1639	NO CONSTAN. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SEGUIR SIRVIENDO	NO CONSTA		
D. JUAN DÍAZ DE ARELLANO	1637	CAPITÁN DE INFANTERÍA. SIRVE EN PERPIÑÁN	1638	SANTIAGO	
D. JUAN FRANCISCO CORDERO Y GÓMEZ DE OBREGÓN	1638	SARGENTO MAYOR Y MAESTRE DE CAMPO	1639	SANTIAGO	
D. JUAN LEONCIO DE LA PORTILLA	1640	CAPITÁN DE INFANTERÍA. 26 AÑOS DE SERVICIO EN LARACHE Y ESPAÑA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE ACUDIR A SERVIR	NO CONSTA		SE PRESENTÓ A SERVIR, EN ENERO DE 1641, EN EL EJÉRCITO QUE SE FORMABA EN AYAMONTE PARA INVADIR, AL MANDO DEL DUQUE DE MEDINA SIDONIA
D. JUAN MÁRQUEZ DE LARA	1640	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1641	SANTIAGO.	RECIBIÓ EL HÁBITO PORQUE AL CONDE DE MONTERREY SE LE HIZO MERCED DE 4 HÁBITOS POR UNA LEVA DE 500 HOMBRES



D. JUAN PÉREZ DE VIVERO Y MENCHACA	NO CONSTA.	TENIENTE GENERAL DE LA CABALLERÍA DE FLANDES. SIRVE ALLÍ. HIJO DEL CONDE DE FUENSALDAÑA	1637	CALATRAVA	
D. JUAN ROCO Y SUSANA (BARÓN DE AMATO)	1640		1640	SANTIAGO	
D. LEONARDO MOLÉS	1637	MAESTRE DE CAMPO	1637	SANTIAGO	
D. LOPE DE OBREGÓN CASTAÑEDA	1641	CAPITÁN DE INFANTERÍA. SIRVE EN FLANDES	1641	SANTIAGO	
D. LORENZO CHACÓN DE NARVÁEZ	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. SIRVIÓ EN FUENTERRABÍA, DONDE PERDIÓ UN BRAZO. SE LE DISPENSA LA OBLIGACIÓN DE SERVIR OTRA CAMPAÑA	1641	SANTIAGO	
D. LORENZO DE SALAZAR Y MENDOZA	1638	CAPITÁN DE INFANTERÍA. SIRVIÓ EN EL SITIO DE FUENTERRABÍA	NO CONSTA		
D. LORENZO MANUEL DE RIBERA Y DE VALLEJO	1638	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1639	SANTIAGO	
D. LUCAS DE ANDRADE BENAVIDES	1640	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1642	SANTIAGO	
D. LUIS ANTONIO DE GUZMÁN Y TOLEDO	1638	CAPITÁN Y SARGENTO MAYOR. HIJO DEL MARQUÉS DE ARDALES	1655	SANTIAGO	
D. LUIS DE BAEZA MENDOZA	1638	CAPITÁN DE CABALLOS EN FLANDES	1638	ALCÁNTARA	
D. LUIS DE MONSALVE Y FONTES	1637	MAESTRE DE CAMPO. TAMBIÉN HA REALIZADO LEVAS PARA LA CORONA	1639	SANTIAGO	
D. LUIS DE QUIROGA Y SALCEDO	1637	CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS	1638	SANTIAGO	
D. LUIS FAJARDO	1641	CAPITÁN DE INFANTERÍA	NO CONSTA.		
D. LUIS MORENO PONCE DE LEÓN	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SERVIR UNA CAMPAÑA.	1641	SANTIAGO	
D. LUIS OSORIO DEL LODIO Y SARAVIA	1635	SIRVE EN LA ARMADA	1637	SANTIAGO	OFRECIÓ SERVIR CON 25 SOLDADOS PUESTOS EN PERPIÑÁN
D. MANUEL DE AGUIAR	1638	CAPITÁN DE INFANTERÍA. SIRVIÓ EN FUENTERRABÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE VOLVER A SERVIR	1639	SANTIAGO	
D. MANUEL DE ARRIARÁN Y GAMBOA	1639	SIRVIÓ EN EL SITIO DE FUENTERRABÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SEGUIR SIRVIENDO	1639	ALCÁNTARA	

D. MANUEL DE MENDOZA	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA	NO CONSTA		SUS PRUEBAS SE ENCONTRABAN DETENIDAS EN EL CONSEJO DE ÓRDENES
D. MARCOS VEGUEIRO DE PARGA Y FIGUEROA	1641	CAPITÁN DE INFANTERÍA	NO CONSTA.		
D. MARTÍN DE ARESPACOHAGA	1639	SIRVIÓ EN EL SITIO DE FUENTERRABÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE CONTINUAR SIRVIENDO.	NO CONSTA		D. MARTÍN MURIÓ SIN PONÉRSELO, Y EN 1657 SE AUTORIZÓ FUERA PARA SU HIJO MAYOR. PERO AL MORIR ÉSTE, LO RECLAMO D. JUAN DE ARESPACHOCHA, OTRO HIJO SUYO, EL CUAL INGRESÓ EN 1671 EN LA ORDEN DE ALCÁNTARA
D. MARTÍN DE AZLOR Y BERBEGAL	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE VOLVER A SERVIR.	1641	SANTIAGO	
D. MARTÍN DE IPENZA Y LICARRALDE	1640	CAPITÁN DE INFANTERÍA EN EL EJÉRCITO DE LOMBARDÍA.	1640	SANTIAGO.	
D. MARTÍN DE MÚJICA LANDAGUREN	1636	3 AÑOS DE SERVICIOS EN LA ARMADA	1637	ALCÁNTARA	TAMBIÉN SE VALORARON LOS SERVICIOS DE SU SUEGRO, D. ANTONIO DE ARTEAGA, QUE FUE VEEDOR DE LA ARMADA DEL MAR OCÉANO
D. MARTÍN DE MÚJICA Y ARRÚE	1639	SARGENTO MAYOR EN EL EJÉRCITO DE LOMBARDÍA.	1639	SANTIAGO	
D. MARTÍN DE SEPÚLVEDA Y TROCHE	1638	CAPITÁN DE INFANTERÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE VOLVER A SERVIR.	1638	SANTIAGO	
D. MARTÍN DE SUMENDIAGA Y LÓPEZ DE AREXITA	1637	HA SERVIDO LA CAMPAÑA DE 1636 CUANDO SE INVADIÓ FRANCIA.	1638	SANTIAGO	
D. MARTÍN LÓPEZ DE JUSTIZ	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. SIRVIÓ EN FUENTERRABÍA.	1658	SANTIAGO	
D. MATEO BARONA Y DE VILLAMOR	1636	CAPITÁN DE INFANTERÍA. CONCEDIDO A CAMBIO DE SERVIR DOS CAMPAÑAS EN LA CORONELÍA DEL CONDE	1636	SANTIAGO	AL RESIDIR EN LA HÁBANA, SOLICITÓ SE LE CONMUTARA POR 8 SOLDADOS

		DUQUE			PAGADOS
D. MATÍAS DE ORELLANA Y CABEZA	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1639	SANTIAGO	
D. MELCHOR TOFINOS	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. HA SERVIDO EN FLANDES Y LOMBARDÍA.	NO CONSTA		
D. MIGUEL DE BOROIZ	1640	CAPITÁN Y SARGENTO MAYOR. CONCEDIDO CON LA OBLIGACIÓN DE SERVIR UNA CAMPAÑA	NO CONSTA		EN 1648 SOLICITÓ QUE EL HÁBITO FUERA PARA D. DIEGO LUIS DE BEROIZ, SU HIJO, EL CUAL INGRESÓ EN 1664 EN LA ORDEN DE SANTIAGO.
D. MIGUEL DE UBILLA	1638	CAPITÁN DE INFANTERÍA. CONCEDIDO POR SUS SERVICIOS EN EL SITIO DE FUENTERRABÍA	1638	SANTIAGO	
D. MIGUEL PASQUIER DE CAMARGO	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SERVIR 6 CAMPAÑAS, AUNQUE LUEGO SE REVOCA ESTA OBLIGACIÓN	NO CONSTA		EN ÚLTIMA INSTANCIA, EL HÁBITO FUE A PARA A D. ALONSO DE CAMARGO CASTEJÓN, SU HERMANO. QUIEN INGRESÓ ESE MISMO AÑO EN LA ORDEN DE SANTIAGO
D. PEDRO ARCE DE LARA	1638	AYUDANTE DE TENIENTE DE MAESTRE DE CAMPO GENERAL. HA SERVIDO EN LA ARMADA, ITALIA Y FUENTERRABÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SEGUIR SIRVIENDO	NO CONSTA		
D. PEDRO DE AGUIRRE Y AREIZAGA	1639	CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS ESPAÑOLAS. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SERVIR 2 Ó 3 CAMPAÑAS	1644	SANTIAGO	
D. PEDRO DE ARRESE Y GIRÓN	1638	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1638	SANTIAGO	
D. PEDRO DE BAIGORRI Y RUIZ	1639	CAPITÁN Y SARGENTO MAYOR	1650	SANTIAGO	
D. PEDRO DE BENAVIDES	1638	CAPITÁN DE INFANTERÍA. 34 AÑOS DE SERVICIO. SIRVIÓ EN EL SITIO DE FUENTERRABÍA	NO CONSTA		D. PEDRO YA ERA CABALLERO DE SANTIAGO, Y SOLICITÓ QUE EL HÁBITO FUERA PARA CASAR A UNA SOBRINA POBRE. EN 1651 SE LE CONCEDIÓ A D. DIEGO DE ACUÑA BENAVIDES, POR

					EL MOTIVO REFERIDO, QUIEN INGRESÓ EN LA ORDEN SANTIAGUISTA ESE MISMO AÑO
D. PEDRO DE CAÑAVERAL Y CÓRDOBA	1637	EN 1634 SE COMPROMETIÓ A SERVIR 3 AÑOS PARA OBTENERLO.	1640	SANTIAGO	
D. PEDRO DE CARVAJAL Y ESPEJO	1640	CAPITÁN DE CABALLOS.	1643	SANTIAGO	
D. PEDRO DE CARVAJAL Y MENDOZA	1640	CAPITÁN DE INFANTERÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE VOLVER A SERVIR.	NO CONSTA		
D. PEDRO DE FUENMAYOR	1640	AYUDANTE DE TENIENTE DE MAESTRE DE CAMPO GENERAL Y CAPITÁN DE INFANTERÍA. SE COMPROMETE A SERVIR UNA CAMPAÑA.	NO CONSTA		
D. PEDRO DE HELGUERO ALVARADO	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. CONCEDIDA CON LA CONDICIÓN DE SERVIR UNA CAMPAÑA.	1642	SANTIAGO	
D. PEDRO DE LAZCANO CENTENO	1638	CAPITÁN DE CABALLOS EN PERÚ	1638	SANTIAGO	OFRECIÓ SERVIR CON 32 SOLDADOS PAGADOS
D. PEDRO DE LOSADA Y QUIÑONES	1640	CAPITÁN DE INFANTERÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE VOLVER A SERVIR	1642	SANTIAGO.	
D. PEDRO DE MORALES Y MESA	1641	CAPITÁN DE INFANTERÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SEGUIR SIRVIENDO	1642	SANTIAGO	
D. PEDRO DE OLAVE ALAVA Y EGUINO	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. SIRVIÓ EN FUENTERRABÍA. SE LE CONCEDE CON LA OBLIGACIÓN DE CONTINUAR EL SERVICIO, AUNQUE LUEGO SE REVOCA ESTA OBLIGACIÓN	1639	SANTIAGO	
D. PEDRO DE TORTOSA Y JORDÁN	1640	CAPITÁN DE INFANTERÍA	NO CONSTA		
D. PEDRO DE UNZUETA Y OROZCO	1640	TENIENTE CORONEL. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SERVIR	1642	SANTIAGO	EN JUNIO DE 1636 SE LE PROMETIÓ EL HÁBTIO SI ACUDÍA A SERVIR EN LA CABALLERÍA QUE SE ESTABA FORMANDO EN LISBOA. CONSTA CUMPLIÓ CON

					SU COMPROMISO
D. PEDRO DE VILLAMOR Y LÓPEZ ZATÓN	1637	COMISARIO GENERAL DE LA CABALLERÍA LIGERA DE FLANDES.	1638	SANTIAGO	
D. PEDRO GONZÁLEZ DE CARVAJAL Y PAREJA	1639	CAPITÁN Y SARGENTO MAYOR. CONCEDIDO CON LA OBLIGACIÓN DE SERVIR UNA CAMPAÑA.	1648	SANTIAGO	
D. PEDRO LAÍNEZ Y DE REZUELO	1640	CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE VOLVER A SERVIR.	1642	SANTIAGO	
D. PEDRO LASO DE LA VEGA	1639	SIRVIÓ EN FUENTERRABÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SEGUIR SIRVIENDO.	NO CONSTA		PIDIÓ QUE EL HÁBITO FUERA PARA CASAR UNA HIJA. PERO EN 1646 SOLICITÓ QUE FUERA PARA UN HIJO SUYO, Y EN 1650 SE LE CONCEDIÓ A D. ANTONIO JOSÉ LASO DE LA VEGA, SU HIJO, QUIEN INGRESÓ EN LA ORDEN DE ALCÁNTARA ESE AÑO.
D. PEDRO MÉNDEZ DE SOTOMAYOR	1639	MAESTRE DE CAMPO	1642	SANTIAGO	TAMBIÉN ES REGIDOR DE LA CIUDAD DE MÁLAGA. OBTUVO EL HÁBITO PORQUE AL MESTRE DE CAMPO D. LUIS DE MONSALVE, CABALLERO DE SANTIAGO, SE LE CONCEDIERON 5 HÁBITOS POR HABER REALIZADO UNA LEVA DE MIL HOMBRES
D. PEDRO OZORES DE SOTOMAYOR	1638	SE DISPONE A SERVIR EN EL EJÉRCITO	1638	SANTIAGO	ES PAJE DEL REY, PERO RENUNCIA A ESTE EMPLEO POR ACUDIR A SERVIR
D. PEDRO PORTER CASANATE	1640	ALMIRANTE	1641	SANTIAGO	
D. PEDRO ROCO DE VILLAGUTIERRE	1636	CAPITÁN DE CABALLOS Y SARGENTO MAYOR. 20 AÑOS DE SERVICIO. EN ESOS MOMENTOS ESTABA SIRVIENDO EN FLANDES	NO CONSTA		NO LLEGÓ A VESTIR EL HÁBITO PORQUE SUS PRUEBAS SE ENCONTRABAN DETENIDAS EN EL CONSEJO DE ÓRDENES. CON TODO, EN 1643, SE HONRÓ A D. JUAN ROCO DE

					VILLAGUTIERRE, SU HIJO, CON ESTA MERCED, Y EN 1648 INGRESÓ EN LA ORDEN DE ALCÁNTARA
D. PEDRO VÉLEZ DE GALARZA	1639	COMISARIO DE LA GENTE DE GUERRA DE LA PROVINCIA DE GUIPÚZCOA. CONCEDIDO CON LA OBLIGACIÓN DE SERVIR UNA CAMPAÑA.	1640	SANTIAGO	
D. PLÁCIDO CARRILLO Y ARAGÓN	1639	CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS. MIEMBRO DEL CONSEJO DE GUERRA EN FLANDES. 38 AÑOS DE SERVICIO	NO CONSTA		SUS PRUEBAS SE ENCONTRABAN DETENIDAS EN EL CONSEJO DE ÓRDENES
D. RICARDO PRONOBIL Y TRANTE	1637	CAPITÁN DE MAR. VA A SERVIR EN CORSO CON 3 NAVIOS SUYOS	1637	SANTIAGO	
D. RODRIGO DÁVILA PONCE DE LEÓN	1639	CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS. SIRVIÓ A SU COSTA EN EL SITIO DE FUENTERRABÍA	1641	SANTIAGO	TAMBIÉN LEVANTÓ UNA COMPAÑÍA DE CABALLOS CORAZAS JUNTO CON SU HERMANO, D. ENRIQUE DÁVILA PONCE DE LEÓN, QUE TAMBIÉN OBTUVO UN HÁBITO DE SANTIAGO ESE AÑO
D. RODRIGO DE CONTRERAS	1640	SARGENTO MAYOR. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE CONTINUAR SIRVIENDO.	NO CONSTA		
D. RODRIGO DE MÚJICA Y VALDÉS	1640	TENIENTE GENERAL DE LA CABALLERÍA DEL REINO DE NÁPOLES EN EL EJÉRCITO DE MILÁN.	1640	SANTIAGO	
D. RODRIGO DE ROJAS	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. SIRVE EN FLANDES	1639	ALCÁNTARA	
D. SANCHO DE MOLINA Y SOTOMAYOR	1640	CAPITÁN DE INFANTERÍA.	NO CONSTA		
D. SEBASTIÁN BERNARDO DE QUIRÓS	1639	CAPITÁN DE UNA COMPAÑÍA DE INFANTERÍA DE LAS ENVIADAS POR EL PRINCIPADO DE ASTURIAS AL SOCORRO DE FUENTERRABÍA, LEVANTADA A SU COSTA	NO CONSTA		D. SEBASTIÁN YA ERA CABALLERO DE SANTIAGO, Y PIDIÓ QUE EL HÁBITO FUERA PARA D. FELIPE BERNARDO DE QUIRÓS, SU SOBRINO, REGIDOR DE LA CIUDAD DE OVIEDO. SU PETICIÓN FUE ATENDIDA, Y EN 1640 INGRESÓ EN

					LA ORDEN JACOBEO
D. SEBASTIÁN DE DOÑA MARÍA	1640	CAPITÁN DE INFANTERÍA. SIRVIÓ LA CAMPAÑA DE 1636, CUANDO SE INVADIÓ FRANCIA	NO CONSTA.		
D. SEBASTIÁN DE GUZMÁN Y JARAMILLO	1641	TENIENTE DE CABALLOS CORAZAS DE UNA COMPAÑÍA DEL CONSEJO DE CASTILLA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SEGUIR SIRVIENDO	1647	SANTIAGO	
D. TOMÁS MELGAREJO PONCE DE LEÓN	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1640	SANTIAGO	RECIBIÓ EL HÁBITO PORQUE AL DUQUE DE PASTRANA SE LE CONCEDIERON, EN 1639, CUATRO HÁBITOS POR UNA LEVA DE 300 HOMBRES
D. URBÁN DE AHUMADA Y DE CANGAS	1638	MAESTRE DE CAMPO	1638	SANTIAGO	
D. VENTURA DE LACANAL Y BARREDA	1640	MAESTRE DE CAMPO. 10 AÑOS DE SERVICIOS CONTINUOS	1640	CALATRAVA	
D. VICENTE MONSORIÚ Y DE AGUIRRE	1637	TENIENTE DE MAESTRE DE CAMPO GENERAL	1637	SANTIAGO	
DIEGO BIRTO DE VERA	1638	CAPITÁN DE INFANTERÍA. SIRVE CON UNA INFANTERÍA LEVANTADA A SU COSTA. VA A SERVIR EN EL SOCORRO DE FUENTERRABÍA.	NO CONSTA		SUS PRUEBAS SE ENCONTRABAN DETENIDAS EN EL CONSEJO DE ÓRDENES
DIEGO MEDINA	1640	CAPITÁN DE INFANTERÍA. HA SERVIDO EN LA ARMADA DEL MAR OCÉANO. AHORA ESTÁ SIRVIENDO EN LA ARMADA DE LA CARRERA DE INDIAS. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE QUE SIGA SIRVIENDO	NO CONSTA		
DOMINGO DE EGUÍA Y DE GOICOECHEA	1639	GOBERNADOR DE FUENTERRABÍA	1639	SANTIAGO	
DOMINGO DE ZAVALA Y ARANGUREN	1637	SIRVIÓ LA CAMPAÑA DE 1636, CUANDO SE INVADIÓ FRANCIA	NO CONSTA		ESE MISMO AÑO PIDIÓ QUE FUERA PARA D. DIEGO ANTONIO DE ZAVALA Y ARANGUREN, SU HIJO, EL CUAL INGRESÓ EN 1653 EN LA ORDEN DE SANTIAGO
DOMINGO OSORO LANDAVERDE	1639	CAPITÁN Y SARGENTO MAYOR. SIRVIÓ EN FUENTERRABÍA. CONCEDIDO CON LA	NO CONSTA		

		CONDICIÓN DE VOLVER A SERVIR			
FELIPE CERF Y POLMCHOVEN	1640	CAPITÁN DE UNA DE LAS COMPAÑÍAS DEL TERCIO DEL BARÓN DE MOLINGHEN (VALONES), QUE ESTÁ SIRVIENDO EN CATALUÑA	1640	SANTIAGO	
FELIPE MARTÍNEZ DE ECHEVARRÍA	1640	MAESTRE DE CAMPO. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE QUE SIGA SIRVIENDO	NO CONSTA		
FRANCISCO DE ARANDIA	1637	SIRVIÓ LA CAMPAÑA DE 1636, CUANDO SE INVADIÓ FRANCIA	NO CONSTA		
FRANCISCO DEL CASTILLO PORTOCARRERO	1641	CAPITÁN Y SARGENTO MAYOR	1653	SANTIAGO	TAMBIÉN ES REGIDOR DE MÉJICO
FRANCISCO DÍAZ PIMIENTA	1640	ALMIRANTE DE LA ARMADA	NO CONSTA		ESE AÑO PIDIÓ QUE FUERA PARA D. FRANCISCO DÍAZ PIMIENTA Y DE VALDECILLA, SU HIJO, EL CUAL INGRESÓ EN LA ORDEN DE SANTIAGO
FRANCISCO FEJOO DE SOTOMAYOR	1638	CAPITÁN DE INFANTERÍA EN LA ARMADA	1638	SANTIAGO	
FRANCISCO MANUEL VIDAL CENTENO	1637	CAPITÁN DE INFANTERÍA	NO CONSTA		OFRECIÓ SERVIR CON 33 SOLDADOS PAGADOS
FRANCISCO PLAZA	1640	CAPITÁN DE INFANTERÍA. CONCEDIDO CON LA OBLIGACIÓN DE SERVIR, AUNQUE SE LE EXIME DE ELLO	NO CONSTA		SE LE AUTORIZA A PASAR ESTE HÁBITO EN D. LAZARO DE CEVALLOS Y CARVAJAL, QUIEN INGRESO EN 1641 EN LA ORDEN DE SANTIAGO
HÉCTOR DE LA CALCE Y CUARANTA	1637	MAESTRE DE CAMPO DEL TERCIO DE NAPOLITANOS QUE SIRVE EN BRASIL.	1637	SANTIAGO	
JACQUES COLAERT	1637	CAPITÁN EN LA ARMADA. 36 AÑOS DE SERVICIOS	NO CONSTA		
JAIME DE ANGLADA	1637	SIRVIÓ EN LA LEVA DE INFANTERÍA HECHA EN EL REINO DE MALLORCA	1639	SANTIAGO	
JOSÉ OYANCOS SAÑALES	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE SERVIR 2 CAMPAÑAS	1640	SANTIAGO	
JUAN BAUTISTA DE OTO Y CANTAÑAZOR	1639	CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE	1640	SANTIAGO	



		SERVIR UNA CAMPAÑA			
JUAN DE ARCE	1637	MAESTRE DE CAMPO	1638	SANTIAGO	
JUAN DE OYA Y TRONCOSO	1641	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1641	SANTIAGO	
JUAN DE RADA Y BRAVO	1640	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1641	SANTIAGO	TAMBIÉN ES REGIDOR DE CARTAGENA DE INDIAS
JUAN DE TERRAZAS	1638	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1638	SANTIAGO	
JUAN DE URBINA Y SANZ DE LABORDA	1639	ALMIRANTE DE LA ARMADA. SIRVIÓ EN FUENTERRABÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE CONTINUAR SIRVIENDO	1642	SANTIAGO	
JUAN ESTEBAN GENTIL	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA. 10 AÑOS DE SERVICIOS EN FLANDES	1639	ALCÁNTARA	
JUAN FRANCISCO DIEST	1638	CAPITÁN Y SARGENTO MAYOR. SIRVIÓ EN FUENTERRABÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE VOLVER A SERVIR	NO CONSTA		SOLICITÓ QUE EL HÁBITO FUERA PARA QUIEN SE CASARE CON UNA HIJA SUYA. PERO EN 1681, ÉSTA PIDIÓ FUERA PARA D. LUIS DE ARROYO Y DIEST (SU HIJO, Y NIETO DE D. JUAN FRANCISCO). SU PETICIÓN FUE CONCEDIDA, Y EN 1684 INGRESÓ EN LA ORDEN DE SANTIAGO
JUAN JIMÉNEZ LOBATÓN	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1642	SANTIAGO	RECIBIÓ EL HÁBITO PORQUE AL DUQUE DE MEDINA SIDONIA SE LE CONCEDIERON, EN 1639, 7 HÁBITOS POR HABER LEVANTADO 1.500 HOMBRES PARA REHACER UN TERCIO
JUAN LÓPEZ DE ARÁIZ Y ARRIOLA	1637	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1638	SANTIAGO	
JUAN LÓPEZ DE OLÁIZ	1641	ALMIRANTE DE LA ARMADA	1642	SANTIAGO	TAMBIÉN ES REGIDOR DE MANILA. RECIBIÓ EL HÁBITO PORQUE A D. CESAR NEGRÓN SE LE CONCEDIERON 5 HÁBITOS POR UNA LEVA DE MIL CABALLOS

MARTÍN PÉREZ DE ELEIZALDE	1637	SIRVIÓ LA CAMPAÑA DE 1637, CUANDO SE INVADIÓ FRANCIA POR GUIPÚZCOA	NO CONSTA		CORAZAS AL AÑO SIGUIENTE PIDIÓ QUE FUERA PARA D. MARTÍN DE ELEIZALDE Y URDAIRE, SU HIJO. EN 1639 SU PETICIÓN FUE ACEPTADA E INGRESÓ EN LA ORDEN DE ALCÁNTARA
MARTÍN RODRÍGUEZ DE MEDINA	1640	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1641	SANTIAGO	RECIBIÓ EL HÁBITO PORQUE AL DUQUE DE MEDINA SIDONIA SE LE CONCEDIERON, EN 1640, DOS HÁBITOS POR HABER LEVANTADO 500 HOMBRES
MIGUEL DE ORNA Y RUIZ	1639	ALMIRANTE DE LA ARMADA DE DUNQUERQUE	1640	SANTIAGO	
MIGUEL PEREDA DE LA CARCOBA	1637	CAPITÁN DE INFANTERÍA. 17 AÑOS DE SERVICIOS EN INDIAS	1637	SANTIAGO	OFRECIÓ SERVIR CON 35 SOLDADOS PAGADOS PUESTOS EN PERPIÑÁN
PEDRO DE LAS MUÑECAS ALCEDO	1637	CAPITÁN DE INFANTERÍA	1637	SANTIAGO	OFRECIÓ SERVIR CON 33 SOLDADOS PAGADOS
PEDRO REAL Y DE STABILE	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA Y SARGENTO MAYOR, SIRVIÓ EN FUENTERRABÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE VOLVER A SERVIR.	1639	SANTIAGO	
PEDRO SÁENZ IZQUIERDO Y DE NAFARRATE	1639	CAPITÁN DE INFANTERÍA Y ALCALDE ORDINARIO DE FUENTERRABÍA. CONCEDIDO CON LA CONDICIÓN DE VOLVER A SERVIR.	1655	SANTIAGO	
SALVADOR RODRÍGUEZ Y LOBATO	1640	ALMIRANTE DE LOS NAVÍOS DE LA ARMADA DE FLANDES AGREGADOS A LA ARMADA DEL MAR OCÉANO	1642	SANTIAGO	
TIBERIO BRANCACCIO Y DE SANGRO	1637	MAESTRE DE CAMPO. 20 AÑOS DE SERVICIO EN NÁPOLES, ALEMANIA Y MILÁN.	1639	SANTIAGO	

**Fuente:** Elaboración propia a partir de: AGS, GA, Legs. 1122 y 1215, y AHN, OO.MM, Legs. 104-106, 1397, 7022.

### **6.3.2. CONCESIONES DE HÁBITOS POR EL RECLUTAMIENTO DE SOLDADOS.**

Las grandes dificultades de la Corona a la hora de levantar contingentes militares la llevaron a depender cada vez más de la iniciativa privada. Se trataba de una solución que, a pesar de no ser la más deseable (tal y cómo hemos podido comprobar a la hora de analizar este modelo de reclutamiento), era la que permitía paliar estas deficiencias con mayor celeridad. Al igual que en el epígrafe anterior, consideramos que detrás de la aceptación y consolidación de esta práctica se encuentra la mano del Conde Duque de Olivares, pues la utilización de los hábitos de las Órdenes Militares para recompensar a quienes aprestaran contingentes militares, no solo era aceptable, sino que, en vista de la multiplicación de frentes a los que debía enfrentarse la monarquía española, se debía utilizar este caudal de honores para aprestar el mayor número posible de efectivos.

Pese a que esta cuestión es, a nuestro juicio, una de las más importantes a la hora de intentar cualquier aproximación al ejército hispánico en el siglo XVII, lo cierto es que hasta la aparición de los trabajos de Andújar Castillo y Rodríguez Hernández, a los cuales nos hemos referido en las páginas anteriores, ha permanecido en un segundo plano en la historiografía. Con todo, la aportación de estos autores se ha centrado en la segunda mitad del siglo XVII y el siglo XVIII. De modo que no contamos con ningún estudio sobre la concesión de estas prebendas, como gratificación al levantamiento de unidades militares, en los años comprendidos entre el estallido de la guerra con Francia y el abandono del poder por parte de D. Gaspar de Guzmán (1635-1643).

Esos ocho años, trascendentales para el devenir de la monarquía habsbúrgica, fueron testigos de una febril actividad en esa dirección, pues como tendremos ocasión de comprobar, fueron numerosas las transacciones que se gestionaron entre la Corona y los reclutadores privados. Según nuestro criterio, todas las ofertas presentadas no pueden ser recogidas bajo un mismo epígrafe, pues se aprecian diferencias considerables entre ellas. En primer lugar, se encontrarían las ofertas presentadas a través de la Junta de Hábitos, organismo al que hemos aludido a lo largo de las páginas anteriores, y sobre el cual no nos extenderemos demasiado por haber sido tratado en

otro trabajo<sup>1086</sup>. No obstante, debemos mencionar que inició sus actividades a principios de 1635, con la misión de “honrar con hábitos, en quien concurran partes, a quien sirviere con gente vieja pagada”<sup>1087</sup>. Sin embargo, pese a este insigne propósito, el objetivo era mucho más mundano: hacer compatible la demanda de hábitos de las Órdenes Militares con la necesidad de soldados en particular veteranos, para hacer frente a la amenaza francesa. La idea original era que los aspirantes a vestir el hábito entregaran un número de soldados, variable según las circunstancias y los servicios personales de cada uno, pero con el tiempo se empezó a conmutar por su equivalente monetario.

En la alteración de la naturaleza originaria del servicio tuvieron mucho que ver las dificultades encontradas por la mayor parte de los solicitantes para aprestar los hombres pactados. De esta manera, se intentó utilizar los efectivos reclutados para las coronelías, con destino a Perpiñán, para que pudieran hacer efectivas sus ofertas. Así, se conmutaría a dinero el servicio ofrecido, el cual se destinaría a la paga de los soldados ya reclutados, cuyos coroneles sólo estaban obligados a dar tres o cuatro pagas, y a partir de entonces eran sustentados con cargo a la Real Hacienda<sup>1088</sup>.

De esta manera, tanto la Corona como los particulares saldrían ganando. Por un lado, el rey dispondría de un contingente de soldados veteranos pagado y abastecido, mientras que los solicitantes estarían en condiciones de cumplir con su ofrecimiento de una manera mucho más fácil y rápida. Además, se estableció imponer un recargo adicional del 33% a todo aquel que, en vez de presentar los soldados requeridos, se acoja al pago en efectivo.

Según nuestros datos podemos afirmar de forma inequívoca que a través de este organismo se gestionaron casi 100 propuestas (exactamente 98), de las que se aceptaron 86. En la mayoría de los casos, la causa del rechazo fue que la junta juzgó insuficiente el número de soldados aportados (6 casos), mientras que las restantes abarcan un amplio espectro: imposibilidad de hacer frente al pago, obtención del hábito por otras instancias, etc<sup>1089</sup>. Del mismo modo, sabemos que la mayoría de los hábitos fueron a parar a los solicitantes, pues en el 84% de las ofertas presentadas coincide la persona

---

<sup>1086</sup> JIMÉNEZ MORENO, A.: Honores a cambio de soldados..... *Op. cit.*

<sup>1087</sup> *Ibidem.*

<sup>1088</sup> *Ibidem.*

<sup>1089</sup> *Ibidem.*

que hace la oferta y el potencial destinatario; mientras que el 16% restante divergen, siendo el receptor, en la mayoría de los casos, un pariente<sup>1090</sup>.

Podemos afirmar que el precio medio solicitado por el hábito se situó en unos 1.600 ducados de plata, es decir, el equivalente a los gastos de reclutamiento, conducción y sueldo de 26 soldados durante un año<sup>1091</sup>. No obstante, se aprecian diferencias más que notables en la cantidad abonada para su obtención. En un extremo se encuentra el caso de D. Bartolomé de Haro y Benavides (que afirmaba haber servido 6 años en la Armada del Mar Océano y en Milán) quien pagó 250 ducados por ella (equivalente al sueldo de 10 soldados durante 4 meses). Mientras que en el otro, D. Antonio del Castillo, de Sevilla, fue quien tuvo que hacer un mayor esfuerzo, pues abonó 4.500 ducados (75 soldados)<sup>1092</sup>.

En cuanto a los resultados prácticos en que se tradujo esta iniciativa, según nuestro criterio, pueden ser valorados de forma positiva. Según reconocía la propia junta, hasta enero de 1640 había conseguido reunir cerca de 115.000 ducados en plata, y 925 soldados que fueron entregados en los presidios de Perpiñán, Barcelona y Pamplona, con un coste cero para la Real Hacienda<sup>1093</sup>.

Pero junto a estas ofertas, canalizadas a través de la Junta de Hábitos, se documentan otro importante número de concesiones de hábitos de las Órdenes Militares, gestionadas a través de otras entidades administrativas como la Junta de las Coronelías, la Junta de Ejecución o la Junta de Coroneles, todas ellas con responsabilidad en materia de reclutamiento, y que desempeñaron un activo papel a la hora de intentar paliar la insaciable demanda de hombres que exigía la defensa de la monarquía de Felipe IV. A diferencia de los casos que hemos presentado anteriormente, aquí nos encontramos, en general, ante levas propiamente dichas, y solo se contabiliza algún caso aislado en el que el ofrecimiento se realiza en dinero, en lugar de en soldados.

Según Andujar Castillo, en función de los hombres aprestados, se pueden diferenciar tres clases de reclutamientos: unidades “tipo compañía”, 100 hombres como máximo; el de tercios, sobre 400-500 hombres y, en último lugar, alistamientos a “gran escala”, los cuales superaban el millar de hombres y que en ocasiones se llevaban en el

---

<sup>1090</sup> *Ibidem*.

<sup>1091</sup> JIMÉNEZ MORENO, A.: Los caballeros de hábito.....*Op.cit.* pp. 196-201.

<sup>1092</sup> JIMÉNEZ MORENO, A.: Honores a cambio de soldados..... *Op. cit.*

<sup>1093</sup> *Ibidem*.

extranjero<sup>1094</sup>. Conforme esta clasificación, de las 69 levas que hemos conseguido identificar, 15 de ellas (el 22%) se incluyen en la primera categoría, aunque en nuestro caso la hemos ampliado hasta los 200 hombres. Otras 23 (33%) abarcan efectivos comprendidos entre 200 y 600 reclutas, mientras que las que superan los 800 hombres aparecen en la misma cantidad. En último lugar, tenemos constancia de 8 levas (el 12%) en las cuales no hay ninguna alusión al número de soldados presentes, sino que se trata del levantamiento de una unidad, o se omite la cifra.

En cuanto a las cifras totales, según nuestros cálculos, los efectivos teóricos a levantar estarían en torno a los 37.000 hombres. Según los datos del cuadro 13, sumaban 35.330 hombres, a los cuales había que agregar: una coronelía (unos 500 hombres), una leva de caballería (50-100), una leva para los navíos de la armada de Nápoles (600-800) y tres levas particulares (900-1.300 hombres), por lo que estaríamos hablando de una media anual de casi 5.400 hombres al año, lo cual, vista la situación, suponía paliar parte de las necesidades bélicas de la Corona española. A cambio, la Corona había prometido a los reclutadores un total de 166 hábitos, lo que significa una media de 2'4 hábitos por leva. Según este cálculo, los reclutadores debían aprestar 227 hombres para poder aspirar a este honor.

No es nuestra intención abordar el alistamiento mediante el sistema de asiento, aunque inevitablemente no nos quede más remedio que aludir a el. Lo que realmente nos interesa es su papel como servicio preferente a la hora de las concesiones de hábitos, los cuales, en la mayoría de los casos, no son para ellos, sino que tendrían la facultad de concederlos a quien consideraran oportuno, o bien podrían “beneficiarlos”, es decir, proceder a su venta, para financiar la operación.

Así, hasta 62 de los 166 hábitos concedidos por este concepto (el 37%), fueron concedidos a militares para disponer de ellos arbitrariamente; mientras que otros 58 (35%) acabaron en manos de miembros del segundo estado para, a su vez, distribuirlos entre quien creyeran conveniente. En cuanto al resto, 8 mercedes (el 5%), se emplearon en profesionales de la milicia, aunque en esta ocasión si fueron proveídos en sus personas. Otros 12 reclutadores se empleaban en actividades diversas, mientras que de los 26 reclutadores restantes no hemos encontrado ninguna referencia a su ámbito profesional.

---

<sup>1094</sup> ANDUJAR CASTILLO, F.: *Empresarios de la guerra y..... Op. cit.* pp. 378-379.

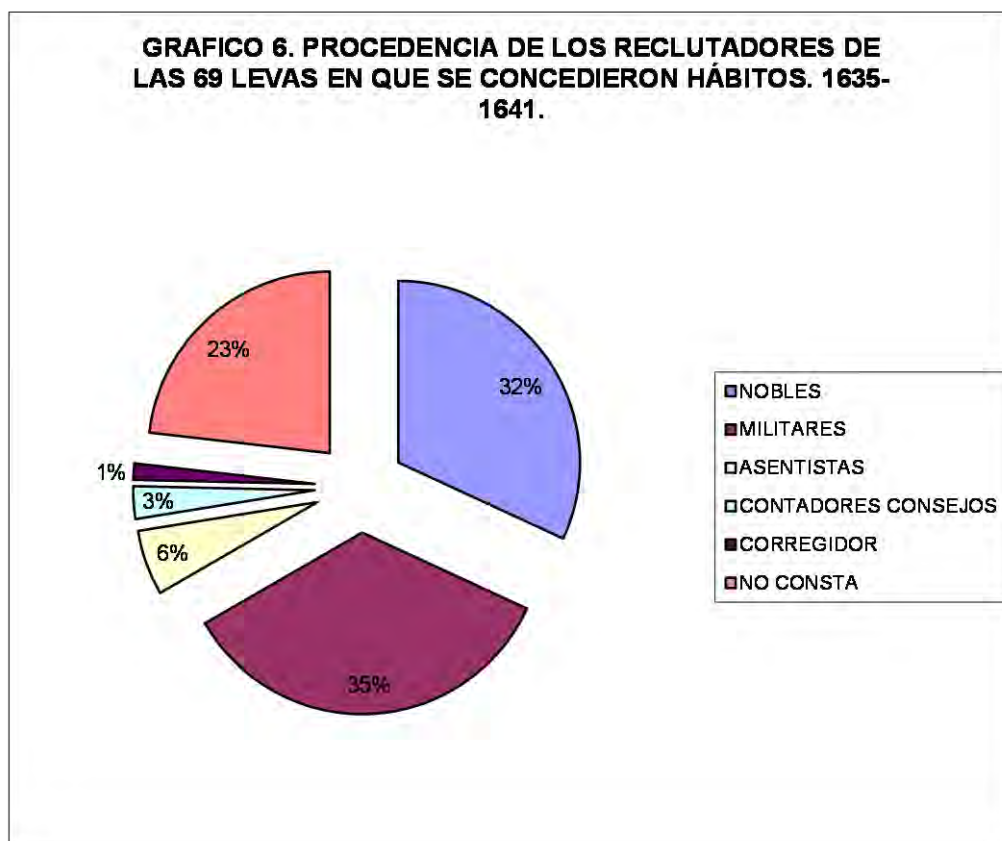
Con todo, nos ha resultado mucho más difícil localizar los beneficiarios últimos de la merced, en la mayor parte de las ocasiones, se buscó borrar cualquier indicio que permitiera sospechar que el hábito había sido concedido por realizar una leva. Pese a estas dificultades, hemos podido identificar hasta 22 militares (el 13%), 8 individuos (el 2%) que prestaban servicios en la administración local (regidores, alféreces mayores, veinticuatro), tres familiares de la Inquisición y otros tantos que lo hacían en la burocracia real. Por el contrario, no hemos podido encontrar ningún indicio fidedigno del destino final de 130 hábitos (el 78%), lo cual podría deberse a este afán por ocultar la verdadera causa del acceso al honor.

Por otra parte, de los 297 hábitos concedidos por servicios militares entre 1635-1641, estamos en condiciones de afirmar que 51 de ellos (el 17%) tienen alguna vinculación, o con el ofrecimiento de soldados pagados o con el levantamiento de tropas. Estos servicios son ofrecidos tanto por las personas que solicitan el hábito como por sujetos ajenos a ellas, pues se documentan concesiones a terceras personas, a cambio de estas prestaciones. De ellos, 30 (59%), se inclinaron por aprestar soldados con cargo a sus fondos; 9 (18%) levantaron unidades militares (desde compañías a tercios) y, en último lugar, 12 profesionales de la milicia (el 23%) recibieron sus mercedes porque reclutadores privados les designaron para los hábitos que se les habían sido concedidos como recompensa por las levadas efectuadas.

A la hora de establecer un perfil de los reclutadores, hay dos situaciones que monopolizan la mayor parte de las concesiones: pertenencia al estamento privilegiado y desempeño de un cargo de la oficialidad en el ejército (en concreto capitanes y maestros de campo) con 22 (32%) y 24 (35%) situaciones respectivamente. Del mismo modo, hemos localizado cuatro levadas (6%) que fueron llevadas a cabo por asentistas, otras dos por contadores del Consejo de Hacienda, y otra por un corregidor. Mientras que de las 16 restantes no hemos encontrado ningún dato sobre los individuos que las ejecutaron.

Respecto a los primeros, deberíamos hablar más de una imposición de la Corona que de un ofrecimiento voluntario, pues no hemos encontrado ninguna alusión a que se tratara de levadas voluntarias, ofrecidas de forma altruista por la nobleza titulada. En general, se trata de reclutamientos realizados con cargo a las rentas de los aristócratas (es decir, no percibían dinero por el alistamiento), pues debían costear los gastos que generaba este servicio, pagar el primer sueldo y el mantenimiento de los hombres hasta que fueran entregados a los oficiales reales en sus destinos. En este sentido, tales requerimientos se inscriben dentro de la tendencia inaugurada a partir del año 1635,

caracterizada por un significativo aumento de las peticiones a la nobleza para que contribuyeran con hombres llevados en sus dominios<sup>1095</sup> (ya que para la Corona, por sí misma, era harto complicado realizar cualquier tipo de alistamiento en territorios señoriales, sin contar con su colaboración).



**Fuente:** Elaboración propia a partir de: AHN, OO.MM., Legs. 104, 105, 107, 108, 121, 1104, 1397, 6340. AHN, Consejos, Leg. 4431, 13197. AGS, GA, Legs. 1185, 1215, 1217, 1218, 1326, 1327, 1328.

Pese a todo, la voracidad del poder regio no significó un atropello de las posiciones aristocráticas, y que éste pasara como un rodillo sobre los principales súbditos de Felipe IV. De esta manera, el rey debió mostrarse generoso y atender sus peticiones para poder llevar a cabo la leva; entre ellas, poder seguir cobrando las denominadas alcabalas de tolerancia o de permisión<sup>1096</sup>. Según puso de manifiesto Domínguez Ortiz, la mayoría de las alcabalas que eran percibidas por particulares,

<sup>1095</sup> Una muestra la encontramos en el famoso artículo de Jago sobre la “crisis” de la aristocracia, centrado en la casa ducal de Bejar. JAGO, C.: “The crisis of the aristocracy in seventeenth-century Castile”, en: *Past and Present*, nº 84 (1979). pp. 60-90.

<sup>1096</sup> GARCÍA HERNÁN, D.: “Las fuentes de ingresos de la aristocracia castellana bajo los Austrias”, en: *Torre de los Lujanes*, nº 28 (1994). pp. 45-59.



estaban en manos de la nobleza titulada, y suponían, a la altura de 1637, que la Corona no recibía ni un maravedí de más de 3.600 localidades castellanas<sup>1097</sup>.

Las crecientes necesidades financieras de la Corona, y la política olivariana de involucrar a títulos y grandes en el esfuerzo bélico común, motivaron que iniciara una política tendente a la recuperación de estos derechos. No obstante, en lugar de embarcarse en costosos y largos procesos legales, se les planteó la posibilidad de que, a cambio de levantar a su costa un contingente militar (aproximadamente un millar de hombres), podrían continuar percibiéndolas<sup>1098</sup>. Otra de las demandas presentadas para asumir estos reclutamientos, a la cual ya nos hemos referido, era la facultad para tomar fondos de sus mayorazgos a través de la imposición de censos, con la clara finalidad de obtener liquidez gracias al servicio a la Corona, o autorizar la venta de algunos bienes raíces vinculados a su mayorazgo<sup>1099</sup>.

Pese a que estas prebendas tenían una importancia capital para los intereses nobiliarios, el levantamiento de tropas ofrecía a los nobles una opción más para reforzar su patronazgo y su papel como distribuidores de la gracia real. En esta faceta jugaron un papel preferente los hábitos de las Órdenes Militares, en una doble dirección. En primer lugar, al recibir las cédulas con los nombres de los beneficiarios en blanco imprimiría un mayor dinamismo a la leva, pues podría emplear estas mercedes en aquellos individuos que hubieran colaborado en la realización de este servicio, bien mediante el reclutamiento de efectivos, bien sufragando los gastos ocasionados. De esta manera, al igual que hacía el rey con aquellos que le servían fielmente, el noble se mostraría generoso con quienes habían acudido en su auxilio. Además, los hábitos concedidos también podían ser empleados, a imitación del monarca, para recompensar a “personas de su casa y obligación”, lo cual suponía situar al noble en una posición privilegiada, desde la cual podía apuntalar un sistema de relaciones clientelares y “vasalláticas”, basado en el intercambio mutuo de favores y asistencias<sup>1100</sup>.

---

<sup>1097</sup> DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: Política y ..... *Op. cit.* pp. 197-198.

<sup>1098</sup> Entre los ejemplos recogidos por Domínguez Ortiz, se encuentran los del marqués de Priego, que en 1638 ofreció una leva de 1.000 hombres por seguir cobrando las alcabalas de Montilla (Córdoba), o el duque de Arcos, que ese mismo año puso a disposición del monarca los mismo hombres, por continuar percibiendo las de Marchena (Sevilla). *Ibidem.* 202-203.

<sup>1099</sup> JAGO, C.: “The influence of debt on the relations between Crown and aristocracy in seventeenth-century Castile”, en *The Economic History Review*, vol. 26, nº 2 (1973). pp. 218-236. YUN CASALILLA, B.: “La situación económica de la aristocracia castellana durante los reinados de Felipe III y Felipe IV”, en: ELLIOTT, J.H. y GARCÍA SANZ, A. (coords): *Op. cit.* pp. 519-551.

<sup>1100</sup> En esta categoría se incluyen los hábitos concedidos al duque de Béjar en 1636, por haber realizado una leva, los que recibió ese mismo año al conde de Oropesa por haber levantado una coronelía, o al marqués de Priego en 1637. *Papel del secretario Juan Lorenzo de Villanueva al secretario D. Francisco*

La concesión de hábitos y patentes de los empleos de la oficialidad en blanco, suponían un poderoso estímulo a la hora de enfrascarse en engorrosos reclutamientos que, en principio, ofrecían pocos alicientes. Pero gracias a que el monarca ponía en manos de la nobleza prerrogativas que, teóricamente, eran de su exclusiva competencia, estaban en condiciones de ejercer un mayor grado de control sobre los asuntos de carácter militar, pues decidirían quiénes iban a ostentar los empleos de la oficialidad; a la vez que influirían en los procesos de movilidad social cuando ponían un nombre, y no otro, en las cédulas de los hábitos que recibían.

Entre los aristócratas más activos en esta faceta, se encontraba D. Juan Ramírez de Arellano y Mendoza, marqués de La Hinojosa, el cual, en 1639, costeó el reclutamiento de 1.950 hombres, en dos levass. Gracias a este servicio, recibió cinco hábitos para que los repartiera entre quienes le hubieran prestado asistencia. La primera de las levass llevada cabo por este aristócrata, consistió en levantar 500 hombres, por orden de la Junta de Ejecución, con los cuales formaría su regimiento. Como contraprestación, recibió dos hábitos de las Órdenes Militares<sup>1101</sup> que fueron a parar a dos caballeros sicilianos: D. Julio de Caro y Tomás, de Palermo; y D. Juan María Trigona, de Piazza Armerina, que ostentaba el título de barón de Dinnamare<sup>1102</sup>.

Pese a que se intentaba legitimar estas concesiones, lo cierto es que siempre estuvieron rodeadas de suspicacias, pues se sospechaba que escondían compras encubiertas. Y en realidad de eso se trataba, ya que los dos individuos agraciados con la merced de hábito habían realizado un desembolso económico para que el reclutamiento llegara a buen puerto, y a cambio esperaban ser remunerados. Si bien no se trata de una compra en el sentido literal de la palabra, a la manera de las realizadas por la Junta de Hábitos, en realidad estamos ante algo muy próximo.

---

*de Calatayud en el que informa que S.M., por consulta de la junta de las Coronelías, ha hecho merced de tres hábitos para las personas que señalare.* Madrid, 28-4-1636. AHN, OO.MM, Leg. 121(2), nº 121. *Decreto del rey dirigido al secretario D. Francisco de Calatayud, en el que le informa que ha hecho merced al conde de Oropesa, de cuatro hábitos para personas de su casa y obligación, en consideración al servicio que está haciendo de levantar una coronelía.* Madrid, 20-8-1636. AHN, OO.MM, Leg. 1397. *Papel del secretario Pedro de Villanueva al secretario D. Francisco de Calatayud, en el que informa que S.M., por consulta de la junta de Coroneles, ha hecho merced al marqués de Priego de tres hábitos para personas de su obligación.* Madrid 25-11-1637. AHN, OO.MM, Leg. 107(2), nº 1.

<sup>1101</sup> *Papel del secretario D. Fernando Ruiz de Contreras a la secretaría de Órdenes, en el que informa que S.M., por consulta de la junta de Ejecución, ha hecho merced al marqués de La Hinojosa de dos hábitos de las Órdenes Militares.* Madrid, 12-3-1639. AHN, OO.MM., Leg. 104(1), nº 72.

<sup>1102</sup> “(.....) Para los dos hábitos de Santiago de que S.M., que Dios guarde, me ha hecho merced, nombro a (.....) y a (.....) por ser personas de obligación, y que me han ayudado a esta leva con algún número de gente.” *Papel del marqués de la Hinojosa al secretario Morán, en el que le informa de las personas que ha escogido para los dos hábitos de Santiago de que S.M. le ha hecho merced.* Madrid, 13-4-1639. AHN, OO.MM., Leg. 104(1), nº 72.

Con estos condicionantes, era cuestión de tiempo que surgieran controversias entre aquella, encargada de gestionar (al menos en teoría) las pretensiones de hábitos de todos aquellos que estaban dispuestos a ofrecer soldados a cambio, o su equivalente económico, y otros organismos como la Junta de Ejecución o la Junta de Coroneles, que tenían competencias en esta misma materia. Lo que se trataba de evitar, o al menos reducir lo más posible, era que las personas a quienes se concedían hábitos “para disponer de ellos” (entre los cuales se encontraba el marqués de La Hinojosa), no se enriquecieran con su venta. En suma, la Junta de Hábitos no cuestionaba que se concedan estos honores a individuos que han prestado servicios en las levadas, lo que se critica es que produzca una compraventa y, sobre todo, que la Corona no reciba ni un maravedí de estas transacciones, los cuales iban a parar a la bolsa del vendedor<sup>1103</sup>.

Pese a que el rey consideró acertado el dictamen de este organismo, con sumo pesar reconocía que, en las circunstancias actuales, se debía aceptar cualquier oferta aunque hubiera evidencias de la comisión de alguna irregularidad<sup>1104</sup>. En este caso concreto, las sospechas sobre prácticas ilegales en la concesión de los hábitos son más que razonables, pues el primero de los agraciados, D. Julio de Caro, nunca llegó a recibir esta merced, y tampoco hay ninguna evidencia de que muriera por esos años. De este modo, sería razonable suponer que este hábito hubiera sido vendido por D. Julio para resarcirse de los gastos ocasionados por la leva, y que hubiera ido a parar a una tercera persona. Nuestras sospechas se ven confirmadas por un hecho muy esclarecedor. Unos días antes, el 4 de abril, se hizo merced al marqués de la Hinojosa de un hábito de la orden de Santiago para usarlo como considerara conveniente, (que fue a parar al siciliano D. Juan Delcarreto y Veintimilla, conde de Racamulto y príncipe de Veintimilla), a cuenta del sueldo que se le debía como capitán de una compañía de las Guardas de Castilla<sup>1105</sup>.

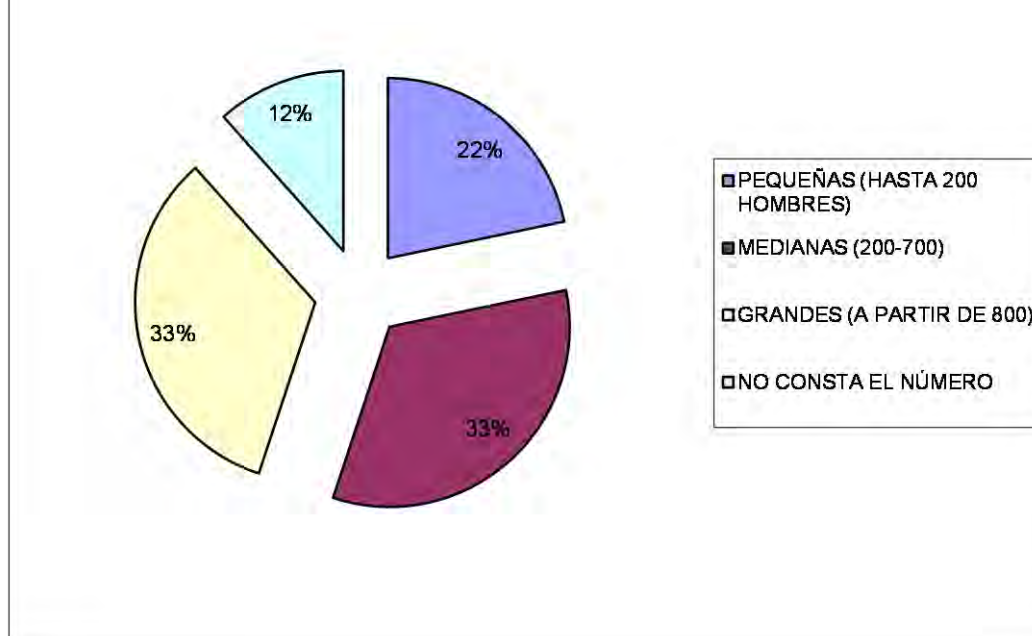
---

<sup>1103</sup> “(.....) sería bien, antes de dárselos los despachos de estos hábitos, entender con certeza que no interviene pecunia en esta gracia y traspaso. Y qué servicio es el que estas personas han hecho para la leva que el marqués dice, y merecer este honor. Y no siendo equivalente a el, que hagan de nuevo el que V.M. fuere servicio, demás de quedar ellos obligados a servir con sus personas.” *Consulta de la junta de Hábitos en la que dice lo que se le ofrece, cumpliendo con lo que V.M. tiene mandado, cerca de la merced que V.M. ha hecho al marqués de La Hinojosa, de dos hábitos de la orden de Santiago*. Madrid, 15-4-1639. AHN, OO.MM, Leg. 6340(2).

<sup>1104</sup> “La junta consulta muy bien, si fuere posible conseguirlo. Pero es menester cerrar los ojos hasta que Dios quiera.” *Ibidem*.

<sup>1105</sup> “El secretario D. Fernando de Contreras ha escrito un papel a la secretaría de las Órdenes, en 21 de julio pasado, en que dice que V.M., por consulta de 4 de abril de este año, ha resuelto que al marqués de La Hinojosa, se le de un hábito para disponer de el, por cuenta de lo que se le debe de su sueldo de capitán de una compañía de las Guardas de Castilla, cediendo a la Real Hacienda la cantidad concurrente, con que se sirve por la junta de Hábitos, para que se cobre de la consignación de las Guardas.” *Consulta*

**GRAFICO 7. TAMAÑO DE LAS 69 LEVAS EN LAS QUE SE CONCEDIERON HÁBITOS A LOS RECLUTADORES. 1635-1641.**



**Fuente:** Elaboración propia a partir de: AHN, OO.MM., Legs. 104, 105, 107, 108, 121, 1104, 1397, 6340. AHN, Consejos, Leg. 4431, 13197. AGS, GA, Legs. 1185, 1215, 1217, 1218, 1326, 1327, 1328.

Con todo, tal concesión no era algo novedoso, pues ya hemos visto que se había realizado con otros aristócratas. Lo destacable fue que, por la Junta de Hábitos (organismo encargado de tramitar esta concesión) se recomendó al monarca que, en el decreto que se enviara a la secretaría del Consejo de Órdenes, notificando esta merced, no constara que había sido concedida por este concepto, sino que se debía a una solicitud del marqués, que deseaba ver honrado a D. Juan<sup>1106</sup>. Este testimonio, y otros similares, nos presentan un panorama muy diferente del que habíamos dado por supuesto en algunas concesiones de hábitos que, bajo la apariencia de responder a la intercesión de un noble, revelan una realidad menos generosa, pues responden a operaciones mercantiles que esconden una compraventa encubierta de la merced.

---

*de la junta de Hábitos con lo que se le ofrece cerca de un papel que el secretario D. Fernando de Contreras ha enviado a la secretaría de las Órdenes, sobre la merced que V.M. ha hecho al marqués de La Hinojosa, de un hábito para disponer de el. Madrid, 19-8-1639. AHN, OO.MM, Leg. 1104.*

<sup>1106</sup> “(.....) Y ha aparecido consultar a V.M. que no conviene que en lo público se sepa la causa porque V.M. hizo al marqués esta merced, sino que, pues V.M. la sabe, se sirva de mandar sea por su real decreto, haciendo merced a esta persona a suplicación del marqués, como se ha hecho en otros casos semejantes.” *Ibidem*.

Hemos localizado otros cuatro casos que responden a este mismo patrón, uno de ellos presenta indicios claros de compra encubierta, mientras que los otros tres no admiten margen de error. En cuanto al primero, se trata del marqués de Malagón, que recibió un hábito de la orden de Santiago para “persona de su obligación” (que fue a parar a D. Rodrigo de la Vera Cimbrón, regidor de Mérida y familiar de la Inquisición de Llerena), por haberse encargado de la remonta de la compañía de las Guardas de Castilla de que era capitán, y renunciar a los 2.500 ducados que se adeudaban en concepto de salario<sup>1107</sup>. Aunque no se haga referencia expresa en la documentación, ¿qué diferencia este supuesto de lo acontecido con el marqués de La Hinojosa?

Lo sucedido con el conde de Puñonrostro no ofrece ninguna duda, pues también el 4 de abril se le hizo merced de un hábito a cambio de la cantidad que estaba pendiente de pago, también de sueldo como capitán de una compañía de las Guardas<sup>1108</sup>. Además, la Junta de Hábitos no tuvo ningún reparo en informar de la cantidad en que estaba tasada esta merced, 2.000 ducados de vellón, la cual sería puesta a disposición de este organismo para emplearlo en el equipamiento, conducción y paga de los soldados que estaba aprestando<sup>1109</sup>.

Con todo, según hemos podido constatar, la mera concesión del hábito no era suficiente para satisfacer las pretensiones, tanto del conde como del potencial destinatario de la merced. Ahora había que camuflar un acto irregular, y revestirle de legalidad, conforme a la normativa vigente. Para ello se articuló un falso parentesco entre el conde de Puñonrostro y el receptor del hábito (de la orden de Alcántara): D. Luis de Sesse y Bobadilla, natural de Olmedo (Valladolid), futuro corregidor de la ciudad de Cáceres, pues el aristócrata manifestaba que D. Luis era su primo. En segundo lugar, se optó por eliminar cualquier referencia a que la concesión se debía a la conmutación de una deuda, a la manera de lo llevado a cabo en otras ocasiones, y se optó por una fórmula tan imprecisa como llena de sospechas: unos servicios de los que no hay ningún testimonio, y por haberlo suplicado el conde<sup>1110</sup>. Así, ambas partes

---

<sup>1107</sup> *Papel del secretario Contreras a la secretaría de Órdenes, en el que informa que S.M., por consulta de la junta de Ejecución, ha hecho merced al marqués de Malagón de un hábito para persona de su obligación.* Madrid, 10-4-1639. AHN, OO.MM, Leg. 104(2), nº 196.

<sup>1108</sup> *Consulta de la junta de Hábitos en la que dice lo que se le ofrece cerca de un papel que el secretario D. Fernando de Contreras remitió a la secretaría de las Órdenes sobre la merced que V.M. hizo al conde de Puñonrostro, de un hábito para disponer de él.* Madrid, 5-6-1639. AHN, OO.MM, Leg. 6340(2).

<sup>1109</sup> “y que porque en la parte que toca, le queda hecho cargo de 2.000 ducados de vellón (que es en lo que está valuado cada hábito), lo avisa para que se cumpla la voluntad de V.M.” *Ibidem*.

<sup>1110</sup> “Y el conde de Puñonrostro ha hecho nombramiento para el hábito de Alcántara, en D. Luis de Sesse y Bobadilla, que dice es su primo. Y antes de dársele el despacho, ha parecido representar a V.M. que como quiera que V.M. puede hacer merced de esta hábito al conde, y a quien más fuere servido, el decirse

quedaban satisfechas. Por un lado, la Corona podía destinar a usos militares una cantidad de dinero que, de otra manera, se habría divertido en el maremagnum de las finanzas reales. Mientras que el aspirante a ser honrado con un hábito, podía limpiar cualquier vestigio de irregularidad en el proceso, al tiempo que lo revestía con un aura de legitimidad prácticamente indeleble.

Por esas fechas se planteó la misma situación con el marqués de Povar, a quien se le debían 1.500 ducados por el mismo concepto, y se le concedió un hábito para “disponer de el”, a cambio de renunciar a esta cantidad, la cual pasaría a ser gestionada por la Junta de Hábitos<sup>1111</sup>. La decisión final fue idéntica a la adoptada con el conde de Puñonrostro, pues D. Francisco de Avendaño y de la Lama, destinatario de la merced, en este caso, de la orden de Calatrava, consiguió que no constara el verdadero motivo de la concesión del hábito, y que se recurriera a la misma fórmula que en el hábito de D. Luis de Sesse<sup>1112</sup>.

El último caso que traemos a colación es el del marqués de Palacios, a quien también se le hizo merced, a mediados de julio de 1639, de un hábito de la orden de Santiago. Aunque esta ocasión no era a cambio renunciar al salario que se le adeudaba, sino que se trataba de los gajes que le correspondían como capitán de una compañía de las Guardas de Castilla que se le acababa de conceder (cuyo anterior titular era el marqués de Cañete), los cuales estaban tasados en 2.000 ducados de vellón, y pasarían a engrosar los fondos de la Junta de Hábitos<sup>1113</sup>. Pero lo que nos llama la atención de este

---

en la orden que envió D. Fernando de Contreras que le quedan cargados por él 2.000 ducados de vellón (que es en lo que está valuado cada hábito), tiene mucho de inconveniente, y que se puede honestar esto con palabras más honrosas y a propósito de la materia (como se suele hacer en otros decretos y órdenes que V.M. da, de mercedes de hábitos semejantes). Y así, parece que, siendo V.M. servido, podría mandar se hiciese nueva orden para la merced de este hábito, que V.M. ha dado al conde, omitiendo lo de los 2.000 ducados, pues no es requisito necesario para ella en lo público.” *Ibidem*

<sup>1111</sup> “(.....) Se ha visto en la junta otro papel del secretario Contreras, en que dice que por consulta de 18 de mayo pasado, ha hecho V.M. merced al marqués de Povar de un hábito, para que pueda disponer de el en lugar de 1.500 ducados que se le deben de su sueldo de capitán de otra compañía de las Guardas de Castilla, y que queda notado y prevenido así en el asiento que tiene de tal capitán, y cómo ha hecho cesión de ellos.” *Consulta de la junta de Hábitos en la que dice lo que se le ofrece cerca de un papel que el secretario D. Fernando de Contreras ha enviado a la secretaría de las Órdenes, en que V.M. hace merced al marqués de Povar de un hábito para disponer de el.* Madrid, 17-9-1639. AHN, OO.MM, Leg. 6430(2).

<sup>1112</sup> “(.....) Y V.M. fue servido de mandar que el hábito para la persona que nombró el conde de Puñonrostro, fuera en consideración de en consideración de sus servicios [de D. Luis de Sesse] y de haberlo suplicado el conde. Y en el hábito concedido al marqués de Povar para D. Francisco de Avendaño y de la Lama, que eligió el de la orden de Calatrava, hase reparado en lo mismo. Y parece a la junta que, siendo V.M. servido, puede mandar se haga en este lo mismo que en aquel, omitiendo lo de la pecunia, pues no es requisito necesario para en lo público, estando V.M. satisfecho de las causas porque hizo esta merced al marqués de Povar.” *Ibidem*.

<sup>1113</sup> *Papel del secretario D. Fernando de Contreras a la secretaría de Órdenes en el que informa que S.M., por consulta de la junta de Ejecución, ha hecho merced de hábito de la orden de Santiago, por*

supuesto, es que el marqués tuvo problemas a la hora de nombrar la persona en quien recaería esta merced. En un principio se trató de D. Antonio de Torres Camargo, oidor de la Chancillería de Granada y veinticuatro de dicha ciudad, pero a mediados de octubre se publicó una orden real en la que se prohibía a las personas que habían recibido hábitos para, a su vez, concederlos a quien creyeran oportuno, hacer nombramientos en quienes ostentaran algún empleo dentro de la maquinaria administrativa de la Corona, tanto en España como en las Indias<sup>1114</sup>. No le quedó más remedio que aceptar esta disposición y designar un nuevo beneficiario. El elegido fue D. Juan de Chaves Sotomayor, capitán de infantería y regidor perpetuo de Badajoz, natural de Béjar (Salamanca) quien finalmente lo recibió en 1645<sup>1115</sup>.

¿A que se debió este intento de marginar a los integrantes del aparato burocrático? Por una parte, nos inclinamos a pensar que, detrás de todo, se encontraría un deseo de preferir a los militares en detrimento de los miembros de consejos y tribunales, pues la persona nombrada en última instancia ostentaba el grado de capitán de infantería (aunque no sería descabellado pensar que dicho empleo estaría vinculado a la milicia de la ciudad pacense donde, no olvidemos, servía como regidor). Esta interpretación estaría en consonancia con la tendencia general, intensificada a partir de 1635, de promocionar a los profesionales de la milicia y de revitalizar su vínculo con las Órdenes Militares, por si se decidiera convocar a los miembros de estas corporaciones, para que prestaran servicios militares personales. Aunque por la otra, podría deberse a que D. Juan tenía mejores contactos que D. Antonio, gracias a lo cual pudo sortear mejor las trabas impuestas, pues no hemos encontrado ninguna alusión respecto a su presencia en el ejército. Al mismo tiempo, era habitual que regidores, veinticuatros, jurados, y otros titulares de empleos municipales, acaparasen los cargos vinculados a la milicia local.

Si tenemos en cuenta estos ejemplos, cabría preguntarse ¿cuántos hábitos de las Órdenes Militares, que según la documentación habían sido concedidos por haberlo

---

*cuenta de los gajes de capitán de una compañía de hombres de armas de las Guardas de Castilla, al marqués de Palacios*. Madrid, 24-9-1639. AHN, OO.MM, Leg. 104(2), n° 132.

<sup>1114</sup> “En la junta de Ejecución, referí el papel de V.m. de 13 de octubre, en que dice que la de Hábitos ha entendido hay orden de S.M. para que ningún hábito de los que se dan para personas que se señalaren por otros, se de a ministros, consejeros ni oidores de Audiencias de estos Reinos ni de las Indias. Y que el marqués de Palacios ha hecho merced a D. Antonio de Torres Camargo, oidor de Granada, por lo cual no correría esta merced mientras el marqués no nombrase otro.” *Papel del secretario Contreras a D. Melchor Morán el que informa de la merced de hábito concedida al marqués de Palacios*. Madrid, 14-11-1639. AHN, OO.MM, Leg. 104(2), n° 132.

<sup>1115</sup> *Ibidem*.

demandado un noble, esconden una compraventa? Según los datos que presentamos en el cuadro 11, hasta 60 hábitos entregados a miembros del segundo estado entre 1637-1641, serían sospechosos de albergar operaciones de compraventa. Pues el motivo de su concesión es la intercesión de un aristócrata, o que éste lo haya suplicado directamente al monarca y, como hemos podido comprobar, detrás de esta fachada de moralidad se escondían irregularidades y fraudes.

El indicio más representativo de la existencia de actuaciones fraudulentas, lo encontramos en la ausencia total de cualquier mención a los méritos del aspirante. A lo sumo una alusión general a unos servicios de los que no se detalla nada, la intervención expresa del noble en su concesión, o el consentimiento del monarca a que los aristócratas pudieran designar a quien creyeran oportuno para las mercedes que se les habían otorgado. En este sentido, en la mitad de ellos (30 casos), se cumple dicha premisa; mientras que en 12 supuestos sospechamos que no llegaron a ser proveídos. No obstante, hemos encontrado referencias a la actividad de algunas de las personas que, en última instancia, fueron honradas con los hábitos. Así, 11 de los agraciados pertenecían al servicio personal de los aristócratas, en empleos tales como secretario, camarero o mayordomo. Mientras que cuatro sujetos ostentaban cargos militares, en concreto tres capitanes de infantería y un almirante de la Armada, y tres servían en el gobierno municipal (dos regidores y un veinticuatro).

A pesar de que pudiera parecer aventurada extraer conclusiones generales con únicamente el 30% de los casos, nos atrevemos a afirmar que los hábitos de las Órdenes Militares fueron uno de los instrumentos más eficaces que la nobleza tuvo para gratificar a sus servidores, al tiempo que consolidar sus redes clientelares y articular otras nuevas. Del mismo modo que el monarca remuneraba a sus sirvientes con estas mercedes, los nobles se mostraron generosos con quienes les asistían, e incluso intercedían por ellos ante el rey. Así, no tuvieron ningún reparo en desplegar su influencia para lograr del rey las recompensas apetecidas por aquellos que habían prestado servicios a su casa. En lo tocante a los militares, bien podría deberse a su participación en alguna leva encargada al segundo estado; mientras que regidores y veinticuatros podrían haber hecho valer la posición aristocrática en la corporación municipal, por lo cual esperaban ser gratificados.



**CUADRO 11. HÁBITOS CONCEDIDOS A NOBLES PARA OTORGARLOS A TERCERAS PERSONAS, SIN QUE CONSTE EL MOTIVO. 1637-1641.**

ARCHIDUQUESA CLAUDIA	1638	6
CONDE DE LEMOS	1640	4
CONDE DE LINARES	1641	1
CONDE DE PUÑÓNROSTRO	1639	1
CONDE DE SANTA COLOMA	1641	2
CONDE DE VILLALBA	1637	2
CONDE DE VILLALBA	1639	2
CONDE DE VILLALBA	1640	2
DUQUE DE ALBURQUERQUE	1640	4
DUQUE DE BEJAR	1641	2
DUQUE DE ESCALONA	¿?	3
DUQUE DE MEDINACELI	1639	1
DUQUE DE MÓDENA	1638	6
DUQUE DE NOCHERA	1640	3
DUQUE DEL INFANTADO	1638	2
MARQUÉS DE AYTONA	1640	2
MARQUÉS DE LA CONQUISTA	1640	1
MARQUÉS DE LA HINOJOSA	1639	1
MARQUÉS DE LOS VÉLEZ	1637	2
MARQUÉS DE LOS VÉLEZ	1640	4
MARQUÉS DE MONTEMAYOR	1640	1
MARQUÉS DE PALACIOS	1639	1
MARQUÉS DE POVAR	1639	1
MARQUÉS DE PRIEGO	1641	1
MARQUÉS DE VILLANUEVA DEL RÍO	1639	1
MARQUÉS DEL ESPINAR	1639	1
MARQUESA DE ALCÁÑICES	1640	1
MARQUESA DE AUÑÓN	1639	1
VIZCONDE DE VALDERRO	1639	1
<b>TOTAL</b>		60

**Fuente:** Elaboración propia a partir de AHN, OO.MM, Leg. 104-107.

Por otra parte, llama la atención que dos de los beneficiarios fueran miembros de la más alta aristocracia extrapeninsular: la archiduquesa Claudia de Medicis (hija de Fernando I, Gran Duque de Toscana) y el duque de Módena Francisco I de Este. En cuanto a la primera, se trata de la esposa del archiduque de Austria, y conde del Tirol, Leopoldo V de Habsburgo (hermano del Emperador Fernando II). Al morir éste en 1632, pasó a

detentar los títulos de su marido hasta la mayoría de edad de su hijo Fernando Carlos, que a la sazón tenía 10 años. En el año 1638 se encontraba en Madrid, negociando un acuerdo con Felipe IV que le permitiera asegurar la defensa de los pasos alpinos de sus territorios, los cuales eran de una importancia capital para los intereses europeos de la monarquía española<sup>1116</sup>. La trascendencia de este asunto, y el deseo de que las negociaciones concluyeran de forma positiva para los intereses hispanos, se encontrarían detrás de la generosidad mostrada por Felipe IV, en la cual se inserta la concesión de estos seis hábitos.

En cuanto al duque Francisco, en 1629 sustituyó a su padre, Alfonso III en el gobierno del ducado. En 1635 recibió, por parte del Emperador y del rey de España, la investidura del principado de Correggio, que había adquirido por 230.000 florines de oro. En 1638 se encontraba de visita diplomática en Madrid, donde permaneció hasta el mes de noviembre (durante la cual fue retratado por Velázquez con atuendo militar), suponemos que para cerrar algún pacto con Felipe IV, que buscaba asegurar la posición española en el Milanesado, con el objetivo de frenar las ambiciones francesas en esta región. Pese a los esfuerzos realizados por atraerle a la órbita española<sup>1117</sup>, contexto en el que se incluía la concesión de los seis hábitos, la posición de Francisco I fue oscilante y tomó partido por uno u otro bando según las circunstancias.

Respecto a la segunda de las levadas ejecutadas por el marqués de La Hinojosa, se trataba de un reclutamiento encargado por la Junta de Coroneles, también en 1639, el cual ascendía a 1.450 hombres vestidos, aunque no tenemos constancia de su destino final, ni cual iba a ser su ocupación. Por este servicio, el marqués recibió otros tres hábitos, en este caso de la orden de Santiago, aunque fueron entregados de forma escalonada. En primer lugar, se le otorgaron únicamente dos, que también fueron a parar, de nuevo, a individuos pertenecientes a la nobleza siciliana: D. Francisco Platamón y Moso, barón del Cuto, y D. Luis de las Farinas y de Madrigal, barón de Aspromonte. Pero en 1641 se le hizo merced de un nuevo hábito, pues había incurrido en más gastos de los previstos a la hora de llevar a cabo la leva, el cual fue a parar a

---

<sup>1116</sup> Véase: WEISS, S.: *Eine italienische Prinzessin als Landesfürstin von Tirol (1604-1648)*. Innsbruck-Wien, 2004.

<sup>1117</sup> Según un testimonio de la época, cuando el duque abandonó Madrid para volverse a sus dominios, el rey le había hecho merced del nombramiento de virrey de la India, con 40.000 ducados anuales de sueldo, y de una pensión de 24.000 ducados, que se repartirían sus tres hermanos. Además, Felipe IV se comprometía a hacerse cargo de la cantidad anual que D. Francisco debía satisfacer al Emperador por Correggio, tasada en 30.000 ducados. *Carta del padre Sebastián González al padre Rafael Pereira*. Madrid, 2-11-1638. MHE, Tomo XV. p. 88.

manos de D. Lope de Tapia y Vargas, natural de la ciudad de Sevilla<sup>1118</sup>. Llama la atención que de los cinco hábitos otorgados al marqués de La Hinojosa, ninguno recayera en profesionales de la milicia, lo cual indicaría que los agraciados debían gozar de una buena posición económica, capaz de asumir sin problemas los cuantiosos gastos que generaban los reclutamientos.

En último lugar, pese a que se trata de un servicio en el cual no parece que se contemplara la concesión de hábitos como recompensa, nos gustaría mencionar otro servicio llevado a cabo por D. Juan más o menos por esos meses<sup>1119</sup>. Se trataba de un reclutamiento inserto en un proyecto cuyo objetivo era que algunos aristócratas (entre los que se encontraba el marqués de La Hinojosa)<sup>1120</sup> levantaran 3.000 hombres (vestidos y puestos en Cataluña a su costa) a cambio de la distinción de Grande de España. En su caso presentó la oferta más alta, pues se comprometió a aprestar 500 hombres si se le concedía tal honor<sup>1121</sup>.

Para gestionar este nuevo expediente se constituyó un organismo conocido como “Junta de Grandes”, integrada por el cardenal Borja, D. Antonio de Contreras, el protonotario de Aragón y D. Juan de Chaves y Mendoza, el cual se encargaría de verificar si, efectivamente, éstos nobles habían cumplido con su parte del trato. Sin embargo ninguno de ellos lo hizo (el que más se aproximó fue el marqués del Carpio, quien entregó la mitad de la cantidad total; mientras que del resto no se tenía noticia de que hubieran enviado ni un solo individuo), de modo que a principios de febrero de 1640 se creyó oportuno iniciar diligencias contra los infractores para que entregaran los soldados requeridos. Pero antes de dar inicio a las sanciones, se creyó conveniente concederles una última oportunidad de cumplir con el servicio, para ello se dieron las órdenes pertinentes para que se enviaran a D. Juan de Chaves las patentes de los empleos de capitán, así como los suplimientos correspondientes, quien las haría

---

<sup>1118</sup> “En consulta de la junta de Coroneles de 28 del pasado, ha sido S.M. servido de hacer merced al sr. marqués de La Hinojosa, de un hábito de la orden de Santiago para D. Lope de Tapia y Vargas, en consideración de los gastos que se le ofrecieron a S.E., por algunos accidentes, en la leva de 1.450 infantes que hizo. En la cual acudió con mucha satisfacción el dicho D. Lope.” *Papel del secretario Pedro de Villanueva a la secretaría de Órdenes, en el que informa que S.M. ha hecho merced al marqués de La Hinojosa, de un hábito de la orden de Santiago para D. Lope de Tapia y Vargas*. Madrid, 3-6-1641. AHN, OO.MM, Leg. 105(2), nº 76.

<sup>1119</sup> *Consulta de la junta de Ejecución sobre lo que conviene adelantar las levas de la gente con que sirven los títulos que se han cubierto*. Madrid, 16-1-1640. AGS, GA, leg. 1326.

<sup>1120</sup> El resto eran los marqueses de Alcañices, Carpio, Camarasa y Aytona, así como los condes de Fuensalida, Aranda y Oñate, quienes debían aportar 400 hombres cada uno, salvo el de Oñate que únicamente estaba obligado a entregar 100. *Carta de D. Juan de Chaves al rey sobre el incumplimiento del servicio que ofrecieron algunos nobles por acceder a la condición de Grande de España*. Madrid, 6-5-1640. AHN, Consejos, Leg. 4428, nº 25.

<sup>1121</sup> *Ibídem*.

efectivas a los nobles, una por cada cien hombres, pues con esta medida se esperaba dinamizar el reclutamiento<sup>1122</sup>.

No obstante, ante la falta de resultados prácticos, se estableció como fecha límite para su remisión al virrey de Cataluña el día 30 de abril, momento a partir del cual se procedería contra los culpables, quienes deberían abonar 50 ducados de plata por cada hombre, al tiempo que se autorizaba el embargo de sus bienes en la cantidad concurrente, tarea que se encomendó a D. Enrique de Salinas, alcalde de Casa y Corte<sup>1123</sup>.

En el caso del marqués de La Hinojosa la cantidad a recaudar era de 25.000 ducados de plata, y en caso de llevarse a efecto la confiscación de sus haberes podría encontrarse en un serio problema. Pese a que había prestado valiosos servicios a la Corona como reclutador, ésta no tuvo ningún reparo en hacer efectivas sus amenazas, y la administración real procedió contra sus bienes, pues a la conclusión del plazo no había entregado la leva referida. Sin embargo, entre los meses de abril y septiembre la situación dio un giro radical, pues a finales de dicho mes D. Enrique informó de que 458 hombres, de los 500 pactados, ya habían pasado a engrosar las fuerzas reales destinadas a Cataluña<sup>1124</sup>, motivo por el cual exigía que se revocara el embargo que pesaba sobre su patrimonio por dicho concepto. Pese a esta evidencia documental, no nos consta que obtuviera la tan ansiada grandeza, pues según una relación presentada de los Grandes de España del año 1707, presentada por Domínguez Ortiz, no aparece el marqués de La Hinojosa<sup>1125</sup>. Tal vez no entregó los 42 hombres restantes, o en última instancia creyera conveniente solicitar otra distinción en lugar de la contemplada en un principio. Pero lo cierto es que sorprende que por sólo unas decenas de infantes, que conmutados a dinero supondrían 2.100 ducados de plata (sobre todo si tenemos en cuenta sus servicios previos en esta materia), no consiguiera su objetivo.

---

<sup>1122</sup> *Consulta de la junta de Ejecución, habiendo visto otra de la que trata de la conducción de la gente con que sirven los títulos que se han cubierto*. Madrid, 3-4-1640. AGS, GA, Leg. 1327.

<sup>1123</sup> “(.....) Y se ha resuelto que se despache comisión, en amplísima forma, al licenciado D. Enrique de Salinas, alcalde de la Casa y Corte de V.M. para que, sin perder hora de tiempo, haga apremios a los sres. (.....), y que no presentándole certificaciones de los oficiales reales de haberlo cumplido [entregar los hombres ofrecidos] proceda en ello, en el interim que no las presentaren, a embargar sus bienes, por haber de cobrar por cada uno de los soldados que no hubieren entregado, 50 ducados de plata.” *Carta de D. Juan de Chaves al rey*.....

<sup>1124</sup> *Consulta de la junta de Ejecución sobre la instancia que hace el marqués de La Hinojosa para que se desembarguen sus rentas, por haber cumplido con la leva de los 500 hombres de que se encargó por la merced de Grande*. Madrid, 26-9-1640. AGS, GA, Leg. 1333.

<sup>1125</sup> DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: La sociedad española.....*Op. cit.* Vol. I. p. 260.

Otro de los nobles que aprestó importantes contingentes militares para los ejércitos reales, fue D. Gaspar Pérez de Guzmán y Sandoval, noveno duque de Medina Sidonia, quién heredó el título en 1636<sup>1126</sup>. Dos años más tarde, tenemos constancia documental de que se le solicitaron mil hombres, reclutados en sus estados, para rehacer el tercio del maestre de campo D. Gaspar de Carvajal, acuartelado en el presidio de la ciudad de Cádiz hasta que fuera embarcado con destino a La Coruña. Esta unidad que prestó servicio en el Algarbe con ocasión de los disturbios acaecidos en Portugal en 1637, pero debido a las deserciones y otros avatares del servicio, había quedado reducido a poco más de 400 hombres<sup>1127</sup>. Según Salas Almela, el origen de este servicio estaría en la negativa del duque de Medina Sidonia a concurrir, junto con sus tropas, en Burgos, donde se estaba aprestando un ejército para reforzar la parte occidental de los Pirineos, con vistas a repeler una ofensiva francesa. Al no presentarse, el rey le conmutó esta obligación por el reclutamiento de mil hombres, con los cuales reponer las bajas del tercio de Carvajal<sup>1128</sup>.

Desde el primer momento, el duque fue consciente de lo dificultoso que sería cumplir con la cantidad acordada mediante voluntarios. Las perspectivas no eran mucho más halagüeñas si se recurría a reclutamientos forzosos, pues a la poca calidad de los individuos alistados por este medio, había que añadir los gastos generados en concepto de vigilancia, para evitar que escaparan a la menor ocasión. De esta manera, se mostró partidario de emplear la generosidad, en forma de mercedes (entre las que se encuentran los hábitos de las Órdenes Militares), con todos aquellos individuos que, en esos momentos, se habían comprometido a levantar a su costa compañías de infantería y entregarlas en Cádiz<sup>1129</sup>. Esta política, basada en la promesa de remuneraciones frente a la de los castigos y la coerción, se recomendaba encarecidamente debido a que nadie

---

<sup>1126</sup> Salas Almela, puso de manifiesto que ya en 1628, ostentando el título ducal D. Juan Manuel Pérez de Guzmán y Silva (octavo duque de Medina Sidonia) se le incluyó en una leva de infantería para reforzar los efectivos de la Armada del Mar Océano. En 1632, en su condición de conde de Niebla, se le concedía el mando de una coronelía, lo cual significaba, teóricamente, que debía reclutar unos efectivos en torno a los 2.000 hombres. Pero esto no fue todo, ya que en 1635, se le hizo partícipe de una leva, encargada a la alta nobleza y a las ciudades andaluzas, para la Armada, y se le asignó el reclutamiento de 500 hombres. SALAS ALMELA, L.: Colaboración y conflicto..... *Op. cit.* pp. 130-138.

<sup>1127</sup> *Consulta de la junta de la Ejecución del Ejército, en la que da cuenta de lo que el duque de Medina Sidonia escribe, y parece, en la leva que se encarga para el tercio de D. Gaspar de Carvajal y otros puntos.* Madrid, 25-5-1638. AGS, GA, Leg. 1215.

<sup>1128</sup> SALAS ALMELA, L.: Colaboración y conflicto..... *Op. cit.* pp. 141-142.

<sup>1129</sup> “(.....) Representa el duque de Medina Sidonia las dificultades que tendrá, arbolando banderas, y socorriendo y alistando gente voluntaria. Y si se llevan con violencia, será necesario un hombre para la guardia de cada soldado. Y le parece se den hábitos, y hagan otras mercedes, a los que se obligaron a levantar, y poner en Cádiz, a su costa, cierto número de infantería, dispensando en las ordenanzas a los que se hubieren de dar compañías.” *Consulta de la junta de la Ejecución del Ejército*..... 25-5-1638.

estaba dispuesto a servir en el presidio de la ciudad gaditana, porque era *vox populi* que quienes servían allí, con frecuencia eran sacados de su destino para prestar servicios en otros lugares<sup>1130</sup>.

Desde la Junta de Ejecución, se propuso encargar al duque de Medina Sidonia que, sin dilación, fuera concluyendo las gestiones con las personas encargadas de hacer la leva, al tiempo que sería más beneficioso para los intereses de la Corona que, en vez de formar compañías nuevas, se cubrieran las vacantes de las ya existentes para no incrementar aún más el número de oficiales. Para ello, sería conveniente que el duque tuviera conocimiento de la manera en que, hasta ese momento, se estaba levantando gente, y las recompensas (sobre todo hábitos) que se concedían a los reclutadores por culminar los alistamientos<sup>1131</sup>. Al mismo tiempo, para evitar que los hombres reclutados estuvieran tentados de desertar una vez conducidos al presidio de Cádiz, se debía dejar muy claro que, bajo ningún concepto, estas tropas serían adscritas a la expedición destinada a recuperar Pernambuco<sup>1132</sup>.

Entre los medios propuestos por el duque para alcanzar los mil hombres, participó de un acuerdo con el capitán D. Juan de Leyva y Guzmán<sup>1133</sup>, para que levantara a su costa 200 hombres armados y los pusiera en el presidio de Cádiz (con todo, el acuerdo final se cerró en que se levantaría 300 hombres, aunque sin las armas). Aunque el capitán Leyva solicitó a cambio de sus servicios la futura sucesión de una compañía de infantería en los galeones de la plata, la Junta de Ejecución se mostró conforme con la medida adoptada por Medina Sidonia, pues las referencias que se tenían de este militar son excelentes, por lo que sería un candidato excelente para

---

<sup>1130</sup> “(.....) Y el presidio de Cádiz tienen tal descrédito, por la continuación con que se lleva de el gente a la armada y fronteras, y por el recelo de la jornada de Pernambuco, que si no es a fuerza de persuasión e interés, tiene la materia por desesperada, no consiguiéndose por este medio.” *Ibidem*.

<sup>1131</sup> “Ha parecido se escriba al duque de Medina Sidonia trate luego, a toda prisa, de la disposición. Y sin perder punto, lo ajuste con las personas que hubieren de hacer este servicio a la aprobación de V.M. Y se le diga sería mejor hacer rehacer las compañías, que criar capitanes de nuevo. Enviándole al duque relación y noticia de lo que se ha concertado aquí con los que levantan gente, y a quién se han dado hábitos.” *Ibidem*.

<sup>1132</sup> A este respecto, véase: BOXER, C.R.: *Salvador de Sá and the struggle for Brazil and Angola, 1602-1686*. Londres, 1957. Del mismo autor: *The Dutch in Brazil, 1624-1654*. Oxford, 1957. PÉREZ DE TUDELA, J.: *Sobre la defensa hispana del Brasil contra los holandeses (1624-1640)*. Madrid, 1974. VALLADARES RAMÍREZ, R.: “Las dos guerras de Pernambuco. La armada del conde da Torre y la crisis del Portugal hispánico (1638-1641)”, en: SANTOS PÉREZ, J.M. y CABRAL DE SOUZA, G.F. (eds): *El desafío holandés al dominio ibérico en Brasil en el siglo XVII*. Salamanca, 2006. pp. 33-66.

<sup>1133</sup> Según consta en el cuadro 12, al año siguiente, se encargó de una leva de 1.000 hombres que debía entregar en Málaga, servicio por el cual recibió cuatro hábitos. *Papel del secretario Villanueva a la secretaría de Órdenes, en el que informa que S.M., por consulta de la junta de Coroneles, ha hecho merced de cuatro hábitos, un para su persona, y tres para personas de su obligación, al capitán D. Juan de Leyva y Guzmán, en consideración de una leva de mil hombres que hace, y ha de entregar en Málaga, vestidos por su cuenta*. Madrid, 29-8-1639. AHN, OO.MM, Leg. 119(3), nº 53.

mandar una de estas compañías, de modo que se ordenó acelerar los trámites para que esta leva llegara a buen puerto. No obstante, se dejó bien claro que no se le despacharía esta merced hasta que no entregara los hombres en el presidio de Cádiz<sup>1134</sup>.

Al mismo tiempo, desde este organismo se le sugirió que, en caso de ser necesario, recurriera a reclutamientos forzosos de gente ociosa y sin ocupación. Sin embargo, el duque de Medina Sidonia refirió que los individuos comprendidos en esta situación no llegarán a un centenar, y que el alistamiento de un número tan pequeño de individuos no justificaría los enormes esfuerzos que serían necesarios para contar con su concurso<sup>1135</sup>. No sabemos si el aristócrata andaluz decía toda la verdad, o si trataba de minimizar el número de individuos desocupados en sus dominios, con el objetivo de reducir el impacto de las levas sobre sus estados. Nuestra sospecha se ve alimentada porque el duque pretendía cubrir una parte de los efectivos que se había comprometido a levantar con “malentretenidos”, pero de la ciudad de Sevilla (no de sus posesiones). Sin embargo, sus esperanzas se vieron frenadas en seco cuando D. García Sarmiento Sotomayor, conde de Salvatierra, que ejercía el empleo de asistente (corregidor) de la villa hispalense, desaconsejó su puesta en marcha, pues se estaba realizando una leva de voluntarios en ella, y si confluyeran ambos modos de reclutamiento muchos, al considerar que lo hacían forzados, no estarían dispuestos a servir<sup>1136</sup> (aunque pueda parecer una cuestión intrascendente, había una notable diferencia, en términos de prestigio personal, entre prestar servicio militar como voluntario, o hacerlo como forzado, en contra de su voluntad).

A pesar de las dificultades que representaba al duque de Medina Sidonia para llegar al millar de hombres, a finales de diciembre de 1638 aseguraba haber elevado los efectivos del tercio de Carvajal hasta las 472 plazas, cifra que podría ascender hasta los

---

<sup>1134</sup> “(...) Ha parecido representar a V.M. que conviene usar del medio que propone el duque. Y que es muy considerable el servicio de los 300 infantes que dice, pues en el sujeto concurren las partes que se refiere. Y así, por ellas, como por sus servicios, parece se le haga la merced que pretende, y que se le despache cédula de la futura sucesión de la primera compañía que vacare en los galones de la plata, con calidad que sin otro despacho se le de la posesión de ella, y que se le entregue teniendo efecto el servicio, entregando los 300 hombres en el presidio de Cádiz.” *Consulta de la junta de la Ejecución del Ejército, representando lo que se le ofrece sobre la leva de 300 infantes de que se encarga el capitán D. Juan de Leyva y Guzmán, y lo que cerca de ella escribe el duque de Medina Sidonia*. Madrid, 22-7-1638. AGS, GA, Leg. 1217.

<sup>1135</sup> “El duque de Medina Sidonia escribe a V.M., en carta de 8 del pasado, que habiéndose procurado recoger algunos malentretenidos en aquella Andalucía, en conformidad de lo resuelto, y hecho todas las diligencias, sólo se pudieron haber 60 en la ciudad de Sanlúcar, 19 en Jerez y 13 en el Puerto de Santa María.” *Consulta del consejo de Guerra, dando cuenta de lo que escribe el duque de Medina Sidonia en cuanto a recoger gente malentretenida y aplicarla a la leva del tercio de D. Gaspar de Carvajal*. Madrid, 10-9-1638. AGS, GA, Leg. 1218.

<sup>1136</sup> “(.....) Y en Sevilla se entendió se sacaría gran parte [de gente ociosa], le avisa el asistente que está disponiendo una leva de voluntarios. Y porque no estorbe, esta vejación no se puede hacer. *Ibidem*.”

748, contando 176 que tiene acuartelados en el presidio de San Sebastián, y otros 100 en Tánger<sup>1137</sup>. Para finiquitar este servicio, en una nueva evidencia de que el duque no estaba dispuesto a esquilmar sus estados ante las demandas reales, propuso que se le asignara la leva de 400-500 infantes que, por la Junta de Coroneles, se había comprometido a reclutar el conde de Cantillana, puestos en Cartagena<sup>1138</sup>. No hemos encontrado evidencias de las condiciones en que se podría llevar a cabo esta hipotética operación, pero suponemos que, en todo caso, el duque de Medina Sidonia estaría dispuesto a ser generoso con el conde Cantillana porque le “cediera” los hombres que éste debía reclutar.

Con todo, su proposición fue rechazada. Pues ya se había decidido que los hombres ofrecidos por Cantillana fueran enviados a otros teatros de operaciones. Además, admitir sus argumentos sentaría un mal precedente para otros aristócratas, que intentarían valerse de las levadas realizadas fuera de sus jurisdicciones cuando el objetivo pretendido era el contrario. Para facilitarle la labor, desde el poder real se le concedieron tanto los arbitrios que estimara necesarios como decretar las medidas oportunas, para que los vasallos del duque se vieran obligados a servir<sup>1139</sup>.

Visto los resultados obtenidos, ésta fue la dirección en la que se profundizó. Es decir, se optó por ofrecer al duque de Medina Sidonia recompensas para que, a su vez, las distribuyera entre quienes le ayudaran a cumplir con su leva. Así, en febrero de 1639, se creyó oportuno hacerle merced de 6 hábitos de las Órdenes Militares para este fin; y dos meses más tarde, con el objetivo de acelerar los trámites, se acordó entregarle las cédulas con los nombres de los beneficiarios en blanco<sup>1140</sup>. Las evidencias documentales demuestran lo acertado de esta medida, pues el duque pudo hacer frente a

---

<sup>1137</sup> *Consulta del consejo de Estado y Guerra pleno, en el que representa lo que se le ofrece sobre lo que escribe el duque de Medina Sidonia cerca de las levadas para acrecentar el tercio de D. Gaspar de Carvajal.* Madrid, 29-12-1638. AGS, GA, Leg. 1218.

<sup>1138</sup> “(.....) Que el medio que se le ofrece para reclutar este tercio, es que se ajuste con el conde de Cantillana, la leva que está comenzada a tratar por la junta de Coroneles. Y que los 400 o 500 infantes con que ha de servir, los envíe a Cádiz para agregarlos al tercio del maestre de campo D. Gaspar de Carvajal, y no a Cartagena, como se ha apuntado.” *Ibidem*.

<sup>1139</sup> “(.....) Y le he ordenado al duque que, dándole la junta que he formado para esto, todo lo necesario de arbitrios, y de coerción a sus vasallos, se rehíndase el tercio a mil hombres efectivos, demás de las primeras planas.” *Ibidem*.

<sup>1140</sup> “En consulta de la junta de Ejecución de 28 de febrero, ha hecho S.M. merced al sr. duque de Medina Sidonia de 6 hábitos de las órdenes militares, para rehenchir el tercio de D. Gaspar de Carvajal a 1.500 infantes. Y por otra consulta de 14 de abril de este año, ha resuelto, asimismo S.M., que se le den al duque los despachos de los hábitos referidos en blanco, para que con ellos pueda hacer la leva con más brevedad y llenarlos en las personas que le ayudaren a ella.” *Papel del secretario D. Fernando Ruiz de Contreras a la secretaría de las Órdenes, en el que informa que S.M., por consulta de la junta de Ejecución, ha hecho merced al duque de Medina Sidonia de 6 hábitos para rehenchir el tercio de D. Gaspar de Carvajal.* Madrid, 27-4-1639. AHN, OO.MM, Leg. 104(1), n° 84.



lo que se le había encargado, y tras el cumplimiento del servicio se procedió al reparto de los hábitos entre las personas que le habían auxiliado.

No obstante, la liberalidad real no se limitó a las seis mercedes referidas, sino que, bien por descuido, bien intencionadamente (nos inclinamos a pensar que fue lo segundo), el duque de Medina Sidonia nombró para uno de los hábitos a dos personas al mismo tiempo. Esta situación, que en principio podría significar problemas, tanto para el aristócrata, como para los dos aspirantes a vestir el hábito, se resolvió de la mejor forma posible para ellos, pues Felipe IV decidió que ambos fueran honrados con esta merced y despachó una nueva cédula<sup>1141</sup>. De modo que el número total de hábitos concedidos por aumentar los efectivos del tercio de D. Gaspar de Carvajal en 1.000 hombres más, ascendió a siete. Esta munificencia adquiere una significación especial cuando comprobamos la fecha en la que se produce la concesión: 1644. Es decir, tres años después del conato de rebelión del duque de Medina Sidonia junto con su primo, el marqués de Ayamonte, que le costó la pérdida de su empleo como capitán general de la Costa de Andalucía, el destierro perpetuo del duque, la incorporación de Sanlúcar a la Corona y una multa de 200.000 ducados<sup>1142</sup>.

En cuanto a los destinatarios de los siete hábitos, encontramos dos militares, los cuales suponemos participaron en la susodicha leva: el capitán y sargento mayor D. Juan de Guzmán y Ayala, que recibió un hábito de la orden de Alcántara, y el capitán de infantería Juan Jiménez Lobatón, natural de Cádiz, cuya merced fue de la orden de Santiago. En cuanto al resto, se trata de D. Pedro de Elusa, oriundo de Guipúzcoa, Blas Rodríguez de Medina, vecino de Sevilla, honrados ambos con hábitos de Santiago, y D. Bartolomé Madrazo, de Madrid, que lo obtuvo de Calatrava. De los otros dos, D. Luis de Guzmán y Carvajal, hijo D. Luis de Guzmán y Carvajal, alcaide de Tarifa, y D. César Marimón, no tenemos constancia de que llegaran a vestir el hábito<sup>1143</sup>. De estos últimos individuos, no hemos encontrado ningún rastro sobre su ocupación o algún servicio distinguido que nos permita bosquejar su condición.

Entre los meses de octubre de 1640 y enero de 1641, a instancias de la *Junta de Prevenciones de los Grandes*, se encargó al duque de Medina una nueva leva. En este

---

<sup>1141</sup> Consulta del secretario Jerónimo de Lezama en la que representa que el duque de Medina Sidonia tiene hechos dos nombramientos para el postrero de los seis hábitos de que V.M. le hizo merced por rehenchir el tercio de D. Gaspar de Carvajal a 1.500 infantes. Zaragoza, 4-4-1644. AHN, OO.MM, Leg. 104(1), nº 84.

<sup>1142</sup> DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: "La conspiración del duque de Medina Sidonia y el marqués de Ayamonte", en: *Crisis y decadencia en la España de los Austrias*. Barcelona, 1969. pp. 113-155.

<sup>1143</sup> Papel del secretario D. Fernando Ruiz de Contreras.....27-4-1639. Consulta del secretario Jerónimo de Lezama.....4-4-1644.

caso se trataba de 500 hombres, sustentados por 6 meses, para el tercio del maestre de campo D. Gaspar de Guzmán, que tras el levantamiento de Portugal en el mes de diciembre, se decidió destinar al ejército que se estaba congregando en la villa onubense de Ayamonte. En este caso, la recompensa a percibir por el duque, en forma de hábitos, fue sensiblemente menor, pues se determinó concederle sólo dos, que fueron a parar a dos oficiales del ejército: el capitán Martín Rodríguez de Medina, sevillano, que lo recibió en 1641 de la orden de Santiago, y el sargento mayor D. José Pinto de Guevara, de Madrid, que tuvo que esperar hasta 1651 para vestir su hábito de Calatrava<sup>1144</sup>.

En esta ocasión el reclutamiento no se dilató tanto como en el del tercio de D. Gaspar de Carvajal, pues según certificación de Juan de Montellano, que sirvió el empleo de contador principal del ejército de Ayamonte, el 21 de febrero de 1641 pasaron muestra ante él 519 hombres (478 soldados y 40 oficiales), repartidos en 7 compañías, pertenecientes a la leva que se había asignado al duque de Medina Sidonia<sup>1145</sup>. Llama la atención que la totalidad de las tropas alistadas procedan de las compañías de la milicia de localidades onubenses cercanas, todas ellas pertenecientes al duque, lo cual explicaría la celeridad con que se llevó a cabo este servicio.

**CUADRO 12. COMPAÑÍAS DE LA LEVA REALIZADA EL DUQUE DE MEDINA SIDONIA PARA EL TERCIO DE D. GASPAR DE GUZMÁN ENTRE OCTUBRE DE 1640 Y ENERO DE 1641, QUE PASARON MUESTRA EN AYAMONTE EL 21 DE FEBRERO DE 1641.**

CAPITÁN	PROCEDENCIA	SOLDADOS	OFICIALES	TOTAL
D. FERNANDO DE SUÁREZ	TRIGUEROS	77	5	82
D. LUIS ORTIZ DE ABREU	SAN JUAN DEL PUERTO	48	6	54
DIEGO MARTÍN GALVÁN	ROCIANA	80	5	85
JUAN PRIETO DE ROBLES	BEAS	75	6	81
FABIÁN DE CABRERA	ALMONTE	75	6	81
ALONSO ORTIZ BLANCO	VILLARRASA	72	6	78
PEDRO MARTÍN MACÍAS	BOLLULOS	52	6	58

<sup>1144</sup> Consulta del secretario Laiseca al rey, en la que da cuenta a V.M. de la merced de dos hábitos, que fue servido hacer al duque de Medina Sidonia, el año de 1640, por haber ofrecido servir con una leva de 500 hombres. Madrid, 3-12-1650. AHN, OO.MM, Leg. 108(1), nº 37.

<sup>1145</sup> Certificación de D. Gabriel de la Cruz, oficial mayor de la veeduría general de la Armada y ejército del mar Océano, de que se entregaron en Ayamonte, en 1641, por cuenta del sr. duque de Medina Sidonia, para el tercio de D. Gaspar de Guzmán. Cádiz, 10-2-1651. AHN, OO.MM, Leg. 108(1), nº 37.

<b>TOTAL</b>		479	40	519
--------------	--	-----	----	-----

**Fuente:** *Certificación de D. Gabriel de la Cruz.....* 3-12-1650.

Para concluir con la actividad reclutadora del duque de Medina Sidonia, a finales de 1641 y principios de 1642, se le encargó una nueva leva, en este caso de mil soldados de caballería. No sabemos si se trataba de uno de los castigos que se le impusieron por su participación en la conjura del marqués de Ayamonte. Aunque el servicio hubiera venido determinado por una condena, la Corona no escatimó en medios para que cumpliera con su obligación. Entre ellos se encontraban los hábitos, que fueron ofrecidos de forma generosa (aunque no se detalla el número total de mercedes ofrecidas), así como la autorización para introducir mercancías sin declarar, por un valor de 300.000 ducados, más que suficientes para financiar este servicio<sup>1146</sup>.

Tampoco se puede obviar la contribución de D. Rodrigo Díaz de Vivar de Silva y Mendoza (1614-1675), cuarto duque de Pastrana, que a partir de 1630 ostentó también el título de duque del Infantado, por su matrimonio con Dña. Catalina de Mendoza y Sandoval, su octava titular. Pues además de habérsele encargado el reclutamiento de una coronelía aportó, por otros conceptos, 1.200 hombres. Sin embargo no apostó este contingente de una vez, sino que se debió a tres levadas diferentes. La primera de ellas fue encargada por un organismo denominado *Junta de la Nobleza*, del cual no hemos encontrado ninguna referencia, y encomendaba al duque de Pastrana el alistamiento de 300 hombres, pagados por cinco meses, por lo cual recibiría dos hábitos de la orden de Santiago para “parientes y criados suyos”<sup>1147</sup>. En cuanto a los beneficiarios de la merced, se trata de D. Jerónimo López Maldonado, criado del duque, natural de Arcos de la Frontera (Cádiz); y del capitán D. Bartolomé Vara Polo, malacitano, que asimismo era regidor perpetuo y alguacil mayor de la Inquisición de Vélez-Málaga, “por deudo de su casa”<sup>1148</sup>, que ingresaron en la orden jacobea en 1639 y 1641 respectivamente.

Respecto a la segunda, debió de realizarse más o menos por las mismas fechas, pues la Junta de Coroneles, entidad que encomendó la leva a D. Rodrigo, trató sobre las mercedes que se le deberían conceder en dos sesiones, el 29 de enero y el 5 de febrero

<sup>1146</sup> “(.....) Al señor duque de Medina Sidonia ha hecho merced S.M. de algunos hábitos que reparta, y que pueda meter en Sanlúcar 300.000 ducados de mercaderías de contrabando, para ayuda al gasto de la leva de los mil caballos con que ha de servir.” PELLICER Y TOVAR, J.: *Op. cit.* p. 332.

<sup>1147</sup> *Papel del secretario Contreras a la secretaría de Órdenes, en el que informa que S.M., por consulta, ha hecho merced al duque de Pastrana de dos hábitos, en consideración de la leva de 300 hombres que ha ofrecido, y pagar su sueldo.* Madrid, 17-2-1639. AHN, OO.MM, Leg. 104(2), nº 193.

<sup>1148</sup> *Ibidem.*

de 1639. En esta ocasión, los hombres a reclutar eran los mismos (300), pero a diferencia de la anterior, el duque debía entregarlos vestidos en su destino: la ciudad de Cartagena. Pese a que debía hacer un desembolso adicional por este concepto, el esfuerzo estaba más que justificado, pues la Corona demostró su generosidad, en forma de hábitos de las Órdenes Militares, al concederle cuatro de la orden de Santiago para que las repartiera entre las personas que considerare oportuno<sup>1149</sup>.

Tal y como consta en la documentación, el duque de Pastrana fue capaz de hacer frente a la tarea encomendada<sup>1150</sup>, pero surgieron algunas controversias a la hora de despachar las cédulas. El día 10 de febrero se decretó que no se dispensara ninguna merced de hábito para disponer de ellas a discreción, si no se notificaba antes el nombre del beneficiario<sup>1151</sup>. No obstante, tales disposiciones no afectaban al duque de Pastrana, pues se le habían concedido con anterioridad a ella<sup>1152</sup>.

Esta normativa suponía un duro golpe a la práctica de conceder cédulas de hábito con los nombres en blanco. Pues de este modo el poder regio, en último término, quedaba al margen del proceso de concesión de estas prebendas. Suponemos que la realidad estaría muy próxima a lo que apuntábamos en las líneas anteriores respecto a lo acontecido con el marqués de La Hinojosa. Es decir, se trataba de evitar que personas

---

<sup>1149</sup> “En consideración de la leva de 300 hombres que ha hecho el sr. duque de Pastrana, y ha entregado en Cartagena, y los 200 de ellos vestidos a su costa, resolvió S.M., en consultas de la junta de Coroneles de 29 de enero y 5 de febrero de este año, que por dichos servicios, se le den cuatro hábitos de las Órdenes Militares, sin excluir la de Santiago, para las personas que nombrare.” *Papel del secretario Pedro de Villanueva a la secretaría de Órdenes, en el que informa que, por consulta de la junta de Coroneles, ha hecho S.M. merced al duque de Pastrana de cuatro hábitos para las personas que nombrare*. Madrid, 4-6-1639. AHN, OO.MM, Leg. 104 (1), nº 95.

<sup>1150</sup> “(.....) Y el sr. duque ha presentado en la junta certificaciones del veedor y contador de Cartagena, y de D. Luis de Villagutierre, que asistía en aquella ciudad a cuidar del sustento de la gente que se conduce a aquella ciudad por orden de la junta, de haber entregado los dichos soldados al sueldo de S.M.” *Ibidem*.

<sup>1151</sup> El maestre de campo D. Luis de Trejo también se vio en la misma tesitura. A este militar se le habían concedido cuatro hábitos de la orden de Santiago “para disponer de ellos a su voluntad”, por una leva de 300 hombres puestos en Cartagena, que se había comprometido a realizar, con los cuales completaría los efectivos del tercio que se le habían concedido. Pero la gravedad de la situación recomendaba ignorar tales argumentos, y hacer lo que fuera posible para que se aprestara el mayor número de hombres en el menor tiempo posible. “Por resolución de consulta de la junta de Hábitos, de 10 de febrero pasado, y un decreto de V.M. de 27 de el, ha mandado V.M. remitir a ella todos los pretendientes de hábitos, para que se califiquen sus servicios, y los que de nuevo ofrecieren con gente efectiva, y lo mismo los que V.M. diere a otras personas para parientes. (.....) Y en 6 de este mes de abril, V.M. ha resuelto, por consulta de la junta de Ejecución, se den a D. Luis de Trejo cuatro hábitos, en consideración a una leva de 300 hombres de que se ha encargado. (....) Y visto en la junta, no es posible, por ahora, poderse ajustar esta materia, sino que es menester disimular hasta que Dios quiera. Y así, se pudieran dar, desde luego, los despachos de los dichos cuatro hábitos a D. Luis.” *Consulta de la junta de Hábitos sobre las mercedes de hábitos que V.M. tiene hechas a D. Luis de Trejo*. Madrid, 24-4-1639. AHN, OO.MM., Leg. 104(1), nº 57.

<sup>1152</sup> “(.....) Lo aviso a V.m. para que tenga ejecución la merced de los hábitos, en conformidad de la resolución de S.M. Y advierto que esta merced está hecha, como se ve, desde la fecha de las consultas, antes de la orden que hubo para no consultar hábitos, sino nombrando las personas para quien habían de ser.” *Papel del secretario Pedro de Villanueva a la secretaría de Órdenes*.....4-6-1639.

particulares (por mucho que fueran los principales súbditos de Felipe IV) pudieran percibir dinero por la venta de hábitos, actividad que pretendía tener en monopolio la Corona. Por ese motivo, todos aquellos que recibieran hábitos con esta motivación, debían participar a la Corona, con la antelación suficiente, los nombres de las personas que en última instancia serían agraciados con ellos. Como podemos ver, las formas son muy importantes en toda esta cuestión, pues a pesar de que no haya transacción de dinero contante y sonante, se trata de compras encubiertas, ya que los receptores últimos de los hábitos habían contribuido con su dinero o con sus servicios para alcanzar el objetivo a conseguir. Lo que se buscaba evitar a toda costa, era que se pudiera asociar las concesiones de hábitos con un pago en metálico, aunque no se tuvo demasiado éxito en la empresa, y los rumores sobre la comisión de irregularidades siguieron estando presentes en el ambiente.

A pesar de estas consideraciones de carácter legal, el duque de Pastrana recibió las mercedes prometidas, que fueron destinadas a: D. Lorenzo de Loaisa, vecino de Trujillo, el capitán D. Tomás Melgarejo Ponce de León, de Belmonte (Cuenca), D. Gabriel de Urrutia, señor de la casa de Arriaga, de Álava, y a D. Francisco de Villanueva y Tejada, madrileño, todos ellos caballeros de Santiago, que incorporaron a la orden los años 1639, 1640, 1641 y 1642 respectivamente<sup>1153</sup>.

Pero no solo la Corona estaba interesada en eliminar, todo rastro de una hipotética operación mercantil en las concesiones de hábitos. Sino que los propios interesados no deseaban que se diera ningún tipo de publicidad a este hecho, pues todo el prestigio que les confería la posesión del hábito, se desvanecería si se sospechaba que lo habían obtenido ilícitamente, es decir por compra, directa o indirecta<sup>1154</sup>. Por este motivo, las seis personas que habían recibido los hábitos concedidos al duque de

---

<sup>1153</sup> *Ibidem*.

<sup>1154</sup> A modo de comparación, puede resultar ilustrativo lo acontecido durante esos años con las patentes de hidalguía. En este sentido, la Corona recurrió a su venta cuales en momentos de máxima necesidad, previa autorización por parte de las Cortes de Castilla. Durante el reinado de Felipe IV se recurrió a este arbitrio en tres ocasiones: en 1629, en un intento de aumentar la recaudación tras la captura de la flota de la plata en 1628, y el inicio de la guerra de Mantua, las Cortes permitieron la venta de 100 de ellas a 4.000 ducados cada una; en 1635, que se puso a la venta otro centenar; y finalmente, en 1643, cuando se trató de “beneficiar” la misma cantidad. Pese a todo, no se produjo una avalancha de compradores, ya que la más mínima sospecha de que se había alcanzado la condición de hidalgo mediante la compra de una patente de hidalguía, era suficiente para que la persona que la había adquirido fuera despreciada y repudiada por su entorno más próximo. Por este motivo debieron ser adquiridas, forzosamente, por los corregidores y las oligarquías urbanas de las ciudades con voto en Cortes. Así, una parte considerable de las hidalguías que fueron puestas en el mercado durante el reinado de Carlos II, eran las aquellas que no se habían podido vender durante el de Felipe IV. Por ello, al igual que en lo acontecido con los hábitos, los interesados buscaban camuflar su compra mediante una concesión real por los servicios prestados, la cual, al menos en teoría, acallaba cualquier duda sobre su origen. THOMPSON, I.A.A.: “The purchase of nobility.....” *Op. cit.* pp. 313-360.

Pastrana (los dos de la primera leva y los cuatro de la segunda), solicitaron que en las cédulas no hubieraa ninguna mención al hecho de que la merced se debía a un servicio realizado por el aristócrata, sino que se debe a los servicios personales de los interesados<sup>1155</sup>.

Este hecho nos lleva a preguntarnos cuántos hábitos concedidos por los servicios del pretendiente, pero de los cuales no hay ningún rastro, se encuentran en esta situación. ¿Podríamos hablar de compras, tanto directas como indirectas, de hábitos en todos aquellos casos en los que el único mérito que se acredita son unos servicios de los que no hay ninguna referencia? Lo cierto es que nos encontramos ante una pregunta cuya respuesta exigiría la comprobación de documentación alternativa a los expedientes de caballeros, pues todos aquellos que hemos consultado (en los cuales el interesado participó en una leva) no hay ninguna referencia a que el hábito se ha obtuviera por este concepto. Por el contrario, en los expedientillos y, sobre todo, en las relaciones de servicios, la participación en levas, o el levantamiento de unidades con cargo a los fondos propios, es un mérito muy valorado y digno de ser recompensado.

Lo acontecido con el marqués de La Hinojosa y con el duque de Pastrana, vendría a demostrar la importancia de que, al menos de cara a la “opinión pública”, no hubiera ninguna duda de la obtención del hábito por los conductos reglamentarios. En este sentido, podríamos afirmar que la sociedad de la época no estaba preparada para reconocer que se recibían hábitos mediante el reclutamiento de tropas, o el pago de su equivalente monetario. De la misma manera, las levas (sobre todo aquellas que acarreaban aprestar unidades tipo tercio) eran grandes operaciones mercantiles en la cuales, necesariamente, tenía que estar presente el dinero. Y de ahí a la compra de la merced (de forma directa, o encubierta), había un paso.

Sobre la tercera y última leva en la que participó el duque de Pastrana entre 1635-1641 (al menos que nosotros tengamos constancia), sabemos que fue encargada también por la junta de Coroneles a principios de 1641. En esta ocasión las demandas reales se hicieron más perentorias si cabe, pues en un principio se le encargó reclutar 600 hombres (el equivalente a las dos levas anteriores), y más adelante que sufragara la

---

<sup>1155</sup> “(.....) Y porque en las cédulas que se han de dar por esa secretaría a las personas que nombre el duque para los dichos seis hábitos, no se ha de decir que es por merced que se hace al duque, sino por los servicios de tales personas (como está ajustado con él), lo aviso a V.m. para que mande se den los despachos en esta conformidad.” *Papel del secretario Villanueva a la secretaría de Órdenes sobre que no se diga en las cédulas que los hábitos concedidos al duque Pastrana, para las personas que nombrare, que es merced hecha al duque, sino por los servicios de las personas*. Madrid, 29-10-1639. AHN, OO.MM, Leg. 104(1), nº 95.

uniformidad. Sin embargo, en lo tocante a hábitos de las Órdenes Militares, la Corona no fue tan desprendida con D. Rodrigo como en otras ocasiones, pues sólo se contemplaba la concesión de dos. No obstante, al ofrecer el duque pagar los vestidos de la mitad, se le ofrecieron otros dos. En total fueron cuatro hábitos de la orden de Santiago, para “personas de su obligación”<sup>1156</sup>. A modo de conclusión, por reclutar el doble de hombres que en las otras levas, y costear parte de su uniformidad, se le ofrecían los mismos hábitos que por llevar 300 (incluidos 200 vestidos). En esta ocasión, los individuos agraciados por el duque fueron: D. Alberto de Porres, de Sevilla; Domingo Judice, napolitano; y D. Pedro de Espina Velasco, natural de Perú, que recibieron sendos hábitos de la orden de Santiago, los años 1642, 1643 y 1644. En cuanto a la última merced, consta que se entregó a D. Ignacio María Cioffi y Ambrosino, aunque se le despachó de la orden de Calatrava. Sin embargo, no hemos encontrado evidencia documental de que finalmente llegara a vestirlo, pues su nombre no figura en la lista de caballeros calatravos<sup>1157</sup>.

Junto a estos reclutamientos al por mayor, encontramos otros mucho más modestos, llevados a cabo por miembros del segundo estado. Entre ellos destacamos la propuesta marqués de Torres, que no la realizó en su nombre, sino en el de una tercera persona (“señor de título en estos Reinos”), lo cual llevaría a preguntarse si, en realidad, no se trataba de una oferta presentada de forma anónima, con el objetivo de comprobar la reacción que suscitaría. El servicio en cuestión, consistía en una compañía de 100 hombres levantada a su costa, entregada allí donde se le ordenare, tras lo cual su sustento correría con cargo a los fondos de la Real Hacienda<sup>1158</sup>.

Pero lo novedoso de esta ignota proposición, se encuentra en el hecho de que, además del centenar de hombres prometidos, está dispuesto a ofrece 2.000 ducados en plata doble (44.000 reales de vellón), con la condición de que pueda emplear la mitad de

---

<sup>1156</sup> “(...) Habiendo visto la duda que V.m. ha puesto cerca de los dos billetes inclusos, en que avisé a V.m. de la merced que S.M. hizo, por consulta de la junta de Coroneles, al sr. duque de Pastrana, de los hábitos que en ellos se refieren, se me ofrece decir a V.m. que los dos hábitos, que avisé en papel de 20 de nero, se dieron a S.E. en consideración de la leva de 600 hombres que hizo; y los otros dos, que se contienen en papel de 15 de septiembre, fue porque el duque vistió por su cuenta los 300 hombres de aquellos. Y así, son cuatro hábitos de los que tiene hecha merced por aquella leva.” *Papel del secretario Pedro de Villanueva al secretario D. Jerónimo de Lezama, en el que informa que han de ser cuatro los hábitos de que S.M. tiene hecha merced al duque de Pastrana, por la leva de 600 hombres, de que se encargó de vestir los 300*. Madrid, 13-11-1641. AHN, OO.MM, Leg. 105(1), nº 91.

<sup>1157</sup> *Ibidem*.

<sup>1158</sup> “El marqués de Torres ha propuesto que un señor, de título en estos Reinos, servirá a V.M. con 100 infantes, levantados a su costa, poniéndolos en la parte que V.M. ordenare, con que en llegando a donde hubieren de ir, sean socorridos por cuenta de V.M.” *Consulta de la junta de Ejecución sobre la propuesta que ha hecho el marqués de Torres*. Madrid, 7-5-1638. AGS, GA, Leg. 1217.

esta suma en la caballeriza real. ¿Qué hay detrás de este deseo?, ¿es posible que se trate de un individuo con algún empleo vinculado a esta dependencia de la Casa Real, el cual estuviera dispuesto a invertir una cantidad en la mejora del lugar donde desempeñaba sus funciones?, ¿nos encontramos ante una compra encubierta? A cambio, pidió que se nombrara capitán de la unidad a un hijo suyo, que se le permitiera imponer un censo de 6.000 ducados de plata sobre su mayorazgo (cantidad más que suficiente para acudir a este servicio) pues a unos 26 ducados por soldado de media, el montante ascendería a 2.600, más otros 2.000 ducados que ofrecía, y si añadimos algunos imprevistos, le quedarían más de 1.000 ducados a su disposición, por este motivo, suponemos que mediante este ofrecimiento, buscaría obtener liquidez); y un hábito de las Órdenes Militares para disponer de el libremente<sup>1159</sup>. La Junta de Ejecución estimó que dicha oferta era beneficiosa para los intereses de la Corona, por lo que recomendó su aceptación, y decretó que la compañía fuera entregada en la ciudad de Cartagena, antes de que finalizara el mes en curso<sup>1160</sup>.

También es digno de ser reseñado, por que supone una de las evidencias más palmarias de la utilización de los hábitos de las Órdenes Militares como mercancía (la cual puede ser transmitida de unas personas a otras sin ningún reparo), siempre a cambio de una leva, el caso de D. Fernando de Meneses Pacheco y Silva, marqués de Alconchel<sup>1161</sup>. Este aristócrata ofreció, en 1638, una leva de 300 hombres, por la Junta de Coroneles, con la condición de que se le permitiera “disponer en la persona que quisiese, de su obligación”, del hábito que se hizo merced a su mujer, Dña. Ana de Bois y Barbanzón, por consulta del Consejo de Estado, pues D. Fernando ya poseía tal

---

<sup>1159</sup> *Ibidem*.

<sup>1160</sup> “(.....) A la junta ha parecido representar a V.M. que está proposición es conveniente, y que siendo V.M. servido, se puede admitir, mandando que los dichos cien hombres sean para Cartagena, y que se den las órdenes necesarias para el cumplimiento de lo referido por el servicio que se hace a V.M. Y asimismo, para que los mil ducados de plata, de los 2.000 que van dichos, se conviertan en beneficio de la caballeriza de V.M.” *Ibidem*.

<sup>1161</sup> El título nobiliario que ostentaba D. Fernando se debía, en buena medida, a una leva que realizó. Sabemos que en 1632 se le hizo merced del marquesado de Alconchel, por estar concertado su matrimonio con una hija de la condesa de Salvatierra, pero por algún motivo que no hemos logrado dilucidar, esta unión no llegó a celebrarse, y en agosto de 1637 se ordenó que no tuviese validez esta concesión. Para que su título fuera legítimo, en el mes de octubre ofreció a la Junta de Coroneles una leva de 300 hombres, reclutados en Talavera y Cuenca, con la condición de que en el despacho constare que esta merced es “en consideración de los servicios de su casa y calidad, y con la antigüedad desde que se le hizo la merced [1632], sin hacer mención que se hace por este servicio”; además solicitó dos patentes de capitán y una de alferez, junto con facultad para “cargar sobre su casa, o vender juros hasta en cantidad de 12.000 ducados, con ocho años de hueco.” *Consulta de la junta de Coronelías de la posada del arzobispo de Granada, sobre la leva de gente que se ha ajustado con D. Fernando de Meneses, y las condiciones con que la ha hacer*. Madrid, 19-10-1637. AGS, GA, Leg. 1185.



distinción<sup>1162</sup>. Pero a la hora de hacer efectiva esta recompensa surgieron algunos problemas, pues según se participaba desde la secretaría del Consejo de Estado, se había hecho merced a Dña. Ana de una ayuda de costa de mil ducados, pagados por una vez. Sin embargo, esta gratificación no llegó a tener efecto, y no había ningún problema para que se pudiera hacer el traspaso de este hábito en la persona que designara el marqués<sup>1163</sup>.

D. Fernando cumplió con la palabra dada a la Junta de Coroneles, y se le permitió utilizar el hábito para concederlo a quien creyere oportuno. El elegido fue D. Luis de Loma Portocarrero, natural de Lima (en el virreinato de Perú), que servía como teniente de corregidor de la ciudad de Quito, y después desempeñó el puesto de oidor de la Audiencia de su ciudad natal, que recibió su hábito de la orden de Santiago en 1641<sup>1164</sup>.

Respecto a los oficiales del ejército<sup>1165</sup>, uno de los más prolíficos fue el maestre de campo D. Luis de Monsalve y Fontes, natural de Loja (Granada), pues en tres levadas, realizadas entre los años 1637-1640, levantó 4.000 hombres. La primera referencia a

---

<sup>1162</sup> “En consulta de la junta de Coroneles, de 23 de este, resuelve S.M. que, en consideración de la leva que hace el sr. marqués de Alconchel por esta vía, a cumplimiento de 300 hombres, se le de facultad para disponer en la persona que quisiere, de su obligación, de un hábito de que está hecha merced a mi sra. La marquesa, su mujer, par quien casare con ella. Que por tener el marqués hábito, no ha podido recaer en él, y que sea de la orden que eligiere.” *Papel del secretario Pedro de Villanueva al secretario del Consejo de las Órdenes D. Francisco de Calatayud, en el que informa que, por resolución de la junta de Coroneles, el rey ha hecho merced al marqués de Alconchel, para que pueda disponer del hábito de que se le hizo merced a su mujer para quien casare con ella*. Madrid, 29-7-1638. AHN, OO.MM, Leg. 104(2), nº 76.

<sup>1163</sup> “Avisé al sr. secretario D. Francisco de Calatayud, que esté en el cielo, de esta merced. Y habiendo reparado, y respondido, diciendo que de esta merced se había dado satisfacción en el Consejo de Estado a la sra. (...), de mil ducados de ayuda de costa, por una vez. Y hechoso diligencias para averiguar si tuvo efecto la dicha merced, ha constado no la ha tenido, ni de que se haya hecho después para los dichos mil ducados a favor de Dña. Ana, porque se refiere, por su parte, que no quiso aceptar esta recompensa. Y ahora, ante escribano, ha hecho apartamiento del derecho que puede tener a ellos. Y así, habiéndose pedido por el marqués tenga efecto la disposición del hábito, se ha resuelto se den los recaudos necesarios para ello, para que tenga cumplido efecto la leva.” *Papel del secretario Villanueva a la secretaría de Órdenes, en el que dice que en la junta de Coroneles se ha resuelto que se de al marqués de Alconchel despcho en el hábito de que está hecha merced a la marquesa, su mujer*. Madrid, 11-11-1638. AHN, OO.MM, Leg. 104 (2), nº 76.

<sup>1164</sup> *Ibidem*.

<sup>1165</sup> La importancia de los oficiales del ejército como agentes reclutadores al servicio de la Corona, no se circunscribió a la monarquía española. En el caso de Francia, a mediados de 1639, se obligó a todos los capitanes a reclutar 65 soldados de infantería y 2 de caballería, bajo amenaza de despojarles del empleo; si bien se les concedían 1.200 escudos de ayuda de costa para que pudieran cumplir con este cometido. Aunque hay algunas diferencias con los supuestos que estamos analizando, comparten un hecho indiscutible: la utilización de la influencia y la capacidad reclutadora de los mandos militares (en este caso capitanes) para que satisfacer la ingente demanda de hombres que requerían los ejércitos de la época, y la concesión de recompensas si tenían éxito en su misión. “(.....) Las prevenciones de guerra en Francia son grandes, y para esto manda aquel rey a sus capitanes que levante, cada uno, 55 infantes fijos, 10 sueltos y dos soldados de a caballo, dando a cada uno, para ayuda de costa, 1.200 escudos, y obligando a dejar el título de capitán al que no lo hiciere.” *Carta del padre Sebastián González al padre Rafael Pereira*. Madrid, 24-8-1639. MHE, Tomo XV. p. 325.

este militar la encontramos a finales de 1637, con motivo de unos problemas que surgieron durante la puesta en marcha de la leva de 1.000 hombres que se le había encargado por la Junta de las Coronelías<sup>1166</sup>. La causa principal de su irritación debía a que sólo se le habían entregado 8 de las 10 patentes de capitán que debería recibir por este servicio, y se hacía indispensable que se le entregaran las dos restantes para que pudiera concluir con éxito la leva<sup>1167</sup>. A pesar de no haber encontrado referencias documentales que lo corroboren, D. Luis debió cumplir con lo pactado, ya que se hicieron efectivos los dos hábitos de la orden de Santiago que solicitó, uno de los cuales fue para su persona, pese a que en sus pruebas no hay ni la más mínima referencia a que este honor se debiera a la realización de un reclutamiento<sup>1168</sup>, mientras que el destinatario del otro fue D. Nicolás de Arrese Ontiveros, natural de Antequera (Málaga)<sup>1169</sup>.

La Junta de Coroneles debió quedar satisfecha con él, pues a principios de 1639 le encargó una nueva leva de mil hombres, servicio por el que recibió cinco hábitos, cuatro para “personas de su obligación”, y el último para quien contrajera matrimonio con una hija suya, o para “la persona que nombrare”<sup>1170</sup>. Tras presentar las fianzas oportunas por ambos conceptos<sup>1171</sup>, se le despacharon las cédulas correspondientes a estas mercedes, que fueron a parar a: el maestre de campo y regidor de la ciudad de Málaga D. Pedro Méndez de Sotomayor, que vistió el de la orden de Santiago en 1642; D. Juan de Cepeda y Ayala (oriundo de Granada) y D. Luis de Mendoza Chacón (vecino de Jaén), que lo recibieron de Calatrava ese mismo año; y D. Antonio de Mendoza Cerón (también jienense) y Andrés Gutiérrez de la Torre (de la localidad de Regules, en Cantabria), que fueron honrados con el hábito de la orden de Alcántara en 1656 y 1653 respectivamente<sup>1172</sup>.

---

<sup>1166</sup> *Consulta de la junta de las Coronelías de la posada del arzobispo de Granada, sobre lo que ha representado el maestre de campo D. Luis de Monsalve, a quien está encargada una leva de mil hombres.* Madrid, 31-12-1637. AGS, GA, Leg. 1185.

<sup>1167</sup> *Ibidem.*

<sup>1168</sup> AHN, OO.MM-Caballeros Santiago, Expediente 5432.

<sup>1169</sup> AHN, OO.MM-Caballeros Santiago, Expediente 639.

<sup>1170</sup> “En consideración de una leva de mil hombres, que hace por la junta de Coroneles el maestre de campo D. Luis de Monsalve, caballero de la orden de Santiago, ha resuelto y mandado S.M., en consulta de la dicha junta de 17 del pasado, que se den al dicho maestre de campo 5 hábitos, los cuatro para personas de su obligación, y el uno para una hija o para la persona que nombrare.” *Papel del secretario Pedro de Villanueva a la secretaría de Órdenes, en el que informa que S.M., por consulta de la junta de Coroneles, ha hecho merced de cinco hábitos al maestre de campo D. Luis de Monsalve, por haberse encargado de una leva de mil hombres.* Madrid, 4-2-1639. AHN, OO.MM., Leg. 104(1), nº 78.

<sup>1171</sup> “(.....) Y aviso a V.m. de que, por la junta, se ha tomado satisfacción para la seguridad de todo, par que mande dar el despacho necesario, en conformidad de la resolución de S.M.” *Ibidem.*

<sup>1172</sup> *Ibidem.*

En cuanto al tercero de los servicios, el más importante desde el punto de vista cuantitativo, se produjo en 1640, cuando asumió el reclutamiento de 2.000 hombres. En lo referente a los hábitos de las Órdenes Militares, la Corona se mostró más que generosa, pues puso a su disposición la friolera de 18 mercedes, aunque sólo hemos podido identificar a uno de los receptores finales. Suponemos que tal liberalidad vendría motivada por su éxito en las dos levas anteriores, por lo cual la magnificencia regia estaba más que justificada<sup>1173</sup>.

Otro de los militares más activos en este campo fue el capitán D. Marcos de Vallecilla y Figueroa, con quien la Junta de Ejecución suscribió un asiento, en marzo de 1640, para que levantara mil hombres vestidos (a 30 ducados cada uno) con los cuales formar las compañías de infantería con que los diferentes consejos debían servir en esta delicada coyuntura. Para ello pidió sendas patentes de maestro de campo (que emplearía en su persona), sargento mayor y ayudante de sargento mayor, así como una patente de capitán por cada 60 hombres presentados, con los suplimientos necesarios<sup>1174</sup> y exentas del pago de la media anata<sup>1175</sup>. En cuanto a las mercedes, consistían en dos hábitos de las Órdenes Militares, un oficio (aunque no lo especifica) en la jurisdicción de Cumaná (Venezuela), y una plaza para su hija en la Cámara de la reina Isabel<sup>1176</sup>.

---

<sup>1173</sup> “(.....) se hizo merced a D. Francisco de las Infantas y Córdoba de un hábito de la orden de Alcántara, que es el decimosexto de los 18 de que se hizo merced al maestro de campo D. Luis de Monsalve, por consulta de la junta de Coroneles, para las personas que nombrare, en consideración de una leva de 2.000 hombres de que está encargado, y tiene dada satisfacción a la junta. *Papel del secretario Pedro de Villanueva a la secretaría de Órdenes, en el que informa que S.M., ha hecho merced a D. Francisco de las Infantas y Córdoba, de un de los dieciocho hábitos que se concedieron al maestro de campo D. Luis de Monsalve, por una leva de dos mil hombres.* Madrid, 12-4-1640. AHN, OO.MM, Leg. 109(1), nº 15.

<sup>1174</sup> *Consulta de la junta de Ejecución sobre la leva de mil hombres de que se ha encargado D. Marcos de Vallecilla para reclutar las compañías de los consejos.* Madrid, 30-3-1640. AGS, GA, Leg. 1327.

<sup>1175</sup> En la mayor parte de estas levas, una de las condiciones era que las patentes de los cargos de la oficialidad estuvieran exentas del pago de la media anata (la mitad del sueldo de un año), lo cual suponía un considerable ahorro para los interesados y, al mismo tiempo, unos cuantiosos fondos que dejaba de ingresar la Real Hacienda. Este tributo venía determinado porque las personas a quienes se concedían estos empleos no cumplían los años requeridos por las ordenanzas militares para poder servirlo, motivo por el cual debían pagar la media anata por cada año que les faltare. A tal extremo llegó la situación que, en agosto de 1640, se decretó poner fin a esta práctica, y que los titulares de los empleos abonaran la cantidad correspondiente, sin excepciones. “(.....) en las ocasiones presentes se han encargado a diferentes personas muchas levas de infantería. Y entre otras condiciones que han sacado, por capitulación, en las partes donde se ha tratado la leva, ha sido que los despachos, así de maestros de campo como de sargentos mayores, capitanes y otros oficiales menores, se les den libres de media anata. Que todos importan mucha suma de maravedís, con que viene a bajar el derecho tanto, que ha parecido hacer reparo en ello, y ponerlo en consideración a V.M. para que sea servido de mandar, por todas las partes, no se admita en semejantes levas, ni en las de caballería, esta capitulación, sino que hayan de pagar las personas a quien se dieren los despachos, la media anata, conforme los años que les faltaren de sus servicios.” *Consulta de la junta de Ejecución en la que representa a V.M. lo que conviene prevenir sobre el que no se den despachos para las levas libres de media anata.* Madrid, 16 de agosto de 1640. AGS, GA, Leg. 1329.

<sup>1176</sup> *Consulta de la junta de Ejecución.....*30-3-1640.

La peculiaridad de la leva suscrita con D. Marcos, reside en que es el primer y único caso que hemos encontrado, en el cual se rechaza conceder los hábitos demandados a un individuo que se comprometía a realizar un reclutamiento para la Corona<sup>1177</sup>. En cuanto a las otras dos reivindicaciones, la Junta de Ejecución no vio ningún problema en acceder a ellas. Sólo surgieron algunos problemas en lo tocante al puesto de camarera de la reina, pues en esos momentos no había ninguna vacante, y debería esperar a que se produjera alguna<sup>1178</sup>.

Un año más tarde, el conde de Castrillo, a través de la Junta de Ejecución, concertó con el maestre de campo D. Alonso Velázquez de Ovando<sup>1179</sup>, una leva de 800 hombres para que fueran entregados en La Coruña. Por ella recibiría, entre otras mercedes, cuatro hábitos de la orden de Santiago para entregarlos a quien considerara conveniente<sup>1180</sup>. Con todo, a la hora de despachar las cédulas surgieron algunos problemas, pues según denunciaba el conde de Castrillo, al entregarse estos documentos con los nombres de los beneficiarios en blanco, debían pasar primero por sus manos para ser entregados al reclutador una vez hubiera cumplido con su obligación<sup>1181</sup>. Suponemos que la adopción de medidas de este tipo obedecía a un intento por evitar la comisión de irregularidades, y que las mercedes se concedieran una vez se hubieran presentados los hombres exigidos. Como hemos visto en las páginas anteriores, pese a que lo normal era que dichas prebendas fueran entregadas una vez efectuado el servicio, cabía la opción de concederlo con anterioridad, siempre y cuando la persona que

---

<sup>1177</sup> “Los hábitos no se le han de dar, por no estar comprendidos en el parecer de la junta.” *Ibidem*.

<sup>1178</sup> “(.....) En lo que toca al oficio, que se le del de Venezuela o Cumaná, el que al consejo de Indias pareciere de los dos. Y en lo que pide para su hija, respecto de que hay hoy en la cámara de la reina, nuestra señora, muchas más de las que ha de haber, conforme al número señalado, y no conviene aumentarle, se le podría responder que, habiéndose reducido al número que ha de haber, entrará en la primera vacante.” *Ibidem*.

<sup>1179</sup> Andujar Castillo ha localizado a un tal Alonso de Ovando (sin referencia a su empleo de maestre de campo), que a altura de mayo de 1650 pugnaba con Juan de Miranda por obtener el monopolio de una leva a realizar en la Corte y sus alrededores, consistente en el suministro mensual de 150-200 soldados al mes para ser enviados al frente catalán. En última instancia, Ovando no pudo hacer frente a la oferta de Miranda, que ofrecía 200 hombres al mes (en teoría 2.400 al año), a 280 reales cada uno. ANDUJAR CASTILLO, F.: *Empresarios de la guerra y..... Op. cit.* p. 393.

<sup>1180</sup> “En conformidad de consulta de la junta de Ejecución, que me dio cuenta de la leva de 800 infantes que el conde de Castrillo había ajustado con D. Alonso de Ovando para La Coruña, he resuelto que al dicho D. Alonso se le den cuatro hábitos de Santiago, para que pueda disponer de ellos en personas de su obligación. *Decreto del rey a la secretaría de Órdenes, en el que informa que, por consulta de la junta de Ejecución, ha hecho merced al maestre de campo D. Alonso Velázquez de Ovando, de cuatro hábitos de la orden de Santiago por una leva de 800 infantes.* Madrid, 14-4-1641. AHN, OO.MM, Leg. 105(2), nº 37.

<sup>1181</sup> “(.....) Y advierta V.m. que, de ninguna manera se han de entregar los hábitos a las partes, sino volver a mi mano, porque sirven de prenda para las levas, y para entregarse cuando cumplan.” *Papel del conde de Castrillo al secretario D. Melchor Morán, sobre los hábitos concedidos al maestre de campo D. Alonso de Ovando.* Madrid, 16-4-1641. AHN, OO.MM., Leg. 105(2), nº 37.

realizara la leva diera una fianza por el hábito. Con todo, debieron cometerse fraudes e individuos que no cumplieron con su obligación, pudieron acceder a este honor, pues de otra manera no se explica el interés del conde de Castrillo en que sea él quien gestione este asunto. En última instancia, bien el aristócrata debió de ceder, y permitir que se entregaran a D. Alonso las cédulas de los hábitos con los nombres en blanco, o se cumplió el servicio a satisfacción. El caso es que de una manera o de otra, las cuatro personas que aquél designó para las mercedes, recibieron sus hábitos durante ese año<sup>1182</sup>.

Pero las dos tipologías mencionadas no fueron las únicas que estuvieron dispuestas a reclutar hombres para los ejércitos reales, a cambio de hábitos de las Órdenes Militares. Entre ellos podríamos incluir a individuos que, sin ninguna vinculación con el mundo castrense, pero con los recursos económicos, o con los contactos necesarios para acometer una empresa (en el sentido literal de la palabra) como ésta. Podríamos definirlos como “empresarios militares”, más preocupados por las cuestiones de carácter económico, en concreto la cantidad de dinero a percibir por cada soldado, y la concesión de las patentes de los empleos de la oficialidad en blanco, que el número de hábitos recibidos por la leva. Nuestra impresión se ve corroborada por un hecho evidente: según podemos comprobar en el cuadro 12, en otros reclutamientos, por un número sensiblemente inferior de hombres, la generosidad real, en hábitos concedidos al reclutador, fue mucho mayor.

Este fue el caso de Martín Alfonso de Ataíde<sup>1183</sup>, portugués, que en enero de 1637 ofreció levantar 2.000 infantes irlandeses (suponemos que para poder llevar a cabo un alistamiento de este calibre debía estar muy bien relacionado con la comunidad irlandesa, pues de lo contrario le sería imposible llevarla a cabo), vestidos<sup>1184</sup> y armados con espadas, a 30 ducados (33 escudos) por soldado (lo cual le reportaría unos ingresos brutos de 60.000 ducados). A cambio, demandaba se le hiciera merced de una renta

---

<sup>1182</sup> Se trataba de D. Luis Dávila, de Huelva; D. Francisco Cerecedo, nacido en Cantabria; D. Juan de Cerecedo, su hijo, de Madrid; y D. Juan Bautista de Silieza, nativo del valle de Mena, en Burgos, que en última instancia, lo recibió de la orden de Alcántara. *Ibidem*.

<sup>1183</sup> No hemos encontrado ningún dato sobre este individuo, suponemos que de origen portugués por su apellido, que nos permita bosquejar su biografía. Únicamente sabemos que debía estar bien introducido en los círculos mercantiles, e incluso participó en el comercio de esclavos, pues en algún momento de la década de los 30 adquirió dos licencias para introducirlos en América, concretamente en la región del Río de la Plata, pero las vendió en 1638 al comerciante genovés Nicolás Salvago. SAGUIER, E.R.: “Economic impact of commercial capital on credit transactions: Buenos Aires in the Early Seventeenth Century”, en: *Anuario de Estudios Americanos*, nº 44 (1987). pp. 109-139.

<sup>1184</sup> “(.....) con jubón, ropilla, calzón, medias, zapatos y sombrero.” *Consulta de la junta de Ejecución en la que representa a V.M. lo que se le ofrece sobre la leva que propone Martín Alfonso de Ataíde*. Madrid, 13-1-1637. AGS, GA, Leg. 1185.

anual de 1.000 ducados en el Reino de Portugal (en conmutación a una deuda de 20.000 ducados que, según Ataide, la Real Hacienda mantenía con él), de dos hidalguías (o fidalguías, pues serían para individuos nativos de la Corona de Portugal) y de un hábito de las Órdenes Militares<sup>1185</sup> (que suponemos serían vendidas para atenuar los gastos en que debía incurrir para consumir su ofrecimiento).

La Junta de Ejecución acogió esta oferta con cautela, pues se ponía en duda su capacidad de cumplimiento. Pero como la Corona no tenía nada que perder, pues el reclutamiento se realizaría por cuenta y riesgo de Ataide, se mostró partidaria de llegar a un acuerdo, y si fuera posible que rebajara la cantidad solicitada por cada soldado. Si no diera su brazo a torcer, se podría aceptar su oferta inicial, con la condición de que los entregara en el puerto de Pasajes (Guipúzcoa) y que, en ningún caso presentara menos de mil hombres, con la finalidad de poder constituir un tercio con ellos<sup>1186</sup>.

Respecto a las mercedes solicitadas por el oferente, en lo tocante a las dos hidalguías y al hábito no se planteó ningún inconveniente. Los problemas vinieron con la otra reivindicación: la renta de 1.000 ducados, pues se desaconsejaba su concesión por dos motivos: la imposibilidad de situar pensiones en un momento en el que se estaba tratando de sanear las finanzas del Reino de Portugal, y porque otros individuos en la misma situación podrían solicitar una recompensa similar, lo cual significaría cargar aún más la Real Hacienda, cuando lo que se pretendía era justo lo contrario, y que estos reclutamientos menoscabaran lo menos posible al erario público<sup>1187</sup>. El rey se mostró conforme con las matizaciones de la Junta de la Ejecución a la oferta de Ataide, aunque ordenó que en el asiento definitivo se establecieran una serie de condiciones. En primer lugar, que constara una cláusula de penalización por si al final no cumpliera con lo pactado; que se estableciera un plazo de entrega, y en último lugar que no se pagaran más de 25-26 escudos en plata (22'5-23'5 ducados); lo cual implicaría una rebaja de 7-8 escudos en el precio inicial<sup>1188</sup>.

---

<sup>1185</sup> *Ibídem.*

<sup>1186</sup> “(.....) Y la junta reconoce que, si bien en el estado presente tendrá dificultad su ejecución, todavía le parece que, supuesto que él se encarga de traer la dicha gente, se podría asentar con él lo tome por su cuenta, procurando, si fuere posible, que baje algo de los 30 ducados. Y caso que esto no se pueda conseguir, se tiene por conveniente se le den, con calidad que los ha de traer vestidos, en la conformidad referida, y poner en el puerto de Pasajes. Y que solamente se le han de dar a 30 ducados los que pasaren muestra, los cuales, por lo menos, han de ser mil infantes, para que se pueda formar un tercio.” *Ibídem.*

<sup>1187</sup> *Ibídem.*

<sup>1188</sup> *Ibídem.*

Al parecer, el comerciante portugués no fue el único interesado en realizar este reclutamiento, motivo por el cual debió revisar su oferta a la baja<sup>1189</sup>. A pesar de todo, la disminución no fue tan destacada como pretendía el monarca, pues al final se cerró el precio por soldado en 26 ducados en plata (28 escudos), puestos en la localidad guipuzcoana referida a primeros del mes de abril<sup>1190</sup>. Aunque la Corona se iba ahorrar cuatro ducados por soldados, todavía se consideraba que la oferta de Ataide era cara. Por este motivo, el asentista hizo patente su malestar al Conde Duque pues los gastos que debía afrontar eran considerables, los cuales pensaba enjugar, en parte, con la venta de las dos hidalguías<sup>1191</sup>.

Al desestimarse su solicitud de una renta de mil ducados, reclamó la devolución de una cantidad que tenía embargada, por una deuda con la Real Hacienda en Portugal sobre unas casas, valorada en 2.200 ducados; y que se le concediera licencia para fundar un monasterio de irlandesas en la ciudad de Lisboa<sup>1192</sup>. Estas peticiones fueron aceptadas, al tiempo que se le ampliaba el plazo de presentación hasta mediados del mes de mayo, y se determinó solicitar al cardenal infante D. Fernando, gobernador de los Países Bajos, que enviara algunos capitanes irlandeses que sirvieran en el ejército de Flandes, para que colaborasen en las tareas de reclutamiento<sup>1193</sup>.

Pese a todo, surgieron algunas complicaciones respecto a la manera en que se debía abonar el dinero de la leva, así como las garantías que debía ofrecer el reclutador, las cuales fueron discutidas en la Junta de Ejecución del Ejército, estando presentes D.

---

<sup>1189</sup> “Bien recelaba que, como V.E. remitiese a otros la leva de la gente habían de resultar dificultades, ajustábame a lo que podía.” *Papel de Martín Alfonso de Ataide al conde duque sobre la leva que ofrece*. Madrid, 16-1-1637. AGS, GA, Leg. 1185.

<sup>1190</sup> *Ibidem*.

<sup>1191</sup> “(.....) No sé como hace la cuenta el secretario D. Fernando de Contreras, pues los vestidos costarán casi a 8 ducados; y la licencia para salir, y lo que se les acostumbra a dar para dejar sus casas, serán otros tantos. Lo restante, y las hidalguías, serán menester para las pagas del sueldo que han de vencer desde el día que se levanten hasta que lleguen. Y si algo sobrare, será muy poco. Los bastimentos importarán, para cada uno, tres o cuatro ducados. Los fletes, es cierto no valdrán menos, que como en Irlanda hay pocos navíos, es necesario vayan de España. Y para que se disponga esto con cuidado, doy a un hombre 2.000 ducados, y le hago la costa hasta que vuelva; pues va a Santander para concertarse con un capitán irlandés, que ha hecho muchas presas, para que esté en abril en un puerto señalado, donde hallaría mucha gente pronta. Y otros dos navíos, que estaban en Bilbao, también ha mandado fletar.” *Ibidem*.

<sup>1192</sup> Aunque no hemos encontrado ninguna evidencia documental de que finalmente se llegara a erigir este convento, a partir de la segunda mitad del siglo XVII, y durante el siglo XVIII, se levantaron instituciones para el amparo y protección de los irlandeses en diferentes lugares de la Monarquía Hispánica, sobre todo colegios y conventos. En cuanto a los primeros, se edificó uno en Valladolid en 1590, aunque dos años más tarde se trasladó a Valladolid; y en 1593 se construyó otro en Lisboa, que estuvo abierto hasta 1769. En 1605 le tocó el turno a Santiago de Compostela, y en 1608 a Sevilla. En Madrid se fundó en 1629 y en 1649, otro en Alcalá de Henares. A este respecto, véase: GARCÍA HERNÁN, E.: “El colegio de San Patricio de los Irlandeses de Madrid (1621-1937)”, en: *Madrid. Revista de arte, geografía e historia*, nº 8 (2006). pp. 219-246.

<sup>1193</sup> *Consulta de la junta de la Ejecución del Ejército, representando lo que se le ofrece sobre el papel incluso de Martín Alfonso de Ataide*. Madrid, 19-1-1637. AGS, GA, Leg. 1185.

Carlos Coloma, marqués del Espinar<sup>1194</sup>, el duque de Villahermosa y Pedro de Arce<sup>1195</sup>. Al parecer, Ataíde había solicitado que se le abonara el total de la leva, siempre y cuando aportara una fianza por la cantidad concurrente. No obstante, tal y como recordó el secretario D. Fernando de Contreras, eso no fue lo que se acordó, sino que recibiría la cantidad pactada cuando hubiera entregado los soldados en Pasajes. Además, también demandó que se le permitiera utilizar las dos hidalguías y el hábito antes de cumplir con el servicio, pues la cantidad que obtuviera por su venta le era necesaria para dinamizar los trámites, para lo cual estaba dispuesto a entregar una fianza por la cantidad en que se tasaren estas mercedes<sup>1196</sup>.

D. Carlos Coloma se mostró a favor de acceder a las demandas de Ataíde, es decir, que se le adelantara el dinero de la leva, y que dispusiera de las hidalguías y del hábito antes del cumplimiento del servicio, comprometiéndose a presentar fianzas por ambos conceptos. El interés del marqués del Espinar obedecía a lo necesaria que era la presencia de estos dos millares de irlandeses (que tan buen servicio habían prestado en otras ocasiones) tanto para guarnecer la frontera, como, si se considerara conveniente enviar tropas para la recuperación de Brasil<sup>1197</sup>. Pero los otros dos miembros de la junta

---

<sup>1194</sup> D. Carlos Coloma y de Saa (1566-1637), comenzó sus servicios a los 14 años de edad, cuando formó parte de las tropas que se dirigieron a Portugal para hacer valer los derechos de Felipe II al trono luso. En 1584 prestó servicios en las galeras de Sicilia, hasta 1588, cuando pasó a Flandes, donde sirvió hasta 1600. Durante su estancia en este teatro de operaciones, fue ascendido a capitán de una compañía de caballos lanzas (1591), y en 1597 recibió un hábito de la orden de Santiago y nombrado maestre de campo de infantería española. Posteriormente fue nombrado gobernador de Perpiñán y lugarteniente de los condados de Rosellón y Cerdeña. Entre 1610 y 1617 desempeñó el cargo de virrey capitán general de Mallorca. En 1620 desempeñó el empleo de maestre de campo general del ejército del Palatinado, al mando de Ambrosio Spínola, y al año siguiente se le concedió la encomienda de Montiel y La Osa, de la orden de Santiago. Al mismo tiempo, desempeñó tareas diplomáticas, pues fue embajador en Londres en dos ocasiones (entre 1622-24 y 1629-31), y en 1627 fue honrado con el título de marqués del Espinar. Asimismo, se le designó maestre de campo general del ejército de Flandes, y en 1634 sirvió como maestre de campo general y castellano de Milán. Al año siguiente ejerció, de forma interina, el empleo de gobernador del ducado italiano. En 1635 regresó a España, donde fue nombrado consejero de Castilla y de Estado, cargos que sirvió hasta su muerte, en octubre de 1637. <http://www.tercios.org/personajes/coloma.html>.

<sup>1195</sup> *Consulta de la junta de la Ejecución del Ejército, representando lo que se le ofrece en lo que pide Martín Alfonso de Ataíde para la leva de irlandeses de que se encarga*. Madrid, 24-1-1637. AGS, GA, Leg. 1185.

<sup>1196</sup> “(.....) El secretario D. Fernando de Contreras, refirió que Martín Alfonso de Ataíde pide, desde luego, el dinero que importare la leva que ha de hacer, dando fianzas del cumplimiento. Y que lo resuelto por V.M. es que, conforme la gente que fuere entregando, se le pague al respecto de 26 ducados de plata por cada soldado. Y habiéndose conferido sobre este punto, y también se ha tratado sobre el despacho que pide de las dos hidalguías y un hábito, que se le han ofrecido, porque dice necesita de ellos para facilitar la leva, y que, asimismo, dará fianzas de lo que se valuren estas mercedes.” *Ibidem*.

<sup>1197</sup> “(.....) A D. Carlos Coloma le parece que, por ser tan conveniente el traer esta gente a España, por ser nación tan útil al servicio de V.M., y parecidos a los españoles (como lo ha mostrado la experiencia en el valor y fidelidad con que han procedido), por cuya causa no sólo serán de provecho para lo que en estos Reinos se ofreciere, sino muy a propósito para la recuperación de Brasil; y juzga que, por tenerlos acá, se debe levantar algo. Y así, le parece que el dinero que montare la leva de los 2.000 hombres, se le



no coincidieron con el parecer de Carlos Coloma, pues no creían conveniente aventurar parte de los limitados recursos con que contaba la Real Hacienda en una operación de alto riesgo, con series posibilidades de que no se finiquitara con éxito. Ambos se ratificaron en lo resuelto por el monarca: que únicamente percibiera dinero cuando hubiera cumplido con su obligación. En cuanto a las hidalguías y el hábito, su parecer se movía en la misma dirección: entregarlos a la conclusión del servicio<sup>1198</sup>.

Vista la insaciable demanda de efectivos militares que tenía la monarquía española, ésta no se podía permitir el lujo de renunciar a una leva tan atractiva como la presentada por el comerciante portugués. Así, para que pudiera recibir el dinero antes del reclutamiento, se le propuso que buscara los servicios de un financiero que le avalara, de modo que los intereses de la Corona quedarían salvaguardados y Ataide podría cobrar por anticipado<sup>1199</sup>. En caso de no encontrar ninguno, él mismo debería presentar las fianzas, y comprometerse a pagar un recargo (equivalente a la tercera parte del monto total de la leva), si no cumpliera con el plazo de entrega. En cuanto a las hidalguías y el hábito, se ordenó que pudiera disponer de estas mercedes de forma inmediata, es decir, antes de entregar los hombres, comprometiéndose a presentar garantías equivalentes a su valor pecuniario<sup>1200</sup>.

Pero la aprobación de estas demandas no significó el fin de las reivindicaciones de Ataide para cumplir con la leva. Pues unos días más tarde solicitó que se autorizara a abandonar su puesto en el ejército de Flandes, a los capitanes irlandeses D. Patricio

---

entregue, dando fianzas de que cumplirá lo resuelto por V.M. Y lo mismo sea en cuanto a los despachos de las hidalguías y hábitos. Pues si no se le diese caudal para traer esta gente, mal podría cumplir lo que se le encarga.” *Ibidem*.

<sup>1198</sup> “(.....) El duque de Villahermosa y Pedro de Arce, dijeron que tienen por difícil el efecto de lo que pretende Martín Alfonso de Ataide. Y que con esta consideración, sienten que tener tanta suma de dinero ocioso, es de inconveniente. Pues si no se hiciese la leva y trujese a estos Reinos, se vendría a perder el haberse valido de ello para tantas y precisas cosas como hay a que acudir. (.....) Y en cuanto a los despachos de las hidalguías y el hábito, se le podrán entregar, para que nombre las personas que quisiere, con calidad que para usar de ellos, conste haber cumplido lo que ofrece.” *Ibidem*.

<sup>1199</sup> Pese a que no hemos podido localizar el nombre de la persona que se comprometería a avalar a Martín Alfonso de Ataide, sospechamos que se trataría de Duarte Fernández, asentista de origen portugués, con amplia trayectoria como prestamista de la Corona. Nos inclinamos a pensar que se trata de este individuo, porque en 1640 actuó como fiador de una leva de 1.000 hombres efectuada por Ataide, y recibió dos hábitos a cambio de avalarle con su capacidad crediticia. *Consulta de la junta del Ejecución sobre una consulta de la junta del Despacho de Portugal, referente a la leva de Martín Alfonso de Ataide*. Madrid, 7-2-1640. AGS, GA, Leg. 1326. *Decreto de S.M., dirigido a la secretaría de las Órdenes, en el que informa que, en conformidad de consulta del Despacho Ordinario de Portugal, ha hecho merced a Duarte Fernández, de dos hábitos de la orden de Santiago*. Madrid, 31-8-1640. AHN, OO.MM, Leg. 105(1), nº 16.

<sup>1200</sup> “(.....) Dénsele las hidalguías y el hábito con fianzas. Y para lo demás, se le ofrezca un crédito del hombre de negocios que quisiere escoger, que se obligue a pagárselo. Y no pudiéndose conseguir con esto, dando él fianzas y obligándose a pagar de pena la tercera parte, si no cumpliera en el tiempo.” *Consulta de la junta de la Ejecución del Ejército*.....24-1-1637.

Geraldino (Patrick Gerald), y D. Dermicio (Dermot) O'Sullivan (recordemos que se había acordado solicitar al cardenal infante que enviara algunos oficiales de nacionalidad irlandesa para que colaboraran con esta misión), así como el alférez de la Armada Nicolás Esquidi, los cuales deberían recibir dos pagas, “por convenir para el buen efecto de la leva que está a su cargo<sup>1201</sup>.” Además, en este momento es cuando solicitó que se le concedieran dos patentes de maestre de campo y las del resto de oficiales, en blanco (nos resultaba sospechoso que no las hubiera solicitado en el instante de presentar su oferta). Para terminar, pidió que se le se de licencia para sacar de Castilla 80.000 ducados, y que el beneficiario del hábito del que se le había hecho merced, pudiera recibir una renta vitalicia de 250 ducados anuales<sup>1202</sup>.

El parecer de la junta se inclinó a mostrarse generoso con Martín Alfonso de Ataide, admitiéndosele los oficiales que designare, siempre y cuando tengan los servicios requeridos, pues no se menciona en ningún momento la concesión de suplimientos para quienes no acrediten los años de servicio necesarios para cada puesto<sup>1203</sup>.

Durante las semanas siguientes siguieron las negociaciones entre el reclutador portugués y los ministros del rey, con el objetivo de atar todos los cabos sueltos, para que los hombres aprestados pudieran estar de servicio lo antes posible. Una de las cuestiones que se trataron, fue la de la concesión de las dos hidalguías prometidas a cambio de la leva. Según refirió la Junta de Ejecución, Ataide había solicitado proponer para estos honores, a individuos que no fueran cristianos viejos<sup>1204</sup>, lo cual era contrario a la legislación vigente. Consideramos que tal solicitud, pese a que despertaría suspicacias entre parte de la maquinaria administrativa de la Corona, se inscribe dentro de la política del Conde Duque (el cual presidió la sesión de la junta en la que se autorizó la concesión), de favorecer la promoción de aquellos individuos que, pese a tener su origen en la base de la pirámide social, estaban dispuestos a servir a la Corona (en este caso mediante la puesta a disposición de la Corona de su capacidad financiera

---

<sup>1201</sup> *Consulta de la junta de Ejecución sobre lo que suplica Martín Alfonso de Ataide, para que tenga efecto la leva de irlandeses que se le ha encargado.* Madrid, 3-2-1637. AGS, GA, Leg. 1185.

<sup>1202</sup> *Ibidem.*

<sup>1203</sup> *Ibidem.*

<sup>1204</sup> *Consulta de la junta de la Ejecución del Ejército, en la que representa lo que se le ofrece en lo que pide Martín Alfonso de Ataide, sobre la leva de irlandeses que ha de traer.* Madrid, 5-3-1637. AGS, GA, Leg. 1185.

para facilitar un reclutamiento), tal y como ocurrió con los hombres de negocios portugueses a partir de 1627<sup>1205</sup>.

Esta demanda pone de manifiesto la gran importancia que las mercedes de carácter honorífico, hidalguías y hábitos de las Órdenes Militares, tenían a la hora de articular el binomio servicio-recompensa. Por un lado, ejercían una atracción irrefrenable sobre quienes tenían una posición económica opulenta, pero que no se trocaba en reconocimiento social, lo cual se traducían en una innegable voluntad de servir a la Corona, que sabría recompensar su esfuerzo. Por otro, las necesidades de la monarquía favorecían esta asistencia mutua y tenían un doble beneficio para ella: uno, gratificaban a individuos que la habían auxiliado; y dos, esta generosidad no repercutía en la Real Hacienda.

Pese a los escrúpulos que levantaría la concesión de hidalguías a sujetos que no acreditaban limpieza de sangre, se recomendó al monarca que accediera a la solicitud de Ataíde, siempre y cuando se cumpliera el servicio ofrecido. Con todo, lo más razonable sería concederle una cuando hubiera entregado 500 hombres, y la otra al llegar a los 1.000. Además, los trámites deberían llevarse a cabo al margen del Consejo de Portugal, encargándose de este asunto el secretario D. Fernando de Contreras, que llevaría personalmente las gestiones, y custodiaría las cédulas de las hidalguías hasta que se consumara la entrega de los irlandeses antes del plazo acordado, el cual se ampliaba hasta el 15 de junio<sup>1206</sup>.

---

<sup>1205</sup> Hasta ese año, los financieros genoveses monopolizaban el crédito a la Corona, al tiempo que eran los principales acreedores de la Real Hacienda. En el mes de enero, se decretó la primera de las tres bancarrotas del reinado de Felipe IV, la cual afectó de forma significativa a los banqueros de esta nacionalidad. Al mismo tiempo, el Conde Duque, pese a la oposición de los sectores más conservadores del aparato de gobierno de la monarquía española, había iniciado contactos con la comunidad mercantil portuguesa, de la cual una gran parte eran judíos o conversos, para que participaran como asentistas al servicio de la monarquía. De esta manera, se inició una fructífera colaboración entre ambas partes, que incluso continuó tras la sublevación de diciembre de 1640, y que permitió a la Corona tener un mayor margen de maniobra frente a los financieros genoveses (aunque esto no significó que se prescindiera de sus servicios, pues continuaron siendo los principales prestamistas de Felipe IV). Véase: ELLIOTT, J.H.: *El Conde Duque..... Op. cit.* pp. 339-342. ISRAEL, J.I.: *European Jewry in the age of mercantilism, 1550-1750*. Oxford, 1985. SERRANO MANGAS, F.: *Vellón y metales preciosos en la Corte del rey de España (1618-1668)*. Madrid, 1996. ÁLVAREZ NOGAL, C.: *El crédito de la Monarquía Hispánica en el reinado de Felipe IV*. Valladolid, 1997. pp. 65-134. Del mismo autor: *Los banqueros de Felipe IV y los metales preciosos americanos*. Madrid, 1997. pp. 39-44 y 89-95.

<sup>1206</sup> “(.....) Que en cuanto a las dos hidalguías que ha pedido, con calidad que pueda nombrar para ellas personas que no sean cristianos viejos, se conforma [Martín Alfonso de Ataíde] en que se le den teniendo efecto la leva, como se le ha avisado, con que el despacho se haga y quede en poder de D. Fernando Ruiz de Contreras, y sin que necesite de concurrir al Consejo de Portugal. Y viniendo los 500 irlandeses se le de la una, y cumplido el número de mil, la otra. Y que respecto de la dilación que ha tenido el ajustamiento de este tratado, no podrá obligarse a cumplir lo que se le ofrece sino en todo junio, pues cuando se encargaba de traer esta gente en mayo, era en el mes de enero”. *Consulta de la junta de la Ejecución del Ejército.....*5-3-1637.

Con todo, no hemos encontrado referencias documentales de los destinatarios de las dos hidalguías y del hábito. Nos inclinamos a pensar que Martín Alfonso de Ataide debió cumplir con la leva ofrecida, porque al año siguiente realizó otro reclutamiento de la misma cuantía (dos tercios de mil hombres cada uno), aunque no sabemos si se trataba de irlandeses, porque no tenemos ninguna alusión a la procedencia de los reclutas<sup>1207</sup>. En esta ocasión recibió “entre otras mercedes”, dos hábitos, uno de la orden de Santiago y otro de Calatrava, “para las personas que señalare”<sup>1208</sup>, cuyos receptores si hemos podido localizar. Se trata de D. Jerónimo de Goñi y Gaceta, natural de Viana (Navarra), que recibió el hábito de la orden de Calatrava en 1639<sup>1209</sup>, y de D. Bernardo de Amato y de Buglio, natural de la ciudad de Palermo (Sicilia)<sup>1210</sup>. Las levas encargadas a Ataide, responden a una motivación muy concreta: incrementar el número de efectivos destinados al ejército de Flandes. Y para cumplir este objetivo, las mercedes de carácter honorífico estaban destinadas a desempeñar un papel preferente<sup>1211</sup>.

Dentro de este grupo, aunque con un móvil diferente al del asentista portugués (pues gracias a este servicio obtuvo una patente de maestro de campo), se encuentra el caso de D. Gilberto Nugencio (suponemos que se trataría del nombre castellanizado de

<sup>1207</sup> “La junta de la Ejecución del Ejército, dio cuenta a S.M., en 17 de abril de este año, del ofrecimiento que hacía Martín Alfonso de Ataide, en levantar dos tercios de a mil hombres cada uno.” *Papel del secretario D. Fernando Ruiz de Contreras a D. Francisco de Calatayud, secretario del Consejo de las Órdenes, en el que informa que el rey, por consulta de la junta de la Ejecución del Ejército, ha concedido dos hábitos a Martín Alfonso de Ataide, por la leva que ha ofrecido hacer.* Madrid, 26-5-1638. AHN, OO.MM, Leg. 104(2), nº 53.

<sup>1208</sup> *Ibidem*.

<sup>1209</sup> Sabemos que en 1627 empezó a servir con plaza de soldado en la Armada de la Carrera de las Indias, y después desempeñó el puesto de veedor de la Armada del Sur. Al año siguiente de ser honrado con el hábito, recibió una conducta de capitán de caballos corazas españolas, para la leva de caballería que estaba realizando el barón de Letosa. Una vez formada la compañía, sirvió en las campañas iniciales guerra de Cataluña, donde fue herido y fue hecho prisionero. A finales de los 40 se le nombró gobernador del partido de Martos, y en 1660 tenemos constancia de que ejercía el puesto de veedor de las fronteras de Castilla la Vieja. *Relación de los servicios de D. Jerónimo de Goñi y Gaceta, caballero de la orden de Calatrava, gobernador del partido de Martos.* S.I. 20-8-1654. AGI, Indiferente, Leg. 115/92.

<sup>1210</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Santiago, Expediente 391.

<sup>1211</sup> “(.....) Y propuso el conde duque de Sanlúcar sería bien ordenar al marqués de Valparaíso [gobernador y capitán general del Reino de Galicia] y al consejo de Cantabria, encargándoles que, por medios de algunas mercedes de hábitos, hidalguías, legitimaciones, o cualquier otros medios que se juzgaren convenientes, procuren que haya personas que se obliguen a hacer levas de hasta mil infantes, los que pudieren, para que vayan a Flandes y se embarquen las fragatas que fueren llegando, enviando orden a aquellos estados para que se procure vengan las más fragatas que se pudiere. (.....) Y que al consejo y al marqués, se advierta de la cantidad en que se valúan las mercedes de hábitos a los que se ofrecen por asientos de levas. Y que la necesidad de conseguir las es tal, que aunque sea algo menos, no se deje de efectuar y admitir el servicio que ofrecieren. (.....) Y que se despache correo a La Coruña para saber, con claridad bastante, la gente que tiene entregada Martín Alfonso de Ataide, y se pregunte de Duarte Fernández lo que se puede esperar de esto.” *Consulta de la junta de Ejecución en la que representa lo que conviene acrecentar el número de infantería que se ha de enviar a Flandes, por los medios que ha propuesto el conde duque.* Madrid, 10-7-1640. AGS, GA, Leg. 1329.

Gilbert Nugent) quien, a mediados de enero de 1640, ofreció levar 2.000 soldados vestidos y armados con espadas, también de nacionalidad irlandesa, entregados en La Coruña, San Sebastián o Pasajes, a 22 escudos de plata por cada uno, antes de finales del mes de mayo. En caso de que no cumpliera con el total de la leva, se comprometió a abonar 4 ducados por cada soldado que no entregare. Además, estaba dispuesto a servir con otros 400 hombres, reclutados a su costa, sin ningún gasto para la Corona, por lo que su contribución ascendía a 2.400 infantes<sup>1212</sup>.

Respecto a las condiciones exigidas para poder cumplir con la leva, en primer lugar solicitó que se remitiera el coste total, 40.000 escudos (si multiplicamos 22 escudos por 2.000 soldados, el resultado es de 44.000 escudos; es decir, hay una diferencia de 4.000 escudos a favor de la Real Hacienda. Suponemos que éste descuadre se debería a cuestiones relacionadas con la conversión monetaria, o a un descuido) en letras giradas a favor del embajador español en Inglaterra, que a la sazón era D. Alonso de Cárdenas<sup>1213</sup>, con quien debería de tratar D. Gilberto. De este modo, debía presentar un aval (fianza), ante el representante de Felipe IV en la Corte de Carlos I Estuardo por esa cantidad, tras lo cual se le abonaría la mitad del total, y la otra mitad cuando hubieran embarcado los hombres con destino a las costas españolas. Pese a que lo planteado por Nugencio entraba dentro de lo razonable, se consideró conveniente a los intereses reales que los fiadores de esta leva fueran hombres que residieran en Madrid, para que, en caso de incumplimiento del acuerdo, se pudiera proceder contra ellos inmediatamente<sup>1214</sup>.

En lo tocante a las mercedes que solicitadas, llama la atención el elevado número de patentes: dos de maestre de campo (una de ellas para D. Gilberto), otras tantas de sargento mayor, el mismo número de ayudantes de sargento mayor, y la friolera de 48 patentes de capitán, con los suplimientos y demás despachos oportunos

---

<sup>1212</sup> “Con D. Gilberto Nugencio, caballero irlandés, se ha tratado traiga a los puertos de La Coruña, San Sebastián o Pasajes, 2.000 infantes de las provincias de Irlanda en todo el mes de mayo, a razón de 22 escudos de a 10 reales, en plata. Y demás de ello, ofrece servir con otros 400, y traerlos a su costa a los dichos puertos, sin que se le de cosa alguna.” *Consulta de la junta de Ejecución, en que da cuenta a V.M. de la leva de 2.000 hombres que ofrece hacer en Irlanda D. Gilberto Nugencio*. Madrid, 15-1-1640. AGS, GA, Leg. 1326.

<sup>1213</sup> GONZÁLEZ HONTORIA, M.: *La embajada de D. Alonso de Cárdenas en Londres (1638-1655)*. Madrid, 1949. SANZ CAMAÑES, P.: *Diplomacia hispano-inglesa. Razón de estado y relaciones de poder durante la Guerra de los Treinta Años, 1618-1648*. Cuenca, 2002. Sobre todo, pp. 137-174.

<sup>1214</sup> “(.....) Y para mayor seguridad de lo tratado, será conveniente que el dinero que importare esa leva, se remita al embajador de Inglaterra, para que lo entregue en la forma que dice el asiento, dando allá las fianzas, para mayor firmeza de lo asentado. De manera que se obliguen hombres de esta Corte, abonados y de toda satisfacción, a restituir en ella el dinero que se librare para esta leva, en caso de no tener efecto como se ofrece. *Consulta de la junta de Ejecución*.....15-1-1640.

para su tramitación. Además, al correr por su cuenta el tránsito de los soldados desde Irlanda a los puertos de destino, solicitó otras 8 patentes más. La única condición que puso la Corona a esta avalancha de solicitudes, fue que 30 de las patentes de capitán fueran concedidas con sueldo de reformado, lo cual permitiría un sensible ahorro en salarios<sup>1215</sup>. Pero aún solicitó otras 6 patentes más para ayudarle a levantar los 400 hombres que había ofrecido de manera gratuita, por lo que el total ascendería a 62.

Respecto a los hábitos, D. Gilberto demandó hasta 8 de ellos, “para emplearlos en personas que faciliten la dicha leva”, aunque a diferencia de otros reclutamientos, según hemos podido comprobar, no se concederían de forma inmediata, sino que se entregarían cuatro en el momento que hubiera entregado mil hombres, y los otros cuatro a la conclusión del servicio<sup>1216</sup>. Como gratificación extraordinaria, solicitó una encomienda de mil ducados de renta anual (y mientras se le asignaba una vacante, que se le abonara esta cantidad, prorrateada en mensualidades, allí donde estuviere sirviendo), la cual sería concedida siempre y cuando completara las dos levass en el plazo acordado<sup>1217</sup>.

No hemos podido comprobar si D. Gilberto cumplió con su obligación y, por tanto, recibió las mercedes prometidas. Nos inclinamos a pensar que sí debió hacerlo, aunque lo más probable es que fuera incapaz de entregar los hombres en mayo, pues según una nota marginal que figura en el asiento, fechada el 1 de agosto de 1640, sabemos que se le entregó una patente de maestro de campo, otra de sargento mayor, dos de ayudante y 30 de capitán, a cuenta de las que se le habían prometido por la totalidad de la leva<sup>1218</sup>. De modo que aún quedaban hombres por entregar para cumplir con la totalidad de la leva.

Dentro de este mismo patrón hemos localizado otros ejemplos, aunque se trata de reclutamientos a una escala mucho menor, entre los 200-500 hombres. Entre ellos, se

---

<sup>1215</sup> *Ibidem*.

<sup>1216</sup> *Papel en el que se refiere lo que se asienta y concierta con D. Gilberto Nugencio para la leva de 2.400 infantes que ofrece levantar en las provincias de Irlanda*. S.f, s.l. (principios de 1640). AGS, GA, Leg. 1326.

<sup>1217</sup> “(.....) Y cumpliendo el dicho D. Gilberto, así con la leva de los dichos 2.000 hombres, como la de 400 que ha de traer por su cuenta y a su costa, le hará S.M. merced de una encomienda de mil ducados de renta. Y mientras no se le señalare, se le pagarán los dichos mil ducados, por meses, en la parte donde sirviere, demás de su sueldo de su puesto.” *Ibidem*.

<sup>1218</sup> “(.....) Por cuenta de estos despachos se le entregaron, en 1 de agosto de 1640, 30 patentes, un título de sargento mayor, otro de sargento mayor y dos de ayudantes, que fueron los que pidió. Y no llevó suplimientos porque no los quiso por ahora”. *Ibidem*.

encuentran los de Juan Fernández de Córdoba<sup>1219</sup>, D. Antonio de Arce<sup>1220</sup>, Francisco Sensano<sup>1221</sup> o D. Cristóbal de Zayas<sup>1222</sup>, que recibieron hábitos de las Órdenes Militares por este concepto, bien para disponer de ellos libremente, o para concederlos a “persona de su obligación”.

En otros supuestos, la aportación de soldados sería un mérito más que anotar a la hora de solicitar un hábito. Esta parece ser la situación en la que se encuentra D. Luis de Godoy Ponce de León quien, en consideración de los servicios de sus pasados (que no se especifican), tenía concedidas dos mercedes de hábito. Pero por la Junta de Ejecución se creyó oportuno que, levantando 40 hombres puestos en La Coruña se le concediera uno, y si alcanzaba los 80, el otro; al tiempo que se le autorizaba a tomar a censo sobre su mayorazgo la cantidad necesaria para ello. No obstante, D. Luis solicitó que, en lugar de presentar los hombres en Galicia, pudiera hacerlo en Cádiz, donde le resultaría más sencillo, pues en Andalucía tenía muchos “parientes y amigos” (pues su familia es oriunda de Córdoba)<sup>1223</sup>.

Para concluir este apartado, traemos a colación lo acontecido con D. Jerónimo de Medinilla, corregidor de las ciudades de Murcia, Lorca y Cartagena, que en julio de

---

<sup>1219</sup> En enero de 1640 ofreció levantar 500 hombres, puestos en Los Alfaques (Tarragona), a finales de abril, vestidos y armados con picas, al precio de 26 escudos cada uno, pagados la mitad en plata y la mitad en vellón, los cuales percibiría en dos veces, una parte a la formalización del contrato, y el resto a la presentación de la certificación en la que constare haber entregado, al menos, 250 hombres. A cambio, solicitaba una patente de sargento mayor, otra de ayudante de sargento mayor, y nueve de capitanes, con los suplimientos necesarios para ello, y libres del pago de la media anata o cualquier otro tributo. Y, además, dos hábitos de las Órdenes Militares “para disponer de ellos a su voluntad”; es decir que serían vendidos, o concedidos a individuos que costearan parte de los gastos de la leva. *Consulta de la junta de Ejecución sobre los 500 hombres que ofrece levantar, y conducir a Los Alfaques, Juan Fernández de Córdoba*. Madrid, 14-1-1640. AGS, GA, Leg. 1326. *Papel incluso en el que constan las condiciones con que Juan Fernández de Córdoba se obliga a levantar 500 hombres y ponerlos en Los Alfaques*. S.f., s.l. AGS, GA, Leg. 1326.

<sup>1220</sup> D. Antonio se comprometió a levantar 200 hombres vestidos y entregarlos en Tortosa, también a finales de abril, al mismo precio que Juan Fernández de Córdoba: 26 escudos, la mitad en plata y la mitad en vellón. En este caso percibiría 2.600 escudos, la mitad del total, ahora, y los otros 2.600 a la entrega de los soldados. En cuanto a las peticiones que solicitaba por este servicio, se trataba de cuatro patentes de capitán en blanco, con los suplimientos, exentas de cualquier derecho, y un hábito de la orden de Santiago, una vez cumplido el contrato, para poder “usar de el y emplearle en persona de su obligación. *Consulta de la junta de Ejecución sobre la oferta de 200 hombres que ofrece poner en Los Alfaques D. Antonio de Arce*. Madrid, 31-1-1640. AGS, GA, Leg. 1326.

<sup>1221</sup> También se ofrecía a levantar 200 hombres vestidos, puestos en Los Alfaques, a 26 escudos cada uno, con las mismas condiciones que D. Antonio de Arce, incluido un hábito “para la persona que señalare.” *Consulta de la junta de Ejecución sobre la leva de 200 hombres a que se obliga Francisco Sensano*. Madrid, 31-1-1640. AGS, GA, Leg. 1326.

<sup>1222</sup> En el caso de D. Cristóbal, debía entregar en Málaga 220 hombres vestidos, a 28 ducados por unidad, a la vez que demanda cuatro patentes de capitán y un hábito de la orden de Santiago. *Consulta de la junta de Ejecución sobre la leva de 220 hombres que ofrece levantar D. Cristóbal de Zayas*. AGS, GA, Leg. 1328.

<sup>1223</sup> *Memorial sobre la pretensión de D. Luis de Godoy*. S.f., s.l. (principios de 1637). AHN, Consejos, Leg. 13197, n° 53.

1641 se ofreció a realizar una leva (aunque no especifica el número total) para los navíos de la armada de Nápoles. Para ello, se le enviaron dos patentes de capitán en blanco y cuatro hábitos para repartirlos entre quienes se encargasen de ella<sup>1224</sup>. Lo que nos interesa destacar es que por esos momentos la Corona empezaba a ser consciente de que su capacidad de utilizar los hábitos de las Órdenes Militares, para recompensar a individuos que no serían los destinatarios últimos de la merced, estaba empezando a dar muestras de haber tocado techo. No obstante, le iba a resultar difícil renunciar a un arbitrio tan productivo, y que estaba contribuyendo de manera decisiva a paliar la perenne escasez de hombres que sufrían los ejércitos hispánicos. Sin embargo, a mediados del mes de noviembre de ese año, se encargó al conde de Castrillo la puesta en el mercado de una ingente cantidad de hábitos, para proceder a su venta y destinar su producto a gastos militares<sup>1225</sup>.

Pese a este intento por exprimir los hábitos como fuente de ingresos extraordinarios, en última instancia no debió de cuajar, pues se impuso la línea restrictiva. En consecuencia, a principios de 1642, D. Jerónimo de Lezama, secretario del Consejo de Órdenes, participó al corregidor de Murcia de un decreto, según el cual se había decidido poner fin a las concesiones de hábitos para que los beneficiarios pudieran disponer de ellos y concederlos a otras personas<sup>1226</sup>. Así, a todos aquellos que se encontraran en esta situación se les daba un plazo de 20 días para que hicieran los nombramientos y designaran en quien debían proveerlos<sup>1227</sup>, pues pasado el plazo, se

<sup>1224</sup> *Carta del rey a D. Jerónimo Medinilla, remitiéndole dos patentes en blanco, suplimientos para oficiales y decretos de cuatro hábitos*. Madrid, 9-7-1641. AHN, OO.MM, Leg. 6340(1).

<sup>1225</sup> “(.....) S.M., estando las cosas tan ahogadas, se ha servido mandar al señor conde de Castrillo que disponga de quinientos hábitos, con las pruebas en Madrid, por patria común, en personas de calidad y beneméritas, y que hagan en dinero el servicio equivalente a la merced. Ha sido acertada resolución, porque importará quinientos caballos efectivos [pues los titulares del hábito estaban obligados a acudir a servir en persona o, al menos, enviar un sustituto que lo hiciera en su lugar] y luego un millón que importará el servicio, y quedarán honrados otros tantos vasallos. Y los pobres tendrán algún alivio, pues sólo los ricos y hacendados acudirán al beneficio de esta ocasión importante.” PELLICER Y TOVAR, J.: *Op. cit.* p. 304.

<sup>1226</sup> “(.....) he resuelto que todas las mercedes que tengo hechas de hábitos, a personas particulares, para disponer de ellos, se recojan, y se de a cada uno el precio en que otros los han beneficiado, en vellón, pagados en las arcas de tres llaves, precediendo el darles algún tiempo, dentro del cual los hayan despachado. En esta conformidad se ejecutará lo que tocara a esa secretaría, cerrando, desde luego, la puerta a esta negociación, pasado el plazo.” *Decreto del rey, dirigido al secretario Jerónimo de Lezama, en el que informa de lo que tiene resuelto en la disposición de los hábitos que están dados a personas particulares para disponer de ellos*. Madrid, 18-1-1642. AHN, OO.MM, Leg. 6340(1).

<sup>1227</sup> *Consulta del secretario Lezama, en el que refiere la orden que ha tenido para que se recojan los hábitos de que se hubiere hecho merced a personas particulares, para disponer de ellos, precediendo el darles algún tiempo, dentro del cual hayan dispuesto de estas mercedes; y representa que para dar cumplimiento a este decreto, se sirva V.M. de declarar el término de este plazo*. Madrid, 19-1-1642. AHN, OO.MM, Leg. 6340(1).



conmutaría por su equivalente monetario en vellón, según el precio que otros aspirantes pagaron por esta prebenda<sup>1228</sup>.

Pero Medinilla refirió que, pese a remitírsele las cuatro cédulas con los nombres en blanco, no se habían hecho efectivas, por lo que dejaba en manos de la administración real la resolución de este asunto<sup>1229</sup>. Nos inclinamos a pensar que en última instancia, no se despacharon los hábitos, pues no hemos encontrado ninguna evidencia documental que lo demuestre. De tal modo, lo más probable es que se le concediera la cantidad de dinero en que estaban tasadas estas mercedes (alrededor de 6.000 ducados en plata que, convertidos a vellón se acercarían a los 8.000)<sup>1230</sup>.

En definitiva, los años finales de la década de los 30 se caracterizaron, en lo referente a los hábitos de las Órdenes Militares, por una política en extremo generosa, que buscaba utilizar estas mercedes para cubrir parte del presupuesto militar, de manera que la Real Hacienda no se viera más cargada de lo que ya estaba. Estas iniciativas se tradujeron en un notable incremento del número de caballeros y, por otra parte, a partir de 1641 (aunque las primeras voces aparecen ya en 1639), se buscó limitar el número de mercedes a disposición de particulares para proveerlas en quien creyeran conveniente, pues se sospechaba que serían vendidas<sup>1231</sup>, y entrarían en competencia con el organismo que la Corona había designado para este efecto, la Junta de Hábitos. Ante la

---

<sup>1228</sup> “El rey, nuestro señor, tiene resuelto que a todas las personas particulares a quien tuviere hecha merced de hábitos de las órdenes militares para disponer de ellos, se les aperciba que, dentro de 20 días lo hagan. Y no haciéndolo, se de a cada uno el precio en que otros los han beneficiado, en vellón, del dinero de las arcas de tres llaves. De que aviso a V.m., para la disposición de los cuatro de que S.M. le hizo merced.” *Carta del secretario D. Jerónimo de Lezama a D. Jerónimo de Medinilla*. Madrid, 6-2-1642. AHN, OO.MM, Leg. 6340(1).

<sup>1229</sup> “(.....) El año pasado, por mano del sr. secretario D. Fernando Ruiz de Contreras, se me remitieron cuatro cédulas de hábitos de las órdenes militares, en blanco, para llenarlas con las personas que yo eligiese. Y si ha de tener inteligencia a esta relación, por la merced que S.M. fuere servido de hacerme, penderá del acuerdo que allá se tomare.” *Carta de D. Jerónimo de Medinilla al secretario D. Jerónimo de Lezama*. Murcia, 18-2-1642. AHN, OO.MM, Leg. 6340(1).

<sup>1230</sup> Durante esos días se enviaron notificaciones a diferentes personas que todavía no habían nombrado los destinatarios de sus hábitos. Entre ellos se encuentra: la viuda del maestre de campo D. Fernando del Pulgar, pues estaba vacante uno de ellos; el maestre de campo D. Alonso Velázquez de Obando, “para los que le faltan de disponer de los que se le han dado con intercesión del conde de Castrillo”; el maestre de campo D. Juan de Leyva y Guzmán, que también tenía pendiente nombrar uno de ellos; o Juan Fernández de Córdoba, que tenía uno pendiente. También llama la atención que D. Luis de Monsalve, uno de los principales reclutadores al servicio de la Corona, debía nombrar a los beneficiarios de “los que le faltan de 23 que se le han dado.” En cuanto a los aristócratas, la duquesa de Alburquerque tenía pendientes cuatro nombramientos, el duque de Módena “5 ó 6”, el duque de Nochera tres; el marqués de Los Vélez cuatro, lo mismo que el de Mondejar. *Minuta del papel que envió el secretario Lezama a las personas a quienes S.M. ha hecho mercedes de hábito para disponer de ellos*. S.l. Febrero 1642. AHN, OO.MM., Leg. 6340(1).

<sup>1231</sup> “(....) Salen cada día muchos hábitos, de que se hace merced por ayuda de costa y remuneración de servicios. Y es con tanta abundancia los que han salido, que se han vendido estos días a 20.000 y a 18.000 reales, que es lo sumo que se puede decir.” *Carta del padre Sebastián González al padre Rafael Pereira*. Madrid, 24-5-1639. MHE, Tomo XV. pp. 257-258.

imposibilidad de poner coto a este mercado paralelo se debieron adoptar medidas drásticas, cuyo objetivo final era que nadie, salvo la Real Hacienda, pudiera sacar partido de una actividad que era monopolio suyo. Cuán grave debía ser la situación para que, desde el poder real, se estuviera dispuesto a compensarles con la cantidad en que se valoraba el hábito, en un momento en el que era necesario hasta el último maravedí para acudir a la defensa de la Monarquía.

Pese a todo, a finales de 1642 se documentan algunos casos (si bien es cierto que se trata de supuestos puntuales) en los que, bajo el pretexto de servir con soldados pagados, se asiste a una compra encubierta de la merced. No se trata de reclutamientos propiamente dichos, sino que los interesados depositan la cantidad equivalente al número de soldados que se les ordena costear (a la manera de lo acontecido con la Junta de Hábitos). Nos da la impresión de que se trata de la comisión encargada al conde de Castrillo, cuyo objetivo era acometer la venta de hábitos, así como el despacho de las pruebas por patria común (para que se realizaran en Madrid), para obtener con los que financiar los gastos militares.

Los individuos interesados en obtener el hábito (todos de la orden de Santiago) mediante este arbitrio se encontraban en una buena posición económica, pues se les exigió el pago de 1.500 ducados de plata al contado (equivalentes a lo que costaría poner 50 soldados allá donde la Corona ordenase). Los peticionarios eran cuatro individuos, tres de ellos naturales del Nuevo Mundo y el otro de la ciudad de Sevilla. Se trataba de D. Nicolás de Zárate Rivera y Verdugo, D. Pedro de Zárate Rivera de Verdugo, (hermano del anterior, que servía como capitán de una compañía caballos arcabuceros de la Guardia del Reino de Perú), D. Fernando Gutiérrez de Castilla Altamirano (capitán de infantería), y D. Pedro Caballero de Illescas, que desempeñaba el empleo de alcalde mayor<sup>1232</sup>.

Con estos demandantes de hábitos se repitió un formulismo, el cual se produjo con la mayoría de aspirantes que ingresaron en las Órdenes Militares mediante caminos poco ortodoxos: la eliminación sistemática de la documentación de cualquier referencia que pudiera sugerir la obtención de la merced por ese camino. Por ese motivo, en el

---

<sup>1232</sup> “En conformidad de la comisión que S.M., Dios le guarde, me tiene dada para el beneficio y expediente de los hábitos y pruebas en esta Corte, he tratado con (.....) sirvan a S.M., cada uno, con 50 soldados puestos en la parte donde se le señalare, porque se le haga merced de un hábito de la orden de Santiago. Los cuales los ha reducido a 1.500 ducados de plata, cada uno (.....).” *Papel del conde de Castrillo al secretario Lezama en el que informa que S.M. ha hecho merced de hábito de la orden de Santiago a (.....), en consideración del servicio que ofrece cada uno, de 50 soldados puestos en la parte donde se les señalare*. Madrid, 24-11-1642. AHN, OO.MM, Leg. 105(2), nº 95.

decreto del rey a la secretaría del Consejo de Órdenes para su tramitación, no hay ninguna alusión al pago de una cantidad a cambio de recibir el hábito, pues se salva este obstáculo con una expresión tan genérica como vacía de contenido, que alude a unos servicios de los cuales no hay ninguna referencia<sup>1233</sup>. Al contrario que un importante número de suplicantes de este honor, estos cuatro sujetos tuvieron la suerte de contemplar cómo sus pruebas se realizaban con la máxima rapidez, gracias a lo cual pudieron vestir el hábito casi sin esperar. De esta manera, tres de ellos: D. Pedro y D. Nicolás de Zárate, así como D. Pedro Caballero de Illescas, ingresaron en la orden de Santiago al año siguiente; mientras que D. Fernando Gutiérrez de Castilla lo hizo en 1644.

**CUADRO 13. HÁBITOS CONCEDIDOS POR LEVANTAMIENTOS DE TROPAS. 1635-1641.**

RECLUTADOR	AÑO	SERVICIO	HÁBITOS
CONDE DE MONTERREY	1639	LEVA 500 HOMBRES	4
CONDE DE ORGAZ	1639	COSTEA 100 SOLDADOS DURANTE 6 MESES (2.000 DUCADOS)	1
CONDE DE OROPESA	1636	LEVANTAR UNA CORONELÍA	4
D. ALBERTÍN DAMETO	1639	LEVANTA 100 HOMBRES EN EL REINO DE MALLORCA	1
D. ALONSO CERDÁN Y BOLEA	1639	LEVA 600 HOMBRES.	2
D. ALONSO VELÁZQUEZ OBANDO (MAESTRE DE CAMPO)	1641	LEVA 800 HOMBRES.	4
D. ANTONIO DE ARCE	1640	LEVA 200 HOMBRES VESTIDOS PUESTOS EN LOS ALFAQUES (TARRAGONA).	1
D. CESAR NEGRÓN SPÍNOLA (CORONEL) <sup>1234</sup>	1640	LEVA 1.000 CABALLOS CORAZAS.	5
D. CRISTÓBAL DE ZAYAS	1640	LEVA DE 220 HOMBRES VESTIDOS	1

<sup>1233</sup> *Decreto del rey, dirigido al secretario D. Jerónimo de Lezama, en el que informa que S.M. ha hecho merced de hábito de la orden de Santiago, por sus servicios, a (.....). Zaragoza, 29-11-1642. AHN, OO.MM, Leg. 105(2), nº 95.*

<sup>1234</sup> A principios de ese mismo año, sabemos que a D. César se le abrió un proceso judicial por haber labrado moneda falsa en la ciudad de Zaragoza, uno de los delitos más graves que se podían cometer en la época. Cabe la posibilidad de que la leva que se le encargó fuera un medio de evitar la cárcel. Con todo, la Corona fue más que generosa con un presunto delincuente, pues se le concedió el título de coronel, hábito “y otras mercedes”, así como 120.000 ducados para que pudiera hacer la leva. PELLICER Y TOVAR, J.: *Op. cit.* p. 85.

		PUESTOS EN MÁLAGA.	
D. DIEGO DE VILLANUEVA (CONTADOR)	1641	LEVA 400 HOMBRES VESTIDOS.	2
D. DIEGO JARABA (MAESTRE DE CAMPO)	1638	LEVA 700 HOMBRES.	2
D. FERNANDO DE MANSILLA Y CHACÓN	1639	LEVANTA 50 HOMBRES VESTIDOS PUESTOS EN MÁLAGA.	1
D. FERNANDO DEL PULGAR (MAESTRE DE CAMPO)	1640	LEVA 1.000 HOMBRES.	3
D. FRANCISCO DE GOMARA MEJÍA (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	1639	LEVA 150 HOMBRES PUESTOS EN GUIPÚZCOA.	1
D. FRANCISCO DE TORRES Y CASTEJÓN (MAESTRE DE CAMPO)	1640	LEVANTA 800 HOMBRES.	1
D. FRANCISCO GONZÁLEZ DE TORRES (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	1638	LEVA 600 HOMBRES.	3
D. FRANCISCO GONZÁLEZ DE TORRES (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	1640	LEVA 800 HOMBRES	2 (UNO DE ELLOS PARA D. FRANCISCO)
D. GILBERTO NUGENCIO	1640	LEVA 2.000 IRLANDESES, VESTIDOS Y ARMADOS CON ESPADAS, PUESTOS EN LA CORUÑA, SAN SEBASTIÁN O PASAJES.	8
D. GÓMEZ DE LA ROCHA Y ULLOA (CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS)	1639	SE ENCARGA DE HACER UNA LEVA DE CABALLERÍA EN EXTREMADURA (SIN ESPECIFICAR EL NÚMERO TOTAL).	1
D. JERÓNIMO DE MEDINILLA (CORREGIDOR DE MURCIA)	1641	LEVA PARA LOS NAVÍOS DE LA ARMADA DE NÁPOLES (NO CONSTA NÚMERO).	4
D. JOSE DE BRACAMONTE	1639	LEVANTA 150 HOMBRES PARA EL PRESIDIO DE CÁDIZ.	1
D. JUAN CONTEFIESCO Y D. FRANCISCO ROMERO (CAPITANES DE INFANTERÍA)	1639	LEVA 400 HOMBRES PUESTOS EN CARTAGENA.	2
D. JUAN DE LEYVA Y GUZMÁN (CAPITÁN	1639	LEVA 1.000 HOMBRES PUESTOS EN	4

DE INFANTERÍA)		MÁLAGA.	
D. JUAN DE TORRES CASTEJÓN (MAESTRE DE CAMPO)	1640	LEVA 600 HOMBRES.	¿?
D. JUAN DE TORRES CASTEJÓN (MAESTRE DE CAMPO)	1640	LEVA 238 HOMBRES ADEMÁS DE LOS 600 COMPROMETIDOS.	1
D. JUAN MARTÍNEZ DE GONDRA	1638	LEVA 100 HOMBRES VESTIDOS PUESTOS EN CARTAGENA.	2
D. LORENZO GARELO	1641	LEVA 50 HOMBRES VESTIDOS PUESTOS EN CARTAGENA.	1
D. LUIS DE CONTRERAS GIRÓN Y CHAVES	1639	LEVANTA UNA COMPAÑÍA DE 100 HOMBRES PUESTA EN BARCELONA.	1
D. LUIS DE MONSALVE (MAESTRE DE CAMPO)	1637	LEVA 1.000 HOMBRES VESTIDOS.	2
D. LUIS DE MONSALVE (MAESTRE DE CAMPO)	1639	LEVA 1.000 HOMBRES	5
D. LUIS DE MONSALVE (MAESTRE DE CAMPO)	1640	LEVA 2.000 HOMBRES	18
D. LUIS DE QUIROGA (MAESTRE DE CAMPO)	1638	LEVA 550 HOMBRES.	2
D. LUIS DE TREJO (CABALLERO DE SANTIAGO, CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS ESPAÑOLAS)	1639	LEVA 300 HOMBRES PUESTOS EN CARTAGENA, PARA COMPLETAR EL TERCIO QUE SE LE HA CONCEDIDO, CON EL CUAL SE DIRIGIÓ A ALSACIA.	4
D. LUIS JORGE DE RIVERA (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	1640	LEVA 500 HOMBRES PARA ITALIA.	2
D. MARCOS DE VALLECILLA (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	1640	LEVA DE 1.000 HOMBRES PARA RECLUTAR LAS COMPAÑÍAS DE LOS CONSEJOS.	2
D. PEDRO GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ	1638	¿?	1
D. RODRIGO DÁVILA PONCE DE LEÓN (CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS) Y D. ENRIQUE DÁVILA PONCE DE LEÓN	1639	LEVANTAN UNA COMPAÑÍA DE CABALLOS CORAZAS	2
D. SIMÓN DE MASCAREÑAS	1638	¿?	2
DUARTE FERNÁNDEZ	1640	FIADOR DE D. MARTÍN ALFONSO DE ATAIDE EN UN ASIENTO PARA LEVANTAR 1.000	2

		HOMBRES.	
DUQUE DE ARCOS	1638	LEVA 1.000 HOMBRES.	4
DUQUE DE BEJAR	1636	¿?	3
DUQUE DE MEDINA SIDONIA	1638	LEVA 1.000 HOMBRES PARA REHACER EL TERCIO DE D. GASPAR DE CARVAJAL HASTA LAS 1.500 PLAZAS.	7
DUQUE DE MEDINA SIDONIA	1640	LEVA 500 HOMBRES PARA EL EJÉRCITO QUE SE REÚNE EN AYAMONTE PARA ENTRAR EN PORTUGAL.	2
DUQUE DE OSUNA	1639	LEVA 300 HOMBRES.	3
DUQUE DE OSUNA	1641	COSTEA 400 HOMBRES DURANTE 6 MESES	1
DUQUE DE PASTRANA	1639	LEVA 300 HOMBRES PUESTOS EN CARTAGENA (200 DE ELLOS VESTIDOS).	4
DUQUE DE PASTRANA	1639	LEVA 300 HOMBRES, PAGADOS POR 5 MESES.	2
DUQUE DE PASTRANA	1641	LEVA 600 HOMBRES (300 DE ELLOS VESTIDOS).	4
FRANCISCO SENSANO (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	1640	200 HOMBRES VESTIDOS, PUESTOS EN LOS ALFAQUES (TARRAGONA).	1
FRANCISCO SENSANO (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	1640	LEVA 220 HOMBRES	1
HERMANOS GUARDIOLA	1638	LEVA 1.000 HOMBRES	1
HUGO O'BRIEN (MAESTRE DE CAMPO)	1640	LEVA 1.000 IRLANDESES.	1
JERÓNIMO DE SAN JUAN Y BIBOT	1637	LEVA EN EL REINO DE MALLORCA. NO CONSTA EL NÚMERO DE HOMBRES.	1
JERÓNIMO DÍAZ DE AUX (CONTADOR DEL CONSEJO DE HACIENDA)	1639	LEVA UN REGIMIENTO DE CABALLERÍA.	1
JUAN FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA	1640	500 HOMBRES PUESTOS EN LOS ALFAQUES (TARRAGONA), VESTIDOS Y ARMADOS CON PICAS.	2
MARQUÉS DE ALCONCHEL	1638	LEVA 300 HOMBRES.	1
MARQUÉS DE LA HINOJOSA	1639	LEVA 1.450 HOMBRES VESTIDOS.	3
MARQUÉS DE LA	1639	LEVA 500 HOMBRES	2

HINOJOSA		PARA RECLUTAR SU REGIMIENTO.	
MARQUÉS DE LANZAROTE	1640	LEVA 800 HOMBRES PUESTOS EN LA CORUÑA.	4
MARQUÉS DE MALAGÓN	1639	LEVA 100 HOMBRES PAGADOS POR 6 MESES, Y PAGA EL SUELDO DE OTROS 100.	1
MARQUÉS DE PALACIOS	1639	LEVA 120 HOMBRES PARA EL EJÉRCITO DE BURGOS (EN ÚLTIMA INSTANCIA SOLO APORTÓ 89 SOLDADOS, Y ENTREGÓ LOS ÚLTIMOS EN 1646)	1
MARQUÉS DE POVAR	1639	LEVA 32 SOLDADOS DE CABALLERÍA MONTADOS, ARMADOS Y PUESTOS EN BARCELONA	2
MARQUÉS DE PRIEGO	1638	LEVA 1.000 HOMBRES ARMADOS PUESTOS EN CARTAGENA.	3
MARQUÉS DE SALINAS	1639	LEVA 100 HOMBRES	1
MARQUÉS DE TORRES	1638	LEVA 100 HOMBRES PUESTOS EN CARTAGENA.	1
MARTÍN ALFONSO DE ATAIDE	1637	LEVA 2.000 IRLANDESES, VESTIDOS, ARMADOS CON ESPADA Y PUESTOS EN EL PUERTO DE PASAJES.	1
MARTÍN ALFONSO DE ATAIDE	1638	LEVA DOS TERCIOS DE 1.000 HOMBRES CADA UNO.	2
MARTÍN ALFONSO DE ATAIDE	1640	LEVA DE UN TERCIO DE 1.000 HOMBRES.	¿?
PEDRO RANGEL (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	1640	LEVA 300 HOMBRES PUESTOS EN CARTAGENA	1

**Fuente:** Elaboración propia a partir de: AHN, OO.MM., Legs. 104, 105, 107, 108, 121, 1104, 1397, 6340. AHN, Consejos, Leg. 4431, 13197. AGS, GA, Legs. 1185, 1215, 1217, 1218, 1326, 1327, 1328.

### 6.3.3. LA GRATIFICACIÓN DE SERVICIOS “SOBRE EL TERRENO”.

Otra de las actuaciones que se pusieron en marcha, en la cual se recoge una de las demandas de los arbitristas militares, fue el envío de cédulas de hábito en blanco a los capitanes generales de los ejércitos para que los distribuyeran entre quienes hubieran realizado servicios distinguidos. En lo relativo a esta materia, sabemos que desde principios del reinado de Felipe IV, a instancias del Conde Duque, se produjeron algunos avances en esta dirección, que si bien no pueden ser calificados como extraordinarios, eran pasos en la dirección correcta. Según Postigo Castellanos, entre 1621 y 1638, se despacharon a Bruselas hasta 82 cédulas de hábito, con el nombre del agraciado en blanco, con el objetivo de que fueran repartidas para que fueran distribuidos entre los militares más distinguidos del ejército de Flandes<sup>1235</sup>.

Con el objetivo de apuntalar esta tendencia, a principios de 1638 se emitió un decreto cuya motivación era que los consejos de carácter “territorial” tuvieran mucho más peso a la hora de la concesión de recompensas<sup>1236</sup> (entre las que se encontraban los hábitos de las Órdenes Militares) en el caso de que los solicitantes alegaran servicios prestados en los diferentes dominios de la Monarquía Hispánica. Según esta normativa, parece que con más frecuencia de lo deseable, los suplicantes de mercedes presentaban sus memoriales en aquellos organismos que, por diversos motivos, podían ser más favorables a sus demandas, en detrimento de aquellos que podrían valorarlas con mayor imparcialidad y, sobre todo, con un mejor conocimiento de causa y más elementos de juicio. Todo ello con la intención de premiar al que realmente lo mereciere, y de elevar a la máxima categoría los servicios frente a las artimañas y las negociaciones<sup>1237</sup>.

---

<sup>1235</sup> POSTIGO CASTELLANOS, E.: Honor y privilegio.....*Op. cit.* pp. 120-121.

<sup>1236</sup> “(.....) He resuelto que siempre que en cualquiera de mis consejos se pretendiere cualquier oficio, u otro género de premio o merced, por servicios hechos en Reino o provincia, cuyo gobierno no toque al consejo donde se diere el memorial, será obligación precisa e indispensable el remitir al consejo a quien tocare aquella parte, los servicios que se representaren haberse adquirido en ella, para entender el concepto que se tiene de la persona, y la estimación que se hace de los servicios. Aunque esta diligencia se haya de hacer en uno, dos o más consejos.” *Copia de un decreto dirigido al arzobispo de Granada, sobre la calificación de servicios, y lo que tocare a un consejo no le consulte otro.* Madrid, 10-1-1638. AHN, Consejos, Leg. 4735.

<sup>1237</sup> “Ninguna cosa importa tanto a la satisfacción pública, ni causa mayor crédito en el gobierno que la igual y justa distribución en los premios. Pues cuando se ve que con los servicios se regulan y justifican, no valiendo la negociación, todos confían en sus méritos y anhelan aventajarse, esperando conseguir el premio que s eles debiere. Y la experiencia ha mostrado que esto no está bastantemente prevenido, porque huyendo los pretendientes de los consejos que mayor conocimiento pueden tener de sus partes y de sus servicios, procuran encaminar sus pretensiones por otros menos noticiosos, representando algún motivo de los que puedan justificar que corra la materia por aquel tribunal donde esperan será más bien recibido,



Al mismo tiempo, se trataba de solucionar uno de los problemas que más preocupaba a los dirigentes hispanos, al cual nos hemos referido en las líneas anteriores: la abundancia de militares que se encontraban en la Corte, enfrascados en trámites burocráticos tendentes a la obtención de una merced. Se trataba de que las recompensas se concedieran en los teatros de operaciones, según el dictamen del alto mando. A pesar de que esta idea suponía una mejora sustancial del sistema de remuneración de los servicios prestados, tanto porque implicaba un mejor criterio a la hora de valorar los méritos, como por la reducción del volumen de trabajo que debería soportar el aparato burocrático de la monarquía, nos cuesta imaginar que los capitanes generales o los maestros de campo generales, no sucumbieran a sus intereses personales y utilizaran estos premios para destinarlos a sus sirvientes o personas de confianza, en lugar de a los militares más sobresalientes.

Con todo, tenemos constancia documental de que el 6 de marzo de 1638, por consulta del Consejo de Estado, se hizo merced a D. Diego Mejía Felípez de Guzmán, marqués de Leganés<sup>1238</sup>, que sirvió el empleo de gobernador y capitán general del Milanésado entre noviembre de 1635 y febrero de 1641 (con un breve paréntesis de dos meses, los comprendidos entre abril y junio de 1636, cuando fue sustituido por D. Fernando Afán de Ribera, duque de Alcalá), de 6 hábitos de las Órdenes Militares para repartirlos entre personas que se habían distinguido en ese teatro de operaciones<sup>1239</sup>. A pesar de que no se menciona expresamente que dichas mercedes fueran destinadas, en exclusiva, a profesionales de la milicia, hay un claro deseo de que vayan dirigidas a este colectivo, en concreto a la oficialidad. Según nuestra investigación, podemos afirmar sin ningún género de duda que tres de estos hábitos fueron a parar a cuadros de mando de aquel ejército: los capitanes D. Francisco de Tuttavilla<sup>1240</sup> y D. Francisco Niño de la

---

acumulando servicios que de ninguna manera pudiera tocarle la remuneración de ellos, antes bien fueran repelidos por el tribunal competente. Con que se consiguen premios y mercedes injustamente, con gran desconsuelo de los que habían de ser antepuestos.” *Ibídem*.

<sup>1238</sup> ARROYO MARTÍN, F.: “El marqués de Leganés. Apuntes biográficos”, en: *Espacio, Tiempo y Forma*. Serie IV, Historia Moderna, nº 15 (2002). pp. 145-186.

<sup>1239</sup> “(.....) Por consulta del consejo de Estado, de 6 de marzo del año pasado de 1638, fue S.M. servido de hacer merced al sr. Marqués de Leganés, de 6 hábitos, para repartir en algunas personas que se habían señalado a su servicio en el estado de Milán.” *Papel del secretario D. Pedro de Arce a D. Sebastián de Contreras, secretario del Consejo de Órdenes*. Madrid, 9-3-1639. AHN, OO.MM, Leg. 104(1), nº 134.

<sup>1240</sup> *Papel del secretario D. Pedro de Arce a D. Sebastián de Contreras, en el que informa que uno de los seis hábitos que se enviaron al marqués de Leganés, para que los repartiera entre quienes habían servido en el estado de Milán, sea para el capitán D. Francisco de Tutavilla, y que sea de la orden de Santiago*. Madrid, 9-3-1639. AHN, OO.MM, Leg. 104(1), nº 134.

Vega<sup>1241</sup>, y el sargento mayor D. Martín de Mújica<sup>1242</sup>, que servía este puesto en el tercio del marqués de Caracena<sup>1243</sup>. Además, con este último militar se tuvo la deferencia, de permitir que las pruebas de su hábito se realizaran en Madrid, por patria común, debido a la imposibilidad de hacer frente a los gastos que generaría este proceso administrativo, y “por ser muy conocida su nobleza”<sup>1244</sup>.

Este hecho vendría a demostrar la clara voluntad de gratificar a individuos que acreditaban largos años de servicios, al margen de cualquier otro tipo de consideración, incluso por encima de las trabas impuestas por el Consejo de Órdenes. Según refiere Postigo Castellanos, se repetía con relativa frecuencia que individuos galardonados con este honor por sus servicios personales, debían rechazarle porque su situación económica no les permitía afrontar los formidables gastos que acarreaban las pruebas, en especial si éstas se demoraban, y tardaban largos años en resolverse<sup>1245</sup>. De esta manera, y según consta en el cuadro 13, sólo se dilataron las mercedes de D. Francisco de Tuttavilla, y del capitán de caballos corazas D. Gaspar de Arteaga, si bien no sabemos los motivos de su tardanza.

Pero estos seis hábitos no fueron los únicos que se remitieron al marqués de Leganés para tal fin, pues a mediados de noviembre de 1638 se le despacharon otros tantos<sup>1246</sup>, y en mayo de 1639 se aprobó enviarle cuatro más<sup>1247</sup>, por lo que el total de

---

<sup>1241</sup> *Papel del secretario D. Pedro de Arce, dirigido a la secretaría del consejo de Órdenes, en el que informa que uno de los seis hábitos que se enviaron al marqués de Leganés, para que los repartiera entre quienes habían servido en el estado de Milán, sea para el capitán D. Francisco Niño de la Vega, y que sea de la orden de Santiago.* Madrid, 9-3-1639. AHN, OO.MM, Leg. 104(1), nº 110.

<sup>1242</sup> *Decreto de S.M., dirigido a la secretaría de Órdenes, para que se despacho de uno de los seis hábitos de que ha dispuesto el marqués de Leganés, en D. Martín de Mújica, sargento mayor del tercio del marqués de Caracena, y que sea de la orden de Santiago.* Madrid, 20-6-1639. AHN, OO.MM, Leg. 104(1), nº 105.

<sup>1243</sup> D. Luis Francisco de Benavides Carrillo de Toledo, tercer marqués de Caracena, (1608-1668), es uno de los ejemplos más representativos de la continuidad del vínculo entre nobleza y guerra, al tiempo su trayectoria militar vendría a cuestionar los planteamientos de quienes consideran liquidada la participación nobiliaria en las empresas bélicas hispanas. D. Luis empezó su carrera militar en 1629, en el ducado de Milán, y en 1633 fue nombrado capitán de caballos. Tras un breve tiempo de servicio en Flandes, en 1635 se le nombró consejero de Guerra, y pasó de nuevo al Milanésado, donde participó en la guerra contra los franceses y sus aliados saboyanos que pretendían arrebatar a España el control del norte de Italia. Fue en este momento cuando el marqués de Leganés, le nombró maestre de campo y le otorgó el mando de un tercio. Hasta su muerte, alternó sus servicios en Italia y en Flandes, y en 1665 asumió el cargo de capitán general de la artillería de España; además, fue nombrado capitán general del ejército de Extremadura y gobernador de dicha provincia. Pero su prolífica carrera no se circunscribió únicamente a las armas, sino que también fue nombrado consejero de Estado (1659) y presidente del Consejo de Flandes (1668). <http://www.tercios.org/personajes/caracena.html>

<sup>1244</sup> *Decreto de S.M., dirigido a D. Íñigo Vela de Guzmán, conde de Oñate, presidente del Consejo de Órdenes, para que se hagan en esta Corte, por patria común, las pruebas del sargento mayor D. Martín de Mújica.* Madrid, 20-6-1639. AHN, OO.MM., Leg. 1104.

<sup>1245</sup> POSTIGO CASTELLANOS, E.: Honor y privilegio..... *Op. cit.* pp. 160-175.

<sup>1246</sup> “El sr. marqués de Leganés, en carta para S.M. de 9 del pasado, ha avisado que de los 6 hábitos que en carta de 12 de noviembre del año pasado de 1638, se le dio facultad de repartir, a cumplimiento de 12

mercedes despachadas ascendía a 16 (algunos de los cuales fueron concedidos después de que Leganés abandonara Milán). De la misma manera, sabemos que de estos nuevos 10 hábitos, seis fueron a parar a militares, uno a un alto funcionario, y desconocemos el destino de los tres restantes. En lo que hay unanimidad es la orden elegida, pues los diez hábitos que hemos podido identificar, pertenecen a la orden de Santiago que, como bien sabemos, era la predilecta entre quienes profesaban la carrera de las armas.

De esta nueva remesa, consideramos conveniente destacar el concedido a D. Alonso Coello de Ribera y Sandoval, hijo del conde de la Ventosa<sup>1248</sup>, que servía allí con una compañía de infantería española<sup>1249</sup>. Nos encontramos ante otra evidencia que reivindicaría el compromiso del segundo estado con la profesión militar, incluso en su faceta más tradicional: el servicio en persona. Como ya hemos puesto de manifiesto, esta forma de servicio era más frecuente de lo que nos indican algunos testimonios de la época que en general, se movían en la dirección opuesta, e incluso hablaban de una deserción de la aristocracia de los campos de batalla.

**CUADRO 14. HÁBITOS CONCEDIDOS AL MARQUÉS DE LEGANÉS PARA REPARTIRLOS ENTRE MILITARES DEL EJÉRCITO DE LOMBARDÍA.**

NOMBRE	FECHA NOTIFICACIÓN AL CONSEJO DE ÓRDENES	CONCESIÓN DEFINITIVA	ORDEN	EMPLEO
D. FRANCISCO DE TUTTAVILLA Y DEL TUFO	9-3-1639	1653	SANTIAGO	CAPITÁN DE INFANTERÍA Y TENIENTE DE MAESTRE DE CAMPO GENERAL (EN ALGÚN MOMENTO COMPRENDIDO ENTRE 1639 Y 1653, FUE HONRADO CON EL TÍTULO DE DUQUE DE SAN GERMÁN, Y

(.....).” *Papel del secretario Arce a D. Sebastián de Contreras, secretario del Consejo de Órdenes*. Madrid, 22-6-1639. AHN, OO.MM., Leg. 104(2), nº 191.

<sup>1247</sup> “En conformidad de consulta del consejo de Estado, de 19 de mayo del año pasado, di permisión al marqués de Leganés para que pudiese repartir cuatro hábitos, en personas del ejército de Milán que más se hubiesen señalado.” *Decreto del rey dirigido a la secretaría del Consejo de Órdenes*. Madrid, 14-4-1640. AHN, OO.MM., Leg. 105(1), nº 64.

<sup>1248</sup> El origen de este condado era relativamente reciente, pues data de 1618, cuando Felipe III concedió a D. Pedro Coello de Ribera Sandoval y Zapata esta dignidad.

<sup>1249</sup> *Papel del secretario D. Pedro de Arce a la secretaría de Órdenes en el que informa que el marqués de Leganés, en carta de 13 de enero de este año, dio cuenta a S.M. que de los seis hábitos que se le dieron, a cumplimiento de doce, para repartir en personas del ejército de Milán, había declarado uno a D. Alonso Coello de Ribera y Sandoval, hijo del conde de la Ventosa, que sirve allí con una compañía de infantería española*. Madrid, 11-11-1640. AHN, OO.MM., Leg. 105(1), nº 23.

				ASCENDIDO A GOBERNADOR DE LAS ARMAS DEL EJÉRCITO DE EXTREMADURA
D. FRANCISCO NIÑO DE LA VEGA	9-3-1639	¿?	SANTIAGO	CAPITÁN DE INFANTERÍA
D. MARTÍN DE MÚJICA Y ARRÚE	20-6-1639	1639	SANTIAGO	SARGENTO MAYOR DEL TERCIO DEL MARQUÉS DE CARACENA
D. ANTONIO DE UGARTE Y UGARTE	22-6-1639	1641	SANTIAGO	CAPITÁN DE CABALLOS ARCABUCEROS
D. MARTÍN DE IPENZA Y LICARRALDE	3-1-1640	1640	SANTIAGO	CAPITÁN DE INFANTERÍA ESPAÑOLA
D. DIEGO DE SAAVEDRA Y BENGOLEA	14-4-1640	1640	SANTIAGO	CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS (AÑOS DESPUÉS ALCANZÓ EL CARGO DE COMISARIO GENERAL DE LA CABALLERÍA LIGERA EN MILÁN)
D. ALONSO COELLO DE RIBERA Y SANDOVAL	11-11-1640	1644	SANTIAGO	CAPITÁN DE INFANTERÍA ESPAÑOLA
D. GASPAR DE ARTEAGA	13-10-1641	1656	SANTIAGO	CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS
D. DIEGO DE CIGANDA	4-1-1642	1643	SANTIAGO	CAPITÁN DE CABALLOS ARCABUCEROS
MATEO DE ROSALES Y DE EGURZA <sup>1250</sup>	24-4-1644	1645	SANTIAGO	CUESTOR DEL MAGISTRADO EXTRAORDINARIO DE MILÁN <sup>1251</sup> Y SECRETARIO DE LA CANCELLERÍA SECRETA

**Fuente:** Elaboración propia a partir de: AHN, OO.MM, Legs. 104-106, 108 y 1104.

<sup>1250</sup> El ejemplo de lo acontecido con Mateo de Rosales, es uno de los que mejor ilustra la promoción de una familia de origen castellano, concretamente de Burgos, en el ducado de Milán. Tras estudiar con los jesuitas en Milán, y forjarse en la administración lombarda a la sombra de su tío Gaspar, secretario de la Cancillería Secreta, su momento llegó con el gobierno del marqués de Leganés. D. Diego le nombró consejero de Guerra, y en 1641, de forma interina, presidente de la Tesorería General. Ya por esos años había obtenido el empleo de cuestor del Magistrado Extraordinario (cuya presidencia ejercía en esos momentos Nicolás de Leizalde), y en 1642, obtuvo el antiguo empleo de su tío, secretario de la Cancillería Secreta. SIGNOROTTO, G.: *Milán Español. Guerra, instituciones y gobernantes durante el reinado de Felipe IV*. Madrid, 2006. pp. 216-218.

<sup>1251</sup> Esta institución pugnaba con el Magistrado Ordinario por una serie de competencias, y su estado permanente de enfrentamiento era una de las armas con las que podían jugar los gobernadores para imponer su criterio. Entre sus principales atribuciones se encontraban: el control de la subasta del grano, la prevención y represión del contrabando, o la administración de los derechos por el tráfico comercial. *Ibidem*. pp. 183-188.

Otra de las zonas en las que se buscaba utilizar los hábitos de las Órdenes Militares para promover, y al mismo tiempo gratificar el servicio a la Corona, fue el virreinato de Nueva España<sup>1252</sup>. Para ello, se enviaron, al menos, 6 cédulas de hábito (cuatro de la de Calatrava en 1635, y dos de la orden de Santiago en 1636) en blanco, a disposición de D. Lope Díez de Armendáriz, marqués de Cadereita, virrey de Nueva España entre septiembre de 1635 y agosto de 1640, para que las repartiera entre quienes se hubieran distinguido en esas latitudes<sup>1253</sup>. No obstante, el objetivo no era remunerar a militares beneméritos, sino a individuos que contribuyeron, tanto con su dinero como con sus actuaciones, a la formación de la armada de Barlovento<sup>1254</sup>. Si bien se trata de un servicio mucho menos caballeresco, para los intereses de la Corona española era tanto o más útil que el concurso personal en los campos de batalla. La importancia de establecer unas fuerzas navales suficientes (12 galeones y 2 pataches) estuvo muy presente en la génesis del proyecto, así como la iniciativa de D. Lope, pues consideraba que ese era el verdadero objetivo de su gobierno, y el motivo por el que se le había nombrado para esta responsabilidad<sup>1255</sup>.

Pero su tarea no estaba exenta de dificultad, ya que levantar unas fuerzas navales de este calibre exigía reunir unos cuantiosos fondos. Para ello se estableció una contribución entre los diferentes territorios americanos, y a la jurisdicción gobernada por el marqués de Cadereita se le asignaron 200.000 pesos (alrededor de 72.500 ducados) al año. Si deseaba cumplir con el mandato de Felipe IV, no le iba a quedar más remedio que apoyarse en las oligarquías urbanas, pues cualquier intento de recaudar este servicio estaba condenado a buscar su colaboración y su connivencia. Además, una parte de los individuos que ostentaban los puestos de regidor en la ciudad de Méjico<sup>1256</sup>, habían accedido a ellos mediante compras, según reconocía el propio

<sup>1252</sup> “(.....) para que los vasallos de esta tierra conozcan la manera que V.M. honra y hace merced a los que le sirven.” *Carta del marqués de Cadereita al rey*. Méjico, 8-2-1639. AHN, OO.MM., Leg. 104(1), nº 63.

<sup>1253</sup> *Ibidem. Consulta del secretario D. Jerónimo de Lezama*. Madrid, 2-10-1641. AHN, OO.MM., Leg. 104(2), nº 36.

<sup>1254</sup> Véase: VARELA MARCOS, J.: *Las salinas de Araya y el origen de la armada de Barlovento*. Caracas, 1980. TORRES RAMÍREZ, B.: *La Armada de Barlovento*. Sevilla, 1981.

<sup>1255</sup> “Lo principal de mi venido a estos reinos, fue el juzgar V.M. sería a propósito para disponer y fundar una armada de doce galeones y dos pataches, que asegurasen estos mares, que infestados los tienen los enemigos, con general daño de los vasallos de estos y esos reinos (.....).” *Carta del marqués de Cadereita.....*

<sup>1256</sup> FLORES OLEA, A.: “Los regidores de la ciudad de México en la primera mitad del siglo XVII”, en: *Estudios de Historia Novohispana*, nº 3 (1970). pp. 1-24.

virrey<sup>1257</sup> (con todo, D. Lope trató de justificarse admitiendo que eran aptos para esta responsabilidad); pues se había aceptado que, a cambio de una cantidad de dinero, se proveyeran en sus personas los regimientos vacantes<sup>1258</sup>.

Este hecho fue utilizado por la administración virreinal para “obligar”, o al menos recordar que, si el virrey, en nombre del monarca, había sido generoso con ellos, ahora debían devolver el favor. Aunque las gestiones que se llevaron a cabo para el cobro del servicio escapan de nuestro tema de estudio, debemos indicar que sorprendentemente, Cadereita tuvo éxito en la recaudación de la cantidad estipulada; sin embargo, otras jurisdicciones no estuvieron tan afortunadas<sup>1259</sup>. Además, parece ser que los 200.000 pesos referidos fueron enviados a la metrópoli para que se compraran allí los navíos, debido a los riesgos que implicaba su construcción en los astilleros americanos, ¿o para estimular el sector naval peninsular, en detrimento de los de las colonias? Pero en vez de ser utilizados para este fin, Felipe IV decidió emplearlos en otros menesteres. Sin embargo, D. Lope fue capaz de reunir algunas cantidades para que se destinaran a la construcción de navíos para mejorar la defensa de esta zona<sup>1260</sup>.

Entre los beneficiarios de la gracia real se encontraba D. Fernando de la Barreda y Jiménez de Cobo, regidor de la ciudad de Méjico (que también era capitán de una compañía de la milicia), quien había colaborado en que el servicio pedido fuera efectivo, y por cuyos servicios recibió, en 1639, un hábito de la orden de Calatrava,

---

<sup>1257</sup> “(.....) las dificultades me obligaron a valirme de todos los medios posibles, y entre otros, que en los regimientos de esta ciudad que estaban vacos, que entraren personas de toda inteligencia y satisfacción.”

*Carta del marqués de Cadereita.....*

<sup>1258</sup> PARRY, J.H.: *The sale of public office in the Spanish Indies under the Hapsburgs*. Berlekey, 1953.

<sup>1259</sup> “(.....) En esta ciudad de Méjico conseguí el servicio de 200.000 pesos de renta en cada año para la armada de Barlovento, parte considerable para si se acompañara al respecto por las demás interesadas: Guatemala, nuevo reino, Tierra Firme y las islas donde envié persona de satisfacción con las órdenes de S. M. y mis despachos en su conformidad y razón de lo que aquí obrado y concedido y de algunos efectos comenzados por este comisario. Tengo dado cuenta a S. M. hasta donde alcanzó mi gobierno, esto en cuanto a la dotación, que la formación de armada suficiente con la larga experiencia que de estas cosas he cobrado, reconocí mayores inconvenientes de lo que por discurso se pudieron alcanzar.” *Relación del estado que dejó el gobierno de Lope Díez de Armendáriz, Marqués de Cadereyta*, Méjico, 6-12-1641, en: HANKE, L. Y RODRÍGUEZ, C. (Eds): *Los Virreyes españoles en América durante el gobierno de la casa de Austria: México*. Madrid, 1976-1978. vol. 4, 1977. pp. 10-12.

<sup>1260</sup> “(.....) Y sin embargo, cumpliendo con las órdenes y mandatos que me fueron hechos, envié a Castilla 200.000 pesos para compra de algunos navíos pertrechados por la gran incomodidad que para semejantes fábricas hay en este reino, así de astilleros fundables y guardados de corsarios y enemigos que las puedan quemar, como de los géneros necesarios y carestía de ellos. Y las urgentes necesidades de S.M. obligaron a aprovecharse de este dinero para las que entonces instaban más, ordenándome después que acá se supliese y cuidase con independenciam de la disposición de la fábrica y fundación. Y como quiera, señor, que cuanto más mano se diese a un gobernador atento al real servicio de S. M. y bien de la causa pública y los muchos ojos y calumnias que para cada peso había de haber, aunque se perdiese sin culpa del virrey, entré con gran tiento en la materia despachando a La Habana a Don Cibrián de Lizarazu con 30.000 pesos para que diese principio a alguna fábrica de navíos, socorriéndose de aquí con las cantidades necesarias como fuese necesario, y asistiéndole el gobernador de aquella isla.” *Ibidem*. pp. 15-16.

aunque al año siguiente se le autorizó a cambiarlo por el de la orden de Santiago<sup>1261</sup>. Otro de los agraciados fue Francisco del Castillo Portocarrero, que también servía como regidor de dicha ciudad, y ostentaba los empleos de capitán y sargento mayor, a quien se concedió un hábito de la orden de Santiago en marzo de 1640 (aunque no llegó a vestirlo hasta 1653), por sus gestiones en el servicio de los 200.000 pesos, y “por lo que ha servido, y sirve, en otras cosas que se le ofrecen, con mucha satisfacción”<sup>1262</sup>.

Los hábitos también fueron utilizados para remunerar servicios prestados en el istmo de Panamá, concretamente la región de Darién<sup>1263</sup>, dependiente del virreinato de Perú (regido entre los años 1639-1648 por D. Pedro de Toledo y Leyva, marqués de Mancera). En este caso no parece tratarse de cédulas de hábito enviadas en blanco al virrey, sino que nos encontramos ante una gracia real directa, a través de una consulta previa del Consejo de Indias, aunque hay una incuestionable intención de gratificar servicios a la Corona. Tenemos constancia que se honró al capitán Juan de Rada Bravo, que al mismo tiempo servía como regidor de la ciudad de Cartagena de Indias<sup>1264</sup>, con dos hábitos de la orden de Santiago, uno para él, y otro para Juan de Rada Chacón, su hijo, por ofrecerse a pacificar este territorio de las acometidas indígenas<sup>1265</sup>.

Unos años después, en 1644, en vista de la crítica situación existente en las islas Filipinas, se creyó oportuno enviar a D. García Sarmiento de Sotomayor, conde de Salvatierra, virrey de Nueva España entre 1642-1648, cuatro o seis cédulas de hábitos de las Órdenes Militares, de nuevo con los nombres en blanco. Pero en esta ocasión, las mercedes estaban destinadas a recompensar a aquellos individuos que se comprometieran a enviar el mayor número posible de soldados (se entiende que reclutados a su costa), al archipiélago filipino para contribuir a su defensa<sup>1266</sup>. El interés

---

<sup>1261</sup> *Carta del marqués de Cadereita.....*

<sup>1262</sup> *Consulta del secretario D. Jerónimo.....*

<sup>1263</sup> Según Céspedes del Castillo, la región de Darién era la más vulnerable de todo el istmo de Panamá, porque se encontraba bañada por los dos océanos, y su situación geográfica era una de una especie de vacío en los territorios regidos por España. A ello, habría que unir la hostilidad de la población indígena, y la imposibilidad de dominar efectivamente el territorio. CESPEDES DEL CASTILLO, G.: “La defensa militar del istmo de Panamá a fines del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII”, en: *Anuario de Estudios Americanos*, nº 9 (1952). pp. 235-275.

<sup>1264</sup> Sobre las dificultades que entrañaba la defensa de este territorio, y la manera en que se financiaron estas actuaciones, véase: SERRANO, J.M.: *Ejército y fiscalidad en Cartagena de Indias. Auge y declive en la segunda mitad del siglo XVII*. Bogotá, 2006.

<sup>1265</sup> *Papel del secretario Contreras a la secretaría de Órdenes, sobre que S.M., por consulta del consejo de las Indias, ha hecho merced de dos hábitos de la orden de Santiago, al capitán Juan de Rada, uno para su persona y otro para un hijo, por el servicio que ha ofrecido de la reducción, pacificación y población de las provincias de Darién, en Indias*. Madrid, 13-10-1640. AHN, OO.MM., Leg. 105(1), nº 55.

<sup>1266</sup> “En consulta de 11 de este, en que se dio cuenta a S.M. del estado de las cosas de las islas Filipinas, proponiendo algunos medios para su socorro, ha sido servido de resolver, entre otras cosas, que el virrey

de la Corona en que fructificara este designio, quedó reflejado en la rapidez que se imprimieron a las gestiones. Pues un mes después se decidió que las mercedes remitidas al virrey de Nueva España ascendieran a 6, dos de cada orden<sup>1267</sup>, y unos días más tarde ya estaban listas para ser enviadas<sup>1268</sup>.

Esta actuación confirmaría el deseo de la Corona de elevar, al máximo nivel, el levantamiento de contingentes militares como mérito para acceder a los hábitos de las Órdenes Militares. Si bien tales comportamientos no son nuevos, lo importante fue el recurso de la Corona a estas prácticas en momentos de máxima necesidad, debido a que permitían reclutar, con relativa rapidez, los hombres pactados a cambio de la merced, o aprestar su equivalente monetario (lo cual puede ser entendido como una compra encubierta de este honor), con el consiguiente beneficio para ambas partes.

\*\*\*\*\*

Pese a que a principios del siglo XVI las Órdenes Militares castellanas ya no eran aquellas milicias consagradas a la lucha contra los enemigos del Cristianismo, el poder real pensaba que aún podían ser útiles en la defensa de la monarquía española, inclinación que se agudizó durante las décadas siguientes, y sobre todo en el siglo XVII. Por otra parte, su papel como defensores de la fe y su compromiso en la lucha contra los infieles, pese a los cambios acontecidos desde finales de la Edad Media, continuaron vigentes y ejercieron una gran influencia desde el punto de vista ideológico-psicológico.

Al mismo tiempo, estas instituciones podían jugar un activo papel a la hora de regular las relaciones entre la Corona y el segundo estado, beneficiosa para ambas partes, pues la monarquía podría encauzar a sus principales súbditos (y sobre todo a los

---

de Nueva España pueda disponer de cuatro o seis hábitos de las tres órdenes militares, en personas que se obliguen a hacer tales servicios de gente para aquellas islas, que merezcan esta honra, y se hagan las cédulas con los nombres en blanco.” *Papel del secretario Juan Bautista Sanz de Navarrete al secretario D. Jerónimo de Lezama, en el que informa que S.M., por consulta del consejo de las Indias, ha resuelto se envíen al virrey de Nueva España, cuatro o seis hábitos de las órdenes militares.* Madrid, 15-3-1644. AHN, OO.MM., Leg. 106(1), nº 51.

<sup>1267</sup> *Papel del secretario Navarrete al secretario D. Melchor de Morán, sobre que los despachos de las cédulas de hábito para las Indias, han de ser dos de cada orden.* Madrid, 13-4-1644. AHN, OO.MM., Leg. 105(1), nº 51.

<sup>1268</sup> *Papel del secretario Navarrete al secretario Morán en el que informa que quedan en su poder las seis cédulas de hábitos que se le han remitido, con los nombres en blanco, para remitirlas al virrey de Nueva España.* Madrid, 3-5-1644. AHN, OO.MM., Leg. 105(1), nº 51.



más jóvenes) al servicio militar, ejerciendo un mayor control sobre ellos. Y éstos, por su parte, encontrarían alicientes para el servicio, al tiempo que se empleaban en la función que por naturaleza les correspondía.

Durante este periodo aparecieron multitud de escritos, realizados por individuos de muy diferente extracción, en los que se buscaba tanto la revitalización de su faceta militar, como aprovechar el atractivo que los hábitos y las encomiendas tenían en la sociedad de la época, con el objetivo de animar a los individuos con vocación castrense a que se animaran a servir. Sin embargo, la inexistencia de una normativa que regulara el acceso al honor a través de los servicios prestados con las armas (en definitiva, cuántos años había que servir en el ejército para recibir una de esas prebendas), dificultó cualquier intento serio en esa dirección. Pues los méritos contraídos en la guerra no eran lo más importante, y ni siquiera eran decisivos para formar parte del selecto grupo que integraban caballeros de hábito y comendadores, ya que se documentan numerosos ejemplos de militares, quienes pese a haber servido durante largos años, vieron rechazadas sus solicitudes por no poder acreditar que tanto él como sus antepasados eran cristianos viejos.

Esta era la situación que el Conde Duque de Olivares y sus colaboradores buscaban invertir. Si bien eran conscientes que se enfrentaban a una ardua tarea, en la cual se iban a enfrentar a poderosos enemigos (que defenderían con uñas y dientes sus privilegios), pues acarrearía un cambio profundo de la mentalidad imperante en la sociedad de la época. Su determinación venía motivada por un hecho muy sencillo: si la monarquía española deseaba conservar su hegemonía mundial, debía llevar a cabo cuantas políticas fueran necesarias para mejorar la situación de sus fuerzas armadas, y es aquí donde hábitos y encomiendas estaban llamadas a jugar un activo papel.

Entre las actuaciones que, a instancias de D. Gaspar, se tomaron durante esos años (sobre todo a partir de 1635) se encontraba el intento de facilitar el acceso a hábitos y encomiendas a los profesionales de las armas. Dentro esta iniciativa se acometieron dos líneas de actuación: en primer lugar, gratificar a militares con una trayectoria acreditada en los campos de batalla. Mientras que la segunda consistió en la concesión de hábitos, tanto a soldados experimentados, como a individuos con vocación castrense (obviamente no se trataba de una opción abierta a cualquiera, sino a “gente de calidad”, cuya presencia lustraría la profesión de Marte), siempre y cuando se comprometieran a servir durante cierto número de años. Esta última línea de actuación es la que más nos interesa, pues no sólo bastaba con reclutar individuos para el ejército,

sino que había que conseguir que prolongaran su compromiso durante el mayor tiempo posible. Pues de nada servirían los esfuerzos realizados para mejorar el dispositivo militar de la monarquía española, si sus integrantes abandonaban el servicio como consecuencia de la falta de incentivos.

Según los testimonios de la época, esto sucedía con más frecuencia de lo deseado, ya que un importante número de militares habían renunciado a continuar sirviendo, y en esos momentos se encontraban ociosos, sin ningún deseo de volver a empuñar las armas; de modo que los esfuerzos debían centrarse sobre ellos. Pues si se conseguía atraerles de nuevo hacia su profesión, se incrementaría el número de efectivos disponibles, y sobre todo su calidad, ya que se trataba de individuos con una dilatada experiencia, muy valiosa en esos momentos. Estos argumentos, vendrían a demostrar que la principal dificultad que encontró la Corona para satisfacer sus necesidades militares, no fue la falta de hombres, sino los escasos incentivos que ofrecía la profesión castrense. Pese a la adopción de medidas concretas, destinadas a paliar estas deficiencias, lo cierto es que ante la inmensidad del problema a resolver, y la imposibilidad de la Corona para satisfacer a todos sus servidores, su efecto fue muy limitado y se revelaron más como remedios temporales que como soluciones definitivas.

Otra de las políticas en las que se incidió durante esos años, fue en la concesión de hábitos a cambio de reclutar tropas para los ejércitos reales, o por desembolsar el equivalente al gasto que supondría un número variable de soldados, junto con su paga por algunos meses. Pese a que en un principio pudiera tratarse de prácticas poco éticas, lo cierto es que la Corona se vio obligada a recurrir a ellas, en ocasiones en unos términos poco ventajosos para sus intereses, pues era el camino más rápido para conseguir los hombres que necesitaba. Desde un punto de vista menos escrupuloso, consideramos que, tanto en un caso como en el otro, se trataba de un servicio al monarca, tanto o más valioso que el prestado en el campo de batalla, razón por la cual se justificaba la concesión de recompensas a quienes los llevaban a cabo.

En cuanto a la tercera de las medidas que hemos mencionado recogía una vieja reivindicación, tanto de los tratadistas como de los arbitristas militares: que a la hora de conceder recompensas (en este caso hábitos) se valorara mucho más el parecer de las altas instancias, tanto civiles como militares, que servían en los principales teatros de operaciones de la época, Flandes e Italia, en detrimento de los tribunales peninsulares. Detrás de todo se encontraba el deseo asociar las mercedes con la presencia en aquellos

territorios, es decir, que fuera allí donde se dirimieran la concesión de gratificaciones, y no en la Corte, para que los soldados no abandonaran sus destinos a la hora de hacer valer sus intereses a la hora de demandar una merced.

De la misma manera, pese a que se trataba de un paso en la dirección correcta, no era menos cierto que suponía un remiendo en un agujero que cada vez era mayor, pues Corona no estaba en condiciones de recompensar a todos sus militares. En primer lugar porque era imposible acudir a todos ellos, ya que el aparato burocrático no estaba preparado para tal carga de trabajo; y en segundo lugar, sobre todo, porque aunque se trataba de una prerrogativa exclusiva del monarca, la concesión de hábitos dependía del parecer de otras instancias, en concreto el Consejo de Órdenes, quien juzgaba a los aspirantes con unos criterios muy diferentes de los empleados por el poder real. Y pese a que en casos muy concretos, el rey podía hacer valer su peso específico para que se relajaran los requisitos de ingreso con individuos que se habían destacado en la profesión militar, lo cierto era que la última palabra no estaba en sus manos.

## **7. LA CONVOCATORIA DE LOS CABALLEROS DE HÁBITO.**

### **7.1. ORÍGENES (1635-1639).**

A lo largo de las páginas anteriores hemos tenido ocasión de comprobar la cada vez más comprometida situación de la nobleza y los caballeros de hábito, insertas en un contexto de guerra total donde, conforme los criterios del Conde Duque, podían contribuir a paliar de muy diversas maneras (no sólo mediante su presencia personal, que según nuestro criterio no solo no era la más importante, sino que desde el punto de vista militar planteaba más inconvenientes que ventajas) los enormes costes que acarreaba el mantenimiento de la estructura imperial española. El inicio de la guerra con Francia intensificó los requerimientos, de una manera que hasta ese momento no tenía parangón.

Dichas exigencias y solicitudes deben ser entendidas como una continuación de las cuantiosas contribuciones exigidas al estamento privilegiado (en el cual se incluían los caballeros de hábito), a las que ya nos hemos referido. Entra dentro de la lógica suponer que estas exacciones, en general de carácter financiero, hubieran alcanzado su techo durante los años posteriores a 1635 y, ante la imposibilidad de obtener más rendimientos, la Corona no tuviera otra opción que invocar sus obligaciones militares para asegurarse su concurso personal, o que pagaran un sustituto que fuera a luchar por el titular del hábito.

En nuestra opinión, la convocatoria de los caballeros de hábito constituye el final de un proceso iniciado al comienzo del ministerio del Conde Duque, tendente a aprovechar la capacidad financiera y militar del segundo estado (donativos, impuesto de lanzas, coronelías, etc.), cuya última expresión fue el recurso al servicio militar en persona de aquellos que, debido a su posición, estaban obligados a prestarlo.

Pese a que la ruptura de las hostilidades con la monarquía borbónica fue determinante en la movilización de los caballeros de hábito, desde principios de 1635 se vislumbran medidas en tal dirección. En un primer momento se caracterizaron por no ser demasiado rigurosas, pues el Conde Duque, en una junta formada para establecer

medidas preventivas ante un hipotético ataque francés por la frontera pirenaica oriental, desaconsejó la aprobación de disposiciones extremas por las repercusiones negativas que tendrían sobre la población<sup>1269</sup>. En todo caso, se debía tenerlo todo preparado por si se producía una emergencia; y es dentro de estos preparativos donde se inscribe la hipotética prevención de los caballeros de las Órdenes Militares.

En estos primeros momentos no se produjo una convocatoria de los caballeros de hábito como tal sino que, como ya mencionó Domínguez Ortiz, ésta se inscribe dentro de una llamada general al estamento nobiliario<sup>1270</sup>. Aunque mediante la inclusión en un mismo estante de individuos como hidalgos, caballeros “sin hábito”, caballeros de las Órdenes Militares o nobles titulados, se buscaba racionalizar las tareas de convocatoria y, llegado el caso, movilización, al final se generaron problemas. Tales dificultades venían motivadas porque cada uno de estos colectivos, tenía una idiosincrasia y unas motivaciones muy diferentes; si bien en determinados individuos concurría más de una de ellas, no se podían homogeneizar grupos que, si por algo se caracterizaban, era por la celosa defensa de sus preeminencias y privilegios. Postigo Castellanos se inscribe en esta misma línea, pues según su criterio, la Junta de Alistamiento de Hijosdalgo, creada en 1635, fue el antecedente de la Junta de Caballería, encargada de la convocatoria y el reclutamiento de los caballeros de hábito<sup>1271</sup>.

En opinión de Baltar Rodríguez, la Junta de Caballería de las Órdenes, Junta de Guerra de las Órdenes, Junta reclutadora del Batallón de las Órdenes Militares, Junta del Batallón de las Órdenes o Junta de la Milicia de las Órdenes, es una de las 14 comisiones creadas en el seno de la Junta de Ejecución de las Prevenciones de la Defensa<sup>1272</sup>. En su génesis estuvo muy presente la necesidad de una planificación central más eficaz, y unos organismos especiales que tramitaran con rapidez y eficacia los innumerables problemas que suscitaban la movilización de los recursos y el cumplimiento de las órdenes. A pesar de todo, era demasiado numerosa y lenta. En última instancia, Olivares tuvo la idea de constituir, en enero de 1637, un pequeño gabinete de guerra, que recibió el nombre de Junta de Ejecución. Su objetivo era

---

<sup>1269</sup> “(.....) pues V.M. se halle con tales prevenciones, que se pueda acudir a lo que obligare las ocasiones, sin gravar al Reino, ni obligar a los grandes, títulos y demás personas a quien toca, a gastos excesivos. Pues grabar los reinos antes que la necesidad apriete, lo tiene (el conde duque) por cosa digna de excusarse.” *Consulta que se tuvo en el aposento del conde duque*.....22-1-1635

<sup>1270</sup> DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. “La movilización.....” *Op. cit.* pp. 802-803.

<sup>1271</sup> POSTIGO CASTELLANOS, E.: “Notas para un fracaso.....” *Op. cit.* pp. 397-398.

<sup>1272</sup> BALTAR RODRÍGUEZ, J.F.: *Op. cit.* pp. 387-90.

asegurarse de que se tomaban con rapidez las decisiones políticas importantes y que, efectivamente, se ejecutaban<sup>1273</sup>.

En cuanto a la convocatoria de los caballeros de hábito, encuadrada dentro de un llamamiento más amplio al estamento privilegiado, al igual que otros requerimientos, se articulaba en torno a una condición inexcusable: la presencia del rey al frente de sus tropas ejerciendo su función de comandante supremo. Por lo que se trataba de una petición concertada sobre unas premisas muy claras, las cuales no podían ser ignoradas por ninguna de las dos partes. La primera noticia que hemos encontrado en tal sentido, hacía referencia a un proyecto emanado de la Junta de las Prevenciones de la Defensa, el cual aludía a una hipotética obligación que tenían las ciudades de Castilla de acudir con hombres pagados siempre y cuando el monarca se pusiera al frente de sus tropas. Para su gestión se configuró una junta, formada por el licenciado José González (una de las hechuras del Conde Duque), D. Juan de Castro y Castilla, el protonotario de Aragón, Diego Suárez, y los procuradores de Cortes D. Jerónimo de San Vitores y D. Bernardo de Rivera, en la cual actuaba como secretario Pedro de Villanueva, cuyo principal objetivo era averiguar cómo se había obrado en el pasado en una coyuntura similar, por si hubiera que resucitar prácticas pretéritas<sup>1274</sup>. Pero los trámites debían llevarse a cabo con el máximo secreto y discreción, pues no se trataba más que de un designio, y no se deseaba despertar animadversiones entre la población en un momento tan delicado como el presente. En este sentido, su actuación se centralizó en la búsqueda de ejemplos en las secretarías del Consejo de Guerra y de la Cámara, donde se podrían obtener los mayores frutos<sup>1275</sup>.

Con todo, José González reconoció la dificultad de la tarea encomendada, pues las ciudades tenían a su alcance poderosos mecanismos con los cuales podían, cuando menos, torpedear cualquier demanda de la Corona que no naciera del consenso entre ambas instancias. Para tratar de facilitar todo lo posible las gestiones, y evitar que desde la propia junta se pusieran trabas a su actuación, recomendó que tanto D. Jerónimo de San Vitores como D. Bernardo de Rivera (que no olvidemos eran procuradores de

---

<sup>1273</sup> ELLIOTT, J.H.: El Conde Duque .....*Op. cit.* pp. 563-64.

<sup>1274</sup> “(.....) En consulta de la junta de la Defensa, sobre el pedirse a las ciudades de estos Reinos que, en caso de haber de moverse la real persona de V.M., cada cabeza de Reino se encargase de hacer algún servicio particular de algunas compañías, ha sido servido V.M. mandar remitirnos a (.....) el ir reconociendo las obligaciones que tienen las ciudades de acudir con compañías en el dicho caso, tomando el punto a la materia con secreto grande.” *Consulta del licenciado José González sobre los ejemplares de los servicios de gente que han hecho las ciudades en caso de salir los reyes*. Madrid, 13-1-1635. AGS, GA, Leg. 1125.

<sup>1275</sup> *Ibidem*.

Cortes, vinculados al patriciado urbano) fueran excluidos de las sesiones<sup>1276</sup>. Otra disposición tenía como protagonistas a los corregidores de las ciudades, a quienes se encargó la tarea de informar a la junta, y por ende a la Corona, sobre las actuaciones acometidas en sus jurisdicciones ante requerimientos pasados<sup>1277</sup>.

Unos días después se cambió de parecer, y se dejó a los corregidores fuera del proceso, pues si se encomendaban las gestiones a los delegados reales en las ciudades, cabía la posibilidad de que se perdiera el secreto con que se deseaba proceder en este designio. Con tal motivación, el licenciado José González, gracias a la información que se le remitió desde la secretaría del Consejo de Guerra<sup>1278</sup>, informó de que en coyunturas similares, las ciudades castellanas habían concedido hombres incluso para servir fuera de los límites peninsulares<sup>1279</sup>.

Tales antecedentes permitían afrontar las peticiones de soldados desde una nueva perspectiva, pues dicho argumento podría ser utilizado para reforzar la posición de la Corona y, al mismo tiempo vencer, o al menos socavar, la resistencia de las autoridades municipales a contribuir en el servicio exigido. Para el caso que nos ocupa, lo importante es que, entre las informaciones recopiladas a tal efecto se encontraban una serie de disposiciones de Felipe II, promulgadas con motivo de la rebelión de los moriscos granadinos, según las cuales se ordenó a todas las ciudades que iniciaran los trámites oportunos con el objetivo de prevenir a los hidalgos, en caso que su presencia fuese necesaria. No obstante, no se contemplaba su presencia en el campo de batalla hasta que el monarca saliera hacia la frontera<sup>1280</sup>. Según el protonotario de Aragón, esta circunstancia le venía como anillo al dedo a los intereses de la monarquía, y se convertía

---

<sup>1276</sup> “(.....) Y porque habiéndose de tratar de este negocio con tanto secreto, y siendo interesadas en el las ciudades del Reino, parece que sería conveniente, por ahora, retirar la noticia de el a los procuradores de Cortes nombrados por V.M. para esta junta.” *Ibidem*.

<sup>1277</sup> “(.....) Hame parecido representar a V.M. que el medio mejor para tener los ejemplares, sería el escribir a los corregidores de las ciudades que, con sumo secreto, se informen de lo que hay en esto, y de la obligación de cada una, y de la costumbre.” *Ibidem*.

<sup>1278</sup> “(.....) Se han reconocido algunos papeles que han entrado de la secretaría de Guerra sobre la materia que dan luz de ella. Y el licenciado José González ha dejado de hacer la diligencia con los corregidores que consultó a V.M., por huir del peligro de publicar, y solamente ha escrito al archivo de Simancas que busque todos los papeles que hallare que hagan a este propósito, y se los remita.” *Consulta de la junta en la que concurren el licenciado José González, D. Juan de Castilla, el protonotario de Aragón y Diego Suárez, sobre si pedir gente armada a las ciudades de Castilla para las ocasiones presentes*. Madrid, 1-2-1635. AGS, GA, Leg. 1121.

<sup>1279</sup> “(.....) Habiéndose hecho relación de los ejemplares que en la secretaría de la Guerra se han dado hasta ahora, de la obligación y costumbre de servir las ciudades con gente pagada, notándose en los casos y ocasión en que se han hecho semejantes servicios, en algunos de ellos han sido para fuera de estos Reinos, como son para la Armada, Portugal, Italia y Perpiñán.” *Ibidem*.

<sup>1280</sup> “(.....) Los hijosdalgo son libres de los cargos personales, y no pueden ser compelidos de ir a la guerra, sino es cuando fuere la persona del rey, y entonces se les ha de hacer saber.” MURCIA DE LA LLANA, F.: *Op. cit.* Fol. 88r.

en una oportunidad inmejorable para revitalizar las obligaciones militares que estaban obligados a prestar<sup>1281</sup>.

Tenemos constancia documental de que se deseaba que este designio no quedara en una mera declaración de intenciones. Esta es la impresión que se recoge en una misiva del secretario Pedro de Villanueva, dirigida al secretario Pedro Coloma, miembro de los Consejos de Estado y Guerra. En ella le participaba de los acuerdos adoptados en la junta en la que actuaba como secretario, referentes a la prevención de los hidalgos, en el contexto de una leva solicitada a las ciudades cabeza de partido de la Corona de Castilla, al tiempo que requería su participación y colaboración en el proceso<sup>1282</sup>. En última instancia, se ordenó a la secretaría del Consejo de Guerra que escribiera a los representantes de las ciudades, con el objetivo de disponer y preparar la gente con que habían servido en ocasiones similares, por si el rey decidiera utilizar estas tropas en caso de emergencia. De forma paralela, también se creyó conveniente encargar a este organismo, a través de las ciudades, la prevención y convocatoria de los hidalgos, a la manera realizada en el pasado<sup>1283</sup>.

En cuanto a los caballeros de hábito, sabemos que por esas mismas fechas debió de configurarse una junta para una posible movilización, tanto de los caballeros de hábito como los que sólo ostentaban el título de caballero<sup>1284</sup>, entendido como categoría inferior del estamento nobiliario, que recibió el nombre de “Junta a quien están cometidas las diligencias que se han de hacer con caballeros de hábito y sin él”,

---

<sup>1281</sup> “(.....) Entre otros ejemplares que se han leído en esta junta, han sido unas cartas escritas por el señor rey Don Felipe Segundo, en tiempo de la rebelión de Granada, en que mandó se diesen pregones en todas las ciudades para que se armasen y le siguiesen todos los hijosdalgo, así de naturaleza, como de privilegio, siempre que les fuese avisado. Para aquella ocasión le parece al protonotario que, supuesto que el haber de seguir a V.M. esta naturaleza de gente, en caso de salir su real persona, es obligación y ley que V.M. mande que, en su sazón, se den estos pregones en todas las ciudades. Porque en la ocasión presente podría hacer esto mucho al caso, para que se entienda con las veras que V.M. toma estas prevenciones. Y en caso de ser necesaria esta gente, o alguna de ella, se halle prevenida.” *Consulta de la junta en la que concurren el licenciado José González, D. Juan de Castilla.....* 1-2-1635.

<sup>1282</sup> *Carta del secretario Pedro de Villanueva al secretario Pedro Coloma, sobre aspectos de la defensa.* Madrid, 18-3-1635. AGS, GA, Leg. 1121.

<sup>1283</sup> “(.....) podría servirse V.M. de mandar que, en conformidad de los ejemplares reconocidos, se escriba a las ciudades por la secretaría de la Guerra, que prevengan y pongan en orden la gente con que en otras ocasiones semejantes han acostumbrado a servir, para que cuando V.M. la diere, de la parte a donde habrá de acudir, esté pronta. Y se de orden que se hagan pregones generales para que se armen y estén a punto los hijosdalgo de estos Reinos, en la conformidad que se ha hecho en otras veces.” *Consulta de la junta que trata sobre pedirse a las ciudades cabeza de partido de estos Reinos, algunas compañías de gente pagada.* Madrid, 10-4-1635. AGS, GA, Leg. 1125.

<sup>1284</sup> Según Domínguez Ortiz, el poseedor de esta distinción puede ser considerado como miembro de la clase media nobiliaria, con gran influencia en el ámbito municipal, pues accedieron a los empleos locales mediante la posesión (de muy diversas maneras) de empleos de regidor. Su economía estaba basada, preferentemente, en la explotación de propiedades agrarias, aunque también poseían propiedades en las ciudades, y obtenían pingües beneficios de juros y censos. DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: Las clases privilegiadas.....*Op. cit.* p. 57.



integrada por D. Juan de Chaves y Mendoza, D. Gaspar de Bracamonte y D. Antonio Ronquillo. Según la información que esta entidad administrativa facilitó en una relación, parece ser que no se buscaba el concurso personal de los requeridos, sino más bien que aportaran pertrechos para la guerra: armas, grano, etc.; o bien dinero para invertirlo en el abastecimiento de las tropas, tal vez mediante la fórmula de un donativo. Todo ello coordinado, como otros muchos expedientes que acarreaban peticiones y solicitudes, tanto de hombres como de dinero o pertrechos, a través de las autoridades locales, en concreto los corregidores<sup>1285</sup>.

Así, la junta representó al monarca que, en caso de dirigirse a la frontera (se insistió en que esta premisa debía ser cumplida irremediablemente), 1.547 personas estarían dispuestas a acompañarle. Además, se habían recaudado cerca 51.900 ducados (4.300 de ellos en plata), junto con 683 fanegas de trigo<sup>1286</sup> y “algunas armas”<sup>1287</sup>. Según la respuesta del monarca a una consulta de la Junta de la Defensa, daba la impresión de que las gestiones estaban marchando relativamente bien, aunque se recomendaba no bajar la guardia para obtener el fin pretendido<sup>1288</sup>. En términos generales, la situación parecía bastante prometedora, pues 20 días después se consiguió incrementar la participación de ambos colectivos. Esta tendencia alcista se vio confirmada con los datos aportados por la junta de Chaves, Bracamonte y Ronquillo, pues el número de caballeros dispuestos a salir ascendió hasta los 2.380, mientras que las aportaciones en dinero, víveres y pertrechos alcanzaron los 53.103 ducados (4.732 en plata y 48.371 en vellón), 683 fanegas de trigo, 9 mosquetes, 159 arcabuces, 35 espadas, 32 dagas, 41 frascos y 402 libras y media de pólvora, así como dos caballos<sup>1289</sup>. Pese a todo, no era conveniente lanzar las campanas al vuelo, ya que tanto el servicio personal como los bastimentos aportados se quedarían en nada si el rey no cumplía sus obligaciones como comandante en jefe<sup>1290</sup>.

---

<sup>1285</sup> *Sumario de lo que han ido obrando las juntas.....*26-3-1635.

<sup>1286</sup> Si una fanega de trigo equivalía a unos 43'2 kg., la cantidad total ascendería a 29.505 kg., unas 29 toneladas y media.

<sup>1287</sup> *Ibidem*.

<sup>1288</sup> “(.....) Lo que trata la junta de los caballeros de hábito y de la nobleza, está en buen estado. Debensele dar las gracias, y decir que continúen con todo cuidado en la prosecución de lo que les falta, por estar el tiempo tan adelante.” *Consulta de la junta de la Defensa de estos Reinos.....*26-3-1635. *Sumario de lo que han ido obrando las juntas.....* 26-3-1635.

<sup>1289</sup> *Copia de la consulta de la junta de los sres. D. Juan de Chaves, D. Gaspar de Bracamonte y D. Antonio Ronquillo sobre las diligencias hechas con caballeros de hábito sin título y otros*. Madrid, 16-4-1635. AGS, GA, Leg. 1121.

<sup>1290</sup> “(.....) Pues las ofertas que han hecho, así de sus personas como de dineros, trigo, armas y municiones, han sido condicionales para en caso de salir V.M. personalmente.” *Ibidem*.

En este sentido, la junta consideró imposible hacer cumplir una orden real, de 7 de marzo, según la cual se disponía que, avisándoles con un mes de antelación, todos aquellos caballeros de hábito, y “sin el” debían estar listos para acudir a servir donde se les indicara. No obstante, se insistió en la conveniencia de respetar lo pactado, pues de no hacerse así, la mayor parte de ellos se excusaría (con motivo), ante la flagrante violación de las condiciones en las que debían prestar su servicio<sup>1291</sup>. Este aspecto refleja la importancia de las formas en todo lo relacionado con las peticiones solicitadas, tanto a la nobleza como a los caballeros de hábito (en parte de los cuales concurren ambas realidades), según hemos podido comprobar con el proyecto de las “64 compañías de caballos”.

En estos momentos iniciales del año 1635 se empezó a gestar una realidad que se desarrollará en toda su extensión durante los próximos años, y en concreto durante el año 1640, cuando la participación de los caballeros de hábito en la defensa de la monarquía se haga realidad: la solicitud de crecidos sueldos “competentes a sus personas”, ayudas de costa, o “lo necesario”, para acudir en persona al requerimiento de la Corona. En definitiva, su contribución no le iba a salir gratis a la Real Hacienda<sup>1292</sup>. Al mismo tiempo, de nuevo a imitación de lo acaecido durante la gestión de la participación de los “64 capitanes de caballos”, desde estos momentos previos, se deja abierta la posibilidad de conmutar a dinero la participación de los caballeros (entendido el término en sentido amplio, pues se incluye a los que no poseían hábito), ante la circunstancia de que Felipe IV no encabezase sus ejércitos<sup>1293</sup>.

Para todos los designios encaminados a mejorar la defensa peninsular ante una amenaza externa (y para el caso que nos ocupa, los referentes a la participación del estamento privilegiado), la declaración de guerra por parte de Francia supuso un espaldarazo para su puesta en marcha definitiva. Tal y como afirma Elliott, el 21 de junio de 1635 se proclamó una orden para que todos los caballeros e hidalgos estuvieran listos para acompañar al rey en campaña. Durante todo el mes de julio hubo mucha agitación con los preparativos para el viaje real a Cataluña, donde había de ponerse al

---

<sup>1291</sup> “(.....) Y si hoy se enviase el aviso que V.M. manda por la dicha orden, sería darles motivo a que respondiesen que no se ajustaba a lo que con ellos se había tratado, y diesen excusas. Que aunque con haberse dicho solo que estuviesen prevenidos para un mes después de ser avisados, escribe el corregidor de Salamanca, han reparado los caballeros de allí en que sus ofertas son para después de salida la caballeriza de V.M.” *Ibidem*.

<sup>1292</sup> *Ibidem*.

<sup>1293</sup> “(.....) Algunos corregidores, en respuesta de la última prevención que se les mandó hacer, que en caso que V.M. no hubiese de salir, y el servicio se hubiese de reducir a dinero, holgarían los caballeros se declarase, antes de hacer gastos en la disposición.” *Ibidem*.

mando del ejército que debía invadir Francia. Sin embargo, debido a lo dificultoso que resultaba montar una maquinaria militar tan compleja en tan breve espacio de tiempo, no ocurrió nada de eso<sup>1294</sup>.

Por otra parte, se debía vencer otro inconveniente que la Corona, o no había calculado, o pensaba que sería solventado sin demasiados problemas: los trastornos que acarrearía movilizar al segundo estado para que prestara servicio fuera de sus jurisdicciones. Uno de los primeros testimonios recogidos en esa dirección, fue el del duque de Medina Sidonia (que recordemos detentaba el título de capitán general del Mar Océano y la costa de Andalucía) quien se mostró contrario prevenir a la nobleza de Jerez de la Frontera, porque tal decisión acarrearía descabezar la defensa de una población tan estratégica como ésta<sup>1295</sup>.

Sus temores venían motivados porque los empleos vinculados a la milicia local, estaban acaparados por las oligarquías municipales. En esas circunstancias, tal vez fuera más perjudicial para los intereses de la Corona que acudieran a su convocatoria, pues la utilidad militar de estos individuos no residía tanto en su valía personal como en su capacidad de movilización, y en su faceta ejemplarizante sobre el resto de la población<sup>1296</sup>, porque traspasaban al mundo de las armas la hegemonía que detentaban en la vida civil. Y al contrario, si se optaba por obligarles a servir fuera de sus localidades de origen, alegarían todas las excusas posibles para evitarlo, y si en última instancia no les quedaba más remedio que acudir lo harían de mala manera, desmotivados. Otro punto en contra de esta resolución era que, al encontrarse sin oficiales al mando, las compañías de la milicia no estarían operativas. Y en caso de cubrir estas vacantes con personas “de fuera”, el número de efectivos aprestados disminuiría de forma considerable, pues no tendrían la misma autoridad que los autóctonos<sup>1297</sup>.

---

<sup>1294</sup> ELLIOTT, J.H.: El Conde Duque.....*Op. cit.* pp. 553-54.

<sup>1295</sup> *Carta del duque de Medina Sidonia al rey, sobre la prevención de los caballeros de hábito y nobleza de la ciudad de Jerez de la Frontera*. Sanlúcar de Barrameda, 24-6-1635. AGS, GA, Leg. 1150.

<sup>1296</sup> “(.....) advertidos la ciudad de Jerez y yo de que le toca tener sus dieciséis compañías armadas y disciplinadas, y quien da ejemplo y es la principal parte en número y calidad, es la nobleza de aquella ciudad, que tiene a su cargo dichas compañías, que siempre ha cumplido y acudido con puntualidad a sus obligaciones. (.....) Despoblada y desamparada de su nobleza, acudiendo a otra parte, ocasionaría a que lo de Cádiz y esta costa, presuponiendo que la más de la gente ordinaria la seguirá, quedará todo Jerez y sus compañías sin gente de servicio.” *Ibidem*.

<sup>1297</sup> El mismo dilema tuvo lugar en el año 1640, cuando se ordenó la movilización de los caballeros de hábito y se dudó entre obligarlos a servir en el Batallón de las Órdenes, o excluirles del llamamiento y permitir que sirvieran en la defensa local. Véase: JIMÉNEZ MORENO, A.: “Poder central y poderes locales. El cumplimiento de la convocatoria de los caballeros de hábito del año 1640 en Jerez de la

Durante los meses de junio y diciembre, D. Juan de Chaves trató con los corregidores para que se ordenara a todos los caballeros (tanto con hábito como sin el) que se habían ofrecido de forma voluntaria a servir, siempre y cuando el monarca encabezara las tropas, para que comparecieran en Zaragoza antes de finales de febrero del año siguiente<sup>1298</sup>. Según los informes emitidos por los representantes reales en las ciudades, surgieron algunas dudas en la aplicación de las órdenes dadas. Pues éstos no sabían si la normativa se circunscribía a los voluntarios o si, por el contrario, tenía carácter general y todos los hijosdalgo estaban obligados a presentarse (de nuevo con la perentoria condición de que Felipe IV estuviera al frente de las tropas)<sup>1299</sup>.

De la misma manera, los trámites administrativos motivaron la aparición de circunstancias extraordinarias, que sobrepasaban las órdenes dadas y exigían respuestas concretas. Entre las más destacadas se encontraban los acuerdos alcanzados por algunos corregidores con las autoridades municipales, para que ciudades como Baeza y Segovia sirvieran con una cantidad de dinero, aunque con la condición de revocar el compromiso de sus caballeros que habían ofrecido servir voluntariamente<sup>1300</sup>. Otra materia que también representaron algunos corregidores, como el de León, aludía a un aspecto que ya hemos mencionado: las desmesuradas reivindicaciones planteadas por aquellos caballeros que ofrecieron su servicio personal, las cuales venían determinadas por sus dificultades económicas. Pese a que en muchos casos pudieran ser ciertas, y no estuvieran en condiciones de hacer frente al desembolso que supondría acudir en auxilio del monarca, se desprende un cierto tono exclusivista, casi hasta el punto de rayar en la arrogancia, de vender su participación en esta campaña al mayor precio posible<sup>1301</sup>.

Pese a la falta de resultados concretos, el Conde Duque no cejó en su propósito de movilizar a los caballeros de hábito, y desde su puesto de presidente de la Junta de Ejecución de las Prevenciones del Ejército, continuó trabajando para obtener la

---

Frontera”. Comunicación enviada a la IX Reunión Científica de la FEHM, celebrada en Málaga los días 7-9 de junio de 2006. (En prensa).

<sup>1298</sup> *Consulta de D. Juan de Chaves y Mendoza, en la que da cuenta de lo que escriben algunos corregidores, acerca de la prevención de los caballeros que han de salir sirviendo a S.M., en caso de ir personalmente a la guerra.* Madrid, 21-12-1635. AGS, GA, Leg. 1150.

<sup>1299</sup> *Ibidem.*

<sup>1300</sup> “(.....) El corregidor de Úbeda y Baeza, D. Miguel de Carvajal, del consejo, se ha compuesto con la ciudad de Baeza para que sirva con 30.000 ducados, con calidad de que los caballeros de ella, que habían ofrecido salir a servir, queden libres de esta ocupación. Y el corregidor de Segovia, D. Fernando Pizarro, ha reservado a algunos caballeros de lo mismo, y piden se les avise si han de pasar por ello.” *Ibidem.*

<sup>1301</sup> “(.....) El corregidor de León escribe en particular que casi todos los caballeros de allí que ofrecieron ir sirviendo, fue señalándoles puestos y sueldos competentes a sus personas, y que son tan pobres que no podrán hacerlo de otra manera. Y en otros lugares, ofrecieron algunos en esta misma forma; y en otros, quedándoles lo necesario.” *Ibidem.*

participación del estamento privilegiado en general, y de los miembros de las Órdenes Militares en particular<sup>1302</sup>. En la mente del primer ministro debía estar presente que, a pesar del innegable relajamiento de la dimensión militar de las Órdenes Militares, la respuesta de los caballeros (tanto de hábito como sin el) ante una hipotética movilización, sin llegar a niveles de entusiasmo, se podía calificar de aceptable. Sin embargo, esta participación estaba supeditada a la asunción del papel de jefe militar por parte de Felipe IV. La disyuntiva se encontraba en cómo conseguir su contribución sin obligar al rey a salir hacia el frente, y no por falta de ganas de éste, y de su resolución dependía que todos sus designios no se diluyeran en la nada. No obstante, según nuestro criterio, tal vez había sacado conclusiones excesivamente positivas. Es factible suponer que estos individuos hubieran alargado sus ofertas con la condición de que el monarca encabezara sus ejércitos, pues tenían la certeza de que se trataba de un farol, y que Felipe IV nunca abandonaría la Corte. En cualquiera de los dos supuestos, eran ellos los triunfadores: si no salía, no se les podía obligar a nada; y si finalmente se producía su salida, podrían excusarse en función de sus ocupaciones, o pagar un sustituto.

Pero a principios de febrero de 1636 no se había completado la movilización de los caballeros de hábito. Por este motivo, se renovaron las órdenes para que se dispusieran a servir en un plazo máximo de 20 días, contados a partir del momento en que recibieran la correspondiente notificación. De nuevo se partía de la férrea determinación del monarca de ejercer sus funciones como comandante supremo, base sobre la cual se sustentaba esta convocatoria<sup>1303</sup>. Aunque D. Juan de Chaves había entregado una relación de caballeros de hábito que estaban dispuestos a servir, unos 350<sup>1304</sup>, ésta debía ser tomada con muchas reservas, pues en ella estaban incluidos muchos niños, ancianos y enfermos. Este hecho corroboraría la hipótesis que apuntábamos en las líneas anteriores: un importante número de caballeros se mostraron inclinados a concurrir en esta jornada, siempre y cuando el monarca estuviera presente,

---

<sup>1302</sup> “Siendo el instituto de esta junta tratar de la ejecución de las prevenciones del ejército, y considerando que el estado del apercibimiento de los títulos y caballeros de hábito, (.....) manifiesta lo poco que se ha encaminado, y los daños que pueden resultar de la dilación. (...). *Consulta de la junta de la Ejecución de las prevenciones del Ejército*.....23-12-1635.

<sup>1303</sup> *Consulta de D. Juan de Chaves y Mendoza en la que dice lo que se le ofrece acerca de la prevención de los caballeros de hábito y sin el*. Madrid, 10-2-1636. AGS, GA, Leg. 1150.

<sup>1304</sup> *Relación de los caballeros de hábito de las tres órdenes militares que han ofrecido ir sirviendo, saliendo S.M. personalmente*. S.f., s.l. (finales 1635-principios 1636). AGS, GA, Leg. 1150.

pues sospechaban que no lo haría y, de esta manera, no estaban obligados a concurrir al llamamiento real<sup>1305</sup>.

Al igual que lo representado por el duque de Medina Sidonia con respecto a la ciudad de Jerez de la Frontera, D. Juan recogió nuevas quejas, en este caso por parte de los corregidores de Murcia y Oviedo, desaconsejando la salida de la nobleza autóctona (incluidos los caballeros de hábito), por las lesivas consecuencias que tendría sobre la defensa local<sup>1306</sup>. Este asunto, junto con otros cuya aplicación ofrecía ciertas dudas, fue tratado en una sesión de la Junta de la Ejecución, presidida por el Conde Duque de Olivares, y donde también estuvieron presentes: el duque de Villahermosa, el marqués de Castrofuerte y Pedro de Arce. Para poner fin a esta polémica se decretó eximir de dicha obligación a todos aquellos nobles que residieran a menos de 10 leguas de la costa. Aunque en caso de alguna eventualidad en sus jurisdicciones, estaban obligados a acudir<sup>1307</sup>. También se discutió sobre las actuaciones de los corregidores de Baeza y Segovia quienes, de forma unilateral habían liberado de la obligación de acompañar al monarca a los caballeros de hábito de estas dos poblaciones (que ofrecieron este servicio voluntario), como una de las condiciones para la concesión de un donativo. Según el parecer de este organismo dicha medida era contraproducente, pues si el rey salía hacia el frente todos los nobles estaban obligados a seguirle. Además, en estas circunstancias se desaconsejaba ofrecer tales privilegios, ya que el objetivo era que el segundo estado acudiera en persona, y no que trocara su deber por un pago en metálico<sup>1308</sup>.

Otro de los asuntos que también fue objeto de debate hacía referencia a la posibilidad de declarar exentos a los hidalgos que servían “oficios de la república”. Al mismo tiempo, se debía decretar la edad máxima hasta la cual estaban obligados a salir.

---

<sup>1305</sup> “(.....) Y aunque la junta tiene relación por menos de todos lo que por ella han ofrecido ir sirviendo, persona por persona, y envié a V.M. resumen de ella, no se puede saber con certeza las personas que irán y serán de servicio, porque muchos viejos y enfermos (quizá pareciéndoles que no había de llegar a efecto), ofrecieron ir sirviendo. Y al ejecutarlo, estarán imposibilitados de poderlo cumplir.” *Consulta de D. Juan de Chaves y Mendoza*.....10-2-1636.

<sup>1306</sup> “(.....) La ciudad de Murcia ha puesto en consideración la falta que la nobleza de allí podría hacer, en caso deque en Cartagena se ofreciese ocasión de enemigos (....) Y el corregidor de Oviedo, escribe que aquel Principado tiene veinte puertos a donde, con mediano temporal, se llega de Francia en 24 horas. Y que respecto de la necesidad y poca disciplina de los naturales, si faltase la gente noble y de sustancia, la defensa sería ninguna.” *Ibidem*.

<sup>1307</sup> *Consulta de la junta de la Ejecución del Ejército, representando lo que se le ofrece sobre las consultas de la que trata de convocar la nobleza*. Madrid, 24-3-1636. AGS, GA, Leg. 1150.

<sup>1308</sup> “(.....) Y a la junta le parece que, en la ocasión en que V.M. sale a campaña, en ninguna manera es bien dar lugar a que se excuse persona de alguna calidad por este medio de donativo, ni es de creer que se quedarán en sus casas cuando los riesgos de las fronteras y de las costas obligan a V.M. a salir a ella, en particular mandándoselo V.M.” *Ibidem*.

En cuanto al primer punto, se estableció eximir de comparecer a quienes ejercieran cargos de gobierno. Y respecto al tope de edad, se fijó en los 50-55 años (sin concretar), aunque también se planteó la opción de relevar a todos aquellos que, aún teniendo menos años, alegaran alguna enfermedad o circunstancia que les impidiera servir<sup>1309</sup>.

En cuanto a los sueldos y socorros solicitados por un importante número de hidalgos y caballeros de hábito, como condición inexcusable para concurrir, se acordó que, bajo ninguna circunstancia, se podía señalar la concesión de estas recompensas con carácter general. En todo caso, se analizaría cada caso de manera individual y, si en realidad no tenían medios para ello se les proporcionaría lo necesario, pero ni un maravedí más<sup>1310</sup>.

La última de las polémicas aludía a la propia naturaleza del llamamiento, pues se albergaban dudas sobre si estaban obligados a responder al requerimiento del rey sólo quienes se ofrecieron voluntarios, o si por el contrario se trataba de una obligación universal. Sobre este particular, se estableció que todos aquellos individuos que disfrutaran de la condición de hijodalgo (incluidos los caballeros de las Órdenes Militares) estaban comprendidos en él. De este modo, salvo las excepciones contempladas, se trataba de un servicio general, tanto voluntario como forzado<sup>1311</sup>.

Este endurecimiento de las posiciones del monarca no se tradujo en avances significativos y, ante la imposibilidad de obtener algún resultado práctico, debió rectificar hacia posiciones más moderadas. Además, no debemos olvidar que se trata de una contribución nacida de la salida del rey hacia el frente, la cual no se había producido, y por ese motivo no se podía exigir demasiado. En cualquier caso, a principios de julio de 1636, se decidió prevenir (no confundir con convocar, pues en la documentación se quiere dejar claro que sólo se les requería para que expusieran los medios con los que estarían dispuestos a salir en caso de necesidad), a los comendadores (es la primera vez que se alude a la posibilidad de requerirlos), y caballeros de las Órdenes Militares, con el fin de sondear su predisposición ante una hipotética movilización. No obstante, ya no se trataba de un requerimiento dirigido a quienes habían ofrecido servir de forma voluntaria, sino que abarcaba a todos ellos. En

---

<sup>1309</sup> *Ibidem.*

<sup>1310</sup> *Ibidem.*

<sup>1311</sup> “(.....) Y a la junta le parece se les advierta que, generalmente, comprende la obligación de seguir a V.M. a todos los que gozan del fuero de hijodalgo. Y que en cuanto a las reservas concedidas a los de hábito no se admitan, y se envíen relaciones ajustadas de los que harán la jornada, advirtiendo que la prevención de los hijosdalgo se haga para que salgan 20 días después del aviso, en la misma conformidad que se ordena a los caballeros de hábito. Sin embargo de las demás que han tenido anteriores a esta, en que se mandó prevenir la nobleza generalmente.” *Ibidem.*

ella se esbozan algunas de las pautas vigentes durante la convocatoria del año 1640. Así, se plantea abiertamente la posibilidad de presentar un sustituto por el titular de la encomienda o del hábito, por motivos justificados, y siempre que tuviera la calidad requerida. Todas estas circunstancias se encontraron presentes en las cartas enviadas a comendadores y caballeros de hábito, algunos de los cuales pertenecían a la nobleza titulada. En nuestra investigación hemos encontrado un considerable número de estas misivas, que responden a la categoría de circulares, pues en ellas sólo varía el nombre del destinatario. A modo de ejemplo, presentamos la enviada a D. Luis de Velasco y Tovar, marqués del Fresno<sup>1312</sup>, la cual es significativa de las pretensiones de la Corona en esta dirección<sup>1313</sup>.

En su respuesta, el aristócrata asumía que, en su condición de título de Castilla y comendador de las Órdenes Militares, tenía contraídas unas obligaciones militares ineludibles. Pese a este reconocimiento, expuso los motivos por los cuales no estaba en condiciones de acudir al requerimiento real: enfermedad, pobreza (en gran medida por el escaso rendimiento ofrecido por su encomienda) y encontrarse con cinco hijos pequeños<sup>1314</sup>. No obstante, en una actitud que ya hemos visto en otros aristócratas que, según ellos, estaban pasando por apuros económicos, el marqués del Fresno ofrecía servir en persona junto con sus hijos<sup>1315</sup>. A pesar de esta loable intención, podemos constatar que este titulado, al igual que otros muchos que se encontraban en la misma situación y realizaron ofrecimientos similares, no tenía ninguna intención de prestar servicio militar de forma personal. Es más, según hemos podido comprobar con lo acontecido en “las 64 compañías de caballos”, a pesar de que éste era el ideal al que aspiraba la Corona en un primer momento, los propios acontecimientos vinieron a demostrar que había otras formas mediante las cuales la nobleza y los caballeros de

---

<sup>1312</sup> D. Luis obtuvo esta dignidad en 1628. Era hijo de D. Juan Fernández de Velasco, VI condestable de Castilla y V duque de Frías (muerto en 1613), y hermano del actual poseedor de ambas dignidades, D. Bernardino Fernández de Velasco, VII condestable de Castilla y VI duque de Frías, por lo que pertenecía a uno de los linajes de más rancio abolengo.

<sup>1313</sup> *Papel del secretario D. Juan de Chaves y Mendoza al marqués del Fresno, en el que le informa de que S.M. ha decidido prevenir a los comendadores y caballeros de hábito de las Órdenes Militares, para saber la prevención con que están dispuestos a servirle.* Madrid, 6-7-1636. SNAHN, Frías, 26/138. Fol 9r-v.

<sup>1314</sup> “(.....) La suerte anduvo conmigo tan escasa que, no contentándose con hacerme sordo, y dádome otros achaques de salud tan penosos que no me permiten ponerme a caballo, que no me permiten ponerme a caballo, me hizo tan pobre de bienes de fortuna, que si el condestable, mi hermano y señor, no me tuviera en su casa sustentándome, fuera imposible poderlo yo hacer con cinco hijos que tengo; que el mayor no llega a 9 años.” *Ibidem*.

<sup>1315</sup> *Ibidem*.



hábito podían contribuir a la defensa de la monarquía española, mucho más fructíferas para los intereses regios.

Mientras tanto, a finales del mes de octubre, por mano de D. Álvaro de Oca y Zúñiga, regente del Reino de Navarra, se informaba de las gestiones realizadas para que los hijosdalgo de Castilla la Vieja pudieran comparecer en Vitoria, lugar destinado a tal efecto, donde se pondrían a las órdenes del almirante de Castilla, a quien se había cometido la defensa de la frontera pirenaico-occidental, ante la posibilidad de que los ejércitos franceses pudieran llevar a cabo alguna incursión por las Vascongadas y/o Navarra<sup>1316</sup>. No sabemos si se trataba de una tarea independiente, ya que es la primera noticia que hemos encontrado a este respecto, así como a la presencia de D. Álvaro de Oca entre los encargados de la movilización del segundo estado, aunque nos inclinamos a pensar que se trata de un proyecto común, el cual se cometió a varios funcionarios para aligerar la carga de trabajo y agilizar los trámites.

Al mismo tiempo, la Junta de la Ejecución del Ejército dio cuenta de los nuevos informes remitidos por D. Juan de Chaves con respecto a la movilización de los hidalgos. Uno de los aspectos en los que más se incidió fue la falta de medios para acudir a servir, pues además de tener que desembolsar el coste del caballo y el armamento, debían mantenerse a su costa. Para vencer esta contingencia, se ordenó a los corregidores que adoptaran todas las medidas necesarias para que, al menos parte de los hidalgos de sus jurisdicciones acudieran a este llamamiento, garantizándoles que una vez hubieran llegado a la plaza de armas designada, se les socorrería con la cantidad estipulada para quienes prestaban servicio en la caballería<sup>1317</sup>. Es decir, de forma oficial se reconocía un hecho del cual la Corona era consciente desde el principio: la imposibilidad de obtener asistencia militar de todos los hidalgos, y que lo máximo que se podría aspirar a conseguir el servicio del mayor número posible de ellos.

Resulta curioso que la Corona mostrara especial predilección en que fueran los hidalgos ricos quienes acudieran a servir, sobre todo cuando eran los menos inclinados a hacerlo, pues podrían conmutar su asistencia por un pago en metálico. Pero sobre todo, porque la promesa de ser sostenido por la Real Hacienda, en caso de resultar atractivo para alguien, lo sería mucho más para los hidalgos empobrecidos. Nuestra impresión se

---

<sup>1316</sup> *Consulta de la junta de la Ejecución del Ejército representando lo que se le ofrece en lo que propone D. Álvaro de Oca, a quien se ha mandado prevenga a los hijosdalgo de Castilla La Vieja*. Madrid, 29-10-1636. AGS, GA, Leg. 1150.

<sup>1317</sup> *Consulta de la junta de la Ejecución del Ejército en la que representa lo que se le ofrece sobre las consultas inclusas que ha hecho D. Juan de Chaves, acerca del estado en que se hallan los hijosdalgo*. Madrid, 8-11-1636. AGS, GA, Leg. 1150.

confirma al conocer lo acontecido en la ciudad de Logroño. Allí, el corregidor dio cuenta de lo representado por algunos hijosdalgos de su partido, quienes ofrecían dinero a cambio de ser eximidos de acudir a servir, bien por sus ocupaciones bien por motivos de salud. Sin embargo, la Corona no tenía intención de aprobar esta oferta porque consideraba contraproducente limitar este proyecto a la entrega de una cantidad en efectivo, pues lo que en teoría se deseaba era resucitar las obligaciones militares inherentes a su condición. Así, en caso de no poder acudir personalmente, debían presentar un sustituto<sup>1318</sup>.

Las tareas de movilización de la nobleza de Castilla la Vieja tuvieron cierto éxito, pues D. Álvaro de Oca consiguió remitir algunos hidalgos a Vitoria. Pero el almirante de Castilla ordenó a la mayor parte de ellos que volvieran a sus casas, y que estuvieran prevenidos para volver en cuanto se les ordenara. Tras esta paradójica decisión se encontraba la falta de fondos para costear el alojamiento y manutención de los hidalgos que se habían presentado. Por este motivo, el almirante de Castilla solicitó que D. Álvaro no enviase más a Vitoria, y que se limitase a apercibirlos para que estuvieran listos para partir en caso de una invasión<sup>1319</sup>. Tal disposición evidencia las contradicciones internas de la monarquía española ya que, por una parte, había hecho de la movilización del estamento nobiliario una de sus metas prioritarias. Pero al mismo tiempo, no estaba en condiciones de asegurar que pudieran prestar servicio militar con la dignidad acorde a su privilegiada posición. Es más, da la impresión de que el monarca buscaba ser asistido en unas condiciones casi abusivas, y en esas circunstancias sería muy difícil obtener algo positivo. Pese a tratarse de los cuadros inferiores del segundo estado, la Corona no podía pasar por encima de ellos, pues si las condiciones no eran atractivas, no mostrarían ningún interés en formar parte de este designio.

---

<sup>1318</sup> “(.....) Y el corregidor de Logroño dice que algunos hijosdalgo ofrecen dineros por sus impedimentos, y otros por falta de salud y achaques con que se hallan, y que se le avise si los admitirá. Y que si éstas personas no pudieren acudir, envíen otras en su lugar, advirtiéndole no conviene convertir a dinero este servicio. Y que de los 24 regidores que dice son todos hijosdalgo, vayan algunos, los que estuvieren más capaces de servir, o envíen hijos u otras personas en su lugar.” *Ibidem*.

<sup>1319</sup> “(.....) Con los avisos que habían llegado de las prevenciones que el enemigo hacía, despaché cédula, de nuevo, a los corregidores y alcaldes mayores, obligándoles a que, sin admitir excusa, apresurasen la partida en toda la cantidad posible. Y habiendo enviado algunos hijosdalgo a Vitoria, el almirante de Castilla ordenó a una parte de ellos que se volbiesen a sus casas y estuviesen apercibidos para el primer aviso. (.....) Y por no hallar forma para entretener y socorrer los hijosdalgo, le parecía conveniente que yo suspendiese el enviarlos por entonces, disponiendo su aviso para poder marchar al primer aviso.” *Carta de D. Álvaro de Oca y Zúñiga al rey sobre la convocación de la nobleza y los hijosdalgo de Castilla la Vieja*. Pamplona, 27-11-1636. AGS, GA, Leg. 1150.

El regente del Reino de Navarra reflexionó sobre este asunto y recomendó a Felipe IV que, si en realidad deseaba que la movilización de la nobleza de Castilla la Vieja fuera efectiva, debería adoptar medidas extremas, que se resumían en dos: anunciar su salida hacia la frontera, y asegurar a los hidalgos que atendería sus necesidades básicas. En cualquier caso, se debía mostrar una voluntad inequívoca de encabezar los ejércitos reales; pues de lo contrario no habrá ninguna manera de obligarles a servir. Además, si se deseaba tenerlo todo dispuesto para la primavera, habría que comenzar los preparativos ahora<sup>1320</sup>.

Por otra parte, también se produjeron algunas controversias que afectaban a la manera en que la nobleza debía prestar servicio militar. Como hemos reflejado en capítulos anteriores, el paradigma de noble guerrero se correspondía con un combatiente a caballo. Sin embargo, D. Álvaro dio cuenta de lo acontecido con los hidalgos burgaleses, los cuales se dirigieron a Vitoria con intención de servir como infantes. Suponemos que, más allá de cuestiones relacionadas con el prestigio y la idiosincrasia nobiliaria, esta determinación respondería a criterios económicos, pues el servicio a pie suponía un desembolso mucho menor que el prestado a caballo. Aunque para los súbditos comprendidos en esta obligación reportara algún beneficio, lo cierto es que la Corona se opuso a que los hidalgos sirvieran como soldados de infantería, porque supondría menoscabar la profesión de las armas y supondría un pésimo ejemplo para el resto de hidalgos<sup>1321</sup>.

Otro aspecto que ralentizó los preparativos fue la actuación de algunos regidores municipales, quienes en vez de remitir a los hidalgos en mejores condiciones, tanto físicas como económicas, enviaron a los más viejos y con menos recursos, con la esperanza de que en última instancia fueran relevados del servicio<sup>1322</sup>.

Entre las medidas propuestas por D. Álvaro para enderezar la situación, se encontraba el revestir a esta empresa del mayor crédito y estimación posible, para que fuera atractiva a la nobleza. Por otra parte, el monarca debía hacer patente su malestar

---

<sup>1320</sup> “(.....) Yo juzgo que para poder sacar pronto este designio, conviene comenzarle a ejecutar desde hoy: o publicando la salida y asegurándoles que cada día está más en cuidado, o diciendo que a los designios de V.M. no suspenden las incomodidades del invierno, mediante razones particulares que ello hay. Porque si esta gente llega a entender que se dilata la ocasión de marchar, no habrá arbitrio ni fuerza que baste para disponerlos en tiempo. Y cuando llegue la primavera comenzaremos las diligencias, aventurando con la dilación que nunca se pongan en forma militar.” *Ibidem*.

<sup>1321</sup> “(.....) El corregidor de Burgos avisa que los que salen en busca del almirante no llevan caballos, porque van con resolución de tomar picas, teniendo por desprecio servir en la caballería. Resolución que si V.M. no ataja, apenas habrá persona que siga milicia.” *Ibidem*.

<sup>1322</sup> *Ibidem*.

con quienes eludiesen cumplir con su deber en la forma referida, hasta el punto de imponerse multas, e incluso la pérdida de la condición de hidalgo. Pero junto con estas disposiciones de carácter restrictivo, había que trabajar para conseguir que pudieran servir con las garantías necesarias<sup>1323</sup>.

Se propuso cuantificar cuánta caballería nobiliaria sería necesaria, para poder centrarse en la consecución de esta cifra. Una vez establecido el número, se trataría de cubrir con los nobles más a propósito, y cuya ausencia generara menos trastornos. A diferencia de lo apuntado por la Junta de la Ejecución del Ejército, D. Álvaro se mostró partidario de centrar todos los esfuerzos en los hidalgos menos favorecidos, pues según su criterio serían mucho más fáciles de atraer al servicio. Para garantizar que respondían a la llamada del rey con todas las garantías posibles, propuso una medida que ya se había contemplado con anterioridad: que un grupo variable de individuos asumiera el gasto que supondría su equipamiento y manutención. En este caso, se trataba de que 4 ó 5 hidalgos con posibilidades económicas financiaran el coste del que acudiría a servir<sup>1324</sup>. Pese a que el monarca valoró de forma positiva las aportaciones de D. Álvaro, creyó oportuno solicitar el parecer de la Junta de la Ejecución del Ejército. En este caso hubo coincidencia de pareceres, y este organismo recomendó la aplicación inmediata de sus propuestas<sup>1325</sup>.

Pese a que hasta ese momento la movilización del estamento nobiliario se había llevado a cabo como un todo, a principios de 1637 hemos encontrado indicios de que algo estaba cambiando, pues se abordó la necesidad de hacer diferenciaciones dentro de la generalidad del estamento privilegiado<sup>1326</sup>. En este caso, se discutía si sería acertado que los caballeros de hábito de Castilla la Vieja prestaran su servicio de forma

---

<sup>1323</sup> *Ibidem*.

<sup>1324</sup> “(.....) Y respecto que el armar toda la nobleza puede tener muchas dificultades, por las necesidades y ser grande la falta de caballos y muchos los hijosdalgo, juzgo que el medio de vencerlas, mande resolver a V.M. la cantidad de caballería que será menester apereibir. Y que haciéndose elección para esto entre toda la nobleza de las personas de mejor edad y salud, que menos falta pueden hacer en sus casas y más pláticas en ejercicios, se encamine a los que de estos no tuvieran posibilidad para su avío, ayuden a los que quedaren. De manera que cuatro o cinco concurren para suplir lo que faltare al que hubiere de ir.” *Ibidem*.

<sup>1325</sup> *Consulta de la junta de la Ejecución del Ejército en la que representar lo que se le ofrece en lo que escribe D. Álvaro de Oca sobre el apereibimiento de los hijosdalgo*. Madrid, 16-12-1636. AGS, GA, Leg. 1150.

<sup>1326</sup> *Consulta de la junta de la Ejecución del Ejército en la que da su parecer a la consulta inclusa que hizo D. Juan de Chaves, sobre si los caballeros de hábito de Castilla la Vieja habían de salir a servir con los demás hijosdalgo*. Madrid, 17-1-1637. AGS, GA, Leg. 1185.

diferenciada del resto de los hidalgos, siempre y cuando (una vez más se insiste en ello) el monarca se pusiera al frente de sus tropas<sup>1327</sup>.

Dicha consulta es la primera alusión directa que hemos encontrado a la posibilidad de levantar unidades militares, en este caso compañías, formadas exclusivamente por caballeros de hábito, pues se desaconsejaba que esta elite sirviera integrada con los hidalgos. Al mismo tiempo, se proponía para el mando a los comendadores mayores y a los claveros<sup>1328</sup>. Este hecho tendría una gran influencia psicológica, pues contemplar a los caballeros de las Órdenes Militares (quienes, al menos en teoría, reunían en sus personas los valores más apreciados por la sociedad del momento) retomar la función original para la que fueron instituidas (a pesar de que el enemigo, en esta ocasión, era católico), sería muy ejemplarizante para el resto de la sociedad.

Otra de las novedades recogidas en esta consulta (que podemos considerar un antecedente de lo que sucederá en 1640) fue el reconocimiento de que la presencia del monarca al frente de sus tropas, tal vez no se produjera. Esta condición, que antes era de obligado cumplimiento, a principios de 1637 había perdido intensidad, pues la Junta de la Ejecución del Ejército se declaró partidaria de su movilización a pesar de que Felipe IV no guardara este requisito<sup>1329</sup>.

Más allá del grado de éxito en que se tradujeron estas actuaciones (que vendrían a complementar lo llevado a cabo con los hidalgos el año anterior), consideramos que lo más importante, y la manifestación más palmaria de que la relación de los caballeros de hábito con la defensa de la Monarquía Hispánica se movía en otras coordenadas, impensables unas décadas antes, la encontramos en el hecho de que la hipotética convocatoria de estos individuos había traspasado la esfera oficial y era una cuestión que estaba, más o menos presente, en la “opinión pública” del momento. Ésta es la impresión que se desprende de una carta entre dos miembros de la Compañía de Jesús ( fechada a finales de marzo de 1637). En ella se hace eco de un rumor, según el cual los miembros de las Órdenes Militares estaban llamados a concurrir en Logroño, en caso de

---

<sup>1327</sup> *Ibídem.*

<sup>1328</sup> “(.....) Ha parecido que no es justo sean los caballeros de hábito comprendidos en la generalidad de hijosdalgo. (.....) Y juzga la junta se debe prevenirles para que estén prontos y puedan seguir a V.M. con sus armas y caballos, formándose compañías de las Órdenes, de que podrán ser capitanes los comendadores mayores y claveros.” *Ibídem.*

<sup>1329</sup> “(.....) Pero como los accidentes de la guerra pueden obligar a que todos acudan, aunque no vaya la real persona de V.M., es bien estén prevenidos con armas y caballos para cuando se les avisare. Y que sea general el aperebimiento en todas partes, con obligación de acudir a la defensa de las fronteras y costas.” *Ibídem.*

que el rey se dirigiera a la frontera navarra, donde se estaban librando combates contra los franceses, tras la expedición llevada a cabo el año anterior<sup>1330</sup>.

Las evidencias documentales nos demuestran que este designio no quedó en meras palabras, pues en Burgos y “su tierra”, y La Rioja, D. Juan de Chaves y Mendoza, auxiliado por D. Juan Chacón, se encargaron de conseguir la participación de los caballeros de las Órdenes Militares. Pese a los intentos por diferenciarles del resto del segundo estado (en concreto de los hidalgos), se trataba de una convocatoria general de la nobleza. Según estos dos funcionarios, lo más aconsejable sería que acudieran a servir quienes tuvieran medios para hacerlo. Al mismo tiempo, desaconsejaron la aplicación de medidas severas para conseguir una participación más o menos masiva<sup>1331</sup>. Sin embargo, la Junta de Ejecución no compartió estos argumentos, sino que recomendó compeler a todos para que acudieran a servir, si bien cada uno conforme sus medios, aunque se debe poner especial hincapié en que todos aquellos con voluntad de concurrir en esta delicada situación, y sobre todo quienes dispusieran de medios para ello, no dejaran de hacerlo<sup>1332</sup>.

En el mes de agosto se planeó una expedición que, partiendo de Perpiñán, tendría como objetivo la fortaleza de Leucata. Sin embargo, los retrasos y la falta de refuerzos enviados por el Principado de Cataluña dilataron el asedio, y los franceses pudieron enviar tropas de socorro para levantarle, derrotando a los atacantes a finales de septiembre<sup>1333</sup>. Ante la amenaza de una incursión enemiga en Cataluña, se dejó en un segundo plano el teatro de operaciones navarro y la zona suroeste de Francia, ya que gran parte de la caballería fue destinada a hacer frente a esta nueva amenaza. Entre las fuerzas montadas se incluían los hijosdalgo de Castilla la Vieja, quienes se retiraron a sus lugares de origen<sup>1334</sup>, no sabemos si porque su servicio se circunscribía esta zona, o porque no mostraban demasiado deseo de servir.

---

<sup>1330</sup> *Carta del padre Sebastián González al padre Rafael Pereira*. Madrid, 29-3-1637. MHE, Tomo XIV. p. 78.

<sup>1331</sup> *Consulta de la junta de la Ejecución, habiendo visto una consulta de D. Juan de Chaves sobre la convocación de la nobleza*. Madrid, 6-6-1637. AGS, GA, Leg. 1185.

<sup>1332</sup> “(.....) El mejor medio sería que todos acudan, en la forma que pudieren. Puesto que sirviendo cada uno, según la posibilidad de su caudal, no deben hacer más, y que cumplen asistiendo con la cantidad que dice, no permitiendo alargarse a otra mayor. Si bien convendría, asimismo, advertirle (a D. Juan de Chaves) procure que todos los que tuvieren hacienda y disposición, vayan a servir.” *Ibíd.*

<sup>1333</sup> ELLIOTT, J.H.: *La rebelión de los catalanes*. Madrid, 1982. (1ª edición en inglés: Cambridge, 1963). pp. 272-291. ZUDAIRE HUARTE, E.: *El Conde Duque y Cataluña*. Madrid, 1964. pp. 137-162.

<sup>1334</sup> *Carta del padre Sebastián González al padre Rafael Pereira*. Madrid, 12-10-1637. MHE, Tomo XIV. p. 212.

Por otra parte, a mediados de noviembre, con motivo de un posible viaje de Felipe IV hacia Portugal, cuyo objetivo era la pacificación definitiva de la región del Alentejo (donde solo unos meses antes se habían producido motines en su capital, Évora, y en algunas de las poblaciones colindantes), sabemos que se había mandado prevenir a los caballeros de las Órdenes Militares y a la nobleza no titulada; al tiempo que se ordenó a los títulos, grandes y prelados que estuvieran listos para acompañarle en esta ocasión<sup>1335</sup>. Tales disposiciones cristalizaron unos días más tarde con una convocatoria formal de los caballeros de hábito, según la cual el día 28 de noviembre deberían estar preparados para salir en tres días (es decir el 1 de diciembre) con destino a Portugal. No obstante, parece ser que su movilización se comprendía dentro de un llamamiento general de los criados de las casas reales, donde se estaban incluídos, acrois<sup>1336</sup>, gentilhombres de la boca y caballerizos<sup>1337</sup>. No obstante, el involucrar en el esfuerzo bélico común a quienes disfrutaban empleos en la Casa Real, ya se había intentado 2 años antes.

En marzo de 1635, se ordenó recabar toda la información posible de los compromisos a los que estos súbditos estaban obligados. Conforme tales investigaciones se elevó un informe al monarca en el que se afirmaba que, sin ningún género de dudas, en época de Carlos V (paradigma del monarca guerrero) tanto gentileshombres de la casa, costilleros<sup>1338</sup> y acrois, tenían el ineludible compromiso de concurrir con sus personas y caballos siempre y cuando el monarca se pusiera al frente de sus tropas<sup>1339</sup>. Gracias a la revitalización de este vínculo se esperaba juntar a unos 900 jinetes, cifra que, vista la situación, no era baladí. De esta forma, se decidió ordenar

---

<sup>1335</sup> “(...) En el consejo se ha conferido que, habiendo V.M. resuelto salir a las ocasiones presentes de la frontera de Portugal, y estando mandado que para este efecto se prevengan los caballeros de las órdenes militares y la nobleza, no se ha hecho mención de los prelados, grandes y títulos. Y ha parecido poner en consideración a V.M. que será conveniente darles aviso de lo que está acordado, para que estén prevenidos y puedan seguir a V.M. a la parte donde hubiere de hacer alto su real persona.” *Consulta del consejo de Guerra en la que representa será bien dar aviso a los prelados, grandes y títulos para que sigan su real persona*. Madrid, 18-11-1637. AGS, GA, Leg. 1325.

<sup>1336</sup> Este empleo se utilizaba para referirse a los gentileshombres de la Casa de Borgoña, que acompañaba al soberano en actos públicos y estaba obligado en seguirle en caso de que el monarca se dirigiera al campo de batalla.

<sup>1337</sup> *Carta del padre Sebastián González al padre Rafael Pereira*. Madrid, 25-11-1637. MHE, Tomo XIV. pp. 236-237.

<sup>1338</sup> También era un oficio de la casa de Borgoña, que correspondía al de gentilhombre y al de introductor de embajadores. Debía acompañar al rey en los actos públicos, y en la guerra servirle con dos caballos.

<sup>1339</sup> “(...) Hanse visto todas las noticias que se han podido hallar, de la casa que llevaba el sr. Emperador Carlos Quinto, en todas las ocasiones de guerra. Y todo lo demás que se ha podido averiguar en esta razón, y la obligación de personas y caballos con que deben seguir a V.M. sus criados, aunque de algunos no hay razón distinta. Pero solos de los gentileshombres de la boca y de la casa, acrois y costilleros, cumpliendo con lo que les toca, se juntarán cerca de 900 caballeros.” *Consulta de la junta que trata de lo tocante a las Guardas de Castilla, jinetes de la costa de Granada y casa de V.M.*..... 28-1-1635.

a todos aquellos criados de la Casa Real que estuvieran prevenidos para seguir al rey en caso de salir al frente de sus tropas. En caso de que se encontraran ausentes, se iniciarían las diligencias oportunas para su localización y posterior notificación del requerimiento<sup>1340</sup>.

Sin embargo, había serias dudas sobre el organismo que se debería encargar de ello. De este modo, se encargó al marqués de Torres la tarea de informarse y dar a conocer la entidad administrativa a quien se asignaría esta misión. El resultado de sus pesquisas se remontó, una vez más, a tiempos de Carlos V, cuando en el apercibimiento llevado a cabo durante su reinado, las órdenes para convocar a los miembros de la Casa Real se cursaron por la Cámara de Castilla. De tal modo, se encargó a esta entidad administrativa todo el proceso, el cual debía realizarse con la mayor rapidez posible. En caso de que los requeridos se encontraran fuera de Madrid, se debía buscar la colaboración de las justicias locales para que les enviaran las misivas, tras lo cual debían dar cuenta de haberlo hecho<sup>1341</sup>.

En cuanto al llamamiento de noviembre de 1637, se optó por encargar al conde de Castro, que en esos momentos disfrutaba del empleo de mayordomo mayor, la disposición de todo lo necesario para que estos individuos asumieran las obligaciones contraídas en función de su empleo (no debemos olvidar que debían acompañar al monarca siempre y cuando este saliera al frente de las tropas). En el caso de los caballeros de las Órdenes Militares, esta labor se cometió a un portero del Consejo de Órdenes, aunque no conocemos su nombre<sup>1342</sup>. Esta coexistencia de convocatorias debió ocasionar una especie de caos administrativo, en el cual las dilaciones, los retrasos y las duplicidades debieron ser lo habitual, por lo que los frutos debieron ser escasos, máxime cuando el rey se quedó en Madrid y no salió hacia Portugal.

A este respecto, nos llama la atención que dos colectivos con poca o nula vinculación, como eran los caballeros de las Órdenes Militares y los criados de las casas reales, fueran valorados por la administración como un único grupo. La explicación más plausible podría tener que ver con la notable concesión de hábitos a muchos de estos sujetos, de manera que concurrirían ambas realidades en sus personas. No obstante, también vendría a demostrar un hecho que tendremos ocasión de valorar más en

---

<sup>1340</sup> *Ibíd.*

<sup>1341</sup> *Consulta de la junta a quien está cometida la prevención del tren de la casa de V.M., compañías de las Guardas de Castilla y jinetes de la costa de Granada, sobre que V.M. se sirva de mandar que, por el consejo de Cámara, se den las órdenes de apercibimiento a los criados de la real casa.* Madrid, 6-3-1635. AGS, GA, Leg. 1125.

<sup>1342</sup> *Carta del padre Sebastián González*..... 25-11-1637. pp. 256-257.



profundidad a la hora de abordar los acontecimientos de 1640: la paradoja en la que se movía la concesión de estas preciadas mercedes. Pues por un lado, al menos en teoría, premiaban servicios a la Corona, con una mención especial para los prestados con las armas, pero en la realidad, los obtenían, en general, individuos poco vinculados al mundo castrense. De este modo, no es de extrañar que, en caso de intentar una posible convocatoria, la mayor parte de ellos no estuviera en condiciones de prestar servicio con las armas y, si finalmente lo hacían, sería en unas condiciones que dejarían mucho que desear desde el punto de vista militar. Aunque desde otro punto de vista, la inclusión de los caballeros de hábito, primero dentro de los hidalgos, y luego en el grupo de servidores cortesanos, tal vez se debiera a un intento de camuflar su movilización y no sospecharan que la Corona sólo se fijaba en ellos a la hora de contribuir al esfuerzo bélico. Al mismo tiempo, pudiera ser que el poder real no se atreviera a focalizar sobre los caballeros de las Órdenes Militares todas sus exigencias bélicas y, al confundirlas dentro de un requerimiento a la totalidad del estamento privilegiado, pudiera vencer sus resistencias a colaborar y obtener mayores resultados.

Durante el año 1638 se impulsaron las iniciativas destinadas a movilizar a la nobleza en sentido amplio. Indudablemente, la invasión francesa y posterior cerco de la plaza guipuzcoana de Fuenterrabía tuvo que suponer una motivación añadida para buscar su cooperación. Unos días antes de que ocurriera este suceso, el marqués de Los Vélez, virrey de Navarra, participaba a Madrid de la inminencia de un ataque francés, debido a la gran concentración de tropas en la frontera pirenaico-occidental. Sin embargo también se advertía de la posibilidad de que se dirigieran hacia Guipúzcoa, como así ocurrió<sup>1343</sup>. En cuanto a las prevenciones adoptadas para hacer frente a esta amenaza (con nulo éxito, pues los franceses entraron casi sin oposición), el marqués de Castrofuerte propuso apercibir a los hijosdalgo por si fuera necesario su concurso<sup>1344</sup>.

Una vez se completó el cerco a Fuenterrabía, se hizo patente el empeño personal del Conde Duque a la hora de disponer todo lo necesario para acudir a este desafío, pues se encargó de coordinar tan ingente tarea a desde una doble perspectiva: oficial y extraoficial. La primera de ellas a través de su puesto de consejero de Estado, donde en una reunión conjunta de este órgano con el consejo de Guerra (celebrada un día antes de que se iniciaran las operaciones), entre una batería de propuestas destinadas a mejorar

---

<sup>1343</sup> *Consulta del consejo de Estado y Guerra pleno en la que representa lo que se le ofrece con ocasión de los avisos que envía el marqués de Los Vélez, de la entrada que intentan los franceses por Navarra.* Madrid, 28-6-1638. AGS, GA, Leg. 1218.

<sup>1344</sup> *Ibídem.*

las defensas de la monarquía en esta zona, en concreto las fuerzas montadas, planteó que se recurriera a la caballería de las Órdenes Militares, la de la Nobleza y la de la Casa Real, que junto los 140 valones acuartelados en Extremadura y las compañías de las Guardas de Castilla, deberían ser suficientes para asegurarla<sup>1345</sup>.

Además, D. Gaspar requirió a la Cámara de Castilla que confiriese sobre esta cuestión, y propusiese los medios que considerase oportunos para rechazar una hipotética invasión. En este sentido, y en lo tocante a la participación del segundo estado, este organismo recomendó ordenar a los caballeros naturales de la provincia de Guipúzcoa y del señorío de Vizcaya, que en esos momentos se encontraban en la Corte, se dirigieran sin dilación hacia estos lugares, pues como oriundos de allí eran los más interesados en preservar su seguridad. Además, todos aquellos que tuvieran criados o vasallos, debían acudir con el máximo número posible. No obstante, la Cámara se mostró decepcionada por la actitud general de estos individuos, pues debían haber acudido a servir sin necesidad de recurrir a recordarles su deber, ya que la condición de privilegiado, tal y como hemos indicado en las páginas anteriores, llevaba anejas unas obligaciones militares ineludibles. Pese a todo, los reproches de la Cámara se dirigieron a todos los nobles, sin excepción<sup>1346</sup>, pues estamos hablando de una invasión del corazón de la monarquía, la cual merecía una respuesta proporcional a la gravedad del acontecimiento.

La segunda vía de actuación cristalizó a través de una junta en la que se encontraban presentes, además del primer ministro, el duque de Villahermosa, el marqués de Torres, D. Juan de Chaves, D. Francisco Antonio de Alarcón, D. Antonio de Contreras, D. Jerónimo de Villanueva, D. Diego Riaño, José González, Pedro de Arce,

---

<sup>1345</sup> *Consulta del consejo de Estado y Guerra pleno, en la que representa a V.M. lo que se podrá ordenar para socorrer a Navarra y Guipúzcoa, y lo que se le ofrece para en caso de hacer entrada el enemigo con ejército, con ánimo de sitiar alguna plaza de las de aquellas fronteras.* Madrid, 30-6-1638. AGS, GA, Leg. 1218.

<sup>1346</sup> “(.....) Aunque la obligación de la provincia de Guipúzcoa, en caso de invasión, no se limita a número de gente, ni excluye personas, porque todos se hallan obligados a la propia defensa, se tiene por necesario que a los caballeros de aquella provincia que asisten en esta Corte, les mande V.M. que luego, sin excusa ni réplica, se vayan a asistir a la defensa de aquellas fronteras por sus personas y las de sus allegados y criados. (.....) En cuanto a los del señorío de Vizcaya, es necesario que V.M. se sirva de mandar que los caballeros que hay en esta Corte de aquel señorío, luego partan. (.....) Pero no puede dejar de decir la Cámara a V.M. que extraña mucho que con estas noticias no hayan salido de Madrid cuantos grandes, títulos y caballeros que hay en la Corte, particularmente aquellos que tienen tierras y estados en sus confines. Pues es obligación precisa suya acudir a la defensa con sus personas, y las de sus criados y vasallos. Y es de parecer el consejo que V.M. se lo mande advertir, porque demás de ser esto conforme a su obligación, es lo que siempre se ha acostumbrado en estos Reinos; y no es justo que esto se olvide ni atrase, por ser carga que nació con el primitivo origen y la obligación de estas dignidades.” *Consulta de la Cámara sobre las prevenciones que se le ofrecen para el reino de Navarra y provincias de Guipúzcoa, Vizcaya y Álava.* Madrid, 30-6-1638. AHN, Consejos, Leg. 4427, nº 142.

Diego Suárez, Pedro Coloma y Pedro de Villanueva. En ella se consideró oportuno convocar a la nobleza y a los criados de las casas reales, notificándoles que estuvieran preparados para partir hacia Guipúzcoa en el plazo inexcusable de tres días a partir del momento en que fueran avisados por segunda vez, a la manera que se hizo el año anterior cuando se les requirió para prestar sus servicios en caso de que Felipe IV se dirigiera a Portugal<sup>1347</sup>.

Por otra parte, de un modo mucho más genérico, se incidió en la obligación que tenían las “personas particulares” (en clara alusión a los escalones inferiores del estamento privilegiado) de acudir a la defensa de las fronteras del Reino. Suponemos que tras esta loable intención se encontraba el deseo de dar respuesta a uno de los principales problemas, en el que coincidían tanto los tratadistas militares como la propia realidad de la época: la existencia de un notable número de individuos que, a pesar de tener contraídas obligaciones de carácter militar, permanecen ociosos en la Corte, o al servicio de las grandes casas nobiliarias. En este sentido, la corporación reunida bajo la dirección de Olivares era consciente de que no se podía ordenar a estos individuos que prestaran servicio junto con los miembros del estamento llano. Por este motivo, pareció oportuno que se intentara erigir compañías formadas por ellos, para que pudieran acudir a servir en esta trascendental ocasión sin que su estima y reputación se viera menguada<sup>1348</sup>. Al mismo tiempo, se satisfaría una de las grandes obsesiones del Conde Duque desde el comienzo de su ministerio: vincular a la baja nobleza con la guerra, la cual, según el ministro, era su actividad natural. Sin embargo, todos los esfuerzos realizados para conseguir la prestación de servicios militares por parte del segundo estado (en sentido amplio, incluyendo grandes, títulos, caballeros, tanto de hábito como

---

<sup>1347</sup> *Consulta de la junta que V.M. mandó formar para que, en presencia del conde duque, se ajustasen las órdenes sobre lo resuelto en consulta del consejo de Estado y Guerra pleno de 30 de junio, en la que da cuenta de lo que se ha obrado y de lo que se le ofrece.* Madrid, 1-7-1638. AGS, GA, Leg. 1215.

<sup>1348</sup> “(.....) La ocasión presente obliga a que todas las personas particulares busquen honrosos empleos acudiendo al socorro de aquellas fronteras. Y porque demás de la conveniencia que se sigue de acudir a ellas todo el número de gente ociosa que hay en esta Corte, se siguen otras utilidades, y se evitan grandes ofensas de nuestro señor, ha parecido a este junta poner en consideración que, para llevar al ejército mucha gente mal entretenida de la que hay, pues hay leyes y premáticas que disponen el número de criados que deben tener los grandes, títulos y otras personas, y se conoce el exceso y abuso en esta gente, para dar forma a que la salida de estas personas sea con el título que pueden desear para su mayor reputación, se arbolean banderas y se mande a D. Gaspar Bonifaz, D. Francisco Luzón, D. Rodrigo de Tapia y D. Gaspar Valdés, que levanten compañías de personas particulares, pues siendo sujetos conocidos y de séquito, facilitarán el intento. Mandando también al gobernador del consejo y alcaldes de Corte, pongan cuidado particular en reconocer los que no se alistaren. Y por este y otros medios vendrán a reducirse, cuando no todos, mucho número a servir en esta ocasión, y algunos perseverarán en el ejercicio militar.” *Ibídem*.

sin el, e hijosdalgo), cuando en última instancia se llevó a cabo, se caracterizó por su poca utilidad y su ineficacia.

En una sesión conjunta de los consejos de Estado y Guerra, el Conde Duque se mostró optimista con la respuesta que el estamento nobiliario daría para expulsar a los invasores franceses de suelo español, pues estaba convencido de que este acontecimiento serviría como acicate para que actuara conforme lo que se esperaba de él. No obstante, el ministro consideró necesario concretar los términos en los que se prestaría este servicio de armas. Según su criterio, lo más conveniente sería advertir al capitán general del ejército de socorro (el almirante de Castilla) que no expusiera a los nobles y a sus criados a los riesgos del combate, integrándolos en compañías independientes, sujetas a la autoridad del comandante designado por el rey<sup>1349</sup>. Este matiz tiene mucha importancia, pues dejaba bien claro que era la Corona la encargada de organizar y optimizar la contribución nobiliaria (en sentido amplio), dejando poco margen de maniobra a los aristócratas, circunstancia que repercutía negativamente en su voluntad de servir y en el grado de intensidad con que ésta se produciría.

Además, las declaraciones de D. Gaspar demostrarían que uno de los principales beneficios que se podía obtener de estos sujetos era el psicológico y el ejemplarizante, pues en unos momentos tan críticos, debía de ser muy edificante que todos aquellos súbditos con obligaciones de carácter militar acudieran a la defensa del Reino. Sin embargo el cardenal D. Gaspar de Borja y Velasco discrepó de los planteamientos del Conde Duque, pues no sólo no veía ningún inconveniente en que los aristócratas sirvieran los puestos de mayor riesgo y fatiga, sino que en las circunstancias actuales, y con los antecedentes de lo ocurrido durante los sitios de La Coruña (1589) y Cádiz (1625), sería lo más aconsejable<sup>1350</sup>.

Con todo, en esta consulta se pusieron sobre el tapete aspectos capitales sobre la naturaleza del servicio militar que debía prestar la aristocracia, y que tendrán importantes repercusiones cuando se movilice a los caballeros de hábito un año y medio más tarde. Una de las intervenciones que con más acierto profundizó en toda esta problemática fue la del marqués de Villafranca. Su punto de partida era muy negativo con respecto a la utilidad del servicio militar de la nobleza, si este se sustentaba

---

<sup>1349</sup> *Consulta del consejo de Estado y Guerra pleno sobre las noticias que se han tenido, por D. Juan Chacón, del estado en que se halla la provincia de Guipúzcoa, y de lo que conviene prevenir para su defensa*. Madrid, 5-7-1638. AGS, GA, Leg. 1329.

<sup>1350</sup> “(.....) El cardenal dijo que cuando el Inglés se puso sobre La Coruña, y en el año de 1625 en la plaza de Cádiz, fueron muchos títulos con plaza sencilla. Y que en casos semejantes, las personas de mayores obligaciones son las que más prontamente deben acudir sin otro reparo.” *Ibidem*.

únicamente en el origen, y no venía acompañado de la experiencia. Sin embargo, se manifestó a favor de que todos aquellos con intención de concurrir en esta campaña pudieran hacerlo, siempre y cuando acreditaran haber servido durante al menos un año. Su opinión descansaba en el buen ejemplo que estos comportamientos tenían para los demás súbditos<sup>1351</sup>. Al mismo tiempo, consideró acertado que se les alistara en compañías particulares, donde servirán mucho más gustosos y contentos, que no mezclados con miembros del estamento llano, pero siempre a las órdenes del capitán general designado por la Corona, opinión que fue compartida por D. Melchor de Borja<sup>1352</sup>, capitán general de las galeras de Nápoles. En cuanto a los nobles sin experiencia militar, recomendaba que se renunciara a su asistencia, pues se corría el riesgo de que fueran más una carga que una ayuda. Pese a todo, para no enojarles, sería acertado agradecerles su intención de salir a servir, a la vez que se les apercibiera por si fuera necesaria su presencia en otras ocasiones<sup>1353</sup>.

El marqués de Valparaíso era partidario de que los nobles con experiencia castrense fuesen a servir, mientras que se debía relevar de este compromiso a quienes no tuvieran ningún vínculo con las armas, pese a que en el pasado esto no fue motivo de ausencia<sup>1354</sup>. Además, le pareció correcta la apreciación de sus compañeros, referente a que se formaran compañías de “gente particular”. Pese a todo, y con el objetivo de paliar su inexperiencia, propuso que los oficiales de estas compañías fueran soldados viejos<sup>1355</sup>.

También se trató esta cuestión en otra junta, más reducida, integrada por el propio D. Gaspar, junto con el duque de Villahermosa, el conde de Oñate y los marqueses de Santa Cruz y de Villafranca, hombres de confianza de D. Gaspar, pues los

---

<sup>1351</sup> “(...) El marqués de Villafranca, en lo de dejar, o no, que pase la nobleza de España al socorro de Guipúzcoa, le parece que, aunque señores y caballeros bisoños en mucho número, se han visto embarazar en algunos ejércitos, no se debe negar a sangre tan calificada y a nación tan briosa, intentos tan loables, que ponen a los enemigos en cuidado y son de tan buen ejemplo. Pero que por ahora tiene por buen expediente que todos los que quisieren salir a servir, de cualquier parte que sean, pasen a hacerlo, con tal que conste haber tenido asiento por tiempo de un año en las listas reales.” *Ibidem*

<sup>1352</sup> “(...) D. Melchor de Borja añade se escriba al capitán general que aquellas personas particulares que fueren a servir sin licencia, no las admita no asentando plaza debajo de las banderas de V.M., porque lo demás sería confusión y embarazo. Y a los que se ofrecieren a V.M. y al conde duque para acudir a esta ocasión, se les debe estimar y agradecer.” *Ibidem*

<sup>1353</sup> *Ibidem*.

<sup>1354</sup> “(...) El marqués de Valparaíso, en cuanto a si es bien dar lugar a que vaya la nobleza, le parece que todos los que hubieren sido soldados no se podrán excusar. Que nadie de los que no lo hubieren sido, no se podrán quejar de que se les mande quedar, si bien en la toma de La Mamora (1614), todo cuanto hubo en la Corte fue.” *Ibidem*.

<sup>1355</sup> *Ibidem*.

cuatro sujetos referidos también formaban parte de los consejos de Estado y Guerra<sup>1356</sup>. En lo referente al llamamiento del estamento privilegiado, la junta informó al monarca de que un número considerable de nobles titulados y caballeros (con hábito y sin el) estarían dispuestos a acudir a prestar servicio militar en esta contingencia. Al mismo tiempo, tenemos constancia de que se ordenó a todos los hijosdalgo de Castilla que se preparasen para acudir al socorro de Fuenterrabía<sup>1357</sup>, animándoles con la posible salida del rey hacia Guipúzcoa<sup>1358</sup>. Sin embargo una semana después se estableció que no acudieran los naturales de Extremadura y Andalucía (suponemos por si fuera necesario su concurso en caso de problemas en Portugal), y se liberó de esta obligación a quienes estuvieran casados<sup>1359</sup>. De este modo, resulta aventurado saber el número de los que finalmente acudieron a esta llamada, aunque no debió ser un número significativo.

Con todo, no se buscaba que los nobles pusieran en peligro su integridad física. Este hecho adquiere una importancia capital porque, pese a que la meta a alcanzar era el servicio personal del estamento privilegiado, a la hora de la verdad se les disuadió de que lo hicieran. Según el Conde Duque y sus compañeros de comisión, convendría hacer un listado en el cual figurasen quienes hubieran respondido a la llamada real, y que se detuvieran en Burgos con la excusa de que habían sido nombrados “capitanes de las compañías de la nobleza”, y no se movieran de allí hasta que dichas unidades estuvieran formadas<sup>1360</sup>. Al mismo tiempo, para mejorar las tareas de logística e intendencia, se sugirió establecer dos plazas de armas: Burgos y Vitoria.

Manifestaciones de este tipo vendrían a confirmar que el servicio militar en persona de todos aquellos sujetos que con obligaciones de esta naturaleza, nacidas de su privilegiada posición, no era muy apreciado desde el punto de vista operativo, y que se

---

<sup>1356</sup> *Consulta de la junta que se hace en el aposento del conde duque sobre la disposición del ejército, en la que dice a V.M. lo que se le ofrece en cuanto a los señores que van a servir.* Madrid, 8-7-1638. AGS, GA, Leg. 1215.

<sup>1357</sup> *Carta del padre Sebastián González al padre Rafael Pereira.* Madrid, 13-7-1638. MHE, Tomo XIV. p. 454.

<sup>1358</sup> Por esos días el padre Luis de Eraso, desde Valladolid, en una carta al padre Pereira, se hace eco de un rumor que corrió por la ciudad vallisoletana, según el cual el mismísimo Felipe IV estaba allí alojado, camino de Fuenterrabía. *Carta del padre Luis de Eraso al padre Rafael Pereira.* Valladolid, 17-7-1638. MHE, Tomo XIV. p. 458.

<sup>1359</sup> *Carta del padre Sebastián González al padre Rafael Pereira.* Madrid, 20-7-1638. MHE, Tomo XIV. p. 478.

<sup>1360</sup> “(.....) se ha considerado que son muchos los títulos y caballeros particulares que salen a servir, y que será posible que, movidos de sus obligaciones, busquen las ocasiones de mayor riesgo. Y porque no se ha tenido por conveniente detenerlos, y es bien tener atención a excusar no se empeñen, de manera que se pongan en peligro parecido (.....). Ha parecido se ordene se haga una relación de todos los señores que van en esta ocasión, y que hagan alto en Burgos, con pretexto que V.M. los ha nombrado por capitanes de la nobleza; y que hasta que se vaya juntado y se forme las compañías, no salgan de aquella ciudad.” *Consulta de la junta que se hace en el aposento del conde duque.*..... 8-7-1638.

buscaba su participación en las empresas bélicas de la monarquía a través de otras modalidades. Incluso se cuestionó la idoneidad del comandante en jefe del ejército de socorro: el almirante de Castilla. En estas circunstancias cobraba aún más importancia el parecer de los oficiales que iban a integrarlo, pues eran expertos en la materia<sup>1361</sup>.

Estas impresiones se vieron corroboradas cuando el rey, en una orden fechada el día 24 de julio dispuso que, vista la poca operatividad del noble como combatiente individual, se volvieran a sus localidades todos los miembros del segundo estado que en esos momentos se estaban dirigiendo hacia Fuenterrabía. Al mismo tiempo, encargó a la Cámara de Castilla y al Consejo de Guerra que notificaran a quienes hubieran acudido a este socorro, que estuvieran prevenidos en Burgos para el día 1 de noviembre, avisando del número de gente con la que podrían acudir. La decisión del monarca se cimentó sobre dos pilares: su deseo de no exponer a sus principales súbditos a los riesgos que acarrearía una batalla, y la poca utilidad de su participación personal como combatientes<sup>1362</sup>.

De este modo, la actitud de la Corona parece moverse en la ambigüedad y la contradicción. Si en un primer momento el objetivo era conseguir la presencia del noble en el campo de batalla, invocando sus obligaciones de naturaleza feudal, los testimonios presentados parecen indicar lo contrario, y que su asistencia personal era, en general, poco estimada desde la perspectiva castrense, pues incluso se les disuadió de que acudieran, y se les ordenó regresaran a sus hogares. Ante esta disyuntiva cabe preguntarse: ¿qué es lo que la Corona pretendía obtener de sus principales súbditos?

Según nuestro criterio, estamos en condiciones de afirmar que, desde el poder central, se prefería al noble como reclutador, como oficial al mando de tropas reclutadas en sus señoríos (según hemos comprobado en expedientes como las coronelías o las compañías de caballos), o incluso como prestatario de dinero a la Corona (en muy diversas maneras, ya que fórmulas como los donativos se pueden considerar, en cierta medida préstamos, aunque luego la Corona no los devolviera) antes que su servicio

---

<sup>1361</sup> “(.....) La experiencia del almirante de Castilla, en lo militar, no es la que sería menester para el cargo que ha de ejercer. Y por esto, como porque siempre es bien oír a los cabos, parece se le ordene que, para lo que hubiere de ejecutar, se aconseje con ellos y elija lo que más fuere conveniente.” *Ibídem*.

<sup>1362</sup> “(.....) Si bien es justo y debido que las personas de casas y sangre vayan a estas ocasiones, como lo han hecho siempre, se me ofrecen dos reparos, entrambos ajustados a mi servicio: el primero, que las personas de tanta consideración parece justo no exponerlas al primer lance, sin los resguardos convenientes; y el segundo, que mi servicio no tiene en esto el cobro ni la medra que se podría sacar de la buena voluntad de tales vasallos.” *Consulta de la Cámara con lo que se le ofrece en la prevención que V.M. manda se haga a los grandes, títulos, casas particulares y otros mayorazgos*. Madrid, 29-7-1638. AHN, Consejos, Leg. 4427, nº 126.

personal con las armas. Del mismo modo, como podremos comprobar más adelante, con motivo de la definitiva salida del rey hacia el frente en la primavera de 1642, estarán presentes las mismas incógnitas y las mismas reflexiones sobre la utilidad militar de la aristocracia.

Estos postulados vendrían a romper una lanza a favor del segundo estado, al tiempo que constituirían un varapalo para todos los críticos y detractores de la nobleza, y quienes desaprobaban el abandono de sus obligaciones castrenses. Además, según hemos podido comprobar, no se produjo una quiebra del binomio estamento privilegiado-guerra, pues lo que realmente aconteció fue una readaptación a los nuevos tiempos. Para los tratadistas nobiliarios, e incluso para la mayor parte de las cabezas rectoras de la monarquía española, el ideal del noble combatiendo a caballo era algo más que un anacronismo; sin embargo los modos en los que se hacía la guerra en el siglo XVII, vinieron a vaciarle de contenido.

En cuanto a los comendadores y caballeros de las Órdenes Militares, por esas mismas fechas se les enviaron circulares para que estuvieran prevenidos, por si finalmente el monarca decidía utilizarlos como fuerza de caballería para hacer frente al desafío galo. Entre ellas, se encuentran la dirigida al condestable de Castilla<sup>1363</sup> o al conde de Colmenar<sup>1364</sup>. No obstante, en estas misivas se plantearon desde el principio dos aspectos, los cuales regirían las condiciones en las que se prestaría el hipotético servicio: la posibilidad de que, por determinadas circunstancias, se pudieran presentar sustitutos, siempre que la persona presentada “sea de calidad y suficiente”<sup>1365</sup> (faceta en la que se insistirá hasta la saciedad en el año 1640, cuando se autorice a los caballeros y comendadores que hayan sido excusados de acudir en persona, ofrecer sustitutos que lo hagan en su lugar); y en segundo lugar, en ningún momento se hace alusión a la presencia del rey al frente de las tropas, aspecto que anteriormente era ineludible. Esta alteración habla bien a las claras de la evolución de las condiciones del servicio, y de que la salida del rey hacia la frontera era un señuelo para obligar a aquellos individuos que, debido a su posición, estaban obligados a auxiliar al monarca.

---

<sup>1363</sup> *Papel del secretario D. Juan de Chaves al condestable de Castilla, en el que le informa que S.M. ha decidido prevenir a los comendadores y caballeros de hábito de las Órdenes Militares, y saber la prevención que están dispuestos a servirle.* Madrid, 26-7-1638. SNAHN, Frías, 26/53.

<sup>1364</sup> *Papel del secretario D. Juan de Chaves al conde de Colmenar, en el que le informa que S.M. ha decidido prevenir a los comendadores y caballeros de hábito de las Órdenes Militares, y saber la prevención que están dispuestos a servirle.* Madrid, 26-7-1638. SNAHN, Frías, 26/42.

<sup>1365</sup> *Ibidem.*



Al mismo tiempo, el difuso panorama que hemos presentado empezó a aclararse, y a través de la Cámara se dieron los primeros pasos hacia una diferenciación de cada uno de los grupos susceptibles de ser movilizados. De tal modo, este órgano de gobierno trató de acaparar la mayor parte del proceso, pues a pesar de organizarlos en diferentes categorías, solicitó tener la jurisdicción sobre todos ellos. Respecto a los caballeros de hábito, la Cámara recomendó que la prevención de estos individuos, junto con la de grandes, títulos y criados de las casas reales (que recordemos estaban obligados a acompañar al monarca siempre y cuando saliera hacia el frente), fuera gestionada por un único comité. El principal argumento presentado para ello, se refería a la alta probabilidad de que un grande de España o un noble titulado poseyera a la vez, un empleo en la casa del rey y/o un hábito<sup>1366</sup>. Por este motivo las gestiones se podrían llevar a cabo de forma mucho más eficaz, si la Cámara se encargaba de la prevención de grandes y títulos, aunque en estos sujetos concurren otras dignidades. No obstante, este organismo se mostró a favor de que tanto el Consejo de Órdenes, en lo referente a los caballeros de hábito que no fueran ni grandes ni títulos, como la Junta del Bureo<sup>1367</sup>, en relación con los servidores de la Casa Real en quienes no asistieran estas circunstancias, gestionaran su participación<sup>1368</sup>.

A pesar de todo, estas disposiciones no fueron capaces de solucionar las deficiencias detectadas por la Cámara, pues unos días más tarde se aludía a la probabilidad, ciertamente elevada, de duplicidades, interferencias y conflictos entre diferentes organismos, a la hora de convocar al segundo estado. En lo referente a grandes y títulos, el hecho de requerir a la misma persona hasta por tres tribunales diferentes, tendría unos innegables efectos negativos por las dificultades administrativas

---

<sup>1366</sup> “(.....) Atendiendo el consejo que a los criados de las casas y a los caballeros de hábito se les previene para esta ocasión, y juzgase por de inconveniente que la materia corra por tantas manos, porque si a un grande o título, por concurrir en el ser criado y tener hábito, se le hiciese la convocación por tres partes a un tiempo, en la una se excusará con la otra, y no se ajustará nada. Y así, parece que conviene que todo lo que toca a grandes y títulos, aunque concurren en ellos el tener hábitos y encomiendas, y ser criados, corra por la Cámara.” *Consulta de la Cámara con lo que se le ofrece*.....29-7-1638.

<sup>1367</sup> Se trata de una institución de origen borgoñón, que fue introducida en la Corte española con motivo del ascenso al trono Carlos I, la cual estaba concebida para la gestión y administración de todo lo relacionado con la Casa Real. Véase: DE BENITO, E.: “La Real Junta del Bureo”, en: *Cuadernos de Historia del Derecho*, nº 1 (1994). pp. 49-124. ABAD LICERAS, J.M<sup>a</sup>.: “La Real Junta del Bureo: una jurisdicción en Palacio”, en: *La administración de justicia en la Historia de España* (Actas de las III Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos, celebradas en Guadalajara los días 11-14 de noviembre de 1997). Junta de Comunidades de Castilla La Mancha, 1999. pp. 629-648.

<sup>1368</sup> “(.....) Y al consejo de Órdenes y al Bureo, les quedará hartos en qué entender con los caballeros particulares en quien no concurre la calidad de grandeza o título. Y ha tenido por preciso la Cámara que este punto se ajuste, por excusar confusión, y que en esta conformidad se envíen órdenes de lo que V.M. se sirviere de resolver.” *Consulta de la Cámara con lo que se le ofrece*.....29-7-1638.

que conllevaría enfocar esta tarea desde una triple perspectiva, cuando lo ideal sería hacerlo desde un único prisma<sup>1369</sup>.

La solución pasaba por formar una junta con competencias plenas, bajo la dirección de D. Fernando de Valdés (arzobispo de Granada y gobernador del Consejo de Castilla), integrada por ministros de la Cámara, organismo que no estaba dispuesto a ceder protagonismo en esta cuestión. Además, para ocuparse de todo lo referente a los caballeros de las Órdenes Militares que al mismo tiempo fueran grandes o títulos, se sugirió la presencia de D. Juan de Chaves, así como de un mayordomo, encargado de los criados de las casas reales en quienes concurrieran estas circunstancias<sup>1370</sup>.

En otro nivel se encontraban el resto de miembros del estamento privilegiado, donde estaban incluidos los caballeros de hábito, los hidalgos y “los poseedores de casas”. Aquí también era factible que se produjeran choques y conflictos entre los diferentes organismos encargados de llevar a cabo las tareas de prevención. De tal manera, la Cámara recordó que, por mediación D. Fernando de Valdés, se estaba requiriendo a los “poseedores de casas”, y al mismo tiempo (por otras instancias) a los nobles que no eran ni grandes ni títulos, y a los caballeros de hábito. Lo ideal sería centralizar todo el proceso en una única junta, al mando de D. Fernando de Valdés y D. Juan de Chaves, pues la mayor parte de los comprendidos en ella serían, o caballeros de las Órdenes Militares o hidalgos<sup>1371</sup>, con lo cual se reducirían los trámites.

Al mismo tiempo, la Cámara, en vista de los magros resultados que su asistencia había tenido para las armas de la Monarquía Hispánica, se manifestó en contra de la presencia de los privilegiados en el campo de batalla, y recomendó volvieran a sus casas. Según este organismo, el problema no era que aquellos individuos con

---

<sup>1369</sup> *Consulta de la Cámara en la que representa lo que se le ofrece en la prevención que V.M. ha mandado se haga, para primero de noviembre, a los grandes, títulos y casas de estos Reinos.* Madrid, 4-8-1638. AHN, Consejos, Leg. 4427.

<sup>1370</sup> “(.....) Todas las dificultades se excusarían, sirviéndose V.M. de formar una junta en casa del arzobispo gobernador del consejo, con los ministros que V.M., o él, eligieren de la Cámara. En que podría entrar, por lo que toca a las Órdenes, D. Juan de Chaves, gobernador de este consejo, y algún mayordomo para lo que toca a los criados, con lo cual se ajustarían todas las obligaciones y los medios para asistir al cumplimiento de ellas. Y los grandes y títulos negociarían de una vez, sentirían menos embarazo en los llamamientos, y se haría mejor el servicio de V.M., pues enderezándose esta convocatorias a un fin, que es el servicio de las personas, y sus criados y sus vasallos, en la proporción que cada uno pudiere, se ajustará mejor y se abreviará más la materia.” *Ibídem*.

<sup>1371</sup> “(.....) Ha entendido la Cámara que se han enviado convocatorias para la nobleza y para los caballeros de las órdenes. Y como V.M. tiene mandado que a los poseedores de casas se les escriba por el gobernador del consejo, y éstos se han de hallar comprendidos en la convocatoria de las Órdenes o de la nobleza, vendrá a seguirse el mismo inconveniente de la multiplicación de las convocatorias. Y para excusarle, podrían ajustar esta materia el arzobispo gobernador del consejo y D. Juan de Chaves, por lo que toca a los dueños de casas, pues en ellos, regularmente, concurre la calidad del hábito o la hidalguía.” *Ibídem*.

obligaciones militares en función de su origen declinaran cumplirlas, sino todo lo contrario, pues constata que un número significativo de hidalgos se habían dirigido hacia Fuenterrabía. La cuestión sería que este servicio se hacía de forma desordenada y sin coordinación, de modo que se confundía dentro de la generalidad<sup>1372</sup>. Esta realidad dejaría de nuevo en evidencia a quienes pensaban que el nexo entre hidalguía y guerra se había disuelto casi definitivamente.

La Cámara propuso racionalizar y optimizar esta participación hacia unos parámetros aceptables para los intereses de la Corona. Al mismo tiempo que atenuaba la importancia de la presencia personal del noble en el campo de batalla. Para obtener este fin, se propuso dividir la Corona de Castilla en provincias, en cada una de las cuales se establecería uno o dos capitanes, ante quienes se presentarían todos los nobles (en sentido general) que residieran en ellas. El objetivo era que sirvieran en compañías formadas exclusivamente por miembros del segundo estado<sup>1373</sup>; pero al mismo tiempo se trataba de una forma de intensificar el control de la Corona sobre ellos.

En definitiva, se buscaba la optimización de todos los recursos disponibles, dentro de un contexto de movilización más o menos general, pues la contribución aislada de cada uno de los miembros del estamento privilegiado por si sola, no produciría los frutos deseados. Al mismo tiempo, estos empleos de capitanes se debían conceder a los aristócratas de más rancio abolengo de cada provincia<sup>1374</sup> (se insiste reiteradamente en sean oriundos de ellas), con la clara intención de que su ejemplo cundiera entre el resto de los convocados, y al mismo tiempo como ejemplo para el resto de la sociedad. Los designios expuestos por la Cámara merecieron la aprobación del monarca, aunque ordenó que los corregidores fueran parte activa del proceso, a quienes se encargó llevar a las plazas de armas a los nobles registrados en su

---

<sup>1372</sup> “(.....) Asimismo ha entendido el consejo que algunos hijosdalgo, en virtud de las convocatorias, salen de sus casas con el pretexto de ir a Fuenterrabía. Teme el consejo que de los hijosdalgo que salieren de los lugares sueltos, llegarán pocos a tiempo que puedan ser útiles para el servicio de V.M.” *Ibidem*.

<sup>1373</sup> “(.....) Para evitar este inconveniente, se ha considerado que lo que mejor puede estar para el servicio de V.M., es que dividiendo a las dos Castillas por provincias, en cada una se señalen uno o dos capitanes, para que allí se alisten los nobles de cada provincia. Porque saliendo en compañías, no se divertirán, ni dejará de servir en la ocasión, y se sabrá el número de la gente, y tendrá otras muchas conveniencias.” *Ibidem*.

<sup>1374</sup> “(.....) Los capitanes habrían de ser de las personas de primera sangre de las mismas provincias, y que tengan mayor séquitos en ellas. En todas las provincias hay casas y familias que han tenido los primeros lugares en la voz, y a éstos se habrá de encargar levantar y sacar aquella nobleza. (.....) Y por medio de estas cabezas, se congregará toda la nobleza de Castilla, y este trozo de nobleza haría un cuerpo grande, saldría con más autoridad. Y los nobles, distinguidos y separados de la plebe. Y los que hoy, por ventura, salen forzados y sin prevención, saldrán con gusto y muy bien armados, debajo de la mano de persona grande, y en compañía de la otra nobleza.” *Ibidem*.

jurisdicción, organizarlos en compañías, y anotarlos en los libros del sueldo<sup>1375</sup>. La administración real trató de dinamizar el proceso lo más posible, y cuatro días después de la resolución anterior se enviaron cartas a los miembros del estamento nobiliario, en las cuales se les apremiaba para que acudieran, con todos los medios posibles, para oponerse a la invasión francesa<sup>1376</sup>.

En otra serie de misivas, escritas directamente por el monarca, éste ironizó con la actuación que deberían haber tenido los nobles. A modo de ejemplo sirva la enviada al condestable de Castilla. En ella, daba por supuesto que ha acudido a Fuenterrabía junto con sus vasallos, pero en aplicación de la resolución adoptada unos días antes, se le ordenó que se volviera a su casa si hubiera partido con destino a Guipúzcoa (sin embargo, bien sabía Felipe IV que no se había puesto en marcha)<sup>1377</sup>.

Ante este acontecimiento, podríamos sacar dos conclusiones: en primer lugar, la utilidad militar de estos individuos era irrelevante (circunstancia que, conforme los indicios encontrados, parecía estar bastante próxima a la realidad), y la Corona podía prescindir de ellos sin que se resintiera la operatividad de las tropas. Por otro lado, también podría deducirse que, en vista de una presencia aristocrática poco numerosa, y ante la posibilidad de que tan trascendental acontecimiento quedara deslucido se optara por desconvocarlo. Con todo, algo no termina de cuadrar, porque unos días antes se informó al monarca de que se preveía una asistencia más o menos generalizada. De manera que parece más plausible la primera suposición, la cual vendría a confirmar la teoría de que el servicio militar personal de la aristocracia, desde la perspectiva castrense, era prescindible.

Sin embargo, desde las más altas instancias del poder no se buscaba alejar al estamento privilegiado de la defensa de la monarquía, sino que el objetivo era que este

---

<sup>1375</sup> “(.....) En cuanto a lo de la nobleza, lleven los corregidores hasta llegar a la plaza de armas y dejarlos asentados en mis libros los de sus partidos. Y adviértase que toda la nobleza, enteramente de toda España, se ha de convocar para Burgos, hasta 8 o 10 de octubre. Y que es menester que, desde luego, se vayan previniendo; y que los corregidores vayan avisando los que de cada parte van para que se puedan reducir a compañías.” *Ibidem*.

<sup>1376</sup> “(.....) Y me ha mandado S.M. que, poniendo en consideración la obligación que V.E. tiene, por sus sangre, de asistir con las mayores fuerzas a la defensa de estos Reinos, como lo han hecho siempre sus pasados.” *Carta de D. Fernando de Valdés, arzobispo de Granada, al duque de Osuna, rogándole pronta respuesta sobre los medios y fuerzas que disponer para la defensa de estos Reinos*. Madrid, 8-8-1638. SNAHN, Osuna, 1471/2. Fol. 27r.

<sup>1377</sup> “(....) Considerando que la invasión que el francés ha hecho por Guipúzcoa, os habrá podido obligar a poner en aquella frontera para su defensa, con vuestros criados y vasallos, continuando en esta acción lo que en las semejantes han hecho vuestros predecesores. Y deseando que vuestra persona no se arriesgue, y vuestra casa se conserve, he ordenado que, si habéis partido de vuestra casa, os volváis luego. Y que por ahora no hagáis movimiento ni gasto.” *Carta del rey al condestable de Castilla*. Madrid, 9-8-1638. SNAHN, Frías, 26/28.

retiro fuera utilizado para prevenirse y preparase, para lo cual se convocó al condestable en Burgos para el día 1 de noviembre, dando a entender que el monarca se encontraría allí si fuera preciso<sup>1378</sup>. Pero lo más importante, y que vendría a confirmar lo apuntado en las páginas anteriores, se le ordenó que, antes de partir, notificara el número de criados con los que asistiría, para que se pudieran llevar a cabo las disposiciones necesarias. En suma, se buscaba que acudieran con su séquito, que era el camino más conveniente para que la contribución aristocrática se tradujera en algo positivo. Pese a todo, desde el poder central se reconoció que los nobles podrían necesitar algún tipo de ayuda para poder acudir a este compromiso (de una manera muy similar a lo acontecido con el proyecto de las “64 compañías de caballos”), porque se les permitió proponer ante la Cámara de Castilla los medios necesarios para poder hacerlo<sup>1379</sup>.

Por si esto no fuera suficiente, una nueva prueba vendría a sumarse a las ya presentadas, y corroboraría que la Corona buscaba la participación nobiliaria a través de hombres, dinero o pertrechos. En esta ocasión, se trata de una petición inserta para los preparativos de la campaña del año 1640. Pero llama la atención que, por una vez, se trate de hacer las cosas bien y con planificación, pues a principios de enero de 1639, a través del Consejo de Castilla, se solicitó a la aristocracia que pusieran al servicio del rey un número variable de hombres pagados<sup>1380</sup>, por 6 meses, a razón de un real diario por cada uno de ellos, lo cual equivaldría a 2.160 reales por soldado<sup>1381</sup>. En esta ocasión, la Corona parece haber perdido cualquier tipo de consideración moral para preferir la contribución indirecta de los aristócratas en vez de su servicio personal. En último lugar, al igual que en otras aportaciones solicitadas al estamento privilegiado, el

---

<sup>1378</sup> “(.....) Atendiendo a que la variedad de los sucesos de la guerra podrían ocasionar que franceses tomen algún puesto en aquella frontera, y para este caso es preciso tener prevenidas las mayores fuerzas para echarlos de nuevo de España, yendo si fuere necesario mi persona, he resuelto que para primero de noviembre os halléis inexcusablemente en Burgos.” *Ibidem*.

<sup>1379</sup> “(.....) Y avisándome primero con la gente que podréis servirme, a pie o a caballo, para que con esta consideración yo pueda prevenir lo demás. Y si para esta jornada hubiéredes menester valeros de algunos medios, los propondréis en mi consejo de la Cámara, por vuestra persona o la de vuestros agentes.” *Ibidem*.

<sup>1380</sup> *Carta de Sebastián González al padre Rafael Pereira*. Madrid, 4-1-1639. MHE, Tomo XV. pp. 161-162.

<sup>1381</sup> “(.....) Los accidentes de la guerra y la osadía con que franceses intentan invadir estos Reinos, me han obligado a discurrir en diferentes medios que puedan producir algún género de prevención. Y como quiera que de mi parte se ha obrado, y va disponiendo todo lo posible, obliga la necesidad a valerme de vuestro afecto a mi servicio. Y como vuestra casa, en todas las ocasiones, ha sido de las primeras, he querido encargaros que esta me sirváis con 5 soldados efectivos, que estén prontos para mediado febrero del año que viene de 1640, socorridos por vuestra cuenta, a razón de un real cada plaza al día, por término de 6 meses.” *Carta del rey al marqués del Fresno*. Madrid, 15-1-1639. SNAHN, Frías, 26/138. Fol. 21r.

monarca prometía no olvidar esta asistencia y recompensar a todo aquel que arrimara el hombro en esta difícil coyuntura<sup>1382</sup>.

No obstante, los trámites encaminados no estuvieron exentos de dificultades. En este sentido, el ejemplo del conde de Alba de Aliste puede ser muy ilustrativo de todo ello, pues respondió que sólo podía servir con su persona y sus criados, ya que el estado de su hacienda no le permitía hacer más excesos. Este ofrecimiento fue rechazado por la Corona, al tiempo que se le invitaba a retirarse a sus estados<sup>1383</sup>. Por lo tanto, ¿nos encontramos ante una nueva evidencia de la poca estimación que tenía el servicio militar de la aristocracia? Y, al mismo tiempo, ¿podríamos asegurar que la Corona optó porque el segundo estado (en este caso sus miembros más destacados) acudiera a la defensa de la monarquía con su riqueza y capacidad de movilización, en lugar de su presencia personal en el campo de batalla?

A pesar de todo, sabemos que se llevaron a cabo algunos avances en la tarea de movilizar a los privilegiados. En cuanto a sus escalones inferiores, los hidalgos, sabemos que a principios de agosto D. Rodrigo de Tapia<sup>1384</sup>, se dirigió hacia Guipúzcoa con una compañía de 200 hijosdalgo alistados en Madrid, que sin embargo no llegaron a su destino por unos problemas acaecidos en Valladolid, los cuales degeneraron en disturbios, que acarrearón la desaparición de la unidad<sup>1385</sup>. Por el contrario, otro testimonio de mediados de septiembre, esboza una realidad muy diferente, pues en la campaña mencionada estuvieron presentes dos compañías de hidalgos, al parecer de infantería, la mencionada de D. Rodrigo de Tapia, y otra al mando de D. Francisco Luzón, totalizando entre ambas más de 400 hombres<sup>1386</sup>. Pero la principal novedad no radica en el número de individuos, sino que, conforme la información suministrada por

---

<sup>1382</sup> “(.....) Y he mandado al gobernador y a los del mi consejo de la Cámara, que obren en vuestro favor de los medios que propusieredes (para cumplir el servicio), y que siempre habrá en mí memoria particular de este servicio para favoreceros y haceros merced.” *Ibidem*.

<sup>1383</sup> *Carta de Sebastián González al padre Rafael Pereira*. Madrid, 11-1-1639. MHE, Tomo XV. pp. 168-169.

<sup>1384</sup> Caballero de la orden de Santiago, e hijo de Pedro de Tapia, oidor del Consejo de Castilla.

<sup>1385</sup> Al parecer, D. Rodrigo tuvo la ocurrencia de habilitar coches de caballos para los hijosdalgo “de más porte”. Con todo, no se encontró plaza para algunos de ellos, y debieron compartir coche con unas damas que hacían el mismo recorrido. Al llegar a Valladolid, éstos trataron de quedarse con los coches, a lo cual se negaron las señoras, y se inició una discusión entre los hijosdalgo y la guardia de las mujeres, que acabó en enfrentamiento armado entre ambos grupos, “y la compañía de 200 hijosdalgo se desperdigó, de suerte que no ha quedado, dicen, ninguno.” *Carta del padre Sebastián González al padre Rafael Pereira*. Madrid, 16-7-1638. MHE, Tomo XIV.

<sup>1386</sup> *Carta de D. Diego de Garay, inquisidor de la Suprema Inquisición, al padre Diego del Mármol*. Madrid, 14-9-1638. MHE, Tomo XV. pp. 20-31.

el inquisidor Garay, no solo estuvieron presentes en los combates, sino que se señalaron en ellos y prestaron servicios distinguidos<sup>1387</sup>.

La presencia de los hijosdalgo en unidades militares exclusivas, separadas del resto del ejército, si bien en este caso combatieron a pie en lugar de hacerlo a caballo, como correspondía a su condición (pese a la negativa del rey a que lo hicieran de esta forma, y sobre todo el más que aceptable comportamiento que tuvieron, debió de suponer una reivindicación de la dimensión militar de la nobleza (si bien de sus estratos inferiores). Suponemos que actuaciones como ésta debieron de estar presentes a la hora de convocar a los caballeros de hábito de manera definitiva. Y a pesar de que las evidencias indicaban lo contrario, se confiaba en que los miembros de las Órdenes Militares estuvieran a la altura de las circunstancias. Pero no solo se encontraron presentes los hidalgos, sino que entre las tropas de la vanguardia al mando del almirante de Castilla, concurrió un notable número de títulos y caballeros<sup>1388</sup>.

En vista de lo acontecido entre julio y septiembre de 1638, no podemos hablar de una actitud homogénea en lo referente a la vinculación del estamento nobiliario con el hecho bélico. Por una parte, era evidente que un número significativo de privilegiados no tenían ningún deseo de arriesgar su integridad física en el campo de batalla; pero por otra es innegable la existencia de una vocación castrense entre ciertos individuos del segundo estado, los cuales estuvieron presentes en ésta y en otras campañas. Al mismo tiempo, era razonable que la Corona estuviera dispuesta a prescindir de los servicios militares de todos aquellos aristócratas desvinculados de la profesión de Marte, que además no tenían ninguna intención de que ésta aflorara en ellos. Esto no quiere decir que no contribuyeran a la defensa de la monarquía, pues como hemos podido comprobar, podían ser útiles de muy diversas maneras.

Aunque se había conseguido levantar el cerco de Fuenterrabía, y expulsado a los franceses al otro lado de los Pirineos gracias, en gran medida, a los esfuerzos de

---

<sup>1387</sup> “(.....) Los más de estos (hijosdalgo) son gente moza y alentada, y están tan ejercitados en la espada y broquel que los más de ellos los llevan consigo, y como entraron con sus picas en la batalla, y hasta entonces no las habían en su vida tomado en las manos, se hallaron tan embarazados que las arrojaron al suelo, y metiendo mano a las espadas y broqueles, y en tirándoles un golpe de pica el enemigo, le rebatían y al instante entraban con él y le atravesaban de una estocada. Y de esta manera era tanta la matanza que hacían, que a muchos de los que huían los mataron con las dagas.” *Ibidem*. pp. 28-29.

<sup>1388</sup> “(.....) la vanguardia del Almirante, que los más son de la nobleza que vino a hallarse en esta ocasión, cerró por el llano que llevaba el marqués de Mortara. Llevaba el cuerno derecho de estas el duque de Alburquerque, y muchos títulos y caballeros que las fueron ganando”. *Relación del socorro que hizo el Almirante de Castilla a Fuenterrabía*. *Ibidem*. pp. 37-38.

Olivares<sup>1389</sup>, continuaron las labores de prevención y convocación en la región de Castilla la Vieja. Estas gestiones coincidieron con nuevos requerimientos a grandes y títulos para que concurrieran en la capital burgalesa con el mayor número posible de soldados, en unas condiciones virtualmente idénticas a las del mes de agosto<sup>1390</sup>. En esta ocasión, la fecha límite quedó establecida para mediados del mes de febrero del año siguiente<sup>1391</sup>. La movilización de los hidalgos también sufrió retardos con respecto a la fecha prevista. En este caso, debido a la imposibilidad de alcanzar los objetivos pretendidos antes del 1 de noviembre, se tuvieron que ampliar los plazos. Según un decreto de mediados de noviembre, tenemos constancia documental del nombramiento de D. Juan de Santelices y Guevara<sup>1392</sup>, para que auxiliara a D. Juan de Chaves y cerrara las contribuciones que había dejado pactadas. Además, para evitar dilaciones, el rey le concedió toda la jurisdicción, ordenando que se pongan a su disposición todos los corregidores y justicias locales, y que le faciliten su labor todo lo posible<sup>1393</sup>. Pero el Conde Duque no se dio por satisfecho, y continuó presionando para que todo estuviera listo en caso de necesidad. En lo relativo a la movilización de grandes, títulos y poseedores de casas, estimaba que se podrían reunir en Burgos unos 4.000 hombres. Pese a todo, ya hemos visto que fue imposible tenerlo todo dispuesto para el día 1 de noviembre, de modo que Olivares dispuso otra nueva fecha, el día de Navidad, en principio improrrogable<sup>1394</sup>.

---

<sup>1389</sup> El papel desempeñado por el ministro durante la crisis de Fuenterrabía fue ensalzado, y ciertamente exagerado y magnificado, en una consulta del Consejo de Castilla. En ella se pone de relieve la importancia de este triunfo, tanto desde el punto vista militar como del psicológico. Pues la conquista de una plaza en España tendría consecuencias mucho más perniciosas, para la reputación de la Monarquía Hispánica, que una derrota en Flandes o en Italia. “(.....) Quién sin controversia ha excedido a todos los vasallos en esta ocasión, ha sido el conde de Olivares, duque de Sanlúcar, cuyo amor, atención y celo al servicio de V.M. ha podido disponer lo que nunca pareció posible, como juntar en tan breve tiempo en España un ejército tan numeroso y de tan lucida gente, y tan proveído de lo necesario como si muchos años antes se hubiera prevenido.” *Consulta del Consejo de Castilla en la que se alaba el proceder del conde duque*. Madrid, 30-10-1638. AHN, Consejos, Leg. 7134.

<sup>1390</sup> *Carta del rey a D. Jerónimo Garcés Carrillo de Mendoza, conde de Priego*. Madrid, 10-11-1638. SNAHN, Priego, 3/25.

<sup>1391</sup> *Carta del rey al condestable de Castilla*. Madrid, 16-11-1638. SNAHN, Frías, 26/54.

<sup>1392</sup> Era miembro del Consejo de Castilla, y posteriormente ocupó la presidencia de la Casa de la Contratación de Sevilla.

<sup>1393</sup> “(.....) Habiendo mandado a D. Juan de Chaves que tratase de convocar los hijosdalgo de Castilla la Vieja, y ajustar los que podrán salir a caballo, encargando su disposición a la persona que tuviese por a propósito, (.....) he resuelto que a esto vaya el licenciado D. Juan de Santelices y Guevara, y que para ello se le despache amplia comisión, con orden que se valga de los corregidores y demás justicias.” *Decreto de S.M., dirigido a D. Fernando de Contreras, en el que informa que ha nombrado a D. Juan de Santelices y Guevara para que vaya a convocar a los hijosdalgo de Castilla la Vieja, y saber el número de caballería que habrá para salir, en caso que sea necesario*. Madrid, 17-11-1638. AGS, GA, Leg. 1129.

<sup>1394</sup> “(.....) Que de los grandes, títulos y dueños de casas, en Castilla, se han considerado 4.000 hombres para el ejército que se ha de formar en Burgos. Que para que sean efectivos, y esto camine con celeridad,



Por otra parte, en concordancia con sus deseos de repartir más equitativamente las cargas militares entre las diferentes partes de la Monarquía Hispánica, intentó que los caballeros y los señores (los cuadros medios-bajos del segundo estado) naturales de la Corona de Portugal, arrimaran el hombro en esta ocasión. Su auxilio se incluía dentro de un proyecto destinado a levantar en el reino luso, en caso de que fuera necesario, un ejército de 7.000-7.500 hombres, donde éstos aportarían las fuerzas de caballería, cuantificadas en unos 1.000-1.500 efectivos<sup>1395</sup>. Al mismo tiempo, se intentó movilizar a los caballeros cruzados portugueses, pues con esta motivación se nombró, en febrero del año siguiente, a D. Rodrigo de Silva Mendoza y Sarmiento, marqués de Alanquer, conde de Salinas y duque de Híjar (que en 1648 intentará proclamarse rey de Aragón), como capitán de los caballeros de la Orden Militar portuguesa de Cristo<sup>1396</sup>.

Pese a la victoria en Fuenterrabía, el área guipuzcoana seguía siendo una zona sensible y vulnerable a una nueva incursión francesa. Por esas fechas se debió considerar oportuno establecer unas fuerzas de carácter permanente, conocidas como “ejército de Guipúzcoa”, con el objetivo de asegurar esta zona fronteriza. Pero en este supuesto, al igual que en otros muchos, era más fácil levantar ejércitos en un despacho que en la realidad. Con el objeto de paliar estas deficiencias, en lo referente a la caballería, la junta de Ejecución (bajo la innegable influencia de Olivares) consideró oportuno recomendar al monarca que se encargara a D. Juan de Chaves la convocatoria (en este caso se trata de un llamamiento en toda regla, y no de una prevención) de los hidalgos de Castilla la Vieja, una vez más<sup>1397</sup>. En este caso, da la impresión de que se opta por apartar a estos individuos de la convocatoria de los títulos y grandes, a quienes se había ordenado se reunieran en Burgos, y que constituyeran la piedra angular de las fuerzas montadas de este virtual ejército<sup>1398</sup>.

Al mismo tiempo, se declaró a favor de legitimar la práctica de entregar sustitutos, siempre y cuando éstos fueran de la misma calidad. Esta resolución vendría a

---

se sirva V.M. ordenar que todas las diligencias que fuere bien hacer sobre la materia, estén hechas para el día de Navidad. Y que asimismo, para el dicho día, se diga a V.M. lo que convendrá hacer con aquellas personas que no sirvieren en esta ocasión.” *Consulta de la junta de la Ejecución sobre lo que ha propuesto el conde duque*.....23-11-1638.

<sup>1395</sup> “(.....) Que en Portugal tiene V.M. mandado prevenir 6.000 infantes, y que asistan los caballeros y feudatarios con 1.000-1.500 caballos. Que en este punto convendrá ordenar al consejo de aquel Reino que ha de concluir lo que le tocara ejecutar dentro del plazo referido, y lo que se hará para que los medios sean los más eficaces para que sea efectivo y pronto el dicho número. Y que se pueda suponer, a punto cierto, sin disputa de suerte, que V.M. tenga disposición de valerse de ello a tiempo.” *Ibidem*.

<sup>1396</sup> *Carta de Sebastián González al padre Rafael Pereira*. Madrid, 5-2-1639. MHE, Tomo XV. p. 179.

<sup>1397</sup> *Consulta de la junta de la Ejecución, en la que representa lo que se le ofrece para acrecentar la caballería que está resuelto haya en el ejército de Guipúzcoa*. Madrid, 4-12-1638. AGS, GA, Leg. 1215.

<sup>1398</sup> *Ibidem*.

confirma la tendencia apuntada durante los meses anteriores, según la cual no solo se consideraría lícita esta actuación, sino que en muchos supuestos sería lo más beneficioso para los intereses de la Corona, pues muchos de ellos eran individuos sin preparación castrense y sin vinculación con la carrera de las armas. En general, se trata de sujetos que debido a sus ocupaciones no podrían acudir al llamamiento real. Mientras que de esta manera, se obtendría una contribución cierta, mucho más apreciada desde el punto de vista operativo, al esfuerzo bélico común<sup>1399</sup>.

Respecto a los comendadores y caballeros de hábito, a mediados del mes de diciembre, con la innegable participación del Conde Duque en todo el proceso, tenemos evidencia documental de que a finales del mes antecedente, se ordenó a todos los que residieran en Madrid, que estuvieran listos para concurrir en Burgos a finales de enero del próximo año<sup>1400</sup>. Asimismo se les daban 10 días de plazo para presentarse ante D. Juan de Chaves, para dar cuenta de las prevenciones que habían realizado en ese sentido<sup>1401</sup>.

A principios del mes de enero de 1639, se convocó formalmente a los caballeros de hábito (en este caso no hay ninguna mención a los comendadores) con ocasión (otra vez más) de la inminente salida del rey hacia la frontera catalana<sup>1402</sup>. En función de este hecho, y por primera vez que nosotros tengamos constancia, se intentó convocar a los caballeros de la orden de San Juan, también conocidos como caballeros de Malta. Se buscaba que los caballeros de esta orden sirvieran integrados en una compañía, compuesta en exclusiva por sus efectivos<sup>1403</sup>. Este patrón será el que se adopte al año siguiente cuando se forme el Batallón de las Órdenes, compuesto por compañías de

---

<sup>1399</sup> “(.....) Que aquellos hijosdalgo que se excusaren de salir a servir con sus armas y caballo, según su obligación, por impedimento de salud u otros que alegaren se podrán reservar, como en su lugar acuda a la ocasión otro hijodalgo, de aquellos que, por su falta de caudal no pudieren hacer, dándoles armas y caballos. De suerte que vayan con lo necesario para que sean de servicio en la caballería, pues por este camino se conseguirá mejor el intento, y se da forma de no incomodar aquellas personas que, por causas justas, conviniere relevar.” *Ibidem*.

<sup>1400</sup> *Carta del secretario Chaves al condestable de Castilla, en la que le informa que no ha respondido al llamamiento que se hizo a los comendadores y caballeros de las Órdenes Militares para que fueran a Burgos*. Madrid, 16-12-1638- SNAHN, Frías, Leg. 26/56.

<sup>1401</sup> *Carta del secretario Chaves al marqués del Fresno, en la que le informa que no ha respondido al llamamiento que se hizo a los comendadores y caballeros de las Órdenes Militares para que fueran a Burgos*. Madrid, 16-12-1638- SNAHN, Frías, Leg. 26/138. Fol. 18r-v.

<sup>1402</sup> *Carta de Sebastián González*.....4-1-1639. p. 163.

<sup>1403</sup> “(...) Bien será que, habiéndose convocado y prevenido para mi salida a todos los caballeros de las órdenes militares de Castilla, se haga lo mismo con los de la orden de San Juan que hubiere en ella. Y así, convendrá que vea la Cámara la forma como esto se podrá disponer, pues si hiciesen y formasen, entre los que son, una compañía, parece que sería el mejor medio.” *Consulta de la Cámara sobre el servicio que se ha de pedir a la religión de San Juan para estas ocasiones*. Madrid, 9-1-1639. AHN, Consejos, Leg. 4427, nº 4.

caballeros de hábito y, en todo caso, los sustitutos quienes presentaren excusas legítimas para no servir personalmente.

La Cámara recomendó que se cometiera esta tarea a D. Alonso del Castillo, bailío de Lora. Al mismo tiempo sería acertado convocar una asamblea de la orden de San Juan para persuadir a sus caballeros de la necesidad de auxiliar a la monarquía en estos momentos de necesidad. Para doblegar posibles resistencias, se les debería recordar las cuantiosas rentas y encomiendas que tienen en el suelo peninsular; al tiempo que se incidiría en el carácter general de la convocatoria, al estar incluidas el resto de las Órdenes Militares<sup>1404</sup>. No obstante, de una manera muy parecida a lo acontecido con las de Santiago, Calatrava y Alcántara, nos llama poderosamente la atención que su movilización sea competencia de la Cámara y no del Consejo de Órdenes.

Unos días más tarde se remitió un decreto a éste último organismo para que acelerara la movilización de los caballeros de las Órdenes Militares. Al mismo tiempo, se designaron tres jefes militares, uno para cada una de las milicias, pertenecientes a tres de las principales casas nobiliarias. Para la orden de Santiago se nombró al duque de Alburquerque; para la de Calatrava al conde de Fuensalida y, en último lugar, al duque del Infantado como “cabo” de los de Alcántara<sup>1405</sup>. Sin embargo, no hemos encontrado ninguna evidencia documental de que los designados aceptaran este nombramiento, por lo que no debió de cristalizar esta empresa.

A mediados de mayo, tenemos constancia de que para el día 20 se había convocado, parece ser que esta vez de manera definitiva, a los caballeros de las Órdenes Militares. Como bien sabemos, de nuevo se fracasó en el intento, pero los términos en los que se produjo su movilización fueron virtualmente idénticos a los del llamamiento de enero de 1640 (es decir, dentro de 6 meses), cuando se logró movilizarlos. En este sentido, se les ordenó que, en caso de asistir en persona, estuvieran listos con armas y caballo; mientras que si no podían hacerlo, deberían presentar un sustituto, “hidalgo honrado”<sup>1406</sup>. No obstante, al igual que lo acontecido con la nobleza titulada y los hidalgos, existían algunas dudas sobre si la prestación de un servicio militar por un

---

<sup>1404</sup> “(...) pues en estos Reinos, la religión de San Juan tiene tantas comodidad y encomiendas, y todos los caballeros de las demás órdenes están convocados, y han de servir en estas ocasiones de razón y forzosa consecuencia, la religión está obligada, por su interés y conservación, a acudir a la defensa de lo que es tan inexcusable. Pues habiendo los vasallos de V.M. servidole con tanta fineza, no puede V.M. perder de vista el servicio que de la religión de San Juan se promete.” *Ibidem*.

<sup>1405</sup> *Carta de Sebastián González al padre Rafael Pereira*. Madrid, 18-1-1639. MHE, Tomo XV. p. 174.

<sup>1406</sup> *Carta de Gaspar Suárez de Toledo al padre Rafael Pereira*. Salamanca, 14-5-1639. MHE, Tomo XV. p. 248.

colectivo que, en la mayoría de los casos, no tenía ninguna vinculación con la carrera de las armas, sería lo más conveniente para los intereses militares de la monarquía, en un momento en el que lo primordial era encontrar profesionales experimentados. De esta manera, es razonable pensar que la Corona estuviera dispuesta a conmutar esta obligación por una cantidad de dinero, con la cual poder pagar y equipar a verdaderos soldados y no a aficionados, quienes probablemente dificultarían la buena marcha de las operaciones militares. No obstante, como ya hemos mencionado en alguna ocasión, el efecto psicológico de ver dirigirse al campo de batalla a unos individuos que representaban los valores más apreciados de la sociedad del momento, era un aspecto que no podía ser ignorado por la Corona<sup>1407</sup>.

Durante los meses siguientes continuaron las ingentes demandas de hombres y recursos, las cuales se agudizaron en el mes de junio, cuando un ejército francés al mando de Condé y Schomberg invadió el Rosellón a mediados de junio y tomó la fortaleza de Salces. Esta pérdida motivó la reacción española, con el objetivo de disponer todo lo necesario para la recuperación de esta plaza, aunque no fue hasta el mes de octubre cuando se inició el asedio. Dentro de las disposiciones emprendidas en este sentido, se enviaron edictos a los caballeros de hábito para que antes del 20 de agosto, manifestaran su intención de servir, o su negativa (supuesto en el cual deberían presentar un sustituto), con la intención de enviarles a la frontera catalana. Al mismo tiempo, se establecían penas de 200 ducados para quienes hicieran caso omiso a este requerimiento<sup>1408</sup>.

Sin embargo, los preparativos no se estaban llevando a cabo conforme los deseos del Conde Duque, pues tanto en la Corte como en el Principado, las dilaciones y la falta de resolución eran lo habitual. Es en este contexto en el cual se producen las quejas del monarca al arzobispo de Granada, D. Fernando de Valdés, bajo la indudable influencia de D. Gaspar, sobre la pasividad de parte del estamento privilegiado. En especial se criticaba la apatía de los más jóvenes, pues en una ocasión tan oportuna para demostrar su valía, su comportamiento no estuvo a la altura de las circunstancias<sup>1409</sup>. En vista de la

---

<sup>1407</sup> “(.....) Dicen que ya se contentará el rey con que pare todo en que cada uno le de 200 o 300 ducados. Otros dicen que no se ha de admitir dineros, sino sus personas o las de los sustitutos.” *Ibidem*.

<sup>1408</sup> *Carta de Sebastián González al padre Rafael Pereira*. Madrid, 24-8-1639. MHE, Tomo XV. p. 326.

<sup>1409</sup> “(.....) Con ocasión de lo que han escrito últimamente el marqués de los Balbases y el conde de Santa Coloma, refiriendo el estado del sitio de Salces, entre otras cosas que me consultó la junta grande de Estado y Guerra, me puso en consideración la novedad que causa ver tanta gente moza en esta Corte, y que sabedores de las noticias que vienen, de que el enemigo junta grueso número para socorrer la plaza que tienen ocupada en España, ni se muevan ni se animen a acudir y asistir a recobrarla, como se ha visto en otras ocasiones. Pues hubo caballeros particulares que, llegando nueva a la Corte de que el enemigo

gravedad de la situación, se ordenó al Consejo de Castilla dispusiera todo lo necesario para que todos aquellos individuos que, en función de la privilegiada posición que disfrutaban en la sociedad, estaban obligados a la prestación de servicios militares, cumplieran con su deber<sup>1410</sup>. Eso sí, bajo unas determinadas condiciones que no podían ser ignoradas por el monarca.

Este diagnóstico tan desalentador no fue compartido por el Consejo de Castilla, pues según su criterio todos los súbditos de Felipe IV en general, y el segundo estado en particular, estaban implicados en la defensa de la Monarquía<sup>1411</sup>. Según este órgano sería injusto, y poco ajustado a la realidad, acusar al estamento privilegiado de desampara al monarca. Además, identificar indolencia o apatía con la ausencia de los nobles en el campo de batalla constituiría un agravio para ellos. Pues habían puesto a su disposición hombres, dinero y bastimentos, con el objetivo de ayudar a satisfacer las cada vez mayores necesidades que exigía la defensa del Imperio<sup>1412</sup>.

Según nuestro criterio, las pretensiones de la Corona están fuera de lugar. Como hemos podido comprobar, el servicio militar personal de la nobleza (en sentido amplio) en la mayoría de los casos era un engorro y repercutía de forma negativa, tanto en la operatividad como en la disciplina de los ejércitos. Por este motivo era preferible que acudieran al esfuerzo bélico común mediante las modalidades que ya hemos mencionado en las páginas anteriores. En segundo lugar, consideramos que la actitud general del Principado de Cataluña, que sólo se decidió a participar en la empresa general cuando los franceses ya habían tomado Salces y la situación era desesperada, también influiría en esta falta de iniciativa. Si tenemos en cuenta estos argumentos se puede entender, en cierta medida, el poco ánimo de los aristócratas castellanos en solucionar el problema a sus homólogos catalanes, y su tibieza ante la posibilidad de

---

venía a estas costas, sin volver a sus casas, se fueron a la parte donde llamaba la ocasión.” *Decreto de S.M. dirigido al arzobispo gobernador del Consejo de Castilla para que se consulte lo que será bien hacer con la juventud*. Madrid, 16-12-1639. AHN, Consejos, Leg. 7155, nº 1.

<sup>1410</sup> “(.....) Me ha parecido ordenaros que por el consejo se disponga lo que fuere justo, en razón de la gente de obligaciones e hijosdalgo, y también de los que no andan ocupados, porque sin duda es nota indigna de españoles lo que en esta parte sucede, y cosa nunca jamás vista en estos reinos.” *Ibidem*.

<sup>1411</sup> “(.....) la prontitud con que los vasallos de Castilla han acudido perpetuamente a las ocasiones de guerra, como la presente, ha sido tan grande que podría parecer igual con la obligación. Siendo esta tan natural y tan unida al honor y reputación de todos los súbditos de V.M., sin que para este punto haya excepción.” *Consulta del consejo de Castilla en la que responde a un decreto de V.M., en razón de que se disponga que la nobleza acuda a la ocasión presente del socorro de Salces*. Madrid, 19-12-1639. AHN, Consejos, Leg. 7155, nº 36.

<sup>1412</sup> “(....) En las ocasiones presentes creía el consejo que todos, especialmente los nobles, servían en la manera que V.M. se tenía por mejor servido, pues aunque no habían acudido por sus personas, se entiende que acudían con gente y con otros socorros, según la forma y disposición que V.M. ha mandado poner, a proporción de la hacienda y estado de cada uno. Y para la ejecución más puntual de los socorros parece que harían alguna falta si se ausentasen.” *Ibidem*.

servir personalmente en la contienda. Del mismo modo, consideramos que, cuando menos, existió una cierta ambigüedad o indefinición en cuanto a lo que el poder real buscaba obtener de sus nobles. En ocasiones parece primar el servicio mediante vías que nada tenían que ver con la imagen del aristócrata a caballo con sus armas; mientras que, cuando parece haberse obtenido contribuciones en hombres y/o dinero, se intenta que sirvan en persona. Esta disyuntiva estuvo muy presente en los últimos días de 1639, a la hora de organizar los preparativos de la campaña de 1640. Sin embargo, no debemos olvidar que, en caso de optarse por la asistencia en persona, se antojaba imprescindible que el monarca se mostrase dispuesto a encabezar sus tropas, pues de lo contrario sería muy difícil obligarles a acudir al frente, a no ser que se utilizaran medios coercitivos<sup>1413</sup>. En lo referente a los estratos medio-bajos del segundo estado, el Consejo de Castilla informó al monarca de que los caballeros de hábito, los caballeros ordinarios y los hijosdalgo, se encontraban registrados y prevenidos por diferentes instancias. De manera que podrían ser enviados al frente en poco tiempo, en caso de adoptar esta determinación<sup>1414</sup>.

En los días siguientes se continuó trabajando en esta línea, hasta el punto de convocar a los caballeros de hábito de manera definitiva. Para ello, se cometió el alistamiento a determinados ministros, quienes se encargarían de cada una de las Órdenes por separado. Los caballeros de Santiago fueron registrados por D. Antonio de Luna y D. Juan de Mendoza; los de Calatrava, por D. Diego de Cevallos; y los de Alcántara por D. Juan de Chacón. Pero detrás de su convocatoria había duros reproches por parte del monarca, pues se les recriminó su pasividad en la campaña de Salces, cuando ninguno se había decidido a salir en ayuda del rey, circunstancia que le había obligado a adoptar estas medidas. No obstante, esta iniciativa tampoco tuvo éxito, ya que muy pocos caballeros se animaron a servir<sup>1415</sup>.

Sin embargo, la decisión de formar una unidad de caballería compuesta por caballeros de hábito y sus sustitutos no tenía marcha atrás. En este sentido, la primera referencia a la Junta de la Milicia de las Órdenes, Junta de la Caballería de las Órdenes, o Junta de Caballería (se la conocía por cualquiera de estas tres denominaciones), así

---

<sup>1413</sup> “(.....) Pero si todavía se tuviese por más importante que acudiesen personalmente, juzga el consejo que el medio más eficaz, y de mayor decencia, sería que V.M. se sirviese de manifestarles su real voluntad, con decir alguna palabra en esta razón. Que no se puede dudar que sería poderosa para no dejar hombre en la Corte, de los que estimasen su honor y reputación.” *Ibidem*.

<sup>1414</sup> “(.....) Los caballeros de órdenes, los otros caballeros e hijosdalgo, cree el consejo que están escritos en listas particulares, y prevenidos. De manera que, por mano de las juntas y ministros a quien está cometido, podrán brevemente ser despachados donde fueren menester.” *Ibidem*.

<sup>1415</sup> PELLICER Y TOVAR, J.: *Op. cit.* p. 70.

como al Batallón de las Órdenes (nombre que recibió esta formación), la hemos encontrado en un decreto fechado el 1 de enero de 1640<sup>1416</sup>. La constitución de este cuerpo montado supuso un triunfo para el Conde Duque, verdadero artífice del proyecto, en el cual se implicó al máximo para conseguir una meta que se había propuesto desde el principio de su ministerio. Pese a su innegable influencia en este designio, consideramos que las acuciantes dificultades que padeció la monarquía española, sobre todo a partir de 1635, tuvieron un peso muy importante en la decisión de movilizar al estamento privilegiado, y en concreto a los caballeros de hábito. Pues en circunstancias normales no se hubiera recurrido a medidas de esta naturaleza, a pesar de que los privilegiados tenían unas obligaciones militares ineludibles.

En este decreto se apuntan las líneas maestras que marcarán el reclutamiento y la movilización de los caballeros de hábito. En principio el llamamiento tenía carácter general, es decir: todos tenían obligación de servir, bien personalmente, o si sus ocupaciones, salud o edad (tanto si eran demasiado jóvenes como ancianos) lo impedían, mediante el pago de un sustituto (en un primer momento el sustituto tenía que ser hidalgo) que acudiera en su lugar. Por otra parte, los poseedores y administradores de las encomiendas también estaban comprendidos en el llamamiento. Consideramos que, por encima de su importancia cuantitativa (que también la tenía, para hacer frente a la caballería francesa, el arma más poderosa de su ejército), lo que en realidad merece ser destacado de la formación de esta unidad es su importancia psicológica, su calidad, pues se buscaba “formar batallones de corazas de las personas nobles y de sangre para que con su valor se aseguren más los sucesos”; pues “va en la fuerza de esta caballería la reputación de la nobleza de España”.

Si tenemos en cuenta todos estos aspectos, con la formación de esta unidad también se buscaba revitalizar el ideal caballeresco, pues se remarca el carácter del Batallón como fuerza de caballería, a la vez que se insiste en su carácter exclusivo. En su génesis también se alude a las seculares obligaciones militares de estas corporaciones, con el objetivo de dar validez jurídica al llamamiento, “atendiendo a que el principal instituto de las Órdenes militares fue el de dedicarse al ejercicio de la caballería militar en la defensa de la religión católica y de las fronteras, puertos y costas de estos reinos, como los establecimientos y definiciones de ellas disponen<sup>1417</sup>”.

---

<sup>1416</sup> *Decreto sobre el servicio militar de los caballeros de hábito*. Madrid, 1-1-1640. BN, Mss, 11.362. Fols. 27r-28v.

<sup>1417</sup> *Ibidem*.

La Junta de Caballería, al igual que otros comités configurados durante el ministerio del Conde Duque, fue creada para dar una rápida respuesta, al margen del sistema polisinodial de la monarquía española, a la defensa de la frontera catalana ante la presión de los ejércitos franceses. En concreto para gestionar la participación de los caballeros de hábito en tal empresa, y encargarse de todo lo necesario para la pervivencia del Batallón de las Órdenes en el teatro catalán. Al tratarse de un proyecto en el cual se había implicado sobremanera, deseó ejercer un control absoluto sobre el. Así que asumió su presidencia y se rodeó de un reducido grupo de colaboradores, hombres de su confianza. De este modo, encomendó las tareas de movilización de los caballeros de hábito a subgrupos específicos, compuestos por dos miembros, un responsable y un asesor, para cada una de las Órdenes Militares (incluida la de Montesa), estableciendo que “todos os juntaréis luego, y ajustando los puntos de esta ejecución, y venciendo todas las dificultades de ella, de acuerdo y dandome cuenta de lo que resolvieredes juntos<sup>1418</sup>.”

Los elegidos por el Conde Duque, algunos de los cuales ya habían participado en anteriores intentos para reclutar a los caballeros de hábito, fueron: D. Manuel de Acevedo y Zúñiga, conde de Monterrey y D. Antonio de Luna para la orden de Santiago; el conde de Castrillo y D. Diego de Cevallos para la de Calatrava; el marqués de Castrofuerte y D. Juan Chacón para Alcántara; y, finalmente, D. Melchor Sisternes y D. Jerónimo de Villanueva, protonotario de Aragón, para la orden de Montesa<sup>1419</sup>. Cada uno de ellos debía ocuparse de recibir a los caballeros de hábito de su orden en Madrid, así como la organización y disposición de todo lo necesario para su partida hacia el frente catalán<sup>1420</sup>. Al mismo tiempo, con el objetivo de impulsar las tareas de movilización y reclutamiento, se hizo pública la intención del monarca de dirigirse a la Corona de Aragón, con el propósito de celebrar Cortes tanto en el Reino homónimo como en Cataluña<sup>1421</sup>.

---

<sup>1418</sup> *Ibidem*.

<sup>1419</sup> *Ibidem*.

<sup>1420</sup> Desde el primer momento, hay unanimidad en destinar a la caballería de las Órdenes Militares a la defensa del Principado de Cataluña. Sin embargo, lo que no está tan claro es el mando al cual deberían estar sometidos. En principio, debería tratarse del capitán general de la caballería del ejército de Cataluña; pero los miembros de la junta se inclinaron a que tuvieran un mando independiente, como no podía ser menos a tan distinguida unidad. De lo que no cabe ninguna duda es de que constituirían un aporte notable a los proyectos de la junta de Ejecución de establecer unas tropas montadas superiores a los 4.000 hombres. *Consulta de la junta de Ejecución, en la que representa a V.M. lo que convendrá mandar que en el ejército de Cataluña haya más de 4.000 caballos*. Madrid, 7-2-1640. AGS, GA, Leg. 1326.

<sup>1421</sup> PELLICER Y TOVAR, J.: *Op. cit.*



## 7.2. LA FORMACIÓN DEL BATALLÓN DE LAS ÓRDENES (1640-1641).

Desde los primeros días del mes de enero, la Junta de la Milicia de las Órdenes se puso manos a la obra para cumplir con la tarea que se le había encomendado: conseguir el servicio personal de caballeros de hábito y comendadores o, en el peor de los casos que presentaran un sustituto que lo hiciera en su lugar. Al mismo tiempo, se contactó con los conventos mayores de las Órdenes Militares, donde se guardaban los estandartes (pendones), con el objetivo de que los tuvieran preparados para entregárselos a los alféreces mayores de cada una de ellas, cuando estas fuerzas montadas se dirigieran hacia Cataluña<sup>1422</sup>.

Pero al igual que en otros requerimientos, desde el primer momento se produjeron dilaciones y retrasos. Así, los primeros plazos contemplados para la movilización efectiva de ambos grupos, los cuales fueron fijados para los días 14 y 20 de febrero, debieron ser irremediamente ampliados al día 20 de marzo, primera fecha límite para que se presentaran en Madrid, cada uno ante la persona encargada de la prevención de los caballeros y comendadores de su orden (o los sustitutos, aquellos que hubieran sido relevados de acudir en persona; en concreto, “los ocupados cerca de la persona real, o en puestos de justicia y gobierno, o en otras ocupaciones semejantes, o los que tuviesen más de 60 años y menos de 17), para asistir a la entrega de los estandartes y, una vez cumplido este trámite, partir hacia su destino<sup>1423</sup>. Además, estaban obligados a acudir perfectamente equipados, pertrechados y armados (“montados a caballo, con silla de borrenes, aderezos de la brida, pistolas y coraza”), junto con un signo inequívoco de su pertenencia a las milicias católicas, que se estableció fuera “la divisa de la orden, que ha de ser de burato o estameña blanca, con la cruz”<sup>1424</sup>.

En el caso de la convocatoria y movilización de comendadores y caballeros de hábito, también desde el principio hubo una predilección por trocar la obligación de presentar sustituto (que no podía ser cualquier individuo, pues debía tratarse de un

---

<sup>1422</sup> *Ibidem.* pp. 85, 91 y 100. “(.....) Dícese que saldrá orden para que los caballeros de las Órdenes Militares estén a punto para cuando se les avisare, y que trataban de bendecir los pendones que había de sacar cada orden. *Carta de Sebastián González al padre Rafael Pereira*. Madrid, 30-1-1640. MHE, Tomo XV, p. 402.

<sup>1423</sup> *Edicto sobre la convocatoria de los caballeros de hábito*. Madrid, 27-2-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4642.

<sup>1424</sup> *Ibidem.*

hidalgo) por una cantidad económica, a la manera de lo realizado en otros requerimientos de la Corona. Según refirió el conde de Monterrey (que compatibilizó la movilización de la orden de Santiago, con la presidencia de facto de la Junta de la Milicia de las Órdenes, pues el Conde Duque delegó en él ésta responsabilidad, ante la imposibilidad de acudir a todas sus sesiones) a D. Gregorio de Tapia (secretario de la Junta) al parecer se entablaron contactos extraoficiales entre aquellos y los ministros encargados de esta tarea, tendentes a conseguir este objetivo, que chocaron con la oposición de Olivares<sup>1425</sup>.

La negativa de D. Gaspar venía determinada porque, si se hacía notoria la posibilidad de evitar este compromiso mediante un pago en metálico, la movilización de la caballería de las Órdenes Militares recibiría un duro golpe, del cual podía no recuperarse. Esta insistencia en que los excusados de servir en persona presentaran un hidalgo y no dinero (pese a que en otras ocasiones no tuvo ningún reparo en aceptar esta forma de servicio) demuestra la gran importancia que, desde el punto de vista psicológico, tenía la presencia de los caballeros de hábito en el campo de batalla, formando parte de una unidad propia, separada del resto de fuerzas que componían el ejército real<sup>1426</sup>. Para zanjar cualquier polémica, o interpretación errónea, de los postulados emanados desde la Corte, con respecto a la posibilidad de evitar la presentación de los sustitutos por un pago en metálico, el monarca, a recomendación de Olivares (máximo defensor de que los caballeros de hábito y comendadores no sirvieran con dinero), envió ese mismo día un decreto al conde de Monterrey en el cual se prohibía taxativamente tal opción<sup>1427</sup>.

Pese a los problemas inherentes a las tareas de prevención y reclutamiento de los miembros de las milicias católicas, debemos mencionar que durante esos meses se produjeron avances considerables, al menos desde el punto de vista de organización de

---

<sup>1425</sup> “(.....) Hallo a S.E. [Olivares] muy duro en que se dejen de dar los sustitutos, con efecto, como se ha mandado, y se hayan de dar en dinero.” *Papel del conde de Monterrey al secretario D. Gregorio de Tapia*. Madrid, 4-3-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4642.

<sup>1426</sup> “(.....) Dame mucho cuidado el entender que si se introduce el recibir dinero, se ha de echar a perder la caballería de que se está tratando; y que por este medio no se conseguirá ni hará nada.” *Papel del conde duque al conde de Monterrey*. Madrid, 5-3-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4642.

<sup>1427</sup> “Componerse a dinero el servicio que tengo resuelto me hagan los caballeros de las órdenes militares, enviando un hijodalgo montado a caballo a la guerra, que le supla, por el que no fuese en persona, es sumamente perjudicial al intento, pues la caballería que en dicha forma se levante no sería de la calidad y estimación que conviene, ni justo que las personas de sangre se acompañen con otras de menores obligaciones. Y así, se excusará admitir dinero, dando precisas órdenes para que el caballero que no fuere en persona, supla con hijodalgo, puesto a caballo, en la forma que estaba resuelto.” *Decreto dirigido al conde de Monterrey, en el que se ordena no se admita dinero en lugar de los sustitutos de los comendadores y caballeros de las órdenes*. Madrid, 5-3-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4642.

la unidad y de sus oficiales superiores. A este respecto, aunque lo aconsejable sería designar un comandante para cada una de las Órdenes (gobernador según la terminología de la época), el número total de efectivos que se esperaba reunir (en el mejor de los casos no superaría los 1.500 hombres) desaconsejaba la presencia de un número excesivo de mandos. Además, según la propia Junta, en el caso concreto de las Órdenes de Alcántara y Montesa, siendo generoso no se podrían reunir más de 5-6 compañías entre ambas (contabilizando un total de 20 compañías para todo el Batallón)<sup>1428</sup>.

Para ello no sólo se adujeron razones de operatividad militar, ya que sería complicado encontrar personas adecuadas para comandar la hueste de cada una de las Órdenes Militares. En este sentido, los responsables de esta tarea eran conscientes de las dificultades para localizar individuos que aunaran, tanto la “calidad” necesaria para un empleo tan honorífico como los conocimientos militares necesarios para su correcto desempeño (sobre todo en un arma tan selectiva como la caballería, donde escaseaban los oficiales competentes y experimentados). En última instancia, si cada una de las milicias tuviera un comandante propio, podrían generarse animadversiones entre ellos por cuestiones de precedencia, con las pésimas consecuencias que ello tendría para la buena marcha de la unidad<sup>1429</sup>.

En función de estos argumentos la Junta recomendó al monarca que, tanto comendadores como caballeros de hábito, junto con los sustitutos de los relevados de servir en persona, fueran integrados en una única unidad (en algún momento se llegó a sugerir que se formaran cuatro batallones, correspondientes a otras tantas Órdenes Militares), al mando de un gobernador general (con un salario mensual de 500 escudos), que ejercería el mando supremo, lo cual facilitaría la búsqueda de la persona idónea para liderar la unidad montada más prestigiosa del ejército español<sup>1430</sup>.

---

<sup>1428</sup> “(.....) Hase tratado en esta junta sobre la disposición que ha de haber en formar la caballería de estas órdenes. Y se halla inconveniente en dar a cada una su gobernador, porque todo el grueso se entiende llegará a 1.500 caballos, cuyo gobierno no ha menester tantas cabezas, ni en las órdenes de Alcántara y Montesa hay número que necesite de esto. Pues en la una será hartó formar dos o tres compañías, y en la otra no podrán ser dos.” *Minuta de una consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre formar los batallones de ellas*. Madrid, marzo de 1640. AHN, OO.MM, Leg. 4642.

<sup>1429</sup> “(.....) Y es difícil a la junta, en cada orden, persona de ella, con la igualdad, caudal y requisitos que para estos puestos es menester. Y cuando se pudiese conseguir, se repara mucho en la separación de estas órdenes, y diferencia de cabezas, por las competencias y discordias que pueden tener entre sí, de que resulte no ajustarse como conviene a un mismo intento.” *Ibidem*.

<sup>1430</sup> “(....) Y por estas atenciones, ha parecido que toda esta caballería de las Órdenes esté unida y junta, y tenga solamente una cabeza que la gobierne, y se le de el título de general de ella (como se practica en la caballería). Con que podrá ocupar este puesto sujeto del respeto, partes y caudal que conviene para el mejor y más fácil gobierno de esta milicia, estimación y lucimiento de ella.” *Ibidem*.

Pero este oficial no podría llevar por sí solo una tarea tan importante como la que se le cometía. Por este motivo se creyó oportuno proveer una serie de empleos, los cuales servirían de puente entre el gobernador general y los capitanes de las compañías. El primero de ellos sería el de teniente general (cuyos emolumentos ascenderían a los 200 escudos mensuales), que a ser posible debería militar en una orden diferente a la del gobernador general. Este oficial ostentaría el segundo lugar en el organigrama de la unidad y, en ausencia del gobernador general asumiría el mando. También se creyó oportuno disponer el nombramiento de un comisario general (que recibiría 100 escudos al mes), a cuya responsabilidad se pondrían uno o dos ayudantes, con el objetivo de facilitarle el correcto desempeño de sus funciones<sup>1431</sup>.

De esta manera, con 800 escudos al mes (no se asumió el salario que habrían de percibir los dos ayudantes del comisario general, que incrementarían en otros 100 escudos, a 50 cada uno, el montante total), se cubrirían los empleos superiores del Batallón, y se alcanzaba uno de los principales objetivos: que la caballería de las Órdenes Militares tuviera un mando independiente y exclusivo, al margen del resto del ejército, para que se dispusiera su servicio allí donde se creyera oportuno, y que éste ofreciera las garantías necesarias para su correcto funcionamiento<sup>1432</sup>. Como tendremos ocasión de comprobar, este esbozo de la plana mayor del Batallón de las Órdenes fue el adoptado en última instancia. Sin embargo, no se tuvo en cuenta la necesidad de nombrar un furriel mayor, que cobraría 25 escudos, auxiliado por dos ayudantes, con un salario de 15 escudos cada uno<sup>1433</sup>. Lo cual supondría aumentar el presupuesto mensual en otros 55 escudos, que agregados a los 100 de los dos ayudantes del comisario general, situarían el montante en casi 1.000 escudos, en concreto 955.

En cuanto a la formación de las compañías, como ya hemos referido, se proyectaba levantar hasta 20 de ellas. No obstante, se trataba de una cifra provisional, supeditada al número total de caballeros, comendadores y sustitutos que prestarían servicio personal en la unidad. Otro aspecto que quedó claro desde el principio, fue la inconveniencia de que los sustitutos sirvieran en las mismas compañías que los caballeros de hábito y comendadores. Por este motivo, la Junta propuso que se formaran unidades diferenciadas para estos dos grupos y que, bajo ninguna circunstancia militaran juntos. Suponemos que el celo mostrado en esta materia vendría determinado

---

<sup>1431</sup> *Ibídem.*

<sup>1432</sup> *Ibídem.*

<sup>1433</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre los sueldos de algunos empleos para la caballería de ellas.* Madrid, 12-5-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

por la importancia de la sangre, y por la significación que, sobre todo en los primeros meses de vida de la unidad, tuvieron las cuestiones relacionadas con el protocolo y la precedencia.

En lo tocante a los efectivos de cada compañía, se establecían diferencias según estuvieran compuestas por caballeros o por sustitutos. Si se trataba del primer supuesto, en ningún caso deberían superar los 50 miembros. Esta decisión se debía a cuestiones de índole castrense, pues según el parecer de la Junta, unas compañías demasiado numerosas serían mucho más difíciles de gobernar (¿aunque pudiera ser que, al no contemplarse una presencia masiva de caballeros de hábito y comendadores, se creyera oportuno formar más compañías, aunque éstas tuvieran menos miembros, y pese a que generasen más gastos?). Respecto a las compañías de sustitutos se podría abrir un poco más la mano, hasta alcanzar los 70 integrantes<sup>1434</sup> (¿tal vez porque se esperaban más sustitutos que caballeros y comendadores?).

No había ninguna duda sobre la necesidad de que los capitanes de las compañías fueran caballeros de hábito, a ser posible con experiencia militar (en concreto en la caballería), a quienes se asignaría un salario mensual de 80 escudos, que era el que percibían los capitanes de caballos corazas (categoría en la que se encuadrarían las compañías del Batallón de las Órdenes) de los ejércitos de Flandes e Italia<sup>1435</sup>. Con todo, se contemplaba la posibilidad de elevar su sueldo hasta los 100 escudos, materia que debía ser consultada al monarca<sup>1436</sup>.

Con el propósito de reforzar el carácter autónomo del Batallón de las Órdenes, y que pudiera entrar en combate sin necesitar el apoyo de otras unidades, se creyó oportuno que algunas de sus compañías (en concreto tres, unos 180 hombres) fueran de caballos arcabuceros, las cuales estarían compuestas por los sustitutos<sup>1437</sup>. Tanto unas como otras necesitarían un teniente y un alférez, aunque el monarca replicó que no sería

---

<sup>1434</sup> “(....) Conforme al número de caballeros, se formarán las compañías de ellos, que no excedan de 50 cada una, porque así son más a propósito para gobernarlas fácilmente, y sean de mejor calidad que las más numerosas que hoy se practican, por la diferencia de gente que hay en ellas. Y conforme el número de los sustitutos, se formarán otras compañías de ellos, y éstas podrán ser de 70 caballos cada una.” . *Minuta de una consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*..... *Ibidem*.

<sup>1435</sup> *Ibidem*.

<sup>1436</sup> En última instancia, con el objetivo de incentivar a los jefes de las compañías, al tiempo que se les distinguía del resto de capitanes de caballería, se autorizó el incremento de su sueldo hasta los 110 escudos mensuales. *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre aumentar a 110 escudos el sueldo de los capitanes de las compañías del Batallón*. Madrid, 26-4-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>1437</sup> “(....) Si esta caballería ha de ser distinta, y obrar por sí sola, habrá menester que, algunas compañías sean de arcabuceros, y bastarán que tengan en todas algo más de 180 caballos. Y éstas se formarán de los sustitutos, dando a los capitanes el sueldo que hoy se practica en las compañías de arcabuceros.” *Minuta de una consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*.....

necesaria la presencia de este último oficial en las compañías de arcabuceros, pues en ellas no había estandartes (cuya custodia estaba cometida al alférez), pues suponían un engorro a la hora de entrar en combate<sup>1438</sup>.

Pese a que el Conde Duque ejercía la presidencia de la Junta de la Milicia de las Órdenes, éste organismo se mostró partidario de implicarle aún más en este cometido. Sin embargo, nos inclinamos a pensar que detrás de todo se encontraba el propio Olivares, que utilizó su posición para presionar a la Junta, y ésta solicitara al monarca que asumiera todavía más responsabilidades en la materia. Tal iniciativa se sustentaba en dos de los empleos que ostentaba D. Gaspar: el de capitán general de la caballería de España y el de comendador mayor de la orden de Alcántara. Pero el objetivo último de esta iniciativa era blindar la independencia del Batallón, y convertirlo en una fuerza militar bajo mando del Conde Duque, quien decidiría dónde prestaría servicio y en qué condiciones<sup>1439</sup>.

Los preparativos dispuestos por la Junta de la Milicia de las Órdenes merecieron la aprobación del monarca, al tiempo que animaba a este organismo a acelerar las gestiones, con el objetivo de que todo estuviera dispuesto, a más tardar, a finales del mes de abril<sup>1440</sup>. El único desencuentro entre ambos se produjo con motivo de la segregación de caballeros de hábito y sustitutos. Según el monarca, tal separación tendría lesivas consecuencias para la operatividad del Batallón, pues si en la misma unidad sirvieran caballeros y sustitutos, el ejemplo de los primeros serviría de estímulo a los segundos para que se animaran a realizar grandes hechos de armas<sup>1441</sup>. No debemos olvidar que la formación de esta unidad buscaba satisfacer dos objetivos: en primer lugar, estrechar el vínculo entre las Órdenes Militares y la profesión de Marte, mediante la revitalización de las antiguas obligaciones castrenses que asumían quienes

---

<sup>1438</sup> *Ibidem*.

<sup>1439</sup> “(.....) Atendiendo a que el Conde Duque se halla hoy capitán general de la caballería de España, y juntamente primer ministro de V.M., que cerca de su real persona ocupa tales y tan grandes puestos, y asimismo comendador mayor de la orden de Alcántara, no habiendo de presente otro comendador mayor en España, (.....) ha parecido que todo esto, junto, obliga a que esta caballería esté a su orden y le sea subordinada.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la forma en que se podrá disponer el gobierno de la caballería de las Órdenes Militares*. Madrid, 24-3-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667. Al año siguiente, “por no estar comprendido [el empleo general de capitán general de la caballería de las Órdenes] en la capitania general de la caballería de España, y ser distinto; y considerando también que el Conde Duque no goza sueldo de la caballería de España”, se le asignaron 6.000 escudos de sueldo al año. *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre el sueldo que se podría señalar al puesto de capitán general de la caballería de ellas*. Madrid, 9-6-1641. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>1440</sup> *Ibidem*.

<sup>1441</sup> “(.....) Y el separar los sustitutos de los caballeros parece muy inconveniente, y deslucir aquellas compañías, y carecer de emulación, que podría llegar a ser de suma inconveniencia. Y en la soldadesca no se compadece graduación, sino repartir todas las compañías con igualdad de uno y otro. Y que todas sean de setenta plazas, fuera de las primeras planas.” *Ibidem*.

pertenecían a las milicias cristianas. Pero al mismo tiempo, el servicio en el Batallón estaba concebido como una inmejorable oportunidad para aspirar a los hábitos mediante el servicio con las armas. Si bien no se trataba de una posibilidad abierta a todos, sino que estaba dirigida, sobre todo, a los hidalgos, y en menor medida a los militares veteranos. Así pues, si se descuidaba el segundo propósito en detrimento del primero, los daños ocasionados a la buena marcha del proyecto serían considerables.

Así, se comenzó a trabajar sobre las directrices trazadas en estas consultas, y unos días más tarde la Junta de la Milicia de las Órdenes estaba en condiciones de elevar al monarca los primeros candidatos, tanto al puesto de gobernador general del Batallón de las Órdenes como al de capitán de compañía. En cuanto al primero de los empleos, según hemos referido en las líneas anteriores, debía tratarse de un individuo “con la grandeza, lucimiento y caudal” inherente a esta ocupación, cualidades que sólo eran visibles en los miembros del segundo estado, por lo que sus miras se volvieron hacia ellos<sup>1442</sup>. Pero no se podía delegar tal responsabilidad en un recién llegado al estamento privilegiado, sino que el aspirante a este honor debía ser noble de rancio abolengo<sup>1443</sup>, por encima de otras cualidades como la experiencia militar, de la cual no hay ninguna mención.

Unos días más tarde se dio cuenta al monarca de las conversaciones iniciadas, por el conde de Monterrey, con el condestable de Castilla y conde de Altamira, dos de los aspirantes, con el objetivo de conocer su predisposición a ocupar el cargo de gobernador general. El conocimiento de estos parlamentos despertó malquerencias entre el resto de los potenciales candidatos (no debemos olvidar que entre la alta aristocracia eran frecuentes las querellas y disputas por estas cuestiones, pues el hecho de que se propusiera tal empleo primero a unos, y luego a otros, podía ser interpretado como un

---

<sup>1442</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que propone algunos comendadores y caballeros para el cargo de gobernador general de la caballería de ellas*. Madrid, 30-3-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4642.

<sup>1443</sup> En este primer momento, se propusieron hasta 13 candidatos para este puesto, todos los cuales acreditaban pertenecer a lo más florido de la sociedad del momento. Cuatro de ellos pertenecían a la orden de Santiago, y se trataba de: el condestable de Castilla (trece de la orden y comendador de Yeste), el duque de Sessa (comendador de Bedmar y Albánchez), el conde de Altamira (también trece de la orden) y el marqués de Flores Dávila (comendador de La Reina). Otros tres eran miembros de la orden de Calatrava: el marqués de Aytona (comendador de Fresneda y Ráfales), el conde de Fuensalida (comendador de Berix y Castells de Casteles) y el conde de Villamediana (comendador de Avaniella). En cuanto a los seis últimos, militaban en la orden de Alcántara: el duque de Medinaceli (comendador de La Moraleja), el duque del Infantado (comendador de Zalamea), el marqués de Povar (clavero de la orden), y los condes de Alba de Aliste, Montijo y Oropesa (de los cuales no consta su cargo en la orden). No obstante, como podremos comprobar, poco a poco, se empezó a reducir la lista ante el poco deseo de estos aristócratas por ocupar el empleo de gobernador general del Batallón de las Órdenes. *Ibidem*.

agravio), las cuales ralentizaron las gestiones para designar al comandante supremo del Batallón<sup>1444</sup>.

A estas alturas, cualquier retraso podía ser fatal para las labores de reclutamiento y movilización de los caballeros de hábito. Por este motivo, el monarca propuso aparcarse momentáneamente la designación del gobernador general, y proveer el puesto de teniente general, para el cual se había encontrado un candidato perfecto: D. Carlos María Caracciolo, duque de San Jorge, con el objetivo que tuviera un oficial en jefe que la dirigiera y, sobre todo, que no se dilatara la prevención de caballeros y comendadores, así como de los sustitutos.

Pese a la calidad del duque de San Jorge, y su experiencia militar en el combate a caballo (estaba sirviendo el puesto de teniente general de la caballería del ejército de Cataluña), la Junta rechazó su designación para este empleo porque no era oriundo de España, pues había nacido en Nápoles (era hijo del marqués de Torrecuso<sup>1445</sup>, que también estaba sirviendo en el frente catalán). Además, proveer en un foráneo un puesto tan importante, en una unidad que intentaba ser representativa de la nobleza de España, disuadiría a un importante número de caballeros y comendadores de involucrarse en esta empresa. Por ello se recomendó que este cargo fuera confiado a un natural<sup>1446</sup>. En este

---

<sup>1444</sup> “Esta junta, en consulta de 14 de abril, dio cuenta a V.M. de la conferencia que el conde de Monterrey había tenido con el condestable de Castilla y el conde de Altamira, sobre el cargo de gobernador general del batallón de caballería de las Órdenes. Y representó a V.M. el embarazo que se hallaba en hacer, a un mismo tiempo, esta diligencia con otros sujetos.” *Copia de una consulta de la junta de la caballería de las Órdenes en la que se propone persona para el cargo de gobernador general de ella*. Madrid, abril de 1640. AHN, OO.MM, Leg. 4642.

<sup>1445</sup> Según consta en su nombramiento como maestre de campo general de las tropas encargadas de sofocar la rebelión catalana, empezó a servir en 1611, como aventurero en la expedición realizada contra las islas Querquenes, comandada por el marqués de Santa Cruz, así como en diversas jornadas llevadas en el Mediterráneo, bajo el mando de D. Pedro de Leyva. En 1622 levantó un tercio de infantería napolitana, con el cual pasó a servir en la Armada del Estrecho de Gibraltar, donde combatió contra los holandeses. Tras haber sido reformada su unidad, se encargó de formar otro, pasando a servir en la Armada del Mar Océano. Allí estuvo presente en la recuperación de Bahía y la derrota de la armada anglo-holandesa frente a las costas de Cádiz en 1625. Después pasó a prestar servicios en Nápoles, en el tercio del conde de Bañuelos, y más tarde se le destinó al Palatinado y Alsacia, a las órdenes del duque de Feria, sirviendo toda esta exitosa campaña que culminó con la victoria de Nordlingen. Tras desempeñar el puesto de capitán general de la artillería del ejército de Alemania, pasó a servir en puesto de gobernador de las armas en Navarra y Guipúzcoa, donde estuvo presente en el socorro de Fuenterrabía, y esta misma ocupación en Cataluña, participando en la recuperación de Salces. *Título de maestre de campo general del ejército que se junta en Aragón, a D. Carlos Caracciolo, marqués de Torrecuso*. Madrid, 6-8-1640. BN, Mss, 1630. Fols. 205r-206r. Unas breves notas biográficas en: ARTECHE, J.G.: “El marqués de Torrecuso”, en: *Revista Europea*, nº 133 (1876). pp. 21-30.

<sup>1446</sup> “(.....) aunque se reconoce que en la persona del duque de San Jorge concurren las calidades, méritos y servicios para éste y mayores puestos, se repara mucho en que esta caballería de las órdenes, que comprende la primera nobleza de España, que la parte donde se convocan los caballeros de ellas, de que ha de componerse, haya estar a orden de quien no sea de estos Reinos. Y la junta pone en consideración a V.M. que sería desconsuelo grande a los caballeros a quien toca este servicio, y más particularmente de los que han de ir personalmente en este batallón. Y parece que, siendo V.M. servido, se nombre para el



sentido la Junta puso de manifiesto la idoneidad de D. Francisco de Orozco, marqués de Mortara (aristócrata que, además, gozaba del favor del Conde Duque, pues en la campaña de Fuenterrabía sirvió el puesto de maestro de campo de su regimiento, que en esos momentos se encontraba ocupado en el cargo de general de la artillería del ejército de Cantabria) para ostentar la gobernación general del Batallón de las Órdenes<sup>1447</sup>.

En lo referente a la provisión de este cargo, el monarca no estaba del todo satisfecho con las gestiones de la Junta. Pese a reconocer que el nombramiento del duque de San Jorge podría despertar animadversiones, hizo patente su malestar con ella, pues los individuos propuestos para el cargo de gobernador general, o bien eran personas que no reunían los requisitos necesarios para tal responsabilidad, o ponían sobre la mesa unas demandas tan desorbitadas para hacerse cargo de ella, que la Corona no estaba en condiciones de asumir<sup>1448</sup>. Este rapapolvo surtió el efecto deseado, pues se puso manos a la obra, esta vez teniendo en cuenta las instrucciones del monarca (es decir, mediante la proposición de individuos a los que, o bien no les resultaría fácil rechazar este cargo, o no solicitarían mercedes desorbitadas por aceptarlo), y sólo tres días más tarde estaba en condiciones de elevar al monarca los nombres de los aspirantes. Nos llama la atención que la oportuna consulta se realice por votos secretos, y que no conozcamos la identidad de los candidatos a comandar el Batallón de las Órdenes<sup>1449</sup>. Suponemos que tal decisión vendría motivada por las causas que ya hemos apuntado: el deseo de evitar rivalidades y animadversiones entre los primeros miembros del segundo estado. Pues si bien, la mayoría de ellos no tenía ningún deseo de que se le eligiera para desempeñar tal ocupación, el simple hecho de que no se tuviera en cuenta su persona, o que se prefiriera a un aristócrata en detrimento de otro, podía acarrear perniciosas consecuencias sobre el tan sensible orgullo nobiliario.

En función de estas premisas, el rey resolvió que el cargo de gobernador general del Batallón fuera proveído en el marqués de Mortara<sup>1450</sup>, individuo que, como ya hemos visto, gozaba de la confianza, tanto de la Junta de la Milicia de las Órdenes,

---

gobierno de ellas uno de los sujetos que hay en España, eligiendo el de mayores partes, lucimiento y caudal que se pudiese.” *Copia de una consulta de la junta de la caballería*.....abril 1640.

<sup>1447</sup> *Ibídem*.

<sup>1448</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre el inconveniente que se halló en dar al duque de San Jorge el cargo de teniente general del batallón de ellas*. Madrid, 23-4-1640. AHN, OO.MM., Leg. 4667.

<sup>1449</sup> *Consulta de la junta de Caballería en la que se propone, por votos secretos, algunos sujetos, caballeros de hábito para gobernador general del batallón*. Madrid, 26-4-1640. AHN, OO.MM., Leg. 4667.

<sup>1450</sup> *Ibídem*.

como del Conde Duque. Esta circunstancia es muy importante, pues consideramos que D. Gaspar no adjudicaría la jefatura de esta unidad (que no olvidemos era una creación suya, en la que había invertido mucho trabajo para que el proyecto de movilizar a los miembros de las Órdenes Militares se convirtiera en realidad), a una persona que no perteneciera a su grupo de colaboradores (y el marqués de Mortara lo era), que podría dar al traste con tantos años de trabajo, sacrificio, y muchos sinsabores<sup>1451</sup>.

Pese a que gracias a la provisión del cargo de comandante en jefe de la caballería de las Órdenes Militares se había dado un paso importante, lo cierto es que todavía quedaba mucho por hacer. Una de las cuestiones que reclamaba una rápida solución, tras el fallido nombramiento del duque de San Jorge, era la de la provisión del cargo de teniente general. Pero no se trataba de una tarea baladí, pues la junta se estaba encontrando con más dificultades de las previstas para proveer los cargos superiores del Batallón, sobre todo si deseaba satisfacer los criterios de calidad impuestos por la Corona (que fueran caballeros de hábito con experiencia en combate)<sup>1452</sup>. Al mismo tiempo, se deseaba tener cubierto en primer lugar el puesto de gobernador general para, en función del sujeto elegido, nombrar al teniente general y al comisario general. Tal espera podría estar motivada por el grado de competencia militar de la cabeza suprema de la unidad, pues si éste era neófito en la materia, los dos empleos mencionados debían ser cubiertos con un especial cuidado, siendo más necesario, si cabe, que tuvieran una dilatada carrera militar a sus espaldas. Y por el contrario, si tenía experiencia en la guerra, tal vez se podrían relajar las exigencias demandadas al segundo y tercer oficial en el escalafón del Batallón de las Órdenes.

De nuevo nos llama la atención que, al igual que en la provisión del puesto de gobernador general, el teniente general se consultara por votos secretos. Según la resolución del monarca, el puesto fue para D. Diego Manrique de Aguayo<sup>1453</sup>, aunque

---

<sup>1451</sup> Su nombramiento no se hizo oficial hasta mediados del mes de septiembre, cuando se expidió la oportuna cédula que lo atestiguaba. Además, en los 500 escudos mensuales que se le habían asignado, se incluían los 290 escudos que cobraba por servir el puesto de general de la artillería del ejército de Cantabria, y otros 110 por su designación como capitán de caballos corazas de una compañía. *Cédula para que el marqués de Mortara se emplee en la gobernación general de la caballería de las Órdenes Militares*. Madrid, 17-9-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4641. Con todo, el marqués de Mortara no desempeñó este empleo durante demasiado tiempo pues, como veremos más adelante, fue nombrado capitán general de la caballería del ejército del Rosellón. Análogamente, los testimonios que hemos recogido sobre la participación del Batallón en la campaña catalana, aluden a D. Álvaro de Quiñones, el teniente general, como jefe de la unidad. *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*.....9-6-1641.

<sup>1452</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que propone algunos caballeros de hábito para el cargo de teniente general*. Madrid, 26-4-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>1453</sup> *Ibidem*.

en última instancia no llegó a servirlo. Pero su ausencia se hizo extensiva al Batallón de las Órdenes, donde estaba obligado a concurrir en su condición de caballero de Santiago, pues excusó su participación alegando enfermedad grave, y entregó un sustituto en su lugar. En vista de los ejemplos anteriores, cabe preguntarse si la justificación aportada era cierta (y por ese motivo no llegó a desempeñar el puesto de teniente general) o en realidad no tenía ninguna intención de servir en esta unidad. En este caso, nos inclinamos a pensar que D. Diego no mentía<sup>1454</sup>, y que su estado de salud no era el más adecuado para entrar en combate. Pues según hemos podido comprobar, se trataba de un individuo curtido en los campos de batalla, con largos años de servicio; y el puesto de teniente general del Batallón podía suponer un merecido premio a una dilatada trayectoria profesional<sup>1455</sup>. La Junta de la Milicia de las Órdenes elevó las excusas presentadas por D. Diego, y sus alegaciones fueron admitidas, al tiempo que se ordenaba a la junta proponer nuevas personas para ocupar este puesto<sup>1456</sup>. Las gestiones de la junta no se dilataron demasiado, pues a finales del mes de junio<sup>1457</sup>, se propuso al candidato definitivo: D. Álvaro de Quiñones, un individuo que ofrecía todas las garantías necesarias para afrontar con éxito tal responsabilidad, pues acreditaba largos años de servicio y ya había ocupado puestos de mando en la caballería<sup>1458</sup>.

---

<sup>1454</sup> “La honra y merced que S.M., Dios le guarde, me hizo en nombrarme por teniente general de la caballería de las órdenes, me alentó. Y queriendo mis fuerzas iguales por venir con mayor brevedad, no hallando litera, me puse a caballo e inflamaronse las fistulas y rotura que tengo causadas de las heridas que recibí en Nordlingen, de suerte que me fue fuerza el volverme a sangrar a mi tierra, y después venir a esta Corte en una litera Y habiéndome puesto algunos breves ratos a caballo, se me ha inflamado la rotura que tengo en la parte derecha. Y por parecer, me hago mayor servicio a S.M. en representarlo, antes que ponerme a servir el puesto de que me había hecho merced. Pues no sería bien faltar después al servicio de la caballería, y que mi deseo de servir y acrecentarme en puesto tan superior, me hiciese faltar a su real servicio. Suplico a V.E. sea servido de disponer que, en la junta, se me de licencia para volverme a curar a mi casa, y se provea este puesto. Pues es de mayor servicio de S.M. el que yo lo represente, que no faltar después en la ocasión.” *Carta de D. Diego Manrique de Aguayo al conde de Monterrey en la que expone los motivos para renunciar al cargo de teniente general del batallón de las Órdenes*. Madrid, 15-6-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>1455</sup> Sabemos que 1624 era capitán de una compañía de infantería que fue enviada a Nápoles, con la cual sirvió en el socorro de Génova, también estuvo presente en la batalla de Nordlingen, donde resultó herido, y en 1638 ostentaba el grado de capitán de caballos corazas, siendo designado para el puesto de gobernador de la artillería del estado de Milán. CID, J.A.: “La personalidad real de Stefaniglio. Documentos sobre el personaje y presunto autor de *La Vida y hechos de Estebanillo González*”, en: *Criticón*, nº 47 (1989). p. 12. *Certificación de Diego Manrique de Aguayo, capitán de caballos corazas y gobernador de la artillería del Estado de Milán, sobre las preeminencias que tocan a su cargo*. Madrid, 4-5-1636. AGI, Filipinas, Leg. 41/6. AHN, OO.MM., Caballeros-Santiago, Expediente 4813.

<sup>1456</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes, en la que representa la excusa de D. Diego Manrique de Aguayo para no aceptar la tenencia general del batallón*. Madrid, 16-6-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>1457</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes para proveer el puesto de teniente general de la caballería de ellas, por admitir la excusa de D. Diego Manrique de Aguayo*. Madrid, 29-6-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>1458</sup> Su carrera militar comenzó en el año 1606, cuando pasó a servir a Flandes como soldado. Posteriormente sirvió en Milán donde prestó servicio en la caballería desempeñando, sucesivamente, los

Respecto a las compañías y sus comandantes, se deseaba tener lista, al menos, una de cada orden, con el objetivo de incluir en ellas a los caballeros y sustitutos que llegaran a la Corte, para registrarse ante los funcionarios encargados de ello<sup>1459</sup>. Desde estos primeros momentos se buscó que los candidatos acreditaran las dos cualidades más apreciadas para el mando en el Batallón de las Órdenes: nobleza acreditada y experiencia militar. Pero ante la imposibilidad de encontrarlos en número suficiente, y a que tal vez no aceptaran este empleo, se optó por integrar a individuos que, por un lado atestiguaban unos orígenes esclarecidos, y otros cuyo principal atributo era su conocimiento de la carrera de las armas. En este sentido, si los capitanes fueran todos nobles, pero con poca o nula experiencia militar, el prestigio de la unidad sería incuestionable, aunque su operatividad dejaría mucho que desear. Por otro lado, si primaban los expertos castrenses frente a la sangre, pese a que se distinguieran en el campo de batalla, el efecto psicológico se difuminaría, pues sería considerada como una unidad más del ejército real.

Entre los primeros jefes de compañía (que no olvidemos eran caballeros de hábito, condición indispensable para ello), se encontraban algunos de los que en última instancia serían designados para ello. Su proceso de designación siguió los cauces habituales en estas ocasiones: se proponían tres candidatos (el que figuraba en primer lugar, en general, tenía más posibilidades de llevarse el gato al agua), y se elegía uno de ellos. Para la compañía de la orden de Santiago, los sujetos propuestos fueron: D. Sebastián Centurión y Córdoba (hijo del marqués de Estepa<sup>1460</sup>), que tenía el empleo de capitán de caballos corazas, y desde 1632 servía en la Armada Real; asimismo, en 1638 sirvió la campaña de Fuenterrabía (otro ejemplo más de la persistencia del vínculo

---

empleos de alférez, teniente y capitán, tanto de caballos arcabuceros como de corazas. Poco después fue nombrado comisario general de caballería que, y sirvió en la campaña que el duque de Feria realizó en 1633 para restablecer las comunicaciones entre Milán y Bruselas. Asimismo, estuvo presente en la batalla de Nordlingen, con el empleo de teniente general de la caballería, donde comandó cuatro trozos (regimientos), y tuvo una actuación destacada en tan importante victoria. En 1639 se le nombró teniente general de la caballería de Perpiñán, y sirvió en el Principado de Cataluña hasta su levantamiento. *Título de teniente general de la caballería de las Órdenes Militares en la persona de D. Álvaro de Quiñones, caballero de la orden de Santiago y comendador de Aguilarejo*. Madrid, 9-2-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

<sup>1459</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que se proponen algunos caballeros de las órdenes, para tres compañías del batallón de ellas*. Madrid, 30-3-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>1460</sup> La asistencia de este clan a la monarquía española se remontaba al reinado de Carlos I, cuando en 1524 Agustín Centurión se ofreció a transferir por su cuenta, desde Amberes al sur de Francia, los subsidios destinados al Emperador. A partir de ese momento desarrollaron una prolífica carrera al servicio de la Corona en muy diversas facetas. Esta colaboración no se circunscribió a servicios de carácter financiero, sino que varios de sus miembros emprendieron la carrera diplomática y otros militaron en los ejércitos españoles. PULIDO BUENO, I.: *La familia genovesa Centurión (mercaderes, diplomáticos y hombres de armas) al servicio de España*. Huelva, 2004. Sobre todo, pp. 241-301.

nobleza-guerra). El segundo candidato fue D. Manuel Suárez Triviño, que ostentaba el empleo de sargento mayor y llevaba 10 años sirviendo, distribuidos en Flandes y en España (donde estuvo presente en el sitio de Fuenterrabía y en Cataluña). En cuanto al tercero, se trataba de D. Pedro de Zúñiga y Salcedo, del cual no hemos encontrado referencias sobre su experiencia militar<sup>1461</sup>.

Los elegidos para la compañía de Calatrava fueron: el capitán D. Pedro Lisón de Fonseca, que había servido durante 9 años, en Milán, Orán y España, sujeto cuya presencia en el Batallón se hacía más que recomendable ya que, comenzando a servir como soldado, ascendió hasta el referido empleo; el también capitán D. Diego Gutiérrez de Barahona, que acreditaba servicios “en diferentes partes”, entre los años 1614-1630; y como tercer elegido, D. Juan Muñoz de Salazar, capitán de caballos corazas de la compañía de nobleza del reino de Granada<sup>1462</sup>. En cuanto a la última de las milicias cristianas, la de Alcántara, se sugirieron los siguientes nombres: el capitán D. Pedro Chirino de Narváez, que había servido un total de 14 años, tanto en Italia (Nápoles y Milán) como en España (Cataluña, presidio de Cádiz y ejército de Ayamonte); D. Tomás de Beaumont y Navarra, que ha servido cuatro años como capitán de una compañía del Reino de Navarra, y además servía como gentilhombre de la boca del rey; y D. Diego de Quiñones, individuo del que no tenemos ningún dato<sup>1463</sup>.

Unos días más tarde, la Junta propuso nuevos individuos para capitanes de las compañías<sup>1464</sup>. En la orden de Santiago, dos eran las unidades que esperaban a su comandante. En cuanto a la primera de ellas, todos los sujetos designados pertenecían a los cuadros medios-bajos del segundo estado: el marqués de Villazor<sup>1465</sup>, el marqués de la Liseda, el marqués de Villamayor y D. Antonio Álvarez de Toledo, conde de Cedillo<sup>1466</sup>. Los de la segunda compañía respondían a un perfil distinto de los anteriores, pues se trataba de individuos con acreditada experiencia militar, pertenecientes a la

---

<sup>1461</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*.....30-3-1640.

<sup>1462</sup> *Ibidem*.

<sup>1463</sup> *Ibidem*.

<sup>1464</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que propone sujetos para proveer individuos para proveer cinco compañías del batallón de ellas*. Sin fecha. Principios de abril de 1640. AHN, OO.MM, Leg. 4642.

<sup>1465</sup> D. Blasco Tomás de Alagón y Cardona, IV marqués de Villazor, linaje oriundo de Cerdeña, recibió el hábito de Santiago en 1637, y ocupó, entre otros, los empleos de gentilhombre de la Cámara y general de la caballería de Cerdeña. ÁLVAREZ Y BAENA, J.A.: *Hijos de Madrid, ilustres en santidad, dignidades, armas, ciencias y artes*. Tomo I. Madrid, 1789. pp. 240-241.

<sup>1466</sup> Este título fue concedido por Felipe IV a D. Antonio en 1624. BERNI y CATALÁ, J.: *Op. cit.* p. 280.

oficialidad: los sargentos mayores D. Pedro de Cañaverál y Córdoba<sup>1467</sup> y D. Iñigo de Angulo y Velasco<sup>1468</sup>, y los capitanes D. Miguel de Itúrbide y D. Rodrigo de Herrera Céspedes<sup>1469</sup>.

Junto a las dos compañías de la orden de Santiago, se deseaba proveer otras tres compañías, una de la orden de Calatrava, otra de Alcántara y la última de la orden de Montesa, cuyos pretendientes también respondían a este perfil. En lo referente a la primera de ellas, los nominados a ocupar este honor fueron: D. Juan Fernando de Pizarro, marqués de la Conquista, D. Basilio de Castellví (que servía como capitán de caballos corazas con una compañía levantada a su costa en el Reino de Valencia, y ejercía el empleo de gobernador de la orden de Calatrava en los reinos de Valencia y Aragón), D. Alonso Ortiz de Zúñiga (hijo mayor del marqués de Valencina), y D. Antonio Bonal. Los escogidos para Alcántara fueron: D. Beltrán de Guevara, hijo del conde de Oñate; D. Diego Ramírez de Haro, que había prestado servicios como capitán en la Armada Real y ahora ostentaba el empleo de alcaíde de El Pardo<sup>1470</sup>, el marqués de la Alameda y el marqués de Sofraga. Y finalmente, para la orden de Montesa, se designó: a D. Jorge de Vilaragut y Castellví, conde Olocáu, que tenía experiencia militar<sup>1471</sup>, D. Cristóbal de Cardona y D. Gaspar Goñi y Sopena.

---

<sup>1467</sup> Ya dimos cuenta de los servicios de D. Pedro hasta 1637. Sabemos que los retomó en septiembre de 1639 como sargento mayor del tercio del maestre de campo D. Luis de Monsalve, su último destino antes de ser propuesto para el mando de una de las compañías del Batallón. *Relación de los servicios del maestre de campo D. Pedro*.....

<sup>1468</sup> Representaba 29 años de servicios, realizados en el Mediterráneo y en España. *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*.....Sin fecha. Principios de abril de 1640.

<sup>1469</sup> D. Rodrigo acreditaba, en esos momentos, 27 años de servicios, habiendo pasado por todos los puestos. Comenzó a servir en Lombardía, en 1613, sentando plaza de soldado, hasta agosto de 1616. En ese tiempo fue honrado por el marqués de San Germán (gobernador y capitán general del Milanesado) con 6 escudos de ventaja. De allí pasó a servir como alferez de una compañía de caballos, y poco después alcanzó el grado de teniente en la misma unidad, en la cual permaneció hasta 1623. Ese año pasó al Reino de Mallorca a levantar, con patente del gobernador del estado de Milán, que en esos momentos era el duque de Feria, una compañía de 200 hombres. En 1635 recibió el hábito de la orden de Santiago, y se le hizo merced de una patente de capitán de caballos corazas, para que sirviera en la compañía del Conde Duque. Durante los años siguientes estuvo destinado al frente catalán, donde llevó a cabo numerosas acciones contra los franceses, en las cuales demostró su valía, y le llevaron a ser propuesto para el mando de una compañía del batallón de las Órdenes. *Relación de los servicios del comisario general D. Rodrigo de Herrera Céspedes, caballero de la orden de Santiago*. Madrid, 20-11-1645. AGI, Indiferente, Leg. 112/136.

<sup>1470</sup> Dos años más tarde será honrado con el título de vizconde de Bornos, y en julio de 1644 fue convertido en marquesado. BERNI y CATALÁ, J.: *Op. cit.* p. 331.

<sup>1471</sup> Los Vilaragut, oriundos de Valencia, fueron uno de los principales apoyos que encontró la Corona en las Cortes celebradas en el ese reino en 1626, lo cual le valió a D. Alonso de Vilaragut (padre de D. Jorge), la concesión del título de conde de Olocáu. Además, en 1630, con motivo de una leva solicitada por el marqués de Los Vélez, que en esos momentos era virrey del reino de Valencia, reclutó a su costa una compañía de 260 infantes para que sirvieran en la guerra de Mantua, la cual fue capitaneada por D. Jorge, lo cual supuso su primer contacto con la carrera militar. Dos años más tarde (1632), con motivo de la muerte de su padre en Flandes, donde se encontraba sirviendo con las armas (aunque también se decía que murió en Alemania luchando contra los suecos), heredó el título de conde, y en 1634 ingresó en la

De esta forma, en los primeros días del mes de abril la Junta podía congratularse de haber presentado candidatos para cubrir ocho de las compañías del Batallón, esfuerzo que fue valorado positivamente por el monarca, el cual procedió a proveerlas en los que consideró más a propósito. Entre los primeros designados se encontraban, para cuatro compañías de la orden de Santiago: el marqués de la Liseda, D. Rodrigo de Herrera y Céspedes, D. Sebastián Centurión y Córdoba, y D. Pedro de Cañaveral y Córdoba<sup>1472</sup>. La de Calatrava fue a parar a manos de a D. Juan Fernando de Pizarro, marqués de la Conquista<sup>1473</sup>; mientras que las de Alcántara se entregaron a D. Pedro Chirino de Narváez y a D. Diego Ramírez de Haro<sup>1474</sup>. Mientras que la compañía de la orden de Montesa, fue asignada a D. Jorge de Vilaragut, conde de Olocau<sup>1475</sup>.

Esta elección, sin embargo, no significó que el agraciado ocupara su puesto, ya que algunos de los seleccionados declinaron tal honor. Así, el marqués de la Liseda, D. Diego Ramírez de Haro y D. Rodrigo de Herrera, rechazaron tomar posesión de este empleo. En el caso del marqués de la Liseda (caballero de la orden de Santiago, y gentilhomme de la llave del rey, que acudió a servir al socorro de Fuenterrabía) propuesto para comandar una compañía de la orden de Santiago, pese al honor que, al menos formalmente, suponía que su persona fuera tenida en cuenta para esta ocupación, declinó tal responsabilidad debido a su falta de salud y al pésimo estado por el que atravesaban sus finanzas, como consecuencia de los gastos en que incurrió con motivo de su participación en la campaña guipuzcoana de 1638, pues en la situación actual no podría desempeñar, con el decoro necesario, un cargo tan prestigioso como el que se le ofrecía.

Pero no solo se excusó del empleo de capitán, sino que también solicitó ser relevado de acudir a servir en persona junto con el resto de caballeros de su orden. Con

---

orden de Montesa. Aunque no está confirmado, se sospecha que en 1638 fue uno de los capitanes designados para conducir los 2.000 hombres de la milicia del reino de Valencia para reforzar la frontera pirenaica. En cambio, se atestigua su presencia en el socorro de Salces, con una compañía que levantó a su costa. Por estos motivos, D. Jorge sería uno de los candidatos más cualificados para capitanear una de las compañías del Batallón de las Órdenes. LLORET GÓMEZ DE BARREDA, P.: “Los servicios a la Monarquía y el proceso de ennoblecimiento del linaje valenciano de los Vilaragut en el siglo XVII”, en: ARANDA PÉREZ, F.J. (coord.): *La declinación de la Monarquía Hispánica. Actas de la VII Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna*. Cuenca, 2004. pp. 631-643.

<sup>1472</sup> Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes para proveer ocho compañías de las que se han de formar en el batallón de la caballería de ellas. Madrid, 3-4-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>1473</sup> *Ibidem*.

<sup>1474</sup> *Ibidem*.

<sup>1475</sup> *Ibidem*.

todo, estaba dispuesto a servir con un sustituto que acudiera en su lugar<sup>1476</sup>. Su actitud resultaba, cuando menos, paradójica, pues si tan mala era su situación económica, ¿cómo está en condiciones de ofrecer, de forma voluntaria, un sustituto, circunstancia que acarrearía un considerable desembolso? Tal vez la explicación haya que encontrarla en la poca voluntad del marqués de verse envuelto en una incierta campaña, probablemente como consecuencia de su mala experiencia en Fuenterrabía, y que estuviera dispuesto a realizar un sacrificio pecuniario en lugar de asistir en persona. O pudiera ser que el desempeño de la carrera de las armas no le hubiera reportado los beneficios que esperaba alcanzar, y por ese motivo deseara verse libre de cualquier compromiso militar. Según nuestro criterio, en la base del problema, de nuevo, se encontraba el hecho de que la Corona y la nobleza tenían dos concepciones diferentes del servicio que ésta última debía prestar. Pues el monarca lo consideraba como una obligación ineludible e inexcusable, nacida de su condición social, tanto personal como material. En cambio, el segundo estado lo veía como un camino gracias al cual obtener importantes ganancias, tanto a través del propio hecho bélico, como mediante las mercedes concedidas por el monarca en consideración a tal esfuerzo. Es decir, como ya hemos apuntado en los capítulos antecedentes, se trataba de una relación basada en el intercambio de favores y asistencias y, sobre todo, en la negociación. Con todo, Olivares y Felipe IV conocían las reglas del juego, y eran conscientes de que sólo la promesa de remuneraciones y mercedes moverían a los caballeros de hábito, sobre todo a los que, además, reunían en sus personas la pertenencia a la nobleza titulada, a concurrir en esta ocasión.

En D. Diego Ramírez de Haro coincidieron algunas de las circunstancias representadas por el marqués de la Liseda, en concreto sus dificultades económicas, nacidas de los gastos generados durante sus años de servicio en la Armada (¿de nuevo un miembro del segundo estado arruinado por haber servido al rey con las armas?). Además, manifestó haber sido relevado de acudir a servir en persona, mediante la

---

<sup>1476</sup> “(.....) La merced que S.M., Dios le guarde, me hace, en parecerle a propósito mi persona para capitán de mi orden, estimo en mucho, que es cuanto puedo encarecer. Siempre he deseado tener ocasiones, y valer para servir a S.M., por eso fui de los primeros que partieron a Fuenterrabía, teniendo tan pocos medios que por ello empené las joyas que la marquesa tenía (.....). Y de las descomodidades forzosas de esta jornada, me resultaron achaques que no he podido vencer, y embarazan el trabajar a caballo.” *Carta del marqués de la Liseda al conde de Monterrey sobre el mando de una compañía de la orden de Santiago*. Madrid, 10-4-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.



presentación de un sustituto, el cual ya tenía listo y prevenido<sup>1477</sup>. Sin embargo, la Junta de la Milicia de las Órdenes recomendó desestimar sus alegaciones para rechazar el mando de una compañía del Batallón, y forzarle a que lo aceptara. Según este organismo, su presencia en dicha unidad es más que recomendable, tanto por sus conocimientos militares como por su calidad. Pues los argumentos que expuso podían ser utilizados por otros caballeros y comendadores, no solo para declinar puestos de la oficialidad, sino también para servir las plazas sencillas<sup>1478</sup>. No obstante, las medidas coercitivas propuestas por la Junta no debieron de surtir el efecto deseado, pues D. Diego ni sirvió el empleo de capitán, ni concurrió con su persona en la caballería de las Órdenes.

En este sentido, a D. Rodrigo de Herrera Céspedes rehusó el empleo de capitán no porque tuviera pocos deseos de servir, antes al contrario, sino porque este premio no era un atractivo lo suficientemente poderoso, ya que en esos momentos tenía patente de capitán de caballos corazas, y servía como teniente de la compañía de las Guardas de Castilla del Conde Duque de Olivares. Debido a estas circunstancias, no tenía ninguna intención de abandonar su destino, a menos que se le ofreciera un ascenso<sup>1479</sup>, lo cual ocurrió finalmente, ya que ocupó el puesto de comisario general del Batallón<sup>1480</sup>.

En vista de tales rechazos, se consultaron nuevos individuos para el mando de las compañías; en concreto dos de la orden de Santiago y una de la orden de Calatrava<sup>1481</sup>, que se proveyeron (las dos primeras), en: D. Cristóbal de Gaviria y D. Manuel Suárez Triviño, cuyo nombre había aparecido ya para dicha ocupación. Mientras que la tercera fue para D. Juan de Egues y Beaumont, que llevaba cuatro años sirviendo en Cataluña<sup>1482</sup>. Pese a todo, uno de los caballeros, D. Cristóbal de Gaviria, caballerizo del rey, tampoco aceptó el cargo ofrecido<sup>1483</sup>, y liquidó su participación en la caballería de las Órdenes Militares mediante la presentación de un sustituto. Así, a la

---

<sup>1477</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes, en la que representa lo que se le ofrece sobre la excusa de D. Diego Ramírez de Haro para no aceptar el mando de una de las compañías de la orden de Alcántara*. Madrid, 20-4-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>1478</sup> *Ibidem*.

<sup>1479</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la excusa que representa D. Rodrigo de Herrera para no aceptar el mando de una de las compañías del batallón de ellas, de que V.M. le había hecho merced*. Madrid, 13-4-1640. AHN, OO.MM., Leg. 4667.

<sup>1480</sup> *Patente de comisario general de la caballería de las órdenes militares a favor del capitán de caballos corazas D. Rodrigo de Herrera Céspedes, caballero profeso de la orden de Santiago*. Madrid, 3-6-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

<sup>1481</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes para proveer, por votos secretos, tres compañías de las órdenes militares, dos para la de Santiago y una para la de Calatrava*. Madrid, 18-4-1640. AHN, OO.MM., Leg. 4667.

<sup>1482</sup> *Ibidem*.

<sup>1483</sup> *Ibidem*.

altura de mediados de abril, siete de las compañías del Batallón (3 de Santiago, 2 de Calatrava, una de Alcántara y otra de Montesa) ya tenían comandante, y se buscaban candidatos para las restantes.

Otro de los problemas a los que se debía dar respuesta, era la falta de preparación militar de la mayor parte de los individuos, tanto caballeros como sustitutos, que iban a formar parte de la unidad, pues la condición de miembro de las milicias cristianas, por sí sola, no era suficiente para desempeñar una tarea tan compleja como era el servicio militar a caballo. Para paliar esta deficiencia, se propuso obligar a todos los caballeros de hábito y comendadores (militares profesionales), que en esos momentos estuvieran en España sin servicio activo, a alistarse en la caballería de las Órdenes Militares<sup>1484</sup> (suponemos que en clara referencia a los oficiales reformados, o soldados veteranos que no estaban sirviendo, a la manera de lo acontecido con otros organismos cuyo objetivo era devolver a los ejércitos españoles a antiguos profesionales de la milicia); al tiempo que, como incentivo para el servicio, se proponía ofrecerles el último sueldo que hubieran tenido<sup>1485</sup>.

Nos inclinamos a pensar que los responsables de la formación de la unidad mostrarían sus temores ante el hecho de enviar una unidad compuesta por bisoños, que fuera deshecha a las primeras de cambio, con el consiguiente menoscabo de reputación y notoriedad ya que, al menos en teoría, el Batallón de las Órdenes representaba a la nobleza de España. En este sentido, en una unidad donde el factor prestigio era tan importante (en realidad era elemento que la daba forma y la cohesionaba), se hacía imprescindible integrar al mayor número posible de caballeros con experiencia militar, así como sustitutos que, en los años anteriores, hubieran tenido algún contacto con las armas, para explotar aquello en lo que residía su grandeza y admiración por el resto de la sociedad.

---

<sup>1484</sup> “Habiéndose considerado cuanto importa que los batallones que se han de formar de las órdenes militares, como tendrán cuerpo en el número, le tengan en la calidad, y en la sustancia, y que demás del mayor servicio de V.M., va en la fuerza de esta caballería la reputación de la nobleza de España, pone en consideración la junta a V.M. que, por más cuidado que se ponga, estos batallones, y cada compañía de por sí, tendrán flaqueza grande, siendo bisoños caballeros y sustitutos.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes para que los caballeros de las órdenes que se hallasen en España, y no estuviesen ocupados en puestos vivos, vengán a servir en la caballería de las Órdenes*. Madrid, 18-4-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>1485</sup> “Y a la junta se le ofrece representar a V.M. se sirva de mandar que los caballeros que se hallaren en España y no estuviesen ocupados, sigan los batallones, y vengán a servir con los sueldos que tuvieren de V.M. o con los últimos que hubieren tenido. Que con esto, repartiéndolos por las compañías, tendrá cada una, en sí, la fuerza que ha menester, y serán de la calidad que V.M. ha deseado siempre. Y no desmerecerán la gloria y nombre que adquirieron las órdenes por lo pasado.” *Ibidem*.

Las apreciaciones de la Junta fueron respaldadas por el monarca, y se ordenó al conde de Castrillo (que junto la movilización de los caballeros y comendadores de la orden de Calatrava, se encargaba de registrar y enviar al frente a los oficiales reformados y, en general, a todo aquel que acreditara servicios previos), que reservara a los militares que pertenecieran a las milicias cristianas. Y en caso de que hubieran sido destinados a otros ejércitos, serían relevados de esta obligación y enviar en su lugar a otros individuos “que no sean de hábito”, pues el lugar donde debían servir todos ellos era el Batallón de las Órdenes<sup>1486</sup>. Pese a todo, la Corona era consciente de que con la aplicación de esta normativa, en algunos destinos sus intereses se verían dañados. Esto se debía a las dificultades que entrañaría sustituir a los caballeros de hábito que ya estaban sirviendo, por otros militares que no fueran miembros de las Órdenes Militares<sup>1487</sup>. Pues estos se trocarían individuos con experiencia en sus puestos, por otros que deberían hacer un esfuerzo adicional por suplir sus carencias (ya que no era lo mismo servir en un lugar que en otro, porque cada uno tenía unas características y unas peculiaridades propias, las cuales sólo podían adquirirse tras periodos continuados de servicio).

Pese a que todavía quedaba mucho para lograr la movilización completa de caballeros y comendadores<sup>1488</sup>, a mediados del mes de abril ya habían pasado muestra algunos sustitutos, entre los cuales se encontraban quienes iban a servir en lugar de ciertos consejeros y personal administrativo afecto al sistema polisinodial, a quienes se había relevado de servir en persona<sup>1489</sup>. Pero no sólo se habían presentado los sustitutos, sino que también lo habían hecho varios caballeros que acudieron a la llamada del rey<sup>1490</sup>. No obstante, estos avances se vieron ralentizados por los problemas existentes

---

<sup>1486</sup> “(.....) Se ha de servir V.M. de mandar se de luego orden al conde de Castrillo, no sólo en lo que tocara a los soldados caballeros de hábito que estuvieren aquí, sino también para algunos que se habrán despachado, repartíendolos en puertos y otras partes diferentes, mandando V.M. se envíen otros soldados que no sean de hábito en su lugar. Pues conforme a esta resolución de V.M., todos los caballeros de las órdenes que no estuvieren ocupados en puestos militares vivos, deben seguirlos.” *Consulta de la junta de Caballería sobre que los soldados que se han despachado, siendo caballeros de hábito, vengan a servir con las órdenes*. Madrid, 22-4-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>1487</sup> *Ibidem*.

<sup>1488</sup> “(.....) no se aprieta a los caballeros de hábito con el rigor que V.R. escribe, aunque no parece se descuidan en las prevenciones de guerra.” *Carta del padre Alonso de Amaya al padre Rafael Pereira*. Valladolid, 14-4-1640. MHE, Tomo XV. p. 443.

<sup>1489</sup> “(.....) el domingo pasado [17 de abril] se tomó muestra a los hidalgos que han dado montados los ministros y consejeros que, por sus puestos, no pueden salir en persona. Serían hasta 160, unos buenos y otros ridículos. Asistieron en el parque los señores marqués de Los Balbases y duque de Híjar, con D. Fernando Chirino de la Cueva, comisario general de la caballería de Cataluña. PELLICER Y TOVAR, J.: *Op. cit.* pp. 110-111.

<sup>1490</sup> “(.....) Hácense prevenciones [el 24 de abril] para tomar muestra a los caballeros de las Órdenes Militares, y aquel día sale a ella el señor Conde Duque, como capitán general de la caballería de España.

en la provisión de los mandos de las compañías, que se estaba dilatando más de lo deseable. Esta indecisión repercutió negativamente en la formación de la unidad, pues muchos caballeros que habían presentado sus sustitutos, veían como las monturas de éstos sufrían daños por la falta de cuidados, e incluso la deserción de la persona entregada ya que, ante la falta de capitán, la compañía no podía ser formada y hasta ese momento, su salario no correría por cuenta de la Real Hacienda<sup>1491</sup>.

Con el objetivo de solventar estas anomalías, el Conde Duque convocó a los miembros de la Junta a una reunión en sus aposentos. En ella, se creyó oportuno revocar la orden según la cual debían estar listas todas las compañías del Batallón para que partieran a la vez. Así, según se fueran formando se designaría a los oficiales para que, de forma inmediata, partieran hacia Cataluña<sup>1492</sup>. Al mismo tiempo, se decretó que los titulares del hábito entregasen 15 ducados cada uno a Cristóbal Martínez Flores, depositario de la Junta de la Milicia de las Órdenes, equivalentes a la paga de un mes. Esta era la cantidad que se estimaba suficiente para que los sustitutos pudieran mantenerse hasta la constitución de la compañía, y su salida hacia el frente catalán<sup>1493</sup>.

No obstante, como ya hemos adelantado en las líneas anteriores, se tanteó la posibilidad de conceder a todos aquellos individuos que en esos momentos se encontraban en la situación de reformados (pero que iban a servir en el Batallón como sustitutos), un salario equivalente al último que hubieran cobrando cuando se encontraban en servicio (el cual superaría ampliamente los 15 escudos que, como disposición general, se había determinado ofrecer a los sustitutos). Esta realidad tomó cuerpo a finales del mes de junio cuando, ante la necesidad de incluir en la caballería de las Órdenes Militares al mayor número posible de sujetos con experiencia militar, se autorizaron tales gracias<sup>1494</sup>. Tal liberalidad de la Corona, por otra parte necesaria para atraer a quienes habían profesado la carrera de las armas, incrementaría los gastos

---

Y ha mandado a todos los capitanes de corazas y demás oficiales de la caballería, le acompañen. *Ibidem.* p. 112.

<sup>1491</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre distintos aspectos para la formación del batallón de ellas.* Madrid, 3-5-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4642.

<sup>1492</sup> “(.....) Para excusar estos inconvenientes pareció que, de esta caballería, se formasen luego las compañías que cupieren en el grueso de ella. Y que éstas, como se fueran formando, cada una con sus oficiales, después de haberse presentado delante del conde duque (capitán general de la caballería), y pasado muestra, salgan a los lugares que se les señalare, con atención a que han de volver a pasar muestra general, sin quedar ni hacer noche en Madrid. Con que formadas estas compañías, divididas y alojadas, y con asistencia y cuidado de sus capitanes y oficiales de ellas, se conservarán y tendrán el gobierno que conviene.” *Ibidem.*

<sup>1493</sup> *Ibidem.*

<sup>1494</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre el sueldo de los sustitutos reformados.* Madrid, 20-6-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

generados por el Batallón, pues de unos sueldos ordinarios de 15 escudos para los hidalgos sustitutos<sup>1495</sup>, y 20 para los caballeros y comendadores<sup>1496</sup>, se pasaba al abono de haberes pertenecientes a empleos de la oficialidad, mucho más cuantiosos.

Este hecho constituye otra de las paradojas que rodearon la formación del Batallón de las Órdenes, pues aunque se trata de una unidad en la cual el peso de la sangre y de lo nobiliario era aplastante, quienes tuvieran servicios previos en la milicia, sobre todo si eran caballeros de hábito, percibirían salarios más elevados que quienes iban a recibir su bautismo de fuego en la caballería de las Órdenes Militares, y sólo acreditaban su pertenencia a las milicias cristianas. Con ello quedaría demostrado que, pese a todas las disquisiciones teóricas y alusiones propagandísticas sobre su esencia aristocrática, la realidad acabaría por imponerse, y en ese aspecto la experiencia militar triunfó sobre la sangre. Ya no hablamos de los capitanes de las compañías, que iban a percibir 110 escudos al mes (no obstante eran caballeros de hábito), sino que un capitán de caballos reformado, sin hábito, percibiría 80 escudos, y uno de infantería en la misma situación, 25. Y aún más, un teniente de caballos reformado, percibiría 20 escudos, la misma cantidad que un comendador o caballero de las Órdenes Militares, y más que un hidalgo; con la diferencia de que el militar en cuestión pertenecía al estamento llano.

Mientras tanto, se continuó trabajando para designar nuevos capitanes para las compañías. Sin embargo, la Junta representó dos circunstancias que dificultaban su labor: en primer lugar la escasez de individuos con experiencia en la caballería, la cual era aún más fehaciente entre los miembros de las Órdenes Militares; mientras que la segunda aludía a la escasez de medios evidenciada por la mayoría de los individuos propuestos para el mando (aspecto muy importante para asegurar el sostenimiento de la compañía, pues los fondos de la Corona no se recibían con la regularidad deseada, y hasta ese momento el oficial al mando debería asumir los gastos, si no quería ver cómo ésta se deshacía). Por este motivo, la Junta se mostró a favor de ofrecer el empleo de capitán a caballeros residentes en provincias, cuyo principal mérito era disponer de una economía saneada y, sobre todo, contar con séquitos dispuestos a seguirles<sup>1497</sup>. Entre

---

<sup>1495</sup> *Cédula para que los hidalgos sustitutos que van a servir en lugar de los comendadores y caballeros de las órdenes militares, gocen el sueldo de 15 escudos al mes.* Madrid, 3-7-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

<sup>1496</sup> *Cédula para que los comendadores y caballeros de las órdenes militares que sirvieren en los batallones de la caballería de ellas, gocen del sueldo de 20 escudos al mes.* Madrid, 3-7-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

<sup>1497</sup> “(.....) y se confirió sobre la estrechez que tenían los capitanes nombrados por V.M., los cuales, si bien son soldados en la infantería, no tienen práctica en la caballería, ni en ella se hallan sujetos de hábito con esta calidad, para proponerlos a V.M. por capitanes. Y pareció a la junta que convendría emplease

ellos, se propusieron dos nombres: D. Luis Calderón de Chaves, caballero de Santiago, vecino de Trujillo, y D. Rodrigo Tenorio y Arista de Zúñiga, caballero calatravo, de La Rioja. El primero de ellos no obtuvo el puesto de capitán, pero sí participó personalmente en el Batallón, mientras que el otro fue designado para esta responsabilidad.

Decisiones como ésta confirmarían la importancia del dinero, las clientelas y la capacidad de movilización a la hora de proveer los empleos militares, por encima de los méritos realizados con las armas. No debemos ignorar que, por muy competente que fuera un oficial, si no contaba con la financiación oportuna, su unidad se vería reducida a la nada en cuestión de semanas. Y al contrario, pese a no contar con los años de servicio requeridos para el mando, siempre y cuando estuviera en condiciones de aprestar los fondos necesarios para su mantenimiento, podía suplir esta carencia mediante la provisión de un buen segundo con la experiencia requerida, en este caso el teniente. Algo parecido ocurría si el aspirante a capitán gozaba de una buena red de contactos (basados en relaciones de dependencia hacia su persona) pues estaría en condiciones de levantar su unidad con mucha más facilidad que otro oficial sin éstos vínculos personales (aunque acreditara mayor experiencia)<sup>1498</sup>.

Otro de los aspectos que merecieron una atención preferente durante estos meses, fue el impacto que el Batallón tendría sobre la Real Hacienda, con el objetivo de dotar a la caballería de las Órdenes Militares de unos fondos fijos y estables, suficientes para asegurar el mantenimiento y conservación de las compañías. A este respecto, la Junta envió una detallada relación al monarca, en la cual se ofrecen los primeros datos de carácter global sobre el coste del Batallón<sup>1499</sup>. En ella se establecieron tres partidas presupuestarias: los sueldos de la “primera plana” (es decir, los oficiales superiores),

---

V.M., en estas compañías, algunos caballeros de calidad y hacienda que se hallan en las órdenes militares que no han seguido con continuación la Corte, y por eso están más sobrellevados, y con posibilidad de poder tener camaradas en la campaña, y socorrer algunas necesidades. Y de los que se ofrecieron allí más a propósito (que hasta ahora se han presentado en la muestra que se ha tomado), fueron (.....).” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*.....3-5-1640.

<sup>1498</sup> Francisco de Melo, en su obra sobre la guerra de Cataluña, cuestionó que los individuos designados como capitanes de las compañías del Batallón fueran los más aptos para una responsabilidad tan importante. “(.....) En las elecciones de capitanes no entró todo aquel respeto que parece se debía a cosa tan grande; eran mozos algunos, y otros inferiores a la grandeza del puesto.” MELO, F.M.de: *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña*. (Edición de ESTRUCH TOBELLÀ, J., Madrid, 1996). pp. 264-265. (1ª edición: San Vicente, 1645). Sin embargo, consideramos que el juicio de Melo no se ajusta del todo a la realidad, pues si bien es cierto que algunos capitanes no tenían experiencia militar previa, otros podían demostrar varios años de servicio en los campos de batalla.

<sup>1499</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre lo que importan cada mes los sueldos y gastos de la caballería de ellas, para que se de una consignación fija donde se pague*. Madrid, 18-7-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

cifrados en 1.795 escudos; los generados por las 28 compañías que se esperaban formar (aunque esta cifra es del todo exagerada, pues en última instancia se levantaron 20), incluidos los capitanes, tenientes, alféreces, alféreces mayores, junto con 1.400 sustitutos y 100 caballeros (que en última instancia se estimaba concurrirían) cuyo montante ascendía a 30.330 escudos mensuales<sup>1500</sup>. A esta cantidad había que sumar los sobresueldos prometidos (a cambio de prestar sus servicios en la caballería de las Órdenes) a todos aquellos individuos, tanto caballeros de hábito como comendadores, que acreditaban experiencia en puestos militares, tanto vivos como reformados, consistentes en el último sueldo que hubieren cobrado, y que se estimaban en unos 5.000 escudos mensuales, aunque cabía la posibilidad de que fuera aún mayor<sup>1501</sup>.

Si sumamos los tres conceptos anteriores, nos encontramos con un total de 37.125 escudos al mes, cantidad que podría verse reducida por el hecho de que los gastos acarreados por los sustitutos correrían por cuenta de los caballeros y comendadores que no sirvieran en persona. Pero este presupuesto fue rechazado por el monarca, pues sobrepasaba el límite establecido para la financiación de esta unidad. De este modo, ordenó moderar los salarios de los oficiales superiores, y que se le enviara una relación detallada con todos los reformados que iban a servir en el Batallón de las Órdenes, con el objetivo de ajustar lo más posible los gastos<sup>1502</sup>.

La Junta se puso manos a la obra y unos días más tarde remitió un nuevo informe al monarca, mucho más ajustado, en el que sólo constaban los individuos inscritos en los libros del sueldo hasta el 8 de agosto, y estaban listos para ser enviados a Cataluña. Pese a que todavía quedaban varias compañías por formarse, y que parte de la alta oficialidad del Batallón figuraba en este listado, lo más destacado es que se redujo el presupuesto inicial en más de 20.000 escudos, pues la cantidad final ascendía a

---

<sup>1500</sup> *Ibidem*.

<sup>1501</sup> “(.....) Adviértase que mucha parte de estos caballeros han sido capitanes de caballos, de infantería, y otros puestos, de que han de gozar el sueldo de ellos, conforme a la orden de S.M. Y lo mismo se ha de entender en cuanto a los sustitutos que hubieren servido en puestos militares, y han de gozar del sueldo de reformados. Que para esto, y otras ocupaciones, parece serán menester 5.000 escudos cada mes, poco más o menos, pues no se puede ajustar hasta que cada uno presente sus papeles.” *Relación de lo que parece importará el sueldo de un mes de los oficiales mayores de la caballería de las órdenes militares, ministros, caballeros y sustitutos*. Madrid, 18-7-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>1502</sup> “(.....) conviene mucho moderar los sueldos que contiene esta relación, por ser excesivos y subir mucho la consignación. Y envíeseme relación, por menor, de los oficiales sustitutos que están sirviendo en sus cuarteles para mandarles pagar solo lo precisamente efectivo. Y después se podrá aumentar lo que se fuere creciendo.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes.....* 18-7-1640.

poco más de 16.000 escudos mensuales (en concreto 16.474)<sup>1503</sup>. Pero junto a su importancia como documento económico, ésta relación nos ofrece una valiosísima información sobre cómo se encontraba la formación de la caballería de las Órdenes Militares en esos momentos, así como del número total de caballeros y sustitutos presentes.

Entre finales de junio y principios de julio habían pasado muestra 13 de las compañías del Batallón: ocho de la orden de Santiago (la comandada por el comisario general, D. Rodrigo de Herrera Céspedes, y las de los capitanes D. Sebastián Centurión, D. Pedro Cañaveral, D. Iñigo de Angulo, D. Luis Calderón, D. Manuel Treviño, D. Diego de Villalba y D. Juan Bautista de Otho), tres de Calatrava (Marqués de la Conquista, D. Pedro Lisón y D. Rodrigo Tenorio) y dos de la orden de Alcántara (D. Pedro Chirino y D. Rodrigo Tenorio); al tiempo que se trabajaba para formar la del capitán D. Manuel de Arriarán, también de la orden de Alcántara<sup>1504</sup>.

Los efectivos humanos que hasta ese momento estaban adscritos a la caballería de las Órdenes Militares ascendían a 869 hombres. Sin embargo, había una gran desigualdad porcentual respecto a la categoría en la cual se encuadraban, ya que el 87% de ellos (759 individuos) eran sustitutos de los caballeros y comendadores; mientras que solo el 6'5% del total (55 supuestos) ostentaba la condición de miembro de las milicias católicas; en cuanto al otro 6'5% restante, se trataba de los oficiales asignados a la unidad, que hasta ese momento habían hecho acto de presencia<sup>1505</sup>. A esta cifra habría que agregar la compañía de la orden de Montesa que se estaba reclutando en el reino de Valencia, así como las que se formarían de los caballeros de hábito y comendadores del Reino de Navarra, el señorío de Vizcaya y las provincias de Guipúzcoa y Álava, que aportarían otros 200 efectivos al Batallón. A éstos últimos se les había ordenado dirigirse a la ciudad de Cariñena, en el Reino de Aragón<sup>1506</sup>, donde se había establecido el cuartel general de la unidad, con el objetivo de facilitar su tránsito hacia el lugar de destino, y que estuvieran listas lo antes posible.

A grandes rasgos, podemos afirmar que, pese a las dificultades encontradas a la hora de movilizar a los miembros de las Órdenes Militares, y estar compuesto el Batallón en su mayor parte, por sustitutos, en ocho meses se habían reunido unas

---

<sup>1503</sup> *Relación de lo que importa el sueldo de un mes de los oficiales mayores, capitanes, oficiales, caballeros y sustitutos que, efectivamente, se han recibido al sueldo de S.M. y están sirviendo en la caballería de las Órdenes.* Madrid, 8-8-1640. AHN, OO.MM, Leg. 6340(1).

<sup>1504</sup> *Ibidem.*

<sup>1505</sup> *Ibidem.*

<sup>1506</sup> *Ibidem.*



fuerzas montadas cuyos efectivos rondaban el millar de hombres. Este logro merece ser valorado en su justa medida, máxime si tenemos en cuenta que la principal unidad peninsular de caballería, las Guardas de Castilla, no estaba en condiciones de satisfacer por sí sola la demanda de fuerzas montadas que exigía la defensa del corazón de la monarquía española. Como ya hemos referido, los efectivos que presentaban las compañías eran mucho menores de los que deberían tener, y la mayoría de ellas (pese a los intentos del Conde Duque por reforzarlas) se encontraban en un estado deplorable. En este contexto, el Batallón de las Órdenes, se reveló como un importante apoyo a la hora de paliar estas graves carencias.

Pese a la notable reducción en las cuentas presentadas, ésta no satisfizo las expectativas del monarca. En consecuencia, ordenó al conde de Monterrey que se reuniera con el marqués de los Balbases y con D. Nicolás Cid, en una junta aparte, para examinar esta cuestión y zanjarla de forma definitiva<sup>1507</sup>. En su dictamen, pusieron de manifiesto que, si bien era acertado asignar a los oficiales superiores del Batallón unos salarios algo superiores a los del resto del ejército, los argumentos de carácter económico, junto con la más que probable aparición de tensiones y recelos entre la alta oficialidad, aconsejaban poner fin a esta práctica o cuando menos atenuarla<sup>1508</sup>.

Entre los empleos que consideraban susceptibles de ser revisados, se encontraba el de comisario general, cuyo disfrute llevaba anejo un salario mensual de 200 escudos, ya que un comisario general ordinario sólo percibía 150. Según el criterio de la junta en cuestión, ésta sería la cantidad máxima que debería percibir quien ostentara dicho cargo en el Batallón<sup>1509</sup>. Con todo, sus críticas más mordaces se dirigieron contra los tres empleos de alférez mayor (encargados de llevar el estandarte de cada una de las Órdenes) que se había determinado establecer. En primer lugar, se cuestionó su utilidad, pues parece ser que en el pasado, cuando las milicias cristianas salían a combatir, no existía este empleo. Por este motivo, y por los cuantiosos estipendios que iban a recibir (el mismo que los capitanes de las compañías), recomendaron su supresión<sup>1510</sup>. No

---

<sup>1507</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre los sueldos de los oficiales del batallón de ella*. Madrid, 10-8-1640. AHN, OO.MM, Leg. 6340(1).

<sup>1508</sup> “(.....) Parece que se han señalado algunos sueldos de oficiales mayores que exceden los sueldos de los oficiales mayores de todo el ejército, lo cual puede tener inconvenientes. Pues aunque esta caballería sea de tanta calidad, se le hará bastante prerrogativa en que los sueldos que hubiere en ella sean iguales a los que tienen los oficiales mayores del ejército.” *Consulta de la junta que V.M. mandó formar para ver los sueldos que se habían señalado a los oficiales de la caballería de las Órdenes*. Madrid, 25-8-1640. AHN, OO.MM., Leg. 6340(1).

<sup>1509</sup> *Ibidem*.

<sup>1510</sup> “(.....) Los alféreces mayores, se juzga se habrá tenido por conveniente que los haya. Pero discurriendo, sin noticia de las razones que hay para ello, parece que, cuando salían las religiones en la

obstante, su parecer no fue tenido en cuenta, pues formaron parte de la caballería de las Órdenes Militares. Otro punto de fricción fueron los sueldos señalados a todos aquellos caballeros y sustitutos que habían disfrutado de algún cargo en los ejércitos reales, ya que no se detallaba si en esos momentos se encontraban con mando efectivo, o si bien habían sido reformados. Como medida de ahorro, este organismo propuso que, con carácter general, se les concediera el equivalente a la segunda de las situaciones, pese a que esta disposición generaría numerosas protestas y tendría un efecto negativo a la hora de animar a muchos individuos a servir en esta unidad.

Sin embargo, al día siguiente se dio marcha atrás y se optó por mantener la promesa de abonar el último salario disfrutado, pues de lo contrario se causaría más mal que bien, al detraer del Batallón a individuos con experiencia militar<sup>1511</sup>. En última instancia se adoptó una medida intermedia: se les pagaría el estipendio ofrecido, pero únicamente durante el tiempo que durare la campaña; es decir, desde el día en que se pusieran en marcha, hasta el momento en que las tropas se retiraran a sus cuarteles de invierno<sup>1512</sup>. Con esta medida se podría ahorrar, cuando menos, 4-5 meses de salario, pues la temporada bélica se extendía desde el mes de abril-mayo hasta octubre-noviembre, dependiendo de la climatología.

Otro aspecto que mereció grandes atenciones por parte del organismo encargado de la formación del Batallón de las Órdenes, fue la provisión de los empleos de tenientes y alféreces de las compañías. En un principio, se intentó que confluyeran en sus personas, al mismo tiempo, la condición de caballero de hábito, y la experiencia militar necesaria (sobre todo en la caballería, pues en la infantería si se hallaban individuos bastantes). Por este motivo, la junta se mostró partidaria de elevar el sueldo que habrían de percibir estos individuos, para situarlos por encima de quienes servían dichos empleos en otras unidades montadas, al igual que se había hecho con los capitanes. En concreto, se planteaba un incremento de 10 escudos pues, según la norma general, los tenientes y alféreces de caballería que servían en los ejércitos de Flandes e

---

forma antigua, llevaban los pendones porque no había estandartes en las compañías. Pero en la forma que ahora salen, parece que se podrían excusar.” *Ibidem*.

<sup>1511</sup> “(.....) ha parecido que, respecto de tener V.M. tomada resolución de que a los caballeros, que personalmente sirvieren, se les den los sueldos últimos que hubieren tenido, y a los sustitutos el último de su reformación, y a que esto se publicó, y que están hechos los despachos de muchos caballeros, parece que será gran desaliento si se les retirase esta merced, y la honra que V.M. les ha hecho, desigualándolos de los sustitutos.” *Consulta de la junta de los sueldos que se han señalado a los que van a servir en la caballería de las Órdenes*. Madrid, 26-8-1640. AGS, GA, Leg. 1329.

<sup>1512</sup> *Ibidem*.

Italia, percibían 40 y 30 escudos respectivamente. De esta manera, pasarían a percibir 50 y 40 escudos cada uno<sup>1513</sup>.

Sin embargo, al igual que lo acontecido con los capitanes, no se encontraron muchos individuos que conjugaran las dos cualidades pretendidas<sup>1514</sup>. Por este motivo, se solicitó al monarca autorización para proveer estos empleos en individuos con amplia experiencia en el combate a caballo, pero que no eran miembros de las Órdenes Militares. Pese a que se aprobó esta iniciativa, siempre y cuando tuvieran la “calidad” recomendada, y que se encontraron candidatos aptos, posteriormente la junta se quejaba de lo contrario: es decir, de los bajos orígenes de la mayor parte de los candidatos, pues si se admitieran estas personas para ocupar puestos de mando, el prestigio del Batallón sufriría un grave menoscabo<sup>1515</sup>.

En definitiva, asistimos a una nueva reedición de la pugna entre las dos virtudes que ya hemos revelado: origen o méritos, pero en esta ocasión traspasado del ámbito intelectual a la realidad cotidiana de los ejércitos. Al escasear los aspirantes en los que concurrieran ambos requisitos, se debía optar por una de ellas. En lo referente a los cargos más importantes, no había ninguna duda: la persona designada debía pertenecer al estamento privilegiado. En cambio, cuando llegamos a los puestos inferiores, pese a que se intenta guardar las formas, y se invoca la importancia del origen, los servicios personales (en concreto en la caballería), adquieren una mayor importancia. Una vez evaluadas las opciones, se desaconsejó proveer los puestos de teniente y alférez con sujetos ajenos a las Órdenes Militares, pero con servicios previos en la caballería, porque el prestigio de la unidad se resentiría. Pero por otro lado, el designar a caballeros de hábito sin una trayectoria militar a sus espaldas, acarrearía graves perjuicios en términos de operatividad. La solución pasaba por una vía intermedia: el nombramiento de individuos con servicios militares previos, si bien habían sido desempeñados en la infantería, pero que al mismo tiempo pertenecieran a las Órdenes Militares<sup>1516</sup>. Esta

---

<sup>1513</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*.....12-5-1640.

<sup>1514</sup> “Hase procurado que los tenientes y alféreces de las compañías de las órdenes sean caballeros de hábito. Y demás de que los que van a servir personalmente, se excusan de serlo, muchos de ellos también no se hallan con el requisito tan necesario de haber servido en la caballería, con que tendrá inconveniente que sean oficiales, por lo muchos que importa para el gobierno y disciplina de esta caballería, práctica y experiencia en el servicio de ella, principalmente en su primera formación, siendo los más caballeros y sustitutos bisoños, y los más de los capitanes, soldados de la infantería.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre que los tenientes y alféreces de las compañías de las órdenes no sean de hábito*. Madrid, 12-7-1640. AHN, OO.MM., Leg. 4667.

<sup>1515</sup> *Ibidem*.

<sup>1516</sup> “(.....) Y porque no se hallan tantos sujetos como son menester, que hayan servido en la caballería. Y se han mostrado y propuesto algunos, de calidad y porte, que han servido en la infantería, entendiendo

resolución es muy ilustrativa de lo que se esperaba conseguir con el Batallón, pues se trataba de una unidad de caballería, en la cual gran parte de sus mandos, o bien no acreditaban los conocimientos exigidos en este arma, o los años de servicio exigidos por las ordenanzas.

Sin embargo, a finales de julio se autorizó la provisión de dichos empleos en individuos expertos en el combate a caballo, aunque no vistieran el hábito. De modo que, al menos, en los cuadros inferiores del Batallón, el peso de los servicios se impuso al de la sangre. En este sentido, a la hora de crear al caballero perfecto (que reuniera origen y servicios), era mucho más fácil honrar con el hábito a quien ya acreditara años de experiencia en la caballería, que no al contrario; pues la pericia en la guerra no era algo que se podía conceder. Estas razones pesaron en el ánimo de la Junta, quien propuso al monarca que se tuviera una consideración especial con estos individuos y, ya que a los sustitutos se ofreció el hábito a cambio de servir dos campañas<sup>1517</sup>, atendiendo a su valía, se les concediera a cambio de una<sup>1518</sup>. Pese a la sensatez de la propuesta de la junta, Felipe IV decidió desestimarla. Por el contrario decretó, como norma general, que sirvieran el tiempo estipulado para la concesión de la merced (es decir, dos campañas)<sup>1519</sup>.

Pero unos meses más tarde cuando la Junta representó que había algunos caballeros de hábito interesados en optar a estos empleos, se reabrió la polémica. Ante esta circunstancia, se creyó oportuno consultar si, por el mero hecho de ser miembro de las milicias cristianas, podían ser nombrados alféreces o tenientes; o por el contrario debían acreditar los años de servicio que estipulaba la legislación castrense, al igual que

---

que serán a propósito. Y no pudiendo ajustarse en todos que sean soldados en la caballería, ha parecido que, siendo V.M. servido, se podrían admitir, teniendo en la infantería los años de servicio que V.M. manda por sus ordenanzas, con que se podrá facilitar la ejecución (.....)” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes, para se admitan como tenientes y alféreces de las compañías de la caballería de ellas, a quienes han servido en la infantería*. Madrid, 21-7-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>1517</sup> Pese a que, con carácter ordinario, estaba ofrecido el hábito a los sustitutos por servir dos campañas, se intentó diferenciar entre los sustitutos de los caballeros que los entregaron a tiempo y forma (que es a quienes se destina esta gracia) de los presentados por quienes debían hacerlo forzosamente, pues no habían respondido al llamamiento. Pero la Junta de Caballería se mostró en contra de esta medida, pues sería perjudicial para la formación del Batallón, pues si los sustitutos servían el tiempo pactado a satisfacción, no deberían ser discriminados por las faltas de los titulares del hábito. *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre conceder el hábito a los tenientes y alféreces del batallón de ellas por una campaña*. Madrid, 21-7-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>1518</sup> “(.....) Y con ocasión de haber mandado V.M. se elijan para tenientes y alféreces de las compañías, sujetos que hayan servido en la caballería, aunque no sean de hábito, representa la junta a V.M. que, habiendo de concurrir en estos la calidad de ser soldados, no solo merecerán el mismo premio que los sustitutos, sino también con alguna diferencia y mayor prerrogativa, para que se les ofrezca y de, precisamente, en una campaña.” *Ibidem*.

<sup>1519</sup> *Ibidem*.

el resto de los candidatos<sup>1520</sup>. Aunque la Junta se mostró partidaria de tener alguna deferencia con todos los aspirantes que vistieran hábito, la última palabra estaba en manos del monarca. En este sentido, Felipe IV decretó que si alguno de los candidatos pertenecía a las Órdenes Militares, debía ser preferido. Y si además acreditaba alguna experiencia militar, aunque no fuera la recogida por las Ordenanzas para servirlos, no cabía ninguna duda al respecto sobre su idoneidad<sup>1521</sup>.

Pero la realidad nos indica que pese a todo, en los empleos subalternos de las compañías, primó la experiencia sobre la sangre, y la característica principal de los individuos que los coparon, fueron sus años de servicio en el ejército. En el caso de los tenientes, hemos conseguido identificar a 11 de ellos, de los cuales sólo uno, D. Antonio Venegas de Córdoba, el teniente de la compañía del Conde Duque, era caballero de hábito (en concreto de la orden de Santiago), mientras que los 10 restantes no pertenecían a esta elite. Por el contrario, todos eran oficiales experimentados, curtidos en los campos de batalla, que habían servido una media de más de 11 años, con una única excepción, de la cual no hemos encontrado ninguna referencia, sino una vaga alusión a que había prestado servicios y al deseo que tenía de continuarlos<sup>1522</sup>. En este sentido, siete de los tenientes de compañía, anteriormente habían sido capitanes; uno sirvió el empleo de teniente; dos como alféreces, mientras que de uno de uno no sabemos el puesto que tenía antes de servir en el Batallón de las Órdenes.

Entre los más veteranos se encontraban: el teniente de la compañía de D. Manuel de Arriarán, Andrés de Durango, había servido durante 26 años consecutivos en Flandes<sup>1523</sup>; y el teniente de la compañía de D. Rodrigo Arista de Zúñiga, el capitán Rodrigo Gamarra, sirvió durante 17 años en Flandes (participando en el sitio de Breda), el Palatinado, Milán y la península<sup>1524</sup>. También formaban parte de este grupo, el segundo oficial de la compañía de D. Pedro Lisón de Fonseca, el alférez Pedro de

---

<sup>1520</sup> “(.....) Y porque ahora se ofrece que algunos caballeros de hábito quieren emplearse en esto, se ha dudado si solamente, por serlo, deben ser admitidos, o han de haber servido el tiempo que piden las ordenanzas militares, corriendo en esto por la misma regla que los que no son de hábito.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes, sobre la conveniencia de que sirvan como tenientes y alféreces del batallón de ellas, sujetos que no son de hábito*. Madrid, 9-10-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>1521</sup> “(.....) He mandado que con los caballeros se dispense, como hayan servido algunos años en la guerra, aunque no fueren todos los que disponen las ordenanzas.” *Ibidem*.

<sup>1522</sup> *Cédula en la que se nombra al capitán D. Antonio Venegas de Córdoba, caballero profeso de la orden de Santiago, teniente de la compañía del Conde Duque de Sanlúcar*. Madrid, 28-9-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

<sup>1523</sup> *Patente del nombramiento del teniente Andrés Durango como teniente de la compañía de D. Manuel de Arriarán*. Madrid, 4-9-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

<sup>1524</sup> *Patente del nombramiento del capitán Rodrigo Gamarra como teniente de la compañía de D. Rodrigo Arista de Zúñiga*. Madrid, 4-9-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

Yagiüe, con 16 años de servicios a sus espaldas en Italia y Portugal<sup>1525</sup>, o el teniente de la compañía del marqués de la Conquista, José de Alloza, que acreditaba 15 años de servicio en Italia y España<sup>1526</sup>.

A mediados de agosto, a instancias del Conde Duque, se aceleraron las gestiones para que el Batallón de las Órdenes pudiera salir hacia el frente. De esta manera, se ordenó al conde de Monterrey que, en el plazo máximo de una semana, empezaran a marchar hacia Aragón las compañías que ya estuvieran formadas y que, al mismo tiempo, se apremiara a los capitanes de las restantes para que lo hicieran cuanto antes<sup>1527</sup>. Con el objetivo de tenerlo todo dispuesto para cuando estas tropas llegaran a sus acuartelamientos, también se debería avisar al marqués de Los Vélez (capitán general del ejército de Cataluña)<sup>1528</sup>, notificándole el número total de efectivos de la caballería cruzada, para que se designaran los alojamientos, y se proveyeran los pertrechos necesarios<sup>1529</sup>. Sin embargo, el plazo venció y aún quedaba mucho por hacer, por lo que la marcha se dilató unas semanas más<sup>1530</sup>.

Otra contingencia fue la marcha de uno de los capitanes de la unidad. Se trataba de D. Pedro de Cañaveral y Córdoba, caballero de la orden de Santiago, que había sido promovido al puesto de teniente coronel de la coronelía del duque de Pastrana<sup>1531</sup>. Para solucionarla lo antes posible, el Conde Duque (como capitán general de la caballería) propuso una tríada de candidatos (todos ellos caballeros jacobeos): el capitán de caballos D. Gregorio de Mercado<sup>1532</sup>; en segundo lugar, el capitán de infantería D. Juan

---

<sup>1525</sup> *Patente del nombramiento del alférez Pedro de Yagiüe como teniente de la compañía de D. Pedro Lisón de Fonseca*. Madrid, 4-9-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

<sup>1526</sup> *Patente del nombramiento de José de Alloza como teniente de la compañía del marqués de la Conquista*. Madrid, 4-9-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

<sup>1527</sup> *Consulta de la junta de Ejecución en la que da cuenta de lo que se le ofrece sobre la marcha de la caballería de las Órdenes*. Madrid, 17-8-1640. AGS, GA, Leg. 1329.

<sup>1528</sup> El nombramiento de D. Pedro Fajardo de Zúñiga y Requesens, quinto marqués de Los Vélez, para esta responsabilidad fue una decisión sumamente meditada, y que se debió más al poco deseo de los otros candidatos de aceptarlo (el marqués de Los Balbases, el almirante de Castilla y el conde de Monterrey), y a sus excelentes relaciones con buena parte de las principales familias catalanas, que a su pericia militar. Con todo, la Corona debió granjearse la voluntad del marqués con prebendas y mercedes, entre ellas el puesto de virrey de Aragón, el de mayordomo mayor del cardenal infante, una encomienda y un salario mensual de 1.500 escudos. MELO, F.M.de: *Op. cit.* pp. 178-179.

<sup>1529</sup> *Consulta de la junta de Ejecución*..... 17-8-1640.

<sup>1530</sup> *Consulta de la junta de Ejecución sobre que toda la caballería de las Órdenes, que esté alistada, marche desde luego*. Madrid, 25-8-1640. AGS, GA, Leg. 1329.

<sup>1531</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes para proveer la compañía de caballos del capitán D. Pedro de Cañaveral y Córdoba, por promoción al puesto de teniente coronel del duque de Pastrana*. Madrid, 10-9-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>1532</sup> D. Gregorio había servido durante 28 años años continuos, siete de ellos en Nápoles, 11 en Milán y 10 en España (en Navarra y Cataluña). En el segundo de sus destinos fue alférez de infantería, teniente de caballos arcabuceros de la compañía de D. García de Pimentel, gobernador de la guardia del marqués de Tavera y capitán de caballos dragones. Su último empleo conocido fue el de capitán de dragones de una

Zapata y Mendoza (quien en última instancia acudió a servir en el Batallón, y fue autorizado a continuar percibiendo los 40 escudos mensuales, correspondientes al entretenimiento de que se le hizo merced<sup>1533</sup>. El último de los candidatos propuestos fue el capitán de infantería D. Juan de Ugarte (otro militar que también prestó servicios en la caballería de las Órdenes)<sup>1534</sup>. La experiencia de D. Gregorio fue decisiva para que la Junta elevara su persona al monarca, y fuera preferido a los otros dos candidatos<sup>1535</sup>.

De la misma manera, ante la posibilidad de que el auditor fuera incapaz de hacer frente a todos los problemas de disciplina, sobre todo con los sustitutos, se creyó conveniente nombrar a un capitán de campaña<sup>1536</sup>. Tras el visto bueno de D. Rodrigo de Herrera, comisario general del Batallón, la junta propuso a Juan de Berroagar, natural del Piamonte, para dicho empleo, a quien se le asignaba un salario mensual de 25 escudos, así como cuatro ayudantes, que percibiría cada uno 6 escudos al mes<sup>1537</sup>.

Al mismo tiempo, debido a que el Conde Duque de Olivares no iba a ponerse al frente de su compañía (suponemos que D. Gaspar, para predicar con el ejemplo, optó por costear una de las compañías del Batallón, y aceptar el empleo honorífico de capitán de la misma), se hacía necesario nombrar un teniente que estuviera a la altura de las circunstancias. Olivares propuso la persona del capitán de caballos corazas D. Antonio Venegas de Córdoba, al que ya nos hemos referido, decisión que fue ratificada por la Junta, tras lo cual se informó al monarca de la nueva designación<sup>1538</sup>. Pese a que iba a

---

compañía de caballos del Reino de Navarra, con la cual participó en las invasiones que, en los años 1636 y 1637, se hicieron del sur de Francia, tras lo cual fue licenciado por enfermedad. *Relación de los servicios del capitán D. Gregorio de Mercado y Quiñones*. Madrid, 26-4-1640. AHN, OO.MM, Leg. 6340(1).

<sup>1533</sup> *Cédula para que D. Juan Zapata, caballero de Santiago, goce de 40 escudos de sueldo al mes, sirviendo en la caballería de las órdenes, que es el que tenía de entretenimiento*. Madrid, 16-9-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

<sup>1534</sup> Se trata de uno de los individuos que obtuvo el hábito a través de la Junta de Hábitos, mediante el desembolso de 34 soldados puestos en Perpiñán, pagados por un año, servicio que se tasó en 2.091 ducados de plata. Anteriormente había servido “algunos años” en la Armada de la Carrera de Indias. *Cédula dirigida al tesorero general, para que reciba del capitán D. Juan de Ugarte 2.091 ducados de plata para el sueldo y conducción de los 34 soldados que ofreció servir por la merced del hábito*. Madrid, 14-2-1638. AHN, OO.MM, Leg. 104(2), n° 96.

<sup>1535</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*.....10-9-1640.

<sup>1536</sup> El capitán de campaña, también era conocido como barrachel o preboste. A grandes rasgos, ejercería el mando de lo que ahora conocemos como “policía militar”. Su cometido era perseguir a todos aquellos que incurrieran en delitos, así como velar por el cumplimiento de los bandos y órdenes. Pese al amplio margen de maniobra del que disfrutaba, su libertad se estaba limitada por el auditor, de quien dependía en muchos aspectos. Por ejemplo, no podían imponer penas corporales, sin orden una orden suya. Debido a la naturaleza de sus ocupaciones, se trataba de un empleo poco atractivo.

<sup>1537</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que se propone a Juan de Berroagar como capitán de campaña*. Madrid, 18-9-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>1538</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que confirma el nombramiento del capitán D. Antonio Venegas de Córdoba, de la orden de Santiago, como teniente de la compañía del Conde Duque*. Madrid, 10-7-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

servir como teniente, se le hizo merced del mismo salario que iban a recibir los capitanes de compañía, (estipulado en 110 escudos al mes) aspecto que confirmaría el hecho de que D. Antonio iba a ser su verdadero comandante<sup>1539</sup>.

**CUADRO 15. COMPAÑÍAS DE LA PRIMERA FORMACIÓN DEL BATALLÓN DE LAS ÓRDENES  
1640.**

CAPITÁN	TENIENTE	ALFÉREZ	ORDEN	PLAZAS
D. TOMAS DE BEAUMONT	D. CARLOS DE LA CUEVA		ALCÁNTARA	
D. PEDRO CHIRINO DE NARVÁEZ	D. ANTONIO DE ESPINOSA SOTOMAYOR		ALCÁNTARA	54
D. MANUEL DE ARRIARÁN	ANDRÉS DE DURANGO		ALCÁNTARA	56
D. FRANCISCO MAYORALVO Y SANDE	D. LUCAS NÚÑEZ DE PRADA		CALATRAVA	
MARQUÉS DE LA CONQUISTA	JOSE DE ALLOZA		CALATRAVA	53
D. PEDRO LISÓN DE FONSECA	PEDRO DE YAGÜE		CALATRAVA	52
D. RODRIGO ARISTA DE ZÚÑIGA TENORIO	D. RODRIGO DE GAMARRA OSORIO		CALATRAVA	52
D. SANCHO DE LONDOÑO	D. DIEGO DE FIGUEROA		CALATRAVA	
D. JUAN DE EGUES Y BEAUMONT			CALATRAVA	
CONDE DE OLOCAU			MONTESA	
D. RODRIGO HERRERA DE CÉSPEDES	D. ANTONIO DE LA TORRE	D. ANTONIO BAZÁN	SANTIAGO	52
D. LUIS CALDERÓN DE CHAVES			SANTIAGO	52
D. DIEGO DE VILLALBA Y TOLEDO	D. FERNANDO DÁVILA Y GUEVARA		SANTIAGO	53
D. SEBASTIÁN CENTURIÓN Y CÓRDOBA	D. FRANCISCO DE CARVAJAL		SANTIAGO	53
D. PEDRO CAÑAVERAL Y CÓRDOBA.			SANTIAGO	54
D. IÑIGO DE ANGULO Y VELASCO	D. ESTACIO CORONEL		SANTIAGO	53
D. MANUEL SUÁREZ TREVIÑO			SANTIAGO	54
D. GABRIEL DE LA PUEBLA ESCOBEDO	PEDRO BALLADO		SANTIAGO	

<sup>1539</sup> Cédula en la que se nombra al capitán D. Antonio Venegas de Córdoba.....



D. JUAN BAUTISTA DE OTHO	D. JUAN ISIDRO DE OTHO		SANTIAGO	52
D. ANTONIO BENEGAS DE CÓRDOBA			SANTIAGO	
D. GASPAR DE GUZMÁN (CONDE DUQUE DE OLIVARES)	D. ANTONIO VENEGAS DE CÓRDOBA	D. DIEGO DE PORTUGAL		

**Fuente:** Elaboración propia a partir de AHN, OO.MM, Legs. 4641, 4667.

Esta compañía estaba llamada a ser la más prestigiosa del Batallón, ya que en ella iban a estar presentes los alféreces mayores de las Órdenes Militares. Según la normativa de las milicias católicas, era responsabilidad suya portar el pendón de la orden cuando los comendadores y caballeros de hábito de cada una de ellas salían a combatir. En la orden de Santiago esta responsabilidad recaía en el comendador de Oreja, que en esos momentos era D. Francisco de la Cerda, gentilhombre de la boca del rey<sup>1540</sup>. Para la orden de Calatrava, el elegido era el comendador de Almodóvar, el marqués de Astorga. En último lugar, el alférez mayor de la orden de Alcántara era el comendador de Castilnovo, el duque de Medina de las Torres, que estaba sirviendo el puesto de virrey de Nápoles. Ante el poco deseo de estos individuos de cumplir con esta responsabilidad, se optó por buscar personas que los sustituyeran<sup>1541</sup>. Los elegidos fueron: D. Juan Pardo de Figueroa (Santiago)<sup>1542</sup>, D. Juan Muñoz de Salazar (Calatrava)<sup>1543</sup> y D. Rodrigo de Mendoza (Alcántara)<sup>1544</sup>, caballeros de las respectivas órdenes, con sueldo de 110 escudos al mes, al igual que los capitanes de las compañías del Batallón. La importancia de estos empleos, y el deseo de la Corona de conferirles de una aureola de prestigio, quedó fuera de toda duda cuando se decretó que únicamente estuvieran subordinados a los cargos principales de la caballería de las Órdenes:

<sup>1540</sup> VILAR Y PASCUAL, L.: *Diccionario histórico, genealógico y heráldico de las familias ilustres de la Monarquía española*. Tomo II. Madrid, 1859. p. 120.

<sup>1541</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes, en la que se propone al rey nombre a los caballeros que lleven los estandartes de las Órdenes Militares, en lugar de los alféreces mayores*. Madrid, 22-7-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>1542</sup> *Cédula para que D. Juan Pardo de Figueroa, caballero profeso de la orden de Santiago, lleve el pendón maestral de la dicha orden, en lugar del comendador de Oreja, a quien tocaba, por alférez mayor de ella*. Madrid, 26-9-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

<sup>1543</sup> *Cédula para que D. Juan Muñoz de Salazar, caballero de la orden de Calatrava, capitán de caballos corazas de la nobleza del reino de Granada, lleve el estandarte de ella, en lugar del marqués de Astorga*. Madrid, 26-9-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

<sup>1544</sup> *Cédula para que D. Rodrigo de Mendoza, caballero de la orden de Alcántara, lleve el pendón de ella en lugar del duque de Medina de las Torres*. Madrid, 14-9-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

gobernador general, teniente general y comisario general; es decir, se les situaba por encima de los capitanes de las compañías.

Entre junio y septiembre, se produjeron avances significativos en la puesta en marcha del Batallón. Así, tenemos constancia de que a principios de ese mes un importante número de caballeros y comendadores habían abandonado la Corte, con destino a sus alojamientos<sup>1545</sup>. Al mismo tiempo, tuvieron lugar nuevos requerimientos para que quienes aún no se habían presentado ante la Junta, para dictaminar la validez de sus excusas y, en caso de ser aceptadas, presentaran un sustituto que acudiera en su lugar, bajo amenaza de ser multados con 500 ducados si no comparecían<sup>1546</sup>. Pese a estas amenazas, algunos caballeros continuaron ignorando los bandos promulgados a este respecto, a mediados del mes de septiembre, catorce de ellos, fueron declarados traidores (aunque desconocemos sus nombres)<sup>1547</sup>.

Respecto a las compañías que habían partido, sabemos que a finales del mes de julio, la compañía de D. Manuel Suárez Treviño, formada por sustitutos, se encontraba acuartelada en la localidad conquense de Belmonte. Allí se produjeron conflictos con la población civil, relativos a la obligación que tenía dicha villa de proporcionar alojamiento<sup>1548</sup>. En cuanto al resto de las compañías del Batallón, se estableció el día 22 de septiembre como fecha límite de salida. Entre ellas se encontraba la compañía del Conde Duque, en la cual servirían los sustitutos de los alféreces mayores, pero antes se les debían entregar los pendones maestres. Y se deseaba que todo estuviera listo para esa fecha<sup>1549</sup>.

Pero este acontecimiento retrasaría aún más la salida de las compañías. No obstante, lo que menos se deseaba era dilatar la partida hacia el frente. Para ello se determinó que, ante la previsión de que el acto de entrega de los estandartes por parte del rey fuera poco lucido, (pues la mayor parte del Batallón de las Órdenes ya se encontraba en camino), se pospusiera este acto para el día 24 de septiembre, presidido

---

<sup>1545</sup> “Salieron la semana pasada los caballeros de las Órdenes Militares y sustitutos, a los cuarteles que se les han señalado en los contornos de Madrid. El número fijo dicen llega a 1.400.” PELLICER Y TOVAR, J.: *Op.cit.* p. 117.

<sup>1546</sup> *Carta del padre Sebastián González al padre Rafael Pereira*. Madrid, 19-6-1640. MHE, Tomo XV. p. 453.

<sup>1547</sup> “(.....) Catorce fueron los caballeros de hábito pregonados por traidores, por no haber obedecido a las órdenes y bandos, y ni aparecido. Y lo mismo a cuántos los asistieren.” *Carta del padre Sebastián González al padre Rafael Pereira*. Madrid, 19-6-1640. MHE, Tomo XV. p. 485.

<sup>1548</sup> “(.....) Acá en Castilla, los de Belmonte han estado para armarse contra una compañía de montados de D. Manuel de Treviño, por razón de tener privilegio de los reyes para no alojar, [pero] al fin la admitieron.” PELLICER Y TOVAR, J.: *Op.cit.* p. 130.

<sup>1549</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes, proponiendo la forma y parte en que se han de entregar los pendones maestres de las órdenes*. Madrid, 19-9-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

por el Conde Duque, y una vez bendecidos por los capellanes, se emprendiera camino hacia Aragón al mando del comisario general D. Rodrigo de Herrera, oficial de mayor graduación que en esos momentos se encontraba en la Corte<sup>1550</sup>. Pese a todo, la solemne ceremonia tuvo lugar el domingo 30 de septiembre, día de San Jerónimo, en Nuestra Señora de Atocha, en la cual no estuvo presente el rey<sup>1551</sup>. Según otra fuente, ese día sólo pasó revista la compañía del Conde Duque, compuesta por 50 caballeros y 100 sustitutos (cifra a todas luces exagerada, cuando el resto de las compañías tenían unos efectivos próximos al medio centenar), junto con los alféreces mayores de las tres órdenes<sup>1552</sup>.

Al día siguiente, emprendieron la marcha los “oficiales del sueldo”, con la misión de pasar revista a la unidad, que sería alojada en las localidades alcarreñas Molina de Aragón y Sigüenza. De allí, se pasó a la villa de Maluenda (en la actual provincia de Zaragoza) donde se llevó a cabo una muestra general, en la que se contabilizaron 1.400 hombres, a los que había que agregar otros 80, que llegaron poco después, al mando del capitán D. Francisco de Mayoralvo y Sande<sup>1553</sup>. Más o menos por esos días, los estandartes de las Órdenes Militares fueron depositados en el convento Real de Rueda, de la orden de San Bernardo, situado en la localidad de Sástago (Zaragoza), por el teniente de la compañía del Conde Duque, D. Antonio Venegas, los sustitutos de los alféreces mayores y el capitán D. Francisco de la Lombana, caballero de Santiago e integrante de la referida compañía<sup>1554</sup>.

Una vez cumplidas estas formalidades, se inicio la marcha hacia el Principado de Cataluña. Pero se optó por hacerlo a través de la frontera con Valencia y acuartelarse

---

<sup>1550</sup> *Ibidem*.

<sup>1551</sup> “(.....) asistió en consejo en forma y el patriarca celebró las oficios. S.M., Dios le guarde, estaba en San Jerónimo y se dio orden que pasase allí la caballería con los estandartes para que los viese al volver a Palacio, hizose así, y en pasando S.M. y batiéndolos tres veces, salieron a sus alojamientos.” PELLICER DE TOVAR, A.: *Diario de la guerra de Cataluña*. BN, Mss, 2371. Fol. 158r.

<sup>1552</sup> “(.....) El día de San Jerónimo [30 de septiembre] se bendijeron los estandartes de las órdenes militares en Nuestra Señora de Atocha. Allí se halló el Conde Duque, que estaba S.M. a la sazón en San Jerónimo, a la fiesta del santo. Pero al pasar por su casa, junto a la huerta del duque, vio la compañía, que era de 50 caballos de las tres órdenes y más de 100 sustitutos de otros caballeros; y así entraron en Madrid. El capitán de esta compañía dicen lo es el Conde Duque, y que su teniente es el que la capitaneaba en esta ocasión, un caballero de Córdoba que se llama D. Fulano [Antonio] Venegas. De los que llevaban los estandartes, solo conocí al de Santiago, que era D. Juan Pardo de Figueroa. Este llevaba el cuerno derecho, y Calatrava el izquierdo, y Alcántara en medio, que Montesa no vino con ellos.” *Carta del padre Fernando de las Alas al padre Rafael Pereira*. Madrid, 2-10-1640. MHE, Tomo XVI. Madrid, 1862. p. 18.

<sup>1553</sup> *Ibidem*. Fol. 158v.

<sup>1554</sup> *Certificación de Miguel Cejador Melindo, notario real, de la entrega de los pendones de las órdenes militares en el convento real de Rueda*. S.l., 2-11-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

en Tortosa (Tarragona), para desde allí iniciar las operaciones militares<sup>1555</sup>, en lugar de entrar en Cataluña directamente desde el Reino de Aragón. Lo cierto es que la llegada a localidad tarraconense se dilató hasta principios del mes de diciembre (en concreto el día 8) momento en el cual se llevó a cabo una nueva muestra general, que cuantificó unos efectivos teóricos cercanos a 22.000 hombres<sup>1556</sup>, en la cual estuvo presente la caballería de las Órdenes, al mando de su teniente general, D. Álvaro de Quiñones, y del comisario general, D. Rodrigo de Herrera<sup>1557</sup>.

La primera referencia a la entrada en combate de nuestra unidad, data del día 9 de diciembre, y refleja a la perfección lo que se esperaba de ella (en términos de operatividad militar y utilidad en el campo de batalla), pues fue designada para encabezar el avance del ejército y servir de avanzadilla al grueso de las tropas. Tras una marcha tranquila, se alcanzó la población tarraconense de Perelló, a la cual se conminó a rendirse incondicionalmente. Ante la negativa de los lugareños se iniciaron las hostilidades, que concluyeron con la destrucción de sus defensas y el posterior asalto de la población<sup>1558</sup>. Pese a no intervenir de forma directa en los combates, las labores de exploración y reconocimiento que desempeñaron los caballeros católicos, tuvieron una notable importancia desde el punto de vista táctico y estratégico, sobre todo a la hora de adoptar la mejor disposición posible de las unidades, y acometer con éxito las misiones que se les encomendaran.

Tras esta escaramuza las fuerzas reales avanzaron hasta el Coll de Balaguer, un paso montañoso fortificado y artillado, en el que había una guarnición compuesta por 2.000-2.500 hombres y dos compañías de caballos. Sin embargo, pese a las dificultades

---

<sup>1555</sup> Suponemos que no fue casualidad que las tropas reales eligieran Tortosa como base inicial para la sofocación de la revuelta catalana, ya que las 49 familias nobles que tenían su residencia en esta ciudad declararon su lealtad a Felipe IV, y en la de Tarragona, solo una (y no de manera unánime) tomó partido por los rebeldes. Sobre esta cuestión: ROVIRA GÓMEZ, S.J.: “El comportamiento de los nobles de Tarragona y Tortosa durante la guerra de separación de Cataluña”, en: ARANDA PÉREZ, F.J. (coord.): *Op. cit.* pp. 617-630.

<sup>1556</sup> El capitán general de este ejército era el marqués de Los Vélez, mientras que el marqués de Torrecuso desempeñó el puesto de maestro de campo general (teóricamente el oficial al mando de todas las tropas de infantería). Respecto al mando de la caballería estaba dividido entre el marqués de Mortara, gobernador general de la caballería de las Órdenes Militares (pese a que en ese momento dirigía la unidad su teniente general, D. Álvaro de Quiñones) y el duque de San Jorge, teniente general de las Guardas Viejas de Castilla.

<sup>1557</sup> PELLICER Y TOVAR, A.: *Op. cit.* Fol. 159r. En cuanto a su ubicación durante la marcha, aproximadamente la mitad del Batallón, 600 hombres, al mando de D. Álvaro de Quiñones, marchó en el flanco derecho del cuerpo central del mismo (conocido como batalla según la terminología castrense); mientras que la otra mitad, comandada por D. Rodrigo de Herrera, fue destinada a retaguardia, custodiando la artillería, el bagaje y el hospital. MELO, F.M. de: *Op. cit.* pp. 268-269.

<sup>1558</sup> *Marcha del ejército desde Tortosa a Barcelona hasta retirarse a Tarragona*. S.f., s.l. (principios de diciembre de 1640). BN, Mss, 2371. Fol. 121v-122r.

que ofrecía la toma de esta posición, las tropas realistas se desalojó a los defensores, que sufrieron grandes pérdidas, al tiempo que se recogía una considerable cantidad de armas y pertrechos, abandonados en su huida<sup>1559</sup>. Tras limpiar de enemigos el lugar, se retomó la marcha hacia Hospitalet, la cual, visto lo acontecido en Balaguer, se entregó sin ofrecer resistencia. Asimismo, se determinó acuartelar a las fuerzas de caballería cerca de la localidad de Cambrils, una de las cuatro plazas de armas donde los rebeldes se habían hecho fuertes<sup>1560</sup>, con vistas a reconocer sus fuerzas antes de lanzar el ataque definitivo. En el caso de la caballería de las Órdenes Militares, el lugar designado fue la vecina población de Riudarenas<sup>1561</sup>.

No fue hasta el día 13, cuando se ordenó a D. Álvaro de Quiñones ponerse en marcha. Su misión consistía en probar las defensas de la plaza, como paso previo a su expugnación<sup>1562</sup>. Con todo, no se trataba de una tarea sencilla, pues en ella se encontraban presentes dos millares de soldados en su interior, y una cantidad similar en los bosques cercanos, dispuestos para emboscar a los atacantes<sup>1563</sup>. Sin embargo, Quiñones no lanzó sus tropas a la primera ocasión, sino que, para evitar que los rebeldes pudieran cogerle desprevenido, desplegó las compañías en tres cuerpos, al tiempo que establecía una reserva móvil, compuesta por las compañías de caballos arcabuceros<sup>1564</sup>. Esta fue la primera ocasión en la que el Batallón de las Órdenes entró en combate como unidad (si bien es cierto que no en su totalidad), y el resultado no pudo ser más satisfactorio, pues se consiguió expulsar a los rebeldes de su agreste refugio, al tiempo que se facilitó el trabajo a la infantería para la definitiva toma de la plaza, gobernada por

---

<sup>1559</sup> “(.....) al otro día [9 de diciembre] marchó el ejército a pasar el col de Balaguer, montaña asperísima, fortificada con trincheras, dos piezas de artillería, dos mil infantes y dos compañías de caballos. Al tercio del conde duque y al del marqués de Los Vélez, y a la caballería del duque de San Jorge, les tocó embestir de vanguardia. Peleó nuestra gente con mucho valor y, con pérdida de dos hombres, llegaron los tercios a lo alto, y degollaron a más de cuatrocientos catalanes, y su caballería escapó. Y de toda la demás gente, se prendió a mucha, y la demás se libró en la aspereza de las montañas vecinas.” *Ibidem*. Fol. 123r.

<sup>1560</sup> Las otras tres eran: Bellpuig, Granollers y Figueras. MELO, F.M. de: *Op. cit.* p. 206.

<sup>1561</sup> PELLICER DE TOVAR, A.: *Op. cit.* Fol. 160r.

<sup>1562</sup> *Relación de los sucesos de D. Álvaro de Quiñones, teniente general de la caballería de las Órdenes Militares, después de la sublevación de Cataluña, y lo que ha obrado.....*S.f., s.l., BN, Mss, 2372. Fol. 311r.

<sup>1563</sup> PELLICER Y TOVAR, J.: *Op. cit.* pp. 175-177.

<sup>1564</sup> El “cuerno” derecho se encomendó al comisario Herrera, y estaba compuesto por su compañía, la del Conde Duque, y las de los capitanes Triviño, Venegas, De la Puebla. En el centro se formó otro batallón, integrado por las compañías de Chirino, Arista de Zúñiga y Beaumont; mientras que el flanco izquierdo estaba comandado por el marqués de la Conquista, e incluía su propia compañía, y las de los capitanes Egues y Lisón. En cuanto a las compañías de caballos arcabuceros se trataba de las de D. Juan Bautista de Otho, D. Gregorio de Mercado y D. Pedro Lisón. *Copia de una carta enviada a un ministro de S.M., en que se da cuenta de la victoria que tuvo la caballería de las órdenes militares sobre Cambriles, plaza de armas de Cataluña*. Sin fecha. Diciembre 1640. BN, Mss., 2731. Fol. 221v.

D. Antonio de Armengol, barón de Rocafort, que se produjo dos días más tarde<sup>1565</sup>, todo ello sin bajas, pues únicamente se contabilizaron algunos heridos<sup>1566</sup>. Pese a todo, esta victoria también tuvo consecuencias negativas para los intereses de Felipe IV a la hora de que el Principado de Cataluña volviera a la obediencia pues, a pesar de que el marqués de Los Vélez había prometido no emprender represalias sobre quienes depusieran las armas, tanto Rocafort como el sargento mayor D. Carlos de Bertrola y Caldés, fueron ejecutados sumariamente, así como un número variable de defensores cuyo número se cifra entre 300 y 500. Tras este desafortunado incidente, al igual que ocurrió en el caso del levantamiento flamenco contra Felipe II, tras la toma de Haarlem, la determinación de los rebeldes catalanes, de resistir a toda costa, se fortaleció, así como su aversión a las tropas realistas<sup>1567</sup>.

La destacada actuación de la caballería católica<sup>1568</sup> en los combates que terminaron con la toma de Cambrils, vendría a dar la razón al Conde Duque de Olivares, y justificaría su obstinación por conseguir que los caballeros de hábito prestaran servicio armado. Su triunfo era, si cabe, aún más rotundo, ya que revelaba la validez de sus planteamientos, no solo en el plano teórico, sino que se demostraban válidos para mejorar la situación militar de la monarquía española, e insuflar nuevos aires al vínculo

---

<sup>1565</sup> “(.....) Y no solo quedaron tomados los puestos por la caballería, sino atacada la plaza. Y con el abrigo de la compañía de D. Manuel de Arriarán, se arrimaron 200 infantes que llevó el maestre de campo D. Antonio de Pellicer, a la muralla. (...) Y muestra grande de que ha sido grande esta acción, es el asegurar los naturales de la tierra que pasan los muertos de mil y dos cientos, excusando a la infantería la sangre que les había de costar ganar el bosque y atacar la plaza. De manera que, cuando llegaron los tercios, no tuvieron que hacer.” *Ibídem*. Fol. 222r.

<sup>1566</sup> “(.....) A la entrada de un bosquecillo, de un mosquetazo, atravesaron la pantorrilla a D. Miguel de Itúrbide, caballero de la orden de Santiago, que servía en la compañía de D. Juan Bautista de Otho, y le mataron el caballo. Y cayendo en el suelo, acudió sobre él quien le había tirado, y le dio dos mochadas en la cabeza; y lo mataran a no llegar luego de los nuestros que le socorrieron, degollando al que le había tirado. (...) Y a otro soldado le mataron el caballo, y a un sustituto, que se llama Sebastián de Uriarte [acudió a combatir por Juan Bernardino de Mendoza, caballero de la orden de Alcántara], habiendo caído su caballo y arrojado la silla, se halló a pie entre los enemigos, anduvo tambaleándose, hirieron junto al convento de un balazo en el muslo, y un pistoletazo en la cara. Y a otro criado del contador D. Pedro del Castillo hirieron en un muslo.” PELLICER DE TOVAR, A.: *Op. cit.* Fol. 161r. Francisco de Melo también recoge la destacada actuación de la caballería de las Órdenes Militares en la toma de Cambrils. MELO, F.M. de: *Op. cit.* pp.283-285.

<sup>1567</sup> “(.....) Este suceso, y el ahorcar al barón, puso en mal crédito a nuestras armas en el país, no asegurándose de las palabras ni las promesas que el marqués les ofrecía, con que se determinaron antes a morir que rendirse.” *Marcha del ejército desde Tortosa*..... *Op. cit.* Fol. 125r. Según Melo, una disputa entre un soldado y uno de los defensores rendidos, motivada por una capa que el primero quería quitar al segundo, originó un altercado entre ambos, al cual se unieron otros militares, y degeneró en un baño de sangre en el que perecieron unos 700 catalanes. MELO, F.M. de: *Op. cit.* pp. 291-292.

<sup>1568</sup> “(.....) Y la caballería de las Órdenes no solo ha mostrado el valor que se podía prometer de ella, componiéndose de tantos y tan ilustres caballeros, sino tolerando los trabajos donde la fuerza de la buena sangre supla a la experiencia y paciencia de los soldados viejos, más acostumbrados a ellos. (.....) Y solo diré que no hubo caballero que no lo pareciese y sustituto que no procurase imitarle; y siempre se pueden esperar grandes sucesos de caballería que, justamente, tiene tal título.” *Copia de una carta enviada a un ministro de S.M.*..... Fol. 222r.

entre nobleza y guerra. Esto fue posible porque su proyecto ofrecía alicientes, tanto a los caballeros que estaban dispuestos a acudir en persona, como sobre todo a los sustitutos (entre los que se incluían un importante número de profesionales de la carrera de las armas, e individuos con vocación castrense), que vieron en el servicio en esta unidad montada una ocasión inmejorable para alcanzar los honores que se les negaban. De la misma manera, éstos individuos podían llegar a constituirse como la nobleza de servicio que D. Gaspar tanto anhelaba. Pese a todo, como tendremos ocasión de comprobar, se sacaron conclusiones en exceso optimistas.

Tras esta importante victoria, la mitad de la caballería de las Órdenes continuó acuartelada en Riudarenas, mientras que el resto se encaminó a la villa de Reus (rendida unos días después de Cambrils) donde sería alojada. Una vez que hombres y monturas se hubieron recuperado, el teniente general ordenó explorar y reconocer los lugares próximos<sup>1569</sup>, con el objetivo de planificar nuevos ataques contra los rebeldes, responsabilidad que recayó en la compañía del Conde Duque y 30 soldados pertenecientes a la del comisario general Herrera, a los que se unieron los capitanes D. Juan Bautista de Otho y D. Juan de Ayala (que servía como ayudante de D. Rodrigo de Herrera), junto con otros oficiales de la infantería<sup>1570</sup>. En el transcurso de la misión se toparon con un destacamento enemigo, el cual fue derrotado y puesto en fuga por los caballeros cruzados, con una única baja<sup>1571</sup>. Del mismo modo, se le asignaron nuevas misiones de reconocimiento, previas a la toma del castillo de Salou y de Vilaseca, la cual se produjo el día 20 de diciembre<sup>1572</sup>. Estas victorias anticipaban un pronto sometimiento de los rebeldes, pues dos días más tarde, el conde de Espenan, comandante de las tropas francesas enviadas al auxilio de los catalanes, llegó a un acuerdo con el marqués de Los Vélez para la retirada de todas las tropas francesas de

<sup>1569</sup> Marcha del ejército desde Tortosa.....*Op. cit.* Fol. 126v.

<sup>1570</sup> Relación de los sucesos de D. Álvaro de Quiñones.....*Op. cit.* Fol. 311r.

<sup>1571</sup> “(.....) El martes 18 [de diciembre], habiendo salido a correr la campaña y reconocer los puestos de Tarragona, habiendo andado todo el día por la campaña sin haber podido topar nada, volviendo, descubrió el capitán Ayala un golpe de gente del enemigo y dio aviso. Y el teniente general [Quiñones], mandó saliesen a cogerlos los 30 arcabuceros de la compañía del comisario general, cuyo cabo era D. Juan de Zapata, caballero de la orden de Santiago. (....) Empezaron a huirlos contrarios y, viendo esto, se avanzaron a correr a avisar al teniente general y a toda la compañía del Conde Duque. Viendo los contrarios les daban alcance, hicieron rostro con mucho valor, y les dieron dos cargas. Y luego, dividiéndose, se pusieron cinco o seis al pie de cada olivo, y desde allí daban las cargas, guarneciéndose en los árboles. Mas poco se les aprovechó, porque al valor de estos caballeros nada hace resistencia, y degollaron a más de doscientos hombres, y trujeron dieciocho prisioneros, y entre ellos un fraile. (.....) De los nuestros mataron a D. Bernabé de la Mota, sustituto del Conde Duque, e hirieron al ayudante Olave de un balazo en el brazo izquierdo, junto a la muñeca. A D. Diego de Espejo le mataron el caballo, y a otro soldado de la compañía de D. Rodrigo de Herrera mataron el caballo también.” PELLICER DE TOVAR, A.: *Op. cit.* Fols. 162v-163r.

<sup>1572</sup> *Ibidem.* Fol. 163v.

Cataluña, cuya primera muestra fue la evacuación de Tarragona, que el 24 de diciembre pasó a manos realistas<sup>1573</sup>.

Llegados a este punto, el alto mando creyó conveniente agrupar a toda la caballería de las Órdenes en Reus para reemprender la marcha hacia Barcelona. No obstante, se ordenó que la mitad de la caballería se alojase en Cambrils, como parte de las tropas encargadas de asegurar la retaguardia, mientras que la otra mitad debía continuar avanzando hasta Villanova i la Gertru, localidad próxima a Sitges, donde quedaría acuartelada. Mientras se acercaban a su destino, D. Juan de Ayala, D. Luis Ibáñez (furriel mayor), cada uno con 20 soldados, junto con el capitán D. Gregorio de Mercado, fueron enviados por delante del resto para preparar el alojamiento de las compañías destacadas, lo cual se produjo sin trabar combates de consideración. Pese a que durante estos primeros meses el comportamiento del Batallón de las Órdenes puede ser valorado de forma más que satisfactoria, no es menos cierto que se evidencian los primeros síntomas de agotamiento de la unidad. Estas deficiencias se refieren a problemas de carácter logístico, que repercutían negativamente en el estado de los equinos, y también a un enflaquecimiento de la unidad como consecuencia de la carga de trabajo que se vio obligada a soportar, agudizada por la dureza del teatro de operaciones catalán, cuya orografía pasó factura tanto a jinetes como a monturas<sup>1574</sup>.

A principios de 1641, la situación general era muy favorable a las tropas de Felipe IV, que habían conseguido penetrar en el Principado y avanzar hasta las puertas de la ciudad de Barcelona. No obstante, el ánimo de los rebeldes catalanes no había sido doblegado, pues buscaban infligir un revés a las tropas realistas que dificultara su avance. El lugar perfecto para ello, tanto por lo abrupto del terreno como por su posición estratégica (pues se trataba de un paso montañoso muy importante a la hora de acometer el sitio de la Ciudad Condal) parecía ser la localidad de Martorell (una de las villas de las que era señor el marqués de Los Vélez), lugar en el que se hicieron fuertes. El ejército del marqués de Los Vélez, envalentonado por los éxitos conseguidos, no rehuyó el desafío y continuó su marcha triunfal por Cataluña. Así, como preludio al asalto de esta villa, se tomaron Villafranca del Penedés y San Sadurní de Noya<sup>1575</sup>. En la toma de estos tres enclaves jugó un destacado papel la caballería de las Órdenes

---

<sup>1573</sup> ELLIOTT, J.H.: La rebelión.....*Op. cit.* pp. 456-459.

<sup>1574</sup> “(.....) Las marchas que lleva esta caballería, aunque fuera en tierra de La Mancha, la destruyera, por ser tan largas y tan a deshora, en país de rebeldes y no conocido. Que quien dispone las marchas, si va en tierra, y las ordena, quiere de esta vía la caballería. Y si no sabe el país, debe informarse, o dejarlo a la disposición de quien lleva las marchas.” *Ibidem*. Fol. 167v

<sup>1575</sup> MELO, F.M. de: *Op. cit.* pp. 332-335.



Militares. Pero más que en los combates que concluyeron con la rendición de las plazas, su actuación se circunscribió, sobre todo, a tareas de reconocimiento, así como a la conservación de las vías de avituallamiento, las cuales debían estar despejadas de enemigos para que las tropas pudieran ser pertrechadas y abastecidas<sup>1576</sup>.

En teoría, la situación no podía ser más propicia para los ejércitos reales, pues en algo más de mes y medio habían alcanzado las afueras de Barcelona, y en sus manos estaba asestar el golpe definitivo a la defección catalana. Pero también había circunstancias que rebajaban la euforia, pues a diferencia de las plazas expugnadas durante las semanas anteriores, la guarnición que defendía la capital era numerosa y estaba bien abastecida. Del mismo modo, el estado del ejército español no era el más adecuado para acometer un asedio que, salvo un golpe de mano, se preveía largo y costoso<sup>1577</sup>. La evidencia más palmaria de que el marqués de Los Vélez no las tenía todas consigo, fue el hecho de que enviara un emisario ante los representantes de la ciudad de Barcelona, conminándoles a que se rindieran, al tiempo que presentaba una carta del propio Felipe IV en el que prometía un perdón general, siempre y cuando se pusieran a disposición de la justicia a los “perturbadores de la paz pública”. Pero la determinación de los rebeldes de oponerse al monarca era más fuerte que nunca, y desestimaron la oferta presentada, máxime cuando desde el 23 de enero gozaban de la protección de Luis XIII de Francia, a quien concedieron el título de conde de Barcelona, que hasta ese momento había pertenecido al rey de España.

Una vez que se constató el fracaso de la vía diplomática, el marqués de Los Vélez ordenó a sus tropas disponerse para el asalto de la Ciudad Condal. Su despliegue consistió en: dos escuadrones volantes de mil mosqueteros cada uno (procedentes de los tercios de infantería), al mando de los maestros de campo D. Fernando de Ribera y conde de Tyron, para ascendiesen la montaña de Montjuich, el primero de ellos por la izquierda y el segundo por la derecha. Tras ellos, en la falda del collado, se situarían

---

<sup>1576</sup> “(.....) Pareció que se debía de dejar allí [en Martorell] el presidio conveniente para la defensa del paso del Congost, donde se habían de asegurar los víveres que bajasen de Sant Sadurní. Y así, fue ordenado que el comisario general de la caballería de las Órdenes, con quinientos caballos, se quedase guardándole; y que en Martorell se detuviesen dos tercios, prontos para marchar hacia donde les fuese ordenado. *Ibidem*. pp. 345-346.

<sup>1577</sup> “(.....) Sabían [el marqués de Los Vélez y los altos oficiales del ejército] que Barcelona estaba en defensa, terraplenada su muralla, capaz de toda artillería y con más de cien cañones, alojados en forma suficiente. Llena de hombres desesperados, socorrida de soldados viejos y no desamparada de cabos expertos. (.....) De otra parte miraba su ejército, ya disminuido en infantería y caballería por el hambre, la guerra y la enfermedad, y principalmente por las muchas guarniciones que iban dejando atrás; el enemigo a las espaldas con poder considerable de gente, el paso de Martorell poco seguro para la retirada, mucha gente bisona, toda hambrienta (.....). *Ibidem*. p. 350.

8.000 infantes, que reforzarían el avance de los escuadrones de vanguardia; mientras que en la parte más llana se desplegaría la caballería bajo del duque de San Jorge, con el objetivo de proteger y cubrir a estas fuerzas. En última instancia se situaría el resto de la fuerza a pie frente a la ciudad, mientras que la caballería de las Órdenes Militares ocuparía una pequeña elevación, próxima al flanco izquierdo, con la misión de neutralizar cualquier ataque de la caballería rebelde<sup>1578</sup>.

No nos vamos a extender con los detalles de la batalla de Montjuich (26 de enero de 1641), cuyo desarrollo puede seguirse en multitud de obras, y sólo nos detendremos en la actuación del Batallón de las Órdenes en dicha ocasión. Su vino motivada por el ataque que sufrieron las tropas de caballería bajo del duque de San Jorge, las cuales fueron acometidas por las fuerzas franco-catalanas, con el objetivo de desalojarlas de su posición inicial, y privar a las fuerzas de a pie de la protección que les brindaba. Ante la intensidad del ataque que estaba sufriendo, San Jorge envió a un oficial para que avisase a D. Álvaro de Quiñones y que le prestara auxilio.

Una vez tuvo conocimiento de que la caballería de las Órdenes Militares se encaminaba en su ayuda, el duque tomó una decisión que le costaría caro, pues se lanzó contra la infantería que le había estado hostigando. Sin embargo, la tropa bajo su mando no mantuvo la formación y se dispersó por el campo de batalla. En ese momento, los franceses mandaron parte de su caballería contra el aristócrata napolitano, que se vio aislado y rodeado por una fuerza superior. Cuando lo más lógico hubiera sido que Quiñones enviara a sus hombres en auxilio de San Jorge, determinó permanecer en su puesto, pues si acudía a socorrerle, también podía verse afectado por el desastre<sup>1579</sup>. Esta decisión selló su suerte, ya que poco después fue mortalmente herido, junto con parte de sus oficiales, que habían acudido en su ayuda.

Según otra fuente, la caballería de las Órdenes Militares situada en el flanco izquierdo, debía coordinarse con las fuerzas montadas del duque de San Jorge, desplegadas en la derecha, para que juntas atacasen a la caballería enemiga, situada junto a las murallas de la ciudad. Se trataba de una empresa harto complicada, ya que ésta contaba con la protección de la artillería y de la guarnición de la fortaleza, la cual,

---

<sup>1578</sup> PELLICER Y TOVAR, J.: *Op. cit.* p. 190.

<sup>1579</sup> “(.....) El San Jorge, ya como perdido, viéndose seguir de pocos, y entre todo el poder de su enemigo, procuró revolverse con ellos, y hacer con ellos la entrada por la puerta de la ciudad, creyendo que antes le socorrería el Quiñones, que por entonces aguardaba; pero él, que desde luego reconoció el peligro de su pensamiento, no se dispuso a remediar el daño, por no entrar también a parte con él. Miraba desde su puesto la tragedia del otro. Ellos dicen que la ignoraba, pero su templanza pareció aquel día excesiva cordura. MELO, F.M. de: *Op. cit.* p. 373.

desde su bien parapetada posición, podría causar numerosas bajas a los atacantes. Pese a todo, ambos comandantes iniciaron el ataque al frente de sus tropas<sup>1580</sup>. Pellicer de Tovar coincide con Melo en calificar como precipitado el comportamiento del duque, así como en la prudente conducta de Quiñones, la cual le salvó de un desastre más sonado, pues al comprobar la fortaleza de la posición enemiga, optó por retirarse<sup>1581</sup>.

El fracasado asalto contra Barcelona, y la consecuente derrota de Montjuich, tuvieron unas gravísimas consecuencias para las armas de Felipe IV. La más importante de todas ellas fue la imposibilidad de poner fin a la revuelta catalana a corto plazo. Pues los rebeldes, asistidos por Francia, consolidaron y reforzaron su posición. Así, aprovechando la retirada realista, ocuparon los pasos de Congost y Martorell, con lo cual se taponaban dos de las principales vías de acceso a la capital del Principado, y obligaron a las fuerzas realistas a retirarse a Tarragona<sup>1582</sup>. Una vez que el marqués de Los Vélez, junto con los restos de su ejército, hizo entrada en ella, solicitó ser relevado del mando. Su demanda fue atendida por el monarca, siendo sustituido por D. Federico Colonna, condestable de Nápoles y príncipe de Butera, que hasta ese momento había servido como virrey y capitán general del reino de Valencia<sup>1583</sup>.

Este descalabro repercutió de forma negativa en la operatividad del Batallón, pues se produjo una considerable reducción en el número de sus integrantes. Por este motivo, a mediados del mes de abril, el monarca encargó a la Junta que se encargara de reponer las bajas que presentaba la unidad<sup>1584</sup>. Según el monarca, tres eran los aspectos que debían ser abordados: en primer lugar, la inmediata revocación de todos los

---

<sup>1580</sup> “(.....) marchó la caballería del cargo del señor Don Álvaro de Quiñones por el cuerno izquierdo, y la del señor duque de San Jorge, por el derecho, yendo este caballero con ánimo de mezclarse con la caballería del enemigo y ocupar la puerta, cosa imposible y temeraria. Para esto, hizo instancias con D. Álvaro para que cerrase por aquella parte y cogiesen en medio al enemigo, que estaba con su caballería al abrigo de la mosquetería de la muralla, y al reparo de una media luna que tenía delante de la puerta, y la artillería de la ciudad.” PELLICER Y TOVAR, J.: *Op. cit.* p. 192.

<sup>1581</sup> “(.....) D. Álvaro dispuso con más cordura la gente de su cargo, cerrando con el enemigo hasta el foso, con mucho daño suyo. Y luego se retiró, según escriben, con la más rara orden que se ha visto, hasta hoy, a tiempo que los acibillaban con artillería y mosquetería.” *Ibidem.* p. 193.

<sup>1582</sup> MARTÍNEZ DE CAMPOS, C.: *España bélica. El siglo XVII. La decadencia del Imperio.* Madrid, 1968. pp. 140-144.

<sup>1583</sup> El nombramiento de Colonna como máximo responsable del ejército de Cataluña fue una mala noticia para el Batallón de las Órdenes, pues durante los escasos meses que ostentó el mando, tuvo varios enfrentamientos con D. Álvaro de Quiñones, el cual incluso llegó a solicitar que se le cambiara de destino para no tener que servir bajo su mando. “(.....) D. Álvaro, en carta de 24 de mayo de 1641, le suplica [al rey] se sirva de mandarle servir debajo de mano que no sea del condestable, por la poca seguridad que espera tener de sus aciertos. No debiendo ignorar el modo de tratar a sus generales, habiendo servido debajo de mano de tantos y tan grandes; hallándose teniente general y consejero de guerra.” PELLICER Y TOVAR, J.: *Op. cit.* p. 254.

<sup>1584</sup> *Decreto del rey dirigido al presidente de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la remonta de la caballería de ellas.* Madrid, 13-4-1641. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

permisos concedidos para poder ausentarse del servicio; en segundo ¿se podría obligar a los caballeros que habían entregado un sustituto, a que facilitaran otro si éste había muerto en campaña?. En este sentido, su reposición debía recaer sobre los nuevos caballeros que aún no habían acudido a servir en persona. En tercer lugar, ¿si el sustituto había desertado, tenía obligación el caballero de presentar otro?<sup>1585</sup>

Fue en esta última cuestión donde surgieron algunas discrepancias entre el rey y la Junta, pues según organismo no se podía aplicar una única norma cuando coincidían situaciones muy diferentes. En concreto se plantearon tres posibilidades:

-1. Si el sustituto había sido presentado y admitido al servicio, pero no se había incorporado a la compañía donde debía servir (o si lo había hecho, no constaba que hubiera llegado al alojamiento), el caballero de hábito debía aprestar uno nuevo.

-2. Si la deserción había tenido lugar durante la marcha al lugar del destino, o en el acuartelamiento, se estudiaría cada caso de manera individualizada para tomar una resolución al respecto. En este sentido, se estableció una nueva categoría de clasificación: si el caballero entregó su sustituto porque fue eximido de servir en persona; o porque se dictaminó que su participación se llevara a cabo de esta manera. Según este criterio, a los primeros sí se les podía compeler a que entregaran uno nuevo; mientras que al otro grupo no se les debía exigir nada si la persona encargada de sustituirles abandonaba el servicio, pues habían cumplido con lo que se les ordenó<sup>1586</sup>.

-3. Si la huída se había producido en el teatro de operaciones, los caballeros estaban eximidos de toda responsabilidad porque los encargados de evitar su fuga eran los mandos del ejército<sup>1587</sup>.

---

<sup>1585</sup> “(.....) se trate de remontar la caballería de las Órdenes haciendo que, sin ninguna dilación, vuelvan al ejército todos aquellos caballeros a quien se hubiere dado licencia. Y que los sustitutos que faltaren por haberse huido, den otros en su lugar los caballeros por quien hubieren ido a servir. Y para los que hubieren muerto, se vea en la junta el número de caballeros que se han aumentado, y dejaron de cumplir con esta obligación, para que de ellos se remita el número que faltare.” *Ibidem*.

<sup>1586</sup> “(.....) Y considerando géneros de sustitutos, unos de aquellos caballeros a quien se hizo gracia particular de que no fuesen a servir, y otros de los que salieren en lugar de las personas que legítimamente están excusados. A los de esta calidad, parece no se les debe obligar a que den otros sustitutos, cuanto quiera que se hayan ausentado los que presentaron. Pero aquellos caballeros a quien se hizo gracia particular de reservarlos de ir a la guerra, parece se debe mandar que, si sus sustitutos no hubieren asistido como deben, den otro en su lugar, declarando sea por esta vez, y sin que sea consecuencia para adelante.” *Ibidem*.

<sup>1587</sup> “(.....) Y hace reparo esta junta en el punto de los huidos, entendiendo debe practicarse con esta distinción: los que habiéndose presentado y admitido, no siguieron las compañías ni fueron a los alojamientos, y se quedaron aquí, es caso llano que estará la recluta por obligación de los propietarios. Los que salieren en seguimiento de sus estandartes, y no llegaron al ejército, por haberse huido en los alojamientos o marchas tiene alguna duda; y así, se intentará, y conforme lo que representaren y justificaren los interesados, así se irá obrando. Y los que después de haber llegado al ejército huyeron, no parece justo obligar a los propietarios que den otros, por entender que cumplieron, y que allí no están por su cuenta y riesgo, sino de los cabos militares que los guardan y gobiernan.”

Unos días más tarde, la junta recibió un informe de D. Rodrigo de Herrera el cual confirmaba el mal estado del Batallón. Según su informe se contabilizaban unas bajas de 200 hombres (entre ellas cuatro capitanes de compañía y un alférez mayor, así como un número de caballeros de hábito por determinar) y otros tantos heridos y/o enfermos. De manera que los efectivos reales se limitaban a unos 600 soldados montados<sup>1588</sup>. Nos inclinamos a pensar que, debido a los graves daños sufridos por la unidad, la Corona no vería con malos ojos una hipotética integración del Batallón en el resto de la caballería real, como una unidad más. Esta es la impresión que se desprende de una consulta fechada a finales de mayo de 1641 en la cual, aprovechando el nombramiento del marqués de La Hinojosa como teniente general de la caballería de España, y su inminente marcha hacia Cataluña, se planteó la opción de que la caballería de las Órdenes Militares quedara subordinada a su persona<sup>1589</sup>. De esta manera perdería su independencia, ya que los oficiales de esta unidad solo respondían ante el gobernador general (el marqués de Mortara), y éste ante el Conde Duque de Olivares (como capitán general de la caballería de España).

La Junta protestó ante este hecho, pues a pesar de que su oficial superior (después de D. Gaspar el marqués de Mortara), había sido promovido al mando de la caballería del ejército del Rosellón<sup>1590</sup>, el teniente general, D. Álvaro de Quiñones, se

---

*Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que da cuenta de lo que se ha dispuesto para remontar la caballería de ellas, y en el punto de los huidos.* Madrid, 22-4-1641. AHN, OO.MM., Leg. 4667.

<sup>1588</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre lo que representa D. Rodrigo de Herrera, tocante al estado en que se halla la caballería de ellas, y enfermos que hay en aquel ejército.* Madrid, 14-5-1641. AHN, OO.MM., Leg. 4667.

<sup>1589</sup> “(.....) Con ocasión de lo que consultó a V.M. la junta de Ejecución, en 2 de este, sobre que siendo el cargo de capitán general de la caballería de las Órdenes, distinto del de la caballería de España, respecto de ir el marqués de La Hinojosa a visitar la de Cataluña, era de parecer sería conveniente que todos los oficiales de la caballería de las Órdenes estuviesen a las del marqués, y se le diesen los despachos necesarios para que, donde se hallasen, las guardasen. Y se sirvió V.M. de responder: está bien en aquella parte a donde va.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre el despacho que se ha de dar al marqués de La Hinojosa, para que todos los oficiales de la caballería de ellas estén a la suya y guarden las que diere en aquella parte donde se va.* Madrid, 22-5-1641. AHN, OO.MM., Leg. 4667.

<sup>1590</sup> Pese a que se trataba de un prestigioso empleo se trataba de un premio menor, pues en el mes de septiembre había solicitado que se le concediera el cargo de teniente general de la caballería del ejército de Cataluña. Sin embargo, su pretensión no fue atendida y se le compensó con la capitanía del ejército que se proyectaba levantar para invadir Francia por el Principado. Pero los acontecimientos impidieron la formación de este contingente, y en última instancia se le hizo merced del empleo de capitán general de la caballería del ejército del Rosellón (uno de los que conformaban el dispositivo militar español en ese teatro de operaciones. *Consulta de la junta de Ejecución sobre la pretensión del marqués de Mortara, de que se le haga merced de la capitanía general de la caballería del ejército de Cataluña.* Madrid, 10-9-1640. AGS, GA, Leg. 1333.

había encargado de comandar la unidad a satisfacción<sup>1591</sup>. Así, se solicitó al monarca que mantuviera la independencia administrativa y jurisdiccional del Batallón por las beneficiosas consecuencias que, en lo referente al prestigio y al aliciente que suponía servir en la unidad más prestigiosa del ejército de Felipe IV, acarrearía su vigencia. Estas razones, que pueden parecer intrascendentes desde el punto de vista militar, eran muy importantes para la consecución del objetivo que se perseguía con la presencia de los caballeros de hábito (y sus sustitutos) en el campo de batalla. En este sentido, si la caballería de las Órdenes Militares perdía su idiosincrasia y sus señas de identidad, en definitiva, su carácter exclusivista y selectivo, se liquidaría uno de los estímulos que comportaba el servicio en ella.

El monarca puso fin a esta querella subrayando la autonomía del Batallón de las Órdenes, a la vez que establecía una clara diferencia entre la capitanía general de la caballería de España y la caballería de la de las Órdenes Militares, motivo por el cual la segunda no podía estar subordinada a la primera. Sin embargo, al estar ausente el gobernador general, era legítimo enviar al marqués de La Hinojosa, en su condición de teniente general de la caballería de España, para que se encargase de su gobernación durante el tiempo que permaneciere en el Principado, para que pusiera en orden la unidad y dispusiera lo necesario para mejorar su estado<sup>1592</sup>.

En cuanto a la situación de la guerra en Cataluña, tras la derrota de Montjuich, las fuerzas franco-catalanas pasaron a la ofensiva y a principios del mes de mayo, iniciaron el asedio de la ciudad de Tarragona (tanto por mar como por tierra). El contingente naval estaba mandado por el arzobispo de Burdeos (lugarteniente de la flota de Levante)<sup>1593</sup>, mientras que La Mothe-Hodancourt (lugarteniente general de las tropas francesas destinadas en Cataluña) dirigió las operaciones en tierra firme. Como resultado de esta ofensiva, cayeron en manos francesas las poblaciones de Salou y Constantí (9 y 13 de mayo respectivamente). Pese a que su estado no era el más

---

<sup>1591</sup> “(.....) en la ejecución, se representa a V.M. que, de esta caballería es gobernador general el marqués de Mortara, y teniente general de ella D. Álvaro de Quiñones. Y que, aunque el marqués se halla en el Rosellón, D. Álvaro está en Tarragona gobernando la caballería de las Órdenes, para que se vea y ajuste si tendrá embarazo, por ser el marqués de La Hinojosa teniente general de la de España, y distintas la una de la otra.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*.....22-5-1641.

<sup>1592</sup> “(.....) no se comprende en el puesto de capitán general de la caballería de España, la de las Órdenes Militares. Y así, se hizo capitán general al Conde Duque de la de las Órdenes, aunque lo era de la caballería de España. Y supuesto que el teniente general no tiene ejercicio alguno, sino ejecutar las órdenes del capitán general, puede el Conde Duque darle orden para que acuda a aquella caballería y la ponga en orden, y la gobierne el tiempo que se hallare allí.” *Ibidem*.

<sup>1593</sup> AZNAR Y MARTÍNEZ, D.: “Una caída en desgracia naval: el arzobispo almirante Escoubleau de Sourdis y el fracaso del sitio de Tarragona. 1641”, en: GARCÍA HURTADO, M.R., GONZÁLEZ LÓPO, D.L. y MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, E. (eds.): *Op. cit.* Tomo II. pp. 87-99.

adecuado para entrar en combate, la caballería de las Órdenes Militares, comandada en esta ocasión por el comisario general D. Rodrigo de Herrera, por enfermedad del teniente general D. Álvaro de Quiñones, se vio inmersa en estos acontecimientos<sup>1594</sup>. En concreto, fue utilizada para aliviar la presión sobre los sitiados y hacerse con alguna posición que permitiera su abastecimiento<sup>1595</sup>.

En uno de estos intentos entablaron combate con el enemigo en la población de El Catllar (11 de junio). Las hostilidades se desataron cuando un destacamento de 1.500 infantes y 600 soldados de caballería, entre los que se encontraban algunas compañías del Batallón de las Órdenes, fueron atacados mientras hacían acopio de pasto para los caballos. En esta acción murió D. Diego Jiménez de Zúñiga, marqués de Casal, caballero de la orden de Santiago, que prestaba sus servicios en esta unidad, y fueron hechos prisioneros siete caballeros de la compañía de D. Diego de Villalba<sup>1596</sup>. En última instancia, gracias a los socorros introducidos en la ciudad, el sitio debió ser levantado a finales del mes de agosto. Sin embargo, las bajas entre los caballeros de hábito siguieron aumentando, pues todos los de la orden de Calatrava que se encontraban en Tarragona (no sabemos el número exacto), a excepción de D. Lorenzo de San Vitores, fallecieron por falta de alimentos y por la carestía, así como D. Juan de Berrio, caballero de Santiago, que también se encontraba entre los caídos<sup>1597</sup>.

Las numerosas bajas también afectaron, como hemos visto, a los oficiales en jefe de las compañías, ya que hasta el mes de julio hasta cuatro de ellos habían caído en combate. Se trataba de los capitanes: D. Pedro Chirino de Narváez, capitán de una compañía de la orden de Alcántara, D. Pedro Lisón de Fonseca, de Calatrava, D. Sebastián Centurión, de la orden de Santiago, y D. Manuel Suárez Trevino, de la misma orden. Asimismo, entre los fallecidos en acto de servicio se encontraba D. Rodrigo de Mendoza, caballero de Alcántara, que servía como alférez mayor de ella. Por este motivo, tras escuchar el parecer del Conde Duque, la Junta se puso manos a la obra para cubrir estas bajas lo antes posible<sup>1598</sup>.

---

<sup>1594</sup> *Relación de los servicios del teniente general de la caballería D. Rodrigo de Herrera Céspedes*. Madrid, 10-1-1666. AGI, Indiferente, Leg. 121/21.

<sup>1595</sup> *Ibidem*.

<sup>1596</sup> PELLICER Y TOVAR, J.: *Op. cit.* pp. 251-253.

<sup>1597</sup> *Ibidem*. pp. 260 y 274.

<sup>1598</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes, sobre la propuesta del Conde Duque de Olivares, capitán general de la caballería de las Órdenes, para proveer cuatro compañías y el puesto de alférez mayor de la orden de Alcántara*. Madrid, 6-7-1641. AHN, OO.MM., Leg. 4667.

Para la primera de ellas, Olivares propuso las siguientes personas, todas ellas caballeros de Alcántara: D. Diego de Portugal<sup>1599</sup>, que servía como alférez en su compañía; D. Juan de Gamarra, que servía en el Batallón en una de las compañías de dicha orden, aunque no sabemos en cual; y D. Francisco Calderón de Robles, que en esos momentos se encontraba al mando de ella por orden del marqués de Los Vélez, el cual había dispuesto este nombramiento antes de abandonar su puesto<sup>1600</sup>. Esta circunstancia debió influir en la decisión definitiva, pues D. Francisco fue el designado para ocupar el mando de la compañía vacante<sup>1601</sup>. Además, los tres sujetos referidos estaban propuestos para el empleo de alférez mayor de Alcántara, el cual fue a parar a manos de D. Diego de Portugal<sup>1602</sup>.

En cuanto a la compañía de Calatrava, dos fueron los individuos sugeridos: el capitán D. Francisco de Verastegui, que gobernaba la compañía también por mandato del marqués de Los Vélez, y D. Lorenzo de San Vitores, superviviente del asedio de Tarragona. Pese a que, en principio, D. Francisco era el candidato que tenía más opciones, tanto por su experiencia militar previa, como por haber ejercido de forma interina, el mando de la compañía, el Conde Duque no se decidió por ninguno de ellos, y dejó la última palabra en manos del condestable de Nápoles. Por este motivo ordenó se le remitiera la patente de capitán con el nombre en blanco, para que nombrara a quien creyere más apto para el puesto<sup>1603</sup>, siendo D. Lorenzo el elegido<sup>1604</sup>.

---

<sup>1599</sup> D. Diego empezó a servir en 1635, en la Armada de la Guardia de la Carrera de las Indias, y en 1637, con motivo de los motines del Algarbe, el duque de Medina Sidonia, capitán general del ejército encargado de sofocar estos desórdenes, le concedió el mando de una compañía de infantería española, con la que sirvió hasta que la situación quedó controlada, tras lo cual fue reformado. Estando a punto de pasar a Flandes, al producirse la rebelión de Cataluña y la formación del Batallón de las Órdenes, sentó plaza en la compañía del Conde Duque, donde llegó a ocupar el puesto de alférez. Estuvo presente en todas las ocasiones donde la caballería de las Órdenes Militares intervino, y se destacó especialmente en El Catllar, donde se encontraba gobernado la compañía del Conde Duque, y socorrió al maestre de campo D. Fernando de Ribera, que fue atacado por los rebeldes, y deshizo un contraataque de la caballería enemiga, donde fue herido en un brazo. *Relación de los servicios de D. Diego de Portugal, caballero de la orden de Alcántara, general de la artillería y gobernador de Gibraltar*. S.f., s.l. 1665. AGI, Indiferente, Leg. 118/120.

<sup>1600</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*.....6-7-1641.

<sup>1601</sup> *Patente del nombramiento de D. Francisco Calderón de Robles, caballero de la orden de Alcántara, como capitán de una compañía de la dicha orden, por muerte de D. Pedro Chirino de Narváez*. Madrid, 24-7-1641. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

<sup>1602</sup> *Patente del nombramiento de D. Diego de Portugal, caballero de la orden de Alcántara, como alférez mayor de dicha orden, por muerte de D. Rodrigo de Mendoza*. Madrid, 24-7-1641. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

<sup>1603</sup> “(.....) y es de parecer el conde duque se remita la elección al condestable de Nápoles, para que llene la patente en el que mejor le pareciere.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*.....6-7-1641.

<sup>1604</sup> *Patente del nombramiento de D. Lorenzo de San Vitores, caballero de la orden de Calatrava, como capitán de una compañía de la dicha orden, por muerte de D. Pedro Lisón de Fonseca*. Madrid, 24-7-1641. AHN, OO.MM, Leg. 4641.



Respecto a las dos compañías de la orden de Santiago, para la de D. Sebastián Centurión los escogidos fueron: D. Estacio Coronel, teniente de la compañía de D. Iñigo de Angulo, D. Pedro de Lezama y Valdés, que había servido como capitán de la compañía de la compañía de caballos de los hijosdalgo de Chinchilla y Albacete, y en el Batallón de las Órdenes en la compañía del Conde Duque; y D. Pedro Giner, que había servido en Flandes, y en esos momentos lo hacía en Cataluña. Además, a su favor se encontraba el hecho de que, en dos ocasiones, fue nombrado capitán de caballos<sup>1605</sup>, lo cual determinó su elección<sup>1606</sup>.

Mientras que para la anteriormente ocupada por D. Manuel Suárez, se propuso al marqués de Casal (suponemos que la junta no había tenido noticia de su muerte, acaecida unas semanas antes), a D. Pedro Calderón de la Barca, el afamado escritor, que prestaba sus servicios en la compañía del Conde Duque desde el mes de mayo de 1640<sup>1607</sup> (aunque hasta finales de septiembre no sentó plaza en la referida compañía) hasta finales de octubre de 1641, cuando se le concedió permiso para dirigirse a Madrid. El último integrante de la terna era el capitán de infantería D. Iñigo de Guevara Camudio, que había servido 9 años en diferentes partes y que, por orden del marqués de Los Vélez, gobernaba de forma provisional la unidad<sup>1608</sup>, y que fue en quien se proveyó el cargo<sup>1609</sup>.

Además de la provisión de los puestos vacantes, la Junta de Caballería levantó una nueva compañía, para la cual se nombró capitán a D. Martín Lisón de Fonseca,

<sup>1605</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*.....6-7-1641.

<sup>1606</sup> *Patente del nombramiento de D. Pedro Giner, caballero de la orden de Santiago, como capitán de una compañía de la dicha orden, por muerte de D. Sebastián Centurión*. Madrid, 24-7-1641. AHN, OO.MM. Leg. 4641.

<sup>1607</sup> Según una certificación del teniente general Quiñones, su participación en esta selecta unidad fue más que satisfactoria, ya que se encontró presente en todas las acciones donde intervino la caballería de las Órdenes Militares: Col de Balaguer, Cambrils, Salou, Vilaseca, etc. También se destacó cuando la compañía del conde duque, junto con 30 arcabuceros a caballo de la compañía del comisario general, acudió a reconocer Constantí y derrotó a 500 soldados enemigos. “donde se señaló y peleó como muy honrado y valiente caballero, y salió herido de una mano en dicha ocasión.” Del mismo modo estuvo presente en la toma de Martorell, la batalla de Montjuich, la posterior retirada hacia Tarragona y ulterior cerco de la plaza por los franco-catalanes. En concreto, sabemos que tomó partido en los combates acaecidos en torno a El Catllar y prestó cobertura al marqués de Villafranca [comandante de las fuerzas navales encargadas de socorrer a las tropas sitiadas en Tarragona] cuando éste introdujo bastimentos y provisiones en ella. *Certificación de los servicios de D. Pedro Calderón de la Barca, caballero de la orden de Santiago, en el Batallón de las Órdenes, firmada por D. Álvaro de Quiñones su teniente general*. Tarragona, 19-10-1641. Tomado de: CALDERÓN DE LA BARCA, P.: *Obras completas*. Tomo II. (Edición de: VALBUENA BRIONES, A.). Madrid, 1959. p. 27. ZUDAIRE HUARTE, E.: “Un escrito anónimo de Calderón de la Barca”, en: *Hispania*, nº 51(1953). pp. 268-293.

<sup>1608</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*.....6-7-1641.

<sup>1609</sup> *Patente del nombramiento de D. Iñigo de Guevara Camudio, caballero de la orden de Santiago, como capitán de una compañía de la dicha orden, por muerte de D. Manuel Suárez Treviño*. Madrid, 24-7-1641. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

caballero de la orden de Calatrava<sup>1610</sup>. No obstante, no hemos podido identificar si hubo otros candidatos para este empleo. En cualquier caso, la idoneidad de D. Martín para este cometido estaba fuera de toda duda, pues acreditaba más de 20 años de servicios, realizados en Flandes, Italia, la Armada del Mar Océano y Gibraltar; además, comenzó su carrera militar como soldado y sirvió todos los empleos hasta llegar al de capitán<sup>1611</sup>. Asimismo, para que pudiera ponerse en marcha lo antes posible, y sufragar parte de los gastos en que incurriría, se le concedieron 500 ducados de ayuda de costa<sup>1612</sup>.

Sin embargo, parece que no pudo desempeñar su cometido porque el capitán Gonzalo Sabino de Zúñiga (que servía en el Batallón como ayudante del comisario general, D. Rodrigo de Herrera) a quien se encargó el traslado de la compañía desde Madrid hasta el Reino de Aragón, donde sería entregada a D. Martín, no tenía ninguna intención de entregar el mando. Ante esta disyuntiva, el monarca se vio obligado a ordenar a D. Antonio Enríquez de Torres, obispo de Málaga, virrey de Aragón, que adoptara las medidas oportunas para que D. Martín pudiera ponerse al frente de su unidad, y que Zúñiga volviera a servir como ayudante del comisario general<sup>1613</sup>. Pero lo cierto, es que el mandato del rey no debió de ser atendido, lo más probable porque coincidió con la llegada del nuevo virrey, el marqués de Távara, a quien se le conminó a que hiciera cumplir la referida orden, en los mismos términos que a su antecesor<sup>1614</sup>.

Pese a estos esfuerzos por recomponer el Batallón, lo cierto es que durante los meses siguientes, debido a la falta de pertrechos y avituallamientos, la situación empeoró. Los daños más severos aludían al deplorable estado que presentaban los caballos, el cual desaconsejaba su uso militar. Esa es la impresión que se desprende de las manifestaciones de D. Pedro Calderón de la Barca, el cual fue enviado a la Corte

---

<sup>1610</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que propone a D. Martín Lisón de Tejada, caballero de la de Calatrava, como capitán de una compañía de ellas*. Madrid, 6-7-1641. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>1611</sup> *Patente del nombramiento de una compañía de caballos de las órdenes militares a D. Martín Lisón de Tejada, caballero de la de Calatrava*. Madrid, 24-7-1641. AHN, OO.MM, Leg. 4641

<sup>1612</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Martín Lisón de Tejada, caballero de la de Calatrava y capitán de una de las compañías del Batallón de ellas, de que se le haga merced de 500 ducados de ayuda de costa por una vez*. Madrid, 3-9-1641. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>1613</sup> “(.....) he hecho merced de la compañía que llevó de aquí el capitán Gonzalo Sabino de Zúñiga, ayudante de comisario general de la caballería de las Órdenes, que ha de estar sirviéndome en este reino con ella. Vos daréis la orden necesaria para que se le entregue y ponga en posesión de la dicha compañía, y a Gonzalo Sabino de Zúñiga, para que vaya a servir su plaza de ayudante, dejando la compañía a cargo de D. Martín.” *Carta del rey al obispo de Málaga, virrey de Aragón, para que ponga en posesión de su compañía a D. Martín Lisón de Tejada, caballero de la orden de Calatrava*. Madrid, 22-10-1641. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

<sup>1614</sup> *Carta del rey al marqués de Távara, virrey de Aragón, para que ponga en posesión de su compañía a D. Martín Lisón de Tejada, caballero de la orden de Calatrava*. Madrid, 28-11-1641. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

para dar fe de la situación en la que se encontraban las fuerzas reales en el Principado. Una vez llegó a su destino, tanto el monarca como el Conde Duque pudieron conocer de primera mano la luctuosa disposición del ejército real en Cataluña, y en concreto de la caballería cruzada<sup>1615</sup>. Pese a todo, los restos de la caballería de las Órdenes estuvieron presentes en la reconquista de Salou, acaecida a mediados del mes de noviembre<sup>1616</sup>.

Pero no solo el frente catalán mereció la atención de los individuos encargados de movilizar a los caballeros de hábito, sino que una vez se consolidó la defección del Reino de Portugal, se planteó la posibilidad de enviar algunas fuerzas montadas, compuestas por caballeros de hábito y comendadores, junto con sus sustitutos. Con todo, se trataba de un planteamiento mucho más modesto que el puesto en escena para el Principado de Cataluña, pues aquí, como máximo, se podrían enviar algunas compañías. La primera referencia que hemos encontrado sobre el envío de tropas a caballo con dirección al oeste peninsular, procede de mediados de 1641, cuando en una consulta se menciona que la compañía de D. Sancho de Londoño, caballero de la orden de Calatrava (cuyo teniente era D. Diego de Figueroa) había emprendido la marcha hacia la ciudad de Mérida, donde se acuartelaría a la espera de entrar en combate<sup>1617</sup>.

A principios del mes de septiembre, la Junta de Caballería informó al monarca del reclutamiento de otra compañía de caballos corazas, la cual estaba lista para el servicio, a la espera de que se nombrara un capitán. Nos llama la atención de que, a diferencia de otras consultas en las que se designan capitanes, en esta ocasión se haga por votos secretos, con lo cual no podemos conocer el nombre de los otros candidatos<sup>1618</sup>. Con todo, no fue hasta finales de mes, tras una nueva consulta, cuando el

---

<sup>1615</sup> “(.....) Vino D. Pedro Calderón de la Barca, caballero de la orden del Santiago, enviado por el señor marqués de La Hinojosa, desde Tarragona, a dar cuenta a S.M. del estado de aquel ejército y de la forma con que le tenía dispuesto. También de cómo se había reformado la caballería, por estar los soldados desmontados, dejando solos algunos capitanes de los de más experiencia. (.....). Pasó al Escorial, donde estaba S.M., y volvió en el coche del sr. conde duque, haciéndole relación de todo con mucha puntualidad. PELLICER Y TOVAR, J.: *Op.cit.* p. 301.

<sup>1616</sup> “(.....) Iban con el señor marqués [de la Hinojosa] los maestros de campo D. Pedro de Cañaveral, y el de los valones, con lo mejor de sus tercios, que serían 1.200 infantes, D. Antonio Pellicer, con su compañía de corazas, y las de los dragones que gobierna, la del señor conde de Colmenar, que gobierna el señor D. Álvaro de Quiñones, y otros 20 caballos que han quedado de las cinco compañías de las Guardas de Castilla, el barón de Sabac, general de la artillería, el maestro de campo D. Luis Jerónimo de Contreras, los capitanes de corazas, el señor de La Mota, D. Diego de Villalba, D. Lorenzo de San Vitores, D. Francisco Calderón, el señor marqués de Cusano, D. Tomás de Beaumont, D. Pedro de Castro, D. Juan de Orellana y otros caballeros y oficiales de la caballería de las Órdenes, y algunos aventureros.” *Ibidem.* p. 307.

<sup>1617</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Pablo de Figueroa Laso de la Vega, caballero de la orden de Calatrava.* Madrid, 15-6-1641. AHN, OO.MM, Leg. 6340(1).

<sup>1618</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que dice lo que se le ofrece en el nombramiento de capitán de una compañía de ellas.* Madrid, 9-9-1641. AHN, OO.MM, Leg. 6340(1).

monarca se decidió a hacer pública su decisión<sup>1619</sup>, y nombró para ella al capitán D. Gedeón de Hinojosa, que había servido durante 6 años en Cataluña<sup>1620</sup>. No sabemos si el destino original de esta compañía era el frente catalán, y sobre la marcha se decidió que se encaminara hacia Portugal o, por el contrario ésta era la idea original. Lo cierto es que en el nombramiento de D. Gedeón, quedaba claro que prestaría servicios en el teatro de operaciones occidental<sup>1621</sup>, y unos días más tarde se le libró la pertinente ayuda de costa de 500 ducados concedida a otros capitanes<sup>1622</sup>. Pero la evidencia definitiva la encontramos en una relación, en la que figuran las compañías y los efectivos enviados por la Junta de Caballería a lo largo de los años 1641-1651. En ella consta que las dos compañías referidas fueron enviadas al ejército de Portugal<sup>1623</sup>.

Pero esta no fue la única cantidad que recibió D. Gedeón, pues entre octubre y diciembre se le libraron diferentes sumas para poder mantener su unidad. De esta manera, el 19 de octubre, y los días 4 y 11 de noviembre se le libraron, con cargo a la cantidad que depositaban los caballeros de hábito para socorrer un mes a sus sustitutos (15 ducados cada uno) 3.275 reales de vellón cada vez, con los cuales podría dar la mitad del salario mensual a sus hombres<sup>1624</sup>. De esta cantidad, 2.475 reales se destinarían a la media paga de los 33 soldados (todos ellos sustitutos) que en esos momentos integraban la compañía (75 reales para cada uno), otros 250 para el teniente de la compañía, cargo proveído en D. Diego de Araque (aunque hasta el mes de

---

<sup>1619</sup> “(.....) Y porque hasta ahora no ha bajado resuelta la consulta, y ya está junto el número de soldados, necesita capitán para que los gobierne, así en el alojamiento como en los tránsitos, hasta la plaza de armas, y después de ella. Y cualquier decisión es de inconveniente, ha parecido hacer nuevo recuerdo a V.M. de esta consulta, solicitando por este medio el nombramiento de capitán de esta compañía.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que hace recuerdo de lo que se le ofrece sobre el nombramiento de capitán de una compañía de ellas*. Madrid, 22-9-1641. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

<sup>1620</sup> *Patente del nombramiento de D. Gedeón de Hinojosa y Montalvo, caballero de la orden de Santiago, como capitán de caballos corazas de una compañía de las Órdenes Militares*. Madrid, 24-9-1641. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

<sup>1621</sup> *Ibidem*.

<sup>1622</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Gedeón de Hinojosa y Montalvo, caballero de Santiago, de que se le concedan 500 ducados de ayuda de costa por una vez*. Madrid, 3-10-1641. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>1623</sup> “(.....) El año de 1641 se enviaron para el ejército de Portugal, dos compañías de caballos, con 100 hombres montados, cuyos capitanes fueron D. Gedeón de Hinojosa, caballero de Santiago, y D. Sancho de Londoño, caballero de Calatrava.” *Relación de las compañías de caballos, y caballos sueltos a la mano, que remitió la junta de la Caballería de las Órdenes a los ejércitos desde el año de 1641, desde que se beneficiaban por ella algunos medios, hasta el año 1651*. S.f., s.l. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>1624</sup> *Cédula para que Cristóbal Martínez Flores, receptor general del consejo de las Órdenes, pague a D. Gedeón de Hinojosa y Montalvo, caballero de la orden de Santiago, capitán de una compañía de caballos corazas de las Órdenes, 3.275 reales de vellón para dar media paga a su compañía y oficiales de ella*. Madrid, 19-10-1641. AHN, OO.MM, Leg. 4690.

diciembre no se hizo efectivo el nombramiento<sup>1625</sup>), y los 550 restantes para la mitad del salario de D. Gedeón<sup>1626</sup>.

Pero los gastos no terminaban ahí, pues para que la compañía estuviera operativa necesitaba ser equipada y pertrechada. Pese a que se trataba de un notable desembolso no iba a suponer un agujero más en las maltrechas finanzas reales pues, al menos en teoría, todo esto se haría con cargo a los caballeros de hábito que no acudían en persona. Sin embargo, consideramos que sólo con estos fondos no se podría asumir los costes generados por este concepto. En el caso de la compañía de D. Gedeón, los gastos ocasionados para equipar a 25 soldados ascendían a 75.971 reales (aproximadamente 6.900 ducados<sup>1627</sup>), de modo que sería necesaria la contribución de unos 460 caballeros (a 15 ducados cada uno), para financiar una compañía.

De este total, la partida más cuantiosa era la destinada a la compra de caballos. Así, cerca de 34.100 reales (el 45%) se aplicaron en la adquisición de 24 caballos a diferentes propietarios<sup>1628</sup>, lo que nos arroja una media de 1.420 reales por equino<sup>1629</sup>. En segundo lugar estaban los gastos del equipamiento de los soldados, donde se gastaron 18.870 reales (25%) en botas, vestidos, coletos, espuelas y espadines<sup>1630</sup>.

El 30% restante se repartía en tres epígrafes: suministros para los caballos, gastos varios y extraordinarios. En cuanto a los primeros, se trataba de sillas, estribos y, en general todo lo necesario para su monta, junto con la cebada y la paja; en lo cual se gastaron 7.294 reales (10%)<sup>1631</sup>. Respecto a la partida de gastos varios, que totalizaba 7.957 reales (otro 10%), en ella figuraban los generados por el tránsito de los soldados hasta llegar a Madrid, así como su presencia en la Corte hasta abandonarla con destino al frente; así como las cantidades abonadas a diferentes personas, encargadas de

---

<sup>1625</sup> *Patente del nombramiento de D. Diego de Araque como teniente de la compañía de caballos corazas de las Órdenes de D. Gedeón de Hinojosa*. Madrid, 4-12-1641, AHN, OO.MM, Leg. 4641.

<sup>1626</sup> *Cédula para que Cristóbal Martínez Flores*.....19-10-1641.

<sup>1627</sup> *Libranza para que Cristóbal Martínez Flores pusiese a su descargo 75.791 reales que se gastaron en la leva de los 25 soldados que hizo la junta, de que se formó la compañía de D. Gedeón de Hinojosa*. Madrid, 21-10-1641. AHN, OO.MM, Leg. 4690.

<sup>1628</sup> “(.....) A D. Antonio Neli, mayordomo del duque de Laurenciano, por el precio en que se concertaron 6 caballos de Nápoles, morcillos, 9.150 reales. A García de Oviedo, en nombre del conde de Orgaz, por un caballo morcillo, 1.400 reales. A Bartolomé Gómez, albéitar, por 13 caballos que dio para esta leva, los 11 a 1.450 reales cada uno, y los dos a 1.250 reales, 18.500 reales (.....).” *Ibidem*.

<sup>1629</sup> *Ibidem*.

<sup>1630</sup> “(.....) A Juan de Campos, zapatero, por 20 pares de botas, a 58 reales, 1.160 reales. A Francisco de Arévalo y Francisco de Tamayo, mercaderes, por 24 vestidos de soldados, 11.314 reales. A D. Diego de Unzueta, caballero de Santiago, por 22 coletos de ante, a 250 reales cada uno, y 22 pares de espuelas, a 8 reales, 5.676. A Baltasar González, espadero, por 20 espadines, a 36 reales cada uno, 720 reales.” *Ibidem*.

<sup>1631</sup> *Ibidem*.

asegurar el buen estado de las monturas<sup>1632</sup>. En cuanto a los gastos imprevistos, otros 7.750 reales (10%), nos encontramos con un pedido de última hora, servido por Juan Bautista del Corral, consistente en: un vestido, dos caballos, tres sillas de borrenes, cuatro espadines, cinco pares de botas, dos coletos y 25 pares de guantes, por los que se abonaron 4.750 reales. Mientras que los 3.000 restantes correspondían a un pago del receptor general, abonando parte de los gastos causados por los soldados<sup>1633</sup>.

Pero estas cantidades no parecieron ser suficientes, pues a principios del mes de diciembre se le proveyeron nuevos fondos. La nueva suma percibida ascendía a 7.950 reales (poco más de 720 ducados), de los cuales 4.950 fueron utilizados para abonar una paga entera a los 33 sustitutos de la compañía, con lo cual quedaban al corriente de pago hasta el 29 de diciembre. Otros 300 reales se destinaron al pago de media soldada de cuatro sustitutos (con lo que el total ascendía ya a 37), que habían pasado muestra el 1 de diciembre. También se destinaron 400 reales, equivalentes a un salario completo, para D. Fadrique Plunqueto, caballero de la orden de Santiago, de origen irlandés, que iba a servir personalmente en la compañía<sup>1634</sup>. En cuanto a la suma restante, fue consignada al desembolso de una paga completa para la primera plana de la unidad: 1.100 para el capitán, 500 para el teniente, 400 para Antonio Sánchez, alférez de la compañía, y 300 para el trompeta<sup>1635</sup>. Con ello, se juzgaba que D. Gedeón podría, de una vez, encaminarse hacia Mérida y prestar servicio en la campaña portuguesa<sup>1636</sup>.

---

<sup>1632</sup> *Ibidem.*

<sup>1633</sup> *Ibidem.*

<sup>1634</sup> *Libranza para que se paguen al capitán D. Gedeón de Hinojosa 7.950 reales, para socorrer su compañía en la forma que aquí se refiere.* Madrid, 9-12-1641. AHN, OO.MM, Leg. 4690.

<sup>1635</sup> *Ibidem.*

<sup>1636</sup> “(.....) Y con este socorro, marche luego con la dicha compañía a la plaza de armas de Extremadura, haciendo su viaje por los tránsitos que se le señalan en el itinerario.” *Ibidem.*

### 7.3. EL SEGUNDO LLAMAMIENTO (1642).

Pese a todo, el principal teatro de operaciones para la caballería de las Órdenes Militares continuó siendo el Principado de Cataluña, donde las dificultades eran lo habitual en el devenir cotidiano. Ante la falta de una respuesta eficaz a los problemas de abastecimiento, las fuerzas destinadas en Cataluña optaron por hacerlo sobre el terreno. Esta fue la principal motivación para intentar la toma de la localidad de El Vendrell<sup>1637</sup> (la cual tuvo lugar el 8 de enero de 1642) donde entró en combate lo que aún quedaba del Batallón de las Órdenes. En esta ocasión, el alto mando creyó oportuno encomendar esta misión a las fuerzas de caballería, compuestas por 1.100 efectivos (incluidos 300 dragones), mientras que el capitán D. Manuel de Aguiar, con 800 infantes y 100 caballos quedaba en retaguardia cubriendo su retirada<sup>1638</sup>.

Una vez las tropas hubieron abandonado Tarragona, se inició la marcha de aproximación sobre El Vendrell. Pero en el trayecto se acercaron a la vecina localidad de Creixell, situada a mitad del camino, a la cual se conminó a jurar obediencia a Felipe IV con la promesa de que, si lo hacían, sus propiedades y haciendas serían respetadas. Esta garantía fue suficiente, y los lugareños accedieron a ello. Muy diferente fue lo acontecido cuando las tropas realistas llegaron a su objetivo, que bajo ninguna circunstancia deseaba rendirse y estaba deseosa de entrar en combate<sup>1639</sup>. Ante su empecinada actitud, se encomendó al capitán de corazas D. Antonio Pellicer que, junto con los 300 dragones que tenía bajo su mando, atacase por dos zonas y tratara de demoler la muralla mediante la colocación de algún explosivo. Pese a que los defensores hostigaron su acción con un constante fuego de mosquetería, consiguió

---

<sup>1637</sup> “Diversas veces había comunicado el sr. marqués de la Hinojosa [teniente general de la caballería de España], con el barón de Sabac y D. Álvaro de Quiñones, en secreto, de reducir la villa de El Vendrell a la obediencia de S.M. por las grandes conveniencias que se le seguían, pues uno de los almacenes de granos y pajas que tiene la Diputación para el pan de munición y los forrajes de los caballos.” *Relación de lo sucedido en El Vendrell*. S.l., 8-1-1642. BN, Mss, 2374. Fol. 621v.

<sup>1638</sup> PELLICER Y TOVAR, J.: *Op. cit.* p. 334.

<sup>1639</sup> “(.....) Llegose a El Vendrell a las diez de la mañana, y luego que tomó puesto la caballería alrededor del lugar, se envió un trompeta a hacer una llamada y ha hablar con los jurados de el, ofreciéndoles que si se reducían al servicio de S.M. les aseguraba su gracia y perdón de todo lo pasado, y prometía favorecerles con el amparo e sus armas en todas ocasiones. Respondieron que habían menester cuatro días de tiempo para resolverse, volvió a enviarles otra embajada diciéndoles que sólo media hora se les concedía, respondieron que querían pelear, y que aquella villa estaba por Mos. de La Motte. Volvió el sr. marqués a enviarles otra embajada, advirtiéndoles que mirasen lo que hacían y tornasen a la obediencia de su rey, que de otra suerte les degollaría y quemaría el lugar, y respondieron lo mismo, y que con mucha firmeza estaban por Mos. de La Motte, y que habían de pelear hasta morir.” *Relación de lo sucedido.....Op. cit.* Fol 621v-622r.

causar en ella el daño suficiente para que, tanto los dragones como el resto de las fuerzas atacantes (entre las que se encontraban efectivos de la caballería de las Órdenes Militares), pudieran entrar en El Vendrell y derrotar a su guarnición<sup>1640</sup>. Como castigo por su testarudez, los mandos del ejército determinaron su saqueo, gracias al cual se tomaron 2.000 cabezas de ganado, junto con 50 vacas y 20 mulas, y posterior quema. Tras lo cual, una vez conseguida su sumisión a la majestad de Felipe IV, los comandantes optaron por retirarse a Tarragona<sup>1641</sup>.

A la altura de enero de 1642 la situación del Batallón de las Órdenes dejaba mucho que desear, pues la mayor parte de sus integrantes habían perdido sus monturas, y muchas de las que aún prestaban servicio, presentaban un estado deplorable. Con el objetivo de solucionar estos problemas se autorizó a D. Álvaro de Quiñones a dirigirse al Reino de Valencia, en concreto a Vinaroz, en la actual provincia de Castellón, con el objetivo de adquirir los caballos suficientes. No obstante, debía llevar a cabo su tarea con diligencia, pues se consideraba imprescindible la participación de la caballería de las Órdenes Militares, para emprender lo antes posible el asedio de Lérida<sup>1642</sup>.

A esto había que sumar las lluvias caídas durante el otoño, que dejaron los caminos convertidos en barrizales, dificultando aún más el abastecimiento de las tropas. Tal situación obligó al marqués de La Hinojosa (maestre de campo general y gobernador de las armas del ejército de Cataluña) a buscar víveres, para lo cual dispuso un pequeño contingente a quien encargó este cometido. Pero en torno al campo de Tarragona fue sorprendido por un millar de jinetes enemigos. No obstante, cuando más

---

<sup>1640</sup> “(.....) Pareciendo a S.E. que no era dificultoso castigar lugar tan rebelde, y que convenía hacerlo, ordenó que se desmontasen los dragones y envistiesen la villa por dos partes poniendo un petardo que se levaba una puerta. Hizose así, y encomendando S.E. al capitán D. Antonio Pellicer, a cuyo cargo están los dragones. En la villa había doscientos hombres con armas, y se defendían en la iglesia y las torres fuertes, y algunas casas con gran continuación en el tirar. D. Antonio les embistió con valor. Y aunque el petardo hizo poco fruto, por un pequeño agujero que abrió y otro que hizo, entraron los dragones y algunos soldados de la caballería de las órdenes, y de otras compañías que venían a pie, y la mayor parte de las corazas del dicho capitán D. Antonio Pellicer, con su teniente, que se desmontó para dicho efecto. Peleose durante más de cuatro horas, y en este tiempo ordenó S.E. se les hiciesen muchas llamadas advirtiéndoles que se perdían, y de nuevo les admitiría debajo del amparo de S.M., pero siempre respondieron que tenían el de Mos. de La Motte, y que con el querían morir.” *Ibidem*. Fol. 622r.

<sup>1641</sup> “(.....) Juntó S.E. al barón de Sabac, a D. Álvaro de Quiñones, al barón de Molingen y a D. Simón de Mascareñas, que quiso ir sirviéndole, y se resolvió que se saquease y quemase el lugar, y así se hizo, y muy pocas casas se escaparon. Prendióse un jurado con una rodela y una espada, trajéronle al sr. Marqués y persuadido a los favores y mercedes que le hizo, dijo que quería ir a la iglesia a hablar con los demás. Fue, y al cabo de mucho tiempo salió con otro a dar la obediencia, y el sr. Marqués se lastimó con ellos de que no hubiesen acudido a tiempo que se hubiese podido excusar el daño. Tomáronse 2.000 cabezas de ganado de los lugares malafectos de aquellos contornos y 50 vacas y 20 mulas.” *Ibidem*. Fol. 622v.

<sup>1642</sup> PELLICER Y TOVAR, J.: *Op. cit.* pp. 351 y 354.



trabado estaba el combate, aparecieron en su auxilio dos compañías de las Órdenes Militares, que consiguieron detener el ataque y obligaron a los rebeldes a retirarse<sup>1643</sup>.

Tras esta escaramuza, se creyó oportuno iniciar una maniobra de distracción para que los franco-catalanes no pudieran llevar a cabo ninguna operación en torno a Lérida y, al mismo tiempo, conceder más libertad de movimientos a las tropas estacionadas en el Reino de Aragón (en concreto en la villa de Fraga) al mando de D. Pedro de Aragón y de su lugarteniente, D. Francisco de Toralto, que servía como maestre de campo general. Pero el comandante francés, mariscal La Mothe-Hodancourt, al mando de 3.500 infantes y 800 caballos, atacó a las fuerzas españolas (acuarteladas en Villalonga), compuestas por 3.000 infantes y 1.000 caballos, entre los que se entraban 200 integrantes de la caballería de las Órdenes que, al haber perdido sus monturas, servían como infantería<sup>1644</sup>. Sin embargo, su ataque se vio frustrado por la enconada defensa de los sitiados, y hubo de retirarse con abundantes pérdidas<sup>1645</sup>. Más allá de la intervención del Batallón en esta acción bélica, nos interesa porque evidencia la pésima situación en la que se encontraba, donde parte de sus cada vez menores efectivos servían como combatientes a pie, con lo cual toda su aureola de prestigio y de solemnidad quedaba disuelta ante la realidad a la que se enfrentaban.

Pese a la victoria obtenida, unas semanas después las fuerzas reales sufrieron un duro revés, el cual dejó unas secuelas psicológicas que tardarían tiempo en superarse. Nos estamos refiriendo a la derrota sufrida por D. Pedro de Aragón, marqués de Povar, y su captura a manos de las tropas francesas, junto con la mayor parte de sus tropas. Su nombramiento para encabezar las fuerzas procedentes de Aragón venía motivado por las últimas actuaciones francesas, llevadas a cabo por el virrey francés de Cataluña, el mariscal de Bressé, las cuales habían dificultado el abastecimiento de las fuerzas

---

<sup>1643</sup> “(.....) Por las muchas aguas y falta de víveres se hubo de retirar el de Hinojosa a los lugares del campo de Tarragona. Y creyendo que el enemigo se había retirado a Valls, salió a reconocer cierto puesto con poca gente. Y de improviso le embistió el enemigo con más de 1.000 caballos. Y si dos compañías de las Órdenes no le detuvieran en un paso estrecho, sin duda le hubiera sucedido una desgracia al de Hinojosa. Murieron en este encuentro 10 de los nuestros y salieron 17 heridos, y de los franceses y catalanes quedaron muertos 30.” *Carta del padre Diego Salazar al padre Rafael Pereira*. Madrid, 11-2-1642. MHE, Tomo XVI. p. 258.

<sup>1644</sup> *Relación verdadera de los felices sucesos del encuentro que tuvo el excelentísimo señor marqués de La Hinojosa con el ejército de Francia, conducido por su general, en la ermita de Villalonga*. S.l., 18-1-1642. BN, Mss, 2374. Fols. 507v-508r.

<sup>1645</sup> “(.....) Venciolos [el marqués de La Hinojosa] con pérdida de más de 500, y entre ellos 40 cabos, y monsieur de Sarignan, segunda persona en aquel ejército. De los nuestros hubo solo 20 muertos y 50 heridos.” *Carta de D. Juan de Idiáquez Isassi*. Madrid, 11-2-1642. MHE, Tomo XVI. pp. 261-262.

españolas y la posición de Felipe IV en el Rosellón<sup>1646</sup>. Ante esta circunstancia, se hacía necesario emprender alguna acción, pues no se podía desatender una región tan importante desde el punto de vista estratégico, si se deseaba evitar que Perpiñán cayera de nuevo en manos francesas. Respecto a la presencia de la caballería de las Órdenes Militares en esta funesta campaña, solo hemos podido identificar la presencia de la compañía del conde de Olocau, de la orden de Montesa, gobernada por D. Francisco Sans, del cual no hemos podido encontrar ningún dato<sup>1647</sup>.

En cuanto al avance de las fuerzas de D. Pedro, una vez que cruzaron el río Cinca se dirigieron a Tarragona, donde se encontraría con el marqués de Torrecuso, que había venido desde Perpiñán. Una vez hubieran confluído ambos contingentes, se encaminarían al Rosellón a marchas forzadas, sin detenerse a tomar ninguna plaza ni entablar combate con el enemigo. Pese a que esta decisión acarrea dos ventajas: rapidez de movimientos y libertad absoluta para avanzar, mostraba un punto débil: su retaguardia era vulnerable en exceso ante un ataque enemigo, pues implicaba atravesar un territorio hostil sin tener aseguradas las rutas de abastecimiento y comunicación, con lo cual sería presa fácil para cualquier emboscada. D. Pedro tenía sus reservas sobre la viabilidad del plan original, y envió a Madrid al maestre de campo D. Martín de Mújica, para que expusiera en la Corte sus reservas sobre el plan original, el cual era sumamente arriesgado y tenía con pocas posibilidades de fructificar<sup>1648</sup>.

Pero los argumentos expuestos por Mújica no fueron atendidos, pues éste representó al marqués de Povar que debía emprender el camino hacia el Rosellón lo antes posible. De esta manera, el 23 de marzo, al frente de 2.400 caballos (donde se incluían 200 dragones) y 600 infantes, dispuestos en tres cuerpos<sup>1649</sup>, abandonó la ciudad de Tarragona con destino al Rosellón. La falta de cooperación entre los comandantes de los ejércitos realistas en el Principado, vino a crear más problemas. En

---

<sup>1646</sup> *Relación verdadera de la rota y presa del general D. Pedro de Aragón y todo su ejército*. S.f., s.l. (1642). BN, Mss, 2374. Fols. 531r-533r.

<sup>1647</sup> *Relación del socorro que iba a los condados de Rosellón y Cerdaña a cargo de D. Pedro de Aragón, hermano del duque de Cardona y Segorbe, capitán general del ejército de Aragón, del consejo supremo de Guerra, y de la llave dorada de S.M. (.....) escrita por los capitanes Tomás de Lubiano, Gabriel Manrique, Pedro Portocarrero y Alfonso de Padilla*. S.l. 4-5-1645. BN, Mss, 18.666(47). Fol. 10v.

<sup>1648</sup> “(.....) D. Pedro despachó a Madrid al maestre de campo D. Martín de Mújica, para disponer la materia y representar, de boca, los inconvenientes que se ofrecían en la jornada. Bien fáciles de persuadir a quien no quisiera ignorar cuánto tenía e temeraria osadía, que arriesgaba pasar ciento cincuenta millas de enemigo país, cuyas armas, en lo angosto de los valles o fragoso de los montes, son formidables.” *Misceláneos políticos e históricos por D. Alberto Torme y Liori*.....BN, Mss, 1927. Fol. 67v.

<sup>1649</sup> “(.....) Dividió en tres batallones la hueste. La vanguardia, con los dragones, al mando del maestre de campo general, D. Francisco de Toralto. Encargose él [D. Pedro de Aragón] de la batalla con el bagaje; y dejó en la retaguardia al teniente general fray Vincenzo de La Marra.” *Ibidem*. Fol. 68v.

concreto, se había acordado que el marqués de La Hinojosa apoyaría a D. Pedro en su avance, para evitar que los franceses hostigaran su retaguardia. Pese a que éste salió de Tarragona, no fue más allá, porque desde Madrid no se le dio autorización para ello. De esta manera, el marqués de Povar emprendió la marcha al descubierto, y sin esperanza de recibir refuerzos. Sin embargo D. Pedro no tuvo conocimiento de esta circunstancia, pues aunque D. Rodrigo de Herrera (comisario general de la caballería de las Órdenes Militares) se ofreció a salir a su encuentro para notificárselo, su ofrecimiento fue rechazado. Cuando al fin se resolvió informarle de ello, la persona designada traicionó la causa realista e informó a La Mothe de las debilidades del contingente español<sup>1650</sup>.

El comandante francés, al tener conocimiento de que no iba a ser molestado por otras fuerzas, inició la persecución de las tropas felipistas. Una vez alcanzó su objetivo, cerca de la villa de Granollers acometió la retaguardia enemiga, que se encontraba al mando del comisario general La Marra, con 800 caballos (200 de ellos dragones) y 500 mosqueteros catalanes. El resultado no pudo ser más desastroso para los intereses de la monarquía española, pues consiguieron poner en fuga al cuerpo liderado por Vicenzo de La Marra, que cayó prisionero junto con muchos de sus hombres<sup>1651</sup>.

Pese a que D. Pedro consiguió retirarse con el resto de las tropas intactas, los franco-catalanes no estaban dispuestos a dejar pasar la ocasión de asestar un golpe definitivo. Ésta llegó al final de la jornada, cuando aprovechando la oscuridad, se ordenó emprender la marcha para retirarse a territorio seguro. Sin embargo, los centinelas apostados por La Mothe le notificaron la salida de las fuerzas hispanas, y se dispuso a cortarles la retirada. Mientras tanto, los mosqueteros catalanes hostigaron su avance lo cual permitió a los franceses, el día 30 de marzo, darle alcance a la altura de Villafranca. Aprovechando su superioridad numérica, el comandante francés rodeó al marqués de Povar y entabló combate en unas condiciones inmejorables. Pero D. Pedro

---

<sup>1650</sup> “(.....) Quedaba acordado con el marqués de La Hinojosa que, moviendo de Tarragona, al mismo tiempo, arriesgase con su gente, por embarazar a La Mothe. Mas aunque salió de la ciudad, no lo ejecutó con el calor que debiera, ni habiendo recibido nueva orden de Madrid para D. Pedro, en que se le revisaban las otras, quiso enviarla por D. Rodrigo de Herrera, comisario general de la caballería de las Órdenes. El cual, con cien caballos, ofrecía alcanzarlo a dos marchas. Antes la fió de un traidor villano, que la llevó al enemigo.” *Ibidem*. Fol. 68v.

<sup>1651</sup> “(.....) Hizo el señor de La Mothe, en este victorioso combate, prisioneros a fray Vicencio de La Marra, teniente general de la caballería; a su sobrino, capitán de caballos, al comisario general de la caballería, doce capitanes de caballería, cruzados de Santiago, más de 50 oficiales, y muchos otros caballeros. De suerte que perdió el enemigo, en esta batalla mil hombres, entre muertos, presos y heridos.” *Relación verdadera de la rota y presa del general.....*Fol. 538r.

de Aragón no estaba dispuesto a sacrificar a sus hombres inútilmente y ordenó la rendición inmediata<sup>1652</sup>.

Más allá de su responsabilidad en el descalabro sufrido<sup>1653</sup> (variable según las fuentes), lo cierto es que la magnitud de la derrota, y el hecho de que se trataba de la primera vez que un general español se rendía a Francia<sup>1654</sup>, debió remover la conciencia del monarca y fortalecer su determinación de ponerse al frente de sus tropas, esta vez de manera definitiva. Sin embargo, Felipe IV estaba decidido a ello con anterioridad al desastre sufrido por D. Pedro de Aragón. Esta es la intención que se desprende de una serie de cartas, enviadas a la primera nobleza del Reino (condestable de Castilla, duque de Béjar, conde de Priego o conde de Fuensalida, entre otros) a mediados del mes de marzo, en las cuales les ordena que comiencen a disponer todo lo necesario para acompañarle en esta transcendental ocasión, al tiempo que se establecía el día 23 de abril como fecha en la que se produciría la salida de la Corte con destino a Aragón<sup>1655</sup>.

Pese a que pudiera parecer que se trataba de la enésima falsa alarma, que tras el entusiasmo inicial se quedaría en una mera declaración de intenciones, el 26 de abril Felipe IV abandonó Madrid para dirigirse a Aranjuez, y una vez allí proseguir viaje hacia Cuenca y Aragón. Una vez que el séquito real dejó atrás la primera de las localidades referidas, se envió una nueva carta a los nobles, en la que se les informaba de la marcha del viaje real, a la vez que se les urgía a acelerar sus preparativos. Es en

---

<sup>1652</sup> “(.....) dieron los nuestros la carga con tanta bizarría y denuedo que, viéndose los enemigos romper, comenzaron a pedir cuartel, envainando las espadas y metiendo las pistolas en las fundas. Acudió luego el general D. Pedro de Aragón, acompañado por los cabos mayores, y conducido por los prisioneros nuestros que tenía, a rendirse con todo su ejército al señor de La Mothe, con que se consiguió una victoria tan grande, cual jamás se haya alcanzado. Pues no solo derrotó y venció absolutamente al enemigo, empero hizo prisionero a todo un ejército entero, desde los generales hasta los infantes menores.” *Ibidem*. Fol. 540v.

<sup>1653</sup> “(....) Los desdichados sucesos de D. Pedro se deben más atribuir al maestre de campo D. Martín de Mújica. Pues siendo el natural de D. Pedro deseoso de acertar, por hacer mal a otros con su mala intención, se la hacía a D. Pedro, estorbando sus buenos sucesos con sus torcidas determinaciones queriendo, sobre ruinas ajenas, levantar su fortuna. Bajo modo de crecer, con ajenos deslucimientos, cuando el valor y méritos quieren siempre campear entre los que más merecen.” *Relación del socorro que iba a los condados de Rosellón y Cerdaña a cargo de D. Pedro de Aragón*.....Fol. 4r.

<sup>1654</sup> “(.....) la vanidad de los franceses fue tan destempladamente nimia, que por haber sido D. Pedro de Aragón el primero capitán general español rendido a su nación en la campaña, se persuadieron casi quedar vengados de las del parque de Pavía.” *Misceláneos políticos e*.....Fol. 69v.

<sup>1655</sup> “Habiendo procurado la reducción de las provincias y vasallos que tan ciegamente se han desviado de mi obediencia en Cataluña y Portugal, tanto por su bien propio, como por lo que me toca. Y deseando que, en orden a conseguir este intento no me quede por ejecutar la mayor demostración, he resuelto acercarme a la Corona de Aragón por mi persona misma. (.....) Con esta consideración, me ha parecido avisaros para que, sin perder hora de tiempo, os prevengáis y dispongáis a acompañarme en esta jornada, que ejecutaré, siendo Dios servido, a los 23 de abril, y que conforme a esta noticia podáis acompañarme o seguirme, como lo fío de vuestra sangre y del amor y fineza con que en todas las ocasiones habéis obrado.” *Carta del rey, dirigida al conde de Fuensalida, y otros grandes del reino, para que le acompañen en su jornada a la Corona de Aragón*. Madrid, 16-3-1642. SNAHN, Frías, 26/5.

esta misiva donde mejor se puede apreciar el impacto psicológico que tuvo la captura de D. Pedro entre las cabezas rectoras de la monarquía española, y en concreto sobre la principal de ellas. Tras su lectura, nos da la impresión de que el monarca se sentía, en cierto modo, responsable de los reveses sufridos por sus ejércitos. Sus remordimientos se debían a que no se había implicado directamente en la marcha de las operaciones militares, materia en la cual delegó parte de sus responsabilidades sobre terceras personas<sup>1656</sup>.

Para el tema que nos importa, la principal repercusión de todo esto fue que la salida del rey hacia el frente insufló nuevos bríos al Batallón de las Órdenes, el cual había sufrido un considerable desgaste a lo largo de los casi dos años que llevaba operativo (pues sus fuerzas habían sido muy castigadas, y gran parte de sus integrantes no tenían montura, tanto por los combates en que tomaron parte, como por la ausencia de una red de suministros que permitiera atender a sus necesidades). Pese al deplorable estado que presentaba la unidad, a mediados del mes de abril, parte de sus miembros se enfrentaron a un ejército francés compuesto por 4.000 infantes y 2.000 caballos que, tras atravesar el Col de Balaguer y cruzar el río Ebro, ocupó la población tarraconense de Uldecona, con el objetivo de entorpecer el aprovisionamiento de Tortosa. Allí se encontraba de guarnición el maestre de campo D. Bartolomé de Medina, con 700 hombres, entre los cuales se incluían un número indeterminado de los desmontados de las Órdenes Militares<sup>1657</sup>.

Al tiempo que se iniciaban las primeras actuaciones para que la nobleza titulada acompañara al monarca, también se hizo lo propio con los caballeros de hábito. Pese a que el descalabro sufrido por D. Pedro de Aragón movió la conciencia del rey, y le animó a asumir sus funciones como comandante supremo, ya se adoptaron medidas antes de tan funesto acontecimiento. Esta es la conclusión a la que llegamos tras la lectura de un papel de D. Jerónimo Díaz de Aux, marqués de Carpinete (quien unos

---

<sup>1656</sup> “Aunque habiendo sido nuestro señor servido de que sucediese la pérdida de D. Pedro de Aragón, tan desastrada, sin orden, y contra orden mía expresa (.....). Y otros accidentes tan graves, obrados y omitidos contra orden, parto hoy de Aranjuez a la frontera de Castilla con Aragón y Valencia, a dar prisa y calor, con mi propia persona, al reparo de sus fronteras con Cataluña por atajar, cuanto antes se pueda, el daño que el enemigo intentará hacerles. (.....) Hame parecido advertido de esto para que lo tengáis entendido, y podáis, sin más descomodidad que la precisa, estar a punto, y partir al tiempo mismo que baste para llegar al ejército, cuando estuviere marchando por Castilla, y entrar en Aragón la infantería y caballería que ha de seguir mi real persona.” *Carta de Felipe IV al conde de Fuensalida, y otros nobles, en la que comunica su salida de Aranjuez para la frontera de Aragón y Valencia*. Aranjuez, 5-5-1642. SNAHN, Frías, 26/6.

<sup>1657</sup> *Carta de D. Juan de Idiáquez Isassi al padre Rafael Pereira*. Madrid, 29-4-1642. MHE, Tomo XVI, p. 343.

meses más tarde fue nombrado capitán de una de las compañías del Batallón), remitido a la Junta. En dicho escrito recomendaba que, para conseguir la presencia del mayor número posible de nobles acompañando al monarca, y que esto se consiguiera con el mayor grado de colaboración posible, se levante un nuevo Batallón de las Órdenes, el cual se asignaría a la protección de la real persona. Su propuesta contemplaba la integración de las compañías de la caballería de la nobleza (formadas por los escalones inferiores del segundo estado), con el objetivo de tener juntos, en una única unidad a hidalgos, caballeros de hábito y nobleza titulada, y optimizar el esfuerzo realizado para que el estamento privilegiado sirviera en el campo de batalla<sup>1658</sup>.

Para hacer más atractivo este designio, sería conveniente ofrecer el hábito a quien sirviera una campaña en esta fuerza montada, siempre y cuando los gastos de equipamiento y la montura corrieran por su cuenta<sup>1659</sup>. Además, habría que tener especial cuidado a la hora de elegir a las personas que ostentarían el mando de las compañías, pues debían confluir en sus personas la experiencia militar junto con la posesión del hábito. Asimismo, para los puestos subalternos, sería conveniente seleccionar candidatos con una acreditada trayectoria militar, capaces de hacerse cargo de la unidad en un momento dado<sup>1660</sup>. En último lugar, insiste en la necesidad de mantener separada esta unidad del resto del ejército, y en concreto de las restantes fuerzas montadas, con la finalidad de subrayar su carácter exclusivo y, a la vez, excluyente; pues la calidad de sus integrantes está muy por encima de los demás<sup>1661</sup>. Como podremos comprobar en las líneas siguientes, el tiempo vino a dar la razón al marqués de Carpinete, pues gran parte de sus postulados fueron tenidos en cuenta a la hora de sentar las bases sobre las cuales se articuló la formación de esta nueva formación del Batallón de las Órdenes.

---

<sup>1658</sup> (.....) Para que S.M., Dios le guarde, vaya a esta jornada con el lucimiento que es justo, y su real persona lleve la custodia y seguridad que es razón. Y para que se consiga mayor número de nobleza, y que voluntariamente, con más deseos y gusto cumplan con la obligación de servirle, puede llevar S.M. un batallón de caballería de su real guarda, agregándose las compañías de la nobleza para que sea todo un cuerpo.” *Papel de D. Jerónimo Díaz de Aux dirigido a la junta de la milicia de las Órdenes*. S.f., s.l. AHN, OO.MM, Leg. 4644.

<sup>1659</sup> “(.....) Y se le haga merced de hábito a los que, asentando plaza en dicho batallón, o en las compañías de la nobleza, sirvan una campaña con el sueldo señalado, llevando armas y caballos de su propio dinero.” *Ibidem*.

<sup>1660</sup> “(.....) Este batallón ha de llevar por capitanes de cada compañía, personas que hayan sido soldados, y tenido grandes puestos, en que se igualen algunos grandes señores de Castilla. Y el teniente de S.E, el señor Conde Duque, ha de ser persona que haya sido capitán general. Y los tenientes de las compañías, capitanes de caballos. Y los alféreces, tenientes. Y los ayudantes, que hayan sido comisarios generales.” *Ibidem*.

<sup>1661</sup> *Ibidem*

Estos argumentos estuvieron presentes cuando, a finales del mes de marzo, Felipe IV ordenó al conde de Oñate, presidente del Consejo de Órdenes, que cursara los requerimientos oportunos a los caballeros de hábito para que dispusieran todo lo necesario para acompañar al rey en su salida hacia Aragón, establecida como ya sabemos para el día 23 de abril<sup>1662</sup>. Pese a que en un principio no se contemplaba más opción que el servicio personal<sup>1663</sup>, en otro decreto enviado al conde de Oñate, fechado el 30 de marzo, se permitió a todos los caballeros de hábito y comendadores, que tuvieran excusas legítimas para eludirlo entregaran, en el plazo máximo de dos días desde que se notificara esta resolución, 120 ducados de plata o un caballo con todo su equipamiento, junto con dos pistolas para el jinete<sup>1664</sup>.

En conformidad con los dos decretos referidos, la junta comenzó a enviar las cartas en las que se notificaba a los caballeros de hábito que se prepararan para acompañar al monarca en su viaje a Aragón. Sin embargo, este medio era lento y engorroso, pues implicaba su entrega en mano a cada uno de ellos. Del mismo modo, suponía conceder demasiado poder a los corregidores y a las autoridades locales, encargados en última instancia de contactar con ellos. En lo referente a esta última cuestión, un importante número de caballeros de hábito formaban parte de las corporaciones municipales, y los corregidores (pese a ser representantes del monarca) entraban en este juego de intereses e influencias, que no tenían por qué corresponderse con los de la Corona<sup>1665</sup>.

Para evitar estos inconvenientes se recomendó promulgar un bando, en el cual se estableciera una fecha para que hicieran acto de presencia en la Corte, o enviaran una persona que les representara, con el objetivo de conocer su disposición ante el llamamiento; de la misma forma, podrían presentar cuantas alegaciones consideraran oportuno a esta decisión. También se podría aprovechar la circunstancia de que muchos caballeros de hábito prestaban servicio en el entramado burocrático de la Corona, para

---

<sup>1662</sup> *Decreto del rey, dirigido al conde de Oñate, presidente del consejo de Órdenes, sobre dar orden a los caballeros de hábito para que vayan acompañando la real persona de S.M.* Madrid, 21-3-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>1663</sup> “(.....) Y para que mi real persona vaya con la calidad que es razón, he querido deciros que, luego, deis orden a los caballeros de todas tres órdenes militares, me vayan acompañando en esta jornada, para este día [23 de abril]. Advirtiéndolo a todos que esto ha de ser tan precisa e indispensablemente, que no habrá excusa que pueda parecer bastante para dejar de ir sirviéndome en esta ocasión.” *Ibidem*.

<sup>1664</sup> *Decreto del rey, dirigido al conde de Oñate, presidente del consejo de Órdenes, sobre el llamamiento de los caballeros de hábito, y forma que han de servir los ocupados e impedidos en esta ocasión.* Madrid, 30-3-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>1665</sup> Sobre estas cuestiones véase: JIMENEZ MORENO, A.: “Poder central y poderes locales.....” *Op. cit.*

encargar a los presidentes de los órganos consultivos que notificaran, a todos aquellos subordinados que acreditaban tal condición, el requerimiento del monarca y que registraran la manera en que cumplirían con su obligación.<sup>1666</sup> Tras deliberar sobre esta materia, el monarca autorizó a que se convocara a los caballeros de hábito a través de un bando, en la forma referida, para que acudieran a casa del conde de Monterrey, donde se les citaría para tratar con cada caballero, de forma individual, su participación en el Batallón de las Órdenes<sup>1667</sup>.

Análogamente, vistos los antecedentes de los años anteriores, este organismo recomendó que quienes no sirvieran en persona entregaran 120 ducados de plata, o su equivalente en vellón, ante Cristóbal Martínez Flores (receptor del Consejo de Órdenes y de la Junta de Caballería) para que la administración real buscara los mejores caballos, y se liberara de esta responsabilidad a los caballeros y comendadores<sup>1668</sup>. Este acontecimientos nos parece sumamente revelador de la dirección hacia la que se encaminaba la participación de los miembros de las Órdenes Militares en el esfuerzo bélico, ya que nos encontramos ante una de las primeras muestras inequívocas, de que la movilización de los caballeros de hábito estaba evolucionando hacia una forma de tributación encubierta de este grupo. Pues de otra manera no estarían dispuestos a pagar esta cantidad de dinero, a cambio de ser conmutados de un servicio militar. Si bien es cierto que muchos de los caballeros que debían aprestar caballos para sus sustitutos, escogían especímenes que no eran aptos para uso militar, llama la atención que desde el

---

<sup>1666</sup> “(.....) Y el habiendo experimentado que es embarazoso y largo el medio de prevenirlos, de nuevo, por cartas, y que la mayor diligencia no suele bastar para dárselas en persona, siendo preciso haberlas de dejar en sus casas, con riesgo de que no lleguen a su mano. Y que en esta materia es menester proceder, y oírles, breve y sumariamente, para ordenarles la forma en que hubieren de cumplir, parece al consejo que se llamen por bando, con término fijo, en que se presenten o envíen a dar razón de cómo están prevenidos, o la ocupación o impedimento porque debieren ser excusados en los personal. (.....) Y pone el consejo en consideración a V.M., sería de mucha conveniencia que, al mismo tiempo, se enviasen órdenes muy aprestadas a todos los consejos y juntas de esta Corte, para los ministros caballeros de hábito que hubiere allí.” *Consulta del consejo de Ordenes en la que se da cuenta de la forma en que se ha prevenido a los caballeros de hábito para la jornada que está publicada a los 23 de este mes*. Madrid, 5-4-1642. AHN, OO.MM, Leg. 6340(1).

<sup>1667</sup> “(.....) Y deseando ganar tiempo en las diligencias que se han de hacer, con tantos caballeros como se hallan en esta Corte, me parece preciso llamarlos por bando, para que acudan a mi casa [del conde de Monterrey], donde estaré con los miembros de la junta. Y lo más sumariamente posible se ajustará con cada caballero la forma en que habrá de servir en esta ocasión.” *Consulta del conde de Monterrey sobre que se llame a los caballeros por bando*. Madrid, 21-4-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>1668</sup> “(.....) Y entiende la junta será de mayor conveniencia que, generalmente, con todos los que fueren excusados en lo personal en esta Corte, y fuera de ella, se practique la regla de los 120 ducados de plata, y que en caso de no tenerla [plata], se admita vellón, con que se facilitará mucho este servicio. Y con este caudal se podrán buscarlos caballos a satisfacción, y traerlos donde sean menester, con más beneficio y menos riesgo de los que van propuestos.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre lo que se ahora se ofrece en el llamamiento de los caballeros de hábito, conforme las órdenes que V.M. tiene dadas*. Madrid, 23-4-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.



organismo encargado de esta materia se abogue sin ningún reparo por la conmutación del servicio a dinero, sobre todo cuando en el año 1640 esta posibilidad había sido descartada, y cualquier veleidad en ese sentido censurada al momento. Al mismo tiempo, no se alude al número de caballeros que acudirán a servir en persona, lo cual puede deberse a que la propia Junta no esperaba tener demasiado éxito en este aspecto, y creyera más conveniente volcar todos sus esfuerzos en conseguir que abonaran una cantidad de dinero a cambio de este servicio<sup>1669</sup>.

En cuanto al lugar donde se concentrarían las tropas montadas, al igual que en la convocatoria del año 1640, se decidió fuera la población de Molina de Aragón, tanto por su disposición a facilitar los alojamientos, como porque allí se podía utilizar la moneda de vellón, la cual no era aceptada fuera de la Corona de Castilla<sup>1670</sup>. La última de las cuestiones que mereció la atención de la Junta, y que podía tener repercusiones importantes sobre sus actuaciones, aludía a la posibilidad de que los caballeros de hábito pudieran ser requeridos por otras instancias. Para solventar esta disyuntiva, motivada por la diversidad de entidades administrativas encargadas de la movilización del segundo estado (entre cuyos miembros se incluyen los caballeros y comendadores de las Órdenes Militares), se debería declarar que quienes respondieran al llamamiento no tendrían obligación de servir si eran compelidos por otras vías<sup>1671</sup> (en clara alusión al Escuadrón de la Nobleza, una de las unidades destinadas a la protección del monarca durante su estancia en el frente).

El oscuro panorama esbozado por los encargados de la formación de la caballería de las Órdenes, se vio confirmado unos días después. El 26 de abril, el mismo día que el rey abandonó la Corte, se reconocía que sólo 45 caballeros se habían comprometido a prestar servicio en persona. Pese a que se trata de una cifra que admitía pocas justificaciones, la Junta defendió su gestión y echó la culpa de estos magros resultados a que los miembros de las Órdenes Militares podían ser convocados por otras instancias. Si bien es cierto que sus palabras suenan más a excusa que a otra cosa, o a un

---

<sup>1669</sup> “(.....) Ha escrito el señor conde de Monterrey, de parte de S.M., a todos los comendadores y caballeros de las Órdenes, para que salgan acompañando a S.M.. Y los que estuvieren legítimamente impedidos paguen 120 ducados de plata para un montado.” PELLICER Y TOVAR, J.: *Op. cit.* p. 367.

<sup>1670</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*.....23-4-1642.

<sup>1671</sup> “(.....) Y porque a un mismo tiempo, en todas partes, se están haciendo diligencias, por diferentes ministros de V.M. para sacar a la nobleza, y debiendo los caballeros asistir a este llamamiento de las órdenes, y servir a V.M. en el, no es justo sen inquietados con otro ningún pretexto, y de lo contrario resulta grande inconveniencia para el fin que se pretende. Y se ha de servir V.M. mandar que, cumpliendo por esta vía, se les liberación de otros cualesquier llamamientos, porque los ministros no hallen contradicción en ejecutarlas.” *Ibidem*.

intento por atenuar su fracaso, la Junta no tenía el monopolio del servicio militar de los caballeros de hábito. Así, a los requerimientos para formar parte de las compañías de la nobleza (unidades de caballería compuestas por hidalgos), también se les requería para constituir el Escuadrón de la Nobleza, o para servir al monarca en su condición de criados (todos aquellos caballeros de hábito que ostentaban empleos en la Casa Real); sin olvidar a quienes ya estaban sirviendo en los diferentes escenarios bélicos donde la monarquía española estaba defendiendo su privilegiada posición, o detentaban empleos de la oficialidad en las milicias locales, quienes habían sido excluidos de servir en persona (con la condición de entregar un sustituto o su equivalente en dinero)<sup>1672</sup>.

Esta diversidad de realidades revela la complejidad interna de las milicias cristianas, al tiempo que dificulta la imposición de un patrón único a la hora de valorar sus respuestas ante el requerimiento de la Corona. Conforme esta circunstancia, el grado de colaboración no podía ser el mismo en un individuo que había recibido el hábito como recompensa a sus años de servicio en el ejército, que en otro que había sido honrado con esta distinción a cambio de servir durante cierto número de años; o en un consejero, un funcionario, o un paje, caballerizo, o cualquier otro oficio de carácter palatino. En los dos primeros supuestos podía esperarse que acudieran a servir en persona. Pero en cuanto a las últimas situaciones sería prácticamente nula, pues se trataba de individuos sin relación con la carrera militar, que no tendrían ningún deseo de empuñar las armas. Además, si ellos habían recibido esta merced por caminos ajenos a la milicia, ¿por qué debían servir al monarca en una ocupación extraña a sus ámbitos profesionales? ¿No sería más lógico que cada caballero sirviera en aquello para lo que estaba más capacitado, o al menos que tuviera relación con el motivo que había ocasionado la concesión del hábito?

Este hecho constituye otra de las paradojas que rodean a los hábitos, a la cual ya nos hemos referido: la concesión de estas mercedes a individuos desvinculados de la profesión de Marte (pese a que en su origen estaban concebidas para premiar hechos de armas realizados contra el secular enemigo musulmán). Así, aunque la Corona pudo descargar parte del presupuesto dedicado a recompensar a sus servidores en los hábitos,

---

<sup>1672</sup> “Con toda celeridad se va obrando en el llamamiento de los caballeros de hábito, para juntar el mayor grueso de caballería que fuese posible. Y aunque hasta ahora, por el registro que aquí se ha comenzado, hay solamente 45 caballeros para ir en persona, todavía se va trabajando en que sea mayor el número. Lo cual tiene suma dificultad en la Corte, por haber tantas diversiones con los que salen por criados de V.M., los que van en el batallón de a caballo de la nobleza, y sirviendo puestos vivos militares de capitanes de infantería; y también se desvían de este camino muchos con las milicias.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre algunas cosas convenientes para formar el batallón de ellas*. Madrid, 26-4-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

poco a poco se fue diluyendo la belicosidad de las Órdenes Militares. Y cuando se decidió resucitar sus obligaciones armadas, la mayor parte de sus miembros no tenía ninguna experiencia en combate, y ni siquiera había utilizado un arma en su vida.

Pese a que la Junta esperaba incrementar el número de caballeros que prestarían servicio, la mayor parte de sus esperanzas estaban puestas en quienes no iban a servir en persona. Según sus cálculos éstos podrían llegar hasta el millar, y si cada uno de ellos depositaba los 120 ducados de plata exigidos, se podrían recaudar unos 120.000 ducados. Esta cantidad sería más que suficiente para levantar otro batallón como el primero, en el cual se buscaría integrar al mayor número posible de individuos pertenecientes al segundo estado, así como a militares con experiencia en la caballería<sup>1673</sup>. Según nuestro criterio, la propia declaración de la Junta, basando el éxito de este segundo llamamiento en que la mayor parte de los caballeros abonara una cantidad de dinero a cambio de su servicio, constituye la prueba más clara de la conversión del llamamiento de los caballeros de hábito en una imposición fiscal, dirigida a que este grupo contribuyera al mantenimiento de una unidad de caballería.

Entre las medidas adoptadas para la consecución de este objetivo, se abogó por el embargo de los bienes de todos aquellos los caballeros que no iban a servir en persona. Además, sería muy conveniente retomar una de las medidas que más éxito tuvo en el llamamiento del año 1640: ofrecer el hábito a los sustitutos que sirvieran dos campañas. Y tiempo que se reduciría a una única campaña en el caso de los nobles, como incentivo para alistarse<sup>1674</sup>. Pese a lo acertado de esta medida (que pretendía estimular al segundo estado para que se implicara con mayor vigor en tareas militares, en concreto sus cuadros inferiores) muy pocos nobles, por no decir ninguno, se sentían obligados a realizar algún servicio, y mucho menos con las armas en la mano, para recibir estas prebendas, pues la sola pertenencia al estamento privilegiado, la cual implicaba limpieza de sangre, era más que suficiente.

Según nuestro criterio, hubiera sido más acertado volcar todos los esfuerzos sobre aquellos individuos que mostraban una inequívoca vocación de servir a cambio del hábito (en consonancia con los planteamientos del Conde Duque). Pues según hemos podido comprobar, si la Corona ofrecía garantías de que se concedería el hábito

---

<sup>1673</sup> *Ibidem*.

<sup>1674</sup> “(.....) Que a los nobles que hubieren de ir mezclados en este batallón, con los caballeros de hábito, como se ofreció a los sustitutos de la leva pasada por premio un hábito, sirviendo dos años, se les ofrezca en uno. Por la mayor dificultad que corre hoy de encaminar a esta gente, tan poco inclinada a seguir esta profesión, para que con este aliento se pueble esta caballería de gente que no sea de menos obligaciones.” *Ibidem*.

tras el tiempo de servicio acordado, no faltarían personas dispuestas a servir en el Batallón, o en cualquier otra unidad del ejército español.

Nos da la impresión de que las personas encargadas de la formación de este segundo Batallón tenían presentes estas cuestiones, pues se rogó al monarca que agilizara las concesiones de hábitos a los sustitutos que empezaron a servir en la campaña de 1640, porque ya habían servido el tiempo pactado para su obtención. Con ello se obtenía un doble beneficio: recompensar a sujetos que lo merecían, y servir como ejemplo para que otros se animaran a servir en esta fuerza de caballería, siempre con la certeza de que sus sacrificios serían tenidos en cuenta<sup>1675</sup>.

Lo cierto es que los acontecimientos posteriores vinieron a dar la razón a los partidarios de esta línea de actuación, sobre todo cuando se asumió que un número importante de individuos, entre ellos integrantes del segundo estado y soldados veteranos (las dos tipologías preferidas para la formación del Batallón), se mostraron interesados en alistarse, atraídos por la promesa del hábito tras servir una o dos campañas (según el caso), aunque sería muy recomendable que se les concediera al término de la primera de las campañas acordadas. Pero había otro argumento de más peso para implantar esta normativa, y era el considerable incremento del número de caballeros de hábito que integrarían el Batallón, con las repercusiones psicológicas que ello acarreaba<sup>1676</sup>. Esta opción podía ser una de las más convenientes para poner los cimientos sobre los cuales construir una unidad de caballería formada por miembros de las Órdenes Militares quienes, con la promesa de hábitos, se mostrarían dispuestos a seguir sirviendo, al tiempo que animarían a otros a hacerlo<sup>1677</sup>.

---

<sup>1675</sup> “(.....) Que se den, luego, algunos hábitos a los sustitutos del batallón pasado, que justamente lo hubieren vencido, con que estos otros se animen, viendo que tiene ejecución la promesa de los que salieron a servir en la ocasión pasada. Conveniencia que se debe considerar para que también permanezcan los que han quedado en la caballería antigua.” *Ibídem*.

<sup>1676</sup> “El ofrecimiento que V.M. ha mandado se les haga, de hábito, y con la noticia de el han concurrido personas de calidad y soldados. Y sería grande conveniencia, para que se poblase esta caballería de gente que no fuese de menos obligaciones, y que perseverase en ella, se les diese, desde luego, el despacho del hábito, con la calidad de servir primero la campaña de este año. Que aunque esto hace poca diferencia, puesto que el ofrecimiento se les ha de cumplir, y que los sujetos con la aprobación y admisión de esta junta quedan para la merced calificados, habiendo de pasar después por el juicio de las pruebas, todavía se reconoce que este requisito les dará mayor aliento. Y se juzga por muy necesario y útil, y se tiene por cierto que, en orden a conseguir esta merced, ninguno faltará, de los que asentaren plaza, hasta haberla logrado.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que representa que será de suma conveniencia se cumpla el ofrecimiento que se hace, por premio preciso, a los hijosdalgo y soldados que salieren a servir en el batallón de ellas*. Madrid, 5-5-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>1677</sup> “(.....) Y en lo adelante, considerados ya estos soldados con el hábito, por la obligación de el quedan sujetos a servir en este batallón sin peligro de que se vayan. Con que vendrá a ser de muy numeroso cuerpo, y de personas hábiles en el ejercicio de la caballería, que sigan esta profesión. Y sin excusa de ocupación, ni otro impedimento, servirán continuamente. De que se podrá formar y mantener un escuadrón de mucha fuerza y lucimiento.” *Ibídem*.

Respecto a la organización de esta segunda formación del Batallón (unidad autónoma e independiente de la unidad formada en 1640) se recomendó nombrar una persona que comandara esta nueva fuerza montada, subordinada al Conde Duque. El individuo designado para esta tarea debía pertenecer a la primera nobleza del Reino, y a ser posible que acreditara alguna experiencia en tareas militares. Este carácter independiente se reflejó en la decisión de nombrar nuevos capitanes para las compañías que se esperaba formar, en lugar de utilizar estas fuerzas para cubrir las bajas de las ya constituidas en 1640. La Junta propuso formar ocho compañías, a las que habría que sumar una más, la del comandante de la unidad, así que en total se formarían nueve compañías, cada una compuesta por cien hombres, lo cual permitiría formar una tropa de caballería cercana a los 900 jinetes<sup>1678</sup>.

Pese a que se deseaba entregar el mando de las compañías, así como los empleos de teniente y alférez, a personas con conocimientos castrenses, que al mismo tiempo pertenecieran al segundo estado, en la decisión última influyeron otros criterios, que son muy ilustrativos de la situación general de los ejércitos españoles en este periodo, y de las rémoras que arrastraban. Nos referimos a la importancia de la persona designada para el mando supremo, pues una vez se conociera su nombre recurriría a su red clientelar para que le auxiliara en esta ocasión. Al mismo tiempo, estaría facultado para proveer los puestos de la oficialidad entre individuos afines a su causa, quienes entenderían su participación en esta empresa como la asistencia a la persona que les había promocionado, o con la que les unían lazos de parentesco o amistad, antes que como un servicio a la Corona<sup>1679</sup>. Además, si el noble propuesto para el cargo elegía a un miembro de su clientela como capitán de una de estas compañías, éste no podría dejarle en la estacada y lo aceptaría. Mientras que si el monarca se dirigía directamente a él, ya no estaba tan claro que accediera a ello. Pese a que el poder real estaba dispuesto a ofrecer amplios márgenes de autonomía al comandante supremo, no perdió la oportunidad de recomendar algunas personas que, por su experiencia militar en la caballería, serían aptos como oficiales<sup>1680</sup>.

---

<sup>1678</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*.....26-4-1642.

<sup>1679</sup> “(.....) Y antes de hacer la proposición, y consulta a V.M., de ellos, publicado el cabo mayor que se dice, y comunicado con ellos la aceptación de estas compañías, y que por amistad, parentesco o dependencia con el cabo mayor las acepten, se vaya sobre cosa fija antes de la proposición a V.M.” *Ibidem*.

<sup>1680</sup> “(.....) En tomando cuerpo esta leva, podrá V.M. servirse de darle un comisario general. Y hoy hay alistados, para ir personalmente, los comisarios generales Felipe Felinguer, de la orden de Calatrava, y Juan de Terrazas, de la de Santiago, que estando en este batallón ayudarán mucho a la disposición y formación de todo, siendo tan pláticos de la caballería. También hay hoy alistados coroneles de caballos:

Felipe IV se mostró conforme con la mayoría de las propuestas realizadas por la Junta, y ordenó que se ejecutaran con la mayor rapidez posible. El primero en dar ejemplo fue el monarca, quien proveyó con diligencia el puesto de comandante en jefe de este segundo Batallón. Su determinación de concluir este asunto lo antes posible se reflejó en que el agraciado, el conde de Monterrey, fue designado al margen del procedimiento habitual (donde se presentaba al monarca una terna de candidatos, y el soberano seleccionaba a uno de los propuestos)<sup>1681</sup>. Este aristócrata, como bien sabemos, presidía el organismo encargado de la movilización de los caballeros de hábito, y era responsable de los de la orden de Santiago. Además, su nombre había sido propuesto para el cargo de gobernador general del Batallón formado en 1640, y que en última instancia fue a parar al marqués de Mortara. Con estos antecedentes, pese a su nula experiencia militar, Monterrey parecía ser el candidato perfecto. Pero no podemos pasar por alto un último factor que, según nuestro criterio, debió ser determinante para que el monarca resolviera de forma inmediata un trámite que en 1640 se demoró durante varios meses: el parentesco del candidato con el Conde Duque. Pues Monterrey era cuñado de D. Gaspar, y le había servido en numerosas ocasiones en las que dio muestras de su fidelidad, el cual, en esos momentos, muy próximos a su destitución, necesitaba más que nunca apoyarse en personas de su absoluta confianza.

Con todo, quedaba un último obstáculo por vencer: el título con el cual ostentaría el mando de la nueva unidad. Esta cuestión, que pudiera parecer secundaria, adquiriría una especial relevancia al tratarse de aristócratas, los cuales, como ya sabemos, eran muy sensibles en todo lo relacionado con las cuestiones formales y la precedencia. El problema venía dado porque en el Batallón de las Órdenes formado en 1640, se habían proveído los cargos de gobernador general (marqués de Mortara) y de teniente general (D. Álvaro de Quiñones), así que era imposible utilizar cualquiera de los dos en este momento para el conde de Monterrey. La solución más sencilla consistiría en nombrarle representante de Olivares en esta unidad (en su condición de capitán general de la caballería de las Órdenes Militares). Para ello, se le podía conceder el título de teniente general del Conde Duque en la caballería de las Órdenes<sup>1682</sup>. Sin embargo, el rey mostró sus reservas pues se trataba de un empleo muy difuso, poco definido, que

---

el marqués Jerónimo Díez de Aux y D. César Negrón, ambos del hábito de Santiago, que ayudarán mucho con su inteligencia y experiencia.” *Ibidem*.

<sup>1681</sup> “(.....) Y ajustando esto con el título que pareciere, podriais vos, el conde de Monterrey, gobernar este cuerpo, que habéis de poner debajo del Conde Duque.” *Ibidem*.

<sup>1682</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre el título con que podrá gobernar la caballería el señor conde de Monterrey*. Madrid, 5-5-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

podía generar conflictos de competencias con los oficiales superiores del Batallón antiguo, sobre todo porque se proyectaba agregar los restos de la primera unidad a la que ahora se estaba formando, y conceder el mando único al conde de Monterrey<sup>1683</sup>.

A la Junta no le pareció mal que el Batallón tuviera un único comandante, pues lo más conveniente para los intereses de la Corona era que los soldados del Batallón formado en 1640 (aunque desconocemos el número total), se unieran al actual<sup>1684</sup>. Esta solución, que parecía ser la más razonable, dejaba pendiente un problema: ¿qué hacer con los oficiales de la unidad antigua?

Lo más fácil hubiera sido reformarlos, pero no hemos encontrado ninguna evidencia de que se deseara optar por este procedimiento. Además, el hecho de que solo unos días antes se designara un nuevo capitán para la compañía de D. Diego de Villalba, caballero de la orden de Santiago, una de las del Batallón comandado por el marqués de Mortara, que había quedado vacante, vendría a demostrar que desde el poder central se deseaba asegurar la supervivencia de la unidad. El elegido para esta responsabilidad fue D. Antonio de Bazán, caballero de la orden de Santiago, individuo que había servido los años 1638-1639 en la Armada de la Guardia de la Carrera de Indias, y al año siguiente sentó plaza en el Batallón de las Órdenes, donde sirvió durante 1640 y 1641 como alférez de la compañía de D. Rodrigo de Herrera, comisario general de la unidad<sup>1685</sup>. Pero lo que más nos llama la atención del nombramiento de D. Antonio, es que pese a haber abandonado el servicio en la caballería cruzada para alistarse en otra unidad, en concreto en el Regimiento del Príncipe<sup>1686</sup>, su persona fue propuesta para el mando.

---

<sup>1683</sup> “(.....) En esta materia de la caballería es menester ajustar muchas cosas que se podrían embarazar con los cabos principales, si no es que juntándose, quedáse este trozo incorporado con la otra caballería de las Órdenes, o bien con algún comisario general o teniente. Consultadme luego como puede correr, porque quede resuelto todo.” *Ibidem*.

<sup>1684</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la forma en que se podrá ajustar, sin embarazo con los cabos principales del ejército, que el conde de Monterrey gobierne el batallón de la caballería de ellas*. Madrid, 11-5-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>1685</sup> *Real Cédula dirigida al Conde Duque para que ordene se conceda a D. Antonio de Bazán la compañía de caballos que era de D. Diego de Villalba*. Madrid, 12-4-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4644.

<sup>1686</sup> Se trataba de otra de las unidades formadas con motivo de la salida del rey hacia el frente, encargadas de su protección, en este caso un regimiento de infantería. El coronel de la unidad sería el príncipe Baltasar Carlos, mientras que el Conde Duque asumiría el puesto de teniente coronel. Para el mando de las compañías se buscó el concurso de jóvenes aristócratas, mientras que la tropa estaría compuesta por oficiales reformados y soldados veteranos. “El sábado mandó el sr. conde duque hacer junta de cuantos soldados y cabos de importancia hay en Madrid, en el salón de Palacio. Hízoles una grande oración, representándoles el aprieto de S.M, y el deseo de hacerles merced a todos. Que eligiesen medio cómo todos quedasen contentos. Y tomó sus memoriales, diciendo nombraría persona que los despachase. Propusoles formasen un regimiento de todos; y sería su coronel el Príncipe, nuestro señor, a imitación de Francia, que lo es el Delfín de otro. Y el señor conde duque sería su teniente, o escogiesen por votos para ello un soldado de fortuna. Todos dijeron irían a servir a S.M. (.....) Hase formado una junta en Madrid para la Coronelía del Príncipe, nuestro señor, que consta de todos los soldados viejos, que llegan a

Esto podría sentar precedente para que militares dispuestos a servir en otras unidades, pudieran acceder a mercedes en principio destinadas a quienes sentaran plaza en el Batallón.

Otro indicio de que no se deseaba poner fin a la existencia de la unidad formada en 1640 la encontramos unos meses más tarde, cuando D. Antonio de Cárdenas Manrique, capitán de infantería reformado, caballero de la orden de Calatrava, con 18 años de servicios, y que sirvió en la primera formación del Batallón, solicitó que se le hiciera merced de una de las compañías de su orden en el, a cambio de servir la campaña de 1642. Suponemos que, si por la cabeza de los responsables de la movilización de los caballeros de hábito rondara la desaparición del Batallón antiguo, esta solicitud ni siquiera hubiera sido sometida a consulta; y mucho menos aceptada (como en última instancia sucedió). Por este motivo, suponemos que se optó por la cohabitación de las dos unidades, pues la reformación de la más veterana supondría renunciar a los servicios de un valioso contingente humano, con experiencia en combate y conocedor de las características y peculiaridades del servicio militar del teatro de operaciones catalán, pues tal vez no desearan continuar sirviendo en esas condiciones<sup>1687</sup>.

Pese a todo, los oficiales de la nueva formación estarían por encima de los que integraban la fuerza montada constituida en 1640. Esta preeminencia venía determinada porque todas las compañías estarían gobernadas, bien por miembros de la nobleza titulada, bien por individuos con amplia experiencia militar, cuyos empleos nunca serían inferiores al de comisario general o al de maestro de campo. La presencia de sujetos tan importantes en esta formación aconsejaba, aún más si cabe, la presencia del conde de Monterrey para asegurar su buen funcionamiento, pues si se optaba por ponerla en manos de un comisario general, éste no tendría la autoridad suficiente para imponerse a

---

4.000. Es su teniente el señor conde duque, y sargento mayor el señor D. Luis Ponce de León. Capitanes: el señor D. Enrique Felípez de Guzmán, los señores almirante de Aragón, marqueses de San Román, Salinas y Almenara; y otros maestros de campo. Alféreces son los sargentos mayores, y sargentos los capitanes. Los de la junta son: el señor marqués de Santa Cruz, que preside, y los señores D. Enrique Felípez y D. Luis Ponce. Secretario, el señor D. Nicolás Cid, del Consejo de Guerra. Hácense grandes mercedes efectivas a todos.” PELLICER Y TOVAR, J.: *Op. cit.* pp. 353-354, 358.

<sup>1687</sup> “(.....) ha servido a V.M. 18 años en Orán y la armada real, y ha sido dos veces capitán de infantería, y últimamente fue en el primer batallón que se formó de las Órdenes, y se halló en las ocasiones de Cataluña, y dejó en su lugar sustituto montado.” *Consulta sobre la pretensión de D. Antonio de Cárdenas Manrique, caballero de Calatrava, de que se le haga merced de una compañía de las del batallón antiguo para pasada la campaña.* Madrid, 20-7-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.



los que iban a ser sus subordinados, los cuales eran, al menos, idénticos en graduación militar y/o superiores en estimación social<sup>1688</sup>.

Para evitar posibles choques entre el conde de Monterrey y el oficial de mayor graduación, en activo, del Batallón antiguo, D. Álvaro de Quiñones, se sugirió suprimir su empleo de teniente general y nombrarle comisario general de la nueva unidad. En caso de que D. Álvaro protestara ante lo que era una degradación en toda regla, se le haría entrar en razón invocando que todos los capitanes de las nuevas compañías también sirviendo en puestos inferiores a los que les correspondían, y que el servicio en una unidad tan prestigiosa como el Batallón de las Órdenes, era recompensa más que suficiente<sup>1689</sup>.

Por si no hubiera quedado clara la primacía de los nuevos oficiales sobre los antiguos (algo contrario a toda lógica militar), se planteó que si D. Álvaro no se plegaba a los dictados de la Corona, se prescindiera de sus servicios y se proveyera el empleo de comisario general en cualquiera de los capitanes del segundo Batallón, lo que supondría dejar a los veteranos sin ninguna opción de promocionar. Pese a todo, atendiendo a criterios de carácter económico, se creyó oportuno que los oficiales administrativos (veedor, contador, pagador) designados en 1640 continuaran en sus puestos y no se nombraran otros nuevos<sup>1690</sup>.

En vista de las decisiones adoptadas desde el organismo encargado de la movilización de los caballeros de hábito, y que suponían relegar a un segundo plano a los integrantes de una unidad que había costado muchos esfuerzos levantar, muchos de los cuales acumulaban una valiosa experiencia en la caballería, nos inclinamos a pensar que las cosas no se estaban haciendo bien. Si hubiera imperado la lógica, el Batallón antiguo debería haber sido la piedra angular sobre la que se sustentaría la nueva unidad, pues algunos de sus integrantes acumulaban hasta dos campañas en ella. Nuestra sospecha se ve alimentada porque se solicitó al monarca libertad plena para formar la

---

<sup>1688</sup> “(.....) Pareció conveniente que los capitanes de esta caballería fuesen títulos de calidad grande, o personas de puestos militares de comisarios generales y maestros de campo. Y siendo de esta calidad y puestos, dificultan que del comisario general que se pusiere, no recibieran orden, si no es que se la den en nombre del conde de Monterrey. Y parece que, con esta disposición, se ataja el embarazo que por esto pudiera haber.” *Ibidem*.

<sup>1689</sup> “(.....) Y entiende la junta que sería de grande utilidad se agregase a este batallón el grueso que ha quedado de la caballería de las órdenes antigua. Y no siendo los capitanes de ella de la calidad, y puestos, mayores que han de ser lo de esta que ahora se forma, parece que pudiera D. Álvaro de Quiñones ser comisario general de esta otra. Pues el bajar de puesto no le puede hacer novedad, siendo así que el conde de Monterrey, en el que servirá, baja de los puestos que ha tenido. Y los capitanes que se propondrán a V.M., que han de ser de las calidades referidas, también bajan sirviendo estas compañías de los puestos que han tenido y ocupado.” *Ibidem*.

<sup>1690</sup> *Ibidem*.

unidad, y que una vez conseguido el objetivo, llegado el caso, se hicieran los ajustes oportunos<sup>1691</sup>. Aunque Felipe IV no vio con malos ojos que las compañías de la primera formación de la caballería cruzada, se integrasen en la segunda, no deseaba ver apartados del servicio a soldados con experiencia militar, que tan buenos servicios habían prestado. Por este motivo, ordenó que cualquier decisión que significara un cambio de las condiciones en las que habían aceptado sentar plaza, fuera tomada tras conocer el parecer del marqués de Mortara. Al mismo tiempo, rechazó la proposición de la junta de despojar a D. Álvaro de Quiñones de su empleo de teniente general, por lo que, en caso de conflicto con el conde de Monterrey, sería éste último quien debería buscar otra denominación para su cargo<sup>1692</sup>.

A pesar de todo, se abogó por extinguir el empleo de gobernador general de la caballería de las Órdenes, pues habiéndose establecido la integración del primer batallón en el segundo, y estando nombrado por comandante de este cuerpo el conde de Monterrey, quien comandaría la unidad con el título de Caudillo Mayor del Batallón de las Órdenes (responsable únicamente ante el Conde Duque), su presencia era innecesaria y podía dar lugar a una bicefalia nada beneficiosa para la buena marcha de la unidad<sup>1693</sup>. Esta decisión era la más acertada, pues el marqués de Mortara no estaba en condiciones de atender las obligaciones inherentes a este empleo, debido a que desde hacía algo más de un año estaba sirviendo la gobernación general de la caballería del ejército del Rosellón, desde donde continuó prestando valiosos servicios a la monarquía española.

En cuanto a los capitanes de las compañías del Batallón nuevo, estaban dispuestos a aceptar la presencia de un teniente general o de un comisario general, siempre y cuando estuviera subordinado al conde de Monterrey y diera las órdenes en su

---

<sup>1691</sup> “(.....) representa la junta a V.M. de cuánto servicio entiende ha de ser la formación de este batallón, si se consigue con la estimación y modo que ha de tener, y se procura encaminar. Y que conviene, a lo menos por ahora, no alterar la forma con que se va introduciendo, cuanto quiera que, después de formado y unido, convenga hacer algunos reparos que no toquen en lo sustancial.” *Ibidem*

<sup>1692</sup> “(.....) Y es menester que prevengáis cómo ha de correr esta caballería con el marqués de Mortara. Y en lo que se dice de D. Álvaro de Quiñones, no veo que sea de inconveniente que sea teniente general de esta caballería.” *Ibidem*.

<sup>1693</sup> “(.....) En cuanto a los [inconvenientes] que pueden resultar con el marqués de Mortara, cuyo puesto de gobernador general de la caballería de las Órdenes se sirvió V.M. de proveer por esta junta, lo que se ofrece decir es que, habiendo de haber unión de los dos batallones de las Órdenes, antiguo y moderno, parece que el antiguo se puede unir al moderno, con que el puesto del marqués de Mortara cesaría, y quedaría solo sirviendo el que tiene de gobernador general de la caballería que no es de las Órdenes. Cuanto quiera que no tendría razón de dudar el marqués de Mortara de estar a orden del conde de Monterrey, si en alguna ocasión concurriesen juntos.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre el título con que ha de gobernar el batallón de ellas el señor conde de Monterrey*. Madrid, 16-5-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

nombre. Esta exigencia se debía a que las personas designadas a tal efecto aceptaron dichos empleos porque iban a estar bajo mando directo de este aristócrata, y no aceptarían mandatos de nadie más. Esta exigencia, pese a que en un principio pudiera representar un problema, permitió resolver la incómoda situación en la que quedaba D. Álvaro de Quiñones<sup>1694</sup>. Su postura corroboraría un planteamiento que venimos sosteniendo desde el principio: la importancia de las relaciones personales en la formación de unidades militares, y la extrema dependencia que la Corona tenía de la aristocracia en esta materia. Del mismo modo, la formación de este nuevo batallón acarreó una disminución del peso de la Corona a la hora de designar a sus principales responsables, así como la subordinación de todo el proceso a la voluntad de una persona (pese a que se trate de una que pertenezca a la primera nobleza del Reino). Con todo, éste parecía ser el único camino posible para su puesta en marcha, respetando los requisitos de calidad y de profesionalidad militar exigidos a un cuerpo de caballería tan prestigioso como éste.

Otra de las novedades con respecto a lo acontecido en 1640, la cual suponía reforzar el carácter aristocrático del Batallón, proponía circunscribir el tiempo de servicio de sus integrantes a la presencia del monarca en el frente, y que regresaran a sus hogares cuando aquel volviera a la Corte. Pese a abogar por la prestación de un servicio armado temporal, no se contemplaba una desmovilización completa de la unidad a la conclusión de la campaña, sino que se debería dejar operativo un pequeño contingente sobre el cual articular la unidad para que retomara su actividad al año siguiente. Este era la fórmula que se aplicaba en Francia para regular el servicio de unidades de caballería integradas por aristócratas y sus séquitos, que tan buenos resultados le estaba dando a la monarquía borbónica<sup>1695</sup>. Con ello se ratificaría la disparidad de planteamientos que, tanto el monarca como el segundo estado, tenían sobre el servicio militar que éste debía prestar. Era evidente que los principales súbditos

---

<sup>1694</sup> “(.....) En cuanto a lo de los capitanes, si bien admiten teniente general o comisario general que sirva debajo del conde de Monterrey en esta caballería, no quieren recibir las órdenes que les dieran, sino dándolas en nombre del dicho conde de Monterrey, debajo de cuya mano se van disponiendo a servir. Y así, con que las órdenes que les enviare D. Álvaro de Quiñones sean de la misma calidad, parece que no dudarán en recibirlas.” *Ibidem*.

<sup>1695</sup> “(.....) Y podría V.M. servirse de dejarle correr hasta su formación y su marcha, todo el tiempo que V.M. asistiere en el ejército, hasta que se retire la persona de V.M. Y después, conforme los accidentes, dejarle en la forma que pareciere, para que continúen el servicio. Pues los tenientes de estas compañías se van ajustando de capitanes de caballos corazas. Y que éstos mismos capitanes, y algunos caballeros de hábito, y personas particulares que se asientan, se retirasen juntamente pasada la campaña, con V.M. Los cuales podrían, volviendo V.M. a continuar la campaña venidera, volver a servir sus puestos y plazas, continuando este batallón en la misma forma que se practica en Francia en muchas compañías de estas calidades.” *Ibidem*.

del rey no estaban dispuestos a involucrarse en conflictos bélicos de manera permanente ya que, según la legislación de la época, sólo estaban obligados a servir el tiempo que el rey estuviera en campaña. En este sentido, debemos valorar positivamente el hecho de que Felipe IV, en esta ocasión de manera definitiva, se animara a comandar sus ejércitos. Este hecho contribuyó a desmontar parte de los argumentos de la aristocracia para no acudir a servir, lo cual se tradujo en un aumento, tanto en el caso del Batallón de las Órdenes como en el del resto de unidades de los ejércitos reales, del número de nobles presentes en el frente (otra cosa es que llegaran a combatir).

En cumplimiento de lo resuelto unos días antes, la Junta comenzó a buscar, siempre con el beneplácito del conde de Monterrey, recién designado caudillo mayor de la unidad, las personas adecuadas para el mando de las compañías. Entre los primeros agraciados se encontraban: el comisario general D. Juan de Terrazas (que junto al mando de la compañía serviría la comisaría general de este segundo batallón), el maestro de campo D. Carlos Dacia<sup>1696</sup>, y Jerónimo Díez de Aux, marqués del Carpinete, todos ellos caballeros de la orden de Santiago<sup>1697</sup>. Se trataba de tres individuos con una dilatada trayectoria militar, uno de los cuales, además, ostenta un título nobiliario. A diferencia de lo acaecido en 1640, con la excusa de no dilatar la formación de la unidad, y que pudiera salir hacia el frente lo antes posible, se dieron a conocer los nombres de los elegidos sin pasar por el trámite de consultarlos<sup>1698</sup>. La marcha de los acontecimientos vino a dar la razón a los miembros de la Junta, al tiempo que justificaron la adopción de nuevas medidas para conseguir el objetivo propuesto.

Hasta ese momento, las tareas de reclutamiento arrojaron resultados más que satisfactorios, pues junto a los caballeros aptos para el servicio, se habían reclutado sustitutos con la calidad necesaria (entendido el término como nobleza) para formar parte del Batallón. En gran medida, el éxito se debía a la oferta, fija e inmutable, de conceder el hábito tras dos campañas<sup>1699</sup> (tiempo que se reducía a una única campaña en el caso de aquellos candidatos que acreditaran pertenecer al segundo estado). También

---

<sup>1696</sup> Además tenía un título de marqués, y había servido en el Consejo de Guerra de Flandes. Acreditaba 19 años de servicios continuos, comenzados desde el empleo de alférez, y pasando por los de capitán, sargento mayor, teniente de maestro de campo general, hasta llegar al de maestro de campo que ostentaba.

<sup>1697</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes para proveer tres compañías del batallón de ellas que se está formando*. Madrid, 26-5-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>1698</sup> “(...) y no los consulta la junta por votos secretos, porque conforme a lo que se ha representado, y V.M. tiene aprobado antes de la proposición, se está de acuerdo en la aceptación de estas compañías.” *Ibidem*.

<sup>1699</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre que los hidalgos que vienen a servir a V.M. tengan elección de poder hacerlo en el batallón de ellas*. Madrid, 5-6-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

avanzaban a buen ritmo las tareas logísticas, cuya principal finalidad era proporcionar monturas a los individuos que iban a servir en la caballería de las Órdenes Militares, pues a principios del mes de junio llegaron a Madrid un millar de caballos, los cuales serían más que suficientes para montar a toda la unidad<sup>1700</sup>.

La única amenaza a la buena marcha de los preparativos podría venir las actividades de otros organismos, que pugnaban por involucrar a los hidalgos en sus proyectos. Por este motivo, la Junta exhortó al monarca a que ordenara, de forma tajante, que estos individuos sólo debían alistarse en el Batallón de las Órdenes (como sustitutos), y no podrían ser compelidos a servir en otras unidades, ni contribuir por ningún otro concepto. En este sentido, se reconocía que no contaría con suficientes hidalgos si no se decretaba alguna medida en esta dirección, que permitiera a la Junta monopolizar sus servicios<sup>1701</sup>.

Sin embargo, el monarca no se mostró partidario de que el Batallón de las Órdenes acaparara los hidalgos, porque con ello se entorpecería la formación de otras unidades, o se les eximiría de participar en contribuciones o repartimientos en los cuales podrían ser comprendidos. Con todo, se dejó libertad absoluta a cualquier hidalgo para que pudiera sentar plaza en el Batallón, pero quedando claro que no se podría obligarles (como grupo) a que prestaran sus servicios en el<sup>1702</sup>. No podemos olvidar que se trataba de sujetos que iban a servir como sustitutos de los caballeros de las Órdenes Militares, a cambio de lo cual iban a recibir un hábito. Por lo que se trataba de un servicio voluntario, dirigido a todos aquellos hidalgos en condiciones de servir, que podían ver en esta modalidad de servicio la manera más rápida de acceder a estas mercedes.

Es más, según nuestro criterio, en ningún momento el deseo del Conde Duque de que los cuadros inferiores del segundo estado se implicaran en la defensa de la monarquía española, estuvo más cerca de cumplirse que en 1642. Pues era una de las maneras más coherentes que se habían establecido para animar a los hidalgos al servicio

---

<sup>1700</sup> “Hoy entraron en Madrid mil caballos en pelo, para montar la caballería de las Órdenes que levanta el señor conde de Monterrey. Van en ella todos los caballeros de hábito; y a los que no le tienen, se le da S.M. sirviendo una campaña; y de esta suerte, es mucha la caballería que se junta.” PELLICER Y TOVAR, J.: *Op. cit.* p. 377.

<sup>1701</sup> “(.....) Se tiene por imposible conseguirlo [la formación del Batallón] si V.M. no se sirve de mandar que los hijosdalgo llamados y prevenidos en la ocasión presente, cumplan con servir en esta milicia, porque sucede que algunos son molestados. Con que esto se embaraza, y los más se retiran, y falta el medio para formar esta caballería, siendo preciso que haya de ser de sujetos de esta calidad. (.....) Y suplica a V.M. se sirva de mandar que los hijosdalgo que ahora se registran y previenen, vengan luego, y tengan elección de servir, asentando plaza en este batallón. Y que sirviendo en el cumplan, y no se les inquiete ni cause perjuicio en sus casas, haciendas ni familias” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*.....5-6-1642.

<sup>1702</sup> *Ibidem*.

militar, con la cual Olivares veía cumplida su vieja aspiración de vincular a la nobleza con la guerra, mientras que éstos se encontraban ante una oportunidad inmejorable de promocionar socialmente, a cambio de servir con las armas durante un periodo de tiempo más o menos corto (máxime cuando hasta ese momento no se había establecido ninguna normativa al respecto y, en el mejor de los casos, debían servir durante varios años antes de recibir el hábito, y nunca con la certeza absoluta de que llegaran a vestirlo).

Pero la Junta también se encontró con dificultades a la hora de movilizar a grandes y títulos. En un principio, conforme a la resolución adoptada en los años anteriores inició las gestiones necesarias para conseguir la participación de todos aquellos grandes y títulos que fueran caballeros de hábito y/o comendadores de las Órdenes Militares, y no estuvieran prevenidos para acompañar al monarca en su viaje hacia el frente<sup>1703</sup>. Esta disposición estaba destinada a prevenir a todos aquellos que no acreditaban un empleo al servicio del monarca, el cual pudiera que pudiera eximirles de ser requeridos por cualquier otra vía (en concreto para servir en el Batallón).

Sin embargo, se determinó que todos aquellos grandes y títulos que acompañaran al monarca, aunque lo hicieran sin una ocupación establecida, podían excusarse de ir a servir en el Batallón de las Órdenes, e incluso de dar sustituto. Con todo, mientras estos aristócratas no declararan su disposición a marchar junto al rey hacia Aragón, la Junta quedaba autorizada a emprender las acciones oportunas para conseguir su asistencia en la caballería de las Órdenes Militares (bien personalmente, bien mediante un sustituto)<sup>1704</sup>.

A pesar de que un número importante de hidalgos y caballeros de hábito iban a quedar fuera de su jurisdicción, e iban a prestar servicio en otras unidades (bien en persona, bien mediante un sustituto o a través de un pago en metálico), o en última instancia iban a quedar relevados de cualquier contribución, a finales del mes de junio se ordenó al conde de Monterrey que, bajo ningún concepto, los efectivos del Batallón de las Órdenes fueran inferiores a mil hombres. Este requerimiento venía motivado porque desde la propia Junta se garantizó al monarca esta cifra, siempre y cuando se le concediera un amplio margen de maniobra para llevar a cabo las gestiones (como así sucedió); y ahora había llegado el momento de ver los resultados. Por este motivo,

---

<sup>1703</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre lo que ha obrado con grandes y títulos.* Madrid, 15-6-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>1704</sup> *Ibidem.*

Felipe IV exigió a Monterrey que la caballería de las Órdenes Militares estuviera presente en Molina de Aragón cuando hiciera acto de presencia en esta localidad, o en el peor de los casos que ya hubiera iniciado la marcha hacia este destino<sup>1705</sup>. Los apremios del monarca estaban más que justificados, pues había demostrado una gran generosidad a la hora de gratificar a los individuos dispuestos a alistarse (a la cual nos referiremos en las páginas siguientes), y al mismo tiempo había delegado todo el proceso en las manos del conde de Monterrey. Así pues, no es de extrañar que Felipe IV quisiera ver los resultados prácticos en los que se había traducido su política de gratificaciones y de cesión de competencias<sup>1706</sup>.

Mientras se disponía todo lo necesario para que el Batallón del conde de Monterrey se pusiera en marcha, la unidad montada en 1640 continuó prestando servicios en el frente catalán, hostigando la caballería enemiga y amenazando sus rutas de suministros<sup>1707</sup>. Al mismo tiempo, se envió a Vinaroz al comisario general D. Rodrigo de Herrera, con el objetivo de hacer acopio de monturas para los integrantes de la primera formación de esta unidad<sup>1708</sup>. Al parecer, se consiguió reunir cerca de mil caballos, con los cuales se mejoraría su operatividad de cara a las operaciones que estaban a punto de iniciarse. Con esta determinación se dirigió a la localidad oscense de Fraga, muy próxima a Lérida<sup>1709</sup>, junto con otras unidades realistas, para preparar la toma de Amposta, próximo objetivo de las tropas españolas<sup>1710</sup>.

En cualquier caso, el conde de Monterrey no pudo cumplir el compromiso contraído de iniciar la marcha, a más tardar, a finales de junio. Aunque ya por esos días

---

<sup>1705</sup> “Siempre estoy entendiendo que el número de la caballería que esa junta está formando ha de ser de mil caballos. Y así, os prevengo que yo no podré darme por servido de que baje de este número, ni tampoco si dejare de hallarla en Molina de Aragón cuando mi persona llegue allí, o por lo menos el que vaya marchando.” *Decreto del rey, dirigido al conde de Monterrey, en el que advierte se dará por servido el que no baje el número de la caballería de las Órdenes de mil, y en que la halle en Molina de Aragón cuando llegue su real persona*. Cuenca, 20-6-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>1706</sup> “(.....) Pues he asistido a esta monta con más mercedes que a ninguna otra. Y así, es menester que con igual proporción correspondan los efectos.” *Ibidem*.

<sup>1707</sup> “(....) De Tarragona ha venido aviso de que, pasando a engrosar la gente que estaba sobre Monzón, 1.500 franceses y catalanes, con 30.000 ducados para pagar los soldados, tuvo aviso el sr. marqués de La Hinojosa, y consultando la materia con el sr. D. Álvaro de Quiñones envió las tropas necesarias. Emboscáronse en parte a propósito y, cortando al enemigo, dieron sobre él y le degollaron 800. Cogieron los 30.000 ducados, 400 caballos y muchos prisioneros. Entre ellos a D. José Dardena, maestre de campo general de los catalanes, y a D. José de Amat, cabo también.” PELLICER Y TOVAR, J.: *Op. cit.* p. 384.

<sup>1708</sup> *Relación de los servicios del teniente general de la caballería D. Rodrigo.....*

<sup>1709</sup> *Carta de D. Juan de Idiáquez Isassi al padre Rafael Pereira*. Madrid, 1-7-1642. MHE, Tomo XVI. p. 422.

<sup>1710</sup> “(.....) Envío el marqués de Leganés, desde Vinaroz, nuevos refuerzos a D. Rodrigo de Herrera y a los demás cabos de los que iban a recuperar la castellanía de Amposta. Y con este socorro rechazaron al enemigo de muchos puestos, obligándole a retirarse a dos o tres que les quedaban.” *Carta de D. Juan de Idiáquez Isassi al padre Rafael Pereira*. Madrid, 8-7-1642. MHE, Tomo XVI.

ya se habían formado algunas compañías, que efectivamente habían abandonado la Corte, pero que no contaban con todas sus plazas, entre las cuales se encontraba la del Caudillo Mayor. La primera referencia que hemos encontrado a este respecto procede del capitán de caballos corazas D. Pedro Laínez<sup>1711</sup>, quien se había alistado en ella con plaza sencilla, el cual informó al conde de Monterrey de la llegada a la localidad de Casarrubios del Monte (en la actual provincia de Toledo, a unos 40 km. de Madrid)<sup>1712</sup>, donde permaneció hasta el 4 de julio. Pese a que D. Pedro no ejercía el mando de la compañía, gracias a su contrastada experiencia militar, y al hecho de que los oficiales no se encontraban presentes en esos momentos, la gobernaba de forma interina hasta que algún mando hiciera acto de presencia. A pesar de los esfuerzos realizados para que las compañías tuvieran todo lo necesario, se repiten las mismas demandas que en el resto de las unidades del ejército real. En concreto, se refieren al deplorable estado que presentaba el utillaje necesario para las monturas (sillas, cinchas, correones, bridas), debido a la ausencia del pagador de la unidad, que imposibilitaba el libramiento de las cantidades precisas para ello, así como la del sillero<sup>1713</sup>.

También sorprende que, pese a no estar formada en su totalidad, la unidad presentaba menos hombres de los previstos. Según D. Pedro, esto se debía al importante número de permisos concedidos por el conde de Monterrey para que sus miembros se volvieran a Madrid<sup>1714</sup>. Otra de las razones que se encontraban detrás de esta circunstancia, era la falta de concreción de las mercedes ofrecidas a quienes se alistaran en el Batallón<sup>1715</sup>. Pues los demandantes, cuando menos manifestaron su intranquilidad, e incluso algunos fueron más allá, y dieron a entender que mientras no tuvieran garantías de que sus peticiones serán atendidas, quedaban liberados de su compromiso<sup>1716</sup>.

---

<sup>1711</sup> Como ya sabemos, al capitán Laínez, se le había prometido un hábito de Santiago por la Junta del Despacho de los Soldados, con la condición de continuar sirviendo, el cual fue concedido el referido año de 1642. Su experiencia en la caballería estaba fuera de toda duda, ya que su último destino antes de alistarse en el Batallón, fue el de gobernador de la compañía de las Guardas de Castilla, cuyo capitán era D. Jerónimo de Sandoval.

<sup>1712</sup> *Carta del capitán de caballos corazas D. Pedro Laínez al conde de Monterrey sobre el estado de su compañía*. Casarrubios, 30-6-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4644.

<sup>1713</sup> “(.....) y sería muy bien que venga el pagador, para que con los socorros vayamos reparando la gente de muchas cosas que necesitan; en particular el remedio de las sillas. Y precisamente se han de rehenchir todas, para que yo procure sacarlos a enseñarles a que sepan marchar en buen orden y demás cosas que se necesitan para parecer soldados.” *Ibidem*.

<sup>1714</sup> *Ibidem*.

<sup>1715</sup> *Carta de D. Pedro Laínez al secretario D. Gregorio de Tapia sobre la compañía del conde de Monterrey*. Casarrubios, 30-6-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4644.

<sup>1716</sup> “(.....) Y suplico a V.m. se acuerde de que se envíen los despachos y cédulas de los sueldos y los hábitos para los que están en el cuartel, porque con este pretexto, todos quieren licencia para volverse a la



No obstante, en otros supuestos el abandono de la unidad respondió a otras motivaciones, pues algunos de ellos no tenían ninguna intención de cumplir la obligación contraída, y lo más que ofrecían un era sustituto (siempre y cuando se respetaran la Corona les concediera las prebendas en cuestión). Si estos comportamientos no eran atajados de raíz, y se imponía algún castigo ejemplar, las consecuencias podían ser gravísimas para la buena marcha de la unidad, hasta el punto de acarrear su desaparición antes de llegar a entrar en combate<sup>1717</sup>.

Tras abandonar Casarrubios, D. Pedro se dirigió a la vecina población de Borox. Pero a diferencia de la anterior el nuevo destino, debido a su pobreza, no era el más apto para alojar una compañía de caballos. Si a esto le añadimos que sus reclamaciones, en lo relativo a la mejora del equipamiento de las monturas, no habían sido atendidas, es comprensible su preocupación sobre la operatividad de su compañía<sup>1718</sup>.

Ante esta situación, donde únicamente se había conseguido levantar la mitad de los hombres previstos<sup>1719</sup>, no quedó más remedio que pregonar un bando, según el cual se apremiaba a todos aquellos que hubieren sentado plaza en el Batallón, y a quienes se hubiera concedido ayudas de costa y/o caballos, para que se presentaran el día 16 de julio en el lugar designado para tal efecto<sup>1720</sup>. En caso de incomparecencia se amenazó a los rebeldes con 6 años de servicio en los presidios norteafricanos. Al mismo tiempo, se establecían penas para quien, a partir de esa fecha, les acogiera o diera refugio, pues se debía dar parte a las autoridades si se tenía conocimiento del paradero de alguno de ellos, so pena de un año de destierro de la Corte y multas de hasta 200 ducados<sup>1721</sup>. La severidad de estas disposiciones no surtió el efecto deseado, y durante las semanas siguientes se emitieron otros edictos del mismo tenor, en los cuales se incrementó el rigor de las sentencias, hasta llegar a la pena de muerte.

---

Corte.” *Carta de D. Pedro Laínez al secretario Gregorio de Tapia*. Casarrubios, 4-7-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4644.

<sup>1717</sup> “(.....) He sabido que D. Francisco de Villegas ha salido del cuartel, para esta Corte, sin orden. Sirvase V.E. de mandar que los ayudantes le busquen y prendan, para que se me remita aquí, donde se le castigará con demostración. Porque en la que se hiciese con este soldado, consiste el poner la compañía, y demás caballería, en buena disciplina. Y aseguro a V.E., que si no tuviera por cierto el que cuando escribo ésta, en persona le saliera a buscar, porque castigo de buenísima gana a los inobedientes.” *Carta de D. Pedro Laínez al conde de Monterrey*. Casarrubios, 1-7-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4644.

<sup>1718</sup> *Carta de D. Pedro Laínez al conde de Monterrey*. Borox, 5-7-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4644.

<sup>1719</sup> “La caballería del Batallón de las Órdenes ha llegado ya a 500 caballos, siendo su comisario general D. Juan de Terrazas, caballero de Santiago. Y dicen que partirá presto, con una buena tropa, el sr. marqués de Taracena.” PELLICER Y TOVAR, J.: *Op. cit.* p. 392.

<sup>1720</sup> Se trataba de un cuerpo de guardia ubicado al comienzo de la calle San Bernardo, junto a la plaza de Santo Domingo. *Bando que se mandó publicar para que todos los soldados que están alistados en la caballería de las Órdenes, acudan el día siguiente, so las penas en el contenidas*. Madrid, 15-7-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4645.

<sup>1721</sup> *Ibidem*.

Entre tanto el 27 de julio, Felipe IV hizo su entrada en la ciudad de Zaragoza, escoltado por las compañías del Batallón de la Nobleza, capitaneadas por los duques de Ariscot, Pastrana y Veraguas, y los condes de Oropesa y Grajal, junto con un importante número de grandes y títulos que le acompañaban<sup>1722</sup>. En cuanto al Batallón de las Órdenes, todavía quedaban algunos cabos por atar, pues algunas de las compañías, aún en esta fecha, no estaban completas. Este hecho suponía un incumplimiento de lo pactado entre el monarca y el conde de Monterrey, a quien se había dado libertad absoluta para organizar la unidad, siempre y cuando estuviera presente en Molina de Aragón a finales de junio o principios de julio como fecha límite. Ante esta situación, Monterrey debió verse tentado de autorizar a los capitanes que aún estaban formando sus unidades, a que incluyeran en ellas a individuos sin los criterios de calidad exigidos a quienes iban a formar parte del Batallón.

Para evitar cualquier veleidad en este sentido, la reina Isabel (que asumió las labores de regente en la Corte durante el tiempo que Felipe IV estuvo en el frente) le recordó que, bajo ningún concepto, se permitiera la presencia de desertores en el Batallón, o de soldados que hubieren sentado plaza en el tercio formado por la ciudad de Madrid<sup>1723</sup>. Esta orden nos plantea algunos interrogantes, ¿en realidad se recurrió al alistamiento de desertores para completar las plazas vacantes?, ¿por qué se alude de forma específica al tercio de la ciudad de Madrid? Nos inclinamos a pensar que, pese a la presencia de algún individuo poco aconsejable, debió de constituir una excepción, pues no hemos encontrado manifestaciones respecto a la baja calidad de los integrantes de la unidad. Así, la orden de la reina parece ser una medida preventiva, con el objetivo de disuadir al máximo responsable de la unidad de utilizar este expediente para cumplir con su obligación. En cuanto a la segunda cuestión, podría referirse a los desertores del tercio de Madrid, algunos de los cuales podrían sentirse tentados a alistarse en el Batallón, ya que con ello percibirían la prima de enganche, una de las irregularidades más denunciadas por los arbitristas militares.

A principios del mes de agosto se ordenó a quienes tenían sentada plaza en el Batallón, que acudieran a los cuerpos de guardia en el estado en que se encontrasen,

---

<sup>1722</sup> *Misceláneos políticos e.....* Fol. 71r.

<sup>1723</sup> “Aunque he entendido estáis atento a que en las compañías de caballería que vais formando, no asiente plaza ningún soldado fugitivo, ni de los que hubieren sido del tercio de la villa de Madrid. Y que la gente que vos levantáis es de hombres nobles conocidos, y de obligaciones, he querido encargáros lo mismo, para que lo continuéis con mayor cuidado.” *Decreto de la reina dirigido al conde de Monterrey, ordenando que los que sienten plaza en el batallón de las Órdenes sean nobles conocidos, y que no la sienten ningún fugitivo ni soldados del tercio de Madrid.* Madrid, 5-8-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

para que se les dieran las instrucciones pertinentes, así como todo lo necesario para que pudieran iniciar la marcha, recogiendo penas de un año de destierro de la Corte, así como el pago de 200 ducados de multa<sup>1724</sup>. La amenaza de recurrir a medidas coercitivas, para que las compañías del nuevo Batallón se encaminasen hacia Aragón, surtió el efecto deseado pues el día 22 de agosto seis de las compañías, las comandadas por: el conde de Monterrey, el marqués de Cerralbo, el marqués de Taracena, el comisario general D. Juan de Terrazas, el coronel Jerónimo Díaz de Aux y el maestre de campo D. Carlos Dacia, estaban listas para partir. Una vez cumplido este objetivo, se ordenó a todos los caballeros y soldados que se preparan para su inminente partida, prevista para el día siguiente, al tiempo que se amenazaba a los infractores con sanciones pecuniarias, que alcanzaban los 300 ducados<sup>1725</sup>.

También hubo que vencer la resistencia de alguno de los oficiales que, en último momento, trató de excusarse de servir el mando que se le había ofrecido. En concreto se trataba del capitán de corazas D. Rodrigo Dávila Ponce de León, caballero de la orden de Santiago (a quien ya nos hemos referido con anterioridad, pues fue uno de los individuos que recibió un hábito por haber realizado una leva), designado como teniente de la compañía del marqués de Cerralbo. Pese a que se trataba de un empleo que, por si mismo era sumamente atractivo (en este caso concreto, cabían muchas posibilidades de que ejerciera el mando último), D. Rodrigo trató de eludir esta responsabilidad<sup>1726</sup>.

Entre las razones que expuso para ello se encontraba su condición de capitán vivo, lo cual significaba que en caso de aceptar la oferta perdería su compañía. Además, en ella servía su hermano como teniente (se trata de la compañía que ambos reclutaron en 1639, servicio por el que recibieron sendos hábitos de la orden de Santiago)<sup>1727</sup>. Por este motivo había rechazado con anterioridad servir como teniente en la compañía del

---

<sup>1724</sup> *Bando que se publicó para que todos los soldados que están alistados en el batallón de la caballería de las Órdenes, acudan a sus cuerpos de guardia mañana*. Madrid, 6-8-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4645.

<sup>1725</sup> *Bando que se publicó para que todos los caballeros y soldados de las seis compañías que están formadas, se junten mañana y estén en ellas para marchar*. Madrid, 22-8-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4645.

<sup>1726</sup> *Carta del capitán D. Rodrigo Dávila Ponce de León al conde de Monterrey, caudillo mayor de la caballería de las Órdenes, en la que representa los motivos que tiene para excusarse de la tenencia de una de las compañías del batallón de ellas que ahora se forma*. S.f, s.l. (1642). AHN, OO.MM, Leg. 4644.

<sup>1727</sup> “(.....) Soy capitán vivo, y por no poder pasar al Rosellón, sirvo en esta caballería. Y tomando cualquier puesto, vaca el mío, poniendo a riesgo que se de a otro mi compañía. Y siendo mi hermano, como es, mi teniente, quede teniente de otro; que fuera para mi de sumo sentimiento.” *Ibídem*.

duque de Veraguas, perteneciente al Escuadrón de la Nobleza, así como el de alférez de la compañía del almirante de Aragón, integrada en el regimiento del Príncipe<sup>1728</sup>.

En su alegato, D. Rodrigo nos ofrece una valiosa información sobre la forma en la que se llevaban a cabo las provisiones de los empleos de la oficialidad en el Batallón. Atendiendo a la norma general, se buscaba que los tenientes fueran capitanes de corazas, pero esta normativa sólo era aplicada con aquellos capitanes que no disfrutaban del mando de una compañía, por el desprestigio que esto supondría para un capitán vivo. Pese a los incentivos ofrecidos para el servicio, un oficial con tropa a la que mandar siempre tendrá preferencia sobre otro que, pese a disfrutar del mismo grado, no la tuviera. Además, para cumplir el objetivo pretendido de que los tenientes fueran capitanes de corazas, se optó por conceder patentes de este empleo a oficiales que se encontraran por debajo en el escalafón (en concreto, tenientes y alféreces), como se había llevado a cabo en el regimiento del Príncipe<sup>1729</sup>. Pese a que no hemos encontrado la respuesta a su súplica, debió de ser desestimada, pues su nombre aparece en el listado definitivo de capitanes y oficiales de las compañías del segundo batallón de las Órdenes.

Por otra parte, aún quedaban compañías por salir hacia el frente, en concreto de las comandadas por el conde de Alba de Aliste, el marqués de Guadalcazar y el conde de Amarante. Sin embargo, ésta era la última oportunidad que se les daba, pues el 27 de agosto de publicó un bando según el cual todos aquellos que no estuvieran listos para marchar al día siguiente, serían declarados “inobedientes y fugitivos”, e incurrían en las penas establecidas: cuatro años de servicio en los presidios, y desestimación inmediata de cualquier merced u honor que estuviera prometido por acudir a servir<sup>1730</sup>. Con estas disposiciones se consiguió que las compañías de la segunda formación del Batallón de las Órdenes que aún no habían partido, abandonaran Madrid. Pero el organismo encargado de la formación de esta unidad de caballería no las tenía todas consigo y promulgó una nueva normativa, mucho más severa que las anteriores, en la cual se ordenaba a sus miembros que, bajo ninguna circunstancia podían abandonar la marcha hacia Molina de Aragón, pese a que hubieran recibido permiso para ello por parte de sus

---

<sup>1728</sup> *Ibidem*.

<sup>1729</sup> La orden de que los tenientes sean capitanes de corazas, se podrá ajustar dando patentes a los que no lo fueren, como se ha hecho con los alféreces del regimiento del Príncipe.” *Ibidem*.

<sup>1730</sup> *Bando que se escribió para que todos los caballeros y soldados agrupados en las compañías del conde de Alba de Aliste, marqués de Guadalcazar y D. Alonso de Lemos, acudan mañana a la plaza del Buen Retiro, montados para marchar con sus compañías y seguir los estandartes*. Madrid, 27-8-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4645.

oficiales, contemplándose la aplicación de la pena capital a quienes incumplieran esta disposición<sup>1731</sup>.

De la misma manera, también se creyó oportuno intensificar los esfuerzos para conseguir que todos aquellos caballeros relevados de en persona abonaran los 120 ducados de plata. Uno de los ejemplos más ilustrativos a este respecto fue lo acontecido con los miembros del aparato administrativo que eran caballeros de hábito (consejeros, secretarios, oficiales). Como consecuencia del impago de estos individuos, ante la necesidad de enviar inmediatamente a estas tropas hacia el frente, se decretó el embargo de los gajes de aquellos que no estaban al corriente de pago<sup>1732</sup>, los cuales ascendían a 1.680 ducados de plata. Pese a todo, no sabemos si debido a un error o de forma intencionada, los deudores pudieron cobrar sus haberes. Esta circunstancia motivó que la Junta tuviera que suscribir un asiento para obtener liquidez. Así, D. Miguel de Ojirondo, alguacil mayor del Consejo de Órdenes, caballero de Santiago, firmó, en nombre de la Junta, la escritura según la cual D. Diego Rodríguez de Morais, pagador general de los consejos, se comprometía a prestar la referida cantidad a cambio de cederle, por documento legal, los gajes de los sujetos que no se encontraban al corriente de sus obligaciones, con el objetivo de que no pudieran eludirla<sup>1733</sup>.

Tras casi seis meses de gestiones, y de un continuo tira y afloja entre el monarca, la Junta de la Milicia de las Órdenes, el conde de Monterrey, y los individuos que iban a

---

<sup>1731</sup> “Todos los soldados del batallón de la caballería de las ordenes militares que tienen sentada plaza para servir en el, (.....) que ya van marchando a Molina de Aragón, sigan luego sus estandartes sin detenerse en esta Corte, ni en otra parte ni lugar a título de ningún despacho, causa y ocupación, aunque tengan licencia de sus capitanes y no esté cumplido el tiempo de llegar, pena de la vida, que se ejecutará inviolablemente.” *Bando que se publicó para que todos los caballeros y soldados de las nueve compañías del batallón de las Órdenes vayan siguiendo sus estandartes, so pena de vida*. Madrid, 2-9-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4645.

<sup>1732</sup> Se trata de D. Antonio de Camporredondo (consejero de Hacienda), D. Antonio de Contreras (consejero de la Cámara), D. Fernando Pizarro (consejero de Castilla), D. Gregorio López de Mendizábal, D. Pedro de Amezcua (consejero de Castilla), D. Sancho Bullón, D. Pedro Coloma (secretario del consejo de Estado) y D. Iñigo de Aguirre (secretario del rey). Además D. Diego de Cevallos (consejero de Órdenes), D. Lope de Morales (consejero de Castilla) y D. Fernando de Ojeda (también consejero de Castilla), pagaron otros 120 ducados de plata cada uno, además de los que les correspondían, por relevar a sus hijos de acudir a servir personalmente. *Cédula en la que se confirma el asiento que la junta de la milicia de las Órdenes, ha hecho con Diego Rodríguez de Morais, pagador de los consejos*. Zaragoza, 4-12-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

<sup>1733</sup> “(...) Y porque al tiempo que se hizo el dicho embargo [25 de agosto] parece que estaban todos los dichos señores pagados enteramente hasta fin de este mes de agosto, con que no hubo lugar de poder cobrar luego los dichos 1.680 ducados de plata. Y porque son muy necesarios para despachar la caballería que está para partir al Principado de Cataluña, dispuso la juntase anticipasen. Por cuyo efecto dio a D. Miguel de Ojirondo decreto para que pudiese hacer asiento con el señor D. Diego Rodríguez de Morais.” *Ibidem*.

alistarse en el Batallón, se produjo su salida hacia el frente<sup>1734</sup>. Según nuestro criterio, el papel jugado por el Caudillo Mayor es más que censurable, pues se comprometió a presentarse en el lugar designado como plaza de armas (Molina de Aragón) a finales del mes de junio, o al menos haber abandonado la Corte, si se le concedía la suficiente autonomía para gestionar la formación de la unidad. Tampoco se debe ignorar que el rey se había mostrado más que generoso, tanto con los sujetos designados para la oficialidad, como con la tropa. Pues bien, cuando Felipe IV llevaba más de un mes en Zaragoza, las últimas compañías del Batallón nuevo abandonaron Madrid. Suponemos que este hecho debió disgustar al monarca, sobre todo cuando la presencia de esta unidad se antojaba fundamental para el desarrollo de las operaciones militares, pues estaba llamado a constituir la piedra angular sobre la cual se articularían las fuerzas a caballo. Además, durante su tránsito (7 de septiembre) se produjo la caída de la fortaleza de Perpiñán en manos de los franceses, con lo cual su enfado tuvo que ser considerable, pues de haber estado presente la unidad al completo, tal vez podría haber contribuido a evitar su caída.

**CUADRO 16. COMPAÑÍAS DEL SEGUNDO BATALLÓN DE LAS ÓRDENES.**

<b>CAPITÁN</b>	<b>TENIENTE</b>	<b>ALFÉREZ</b>	<b>ORDEN</b>
CONDE DE MONTERREY	D. ANTONIO DE ULLOA Y LEMUS (CAPITÁN DE INFANTERÍA Y TENIENTE DE CABALLOS)	JULIÁN JORDI (CAPITÁN DE CABALLOS DRAGONES)	SANTIAGO
MARQUÉS DE TARACENA	D. MANUEL DE QUIÑONES (CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS)	D. ANDRES TIRADO DE VARGAS (CAPITÁN DE INFANTERÍA Y TENIENTE DE CABALLOS)	SANTIAGO
JERÓNIMO DÍEZ DE AUX (MARQUÉS DE CARPINETE, CORONEL DE CABALLOS)	D. JUAN DIEZ DE ARELLANO (CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS Y CABALLERO DE SANTIAGO)	D. ÁLVARO DAZA (CABALLERO DE SANTIAGO)	SANTIAGO
D. JUAN DE TERRAZAS (COMISARIO GENERAL DE CABALLERÍA)	D. BARTOLOMÉ DE ARIZMENDI (CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS)	JUAN MARTÍN DE TERRAZAS	SANTIAGO

<sup>1734</sup> Samaniego, en su obra sobre la antigüedad de los regimientos, publicada en 1738, refiere la formación de esta unidad, aún vigente en esos momentos. Sin embargo, nos sorprende que no haya ninguna alusión al levantado en 1640. “(.....) Con fe original de los papeles de la veeduría de Cataluña justifica que en virtud de Orden Real se levantó en Madrid un Batallón de Caballería de las Órdenes Militares, de que fue caudillo mayor el conde de Monterrey, el cual fue recibido al sueldo real en 17 de agosto de 1642, con diferentes ventajas a los caballeros de hábitos que asentasen plaza en el, y aumento de sueldo a los oficiales y soldados.” SAMANIEGO, J.A.: *Disertación sobre la antigüedad de los regimientos de infantería, caballería y dragones de España*. (Edición de: GÓMEZ RUIZ, M. y ALONSO JUANOLA, V. Madrid, 1992). p. 145. (1ª edición: Madrid, 1738).

D. CARLOS DACIA (MARQUÉS, MAESTRE DE CAMPO)	D. ALEJANDRO GATTINARA (CONDE DE VALENCIA DEL PO. CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS)	D. FRANCISCO SPATARO (CAPITÁN DE CABALLOS ARCABUCEROS)	SANTIAGO
D. FRANCISCO ANTONIO FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA (MARQUÉS DE GUADALCAZAR)	D. FRANCISCO VÉLEZ DE MEDRANO (CAPITÁN DE CABALLOS LANZAS Y CABALLERO DE CALATRAVA)	D. JUAN BARBA DE BORDÁS (CABALLERO DE ALCÁNTARA)	SANTIAGO
D. JUAN ANTONIO PACHECO Y OSORIO (MARQUÉS DE CERRALBO)	D. RODRIGO DÁVILA PONCE DE LEÓN (CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS Y CABALLERO DE SANTIAGO)	D. SANCHO DE CARVAJAL (CAPITÁN DE INFANTERÍA Y CABALLERO DE CALATRAVA)	CALATRAVA
D. LUIS ENRÍQUEZ DE GUZMÁN (CONDE DE ALBA DE ALISTE)	D. MANUEL ENRÍQUEZ	D. FRANCISCO DE TAPIA (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	ALCÁNTARA
D. ALONSO DE LEMOS Y ULLOA (CONDE DE AMARANTE)	D. SEBASTIÁN CORREA DE SILVA (CAPITÁN DE CABALLOS Y CABALLERO DE SANTIAGO)	D. JUAN DÁVALOS FAJARDO.	ALCÁNTARA

**Fuente:** Elaboración propia a partir de BN, Mss. 2374. Fol. 237r. PELLICER Y TOVAR, J.: *Op. cit.* 26-8-1642. pp. 401-402.

Este revés motivó una profunda reflexión por parte de los dirigentes de la monarquía española, pues había que replantearse la estrategia a seguir, con vistas a asegurar su posición en el Principado. El Conde Duque propugnó por acometer la toma de Lérida mediante un ataque por parte de las fuerzas aprestadas en Aragón (las comandadas por el marqués de Leganés, virrey y capitán general de Cataluña, y las que se encaminaban desde la Corte y otros lugares), mientras que las enviadas al fallido socorro de Perpiñán proporcionarían la cobertura necesaria, mantendrían ocupado al mariscal de La Mothe para evitar que auxiliara a los sitiados y asegurarían las comunicaciones entre Tortosa y Lérida<sup>1735</sup>. El plan presentado se sustentaba sobre la necesidad de acometer la guerra contra los franco-catalanes desde una nueva perspectiva. Según D. Gaspar, no se podía concebir esta contienda como la campaña rápida y fulgurante que se había planteado en un principio, caracterizada por avances más o menos rápidos, destinados a asentar una serie de golpes al enemigo que le obligaran a entablar negociaciones; sino que se trataba de una pugna con visos de prolongarse, la cual implicaba asegurar las conquistas, y sobre todo las rutas de

<sup>1735</sup> *Papel del conde duque sobre lo que convendrá obren los ejércitos después de la pérdida de Perpiñán.* S.I, s.f., AHN, Estado, Leg. 860.

suministro y abastecimiento<sup>1736</sup>. Pese a que a priori el plan original podría ser la mejor opción para la Corona, pues se hallaba inmersa en varios frentes, su principal inconveniente era la poca importancia que concedía a asegurar las comunicaciones, aspecto que fue aprovechado por el enemigo para debilitar a las tropas de Felipe IV.

Al mismo tiempo, cargó contra los comandantes de los ejércitos reales, a quienes reprochó su poca osadía y su excesiva prudencia, al tiempo que les animaba a llevar a cabo acciones que, en principio, podrían ser calificadas como poco éticas desde el punto de vista de la moral militar, y que se referían a la rendición de plazas mediante el recurso a la audacia, a ganarse la voluntad de parte de los defensores para que permitieran la entrada de las fuerzas atacantes, o a la negociación<sup>1737</sup>.

Pero antes del inicio de las operaciones se decidió resolver una cuestión que aún estaba inconclusa: el salario que habrían de percibir los hidalgos, sin servicios militares previos, fueran o no caballeros de hábito, por su servicio en el Batallón. El hecho de que el monarca se decidiera a tomar partido en esta materia, nos indica que debió de alistarse un número importante de ellos (bien a título personal, con la promesa del hábito; o como sustituto de alguno de los caballeros), a quienes convenía tener satisfechos. Cabe la posibilidad de que la falta de resolución se debiera a que se daba por supuesto que estaría vigente lo adoptado en 1640, cuando se estableció que los hidalgos sustitutos percibieran 15 escudos al mes, como así ocurrió, y que sólo se esperara la certificación oficial<sup>1738</sup>. Tal y como referimos con motivo de la formación del primer Batallón, de nuevo, pese a todas las alusiones en sentido contrario, fue más valorada (al menos en lo relativo a los haberes a percibir por el servicio en la caballería de las Órdenes Militares) la experiencia en la milicia que la sangre.

En cuanto al desarrollo de las operaciones, la decisión de emprender la toma de Lérida mereció la aprobación de los máximos responsables de las fuerzas españolas que operaban en Aragón y Cataluña. Entre ellos se encontraba el marqués de Torrecuso,

---

<sup>1736</sup> “(.....) Porque ya es menester tratar esta guerra como guerra larga y continuada, y en que se ha de ir ganando fijamente lo que se ganare, y poniendo en toda buena forma de defensa, sacando toda la utilidad que se pueda de lo que estuviere remitente para la misma guerra. Poniendo en contribución lo fuere menester, mirando sumamente por el buen tratamiento de los caballos y la infantería.” *Ibidem*.

<sup>1737</sup> “(.....) Y si bien no se ha podido hacer más, yo creo que sin expugnarla [Lérida] estuviera hoy por nosotros, si al mismo tiempo que Mortara entró, nuestras tropas hubieran hecho lo mismo. Porque en esta guerra he creído que es mucho lo irregular que se ha de intentar, sin aventurar gente; y que ha de salir mucho de lo que regularmente no se podía creer.” *Ibidem*.

<sup>1738</sup> “(....) Y mando que se de a cada uno de los [hijosdalgo] que no hubieren tenido puesto en la milicia, ni sido oficiales, el sueldo de 15 escudos al mes. Y a los mi veedor y contador, se les asientes, libren y paguen del dinero, según y como se libren y pagaren los demás sueldos de ella.” *Cédula del rey para que a los nobles que han sentado plaza en el batallón de las Órdenes, se les pague el sueldo de 15 escudos al mes, el tiempo que sirvieren en el*. Zaragoza, 22-9-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4641.



comandante de las tropas destacadas en Tarragona, las cuales ascendían a 8.000 infantes y 2.000 caballos, a quien se ordenó agregar sus fuerzas a las del marqués de Leganés, contabilizando en total 18.000 soldados de a pie y 5.500 montados. A finales del mes de septiembre se inició la marcha y se tomó con facilidad la población de Aytona tras lo cual se procedió a cruzar el Segre, con el objetivo de localizar y neutralizar a las fuerzas del mariscal de La Mothe, para que no entorpecieran el desarrollo de las operaciones<sup>1739</sup>.

El día 7 de octubre ambos ejércitos se enfrentaron en lo que se ha conocido como batalla de Lérida, en la cual la caballería de las Órdenes Militares, tanto la nueva formación como los restos de la antigua, combatió en primera fila. Pese a que el choque se saldó con una incontestable victoria de los enemigos de la monarquía española, los miembros del Batallón estuvieron a la altura de las circunstancias. Entre los miembros de la unidad que se destacaron en esta ocasión, se encuentra D. Rodrigo de Herrera, comisario general del Batallón antiguo, que al mando de 300 hombres desalojó a los franceses de una posición en la cual se habían atrincherado. Pero lo cierto es que la unidad sufrió numerosas bajas, entre ellas la práctica desaparición de la compañía del conde de Monterrey con D. Antonio de Ulloa, su teniente a la cabeza<sup>1740</sup>.

Tras esta debacle, y ante la necesidad de recuperarse lo antes posible, la Junta se puso de nuevo en marcha para cubrir las bajas sufridas. Una de las primeras medidas que hemos encontrado, fechada dos semanas después, alude a la movilización de los caballeros de hábito de los reinos de Aragón y Valencia (a quienes ya se había llamado en 1640). Se trataba de una prevención que ya debería haber sido realizada cuando, en el mes de marzo, se decidió llevar a cabo la nueva convocatoria de los caballeros de las Órdenes Militares<sup>1741</sup>. Sin embargo, pese a que no necesitaba autorización alguna para iniciar los trámites, antes de proceder este organismo creyó oportuno consultar con el

---

<sup>1739</sup> *Misceláneos políticos e* .....Fols. 71v-72r.

<sup>1740</sup> “(.....) y aunque el marqués de Leganés advirtió lo embarazado del cuerno izquierdo, y pudo subir por la parte de levante sin dificultad, dio orden de embestir por lo más agrio a D. Rodrigo de Herrera, comisario general de la caballería de las Órdenes. Ejecutolo con trescientos caballos, tan bizarro que del choque primero hizo volver la grupa a los franceses y le ganó el puesto y la artillería. (.....) Y perdió la compañía casi entera el conde de Monterrey, con su teniente D. Antonio de Ulloa, que la gobernaba, al cual hicieron pedazos peleando como honrado caballero. *Ibidem*. Fol. 72v.

<sup>1741</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que se da cuenta de que están por ajustar las diligencias con los caballeros de hábito de este Reino [Aragón] y el de Valencia*. Zaragoza, 22-10-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

monarca<sup>1742</sup>. Nos da la impresión de que la cautela con la que actuó en esta ocasión, podría deberse al deseo de no imponer más cargas a los reinos mencionados, pues no olvidemos que Aragón se había convertido en plaza de armas de los ejércitos reales, y se le habían solicitado numerosas contribuciones, tanto en hombres como en dinero, y una nueva demanda (cuyos frutos no serían demasiado sustanciosos) podría despertar animadversiones entre los naturales<sup>1743</sup>. Esta circunstancia también era extrapolable al caso de Valencia, que también contribuyó al esfuerzo bélico común, y no convenía soliviantar a otro reino fronterizo con Cataluña por el riesgo de que la rebelión se extendiera por sus territorios<sup>1744</sup>. Tampoco podemos ignorar que un importante número de caballeros de hábito, eran miembros de las instituciones regnícolas en las que se tomaban las decisiones y, al mismo tiempo, se votaban los servicios al monarca. Esta tesitura obligaba a las instituciones reales a tener mucho tacto a la hora de realizar sus demandas y solicitar cualquier clase de servicio.

A pesar de los graves daños padecidos por el Batallón de las Órdenes u presencia fue muy estimada por las cabezas rectoras de la monarquía española. Igualmente, no hemos encontrado ninguna alusión a su falta de operatividad militar, o que supusiera un estorbo en el campo de batalla, sino todo lo contrario, pues se reconoció su valor y su conducta ejemplar. Es más, había una firme voluntad de que esta unidad continuara vigente, tanto por los buenos resultados que había ofrecido en términos militares, como por su activo papel (si bien es cierto que con algunas sombras) a la hora de revitalizar el vínculo entre las Órdenes Militares y la carrera de las armas.

No ocurrió lo mismo con la actuación de grandes y títulos, ya que otra de las consecuencias que tuvo este desastre fue que se llevara a cabo una profunda reflexión sobre la idoneidad de su presencia acompañando al monarca. Pese a que en teoría su asistencia en el frente era positiva, pues con ello se daba mayor publicidad y prestigio a la salida del rey hacia el frente (al tiempo que se resucitaba una antigua práctica, de origen medieval, según la cual los principales súbditos del monarca debían acompañarle cuando encabezara la hueste) lo cierto es que desde el punto de vista militar (al fin y al cabo el que justificaba su movilización) produjo más inconvenientes que beneficios, tal

---

<sup>1742</sup> “(...) Y antes de continuar las diligencias con los caballeros de hábito que hay en ellos [reinos de Aragón y Valencia], ha parecido a la junta ponerlo en la consideración de V.M. y darle cuenta de ello, por si hubiere nueva causa que en la ejecución pudiera tener desconveniencia.” *Ibidem*.

<sup>1743</sup> Sobre la participación del reino de Aragón durante esos años, véase: SOLANO CAMÓN, E.: *Op. cit.* pp. 158-213. SANZ CAMAÑES, P.: Política, hacienda y milicia.....*Op. cit.* pp. 79-97.

<sup>1744</sup> Véase: CASEY, J.: *El reino de Valencia en el siglo XVII*. Madrid, 1983 (1ª edición: Barcelona, 1981). LARIO, D. de: *El comte-duc d'Olivares i el regne de València*. Valencia, 1986.

y como ocurrió cuatro años antes con motivo de la expedición para el socorro de Fuenterrabía.

Según representó la Junta de Ejecución, uno de los foros en los que se debatió esta materia (de nuevo en unos términos muy similares a los del año 1638), dos fueron las causas que habían convertido en un sonoro fracaso lo que, a todas luces, debía haber supuesto una notable contribución al esfuerzo bélico. En primer lugar, la participación de grandes y títulos se había disipado en la reproducción de sus rivalidades (las cuales se trasladaron de la Corte al campo de batalla), en lugar de contribuir a la financiación de los gastos de la campaña. En suma, habían incurrido en cuantiosos gastos, destinados a trivialidades, sin ninguna utilidad castrense<sup>1745</sup>.

En segundo lugar, los aristócratas acudieron a título personal; es decir, solos. Como hemos podido comprobar a lo largo de las páginas de esta tesis, una de las facultades del segundo estado que la Corona buscaba utilizar en provecho propio, era su capacidad de convocatoria y de movilización, con el objetivo de que acudieran al frente acompañados de sus séquitos. Y al contrario, si no lo hacían así, se esfumaba la principal motivación que había para movilizar a los nobles. Al mismo tiempo se produjo un empeoramiento de su posición económica (debido a los gastos de protocolo y de etiqueta en que incurrieron), la cual no repercutió en un alivio para la Corona, que aspiraba a cargar parte del presupuesto militar en los contingentes nobiliarios<sup>1746</sup>.

El ruinoso estado de sus economías fue esgrimido hasta la saciedad por los nobles presentes en Aragón, llegando a extremos tan preocupantes que amenazaban con impedirles llevar el tren de vida inherente a su posición. Ante lo insostenible de la situación, pues la mayoría se quejó y solicitó permiso para regresar a sus hogares, aún a riesgo de ser censurados por abandonar al monarca cuando más lo necesitaba, así como de no actuar conforme lo que se esperaba de ellos<sup>1747</sup>. En definitiva, después de tantos esfuerzos y de vencer tantas resistencias, la Corona y la primera nobleza tenían muchas

---

<sup>1745</sup> “(.....) Su asistencia no ha traído las conveniencias que se esperaba, porque el gasto grande que les ha causado la jornada, se ha reducido a cortesano lustre, y no a disposición militar, faltando la comitiva con que acudieron sus mayores en tiempo de guerra, con gente útil para ella, ya de infantería ya de caballería, con que hacían más gloriosa la acción, y era medio de alivio para los señores reyes.” *Consulta de la junta de Ejecución sobre licenciar a los grandes, para volverse a sus casas, que han venido sirviendo a V.M. en esta jornada*. Zaragoza, noviembre de 1642. AHN, Estado, Leg. 860.

<sup>1746</sup> *Ibídem*.

<sup>1747</sup> “(.....) Casi todos los que han concurrido, y se hallan hoy aquí, están en el extremo estado de miseria. Y esto llega a grado que pasa a indignidad, con compasión grande de ver a los vasallos de la primera dignidad, sujetos al desaire a que suele reducir la necesidad a los que la padecen. Y algunos, con continuas instancias, repiten su estado de miseria, pidiendo licencia para volverse a sus casas, sin reparar en el descrédito que es fuerza se les siga, desamparando a V.M. en el mismo empeño que le sacó de su casa.” *Ibídem*.

cosas que reprocharse. Por una parte, el monarca no había quedado satisfecho con su actuación, mientras que la aristocracia dilapidó sus rentas sin obtener, a cambio, ningún beneficio. Para evitar que situaciones tan desagradables volvieran a repetirse, urgía llegar a alguna solución de compromiso, que autorizara a retirarse a todos aquellos nobles que acompañaron al monarca, pero sin emplear palabras que pudieran herir su sensibilidad o menoscabar su reputación.

Según la Junta de Ejecución, la mejor manera de solventar este dilema era dar cuenta a los nobles de que su presencia en el frente no había generado los beneficios que, en un principio, cabría esperar. Pese a que se intentó dulcificar la crítica, en el fondo se censuró el comportamiento del segundo estado, porque si no hubieran despilarrado sus fondos (muchos de ellos disponibles porque el monarca les había autorizado a tomar cantidades de sus haciendas embargadas, o imponer censos sobre mayorazgos) en trasladar al frente sus querellas, focalizadas en la pompa, la etiqueta y la ostentación (actitudes inherentes, por otra parte, al modo de vida que podríamos calificar como noble), el resultado podría haber sido muy diferente<sup>1748</sup>.

Como consecuencia de este hecho, se les permitía volver a sus casas. Pero no se trataba de una licencia permanente, sino que se extendía hasta la primavera de 1643. Según nuestro criterio, se trataría más bien de una retirada táctica, con vistas a corregir los errores detectados en esta campaña, para que no se volvieran a repetir. En suma, más que la presencia nobiliaria junto al monarca en el campo de batalla, se cuestionaba la forma en que se hacía. En este sentido, se creyó oportuno decretar que, o bien acudieran acompañados de tropas (de infantería o caballería), o bien que depositaran una cantidad (variable según el caso), destinada a gastos militares<sup>1749</sup>. A grandes rasgos, se reprodujo lo acontecido en 1638, pues como ya hemos visto, si el noble acudía al campo de batalla a título personal, sin tropas reclutadas en sus dominios, o costeadas con cargo a sus rentas, servía más bien para poco.

Al tiempo que se les concedía permiso para volver temporalmente a sus hogares, se incidió en esta línea que podríamos definir como conciliadora, pero que al mismo tiempo tenía presente un trasfondo crítico. Pese a que se agradecía su presencia en una ocasión tan importante, y valoraba su esfuerzo para mantener un nivel de vida acorde

---

<sup>1748</sup> “(.....) V.M., por su grandeza, no puede apartar de su consideración el mayor lustre de vasallos tales. Y así, ha pensado la junta en medio que se ajuste con el intento de haberlos llamado V.M., y con su misma reputación. Y ha parecido que, por medio de los de la Cámara que concurren en esta junta, se les de a entender cómo V.M., de su venido, había esperado mayor utilidad. Como fuera cierto haberla conseguido, si su ornato lo hubieran reducido más a aparato militar que a cortesano lustre.” *Ibidem*.

<sup>1749</sup> *Ibidem*.

con su status, se les recordó que esos desembolsos podrían haberse empleado en prevenciones militares. Sin embargo, no carga contra ellos de forma abierta. Es más, casi parece que justifica su comportamiento, e incluso los disculpa, pues los aristócratas podrían pensar que este camino (el de vivir noblemente), era el más idóneo para servir al monarca (aunque tales planteamientos suenan más a un deseo de no anatemizar al estamento privilegiado y enemistarse con los principales súbditos de la Corona, con vistas a ulteriores requerimientos). Pese a todo, se trató de hacerles ver su error, al tiempo que se les exhortó a que, de cara a la campaña de 1643, acudieran con sus séquitos, pues ésta era la mejor forma de servir al rey<sup>1750</sup>.

En lo referente al Batallón de las Órdenes, la situación parece ser contradictoria, pues como hemos visto se intentaron llevar a cabo iniciativas para reconstruir la unidad, al tiempo que se emprendieron medidas en la dirección contraria, las cuales pueden ser entendidas como un intento de aprovechar la obligada suspensión de las hostilidades, motivada por la llegada del invierno, para dar un descanso a sus integrantes (pese a que no llevaban más de dos meses sirviendo). Sabemos que a mediados del mes de noviembre ya se habían reformado algunas compañías del cuerpo de caballería comandado por el conde de Monterrey, pues el 24 de noviembre se autorizó al marqués de Leganés a licenciar a todos aquellos individuos cuyas compañías se encontraran en esta situación, y no desearan continuar el servicio activo<sup>1751</sup>. Nuestra impresión se ve confirmada por el hecho de que, una vez computado el tiempo de servicio prestado durante el año 1642, se les debía informar de lo que les restaba para conseguir la merced del hábito, prometida con carácter general a todos los que formaron parte de la unidad ese año, para que lo continuaran durante 1643. Para acogerse a esta medida, debían entregar, mientras tanto los caballos y las armas, con el objetivo de que sirvieran para

---

<sup>1750</sup> “(.....) Porque si bien, con mayor conveniencia a la misma acción del lustre cortesano con que V.E. ha ejecutado la jornada, pudiera reducirse a aparato militar, con tanta gloria de la persona de V.E., y a imitación de lo que sus pasados siempre obraron en semejantes casos, S.M. está entendiendo que en la consideración de V.E., y en la manifestación de su afecto, juzgó por lo mejor el ornato para la decencia de su persona y lustre de la Corte. Con que la estimación de lo obrado no decae en la ponderación con que S.M. regula la acción, sin faltarle la confianza que lo aseguran las obligaciones y sangres de V.E. que para el desquite de los sucesos de este año, en el que viene ha de hallar asistencia tal que aventaje la gloria y reputación de sus armas”. *Minuta del papel que se escribió a los grandes y títulos, con motivo de darles licencia para restituirse a sus casas*. S.f, s.l. AHN, Estado, Leg. 860.

<sup>1751</sup> “(.....) S.M., en carta de 24 de noviembre pasado, se sirve mandar al sr. marqués de Leganés que a los capitanes y demás oficiales, caballeros y reformados de la caballería nueva del batallón de las Órdenes que levantó el sr. conde de Monterrey, y no quisieren servir, habiendo reformado sus compañías, y el sueldo que gozan, se les de licencia para ir a solicitar sus pretensiones, constando el tiempo que han servido. *Certificación del marqués de La Hinojosa, maestre de campo general de los ejércitos de la Corona de Aragón, su lugarteniente general de toda la caballería de España, en que concede licencia al capitán D. Juan Florez de Quiñones*. Alcañiz, 18-12-1642. AHN, OO.MM, Leg. 114(2), nº 2.

equipar a otros soldados<sup>1752</sup>. Pero cabía la posibilidad de que este despido temporal no se debiera a cuestiones “humanitarias”, sino que estuviera motivado por razones de índole mercantilista, las cuales buscaban ahorrar a la Real Hacienda los salarios de una gran parte de los integrantes del Batallón<sup>1753</sup>.

Unos días más tarde, en un informe remitido por el maestre de campo D. Diego de Brizuela Salcedo<sup>1754</sup> al marqués de Leganés, daba cuenta de una serie de medidas que permitirían conservar los restos del Batallón de las Órdenes y tenerlos listos para la campaña del año próximo. A este respecto, una de las más acertadas sería enviar una cédula de hábito en blanco para cada una de las compañías (9 en total), y que fuera proveída por cada uno de los capitanes al soldado que hubiera prestado mejores servicios. Del mismo modo se recomendó encarecidamente que estas mercedes fueran entregadas, en exclusiva, a soldados y no a los oficiales<sup>1755</sup>. Nos llama la atención que de prometer un hábito por servir una campaña (o dos a lo sumo) a todo aquel que se alistara en el Batallón, se pase a unos objetivos tan modestos, que no eran más que una mínima parte del fin pretendido cuando se formó la caballería de las Órdenes Militares, y en concreto esta segunda formación.

---

<sup>1752</sup> “(.....) Y constar que han entregado los caballos y las armas que recibieron de S.M., para montar los soldados que estuvieren a pie, expresando que tienen obligación de volver a servir a la primavera lo que les falta, conforme a lo que se trató con ellos; y que una campaña se entiende por un año entero.” *Ibidem*.

<sup>1753</sup> Esta es la impresión que nos desprende el parecer de la Junta de la Milicia de las Órdenes sobre el maestre de campo D. Andrés Mejía de la Cerda, caballero de la orden de Santiago, que sirvió en la compañía del marqués de Cerralbo, a cambio de un hábito para un sobrino. En junio del año 1643 solicitó que se le despachara el hábito, comprometiéndose por escrito a servir el tiempo restante hasta cumplir con el año de servicio. D. Andrés alegó que hubiera cumplido el tiempo restante en 1642, pero al producirse el licenciamiento generalizado de gran parte del Batallón, no pudo continuarlo. “(.....) Y D. Andrés dejó de continuar el servicio en la caballería de las Órdenes, porque para excusar el gasto de sueldos crecidos, hubo orden de V.M. Y en ejecución de ella, se le dio licencia, con que no fue acción libre de su voluntad.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del maestre de campo* (.....). Madrid, 29-6-1643. AHN, OO.MM., Leg. 4668.

<sup>1754</sup> No hemos conseguido identificar la relación de este individuo con el Batallón de las Órdenes, pero nos da la impresión de que debía ser la persona designada por el marqués de Leganés para que le informara de todo lo que aconteciese en esta unidad. Por una relación de servicios, que desgraciadamente solo incluye hasta el año 1635, sabemos que prestó servicios en Flandes, posiblemente desde principios de la década de los 20, porque en 1626 se le hizo merced de 8 escudos de ventaja “por su calidad, buenas partes y haber servido algunos años”. En 1634 se le hizo merced de patente de caballos corazas españolas y pasó a servir al Principado de Cataluña, donde en algún momento comprendido entre 1635 y 1642, fue ascendido a maestre de campo, pues este el empleo que tiene en 1642. *Consulta del consejo de Guerra sobre la pretensión de D. Diego de Brizuela Salcedo, de que se le haga merced de una de las compañías de caballos corazas españolas que están vacas*. Madrid, 27-2-1634. AGS, GA, Leg. 1095. *Relación de los servicios del capitán de caballos D. Diego de Brizuela Salcedo*. S.f., s.l. (1635). AGI, Indiferente, Leg. 161/182.

<sup>1755</sup> “(.....) Y para alentar a los soldados de esta caballería que salieron en ella desde el principio, se sirva V.E., de representar a S.M., les haga merced de un hábito para cada compañía, y que solamente se den a los soldados, no a los oficiales.” *Carta de D. Diego Brizuela Salcedo al marqués de Leganés*. Pina de Ebro, 19-12-1642. AHN, OO.MM., Leg. 4644.

Según nuestro criterio, este cambio se debía a que la Corona no tenía la capacidad suficiente para recompensar a todos aquellos que se alistaron en ella, así como a los potenciales reclutas de esta unidad. Además, las reticencias del Consejo de Órdenes a permitir el ingreso en ellas de individuos cuyos orígenes no se ajustaban al perfil requerido, debieron pesar más que el deseo del monarca y del Conde Duque de Olivares (auténtico artífice del proyecto). El testimonio del maestre de campo Brizuela vendría a apuntalar este argumento, pues cómo el mismo reconocía, no todos los soldados del Batallón podrán vestir el hábito, precisamente por este motivo, pese a que hubieran servido a satisfacción<sup>1756</sup>.

Por ello, como medida alternativa se planteó la posibilidad de que quienes demostraran haber servido dos años en el Batallón, pudieran optar a las tenencias y alferecías pese a que no acreditaran los años de servicio estipulados por las Ordenanzas Militares. Asimismo, se ponía de manifiesto la difícil situación en la que quedaban los tenientes de las compañías y los ayudantes del comisario general, porque no podían optar a los empleos de capitán, ya que para optar a ellos se debía acreditar la condición de caballero de hábito. Para darles una salida, y facilitar su promoción, se podrían formar dos compañías de caballos arcabuceros (recordemos que la mayor parte eran de corazas) y nombrar capitanes a dos de los más aptos<sup>1757</sup>.

De igual forma, se puso de manifiesto el elevado número de deserciones (entendidas como abandono del servicio, tanto con licencia de los oficiales superiores como sin ella), en las dos formaciones (nueva y vieja), al tiempo que se confirmaba la reformación de parte de las compañías del batallón moderno y su agregación al antiguo, como se debería haber hecho desde el principio. Para remediar esta caída en picado del número de efectivos, sería de suma utilidad que se adelantara la merced de hábito a quienes se hubieren distinguido en las operaciones militares, con el objetivo de frenar la desmoralización existente y animar al resto<sup>1758</sup>.

En última instancia, recomendó que se hiciera una relación pormenorizadas de todos aquellos que hubieran servido en el Batallón para que, de una manera u otra, se les

---

<sup>1756</sup> *Ibidem*.

<sup>1757</sup> *Ibidem*

<sup>1758</sup> “(.....) Los soldados de la caballería nueva de las Órdenes, que se han agregado a la vieja, se han huido tan vilmente la mayor parte. Y a los pocos que han quedado sería bien tratar de hacerles merced, a algunos de los que mejor hubieren cumplido con su obligación, de anticiparles el efecto de la que se les ofreció del hábito, que será muy de la real grandeza de S.M., y corrimiento y confusión de los que dejaron livianamente su servicio.” *Ibidem*.

hiciera alguna merced que les animara a continuar sirviendo<sup>1759</sup>. Una vez que el marqués de Leganés hubo recibido este informe, lo dio a conocer al conde de Monterrey para que, en su condición de máximo responsable de la unidad, estudiara la viabilidad de estas medidas, las cuales, según el criterio del capitán general del Principado de Cataluña, eran los más apropiados para evitar su desaparición, máxime si se tiene en cuenta las circunstancias actuales<sup>1760</sup>. La delicada situación en la que había quedado el Batallón, también se confirma con el testimonio de D. Francisco de Unzueta, contador y veedor de la unidad, pues dio fe del elevado número de sujetos que habían abandonado el servicio, muchos de ellos con el beneplácito de sus capitanes, pues en teoría aún estaban sirviendo, ya que no los habían dado de baja en sus unidades<sup>1761</sup>. Pero no solo se produjeron abandonos entre los escalafones inferiores, sino que mucha “gente de calidad” retornó a sus localidades de origen. Pese a todo no se trataba de una huida definitiva, pues todos se habían comprometido por escrito a regresar en primavera, momento en el que se reanudarían las hostilidades<sup>1762</sup>.

---

<sup>1759</sup> “(.....) Sería muy a propósito que V.E. se sirva de pedir relación de los servicios particulares que se hubieren hecho en esta caballería. Con que verán en ella los capitanes, oficiales y soldados que, estando en la memoria de V.E., todos se alentarán a continuar el real servicio.” *Ibidem*

<sup>1760</sup> “(.....) Habiendo conferido conmigo D. Diego de Brizuela, sobre lo que convendría disponer para conservar la caballería de las Órdenes, le dije hiciese un papel de ellas, que contiene el incluso que remito a V.E., para que se sirva de mandarele ver, y que si no fuere de inconveniente, se ejecute, que en mi opinión no le hay. Y son de muchas conveniencias para el servicio de S.M. premiar esta caballería, y que con esta demostración cobren aliento para continuar con mayor cuidado. *Carta del marqués de Leganés al conde de Monterrey sobre el papel del capitán D. Diego de Brizuela*. Pina de Ebro, 25-12-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4644.

<sup>1761</sup> “(.....) Es tanta la gente que se ha ido, y muerto, de la caballería nueva y vieja, después de esta retirada, que me ha parecido conveniente se pase otra muestra para remitir la relación que pide D. Gregorio de Tapia, que aunque los capitanes pudieran darla de la gente que tienen en sus compañías, con todo tengo por más cierta la de la muestra.” *Carta de D. Francisco de Unzueta, veedor y contador de la caballería de las Órdenes, al conde de Monterrey, en la que da cuenta de su estado*. Belchite, 22-12-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4644.

<sup>1762</sup> “(.....) Estando resuelto enviar a V.m. la relación con las notas de la última muestra, se de cierto falta de ella mucha gente que no la han dado de baja los capitanes. Y por no fiarme de relación jurada suya, me ha parecido esperar a que se pase otra. Se que V.m. se maravillará cuando la viere, porque no solo soldados ordinarios, sino muy lucida gente se ha ido sin licencia. Y aunque muchos llevan la fe de oficios, es con la debida cláusula de que quedan continuando el servicio de S.M., que es lo mismo que si no la llevaran, excepto los que llevan licencia; y éstos con la de haber de volver a la primavera.” *Carta de D. Francisco de Unzueta, veedor y contador de la caballería de las Órdenes, al secretario D. Gregorio de Tapia, en la que da cuenta del estado de la misma*. Belchite, 22-12-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4644.



#### 7.4. REORIENTACIÓN DESPUÉS DE 1643.

A finales de 1642 la situación en la que se encontraba el Batallón de las Órdenes dejaba mucho que desear, pues sus efectivos se habían reducido de forma notable. Esto obedecía a dos circunstancias: la primera de ellas era el número de bajas sufridas en los combates; mientras que la segunda, y más importante, fue el elevado número de componentes de la unidad que abandonaron el servicio a la finalización de la campaña (parte de ellos con permiso del alto mando, pero otros sin autorización).

La información más valiosa sobre esta realidad nos la ofrece, de nuevo, el testimonio del veedor de la unidad, pues según las muestras pasadas los días 4, 5 y 6 de enero, todavía quedaban en activo 9 compañías (sumando las del primer batallón y las del segundo, aunque no hemos podido identificar de cuáles se trataba). En ellas se incluían dos caballeros de hábito, 53 oficiales, y 401 soldados (de los cuales 215 no tenían montura); en total 456 hombres<sup>1763</sup>. Pero estas cifras, que ya de por sí eran bajas (pues si los dos batallones hubieran estado al completo, la cifra debería oscilar entre los 2.000-2.500 combatientes), se vieron mermadas aún más cuando 250 de ellos (150 desmontados), se dirigieron con el marqués de La Hinojosa a Amposta, donde servirían como parte de las fuerzas asignadas a la defensa de esta fortaleza. No se trataba sólo de una disminución cuantitativa, sino que entre los designados para acuartelarse en la localidad tarraconense se encontraban los soldados que mejor habían servido, y que más se habían señalado en los enfrentamientos contra los franco-catalanes. Por este motivo, el veedor Unzueta se mostró preocupado por la suerte de unas fuerzas tan necesarias, que deberían servir como armazón sobre el cual reconstruir la caballería de las Órdenes Militares<sup>1764</sup>.

Al mismo tiempo, desde la Junta de Ejecución se creyó conveniente adoptar alguna medida para poner fin a las deserciones. En este sentido, lo que más preocupaba a la Corona era que entre los desertores había un considerable número de individuos a quienes se habían concedido mercedes (entre ellas hábitos de las Órdenes Militares), a cambio de servir una o dos campañas (según las circunstancias). Ante este panorama, el monarca mostró su malestar (más que justificado si tenemos en cuenta la generosidad

---

<sup>1763</sup> *Carta de D. Francisco de Unzueta al secretario Tapia sobre el estado de la caballería de las Órdenes*. Belchite, 8-1-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4644.

<sup>1764</sup> *Ibidem*.

que mostró y las constantes cesiones que hizo para conseguir la puesta en marcha del Batallón) con quienes incumplieron las condiciones pactadas, y ordenó con carácter general revocar los premios concedidos. Esta disposición comprendía a todos aquellos que acudieron a servir en el Batallón a cambio de un hábito, para sí o un pariente, o de otras prebendas, y no cumplieron con su obligación, pues se envió un decreto al presidente del Consejo de Órdenes para que aplicara esta normativa en aquellos supuestos donde se hubieran vulnerado las condiciones originales<sup>1765</sup>.

Pese a las dificultades, se continuó trabajando para tenerlo todo dispuesto antes de la primavera. La principal disyuntiva a la que se debía enfrentar la Junta era la formación de nuevas compañías, con las que mejorar el estado que presentaba la unidad. En este sentido, 1643 fue testigo de una especie de vuelta a los orígenes. Es decir, tras el experimento del año anterior (traducido en la formación del cuerpo montado del conde de Monterrey, al cual se le concedieron amplias cuotas de libertad, sobre todo en lo tocante a nombramientos y competencias), el poder real (representado por la Junta de la Milicia de las Órdenes) tomó de nuevo las riendas, si bien con unos objetivos mucho más modestos.

Una de las medidas que se adoptaron fue la provisión del empleo de comisario general de la caballería de las Órdenes, que había quedado vacante tras la licencia concedida por enfermedad a D. Rodrigo de Herrera Céspedes, su último titular. El candidato mejor colocado, a instancias de D. Álvaro de Quiñones (teniente general) que se había comprometido a recomendar su persona al Conde Duque (al cual le quedaban unos días para abandonar el poder y, por ende, todos los empleos que desempeñaba, entre los que se incluía el de capitán general de la caballería de las Órdenes), era el capitán de caballos corazas D. Juan Bautista de Otho, caballero de la orden de Santiago, que había servido este empleo como capitán de una de las compañías del Batallón formado en 1640. Sus méritos, adquiridos a lo largo de 20 años de servicios<sup>1766</sup>, le

---

<sup>1765</sup> “(.....) Entre las cosas que la junta de Ejecución me ha consultado, yo he resuelto que para excusar las fugas de los soldados y personas particulares a quien se hicieron diferentes mercedes, con calidad de servir una o dos campañas, que no hubieren venido a esta Corte con los requisitos necesarios para gozar de ellas, no tengan efecto las que se les hubieren hecho.” *Decreto del rey dirigido al presidente del Consejo de Órdenes*. S.I., 9-1-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>1766</sup> D. Juan Bautista había desempeñado su carrera militar íntegramente en la caballería, sirviendo once años en Flandes, donde comenzó a servir como soldado, y posteriormente fue ascendido a alférez y a teniente de caballos. Los otros nueve lo hizo como capitán de corazas, incluyendo el mando dos compañías de hijosdalgo entre los años 1638-1639, y una compañía de la orden de Santiago del Batallón de las Órdenes formado en 1640. Finalmente, sirvió la campaña de 1642 como capitán de la compañía de caballos corazas asignada a la guardia del Conde Duque durante su presencia en el frente aragonés. *Carta del capitán D. Juan Bautista de Otho, caballero de la orden de Santiago, al secretario D. Gregorio de*

hacían el sujeto idóneo para un puesto tan importante, y todo hacía indicar que sería el elegido.

Sin embargo, el marqués de Leganés (capitán general del ejército de Cataluña) en una evidente intromisión, nombró para este empleo al capitán de caballos corazas D. Rodrigo Dávila Ponce de León, también caballero de la orden de Santiago, que había servido como teniente de la compañía del marqués de Cerralbo, una de las del Batallón comandado por el conde de Monterrey. Desconocemos los motivos que le llevaron tomar esta decisión, opuesta a las disposiciones que regulaban las provisiones de empleos en esta unidad, pues se trataba de una competencia exclusiva de la Junta de la Milicia de las Órdenes, y en última instancia del Conde Duque como su máximo responsable. Lo cierto es que esta no fue la única intrusión del marqués de Leganés, pues confirió a D. Diego de Brizuela el mando de la caballería de las Órdenes, si bien de forma interina, hasta que el teniente general, D. Álvaro de Quiñones, lo retomara<sup>1767</sup>. Consideramos que detrás de este intento de solapar las competencias de la Junta, se encontraba la reciente caída de su máximo responsable, D. Gaspar de Guzmán. No sería descabellado concluir que, aprovechando esta circunstancia, algunos individuos bien situados dentro del círculo de poder de la monarquía española, buscaran adquirir cuotas de poder que hasta ese momento les estaban vedadas.

En última instancia, D. Juan Bautista de Otho hizo valer sus pretensiones a la comisaría general de las Órdenes Militares. De esta manera, se le concedió un salario de 170 escudos anuales, en el cual se incluían 110 escudos como capitán de caballos corazas. Pues al mismo tiempo que era nombrado comisario general, se le concedió, de nuevo, el mando de una compañía de las Órdenes Militares<sup>1768</sup>. Desconocemos las circunstancias de las negociaciones, y cómo D. Juan Bautista fue designado. Es muy probable que la Junta defendiera con uñas y dientes sus prerrogativas, y no estuviera dispuesta a que otras instancias, por muy importantes que fueran, se arrogaran la facultad de nombrar a los altos cargos del Batallón de las Órdenes.

Del mismo modo, a principios del mes de febrero, se despachó el título de teniente general a D. Álvaro de Quiñones, pese a que llevaba casi tres años sirviendo

---

*Tapia sobre el puesto de comisario general de la caballería de ellas.* Belorado, 11-1-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4644.

<sup>1767</sup> *Carta del comisario general D. Rodrigo de Herrera Céspedes al secretario D. Gregorio de Tapia.* Valdesaz, 22-1-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4644.

<sup>1768</sup> *Título de comisario general de la caballería de las Órdenes al capitán de caballos corazas D. Juan Bautista de Otho, caballero de la de Santiago.* Madrid, 11-5-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

este puesto, aunque lo hacía sin la cédula que lo autorizara<sup>1769</sup>. Esta circunstancia decía muy poco a favor de las instancias administrativas encargadas de tales materias, pues el segundo máximo responsable de la caballería de las Órdenes Militares (en realidad la cabeza visible, pues tanto el marqués de Mortara como el conde de Monterrey, habían abandonado sus puestos de gobernador general y de caudillo mayor respectivamente, y D. Álvaro ejercía como comandante supremo) estaba desarrollando su cometido sin el oportuno documento legal que lo acreditara, como hubiera sido lo aconsejable. Además, con motivo de este acontecimiento, se creyó oportuno concederle una compañía de caballos corazas del Batallón, así como la consiguiente patente de capitán, para que con ella se dirigiera a Cataluña. De este modo, reuniría en su persona ambos empleos, pues hasta ese momento gobernaba la compañía de las Guardas de Castilla de la que era titular el conde de Colmenar. Según parece indicar la documentación, su cargo de teniente general implicaba el mando de una de las compañías (a la manera de lo acontecido con el comisario general), pero hasta que no se le entregara el título no podría tomar posesión de ella<sup>1770</sup>.

Estas concesiones a D. Juan Bautista de Otho y a D. Álvaro de Quiñones, obedecía al notable descenso del número de integrantes de la caballería de las Órdenes Militares, así como a la determinación de reclutar nuevas compañías con las que incrementar este cuerpo montado, que estuvieran comandadas por individuos con acreditada experiencia en el combate a caballo. En el caso de D. Álvaro, su nueva designación le reportaría unos ingresos mensuales de 300 escudos (200 por ser teniente general y 100 como capitán de caballos corazas), aunque se vería obligado a renunciar al puesto que ostentaba en la compañía del conde de Colmenar, que quedaría vacante a la espera de nombrar un sustituto<sup>1771</sup>.

Pero al tiempo que se emprendían actuaciones para la recomposición del Batallón se abordó, dentro de un contexto más amplio, un tema que ya había surgido con motivo de los preparativos de la campaña de 1642: la conveniencia o no de que el monarca se dirigiera, de nuevo, al frente para alentar a las tropas con su presencia. En esta ocasión, la determinación del monarca de encabezar sus ejércitos fue, si cabe, más

<sup>1769</sup> *Título de teniente general de la caballería de las Órdenes Militares*.....

<sup>1770</sup> “(.....) D. Álvaro de Quiñones no ha tenido compañía de las órdenes. Y pues le toca por su puesto tener compañía de ellas, ha parecido formársela.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre lo que representa D. Álvaro de Quiñones sobre su compañía*. Madrid, 13-3-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>1771</sup> *Patente de capitán de caballos corazas españolas de las Órdenes Militares a favor del teniente general D. Álvaro de Quiñones, caballero de la orden de Santiago*. Madrid, 26-3-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

fuerte que la del año anterior, pues los reveses sufridos debilitaron considerablemente la posición de Felipe IV en Cataluña, circunstancia que podría ser aprovechada por los franceses para adquirir territorios en los reinos de Aragón y Valencia, o incluso amenazar el corazón de la monarquía<sup>1772</sup>. Pese a que D. Gaspar de Guzmán, a quien algunos habían culpado de reprimir la voluntad del monarca a la hora de ejercer sus funciones como comandante militar, ya no ejercía el poder, un importante número de consejeros (integrados en la Junta de Ejecución y en el Consejo de Estado, organismos encargados de debatir sobre esta materia) no veía con buenos ojos que el rey abandonara la Corte, más que por su integridad física, porque se produjera alguna derrota importante y la reputación de la Corona española sufriera un deterioro imposible de restaurar.

La principal reticencia manifestada por los detractores de la presencia real en el teatro de operaciones catalano-aragonés, era que no se consiguiera reunir un ejército numeroso, acorde a la calidad de la persona que iba a dirigirlo. Pero no se trataba solo de un problema de cifras, pues había serias dudas sobre la capacidad de financiación y abastecimiento de las tropas que iban a componer este operativo, pues si fallaban estos dos pilares, cualquier intento de levantar un contingente militar, estaba condenado al fracaso. Por ese motivo, en primer lugar había que consignar unos fondos fijos y estables, que permitieran su puntual paga y alimentación<sup>1773</sup>. En este sentido, si se proyectaba reunir unas fuerzas compuestas por 12.000 infantes y 4.000 soldados de caballería, serían necesarios, como mínimo, 250.000 reales de plata al mes (cerca de 275.000 ducados anuales), cantidad que la Real Hacienda no estaba en condiciones de aprestar. Aunque la penuria de las finanzas reales era tal que ni siquiera podía reunir la cantidad suficiente para los primeros tres o cuatro meses de campaña. Partiendo de tales premisas, se recomendó que Felipe IV permaneciera en Madrid, porque sin una buena logística este contingente se desharía a la menor ocasión, tal y como ocurrió en 1642<sup>1774</sup>.

---

<sup>1772</sup> *Decreto dirigido al presidente de la junta de Ejecución sobre la jornada de S.M. al reino de Aragón.* Madrid, 11-4-1643. AHN, Estado, Leg. 860.

<sup>1773</sup> *Consulta de la junta plena de Ejecución en la que se representa lo que se le ofrece sobre la jornada de V.M. a Aragón.* Madrid, 12-4-1643. AHN, Estado, Leg. 860.

<sup>1774</sup> “(.....) Bartolomé Spínola dice que para el gasto de este ejército serán menester, por los menos 250.000 reales en plata. Y no reconoce haya disposición pronta para acudir con tres o cuatro mesadas, como es preciso, habiéndose de mover V.M. Porque si el ejército no fuere asistido con los víveres y demás cosas necesarias para su formación, con mucha abundancia, respecto del escarmiento con que han quedado los soldados de la campaña pasada, juzga no será posible conservarlos debajo de la bandera, ni antemoverlos a entrar en Aragón. Y el poner en contingencia que se deshaga el ejército, estando V.M. en Aragón, y enfrente el enemigo, juzga ser materia de mucha atención.” *Ibídem*

De la misma manera, en un juicio descorazonador sobre el segundo estado, en gran medida basado en la negativa experiencia del año anterior, se sugirió no poner demasiadas esperanzas en la participación de la nobleza. Pues si ésta se limitaba a su presencia personal serían un estorbo, pues en la mayoría de los casos se trataba de individuos sin ningún contacto con las armas. Según su criterio, esta situación contrastaba con lo acontecido en Francia, donde la nobleza acreditaba una mayor experiencia en combate<sup>1775</sup>.

Tal vez esta reflexión pueda pecar de exagerada, aunque lo acontecido en 1638 (con motivo del socorro de Fuenterrabía) y en 1642 (cuando el rey se dirigió hacia el frente) vendría a dar la razón a quienes denunciaban la falta de preparación militar de la mayor parte de la aristocracia. Pero tampoco debemos ignorar que, con movilizaciones de este tenor, lo que en realidad se buscaba era poner a disposición de la Corona su capacidad de movilización y reclutamiento, así como sus rentas.

Por otra parte, había una corriente minoritaria, cuyo principal valedor era el conde de Peñaranda, partidaria de asumir más riesgos. Según su criterio, aunque la presencia del monarca no se hiciera con las máximas garantías, valía la pena aventurarse; pues con su determinación insuflaría ánimos a los demás, y se podrían alcanzar metas que de otra manera serían inalcanzables<sup>1776</sup>. Felipe IV se alineó con esta facción, al tiempo que recriminó la excesiva prudencia de la mayoría de los consejeros, quienes habían tratado de evitar su salida al frente. En última instancia, les ordenó que volvieran a reunirse, y dispusieran todo lo necesario con la máxima celeridad, pues tenía intención de dirigirse hacia Aragón, a más tardar, durante el mes de mayo<sup>1777</sup>.

Sin embargo, no se produjeron diferencias sustanciales en el parecer de los miembros de la junta, pues en general siguieron mostrándose contrarios a que el rey estuviera presente en el curso de las operaciones militares. En todo caso, estaban dispuestos a rebajar los efectivos que debían integrar este ejército en 5.000 unidades,

---

<sup>1775</sup> “(.....) Y D. Felipe de Silva dijo que juntar la nobleza, sin medios ni disposición, será de embarazo, porque no en como en Francia, que sirven de aventureros en todas las ocasiones, y son soldados viejos.” *Ibídem*.

<sup>1776</sup> “(.....) el conde de Peñaranda ha observado, con varios ejemplos de la Historia, que los grandes príncipes obran por sí mismos, y por la natural grandeza de su ánimo, cosas que, reducidas a conferencia y a consejo, cualquier prudente ministro dudaría en aconsejar las de esta calidad.” *Ibídem*.

<sup>1777</sup> “(.....) Aunque lo más decente y seguro para el decoro de nuestras personas, es no movernos sin medios tan sobrados que fuese una misma cosa el llegar y el vencer, hay lances en que la cordura aconseja que obremos lo más forzoso, aunque no sea lo mejor. (.....) Y supuesto que yo, y casi todos vosotros, entendemos que el único medio para resistir al enemigo, y juntar brevemente las fuerzas que le han de hacer oposición, es la autoridad de mi persona, y que es preciso que, para disponer mi salida, sea este de un mes de tiempo a lo menos, desde el día que se resolviere señalar el de mi partida. (.....) Y se volverá a pensar sobre todo por esta junta, y se me consultará lo que pareciere. *Ibídem*.”

hasta llegar a los 8.000 soldados y 3.000 caballos, cifra por debajo de la cual no tenía sentido emprender acción alguna. Esta reducción se traduciría en una notable merma de los fondos necesarios para su puesta en marcha, aunque al igual que en la consulta anterior, se disuadió al monarca de abandonar la Corte hasta destinar unas partidas fijas al abono de los salarios de los soldados y su manutención. En todo caso, sería conveniente esperar a la llegada de la flota con el tesoro americano y destinar una parte a este fin; y si no fuera posible, recurrir a algún arbitrio que permitiera obtener la financiación necesaria<sup>1778</sup>.

Su actitud debió exasperar al monarca, quien solicitó la opinión del Consejo de Estado, en busca de una actitud más constructiva que, en última instancia, le permitiera hacer realidad su deseo de dirigirse al frente. Si bien la mayor parte de los individuos que concurrían en la Junta de Ejecución lo hacían en el Consejo de Estado, el talante mostrado por éste último fue muy diferente, pues desde el principio se abordó esta materia de modo mucho más positivo<sup>1779</sup>. Pese a este cambio de parecer se insistió en que, bajo ningún concepto, las fuerzas debían ser inferiores a 8.000 infantes y 3.000 caballos, a ser posible soldados veteranos, equipados, avituallados, pertrechados y pagados, al menos, por dos meses<sup>1780</sup>.

En esta ocasión (pese a que grandes rasgos se decía casi lo mismo que en las consultas emanadas de la Junta de Ejecución), Felipe IV se mostró satisfecho con los argumentos presentados por el Consejo de Estado, pues afirmaba contar con los medios necesarios para poner en marcha a este contingente, y estableció el 27 de mayo como fecha en la cual abandonar la Corte con destino a la Corona de Aragón<sup>1781</sup>. Si algo había quedado claro tras las deliberaciones entre el rey y sus consejeros, era su inquebrantable voluntad de acudir de nuevo a sus posesiones amenazadas, aunque no lo

---

<sup>1778</sup> *Consulta de la junta plena de Ejecución sobre la jornada de V.M. al reino de Aragón*. Madrid, 16-4-1643. AHN, Estado, Leg. 860

<sup>1779</sup> “(.....) No hay duda, señor, en la conveniencia de la jornada. Y el consejo no solo la considera en este grado, sino por necesaria. Pues la presencia de V.M. para todo será tan poderosa, que solo el aliento que les causará a los ejércitos ver a V.M. en ellos, será medio para esperar grandes empresas y acciones. *Consulta del consejo de Estado sobre las conveniencias de ejecutar V.M. su jornada a la Corona de Aragón*. Madrid, 21-4-1643. AHN, Estado, Leg. 860.

<sup>1780</sup> “(.....) Y que por lo menos haya en aquel ejército (.....) con todo lo correspondiente, así de géneros para la artillería como de municiones, asegurado el pan de munición y la paga por dos meses. Que es lo menos con que V.M. puede exponer su real persona a esta jornada, porque de otra manera será gasto inútil, pues se deshará sin quedar hombre.” *Ibidem*.

<sup>1781</sup> “(.....) Lo que consideráis por preciso para esto, no es suma tan grande que no se pueda, con brevedad, ajustar. Para lo cual he resuelto se use de medios que espero que, muy aprisa, producirán la cantidad competente para lo que precisamente es menester. Y así, el día de mi partida, placiendo a Dios, será a 27 del mes que viene.” *Ibidem*.

hiciera en las mejores condiciones posibles, y estuviera dispuesto a arriesgar algo más que su reputación personal<sup>1782</sup>.

Los preparativos comenzaron de forma inmediata, y en esta ocasión, atendiendo a las sugerencias de la Junta de Ejecución, no se creyó oportuno convocar a la aristocracia, pues para los intereses de la Corona era más conveniente que permanecieran en sus posesiones, a la espera de nuevas instrucciones (aunque en la práctica era una manera de decirles, con buenas palabras, que eran un estorbo y su presencia no significaba más que un engorro). Al parecer se aprendió la lección de lo acontecido en 1642, cuando la presencia de los nobles en el frente no reportó ningún beneficio al desarrollo de las operaciones militares<sup>1783</sup>. Pero esto no significó que el segundo estado fuera a quedar indemne de los requerimientos de la monarquía. Como ya venimos apuntando, desde el poder regio se prefería que su participación en el esfuerzo bélico se limitara a potenciar su papel como reclutadores al servicio de la Corona, aprestando tropas procedentes de sus estados y levantadas con cargo a sus rentas, y que sirvieran con ellas.

Esta fue la forma de contribución que se escogió para la campaña de 1643, cuando se ordenó a todos los nobles cuyas posesiones estuvieran situadas en la frontera entre Castilla y Aragón, que levantaran cada uno cierto número de hombres, con los cuales reforzar las tropas que ya se encontraban sirviendo, por si éstas fueran necesarias. Aquí surgieron algunas diferencias entre los aristócratas y el monarca sobre la manera en que éstos debían prestar el servicio en cuestión. Según los primeros, sólo estaban obligados a presentar los hombres solicitados y entregarlos a los oficiales reales, para que éstos los encaminaran al frente<sup>1784</sup>. Sin embargo, el monarca tenía una concepción opuesta, pues deseaba que la nobleza compareciera junto a los hombres reclutados<sup>1785</sup>.

---

<sup>1782</sup> Los intentos por disuadir a Felipe IV de asumir más riesgos de los estrictamente necesarios continuaron, incluso, una vez que el monarca hubo llegado a la ciudad de Zaragoza. Por ejemplo, a primeros del mes de agosto, el conde de Castrillo, presidente del Consejo de Castilla, exhortaba al monarca a que no se pusiera al frente de las tropas, y permaneciera en la capital aragonesa como mero observador de las operaciones militares. Las razones que aduce se refieren, sobre todo, a la posibilidad de sufrir una derrota o una retirada humillante, la cual ocasionara al monarca un menoscabo de su reputación, imposible de restablecer. *Consulta del conde de Castillo, presidente del consejo de Castilla, sobre si convenía que V.M. siguiese personalmente al ejército*. Madrid, 9-8-1643. CODOIN, Tomo XCV. Madrid, 1890. pp. 110-111.

<sup>1783</sup> “(.....) me ha parecido ordenaros excuséis venir a acompañarme hasta otro aviso, que será cuando con mayor utilidad pueda lucir lo que siempre esperaré de vos.” *Carta del rey a D. Jerónimo Garcés de Mendoza, conde de Priego, en la que le manda suspenda el pasar a la Corte para irle sirviendo*. Madrid, 15-5-1643. SNAHN, Priego, 3/32.

<sup>1784</sup> “(.....) Y entienden [los nobles] tendrían satisfacción con que V.M. les dijese tiene por necesaria su presencia para juntar la gente, y que habiéndolo hecho se podrán volver a sus casas, o a donde V.M. estuviere, dejando encomendados los soldados a personas de cuidado y confianza. Porque también les



En cuanto a la actuación de la Junta de la Milicia de las Órdenes, durante esos meses continuó con las actuaciones emprendidas a principios de 1643, con especial atención a la búsqueda de sujetos idóneos para capitanear las compañías que se estaban formando. A este respecto, se recibieron instrucciones procedentes de la Junta de Guerra de España, en las que se exigía poner el máximo cuidado a la hora de proveer los puestos de la oficialidad en las compañías de caballos. Al parecer, tanto en la caballería de las Órdenes como en el resto de las fuerzas montadas, algunos empleos de capitán, teniente y alférez se habían cubierto con individuos que no reunían los requisitos establecidos. Con el objetivo de poner fin a tales irregularidades, se ordenó a todas aquellas entidades administrativas encargadas de formar unidades de caballería, que centraran toda su atención en la estricta observancia de lo recogido en las Ordenanzas Militares, y en ningún caso se les supliera del tiempo de servicio estipulado para servirlos<sup>1786</sup>.

En cumplimiento de las órdenes recibidas, la junta comenzó a buscar sujetos capacitados para gobernar dos compañías que ya estaban dispuestas, y que su salida hacia el frente fuera inmediata<sup>1787</sup>. Esta decisión respondía al deseo de no levantar nuevas unidades, pues se optó por buscar individuos que se hicieran cargo de ellas durante su tránsito desde la Corte hasta el frente, de manera interina; y una vez hubieran alcanzado el lugar de destino, sus efectivos serían repartidos entre las compañías que ya se encontraban sirviendo. Para la primera de ellas, los tres candidatos propuestos acreditaban méritos suficientes para obtener el puesto. Se trataba de los capitanes de caballos corazas: D. Fernando Gallo, caballero de la orden de Calatrava, que había servido durante 16 años en Flandes y España; D. Juan Francisco de Gomara, de la de Santiago, el cual acreditaba los mismos años de servicios, realizados en la Armada y en España, sirviendo en persona en el Batallón formado en 1640, y ascendido a teniente de

---

parece que el conducirlos no se conforma con su estado, habiendo de agregarse a otros tercios.” *Consulta del conde de Castriello, presidente del consejo de Castilla, en la que se da cuenta del reparto que se ha hecho en las cartas que se habían dado a algunos grandes, sobre que no saliesen de sus estados en habiendo juntado la gente*. Madrid, 14-6-1643. CODOIN, Tomo XCV. pp. 90-91.

<sup>1785</sup> “(...) La orden que yo di fue que los grandes y caballeros que tienen estados hacia la raya de Aragón, fuesen a ellos para tener dispuesta la gente. Y en forma tal que, si hoy, Dios no lo permita, tuviese algún mal suceso mi ejército, estando yo en aquel reino, pudiesen ellos ir a socorrer mi persona con esta gente. Y así, cuando me hablaren, les daré a entender que esta es mi intención, de que no pueden tener queja ninguna; antes bien agradecerme que yo les fie el socorro de mi propia persona.” *Ibidem*.

<sup>1786</sup> *Papel del secretario D. Fernando Ruiz de Contreras al secretario D. Gregorio de Tapia, sobre la resolución que S.M. ha tomado, en que no se nombren por oficiales los que no hayan servido el tiempo necesario, y no tuvieren las calidades necesarias*. Madrid, 26-6-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>1787</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que propone a V.M. los sujetos, caballeros de hábito, que tiene más a propósito para llevar en gobierno una compañía que aquí se forma, entretanto se consulta y se nombra capitán propietario de ella*. Madrid, 28-7-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

la compañía de D. Diego de Villalba, en sustitución de D. Fernando Dávila y Guevara, su anterior titular, aunque no sabemos si fue porque había fallecido en combate o porque había sido ascendido. El último candidato nos es familiar, pues ya nos hemos referido a él cuando vacó la compañía del capitán D. Sebastián Centurión, y fue designado para sustituirle. Nos referimos a D. Pedro Giner, también de la orden jacobea. En última instancia el nombramiento recayó en el primer candidato, D. Fernando Gallo<sup>1788</sup>.

En cuanto a la segunda, la terna estaba compuesta por los dos aspirantes que habían sido descartados, a quienes se unía en esta ocasión el capitán de infantería D. Pedro de Losada, de la orden de Santiago, que había servido 12 años en Flandes y España. Tras ser reformado se alistó en la coronelía del Conde Duque, donde sirvió en el socorro de Fuenterrabía, y su destacada actuación le hizo merecedor del mando de una compañía del regimiento del conde de Oropesa, con la cual fue destinado al Principado de Cataluña. En esta ocasión se creyó conveniente proveer el puesto en D. Pedro de Giner, que en la anterior vacante había visto rechazada su candidatura<sup>1789</sup>.

Pese a estos esfuerzos, la situación del Batallón de las Órdenes a mediados del mes de julio, era la de una unidad en vías de extinción, susceptible de ser reformada en cualquier momento. Según refería su comisario general, D. Juan Bautista de Otho, presentaba menos de 200 plazas, cifra con la cual era imposible entrar en combate. Uno de los medios que propuso para mejorar la situación fue incorporar a la caballería de las Órdenes Militares, su antigua compañía; es decir la que en la campaña anterior estuvo asignada a la protección de Olivares, y que en esos momentos se encontraba comandada por su hijo, el capitán de caballos corazas D. Juan Isidro Otho, acuartelada en La Rioja a la espera de destino<sup>1790</sup>.

Debido a la disminución de los refuerzos enviados desde la Corte, que se limitarían a las compañías gobernadas por los capitanes Gallo y Giner (junto con las dos ya formadas, la del propio D. Juan Bautista y la del teniente general D. Álvaro de Quiñones), la presencia de esta unidad era más que recomendable<sup>1791</sup>. Junto con las

---

<sup>1788</sup> *Ibíd.*

<sup>1789</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que se proponen los caballeros de hábito que se tienen por más a propósito para llevar en gobierno una compañía que aquí se forma de ellas.* Madrid, 2-8-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>1790</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre agregar a la caballería de ellas la compañía de D. Juan Isidro Otho.* Madrid, 23-7-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>1791</sup> “(...) Pues esta compañía no hace guarda a la persona del conde duque, vaya luego al ejército, a donde tanto es menester, relevando a los vasallos que la dan alojamiento, sin ser de provecho en aquella parte. Y parece que por estar el batallón de las Órdenes tan desecho, que no tendrá 200 caballos, y

consideraciones de carácter familiar, en el sentido de que D. Juan Bautista deseara que su hijo sirviera en el Batallón con el rango de capitán de una de las compañías, estaban presentes las militares, ya que se trataba de una unidad perfectamente equipada, con sus plazas completas y, no menos importante, compuesta por hidalgos. Asimismo con esta inyección, la caballería de las Órdenes Militares alcanzaría los 400 hombres, cifra que el comisario general consideraba mínima para poder afrontar la campaña con garantías<sup>1792</sup>.

Aunque el monarca dio su conformidad a esta propuesta, el recurso a este arbitrio dejaba bien a las claras el cambio que había sufrido la movilización de los caballeros de hábito con respecto a las convocatorias de los años 1640 y 1642. Pues en el primero de ellos se movilizaron unos 1.300-1.400 hombres (más otras dos compañías, que sumaban unos 140-150 soldados más), mientras que en el segundo se rondó el millar. A partir de ahora se contemplaban unas metas mucho más modestas, y que en el mejor de los casos implicaban una reducción de más del 50% con respecto a los llamamientos referidos. Pese a que esta considerable disminución de sus efectivos pudiera ser interpretada como un importante revés a la continuidad del Batallón, según nuestro criterio el balance es más positivo de lo que pudiera parecer en un principio. Debemos tener presente que el abandono del poder por parte de Olivares supuso un punto de inflexión en la continuidad de muchos de sus designios. A diferencia de otros, que fueron desechados sin contemplación, la movilización de los caballeros de hábito continuó vigente, si bien es cierto que a una escala mucho menor. Esta relajación en la intensidad de los compromisos exigidos a los caballeros de hábito, se reflejó en que, a partir de ese momento, ya no estaban obligados a servir en persona, sino que esa modalidad de servicio era voluntaria y, con carácter general, fue trocada por la presentación de un sustituto.

Gracias a su adaptación a las nuevas circunstancias, no se contempló la desaparición de la unidad, sobre todo porque sus repercusiones psicológicas todavía podían ser invocadas como atractivo para el servicio armado. Así, se pasó a un reclutamiento mucho más selectivo, centrado en los dos perfiles que podían considerar el Batallón como un instrumento gracias al cual satisfacer sus ansias de promoción social: profesionales de la milicia (sobre todo oficiales reformados), e individuos sin experiencia castrense, procedentes de familias de extracción hidalga, quienes desearían

---

entender que este año, aunque se formarán y enviarán en este mes dos compañías, siendo de tan corto número, obrará menos por sí solo de lo que se ha experimentado en otras ocasiones.” *Ibidem*.

<sup>1792</sup> *Ibidem*.

iniciar su singladura en la carrera de las armas con la certeza de que sus servicios se verían recompensados con la concesión de un hábito. No obstante, según nuestro criterio, el principal beneficio que consiguió la Corona fue institucionalizar la participación de los caballeros de hábito y comendadores en el esfuerzo bélico de la monarquía, mediante el pago de un sustituto, a cambio de no servir en persona. Además, con el curso de los años se irá perfeccionando esta práctica, hasta el punto de exigir a todos los aspirantes a ingresar en las Órdenes Militares el desembolso de una cantidad (300 ducados), de la cual sólo podrían ser eximidos aquellos que demostraran estar sirviendo en “guerra viva”. Tal realidad es muy ilustrativa de la conversión de este requerimiento en un servicio monetario más.

En última instancia, pese a las dificultades a las que padeció la Junta de la Milicia de las Órdenes durante el año 1643, tanto por el gran esfuerzo realizado el año anterior, que menguó sus escasos fondos, como por los magros rendimientos producidos por las rentas que se le asignaron para su financiación, a mediados de agosto tres compañías (las de D. Juan Bautista de Otho, D. Fernando Gallo y D. Pedro Giner) se encontraban de camino hacia Aragón (mientras que la del teniente general D. Álvaro de Quiñones ya lo había hecho con anterioridad)<sup>1793</sup>. Si bien es cierto que los objetivos alcanzados eran muy inferiores a los de los años anteriores, las compañías levantadas aseguraron la existencia del Batallón de las Órdenes durante, al menos, otra campaña más.

En cuanto a las tres unidades en cuestión, la del comisario general estaba integrada por 68 miembros. En ella, junto a su capitán, servían el teniente, D. Francisco Fernández, el alférez, Miguel de Zuzuarregui, dos trompetas y un herrador, mientras que la tropa estaba compuesta por 62 individuos, entre los cuales había ocho oficiales reformados (siete tenientes y un alférez de caballos)<sup>1794</sup>. En cuanto a su grado de preparación castrense, la situación era más halagüeña de lo que pudiera parecer en un principio, pues 21 de ellos habían ostentado con anterioridad algún grado militar (desde sargento a capitán), lo que significaba el 33% del total. Además, y lo que era todavía más importante, catorce de ellos (22'5%) habían servido en la caballería de las Órdenes Militares: seis en el Batallón formado en 1640, mientras que los ocho restantes lo

---

<sup>1793</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que da cuenta de lo que ha obrado en la formación de algunas compañías de ellas*. Madrid, 19-8-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>1794</sup> *Relación de la compañía de caballos corazas que ha levantado en esta Corte la junta de la milicia de las Órdenes que va por capitán D. Juan Bautista Otho, caballero de la de Santiago, la cual sirve desde 17 de julio de 1643*. Madrid, 29-7-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4646.

hicieron en el segundo<sup>1795</sup>. Además en dos de ellos concurrían ambas circunstancias: el sargento Juan Gallur y el alférez Juan de Vique (presentes en el levantado en 1642)<sup>1796</sup>.

La segunda de las compañías, comandada de forma interina por D. Fernando Gallo, tenía como teniente a otro viejo conocido: el capitán de caballos dragones Julián Jordi (propuesto para el hábito de Santiago), que sirvió como alférez de la compañía del conde de Monterrey; mientras que el tercer oficial era D. Gabriel Correa. En ella, al igual que en la compañía del comisario general, servían dos trompetas y un herrador. En cuanto a los efectivos totales, presentaba una plaza menos que la anteriormente aludida, es decir 67 hombres<sup>1797</sup>.

De los 61 soldados, dos eran oficiales reformados: el alférez Bartolomé de la Sierra (que había servido en el Batallón formado en 1640 como sustituto de D. Agustín Fernández de Villavicencio, caballero de la orden de Santiago e inquisidor de la ciudad de Sevilla) y el teniente José Pérez<sup>1798</sup>. Dieciséis individuos (el 26%) habían pertenecido a la oficialidad (desde sargentos hasta capitanes de infantería); y 21 (el 34'5%) habían prestado servicios en la caballería de las Órdenes<sup>1799</sup> (12 en 1640, y 9 en 1642). Asimismo en seis de los supuestos se acreditaban ambas realidades, se trataba de los alféreces: Justo Campero (que sirvió en 1640 como sustituto de D. Jerónimo de Céspedes, caballero de Santiago), Salvador Belda (que también estuvo presente en 1640, en lugar del conde de la Granja, caballero de la orden de Alcántara), D. Miguel Sánchez de Buelna, D. Juan de la Mora Castañeda y D. Jerónimo de Argote, quienes lo hicieron en el levantado en 1642; y el ayudante de sargento mayor Jerónimo Trías (también en 1642).

En último lugar, la compañía gobernada por D. Pedro Giner llevaba como segundo a D. Francisco de Arias, mientras que el empleo de alférez recayó en el ayudante de sargento mayor D. Alonso de la Puerta. Del mismo modo, integraba en sus filas a D. Carlos de la Cueva, ayudante del comisario general D. Juan Bautista de Otho, y a Luis Ibáñez, furriel mayor de la unidad; así como a dos trompetas y un herrador. Se trataba de la más numerosa de las tres, pues estaba compuesta por 74 individuos, de los cuales 66 eran soldados, entre los que se encontraban tres caballeros de hábito, los

---

<sup>1795</sup> *Ibidem.*

<sup>1796</sup> *Ibidem.*

<sup>1797</sup> *Relación de la compañía de caballos corazas que ha levantado en esta Corte la junta de la milicia de las Órdenes que va por gobernador el capitán D. Fernando Gallo, caballero de la de Calatrava, la cual sirve desde 17 de julio de 1643.* Madrid, 2-8-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4646.

<sup>1798</sup> *Ibidem.*

<sup>1799</sup> *Ibidem.*

capitanes de caballos corazas: D. Jerónimo de Luna y Díez de Aux (que había servido 10 años en Flandes y España), D. Pantaleón de Alvear y García del Cubillo<sup>1800</sup> ambos caballeros de la orden de Santiago, y D. Pedro de Silva Pereira, que lo era de la orden portuguesa de Cristo<sup>1801</sup>.

En cuanto a la experiencia militar de sus integrantes, 23 de los 66 soldados (el 35%) habían sido oficiales del ejército, mientras que 34 (el 51'5%) sirvieron en las anteriores formaciones del Batallón<sup>1802</sup> (18 en el comandado por el marqués de Mortara, y 16 en el encabezado por el conde de Monterrey). Además, en 12 situaciones coincidieron ambas, los alféreces: D. Francisco Fiadarona (napolitano) y D. Juan de Ortega, los cuales sirvieron en la compañía del marqués D. Carlos Dacia, una de las del segundo Batallón; y los capitanes: D. Pedro Tello de Villaragud (que sirvió en la del marqués de Tarazona), D. Esteban García (en la del marqués de Guadalcazar), D. Álvaro Osorio Maldonado (en la del conde de Alba de Aliste), Luis Juárez (en la del marqués de Guadalcazar), Estefano Bernardi (milanés, en la del marqués D. Carlos Dacia), D. Jerónimo de Mendoza (en la del marqués de Guadalcazar), D. Toribio de Hoyos, D. Bernardo Caruso de Leyva (siciliano, en la del marqués de Carpinete), D. Juan Bautista de Frías Peñaranda y D. Andrés Trejo (en la del conde de Alba de Aliste)<sup>1803</sup>.

En líneas generales se puede afirmar que, a priori, las tres compañías formadas presentaban argumentos suficientes para esperar un buen rendimiento de ellas. Estas buenas impresiones se desprenden de un hecho incuestionable: un porcentaje considerable de sus integrantes habían tenido algún contacto con las armas. Y lo que era más importante, el 36'5% de los soldados tenía servicios previos en el Batallón, por lo que podrían aportar su valiosa experiencia en lo relativo al adiestramiento y cohesión de

---

<sup>1800</sup> Según una relación de sus servicios, había comenzado su carrera militar en 1629 como soldado de una compañía de las Guardas Viejas, y posteriormente como alférez de infantería. En mayo de 1638 se le concedió una patente de capitán de infantería, pasando a mandar la compañía que fue de D. Agustín de Álava, que había quedado vacante, hasta agosto de 1640 en que fue reformado. Desde esa fecha pasó a servir en el regimiento del Conde Duque, hasta febrero de 1642, cuando solicitó permiso para venir a la Corte. En agosto de 1642 se le concedió el mando de una compañía de caballos corazas, junto con el empleo de capitán, con la cual sirvió en Cataluña, hasta enero de 1643, cuando el marqués de Leganés le dió permiso para retirarse. *Relación de los servicios del capitán de caballos corazas D. Pantaleón de Alvear*. Madrid, 30-1-1644. AGI, Indiferente, Leg. 112/74.

<sup>1801</sup> *Relación de la compañía de caballos corazas que nuevamente ha levantado en esta Corte la junta de la milicia de las Órdenes, de que va por gobernador de ella el capitán D. Pedro Giner, caballero de la de Santiago, la cual sirve desde 13 de agosto de 1643*. Madrid, 16-8-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4646.

<sup>1802</sup> *Ibidem*.

<sup>1803</sup> *Ibidem*.

las unidades. Pues los resultados serían mucho más satisfactorios que en el supuesto de no encontrarse sujetos con experiencia previa en la caballería.

Al tiempo que se aceleraban los preparativos para reforzar los efectivos del Batallón, la unidad continuó participando en las operaciones bélicas que tuvieron lugar durante esos meses. En concreto, a finales del mes de julio tomaron parte de un golpe de mano contra las tropas franco-catalanas, integradas en las fuerzas de caballería del marqués de Mortara, general de la caballería del ejército de Aragón. Tras abandonar sus cuarteles en Fraga, cruzaron el río Segre, y asaltaron las posiciones enemigas situadas en las afueras de Lérida. La maniobra se saldó con un éxito rotundo, pues el enemigo se retiró con cerca de 1.500 bajas y 1.000 prisioneros, y abandonó gran cantidad de pertrechos, así como de caballos y mulas, que cayeron en manos de los vencedores<sup>1804</sup>.

Las primeras noticias sobre la salida de las compañías de la Corte y su marcha hacia la Corona de Aragón, datan de principios del mes de agosto. En general, los testimonios de los oficiales encargados de ellas destilan un tono más optimista que los recogidos durante los años anteriores. También inciden en la importancia de asegurar el flujo constante de suministros y pertrechos, indispensables para asegurar el buen funcionamiento y la continuidad de las compañías<sup>1805</sup>. Por otra parte, en esos primeros días se produjeron las únicas deserciones que hemos podido documentar. Eran tres soldados de la compañía de D. Fernando Gallo, quienes decidieron huir y no cumplir con su obligación. Ante esta circunstancia, el capitán se mostró partidario de imponer un castigo ejemplar a los tres fugitivos, con el objetivo de impedir que otros cayeran en la tentación de hacer lo mismo<sup>1806</sup>.

---

<sup>1804</sup> “(.....) El sr. marqués de Mortara, general de la caballería del ejército de Aragón, D. Fernando de Tejada, su teniente general, y D. Álvaro de Quiñones, teniente general de la caballería de las Órdenes, salieron de Fraga a 24 de julio, con ánimo de pasar el Segre y dar en unos cuarteles donde el enemigo tenía la mayor parte de la caballería. (.....) D. Álvaro de Quiñones, propuso sería mejor acometer los cuarteles de las Huertas de Lérida, atacando la infantería que estaba fuera con 500 caballos, y con el resto estar firme en paraje que diese calor a la acción, y mirase a resistir a la caballería enemiga si viniese.” PELLICER Y TOVAR, J.: *Op. cit.* pp. 420-421.

<sup>1805</sup> *Carta del capitán D. Fernando Gallo al secretario D. Gregorio de Tapia*. Barajas, 4-8-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4646.

<sup>1806</sup> Se trata de Pedro de la Fuente, natural de Burgos, de 20 años; José de Andrade, natural de Ronda, de 23 años y el alférez Francisco de Asensio, oriundo de Toledo, de 38 años de edad. Llama la atención que en el listado de soldados de la unidad, se describan prolijamente aquellos rasgos físicos exclusivos de cada uno, suponemos que con el objetivo de evitar fraudes en las muestras, así como su identificación en caso de abandono de la unidad. Por ejemplo, el primero de ellos era “mediano de cuerpo, ojos garzos y moreno de cara”, mientras que José de Andrade también era “mediano de cuerpo”, y “barbinegro con ojos pardos”. En cuanto al alférez Asensio, presentaba la misma estatura, y se distinguía por tener “el cabello castaño entrecano, y una señal de cruz sobre el labio a la parte izquierda”. *Relación de la compañía de caballos corazas que ha levantado en esta Corte la junta de la milicia de las Órdenes que va por gobernador el capitán D. Fernando Gallo*..... 2-8-1643. *Carta del capitán D. Fernando de Gallo al secretario Tapia*. Molina de Aragón, 14-8-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4646.

Pese a tener ya cuatro compañías en la Corona de Aragón, la junta exhortó al monarca que, para facilitar la formación de alguna compañía más, no se hicieran nuevas levadas en Madrid, porque tenían un efecto disuasorio a la hora de aumentar los efectivos del Batallón<sup>1807</sup>. Suponemos que este ruego vendría motivado por el temor a que otros organismos, que también estaban levantando tropas, pudieran movilizar a algunos de los potenciales individuos a alistarse en él. Aunque también podría deberse a que, como consecuencia del gran número de reclutadores que actuaban en la Corte, los soldados sentaran plaza en una unidad, y una vez cobrada la primera paga, desertar para hacerlo en otra, y así sucesivamente (quienes recurrían a esta práctica, según la terminología de la época, eran conocidos como “tornilleros”).

En líneas generales, el tránsito hasta Zaragoza de la compañía gobernada por D. Fernando se desarrolló sin problemas. La prueba más evidente la encontramos en el saludable aspecto que presentó la unidad cuando pasó muestra ante el rey y los oficiales superiores del ejército<sup>1808</sup>. Algo peor era la situación de la compañía de D. Juan Bautista de Otho, quien a su llegada a Cifuentes refería el pésimo estado de diez monturas, las cuales no se encontraban en condiciones de continuar la marcha, por lo que era necesario detenerse mientras se recuperaban. Sin embargo, el estado del resto era excelente, así como el ánimo de sus integrantes<sup>1809</sup>. Así, el día 15 de agosto hizo su entrada en Zaragoza, a la espera de que el monarca pasara revista a la compañía, que presentaba un aspecto inmejorable para tan magno acontecimiento<sup>1810</sup>. Pero el comisario general reflejó su malestar por el poco interés que el capitán general del ejército, D. Felipe de Silva, mostró ante la llegada de su unidad a la capital aragonesa, pues ni se dignó a ir a visitarla. Además, refirió la llegada a Cariñena de 40 caballos, así como la próxima recepción de otros 60, que debían ser remitidos a los miembros de la caballería de las Órdenes Militares que ya se encontraban en el frente y habían perdido sus monturas. Al mismo tiempo, se dio parte de una práctica que, conforme avancen los años se generalizará: el secuestro y ulterior reparto de los caballos enviados por la Junta

---

<sup>1807</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*.....19-8-1643.

<sup>1808</sup> “(...) Como ya habrá sabido V.m., llegué a Zaragoza, y cómo le pareció muy bien el estado de la compañía] a S.M., y a todos. Y desde que faltaron los tres soldados en Castilla, como avisé a V.m., no he tenido más. Y quedan hoy en la compañía 59 soldados efectivos, todos socorridos y ajustados.” *Carta del capitán D. Fernando de Gallo al secretario D. Gregorio de Tapia*. Cariñena, 26-8-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4646.

<sup>1809</sup> *Carta de D. Juan Bautista de Otho al secretario D. Gregorio de Tapia*. Cifuentes, 5-8-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4646.

<sup>1810</sup> *Carta de D. Juan Bautista de Otho al secretario D. Gregorio de Tapia*. Zaragoza, 15-8-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4646.



de la Milicia de las Órdenes, con cargo a sus fondos, entre el resto de unidades del ejército. Esto fue lo que ocurrió con un centenar de ellos enviados en las semanas anteriores, y que D. Felipe de Silva, en un claro abuso de poder, requisó y distribuyó a su criterio<sup>1811</sup>.

Unos días más tarde D. Francisco de Unzueta, veedor general de la caballería de las Órdenes Militares, confirmaba la llegada de las dos compañías mencionadas a Cariñena. La primera de ellas con 67 miembros (61 soldados y 6 plazas de primera plana), lo que significaba que sólo había perdido un integrante durante la marcha; mientras que la del capitán Gallo lo hacía con 66 efectivos (60 soldados y 6 plazas de primera plana), es decir, que presentaba dos bajas (pues una de las deserciones había sido cubierta con un nuevo alistamiento). Este oficial también manifestó su pesadumbre porque, de nuevo, el capitán general del ejército había tomado parte de los caballos que habían sido consignados a los integrantes del Batallón de las Órdenes. En este caso, se trata de los 40 caballos referidos anteriormente por D. Juan Bautista de Otho. Tal intromisión motivó que se enrarecieran las relaciones entre D. Felipe de Silva y el marqués de Mortara (que en esos momentos detentaba el mando de las fuerzas montadas del ejército) porque los corceles eran necesarios para la supervivencia de la caballería de las Órdenes. Esta importancia venía determinada porque permitiría a soldados veteranos, que habían servido en el Batallón, continuar el servicio activo, pues en esos momentos se encontraban imposibilitados de poder hacerlo debido a que habían perdido su cabalgadura<sup>1812</sup>.

Al parecer, la causa de este dilema venía motivada porque los caballos no fueron enviados a la atención de D. Francisco de Unzueta, sino a la de D. Nicolás Cid, veedor general del ejército de Cataluña, no sabemos si por accidente o por injerencia del segundo en las competencias del primero (aunque vistos los intentos de intentar limitar la autonomía del Batallón de las Órdenes, dentro de las fuerzas hispanas que combatían en el frente catalán, nos inclinamos a pensar que no se debió a una casualidad). Ante esta intromisión en sus atribuciones D. Francisco elevó una queja, y recordó que el empleo de veedor general de la caballería de las Órdenes era autónomo e independiente

---

<sup>1811</sup> “(...) El otro día llegaron a Cariñena, cuartel del ejército, 40 caballos muy buenos, con orden que se diesen a los desmontados de las Órdenes, juntamente con otros 60 que habían de llegar después, a cambio de aquellos cien que V.m. sabe, los cuales se repartieron entre la caballería del ejército. Hasta ahora no se ha dado ninguno a ningún desmontado, antes el sr. D. Felipe [de Silva] ha escogido los mejores y dadolos a sus ayudantes y otros oficiales de la infantería.” *Carta de D. Juan Bautista de Otho al secretario D. Gregorio de Tapia*. Bolea, 25-8-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4646.

<sup>1812</sup> *Carta de D. Francisco de Unzueta al secretario D. Gregorio de Tapia*. Cariñena, 27-8-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4646.

de la veeduría general del ejército, de manera que D. Nicolás no tenía ninguna jurisdicción sobre los caballos enviados por el organismo encargado de la movilización de los caballeros de hábito, que no olvidemos financiaba su coste<sup>1813</sup>.

En lo tocante a la compañía de D. Pedro Giner, sufrió un mayor número de desertiones que las otras dos, pues hasta siete de sus integrantes, entre los que se incluían seis oficiales reformados, huyeron en el camino hacia el frente. Nos llama la atención que en la compañía con un mayor número de individuos con experiencia militar, se produjeran tantos abandonos del servicio<sup>1814</sup>. Pese a que el estado de la unidad, tanto en la muestra pasada en Zaragoza como en la efectuada en Cariñena era bueno<sup>1815</sup>, lo cierto es que cada vez había menos efectivos disponibles. Según las listas del veedor de la caballería de las Órdenes, de las 74 plazas que presentaba cuando abandonó Madrid el 16 de agosto, un mes después estaban registrados 56. Es decir, en ese intervalo los efectivos habían disminuido en 18 unidades, lo cual representaba un descenso del 24'3% (casi uno de cada cuatro). Pero esta notable merma no se debía en exclusiva a las desertiones, pues un número indeterminado de ellos permanecían en Zaragoza recuperándose de los daños sufridos durante el tránsito, a la espera de incorporarse de nuevo al Batallón antes de entrar en combate<sup>1816</sup>.

Esta cuestión ocasionó un encendido debate sobre la estrategia a adoptar durante la campaña de ese año. Según una misiva de D. Francisco de Silva enviada a Felipe IV, da la impresión de que había dos tendencias en el alto mando: los partidarios de permanecer a la expectativa y actuar si se producía algún ataque, y quienes propusieron (entre los que se incluía el capitán general) pasar a la ofensiva, en busca de un enfrentamiento decisivo con el enemigo, que pusiera fin a la guerra de manera rápida, con el objetivo de que la revuelta catalana no se convirtiera en una contienda larga y agotadora, al estilo de lo acontecido en los Países Bajos<sup>1817</sup>.

---

<sup>1813</sup> “(....) Los 40 caballos que vinieron para las Órdenes, fueron remitidos al sr. D. Nicolás Cid. No puedo dejar de tener la justa queja que debo, pues saliendo oficial separado de la veeduría general del ejército, como lo soy yo, debía tener parte en ello.” *Ibidem*.

<sup>1814</sup> Se trataba de los capitanes Luis Juárez y Álvaro Osorio, los tenientes Juan Troncoso y D. José Robledo de Cisneros, los alféreces D. Diego Caballo y D. Lorenzo de Arias; y de Bartolomé Rodríguez. *Carta del capitán D. Pedro Giner al secretario D. Gregorio de Tapia*. Loranca de Tajuña, 20-8-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4646.

<sup>1815</sup> *Carta del capitán D. Pedro Giner al secretario D. Gregorio de Tapia*. Cariñena, 16-9-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4646.

<sup>1816</sup> *Carta de D. Francisco de Unzueta al secretario D. Gregorio de Tapia*. Cariñena, 16-9-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4646.

<sup>1817</sup> *Carta de D. Francisco de Silva, capitán general del ejército de Cataluña al rey*. Zaragoza, 23-9-1643. BN, Mss, 2329. Fol. 1r.

Al mismo tiempo se revela una realidad que todos los años se repetía en los ejércitos de la monarquía española: la falta de continuidad de las unidades reclutadas. Esta deficiencia venía motivada por la imposibilidad de costear su mantenimiento durante los meses de invierno, lo cual se traducía en el despido de los soldados con experiencia militar<sup>1818</sup>. Así, cada primavera se debía acometer la formación de nuevas unidades, compuestas en su mayor parte por bisoños, con las gravosas consecuencias que esto tenía, denunciadas en reiteradas ocasiones, y que el Batallón de las Órdenes sufrió en sus carnes a la conclusión de la campaña de 1642.

Silva se declaró partidario de empeñar todas las tropas disponibles en una gran operación militar. Su decisión buscaba un doble objetivo: uno, infligir una derrota decisiva a los franceses; y dos, neutralizar a los partidarios de la estrategia centrada en la toma de plazas, porque aparte de dilatar en exceso la contienda, ésta era la clase de guerra que más se adaptaba a los designios del enemigo, porque su abastecimiento no era tan dificultoso como el de las fuerzas de Felipe IV. En definitiva, se trataba de reunir las fuerzas disponibles, muchas de las cuales no estarán en servicio al final de la campaña, para propinar un golpe cuyas consecuencias supusieran un cambio en el curso de la guerra<sup>1819</sup>. Su concepción del hecho bélico era diametralmente opuesta a quienes eran proclives a no asumir riesgos, por el miedo a sufrir un desastre irreversible. Sin embargo, un exceso de prudencia podría tener el efecto contrario al que se pretendía obtener, pues con la actitud poco animosa que preconizaban parte de los comandantes de los ejércitos reales, solo se conseguiría envalentonar a los enemigos de España.

Pero lo cierto es que las tropas entraron en combate con las deficiencias que arrastraban de años anteriores. En cuanto a las fuerzas de caballería, entre las que se encontraba el Batallón, se dieron órdenes para incrementar sus efectivos con soldados españoles<sup>1820</sup>. Este matiz es muy importante, pues el monarca insistió en que los nuevos efectivos fueran naturales de la península, pues se intentó cubrir las vacantes con individuos procedentes de otros territorios, en concreto del reino de Nápoles, donde se

---

<sup>1818</sup> *Ibidem*. Fol. 1v.

<sup>1819</sup> “(.....) La primera y principal empresa es la de procurar romper al enemigo. Pues mientras esto no fuere, no hay que esperar reducir a Cataluña, pues aunque tomemos una o dos plazas, quedando el enemigo en pie, y teniendo mayor facilidad que nosotros en engordar su ejército, puede recuperarlas antes de que podamos juntar fuerzas para socorrerlas. Y no es esta guerra para ganar una o dos plazas, pues fuera hacer pleito ordinario y guerra perpetua como en Flandes, sino procurarla rematar de una vez, que de otra suerte no bastan nuestras fuerzas.” *Ibidem*. Fol. 1r-v.

<sup>1820</sup> *Decreto del rey, dirigido al presidente del consejo de Órdenes sobre que se recojan los soldados viejos del batallón de ellas, y se engruese la caballería de ellas*. Zaragoza, 26-9-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

requirió al virrey para que enviara hombres que sirvieran a caballo. Sin embargo, el monarca no lo aceptó y reclamó que fueran españoles<sup>1821</sup>. Para alcanzar este objetivo, se centraron todos los esfuerzos en los individuos que ya habían servido en el Batallón, y que en esos momentos se encontraban ociosos. Esta disyuntiva nos resulta familiar, pues en las páginas anteriores hemos podido comprobar cómo el poder real fue incapaz de ofrecer una solución al problema de los militares que, por circunstancias varias, habían abandonado el servicio activo. Como otros males que afectaban al dispositivo militar español, éste también afectó a la caballería de las Órdenes Militares ya que, pese al esfuerzo realizado por intentar recompensar a todos aquellos que se comprometieran a servir en la unidad, era imposible dar satisfacción a todos. Al mismo tiempo, no se podía obligarles a alistarse de nuevo, pues su servicio estaba pactado de antemano y limitado en el tiempo. Si tenemos en cuenta estas premisas, la Corona no podía pasar por encima de ellos, y si quería que combatieran de nuevo, debía ofrecerles alicientes para ello, y no amenazarles con medidas coercitivas.

Junto a estos problemas, estaban presentes los de índole financiero-logística, cuyo origen se encontraba en la imposibilidad de la Junta de autofinanciarse mediante las figuras fiscales que se le habían asignado, tanto para su mantenimiento, como para hacer frente a los desembolsos ocasionados por el levantamiento de las compañías y el envío de caballos al frente. En estas circunstancias, la única opción viable era suscribir un asiento, pese a las perniciosas consecuencias que tenía el recurso a este método de financiación. La mejor opción encontrada, y casi la única, fue la oferta de D. Alonso Montero de Villalobos, individuo que al parecer ya había adelantado algunas cantidades a este organismo durante el año 1642, aunque no hemos encontrado documentación referente a la suma facilitada, ni las condiciones en las que se produjo. En esta ocasión, ofrecía poner 4.000 ducados de plata doble (88.000 reales de vellón) a disposición del receptor de la junta (Cristóbal Martínez Flores), para que atendiera a las obligaciones más urgentes. Pese a que a primera vista era una buena opción, se necesitaba la aprobación de la reina, Isabel de Borbón, regente durante la estancia de Felipe IV en Aragón<sup>1822</sup>.

---

<sup>1821</sup> “(.....) Y aunque he mandado revalidar las órdenes que se han dado al virrey de Nápoles para enviar caballeros, querría mucho engrosar este cuerpo de españoles.” *Ibidem*.

<sup>1822</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la conveniencia de ajustar con D. Alonso Montero de Villalobos el asiento de 4.000 ducados de plata con que ofrece servir*. Madrid, 30-10-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

La reina Isabel dio el visto bueno a las condiciones solicitadas por D. Alonso, entre las que se encontraba el abono de unos intereses anuales del 8% durante todo el tiempo que no se hubiere satisfecho el pago<sup>1823</sup>. A cambio, se le consignaron 170.000 reales de vellón, en las rentas gestionadas por la Junta de la Milicia de las Órdenes. En concreto, 70.000 procedentes del “real por ducado”<sup>1824</sup> de los salarios de los miembros de los consejos de Castilla, Flandes, Aragón, Italia, Inquisición, Cruzada, Indias, Órdenes y Hacienda, así como de los poseedores de empleos de las casas reales. En este sentido, nos resulta significativo que estén comprendidos en esta gabela tanto quienes fueran caballeros de hábito, como los que no lo eran, pese a que los fondos procedentes irían destinados al mantenimiento de la caballería de las Órdenes Militares. Respecto a los 100.000 reales restantes, la mitad provendría de la media anata de las relevaciones de galeras que pagaban los caballeros a la hora de recibir el hábito, 50 ducados, por no cumplir con esta obligación. Mientras que el resto (otros 50.000 reales) resultaría de las fianzas depositadas (300 ducados cada uno) en el momento de ingresar en las Órdenes Militares y que, en caso de no acudir a servir, se utilizarían para pagar un sustituto<sup>1825</sup>. Además, en caso de que otros individuos tuvieran cantidades consignadas en dichas rentas, D. Alonso tendría preferencia a la hora de cobrar. Y, en última instancia, se le otorgó jurisdicción plena para todo lo relacionado con la cobranza de la deuda que la junta había contraído, lo cual incluía la opción de nombrar las personas que considerara oportuno para ello<sup>1826</sup>.

Resulta llamativo que por un préstamo de 88.000 reales de vellón, se ofrezcan cauciones por casi el doble del principal. Sin embargo, la propia dinámica de las relaciones entre la Corona y sus acreedores justificó su imposición. Era evidente que Montero de Villalobos no iba a percibir los 170.000 reales de vellón por la suma prestada, e incluso era hartó complicado que recuperara la inversión inicial. Por este motivo, los asentistas recibían sumas mayores; porque no las iban a cobrar. Además, con estos márgenes tan amplios, se daba a entender que la Corona no iba a abonar su

---

<sup>1823</sup> *Condiciones del asiento entre D. Alonso Montero de Villalobos y la junta de la milicia de las Órdenes*. Madrid, 29-10-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>1824</sup> La decisión de instaurar esta contribución data de 28 de noviembre de 1642, cuando Felipe IV autorizó que, a partir del 1 de enero de 1643, y en principio durante ese año y el siguiente (aunque vencido este plazo, invocando la desesperada situación en la que se encontraba la Corona, se continuó percibiendo durante los años siguientes), se descontara un real de cada ducado, procedente de los salarios que percibían los individuos que prestaban servicio en los organismos referidos.

<sup>1825</sup> *Ibidem*.

<sup>1826</sup> *Ibidem*.

deuda en el plazo establecido, lo cual implicaría el pago del interés estipulado, que correría con cargo a la suma consignada.

Una vez solventadas las cuestiones financieras, en los últimos meses de 1643 se produjo un triunfo de las tesis expuestas por D. Felipe de Silva aunque con matices. Pese a que se creyó oportuno pasar a la ofensiva, no tuvo lugar la victoria decisiva que se buscaba obtener. El objetivo principal fue la toma de Balaguer (que tras caer en manos realistas, en cuyos combates había participado la caballería de las Órdenes Militares, había sido tomada de nuevo por los rebeldes y sus aliados), aunque el excesivo caudal que presentaba el río Noguera a finales del mes de octubre, hacía imposible cualquier intento de cruzarlo, por lo que el plan de actuación debió ser revisado de nuevo. En vista de los acontecimientos, la opción más viable era iniciar el sitio de la localidad oscense de Monzón (la cual había caído en manos francesas en mayo de 1642), cuya captura se antojaba fundamental para la ulterior reconquista de Lérida, y que se convirtió en el acontecimiento más importante, desde el punto de vista militar, de la campaña de 1643.

En los combates, el marqués de Mortara, secundado por otros oficiales de la caballería, entre los que se encontraban D. Álvaro de Quiñones y D. Juan Bautista de Otho<sup>1827</sup>, demostró su pericia, pues consiguió poner en fuga a un importante contingente de caballería francés, desplegado en unas colinas próximas a Monzón para obstaculizar cualquier movimiento de las tropas españolas. En su persecución, Mortara llegó hasta las afueras de Lérida, donde se topó con las fuerzas de La Mothe, superiores en número a las suyas. Sin embargo, la diferencia de efectivos no fue obstáculo para que, tras un breve combate, también emprendieran la retirada en busca del refugio que proporcionaban las murallas ilerdenenses<sup>1828</sup>.

Pese a tratarse de un choque de consecuencias limitadas, lo cierto es que venía a confirmar la opinión del capitán general, favorable a no conceder la iniciativa a los franceses. Asimismo, supuso una inyección de moral para unas tropas que en los

---

<sup>1827</sup> “(...) A los 24 [de octubre], desde Alguaira dieron vista a Lérida, que está a dos leguas, haciendo alto en un lugarcillo. Y a los 25 salió toda nuestra caballería en cuatro batallones, y en cada uno un comisario general: D. Juan Bautista [de Otho] de las Órdenes; Blas Gianinni, de la caballería de Flandes; Roque Matamoros, de la de Cataluña, y N. de Haro de la de Castilla.” PELLICER Y TOVAR, J.: *Op. cit.* pp. 453-454.

<sup>1828</sup> “(.....) Y el 25 de octubre, camino de Monzón, se descubrieron algunos batallones de caballería del enemigo, y el señor D. Felipe ordenó al marqués de Mortara que, con la caballería, ganase aquellas colinas al enemigo, y que si se detuviese a defenderlas, le socorrería con la infantería. (.....) Se ganaron las colinas y se siguió al enemigo hasta otras que hacían una bajada a un llano que llega a las huertas de Lérida, y llegando allí el marqués se descubrió con La Mothe. (.....) Y envistieron los nuestros con tal valor y bizarría que volvió las espaldas y los llevamos hasta las puertas de Lérida.” *Relación del sitio y toma de Monzón el año 1643, sacada de cartas del conde de Castelnovo para su hermano*. BN, Mss, 2329. Fol. 16r.

últimos meses no habían cosechado ningún triunfo significativo, y necesitaban un revulsivo<sup>1829</sup>. En cuanto al Batallón de las Órdenes, sus integrantes estuvieron, una vez más, a la altura de las circunstancias y tuvieron una destacada actuación a la hora de conseguir esta victoria<sup>1830</sup>. Por otra parte, con motivo de esta acción, se confirma un hecho del cual ya sospechábamos, y es que, pese a seguir siendo una unidad independiente, durante los meses anteriores debió de decidirse su subordinación a la caballería del ejército de Cataluña, ya que por razones operativas sería aconsejable evitar la duplicidad del mando<sup>1831</sup>.

También tenemos evidencias documentales de la presencia de otra compañía de las Órdenes, formada en los meses anteriores, en esta campaña. Se trataba de la del capitán D. Pedro Giner, quien a principios del mes de noviembre se lamentaba del estado en que se encontraba su compañía como consecuencia de las deserciones<sup>1832</sup>. Del mismo modo, cuestionaba la poca profesionalidad de su teniente, Francisco Arias, el cual le fue impuesto sin tener en cuenta su opinión, contraria a su nombramiento, pues le culpaba de gran parte de los males de la unidad. Por simple analogía, cabe suponer que el resto de la caballería de las Órdenes también estuviera presente, y tomara parte de las operaciones que culminaron con la toma de Monzón el día 4 de diciembre<sup>1833</sup>.

Con el fin de tenerlo todo dispuesto para la campaña de 1644, desde mediados del mes de octubre anterior la Junta de Guerra de España se puso manos a la obra. Entre las disposiciones a adoptar se encontraba, de nuevo, la movilización de la caballería de las Órdenes Militares<sup>1834</sup>. Sin embargo, en esta ocasión no se podría contar con uno de los oficiales más experimentados de la unidad, que había servido en ella desde su formación. Se trataba de D. Álvaro de Quiñones, teniente general del Batallón, a quién se promovió al empleo de castellano del castillo de Nápoles. Pese a que el marqués de

<sup>1829</sup> “(.....) El enemigo perdió mucha reputación, porque teniendo tanta caballería e infantería, y en sitio tan ventajoso, le hicimos huir, y esto solamente con nuestra caballería, que ellos estiman tan poco. Más puedo asegurar, como testigo de vista, que no puede haber mayor valor que el que se conoció en cada uno de nuestra caballería.” *Ibidem*. Fol. 17v.

<sup>1830</sup> “(.....) Y la [caballería] de las Órdenes, que fue la que más peleó, pasó una zanja y trabó escaramuza con el enemigo, en que le degollaron 100 franceses, y perdieron otros 50.” PELLICER Y TOVAR, J.: *Op. cit.* p. 454.

<sup>1831</sup> “(.....) Con las tropas fueron el sr. marqués de Mortara, capitán general de la caballería, el señor D. Álvaro de Quiñones, teniente general de las Órdenes y de Cataluña, que está agregada a ella, D. Fernando de Tejada, teniente general de la Flandes y Castilla, y D. Antonio Pellicer, gobernador general de la de los dragones.” *Ibidem*. p. 464.

<sup>1832</sup> *Carta del capitán D. Pedro Giner al secretario D. Gregorio de Tapia*. Monzón, 1-11-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4646.

<sup>1833</sup> *Relación del sitio y toma de Monzón el año 1643*.....Fols. 24v-25r.

<sup>1834</sup> *Papel del secretario Pedro Coloma dirigido al presidente del consejo de Órdenes, en que avisa de lo que S.M., en consulta de la junta de Guerra de España, hizo sobre la disposición de la caballería de ellas, para que se comience a obrar con tiempo*. Madrid, 1-11-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

Cusano aspiraba a ser su sucesor, se concedió el puesto a D. Fernando de Tejada, aunque subordinado a D. Ferrante Limonti, gobernador de la caballería de Aragón. A mediados de abril se produjo un nuevo cambio de parecer, pues D. Fernando fue nombrado gobernador de las armas del ejército de Ciudad Rodrigo, y el puesto de teniente general de la caballería de las Órdenes Militares se proveyó en el marqués de Cerralbo, que ya había servido en la unidad como capitán de una compañía<sup>1835</sup>.

Por otra parte, en estas primeras semanas de 1644 se produjo un acontecimiento, que cuando menos llamaba la atención. Era el ofrecimiento que D. Pedro Garcés Carrillo de Mendoza, hijo del conde de Priego, hizo de su persona para el empleo de capitán de una compañía de las Órdenes, en caso de que se creyera oportuno levantar alguna. Pese a que no se trata del primer noble al mando de una compañía del Batallón de las Órdenes, debemos destacar que es el primer caso que hemos recogido de un aristócrata que se puso al servicio de la Corona (para servir en esta unidad) antes de que el rey le convocara<sup>1836</sup>. Consideraciones de este tipo vendrían a confirmar que, pese a todas las dificultades que implicó su formación, y al hecho de que la mayor parte de sus integrantes no eran caballeros de hábito, el servicio en la caballería de las Órdenes Militares era, por si mismo, lo suficientemente atractivo como para interesar a un vástago del conde de Priego. Pese a su interés, no nos consta que ocupara el mando de alguna compañía, pues la que se envió ese año al frente catalán estuvo comandada por el capitán de caballos corazas D. Diego de Villalba, caballero de la orden de Santiago, que había ocupado este empleo en el Batallón formado en 1640.

Respecto a la movilización de los caballeros de hábito, el año 1644 venía cargado de novedades. Entre ellas se incluían una serie de cambios de carácter administrativo, pues entre finales de 1643 y principios de 1644 tuvo lugar una importante remodelación de la Junta de la Milicia de las Órdenes. A tal grado llegó esta reestructuración que solo dos de los miembros que asistían a las reuniones en agosto de 1643, seguían presentes en febrero de 1644; el conde de Castrillo y de D. Antonio de Luna<sup>1837</sup>. Es más, la propia Junta dio a entender que se había producido una renovación

---

<sup>1835</sup> “(.....) la tenencia general de las Órdenes la deja el sr. D. Álvaro de Quiñones, y va a ser castellano de Nápoles [aunque finalmente se le destino a Cremona, en el Milanesado]. Esta pretende el sr. marqués de Cusano.” PELLICER Y TOVAR, J.: *Op. cit.* p. 475, 497 y 502.

<sup>1836</sup> *Decreto de S.M., dirigido al conde de Oñate, presidente del consejo de Órdenes y de la junta de la milicia de ellas, en el que ordena que si se formare alguna compañía, se nombre por capitán a D. Pedro Garcés Carrillo de Mendoza, hijo del conde de Priego.* Madrid, 5-2-1644. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>1837</sup> El conde de Monterrey, el marqués de Castrofuerte, D. Claudio Pimentel, D. Juan González, D. Juan de Carvajal y D. Lorenzo Ramírez, desaparecen de las sesiones de este organismo en el periodo



absoluta, la cual implicó la salida de la mayor parte de los consejeros, aunque conservó su denominación original<sup>1838</sup>.

Otra innovación se refería a la manera en que, a partir de ese momento, se iba a gestionar la participación de los miembros de las Órdenes Militares en los compromisos bélicos peninsulares. En este sentido, se institucionalizó definitivamente la práctica de solicitar una cantidad de dinero a todos los caballeros de hábito y comendadores que no acudieran a servir en persona. Tal decisión significó el abandono de la movilización de carácter general (entendida a la manera de lo realizado los años 1640 y 1642), y su conmutación por una contribución económica. Si bien, como ya hemos podido comprobar, se recurrió a estas prácticas desde los primeros momentos de existencia del Batallón, se trataba de una solución de circunstancias, pues el objetivo a conseguir era su participación personal. Pero a la altura de 1644 las prioridades habían cambiado. Ya no se buscaba que los caballeros y comendadores acudieran a servir en persona, sino que abonaran 200 ducados cada uno (80 más que en 1642, cuando se estableció que quienes se encontraran en esa situación desembolsaran 120 ducados). Con todo, no se planteó esta realidad de manera tan directa, sino que fue camuflada bajo una fórmula más genérica, la cual permitió diluir parte de la fuerte carga mercantilista que llevaba implícita<sup>1839</sup>. Con la cantidad que se esperaba recaudar, se podría aprestar financiar los gastos que ocasionarían las monturas y su equipamiento para uso militar.

El último de los cambios, muy relacionado con el anterior, aludía a la determinación de la Junta (en esta ocasión de forma irreversible, pues ya durante el año 1643 se debatió esta cuestión), de no formar nuevas compañías, sino que en esas circunstancias, para evitar la desaparición de la unidad, se creyó más acertado reforzar las que ya se encontraban sirviendo<sup>1840</sup>. Por otra parte, con el objetivo de facilitar la gestión de la contribución militar de los caballeros de hábito, se creyó conveniente

---

mencionado. En su lugar entraron: el conde de Oñate, D. Bernardo de Ipeñarrieta. D. Francisco de Borja y D. Juan Chacón.

<sup>1838</sup> “Conforme a lo que V.M. se sirvió de resolver por consultas del conde de Oñate, con él se ha conformado la junta de la milicia de las órdenes. Y en ella se han reconocido los papeles de lo que obró la antigua de las mismas órdenes, y el estado en que quedó el llamamiento de los comendadores y caballeros de ellas (.....).” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la disposición y ejecución de lo que V.M. ha mandado sobre el servicio que han de hacer los comendadores y caballeros de ellas, por el llamamiento que comenzó el año pasado*. Madrid, 5-2-1644. AHN, OO.MM., Leg. 4668.

<sup>1839</sup> “(.....) y el llamamiento que se ha de continuar en este año, está recudido a cantidad de 200 ducados por cada uno de los que no fueren a servir en persona, ni dieren sustituto en su lugar (.....).” *Ibidem*.

<sup>1840</sup> “(.....) Y V.M. quiere que no se haga leva ni se formen nuevas compañías, sino que se remonten las que hay de esta caballería de las Órdenes en el ejército, que están muy desechas.” *Ibidem*.

incluir el llamamiento del año 1644 en el del año anterior, para que se considerara como una única convocatoria, y se imprimiera una mayor celeridad a todos los trámites.

Otra de las actuaciones adoptadas, la cual es muy ilustrativa del nuevo giro emprendido, y de los objetivos a conseguir con caballeros y comendadores (que implicaba reconocer la imposibilidad de conseguir su movilización con carácter masivo, y que lo más cómodo sería obtener una contribución en dinero), se refirió al hecho de focalizar la mayor parte de sus esfuerzos en los presidentes de los consejos y los titulares de los empleos mayores de las casas reales, con vistas a que el personal bajo su cargo (que perteneciera a las Órdenes Militares), abonara los 200 ducados solicitados. Tal resolución vendría a demostrar la importancia del dinero, y la metamorfosis de la movilización de los caballeros de hábito en un servicio pecuniario más. De esta manera, sería coherente dirigir las energías hacia dos colectivos profesionales que, al menos en teoría, contaban con unos ingresos suficientes para hacer frente a este desembolso<sup>1841</sup>. A pesar de este viraje, no se abandonaron las políticas tendentes a conseguir la participación personal en el Batallón de caballeros de hábito y “personas particulares”, mediante el atractivo de importantes recompensas para ellos; si bien en unos parámetros mucho más moderados que en los años anteriores, en concordancia con esta nueva línea de actuación<sup>1842</sup>.

Pero el principal desafío al que se enfrentaba la junta era el de aprestar los fondos suficientes para continuar sus actividades. Respecto a esta materia se trabajó en una doble dirección. En primer lugar había que hacer frente a los compromisos adquiridos durante el año anterior. De esta forma se expidió una cédula, según la cual D. Diego Rodríguez de Morais, pagador de los consejos, abonaría a D. Alonso Montero de Villalobos, 70.000 reales de vellón, procedentes de la consignación del “real por ducado”, como parte del pago del asiento suscrito el año anterior, y de las deudas

---

<sup>1841</sup> “(.....) Convendrá que V.M. encargue mucho a los presidentes de los consejos y jefes mayores de las casas reales, dispongan, con los ministros y criados de V.M., y de la reina nuestra señora, que son de hábito, cumplan los que no lo hubieren hecho, entregando la cantidad de 200 ducados a Cristóbal Martínez Flores, que ha parecido continúe en ser receptor de los efectos de esta junta. Y este medio se usó en los llamamientos pasados, experimentándose ser de mucha conveniencia, no siendo tan eficaz ninguna otra diligencia de solicitud y apremio. Y así, entiende la junta que se debe continuar.” *Ibidem*.

<sup>1842</sup> “(.....) Ha venido un decreto [a finales de mayo] a la junta de las Órdenes, diciendo S.M. que, por cuanto ha reconocido la utilidad de esta caballería, el valor con que se ha portado, y que es el nervio de su ejército, se haga alguna recluta de los caballeros que quisieren ir a ella, dándoles caballos y ayudas de costa. Y a los particulares, hábitos con calidad de servir las dos campañas.” PELLICER Y TOVAR, J.: *Op. cit.* p. 514.

contraídas con él en 1642<sup>1843</sup>. Pero no era suficiente con saldar las obligaciones adquiridas, pues se debía hacer frente a los cuantiosos gastos que exigía el mantenimiento de esta unidad. Para ello, se encargó a D. Miguel de Ojirondo (alguacil mayor del Consejo de Órdenes), que suscribiera un asiento con Cristóbal Martínez Flores, receptor general de la junta y, de nuevo, con D. Alonso Montero de Villalobos. Pese a que era frecuente que funcionarios de la administración fueran, al mismo tiempo, prestamistas de la Corona, no podemos sino sorprendernos de que uno de los individuos que iba a facilitar los fondos, fuera quien en última instancia los gestionaría.

En esta ocasión los trámites no se demoraron en exceso, como había ocurrido en otras ocasiones, y a finales del mes de mayo los sujetos referidos suscribieron un asiento por un montante de 200.000 reales de vellón (18.182 ducados). De ellos, 130.000 serían depositados en el momento en que el monarca aprobara el contrato y se expidieran los documentos necesarios para su cobranza; mientras que los 70.000 restantes debían entregarse, como máximo, a finales del mes de septiembre<sup>1844</sup>.

Las garantías del préstamo se fijaron en las siguientes partidas: 150.000 reales procedentes de los 200 ducados que pagaban los caballeros de hábito y comendadores por no servir en persona. De la misma manera, se les concedía libertad plena para cobrar esta cantidad de los individuos que creyeran conveniente, siempre y cuando residieran en Madrid. Esta realidad vendría determinada porque la mayoría de ellos estaban localizados en la Corte, con lo cual se podrían centralizar las actuaciones para cobrar la referida cantidad, al tiempo que permitiría reducir los salarios de las personas encargadas de ello. Otros 80.000 del “real por ducado” de los salarios de los miembros de los consejos; mientras que otros 120.000 serían librados de las fianzas de 300 ducados, que depositaban quienes recibían el hábito. También se les consignaban 30.000 reales de los ingresos generados por la media anata de las relevaciones de galeras; y en último lugar, 1.000 ducados (11.000 reales) de la tercera parte de los salarios de determinados ministros, que por algún motivo la Corona se había apropiado de ellos<sup>1845</sup> (podría ser que esto se debiera a lo acontecido en 1642, cuando algunos miembros de los consejos no abonaron los 120 ducados que se solicitaron en esa

---

<sup>1843</sup> *Cédula para que el pagador general de los consejos entregue a D. Alonso Montero de Villalobos, 70.000 reales de vellón, que S.M. le ha consignado en el medio del real por ducado de los salarios, por cuenta de lo que se le debe en los asientos que con él se han hecho por la junta de la milicia de las Órdenes.* Zaragoza, 14-4-1644. AHN, OO.MM., Leg. 4641.

<sup>1844</sup> *Acuerdo de la junta de la milicia de las Órdenes para que D. Miguel de Ojirondo otorgue con Cristóbal Martínez Flores y D. Alonso Montero, la escritura de asiento de los 200.000 reales.* Madrid, 27-5-1644. AHN, OO.MM., Leg. 4668.

<sup>1845</sup> *Ibídem.*

ocasión a quienes no acudieran a servir en el Batallón, y consiguieron eludir el embargo de sus gajes, mientras que en esta ocasión se había conseguido incautar parte de sus haberes). Estas partidas alcanzaban los 391.000 reales (35.545 ducados), más que suficientes para satisfacer tanto el principal como los intereses de la deuda. Pero ya sabemos que se trataba de una cifra no ajustada a la realidad, pues se daba por supuesto que la cantidad percibida en última instancia sería mucho menor.

El tipo de interés se estableció, de nuevo, en el 8% anual; y en esta ocasión se les concedía una gratificación (conocida como adehala) del 4% del total del asiento, la cual ascendía a 8.000 reales (727 ducados)<sup>1846</sup>. También se les autorizó a nombrar las personas que consideraren oportunas para poder cobrar estas partidas, cuyo salario (800 maravedíes) sería asumido por la Junta de la Milicia de las Órdenes, pero sólo durante un mes<sup>1847</sup>. Tras la aprobación de estas condiciones<sup>1848</sup>, se dieron las órdenes pertinentes para que los asentistas pudieran empezar a recibir las cantidades acordadas, la primera de las cuales fue librada a finales de junio<sup>1849</sup>. No obstante, las acuciantes necesidades de la junta motivaron que, un mes más tarde, se viera obligada a solicitar la entrega anticipada de los 70.000 reales restantes<sup>1850</sup>. Pero la vulneración de los términos originales del acuerdo acarreó su renegociación. Así, por este servicio adicional, se exigió un interés suplementario del 5% anual sobre esta cantidad; además de la constitución de un fondo de garantía por la referida cantidad, lo cual suponía hipotecar aún más las rentas de la Junta. Sin embargo, ésta no se encontraba en condiciones de asumir las pretensiones de los financieros. En las circunstancias actuales lo máximo que podía ofrecer era: el pago de unos intereses del 4%, y una caución de 40.000 reales (procedentes del “real por ducado” del año 1645). Pese a que suponían una reducción con respecto a lo demandado en un principio, el poder real aún las consideraba elevadas y no estaba dispuesto a abonar más del 2%<sup>1851</sup>. Aunque la aceptación de los términos de

---

<sup>1846</sup> *Ibidem*

<sup>1847</sup> *Ibidem*.

<sup>1848</sup> *Cédula en la que S.M. confirma el asiento que la junta de la milicia de las Órdenes ha hecho con Cristóbal Martínez Flores y D. Alonso Montero de Villalobos, sobre 200.000 reales de vellón, que socorren para los gastos que se ofrecen en la remonta de la caballería de ellas*. Fraga, 11-6-1644. AHN, OO.MM, leg. 4641.

<sup>1849</sup> *Cédula dirigida a D. Diego Rodríguez de Morais, pagador general de los consejos, para que entregue a Cristóbal Martínez Flores y D. Alonso Montero de Villalobos, 80.000 reales de vellón, que se les han consignado en el medio del real por ducado, como parte del pago de los 200.000 con que socorrieron a la junta de la milicia de las Órdenes*. Fraga, 30-6-1644. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

<sup>1850</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre los interés y efectos que se podrían dar a Cristóbal Martínez Flores y D. Alonso Montero para que anticipen los 70.000 reales pendientes de su asiento*. Madrid, 21-7-1644. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>1851</sup> *Ibidem*.

la Corona significaba una notable reducción en sus pretensiones, Martínez Flores y Montero de Villalobos accedieron a anticipar esta cantidad<sup>1852</sup>.

Si bien las cuestiones relacionadas con la financiación (en concordancia con el cambio de objetivos que había tenido lugar en lo relativo a la movilización de comendadores y caballeros de hábito), cobran cada vez más importancia, en detrimento de las militares, esto no significó que la unidad permaneciera ociosa. Es más, durante los años siguientes el Batallón de las Órdenes continuó prestando servicios en el frente catalán, en los cuales continuó acaparando elogios por parte del alto mando. Por ejemplo, sabemos que estuvo presente en la batalla que tuvo lugar en torno a Lérida (15 de mayo de 1644) en la cual, dentro de las operaciones destinadas a la toma de esta ciudad<sup>1853</sup>, se infligió una importante derrota a las fuerzas francesas comandadas por La Mothe<sup>1854</sup>.

Cabe la posibilidad de que, debido a la notable reducción que había sufrido el número de integrantes de la caballería de las Órdenes Militares, las compañías que aún prestaban servicio en Cataluña lo hicieran bajo mando del general de la caballería del ejército de Cataluña, D. Juan de Vivero, que tenía a su cargo 3.500 hombres<sup>1855</sup>. Además se puede atestiguar la presencia entre la alta oficialidad, de algunos individuos que habían tenido relación con esta unidad. Uno de ellos era el marqués de Mortara, que mandó la infantería de una de las dos alas en que se desplegaron las fuerzas españolas (dirigidas por D. Felipe de Silva). Fue junto a su antiguo comandante, donde se situó la caballería de las Órdenes Militares<sup>1856</sup>, comandada por el marqués de Cerralbo, junto con otras fuerzas montadas.<sup>1857</sup>

---

<sup>1852</sup> *Acuerdo de la junta de la milicia de las Órdenes para que D. Miguel de Ojirondo ajuste con Cristóbal Martínez Flores y D. Alonso Montero, sobre la anticipación de 70.000 reales de los 200.000 del asiento que habían suscrito.* Madrid, 27-7-1644. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>1853</sup> Finalmente se rindió a las fuerzas españolas el día 30 de julio, tras lo cual se produjo la entrada triunfal del rey en la ciudad el día 8 de agosto.

<sup>1854</sup> Según una relación fechada el día después de la batalla, se cifran las pérdidas francesas en 7.000 hombres, 12 piezas de artillería, junto con una gran cantidad de pertrechos y municiones. Entre los prisioneros se incluían un alto número de oficiales, “un mariscal de campo, un sargento mayor, dos tenientes coroneles, un capitán de caballos, 35 capitanes de infantería, 72 tenientes, 15 alféreces y gran cantidad de sargentos.” En cuanto a las bajas sufridas, ascendían a 450 soldados y 50 oficiales, la mayoría de los cuales pertenecían a la caballería. *Relación de la batalla que ganó el ejército del rey, nuestro señor, a los quince de mayo, rompiendo y deshaciendo del todo al del rey de Francia, gobernado por el mariscal de La Mothe, sobre las horcas de Lérida.* Lérida, 16-5-1644. BN, Mss, 11.000. Fol. 6v.

<sup>1855</sup> *Ibidem.* Fols. 1r-3v.

<sup>1856</sup> “(.....) Y en descubriendo al enemigo, salimos a doblar fuerza. Y al mismo tiempo fue llegando la gente de D. Juan de Vivero y puso el marqués de Mortara el ejército en batalla en un momento y con muy buena disposición, y el con su persona asistió en el cuerno izquierdo, a donde estaban los italianos y la caballería de las órdenes; en el derecho con la caballería de Flandes arrimado al costado de nuestro escuadrón estaba D. Juan de Vivero y el señor D. Felipe de Silva, asistiendo a todo”. *Relación de la*

Análogamente, el envío de refuerzos desde la Corte fue otro de los desafíos a los que tuvo que hacer frente el organismo encargado de la movilización de los caballeros de hábito. Durante los meses de mayo y junio la reina se encargó de las gestiones, exigiendo que enviara al frente los hombres y los caballos costeados con cargo a sus rentas<sup>1858</sup>. Respecto a este particular, la Junta informó que algunos soldados y caballeros de hábito que habían servido en las anteriores formaciones del Batallón de las Órdenes, se mostraban dispuestos a alistarse. Sin embargo, su penuria les impedía incorporarse a filas. Para socorrerles, se propuso proporcionarles las monturas con cargo a sus fondos, los cuales deberían ser suficientes para formar una compañía, cuyo mando podría encomendarse al capitán D. Diego de Villalba. Quedaba por determinar si, en última instancia, la unidad quedaría bajo su mando o, por el contrario, sus efectivos serían distribuidos entre el resto de compañías que ya se encontraban en Cataluña<sup>1859</sup>. Al mismo tiempo sería necesario librarles alguna cantidad, para que pudieran afrontar los gastos de equipamiento y vestuario. En el caso de los caballeros hábito, se propuso darles 50 escudos (20 en plata y 30 en vellón), mientras que al resto solo se contemplaba la entrega de la ropa. Además, se debería destinar una partida para su manutención hasta que llegaran al frente; sin embargo, la Junta no estaba dispuesta a abonar ni un solo maravedí hasta que hubieran salido de Madrid<sup>1860</sup>.

Tras deliberar sobre el asunto, se decidió no formar una compañía nueva, sino que encargó al capitán Villalba el envío de los hombres a Aragón, donde serían distribuidos entre las del Batallón que más necesitadas estuvieran<sup>1861</sup>. De esta forma,

---

*campaña de Cataluña del año 1644, sacada de las cartas del marqués de Castelnovo*. S.f., s.l. BN, Mss, 2329. Fols. 36r-37v.

<sup>1857</sup> *Relación de la batalla que ganó el ejército del rey, nuestro señor*.....Fol. 5r.

<sup>1858</sup> *Orden de la reina a D. Antonio de Luna para que disponga se entregue al sr. conde de Castrillo el dinero y efectos necesarios para que se remonten y envíen los soldados de las órdenes*. Madrid, 29-5-1644. AHN, OO.MM, Leg. 4668. *Orden de la reina al sr. conde de Castrillo, para que junte los ministros del consejo de Órdenes a cuyo cargo está el cuidado de la remonta, y se obre con brevedad*. Madrid, 5-6-1644. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>1859</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la forma en que se podrán recoger y encaminar al ejército los soldados de ellas y algunos caballeros de hábito*. Madrid, 6-6-1644. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>1860</sup> *Ibidem*.

<sup>1861</sup> “(.....) Y pareció que, pues se enviaban caballos con sillas y aderezos para remontar las compañías antiguas, y había en esta Corte caballeros de hábito, reformados y soldados de las mismas órdenes, fuesen en ellos y se les ayudase conforme al grado y necesidad de cada uno, valiéndose del caudal y efectos más prontos que pudiese beneficiar esta junta. Y no formándose compañía, sino nombrando un cabo que llevase esta gente, podría aplicarla después conforme hubiese la necesidad.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que da cuenta de lo que ha obrado, y va disponiendo, sobre recoger los soldados de ellas y remontar las compañías*. Madrid, 17-6-1644. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

durante las semanas siguientes un centenar de soldados (en concreto 102<sup>1862</sup>), montados y equipados, pudieron ser remitidos al frente<sup>1863</sup>. Además se pudieron aprestar 80 caballos, con los cuales se buscaba socorrer a los desmontados<sup>1864</sup>.

A pesar de los refuerzos enviados desde Madrid, el desarrollo de las últimas operaciones militares, y en concreto con la recuperación de Lérida, causó estragos en el Batallón. Como consecuencia, las compañías veteranas necesitaban más tropas de refresco, monturas y pertrechos. Para aliviar esta situación, la reina encargó a la Junta que acometiera la compra de 200 caballos (junto con todo lo necesario para que pudieran servir en el campo de batalla), y los remitiera a Cataluña con la mayor rapidez posible<sup>1865</sup>. No se trataba de una tarea fácil, pues la junta representó que en los ocho primeros meses del año ya había enviado 500 caballos<sup>1866</sup>, debido a lo cual acumulaba deudas por más de 180.000 reales. Estas exigencias coincidieron con una caída de sus ingresos, que la imposibilitaba para satisfacer los requerimientos de la Corona. En esas circunstancias, la única opción viable era echar mano de un anticipo de 200.000 reales, procedentes del “real por ducado”<sup>1867</sup>.

Pero sus esfuerzos se vieron frustrados porque, al igual que ocurrió a mediados del año anterior, cuando D. Felipe de Silva se apropió de parte de los caballos remitidos para los integrantes del Batallón, el comisario general de la unidad informó a los ministros de la Junta que un número indeterminado de las monturas, enviadas para ser distribuidas entre los desmontados del Batallón, no habían llegado a su destino. Este hecho provocó un enorme malestar, y se solicitó a la reina la adopción de medidas drásticas, con el objetivo de que los equinos remitidos, con cargo a sus fondos, se

---

<sup>1862</sup> “(.....) El año de 1644 se envió a Cataluña otra compañía de 102 montados, que llevó a su cargo D. Diego de Villalba y Toledo.” *Relación de las compañías de caballos, y caballos sueltos a la mano, que remitió la junta de la Caballería de las Órdenes a los ejércitos desde el año de 1641*.....

<sup>1863</sup> “(.....) Habiéndose juntado [a mediados de junio] más de 100 caballeros y soldados por cuenta de la junta de Guerra de Órdenes, y socorridolos con caballos, dineros y vestidos, salió de Madrid la mejor compañía que se ha visto. Va por capitán de ella, hasta llegar a Lérida, el maestre de campo D. Diego de Villalba, caballero de la orden de Santiago, y lleva en ella más de 24 caballeros de hábito.” PELLICER Y TOVAR, J.: *Op. cit.* p. 520.

<sup>1864</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*.....17-6-1644.

<sup>1865</sup> *Decreto de la reina, dirigida al presidente del consejo de Órdenes para que, por ella, se remitan 200 caballos al ejército de Cataluña*. Madrid, 7-8-1644. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>1866</sup> En concreto, ese año se enviaron 539 caballos. De ellos, 102 fueron utilizados para montar la compañía de que llevó a Cataluña D. Diego de Villalba, mientras que los 437 restantes se enviaron para cubrir las bajas del Batallón. *Relación de las compañías de caballos, y caballos sueltos a la mano, que remitió la junta de la Caballería de las Órdenes a los ejércitos desde el año de 1641*.....

<sup>1867</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que responde a lo que contiene un decreto sobre lo que se ha de obrar en la remonta de los batallones de ellas*. Madrid, 14-8-1644. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

emplearan en la remonta del Batallón de las Órdenes, y no pudieran ser utilizados para otros fines<sup>1868</sup>.

Estos acontecimientos se simultanearon con la ofensiva francesa sobre la ciudad de Tarragona, a la cual pusieron sitio a finales de julio, coincidiendo con la reconquista de Lérida por las tropas españolas. Pese a la determinación del comandante francés por expugnarla, a mediados de septiembrese vio obligado a levantar el sitio, tras haber sufrido numerosas bajas, que pudieron llegar a los 3.000 hombres<sup>1869</sup>. No podemos asegurar que los integrantes de la caballería de las Órdenes Militares estuvieran presentes en esta ocasión, aunque pudiera contemplarse esta posibilidad. Pues entre los defensores se encontraba un número indeterminado de soldados de caballería que, al estar desprovistos de monturas (situación en la que se encontraban muchos componentes del Batallón), combatieron como tropa de a pie<sup>1870</sup>. Pero lo cierto es que, si en última instancia lo hicieron, fueron integrados en otras unidades, pues no hemos podido constatar que alguno de los oficiales de la unidad concurren en dicha acción bélica.

En cambio, si estamos en condiciones de afirmar que entre las fuerzas enviadas para el levantar el asedio de Tarragona, que al final no fueron necesarias porque el marqués de La Mothe decidió retirarse, se encontraba la caballería de las Órdenes Militares. En esta ocasión al mando de su nuevo teniente general, D. Juan de Terrazas, caballero de la orden de Santiago, quien en el segundo batallón había mandado una de las compañías y, al mismo tiempo, sirvió el empleo de comisario general<sup>1871</sup>.

---

<sup>1868</sup> “(.....) Por lo que escribe D. Juan Bautista de Otho, comisario general de la caballería de las Órdenes, que están muy desechos los batallones de ellas, y que en alguna parte se ocasiona divertirse los caballos que se envían para remontarlos, siendo como es esto tan contra la intención de V.M., que siempre se ha encaminado a que los caudales que para esto se benefician, se apliquen a esta caballería, ha parecido representarlo a V.M. para que se sirva de mandar se tenga particular cuidado en la distribución de los caballos. Pues se juzga que, si los que han ido este año se hubieran dado todos a las órdenes, no estuvieran sus compañías con tan corto número. *Consulta de la milicia de las Órdenes sobre que V.M. se sirva de mandar se tenga particular cuidado en la distribución de los caballos que se envían para remontar los batallones de ellas*. Madrid, 20-8-1644. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>1869</sup> *Relación de lo sucedido en el sitio que Mos. de la Mothe puso a Tarragona, desde el 29 de julio hasta el 13 de septiembre de 1644, que alzó el sitio con gran pérdida de gente y reputación*. S.f, s.l. BN, Mss, 2329. Fol. 96v.

<sup>1870</sup> “(.....) El maestre de campo Paulo de Parada ocupó el baluarte de San Pablo, hasta el de San Juan, con su tercio, los desmontados (que gobernaba el comisario general de caballería D. Diego de Correa) y una compañía de gente de la ciudad. Y el maestre de campo D. Diego de Aguilera ocupaba el baluarte de San Juan, hasta el de Jesús, (.....) y ayudábanle también desmontados y una compañía de la ciudad. (.....) Y en un jardín, debajo del baluarte de las monjas, había también desmontados de la caballería.” *Ibidem*. Fols. 92r-94v.

<sup>1871</sup> PELLICER Y TOVAR, J.: *Op. cit.* pp. 546-547.



Respecto a las disposiciones para la nueva campaña, se ordenó al conde de Castrillo que, antes de finales de marzo, tuviera prevenido todo lo necesario para enviar 300 caballos, con los cuales se buscaba paliar las bajas equinas sufridas durante los últimos meses<sup>1872</sup>. La principal novedad que presentó la formación de la caballería de las Órdenes Militares en 1645, fue la confirmación de un hecho que en los años anteriores parecía ser una práctica ocasional y circunscrita a un momentos de necesidad: la firma de un asiento con el cual sufragar la continuidad del Batallón en el teatro de operaciones catalán. De la misma manera, a instancias de la Junta, se recomendaba no llevar a cabo un nuevo llamamiento de los caballeros de hábito y comendadores, sino que se prorrogara el iniciado en 1643, continuado durante 1644, declarando exentos a quienes ya hubieran cumplido con sus obligaciones<sup>1873</sup>.

En concordancia con estos planteamientos, no sorprende que la Junta se mostrara partidaria (en esta ocasión de forma definitiva) de que tanto caballeros como comendadores entregaran una cantidad de dinero a cambio de su participación personal. Para cimentar esta resolución, y doblegar la más que probable resistencia de los contribuyentes, se debería obligar a todos, con carácter general, a que sirvieran en persona; pues ante esta circunstancia, se mostrarían más dispuestos a depositar la cantidad solicitada. Este cambio radical, que contradecía el primigenio objetivo de la movilización, es muy probable que viniera motivado porque ahora se necesitaban unos fondos regulares, con los cuales asistir al pago de los asientos firmados para el mantenimiento de la unidad, más que el hipotético servicio militar de unos individuos que, en la mayoría de los casos, eran ajenos a la carrera de las armas y no tenían ningún deseo de entrar en combate<sup>1874</sup>.

También tendría mucho que ver en esta decisión los escasos frutos generados por las partidas destinadas a su financiación. En parte, esto se debía a que algunas de ellas, al mismo tiempo, se habían consignado para otros fines<sup>1875</sup>. De la misma manera,

---

<sup>1872</sup> *Decreto del rey, dirigido al conde de Castrillo, para que se remonte la caballería de las Órdenes Militares este año de 1645*. Madrid, 8-1-1645. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>1873</sup> “(....) Y sería muy conveniente que V.M. se sirviese de mandar que, como en este llamamiento se incluyen los dos años pasados, de 1643 y 1644, se incluyese también este. Pues con eso no será necesario obrar con los caballeros que, en los dos primeros, han cumplido y merecen ahora ser relevados. Y en los otros se justifica con la obligación que en todos es igual, y sin diferencia debe ejecutarse. Y en tres años viene a ser menos sensible, y se facilitará el servicio, no siendo cada año, como se practicó en los llamamientos pasados.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que representa lo que se le ofrece sobre la remonta de la caballería de ellas*. Madrid, 22-1-1645. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>1874</sup> *Ibidem*.

<sup>1875</sup> “(....) De los medios que V.M. se sirvió de aplicar a la dotación de estas compañías de las Órdenes, desde principios del año de 1643, se han beneficiado algunas cantidades, que no siendo bastantes, se han

una importante cantidad, procedente de los salarios de los ministros de determinados consejos y que, como sabemos, equivalía un real por cada ducado que percibían, estaba pendiente de cobro. En este sentido, no se había ingresado todo lo correspondiente a los consejos de Inquisición, Italia, Aragón, Indias, Flandes y Cruzada. Además se contabilizaban 100.000 reales que los Fugger adeudaban de sus haberes como tesoreros de los maestrazgos de las Órdenes Militares, pues este empleo estaba adscrito al consejo homónimo<sup>1876</sup>. Sin embargo estaba gestionada por el Consejo de Hacienda, el cual debía dar su autorización para que fuera entregada a la Junta de la Milicia de las Órdenes<sup>1877</sup>.

Con motivo de la cada vez más difícil situación que presentaban sus cuentas, se recurrió a dos expedientes aprobados por la Corona en noviembre de 1642, de los cuales no hemos tenido constancia hasta ahora, y que podrían ser útiles para incrementar sus opciones de financiación. El primero de ellos consistía en la creación de un oficio de regidor, para su posterior venta y transferencia de esos fondos a la Junta, en las poblaciones más populosas bajo jurisdicción de las Órdenes Militares, y donde no se hubiera recurrido a este expediente con anterioridad (pues en la última reunión de las Cortes de Castilla se concedió al monarca esta misma facultad). En concordancia con esta resolución, se envió una circular a 24 gobernadores y alcaldes mayores. En ella se les comunicaba esta decisión, y se pedía su asistencia para que dieran la máxima publicidad posible a la venta del oficio de regidor, allí donde pudiera venderse. Una vez que se hubiera pregonado esta oferta, deberían enviar una relación con las personas interesadas y la cantidad que estaban dispuestas a ofrecer<sup>1878</sup>. Mientras que el segundo se refería a la posibilidad de suspender, por nueve años, las visitas realizadas a aquellas poblaciones, también gobernadas por estas corporaciones, que depositaran la cantidad de dinero en que se tasara dicha exención<sup>1879</sup>.

---

convertido en ellas. Y algunos de los medios no se han ejecutado por estar replicados, y no haber tomado V.M. última resolución en ellos.” *Ibidem*.

<sup>1876</sup> *Ibidem*.

<sup>1877</sup> Este conflicto de competencias tenía su origen en octubre de 1642, cuando el monarca decidió que toda la cantidad sobrante del arrendamiento de los maestrazgos de las Órdenes Militares, fuera destinado a costear el mantenimiento del Batallón. Pero el Consejo de Hacienda no estaba dispuesto a ceder unos ingresos que creía le pertenecían, y que tenía destinados al pago de los asentistas. Pese a sus quejas, no consiguió que el rey cambiara de decisión, y decretó que la Junta de la Milicia de las Órdenes gestionara esta partida. *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre lo que refiere el Consejo de Hacienda en lo tocante a la renta de los maestrazgos que está aplicada para la dotación de la caballería de ellas*. Madrid, 13-2-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>1878</sup> *Cédula dirigida al gobernador de Ocaña sobre la venta del regimiento acrecentado, para la remonta de los batallones de las Órdenes, en los lugares de su distrito donde no se hubiere vendido por la última concesión del Reino*. Madrid, 27-1-1645. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

<sup>1879</sup> “(.....) En consulta de 28 de noviembre del año pasado de 1642, resolvió V.M. se acrecentase un regimiento en los lugares de las Órdenes que tuviesen mayor vecindad, y que se vendiese y beneficiase

Por si la Junta de la Milicia de las Órdenes no tuviera ya suficientes dificultades económicas vino a sumarse una nueva, que a punto estuvo de poner fin a su existencia y a la continuidad del Batallón: la apropiación de las cantidades abonadas por los caballeros de hábito del Nuevo Mundo para la conservación de la unidad, por parte de la Corona, con la finalidad de ser destinadas al pago de otras obligaciones. En concreto, se trataba de unos asientos suscritos por el conde de Castrillo con diferentes hombres de negocios sevillanos, para el abastecimiento de los ejércitos que combatían en la península, cuyo resarcimiento estaba consignado, en parte, con la plata americana y que, debido a la escasa cantidad de metal precioso que llegó ese año le obligó a tomar esta decisión. Para la Junta, supuso verse privada de 7'6 millones de maravedíes (20.310 ducados o 224.000 reales); y lo que era más importante, en plata<sup>1880</sup>.

Ante este atropello, la Junta trató de hacer valer sus derechos y representó la importancia de esta partida, fundamental para continuar formando compañías y enviando caballos, sobre todo porque todavía no había sido consignada, y sobre ella se podría concluir algún acuerdo ventajoso con el cual asegurarse una línea de crédito estable. Además, en esos momentos, acumulaba una deuda cercana a los 730.000 reales, y si era privada de esos fondos, corría serio peligro de ruina pues no podría hacer frente a los pagos pendientes. Con esta carta de presentación muy pocos (por no decir nadie) encontrarían atractivo adelantar fondos a este organismo, pues las posibilidades de recuperar la inversión eran remotas<sup>1881</sup>.

---

para esta dotación. De este medio no se ha usado hasta ahora, y se entiende que será de beneficio y el que más adelantará esta remonta. Y parece se podrá ejecutar en aquellos lugares de las Órdenes donde no se hubiere vendido el oficio acrecentado por la última concesión del Reino. (.....) Y también se ha acordado que se ejecute el medio que V.M. tiene concedido, en resolución de consulta de 28 de noviembre de 1642, sobre relevar las visitas ordinarias, por algún tiempo, a los lugares de las Órdenes que quisieren esta prerrogativa.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que representa lo que se le ofrece sobre la remonta de la caballería de ellas*. Madrid, 22-1-1645. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>1880</sup> “En orden de 8 el corriente, manda V.M. que esa junta de los despachos necesarios para que se entreguen a las personas que, por mano del conde de Castrillo, hicieron asientos en Sevilla (para cosas del servicio de V.M., y tienen libranzas de partidas de dinero que se les habían de pagar en la plata de los galeones, que tocase a la real hacienda), los 7.616.544 maravedíes que vienen registrados en ellos, y proceden de los medios aplicados en Indias para dotación de la caballería de las órdenes (.....)” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes, en respuesta a un decreto de V.M., sobre la partida de 7.616.544 maravedíes, que vienen registrados en los galones, procedentes de los medios que están aplicados en las Indias para la caballería de ellas*. Madrid, 13-2-1645. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>1881</sup> “(.....) Y la junta ha representado a V.M. el estado en que se hallan los caudales de la junta, y que de las formaciones que hizo, hasta el año pasado de 1642, está debiendo al receptor general de ella [Cristóbal Martínez Flores, difunto] y a D. Alonso Montero, cerca de 500.000 reales, y de la remonta del año pasado de 1644, a diferentes personas, más de 100.000, que de todo se debe dar satisfacción. Y lo mismo concurre en Manuel Cortizos, a quien se deben más de 130.000 reales de los caballos que dio el año pasado de 1642, con la circunstancia de no habersele señalado hasta ahora consignaciones, y tener solamente libramiento sobre el receptor de la junta.” *Ibidem*.

Por otra parte, no debemos olvidar que la caballería de las Órdenes Militares era el hecho que justificaba la recaudación de estos fondos, así como el desembolso exigido a los caballeros y comendadores. En este sentido, no se trataba de una exacción fiscal más, sino que su motivación originaria era emplear lo recaudado, única y exclusivamente, en este cometido. El alegato de la Junta, en defensa de su derecho a gestionar las rentas que se le habían asignado para su supervivencia, no fue tenido en cuenta y el monarca se ratificó en su decisión inicial, pues el fenecimiento de otras cuentas mucho más apremiantes era motivo suficiente para ello<sup>1882</sup>. Así, en los días siguientes se remitió la orden oportuna al presidente de la Casa de la Contratación, institución que custodiaba el caudal referido, para que fuera entregada al conde de Castrillo<sup>1883</sup>.

Por esas fechas el virrey de Valencia, D. Rodrigo Ponce de León, duque de Arcos, informó de que al menos, una parte del Batallón de las Órdenes se encontraba acuartelado allí, recuperándose de los rigores de la campaña del año anterior y a la espera de la reanudación de las operaciones militares. Como ocurrió en años anteriores con motivo de la llegada del invierno, el estado de monturas y jinetes dejaba mucho que desear. Ante esta circunstancia, el virrey suplicó al monarca que adoptara las medidas necesarias para evitar el colapso de la unidad<sup>1884</sup>. La respuesta regia consistió en ordenar al proveedor general del ejército de Cataluña, responsable del abastecimiento de pan de los soldados del Batallón y de la cebada para las monturas, que enviara los pertrechos

---

<sup>1882</sup> *Ibidem*.

<sup>1883</sup> “En los galeones que últimamente me han llegado de las Indias me ha venido tan poca plata para mi Real Hacienda, que dándose toda a los hombres de negocios, no alcanza con gran parte a la que por sus asientos se les había ofrecido y han de haber, con que es preciso para las disposiciones de mi jornada satisfacer algunos débitos forzosos y acudir a otros muchos gastos que se ofrecen valerme de algunos géneros de hacienda que aunque vienen consignados con aplicación separada a diferentes efectos, se podría sin inconveniente ni falta considerable, convertir parte en el cumplimiento de las necesidades presentes. Por cuya causa y consideración he resuelto que los siete cuentos, seiscientos y dieciséis mil quinientos cuarenta y cuatro maravedís que vienen registrados en estos galeones y dirigidos al receptor de mi junta de la caballería de las órdenes se separen y apliquen para los efectos referidos. Y así os mando hagáis se pague esta cantidad a las personas que por mano del conde de Castrillo hicieron asientos en esa ciudad de cosas tocantes a mi servicio y tienen libranzas de partidas de dinero que se les habían de pagar en la plata que trajesen estos galeones para mi real hacienda.” *Cédula del rey, dirigida al presidente de la Casa de la Contratación, para que se entreguen al conde de Castrillo los 7.616.544 que han venido registrados en los galeones para el receptor de la junta de la milicia de las Órdenes*. Madrid, 23-2-1645. AHN, OO.MM, Leg. 4641

<sup>1884</sup> “(...) Los caballos están mal parados, y no habiendo en el reino ninguna cebada, pues ni aún para mi caballeriza la he hallado, voy repartiendo en los cuarteles algunas cantidades de la de V.M., que ha llegado de Sicilia, que es de muy mala calidad y de ningún sustento, mas vase supliendo la necesidad. Los soldados la tienen grande de que se les asista con sus sueldos. Y suplico a V.M. se sirva de mandar que, con efecto, se remitan, porque lo que padecen es mucho, y su desaseo y desnudez grande.” *Carta del duque de Arcos al rey, representándole el estado que presentaba la caballería de las Órdenes Militares que se halla en el reino de Valencia*. Valencia, 24-1-1645. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

necesarios para su supervivencia<sup>1885</sup>. Al tiempo, se ordenó a D. Rodrigo que estuviera atento al cumplimiento de la orden, y que en caso contrario se adoptaran las medidas oportunas contra este funcionario<sup>1886</sup>. Unas semanas después, se le enviaron 40 caballos, destinados a los soldados del Batallón que habían perdido sus monturas, y posteriormente otros 70<sup>1887</sup>.

Pero las demandas de la Corona no se saciaron con los 300 caballos solicitados a principios de año, sino que a comienzos de abril se ordenó D. Antonio Dávila y Toledo, marqués de Mirabel, nuevo presidente del Consejo de Órdenes, que enviara otros 200 caballos más, pagados con cargo a los fondos gestionados por la Junta; de manera que en total debería presentar 500<sup>1888</sup>. Pero si ya le resultaba difícil aprestar los pedidos en primera instancia, mucho más lo sería si se incrementaba en un 66%, la petición original. Además, la junta representaba haber consumido todos los fondos disponibles en la compra de 200 monturas que, hasta ese momento, afirmaba haber enviado. De manera que se encontraba imposibilitada para afrontar la nueva exigencia del rey, sobre todo cuando había sido privada de los caudales procedentes de los caballeros americanos. De ellos, 110 fueron enviados al duque de Arcos para que los distribuyera entre las compañías acuarteladas en Valencia; otros 50 acababan de ser adquiridos para enviarlos al frente<sup>1889</sup>, y 41 fueron empleados para otros tantos soldados, con los cuales se formó una compañía, al mando del capitán de caballos corazas D. José de Milán y Aragón, caballero de la orden de Santiago (que había servido la campaña de 1642 como alférez de la compañía del almirante de Aragón, una de las que componían el regimiento del Príncipe). Pero no se trataba de una nueva unidad, sino que sus efectivos iban a ser integrados en el resto de compañías del Batallón, con el objetivo de cubrir las bajas producidas durante los combates<sup>1890</sup>.

---

<sup>1885</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que informa de lo que representa el duque de Arcos sobre el alojamiento de la caballería de ellas.* Madrid, 3-2-1645. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>1886</sup> *Carta del rey al duque de Arcos en respuesta de lo que escribió sobre asistencias para la caballería de las Órdenes Militares.* Madrid, 16-2-1645. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>1887</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes, en la que da cuenta de haber enviado al duque de Arcos una tropa de caballos para la remonta de las compañías de ellas.* Madrid, 24-3-1645. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>1888</sup> *Decreto de S.M., dirigido al marqués de Mirabel, presidente del consejo de Órdenes, para que los 300 caballos que había de enviar para la remonta de la caballería de ellas, sean 500.* Zaragoza, 10-4-1645. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>1889</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que responde a la orden de V.M., para la remonta de las compañías de las Ordenes.* Madrid, 22-4-1645. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>1890</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes, en la que informa que el capitán D. José de Milán y Aragón, caballero de la orden de Santiago, lleva una tropa de 41 soldados montados para las compañías del batallón de ellas.* Madrid, 23-4-1645. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

La solución planteada por la Junta para satisfacer las crecientes exigencias de la Corona, consistió en explotar al máximo la comisión dada a D. Antonio de Luna para vender oficios y “otras gracias” (¿hábitos y/o encomiendas?) con los cuales financiar la conservación de una compañía (no sabemos si de infantería o de caballería) con la cual servía el Consejo de Órdenes, y aprovecharla en beneficio del Batallón. En concreto, solicitaba que se le permitiera destinar los ingresos generados por este concepto a la financiación de la unidad, ofreciéndolos como garantía de pago de algún asiento<sup>1891</sup>.

En concordancia con lo que apuntábamos en las líneas anteriores, el objetivo principal para ese año era alcanzar un acuerdo satisfactorio que le permitiera disponer de la liquidez necesaria con la cual hacer frente a los compromisos pendientes. A principios del mes de marzo la Junta informó al monarca del asiento ajustado con los mismos individuos que el año anterior: D. Alonso Montero Villalobos y Cristóbal Martínez Flores, a quienes se unió en esta ocasión D. García de Herrera, caballero de la orden de Santiago. El principal de esta nueva obligación era sensiblemente más cuantioso, pues ascendió hasta los 336.000 reales (30.545 ducados)<sup>1892</sup>. Sorprende que los prestatarios aceptaran suscribir el asiento, renunciando a los fondos procedentes de los caballeros de hábito americanos, y a cualquier ulterior reclamación sobre ellos como garantía de pago, en caso de que las rentas ofrecidas no produjeran el fruto esperado<sup>1893</sup>. Las cláusulas del contrato estipulaban que, en el momento de su aprobación depositarían 136.000 reales; 70.000 en letras pagaderas en Granada y Baeza, y 66.000 al contado en Madrid. Otros 100.000 serían entregados antes de mediados del mes abril, y el resto (otros 100.000) un mes más tarde; de manera que a mitad del mes de mayo la junta ya tendría en su poder la totalidad del préstamo<sup>1894</sup>.

En cuanto a las consignaciones ofrecidas se encontraban, en primer lugar, 250.000 reales de las fianzas depositadas por los caballeros de hábito al ingresar en las Órdenes Militares. Aunque antes se debía liquidar lo que se les adeudaba a D. Alonso Montero y a Cristóbal Martínez por el asiento firmado el año anterior, y una vez descontada esa cantidad, el resto iría destinado al pago del que ahora se acordaba.

---

<sup>1891</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*..... 22-4-1645.

<sup>1892</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre que V.M. se sirva de confirmar el asiento de 336.000 reales que ofrecen socorrer D. García de Herrera, D. Alonso Montero y Cristóbal Martínez Flores, para remontar este año el batallón de ellas*. Madrid, 9-3-1645. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>1893</sup> “(.....) Hase procurado se ajusten a proveer esta cantidad, y se ha conseguido, en cuanto no darles la plata que viniere de las Indias (perteneciente a los efectos de este batallón), por consignación de este asiento, ni para resguardo de lo que se les debe por otros socorros que han hecho.” *Ibidem*.

<sup>1894</sup> *Escritura del asiento en el que (.....) ofrecen servir con 336.000 reales para la remonta del batallón de las Órdenes Militares, con las siguientes condiciones*. Madrid, 8-3-1645. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

También se les cedía todo lo que consiguieran recaudar del “real por ducado” de los salarios de los ministros de los Consejos de Italia (tanto los que desarrollan su labor en España como los que lo hacen en aquellos territorios), Flandes, Inquisición, Aragón, Indias, Cruzada y Órdenes, así como de sus oficiales. Del mismo modo, quedaba consignado todo lo que aún quedaba por cobrar de este expediente, en lo tocante a los salarios y gajes de los criados de la Casa del Rey<sup>1895</sup>. En última instancia se les asignaron 100.000 reales procedentes de la suspensión, por nueve años, de las visitas en los lugares bajo gobierno de las Órdenes Militares, y de la venta de un oficio de regidor en cada uno de ellos. En caso de que éstas partidas no ofrecieran los rendimientos esperados, se les asignó la recaudación procedente del llamamiento de los caballeros de hábito residentes en Madrid, una vez descontada la cantidad reservada por este concepto del asiento de 1644<sup>1896</sup>. Junto a estos avales, en caso de impago de la deuda en el plazo convenido, recibirían un interés anual del 8%. Otra de las asistencias que obtendrían era una suculenta gratificación (adehala), equivalente al 5% del total de la operación; en este caso 16.800 reales. Para concluir, tanto D. García de Herrera como D. Alonso de Montero, quedaban relevados de dar el montado al que estaban obligados por su pertenencia a la orden jacobea; mientras que a Cristóbal Martínez (pese a no ser caballero de hábito) se le concedía esta gracia para aquel caballero que considerare oportuno<sup>1897</sup>.

Pero sus esfuerzos estaban condenados al fracaso, o al menos a no cumplir con la totalidad de los compromisos que debía afrontar, si no se cobraban las cantidades que se le adeudaban. Uno de los frentes abiertos en esa dirección eran los criados de las casas reales que vestían hábito. A este respecto, hizo patente su malestar por el hecho de que pese haber delegado parte de sus competencias en los altos funcionarios cortesanos, con vistas a reducir los plazos de cobro y a facilitar la gestión de este expediente, lo cierto es que los resultados fueron decepcionantes. Como muestra, indicamos que a finales de abril la mayoría de los deudores no habían satisfecho las cantidades solicitadas; y los pocos ingresos obtenidos de aquellos que cumplieron con su obligación, no llegaron a manos del receptor de la Junta. Esto se debía a que algunos jefes de las casas reales, incumpliendo el acuerdo inicial según el cual actuarían de intermediarios entre los titulares de empleos cortesanos y este organismo, no habían

---

<sup>1895</sup> *Ibidem.*

<sup>1896</sup> *Ibidem.*

<sup>1897</sup> *Ibidem.*

depositado la cantidad recaudada<sup>1898</sup>. También, se sospechaba que el conde de la Puebla de Montalbán, uno de los responsables de esta materia en su condición de mayordomo mayor de la Casa del Rey, había desviado parte de este caudal a la satisfacción de materias ajenas a la remonta del Batallón de las Órdenes. Por este motivo, se solicitó al rey que adoptara las medidas oportunas para que se depositara ante el receptor general hasta el último maravedí correspondiente a esta partida, y que fueran destinados a la compra de caballos para el mantenimiento de la unidad<sup>1899</sup>.

Otro de los deudores era el Consejo de Italia, que aún no había entregado los 40.000 reales percibidos en el ducado de Milán, procedentes de lo recaudado en este territorio para la caballería de las Órdenes Militares. Pese a que el monarca ordenó, hasta en dos ocasiones, el depósito de esta cantidad, se hizo caso omiso de esta disposición, pues se trataba de una renta (al igual que la anterior) que había sido señalada como garantía de pago a los asentistas<sup>1900</sup>.

A pesar de los requerimientos de la Corona para que los jefes de las casas reales cumplieran, de una vez, las órdenes dadas, éstos continuaron desoyendo las órdenes. A principio del mes de julio la Junta elevó una nueva queja, manifestando la necesidad de contar con los fondos aportados por los caballeros de hábito que disfrutaban oficios cortesanos. También se solicitó volver al modelo adoptado durante los llamamientos de 1640 y 1642, cuando era ella quién gestionaba estas contribuciones. Sin embargo, el monarca decidió dejar las cosas como estaban, y no autorizó que este organismo recuperara sus antiguas competencias<sup>1901</sup>.

Los recelos de la Junta respecto a las intenciones del conde de la Puebla de Montalbán se vieron confirmados a mediados del mes de septiembre, cuando este organismo tuvo la certeza de que había desviado los fondos a otra junta, conocida como “Junta de Prevenciones” (no confundir con la “Junta de Prevenciones de la Defensa” a la que ya nos hemos referido con anterioridad) en la que también estaban presentes D. Lorenzo Ramírez y José González. La polémica venía determinada porque, entre sus

---

<sup>1898</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*..... 22-4-1645.

<sup>1899</sup> *Ibidem*.

<sup>1900</sup> “(...) También es preciso decir a V.M. que el consejo de Italia no ha entregado los 40.000 reales que vinieron de Milán, procedidos de los medios que allí se benefician para esta caballería, no obstante que V.M. ha mandado que este dinero se de. Y todo lo que dilata es de grande inconveniente, por estar aplicado a los hombres de negocios que socorren a esta junta, y como se falta con ellos, dejan de hacerlo.” *Ibidem*.

<sup>1901</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que dice lo que se le ofrece sobre la satisfacción que deben dar los ministros y criados de las casas reales, caballeros de hábito, en el llamamiento que ahora se ejecuta*. Madrid, 2-7-1645. AHN, OO.MM, Leg. 4669.



competencias, se encontraba la recaudación de la contribución de los criados de la Casa del Rey (si éstos no acudían a servir en persona acompañando al monarca en sus salidas hacia el frente, como era lo más predecible), tanto si eran caballeros de hábito como si no<sup>1902</sup>.

Se trataba de un nuevo pulso entre este organismo y otras entidades administrativas, que aspiraban a asumir parte de sus competencias. Más allá de las rivalidades intrínsecas al sistema de consejos y juntas, estaban en juego cuestiones tan importantes como el control sobre los miembros de las Órdenes Militares, y la gestión de las rentas que acarreaba su participación militar. Pese a que a principios de abril la Corona se decantó por apoyar los argumentos presentado por la Junta de Prevenciones<sup>1903</sup>, la última noticia que tenemos al respecto da el triunfo a la Junta de la Milicia de las Órdenes, pues el rey reafirmó su determinación de impedir que el conde de Montalbán tuviera jurisdicción sobre los criados del rey que vistieran hábito<sup>1904</sup>.

También estaban pendientes de cobro las propinas de los miembros del Consejo y de la Cámara de Castilla. Se trataba de otro de los expedientes consignados para el sostenimiento del Batallón de las Órdenes, cuya recaudación no había alcanzado los objetivos planteados en un primer momento. Como remedio, se ordenó al presidente del Consejo de Castilla que reconociera todas las actuaciones que se hubieren emprendido en esta materia y que procediera al cobro de las cantidades pendientes<sup>1905</sup>.

---

<sup>1902</sup> “(.....) Aunque V.M. se ha servido de mandar al conde de la Puebla de Montalbán de noticia de lo que ha obrado con los criados de la casa real, caballeros de hábito, y haga se entregue el dinero que hubieren dado para que se convierta en la compra de caballos, hasta ahora no se ha conseguido. Y se está en desconfianza, por lo que el conde ha escrito sobre haber convertido alguna cantidad de la que ha beneficiado en otros efectos, disponiéndolo en una junta que dice tiene V.M. formada, en que asiste con José González y D. Lorenzo Ramírez, para todo lo que toca a los criados.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre que V.M. se sirva de mandar al conde de la Puebla de Montalbán que cumpla las órdenes que tiene para que los criados de la casa real, caballeros de hábito, sirvan como los demás caballeros de ellas*. Madrid, 15-9-1645. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>1903</sup> “(.....) Por la junta de Prevenciones, se me ha representado que, por órdenes mías, le toca el hacer las dichas prevenciones que miran a los criados de mi casa, aunque tengan hábito. Y tengo por bien que la junta de la milicia de las Órdenes no se entrometa en esta parte con los criados de mi casa, aunque tengan hábito, dejando correr estas diligencias por la de Prevenciones.” *Orden del rey, dirigida al presidente del consejo de Órdenes, sobre que no se embaracen las diligencias que hace la junta de Prevenciones con los criados de la casa real que tienen hábito*. Zaragoza, 8-10-1645. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>1904</sup> “(.....) Y los demás caballeros de hábito, aunque sean criados míos, como no me vengán sirviendo en el oficio y puesto que tienen en mi casa, corren con los demás caballeros de órdenes en la obligación de servir en la guerra o dar montado. Y todo lo que en esta razón hubiere de pedir y ejecutar, toca a la junta de la milicia de las Órdenes, a quien está cometido, y de nuevo lo cometo privativamente. Y he mandado se advierta de ello al conde de Montalbán.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que responde a una orden sobre que no se embaracen las diligencias que hace con los criados de la casa real que tienen hábito de ellas*. Madrid, 14-10-1645. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>1905</sup> *Decreto del rey, dirigido al presidente del Consejo de Castilla para que los ministros dependientes de él, caballeros de hábito, depositen las propinas que están aplicadas al batallón de las Órdenes*. Madrid, 5-7-1645. AHN, Consejos, Leg. 7135.

Mientras se producían estos acontecimientos se trabajó en disponer todo lo necesario para la próxima campaña. Dentro de una petición general a todos los consejos y tribunales, con vistas a que aportaran 3.000 caballos para el ejército de Cataluña, la Corona solicitó a la Junta otros 300 caballos<sup>1906</sup>. Esta notificación es la primera referencia (que tengamos noticia) en la que se permitió a este organismo conmutar los caballos que debió prestar por su equivalente en dinero, a razón de 150 ducados por caballo (incluido el equipamiento necesario). Con el tiempo, ésta será la línea de actuación que se imponga, es decir el pago de una cantidad anual. Esta podría ser una buena manera de aligerar los trámites, pues a las dificultades propias de reunir el dinero, se unía la compra de los caballos.

Pese a todo, el balance de ese año puede ser calificado de forma positiva, pues se consiguió enviar a Cataluña la compañía conducida por D. José de Milán y Aragón, con 41 hombres montados, armados y pertrechados junto con otros 267 caballos equipados para su uso militar<sup>1907</sup>. Además, también se requirió al Consejo de Órdenes para que aportara 8.000 ducados con los cuales contribuir a los gastos ocasionados por las obras de fortificación de la ciudad de Lérida, la cual había sido reconquistada el año anterior<sup>1908</sup>. Al parecer, esta contribución venía motivada por la concesión de diversos expedientes al Consejo de Órdenes para que, con su producto, obtuviera la cantidad solicitada. El único que hemos podido identificar, se refería al depósito de ciertas cantidades que los caballeros de hábito debían abonar a la hora de contraer matrimonio. En lo relativo a las órdenes de Santiago y Calatrava, no hubo ninguna incidencia digna de consideración, pero con la orden de Alcántara si se produjeron problemas. En concreto, venían motivados por la muerte del marqués de Castrofuerte en el mes de septiembre, quien además de los empleos referidos en las páginas precedentes, servía como tesorero de la orden de Alcántara, y no pudo traspasar estos fondos al fin designado. Además, no se vislumbraba que pudiera disponer de ellos a corto plazo, pues en esos momentos se encontraban depositados ante los herederos de los Fugger (cuyo

---

<sup>1906</sup> “(.....) Y si alguno de los consejos y tribunales hallare embarazo en dar caballos, y tuvieren por más comodidad suya dar el dinero necesario para que se compren por una mano, vendré bien en ello, computándose cada caballo, con silla y aderezo a 150 ducados; y dando, demás de esto, el gasto que se ajustare para su sustento y conducción.” *Decreto del rey, dirigido al marqués de Mirabel, presidente del consejo de Órdenes, sobre los 300 caballos repartidos a la junta de la milicia de ellas, para la remonta de la caballería*. Zaragoza, 1-10-1645. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>1907</sup> *Relación de las compañías de caballos, y caballos sueltos a la mano, que remitió la junta de la Caballería de las Órdenes a los ejércitos desde el año de 1641*.....

<sup>1908</sup> *Consulta del consejo de Órdenes sobre los 8.000 ducados de la fortificación de Lérida*. Madrid, 18-12-1645. AHN, OO.MM, Leg. 6340(1).

asiento para administrar los maestrazgos de las Órdenes Militares había concluido ese año, con la quiebra de esta casa<sup>1909</sup>), como caudal particular y no como dinero del rey. De esta manera, la Corona debía ponerse a la cola de los acreedores si deseaba percibir esta cantidad, con los inconvenientes que ello acarrearía<sup>1910</sup>.

Como consecuencia de este imprevisto, no se disponía de la liquidez necesaria para acudir a este servicio. Así, el único medio que contemplaba el Consejo de Órdenes para salir del apuro, era acrecentar la autorización dada a D. Antonio de Luna para que pudiera vender ciertos oficios y efectos, con los cuales sustentar una compañía que este organismo mantenía en el ejército de Cataluña (independiente del Batallón de las Órdenes), por encima de los 50.000 ducados estipulados, y ampliando su jurisdicción a territorios que no estaban gobernados por las Órdenes Militares. Su petición venía justificada porque otros funcionarios, a quienes se había cometido ventas de oficios, se inmiscuían en las poblaciones reservadas al Consejo de Órdenes. Pese a que se aprobó la propuesta, se trataba de una victoria a medias, pues no se podían superar los 50.000 ducados que se había establecido en un principio, ni tampoco se podían realizar operaciones de venta fuera del territorio bajo jurisdicción de las de las milicias católicas<sup>1911</sup>.

Respecto a las disposiciones para la nueva campaña, a principios de enero se exhortó a la Junta que tuviera prevenidos los 300 caballos que se le solicitaron el pasado mes de septiembre. Esta petición se inscribía dentro de la línea iniciada en 1644, cuando se decidió sustituir la participación personal por un pago en metálico, y utilizar esta cantidad para garantizar la pervivencia de la unidad en el frente catalán.<sup>1912</sup>

Del mismo modo, se declaró partidaria de no llevar a cabo un nuevo llamamiento (al igual que en 1644 y 1645), y continuar el iniciado en 1643. En este llamamiento se incluirían todos aquellos individuos que ese año recibieron la merced,

---

<sup>1909</sup> DE FRANCISCO OLMOS, J.Mª y PRESA GARCÍA, Mª A.: *Op. cit.* pp. 1766-1767.

<sup>1910</sup> “(...) Y tiene sumo sentimiento el consejo de la forzosa dilación que ha habido en comenzarlas [el cumplimiento de ese servicio], causada de que por muerte del marqués de Castrofuerte, tesorero que fue de la orden de Alcántara, las cantidades que paraban en su poder, de los casamientos de la dicha orden, que parecían y debían ser efectos prontos, y de que V.M. había permitido se valiese el consejo para esta ocasión, se hallan en depósito en la casa de los herederos de Marcos y Cristóbal Fúcar, no como hacienda de V.M., sino como deposito particular del marqués de Castrofuerte, con calidad de que los demás depósitos que en aquella casa se han hecho y se recibían, con que su paga y restitución ha de tener, conforme a derecho, el lugar y grado que le toque en la quiebra que la dicha casa se halla.” *Consulta del consejo de Órdenes*.....18-12-1645.

<sup>1911</sup> *Ibidem*.

<sup>1912</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que dice lo que se le ofrece sobre los 300 caballos que, en orden de 2 de septiembre del año pasado de 1645, manda V.M. de para la campaña de este año*. Madrid, 13-1-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

porque algunos caballeros de hábito aprestaron un montado, pagado por 18 meses, a cambio de ella, quienes hasta ese momento habían permanecido exentos de contribuir<sup>1913</sup>. Pese a que el punto de partida no era muy optimista, la Junta se comprometía a suscribir algún asiento con el cual acometer la compra de los 300 caballos solicitados<sup>1914</sup>.

No obstante, su tarea se vio dificultada porque Felipe IV, de nuevo, destinó la partida consignada a esta unidad, unos 27.000 pesos en plata (cantidad suficiente para acudir a este servicio y liquidar parte de las deudas de la junta), procedentes de las cantidades depositadas por los caballeros americanos, para el pago de otras deudas que tenía contraídas la Real Hacienda. Se trataba de asientos suscritos por el conde de Castrillo para el abastecimiento de los ejércitos que combatían en la península, cuyo principal ascendía a 238 millones de maravedíes (unos 635.000 ducados más o menos), y que habían sido avalados por la plata procedente de América<sup>1915</sup>. Pese a que ese dinero iba a ser destinado a fines bélicos, no era menos cierto que, en lugar de emplearse en la caballería de las Órdenes Militares, la contribución de los caballeros de hábito del Nuevo Mundo iba a confundirse dentro del presupuesto militar ordinario de la Corona española. Además, el desembolso efectuado se justificaba porque sería destinado, de forma efectiva, a esta unidad, en tanto en cuanto el sujeto pasivo de la obligación era caballero de hábito. Esta puntualización es muy importante, porque no se trataba de una exacción ordinaria, sino que tenía su origen (y, en teoría, su conclusión) en el deseo de asegurar su pervivencia en el seno de las fuerzas reales que combatían en el Principado de Cataluña.

Pero los fondos remitidos desde América no fueron los únicos que, en última instancia, acabaron en otras manos. Con la excusa de acudir al pago de partidas militares urgentes, otra importante cantidad (aunque no se especifica su cuantía), cuyo origen eran las contribuciones de los caballeros de hábito residentes en el ducado de

---

<sup>1913</sup> “(.....) Y respecto de que el dicho año de 1643 (que se comenzó el último llamamiento), ofreció V.M. la merced de hábito a os que diesen un montado, armado y pagado por 18 meses, y aunque después se revocó, a 65 caballeros que antes habían dado los montados y el sueldo mandó V.M. se les cumpliese el ofrecimiento. Y podrán estos caballeros servir ahora, como los demás que no lo han hecho, pues no es justo se valgan de la inclusión de este año en el mismo llamamiento, que mira solamente a facilitar el servicio en aquellos que le hacen sin ninguna recompensa.” *Ibídem*.

<sup>1914</sup> *Ibídem*.

<sup>1915</sup> *Orden de S.M., dirigida al presidente del consejo de Órdenes, en que se dice que el dinero que ha venido en los últimos galeones, para la junta de la milicia de ellas, se ha aplicado para satisfacción de libranzas que en ellos tiene el conde de Castrillo*. Madrid, 28-1-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

Milán, fue utilizada de manera ilegal por el Consejo de Italia para atender a las necesidades que presentaban las galeras de Sicilia<sup>1916</sup>.

La institucionalización de estas acciones unilaterales supuso un duro golpe para la continuidad del Batallón de las Órdenes, pues la Junta no estaba en condiciones de continuar enviando los caballos suficientes para tal fin. Pero aún siendo grave esta circunstancia, las perspectivas para el futuro eran muy oscuras, pues sus fuentes de financiación producían cada vez menos, y las deudas acumuladas crecieron de forma sensible, circunstancia que la imposibilitaba suscribir algún asiento por la cuantía de los 300 caballos<sup>1917</sup>.

Además, la situación de los individuos que se encontraban prestando servicio en el frente catalán era susceptible de ser mejorada. Esto se debía a dos circunstancias: en primer lugar, el quebranto de su independencia administrativa, pues en marzo de 1645, con motivo de la vacante dejada en la veeduría general del Batallón por D. Francisco de Unzueta, su último titular, y su designación como veedor general del ejército de Extremadura, se creyó oportuno suprimir dicho empleo, cuya principal consecuencia fue que a partir de ese momento pasó a estar subordinada al veedor general del ejército de Cataluña<sup>1918</sup>. En concreto, la persona responsable pasó a ser D. Nicolás Cid, miembro de los consejos de Guerra y Hacienda, veedor general del ejército de Cataluña (y posteriormente superintendente de esa veeduría general), a quien se autorizó a nombrar un oficial para que llevara las cuentas de la caballería de las Órdenes Militares, pero siempre supeditado a aquel. El elegido para esta tarea fue D. Francisco de Bustamante, que había servido como oficial segundo de la veeduría general del Batallón bajo el mandato de su último titular, tras lo cual fue ascendido al puesto de oficial mayor<sup>1919</sup>.

Más allá del malestar de la Junta por este hecho, que acarreaba la pérdida del control último sobre los fondos destinados a la conservación de la unidad, que pasarían a ser gestionados por un funcionario ajeno a ella, lo cierto es que suponía el primer revés serio sufrido por este organismo, en su intento por monopolizar todo lo relativo a

---

<sup>1916</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la ejecución de una orden para aplicar el caudal que ha venido en los últimos galeones, consignado a la caballería de ellas, para la satisfacción de las libranzas que se dieron al conde de Castrillo sobre ellos.* Madrid, 28-1-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>1917</sup> *Ibidem.*

<sup>1918</sup> *Carta del secretario Gregorio de Leguía al secretario D. Gregorio de Tapia en la que avisa como S.M. ha resuelto se reforme la veeduría general de las órdenes y se agregue a la del ejército de Cataluña.* Madrid, 13-3-1645. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>1919</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Francisco de Bustamante, oficial mayor de la veeduría general de la caballería de ellas.* Madrid, 2-9-1647. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

la contribución de los caballeros de hábito al esfuerzo bélico de la monarquía española. Además, pese a que el individuo designado por el nuevo responsable burocrático para auxiliarle en lo tocante a esta unidad montada, estaba vinculado al Batallón, se abría la puerta, como de hecho ocurrió, a que otras instancias pudieran aprovecharse de los fondos y de los caballos que cada año aportaba la Junta de la Milicia de las Órdenes<sup>1920</sup>.

El otro agravio que representaba era la mala política seguida en la provisión de los empleos de capitán de algunas compañías del Batallón. Sus quejas iban dirigidas a dos aspectos: que los designados eran personas sin ningún vínculo con la unidad, es decir, que no habían servido en ella con anterioridad; y lo que es más grave, no eran caballeros de hábito<sup>1921</sup>. El malestar se refería a la manera en que se proveían las vacantes de las compañías que se encontraban prestando servicio, más que a las de nueva formación. En concreto aquellas que se concedían en gobierno y no en propiedad, porque el titular había abandonado el mando (tanto de forma definitiva como provisional), a la espera de nombrar un nuevo capitán. Durante el año anterior se recogieron las primeras quejas en ese sentido, pues los sujetos designados, al no tener ninguna esperanza de consolidar este empleo, desempeñaron su cometido con menos eficacia que quienes eran caballeros de hábito y poseían la compañía en propiedad<sup>1922</sup>.

La principal consecuencia de todo ello fue que, ante esta nueva realidad, se produjeron abandonos del servicio. Pero más que la cantidad, lo que importaba era la calidad de quienes dejaban de servir. En este sentido, lo que se pretendía era que los puestos de capitán se reservaran para los caballeros de hábito, como incentivo al que podían aspirar si prestaban servicio en la unidad. Pese a que la Junta era consciente de que una de las armas más efectivas para justificar su vigencia, era explotar la importancia psicológica del binomio nobleza-guerra, en concreto aplicado a la oficialidad, y la sensación de prestar servicio en una unidad exclusiva y exclusivista, donde se podían alcanzar unas cotas de prestigio personal, y de recompensas materiales, inalcanzables en cualquier otra, y que el más mínimo atisbo de relajación en este sentido

---

<sup>1920</sup> “[su estado se debe a] no haberle [V.M.] destinado dinero para su paga, corriendo en lo general de los socorros del ejército, menos favorecido este trozo que los demás de él.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*.....28-1-1646.

<sup>1921</sup> *Ibídem*.

<sup>1922</sup> “(.....) Habiendo entendido esta junta que algunas compañías de las órdenes se han dado en gobierno a personas que no tienen hábito, y que esto es causa de deshacerse, porque no aspirando a ser capitanes de ellas, cuidan menos de su conservación.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que representa cuanto importa que no se haga novedad en la forma de dar las compañías y puestos mayores del batallón de ellas, y el inconveniente de tenerlas en gobierno personas que no son de hábito*. Madrid, 22-1-1645. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

socavaría sus cimientos, consideramos que su malestar en este aspecto tal vez pueda pecar de exagerado.

Según los datos que hemos presentado a lo largo de las páginas precedentes, las personas designadas para el mando de las compañías enviadas desde la Corte hacia el frente catalán, bien como capitanes propietarios, bien como gobernadores interinos, eran todos caballeros de hábito, acreditaban servicios militares, y la mayoría de ellos habían servido en el Batallón de las Órdenes con anterioridad<sup>1923</sup>. A modo de ejemplo, en el caso de los sujetos designados en 1641 para cubrir las primeras bajas de la unidad, nos encontramos ante una realidad similar, pues todos ellos vestían hábito y tenían experiencia en combate. Así pues, a primera vista, el descontento de la Junta no parece estar justificado, aunque en algunos casos puntuales se hubieran producido actuaciones contrarias a lo que se había estipulado para el mando de las compañías de la caballería de las Órdenes Militares.

Pero su exposición no consiguió aflojar el nivel de exigencia del monarca, pues aunque se comprometió a dar una solución, urgió a que se entregaran los 300 caballos solicitados lo antes posible. En cuanto a las fuentes de financiación para acudir a este gasto, insistió en que se intensificaran las negociaciones para que algún financiero se animara a suscribir un asiento y que, a la vez, se dieran nuevos bríos a las instancias realizadas para que los caballeros y comendadores que aún adeudaban cantidades, tanto por los dos llamamientos anteriores, como por el actual, las liquidaran<sup>1924</sup>. En esta ocasión las urgencias de la Corona no surtieron ningún efecto en los miembros de la Junta, más bien parece haber ocurrido lo contrario pues, ante la imposibilidad de acudir al servicio solicitado, se asistió a un repliegue sobre sus posiciones iniciales. Incluso cuestionó que las dos líneas de actuación propuestas desde el poder real fueran suficientes para cumplir con su obligación. En primer lugar, porque los deudores se encontraban en una situación económica tan delicada que, pese a todas las actuaciones emprendidas en esa dirección, seguían sin saldar su deuda. Y en segundo lugar, con este

---

<sup>1923</sup> De los seis militares designados para este cometido, cuatro de ellos: D. Álvaro de Quiñones, D. Juan Bautista de Otho, D. Pedro Giner y D. Diego de Villalba, reunían las dos cualidades que los miembros de la junta echaban en falta: haber servido previamente en el Batallón y pertenecer a las Órdenes Militares. En cuanto a los dos restantes, D. Fernando Gallo y D. José de Milán, eran caballeros de hábito y, aunque no habían militado en las anteriores formaciones de la unidad, ambos acreditaban experiencia militar suficiente para poder asumir esta responsabilidad.

<sup>1924</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*.....28-1-1646.

panorama tan desalentador, las pocas personas interesadas formalizar un préstamo con ella, ante la falta de garantías de cobro, desistirían de hacerlo<sup>1925</sup>.

Al mismo tiempo, se reprochó al monarca que abandonara a su suerte a una de las unidades militares que de forma más activa había combatido, compuesta en su mayor parte por soldados profesionales (aunque los caballeros de hábito escaseaban), y con un coste mínimo para las arcas reales, algo de lo que no podían presumir las fuerzas ordinarias, máxime cuando el rey tenía la obligación de sustentar a la caballería de las Órdenes Militares como al resto del ejército, tal y cómo recogía la legislación. Por estos motivos, solicitó que no se autorizara el “valimiento” de las cantidades destinadas a la financiación del Batallón de las Órdenes, con el objetivo de restablecer la línea de crédito gracias a la cual había subsistido a partir de 1643<sup>1926</sup>. A tal punto llegó su exposición, que incluso vaticinó el fin de la unidad si la Corona no se implicaba en su pervivencia. Su grado de desesperación fue tal, que los propios integrantes de la junta se mostraron dispuestos a finiquitar sus actividades, como consecuencia de la parálisis financiera que sufrían<sup>1927</sup>.

La exposición de la Junta resultó convincente, pues Felipe IV varió su parecer de una postura inmovilista, e incluso, de indiferencia hacia los problemas que representó este organismo, a otra postura mucho más comprensiva y de colaboración. Pese a que ya no había solución para el daño causado, en adelante se comprometía a no utilizar los

---

<sup>1925</sup> “(.....) Hase procurado con particular atención ajustar algún asiento sobre los efectos más útiles y prontos, para comprar los 300 caballos, ofreciendo los intereses y conveniencias que más pudieran facilitarlo. Y hasta ahora, ni en las personas que han socorrido otros años, mientras que se han buscado, se ha hallado quien quiera proveer alguna cantidad, porque reconocen que la junta está muy adeudada. Y aunque es verdad que del llamamiento último de los caballeros de hábito, que va corriendo, faltan muchos de cumplir, es razón se igualen con los que lo han hecho, tiene grande dificultad que esto produzca beneficio, porque los más sujetos son tan necesitados que toda la diligencia que se ha puesto hasta ahora en cobrar de ellos no ha sido de fruto y el mayor apremio solamente servirá de darles molestia, por lo que no pueden. Y así, viene a ser imposible hacer asiento, y forzoso contentarse con lo que pudiere proceder de la administración que en su beneficio se tiene, en que no se pierde tiempo, ni se puede hacer fijo presupuesto, y hallándose este batallón tan desecho y necesitado de engrosarle, es forzoso que la junta, con el celo que siempre tiene del mayor servicio de V.M. esté muy inquieta hasta tener camino para acudir al remedio de este inconveniente y no excusa hacer memoria a V.M. que después de 6 años que se comenzó la formación de esta caballería, pasan de 3.500 caballos los que han dado las órdenes.” *Ibidem*.

<sup>1926</sup> “(.....) Y V.M., sirviéndole esta caballería, ha de sustentarla como al ejército, y así se hacía aun cuando había maestros, y el no dejarla perder (cuando se puede poner en tan buen pie, valiéndose de lo que propiamente es de las órdenes, sin hacer gasto a la Real Hacienda) entiende la junta es lo que más importa en el estrecho de las ocasiones que se ofrecen, y que a esto no se puede proporcionar la paga de los que no son acreedores legítimos de este crédito, a quien V.M. podrá contentar en otra forma o suspender el tiempo de su satisfacción fácilmente, dándoles algún interés.” *Ibidem*.

<sup>1927</sup> “(.....) Mire V.M. que este batallón ha servido siempre con valor, y será pérdida muy sensible deshacerle, y si los sucesos de la campaña (que son tan casuales y dependientes de varios accidentes) pusiesen en nuevos cuidados, aunque entonces hubiese dinero, o V.M. le diese, no habrá tiempo para ejecutar lo que convenga, y así es menester prevenirlo, desde luego, sin perderle, y últimamente tenga entendido V.M. que con esta diversión no quedan medios de beneficio pronto para obrar nada, y que será forzoso que todo cese, porque V.M. después no culpe a la junta (.....).” *Ibidem*.



ingresos destinados a la conservación de la caballería de las Órdenes, generados única y exclusivamente con esa motivación, para otros fines, aunque fueran de carácter militar. La evidencia más palmaria del cambio acontecido, fue la orden dada para que los funcionarios de la Casa de la Contratación (donde se custodiaban todos los ingresos procedentes del Nuevo Mundo, a la espera de su distribución) pusieran a disposición de la Junta las cantidades correspondientes, y que bajo ninguna circunstancia se entregaran a cualquier otro funcionario, o se consignaran al pago de asientos, salvo los suscritos por ella. Por último, con el objetivo de que aprestara los 300 caballos solicitados, el monarca participó a la Junta de la orden dada a Manuel Cortizos<sup>1928</sup> (asentista al servicio de la Corona, que en 1642-43 había proporcionado caballos para el Batallón), para que corriera por su cuenta este asunto<sup>1929</sup>.

Pero estas soluciones llegaban tarde para enmendar el quebranto producido. Pese a que se había ordenado entregar a la Junta las partidas de su titularidad, lo cierto es que las consecuencias de dicha decisión tardarían algún tiempo en revelarse, y de esto último no andaba muy sobrada, si quería tenerlo todo dispuesto para la campaña vigente. Por este motivo se planteó que, ante la imposibilidad de disponer de alguna cantidad de dinero para remontar esta unidad montada, se le suministraran 200 equinos, procedentes de los que cada año aprestaban los diferentes consejos y tribunales de la monarquía, pues con ellos se podrían paliar las necesidades más urgentes y planificar futuras actuaciones con mayor margen de maniobra<sup>1930</sup>. Sin embargo, esta propuesta se consideró excesiva, y solo se autorizó el envío a la Junta de 60 equinos, procedentes de los que debía entregar el Consejo de Italia<sup>1931</sup>. Es posible que éste fuera el elegido porque aún adeudaba a la Junta de la Milicia de las Órdenes la cantidad que, indebidamente, había destinado a la conservación de la escuadra de galeras de Sicilia.

---

<sup>1928</sup> Según refiere Sanz Ayán, Manuel Cortizos de Villasante nació en 1603 en Valladolid. Era hijo de Antonio López Cortizos, portugués que se estableció en Madrid sobre el último cuarto del siglo XVI, dedicado al comercio de especias, piedras preciosas y telas. Manuel Cortizos fue titular del arrendamiento de lanas, y en 1630 administró, durante algunos años, el almojarifazgo de Indias. En 1642 ingresó en la orden de Calatrava y fue nombrado familiar de la Inquisición. En esos años consta que firmó varios asientos para el abastecimiento del ejército de Cataluña, y para aprovisionarle de caballos. SANZ AYÁN, C.: “Consolidación y destrucción de patrimonios financieros en la Edad Moderna: Los Cortizos (1630-1715)”, en: ROBLEDO HERNÁNDEZ, R. y CASADO ALONSO, H. (coords): *Fortuna y negocios: formación y gestión de los grandes patrimonios (siglos XVI-XX)*. Valladolid, 2002. pp. 75-76.

<sup>1929</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*.....28-1-1646.

<sup>1930</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes, en la que suplica a V.M. que, si no hubiere lugar de aplicar alguna cantidad del caudal que ha venido en los galones de las Indias, para la caballería de las Órdenes, se sirva de mandar se la den 200 caballos de los que de aquí se envían al ejército*. Madrid, 17-3-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>1931</sup> *Decreto del rey, dirigido al presidente del consejo de Órdenes, en el que informa que ha resuelto se entreguen 60 caballos, de los que ha de dar el consejo de Italia, a la junta de la milicia de ellas, para montar una compañía*. Pamplona, 28-4-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

Pese a tratarse de soluciones que permitían vislumbrar algo de luz en el oscuro panorama esbozado unos meses antes, consideramos que a largo plazo, podrían repercutir de forma negativa. Según nuestro criterio, estas decisiones suponían limitar aún más su autonomía, al tiempo que potenciaban algo que desde los primeros momentos de vida de la unidad se buscaba evitar: su percepción como una unidad militar más. En este sentido, la decisión de suprimir su independencia administrativa fue el primer paso hacia su “vulgarización”. Esto se vio agravado por el colapso financiero del año 1645 y sus repercusiones durante el año siguiente, lo cual obligó a la Junta a abandonar su aislamiento y abastecerse como otra unidad más. Esta decisión no significó que la Corona se diera por satisfecha, sino que mantuvo el mismo grado de exigencia, y ordenó a la Junta a que entregara el resto de los caballos a la mayor brevedad posible<sup>1932</sup>.

A finales del mes de junio se empezó a ver la luz en el incierto futuro que se cernía sobre la Junta de la Milicia de las Órdenes. Esto se debía a que estaban muy próximas a concluir con éxito las negociaciones con dos de los individuos que la socorrieron el año anterior, D. Alonso Montero y D. García de Herrera, a los cuales se sumaba en esta ocasión Domingo Herrera de la Concha<sup>1933</sup> (que ocupaba el lugar dejado por Cristóbal Martínez Flores como prestamista, pues éste había fallecido), para que adelantaran 300.000 reales de vellón<sup>1934</sup>. Durante los días siguientes se concretaron las cláusulas del acuerdo, imprescindibles para la posterior aprobación del monarca y la elaboración de la escritura definitiva, acontecimiento que tuvo lugar a mediados de julio.

Como ya hemos mencionado, el montante de la operación alcanzó los 300.000 reales de vellón, de los cuales la mitad sería aportada por D. García de Herrera, otros 100.000 por D. Alonso de Montero, y los 50.000 restantes por Domingo de Herrera. Esta operación sería la primera en la que el nuevo receptor general de la junta, D. Juan Bautista del Corral, actuaría como representante de ella, pues acababa de obtener este empleo, sustituyendo a Cristóbal Martínez Flores, su anterior titular, el cual, como

---

<sup>1932</sup> *Orden del rey, dirigida al presidente del consejo de Órdenes, para que se encaminen los caballos que la junta tiene obligación de enviar al ejército, por estar el enemigo en campaña y ser menester engrosar la caballería.* Pamplona, 11-5-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>1933</sup> Esta debió de tratarse de una de las primeras incursiones de este hombre de negocios sevillano, cuyo periodo de máxima prosperidad se produjo durante la década de los 50. SANZ AYÁN, C.: *Los banqueros de Carlos II.* Salamanca, 1988. p 404.

<sup>1934</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre el asiento de 300.000 reales de vellón, con que ofrecen socorrerla D. García de Herrera, D. Alonso Montero y Domingo de Herrera.* Madrid, 23-6-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

hemos visto, había muerto<sup>1935</sup>. Al igual que lo pactado en los asientos suscritos durante los años anteriores, se les entregaron una serie de rentas, cuya titularidad pertenecía a la junta, con las cuales se cubría (al menos en teoría) el principal de la deuda, así como las sumas que todavía estaban pendientes de cobro por el firmado en 1645, cuyo montante era de 336.000 reales<sup>1936</sup>.

En cuanto a las partidas consignadas en esta ocasión, ascendían a 450.000 reales, repartidas en cinco expedientes. El primero de ellos eran 200.000 reales, procedentes de las fianzas depositadas por los caballeros en el momento de recibir el hábito, como garantía de que acudirían a servir. Aunque antes de percibir cualquier cantidad, primero se tendría que liquidar cualquier cantidad que tuvieran señalada, por este concepto, de los asientos anteriores. Además, se comprometían a reservar 50.000 reales del rendimiento de este arbitrio, para que fueran entregados a la Junta de la Milicia de las Órdenes, como una especie fondo de reserva para hipotéticas contingencias, pues las malas experiencias sufridas durante este año, movieron a sus responsables a proveer alguna cantidad para atender a sus necesidades. En segundo lugar, se ofrecieron 30.000 reales de las cantidades procedentes de los caballeros que recibieron un hábito en 1643, a cambio de entregar un sustituto. En este caso también se reservó una cantidad, en este caso 20.000 reales, para la Junta, los cuales recibiría con prelación a cualquier otro deudor<sup>1937</sup>. El balance no podía ser más favorable para este organismo, pues no sólo conseguía restablecer sus vías de crédito sino que (siempre y cuando la recaudación de las remesas asignadas al pago de la deuda produjera el rendimiento esperado) contaría con una cantidad de dinero, suficiente para tener cierto margen de maniobra ante las dificultades que debía superar.

En tercer lugar, se encontraban 70.000 reales librados sobre el fruto que produjeran la suspensión de visitas por nueve años en los territorios de las Órdenes Militares, la venta de regimientos; y un nuevo arbitrio del cual no hemos tenido conocimiento hasta ahora: la facultad para conceder gracias e indultos, también en la jurisdicción de estas corporaciones. Pero antes de poder percibir suma alguna de este medio, se les debía abonar la cantidad que se les adeudaba por este mismo concepto, del

---

<sup>1935</sup> *Cédula en la que el rey nombra a D. Juan Bautista del Corral por Receptor General de la Junta de la Milicia de las Órdenes, por fallecimiento de Cristóbal Martínez Flores con 500 ducados de salario al año.* Zaragoza, 7-7-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

<sup>1936</sup> *Escritura del asiento entre la junta de la caballería de las Órdenes, y en su nombre D. Juan Bautista del Corral, y los señores D. García de Herrera, D. Alonso Montero Villalobos y Domingo Herrera de la Concha.* Madrid, 17-7-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

<sup>1937</sup> *Ibídem*

asiento suscrito en 1645. También se les asignaban 100.000 reales, con cargo a las medias lanzas que debían abonar las encomiendas y algunos conventos de las Órdenes Militares (en sustitución de las lanzas que estaban obligados a tener dispuestas, aunque se determinó reducirlas a la mitad). Los 50.000 reales restantes procederían de las cantidades depositadas por los caballeros para evitar el servicio en las galeras (relevaciones de galeras)<sup>1938</sup>.

Junto a la provisión de monturas para los miembros del Batallón y la resolución de los problemas financieros que afectaban a la unidad, también se adoptaron medidas para enviar hombres con los que paliar las bajas producidas. Según las informaciones que manejaba la Junta, en esos momentos se encontraban sirviendo 300 hombres, de los cuales 200 debían combatir a pie<sup>1939</sup>. Pese a la dramática situación financiera por la que atravesó este organismo, sus planes para el año 1646 eran ambiciosos. Su optimismo venía motivado por las altas expectativas depositadas en los reclutamientos que se habían iniciado por esos meses, y a los que iban a tener lugar de forma inmediata, pues gracias a ellos se esperaba que el número de integrantes del Batallón estuviera muy próximo a los 500 hombres<sup>1940</sup>.

En esta ocasión coexistieron dos tipos de reclutamiento. En primer lugar, se podría hablar de un alistamiento de carácter forzoso, motivado por la determinación de la Corona de adoptar medidas drásticas contra todos aquellos militares que habían abandonado el servicio activo, tanto con licencia de los superiores, como sin ella. A grandes rasgos, nos encontramos con una repetición de lo acontecido entre los años 1638-1640, cuando se intentó obligar a los veteranos a que volvieran a servir, bajo la amenaza de proceder contra ellos, e incluso despojarles del fuero militar; aunque también se prometía tener en cuenta las reivindicaciones de quienes se retomaran el ejercicio de la profesión militar. En esta ocasión, el llamamiento se hacía extensivo tanto a los oriundos de los reinos peninsulares, como de fuera de ellos, que hubieran recibido salario de la Corona por su condición castrense<sup>1941</sup>.

---

<sup>1938</sup> *Ibídem.*

<sup>1939</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*.....17-3-1646.

<sup>1940</sup> *Ibídem.*

<sup>1941</sup> “(.....) He resuelto ordenar al consejo de Guerra que, reconociendo los bandos publicados en los años de 1642, 1643 y 1644, se forme un bando que se publique en esta Corte, y demás ciudades y villas del Reino, en que se mande que todas cualesquier personas, naturales y no naturales de estos Reinos, que hubiesen militado en mis ejércitos y llevado sueldo mío, vayan al ejército de Cataluña y asienten plaza, hasta el día primero de marzo. Y si tuviesen alguna pretensión, dejen o envíen sus memoriales para que sean despachados, declarando por desertores a los que lo contrario hicieren, privándoles del fuero y de todos los privilegios militares.” *Decreto de S.M., dirigido al presidente del*

Se creyó oportuno encomendar esta tarea a D. Diego Sarmiento de Isasi, comisario general de la infantería y caballería de España, motivo por el cual estuvo involucrado en la formación de las compañías de las Órdenes Militares durante este año. También se buscaba utilizar esta cuantiosa reserva de militares inactivos, para que sirvieran como sustitutos de todos aquellos súbditos que hubieran sido llamados para formar parte de las compañías de la milicia de Castilla, para que el impacto de estas levadas sobre la población rural no fuera tan acusado. Es decir, causar el menor trastorno posible, empleando a los militares en la guerra y a los campesinos al cultivo del campo<sup>1942</sup>.

En cuanto al segundo, que también estaba dirigido a soldados veteranos y oficiales reformados pese a que la mayor parte de ellos no presentaba la condición de hidalgo, buscaba su inclusión en la unidad de manera voluntaria. En este sentido, nos llama la atención que, pese a la salida del poder del Conde Duque (que ya había fallecido), sus propuestas seguían siendo útiles, pues en última instancia lo que se buscaba era la promoción de estos individuos, con largos años de servicios a sus espaldas, los cuales no habían sido recompensados como se merecían. Aunque los militares experimentados constituían la principal cantera de la que se surtían los reclutadores del Batallón de las Órdenes, también había otros perfiles que consideraban atractivo el servicio en esta unidad montada; en concreto jóvenes (sobre todo de extracción hidalga) para quienes suponía un buen punto de partida para ulteriores metas.

Sobre estas dos actuaciones se cimentó la reorganización de la unidad durante el año 1646. Al igual que había ocurrido en los años pasados, también se produjeron discrepancias entre los ministros encargados de la remonta del Batallón, y los de otras unidades militares que también trataban de llevar a cabo sus reclutamientos entre este filón. Esto parece ser lo acontecido a principios de 1646, entre la caballería de las Órdenes Militares y un tercio que en esos momentos se estaba levantando en Madrid, cuyo maestre de campo iba a ser D. Diego de Villalba, caballero de la orden de Santiago, que había mandado una compañía del Batallón en 1640 y conducido otra a Cataluña en 1644. La polémica venía determinada por el decreto al que nos acabamos

---

*consejo de Castilla, sobre el bando que ha mandado promulgar para que vayan a servir los soldados.* Madrid, 8-2-1646. AHN, Consejos, Leg. 7134.

<sup>1942</sup> “(.....) Y que se envíe orden también a los mismos ministros para que cualquiera de los soldados que ahora se quintan, que entregaren soldado viejo o de los quintados que fueron a servir las campañas pasadas, quede libre de ir a servir esta campaña. Que el deseo de quedarse en su casa obligará a muchos a que busquen y entreguen soldados viejos, con que se excusará, en parte, el sacar los labradores. Y la gente que saliere será de más provecho.” *Ibidem*.

de referir, pues conforme los términos comprendidos en el, todos aquellos soldados de la mencionada unidad de infantería sin puesto vivo (es decir, reformados o entretenidos), debían ser reseñados, con el objetivo de saber cuales de ellos habían servido en anteriores formaciones del Batallón de las Órdenes, para que lo hicieran en alguna de las compañías que se estaban formado<sup>1943</sup>.

Conforme el mandato de la Corona, se consiguió reclutar unos 70 soldados para que sirvieran en la caballería de las Órdenes Militares, todos los cuales habían militado previamente en ella<sup>1944</sup>. En esta ocasión, tras consultar con D. Rodrigo de Herrera (quien una vez superados sus problemas de salud retomó el servicio en el Batallón, siendo nombrado teniente general de la unidad) se optó porque se dirigieran a pie a Aragón, donde se les entregarían las monturas, lo que confirmaría la angustiosa carestía de caballos que sufría el Batallón. Además se creyó conveniente formar con ellos una compañía nueva, con oficiales propios, para que partiera lo antes posible<sup>1945</sup>. El designado para este cometido fue el capitán de caballos corazas D. Pantaleón de Alvear y Cubillo, caballero de la orden de Santiago (a quien ya nos hemos referido con anterioridad porque formó parte de la compañía gobernada por el capitán D. Pedro de Giner, en 1643), quien fue preferido a los otros dos candidatos, que también eran capitanes de corazas: D. Francisco de Olivares y Figueroa<sup>1946</sup>, caballero de Santiago, y D. Antonio de Bedoya Avendaño, caballero de la orden de Calatrava. Para que pudiera

---

<sup>1943</sup> “(.....) En 15 de febrero de este año, se sirvió V.M. de ordenar que en el tercio que está mandado formar en esta villa de Madrid, para pasar al ejército de Cataluña, se recojan todos los soldados que no tuvieren puestos vivos, y que se haga lista aparte de los que han servido en la caballería de las Órdenes, para que después se puedan montar y aplicar donde conviniere.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre lo que ha escrito el conde de Castrillo al marqués de Mirabel en lo tocante al despacho de los soldados de las Órdenes que se han alistado en esta Corte al tiempo que se ha ido formando el tercio de D. Diego de Villalba*. Madrid, 14-3-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4669

<sup>1944</sup> “(.....) y ahora se envían otros 70 reformados y soldados que se han recogido en Madrid, de los que han servido en los batallones que se formaron en los años de 1640 y 1642 (.....).” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*.....17-3-1646.

<sup>1945</sup> “(.....) Y el conde de Castrillo ha escrito al marqués de Mirabel que se han alistado hasta 70 soldados de las órdenes. (.....) Y habiéndose conferido sobre ello, y oído a D. Rodrigo de Herrera, aunque la junta se halla sin caudal, deseando que esta tropa no se deshaga, tiene por conveniente que, aunque vayan desmontados, se forme compañía y se nombre capitán y oficiales para que hagan su marcha en disciplina militar, y que mejor se conserven.” *Ibidem*.

<sup>1946</sup> La primera noticia que tenemos de la relación de D. Francisco con las armas, es del año 1625, con motivo del ataque anglo-holandés sobre Cádiz. La siguiente referencia no la encontramos hasta el año 1637, cuando participó en la campaña destinada a invadir el suroeste de Francia, integrado en el tercio de D. Felipe de Navarra. En 1638 sirvió la campaña de Fuenterrabía en el tercio del Conde Duque, comandado por el marqués de Mortara. Ya en 1641 sirvió en el Escuadrón de la Nobleza, lo cual le valió la merced del hábito y una patente de capitán de caballos corazas. En la campaña del año siguiente ostentó el empleo referido hasta finales de diciembre, en que su compañía fue reformada. *Relación de los servicios de D. Francisco de Olivares y Figueroa, caballero de la orden de Santiago*. 1646. AGI, Indiferente, Leg. 113/31.

desempeñar su cometido, sin riesgo de que su autoridad se viera cuestionada, e iniciara la marcha con esta condición, se le despachó la patente de forma inmediata<sup>1947</sup>.

Pero D. Diego de Villalba continuó interfiriendo en el reclutamiento de la caballería de las Órdenes Militares, y trató que algunos integrantes de la compañía de D. Rodrigo de Herrera, teniente general de la unidad, una de las que se formó ese año para ser enviadas al frente catalán, fueran incorporados a su tercio. Éste representó su malestar ante tal circunstancia, pues todos los soldados bajo su mando se alistaron voluntarios para servir, expresamente, en el Batallón, y si se les obligaba a servir en la infantería, desertarían a la menor ocasión<sup>1948</sup>.

En cuanto a su periplo al frente de su compañía, no fue muy satisfactorio. Para empezar, sólo se le abonó la mitad de su paga, y por si esto fuera poco en vellón, sujeto a las fluctuaciones que pudiera llevar a cabo la Real Hacienda. Pese a que a D. Álvaro de Quiñones, anterior teniente general, recibió el mismo trato, D. Rodrigo manifestó encontrarse en inferioridad de condiciones, con respecto a su antecesor, para cumplir con el decoro necesario las obligaciones de un cargo tan importante como éste, motivo por el que solicitó el abono integro de su salario (200 escudos mensuales)<sup>1949</sup>.

No obstante, ese fue el menor de sus problemas, pues en las semanas siguientes se optó por apartar a D. Rodrigo de su empleo de teniente general, y concedérselo al marqués de Tenorio (suponemos que se trata del marqués de Arcos de Tenorio). El problema se remontaba al año 1645, cuando D. Nuño Pardo de la Casta sustituyó a D. Juan de Terrazas como teniente general del Batallón de las Órdenes. No hemos podido documentar las circunstancias concretas en las que se produjo la sustitución del máximo responsable de la caballería de las Órdenes Militares, pero lo cierto es que se trataba de una decisión cuanto menos, polémica, pues a pesar de que acreditaba una dilatada trayectoria militar, no era caballero de hábito. Este hecho no fue bien acogido por la Junta de la Milicia de las Órdenes, pues exigía que los oficiales del Batallón fueran miembros de estas corporaciones, por el beneficioso ejemplo que tenía, tanto de

---

<sup>1947</sup> *Patente de una compañía de caballos corazas de las Órdenes Militares, a favor del capitán D. Pantaléon de Alvear, caballero de la de Santiago*. Madrid, 18-3-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

<sup>1948</sup> “(.....) El ayudante Francisco de Madrid me avisa para que se prevenga la gente que hay en El Álamo, para agregarla al tercio del sr. D. Diego de Villalba. Y me ha parecido avisar a V.m. que esta gente se levantó para la caballería de las Órdenes; y en esta confianza, muchos hombres hijosdalgo dieron sus sobrinos y otros parientes. Y sabiendo que van a la infantería, no quedarán sino solo aquellos a quien maniaten para llevarlos, y todos perderemos el crédito; y el servicio del rey, éstos y otros muchos voluntarios.” *Carta de D. Rodrigo de Herrera al secretario D. Gregorio de Tapia*. Madrid, 25-4-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4647.

<sup>1949</sup> *Carta de D. Rodrigo de Herrera al secretario D. Gregorio de Tapia*. Madrid, 23-5-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4647.

atractivo para que otros se animaran a formar parte de la unidad, como por el hecho de que, ante la posibilidad de obtener el hábito, facilitarían el reclutamiento de los peldaños inferiores del estamento nobiliario. En último lugar, un importante número de oficiales reformados que prestaban servicio en este cuerpo montado, podrían tomarse este hecho como una afrenta, pues tal vez no estarían dispuestos a servir bajo mando de un oficial superior que no vistiera hábito. Además, cabía la posibilidad de que D. Nuño sirviera este puesto de forma interina, o que se tratara de un nombramiento oficioso, pues no hemos encontrado la patente del empleo referido, lo cual le restaría legitimidad para ejercerlo, a la vez que podía ser destituido en cualquier momento sin poder reclamar nada. Tales cuestiones volvieron a salir a la palestra cuando se hubo de buscar un relevo para D. Nuño, pues en julio de 1645 fue capturado por los franceses (aunque se pensaba, erróneamente, que había muerto en combate)<sup>1950</sup>.

Ante esta circunstancia, la Junta se apresuró a proponer a D. Rodrigo de Herrera para este puesto, pues junto a su experiencia militar, y al hecho de haber sido comisario general de esta unidad, también se valoró su capacidad para atraer de nuevo al servicio a individuos que habían militado en esta unidad en los años anteriores, y a “gente de calidad” que se animara a hacerlo por primera vez<sup>1951</sup>.

Pese a que la designación de un nuevo oficial superior era una tarea que no podía demorarse por más tiempo, hasta finales de enero de 1646 no volvió a salir a colación. Así, con motivo de los preparativos para la campaña de 1646, se instó al monarca que se proveyera la tenencia general en D. Rodrigo<sup>1952</sup>. En esta contingencia se le designó como teniente general, aunque de manera temporal, pues no deseaba hacer un nombramiento definitivo hasta conocer que suerte había corrido D. Nuño Pardo. El carácter interino de su designación, también venía motivado por la falta de salud que representó en 1643 para ser relevado del puesto de comisario general. De tal modo,

---

<sup>1950</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre haber entendido que está vaco el puesto de teniente general de la caballería, por haber muerto D. Nuño Pardo.* Madrid, 7-7-1645. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>1951</sup> “Y la junta hace memoria de los servicios de D. Rodrigo de Herrera y Céspedes, entendiendo será muy del servicio de V.M. que gobierne la caballería de las Órdenes. Así para su conservación, como para que se pueble de sujetos a propósito y de valor, por el séquito que tiene y voluntad con que le seguirán cuantos han servido en ella (que ahora faltan muchos), y será de grande conveniencia recogerlos. Y si V.M. le hiciese esta merced, se le podría encargar juntase luego, aquí, el mayor número que pudiese, para servir con este puesto.” *Ibidem*.

<sup>1952</sup> “(.....) Los caballeros de las Órdenes, viendo preferir a los extraños a ellas, se apartan de servir, y no hay medio para ajustarlos. (.....). Y tendrá mucha conveniencia que gobierne esta caballería, (.....) porque se han retirado muchos desde que dejó el puesto de comisario general.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la provisión del puesto de teniente general de la caballería de ellas, que está vaco.* Madrid, 30-1-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4669.



tanto si D. Nuño regresase y reclamase su antiguo puesto, como si no lo hiciera, y fuera necesario designar a un nuevo teniente general que tuviera mejores condiciones físicas que D. Rodrigo, se le podría relevar sin ningún tipo de contemplación. Además, su nombramiento venía condicionado porque fuera capaz de levantar un número importante de individuos para incrementar los efectivos del Batallón (lo cual llevó a cabo)<sup>1953</sup>.

Una vez que D. Rodrigo supo que iba a ser nombrado teniente general, aunque con las limitaciones que hemos apuntado, focalizó todos sus esfuerzos en conseguir que se le despachara la patente de este empleo. Con este documento en su poder sería mucho más difícil desalojarle de su privilegiada posición, y si en última instancia esto ocurriría, siempre podría obtener algún tipo de compensación, que si lo hacía sin dicha credencial<sup>1954</sup>. En primer lugar recurrió al marqués de Mirabel, presidente del Consejo de Órdenes, para que acelerara las gestiones en ese sentido. Pese a que sus instancias dieron el resultado pretendido (pues a mediados de mayo se expidió la patente que tanto deseaba, aunque no consta que se le entregara personalmente), sus temores se hicieron realidad. Sabemos que a finales de mayo ya se aludía a la posibilidad de que fuera desposeído del mando<sup>1955</sup>. Pese a que era consciente de la interinidad de su mandato al frente de la caballería de las Órdenes Militares, el cual podía concluir en cualquier momento, esta decisión le produjo un profundo malestar. D. Rodrigo consideraba que se había cometido una injusticia con él, ya que sus largos años de servicios militares, su experiencia en la caballería y su perfecto conocimiento de la unidad, le hacían el candidato más cualificado para el puesto. De sus palabras se recoge una amarga decepción pues, ante el empuje de un aristócrata cuya única distinción es la pertenencia al segundo estado, sus méritos no fueron suficientes para conservar el mando. Nos encontramos ante un nuevo ejemplo de la polémica entre la primacía de los méritos o la

---

<sup>1953</sup> “(.....) Y mientras no se supiere con certeza [la suerte de D. Nuño], conviene conservarle la propiedad del puesto. Podría ser temperamento que, encargándose D. Rodrigo de Herrera de hacer aquí leva de caballería, se le diese título de teniente general, declarándole que, por estar hoy en pie los impedimentos de falta de salud que movieron a exonerarle del cargo de comisario general, en caso de venir D. Nuño, o ser necesario nombrar teniente general que tenga más salud para servir, ha de cesar en el ejercicio que ahora se da.” *Ibídem*.

<sup>1954</sup> *Carta de D. Rodrigo de Herrera al marqués de Mirabel*. Madrid, 16-3-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>1955</sup> *Patente del título de teniente general de la caballería de las Órdenes Militares al comisario general D. Rodrigo de Herrera y Céspedes, caballero de la de Santiago*. Pamplona, 15-5-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

sangre, a la hora de proveer los empleos militares<sup>1956</sup>. Aunque sus protestas estaban más que justificadas, la realidad se encargó de poner las cosas en su sitio, y si el segundo estado (pese a que no tuviera conocimientos castrenses) era preferido para el alto mando, esta circunstancia fue aún más palpable en la unidad más aristocrática del ejército español, donde todo lo relacionado con lo nobiliario y la limpieza de sangre tenía aún más peso. Pero al mismo tiempo, esto no fue inconveniente para que sirvieran en ella individuos de baja extracción, pero con experiencia en combate, alguno de los cuales ingresaron en las Órdenes Militares.

La marcha de la compañía hasta la frontera con Aragón se llevó a cabo sin novedades dignas de mención, salvo las referencias a la escasez de caballos y pertrechos para los soldados de la compañía. Según refería D. Rodrigo de Herrera, el estado que presentaba era más que satisfactorio, pues no se habían producido desertiones por el camino<sup>1957</sup>. A principios del mes de junio, alcanzó territorio de la Corona de Aragón, congratulándose por haber alcanzado su destino con todos los soldados y caballos que partieron de Madrid, que ascendían a 75<sup>1958</sup> (incluyéndose 13 oficiales reformados); además, se sentía orgulloso de haber tenido éxito donde otros habían fracasado, pues formó su compañía sin coste para la Real Hacienda<sup>1959</sup>. Pero D. Rodrigo no solo estaba preocupado porque tuviera las plazas que había dispuesto en un principio, ya que también le importaba que los soldados tuvieran una mínima preparación militar y un comportamiento acorde con el prestigio de la unidad en la que iban a servir. En este sentido, se quejó de la calidad del sustituto de uno de los caballeros, el cual no tenía, ni

---

<sup>1956</sup> “(.....) Y el marqués Tenorio iba por teniente general de esta caballería, y no sin particular cuidado se hizo valer el papel que di al sr. conde de Castrillo. Pues con lo que se ha dicho, y el mismo marqués ha asegurado, que le dan este puesto, no deja de haber hecho, y hace, grande escrúpulo en lo que se sucede, no teniendo yo más apoyo que el saber todos he servido al rey, nuestro señor, con mucho amor, y tantos años como certificaciones habrá visto V.m. en mis papeles. Y que mi sangre no es tan oscura que pueda dejar de hacer el sentimiento que mis fuerzas pueden alcanzar en caso que, sin demérito, se me excluye del cargo.” *Carta de D. Rodrigo de Herrera*.....23-5-1646.

<sup>1957</sup> “(.....) Estoy ya a la raya [de Aragón] y aguardando que el comisario de Aragón salga, pues por aguardarle he hecho alto hoy en este lugar [Poveda], y también por aliviar a los caballos. (.....) Y la gente va contenta y alegre, y ningún soldado ni caballo ha caído enfermo. Solo el trompeta, de una borrachera de aguardiente que tomó ha tres días, habrá estado para morirse.” *Carta de D. Rodrigo de Herrera al secretario D. Gregorio de Tapia*. Poveda, 5-6-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4647.

<sup>1958</sup> Según una relación, el salario de los miembros de la compañía ascendía a 1.990 escudos. De ellos, 870 correspondían a 56 plazas sencillas (a 15'5 escudos cada una); otros 480 a la primera plana, y los 640 restantes de los salarios de 13 oficiales reformados. *Relación de los soldados de la compañía del sr. teniente general D. Rodrigo de Herrera*. S.f., s.l., (1646). AHN, OO.MM, Leg. 4647.

<sup>1959</sup> *Carta de D. Rodrigo de Herrera al secretario D. Gregorio de Tapia*. El Pobo, 8-6-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4647.

por asomo, las cualidades requeridas para servir en el Batallón. Ante esta situación, D. Rodrigo propuso que se le despidiera por los problemas que podría llegar a causar<sup>1960</sup>.

Durante los días siguientes completó la marcha hasta la capital aragonesa, donde pasó revista ante el monarca y el alto mando de las fuerzas realistas, e inmediatamente se dirigió hacia Fraga, localidad en la cual quedaría acuartelada, y donde se efectuaría una nueva muestra. Aunque continuó solicitando el envío de los caballos que se le habían prometido, el aspecto que presentaba era más que satisfactorio, pues a Zaragoza había llegado la compañía completa salvo dos individuos<sup>1961</sup>.

Al mismo tiempo, D. Rodrigo seguía lamentándose de la decisión tomada durante las semanas precedentes, la cual su destitución al frente del Batallón de las Órdenes, sobre todo cuando podía oponerse al marqués de Tenorio con la presentación de la patente del empleo, la cual, pese a estar despachada, no le había entregado<sup>1962</sup>. Tal vez esto se debiera a que interesaría tener paralizado el despacho de este documento, por si se encontraba otro candidato más a propósito, e interesara deshacerse de él.

D. Rodrigo era consciente de la importancia de este aspecto, el cual sería decisivo a la hora de tomar la decisión final. Pese a todo, albergaba la esperanza de que fuera suficiente el testimonio documental del veedor general, donde constaban sus servicios como teniente general<sup>1963</sup>. Al mismo tiempo, informó de cambios en el mando de una compañía del Batallón formado en 1640. En concreto, se trataba de la concedida en 1642 a D. Antonio de Bazán (cuyo primer titular fue D. Diego de Villalba), el cual fue sustituido por D. Diego de Portugal, caballero de la orden de Alcántara, que sirvió

---

<sup>1960</sup> “(.....) El sustituto que D. Marcos Bogueiro [almirante de la Armada] dio, se le ha descubierto su calidad, que no es posible con la que hecho información tiene, pueda servir en esta caballería sin gran nota, porque se ha averiguado que vino por mozo de estos caballos desde Granada a Madrid, y que primero había estado sirviendo en las galeras de España, no de soldado. Con que la gente moza ha dado en decirle algo de estas gracias, con que obligado de ellas, sacó la espada delante del alferez. Y verdaderamente no me ajusto a que este hombre sirva en esta caballería, porque ni él podrá vivir entre esta gente, y al fin habrá de huir. Y tengo por más acertado darle una licencia, con que se vaya a donde quisiere, que no le suceda un desaire a él y al caballero.” *Ibidem*.

<sup>1961</sup> *Carta de D. Rodrigo de Herrera al secretario D. Gregorio de Tapia*. Villamayor, 17-6-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4647.

<sup>1962</sup> “(.....) Desde que llegó el marqués Tenorio a Zaragoza, se ha disputado en la junta particular sobre el puesto de teniente general de las Órdenes, porque alega haberle hecho el rey esta merced, y no parece haber tal despacho. Y lo que he entendido hoy en la materia, es que han enviado al oficio de la guerra, por consultas que hay sobre ello. (.....) Y lo que importa más para este negocio, es que V.m. se sirva de enviarme la patente de teniente general, porque sin ella no es posible, llegado el caso de la disputa, valerme de este título. Suplicoso a V.m. con todo encarecimiento, y pues esto es obra suya, no deje descaecer la merced que siempre me ha hecho. Pues en esta confianza vivo, con la satisfacción que las experiencias me han mostrado, de la verdad y lisura de V.M.” *Ibidem*.

<sup>1963</sup> *Carta de D. Rodrigo de Herrera al secretario D. Gregorio de Tapia*. Zaragoza, 22-6-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4647.

como alférez de la compañía del Conde Duque, también en la primera formación de esta caballería<sup>1964</sup>.

Mientras se tomaba una resolución definitiva sobre este punto, su compañía se encontraba detenida en Fraga (donde se había pasado una muestra a las órdenes de D. Antonio de Bedoya, su teniente, en la cual solo presentaba dos bajas. Con el objetivo de hacer valer sus pretensiones, D. Rodrigo recurrió a importantes personajes de la Corte que en esos momentos se encontraban en Zaragoza acompañando al rey<sup>1965</sup>. Sin embargo, la realidad se encargó de echar por tierra sus aspiraciones, pues en la capital aragonesa se rumoreaba sobre su inminente destitución y posterior envío al frente portugués, para servir como gobernador de la caballería<sup>1966</sup> (en realidad estuvo allí tres años, y alcanzó el empleo de teniente general). En los días siguientes, D. Rodrigo se reunió con su teniente y con el pagador de la compañía, Tomás Tercero, para liquidar las cantidades pendientes de pago antes de partir hacia Badajoz y dar por concluido su periodo de servicio en el Batallón<sup>1967</sup>.

Otra de las compañías que se envió ese año iba a estar comandada, a recomendación de D. Diego Sarmiento, por el comisario general D. Francisco de la Cueva, quien había servido con ese puesto en la caballería del ejército de Extremadura. Pese a que no era caballero de hábito, su candidatura presentaba todas las garantías para triunfar, pues a su experiencia militar se agregó su capacidad de movilización para que se unieran a él algunos soldados y reformados<sup>1968</sup>. Así, durante los días siguientes fueron llegando a Madrid un importante número de militares, dispuestos a continuar sus servicios en el Batallón, movidos por la lealtad que le profesaban. Pero la persona que se encargó de hacer de intermediario entre ellos y la junta (representada por su secretario, D. Gregorio de Tapia) fue D. Diego Sarmiento. De esta manera, entre los días 3-7 de junio, comparecieron 15 individuos que se encontraban en esta situación<sup>1969</sup>.

---

<sup>1964</sup> *Ibidem*.

<sup>1965</sup> “(.....) Ayer por la tarde me mandó el sr. D. Luis de Haro fuese a palacio a hablarle, y lo que S.E. me dijo, fue que saldría gustoso de este negocio. Y lo mismo ha dicho esta mañana el sr. conde de Castrillo.” *Carta de D. Rodrigo de Herrera al secretario D. Gregorio de Tapia*. Zaragoza, 27-6-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4647.

<sup>1966</sup> *Carta de Tomás Tercero al secretario D. Gregorio de Tapia*. Zaragoza, 28-6-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4647.

<sup>1967</sup> *Carta de D. Rodrigo de Herrera al secretario D. Gregorio de Tapia*. Zaragoza, 29-6-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4647.

<sup>1968</sup> *Carta de D. Diego Sarmiento de Isasi al secretario D. Gregorio de Tapia sobre la compañía de las Órdenes que se está juntando en esta Corte*. Madrid, 30-5-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4647.

<sup>1969</sup> Cartas de D. Diego Sarmiento de Isasi a D. Gregorio de Tapia. Madrid, 3, 5 y 7 de junio de 1646. AHN, OO.MM, Leg. 4647.

El principal problema era que, conforme lo practicado desde el momento en que se formó esta unidad, no se podía conceder el mando de una compañía del Batallón a quien no fuera miembro de las Órdenes Militares, por lo que la mandaría con título de gobernador, de forma interina, hasta que se le despachara el hábito, para luego hacerlo como capitán propietario mediante la patente otorgada a tal efecto. Con ello se buscaba salvar, mediante una serie de artimañas legales, el obstáculo que suponía designar para el mando a una compañía a quién no poseía el hábito, pero que reunía cualidades suficientes para el puesto. Como tendremos ocasión de comprobar, no fue la única vez que en 1646 se subordinó la experiencia militar, el deseo de servir en el Batallón y la capacidad de movilización de los individuos propuestos para el mando de las compañías, a la posesión del hábito. En este supuesto, y en otros que veremos en las páginas siguientes, incluso parece ser un requisito menor, que puede ser solucionado sin demasiadas complicaciones, siempre y cuando el candidato supliera esta carencia con otras cualidades<sup>1970</sup>.

Argumentos como éstos, que no olvidemos estuvieron presentes desde el origen de la unidad, constituyeron una de las más palmarias evidencias de las contradicciones a las que se tuvo que enfrentar la Junta durante esos años, la cual mereció la atención de una generación de tratadistas y teóricos militares que ya hemos referido: ¿qué era más importante para el mando militar, la sangre o los méritos?, ¿se encontraban ambas cualidades al mismo nivel?, ¿podía una de las dos suplir a la otra? Según nuestro criterio, pese a que en teoría no se dudaba de la primacía de la sangre, esta verdad incuestionable podía, en circunstancias concretas, ser refutada, siempre con matices, y en casos puntuales. En definitiva, si se pretendía que los candidatos reunieran los dos atributos, lo más fácil sería conceder el hábito a quien tenía experiencia en combate y había servido en el ejército; pues a un caballero de hábito no se podría, mediante ninguna otra actuación, proporcionarle una destreza que solo se podía obtener a través de años de servicio.

Pese a que todo estaba dispuesto para que esta compañía se dirigiera al lugar establecido para su alojamiento, a la espera de que se completaran las últimas plazas, D. Francisco debió de meditar su decisión, pues ya no se mostraba tan dispuesto a hacerse cargo de la compañía. Pero bien entrado el mes de junio, la Junta no podía permitirse el

---

<sup>1970</sup> Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre lo que se va ejecutando en la formación de una compañía de caballos corazas que llevará en gobierno el comisario general D. Francisco de la Cueva. Madrid, 9-6-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

lujo de que esta tropa se encontrara sin su oficial superior. Para ello, se encargó a D. Diego Sarmiento que se informara sobre las verdaderas intenciones de este militar y si quería aceptar este empleo<sup>1971</sup>.

En última instancia, pese a que el servicio en el Batallón de las Órdenes podía suponer una ocasión inmejorable para obtener el hábito, D. Francisco consideró que aceptar este nombramiento suponía un paso atrás en su carrera militar, pues implicaba servir con un empleo inferior al que en esos momentos poseía, por mucho que fuera en la caballería de las Órdenes Militares<sup>1972</sup>. No sabemos si esta fue la razón última que le movió a rechazar esta oferta, pues en las formaciones anteriores de dicha unidad, hemos encontrado un importante número de individuos que estaban dispuestos a servir con puestos inferiores al que detentaban, por el mero hecho de servir en una unidad tan prestigiosa, y que confería a sus miembros una reputación que no alcanzarían en ningún otro sitio.

Mientras se elegía un nuevo capitán para esta compañía, se continuó trabajando para que todo estuviera dispuesto lo antes posible. Para ello, se creyó oportuno acuartelarla en la localidad de Paracuellos del Jarama, al mando del capitán D. Pedro Álvarez de Aguiar, uno de los oficiales que D. Diego Sarmiento había promocionado para que sirviera en el Batallón, a quien se había concedido el mando provisional a la espera de que se nombrara al sustituto de D. Francisco de la Cueva. Allí se dirigirían todos aquellos que todavía no habían sentado plaza en la unidad, con el objetivo de ponerse en marcha lo antes posible, y se ajustarían los últimos detalles<sup>1973</sup>.

Respecto a los aspirantes a relevarle, el primero de ellos era D. Gabriel de la Puebla Escobedo, caballero de la orden de Santiago, que en 1640 había sido capitán de una de las compañías del Batallón<sup>1974</sup>. El segundo candidato era D. Francisco de

---

<sup>1971</sup> *Carta del secretario Tapia a D. Diego Sarmiento de Isasi*. Madrid, 12-6-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4647.

<sup>1972</sup> *Respuesta de D. Diego Sarmiento de Isasi a una carta de D. Gregorio de Tapia*. Madrid, 12-6-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4647.

<sup>1973</sup> *Carta de D. Diego Sarmiento al capitán D. Pedro Álvarez de Aguiar sobre el acuartelamiento de la compañía de caballos corazas de las Órdenes que se ha formado*. Madrid, 13-6-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4647.

<sup>1974</sup> D. Gabriel había comenzado a servir en 1618 en la Armada del Mar Océano, con 6 escudos de ventaja, hasta el año 1623, cuando pasó a servir en La Mámora, destino en el que estuvo durante 3 años. También fue dos veces capitán de infantería, una de las cuales levantó una compañía en Granada y con ella pasó a servir a Milán, donde estuvo en el sitio de Casale. A su regreso a España fue nombrado superintendente y capitán a guerra de las tropas ubicadas en las islas de Tenerife y La Palma. Y en 1640 sirvió en el Batallón de las Órdenes como capitán de una compañía de la orden de Santiago. *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que se proponen personas para sustituir a D. Francisco de la Cueva, como capitán de una compañía de ellas, por haberse excusado*. Madrid, 18-6-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

Olivares y Figueroa, también de la perteneciente a la orden jacobea, y al cual ya nos hemos referido, porque su nombre figuró entre los pretendientes a conducir una compañía de desmontados, responsabilidad que recayó en D. Pantaleón de Álvear. En cuanto al último de ellos, se trataba de D. Pedro de Carvajal y Cobos, cuya experiencia militar se reducía a 9 meses y 5 días, primero como soldado, y luego como capitán de una de las compañías del tercio del maestre de campo D. Sancho de Monroy, adscrito al ejército de Extremadura. Por los servicios desempeñados allí, se le hizo concedió la patente de capitán de caballos corazas de la compañía de caballos del Reino de Murcia<sup>1975</sup>.

Pese a que D. Pedro no vestía hábito, circunstancia que, a primera vista, le situaba en inferioridad de condiciones ante sus dos competidores, el hecho de estar dispuesto a servir y que su padre, D. Diego Esteban de Carvajal, fuese caballero de la orden de Santiago y comendador de Castroverde, le hizo ser elegido para el puesto. Al igual que lo acontecido con D. Francisco de la Cueva, se trataba de un individuo ajeno a las Órdenes Militares, pero este hecho no significó que su pretensión fuera rechazada, pues fue designado por delante de dos caballeros<sup>1976</sup>. Esta elección fue cuando menos polémica, porque pese a que D. Pedro sería nombrado gobernador de la compañía de manera provisional, porque no era caballero de hábito, algunos militares consideraron este nombramiento como un agravio, ya que esperaban ser elegidos para este puesto. Uno de los que se sintió más molesto fue el capitán que, tras la renuncia de D. Francisco de la Cueva, se hizo hecho cargo de la compañía y la había conducido a sus primeros alojamientos, primero Paracuellos y luego Torrejón de Ardoz. Según su criterio, el mando se había entregado a un individuo que no lo merecía (o al menos no tenía más méritos que él). Ante este menosprecio, D. Pedro Álvarez de Aguiar renunció a ejercer el puesto de gobernador, aunque continuó sirviendo en la compañía como soldado<sup>1977</sup>.

Este era uno de los riesgos que asumía la Junta al designar como capitanes a individuos que no tenían hábito, pues otros militares (que disfrutaban el mismo empleo, o incluso poseían uno mayor) podían considerar un ultraje que sus personas no fueran

---

<sup>1975</sup> *Ibídem*.

<sup>1976</sup> *Ibídem*.

<sup>1977</sup> “(.....) Por servir a S.M. y a la junta [de la milicia de las Órdenes], y dar a V.m. gusto, me encargué del gobierno de esta compañía, teniéndola con el cuidado y disciplina que dirán las pocas quejas que hay de ella, siendo tal que se puede hacer toda estimación de gente. Y por haber entendido que S.M., Dios le guarde, ha hecho merced de ella a quien no tiene hábito, ni ninguna más graduación que yo, me es forzoso tenerlo por desaire, y suplicar a V.m. mande encargar este gobierno a quien fuere servido. Que por mi cuenta no ha de correr más esto”. *Carta del capitán D. Pedro Álvarez de Aguiar al secretario D. Gregorio de Tapia*. Torrejón de Ardoz, 26-6-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4647.

tenidas en cuenta. De esta manera, la posesión de un hábito tenía un componente de prestigio, por encima de graduaciones castrenses, muy necesario para cohesionar y disciplinar a individuos tan celosos de sus preeminencias, los cuales podían abandonar el servicio si consideraban que se había producido alguna desconsideración hacia ellos. Con la finalidad de evitar situaciones desagradables, que podían repercutir de forma negativa en la formación de las compañías, se creyó conveniente despachar el hábito a los agraciados, y ordenar al Consejo de Órdenes que realizara los trámites de la manera más rápida posible, para que el individuo designado (en este caso D. Pedro de Carvajal, pero que bien podía haber sido D. Francisco de la Cueva, si no hubiera declinado el ofrecimiento que se le hizo) pudiera disponer del hábito en el menor plazo de tiempo posible, para que no tuviera ningún problema a la hora de ejercer el mando.

Tales cuestiones salieron a relucir en los días siguientes a que se hiciera oficial la designación de D. Pedro de Carvajal. En primer lugar, pese a que se le nombraba capitán propietario, como aún no tenía el hábito, ejercería como gobernador hasta ese momento, tras lo cual se le despacharía la patente. Y mientras tanto, recibiría el sueldo correspondiente a ese empleo, el cual ascendía a 110 escudos mensuales<sup>1978</sup>. No obstante, como gobernador solo le correspondían 80, pues para recibir el salario de capitán vivo debía poseer la patente y, como ya hemos mencionado, ésta no se remitiría hasta que vistiera el hábito. Sin embargo, la excepción hecha con D. Pedro se justificaba por los argumentos que acabamos de mencionar, pues la compañía estaba compuesta por un número significativo de reformados, que podrían sentirse molestos por estar a las órdenes de un individuo que no percibiera el salario referido. Aunque para evitar controversias se recomendaba expedir el hábito lo antes posible<sup>1979</sup>.

También jugó un activo papel en la remonta de los efectivos de la caballería de las Órdenes Militares, D. Antonio de Ulloa Zúñiga y Velasco, marqués de La Mota y conde de Nieva<sup>1980</sup>. La importancia de lo acontecido con D. Antonio viene determinada porque, en unos momentos en los que esta unidad había sufrido grandes menoscabos, y su situación dejaba mucho que desear, todavía continuaba siendo atractiva para la

---

<sup>1978</sup> Carta de D. Diego Sarmiento de Isasi al secretario Tapia sobre el título que debe llevar D. Pedro de Carvajal. Madrid, 4-7-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4647.

<sup>1979</sup> Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Pedro de Carvajal, de que se le conceda la patente de capitán de caballos corazas y el hábito de la de Santiago. Madrid, 10-7-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>1980</sup> Como ya hemos visto en las páginas anteriores, el marqués de La Mota fue uno de los nobles comprendidos en el proyecto de las 64 compañías de caballos. Sin embargo, debido a su falta de medios no pudo ofrecer más que su servicio personal. En última instancia fue relevado de esta obligación por su imposibilidad para financiar el coste de los hombres pedidos o su equivalente monetario.



aristocracia (si bien es cierto que se trataba de un noble de segunda fila) hasta el punto de estar dispuesto a servir en persona. El origen de su relación con la caballería de las Órdenes Militares, surge de su vínculo con la profesión militar. La primera noticia a este respecto se refiere a su participación en la campaña del socorro de Fuenterrabía, tras lo cual pasó a servir en Cataluña, donde fue dos veces capitán de caballos corazas, una en 1640<sup>1981</sup> y la otra en 1642. Con todo, debió de continuar sirviendo durante los años siguientes, pues en 1645 se le hizo merced de dos compañías de caballos corazas, con 150 escudos de sueldo al mes<sup>1982</sup>.

Lo cierto es que se trataba de un regalo envenenado, pues exigía de D. Antonio un importante desembolso, imprescindible para hacer frente a su compromiso, el cual no se encontraba en disposición de afrontar. Con el objetivo de obtener los fondos necesarios para ello recurrió a una práctica a la cual ya nos hemos referido, y que fue utilizada por otros nobles a quienes el poder central demandó algún tipo de servicio: solicitar autorización para vender parte de su patrimonio, y con el producto obtenido, financiarlo; así como conseguir algo de liquidez, pues en la mayoría de las ocasiones se autorizaba a que la venta fuera superior al desembolso a realizar<sup>1983</sup>.

En concreto, solicitó permiso para desligar dos poblaciones de sus dominios: Villanueva de la Vera y Viandar de la Vera, situadas en la provincia de Cáceres, dependientes administrativamente de Valverde de la Vera, que era cabeza de partido, con el objetivo de que tuvieran la condición de villas. En realidad se buscaba poner en el mercado esta categoría jurídica, y con la cantidad obtenida financiar los gastos en los que incurriría. Su propuesta fue aprobada por el monarca, aunque con la condición expresa de destinar el producto obtenido a este fin, y no a otro<sup>1984</sup>.

---

<sup>1981</sup> Ese año solicitó que se le hiciera merced de “un puesto conforme a su calidad” para acudir a servir al frente catalán. Y se creyó oportuno concederle una de las compañías de caballos que el marqués de San Damián había levantado en 1638 (la otra fue a parar al duque de San Jorge), con la esperanza de que la unidad fuera remontada y prestara servicio de nuevo. *Consulta de la junta de Ejecución sobre la pretensión del marqués de San Damián de que se le haga merced de dos compañías de caballos, con calidad de levantarlas, dándosele lo que montare*. Madrid, 4-12-1638. AGS, GA, Leg. 1218. *Consulta de la junta de Ejecución sobre la pretensión del marqués de La Mota*. Madrid, 17-10-1640. AGS, GA, Leg. 1333. *Consulta de la junta de Ejecución en la que dice lo que se le ofrece sobre que las compañías del marqués de San Damián se den, una al duque de San Jorge, y otra la marqués de La Mota*. Madrid, 14-11-1640. AGS, GA, Leg. 1333.

<sup>1982</sup> *Patente de capitán de dos compañías de caballos corazas del batallón de las órdenes al marqués de la Mota, conde de Nieva*. Madrid, 9-10-1647. AHN, OO.MM, Leg. 4641

<sup>1983</sup> *Consulta de la Cámara sobre la pretensión del marqués de La Mota, de que V.M. se sirva de darle licencia para eximir unos lugares suyos de la cabeza del partido, para poder salir a servir*. Madrid, 8-9-1645. AHN, Consejos, Leg. 4429-4430, nº 108.

<sup>1984</sup> *Ibidem*.

En los meses comprendidos entre septiembre de 1645 y mayo de 1646 tuvo que producirse un cambio en las prioridades del marqués de La Mota, porque solicitó que las dos compañías de caballos concedidas se le hicieran efectivas en el Batallón de las Órdenes. A cambio, siempre y cuando la Corona le proporcionara los caballos, armas y uniformes necesarios para ello, y se comprometiera a sustentarlas en el tránsito hasta la plaza de armas, estaba dispuesto a levantar a su costa hasta 200 hombres, cifra suficiente para que ambas tuvieran sus plazas completas<sup>1985</sup>. ¿Pero cuáles fueron los motivos por los que decidió formar parte de la caballería de las Órdenes Militares, cuando podía haber obtenido sus dos compañías en otro destino?

En primer lugar, su determinación podía responder a una cuestión de carácter práctico, pues si esperaba a que dos compañías de caballos corazas quedaran vacantes, siempre cabía la posibilidad de que fueran provistas en otros candidatos, o que el proceso se dilatará indefinidamente, y de esta manera, nunca se le haría efectiva la merced. Por este motivo, tal vez mereciera la pena poner la vista en el Batallón de las Órdenes, donde el proceso sería mucho más rápido, y no digamos ya si se comprometía a reclutar los soldados necesarios para ellas<sup>1986</sup>. En segundo lugar, parece ser que la vuelta de D. Rodrigo de Herrera a esta unidad, tanto como capitán de una compañía como, sobre todo, su nombramiento como teniente general, jugó un papel decisivo en esta decisión. Según refería el propio D. Antonio de Ulloa, ambos se conocían desde hacía tiempo y habían servido juntos en la caballería, motivo por el cual estaría encantado en militar, de nuevo, bajo sus órdenes<sup>1987</sup>. Esta circunstancia demuestra, una vez más, la importancia de las relaciones personales en todo lo relacionado con el reclutamiento, aspecto aún más trascendente en esta unidad, por las peculiaridades que presentaba, y a las cuales ya nos hemos referido. Por otra parte, nos llama la atención que el marqués de La Mota no tuviera ningún reparo en subordinarse a un individuo que, si bien ostentaba el empleo de máxima responsabilidad de la unidad, era caballero de hábito y poseía una amplia experiencia militar, no pertenecía al estamento privilegiado.

---

<sup>1985</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre el memorial incluso del marqués de la Mota*. Madrid, 12-6-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>1986</sup> “(.....) y porque quisiera [el marqués de La Mota] lograr este empleo en la presente campaña y facilitar la breve formación de estas compañías, asegurando el riesgo que puede tener el haberlas vacas en el ejército, ofrece que, dándole V.M. caballos, armas y vestidos y socorros en la marcha, como se acostumbra, levantará hasta 200 hombres, para montar las dichas compañías, y que irá en persona a servir con ellas, principalmente por lo que siempre ha estimado y procurado seguir esta profesión, como por poder ayudar en la parte que le tocara a la remonta del batallón de las dichas órdenes (.....).” *Ibidem*.

<sup>1987</sup> *Ibidem*.

Tal vez la respuesta se encuentre en la última de las motivaciones que le movieron a adoptar dicha decisión. En este sentido, pese a que el marqués de La Mota reunía en su persona méritos militares, así como un origen distinguido, no era miembro de las Órdenes Militares. De ahí que el servicio en el Batallón se convirtiese en el camino más honroso para ingresar en ellas, consecuente con la mejor tradición de las milicias católicas. Además, ejemplos como éste vendrían a apuntalar este proyecto, pues uno de los objetivos que se pretendía conseguir era el reforzamiento del vínculo entre nobleza y guerra.

Pese a que la oferta presentada por el marqués de La Mota no podía ser rechazada, el hecho de que no fuera caballero de hábito cambiaba algo las cosas. Pero al igual que en los supuestos que hemos presentado, este pequeño inconveniente podía solventarse con facilidad, pues mientras se le despachaba comandaría las dos compañías de forma provisional con el título de gobernador a la espera de que, una vez obtenida esa merced, se le enviara la patente que le acreditara como capitán propietario<sup>1988</sup>.

Sólo quedaba por superar un último escollo, y era encontrar las monturas necesarias para que los soldados de estas compañías pudieran dirigirse hacia el frente. Ya hemos mencionado los graves problemas, en lo relativo a esta materia, que debió afrontar la Junta, que la imposibilitaban para realizar nuevos desembolsos. Ante esta circunstancia, los caballos deberían ser aprestados por medios ajenos a ella. Así, se dio al Consejo de Castilla (que también debía aportar un determinado número de equinos cada año para el ejército) para que pusiera a disposición de la Junta de la Milicia de las Órdenes cien caballos. Con ellos, si el marqués tenía listos los hombres en el plazo convenido (un mes), se podría formar una de las compañías, a la espera de obtener la financiación necesaria para comprar los restantes<sup>1989</sup>.

La voluntad de la Corona de favorecer todo lo posible las pretensiones del marqués de La Mota, se reflejó en la autorización que se le concedió para que, hasta el momento en que recibiera el hábito, pudiera servir las compañías como capitán de pleno

---

<sup>1988</sup> *Ibídem*

<sup>1989</sup> “(.....) sobre esta proposición del marqués de la Mota, lo que se ofrece es que, si el consejo de Castilla diese los caballos necesarios para montar estas dos compañías, como ya V.M. tiene resuelto, entregue luego 100 en ellos, se podrá montar la gente que juntare el marqués, sin encargarse la junta, demás que de aplicar estos en la misma forma que los recibiere, porque sino estuviesen prontos sería imposible suplirlos con ninguna disposición ni diligencia suya, y ajustándose en esta forma que haya los caballos y quedando por cuenta del marqués el buscar la gente, en que es conveniente señalarle término, cuando mucho de un mes, respecto de estar tan adelante la campaña. En ese tiempo se beneficiará y buscará dinero para los vestidos y socorros, que es la mayor demostración que en esta ocasión puede hacer la junta, fervorosa como siempre del servicio de V.M.” *Ibídem*.

derecho, y no como propietario<sup>1990</sup>. Sin embargo, esta situación irregular no se dilató en exceso, pues unos días más tarde (en concreto el 11 de julio), se despachó la cédula de su hábito de la orden de Santiago<sup>1991</sup>.

Mientras tanto, el marqués de La Mota continuó con los trámites para disponer sus compañías, aunque sería incapaz de tenerlo dispuesto para el plazo convenido. Pese a que casi tenía lista una de las dos, y esperaba salir con ella hacia el frente en los próximos días, las dificultades financieras por las que atravesaba (más bien falta de liquidez), amenazaban con retrasar aún más este designio. La solución planteada para solventarlas era una de las más socorridas para los aristócratas que se encontraban en esta situación: que se le permitiera tomar fondos de su patrimonio (que en esos momentos se encontraba en concurso de acreedores en la Chancillería de Valladolid, gestionado por un administrador), en una determinada cantidad (en este caso 4.000 ducados en vellón) con la cual poder afrontar sus obligaciones<sup>1992</sup>.

No sabemos si la inyección de liquidez recibida tuvo algo que ver, pero durante los días siguientes se concluyó la formación de la primera de las compañías, al tiempo que se establecía el día 22 de agosto como fecha límite para que abandonara la Corte con destino a Aragón. Sin embargo, no estaba garantizada la presencia del marqués de La Mota al frente de ella, pues era probable que deseara permanecer en la Corte, ajustando los últimos flecos pendientes de la formación de la segunda compañía, y una vez que estuviera todo dispuesto salir con ella. Ante tal eventualidad, desde la Junta se recomendó que D. Antonio nombrara al teniente y al alférez, para que estos oficiales

---

<sup>1990</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre el despacho que se podría dar al hábito de la orden de Santiago del marqués de la Mota, para que pudiendo hacerse las pruebas, entretanto que se forman sus compañías, las lleve en propiedad y no en gobierno.* Madrid, 4-7-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>1991</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Santiago, Expediente 8297.

<sup>1992</sup> “El marqués de La Mota refiere que, en conformidad de la orden de V.M. está levantando la gente para ir a servir en la caballería de las órdenes con las dos compañías de que V.M. le tiene hecha merced, y porque la una esta ya en estado que con brevedad se puede formar, y quiere irse luego con ella al ejército por lograr las mayores ocasiones que haya en el. Y este deseo le embaraza la falta de caudal y empeños con que se halla, causados en el servicio de V.M., y no tiene con que disponer su viaje, si de su hacienda no se le socorre, suplica a V.M. le haga merced que el administrador de sus estados, de lo más pronto que haya, sin embargo de embargos ni concurso de acreedores, le socorra para esta ocasión con 4.000 ducados de vellón de su hacienda, pues este caudal le quiere para gastarle en servicio de V.M. y se ha hecho con otros, aun no yendo a servir en persona, sino para dar en su lugar el sustituto por haber sido relevados, y que en él concurren diferentes razones para que no se le niegue esta gracia .(.....) Pues habiendo de ir con la primera compañía y siendo tanto menester en el ejército estas asistencias, se debe facilitar cualquier inconveniente para que salga con el lucimiento que se requiere a su persona y casa.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre lo que pretende el marqués de La Mota para ir a servir con dos compañías de ellas.* Madrid, 9-8-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

ostentaran el mando de la compañía recién formada, y se dirigieran al frente lo antes posible<sup>1993</sup>.

El encargado de llevar esta compañía (de forma interina hasta que el marqués tomara posesión) fue el teniente Francisco Martín de Villanueva, del cual no hemos encontrado ninguna referencia. En cuanto a sus efectivos, el número de plazas que presentaba era de 79, divididos de la siguiente manera. En primer lugar, la “primera plana”, compuesta por el teniente, el alférez, el trompeta y el herrador (cuyos salarios ascendían a 500, 400, 150 y 100 reales respectivamente, devengados la mitad en plata y la mitad en vellón); cuatro individuos que servían con sueldo de oficial reformado: los capitanes D. Gaspar de Peñalosa (250 reales), el capitán Galesi (800 reales), el maestre de campo D. Patricio Geraldino (800 reales) y D. Juan de Levanto, del que no figura su empleo (250 reales) y 70 plazas sencillas (a 150 reales de sueldo cada una)<sup>1994</sup>. En último lugar, estaban adscritos a la compañía un pagador y un veedor. La información recogida sobre estos dos oficiales nos permite tener conocimiento del tiempo que tardó en alcanzar su destino, pues su salario venía determinado por los días que se empleasen en realizar la marcha. En este caso, ambos representaron haber desempeñado su cometido durante 45 días, por lo cual percibieron 1.485 y 810 reales respectivamente, la mitad de ellos en plata y la otra mitad en vellón<sup>1995</sup>.

De este modo, si la compañía abandonó Madrid en el plazo convenido (el 22 de agosto), debió de llegar a su destino, Fraga, aproximadamente, a principios del mes de octubre. En este sentido, podemos afirmar que si la salida no se produjo el día en cuestión, debió tener lugar durante los días siguientes. Pues sabemos que el día 20, el secretario D. Gregorio de Tapia informó a D. Diego Sarmiento de Isasi, que esta tropa se encontraba acuartelada en la localidad de Cobeña y se recomendaba cambiar el lugar de alojamiento a Getafe, para que allí se liquidaran los aspectos que quedaban

---

<sup>1993</sup> “En la villa de Madrid, a 18 días del mes de agosto de 1646, los sres. de la junta de la milicia de las Órdenes acordaron que, de la gente alistada para las compañías del marqués de La Mota, y de los caballos que se han entregado, por orden del Consejo Real de Castilla, comprando los demás que fueren necesarios, se forme luego una de las dos compañías del dicho marqués, y se encamine sin dilación al ejército. (.....) Y que se prevenga al marqués que ha de marchar esta compañía el miércoles, 22 del corriente. Y porque si no pudiese ir con ella, nombre teniente y alférez de su satisfacción que la lleven.” *Copia de un auto de la junta de la milicia de las Órdenes para despachar una compañía del marqués de La Mota*. Madrid, 18-9-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4647.

<sup>1994</sup> *Relación de los sueldos de una de las compañías de las Órdenes del sr. marqués de La Mota*. S.f, s.l. (1646). AHN, OO.MM, Leg. 4647.

<sup>1995</sup> *Ibíd.*

pendientes para su marcha definitiva<sup>1996</sup>. Según el testimonio del teniente Villanueva, el estado que presentaba la unidad en esos momentos era excelente, y auguraba la realización de destacados hechos de armas. Su juicio se sustentaba tanto por el número hombres alistados como, sobre todo, por su preparación militar, pues todos ellos eran militares veteranos, entre los cuales se incluía un número considerable de oficiales reformados. Sin embargo la tropa manifestó su malestar con el hecho de no haber recibido aún la primera paga, por lo que se negaron a iniciar la marcha hasta que se les hubieran devengado las sumas pendientes<sup>1997</sup>.

Respecto a la segunda de las compañías levantadas por el marqués de La Mota, la primera noticia que hemos encontrado se refiere a la participación del marqués de Palacios en las labores de reclutamiento de la misma. Por desgracia, no hemos encontrado ninguna evidencia documental de las razones que le movieron a auxiliarle, pero gracias a sus gestiones, aportó 29 hombres<sup>1998</sup> (reclutados y abastecidos a su costa), que fueron decisivos para que esta unidad pudiera formarse<sup>1999</sup>. En el terreno de las hipótesis, su actuación pudiera venir determinada porque esperaba obtener alguna recompensa de la Corona, y ésta le exigiera que realizara este servicio, o porque hubiera algún vínculo clientelar entre ambos aristócratas, y uno acudiera en auxilio del otro, con la certeza de que se invertirían los papeles en caso de que se encontrara en un apuro.

El día 19 de septiembre la segunda compañía estaba lista para partir. Pero el marqués de La Mota trató de aprovechar esta circunstancia para presionar a la Corona, y exigir que se le abonaran los 300 ducados de vellón (a cuenta del salario que habría de percibir) que se concedían a los oficiales del Batallón como ayuda de costa. El hecho de estar formada la compañía, y la determinación del marqués de ponerse al frente de ella, fueron suficientes para que la Corona accediera a ello.<sup>2000</sup>. Así, el 21 de septiembre la

---

<sup>1996</sup> *Carta del secretario D. Gregorio de Tapia a D. Diego de Sarmiento*. Madrid, 20-8-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4647. *Respuesta de D. Diego Sarmiento a una carta del secretario D. Gregorio de Tapia*. Madrid, 20-8-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4647.

<sup>1997</sup> “(.....) Y advierto a V.m. que los soldados dicen que si no se les da la paga, no quieren montar. La gente es muy buena y todos los soldados, viejos, y muchos, reformados. Y será gran servicio de S.M. el despachar esta tropa porque, como digo, es buena gente. *Carta del teniente Francisco Martín de Villanueva al secretario Tapia*. Cobeña, 22-8-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4647.

<sup>1998</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que da cuenta del servicio de soldados que ha hecho el marqués de Palacios, caballero de la de Calatrava, para montar la compañía de ellas que se está formando por el marqués de La Mota*. Madrid, 11-9-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>1999</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que da cuenta de la forma en que se procura ajustar que el marqués de La Mota vaya, luego, al ejército con la última compañía de las dos que V.M. mandó se le diesen*. Madrid, 15-9-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>2000</sup> “(.....) Hasele prevenido [al marqués de La Mota] que marche el miércoles 19 de este. Y deseando facilitarle el inconveniente que se le ofrece por falta de caudal, ha parecido a la junta que, siguiendo el ejemplar de lo que se ha hecho en otros casos semejantes con los cabos mayores de este batallón y

compañía abandonó la Corte con destino a Vicalvaro, primera parada en su periplo hacia Aragón, donde el marqués de La Mota tenía previsto incorporarse<sup>2001</sup>. Al igual que su antecesora, el estado que presentaba era muy bueno, pues se encontraba con todas sus plazas cubiertas, y todos sus integrantes acreditaban servicios militares<sup>2002</sup>.

Esta segunda compañía presentaba unos efectivos inferiores a los de la primera, pues sus plazas ascendían a 60, desglosadas de la siguiente manera: cuatro de “primera plana”: el capitán (marqués de La Mota), con 1.500 reales de sueldo, teniente, alférez y trompeta (con 500, 400 y 250 reales de salario respectivamente); dos plazas de reformados: el teniente coronel D. Pedro de Unzueta, que había servido en el Batallón de las Órdenes en 1642, con 1.000 reales de sueldo, y el capitán D. Pedro Pérez de Alhama, con 250 reales; 54 soldados rasos a 150 reales cada uno (8.100 reales), un veedor (612 reales) y pagador (1.122 reales)<sup>2003</sup>.

Al igual que en el caso precedente, también puede servirnos de ayuda para poder calcular el tiempo que emplearon en llegar a Aragón, el salario percibido por estos dos últimos funcionarios. En esta ocasión, la marcha se llevó a cabo con mayor rapidez, pues se emplearon 34 días (10 en Castilla y 24 en Aragón); de modo que, conforme este cómputo, su llegada a la plaza de armas debió tener lugar sobre el 23-24 de octubre. De lo que no hay ninguna duda es que el día 16 ya había llegado a Zaragoza, donde se acuartelaría durante el tiempo necesario para pasar revista y reavituallarse, antes de alcanzar su destino<sup>2004</sup>. De este modo, ambas compañías arribaron con pocos días de diferencia, listas para tomar parte en las operaciones..

El acontecimiento militar más importante de teatro de operaciones durante 1646, fue el socorro de la ciudad de Lérida, que desde principios del mes de mayo sufría un nuevo asedio de las tropas francesas, comandadas por D. Enrique de Lorena, conde de Harcourt. A pesar de todo, no fue hasta finales del mes de septiembre cuando el marqués de Leganés, capitán general del ejército de Cataluña, reunió a las tropas

---

capitanes de sus compañías, se le monta y dan 300 ducados de vellón por vía de ayuda de costa y a cuenta del sueldo que venciére. (.....) Pues la compañía se halla formada sin que otra ninguna causa la detenga.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del marqués de La Mota sobre la forma en que se ha de ajustar el socorrerle, para que vaya al ejército con la última de las dos compañías que se le dieron*. Madrid, 17-9-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>2001</sup> *Carta del secretario Tapia al marqués de Mirabel sobre la compañía del marqués de La Mota*. Madrid, 21-9-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4647.

<sup>2002</sup> *Carta del secretario Tapia al marqués de Mirabel*. Madrid, 23-9-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4646.

<sup>2003</sup> *Relación de los sueldos de la última compañía de las Órdenes del marqués de La Mota, de las dos de que S.M. le hizo merced*. S.f, s.l. AHN, OO.MM, Leg. 4647.

<sup>2004</sup> *Carta del secretario D. Fernando de Contreras al secretario D. Gregorio de Tapia, sobre haber llegado a Zaragoza la compañía del marqués de La Mota*. Zaragoza, 16-10-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4647.

destinadas a este efecto en la localidad de Fraga, entre las cuales se encontraba la caballería de las Órdenes Militares, al mando del marqués de Tenorio, y su lugarteniente, D. Fernando Gallo, quien había sido ascendido a comisario general de la unidad<sup>2005</sup>. En cuanto a la participación del Batallón en las operaciones militares, sabemos que estuvo presente en la toma de Tárrega; y una vez rendida esta plaza, desde allí se dirigió a Tarragona, con el objetivo de hacer acopio de víveres y municiones para abastecer al grueso de las tropas<sup>2006</sup>. Pese a que no hemos encontrado más referencias de la participación del Batallón de las Órdenes en las operaciones militares, que concluyeron con la victoria sobre los franceses el 21 de noviembre, y supusieron el levantamiento del sitio<sup>2007</sup>, debió de tomar parte activa en los combates. Su grado de implicación, así como el nivel de bajas sufrido, debió situarse en niveles parejos a los de las demás unidades, pues a mediados del mes de diciembre, con motivo de los preparativos para la campaña de 1647, el monarca aludía al mal estado que presentaban las fuerzas montadas en Cataluña como consecuencia de los combates de los últimos meses, y sobre todo de acaecidos en el socorro de Lérida.

---

<sup>2005</sup> “(.....) Marchaba el excmo. sr. duque del Infantado, general de la caballería, en el cuerno derecho, siguiéndole sus tenientes generales: el marqués Tenorio, que lo es de las Órdenes Militares; D. Carlos Padilla, de las tropas de Flandes; D. Fernando Gallo, comisario general de las Órdenes Militares; D. Lorenzo Terán, de las tropas del Rosellón y Guardas Viejas de Castilla; Blas Giannini, que lo es de la caballería de Flandes; y el barón de Butier, teniente general de la caballería de Borgoña.” *Junta y marcha del ejército de S.M. para el socorro de la plaza de Lérida, que gobierna D. Gregorio Brito, valeroso y leal portugués*. Zaragoza, 1646.

<sup>2006</sup> *Ibidem*.

<sup>2007</sup> *Copia de carta del marqués de Leganés, escrita a S.M., en la que le da cuenta de la grandiosa victoria que sus católicas armas han tenido contra las de Francia, en el sitio de Lérida*. Lérida, 22-11-1646.



## 7.5. DEL SERVICIO PERSONAL AL SUMINISTRO DE CABALLOS (1647-1655).

El año 1647 marca otro de los puntos de inflexión en la trayectoria del Batallón, y del organismo encargado de su formación, pues 1646 es el último año en el cual hemos podido documentar el envío de nuevas compañías para reforzar la caballería de las Órdenes Militares. A partir de ese año su contribución quedó circunscrita al envío de un número variable de caballos para el mantenimiento de la unidad, e incluso en algún momento la Corona se apropiara de la totalidad de los fondos disponibles, para disponer de ellos a su libre albedrío.

Las demandas del monarca para el nuevo año permiten intuir la nueva dirección que se pretendía imponer. Para la campaña de 1647 se consideró oportuno repartir el gasto equivalente a 2.000 caballos entre todos los consejos y sus organismos dependientes, que deberían estar listos antes de la primavera. De ellos, la Junta de la Milicia de las Órdenes debía hacerse cargo de 200<sup>2008</sup>. A principios de enero se reiteraron las disposiciones para que la Junta tuviera preparadas las monturas correspondientes, así como las 66 que debía costear el Consejo de Órdenes, por lo que el número total ascendía a 266<sup>2009</sup>. Pero su contribución no se ciñó a costear los equinos solicitados, sino que debían abonar la cantidad que todavía adeudaban, correspondiente a la suma que se les repartió en 1645, para el reparo de las fortificaciones de Lérida<sup>2010</sup>.

Pero la Junta, según el testimonio elevado al monarca, no se encontraba en condiciones de cumplir con sus compromisos, pues aún sufría las consecuencias de las decisiones tomadas en los años anteriores, cristalizadas en la decisión del monarca de apropiarse de las cantidades destinadas a la financiación del Batallón de las Órdenes, procedentes del Nuevo Mundo. Además, las cuantiosas deudas que arrastraba desde el año 1642 se habían incrementado aún más y ascendían a más de 40.000 ducados, y se hallaba imposibilitada para obtener nuevas fuentes de financiación<sup>2011</sup>. Lo máximo que

---

<sup>2008</sup> Orden de S.M., dirigida al presidente del Consejo de Órdenes, para que la junta de la milicia de ellas, de 200 caballos para la campaña del año que viene. Madrid, 11-12-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>2009</sup> Orden de S.M., dirigida al presidente del Consejo de Órdenes para que la junta de la milicia de las ellas tenga preparados los 200 caballos que se le han repartido. Madrid, 19-1-1647. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>2010</sup> *Ibidem*.

<sup>2011</sup> Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la ejecución de dos ordenes de S.M. sobre los 200 caballos que se le han repartido. Madrid, 22-1-1647. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

la Junta podía ofrecer eran los 100 caballos que aún no había entregado, correspondientes a la cantidad exigida el año anterior (que recordemos había ascendido a 200), pero a cambio de quedar exenta de cualquier contribución en lo relativo al año 1647<sup>2012</sup>. Pero el monarca no compartió el desalentador panorama que se le presentó, y exigió que aprestara los 200 equinos solicitados. Para que pudiera cumplir con este compromiso, se garantizó que no se volverían a secuestrar los caudales procedentes del Nuevo Mundo. De esta manera, la Junta dispondría de unos fondos fijos que le permitirían incrementar sus posibilidades de concluir con éxito el servicio solicitado<sup>2013</sup>.

Mientras tanto, se produjo un relevo al frente de una de las compañías del Batallón, se trataba de la del capitán D. Diego de Portugal, que el año anterior había sustituido a D. Antonio Bazán. El cambio venía motivado porque a D. Diego se le había hecho merced del tercio que mandaba el marqués de La Algaba, uno de los asignados a la Armada del Mar Océano, que en esos momentos se encontraba vacante por su muerte. Por este motivo, D. Pedro de Carvajal y Cobos (ya caballero de Santiago), cuya unidad había sido reformada por el marqués de Leganés (capitán general del ejército de Cataluña), a la conclusión de la campaña de 1646, solicitó el mando de ella. A sus méritos militares se unía el hecho de que los integrantes de su unidad una vez disuelta, se integraron en la de D. Diego. De este modo, volvería a mandar a sus antiguos subordinados, por lo que el cambio sería menos traumático<sup>2014</sup>. La reivindicación de D. Pedro fue tenida en cuenta, y se le otorgó el empleo de capitán de la compañía vacante, de modo que pudo continuar sirviendo en la caballería de las Órdenes Militares como era su voluntad<sup>2015</sup>.

En última instancia, la Junta tuvo que plegarse a las exigencias del monarca, y trató de concluir un acuerdo satisfactorio con algún particular, para el acopio de las monturas que demandaba la Corona. A principios del mes de febrero se participaba al

---

<sup>2012</sup> “(.....) Y lo más que podrá obrar la junta, se reduce a que, pues de los 200 caballos que V.M. mandó se le diesen el año pasado de 1646, a causa del dinero que trajeron los galones de las Indias para remontas y dotación del batallón de las Órdenes (de que V.M. se valió), solamente se dieron 100 de los que el Consejo Real había que enviar al ejército, mande V.M. se den este año otros 100, a cumplimiento de los 200, ajustando algún asiento para los otros 100 caballos, sobre el caudal que viniere de las Indias en los primeros galones, y valiéndose también, y aplicando a este fin lo que se pudiere cobrar (sin violencia que ocasione inconvenientes), no haciendo nuevo llamamiento.” *Ibídem*.

<sup>2013</sup> *Ibídem*.

<sup>2014</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del capitán D. Pedro de Carvajal y Cobos, caballero de la de Santiago, de que se le haga merced de la compañía de ellas que tenía el capitán D. Diego de Portugal, caballero de la de Alcántara, que refiere está vaca por habersele hecho merced de un tercio*. Madrid, 6-2-1647. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>2015</sup> *Patente del nombramiento de capitán de caballos corazas de una compañía del batallón de las Órdenes a favor de D. Pedro de Carvajal y Cobos, caballero de la de Santiago*. Madrid, 3-3-1647. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

rey del acuerdo alcanzado con D. Blas de Padilla y Orozco, veinticuatro de la ciudad de Jaén, quien se comprometía a tener listos los 200 caballos antes del mes de mayo. El éxito de las negociaciones venía determinado porque el Consejo de Órdenes también encargó los equinos solicitados a D. Blas<sup>2016</sup>; de manera que todo se concentró en un único asiento<sup>2017</sup>. Esta decisión supuso una considerable inyección para la Junta de la Milicia de las Órdenes, a la hora de proporcionar un número aceptable de caballos para los desmontados del Batallón. Nos inclinamos a pensar que incluso llegaba un poco tarde, pues desde el momento en que ambas instancias estaban obligadas a financiar la compra de monturas, lo más lógico hubiera sido destinar también la contribución del Consejo de Órdenes a la conservación de este cuerpo montado.

En cuanto al proveedor de las monturas, nos llama la atención que pertenezca al ámbito municipal, pero no es menos cierto que, gracias a su posición, tendría buenos contactos para poder involucrarse en una tarea tan ardua. Además, gracias a este servicio podría ganarse el favor de la Corona y acceder a alguna cuantiosa recompensa. Por otra parte, su decisión evidencia los vínculos entre el poder central y el poder municipal, y cómo ambos podían sacar provecho de actuaciones comunes.

Tras el visto bueno del monarca, D. Juan Girón de Zúñiga, caballero santiaguista, consejero de Órdenes y miembro de la Junta, se encargó de concluir las negociaciones con el proveedor, y una vez que se alcanzó un acuerdo, se suscribió el asiento, cuyo montante total ascendió a 260.000 reales de vellón (a 1.300 reales la unidad). En las condiciones que regirían esta relación mercantil, se incluían cláusulas relativas a los requisitos que debían reunir los animales enviados<sup>2018</sup> y cuándo empezarían a ser sustentados con cargo a la Real Hacienda; por otra parte, si D. Blas no

---

<sup>2016</sup> “(.....) Habiendo entendido esta junta que el batallón de las Órdenes está muy deshecho, y que necesita de mayor recluta que otros años, ha parecido proponer a V.M. que, pues el consejo de las Órdenes ha de dar 66 caballos para la campaña de este año, se sirva mandar que, pues salen de los mismos caudales, se apliquen a este batallón.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre que V.M. mande que los 66 caballos que ha de dar el consejo, se apliquen al batallón de ellas*. Madrid, 7-2-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>2017</sup> “Con D. Blas de Padilla, veinticuatro de la ciudad de Jaén, se ha ajustado asiento de 200 caballos, que ha de entregar en todo el mes de abril, para la remonta del batallón de las Órdenes. (.....) Y que no pudiera haberlo conseguido si no se hubiera dado la mano con el consejo de las Órdenes, que ayudando a este intento, ha hecho algún asiento con el mismo D. Blas, por los caballos que le tocan este año. Y le ha dado algún dinero, y efectos de mejor calidad, con que se ha dispuesto y abrazado ambos servicios.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre el asiento que se ha tomado con D. Blas de Padilla, para los caballos que ha de dar este año*. Madrid, 7-2-1647. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>2018</sup> “Los caballos que ha de poner en Corte han de ser de seis cuartas y media de alto, y de ahí, arriba; con calidad de que no se le haya de admitir caballo menor de la dicha medida. Y han de ser sanos, sin manquedad ni enfermedad conocida, y de edad de 4 años arriba hasta 10.” *Asiento firmado por la junta de la milicia de las Órdenes con D. Blas de Padilla por los 200 caballos que ha de dar para la campaña de este presente año*. Madrid, 9-2-1647. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

cumplía el contrato en el plazo acordado, la Junta podría comprarlos y cargar su importe sobre el asentista<sup>2019</sup>. Al mismo tiempo, debía presentar los caballos con el equipamiento básico para que pudieran ser montados, aunque la cantidad que gastare en este concepto le sería rembolsado a parte.

En cuanto a las partidas destinadas al pago de la deuda, se optó por hacerlo con cargo a las rentas procedentes de las Indias, las cuales no habían sido disfrutadas durante los años anteriores porque la Corona se había apropiado de ellas. Además, también se le consignaron las fianzas entregadas por los caballeros de hábito al recibir el hábito, al igual que se había hecho en otros asientos anteriores. En última instancia, se le garantizó un interés anual del 9% (sobre los 260.000 reales en que se cuantificaba el acuerdo), durante todo el tiempo que transcurriera entre la entrega de los caballos y el pago del principal<sup>2020</sup>.

En esta ocasión había una firme voluntad de que no se repitieran los sucesos acaecidos durante los años anteriores, y al mes de rubricarse el acuerdo se envió la preceptiva orden al presidente de la Casa de la Contratación para que, de los fondos procedentes del Nuevo Mundo para el Batallón de las Órdenes, se le entregase la cantidad pactada. En el supuesto de que no fuera suficiente para liquidar la deuda, se acordaba pagarle la cantidad restante al año siguiente, junto con los correspondientes intereses. Además, con el objetivo de garantizar el cobro por parte de D. Blas de Padilla, se prohibía desviar este caudal para el pago de cualquier otro asiento<sup>2021</sup>.

Al mismo tiempo que se llevaban a cabo las gestiones para el acopio de caballos, se debía encontrar la financiación necesaria para que pudieran ser enviados al frente catalán, lo cual supondría otros 30.000 reales (también en vellón), de modo que los gastos totales ascenderían a 290.000 reales. Para esta operación, D. Juan Girón y Zúñiga, que también se encargó de este cometido, concertó un asiento con Juan Bautista

---

<sup>2019</sup> *Ibídem.*

<sup>2020</sup> *Confirmación del asiento que la junta de la milicia de las Órdenes ha hecho con D. Blas de Padilla por los 200 caballos que ha de dar para la campaña de este año.* Madrid, 12-3-1647. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>2021</sup> *Cédula para que el presidente y jueces u oficiales de la Casa de la Contratación de la ciudad de la Sevilla, conforme el asiento que, por mandado de S.M., se ha tomado con D. Blas de Padilla, le hagan entregar 260.000 reales de vellón del caudal que viniere registrado en los galeones que se esperan este año, procedido de los medios que se benefician en las Indias por la junta de las Órdenes.* Madrid, 13-4-1647. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

de Benavente<sup>2022</sup>, del cual sabemos que, junto a Blas López se había encargado de suministrar vestidos para los integrantes del Batallón<sup>2023</sup>.

Para la satisfacción de la deuda, se le consignaron efectos por una cantidad de hasta 74.000 reales, ya que se le adeudaban otros 44.000 de un asiento suscrito el año anterior para proporcionar uniformes a los miembros de la unidad. Se trataba de parte de las fianzas que debían abonar quienes recibían el hábito (29.700 reales), y de las cantidades que estaban pendientes de cobro de algunos caballeros, por los llamamientos de los años 1642 y 1643 (41.400 reales). A este respecto, al igual que en otros asientos similares, se le autorizaba a nombrar una persona para que se encargara de la cobranza de estas sumas (ejecutor), que a los seis meses debía presentarse ante la Junta para hacer balance de la cantidad que había conseguido cobrar. Además, se establecía un interés del 9% anual en caso de que se dilatara el pago, y una adehala del 4%<sup>2024</sup>.

Aunque se estaba realizando un gran esfuerzo para mejorar la situación de la unidad, los testimonios indican que la calidad de las monturas enviadas por D. Blas de Padilla dejaba mucho que desear, pese a que en el asiento se estipulaba que debían estar sanos y no presentar ninguna deficiencia. Por ese motivo se encargó a D. Diego Sarmiento de Isasi, que inspeccionara minuciosamente todos los caballos antes de que abandonaran la Corte, y procediera a descartar a todos aquellos que no cumplieran con los requisitos establecidos<sup>2025</sup>.

En cuanto a los efectivos del Batallón, sabemos que a principios del mes de mayo se encontraban acuartelados en torno a la actual provincia de Cuenca. Nos sorprende que en esos momentos se encontraran tan alejados del frente, pero es probable que estuvieran recuperándose de los rigores de la campaña del año anterior, al tiempo que se esperaba la llegada de más caballos, con los cuales completar las compañías. Por esos días llegaron al acuartelamiento conquense los 66 caballos que había enviado el Consejo de Órdenes para el Batallón, que serían de gran ayuda para disminuir el número de desmontados que había en esos momentos<sup>2026</sup>.

---

<sup>2022</sup> Datos biográficos, posteriores a 1649 en: SANZ AYÁN, C.: Los banqueros..... *Op. cit.* pp. 394-396.

<sup>2023</sup> *Asiento firmado entre D. Juan Girón y Zúñiga y Juan Bautista de Benavente para que socorra con 30.000 reales, para conducir al ejército los 200 caballos que V.M. ha mandado se den este año.* Madrid, 29-3-1647. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>2024</sup> *Ibídem.*

<sup>2025</sup> *Orden del rey, dirigida al presidente del Consejo de Órdenes, para que D. Diego Sarmiento inspeccione los caballos que enviare el consejo y junta de ellas.* Aranjuez, 30-4-1647. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>2026</sup> “Se ha visto una certificación que dio Antonio de Bidarria, oficial segundo de la veeduría general del ejército de Cataluña, su fecha en Tarancón, a 12 de mayo de este año, del entrego de 66 caballos que

Estos refuerzos no llegaron a su destino, sino que algunos de ellos (en número por determinar), fueron a parar a militares que servían en las fuerzas de caballería ordinaria. Como ya hemos visto en las páginas anteriores, no se trataba de una situación nueva, pero a diferencia con lo acontecido en el pasado, este atropello se había consumado con la connivencia del teniente general del Batallón (suponemos que el marqués de Tenorio seguiría desempeñando este empleo, pues no hemos encontrado ninguna evidencia documental que atestigüe un cambio en el alto mando de la unidad)<sup>2027</sup>. Ante esta circunstancia, la Junta elevó sus más airadas protestas al monarca, y reclamó que los caballos entregados de forma indebida fueran devueltos inmediatamente. Además, exigió que se prohibiera al teniente general, o a cualquier otro oficial, tener competencias para disponer de los equinos enviados por este organismo, los cuales debían ser destinados, de forma exclusiva, a este fin. Según su testimonio, todo parece venir ocasionado porque la caballería de las Órdenes no se encontraba acuartelada en el Reino de Aragón. Por este motivo, y con la excusa de que otras unidades tenían mayor necesidad de ser remontadas, por encontrarse en primera línea de combate, el teniente general accedió a que los caballos remitidos por el Consejo de Órdenes, pudieran ser utilizados como monturas por individuos ajenos al Batallón<sup>2028</sup>.

Las suplicas de la Junta fueron recogidas por el monarca, quien se comprometió a ordenar la devolución inmediata de los caballos, y en caso de que no fuera posible, sería compensada con los que se le hubieran tomado de forma indebida. También se buscaba evitar que situaciones como esta no se repitieran en el futuro, impidiendo a los oficiales del Batallón asumir cualquier atribución en el reparto de los caballos. En última instancia, se reiteraron las disposiciones promulgadas en los años anteriores, para impedir que los caballos aportados por la junta no fueran utilizados más que para proporcionar montura a los integrantes del Batallón que la habían perdido; prohibición que se hacía extensiva a los costeados por el Consejo de Órdenes, desde el momento en que fueron adscritos a la remonta de la caballería de las Órdenes Militares<sup>2029</sup>. Con estas

---

llevaron de aquí, Tomás Tercero y D. Juan de Elus, por orden del licenciado D. Antonio de Luna, para las compañías de las Órdenes que se hallaban acuarteladas en tierra de Cuenca y La Mancha.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que refiere el inconveniente que tiene aplicar los caballos que se enviaron para remontar las compañías del batallón de ellas*. Madrid, 6-6-1647. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>2027</sup> “(.....) Y en presencia del teniente general del batallón de las Órdenes se entregaron, a las compañías de caballos de D. Luis de Abranches y D. Francisco Sauli, y a diferentes oficiales vivos de la caballería.” *Ibidem*.

<sup>2028</sup> *Ibidem*.

<sup>2029</sup> “(.....) Como no estaba en Aragón esta caballería, debió parecer se podían aplicar a la que estaba en aquel Reino. Y así, he mandado que de los primeros caballos que fueren al ejército, se restituya el número

garantías, ambas entidades administrativas estaban dispuestas a continuar su colaboración, con el objetivo de que el Batallón de las Órdenes tuviera a todos sus integrantes montados o, al menos, al mayor número de ellos. Así, durante los días siguientes, se acordó que el Consejo de Órdenes enviara a tal fin, otros 30 caballos que se estableció costeara con cargo a sus rentas<sup>2030</sup>.

No hemos encontrado más peticiones de caballos, dentro del año 1647, ni al Consejo de Órdenes ni a la Junta de la Milicia de las Órdenes. Así que, conforme los datos que hemos recogido, la aportación de ese año quedó establecida en 205 caballos<sup>2031</sup>; a ellos había que sumar los 96 proporcionados por el Consejo. Por lo que, en total, se enviaron 300 caballos para los miembros del Batallón de las Órdenes que servían en el Principado de Cataluña. Sin embargo, al contrario de lo acontecido durante los años anteriores, cuando de una manera u otra se consiguieron enviar nuevos efectivos para la unidad, durante 1647 no tenemos constancia de que se enviara ni un solo hombre para este fin.

Es muy probable que nos encontremos ante un punto de inflexión en la historia de la unidad, que vendría a confirmar el cambio de tendencia iniciado en 1642-1643, cuando se tomó la decisión de buscar, como primera opción, la contribución económica de los caballeros de hábito y comendadores, en lugar de su servicio con las armas, para destinarla a su mantenimiento y, sobre todo, a la compra de caballos. Pese al triunfo de esta alternativa, no podía abandonarse la búsqueda de refuerzos con los cuales paliar las bajas en combate, los heridos y los abandonos del servicio, pues si se deseaba que el Batallón continuara existiendo, debía potenciarse la dimensión humana, a través de nuevas levass y ofreciendo el servicio en la caballería de las Órdenes como algo atractivo, tal y como se había venido haciendo. Sin embargo, no parece que los dirigentes de la Junta estuvieran por la labor, pues da la impresión de que ese era el objetivo que buscaban: centrarse en la entrega de caballos, en detrimento de levantar nuevas compañías, lo cual podía acarrear la extinción biológica de la unidad.

En cuanto a la campaña de 1647, puede ser calificada como la más tranquila de todas las que se habían desarrollado hasta ese momento. A diferencia de otros años,

---

de los que se hubieren dado para que se le recluten los soldados desmontados que se hallaren en las compañías de las Órdenes. Y que en lo adelante, no se pueda divertir los caballos que diere el consejo, si no es en los soldados de ellas.” *Ibíd.*

<sup>2030</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes para que V.M. se sirva de mandar que los 30 caballos que últimamente se repartieron al Consejo [de las Órdenes], se apliquen al batallón de ellas, como se aplicaron los 66 que se le repartieron primero.* Madrid, 11-6-1647. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>2031</sup> *Relación de las compañías de caballos, y caballos sueltos a la mano, que remitió la junta de la Caballería de las Órdenes a los ejércitos desde el año de 1641.....*

donde el alto mando se había decantado por asumir riesgos, de cara a obtener algún triunfo que decantara la contienda a favor de las armas españolas, en esta ocasión parece imponerse un criterio mucho más conservador, de permanecer a la defensiva y esperar el momento oportuno para iniciar las operaciones. Este parecer se sustentaba sobre la incuestionable superioridad francesa, que a pesar de verse obligada a levantar el sitio de Lérida, tras sufrir una dolorosa derrota, todavía era capaz de poner sobre el campo de batalla hasta 14.000 soldados (10.000 de infantería y 4.000 de caballería), frente a los 11.000 efectivos teóricos (8.000 infantes y 3.000 caballos, incluyéndose 411 desmontados, entre los cuales suponemos que se encontrarían los efectivos del Batallón) que podían presentar las fuerzas felipistas, que en la práctica podían reducirse a solo 5.400 de infantería y 1.000 de caballería<sup>2032</sup>. La opinión más temeraria fue la D. Guillén Ramón de Moncada, marqués de Aytona, que había sido nombrado capitán general del ejército de Cataluña, el cual, en contra del parecer mayoritario, se mostraba muy optimista y deseoso de entrar en batalla<sup>2033</sup>.

Así, se optó por mantener las tropas que hasta ese momento se habían reunido para evitar la descomposición de las unidades, mientras llegaban las levadas que se habían comenzado. El éxito de esta nueva estrategia venía determinado, en parte, por la inminente destitución de Condé como capitán general de las tropas francesas en el Principado. Como consecuencia, un importante número de nobles que le habían acompañado en esta ocasión, de manera voluntaria, y cuya fidelidad a Condé estaba por encima de la que debían al monarca, se retirarían a sus dominios, con lo cual la posición borbónica se debilitaría. Este sería el momento óptimo, y no otro, para pasar al ataque e intentar la toma de alguna plaza fuerte del enemigo<sup>2034</sup>.

---

<sup>2032</sup> *Copia de una carta de D. Luis de Haro al rey, con el parecer de los cabos sobre lo que se ha de obrar en el ejército.* Zaragoza, 4-7-1647. AHN, Consejos, Leg. 7135.

<sup>2033</sup> “Y lo que debo informar a V.M. es que mucha gente de este ejército es de tan buena calidad que puede esperarse un gran suceso, cuando V.M. se conforme en que se una batalla, aunque el enemigo sea superior en fuerzas. Y en tal caso, entraré con gran confianza en ella, por la justificación de la causa, el celo tan cristiano de V.M., y el aliento y valor de sus soldados. Y el ver que los buenos sucesos no se consiguen estándose quietos, sino peleando y arriesgando. Y Cataluña, para recobrase, ha menester una batalla.” *Copia de una carta del marqués de Aytona al rey, sobre lo que será bien disponer en el ejército.* Zaragoza, 4-7-1647. AHN, Consejos, Leg. 7135.

<sup>2034</sup> “(.....) lo que conviene al real servicio de V.M. es que se trate de conservar estas tropas, socorriéndolas puntualmente, como hoy se hace, y procurando engrosarlas de infantería y caballería cuanto fuere posible. Y juzgándose que al mismo tiempo es fuerza que se vaya deshaciendo el enemigo, y que si el príncipe de Condé se retira a París, como se juzga por cierto, arrastrará tras sí toda la nobleza que, voluntariamente, le ha seguido, y por consiguiente, se enflaquecerá todo su ejército. Y parece probable que, a los fines de agosto, se hallase el ejército de V.M. más fuerte que el del enemigo. Y que entonces es el tiempo de procurar hacer la guerra ofensiva y de sitiar la plaza que pareciere más conveniente.” *Copia del parecer de los cabos del ejército sobre lo que se ha de obrar en esta campaña.* Zaragoza, 4-7-1647. AHN, Consejos, Leg. 7135.



A lo largo del mes de noviembre se asistió a la conclusión de las operaciones militares en el teatro de operaciones catalán, y de forma inmediata se comenzaron los preparativos para la nueva campaña, traducidas en nuevas peticiones de caballos a la Junta de la Milicia de las Órdenes y al Consejo de Órdenes. En esta ocasión se cuantificó dicha obligación en 200 caballos (150 y 50 equinos cada uno), que debían estar listos a finales de febrero de 1648<sup>2035</sup>. Pero este organismo volvía a atravesar por problemas económicos, que le impedían cumplir con el servicio que demandaba la Corona. Pese a que en el mes de enero se redujo a su contribución a solo 110 caballos<sup>2036</sup>, asumía que no iba a ser capaz de cumplir este servicio. Al igual que en otros años de dificultades financieras, puso de relieve el agotamiento de sus rentas. En parte, esto se debía a que de nuevo, y en contra de lo que el poder real había dispuesto, se utilizaron los fondos americanos consignados a la Junta para el pago de otras deudas, y no para la remonta del Batallón. Otra consecuencia de esta situación, fue la acumulación de unas deudas superiores al medio millón de reales, entre las que se incluía el asiento firmado con D. Blas de Padilla por los 200 caballos (260.000 reales)<sup>2037</sup>.

Ante este panorama tan desolador, sus miembros pensaron que ese año no se le iba a pedir nada, pues se encontraba al borde de la liquidación, y bastante tendría con amortizar parte de las deudas. Al mismo tiempo, un decreto de abril de 1647 (del cual no hemos tenido constancia) daba a entender que ya no sería necesario continuar con sus actividades, pues se proyectaba que los caballeros de hábito no tuvieran obligación de servir en el Batallón, y que se integraran en el resto de unidades del ejército, con lo cual se pondría fin a su existencia<sup>2038</sup>. Con ello se buscaba imprimir un mayor dinamismo al vínculo entre las Órdenes Militares y la guerra, el cual mostraba signos de excesiva rigidez, porque los caballeros de hábito, al menos sobre el papel, debían prestar servicio en esta unidad. Pero lo cierto era que la mayoría de los militares que eran

---

<sup>2035</sup> *Orden de S.M., dirigida al presidente del Consejo de Órdenes, para que el consejo y la junta de la milicia de ellas den 200 caballos para la campaña del año que viene.* Madrid, 19-11-1647. BN, Mss, 11.326. Fol. 42r.

<sup>2036</sup> *Orden de S.M., dirigida al presidente del Consejo de Órdenes, para que disponga los 110 caballos que se le han repartido para la campaña de este año.* Madrid, 22-1-1648. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>2037</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la remonta del batallón de ellas de este año.* Madrid, 22-1-1648. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>2038</sup> “(.....) Y entendía la junta que se le excusaría este año. Y estaba disponiendo el beneficio de los cortos residuos que hay del último llamamiento, para ajustarlas a satisfacción de sus deudas, juzgando por lo que contiene otro decreto de V.M., de 4 de abril del año pasado de 1647, sobre que los caballeros sirvan en las galeras o en los ejércitos, que ya no se había de mantener este batallón, como será preciso si esto ha de tener su ejecución.” *Ibídem*.

agraciados con un hábito, preferían continuar sirviendo en sus unidades en, en lugar de hacerlo en el Batallón. De este modo, la caballería de las Órdenes vendría a ser más un espacio en el cual individuos con vocación castrense y oficiales reformados podían ver satisfechas sus expectativas, que el punto de reunión donde los miembros de las Órdenes Militares podían iniciar, o continuar, la carrera de las armas. En suma, era una unidad donde más que a ostentar la pertenencia a las milicias católicas, se aspiraba a disfrutar de los privilegios que llevaba inherentes tal condición.

El único recurso que la Junta estaba en condiciones de ofrecer, al igual que en los años anteriores, era emplear todos los medios posibles para cobrar las cantidades pendientes de cobro desde 1643, pues desaconsejaba realizar un nuevo llamamiento de los caballeros y comendadores, con el objetivo de entregar esos fondos como garantía para poder suscribir un asiento. También podrían obtenerse ingresos de las fianzas que debían entregar los caballeros de hábito en concepto de “relevaciones de galeras” (aunque la Junta de la Media Anata tenía algún tipo de competencia sobre esta partida). Sin embargo, parte de esa renta estaba consignada para el pago de otros asientos, por lo que el disponible estaba muy limitado<sup>2039</sup>.

En esta ocasión la historia volvió a repetirse, porque a pesar de las quejas iniciales de la Junta, y del sombrío panorama que bosquejaba, una vez más reconsideró su actitud y se mostró más colaboradora con la Corona. De nuevo se recurrió a D. Blas de Padilla, con quien se firmó un asiento en las mismas condiciones que el suscrito el año anterior, para que suministrara los 110 caballos solicitados antes del mes de mayo, por un montante de 143.000 reales de vellón (a 1.300 reales la unidad)<sup>2040</sup>. Pese a que aún se le adeudaban algunas cantidades por la operación de 1647, D. Blas de Padilla aceptó suministrar estas monturas, para lo cual se le garantizaban 200.000 reales procedentes de efectos de la Junta<sup>2041</sup>.

Al mismo tiempo, se acudió a Juan Bautista de Benavente para que prestara otros 30.000 reales para financiar el envío de los caballos al frente catalán, también con

---

<sup>2039</sup> *Ibidem*.

<sup>2040</sup> *Asiento firmado por la junta de la milicia de las Órdenes con D. Blas de Padilla por los 110 caballos que ha de dar para la campaña de este presente año*. Madrid, 22-2-1648. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>2041</sup> “(.....) Primeramente, 100.000 reales en escrituras de fianzas que dan los caballeros que entran en las órdenes por sus relevaciones de galeras, dándoselas enteras hasta esta cantidad, efectivamente. Otros 50.000 reales de lo que deben los caballeros que tienen hábito, por el repartimiento que se les ha hecho para el montado, en el llamamiento que se ejecuta. Y otros 50.000 en fianzas de montados útiles, que comenzaren a caer, después de haberse pagado al dicho D. Blas lo que se le debe por los caballos que dio a la junta el año pasado de 1647, interés y lo demás que ha de haber por aquel asiento, sin que se pueda anteponer otro acreedor a cobrar este medio.” *Ibidem*.

las cláusulas que rigieron el asiento del año anterior. La contrapartida ofrecida a Benavente consistía en 100.000 reales, procedentes de la cantidad que los titulares de las encomiendas debían abonar en concepto de medias lanzas. Según los cálculos de la Junta, esta cantidad sería suficiente para liquidar la deuda del primer asiento, los intereses, la adehala y el principal del nuevo préstamo<sup>2042</sup>.

Pese a que todo parecía solucionado con estas dos actuaciones, un nuevo imprevisto vino a turbar la aparente calma. Se trataba de la renuncia de D. Blas de Padilla, por motivos de salud, a cumplir el asiento de los 110 caballos, y otro de 50 que también había firmado con el Consejo de Órdenes. No sabemos si los argumentos que esgrimía eran ciertos, pero suponemos que las pocas perspectivas ofrecidas por esta operación, serían un motivo más que suficiente para, a la menor ocasión, tratar finiquitar la relación mercantil. No obstante, enseguida se encontró un sustituto, el elegido para ello fue Juan Bautista de Benavente, que de esta manera, pasó a ocuparse tanto del abastecimiento de las monturas, como de su envío al frente<sup>2043</sup>.

Con todo, la situación no dejó de deteriorarse durante los meses siguientes, y los efectivos que todavía servían en Cataluña eran quienes más sufrían las consecuencias. Uno de los ejemplos más evidentes lo encontramos en las dos compañías que el marqués de La Mota formó en 1646. A la conclusión de las operaciones militares de ese año, se retiró a la Corte y dejó a su teniente al mando. Pero cuando se reanudaron las hostilidades, no acudió a servir y su segundo asumió su gobierno. Este hecho repercutió negativamente en el estado de ambas, el cual empeoró. Por este motivo se le ordenó que regresara al frente para hacerse cargo de ellas y en caso de no poder hacerlo (o más bien no querer), que las compañías fueran reformadas y sus efectivos distribuidos entre el resto; o que se nombraran nuevos capitanes para ellas, aunque no sabemos que resolución se tomó en última instancia<sup>2044</sup>.

---

<sup>2042</sup> Asiento firmado por el sr. D. Juan Girón de Zúñiga, del consejo de S.M. en el real de las Órdenes, con Juan Bautista de Benavente, vecino de esta villa, por 30.000 reales de vellón para conducir al ejército los caballos que V.M. ha mandado se den este año. Madrid, 24-4-1648. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>2043</sup> “(.....) D. Blas de Padilla dijo que, por cuanto hizo dos asientos con los sres. del real consejo de las Órdenes, que estaba obligado a entregar para fin de mes de abril de este presente año, (.....) no ha podido cumplir por la falta de salud y otros justos impedimentos. Y ha suplicado a los sres. de la junta busquen persona que cumpla los dichos asientos, y han propuesto y nombrado para ello a Juan Bautista de Benavente.” *Escritura firmada entre D. Blas de Padilla y Juan Bautista de Benavente, para que se haga cargo de los dos asientos que ha firmado con los sres. del consejo de las Órdenes y de la junta de la milicia de ellas.* Madrid, 23-5-1648. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>2044</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre lo que conviene hacer con las dos compañías de caballos corazas del batallón de ellas, de que es capitán el marqués de La Mota.* Madrid, 31-3-1649. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

Lo que no sufrió modificaciones fue la petición anual de caballos a la Junta. Aunque en esta ocasión se produjo una novedad importante: se trata de la primera vez en la que no se menciona que fueran a ser utilizados para el Batallón de las Órdenes, sino que hay una alusión genérica al ejército de Cataluña. Si tenemos en cuenta los antecedentes que hemos presentado, no es de extrañar esta decisión, la cual confirmaría que el estado de la unidad estaría más próximo a su desaparición que a su continuidad. Pese a este colapso, la Corona había conseguido configurar un entramado fiscal, que al menos permitiría costear cierta cantidad anual de caballos sin cargo para la Real Hacienda. Aún más, con la amenaza de obligar a los caballeros de hábito a que prestaran servicio militar, se había conseguido que, en la mayoría de los casos, estuvieran dispuestos a abonar de buen grado el pago de una cantidad en metálico a cambio de ser eximidos de ello. Pero también se había institucionalizado que los agraciados con un hábito desembolsaran dicha suma, a menos que se comprometieran a servir.

Tanto si las monturas iban a ser utilizadas para el Batallón, como si no, en 1649 tuvo que aportar 120 equinos. Para ello suscribió un asiento con Juan Bautista de Benavente, quien tras la renuncia de D. Blas de Padilla se convirtió en el principal proveedor de la junta (en realidad era el único) en lo relativo a caballos. Por sus servicios durante los años anteriores, Benavente fue recompensado con el empleo de tesorero del Consejo de Órdenes, así como de la Junta de la Milicia de las Órdenes (pues con este título aparece en el encabezamiento del contrato<sup>2045</sup>), aunque con el estado que presentaban las finanzas de la monarquía española cabe plantearse si no fue más un castigo que un premio. Sin embargo, se trataba de una práctica habitual en el dispositivo financiero de la Corona, pues con su inclusión en el aparato burocrático se facilitaba, al menos en parte, que el prestamista tuviera un mayor control sobre su inversión y, sobre todo, que el poder real se aprovechara de su capacidad crediticia y la utilizara en su beneficio. Se trata de un proceso que guarda grandes similitudes con la vinculación de la aristocracia a la formación de unidades militares, como en el caso de las coronelías. Como ya hemos mencionado, los nobles escogidos eran “agraciados” con el título de coronel del regimiento que debían aprestar, lo cual no era sino una artimaña para utilizar su potencial como reclutadores y, con su designación como oficiales del

---

<sup>2045</sup> Asiento firmado entre Juan Bautista de Benavente, tesorero general del consejo de las Órdenes y la junta de la milicia de ellas para que provea los 120 caballos que debe entregar este año. Madrid, 27-6-1649. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

ejército, que percibían salarios con cargo a la Real Hacienda, desviar parte del presupuesto militar hacia sus patrimonios.

En lo tocante a las condiciones del asiento, se obligaba a tener los caballos listos antes de primeros de agosto; asimismo, correrían por su cuenta todos los gastos generados por su manutención, y la conducción hasta su entrega en Cataluña a los oficiales encargados de ello. Por este servicio recibiría 156.000 reales (de nuevo a 1.300 cada uno) y, desde el momento en que hubiera cumplido con su obligación y la deuda no estuviera liquidada, se le prometía el abono de unos intereses anuales del 9%. Como resarcimiento, recibió derechos de cobro por valor de 280.000, procedentes de las rentas gestionadas por la Junta, a la manera que se hizo en los años precedentes<sup>2046</sup>. Sin embargo, no consta que llegara ni una sola montura para el Batallón<sup>2047</sup>. Tal vez esto se deba a que la Corona hubiera secuestrado su contribución anual para utilizar los caballos a su criterio, anticipando lo que ocurriría al año siguiente

Pese a que la práctica de consignar parte de las rentas de la Junta, como forma de pago a quienes se encargaran de proporcionar lo necesario para el abastecimiento de la unidad, había dado más de un quebradero de cabeza, lo cierto es que había conseguido superar, con apuros, todas las dificultades a las que se había enfrentado. No obstante, a finales de 1649 el sistema empezó a mostrar síntomas preocupantes de agotamiento ya que, en una reproducción a menor escala de lo que sucedía con el grueso de las finanzas reales, la mayor parte de las partidas que se habían destinado a la conservación del Batallón de las Órdenes se encontraban en manos de particulares, por lo que no había fondos disponibles que respaldaran la firma de otro asiento para la campaña de 1650, y asumir la compra de los 120 caballos que la exigían. Ante esta circunstancia, la Junta que revisó a fondo el estado de sus cuentas, con la esperanza de encontrar alguna partida que aún pudiera utilizarse sin responder primero a los acreedores<sup>2048</sup>.

El resultado fue más positivo del que se esperaba en un principio, pues había una serie de depósitos que se encontraban libres de cargas. El primero eran 70.000 reales

---

<sup>2046</sup> “(.....) Para la paga y satisfacción, así de principal e intereses, se le han de dar 80.000 reales en escrituras de fianzas de relevaciones de galeras, 50.000 que se supone se le hará de alcance al receptor de la dicha junta, 50.000 reales en escrituras de fianzas de montados que están en poder del dicho receptor; y 100.000 reales en fianzas de dichos montados, de las que se fueren haciendo después de haberle pagado 50.000 reales, que tiene de consignación sobre ellas del asiento de los 110 caballos del año pasado, que hasta ahora no se le ha dado ninguna.” *Ibidem*.

<sup>2047</sup> *Relación de las compañías de caballos, y caballos sueltos a la mano, que remitió la junta de la Caballería de las Órdenes a los ejércitos desde el año de 1641.....*

<sup>2048</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes, en la que representa lo que se le ofrece sobre el estado que tienen los efectos aplicados para el batallón de ellas*. Madrid, 8-1-1650. AHN, OO.MM, Leg. 4670.

que se encontraban en poder del receptor general, D. Juan Bautista del Corral. Además, había otros 102.434 reales de fianzas de montados atrasados; 90.000 reales en escrituras de relevaciones de galeras, y 100.000 del repartimiento que se hacía a las encomiendas y conventos de las Órdenes Militares. De manera que, aún en una coyuntura adversa, disponía de 362.434 reales para ser empleados en la caballería de las Órdenes<sup>2049</sup>.

De esta cantidad, había que detraer algunas partidas que estaban pendientes de pago por un valor de 152.200 reales, desglosados de la siguiente manera: 30.000 reales a D. Blas de Padilla por el asiento firmado en 1647; 50.000 más a Juan Bautista de Benavente por el de 1648 (que en un principio había sido suscrito por D. Blas de Padilla); otros 20.000 a D. Rodrigo de Sarmiento por otro que asumió en 1642, para suministrar caballos al Batallón. Y, en último lugar, 52.200 reales a Domingo de Miñaca, por haber proporcionado 200 sillas en 1647, y otros pagos que tenía retrasados. Así que, una vez descontada esta suma, aún le quedaban 210.234 reales, cantidad que debería ser suficiente<sup>2050</sup>.

Pero cuando todo parecía haber quedado resuelto el monarca sorprendió con una decisión polémica: la apropiación de esta cantidad para otros fines sin especificar. Así, se ordenó a la junta que, una vez hubiera liquidado las deudas, entregara la cantidad sobrante a la persona designada por el monarca, quedando eximida de servir con los caballos demandados, lo cual suponía un hecho sin precedentes hasta ese momento. Aunque tampoco sería descabellado pensar que ésta fuera su intención original, animando a este organismo para que buscara fondos con los que fortalecer el Batallón, cuando lo que en realidad pretendía era que exprimiera al máximo su capacidad de financiación para incautar la cantidad aprestada con alguna excusa. Ya hemos visto cómo la Corona se vio tentada de utilizar en su beneficio parte de las rentas asignadas para la conservación de la caballería de las Órdenes Militares, en concreto las procedentes de América, que se percibían en plata. Pero esta era la primera vez que se usurpaba la consignación anual que se destinaba al Batallón.<sup>2051</sup> Pese a todo<sup>2052</sup>, el

---

<sup>2049</sup> *Relación de los efectos que la junta de la milicia de las Órdenes tiene para la remonta que S.M. le manda hacer este año de 1650, y paga de lo que está debiendo.* Madrid, 8-1-1650. AHN, OO.MM, Leg. 4670.

<sup>2050</sup> *Ibídem.*

<sup>2051</sup> “(.....) Es tan grande la falta de medios, que no da lugar para dejar de aplicar todos aquellos que fueren prontos a las necesidades presentes. Y así, supuesto que de la deuda de la junta se pagan intereses del ocho por ciento, se continuarán, y se dará satisfacción de los corridos hasta fin de este año, de los 362.434 reales que se dice hay en los efectos prontos. Y toda la restante cantidad se entregará, luego, a las arcas del tesoro, como lo encargo a la junta, quedando reservada este año de hacer el número de caballos que se le había encargado. Porque de esta suma se entregará el dinero necesario para la compra de ellos,

dinero fue empleado en el mismo fin que si hubiera sido administrado por ella, pues su aportación se destinó a Manuel Cortizos<sup>2053</sup> (a quien ya nos hemos referido), como compensación por los asientos que había suscrito para el envío de caballos al ejército de Cataluña durante los años anteriores, y que aún no habían sido abonados en su totalidad<sup>2054</sup>.

Este hecho vendría a confirmar la cada vez menor importancia del Batallón dentro del dispositivo militar de la Corona, así como de la entidad administrativa encargada de esta materia, cuyo papel quedaba limitado a un mero recaudador de impuestos al servicio de la Real Hacienda, sin ningún control sobre los fondos que percibía. Y si no se ponía fin a su existencia era precisamente por esto: porque aportaba unos fondos que, si bien cuantitativamente no eran demasiado cuantiosos, podían ser utilizados para cargar parte del presupuesto militar sobre los caballeros de hábito y los comendadores, al tiempo que se les vinculaba al esfuerzo bélico de la monarquía española. Otro de los argumentos a favor de su pervivencia era la posibilidad de explotar su atractivo como destino donde servir. En esta ocasión no nos referimos a militares, sino a individuos que habían prestado dinero a la Corona, la cual podía utilizar los empleos administrativos de la Junta como acicate para que se animaran a adelantar las sumas demandadas. Esto fue lo que ocurrió con Juan Bautista de Benavente, quien como sabemos, servía el empleo de tesorero general del Consejo de Órdenes, y había suscrito asientos con la junta durante los años 1647-1649.

---

encargándola a persona particular. Y déseme cuenta de haber efectuado la entrega de este dinero.” *Ibídem.*

<sup>2052</sup> *Consulta en la que la junta da cuenta de lo que va ejecutando, en conformidad de lo que V.M. le tiene mandado, cerca de entregar en las arcas de tres llaves, el dinero que ha procedido y procediere de diferentes efectos que están a su disposición.* Madrid, 14-1-1650. AHN, OO.MM, Leg. 4670.

<sup>2053</sup> *Orden del rey, dirigida al presidente del consejo de las Órdenes para que el dinero procedido de los medios de la junta, que estaba mandado entrase en las arcas, se entregue a Manuel Cortizos.* Madrid, 1-5-1650. AHN, OO.MM, Leg. 4670.

<sup>2054</sup> Según Sanz Ayán, entre 1648 y septiembre de 1650 (fecha en la que tuvo lugar su fallecimiento), se convirtió en uno de los principales proveedores de la Corona para el sostenimiento de los frentes peninsulares, sobre todo el catalán, tanto de hombres como de caballos. En cuanto a su actividad como suministrador de caballos, en el periodo citado asumió el coste de 5.145 unidades (a 1.200 reales cada uno). 5.183 sillas de montar, 2.000 pares de botas y otros tantos pares de espuelas. Asimismo, financió la compra de 160 equinos para la caballeriza del rey y del archiduque Leopoldo, por valor de 6’8 millones de maravedíes en vellón. En total, suscribió contratos con la Corona por un total de 433’5 millones de maravedíes, de los cuales 244 (el 56%) tenían alguna relación con la caballería. Sin embargo, la Real Hacienda estaba muy lejos de satisfacer las obligaciones que tenía con él, pues representaba se le debían casi 172 millones de maravedíes por estas partidas. A ellas había que sumar otra serie de consignaciones firmadas entre 1649-1650, de las cuales estaban pendientes de pago otros 200 millones. De manera que a la muerte de Manuel Cortizos, Felipe IV adeudaba a sus descendientes cerca de 372 millones de maravedíes. SANZ AYÁN, C.: “Consolidación y destrucción de patrimonios financieros.....” *Op. cit.* pp. 77-78.

En esta ocasión, Benavente había alcanzado un acuerdo para prestar 20.000 escudos (en plata) al Consejo de Castilla, que suponemos serían para costear los caballos solicitados por la Corona. Y una de las condiciones para que se produjera la firma estipulaba la concesión del oficio de receptor general de la Junta (con posibilidad de que pasara a sus sucesores) para el prestamista, aunque previamente debía producirse la renuncia de D. Juan Bautista del Corral, que hasta ese momento era su titular<sup>2055</sup>. Con este nombramiento (o mejor dicho compra encubierta del cargo), Benavente incrementaba aún más su control sobre la Junta de la Milicia de las Órdenes, que pasaría a convertirse en casi una sucursal más de sus negocios, desde la cual podría gestionar, y fiscalizar, con mayor eficacia su inversión<sup>2056</sup>.

Sin embargo, con vistas a la campaña del año 1651 se creyó conveniente volver a las tradicionales demandas, en forma de caballos, que hasta ese momento habían regido las relaciones entre la Corona y la Junta. En esta ocasión, al igual que en los años anteriores, la solicitud se inscribía dentro de una petición general a los consejos, cuantificada en 960 caballos, de los cuales 120 correspondían a la Junta de la Milicia de las Órdenes<sup>2057</sup>. Pero la situación existente, caracterizada por una tremenda inestabilidad e inseguridad jurídica, motivada por las decisiones adoptadas de forma unilateral por la Corona, que en cualquier momento podía volver a requisar sus caudales para emplearlos en aquello que considerara oportuno, impedía asumir cualquier exigencia en este sentido<sup>2058</sup>.

En primer lugar, tenía que hacer frente a unas deudas valoradas en 170.000 reales, por las cuales se abonaban los correspondientes intereses, a un 8% anual. Además estaban pendientes de pago cantidades desde 1642, que eran reclamadas por los herederos de Cristóbal Martínez Flores y D. Alonso Montero, quienes habían adelantado dinero y a su muerte no habían cobrado la totalidad de la deuda. Pese a todo, se ordenó a la Junta que entablara negociaciones con Juan Bautista de Benavente para

---

<sup>2055</sup> Orden de S.M. en la que manda que sobre el asiento ajustado por D. Antonio de Contreras con Juan Bautista de Benavente, sobre la provisión de 20.000 reales, de que manda S.M. se le consignen por esta vía los 10.000, con más 60.000 reales que se le deben, por haberlos suplido, y que se le agregue el oficio de receptor general de la junta al de tesorero general que tiene, precediendo consentimiento de Juan Bautista del Corral. Madrid, 2-6-1650. AHN, OO.MM, Leg. 4670.

<sup>2056</sup> Cédula por la que S.M. hacer merced a Juan Bautista de Benavente, tesorero general del consejo de las Órdenes, del oficio de receptor general de la junta de la caballería de ellas, que ejercía D. Juan Bautista del Corral, porque le sirva agregado al suyo. Madrid, 22-6-1650. AHN, OO.MM, Leg. 4738.

<sup>2057</sup> Orden de S.M. dirigida al marqués de Mirabel, presidente del consejo de las Órdenes y de la junta de la milicia de ellas, para que ésta de 120 caballos para la campaña de 1651. Madrid, 20-11-1650. AHN, OO.MM, Leg. 4670.

<sup>2058</sup> Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que dice lo que se le ofrece sobre la remonta de la caballería del año que viene. Madrid, 12-12-1650. AHN, OO.MM, Leg. 4670.



que, en las mejores condiciones posibles, se hiciera cargo de proporcionar los 120 caballos referidos<sup>2059</sup>. Las conversaciones se prolongaron durante todo el mes de enero, y a principios de febrero de 1651 se alcanzó un acuerdo con el receptor general, en las condiciones habituales, para que financiara este servicio<sup>2060</sup>.

Además de la contribución anual solicitada a la Junta de la Milicia de las Órdenes en forma de caballos, el curso de las operaciones en el Principado motivó que se solicitara una prestación adicional en metálico, al Consejo de Órdenes (encabezado por su nuevo presidente, D. Gaspar de Bracamonte y Guzmán, conde de Peñaranda, caballero de la orden de Calatrava y comendador de Daimiel) dentro de una petición general a todos los consejos, estimada en 200.000 escudos en plata<sup>2061</sup>. Esta exigencia venía determinada porque el marqués de Mortara, capitán general del ejército de Cataluña desde 1650, tras una fulgurante campaña que concluyó con la toma de Flix, Miravete y Tortosa, puso sitio a la ciudad de Barcelona en agosto de 1651. Así, diez años después de la derrota sufrida en Montjuich, los ejércitos españoles se encontraban en situación de poner fin a la rebelión catalana y cerrar uno de los frentes peninsulares.

Pero el Consejo de Órdenes representó al monarca que no tenía jurisdicción sobre ninguna de las hipotéticas partidas gracias a las cuales podría sufragar su contribución (que no había sido fijada en una cantidad concreta, sino que se dejaba al arbitrio del consejo, siempre y cuando fuera la mayor posible). De manera que se comprometió a buscar fuentes de financiación alternativas, para poder contribuir a esta

---

<sup>2059</sup> *Ibidem*.

<sup>2060</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que da cuenta de lo tratado con Juan Bautista de Benavente sobre el asiento de 120 caballos para la campaña de este año*. Madrid, 4-2-1651. AHN, OO.MM, Leg. 4670.

<sup>2061</sup> “Y hallándose mis armas con el empeño que se deja considerar de tanta reputación y consecuencia para la paz de mis Reinos, adelantándose los progresos en orden a la reducción de aquella provincia, no puedo omitir medio alguno que convenga para socorrer prontamente, con gente y dinero, al marqués de Mortara, porque no descaezca el estado en que se halla y de lo que puede prometerse. Y he resuelto encargarles [a los consejos] que, entre todos, junten luego hasta 200.000 escudos en plata. Y a vos, el conde de Peñaranda, y a los de ese consejo, hagáis este servicio, negociándolo entre los dependientes de el, sobre cualesquiera medios que se puedan beneficiar por ese consejo, o sobre plata de estos primeros galeones, o sobre el repartimiento del millón, después de pagado lo que está librado hasta hoy; o sobre crecimientos de alcabalas y unos por ciento, ventas de vasallos, crecimientos de juros de por vida, o u otros cualquier efectos de mi Real Hacienda que no tengan especial aplicación, esperando que con facilidad se juntará una buena cantidad, con presupuesto de que ha de estar junta dentro de 8 días, y metida en las arcas, para que se pueda remitir luego al ejército, pues de otra suerte no serviría de nada esta prevención (.....)” *Decreto del rey, dirigido al conde de Peñaranda, para que el consejo de Órdenes contribuya al servicio de los 200.000 escudos de plata solicitado a los consejos para el asedio de Barcelona*. Madrid, 15-8-1651. AHN, OO.MM, Leg. 6347.

empresa con la suma más cuantiosa, aunque sin comprometerse a adelantar una cifra ni un plazo de entrega<sup>2062</sup>.

A pesar a esta actitud, en principio de colaboración con las exigencias reales, tenemos serias dudas de que en última instancia entregara alguna cantidad para este fin, pues no hemos encontrado ninguna evidencia documental al respecto. Por otra parte, no podemos descartar que el Consejo de Órdenes tratara de vincular a la Junta a este servicio y que, gracias a sus fondos, pudiera hacer una cuantiosa contribución. El argumento más determinante para sustentar esta hipótesis, es la ausencia de peticiones a esta última para que aportara los caballos acostumbrados. Es muy probable que, ante la necesidad de dinero en efectivo, se considerara oportuno destinar su prestación anual al mantenimiento de las fuerzas que sitiaban la capital catalana (que cayó en octubre de 1652), pues resultaría sorprendente que en esta coyuntura la Corona la relevara de su aportación. La prueba definitiva la encontramos a finales de 1652, cuando el monarca ordenó a la Junta que entregara a D. Sebastián Cortizos<sup>2063</sup>, caballero de la orden de Calatrava (que había sucedido a su hermano Manuel al frente de sus negocios, entre los que se incluía la financiación de caballos para los ejércitos hispanos) la cantidad que se le asignó en la contribución general<sup>2064</sup>. Tal vez pudiera tratarse de una nueva exigencia, pero nos sorprendería que estuviera tan próxima en el tiempo a la anterior, y que la Junta pudiera hacer frente a otro servicio sin haber atendido el demandado en primer lugar.

Para el año 1653, Juan Bautista de Benavente se convirtió de nuevo en el principal apoyo de este organismo. Pese a que el servicio solicitado era de 120 caballos, se conmutó por 200.000 reales en vellón, que serían adelantados por el receptor y tesorero de la junta, y puestos a disposición de la persona que se le ordenare; en este caso D. Sebastián Cortizos. El asentista se comprometía a facilitar 100.000 reales en un

---

<sup>2062</sup> *Consulta del consejo de Órdenes en la que representa lo que se le ofrece sobre el servicio de los 200.000 escudos en plata solicitado a los consejos para el asedio de Barcelona*. Madrid, 22-8-1651. AHN, OO.MM, Leg. 6347.

<sup>2063</sup> D. Sebastián Cortizos nació en Madrid en noviembre de 1617, y estuvo destinado durante algunos años en Nápoles como representante de su familia en ese territorio. En 1636 regresó a Madrid y en 1640 fue nombrado teniente de receptor general del Consejo de Hacienda, cargo cuya titularidad detentaba su hermano Manuel. En 1642 fue nombrado secretario sin sueldo, y al año siguiente secretario de la Comisión de Millones (gracias a una leva de caballos que había realizado su hermano). Tuvo que esperar hasta 1648 para recibir el empleo de contador mayor de cuentas, y en 1651 también sustituyó a Manuel como consejero de Hacienda. SANZ AYÁN, C.: “Consolidación y destrucción de patrimonios financieros.....” *Op. cit.* p. 79.

<sup>2064</sup> *Orden del rey, dirigida al conde de Peñaranda, para que la junta de la milicia de las Órdenes entregue sin dilación a D. Sebastián Cortizos el dinero que corresponde a la remonta que le tocó en el repartimiento*. Madrid, 28-12-1652. AHN, OO.MM, Leg. 4670.

plazo no superior a 15 días desde la aprobación del asiento, y el resto en dos entregas mensuales, una vez se hubiera constancia de haberse efectuado el primer pago<sup>2065</sup>. Como contraprestación, se le garantizaba la percepción de un interés del 8% durante dos años, así como consignaciones suficientes por la cuantía de su asiento, aunque primero se debían liquidar las deudas que aún estaban pendientes<sup>2066</sup>. Pero Juan Bautista de Benavente estaba dispuesto a sacar el máximo partido posible a su capacidad crediticia, explotando la extrema dependencia de las finanzas reales para atender a todos los compromisos. En esta ocasión, exigió se le dispensara el mismo tratamiento que a los tesoreros de los consejos de Indias y Hacienda, quienes estaban autorizados a tener asiento preferente en las fiestas que se celebraban en la Corte madrileña. Pese a que su petición constituía un abuso, la cual en otras circunstancias sería desestimada sin contemplación, la situación actual obligaba a mirar para otro lado y acceder a ella, porque de otra manera no se podría asegurar el cumplimiento del servicio<sup>2067</sup>.

En 1654 se volvió a solicitar a los consejos que costearan el importe de 950 caballos, estableciéndose la contribución de la Junta en las habituales 120 unidades. De nuevo Juan Bautista de Benavente, en el ejercicio de su puesto de receptor general, se encargó de disponerlo todo, y de que se entregara la cantidad equivalente a D. Sebastián Cortizos<sup>2068</sup>. Pero parte de esos fondos no se utilizaron para el fin concebido en un primer momento. En concreto, se ordenó a D. Alonso Dávila Guzmán, caballero de Calatrava, capitán general de las islas Canarias, y presidente de Audiencia del archipiélago, que reservara todo lo que se consiguiera recaudar por los montados que debían los caballeros canarios, de los llamamientos de los años 1642 y 1643 (400 ducados en total, 200 por cada uno de ellos)<sup>2069</sup>, para costear la leva de un tercio que se

---

<sup>2065</sup> *Confirmación del asiento firmado entre el sr. D. Juan Girón y Zúñiga, comendador de Pozorubio, de la orden de Santiago, del consejo de S.M. en el real de las órdenes, y su aposentador mayor y de la junta de la milicia de las Órdenes militares, en nombre de S.M., con Juan Bautista de Benavente, tesorero y receptor general del consejo de las dichas órdenes y de la dicha junta, de la otra.* Madrid, 18-1-1653. AHN, OO.MM, Leg. 4670.

<sup>2066</sup> *Ibíd.*

<sup>2067</sup> *Consulta del consejo de las órdenes sobre la pretensión de Juan Bautista de Benavente, de que se le conceda el asiento de que gozan los tesorero de Indias y Hacienda.* Madrid, 3-7-1653. AHN, OO.MM, Leg. 4670.

<sup>2068</sup> *Orden de S.M. para que la junta de las Órdenes entregue a D. Sebastián Cortizos el dinero que importan 120 caballos, para reclutar la caballería de Cataluña.* Madrid, 6-1-1654. AHN, OO.MM, Leg. 4670.

<sup>2069</sup> *Decreto de S.M. en el que se ordena que el dinero que hubiera en las islas de Canarias, procedido de montados, se aplique a la leva de un tercio que se está levantando en ellas.* Madrid, 6-9-1654. AHN, OO.MM, Leg. 4670.

estaba formando allí para ser enviado a Flandes<sup>2070</sup>. De este modo, se le facultó para emprender todas las acciones que considerara convenientes, hasta conseguir que los deudores estuvieran al corriente de pago<sup>2071</sup>.

Acontecimientos de este tenor devaluaron todavía más el papel de la Junta. En un principio, como hemos visto, su misión era formar compañías de caballería, en teoría compuestas por caballeros de hábito y sus sustitutos. Pero la aplastante superioridad numérica de los segundos sobre los primeros, obligó a replantearse la situación; y así, aún a riesgo de erosionar los criterios de calidad que implicaba el servicio en el Batallón de las Órdenes, se permitió el alistamiento de individuos que en la mayoría de los casos, contaban con una sólida carrera militar a sus espaldas, pero no acreditaban hidalguía (requisito que, en teoría, se exigía a los sustitutos), a quienes se brindó una inmejorable oportunidad para ingresar en las Órdenes Militares a cambio de servir una o dos campañas (en función del aspirante) en esta unidad. Pese a que durante los años 1643-1646 se continuaron enviando compañías de refuerzo a Cataluña, se empezó a imponer una nueva modalidad de servicio: la financiación (con cargo a las cantidades solicitadas a caballeros de hábito y comendadores a cambio de eludir el servicio personal) de un número de variable de caballos con los cuales cubrir las bajas producidas por los combates. Análogamente, se produjeron las primeras confiscaciones de partidas cuyos ingresos estaban reservados a este objetivo, para atender al pago de las obligaciones que la monarquía tenía con los asentistas que se encargaban de financiar las guerras peninsulares. En concreto, se trataba de los procedentes de América, que se percibían en plata, y la Corona se apropió de ellos con la excusa de que se trataba de una emergencia.

El siguiente escalón descendente fue la conversión de la Junta en un mero recaudador de impuestos al servicio de la Real Hacienda, pues con la posibilidad de conmutar los caballos que debía presentar todos los años por su equivalente en dinero, se dio el paso definitivo hacia la desvalorización de lo que representaba este organismo

---

<sup>2070</sup> Pese a que en un principio se prometió cubrir las plazas de la unidad con soldados voluntarios, se recurrió a métodos coercitivos para completar la leva. Este hecho ocasionó un enorme malestar a los lugareños, quienes se quejaron por la falta de sensibilidad de D. Alonso Dávila, y el monarca ordenó paralizar el reclutamiento. En última instancia, de los 1.200 hombres reunidos solo se embarcaron, al año siguiente, 700. Durante el tránsito, la mayor parte del tercio se deshizo y muy pocos arribaron a Flandes. VIERA Y CLAVIJO, J. de: *Noticias de la historia general de las islas de Canaria*. Tomo III. Madrid, 1776. pp. 243-244 y 253-258.

<sup>2071</sup> *Minuta de la cédula que se despachó a D. Alonso Dávila y Guzmán, caballero de la orden de Calatrava, capitán general de las islas de Canaria, y presidente de la Real Audiencia, para que la cantidad que hubiere en aquellas islas, tocante a los montados que debieron dar los caballeros de ellas por los últimos llamamientos, lo tenga a su disposición para la leva del tercio que se está levantando para Flandes*. S.f, s.l. (1654). AHN, OO.MM, Leg. 4670.

y del prestigio que llevaba asociado. En esta nueva situación se perdía cualquier control sobre las rentas gestionadas, pues quedaban asignadas al pago de un asentista, encargado de proporcionar los equinos demandados. Sin embargo, aún quedaba un último episodio para completar la caída, al cual nos referiremos más adelante.

A modo de avance, el año 1655 fue el último en el cual la Corona solicitó a la Junta los 120 caballos acostumbrados<sup>2072</sup> (así como otros 50 al Consejo de Órdenes<sup>2073</sup>) para reforzar la caballería de Cataluña, dentro de una petición general a los consejos de 970 caballos. Es de destacar que en la solicitud real no se mencione al Batallón de las Órdenes, ni a ninguna compañía formada por este organismo, lo cual nos lleva a plantearnos si en ese momento todavía se encontraba operativo. Respecto al modo en que se gestionaría el servicio, de modo similar a lo decretado en estos últimos años, solo se debía reunir la cantidad en que se estimaba el gasto de las monturas, y entregarla lo antes posible a D. Sebastián Cortizos, quien se ocuparía de todo<sup>2074</sup>.

Desde el punto de vista del poder real, ésta era la opción que mejor se adaptaba a sus intereses, pues suponía relevar a esta entidad administrativa de los engorrosos trámites y gestiones que implicaba aprestar los caballos por sí misma, y restringía su papel a recaudar el equivalente monetario del servicio para entregarlo a un proveedor quien, al menos en teoría, se encargaría de su cumplimiento. Sin embargo, cada vez con más frecuencia este caudal se destinaba al pago de deudas que poco, o nada, tenían que ver con la materia que justificaba su percepción. Así, a mediados de 1655 se trató de legalizar una práctica que ya se venía realizando desde los años anteriores, como era la entrega de fondos de la Junta, primero a Manuel Cortizos, y luego a su hermano D. Sebastián, como parte del pago por las cantidades con que habían socorrido a la Real Hacienda, o por los caballos que habían financiado. Además, debemos tener en cuenta que los Cortizos suministraban importantes cantidades de caballos mediante factoría<sup>2075</sup>, siendo mucho más inteligente aprovechar su capacidad para reunir los equinos con

---

<sup>2072</sup> *Decreto de S.M., para que la junta de la milicia de las Órdenes disponga, con toda celeridad, los medios más pronto y efectivos para la remonta de 120 caballos para la caballería de Cataluña, y que se entregue a D. Sebastián de Cortizos el dinero que importaren.* Madrid, 27-2-1655. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2073</sup> *Decreto de S.M. para que el consejo de las Órdenes le sirva con 50 caballos para la remonta de la caballería de Cataluña, y que se entregue a D. Sebastián Cortizos el dinero que importare.* Madrid, 27-2-1655. AHN, OO.MM, Leg. 4670.

<sup>2074</sup> *Ibíd.*

<sup>2075</sup> Sanz Ayán define a los factores reales como “los encargados de efectuar por cuenta de la Real Hacienda, diversos negocios y comisiones, entre los que se encontraban las provisiones de dinero, por mesadas, en los lugares donde el rey y el Consejo de Hacienda dispusieran, y el abastecimiento a la Armada Real de víveres y municiones, o las provisiones de los ejércitos.” SANZ AYÁN, C.: Los banqueros..... *Op. cit.* p. 35. Datos biográficos sobre su trayectoria en: *Ibíd.* pp. 176-178.

rapidez, y limitarse a pagarles por este servicio, que no tratar directamente con los proveedores e involucrarse en farragosas negociaciones.

Para ello se trató de averiguar el estado que tenía la relación entre la familia Cortizos y la Junta, con la finalidad de conocer la suma total que, con cargo a sus rentas, se había entregado a los asentistas<sup>2076</sup>. Según la relación presentada por la secretaría del Consejo de Órdenes, entre los años 1650-53 se les entregaron 473.000 reales de vellón procedentes de las partidas reservadas a ella para atender a sus compromisos<sup>2077</sup>. A esta cantidad había que sumar otros 400.000 reales, equivalentes a los años 1654-1655, de manera que, en total, entre 1650-1655, estos financieros recibieron 873.000 reales.

En las semanas siguientes se terminó de perfilar esta nueva forma de servicio, según la cual este organismo no tenía obligación de contribuir con cierto número de caballos para el ejército, sino que debía entregar la cantidad equivalente a este desembolso, la cual sería puesta a disposición del financiero que la Corona estimara conveniente. En un principio, y hasta nueva orden, el receptor de esta prestación sería D. Sebastián Cortizos (o la persona que el creyera conveniente)<sup>2078</sup>.

---

<sup>2076</sup> *Orden para que D. Pedro Coloma, secretario del consejo de las Órdenes, notifique las cantidades con las que han servido D. Sebastián Cortizos de Villasante, y Manuel Cortizos de Villasante, su hermano, y de lo que se les ha pagado por la junta de la milicia de ellas.* Madrid, 17-8-1655. AHN, OO.MM, Leg. 4738.

<sup>2077</sup> Esta cantidad se desglosaba en los siguientes registros: en primer lugar, el 19 de mayo de 1650 se entregaron a Manuel Cortizos 30.000 reales de vellón como parte de pago de los caballos que había comprado. El 13 de enero de 1651 se entregaron a D. Sebastián Cortizos otros 126.000 reales por el mismo concepto. Otros 117.000 reales le fueron entregados a D. Sebastián por las mil sillas que dispuso para la caballería de Cataluña. En último lugar, el 18 de enero de 1653 se recibió 200.000 reales por el asiento firmado con la junta el año anterior. *Relación de los maravedíes entregados por la junta de la Caballería de las Órdenes a Manuel y D. Sebastián Cortizos de Villasante, hermanos, caballeros de la de Calatrava.* S.f., s.l. 1655. AHN, OO.MM, Leg. 4738.

<sup>2078</sup> *Decreto para que el presidente del consejo de las Órdenes, y de la junta de la milicia de ellas, entregue a D. Sebastián Cortizos los 200.000 reales de vellón, en lugar de los 120 caballos que había de dar para la remonta de la caballería.* Madrid, 22-10-1655. AHN, OO.MM, Leg. 4738.

## 7.6. FIN DE UN PROYECTO: PAGO EN METÁLICO. (1656-1699).

El nuevo camino que ahora se abría lo hacía con vocación de racionalizar los esfuerzos, dejando en manos de profesionales las gestiones y los trámites, para que la Junta se limitara a reunir la cantidad establecida. El año 1656 fue la primera ocasión en la cual se podría comprobar la viabilidad de la nueva modalidad de contribución, que no correría por años naturales, sino que el periodo de entrega del dinero se iniciaba en el mes de julio, y vencía en el mismo mes del año siguiente; así que los 200.000 reales de vellón en que se tasó el servicio, deberían estar entregados antes del mes de julio de 1657, y así sucesivamente. En cumplimiento de las órdenes recibidas, la junta se puso manos a la obra y participó a la Corona de la entrega de los fondos, conforme se fueren recaudando<sup>2079</sup>. Pero los hipotéticos beneficios que se esperaban conseguir no se revelaron en estos primeros momentos, pues a finales del mes de diciembre D. Sebastián refería que se le adeudaban 80.000 reales<sup>2080</sup>.

Pese a darse por supuesto que D. Sebastián Cortizos iba a recibir esta cantidad de manera indefinida, al año siguiente la Corona creyó conveniente destinarla al pago de otros asentistas que habían efectuado levas de caballería para los ejércitos de Cataluña y Portugal, si bien es cierto que tenían algún tipo de relación con D. Sebastián. Así, en el año 1657, se ordenó entregar la suma anual a Andrea Piquinoti<sup>2081</sup>, hombre de negocios genovés que se había hecho cargo de varios servicios a la Corona, también mediante factoría, y que a partir del año siguiente, hasta 1660, se asoció con Cortizos para ocuparse del suministro de caballos y dinero para el ejército de Extremadura. Pero un mes más tarde, hubo un cambio de parecer y se ordenó consignar esta renta a D. Manuel

---

<sup>2079</sup> “(.....) Y porque S.M. tiene resuelto se entreguen, de los efectos de la junta, hasta en cantidad de 200.000 reales, a D. Sebastián Cortizos de Villasante, en lugar de los 120 caballos que había dar, por correr de su cuenta la compra de ellos, acordaron que vaya entrando en poder del dicho D. Sebastián Cortizos, como se fueren cobrando, hasta la dicha cantidad de 200.000 reales.” *Acuerdo de la junta de la milicia de las Órdenes para que a D. Sebastián Cortizos se le vayan entregando hasta 200.000 reales de vellón, en conformidad de orden de S.M.* Madrid, 27-10-1656. AHN, OO.MM, Leg. 4738.

<sup>2080</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que da cuenta de la cantidad que, hasta ahora, ha recibido D. Sebastián Cortizos para la compra de caballos.* Madrid, 22-12-1656. AHN, OO.MM, Leg. 4670.

<sup>2081</sup> *Decreto de S.M. dirigido al presidente del consejo de Órdenes, para que se entregue a Andrea Piquinoti el dinero que importaren los 120 caballos que están repartidos a la junta este año.* Madrid, 26-2-1657. AHN, OO.MM, Leg. 4649. Datos biográficos en: SANZ AYÁN, C.: *Los banqueros.....Op. cit.* pp. 116-118.

y Bartolomé Montesinos<sup>2082</sup>, quienes estaban realizando una leva de 500 caballos para el ejército de Cataluña, y se habían comprometido a llevar a cabo otra de la misma cuantía. Para afrontar el desembolso de esta última, entre otros activos, se les asignó el dinero con el que la Junta debía contribuir el año 1657<sup>2083</sup>. En un principio se dictaminó la entrega de 30.000 escudos de vellón de forma inmediata, pues era la condición que habían impuesto para asumir su realización, pues de lo contrario solo presentarían los caballos equivalentes a la cantidad que hasta ese instante se les hubiera librado<sup>2084</sup>. Con todo, en el mejor de los casos, suponiendo que consiguiera recaudar los 200.000 reales (20.000 escudos), aún quedaban por cubrir otros 10.000 escudos, por lo que si se deseaba que reunieran los 1.000 caballos ofertados, debían buscarse nuevas partidas para entregar a los hermanos Montesinos.

Tras esta efímera digresión de las condiciones pactadas, que tal vez se debiera a las urgencias presentes, tales partidas se emplearon para pagar los servicios efectuados por D. Sebastián, quien ajustó una factoría para proporcionar 1.500 caballos (con sus sillas y correajes) para los ejércitos de Cataluña y Portugal, los cuales debían estar listos para la campaña de 1658<sup>2085</sup>. Pese a todo, el receptor último de los 20.000 escudos no fue D. Sebastián, sino D. Gregorio Altamirano Portocarrero<sup>2086</sup>, caballero de la orden de Santiago, que actuaba como su representante<sup>2087</sup>. En los dos años siguientes se repitió el mismo trámite. En ambas ocasiones fue para compensar, de forma parcial, los gastos generados por sendas factorías para reforzar las fuerzas montadas que servían en los frentes peninsulares. La primera de ellas por un total de 500 caballos que serían

---

<sup>2082</sup> Los Montesinos eran una familia de financieros de origen portugués, que estaban vinculados a Manuel Cortizos y a su familia, porque su máximo responsable, Fernando Montesinos, estaba casado con una prima de éste. A partir de 1655 se hicieron cargo de los negocios sus hijos Manuel y Bartolomé, y al año siguiente se hicieron cargo de las provisiones para los presidios de España y África, así como del suministro de caballos para el ejército de Extremadura. *Ibidem.* pp. 337-338.

<sup>2083</sup> *Decreto del rey en el que manda se entregue a D. Manuel y D. Bartolomé Montesinos el dinero que importaren los 120 caballos que están repartidos a la junta de la Caballería de las Órdenes.* Madrid, 21-3-1657. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2084</sup> “(.....) Y así, mando [a la junta] que lo ejecute [la entrega del dinero de la junta], haciéndosele entregar con toda la brevedad posible, respecto de que por cuenta de esta consignación se ha de haber hecho pago a los dichos Montesinos, de 30.000 escudos de vellón para fin de este mes de marzo. Y no cumpliéndose así, no han de quedar obligados a hacer la leva de estos 500 caballos, sino tan solamente hasta la cantidad que correspondiere lo que hubiere cobrado. Con que tanto más preciso y necesario es que esa junta haga ejecutar luego la entrega del dinero referido, sin embargo de que por decreto de 26 de febrero próximo pasado, había mandado que se entregase a Andrea Piquinoti.” *Ibidem.*

<sup>2085</sup> *Decreto del rey en el que manda se acuda a D. Gregorio Altamirano con los 20.000 escudos que tocan a la remonta de la junta de la Caballería de las Órdenes.* Madrid, 2-10-1657. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2086</sup> No sabemos si se trata del mismo D. Gregorio Romano Altamirano Portocarrero que, en 1642, recibió un hábito de la orden de Santiago, por haber servido entre septiembre de 1640 y marzo de 1641 en la compañía del Conde Duque, perteneciente a la primera formación del Batallón de las Órdenes.

<sup>2087</sup> *Ibidem.*



enviados a Cataluña<sup>2088</sup>, mientras que la segunda permitiría reunir 1.550 equinos para el frente portugués (950 en primera instancia<sup>2089</sup>, y 600 unos meses más tarde<sup>2090</sup>), que tras la firma de la Paz de los Pirineos (1659) monopolizó todos los esfuerzos de la estructura bélica hispana.

Esta determinación se vio reforzada al año siguiente, cuando se proyectó la formación de un numeroso contingente, con el cual se trataría de someter a los rebeldes portugueses, y donde las fuerzas montadas estaban llamadas a jugar un activo papel. Para iniciar las operaciones lo antes posible, se ordenó al nuevo presidente del Consejo de Órdenes (y de la Junta), D. Enrique Pimentel y Moscoso, marques de Tavera, caballero y comendador de la orden de Calatrava, que entregara con los 200.000 reales con que debía contribuir en 1661 a D. Sebastián Cortizos, quien de nuevo proporcionó monturas para los reales ejércitos (en este caso se trataba de 3.000 unidades)<sup>2091</sup>.

La nueva modalidad de servicio daba muestras de funcionar mucho mejor que la antecedente. Pues desde que fue instaurada, y hasta julio de 1661, estaban entregados los 20.000 escudos anuales. Respecto a la contribución de 1662, ya estaban en su poder cerca de 13.000, listos para ser puestos a disposición de quien se ordenara. Además, gracias a las novedades introducidas fue posible pagar parte de las deudas que arrastraba la Junta, pues se suprimieron una serie de gastos superfluos que de otra manera sería muy difícil eliminar<sup>2092</sup>. Sin embargo, las ventajas que ofrecía la conmutación por un

---

<sup>2088</sup> “(.....) Por la factoría de 500 caballos que este presente año se ha ajustado con D. Sebastián Cortizos y, en su nombre, y en virtud de poder, con D. Gregorio Altamirano Portocarrero, para remitir a Cataluña, ensillados y enfrenados, se le ha dado por consignación lo que toca pagar a esta junta de la milicia de las Órdenes el año que viene de 1659. Y así, mando a esa junta que, con toda anticipación de tiempo, disponga se entregue al dicho (.....) los efectos que estuvieren aplicados a la dicha renta (.....)” *Orden para que se entreguen a D. Gregorio Altamirano Portocarrero, caballero de Santiago, los 20.000 escudos que tocan a la remonta de este año, en virtud de poder que tiene de D. Sebastián Cortizos, como administrador de la casa de Manuel Cortizos, su hermano.* Madrid, 18-5-1658. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2089</sup> *Decreto para que se entregue a D. Gregorio Altamirano Portocarrero, la cantidad con que ha de servir la junta de la Caballería, por cuenta de los 950 caballos con que los consejos han de servir, por la factoría que con el se ha ajustado, para el ejército de Extremadura.* Madrid, 29-2-1660. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2090</sup> *Decreto para que se de satisfacción a D. Gregorio Altamirano, de lo que se le debiere, para que pueda cumplir con otra leva de 600 caballos para el ejército de Extremadura.* San Sebastián, 13-5-1660. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2091</sup> *Decreto del rey para que la junta acuda prontamente con los 200.000 reales con que sirve para la remonta de la caballería del ejército.* Madrid, 4-1-1661. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2092</sup> “(.....) Y representa que los 20.000 escudos con que sirve al año, de los efectos de la junta de la Caballería, están satisfechos hasta el último plazo, que cumplió en julio del año pasado. Y que por cuenta del que va corriendo, están entregados hasta 7.000, y hay prontos otros 6.000. Y representa también que, con los ahorros que ha habido, por haber excusado los asientos para este servicio, y los gajes superfluos, se ha podido cumplir con el y pagar muchas deudas atrasadas (.....).” *Consulta del consejo de las Órdenes en la que representa lo que se le ofrece respecto a un decreto de S.M.* Madrid, 22-2-1662. AHN, OO.MM, Leg. 4671.

pago en metálico y, sobre todo, evitar el engorro que suponía la negociación con los asentistas, no parecieron ser suficientes para justificar su vigencia y desde el Consejo de Hacienda se emprendieron actuaciones para intentar ejercer cierto control sobre esta partida, propugnando la vuelta al sistema de asiento<sup>2093</sup>.

Pero ni el Consejo de Órdenes ni la Junta de Caballería estaban por repetir los errores de los años anteriores, y se declararon en contra de ello. Junto a las razones de carácter administrativo, la propia naturaleza de las rentas que percibía la Junta desaconsejaba la firma de un contrato para que un particular se hiciera cargo de su contribución anual. Se trataba de partidas que no podían asegurar unos ingresos fijos cada año, pues las dos principales: el servicio de montados y las relevaciones de galeras, dependían del número de hábitos despachados. También había que tener en cuenta el carácter fluctuante de las aportaciones de las encomiendas, pues un número importante de ellas, en concreto las ubicadas en la frontera con Portugal no producían rendimiento alguno, y sus usufructuarios no estaban en condiciones de realizar ninguna aportación a los gastos militares<sup>2094</sup>.

Superado este intento de ingerencia, se continuó trabajando en la misma dirección para aprestar la cantidad demandada para el año 1662. Pese a que en un principio iba a ser entregada a D. Sebastián Cortizos, se ordenó que fueran puestos a disposición de Andrea Piquinoti, quien se había hecho cargo del suministro de caballos para las fuerzas que se reunían en Galicia, de cara a su próxima entrada en el norte de Portugal<sup>2095</sup>. Al año siguiente también se produjeron discrepancias respecto al destinatario final de los caudales reunidos por la Junta. En este sentido nos da la impresión de que, debido a las urgencias que agobiaban a las fianzas reales, estos fondos fueron prometidos a diferentes individuos, con los inconvenientes que ello acarreaba, pues trastornaría las previsiones de los proveedores, quienes contaban con esta partida para financiar parte de los servicios que hacían a la Corona.

La confusión venía motivada porque en un primer momento, septiembre de 1662, se ordenó a la Junta que se entregara la contribución anual a Domingo Herrera de la Concha (como ya hemos referido en las páginas anteriores, este hombre de negocios

---

<sup>2093</sup> *Ibidem.*

<sup>2094</sup> “(.....) Y en entregándose estos efectos y su cobranza a los hombres de negocios, tendrá gran minoración, como sucedía en lo pasado.” *Consulta del consejo de las Órdenes, concurriendo el marqués de Távora, sobre el servicio que se hace del caudal de la junta*. Madrid, 23-2-1662. AHN, OO.MM, Leg. 4671.

<sup>2095</sup> *Decreto de S.M., en el que manda entren en poder de Andrea Piquinoti los 200.000 reales que debe pagar el consejo para la remonta de caballos de este año*. Madrid, 5-6-1662. AHN, OO.MM, Leg. 4671.

ya había participado en la financiación de la Junta de la Milicia de las Órdenes, en concreto en el año 1646, cuando junto con D. García de Herrera y D. Alonso Montero aprestó 300.000 reales para que este organismo pudiera hacer frente a sus obligaciones), como compensación por haberla adelantado mediante un asiento. Este hecho suponía una vuelta a las prácticas que se deseaba evitar, pero las insaciables demandas de la Corona obligaban a que algún financiero adelantara los 200.000 reales<sup>2096</sup>. Pero en el mes de febrero del año siguiente (no sabemos si de forma involuntaria o premeditada) se dictaminó que se pusieran a disposición de D. Sebastián Cortizos, quien se había comprometido a levantar 4.000 caballos para el ejército de Extremadura<sup>2097</sup>. Ante esta realidad, la Junta se declaró incapaz de cumplir la orden recibida porque, en observancia de la disposición anterior, procedió a liquidar la deuda que se tenía con Domingo Herrera; además esta renta no podía ser utilizada hasta haberle dado satisfacción<sup>2098</sup>. Pese a esta circunstancia, así como a su incapacidad para asumir dos servicios el mismo año, la Corona se obligó a entregar a D. Sebastián Cortizos el caudal demandado. Esta decisión acarreaba suscribir otro asiento con Domingo Herrera por estos 200.000 reales, que deberían ser agregados al principal de la deuda que ya se tenía con él<sup>2099</sup>.

Pero este organismo no tenía ninguna intención de reproducir los errores del pasado, y fiar el cumplimiento de sus obligaciones al crédito de los hombres de negocios. Para ello se recurrió al tesorero general del Consejo de Órdenes, Juan Bautista de Benavente, para que cumpliera los designios del monarca al tiempo que se saldaba la

---

<sup>2096</sup> *Decreto de S.M., en el que manda se entren en poder de Domingo Herrera de la Concha los 200.000 reales que debe pagar el consejo y junta de las Órdenes*. Madrid, 5-9-1662. AHN, OO.MM. Leg. 4671.

<sup>2097</sup> “(...) Hallándose tan adelante el tiempo para disponer las cosas pertenecientes al ejército que se va juntando en Extremadura, ordeno a la junta de la Caballería de las Órdenes que disponga, luego, el entrego de los 200.000 de vellón que le tocan a D. Sebastián Cortizos, con quien se ha ajustado se encargue de levantar 4.000 caballos para esta ocasión, por ser uno de los efectos principales que se le ofrece por consignación de esta remonta, y que sin este contado no se podrá disponer con la prontitud y brevedad que conviene.” *Decreto de S.M. en el que se manda a la junta de la Caballería de las Órdenes de satisfacción de los 200.000 reales de vellón a D. Sebastián Cortizos, para la remonta de la caballería*. Madrid, 8-2-1663. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2098</sup> “(.....) Habiéndose visto en la junta el real decreto de V.M., lo que se ofrece representar es que, los 200.000 reales que tocaron dar a esta junta, desde julio del año pasado de 1662, y cumple su plazo a fin de julio de este presente de 1663, mandó V.M. se diese a Domingo Herrera de la Concha, quien se ofreció adelantarla, al cual se le dieron mil ducado de vellón por esta anticipación. Y mandó V.M. que, de ninguna manera, se pudiesen divertir los efectos de la junta en otra cosa, hasta estar enteramente satisfecho Domingo Herrera.” *Consulta de la junta de Caballería, en la que representa lo que se le ofrece, en razón del real decreto de 8 del pasado, en que manda V.M. se entreguen luego los 200.000 reales a D. Sebastián Cortizos*. Madrid, 3-3-1663. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2099</sup> *Ibidem*.

deuda con Herrera<sup>2100</sup>. Pese a que suponía abonar el doble de la suma ordinaria, se reveló como la medida más acertada en esta coyuntura, pues permitía a la Junta gestionar sus ingresos de manera autónoma, en detrimento del asiento que era mucho más costoso por la gran cantidad de gastos innecesarios que llevaba anejos.

El año 1664 fue testigo de la aparición de otra importante casa financiera, los Aguerri, cuyo máximo responsable era D. José de Aguerri, quien por fallecimiento de su hermano Pedro acababa de asumir la dirección de los negocios de la familia<sup>2101</sup>. El ascenso de esta firma supuso el fin del monopolio de D. Sebastián Cortizos en su relación con la Junta. El inicio de la colaboración entre ambas instancias se produjo como consecuencia del asiento suscrito por Francisco de Solerana, uno de sus miembros, y la Corona, para la entrega de 3.000 caballos con los cuales reforzar la caballería del ejército de Extremadura. De una manera muy similar a lo acontecido durante el año anterior, se utilizó el crédito del que gozaba el Benavente, en su condición de tesorero general, para liquidar parte del gasto que supondría este servicio, y se ordenó que abonara a Solerana 100.000 reales de los fondos que gestionaba<sup>2102</sup>. Respecto a los 200.000 reales (6'8 millones de maravedíes) de "contribución ordinaria", que deberían ser entregados antes del mes de julio, también irían a pagar a los administradores de la casa Aguerri. En este caso se trataba de una partida destinada a resarcir, de forma parcial, la compra de 2.500 caballos, ensillados y pertrechados, que D. José de Aguerri, D. Sebastián de Oleaga y Francisco de Solerana, se habían comprometido a remitir también para el ejército de Extremadura. Para ello se envió la oportuna orden a D. Duarte Fernández Álvarez de Toledo, conde de Oropesa, que había

---

<sup>2100</sup> *Consulta de la junta de Caballería, en la que representa haber dispuesto con el tesorero general de ella, se den a D. Sebastián Cortizos los 200.000 reales de contado, para la remonta de la caballería del ejército de Extremadura de este año.* Madrid, 20-9-1663. AHN, OO.MM, Leg. 4671.

<sup>2101</sup> Los Aguerri eran de origen francés, en concreto de la Navarra francesa. Sus primeras actuaciones datan de finales de los 40, donde D. Pedro suscribió contratos con la Corona para el abastecimiento del ejército de Cataluña y las fuerzas establecidas en Pamplona, actividad que continuó durante los años siguientes, y que permitió a la familia Aguerri obtener la "nacionalidad" castellana en 1653, como recompensa a sus servicios. De la misma forma, durante la primera mitad de la década de los 60, una vez liquidado el frente catalán, extendió su actividad a los ejércitos de Extremadura y Galicia, que se aprestaban para intentar reconquistar Portugal. D. Pedro murió en 1663, ocupándose de la dirección D. José de Aguerri, aunque con la categoría de administrador, junto con D. Sebastián de Oleaga, Domingo Cerratón, Pedro de Pomar, y Francisco de Solerana, que habían sido asentistas del ejército de Cataluña, y colaboraron con D. Pedro en el cumplimiento de varios asientos. SANZ AYÁN, C.: Los banqueros.....*Op. cit.* pp. 378-380.

<sup>2102</sup> *Consulta de la junta de Caballería, en la que representa a V.M. como ha resuelto que Juan Bautista de Benavente, tesorero general del consejo, pague a Francisco de Solerana 100.000 reales, en conformidad de lo que V.M. tiene mandado, para la remonta de los 3.000 caballos de que ha hecho asiento.* Madrid, 14-2-1664. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

sido promovido a la presidencia del Consejo de Órdenes tras la muerte del marqués de Távora<sup>2103</sup>.

Formalmente se aceptó la firma de asientos, aunque con las condiciones que habían rigieron la relación contractual entre Cortizos y la junta. Es decir, los 200.000 reales serían entregados al asentista conforme fueran percibidos por ella, sin devengar al prestamista ninguna cantidad en concepto de interés. Gracias a este sistema su capacidad recaudatoria aumentaría de forma notable, pues se incrementaba el porcentaje de ingresos destinados a la financiación de gastos militares (sobre todo compras de caballos), mediante la reducción de los pagos inherentes a esta modalidad de financiación (intereses, adehalas, gastos de conducción, salarios de las personas encargadas de su gestión, etc)<sup>2104</sup>. De esta manera se pudieron financiar partidas extraordinarias, como 2.000 ducados de vellón para asumir la compra de vestidos para los soldados del ejército de Extremadura, y otros 2.000 para su paga, que fueron entregados a finales de diciembre de 1663<sup>2105</sup>.

Al año siguiente, también se consignó la contribución de la Junta a individuos relacionados con la casa Aguerri: Francisco Solerana y D. Domingo Cerratón<sup>2106</sup>. En esta ocasión se les cedieron los 200.000 reales correspondientes al año 1665, como parte del pago del asiento por el cual se comprometían a reunir 3.000 caballos (junto con sus sillas y correajes) entre el 1 de enero y el 15 de marzo, que serían entregados en la ciudad que designara el capitán general del ejército de Extremadura, o su gobernador de las armas, de entre estas tres: Mérida, Badajoz o Sevilla<sup>2107</sup>.

---

<sup>2103</sup> *Decreto de S.M., dirigido al conde de Oropesa, presidente del consejo de las Órdenes, para que los 6.800.000 maravedíes que tocan a la junta de la Caballería este presente año, para las levas de caballería de los ejércitos de España, se entreguen a D. José de Aguerri, D. Sebastián de Oleaga y Francisco de Solerana, por sí y como administradores de la casa de Pedro de Aguerri, por haberse ajustado con ellos la compra y remisión de 2.500 caballos con sus sillas y aderezos.* Madrid, 21-2-1664. AHN, OO.MM, Leg. 4671.

<sup>2104</sup> “(.....) A la junta le parece que, respecto de que los efectos de la junta van entrando en ella poco a poco, será justo tenga V.M. por de sus servicios que a estos nuevos asentistas [Aguerrri, Oleaga y Solerana], se les paguen los 200.000 reales de vellón como se pagaban a D. Sebastián Cortizos, que era como iban cayendo, sin intereses de la Real Hacienda. Y comenzando desde julio que viene en adelante, que es cuando cumple la paga que se hizo a Cortizos. *Consulta de la junta de Caballería sobre la paga de los 200.000 reales al año que V.M. manda se entreguen a la casa de Pedro de Aguerri, para la remonta de la caballería del ejército de Extremadura este presente año.* Madrid, 8-3-1664. AHN, OO.MM, Leg. 4671.

<sup>2105</sup> “(.....) Y pone en la memoria de V.M. que, en consulta del consejo de las Órdenes, de 14 de diciembre pasado [1663], fue servido V.M. de resolver que, de los efectos de esta junta, se entregasen 2.000 ducados para la compra de vestidos de munición de los soldados del ejército de Extremadura, lo cual se ejecutó luego, demás de otros 2.000 que se dieron de los efectos del consejo (.....)” *Ibidem*.

<sup>2106</sup> SANZ AYÁN, C.: Los banqueros.....*Op. cit.* pp. 392-394.

<sup>2107</sup> *Decreto del rey, dirigido al conde de Oropesa, en el que ordena se entreguen a Francisco de Solerana y D. Domingo Cerratón, que se han encargado de la provisión de 3.000 caballos, lo que le toca*

Sin embargo, un decreto promulgado el 14 de octubre de 1664, según el cual se prohibía la acuñación de moneda ligada (mezcla de vellón y plata, conocida en la época como moneda de molinos, porque se fabricaban utilizando esta maquinaria), al tiempo que se reducía su valor nominal a la mitad, iba a trastocar los proyectos de la Junta. La medida, que entraría en vigor el 1 de enero de 1665, también prohibía la acuñación de moneda de cobre puro (labradas por primera vez en 1602), así como la calderilla (moneda acuñada antes de 1599 con una pequeña proporción de plata). Esta decisión venía motivada por la desmesurada sobrevaloración de la moneda de curso legal, el alza de los precios y el incremento del premio de la plata, que llegó a alcanzar el 150%<sup>2108</sup>. Decisiones como estas, pese a que suponían un respiro para la Real Hacienda, a la larga causaban más daños que beneficios. Este menoscabo del valor facial de la moneda originó graves perjuicios a los oficiales administrativos, encargados del pago de las tropas y de su abastecimiento, quienes vieron como, de la noche a la mañana, sus fondos se vieron reducidos a la mitad. Por ejemplo, en el caso del ejército de Galicia, como consecuencia de la depreciación de la moneda de vellón mezclada con plata, perdió la mitad de sus fondos por arte de magia, que de 64.000 escudos de vellón al mes se convirtieron en 32.000<sup>2109</sup>.

En cuanto a las repercusiones de esta medida sobre la actividad de la Junta, nos da la impresión de que el Consejo de Hacienda intentó aprovecharla para retomar su ofensiva, cuyo objetivo último era la gestión directa de sus ingresos. Este anhelo nacía de la orden emitida para que todos los tesoreros que gestionaban las rentas reales, pusieran sus fondos a disposición de esta entidad administrativa. Esta normativa se incluía los 200.000 reales anuales que entregaba para el mantenimiento de la caballería, por lo que se dictaminó la inmovilización de sus ingresos y su posterior entrega al Consejo de Hacienda<sup>2110</sup>.

---

*pagar al consejo de Órdenes y a la junta de la caballería de ellas, por la remonta del año que viene de 1665.* Madrid, 26-11-1664. AHN, OO.MM, Leg. 6347.

<sup>2108</sup> DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: *Política y.....Op. cit.* pp. 253-274.

<sup>2109</sup> SERRANO MANGAS, F.: *Op. cit.* pp. 21-28.

<sup>2110</sup> “En 14 de octubre pasado, fue V.M. servido de mandar al conde de Oropesa, presidente del consejo [de las Órdenes] con el motivo de haber rebajado la moneda de molinos, que se registrasen sus bolsas. Y hecho esto, se encerrasen, y que no se distribuyeren hasta que se diese cuenta de todo a V.M. (.....) Y en cuanto a la cantidad registrada por la junta de la caballería, supuesto que lo que entra en su bolsa está aplicado a la satisfacción de los caballos que le tocan, se llevarán luego a las arcas del Tesoro los 120.030 reales de moneda de molino y 80.000 de calderilla, que tocan a esta consignación, para que allí se distribuyan en el efecto al que están destinados. Y este registro se habrá de justificar en el consejo de Hacienda, a cuya orden se aplica el dinero de esta bolsa, por ser solo para la dicha junta de Caballería, como lo deben hacer los otros tesoreros de las demás rentas reales.” *Consulta de la junta de la Caballería*

Pese a ser cierto que se trataba de un ingreso de la Corona, sobre el cual libertad para hacer lo que creyera oportuno con el, la Junta se esforzó por resaltar sus peculiaridades y sus diferencias, en un intento por conservar su autonomía y evitar que el Consejo de Hacienda administrara sus caudales. En primer lugar, aludió a una hipotética exclusividad de esta partida con respecto al resto de rentas reales; y como segundo argumento, se intentó potenciar el papel del monarca como maestro y administrador perpetuo de las Órdenes Militares, circunstancia que justificaba el cobro y percepción de estos fondos. En esos momentos consistían en las medias lanzas (es decir la mitad de la cantidad que deberían pagar cada año) que pagaban los titulares de las encomiendas, y los montados y relevaciones de galeras que depositaban los caballeros al recibir el hábito, por no cumplir con sus obligaciones militares<sup>2111</sup>.

También se adujeron razones de carácter teológico para mantener alejado al Consejo de Hacienda. En concreto, cuestionó la legitimidad de que funcionarios de este organismo dispusieran de sus rentas, pues pasarían a tener competencias de carácter espiritual, sustentadas sobre bulas y breves apostólicos<sup>2112</sup>. Al mismo tiempo se puso en entredicho su capacidad para gestionar estas partidas, pues toda la documentación correspondiente a esta materia se encontraba en sus manos. Si bien se podía ordenar el envío de los papeles al nuevo gestor, esta novedad (siempre según el criterio de la Junta) ocasionaría graves trastornos, pues supondría la asunción, por parte del Consejo de Hacienda de competencias que de ninguna manera le correspondían<sup>2113</sup>.

---

*sobre los inconvenientes de que su caudal pueda correr por el consejo de Hacienda.* Madrid, 12-1-1665. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2111</sup> “(.....) Y ha parecido representar a V.M. como el decreto referido hace separación, y diferente aprecio, del caudal de la junta de las Órdenes de los demás caudales de los tesoreros, estimando V.M. que es renta real, y como tal debe correr por el consejo de Hacienda. Pero unas y otras tocan, y pertenecen, a V.M. como señor maestro y administrador perpetuo de las Órdenes Militares. (.....) Y se le debe emplear [este caudal] en aquel género y efecto que está dispuesto, sin poderlo alterar ni variar. Y este fruto, que produce el continuo movimiento de encomiendas y hábitos, nunca estuvo, ni puede, estar subordinado a otro beneficio, administración y cobranza que a la de V.M., como prelado y cabeza de las Órdenes Militares, origen y fuente de estas mercedes eclesiásticas (.....) Y se compone de las medias lanzas que pagan los comendadores todos los años; y asimismo, los montados y relevaciones de galeras, en que V.M. dispensa con los caballeros de hábito.” *Ibidem*.

<sup>2112</sup> “(.....) Y por residir en el consejo [de Órdenes] el ejercicio de las acciones enteras de maestro, por la representación de V.M., dando cumplimiento y ejecutando las que proceden de su real mano, y se conforman con las bulas y leyes de las Órdenes, ha tenido, y tiene, el gobierno, la razón y cuenta de estos caudales, sin que jamás haya intervenido el consejo de Hacienda, ni parece que pudiera intervenir, porque fuera y llegará a ser ejecutor de los establecimientos y definiciones, interpretar bulas y breves apostólicos, y a ser tribunal de los derechos espirituales y eclesiásticos de las Órdenes.” *Ibidem*.

<sup>2113</sup> “(.....) Y no puede tener [el consejo de Hacienda] papeles por donde se instruya de las entradas y salidas, partidas y cantidades del cargo y data de los tesoreros, sino es que se mudasen y llevasen a el los papeles de las escribanías de cámara de este consejo, por donde constan las vacantes de las encomiendas y de los despachos de los hábitos. (.....) Y si todo esto se mudase al consejo de Hacienda, mal pudiera convertir el caudal registrado, ni aplicarle a la paga de lo que es obligación” *Ibidem*.

Estos argumentos surtieron el efecto deseado, ya que se dio marcha atrás a cualquier veleidad encaminada a recortar su autonomía. Pero el acontecimiento que motivó el cambio de decisión, fue el temor a incumplir el compromiso con Francisco Solerana y D. Domingo Cerratón, y que éstos, a su vez, no entregaran los caballos prometidos. Por otra parte, unos meses después de adoptar esta medida, se exigió al Consejo de Órdenes un donativo de 2.040.000 maravedíes de vellón (60.000 reales), cuyo desembolso fue asumido por la Junta y entregado al tesorero general del Tesoro a finales del mes de abril<sup>2114</sup>. Esta nueva exacción tal vez pudiera venir motivada por una nueva petición a todos los consejos, aunque en esta ocasión no hemos encontrado ningún testimonio que lo atestigüe. También pudiera ser el peaje que debió pagar la junta por conservar su independencia administrativa, pues de otra manera no tendría sentido que asumiera una carga que, si bien correspondía a su organismo matriz, no la gravaba directamente.

Con la muerte de Felipe IV se produjeron algunos cambios en lo relativo a la Junta de la Milicia de las Órdenes. Desde el año 1656, momento en el que se institucionalizó la entrega de 200.000 reales de vellón por parte de este comité, siempre se habían reservado al pago a un asentista, el cual proporcionaba, sobre todo, caballos para los ejércitos reales (aunque también se habían consignado al pago de otros suministros militares). Pero en 1666 se introdujo otro peligroso precedente, al cual se recurrirá en momentos de necesidad extrema. Tal particularidad nació de un asiento suscrito con Juan Bautista de Benavente, quien adelantó a la regente Mariana de Austria 100.000 escudos de vellón, con los cuales asumiría los gastos generados por el viaje de la infanta Margarita Teresa (hija de Felipe IV y Mariana de Austria), que iba a contraer matrimonio con su tío, el Emperador Leopoldo I<sup>2115</sup>, y al abastecimiento de la Armada<sup>2116</sup>.

El acuerdo era satisfactorio para los intereses de Benavente, pues se aseguró un 8% de interés anual, si no se liquidaba la deuda en el periodo acordado, una adehala del 4% (4.000 escudos), así como el abono de los gastos generados por el transporte del

---

<sup>2114</sup> *Memoria de los caudales que se han pagado del de la junta de Caballería, demás de los 20.000 escudos*. Madrid, 29-4-1688. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2115</sup> MAURA Y GAMAZO, G.: *Vida y reinado de Carlos II*. Madrid, 1942 (3 vols). Vol. I. pp. 83-84. OLIVÁN SANTALIESTRA, L.: *Mariana de Austria en la encrucijada política del siglo XVII*. (Tesis doctoral inédita, dirigida por la Dra. LÓPEZ-CORDON CORTEZO, defendida el Departamento de Historia Moderna de la UCM en 2006). pp. 295-297.

<sup>2116</sup> *Copia del asiento firmado con Juan Bautista de Benevente, para que provea 100.000 escudos de vellón para la jornada de la serenísima señora emperatriz de Alemania, y apresto de la Armada*. Madrid, 1-1-1666. AHN, OO.MM, Leg. 4649.



dinero a los lugares donde se considerare oportuno. Sin embargo, no era tan ventajoso para la Real Hacienda, pues la urgencia de los compromisos a los que debía acudir, la obligaban a aceptar condiciones abusivas. En cuanto al pago del principal, se le cedían los 80.000 escudos ofrecidos por la ciudad de Palencia a cambio de tener voto en las Cortes de Castilla, así como los 20.000 escudos que debía entregar la Junta de la Milicia de las Órdenes, antes del mes de julio, para la remonta de la caballería<sup>2117</sup>.

La Junta manifestó su desacuerdo con esta decisión, pues sus rentas serían utilizadas para el pago de un asiento, cuya finalidad no tenía nada que ver ni con la caballería ni con las Órdenes Militares. Sus protestas venían determinadas porque desde el año 1655 su contribución anual se había empleado en la compra de caballos, en concreto al pago de los asentistas que los habían aprestado, y la cantidad prometida a Benavente por este concepto podía ser suplida con otras partidas ordinarias de la Real Hacienda. Al igual que lo expuesto el año anterior para mantener sus prerrogativas ante el Consejo de Hacienda, si se deseaba que continuara financiando la compra de caballos<sup>2118</sup>, y que el Batallón de las Órdenes continuara sirviendo<sup>2119</sup>, se recomendó no introducir novedades en lo relativo a la gestión sus caudales.

De esta manera, se ponían a disposición de la reina los 20.000 escudos referidos, pero siempre y cuando fueran utilizados para el fin que hasta ese momento sancionaba su recaudación. Además, este organismo estaba escarmentado de retomar el sistema de asiento, vigente entre 1643-1655, porque implicaba destinar una parte notable de la

---

<sup>2117</sup> *Decreto de la reina, dirigido al conde de Oropesa, presidente del consejo de las Órdenes, para que, por ese consejo se den los despachos necesarios para el ajustamiento del asiento de 100.000 escudos hecho con Juan Bautista de Benavente.* Madrid, 10-1-1666. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2118</sup> “(.....) Y parece que este caudal y dotación no se ha divertido, ni convertido, en otro ministerio que en pagar a librancistas o asentistas de caballos. Y es muy propio este empleo en semejante especie, y no en otro género, porque se compone de lo montados y medias lanzas que pagan los caballeros y comendadores de las tres órdenes militares. Y siendo servicio personal suyo, subrogado en mantener y sustentar el batallón de su caballería, realmente fuera de desconveniencia no solo que se confundiera este servicio, sino también que perdiera el nombre y calidad del Batallón de las Órdenes, que es el trozo de caballería que mejor ha servido a V.M. en Cataluña y Portugal. Y si el caudal que le compone se divirtiera en otra cosa, aunque fuese muy señalada del servicio de V.M., no se cumpliera con el instituto de las Órdenes.” *Consulta de la junta de Caballería en la que representa los inconvenientes del asiento de Juan Bautista de Benavente, sobre los 20.000 escudos con que sirve cada año.* Madrid, 12-3-1666. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2119</sup> A este respecto, sabemos que el Batallón de las Órdenes estuvo presente en la recta final de la guerra contra Portugal, pues en la batalla de Estremoz o Ameixial, acaecida el 8 de junio de 1663, D. Antonio de Montenegro, que servía como comisario general de la caballería de las Órdenes, fue hecho prisionero por los portugueses junto con otros 4.000 hombres. *Relación de la famosa y memorable victoria que el ejército del rey de Portugal, gobernado por el conde de Villafior, D. Sancho Manuel, alcanzó del rey de Castilla, gobernado por su hijo D. Juan de Austria, en la provincia del Alentejo, en 8 de junio de 1663, en que D. Juan de Austria perdió el artillería, bagaje, grande número de muertos, prisioneros, y la principal nobleza de Castilla, finalmente todo el ejército, y se escapó con pocos caballos.* S.f, s.l. BN, Mss, 11.021. Fols. 313-327.

recaudación al pago de los servicios del asentista, con lo cual se reducía la cantidad disponible para la financiación de la caballería. A pesar de las advertencias de la Junta en sentido contrario, la reina se mantuvo firme en su decisión y ordenó que por esta vez se accediera a sus deseos, y se entregara a Benavente esta partida<sup>2120</sup>. Disyuntivas como ésta revelaron que más allá de las primeras impresiones, favorables a la presencia de hombres de negocios en las plantillas de los órganos de gobierno de la monarquía, el hecho de que prestamista y prestatario fueran la misma persona acarreaba inconvenientes, pues las dos esferas que concurrían en su persona (pública y privada) podían entrar en conflicto. Así, lo que para una podía ser beneficioso, para la otra implicaba un perjuicio.

Sin embargo la recaudación de ese año estaba reservada, como ya sabemos, a Solerana y Cerratón, por los caballos con que habían servido, quienes requirieron a la reina para que ordenara al conde de Oropesa (presidente del Consejo de Órdenes y de la Junta de Caballería) que pusiera esta suma a su disposición<sup>2121</sup>. Conforme esta resolución, se les expidió el oportuno documento legal para poderla percibir<sup>2122</sup>.

Pero el enrarecimiento de las relaciones con la Corte francesa, motivadas por las reivindicaciones territoriales del Rey Sol (nacidas de los derechos adquiridos por su matrimonio con la infanta María Teresa), y la negativa española a satisfacerlas, auguraban una inminente ruptura de las hostilidades (que se produjo en el mes de mayo de 1667, con la invasión de los Países Bajos españoles, lo cual dio inicio a la conocida como Guerra de Devolución). Ante la posibilidad de que Cataluña se convirtiera en el principal objetivo borbónico, se consideró conveniente reforzar sus defensas. Esta decisión acarreó una modificación de las condiciones pactadas en un principio, pues de los cerca de 120 caballos, tasados en 200.000 reales de vellón, se exigieron 300 equinos, o más bien su equivalente en dinero, para los desmontados de la caballería que en esos momentos estaban acuartelados en los límites de Castilla con Aragón y Valencia, ante su próxima entrada en el Principado. Pese a que el cambio de parecer suponía más el doble de la cantidad solicitada en un primer momento, la Junta se movió con rapidez. Así, a mediados de enero de 1667 se habían entregado a Solerana y Cerratón 13.115.000

---

<sup>2120</sup> Consulta de la junta de Caballería.....12-3-1666.

<sup>2121</sup> Decreto de la reina, dirigido al conde de Oropesa, en el que ordena se satisfagan a Francisco Solerana y D. Domingo Cerratón, los 200.000 reales que se les han librado en los efectos de la junta de Caballería, con que sirve cada año. Madrid, 4-6-1666. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2122</sup> Cédula para que al tesorero Juan Bautista de Benavente se le hagan buenos, y se reciban en data, en la cuenta que diere de los maravedíes que recibe, como tesorero de la junta de la Caballería, 20.000 escudos de vellón, por el asiento de 100.000 escudos para la jornada de la señora emperatriz de Alemania y apresto de la Armada. Madrid, 8-7-1666. AHN, OO.MM, Leg. 4649

maravedíes de vellón (385.735 reales), correspondientes al pago de los 300 caballos (a 1.285 reales la unidad)<sup>2123</sup>.

Mientras tanto, se continuó trabajando para tener dispuesto el servicio del año siguiente. Su eficacia quedó fuera de toda duda cuando en noviembre de 1667 estaba dispuesta, con más de 8 meses de adelanto sobre la fecha límite (julio de 1668), la contribución de ese año. Vista la capacidad de la Junta para aumentar su aportación a los gastos de conservación de la caballería (junto con otras partidas extraordinarias), el poder real no se dio por satisfecho y, de nuevo, exigió 300 caballos (en esta ocasión para el ejército de Badajoz), que de nuevo fueron financiados con cargo a sus rentas<sup>2124</sup>. Sin embargo la voracidad de la Corona parecía no tener fin, pues este organismo no solo contribuyó con el doble de su aportación ordinaria, sino que se cargó sobre sus fondos el pago de la deuda que aún se tenía con Juan Bautista de Benavente, la entrega de 64.000 reales en plata para Flandes (en reales de a ocho), y el pago de parte de los gastos de fortificación de algunas plazas fronterizas en la frontera portuguesa, bajo jurisdicción de las Órdenes Militares. Tal vez la Corona sacó conclusiones en exceso favorables sobre la capacidad financiera de la Junta para acudir a los servicios que se le exigían; y si un año había sido capaz de hacer estos sacrificios, tal vez pudiera seguir haciéndolo indefinidamente<sup>2125</sup>.

Pero lo cierto es que los rendimientos de las rentas sobre las cuales se cimentaba su contribución a la remonta de la caballería, mostraban una preocupante tendencia a la baja. La más preocupante de todas era la caída de los ingresos de las encomiendas próximas a la frontera portuguesa, circunstancia a la que ya nos hemos referido. Además, otra de las razones que explican la disminución de sus caudales fue la liberalidad con que, a su juicio, la Corona concedió exenciones de pago, tanto a caballeros como a comendadores, de las obligaciones fiscales que debían asumir, nacidas de su pertenencia a las Órdenes Militares, y que se tradujeron en una menor recaudación por este concepto<sup>2126</sup>. En concreto, se refería a un importante número de extremeños pertenecientes a las milicias cristianas que servían allí, integrados en los

---

<sup>2123</sup> *Memoria de los caudales que se han pagado*.....

<sup>2124</sup> *Consulta del consejo de las Órdenes sobre la remonta de la caballería*. Madrid, 4-11-1667. AHN, OO.MM, Leg. 4671.

<sup>2125</sup> *Ibíd.*

<sup>2126</sup> “(.....) Los efectos destinados para la remonta son cada día menores, respecto de estar casi todo perdido en el partido de Alcántara, muy atenuado el de La Serena y provincia de León (de la orden de Santiago), y adelantadas las gracias en relevar de las contribuciones de la remonta a los caballeros y comendadores). *Ibíd.*”

ejércitos reales, a quienes no se les podía exigir ninguna cantidad por relevarles de sus obligaciones militares, pues precisamente se encontraban sirviendo con las armas.

En estas circunstancias, la Junta lamentó no poder acceder a las demandas de la Corona, aunque puso a su disposición el servicio ordinario de los 200.000 reales, en los plazos estipulados, que era lo máximo a lo que podía llegar. En última instancia, el poder real se vio obligado a atemperar sus requerimientos, y lo rebajó en 100 caballos; de manera que para el año próximo debían financiar el coste de 200 equinos, lo cual fue admitido con reservas.<sup>2127</sup>

Para solventar este compromiso contactó con los individuos que, en los años anteriores se habían encargado de suministrar los caballos con que debía servir: Francisco de Solerana y D. Domingo Cerratón para que en esta ocasión, facilitaran 200 equinos junto con sus sillas y correajes<sup>2128</sup>. El servicio de estos financieros era de mucha mayor envergadura, pues se inscribía dentro de un asiento según el cual proporcionarían 2.300 caballos, con todos equipamiento completo, puestos en las ciudades de Mérida, Cuenca o Sigüenza (según se decidiera enviarlos a Portugal o a Cataluña, que fue el destino elegido en última instancia). Según las cláusulas del acuerdo, en caso de que los 200 equinos fueran enviados al Principado, deberían ser entregados, a lo sumo, a finales de abril, si iban a enviarse al Principado (como así fue); mientras que si iban a reforzar el ejército de Extremadura, se entregarían 100 antes de esa fecha, y el centenar restante no más tarde de mediados de mayo<sup>2129</sup>.

Pero la Corona exigió que estuvieran listos un mes antes (es decir, a finales de marzo). Sin embargo, esto no fue posible porque acarrearía un incumplimiento de las condiciones pactadas con los proveedores, quienes no podrían asumir los compromisos pactados<sup>2130</sup>. En cualquier caso, da la impresión de que el poder real no iba a contentarse con nada, y que a la menor ocasión intentaría cargar sobre la Junta todos los gastos que pudiera, mucho más allá de su contribución anual. Tras no conseguir que financiara 300 caballos, y que los tuviera dispuestos antes del término establecido, volvió a la carga y trató de que corriera por su cuenta el gasto generado por su envío de

---

<sup>2127</sup> *Ibidem*.

<sup>2128</sup> *Consulta de la junta de Caballería, en la que se da cuenta del asiento que el conde de Oropesa, presidente del consejo de las Órdenes ha ajustado, de 200 caballos con sillas y demás aderezos, con Francisco de Solerana y D. Domingo Cerratón, para remontar la caballería del ejército*. Madrid, 7-1-1668, AHN, OO.MM, Leg. 4671.

<sup>2129</sup> *Ibidem*.

<sup>2130</sup> *Consulta de la junta de la Caballería de las Órdenes, en la que representa lo que se le ofrece sobre la orden de V.M., sobre que se procure disponer la entrega de los 200 caballos para fines de marzo*. Madrid, 29-1-1668. AHN, OO.MM, Leg. 4671.

los caballos hasta Barcelona, cuando según lo pactado con los asentistas, estaban obligados a presentarlos en Cuenca o Sigüenza<sup>2131</sup>.

Ante esta política, caracterizada por un claro atropello de las condiciones que regulaban la relación entre la Corona y la Junta, cuyo único objetivo era esquilmar sus rentas, dicho organismo hizo patente su disconformidad. En primer lugar, se solicitó a la regente que el presidente del Consejo de Hacienda corriera con este gasto extra, pues la Junta no estaba obligada a hacerlo. Y en segundo lugar, se la exhortaba a poner fin a estas prácticas arbitrarias, y que a partir del año siguiente las cosas volvieran a la normalidad; es decir, que no se la exigiera más de los 120 caballos habituales, tasados en 20.000 escudos de vellón (200.000 reales)<sup>2132</sup>. Estos argumentos surtieron el efecto buscado, pues se al año siguiente únicamente se le exigió la cantidad referida.

En 1669, sin embargo, se produjeron algunos cambios con respecto a la gestión de este servicio. En un primer momento (marzo de ese año) se destinó a Juan Bautista de Benavente, quien se había hecho cargo de los caballos que debía presentar esta entidad administrativa<sup>2133</sup>. Pero unos meses más tarde la deuda con Benavente había sido saldada, no con esta consignación sino con otra, la cual no se menciona, y que posiblemente fuera competencia del Consejo de Hacienda, pues se decretó la entrega de los 20.000 escudos al presidente de dicho organismo<sup>2134</sup>. De esta manera, cuatro años más tarde del fracaso cosechado en 1665, el Consejo de Hacienda conseguía, por primera vez, el control de los fondos recaudados por la Junta de Caballería. Según nuestro criterio, gran parte de la responsabilidad por este hecho recae sobre ella, pues el hecho de que Juan Bautista de Benavente fuera depositario y receptor general de esos fondos, así como prestamista de la Corona, favorecía que se dieran este tipo de situaciones. Pues un financiero tan implicado en el entramado económico-administrativo de la monarquía española, tenía intereses en muy diversas partes, y su

---

<sup>2131</sup> *Consulta de la junta de la Caballería de las Órdenes en la que dice lo que se le ofrece sobre conducir los 200 caballos que le tocan a Barcelona*. Madrid, 19-3-1668. AHN, OO.MM, Leg. 4671.

<sup>2132</sup> *Ibidem*.

<sup>2133</sup> *Decreto de S.M. para que se entregue a Juan Bautista de Benavente los 20.000 escudos que toca pagar a la junta de la caballería de las Órdenes, para su remonta*. Madrid, 11-3-1669. AHN, OO.MM, Leg. 4671.

<sup>2134</sup> “(.....) Y aunque mande que los 20.000 escudos de vellón que toca pagar este presente año [julio 1669-julio 1670] al consejo de las Órdenes y junta de caballería de ellas, para la remonta de la caballería, se entregasen a Juan Bautista de Benavente, por estarle consignados por un asiento que se ajustó con él, y respecto de que después se le ha librado esta partida por otra parte, ordenó que la dicha cantidad se ponga a disposición del presidente de Hacienda, dándosele satisfacción de ellos con toda brevedad.” *Decreto de S.M., en el que manda que los 20.000 escudos de vellón, que toca pagar a la junta este presente año para la remonta de la caballería, se pongan a disposición del presidente de Hacienda*. Madrid, 19-5-1669. AHN, OO.MM, Leg. 4671.

única motivación era recuperar las cantidades que adelantaba a la Corona, bien de una renta o de otra, sin importar su naturaleza o su origen. En este caso, a él no le suponía ningún inconveniente ser pagado por el Consejo de Hacienda o por el de Órdenes, pues lo que quería era cobrar. Y al contrario, para la Junta suponía que su contribución, en lugar de ser destinada al pago de un particular, fuera cedida a otro consejo. Si bien en ambos casos suponía saldar una deuda de la Corona, que era el objetivo último de esta exacción, las formas no eran menos importantes, pues la función de auxilio directo al monarca (en este caso a la regente Mariana de Austria), se desvanecía.

Respecto al año 1670, la cantidad correspondiente a la remonta de la caballería fue destinada a Juan Bautista de Benavente, a quien se consignó esta partida para compensarle por la deuda mantenida con él, nacida del asiento de 100.000 escudos que adelantó a la regente en 1666, que no se había fenecido<sup>2135</sup>. Pese a que se había arrancado de la Corona un compromiso de no exigir contribuciones extraordinarias a la Junta, en 1671 se produjeron exacciones, al margen de los 200.000 reales de vellón. La primera de ellas tuvo lugar en el mes de marzo, cuando la junta contribuyó con 750.000 maravedíes de vellón (22.000 reales) para financiar los gastos ocasionados para conseguir la canonización de Fernando III el Santo<sup>2136</sup> (acontecimiento que tuvo lugar en el mes de febrero, bajo el pontificado de Clemente X<sup>2137</sup>). Pero la más cuantiosa de todas se produjo con motivo del ataque Henry Morgan sobre la ciudad de Panamá<sup>2138</sup>, cuando a finales de junio tuvo lugar una petición extraordinaria a los consejos con el objetivo de aprestar una flota de socorro para defender estas posesiones<sup>2139</sup>. En esta

---

<sup>2135</sup> “(.....) La remonta de este año [1670] se libró a Juan Bautista de Benavente, para en parte de satisfacción de un asiento de 100.000 escudos, como se refiere en la libranza que se le dio el 17 de septiembre de 1670.” *Memoria de los caudales que se han pagado*.....

<sup>2136</sup> *Ibíd.*

<sup>2137</sup> A este respecto véase: SÁNCHEZ HERRERO, J.: “El proceso de canonización de Fernando III el Santo”, en: *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*, nº 18 (2001). pp. 349-370.

<sup>2138</sup> Véase: ALSEDO Y HERRERA, D. de: *Piraterías y agresiones de los ingleses y de otros pueblos de Europa en la América española, desde el siglo XVI al XVII* (edición de SÁNCHEZ MOLLEDO, J.Mª). Sevilla, 2005. (1ª edición: Madrid, 1883). LUCENA SALMORAL, M.: *Piratas, bucaneros, filibusteros y corsarios en América: perros, mendigos y otros malditos del mar*. Madrid, 1992. pp. 170-202. WOODARD, C.: *La república de los piratas: la verdadera historia de los piratas del Caribe*. Barcelona, 2008. (1ª edición en inglés: Orlando, 2007).

<sup>2139</sup> “Considerando los perjuicios irreparables que resultarían a la religión católica, al servicio del rey, mi hijo, y a la causa pública, de no atajarse los progresos que ingleses van continuando en las Indias, habiendo últimamente invadido y ocupado la ciudad de Panamá, he resuelto se acuda luego al reparo de ello, enviando el mayor refuerzo de bajeles, gente, armas y municiones que fuera posible. Y necesitándose para esto de cantidades muy crecidas, y hallándose la Real Hacienda tan exhausta, encargo al consejo de las Órdenes vea y reconozca que efectos de los que dependen del se podrán aplicar prontamente a necesidad tan precisa y urgente, haciendo el mayor esfuerzo, como lo requiere la importancia de la materia. (.....).” *Decreto de la reina al conde de Medellín, en el que ordena al*

ocasión, el Consejo de Órdenes contribuyó con 40.000 ducados, los cuales debían ser entregados a Juan Bautista de Benavente para que, a su vez, los pusiera a disposición del presidente del Consejo de Castilla, a quien se había cometido para administrar las cantidades recaudadas para este fin<sup>2140</sup>. Respecto a la Junta de Caballería, además de su asistencia convencional, que fue entregada a Juan Bautista de Benavente, como pago parcial de un asiento de 90.000 escudos, aportó otros 440.000 reales del vellón para esta empresa<sup>2141</sup>.

A pesar del esfuerzo realizado para tener dispuestos los 20.000 escudos de vellón que le tocaban, y acudir a servicios extraordinarios que, desde el año 1667 hasta ese momento, superaban los 700.000 reales<sup>2142</sup>, la Corona no se dio por satisfecha y continuó forzando la máquina recaudatoria en busca de nuevos ingresos. Su avidez llegó a tal extremo que incluso llegó a solicitar la entrega, con un año de antelación, de la suma en que se había establecido su asistencia. En el mes de mayo de 1672, unos meses antes de la fecha límite para entregar la aportación correspondiente a 1671, ya se habían enviado órdenes para que, en el plazo más breve posible, tuviera dispuesta la suma del año 1672 (la cual no debía tener lista hasta julio de 1673), y se pusiera a disposición de la persona que designare el presidente del Consejo de Hacienda, en una nueva intromisión de este organismo<sup>2143</sup>. Aunque en los anteriores ya se dio un toque de atención a la Corona, advirtiéndole de que su capacidad recaudatoria estaba llegando al límite de sus posibilidades, este organismo cumplió puntualmente con todas las cargas que se le impusieron, y también fue capaz de adelantar la contribución perteneciente a 1672, que también fue a parar a Juan Bautista de Benavente, como una de las partidas destinadas al pago de un asiento de 120.000 escudos, pues fue el elegido por el Consejo de Hacienda para que los recibiera. Pero en esta ocasión si parece haber alcanzado el tope, y se declaró incapaz de continuar soportando este ritmo de exacción<sup>2144</sup>.

Las reiteradas intromisiones del Consejo de Hacienda, que implicaban la utilización de sus fondos para fines extraños a los concebidos en un principio,

---

*consejo de las Órdenes acuda a los gastos para el socorro de Panamá.* Madrid, 21-6-1671. AHN, OO.MM, Leg. 6347.

<sup>2140</sup> *Papel del presidente del consejo de Órdenes, dirigido a la reina, en el que representa contribuirá con 40.000 ducados de vellón para la recuperación de Panamá.* Madrid, 13-7-1671. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2141</sup> *Consulta de la junta de la Caballería sobre la cantidad con que ha contribuido este año.* Madrid, 9-6-1672. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2142</sup> *Ibidem.*

<sup>2143</sup> *Decreto de la reina, dirigido al condestable de Castilla, presidente del consejo de las Órdenes, sobre la remonta de la caballería.* Madrid, 21-5-1672. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2144</sup> *Consulta de la junta de Caballería.....*9-6-1672.

motivaron que se presentaran nuevas quejas a la regente por este motivo<sup>2145</sup>. Como consecuencia de sus instancias, la Corona se mostró favorable a que no se entregaran los 20.000 escudos al Consejo de Hacienda, y que se resarciera a Juan Bautista de Benavente con otra consignación, pues esta partida debía destinarse exclusivamente a reforzar la caballería<sup>2146</sup>.

Sin embargo, estas prácticas consiguieron erosionar la barrera en la que la Junta se escudaba para mantener su autonomía. Pues a finales de 1672 se decretó que el presidente del Consejo de Hacienda recibiera los 20.000 escudos, y los pusiera a disposición de la persona que considerara oportuno, siempre y cuando se utilizara para sufragar gastos de la caballería<sup>2147</sup>. Esta decisión implicaba que Juan Bautista de Benavente debía entregar esta cantidad, que ya había percibido, y entregarla a D. Juan de Guzmán, tesorero del Consejo de Hacienda, quien se encargaría de su distribución<sup>2148</sup>. Además, en el mes de noviembre de 1673 la junta se vio obligada a satisfacer otra de las peticiones extraordinarias de la Corona. Se trataba de la exacción más cuantiosa que hasta ese momento se había producido, motivada por la necesidad de reunir fondos extraordinarios, con los cuales hacer frente a otra nueva agresión borbónica, (cristalizada en la invasión de los Países Bajos en 1672, y que concluyó en 1678 con la firma del Tratado de Nimega), pues ascendía a 15.640.000 maravedíes de vellón (460.000 reales), que fueron librados al presidente del Consejo de Hacienda para atender a este compromiso<sup>2149</sup>.

Los años siguientes fueron testigos del triunfo de tales prácticas y, a partir de 1674, se ordenó al presidente del Consejo de Órdenes (en esos momentos D. Iñigo

---

<sup>2145</sup> “(.....) Y como este caudal está aplicado, por su naturaleza, a la remonta de la caballería, la cual es hoy tan necesaria, como se sirvió V.M. de advertirlo, para que los 20.000 escudos referidos se entregasen a la persona que el presidente de Hacienda nombrase por depositario de los efectos de la remonta, parece a la junta que debe emplearse en ella, y no en otra cosa, mandando a V.M. al presidente de Hacienda que señale luego la persona, en cuyo poder hubiere de entrar este fin. Y que a Juan Bautista de Benavente le de, en lugar de esta consignación, otra que no tenga aplicación tan necesaria. *Consulta de la junta de Caballería, sobre la aplicación de los 20.000 escudos con que ha servir este año la junta para la remonta de ella*. Madrid, 6-11-1672. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2146</sup> *Ibídem*.

<sup>2147</sup> “(....) Y V.M. se ha servido de resolver que los 20.000 escudos que tocan a este año, de lo que le está repartido para la remonta de la caballería, se entregue a la persona que nombrare el presidente de Hacienda, a fin de que se emplee en el efecto de la remonta, a que están aplicados, y no a otro alguno.” *Consulta de la junta de la Caballería, para que el presidente de Hacienda nombre la persona en cuyo poder ha de entrar el caudal aplicado a la remonta de la caballería*. Madrid, 14-11-1672. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2148</sup> *Papel del secretario del consejo de Hacienda a Juan Bautista de Benavente, para que ponga a disposición de su tesorero los 20.000 escudos de vellón de la junta de la Caballería de las Órdenes para su remonta*. Madrid, 17-5-1673. AHN, OO.MM., Leg. 4672.

<sup>2149</sup> *Memoria de los caudales que se han pagado.....*



Melchor Fernández de Velasco, condestable de Castilla que accedió al cargo en 1671) que entregara los fondos destinados por la Junta al reforzamiento de la caballería, a la persona designada por el presidente del Consejo de Hacienda<sup>2150</sup>. Tras esta decisión tal vez se encuentren razones de carácter administrativo, pues cabía la posibilidad de que la Corona deseara centralizar en esta entidad administrativa todo lo relativo a la remonta de la caballería, y disponer de los fondos de Junta como garantía de los asientos suscritos para tal fin. En este sentido, sabemos que también se compelió a la Cámara de Castilla para que traspasara su contribución anual, tasada en 30.000 ducados de vellón<sup>2151</sup>, al sujeto elegido por el presidente del Consejo de Hacienda<sup>2152</sup>.

Con motivo de la contribución del año 1677 se ordenó a D. Francisco Fernández de Córdoba, duque de Sessa, nuevo presidente del Consejo de Órdenes (en sustitución del duque de Osuna) que entregara esta cantidad a la persona que se nombrare por depositario, sin ninguna mención al presidente del Consejo de Hacienda, como había acontecido en los años anteriores<sup>2153</sup>. Sin embargo esto no significó que este organismo renunciara a sus aspiraciones sobre la partida gestionada por la Junta, pues durante los años siguientes consiguió apropiarse de ellos, si bien de forma intermitente.

Para los años 1678-79 no hemos encontrado ninguna mención a su estado, aunque parece que se trató de un periodo difícil para ella, pues la siguiente referencia que encontramos, relativa al año 1680 nos presenta un panorama caracterizado por las dificultades y los agobios. También por esas fechas se consideró conveniente introducir

---

<sup>2150</sup> “(.....) Y encargo a la junta de la Caballería de las Órdenes haga que la cantidad que le está repartida para este fin, se le entregue luego, en la misma conformidad que en los años antecedentes a la persona que el presidente de Hacienda nombrare por depositario de este efecto.” *Decreto de la reina al condestable de Castilla, presidente del consejo de Órdenes, en el que manda se libre a la persona que el presidente de Hacienda, nombrare por depositario del dinero de la remonta de la caballería, la cantidad que le está repartida, en la forma que en los años antecedentes.* Madrid, 3-1-1675. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2151</sup> Esta cantidad se obtenía, sobre todo, a través de la venta de determinados oficios, vinculados a la Real Hacienda. Sin embargo, por motivos que desconocemos, la Corona decidió revocar esta autorización. Como consecuencia, la Cámara estaba imposibilitada para cumplir con esta obligación. “(.....) Ha parecido representar a V.M. que, según las cantidades que se han entregado hasta ahora para la remonta de la caballería, tan solamente se deben, hasta año, 15.000 ducados. Y que aunque estaban señalados efectos de que poderse sacar, hoy no hay ningunos, respecto de que por la junta de Alivios se quitó la venta de todo género de oficios. Y ahora, por resolución de V.M., se ha servido de mandar que no se vendan ningunos que toquen a la Real Hacienda ni a los millones. Y éstos eran los efectos de que se pagaba lo que tocaba a la remonta, con que en la Cámara no ha quedado, ni hay, de qué valerse para poder cumplir.” *Consulta de la Cámara, con ocasión de la orden que se ha enviado a ella para que se acuda, luego, con la cantidad que le está repartida para la remonta de la caballería.* Madrid, 7-1-1676. AHN, Consejos, Leg. 4449, nº 151.

<sup>2152</sup> *Ibidem.*

<sup>2153</sup> *Decreto del rey, dirigido al duque de Sessa, presidente del Consejo de Órdenes, para que se entreguen los 20.000 escudos que tocan a la remonta de la caballería, a la persona que se nombrare por depositario de este caudal.* Madrid, 12-11-1677. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

novedades en la administración de sus partidas. Estas se referían a la modificación de los plazos de entrega, pues a partir de 1678 el año fiscal coincidiría con el año natural.

Con el objetivo de conocer el estado que presentaban las cuentas de este organismo, se creyó oportuno efectuar una revisión a fondo, tanto de sus ingresos como de sus gastos<sup>2154</sup>. Como ya hemos mencionado en las páginas anteriores, las dos partidas gracias a las cuales la Junta obtenía sus ingresos, con los cuales sufragaba la contribución demandada, eran las medias lanzas que pagaban los comendadores; así como los montados y relevaciones de galeras, librados sobre los caballeros de hábito a la hora de recibir esta merced, a cambio de ser liberados de las obligaciones castrenses que acarreaba su disfrute. Respecto a la primera de ellas, a 1 de enero de 1680 estaban pendientes de cobro 15.000 escudos, los cuales se esperaba recaudar en las siguientes semanas. Sin embargo, con motivo de la nueva devaluación monetaria promulgada el 10 de febrero<sup>2155</sup> (según la cual la moneda de molino ligada, compuesta por una aleación de plata y vellón, cuyo valor facial era de 8 maravedíes pasaba a valer solo 2. Además, se estableció el valor nominal de toda la moneda falsa de cobre sin peso, en un maravedí.), los fondos que en última instancia se habrían de entregar al depositario de esta partida (que de nuevo no sería designado por el presidente del Consejo de Hacienda) serían menores de lo esperado en un principio<sup>2156</sup>. En cuanto a la segunda, se confirma la tendencia apuntada unos años atrás, traducida en una disminución de las rentas por este concepto. Según su parecer, esto se debía a la considerable mengua del número de hábitos despachados, una importante parte de los cuales fueron a parar a militares, que estaban exentos de abonar cantidad alguna por estos conceptos<sup>2157</sup>.

Además, acumulaba unas deudas de 21.000 escudos, a los que había que sumar otros 20.000, correspondientes a la contribución de 1679. Para cubrir este agujero

---

<sup>2154</sup> *Consulta de la junta de la Caballería de las Órdenes, en la que refiere los empeños con que se halla, para cumplir con los 20.000 escudos que le tocan.* Madrid, 20-4-1680. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2155</sup> SANCHEZ BELÉN, J.A.: *La política fiscal de Castilla durante el reinado de Carlos II.* Madrid, 1996. Del mismo autor: “Las reformas económicas y fiscales a finales del siglo XVII”, en: RIBOT GARCÍA, L.A. y DE ROSA, L. (Dirs): *Op. cit.* pp. 77-99. GARCÍA DE PASO, J.I.: “La estabilización monetaria en Castilla bajo Carlos II”, en: *Revista de Historia Económica*, nº 18 (2000). pp. 49-77. FONT DE VILLANUEVA, C.: *La estabilización monetaria de 1680-1686. Pensamiento y política económica.* Madrid, 2008.

<sup>2156</sup> “(.....) Del efecto de las medias lanzas se están debiendo, hasta fin del año próximo pasado de 1679, poco más de 15.000 escudos. De esta cantidad habrá de bajar a los depositarios las que ha comprendido la baja de la moneda, y se está justificando si se deberán, o no, hacer buenas las partidas que en ellos se expresan. Y aunque hasta ahora no se ha podido liquidar a punto fijo, se supone que de los 15.000 escudos referidos siempre se minorará una buena parte (.....).” *Consulta de la junta de la Caballería*.....20-4-1680.

<sup>2157</sup> “(.....) También es efecto de la junta lo que pagan, por razón de montado y relevación de galeras, los caballeros que no están sirviendo al tiempo de ponerse los hábitos. El cual ha producido muy cortas cantidades en los últimos años, por ser tan pocos los que se los han puesto.” *Ibidem*.

presupuestario, y seguir cumpliendo con su aportación anual, solo podía oponer unos ingresos fijos de cerca de 10.000 escudos anuales, correspondientes a las medias lanzas de las encomiendas, pues de los montados y relevaciones de galeras no se podía hacer una cuantificación fija de lo que se pretendía ingresar, porque dependía del número de hábitos concedidos. Pero si se tomaba la media de los últimos años, no sería suficiente para acudir a los compromisos que debía asumir<sup>2158</sup>.

La única posibilidad que veía para solucionar sus problemas era un incremento de la carga impositiva, que se repercutiría directamente sobre los nuevos caballeros de hábito, consistente en un incremento de 100 ducados, desde los 200 que se demandaban en la actualidad, hasta 300, por el servicio de montado, que era la cantidad exigida en 1640 a quienes no acudían a servir en persona al Batallón de las Órdenes, y que posteriormente se redujo a los 200 que se reclamaban en la actualidad a quienes no acudían a servir un año al ejército o a la armada<sup>2159</sup>. Pese a que no se trataba de una solución, significaría un alivio considerable. Sin embargo, el monarca no compartió este razonamiento y desestimó la propuesta, ordenando a la Junta que buscara otro medio con el cual mejorar su estado<sup>2160</sup>. Pese a todo, representó al monarca que no se encontraba en condiciones de ofrecer otra alternativa, e incidió en la idoneidad de su designio. Pero no se consiguió mover la determinación del rey, quien se reafirmó en su decisión<sup>2161</sup>.

El año 1682 fue testigo de uno de los acontecimientos más importantes, con respecto a la Junta de la Milicia de las Órdenes, pues el rey ordenó al duque de Sessa que, con motivo de una hipotética invasión francesa por Navarra y Guipúzcoa, le remitiera un informe detallado de la manera en que se llevó a cabo la formación del Batallón de las Órdenes, por si fuera necesario levantar de nuevo la unidad<sup>2162</sup>. Pero,

---

<sup>2158</sup> *Ibidem*.

<sup>2159</sup> “(.....) Y el medio que podrá ayudar al desempeño, y facilitar que el tesorero anticipe los 20.000 escudos, se reduce a que, como al presente pagan los que no están sirviendo, los 200 ducados de vellón para el montado, paguen 300, que es en lo que se reguló este servicio cuando se formó la junta de Caballería de las Órdenes, y se practica con los que no le satisfacen prontamente, dando fianza de que servirán un año en uno de los ejércitos, o en la Armada del Mar Océano, o que en su defecto pagarán 300 ducados por el montado (.....).” *Ibidem*.

<sup>2160</sup> *Ibidem*.

<sup>2161</sup> *Consulta de la junta de Caballería en la que representa no encontrar otra forma para acudir con los 20.000 escudos a la remonta de la caballería de Cataluña, que la de que paguen los pretendientes de ponerse el hábito 300 ducados por el montado*. Madrid, 6-5-1680. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2162</sup> “Por los recelos que se tienen de movimientos de tropas de Francia en las fronteras de Navarra y Guipúzcoa, y lo que conviene a su resguardo, se ha considerado por preciso el tratar de la formación del trozo de la caballería de las Órdenes. Y así, mando a ese consejo que, reconociendo lo que hubiere pasado cerca de su establecimiento, y lo que se podrá ejecutar en la ocasión presente, me informe sin la menor dilación de lo que se ofreciere en ello.” *Decreto del rey, dirigido al duque de Sessa, en el que ordena le*

¿qué razones movieron a la Corona, 42 años después, a querer recuperar la obligación que tenían caballeros de hábito y comendadores de servir personalmente en una unidad de caballería propia? ¿Por qué ahora, cuando hacía más de 30 años que se había conmutado su contribución a presentar determinado número de caballos para el mantenimiento de la unidad (luego para la caballería del ejército en general), y unos años más tarde por un pago en metálico? Si no fuera por la rotunda negativa del rey a que se incrementara la cantidad que debían depositar los nuevos titulares del hábito, nos inclinaríamos a pensar que el objetivo último de esta decisión sería el de atemorizarles, con la amenaza de resucitar de nuevo sus obligaciones militares, para acallar sus protestas ante un aumento de este gravamen en un 50%. Pero visto lo acontecido con la formación de la caballería de las Órdenes, y sobre todo la transformación sufrida en la naturaleza del servicio demandado a caballeros de hábito y comendadores, nos resistimos a creer que Carlos II buscara una movilización en sentido estricto, sino que más bien se trataría de sondear su grado de colaboración (o resistencia) ante una decisión de este calibre.

El Consejo de Órdenes se puso manos a la obra, y un día después remitió al rey un informe preliminar sobre la manera en que se iniciaron a los trámites para la movilización de los caballeros de hábito, al tiempo que se dio cuenta de las dificultades que llevaba anejas esta decisión (antes, durante y después de la formación de la caballería de las Órdenes Militares en 1640). En su informe diferenciaba dos zonas de actuación: por un lado la Corte, y por otro el resto de localidades. En cuanto a la capital del Reino, jurisdicción en la que residían la mayoría de caballeros y comendadores, se recomendó recuperar el contenido de un bando publicado a finales de noviembre de 1638, en concreto el día 29 (el cual mencionamos en su momento), según el cual todos ellos debían estar prevenidos, con armas y caballos, en un plazo máximo de 10 días, para acudir a servir allí donde se les ordenare. Los sucesivos decretos que se promulgaron para compelerles a servir contenían, a grandes rasgos, su esencia. Por este motivo, la Junta se remitía a él como pauta de comportamiento a seguir, en caso de que fuera necesario obligarles a servir<sup>2163</sup>. Respecto a las demás provincias, se resaltaba el papel jugado por corregidores y gobernadores quienes, en última instancia, fueron los

---

*informe sobre lo obrado en lo pasado en la formación del Batallón de las Órdenes*. Madrid, 10-2-1682. AHN, OO.MM, Leg. 6339.

<sup>2163</sup> *Consulta del consejo de las Órdenes en la que pone en noticia de V.M. lo que precedió al llamamiento de las órdenes militares, y formación de la caballería de ellas*. Madrid, 11-2-1682. AHN, OO.MM, Leg. 4672.

encargados de transmitir esta orden a los caballeros y comendadores de su jurisdicción, para lo cual se les remitieron, a principios de 1640, los oportunos bandos con las exigencias de la Corona<sup>2164</sup>. Pero esta información no pareció satisfacer el ansia de información del monarca, más bien al contrario, pues incrementó su deseo de que este designio cobrara forma y cristalizara en resultados prácticos<sup>2165</sup>. Así pues, desde el Consejo de Órdenes se creyó oportuno remitir al monarca toda la documentación al respecto para que, con el máximo de información posible, pudiera tomar la decisión más conveniente<sup>2166</sup>.

Suponemos que ningún caballero de hábito ni comendador acudió a servir en persona, y que todo este esfuerzo se tradujo en la aportación de fondos para costear el envío de una fuerza montada. Esta es la impresión que se desprende de un testimonio fechado en abril del año siguiente (1683), en el que se pone de manifiesto, sin lugar a dudas, que se envió remitió un cuerpo de caballería a la frontera pirenaico-occidental, financiado al menos en parte con las rentas de la Junta, el cual había generado un agujero en sus finanzas de 23.000 escudos de vellón, cantidad que le era demandada por la Corona<sup>2167</sup>. Pese a la delicada situación financiera por la que atravesaba este organismo, en poco más de un mes abonó la suma exigida, la cual fue entregada a D. Juan de Guzmán (a quien ya nos hemos referido anteriormente, pues servía como tesorero del Consejo de Hacienda), procedente en su mayor parte de los 20.000 escudos de contribución anual. Tal circunstancia ponía de relieve la importancia de este consejo en lo relativo al reforzamiento de la caballería, tal y como aconteció en los años anteriores, y confirmaba la pérdida de poder de la Junta en la gestión de los fondos que recaudaba<sup>2168</sup>.

A finales del mes de julio se creyó oportuno fiscalizar, de nuevo, las cuentas de la Junta de la Milicia de las Órdenes, abarcando el periodo comprendido entre el 22 de

---

<sup>2164</sup> *Ibidem*.

<sup>2165</sup> “(.....) Póngase luego en mi noticia lo que pasó en la formación de esta caballería de las Órdenes, con lo demás que se ofreciere, para que yo tome resolución con la brevedad que conviene.” *Decreto del rey, dirigido al duque de Sessa, presidente del consejo de las Órdenes, en el que ordena se le de noticia de todo lo que pasó en la formación de la caballería de ellas*. Madrid, 14-2-1682. AHN, OO.MM, Leg. 4672.

<sup>2166</sup> “(.....) Y en cumplimiento de las órdenes de V.M., dándolas entero cumplimiento, pone el consejo en la reales manos de V.M. todos los decretos, bandos, instrucciones y todas las resoluciones que tomó S.M., el rey don Felipe Cuarto, para que con vista de todo, tome la resolución más conveniente a su real servicio.” *Consulta del consejo de las Órdenes, en la que pone en las reales manos de V.M., los papeles que se dieron para la formación de la caballería de ellas*. Madrid, 17-2-1682. AHN, OO.MM, Leg. 4672.

<sup>2167</sup> *Decreto del rey al duque de Sessa, presidente del consejo de las Órdenes, en el que se ordena pague los 23.000 escudos de vellón, que valen 7.820.000 maravedíes, que debe de la remonta del año próximo pasado*. Aranjuez, 28-4-1683. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2168</sup> *Ibidem*.

febrero de 1681 y el 30 de julio de 1683, con el objetivo de comprobar su estado financiero real<sup>2169</sup>. En cuanto a los ingresos, alcanzaban los 906.115 reales. A ellos se le oponían unos gastos de 879.225 reales, desglosados de la siguiente manera: 405.200 reales correspondientes a la cantidad que aprestaba para la remonta de la caballería, los cuales se habían abonado durante los ejercicios: 1680-1681, 1681-1682 y 1682-1683. Esto hacía una media de 135.000 reales al año así que, por este concepto, adeudaba 195.000 reales, lo que en la práctica significaba que arrastraba un retraso de un año en sus obligaciones. Otros 58.765 reales se destinaron al pago de las propinas y luminarias de sus miembros; y los 415.260 restantes se utilizaron para el abono de salarios y gratificaciones extraordinarias a diversos funcionarios del Consejo de Órdenes y de la Junta<sup>2170</sup>. De este modo, la junta presentaba un superávit de 26.980 reales de vellón; pero adeudaba 195.000 reales por el mantenimiento de la caballería, por lo que en realidad presentaba un déficit de 168.020 reales.

De estas cifras destacamos que los gastos de carácter administrativo (incluidos los salarios) representaban casi el 54% del total. Es decir, que si no fuera por estas partidas, la Junta no tendría ningún problema para entregar los 200.000 reales anuales que se le exigían, pues si hacemos la media de los tres años referidos, sus ingresos ascendían a algo más de 300.000 reales. El problema era que se cargaron sobre ella más gastos de los que podía asumir. Si a esto le unimos el menoscabo sufrido por sus dos principales fuentes de ingresos, no es de extrañar el desequilibrio que presentaba su balance.

Por esas fechas se pensó en solicitar un donativo a los caballeros de hábito, con el cual se buscaba contribuyeran, aún más, a la financiación de los gastos de la Corona. Sin embargo, una nueva imposición fiscal (aunque tuviera apariencia de donativo) despertaría nuevas animadversiones. Así, se optó por buscar otra manera de incrementar los ingresos que levantara menos resistencias. Entre ellas, se planteó el secuestro de la cantidad que la Corona destinaba a la manutención de los caballeros de hábito (conocida como “pan y agua”), para poder disponer de este caudal a su albedrío<sup>2171</sup>.

---

<sup>2169</sup> *Razón de lo que ha entrado en la tesorería de la junta de la Caballería de la Milicia de las Órdenes desde (.....), y lo que por su cuenta se ha pagado.* Madrid, 30-7-1683. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2170</sup> “(.....) Y los 415.260 reales restantes, se han pagado por salarios fijos de los contadores de la junta, sobresueldo del excmo. sr. duque de Sessa, presidente del consejo, propinas y luminarias de S.E. y de los demás señores del consejo, incluso los oficios de contador mayor, alguacil mayor y tesorero, que son perpetuos.” *Ibidem*.

<sup>2171</sup> “Quiero estar informado de la cantidad que importan, en este año, los mantenimientos de los caballeros de las Órdenes (y los que se les debe de años atrasados), y si podrá aplicarla por esta vez a las muchas necesidades presentes (siendo las que más urgen las asistencias para la defensa de la Fe y de esta

Antes de tomar una decisión al respecto, Carlos II buscó el parecer del Consejo de Órdenes. En primer lugar se representó al monarca que esta cantidad había sufrido un considerable descenso, y en esos momentos no llegaba ni a la mitad de la que según la legislación de las Órdenes Militares debían percibir<sup>2172</sup>. En este sentido, su tramitación ocasionaría más trastornos que ventajas, pues el rendimiento obtenido sería exiguo, y no justificaría los inconvenientes ocasionados<sup>2173</sup>. Junto a las razones de carácter práctico, se encontraban las de naturaleza escolástica, pues el rey, como maestro de las Órdenes Militares, estaba obligado a su desembolso, y no podía rescindir el acuerdo de manera unilateral, so pena de incurrir en una flagrante irregularidad<sup>2174</sup>. Suponemos que estos argumentos fueron suficientes para desanimar a la Corona de continuar con este designio, pues no hubo respuesta a la consulta aludida, y tampoco hemos encontrado más evidencias documentales con respecto a esta materia. Nos sorprende que tres años antes se desestimara la propuesta de la Junta, de incrementar en 100 ducados la cantidad exigida a los caballeros de hábito por eximirles de sus obligaciones militares, sobre la cual había una base jurídica; y que en cambio pugnara por apropiarse de una partida irrisoria, que generaba serias dudas sobre su legalidad.

A finales del mes de febrero de 1684, el monarca instó a la Junta para que entregara los 393.387 reales que debía para la conservación de la caballería (recordemos que arrastraba una deuda de 195.000 reales procedente de los años anteriores, a los que había que sumar los 200.000 de este ejercicio), los cuales debían ser puestos a disposición del gobernador del Consejo de Hacienda. Sin embargo, debido a los grandes desembolsos que debió asumir el año pasado, no solo para la caballería, sino también

---

Monarquía), en lugar del donativo que se había de pedir a los caballeros en esta ocasión.” *Decreto del rey, dirigido al duque de Sessa, presidente del consejo de Órdenes, para que se le informe de la cantidad que importa el mantenimiento de los caballeros de las Órdenes Militares*. Madrid, 4-11-1683. AHN, OO.MM, Leg. 6339.

<sup>2172</sup> *Consulta del consejo de las Órdenes en la que representa a V.M. lo que se le ofrece, en respuesta a un decreto de 4 de noviembre pasado*. S.f., s.l. AHN, OO.MM, Leg. 6339

<sup>2173</sup> “(.....) tratar de introducir este nuevo gravamen por vía de donativo, estimándole temporal, y que la cortedad de la cantidad que corresponde a cada caballero no les serviría de alivio ni desempeño en sus descomodidades; y en cualquier arbitrio y disposición de V.M. habrán de contribuir más, tiene falencia y sumo perjuicio, mayormente en las imposiciones que se consideran con trato sucesivo, como lo experimentamos perpetuándose las concesiones limitadas a ciertos tiempos y ocasiones, como igualmente los motivos para conseguirlas. Y en este punto, que por su naturaleza es incapaz de vulnerarse con la más leve permisión, fuera culpable no embarazar su introducción, ocurriendo, como es, obligación nuestra, para que el acto que suena voluntario no se termine en preciso y sin distinción de personas, pues la mayor parte de los caballeros hacen estimación de este moderado caudal siéndoles de algún alivio y conveniencia.” *Ibidem*

<sup>2174</sup> “(.....) V.M. como maestro y prelado de las Órdenes, está obligado, por contrato oneroso, y con juramento, como sus gloriosos progenitores, desde la incorporación de los maestrazgos en la Corona, a dar y pagar estos alimentos, por ser carga inseparable y real de ellos, ratificadas en todos los capítulos generales que se han celebrado.” *Ibidem*.

destinados al pago de salarios y sobresueldos, se hallaba sin fondos para poder acudir a este servicio<sup>2175</sup>.

Con este panorama se antojaba imposible llegar a un acuerdo con algún financiero para que, a la manera de lo acontecido en años anteriores, adelantara la suma con que debía servir, pues sus fuentes de ingresos no generarían lo suficiente para su devolución, incluso garantizando el pago de intereses. El hecho de que se mostrara dispuesta a volver al sistema de asiento, con los gastos extraordinarios que acarreaba esta forma de financiación (que eran los que se trataba de eliminar mediante la consignación de su contribución anual) habla bien a las claras del estado de sus finanzas<sup>2176</sup>. Pese a todo, se ordenó al tesorero de la Junta que pusiera a disposición del gobernador del Consejo de Hacienda cualquier ingreso, pese a que supusiera dilatar el pago de las cantidades que se adeudaban a los miembros del Consejo de Órdenes y de la Junta en concepto de luminarias<sup>2177</sup>.

Más o menos por esas fechas se retomó la relación comercial con D. José de Aguerri, financiero al que ya nos hemos referido, cuyos primeros contactos habían tenido lugar dos décadas antes. En esta ocasión, la Corona creyó conveniente consignarle 10.000 escudos procedentes de la cantidad aprestada para el mantenimiento de la caballería, correspondientes a lo que la Real Hacienda debía entregar en 1683, como parte del pago de una provisión de 32.338 escudos de plata, puestos en Madrid, San Sebastián, Bilbao y Ámsterdam. Como no se tenía demasiada confianza en la capacidad de la Junta para hacer frente a este compromiso (en caso de fuera incapaz de reunir esta suma) se le consignó la misma cantidad, procedente de las rentas que la Cámara de Castilla tenía que destinar a este efecto<sup>2178</sup>. Pese a las dudas generadas por la

---

<sup>2175</sup> *Consulta de la junta de la Caballería, en la que representa a V.M. lo que se le ofrece, en vista de un real decreto de V.M. sobre la satisfacción de lo que se debe para la remonta de la caballería.* Madrid, 25-2-1684. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2176</sup> “(.....) Y aunque con el deseo de poder contribuir en algo al alivio de las necesidades presentes, se ha solicitado, con diferentes hombres de negocios, la anticipación de algún caudal sobre los efectos que entraren en la caja este año, ofreciendo los intereses correspondientes, no lo ha podido conseguir su celo por lo apurados que todos están de medios.” *Ibídem*.

<sup>2177</sup> *Ibídem*.

<sup>2178</sup> “(.....) Y por orden de 26 de febrero pasado, se sirvió S.M. de aprobar un pliego dado por D. José de Aguerri, secretario de S.M. y noble del reino de Aragón, sobre encargarse de una provisión de 32.338 escudos de plata en esta Corte, en la ciudad de San Sebastián, Bilbao y la ciudad de Amsterdam, para diferentes efectos del real servicio, con diferentes calidades y condiciones, entre las cuales hay la que sigue: en la remonta de la caballería del consejo de las Órdenes, que debió pagar el año pasado de 1683; y en caso de no pague, en el de la Cámara de Castilla este presente año de 1684, 10.000 escudos de vellón.” *Papel de D. Ignacio Bautista de Rivas a D. José de Beitia, en el que le informa del asiento ajustado con D. José de Aguerri.* Madrid, 7-3-1684. AHN, OO.MM, Leg. 4649.



Junta para hacer frente a sus obligaciones, se ordenó al presidente del Consejo de Órdenes que entregara a Aguerri los 10.000 escudos mencionados<sup>2179</sup>.

Con este asiento se retoman prácticas que se creían erradicadas y que, en su momento, habían motivado fuertes protestas por partes de la Junta, como era el empleo de su contribución anual para fines que no tenían ninguna relación con la conservación de la caballería. Pero esto no parecía importar a la Corona, que no tuvo ningún reparo en seguir consignando esta partida a D. José de Aguerri durante los años siguientes, como parte de pago por sus servicios financieros. Si bien había desaparecido la motivación original que justificaba este servicio, no es menos cierto que contribuía a costear algunos empréstitos de la Real Hacienda, tanto de naturaleza militar como ajenos a la defensa de la monarquía. Así, unos meses después de este acuerdo se suscribió otro asiento con él, en este caso por un total de 53.456 escudos de plata que se utilizarían para costear los gastos generados por los presidios del reino de Aragón, San Sebastián y Fuenterrabía, la artillería de Ibiza y las deudas generadas por las casas reales<sup>2180</sup>. De nuevo, se le reservaron los 20.000 escudos de la junta, correspondientes al año 1684; además de 10.000 escudos de vellón que debía pagar el Consejo de Órdenes en 1683, como asistencia al Emperador para financiar la defensa de la capital de los Habsburgo ante la amenaza turca<sup>2181</sup>.

Con este hecho, se puso fin a un tiempo de relativa calma para la Junta, durante el cual sus aportaciones se redujeron al mantenimiento de la caballería. Pues de los 60.000 escudos (20'4 millones de maravedíes) que debía entregar, correspondientes al periodo 1681-1684, solo había depositado 32.661 (11'1 millones de maravedíes). Conforme esta cuenta, quedaban pendientes de pago, por este concepto y durante el intervalo referido, 27.339 escudos (9'3 millones de maravedíes)<sup>2182</sup>.

---

<sup>2179</sup> *Decreto del rey, dirigido al duque de Sessa, presidente del consejo de las Órdenes, en el que ordena se entreguen a D. José de Aguerri 10.000 escudos de vellón, por cuenta de lo que está debiendo de la remonta de la caballería.* Madrid, 13-3-1684. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2180</sup> *Papel de D. Ignacio Bautista de Rivas a D. José de Beitia, en el que le informa del nuevo asiento ajustado con D. José de Aguerri.* Madrid, 1-7-1684. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2181</sup> *Decreto del rey, dirigido al duque de Sessa, presidente del consejo de las Órdenes, en el que ordena se entreguen a D. José de Aguerri 30.000 escudos de vellón, por cuenta de lo que está debiendo de la remonta de la caballería.* Madrid, 3-7-1684. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2182</sup> “(.....) Y por cuenta de los 20.400.000 maravedíes de vellón que importaron los tres años, que no se dio consignación de esta cantidad a persona alguna, se pagaron 11.104.834 maravedíes, con libranzas de los sres. de la junta, en virtud de decretos y órdenes de S.M. Con que se restan, de los tres años referidos, 9.295.166 maravedíes de vellón, sin aplicación de año fijo, respecto de no habérsela dado a lo pagado en dicho tiempo.” *Relación del estado de la cobranza y fondos para la remonta de la caballería.* Madrid, 24-3-1688. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

Pero gracias a la capacidad crediticia de Aguerri, que no parecía tener límite (pues en el mes de septiembre suscribía su tercer asiento en medio año) la Corona trató de recuperar el tiempo perdido, y que la Junta se pusiera al corriente de pago. En esta ocasión se trataba de una provisión de 40.0000 escudos puestos en Amberes o en Amsterdam. Pero lo que nos resulta llamativo, era la insistencia del prestamista en recuperar su inversión mediante la consignación de los fondos aprestados por los consejos para la remonta de la caballería, entre los cuales se encontraba el Consejo de Órdenes y, por extensión, la Junta de la Milicia de las Órdenes (¿o tal vez la obstinación sería de la Corona, deseosa de cargar sobre ella parte de los compromisos con los asentistas, pues adeudaba cantidades a la Real Hacienda?). En un principio no se le asignó la totalidad de la cantidad destinada por la Junta a este efecto, sino que sólo se destinaron a su resarcimiento 13.466 escudos, correspondientes a la aportación del año 1685; aunque en última instancia se decidió que, ante la falta de seguridad que ofrecían las otras partidas, fueran a parar a sus manos los 20.000 escudos<sup>2183</sup>.

Pese a sus esfuerzos por estar al corriente de pago con Aguerri, no fue capaz de conseguirlo. A principios de 1686, este financiero se quejó de que se le adeudaban 7.586 escudos de las cantidades que se le habían consignado de los años anteriores. Si a esto sumamos que debía entregar otros 20.000, sus deudas ascendían hasta los 27.586 escudos<sup>2184</sup>. Este hecho no fue obstáculo para que la Corona siguiera cargando sobre la Junta parte del pago de los asientos que había firmado con D. José de Aguerri, pues en el mes de junio de 1686 se acordó con él otra operación financiera, gracias a la cual aportaría a la tesorería general 106.800 escudos<sup>2185</sup>.

En esta ocasión, la Junta fue utilizada por la Real Hacienda para cubrir parte de los descubiertos en las consignaciones entregadas a este asentista. Las operaciones afectadas eran dos: el asiento acordado en agosto de 1684, cuyo principal era de 40.000 reales (para Flandes), y otro firmado en enero de 1685, por 100.000 pesos. Como resarcimiento se le entregaron 14.000 y 13.500 escudos de plata, procedentes de los ingresos del Consejo de la Cruzada en Aragón<sup>2186</sup>. Pero ante el nulo rendimiento de ambas partidas se creyó conveniente traspasar esta obligación, que ascendía a 27.500

---

<sup>2183</sup> *Papel de D. Ignacio Bautista de Rivas a D. José de Beitia, en el que le informa del nuevo asiento ajustado con D. José de Aguerri.* Madrid, 7-9-1684. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2184</sup> *Decreto del rey, dirigido al duque de Sessa, presidente del consejo de las Órdenes, en el que manda que a D. José de Aguerri se le de pronta satisfacción de los 27.586 escudos que se le deben, de lo que le está librado en la junta de Caballería.* Madrid, 18-1-1686. AHN, OO.MM, Leg. 4649

<sup>2185</sup> *Papel del secretario D. Ignacio Bautista de Rivas a D. Manuel Francisco de Lira, en el que le informa del asiento ajustado con D. José de Aguerri.* Madrid, 9-8-1686. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2186</sup> *Ibidem.*

escudos de plata, a la Junta, que la asumiría con cargo a su contribución a la conservación de la caballería, incluida su aportación ordinaria, de la siguiente manera: 20.000 escudos procedentes de la contribución de 1687; otros 5.250 un año después, y los 1.250 restantes, como muy tarde, en 1689 (en estos dos últimos supuestos, junto con la asistencia anual acostumbrada)<sup>2187</sup>.

A principios de julio de 1687 D. José, que acababa de ser honrado con un título nobiliario, el de marqués de Valdeolmos, acordó un nuevo asiento con la Corona, cuyo principal ascendía a 200.000 escudos. En esta ocasión también se utilizaron las rentas de la Junta para satisfacer el préstamo concedido. Se trataba de 23.000 escudos de vellón, los cuales serían entregados en dos ejercicios: 18.750 procedentes de la contribución de 1688, y el resto a cuenta de la del ejercicio de 1689<sup>2188</sup>.

En marzo de 1688, con motivo de un decreto promulgado por esas fechas, cuya finalidad era la reducción de la deuda consolidada, garantizar las provisiones a los asentistas, y establecer una dotación fija para financiar los gastos forzosos de la monarquía<sup>2189</sup>, se llevó a cabo un balance del estado en que se encontraba la gestión de los caudales de la Junta desde el momento en que D. José de Aguerri empezó a percibir parte de sus rentas. Sin embargo, la Corona respetó los acuerdos adoptados con él, y se le excluyó del grupo de financieros afectados por el decreto referido. Se trataba de cuatro años (1684-1688), que le reportarían unos ingresos teóricos de 80.000 escudos de vellón (27'2 millones de maravedíes). Sin embargo, el montante de la operación ascendía a 27'6 millones, pues además se le habían entregado 425.000 maravedíes. Hasta ese momento se le habían pagado 16.337.500 maravedíes, de manera que se le adeudaban 11.314.500. Pero como hemos visto anteriormente, la Junta debía otros 9.295.190 correspondientes a los ejercicios de 1681-1683. Así que sus deudas totales alcanzaban los 20.609.666 maravedíes de vellón (60.616 escudos), equivalentes a tres años de contribución<sup>2190</sup>. Aunque a principios del mes de septiembre se le abonaron otros tres millones de maravedíes, D. José aún tenía que percibir 17.679.500 maravedíes

---

<sup>2187</sup> *Ibidem*.

<sup>2188</sup> *Papel del secretario D. Ignacio Bautista de Rivas a D. Manuel Francisco de Lira, en el que le informa del asiento ajustado con D. José de Aguerri*. Madrid, 7-8-1688. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2189</sup> SÁNCHEZ BELÉN, J.A.: "Las reformas económicas y....." *Op. cit.* pp. 97-99.

<sup>2190</sup> *Relación del estado de la cobranza*.....24-3-1688.

(51.972 escudos) para que su cuenta quedara saldada<sup>2191</sup>, y en enero de 1689 se redujo a 10.908.500 maravedís (32.607 escudos)<sup>2192</sup>.

El empeoramiento de la situación internacional con el estallido de la Guerra de la Liga de Augsburgo, o de los Nueve Años (1688-1697), motivó nuevas peticiones de servicios extraordinarios a los consejos. En cuanto al Consejo de Órdenes, se instó a D. Juan Alonso de Guzmán, conde de Talara, nuevo presidente del Consejo de Órdenes desde 1688, a que hiciera todo cuanto estuviera en su mano para aprestar la mayor cantidad de dinero posible, sin especificar ninguna cantidad<sup>2193</sup>. Aunque no nos consta la suma aprestada, este consejo se solidarizó con las urgencias financieras de la Corona, y contribuyó en la medida de sus posibilidades.

Dentro de esta política de peticiones extraordinarias, se puede insertar la orden recibida por el presidente del Consejo de Órdenes para que entregara la cantidad correspondiente a la remonta de la caballería al secretario D. Antonio Frechilla, burócrata a quien se había encomendado esta tarea, pese a que estaba consignada al marqués de Valdeolmos<sup>2194</sup>. A partir de ese año se produjo una pugna entre estos dos individuos por hacerse con el control de la contribución anual de la junta, la cual es muy representativa de las contradicciones del sistema financiero de la monarquía española. Por un lado tenemos a un funcionario real, responsable de la gestión de las partidas destinadas a la remonta de la caballería, que buscaba tener plena libertad sobre estos caudales. Mientras que en el lado contrario se encontraba un asentista, que había realizado numerosos servicios a la Corona en forma de dinero y abastecimientos para los ejércitos, el cual buscaba recuperar su inversión. Estas dos esferas entraron en

---

<sup>2191</sup> *Relación de lo que está librado a D. José de Aguerri, marqués de Valdeolmos, por razón de la remonta de la caballería, de lo que se le ha satisfecho, y está debiendo, hasta fin de junio de 1689, y parte del siguiente de 1690.* Madrid, 4-9-1688. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2192</sup> *Consulta de la junta de Caballería en la que dice lo que se le ofrece sobre la orden de V.M. para que esté pronto el caudal repartido para su remonta.* Madrid, 26-1-1689. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2193</sup> “Al paso que se van estrechando los términos, y las noticias de movimientos universales de tropas, que amenazan a todas partes esta campaña, crece la precisión indispensable de las prevenciones para la seguridad y defensa de mis dominios. Y aunque conozco lo exhausto de los caudales del Reino, también tengo muy presente el celo y fineza particular del consejo y junta de caballería de las Órdenes, para la deliberación que he tomado de encargarles procuren buscar y conseguir forma efectiva de hacerme algún servicio considerable, el más cuantioso que cupiere, a cuyo fin se valgan de los efectos que descubriere su industria y su aplicación, para que se pueda acudir prontamente.” *Decreto del rey, dirigido al conde Talara, presidente del consejo de las Órdenes, en el que le encarga procure descubrir forma para hacer algún servicio grande, por lo amenazados que se hallan sus dominios.* Madrid, 7-2-1689. AHN, OO.MM, Leg. 6339.

<sup>2194</sup> *Decreto de S.M dirigido al presidente del consejo de las Órdenes, en el que manda ponga en poder del secretario D. Antonio Frechilla la cantidad con la que debe contribuir para la remonta de la caballería de este año.* Madrid, 30-1-1690. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

conflicto porque ambas se consideran legitimadas para administrarlos, y porque en ocasiones la Real Hacienda asignó este caudal a más de una persona.

Sin embargo, lo que nos sorprende es que unos meses más tarde, en un momento de máxima urgencia, donde cada maravedí era necesario para atender a los gastos de esta nueva campaña, se tomara la determinación de secuestrar parte de los fondos de la Junta para gastos relacionados con la reparación del palacio de El Pardo, y el adecentamiento del personal asignado a esta residencia real. Este acontecimiento se produjo porque el marqués de Fuentes, a quien se había encargado esta tarea, tras escuchar el parecer de José del Olmo, se tomó la libertad de proponer al monarca que el proyecto se financiara con cargo al servicio anual que la Junta hacía para la conservación de la caballería, en este caso la correspondiente al año 1691. Según su criterio, serían necesarios 1.200 doblones (2.400 escudos de oro)<sup>2195</sup>: 1.000 para las reparaciones, y 200 para el vestuario de la guardia asignada a la seguridad de El Pardo, que deberían ser entregados a D. Melchor de Arce, pagador de las obras reales<sup>2196</sup>. En última instancia se accedió a la solicitud del marqués de Fuentes, aunque solo se entregarían los mil doblones necesarios para las obras. Sin embargo, se trataba de una actuación irregular porque acarreaba una incontestable devaluación del objeto que justificaba dicha contribución. Por ello, el monarca exigió que la cantidad adelantada para este fin fuera restituida al año siguiente, y que bajo ningún concepto se revelase el destino final de los mil doblones<sup>2197</sup>.

Pero no debemos ignorar que todo esto se había hecho sin tener en cuenta el parecer de la Junta, la cual no estaba dispuesta a ser partícipe de este fraude. Ni siquiera el rey estaba en condiciones de pasar por encima del Consejo de Órdenes y de la Junta de la Milicia de las Órdenes, y obligarles a que financiaran los gastos de rehabilitación de una de sus residencias. Así que, para vencer su resistencia habría que idear algún

---

<sup>2195</sup> Tras la pragmática de octubre de 1686, el peso del doblón (nombre con el que comúnmente se conocía a la moneda de dos escudos de oro) quedó fijado en 6'76 gramos. En cuanto a las equivalencias, se estipuló en 1.292 maravedíes y en 38 reales de plata. FONT DE VILLANUEVA, C.: *Op. cit.* p. 70.

<sup>2196</sup> “(.....) Y para los gastos de los reparos, José del Olmo dice que parece son necesarios mil doblones prontos. Y si V.M. tuviese a bien que, para este día se vistiesen también los guardas, que están desnudos, se podrá ejecutar con 200 doblones. Y hago memoria a V.M., por si fuere del servicio de V.M. el mandar que, del caudal con que sirve a V.M. cada año la junta de Caballería, para la remonta de ella, se anticipen 1.200 doblones por cuenta del año que viene, y que se entreguen a D. Melchor de Arce, pagador de las obras reales.” *Consulta del marqués de Fuentes en la que dice a V.M. lo que se le ofrece después de haber reconocido con José del Olmo el palacio y oficios de El Pardo*. Madrid, 7-4-1690. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2197</sup> “(.....) Y os ordeno que este dinero se saque sin decir para lo que es, porque en estos tiempos no se puede quitar nada de lo destinado a la campaña. Y fío de vuestro celo y actividad para que el año que viene tendréis suplido este caudal, porque no se conozca el extravío.” *Ibidem*.

subterfugio con el cual enmascarar el servicio solicitado. Para ello se ordenó al conde de Talara que, con cargo a la cantidad que adeudaba la Junta por las remontas de los años anteriores, hiciera alguna contribución extraordinaria y con ella atender este compromiso<sup>2198</sup>. Según una relación de la contaduría de este organismo, confeccionada con motivo de dicha exigencia de la Corona, hasta finales de junio de 1690 acumulaba una deuda de 2.537.000 millones de maravedíes de vellón (7.461 escudos), de los cuales 2.297.100 (6.756 escudos) debían abonarse a D. José de Aguerri por las sumas que aún no se le habían entregado<sup>2199</sup>. Así que la entrega de los mil doblones demandados por el rey estaba dentro de sus posibilidades.

Pese a que, en teoría, este organismo no tenía constancia de que la cantidad que el monarca esperaba recaudar fuera de mil doblones (pues en el decreto enviado al respecto no se especificaba ninguna suma) nos sorprende que, precisamente, sea éste el importe que la Junta estaba dispuesta a ofrecer a cuenta de lo que aún debía. Tal vez fuera posible que, de forma extraoficial, se hubieran producido contactos para allanar el terreno y pactar el montante de esta nueva contribución, pues no puede ser casualidad esta coincidencia entre lo que se esperaba recaudar y lo que la Junta estaba dispuesta a ofrecer. Además, esta cantidad se pondría a disposición de la persona que designare el monarca, para destinarlo a aquello que creyera conveniente<sup>2200</sup>. Pero el poder real no se dio por satisfecho con esta aportación, y ordenó que se entregara el doble de la oferta inicial, es decir 2.000 doblones, la mitad de ellos a disposición de D. Antonio Frechilla, y la otra a D. Melchor de Arce, pagador de las obras reales<sup>2201</sup>. Pese a las insistencias de la Corona porque la Junta duplicara su aportación extraordinaria, ésta se mantuvo firme y no se mostró dispuesta a desembolsar ni un maravedí más<sup>2202</sup>.

---

<sup>2198</sup> Decreto de S.M., dirigido al conde de Talara en el que le ordena vea en la junta con qué cantidad podrá servir, a cuenta de lo que se debe atrasado de los 20.000 escudos aplicados a la remonta de la caballería. Madrid, 20-10-1690. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2199</sup> Relación de las cantidades de maravedíes que consta deberse por razón de la remonta, y de lo librado a D. José de Aguerri por diferentes decretos y acuerdos de la junta de la Caballería de las Órdenes. Madrid, 24-10-1690. AHN, OO.MM., Leg. 4649

<sup>2200</sup> “(.....) Y la junta representa a V.M. que lo más que podrá disponer, y a que se puede alargar al presente, es a entregar, luego, mil doblones a la persona que V.M. ordenare, en cuenta de lo que se debe atrasado por la remonta; y a que sean efectivos y prontos los 20.000 escudos del año que viene de 1691. Consulta de la junta de Caballería, en el que dice lo que se le ofrece a un decreto de V.M. sobre anticipar alguna cantidad de lo que debe de la remonta. Madrid, 5-11-1690. AHN, OO.MM, Leg.4649.

<sup>2201</sup> “(....) Quedo con toda gratitud al celo de la junta. Y por las precisiones indispensables que ocurrieren, la encargo procure que los mil doblones se aumenten a dos mil, como lo fío de sus aplicaciones, entregándose por mitad, con la mayor brevedad posible, los mil a D. Antonio Frechilla, y los otros mil al pagador de las obras reales.” *Ibidem*.

<sup>2202</sup> “(.....) Entreguese luego estos mil doblones al pagador de las obras. Y no dudo que, sin faltar a los 20.000 escudos de la remonta del año que viene, y los siguientes, dispondrá la junta, como lo espero de su celo, y del cuidado del conde de Talara, se pongan otros mil doblones en poder de D. Antonio Frechilla

Al año siguiente también se consignó parte de los 20.000 escudos a D. Antonio Frechilla, quien había conseguido introducirse entre los beneficiarios de las rentas de este organismo, pues se le libraron 5.600 escudos con cargo a esta suma. Mientras que los 14.400 restantes se reservaron al marqués de Valdeolmos, que continuó siendo el receptor principal de dicha partida<sup>2203</sup>. Entretanto, D. José continuó adelantando cantidades a la Corona para atender a sus compromisos militares. En esta ocasión se trataba de un asiento por 153.600 escudos para encargarse de las necesidades logísticas de los presidios de Navarra y Guipúzcoa. Entre las condiciones de pago, se le destinaron 28.800 escudos de plata (reales de a ocho), que en vellón equivalían a 42.000, con cargo a la contribución de la junta, divididos en dos años: 14.400 correspondientes a 1691, y la misma cantidad en 1692. Además, se le ofrecían garantías adicionales para el resarcimiento de la deuda que la Corona contraía por esta operación, pues ni el rey, ni el Consejo de Órdenes, ni la Junta podían destinar cantidad alguna para otros fines si antes no se le habían abonado las cantidades estipuladas en el acuerdo<sup>2204</sup>.

Las urgencias financieras de la Real Hacienda motivaron que ésta, consciente o inconscientemente, consignara rentas que ya habían sido reservadas. Como ya hemos visto, en el mes de enero ya se le asignaron 14.400 escudos correspondientes al servicio del año 1691, de manera que resultaba imposible concederle, de nuevo, algo que ya se le había otorgado con anterioridad. Ante esta circunstancia, la Junta estaba dispuesta a adelantar todo lo posible la recaudación del año 1692, e incrementarla de los 14.400 a los 20.000 escudos (siempre en vellón). Este arreglo mereció la aprobación de la Corona, y ordenó que, a la mayor brevedad posible, entregara esta suma al marqués de Valdeolmos<sup>2205</sup>.

El galimatías al que se enfrentaba la Junta, reflejado en el ofrecimiento de su contribución anual a más de una persona, vivió un nuevo episodio a finales de año, con

---

para las urgencias presentes.” *Consulta de la junta de Caballería sobre lo que V.M. se sirve de mandar tocante a la remonta*. Madrid, 7-11-1690. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2203</sup> *Decreto del rey, dirigido al presidente del consejo de las Órdenes, en el que ordena que, de los 20.000 escudos con que debe servir este año, se entreguen 5.600 al secretario Frechilla, quedando aplicados los otros 14.400 al marqués de Valdeolmos*. Madrid, 4-1-1691. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2204</sup> *Papel del secretario D. Ignacio Bautista de Rivas a D. Juan de Angulo, en el que le informa de los términos del asiento ajustado con el marqués de Valdeolmos*. Madrid, 11-9-1691. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2205</sup> “(.....) Y la junta representa a V.M. que no cabe el poder entregarle lo que corresponde a este año, respecto de estar ya pagado, como va referido. Con que según ello, lo que podrá ejecutar la junta es disponer que el año que viene de 1692, se le satisfagan los 20.000 escudos de la remonta con la mayor anticipación que fuere posible.” *Consulta de la junta de Caballería, en la que representa lo que se le ofrece sobre las cantidades que V.M. manda aplicar al marqués de Valdeolmos en la remonta de la caballería*. Madrid, 19-9-1691. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

vistas a ultimar esta materia para el año 1692. En un principio no tenía porque haber malentendidos, pues se había decidido asignar los 20.000 escudos al marqués de Valdeolmos (aún recibiendo, se le adeudarían otros 8.800 en plata por el último asiento acordado), decisión que fue ratificada por un real decreto de 11 de octubre<sup>2206</sup>. Sin embargo, a finales del mes de noviembre se ordenó al conde de Talara que se los entregara al marqués de Los Vélez para “gastos del real servicio”<sup>2207</sup> que no hemos podido identificar, pero cabía la posibilidad de que fuera para satisfacer otras partidas sin ninguna relación con la caballería o, como poco, con el mundo de las armas. Esta encrucijada motivó que la Junta se dirigiera al monarca para que determinara a quien se debía entregar los 20.000 escudos. En última instancia se falló a favor del marqués de Valdeolmos, a quien se designó como beneficiario final<sup>2208</sup>.

Pero las insaciables demandas que exigía el sostenimiento de la monarquía frente a los ejércitos de Luis XIV, tanto en Europa como en territorio peninsular, no tenían fin. Una vez comprobado que las contribuciones ordinarias no eran suficientes para alcanzar este objetivo, el poder real optó por requerir a los consejos para que, dentro de sus competencias y sus posibilidades, propusieran medidas de financiación alternativa que permitieran un aumento de los ingresos. En el caso del Consejo de Órdenes, a mediados de 1692 se notificó a su presidente esta iniciativa, al tiempo que se le apremiaba para que planteara algún expediente con el cual incrementar la recaudación<sup>2209</sup>. Es muy probable que optara por repartir una cantidad en efectivo entre sus integrantes, con la cual aplacar la avaricia de la Real Hacienda, pues sabemos que se había recurrido a ella en otras ocasiones similares; y pese a los sacrificios que exigiría la nueva imposición, sería la manera más expeditiva de liquidar este expediente.

---

<sup>2206</sup> *Decreto del rey, dirigido al presidente del consejo de las Órdenes, para que se pongan a disposición del marqués de Valdeolmos los 20.000 escudos con que debe servir para la remonta de la caballería del año que viene de 1692.* Madrid, 11-10-1691. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2207</sup> *Decreto del rey, dirigido al presidente del consejo de las Órdenes, para que se pongan a disposición del marqués de Los Vélez los 20.000 escudos con que debe servir para la remonta de la caballería del año que viene de 1692.* Madrid, 29-11-1691. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2208</sup> *Consulta de la junta de Caballería, en la que hace presente a V.M. dos reales decretos, para que V.M. se sirva de declarar a cuál de los dos [marqués de Valdeolmos o marqués de Los Vélez], se ha de pagar el caudal de la remonta de este año.* Madrid, 22-12-1691. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2209</sup> “(.....) No alcanzando, ni pudiendo alcanzar, los caudales de la Real Hacienda, a cubrir los forzosos pesos de la monarquía. Y siendo uno de tantos (y el más principal entre ellos) la manutención de los ejércitos, en que consiste el todo de la conservación de la Corona, se hace hoy más preciso e inexcusable que nunca pensar en medios extraordinarios con que se pueda subvenir a tan graves urgencias. Y así, encargo muy particularmente al consejo de las Órdenes, discurra y me vaya proponiendo cuántos cupiere en la posibilidad, sin dejar de la mano materia de tal importancia y consecuencias.” *Decreto del rey, dirigido al presidente del consejo de las Órdenes, en el que manda que, para poder acudir a las urgencias de la causa común, proponga el consejo cuantos medios cupieren en la posibilidad.* Madrid, 16-5-1692. AHN, OO.MM, Leg. 6339.



Durante el año siguiente continuaron las negociaciones entre Aguerri y la Corona. Así, en el mes de abril de 1693 se participó a la Junta de un nuevo acuerdo para que este financiero se encargara de proporcionar 72.000 cahíces<sup>2210</sup> de trigo y cebada, con los cuales abastecer al ejército de Cataluña y a las tropas de los presidios del Principado, que en esos momentos se enfrentaban a los franceses. De nuevo, como parte de pago por el servicio, se le consignó su contribución anual para el mantenimiento de la caballería<sup>2211</sup>. Los 20.000 escudos de vellón fueron entregados al marqués de Valdeolmos en un tiempo record, pues unos días después de haberse ajustado la operación, la Junta informó al monarca del cumplimiento de su orden<sup>2212</sup>. Pese a todo, se conminó a este organismo a que saldara la deuda que arrastraba con Valdeolmos por el asiento suscrito en septiembre de 1691, y que alcanzaba los 7.600 escudos de vellón (5.066 en plata)<sup>2213</sup>.

Unos meses más tarde se creyó oportuno ampliar este asiento, incrementando la cantidad de cereales hasta alcanzar los 100.000 cahíces<sup>2214</sup>. En cuanto a la Junta, esta decisión acarreaba un incremento de su contribución, pues se ordenó que dispusiera la entrega de otros 30.000 escudos de vellón adicionales, con cargo a los fondos disponibles en ese momento, y en concepto de pago de atrasos a Valdeolmos por otros servicios. De esta manera, el total de ese año ascendería a los 50.000 escudos de vellón (20.000 ordinarios y el resto extraordinarios)<sup>2215</sup>. Sin embargo, sólo disponía de 120.000 reales de vellón efectivos, insuficientes para asumir esta nueva obligación. Pero ni siquiera se podían ofrecer en su totalidad, pues a los miembros del Consejo de Órdenes y de la Junta de la Milicia de las Órdenes se les adeudaban 81.158 reales de vellón en

---

<sup>2210</sup> El cahíz era una medida de capacidad utilizada para áridos y cereales, equivalente a 12 fanegas, que convertido al sistema métrico decimal, correspondería a 666 litros. Para calcular el peso, hay que convertirlo a fanegas, pero esta medida variaba según el tipo de cereal. Por ejemplo, la fanega de trigo equivalía a 43'2 kg; mientras que la de cebada alcanzaba los 32'2 kg. Como D. José de Aguerri se había comprometido a proporcionar ambos cereales, podríamos intentar aproximarnos suponiendo que suministrara la misma cantidad de trigo que de cebada. En este caso, serían 1.555 toneladas de trigo y 1159 toneladas de cebada; lo que haría un total de 2.714 toneladas de grano.

<sup>2211</sup> *Papel del secretario D. Ignacio Bautista de Rivas a D. Juan de Angulo, en el que le informa de los términos del asiento acordado con D. José de Aguerri, marqués de Valdeolmos.* Madrid, 20-4-1693. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2212</sup> *Consulta de la junta de Caballería, en la que pone en la real noticia de V.M., haber dispuesto se entreguen luego, al marqués de Valdeolmos, los 20.000 escudos de la remonta de la caballería de este presente año.* Madrid, 24-4-1693. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2213</sup> *Ibídem.*

<sup>2214</sup> *Papel del secretario D. Ignacio Bautista de Rivas a D. Juan de Angulo, en el que le informa de los términos del asiento suscrito con D. José de Aguerri, marqués de Valdeolmos, y las condiciones en el contenidas.* Madrid, 14-7-1693. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2215</sup> *Ibídem.*

concepto de propinas y luminarias<sup>2216</sup>. Ante esta circunstancia, y con el objetivo de paliar las necesidades de estos funcionarios, muy afectados por diversas contribuciones extraordinarias, se propuso liquidar primero esta partida, y entregar al marqués de Valdeolmos los 38.842 reales restantes<sup>2217</sup>. Sin embargo, el monarca no se mostró de acuerdo con esta distribución, y decretó que la mitad de ella (60.000 reales de vellón) fuera entregada al financiero, y que la otra mitad se empleara en el pago de estas gratificaciones<sup>2218</sup>.

La Corona continuó forzando la capacidad recaudatoria de esta entidad administrativa, pues aunque no debía entregar su contribución hasta finalizar el año, en 1694 (al igual que en otras ocasiones), desde el mes de enero se exigió que tuviera lista su contribución de manera inmediata, y que fuera entregada al secretario Frechilla para el fortalecimiento de las fuerzas de a caballo<sup>2219</sup>. Pero este organismo representó sus dificultades, ocasionadas por la volatilidad de sus fuentes de ingresos, lo cual imposibilitaba confeccionar unos presupuestos más o menos fijos. Otro de los motivos de agravio fue la notable reducción del número de sujetos pasivos que debían abonar el montado y la relevación de las galeras. En concreto, su malestar se debía a una decisión adoptada en años anteriores, según la cual se restringía la concesión de hábitos de Santiago a individuos procedentes de la carrera militar, los cuales, por ese motivo, estaban exentos de abonar dichas tasas. Además, los pocos individuos que debían satisfacerlas, se quejaban de su ruinoso estado y de su falta de medios, circunstancias que se tradujeron en una caída de su recaudación<sup>2220</sup>.

Lo acontecido en la última década del siglo XVII, vendría a demostrar que no estaban muy desacertados los designios del Conde Duque de Olivares para mejorar la condición social de los militares, y en general de la carrera de las armas, con vistas a reforzar el vínculo entre las Órdenes Militares y el mundo castrense. Pues la decisión de

---

<sup>2216</sup> *Consulta de la junta de Caballería en la que representa lo que se le ofrece sobre haber mandado V.M. se entregue al marqués de Valdeolmos el caudal que hubiere pronto, para que continúe la provisión de granos de Cataluña.* Madrid, 20-7-1693. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2217</sup> *Ibídem.*

<sup>2218</sup> *Ibídem.*

<sup>2219</sup> *Decreto de S.M., dirigido al conde de Talara, presidente del consejo de las Órdenes, para que, sin dilación, se entregue al secretario D. Antonio Frechilla lo que le toca del servicio de la remonta de la caballería.* Madrid, 17-1-1694. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2220</sup> “(.....) Y la junta no puede excusar de representar cuan apurada queda la bolsa de la junta. Y que a la incertidumbre de los efectos de que se compone su caudal, se añaden los atrasos y dificultad de cobranzas que ha ocasionado repetida injuria de los tiempos. Y también en lo poco que produce el servicio de montado y galeras, por la restricción de los hábitos de Santiago para solos militares, que por su naturaleza están exentos de su contribución (.....).” *Consulta del consejo de las Órdenes, con motivo de haber V.M. mandado se ponga en poder de D. Antonio Frechilla lo que importa la remonta de la caballería de este año.* Madrid, 22-1-1694. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

reservar los hábitos de la orden de Santiago para este grupo, ya había sido planteada con anterioridad por varios arbitristas como uno de los caminos más acertados para conseguir este objetivo, la cual fue recogida por Olivares, quien trató de llevarla a la práctica.

Si bien durante su ministerio se produjeron algunos avances en esta dirección, a los cuales ya nos hemos referido, la coyuntura en la que se encontraba inmersa la Monarquía de España, tanto en el interior como en el exterior, impidió que se produjeran más avances en esta dirección. Y además, según hemos podido comprobar, la capacidad de remuneración de la Corona, tanto en lo relativo a los hábitos, como a otras mercedes era limitada, pues no se podía recurrir volublemente a este arbitrio sin que se produjera un profundo malestar en ciertos segmentos del entramado político-administrativo de la monarquía, temerosos de perder su posición. En última instancia, lo acontecido en esos años evidenciaba el cambio de posición experimentado por el Consejo de Órdenes, uno de los más acérrimos enemigos del Conde Duque en cuanto a la utilización, más o menos generalizada, de los hábitos como instrumento de gratificación. Pues de mostrarse a favor de conceder estos premios con moderación, por las perniciosas consecuencias que en lo relativo al prestigio acarrearía un número excesivo de aspirantes, en esos momentos censura dicho comedimiento, y que solo se concedan hábitos de Santiago a profesionales de las armas, declarándose partidaria de abrir la mano y aumentar el número.

Tal vez su medida vendría determinada por el hecho de que, con anterioridad al año 1640, las cantidades que abonaban los caballeros a la hora de recibir el hábito eran exiguas en comparación con lo acontecido a partir de ese momento. Es decir, confirmando lo que apuntábamos en las páginas anteriores, una vez superado el entusiasmo inicial que ocasionó el llamamiento de caballeros y comendadores, para que prestaran servicios militares en una unidad de caballería exclusiva para ellos, se valoró mucho más su papel como tributarios, a cambio de conmutar sus obligaciones castrenses, pues con ello se podría financiar parte de los compromisos militares de la Corona.

A la mengua de sus ingresos, había que unir la disminución de sus reservas monetarias como consecuencia de las sucesivas anticipaciones que, en los años antecedentes, había hecho a los financieros. En este sentido, tenía disponibles casi 12.000 escudos de vellón; en concreto 117.200 reales, que estaba dispuesta a entregar al secretario Frechilla. Si a ellos le unimos los 60.000 reales de vellón (mil doblones),

entregados al marqués de Valdeolmos el año anterior, la Junta consideraba que solo estaba obligada a entregar otros 22.800 reales más para reunir los 200.000 reales de su servicio anual<sup>2221</sup>.

Su resolución venía motivada porque los miembros del Consejo de Órdenes y de la Junta, tenían pendiente de pago una importante cantidad, correspondiente a los emolumentos que tenían asignados en concepto de propinas y luminarias, las cuales estaban consignadas en las rentas de este organismo. Por ello, hasta que no se hubiera saldado dicha deuda, se mostró contraria a realizar nuevos desembolsos a la Real Hacienda, pues muchos consejeros se encontraban en una situación precaria<sup>2222</sup>. El rey se mostró conforme con la oferta presentada por la Junta, y decretó que se entregaran a D. Antonio Frechilla los 117.200 reales de vellón que estaba dispuesta a ofrecer en ese momento, y que aprestara lo antes posible los 22.800 reales restantes. Pero lo más importante, accedía a que, con cargo a sus fondos, se abonaran las deudas existentes por los conceptos referidos, siempre y cuando entregara puntualmente, y hasta el último maravedí, su aportación a la conservación de la caballería (tanto la de este año como la del siguiente)<sup>2223</sup>. La junta se apresuró a cumplir con lo dispuesto por el monarca, y el día 29 de enero<sup>2224</sup> ya había entregado la primera de las cantidades al secretario Frechilla, mientras que el resto fue entregado el 8 de febrero<sup>2225</sup>.

Pero el marqués de Valdeolmos no estaba dispuesto a permitir que se le dejara fuera de la percepción de estas rentas, máxime cuando todavía se le adeudaban parte de las cantidades consignadas en los fondos de la Junta. Pero había otro motivo mucho más poderoso: no convenía encolerizar a este asentista, pues se mostraba dispuesto a proporcionar otros 66.000 cahíces de cereal (30.000 de trigo y 36.000 de cebada) para el ejército de Cataluña<sup>2226</sup>, y a reunir 163.200 escudos de plata (pesos o reales de a ocho),

---

<sup>2221</sup> *Ibidem*.

<sup>2222</sup> *Ibidem*.

<sup>2223</sup> “(.....) Y dará orden el consejo para que se entregue a Frechilla la cantidad que dice, disponiendo con la mayor brevedad el resto de los 22.800 reales. Y vengo en que las propinas se satisfagan, sin perjuicio de la cantidad en que este caudal toca a la remonta para el año siguiente.” *Ibidem*.

<sup>2224</sup> *Consulta del consejo de Órdenes en la que pone en las reales manos de V.M. la libranza de 117.200 reales de vellón a favor de D. Antonio Frechilla, a cuenta de lo que la junta de Caballería debe contribuir hasta el fin de este presente año, para la remonta de ella*. Madrid, 29-1-1694. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2225</sup> *Consulta del consejo de Órdenes en la que pone en las reales manos de V.M. la libranza de 22.800 reales de vellón a favor de D. Antonio Frechilla, por resto de lo que la junta de Caballería debe contribuir hasta el fin de este presente año para la remonta de ella*. Madrid, 8-2-1694. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2226</sup> *Papel del secretario D. Ignacio Bautista de Rivas a D. Alonso Carnero, en el que le informa del asiento suscrito con el marqués de Valdeolmos, para la provisión de 66.000 cahíces para el ejército de Cataluña*. Madrid, 2-4-1694. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

para el abastecimiento de las guarniciones de los presidios de Navarra y Guipúzcoa<sup>2227</sup>. En una situación tan desesperada, la Corona no podía permitirse el lujo de que Aguerri se negara a realizar nuevos asientos. Por ello se exigió a la Junta que, sin importar cómo, aunque ello supusiera secuestrar los emolumentos de los consejeros, se le diera alguna satisfacción. Las presiones del monarca fueron de tal intensidad que no tuvo más remedio que entregarle 6.000 escudos de vellón, el resto de la contribución del año 1694, a cuenta de la deuda que se tenía con él<sup>2228</sup>.

Pese a que había entregado la cantidad correspondiente al año en cuestión con más de cinco meses de adelanto, la Corona no se dio por enterada (o fingió no hacerlo). Así, a finales del mes de noviembre ordenó que a la mayor brevedad, depositara la suma pendiente. Por si esto no fuera suficiente, exigió la entrega inmediata de los 20.000 escudos de 1695<sup>2229</sup>. Las prisas del poder regio por hacerse con una partida que, según lo pactado, no debía depositarse hasta finales del año próximo, evidencian su acuciante falta de liquidez y la necesidad de recurrir a medidas tan extremas como ésta, la cual comportaba un incumplimiento de las condiciones que regulaban el pacto entre la Junta y la Corona.

Pero la celeridad de este organismo a la hora de cumplir con los compromisos que se le exigían, dejó fuera de lugar los apremios de la Corona. Como ya hemos referido, poco se podía exigir con respecto al año 1694, pues la aportación correspondiente a ese periodo ya había sido satisfecha. Mientras que para el año siguiente ya había aportado 10.000 escudos de vellón, de los cuales 6.773 fueron entregados al marqués de Valdeolmos, y los 3.227 restantes a D. Antonio Frechilla. Y en cuanto a los 10.000 restantes, se despachó libranza de ellos a éste último, aunque no podría percibirlos hasta finales de año<sup>2230</sup>.

---

<sup>2227</sup> *Papel del secretario D. Ignacio Bautista de Rivas a D. Alonso Carnero, en el que le informa del asiento suscrito con el marqués de Valdeolmos, para la provisión de 163.200 pesos escudos de plata, en dinero y trigo, para los presidios de Navarra y Guipúzcoa.* Madrid, 22-4-1694. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2228</sup> *Consulta del consejo de Órdenes, con motivo de lo que V.M. ha mandado, tocante al dinero de la remonta, en la que da cuenta del caudal que hay y sus aplicaciones.* Madrid, 24-7-1694. AHN, OO.MM, Leg. 4649

<sup>2229</sup> “(.....) Y en real decreto de V.M., de 17 del corriente, con motivo de la suma precisión de reclutar la caballería de Cataluña para la futura campaña, encarga V.M. al consejo disponga, sin dilación, el entrego de lo que debe de este presente año al servicio de la remonta, y el cumplimiento a todo lo del año próximo que viene, buscándolo o negociándolo en la mejor y más breve forma que fuere posible (.....).” *Consulta del consejo de las Órdenes, satisfaciendo un real decreto de V.M. tocante al servicio de la remonta de este presente año, y el que viene de 1695.* Madrid, 20-11-1694. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2230</sup> *Ibidem.*

Sin embargo, en su afán por rebañar hasta el último maravedí de sus fondos, se solicitó a la contaduría del Consejo de Órdenes una relación, desde el año 1678 (momento en el que se reguló el servicio en años naturales) hasta finales de 1694. Según dicho documento, en ese periodo la Junta había recaudado 269.501.344 maravedíes de vellón (792.651 escudos), de los cuales había entregado a las personas designadas por el monarca, 259.578.402 maravedíes de vellón (763.465 escudos); de manera que la Corona reclamaba 9.922.942 maravedíes (29.186 escudos)<sup>2231</sup>. Durante esos 17 años, la Junta había recaudado una media 46.626 escudos de vellón, cantidad más que suficiente para aprestar los 20.000 con que debía servir cada año (en teoría sobrarían más de 26.000). Mientras que la cantidad gastada alcanzaba los 44.909 escudos de vellón de media, más del doble del gasto ocasionado por la contribución ordinaria; así que ¿dónde iba a parar el resto? Suponemos que la mayor parte iría destinada a pagar los salarios de los consejeros, así como otra serie de gastos extraordinarios. Conforme estos datos, las exigencias de la Corona son más razonables de lo que pudiera parecer en un principio, cuando las quejas de la Junta dibujaban un panorama caracterizado por exacciones arbitrarias, cuyo objetivo último era beneficiarse de su capacidad recaudatoria.

En cuanto a los 29.186 escudos que la junta debía entregar, 15.303 se destinaron al abono de los haberes de los integrantes del Consejo de Órdenes (entre los cuales se incluían los miembros de la Junta), mientras que los 13.838 restantes estaban libres de cualquier carga, y por lo tanto la Corona podía exigir su entrega, como de hecho así ocurrió. De esta manera, los esfuerzos recaudatorios del poder real quedaban más que justificados con la percepción de esta partida, que fue consignada al secretario Frechilla para los gastos de la remonta de la caballería. Pero no se renunció a la percepción de los 15.503 escudos de vellón que se destinaron al pago de salarios, pues se ordenó a este órgano consultivo que detallara los nombres de las personas que los habían cobrado, en qué años, la cantidad total que habían recibido, y el motivo que justificaba su abono<sup>2232</sup>.

A finales del mes de diciembre, el rey se dirigió al nuevo presidente del Consejo de Órdenes: D. Diego Fernández de Córdoba y Pimentel, marqués de Santillán, conde de Villaumbrosa y caballero de la orden de Alcántara, que a mediados de año había accedido al cargo, para que la Junta aprestara la participación del año 1696 lo antes

---

<sup>2231</sup> *Consulta del consejo de las Órdenes en la que pone en las reales manos de V.M., la relación de lo percibido y distribuido de los efectos de la junta de la caballería de ellas, desde 16 de enero de 1678 hasta fin de 1694.* Madrid, 26-1-1695. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2232</sup> *Ibidem.*

posible<sup>2233</sup>. Sin embargo esta entidad administrativa se anticipó al requerimiento del monarca, y dio cuenta de tener preparada la orden de pago al secretario Frechilla, por el total de los 20.000 escudos de vellón correspondientes a 1696, la cual sería enviada al tesorero del Consejo. No obstante, al igual que el año anterior, no podría hacerla efectiva hasta finales del año referido<sup>2234</sup>.

Esta decisión parece confirmar el triunfo de Frenchilla sobre Aguerri, así como la preferencia por la gestión directa de los fondos de la Junta por parte de un funcionario, con el objetivo de emplearlos en la caballería, en lugar de destinarlos a un asentista como parte del pago de una operación mercantil. Esta determinación se puede apreciar con toda claridad en lo sucedido durante 1696, cuando el marqués de Valdeolmos continuó encargándose del suministro de los ejércitos peninsulares, pese a que en ese ejercicio no se le asignó ninguna cantidad procedente de la contribución de este organismo. De esta forma, a mediados del mes de agosto se obligó a entregar 117.000 reales de a ocho en tres años para abastecer a las dotaciones de los presidios del Reino de Aragón. Pese a que una de las condiciones del contrato estipulaba que no se le podía inhabilitar ninguna de las órdenes de pago que tenía pendientes de ejecución, entre las que se encontraban algunas libradas sobre los fondos de la Junta por servicios de años anteriores<sup>2235</sup>, dicha cláusula fue incumplida. Pese a que aún se le adeudaban cantidades por asientos anteriores, no nos consta que se le reservara ni un solo maravedí procedente del servicio anual de la Junta correspondiente al año 1697; el cual fue asignado en su totalidad a D. Antonio Frechilla<sup>2236</sup>.

---

<sup>2233</sup> *Decreto de S.M., dirigido al marqués de Santillán, presidente del consejo de las órdenes, para que disponga el entrego de lo que el año próximo debe satisfacer.* Madrid, 9-12-1695. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2234</sup> *Consulta del consejo de las Órdenes, en la que da cuenta de haber ejecutado lo mandado por V.M. sobre la remonta de la caballería del año que viene.* Madrid, 10-12-1695. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2235</sup> “(.....) Y porque para el mejor cumplimiento de esta provisión, y de las demás que han estado, están, y estuvieren a cargo del marqués de Valdeolmos, ha referido necesita valerse de todos sus caudales y libranzas, que le están dadas en los años antecedentes, y que se le dieran, en este y los de adelante, es calidad expresa de este asiento que todas ellas le han de quedar habilitadas y corrientes, para poderlas cobrar a los plazos, y en la conformidad que le están dadas, y no pueden ser comprendidas en ningún decreto general, ni particular, de suspensión y valimiento que haya habido o pueda haber, ahora ni en ningún tiempo, porque todas le han de ser efectivas. Y para que así se ejecute, se han de expedir decretos míos a los consejos y demás parte donde los tuviere y pidiere, para que no le pongan ningún embarazo en la cobranza.” *Papel del secretario Ignacio Bautista de Rivas a D. Juan de Larrea en el que le informa del asiento suscrito con el marqués de Valdeolmos, y las condiciones en él contenidas.* Madrid, 20-10-1696. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2236</sup> *Decreto del rey, dirigido al marqués de Santillán, en el que ordena disponga que, sin dilación alguna, se entregue al secretario D. Antonio Frechilla los 20.000 escudos que debe pagar la junta para la remonta de la caballería del año próximo de 1697.* Madrid, 21-12-1696. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

Junto con las disquisiciones de carácter financiero, centradas en la aportación anual de este organismo, los primeros momentos del año 1697 fueron testigo de una serie de requerimientos al Consejo de Órdenes, cuya motivación era implicar aún más a esta entidad administrativa en la satisfacción de las necesidades militares de la monarquía española. El primero de ellos tenía como objetivo llevar a cabo una leva que buscaba obtener, en los territorios bajo gobierno de las Órdenes Militares, un soldado de cada 75 vecinos, con los cuales formar nuevos tercios para la campaña de ese año. Sin embargo no se trataba de una exacción circunscrita a estos territorios, sino que era extensiva a todos los lugares de la Corona de Castilla<sup>2237</sup>.

El origen de estas peticiones de hombres se encuentra a principios de la década de los 90, cuando la situación de extrema urgencia a la que se enfrentaba la monarquía española, tanto por la amenaza francesa como por el recrudecimiento de las hostilidades en el norte de África, obligó a sacar del olvido el proyecto de las milicias. Como ha puesto de manifiesto Rodríguez Hernández, entre 1691-1693 las plazas pudieron ser cubiertas con voluntarios; pero a finales de ese año, ante la imposibilidad de cumplir el objetivo, se ordenó que para la campaña de 1694 se reclutaran dos soldados por cada 100 vecinos. Pese a tratarse de un reclutamiento forzoso obtuvo unos resultados más que positivos, pues permitió enviar al combate a más de 10.000 hombres. No obstante se trataba de un éxito efímero, pues durante el bienio siguiente tuvo lugar una drástica reducción en el número de combatientes alistados por este sistema, lo cual motivó que se cuestionara su vigencia<sup>2238</sup>.

Pese a tales síntomas de agotamiento, que llevaron a modificar la cantidad de soldados demandados a uno por cada 100 vecinos, y en 1696 al ya referido de uno por cada 75, se creyó oportuno hacer un nuevo intento en la campaña de 1697. Para ello, se ordenó al marqués de Santillán que se encargara de escribir las oportunas misivas a los gobernadores y alcaldes mayores de las poblaciones bajo jurisdicción de las milicias cristianas, y una vez estuvieran listas las remitiera a D. García de Bustamante, secretario del Consejo de Guerra (caballero de la orden de Santiago y marqués del Solar de Mercadal), a quien se había encargado esta materia. La única excepción que se

---

<sup>2237</sup> *Decreto del rey, dirigido al marqués de Santillán, en el que manda se saque un soldado de cada 75 vecinos de los lugares de las órdenes*. Madrid, 31-12-1696. AHN, OO.MM, Leg. 6341.

<sup>2238</sup> RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, A.J.: *Los tambores de Marte. El reclutamiento en Castilla durante la segunda mitad del siglo XVII (1648-1700)*. (Tesis doctoral inédita dirigida por el Dr. RIBOT GARCÍA, defendida en la Universidad de Valladolid en 2007). pp. 295-299 y 332-336.



contemplaba era la de las localidades extremeñas, que quedaban fuera de esta exacción<sup>2239</sup>.

Según Rodríguez Hernández, la prerrogativa concedida a esta región se justificaba por los cuantiosos servicios que desde 1694 venía prestando a los ejércitos reales. Pues ese año se formaron de nuevo los cuatro tercios de la milicia que habían prestado servicio durante la guerra contra Portugal, los cuales fueron destinados a la defensa de Ceuta. Además, en ella se reclutaron hasta 1.500 hombres, tanto voluntarios como forzados (procedentes de los reclutamientos realizados gracias a los vecindarios), para servir en la caballería del ejército de Cataluña<sup>2240</sup>. De este modo, su participación en el esfuerzo bélico de la Corona había sido cubierta con creces, y poco más se podía exigir.

No obstante, desde principios de 1697 se intuye un cambio de opinión en el poder real, pues el cada vez más exiguo número de hombres alistados por este medio, no compensaba los esfuerzos y molestias que ocasionados. Así, desde el Consejo de Castilla se propuso conmutar este servicio por un pago en metálico, oferta que se amplió a las poblaciones sujetas a la autoridad de las mesas maestras. Aunque la idea fue acogida de forma positiva por el Consejo de Órdenes (porque era lo más satisfactorio para todos) se lamentaba del alto valor en que se tasó la conversión a dinero de cada soldado, la cual quedó establecida en 30 reales de a ocho, sobre todo si se tenía en cuenta la situación económica general. y la cohabitación de este nuevo servicio con otros tributos de naturaleza similar como el servicio de milicias (que también se podía trocar por un desembolso monetario)<sup>2241</sup>.

Del mismo modo, rememorando las malas experiencias del pasado, mostró sus reservas sobre la buena marcha del designio, pues había que confiar en la buena fe de las autoridades locales, ejecutores últimos de las órdenes reales. En este sentido los antecedentes no eran nada halagüeños, pues se habían cometido todo tipo de irregularidades y prevaricaciones<sup>2242</sup>. En cualquier caso, el Consejo de Órdenes

---

<sup>2239</sup> *Decreto del rey, dirigido al marqués de Santillán*.....31-12-1696.

<sup>2240</sup> RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, A.J.: Los tambores.....*Op. cit.* pp. 300, 302, 308, 349 y 376-379.

<sup>2241</sup> “(.....) Y habiéndose mirado con toda atención esta materia, no puede dejar de representar ser muy crecida la suma de 30 pesos por cada soldado, a vista de la general miseria de los pueblos, y de la existente contribución de las milicias que tienen por otro lado (.....).” *Consulta del consejo de las Órdenes en la que representa lo que se le ofrece, sobre la proposición de conmutar a dinero el servicio de gente que se le ha pedido*. Madrid, 11-2-1697. AHN, OO.MM, Leg. 6341.

<sup>2242</sup> “(.....) Y añade el consejo que, dejándose al arbitrio de los corregidores la exacción, sin otras precauciones y resguardos, les queda la puerta abierta a las colusiones y excesos que en otras ocasiones se han experimentado, con muy lamentable perjuicio de los pobres, y deservicio de Dios y de V.M.” *Ibidem*.

recomendó extremar las medidas de control. En primer lugar mediante la remisión de informes personalizados, en los cuales debían constar los soldados comprendidos en el reclutamiento, junto con el nombre de la persona que efectuaba el pago para ser redimido de esta obligación, así como la cantidad depositada. Y en segundo, amenazando con severas penas, que incluso podían llegar al juicio de residencia, a quienes no actuaran conforme la ley<sup>2243</sup>.

La segunda de las peticiones extraordinarias tuvo lugar a finales del mes de enero, y vino motivada por el recrudecimiento del sitio que la ciudad de Ceuta sufría desde 1694, por parte de las tropas del sultán Muley Ismail. Al igual que otros servicios análogos, se optó por solicitar un “donativo” a algunos de los grupos que, según la Corona, se encontraban en condiciones de acudir en su auxilio. En este caso se trató de los grandes de Castilla y de los consejos de la monarquía, quienes ya habían sufrido numerosas exacciones durante el reinado de Carlos II, las cuales alcanzaron su punto culminante durante la década de los 90<sup>2244</sup>. Respecto a los consejos, y en concreto al de las Órdenes Militares, se le solicitaron 8.100 escudos vellón, que deberían ser aprestados a la mayor brevedad posible, bien en un único pago o en varios plazos<sup>2245</sup>. Al contrario que en otras solicitudes monetarias, el monarca no tuvo que repetir las órdenes dadas, ya que a mediados del mes de febrero el Consejo de Órdenes había entregado al tesorero general la suma solicitada<sup>2246</sup>.

La última de las exacciones tenía el mismo origen que la anterior: el intento de toma de Ceuta. Desde el punto de vista de la implicación de los caballeros de hábito en el esfuerzo bélico de la monarquía se trataba de la más atractiva, pues planteaba su movilización para acudir al socorro de esta plaza a la manera de lo acontecido en 1640, cuando se formó el Batallón de las Órdenes. Sin embargo, no se contempló la formación de un cuerpo de caballería al estilo de aquel, sino que en todo caso servirían en unidades ordinarias del ejército. En esta ocasión, para revestir al requerimiento de una aureola de solemnidad y de legalidad, también se recurrió a invocar sus tradicionales e ineludibles obligaciones castrenses, nacidas de la posesión del hábito. Pero detrás de todo no se encontraba más que una fachada tras la que revestir un nuevo servicio monetario a los

---

<sup>2243</sup> *Ibidem*.

<sup>2244</sup> SÁNCHEZ BELÉN, J.A.: *La política fiscal*..... *Op. cit.* pp. 266-267.

<sup>2245</sup> *Decreto del rey, dirigido al marqués de Santillán, para que disponga el asistir con 8.100 escudos de vellón para ayuda a las prevenciones de la futura campaña y defensa de Ceuta*. Madrid, 25-1-1697. AHN, OO.MM, Leg. 6341.

<sup>2246</sup> *Papel del presidente del consejo de las Órdenes al rey en el que da cuenta de haberse entregado los 8.100 escudos de vellón para las urgencias presentes*. Madrid, 13-2-1697. AHN, OO.MM, Leg. 6341.

caballeros de las Órdenes Militares<sup>2247</sup>, el cual nacía de la sangría económica que suponía este nuevo frente (más de dos millones de escudos entre 1694 y 1696, cuando su dotación ordinaria era de 200.000 al año), pues desde el principio se planteó la opción de conmutar su presencia personal por 300 ducados de vellón. Además, en la misiva enviada a los caballeros, participándoles de la decisión del monarca, se les dieron instrucciones precisas de la manera en la que deberían hacer efectivo el pago. Y por el contrario, no hay ni una sola alusión a los plazos en los que tendrían que estar dispuestos para comparecer en la plaza norteafricana, ni el lugar designado para reunirse, ni las condiciones que regularían su servicio<sup>2248</sup>.

Al mismo tiempo, la Junta continuó las gestiones para reunir, en el menor tiempo posible, la cantidad correspondiente al año 1698. De nuevo se repitió lo sucedido durante los últimos años, cuando se reiteraron las disposiciones que permitían al marqués de Valdeolmos hacer efectivas todas las libranzas que se le concedieron como parte de pago de los asientos firmados con anterioridad, entre las cuales se incluían cantidades consignadas con cargo a los fondos de la Junta, como garantía para que continuara facilitando el aprovisionamiento de los ejércitos peninsulares. Pues en el mes de febrero se pactó con él la entrega de otros 40.000 cahíces de cebada para la caballería del ejército de Cataluña<sup>2249</sup>, mientras que en junio aceptó suministrar la misma cantidad de cebada, junto con 13.148 cahíces de trigo, también para las fuerzas que combatían en el Principado<sup>2250</sup>. En último lugar, adelantó 168.000 pesos con los cuales acudir, otra vez más, a los gastos ocasionados por las tropas acuarteladas en los presidios de Navarra y Guipúzcoa<sup>2251</sup>.

En esta ocasión, se mostró menos eficaz que en el pasado, cuando mucho antes de finalizar el año (límite para entregar los 20.000 escudos) ya había cumplido con su

---

<sup>2247</sup> *Circular del presidente del consejo de las Órdenes a los caballeros de hábito, tocante al donativo que S.M. ha pedido a los caballeros de ellas.* Madrid, 31-1-1697. AHN, Estado, Leg. 4827.

<sup>2248</sup> “(.....) Y debiendo concurrir todos [los vasallos] a ella [Ceuta], y especialmente los caballeros de las Órdenes Militares con sus personas, por haberse instituido con la única mira de extirpar a los moros, extender la fe y defender las fronteras de las invasiones de infieles, que es a lo que tanto precisa hoy este pertinaz asedio, había resuelto S.M., entre otras medidas, que los caballeros de ellas, que deben ir a servir a Ceuta, lo cumplan, y no haciéndolo se les conmute a donativo pecuniario. Y lo participo a V.E., por lo que le toca como caballero de las órdenes militares, haga poner 300 ducados de vellón en poder de D. José Martínez de Arizala, caballero de la de Santiago, secretario de S.M. y teniente de tesorero general del dicho consejo y la junta de caballería de las dichas Órdenes.” *Ibidem*.

<sup>2249</sup> *Papel del secretario D. Ignacio Bautista de Rivas a D. Juan de Larrea, en el que le informa del asiento suscrito con el marqués de Valdeolmos, y las condiciones en el contenidas.* Madrid, 12-2-1697. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2250</sup> *Papel del secretario D. Gil Pardo de Nájera a D. Juan de Larrea en el que le informa del asiento suscrito con el marqués de Valdeolmos.* Madrid, 18-6-1697. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

<sup>2251</sup> *Papel del secretario D. Gil Pardo de Nájera a D. Juan de Larrea en el que le informa del asiento suscrito con el marqués de Valdeolmos.* Madrid, 31-8-1697. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

obligación, pues a principios de marzo de 1699 el rey ordenó al marqués de Santillán que entregara esta cantidad urgentemente al secretario Frechilla<sup>2252</sup>. Suponemos que el donativo solicitado al Consejo de Órdenes para el socorro de Ceuta, el cual suponía casi la mitad de la contribución anual, tendría algo que ver en su retraso. No obstante, en otros momentos había desembolsado sumas por encima de lo que era su obligación de forma puntual. Así, nos inclinamos a pensar que al mismo tiempo tuvo que producirse una disminución en sus ingresos, los cuales no eran fijos, sino que dependían del número de hábitos despachados y de si el aspirante debía satisfacer los servicios de montado y galeras (pues si acreditaba que en esos momentos estaba prestando servicio militar, estaba exento de abonar dichas imposiciones).

\*\*\*\*\*

La convocatoria de los caballeros de hábito constituyó el punto culminante de un proceso sustentado sobre tres pilares. En primer lugar su artífice: el Conde Duque de Olivares, quien pugnó contra viento y marea para ver cumplido uno de sus anhelos. Respecto al segundo, la circunstancia que justificó su puesta en marcha fue el estallido de la guerra con Francia. El tercero de ellos, que daba validez legal a su movilización, era la presencia del rey al frente de los caballeros de hábito y comendadores, tal y cómo hacían los maestros de las Órdenes Militares en el pasado.

En un primer momento se optó por una movilización del segundo estado en su conjunto, en la cual se incluían muy diversas realidades. Pero en los años siguientes, los funcionarios encargados de esta materia optaron por establecer criterios diferenciadores dentro de este conjunto, pues al tratarse de individuos que defendían sus prerrogativas con tanto encono, no convenía despertar suspicacias entre ellos.

Si la ruptura de las hostilidades con Francia fue el detonante para la prevención del estamento privilegiado, la invasión francesa de Guipúzcoa y posterior cerco de Fuenterrabía (julio de 1638), supuso el punto de no retorno en cuanto a la determinación de implicarle en la defensa del corazón de la Monarquía de España, incluyendo a los caballeros de hábito. Esta campaña dejó unas importantes conclusiones sobre la

---

<sup>2252</sup> *Decreto del rey, dirigido al marqués de Santillán, presidente del consejo de las órdenes, en el que manda se hagan prontos los 20.000 escudos de la remonta de la caballería de Cataluña, con que la junta debió contribuir el año pasado de 1698.* Madrid, 3-3-1699. AHN, OO.MM, Leg. 4649.

naturaleza del servicio militar que debía prestar la nobleza, y sobre todo lo que la Corona esperaba conseguir con la involucración de sus principales súbditos en la guerra. Tales reflexiones vinieron motivadas por la poca utilidad mostrada por el noble como combatiente individual, pues supuso más una molestia que una ayuda, lo cual motivó que la Corona prefiriera otras formas de asistencia, como el levantamiento de tropas o las contribuciones monetarias.

Entonces, ¿por qué se decidió movilizar a los caballeros de hábito y comendadores de las Órdenes Militares? Esta decisión resulta aún más sorprendente si tenemos en cuenta que, en un primer momento, no se contemplaba otra modalidad de servicio más que el personal; y en caso de que el sujeto en cuestión pudiera acogerse a una de las excusas declaradas como válidas, debía presentar un sustituto que fuera hidalgo. Según nuestro criterio, la verdadera importancia de la movilización de los caballeros de hábitos y la formación del Batallón de las Órdenes, se encuentra en su vertiente psicológica y ejemplarizante. Pues en un momento de máxima urgencia, donde se dirimía no ya la hegemonía española en el mundo, sino su propia supervivencia, el levantamiento de un cuerpo montado compuesto por caballeros de hábito e hidalgos tendría una innegable influencia sobre el resto de la sociedad, a la hora de implicarse en las tareas defensivas.

Aunque poco después la Corona, por medio de la Junta de la Milicia de las Órdenes (organismo a quien se encomendó todo lo relacionado con la movilización de los miembros de las milicias católicas) se vio obligada a mostrarse más flexible, pues incumplió una de las condiciones que legitimaba este llamamiento: su presencia al frente de las tropas, la primera formación del Batallón de las Órdenes se caracterizó, en cuanto al cumplimiento de los criterios de calidad exigidos a una unidad tan prestigiosa, por el rigor del poder real. Por otra parte, la propia lógica de los acontecimientos también tuvo que ver en la relajación de estos cánones tan severos. De tal modo, si la mayoría de los caballeros y sustitutos que iban a prestar servicio no tenían experiencia militar, la unidad se desharía a las primeras de cambio. Por este motivo, y para garantizar su continuidad, no quedó más remedio que abrir la puerta a individuos del estamento llano, pero que acreditaban largos años de servicio en el ejército, muchos de ellos en la caballería. En general se trataba de oficiales reformados, para quienes el servicio en el Batallón de las Órdenes (como sustitutos de los caballeros y comendadores excusados) se reveló como una inmejorable oportunidad de ingresar en

las Órdenes Militares (recordemos que se les ofreció el hábito a cambio de servir dos campañas).

Durante los primeros meses de vida de la unidad, destinada al frente catalán, entró en combate con el enemigo y, según los testimonios de los máximos responsables de las fuerzas españolas, dio muestras de su valía. Sin embargo durante ese año, y sobre todo en 1641, los rigores de la campaña hicieron estragos en el Batallón. Pese al envío de tropas de refuerzo para paliar las bajas, lo cierto es que el número de efectivos no dejó de disminuir. Pero la determinación del monarca de dirigirse al frente, con motivo de la campaña del año 1642, insufló nuevos aires a un proyecto que, si nadie lo remediaba, estaba condenado a marchitarse. Hasta tal punto llegó el ánimo del rey, que ordenó la formación de un nuevo Batallón, independiente del levantado en 1640. En esta ocasión, el proceso de reclutamiento presentó algunas novedades con respecto al constituido anteriormente.

En primer lugar, el comandante de esta formación tuvo unos márgenes de maniobra mucho más amplios que el de la antigua, pues se le facultó para proveer los empleos de la oficialidad entre los miembros de su red clientelar, quienes asistirían en esta ocasión para que pudiera llevar a cabo el servicio solicitado; circunstancia que confirmaría la importancia de las relaciones personales y clientelares a la hora de formar contingentes militares. La segunda de ellas, fue que se empezó a demoler la resistencia a aceptar un pago en metálico a cambio de ser relevado de servir en persona, en lugar de presentar un sustituto, pues era lo más beneficioso, tanto para la Corona como para el caballero requerido.

Los dos batallones estuvieron presentes en las acciones militares de la campaña de ese año, pero sufrieron graves daños en la batalla de Lérida (7 octubre de 1642). Como consecuencia, su situación era más o menos similar a la del año anterior. Además, se puso fin a la coexistencia de dos unidades, y los restos del Batallón nuevo fueron incorporados al viejo. Tras este experimento se volvió a lo practicado en 1640, si bien con unos objetivos mucho más modestos.

A diferencia de otras juntas entidades administrativas erigidas por el Conde Duque de Olivares, la Junta de la Milicia de las Órdenes sobrevivió al cambio de administración, si bien debió hacer frente diversos intentos de otras instancias por solapar parte de sus competencias y apropiarse de los fondos que gestionaba. Con todo, durante los tres años siguientes continuó enviando tropas de refresco para el Batallón, así como monturas para quienes la habían perdido, todo ello costado con cargo a sus

rentas. Sin embargo, a partir de ese momento el servicio personal dejó de ser obligatorio y, con carácter general, se trocó por un sustituto o su equivalente en dinero.

También a partir de 1643 se dieron los primeros pasos hacia la consolidación del servicio militar de los caballeros de hábito y comendadores hacia una imposición fiscal más. En este sentido, los gastos que acarreaba la formación de las compañías y la compra de caballos para los miembros del Batallón superaban las posibilidades de la Junta, pues sus dos principales sustentos económicos no eran fijos y estaban sometidos a fluctuaciones. Por ese motivo, se vio obligada a suscribir asientos con los cuales asegurarse una fuente de financiación regular. A pesar de estos cambios, no se abandonó la dimensión estrictamente militar de este proyecto. En concordancia con los nuevos tiempos, el Batallón quedó como una unidad selectiva, a la cual se buscaba atraer a caballeros de hábito, así como a los cuadros inferiores del segundo estado y a militares experimentados donde, bajo la promesa de importantes recompensas en forma de hábitos, encontrarían atractiva la profesión de las armas. En cualquier caso, estamos hablando de un servicio voluntario, reservado a unos perfiles muy concretos.

A partir de 1647 este designio se convirtió, de forma definitiva, en un servicio de naturaleza fiscal. Así, se exigió a la Junta la presentación de un número variable de caballos para el mantenimiento de la caballería de las Órdenes, costeados con cargo a sus fondos. Aunque en momentos puntuales, la Real Hacienda se apropió de sus caudales para disponer de ellos a su criterio. Pero desde 1652 se empezó a introducir una nueva modalidad de servicio: la entrega de una cantidad en metálico a cambio de los caballos exigidos. Pese a tratarse de una medida excepcional, en 1655 se estableció con carácter general. Y a partir de ese momento la Junta se convirtió en un recaudador de impuestos al servicio de la Corona.

Con ello se completaba la devaluación de la Junta de la Milicia de las Órdenes, y del servicio militar de los caballeros de hábito y comendadores, el cual quedaba reducido a un pago en metálico, tasado en 200.000 reales de vellón al año (20.000 escudos). Si bien suponía una alteración profunda de los primigenios objetivos, este sistema dio muestras de su buen funcionamiento, pues este organismo recaudaba la cantidad estipulada y la ponía a disposición de la persona que proporcionaba los caballos. Si bien desapareció cualquier vestigio caballeresco y nobiliario, no es menos cierto que esta contribución suponía un alivio para la Real Hacienda.

A partir de 1666, y siempre con la excusa de encontrarse en una situación de imperiosa necesidad, la Corona secuestró esta contribución anual para atender a la

financiación de gastos extraordinarios, ajenos a la caballería, y en muchas ocasiones al presupuesto militar. Pero ésta no fue la única injerencia que padeció la Junta, pues también debió hacer frente a los intentos del Consejo de Hacienda por hacerse con esta partida, el cual apeló a una optimización de los recursos para su apropiación. Aunque, en gran medida, situaciones de este calibre venían determinadas porque en muchas ocasiones los prestamistas eran empleados de la Real Hacienda, los cuales estaban interesados en recuperar su inversión, y no tenían ningún inconveniente en acomodar el presupuesto de la Corona a sus necesidades.

Durante el resto de la centuria, la Junta de la Milicia de las Órdenes continuó desempeñando esta función recaudadora, entregando su aportación a la persona que desde el poder real se designaba, como parte del pago de algún asiento (que no necesariamente debía ser de naturaleza similar. Sin embargo, en los últimos años (1696-1699) se volvió a confiar esta renta a un funcionario de la Corona para que la utilizara, al menos, en la remonta de la caballería.



## **8. EL BATALLÓN DE LAS ÓRDENES Y LA PROMOCIÓN SOCIAL**

En el capítulo anterior hemos podido conocer la evolución del servicio militar de los caballeros de hábito y del Batallón de las Órdenes. Pero junto a esta faceta, no podemos concluir sin abordar el papel de esta unidad como escaparate gracias al cual, entre otras recompensas, ingresar en las Órdenes Militares. En este sentido, existe una continuidad con los designios que hemos presentado en las páginas anteriores, cuyo objetivo último era favorecer la presencia de militares en estas corporaciones, y que se comprometieran a continuar en sus puestos una vez hubieran vestido el hábito.

Sin embargo, no se trataba de una puerta abierta a cualquier individuo, sino que estaba restringida a los dos perfiles ya expuestos: oficiales del ejército y miembros del segundo estado. Del mismo modo, pese a que el proceso tiene unas líneas maestras reconocibles a lo largo de su existencia, se pueden diferenciar tres periodos muy claros, correspondientes con los tres llamamientos: 1640, 1642 y 1643.

En las siguientes páginas veremos si, efectivamente, la prestación de servicios en la caballería de las Órdenes Militares se convirtió en un camino para el acceso al honor, sobre todo para individuos que de otra manera lo hubieran tenido muy complicado, y los criterios que se siguieron para atender unas peticiones en detrimento de otras.

### 8.1. PETICIONARIOS Y PETICIONES (1640-1641).

Los sujetos designados para comandar las compañías tenían, en principio, más posibilidades que otros de sacar beneficio sirviendo en el Batallón de las Órdenes. Una de las aspiraciones más apetecibles fue la petición de hábitos, bien para familiares, bien para criados, deudos o personas dependientes (pues ellos ya eran miembros de las Órdenes Militares), si bien en los momentos iniciales la Corona no se mostró muy generosa con los jefes de las compañías.

Uno de los primeros en presentar una petición en esta dirección fue D. Sebastián Centurión (propuesto como capitán de una compañía de la orden de Santiago) quien a primeros de mayo solicitó un hábito para D. Luis de Valenzuela Fajardo, un allegado suyo que también era capitán de caballos<sup>2253</sup>. En teoría, la solicitud venía motivada porque su situación económica no era la más adecuada para servir su empleo de capitán con la decencia y el crédito necesario para ello. Como ya hemos podido comprobar, en muchas ocasiones los jefes de compañía debían costear de su propio bolsillo los gastos inherentes a ella. Además, desde la propia Junta de la Milicia de las Órdenes se sugirió la conveniencia de entregar el mando a individuos que acreditaran poseer rentas suficientes para ello. Como solución a esta contrariedad, D. Sebastián refirió que D. Luis de Valenzuela estaba dispuesto a costear parte de estos gastos, siempre y cuando se accediera a su petición. Pues de lo contrario se vería obligado a rechazar el mando de la compañía<sup>2254</sup>. En este sentido, D. Sebastián supo jugar muy bien la oportunidad que se le presentó, así como las dificultades existentes para encontrar sujetos competentes (que fueran caballeros de hábito) para el puesto de capitán de compañía en el Batallón de las Órdenes, para fortalecer sus vínculos clientelares, en este caso mediante la concesión de un hábito para D. Luis de Valenzuela.

Unos días más tarde, al hacerse oficial su nombramiento<sup>2255</sup>, se dirigió de nuevo a la Junta de Caballería para solicitar el referido hábito o, si no fuera posible, la concesión de una ayuda de costa considerable que le permitiera afrontar los

---

<sup>2253</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Sebastián Centurión y Córdoba, caballero de la orden de Santiago, de que se le haga merced de un hábito para D. Luis de Valenzuela, su deudo.* Madrid, 4-5-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4642.

<sup>2254</sup> *Ibidem.*

<sup>2255</sup> *Patente de capitán de una compañía de las órdenes militares, de la orden de Santiago, a favor de D. Sebastián Centurión.* Madrid, 14-5-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

desembolsos que acarrearía esta ocupación. Junto a su intención de servir en el Batallón, refirió sus servicios (desde 1632) y los realizados por su padre, el marqués de Estepa, quien asistió al monarca con más de 50.000 ducados (por diversos conceptos), a los que había que añadir el coste de una leva de 300 hombres, puestos en Cartagena<sup>2256</sup>. Sus argumentos fueron tenidos en cuenta, y se resolvió concederle el hábito solicitado<sup>2257</sup>, y al año siguiente D. Luis ingresó en la orden de Alcántara<sup>2258</sup>.

No obstante, nos llama la atención que este sujeto recurriera a tales métodos para obtener el hábito (los cuales podían ser calificados como una compra, si bien encubierta, de la merced), sobre todo cuando acreditaba servicios más que suficientes para obtenerlo por sus propios méritos<sup>2259</sup>. La respuesta habría que encontrarla en los planteamientos que venimos defendiendo a lo largo de estas páginas: la mayor estima de servicios ajenos al mundo de las armas a la hora de la concesión de los hábitos, y la inexistencia de un eficaz sistema de gratificaciones, que evitara situaciones como ésta, y que militares experimentados, con méritos suficientes para ingresar en las milicias cristianas, no se vieran obligados a recurrir a operaciones venales, o confiar su suerte al favor de algún personaje importante para obtener aquello que les pertenecía.

Algo similar ocurrió con D. Juan Fernando de Pizarro, marqués de la Conquista, quien iba a comandar una de las compañías del Batallón. Este aristócrata, como contraprestación a su participación personal, había solicitado un hábito para un hijo de D. Juan de Solís y Vargas, caballero de la orden de Santiago, vecino y regidor de la

---

<sup>2256</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Sebastián Centurión, capitán de caballos corazas de una compañía del batallón de ellas, de que se le haga merced de hábito para D. Luis de Valenzuela.* Madrid, 20-5-1640. AHN, OO.MM, Leg. 6340(1).

<sup>2257</sup> “(.....) Habiéndose entendido que este caballero se halla necesitado, y sin caudal para el gasto que precisamente ha de hacer, y que su padre no puede acudirle, y deseando asistir sin causarle gasto a la Real Hacienda, ha parecido, por esto, y en consideración de sus servicios y los del marqués, su padre, representar a V.M. la pretensión del hábito que suplica para que, siendo V.M. servido, haga merced de el a D. Luis. De quien, dándosele, será socorrido con algunos caballos, vestidos y adornos, con que se alentarán a servir a V.M., tendrá ayuda en el gasto que ha de hacer, y podrá conseguir este empleo.” *Ibídem.*

<sup>2258</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Alcántara, Expediente 1551.

<sup>2259</sup> D. Luis comenzó a servir en el año 1620 en la Armada de la Carrera de Indias, con el empleo de alférez, pasando posteriormente a África, donde ya servía como capitán. Su siguiente destino fue el Milanesado, donde gobernó cuatro compañías y, poco después, un tercio, estando presente en las campañas de los años 1638 y 1639. Ese mismo año, en consideración de sus servicios, el marqués de Leganés (gobernador del Milanesado) le hizo merced de una compañía de caballos corazas, pero la dejó para venir a España. *Relación de los servicios del capitán de caballos corazas D. Luis de Valenzuela Fajardo.* Madrid, 23-10-1674. AGI, Indiferente, Leg. 113/57.

ciudad de Trujillo<sup>2260</sup>. El rey aceptó la pretensión del marqués<sup>2261</sup>, y D. Juan de Solís y Vargas (hijo del anterior), ingresó en la orden jacobea en 1642<sup>2262</sup>.

El capitán D. Iñigo de Angulo y Velasco, caballero de la orden de Santiago, el cual mandaría una compañía de la orden de Santiago, solicitó que por este motivo, y por sus 28 años de servicios, se le hiciera merced de un hábito para un hijo. Además, hizo constar que, si se accedía a su petición, los deudos de su mujer se animarían a aprestar fondos con los que acudir a este gasto<sup>2263</sup>. D. Iñigo cumplió con su obligación, y en mayo de 1642, tras haber estado presente en todas las ocasiones en que combatió el Batallón, y haber gobernado cuatro compañías, fue licenciado por haberse reformado su compañía<sup>2264</sup>. Sin embargo, sabemos que continuó sirviendo durante los años siguientes, pues alcanzó el puesto de maestro de campo y murió en combate. Pese a que habían pasado más de 20 años, al final se cumplió el deseo de D. Iñigo, pues se hizo merced a su viuda, Dña. Francisca de Sandoval, de un hábito para el capitán de caballos corazas D. Iñigo Jorge Fernández de Angulo y Velasco, su hijo, que se encontraba sirviendo en el ejército de Extremadura, el cual fue despachado en 1664 y fue de la orden de Santiago<sup>2265</sup>.

Otro ejemplo significativo fue el capitán D. Gabriel de la Puebla Escobedo, caballero santiaguista, con 22 años de servicios prestados en la Armada del Mar Océano, el norte de África, Milán y Canarias, quien buscó explotar al máximo su participación en el Batallón de las Órdenes. Su demanda consistía en dos hábitos para “sustentar a dos hermanas”, en suma, para las personas que contrajeran matrimonio con ellas<sup>2266</sup>. Pese a que se recomendó al monarca que se le hiciera merced de un hábito, para el efecto referido, no tenemos constancia de que se cumpliera<sup>2267</sup>. No obstante, en 1646 se atendió a su petición, pero con la condición de servir previamente esa campaña

---

<sup>2260</sup> *Consulta de la junta de Caballería sobre la pretensión del marqués de la Conquista, caballero de la orden de Calatrava, que va a servir una de las compañías del batallón de las órdenes.* Madrid, 16-6-1640. AHN, OO.MM, Leg. 1105.

<sup>2261</sup> *Ibidem.*

<sup>2262</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Santiago, Expediente 7822.

<sup>2263</sup> *Consulta de la junta de Caballería sobre la pretensión de D. Iñigo de Angulo y Velasco, caballero de la orden de Santiago, que va a servir una compañía de su orden, que se le haga merced de un hábito para su hijo.* Madrid, 18-9-1640. AHN, OO.MM, Leg. 1105.

<sup>2264</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Iñigo de Angulo y Velasco, caballero de la orden de Santiago, de que se le haga merced de hábito para un hijo.* Madrid, 19-5-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2265</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Santiago, Expediente 2864.

<sup>2266</sup> *Consulta de la junta de Caballería sobre la pretensión de D. Gabriel de la Puebla Escobedo, caballero de la orden de Santiago, de que se le haga merced de dos hábitos para sustentar dos hermanas, en consideración de sus servicios y de que va a continuarlos en el batallón de las Órdenes como capitán de una compañía.* Madrid, 20-9-1640. AHN, OO.MM, Leg. 1105.

<sup>2267</sup> *Ibidem.*

en la caballería de las Órdenes<sup>2268</sup>. Sin embargo, la beneficiaria de la merced falleció y solicitó que se permitiera cederlo a D. Alberto de la Puebla, su primo segundo<sup>2269</sup>, a lo cual el monarca accedió. Pero ante la posibilidad de que se tratara de una operación mercantil fraudulenta, es decir de una venta, se exigió demostrar la veracidad del parentesco<sup>2270</sup>. Suponemos que debió de descubrirse alguna irregularidad, pues tampoco hemos podido encontrar ninguna evidencia de que llegar a vestir el hábito.

Pero no solo los capitanes se animaron a solicitar hábitos para otras personas, pues otros oficiales también lo hicieron. Así, D. Pedro del Castillo Alvarado, caballero de la orden de Santiago (que acreditaba 20 años de servicios, y que entre otros había desempeñado los cargos de secretario de Estado y de veedor de la escuadra de galeones de las Cuatro Villas, con una participación destacada en las campañas de 1638 y 1639, cuando levantó una compañía de infantería a su costa con la cual rechazó el intento de toma de Colindres por parte de los franceses) que iba a servir el puesto de contador del Batallón<sup>2271</sup>, demandó un hábito de dicha orden para un hijo<sup>2272</sup> y, unos meses más tarde, que su persona fuera tenida en cuenta a la hora de cubrir vacantes en Ocaña o Villanueva de los Infantes (poblaciones bajo jurisdicción de las Órdenes Militares)<sup>2273</sup>. No obstante, sus expectativas de promoción se vieron momentáneamente frenadas, pues respecto al hábito, pese a que se satisfizo su petición, solo se haría efectiva una vez hubiera servido la campaña del año 1640. Respecto a la segunda de sus peticiones, se resolvió con una vaga promesa de recomendar al Consejo de Órdenes su persona cuando hubiera algún empleo disponible<sup>2274</sup>.

La indudable vocación de D. Pedro de acudir a servir, motivó que la Junta intercediera por él, y solicitó al monarca que se despachara el hábito para su hijo, aunque solo sería tramitado una vez que acreditara haber servido una campaña<sup>2275</sup>. Una

---

<sup>2268</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Gabriel de la Puebla Escobedo*. Madrid, 23-3-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>2269</sup> *Ibidem*.

<sup>2270</sup> *Ibidem*.

<sup>2271</sup> *Patente del nombramiento de D. Pedro del Castillo Alvarado como contador del batallón de las Órdenes*. Madrid, 3-7-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

<sup>2272</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Pedro del Castillo Alvarado, de que se le haga merced de un hábito para un hijo*. Madrid, 28-4-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>2273</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Pedro del Castillo Alvarado, que va a servir como contador del batallón de ellas*. Madrid, 9-6-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>2274</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Pedro del Castillo Alvarado de que se le haga merced de un hábito de Santiago para su hijo, en consideración de que va a servir como contador de el*. Madrid, 28-9-1640. AHN, OO.MM, Leg. 6340(1).

<sup>2275</sup> *Ibidem*.

vez cumplido con este requisito<sup>2276</sup>, en julio de 1641, se autorizó el despacho del hábito de la orden de Santiago para D. Juan Francisco del Castillo Alvarado, su hijo, que lo recibió en 1648<sup>2277</sup>.

También fueron numerosos los caballeros que durante estos meses ofrecieron su servicio personal, de manera voluntaria, en el Batallón de las Órdenes (lo cual, por ley, estaban obligados a realizar), a cambio de hábitos para casar una hija, o en concreto para la persona que contrajera matrimonio con ella; aunque también hemos constatado algunos supuestos en los que la petición se realiza para una sobrina o nieta. Esta es la situación en la que se encuentra D. Juan del Castillo Sotomayor y Machado, caballero de la orden de Santiago, en quien además concurría la circunstancia de que aún no había percibido ni un maravedí de los 500 ducados de ayuda de costa, así como los 100 ducados de renta anual que tenía prometidos. Sin embargo, estaba dispuesto a renunciar a ellos si se accedía a su pretensión<sup>2278</sup>. Esta se justificaba por un hecho al que ya nos hemos referido: la posibilidad de que, gracias a la concesión de este hábito para el hipotético marido de su hija (si se hacía la elección correcta), se emprendieran los primeros pasos a la hora de mejorar la situación social de su familia y asegurar un futuro a su linaje. Por otra parte, estas mercedes eran sumamente codiciadas; y como consecuencia no faltarían individuos con una buena situación económica, para quienes significaría un punto de partida para desarrollar una futura carrera profesional, tanto en la Corte, en la política municipal, en la administración real o en el ejército.

En última instancia, D. Juan no hizo acto de presencia en el Batallón de las Órdenes, junto con el resto de caballeros y comendadores de su orden, sino que eludió su participación alegando su delicado estado de salud, y su incapacidad para servir a caballo<sup>2279</sup>. Resulta muy curioso que se mostrara dispuesto a servir en esta unidad siempre y cuando se le concediera la merced solicitada, pero que esta motivación desapareciera al ser desestimada su solicitud, pues deseaba que el hábito (para la

---

<sup>2276</sup> (.....) habiendo constado, por certificación de D. Francisco de Unzueta, veedor de esta caballería, que desde 23 de abril del dicho año [1640] comenzó a servir el dicho oficio, y que lo ha continuado en toda la campaña de Cataluña, y que lo quedaba haciendo a 22 de marzo de este año, parece a la junta que, siendo V.M. servido, podría mandar se le de el hábito para su hijo, pues el tiempo que ha servido aún es más del que ordinariamente suele durar una campaña.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Pedro del Castillo Alvarado*. Madrid, 14-5-1641. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>2277</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Santiago, Expediente 1738.

<sup>2278</sup> *Consulta de la junta de Caballería sobre la pretensión de D. Juan del Castillo Sotomayor, caballero de la orden de Santiago, de que se le haga merced de un hábito de las órdenes militares para remediar una hija suya*. Madrid, 10-5-1640. AHN, OO.MM. Leg. 1105.

<sup>2279</sup> *Relación de los caballeros de la orden de Santiago comprendidos en el primer llamamiento de la caballería de las Órdenes militares y la forma en que sirve cada uno*. AHN, OO.MM, Leg. 4642.

persona que contrajera matrimonio con su hija) fuera concedido antes de acudir a servir, y no como pretendía el monarca, el cual puso como requisito previo que primero sirviera la campaña de ese año<sup>2280</sup>.

Además se encuentran algunos ejemplos de caballeros de hábito que también eran militares profesionales. Dentro de esta categoría llama la atención la propuesta de D. Antonio Rodríguez de la Varillas, capitán de una compañía de la milicia de Salamanca, quien acababa de recibir el hábito de la orden de Alcántara por sus servicios en el socorro de Fuenterrabía, aunque con la condición de continuar sirviendo. A esta obligación había que sumar la que ahora adquiriría como miembro de las Órdenes Militares, por lo que D. Antonio bien de una manera bien de otra, tenía difícil eludir sus deberes castrenses. Debido a los cuantiosos desembolsos que se vio obligado a realizar cuando acudió con su compañía a sofocar los motines de Évora y al socorro de Fuenterrabía, así como en los trámites e informaciones oportunas para que el hábito pudiera ser despachado, no se encontraba en condiciones de servir en el Batallón con la decencia necesaria<sup>2281</sup>.

Por este motivo, y por no haber reclamado la ayuda de costa que se concedía a los caballeros con menos medios para financiar su presencia en el Batallón, solicitó que, durante año y medio, se le eximiera de la obligación que tenía de pagar a sus acreedores, así como un hábito para un pariente suyo, el cual se había comprometido a costear parte de los gastos en que D. Antonio incurriría. No obstante, pese a admitirse el delicado estado de sus finanzas, y que si no se le ayudaba sería imposible que pudiera cumplir con su obligación, la Junta recomendó al monarca que no se accediera a su petición de suspensión de pagos durante el periodo solicitado, por el perjuicio que se ocasionaría a los acreedores y que, por el contrario, le concediera el hábito solicitado para un pariente<sup>2282</sup>.

Sin embargo el rey se mostró mucho más intransigente, pues manifestó su más rotunda negativa a que se le concediera un hábito para una persona de la cual no se tenía la más mínima referencia, y que lo más probable era que abonara una cantidad a D. Antonio a cambio de la merced, y éste declarararía que había costeado la mayor parte de los gastos que acarrearía su presencia en el Batallón (en suma una compra de la

---

<sup>2280</sup> *Consulta de la junta de Caballería*.....10-5-1640.

<sup>2281</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Antonio Rodríguez de las Varillas, caballero de la orden de Alcántara*. Madrid, 29-6-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>2282</sup> *Ibidem*.

merced); así, éste caballero debería buscarse otro medio para obtener liquidez<sup>2283</sup>. En última instancia, no debieron de fructificar las negociaciones entre ambas instancias pues, pese a que D. Antonio aparece como uno de los caballeros que debían servir en persona<sup>2284</sup>, en última instancia no lo hizo, y además tampoco entregó un sustituto que lo hiciera en su lugar. Nos inclinamos a pensar que al no conseguir los objetivos que pretendía alcanzar con su participación en el Batallón, no le supondría demasiado esfuerzo utilizar su cargo como capitán de una compañía de la milicia de Salamanca para evitar la prestación de un servicio al que estaba obligado.

Otro caballero que vio en el Batallón una posibilidad de promoción fue D. Álvaro de Oca Zúñiga y Sarmiento, perteneciente a la orden santiaguista, quien anhelaba un hábito para poder casar a una hermana. En cuanto a sus servicios previos, había ocupado el empleo de teniente de la compañía de hombres de armas del conde de Monterrey, cuando éste sirvió el empleo de virrey de Nápoles (entre 1631-1635). Además, en Galicia fue nombrado cabo de la gente de guerra y realizó levass para ser enviadas a Flandes (una de ellas a su costa).<sup>2285</sup>.

Según consta en el listado de caballeros de la orden de Santiago, cumplió con su compromiso<sup>2286</sup>, así como en una relación de los servicios de su hermano, D. Antonio de Oca Zúñiga y Sarmiento (quien adujo este servicio mérito)<sup>2287</sup>. No obstante, la concesión de la merced se dilató hasta el año 1656, momento en el que fue solicitado por D. Antonio Gago de Mendoza, quien contrajo matrimonio con la referida hermana, aunque finalmente no consta que llegara a vestirlo, pues no aparece en el listado de caballeros de ninguna de las Órdenes.

En cuanto a D. Iñigo de Guevara Camudio, también miembro de la orden jacobea, capitán de infantería con más de 20 años de servicios, realizados en Portugal, Sicilia y Milán solicitó, a cambio de su servicio personal en el Batallón, un hábito de las Órdenes Militares para D. Iñigo de Guevara y Río, su hijo mayor, y que el Consejo de Órdenes tuviera en cuenta su persona a la hora de proveer algún empleo vacante en

---

<sup>2283</sup> *Ibidem*.

<sup>2284</sup> *Relación de los caballeros de la orden de Alcántara comprendidos en el primer llamamiento de la caballería de las Órdenes militares y la forma en que sirve cada uno*. AHN, OO.MM, Leg. 4642.

<sup>2285</sup> *Consulta de la junta de Caballería sobre la pretensión de D. Álvaro de Oca, caballero de la orden de Santiago, de que se le haga merced de un hábito de Santiago para quien casare con una hermana suya, en consideración de sus servicios, y de que los está continuando en el Batallón de las Órdenes*. Madrid, 22-8-1640. AHN, OO.MM, Leg. 1105.

<sup>2286</sup> *Relación de los caballeros de la orden de Santiago*.....

<sup>2287</sup> “(...) Y D. Álvaro de Oca, su hermano, sirvió en la caballería de las Órdenes, habiéndose hallado en el reencuentro primero de Barcelona, y sitio de Tarragona.” *Relación de los servicios de D. Antonio de Oca Zúñiga y Sarmiento*. Madrid, 25-11-1662. AGI, Indiferente, Leg. 120/16.



Llerena o Mérida<sup>2288</sup>. Pese a que D. Iñigo cumplió su compromiso<sup>2289</sup>, no tenemos constancia de que finalmente obtuviera el puesto solicitado. Pero al año siguiente, como ya hemos visto, se le concedió el mando de una de las compañías del Batallón que había quedado vacante. Más suerte tuvo en la concesión del hábito para su hijo, quien en 1663 ingresó en la orden de Alcántara (aunque no fue por haber servido en el Batallón, sino que se le otorgó esta distinción por sus servicios en la campaña de 1659 en los sitios de Elvas y Badajoz)<sup>2290</sup>.

En algunos supuestos, lo que se buscó con el servicio en la caballería de las Órdenes Militares, era que el hábito concedido a un familiar fuera de la orden de Santiago, que en teoría era la más prestigiosa. En esto consistió la demanda del capitán D. Diego de Narváez, caballero de la orden de Santiago, a quien se hizo merced de hábito para D. Luis de Narváez y Rojas, su hijo, por consulta de la Junta de Fuenterrabía (con la condición de continuar sirviendo). Así, sentó plaza en el Batallón en la compañía del Conde Duque<sup>2291</sup>. Como contraprestación, y por renunciar a la ayuda de costa que le correspondía, solicitó que dicho hábito fuera de la orden de Santiago, y que las informaciones se realizaran en Madrid, de donde era natural D. Luis, con el objetivo de que este trámite menoscabara lo menos posible su maltrecha hacienda<sup>2292</sup>. Las demandas de D. Diego fueron aceptadas, y al año siguiente D. Luis recibió el hábito de la orden de Santiago que tanto ansiaba<sup>2293</sup>.

Situaciones como la que acabamos de reflejar confirmarían los planteamientos que venimos apuntado a lo largo de estas páginas: si tanto Felipe IV como el Conde Duque querían que la movilización de los comendadores y caballeros de hábito no se saldara con un fracaso estrepitoso, deberían adoptar una actitud generosa antes que amenazar con la adopción de medidas coercitivas contra quienes se resistieran a cumplir con su obligación. De esta manera, según nuestra opinión, lo acontecido con el Batallón de las Órdenes sería una muestra más de lo que sucedía en el ejército español: más que

---

<sup>2288</sup> *Consulta de la junta de Caballería sobre la pretensión de D. Iñigo de Guevara Camudio, caballero de Santiago, de que se le haga merced de un hábito para su hijo mayor, y de recomendar su persona al consejo de las Órdenes para que la proponga para las ocasiones que hubieren de consultarse los oficios de Llerena o Mérida, pues va a servir a V.M. con los caballeros de dicha orden.* Madrid, 18-9-1640. AHN, OO.MM, Leg. 1105.

<sup>2289</sup> *Relación de los caballeros de la orden de Santiago*.....

<sup>2290</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Alcántara, Expediente 670.

<sup>2291</sup> *Relación de los caballeros de la orden de Santiago*.....

<sup>2292</sup> *Consulta de la junta de Caballería sobre la pretensión de D. Diego de Narváez, que está sirviendo en persona en el batallón de las Órdenes, de que el hábito que le tiene hecha merced V.M. para D. Luis de Narváez, su hijo, sea de la orden de Santiago.* Madrid, 29-9-1640. AHN, OO.MM, Leg. 1105.

<sup>2293</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Santiago, Expediente, 5669.

escasez de individuos dispuestos a servir, lo que realmente ocurría era que no se proporcionaban los atractivos necesarios para atraer a nuevos reclutas al servicio, y retener a los veteranos. Si bien no es menos cierto que en muchos casos, se solicitaron abultadas remuneraciones por acudir a servir, lo cierto es que, en general, se ofrecían pocos alicientes a quienes se arriesgaban a perder la vida en el campo de batalla.

Algunos caballeros, al no poder solicitar un hábito para sus personas, elevaron otras pretensiones para prestar servicio en el Batallón, o si ya lo estaban haciendo, para continuarlo. Este es el caso del capitán D. Plácido Carrillo, caballero de la orden de Calatrava, quien se encontraba sirviendo en la compañía del Conde Duque. Se trataba de un experimentado militar, con 40 años de servicios a sus espaldas, realizados en Italia, Flandes y España (estando presente en Leucata y Fuenterrabía)<sup>2294</sup>. Por estos motivos, solicitó que se le hiciera merced de una compañía de su orden, tanto si se formaba una nueva, como si quedaba vacante una de las ya constituidas<sup>2295</sup>. Tras examinar su pretensión, se acordó recomendar su personal al Conde Duque de Olivares, en tanto en cuanto capitán general de la caballería de España, para que le tuviera en cuenta a la hora de proveer estos empleos<sup>2296</sup>. No tenemos constancia de que se cumplieran las expectativas de D. Plácido, pues centró sus miras en el Regimiento del Príncipe pues, a través de un organismo conocido como *Junta del Despacho de los Soldados del Regimiento del Príncipe*, se ofrecieron importantes recompensas a quienes sentaran plaza en el. No estaba equivocado, pues se le hizo merced de una encomienda de 600 ducados de renta<sup>2297</sup>.

La Junta de la Milicia de las Órdenes puso en conocimiento del monarca la conveniencia de que D. Plácido no abandonase el servicio en el Batallón, y que retomara su antiguo destino, sobre todo cuando se mostraba dispuesto a hacerlo, siempre y cuando se le respetara la merced ya concedida, y se le empleara en un puesto acorde con su amplia trayectoria castrense<sup>2298</sup>. Pero este reconocimiento no colmó sus

---

<sup>2294</sup> *Relación de los servicios del capitán de caballos D. Plácido Carrillo, caballero de Santiago*. S.f., s.l. (1639). AHN, Estado, Leg. 1287(1), nº 112.

<sup>2295</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del capitán D. Plácido Carrillo, caballero de la orden de Calatrava*. Madrid, 1-12-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>2296</sup> *Ibídem*.

<sup>2297</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes, sobre la pretensión del capitán D. Plácido Carrillo, caballero de la orden de Calatrava, que ha sentado plaza en el regimiento del príncipe, nuestro señor*. Madrid, 19-5-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2298</sup> “(.....) Habiendo constado en esta junta, por certificación del secretario Jerónimo de Lezama, que V.M. tiene hecha merced al capitán D. Plácido de Carrillo, caballero de la orden de Calatrava, de una encomienda de 600 ducados y que se le sitúe. Y entendiendo que esto ha sido por consulta de la junta del despacho de los soldados del regimiento del Príncipe, nuestro señor, donde tiene sentada plaza, y siendo

ambiciones, pues unas semanas más tarde solicitó que se le concediera una patente de capitán de caballos corazas sin sueldo, y que mientras se le hacía efectiva la renta de la encomienda, se le abonaran 200 ducados de renta, así como su salario, allí donde estuviera sirviendo<sup>2299</sup>. En última instancia, el rey manifestó su malestar con D. Plácido por las excesivas mercedes que exigió para cumplir lo que, ni más ni menos, era su obligación<sup>2300</sup>.

Este comportamiento nos movería a pensar que cierto número de profesionales de la milicia, sabiendo que su presencia personal era necesaria, e incluso imprescindible (hasta el extremo de que dos unidades entraron en pugna por monopolizar sus servicios) jugarían todas las bazas posibles para sacar el máximo partido posible a la prestación de sus servicios, y obtener ventaja de la necesidad que la Corona tenía de militares experimentados.

Incluso algunos caballeros que habían sido reservados de acudir a servir en persona (sobre todo por enfermedad, que fue la excusa más utilizada por quienes no deseaban poner en peligro su integridad física en el campo de batalla), sufrieron una recuperación milagrosa y mostraron inclinación por integrarse en la caballería de las Órdenes (siempre y cuando sus pretensiones fueran tenidas en cuenta). Uno de los ejemplos que mejor ilustran este cambio de parecer fue el de D. Pablo de Figueroa Laso de la Vega, caballero de la orden de Calatrava. Se trataba de uno de los individuos que, a pesar de haber presentado un sustituto (en este caso D. Pedro de Heredia), al año siguiente estaba dispuesto para servir en persona. No obstante la vocación castrense de D. Pablo no surgió de la nada, pues tenía la intención de vender muy cara su hipotética participación. Sus elevadas aspiraciones cristalizaron en la solicitud del empleo de capitán de una de las compañías del Batallón que habían quedado vacantes, para lo cual acreditaba cuatro años de servicio en la Armada de la Carrera de Indias y en la del Mar Océano. Además, exigió un hábito de la orden de Santiago para su hijo mayor, D. Gómez de Figueroa<sup>2301</sup>.

La Junta recomendó la presencia de D. Pablo en la unidad, y propuso asignarle a la compañía de D. Sancho de Londoño, caballero de la orden de Calatrava, en la cual

---

preciso que este caballero vaya en las Órdenes, por no tener allí puesto vivo, se le ha prevenido para que lo cumpla. Y en un memorial que ha dado, suplica a V.M. se sirva de darle puesto competente a su calidad y alguna ayuda de costa, y que la merced de la encomienda, con calidad que se le sitúe, se cumpla, dándole los mismos 600 ducados cada año.” *Ibidem*.

<sup>2299</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Plácido Carrillo*. Madrid, 26-6-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2300</sup> *Ibidem*.

<sup>2301</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*.....15-6-1641. AHN, OO.MM, Leg. 6340(1),

servía como teniente su hermano, D. Diego de Figueroa, caballero de Alcántara (uno de los individuos que recibió el hábito por sus servicios en Fuenterrabía). En cuanto al hábito para su hijo, se acordó concedérselo una vez finalizada la campaña<sup>2302</sup>. De nuevo, nos encontramos ante un supuesto en el cual se concedieron ciertas prerrogativas a determinados individuos “en función de su calidad y servicios” (aunque nos inclinamos a pensar que lo primero pesaría más que lo segundo), porque se deseaba promover la participación de los caballeros de hábito en esta empresa. De este modo, la situación se tornó más que favorable para los intereses de D. Pablo, pues a cambio de servir unos meses iba a recibir un premio que se negaba a individuos con más de dos décadas de presencia en los ejércitos. Con todo, no consta que cumpliera con su obligación. Sin embargo, sabemos que D. Gómez recibió el hábito de la orden de Santiago en 1648<sup>2303</sup>, por casarse con una hija de Dña. Elena Laso de la Vega (nos inclinamos a pensar que la coincidencia en el apellido no es casual, y que se trataría de una actuación tendente a reforzar lazos familiares), a quien se hizo merced de un hábito para la persona que contrajera matrimonio con una hija suya, por los servicios de su marido, el maestre de campo D. Pedro Laso de la Vega (que había servido durante más de 40 años en diferentes lugares)<sup>2304</sup>.

Por otra parte, durante los primeros meses de funcionamiento de la Junta de la Milicia de las Órdenes se recibieron un considerable número de solicitudes en las que los interesados, atraídos por la promesa de un hábito tras dos años de servicio, estaban dispuestos a servir en persona en el Batallón. Los aspirantes no respondían a un único perfil, sino que nos encontramos ante un grupo caracterizado por su eclecticismo, cuyos miembros sólo tenían en común su ansia por formar parte de las Órdenes Militares.

En este sentido, lo acontecido con D. Diego de Monroy, regidor de Madrid, es una buena muestra de que, si se ofrecían los incentivos adecuados, el servicio militar (en este caso concreto en el Batallón de las Órdenes) podía ser atractivo incluso para individuos sin experiencia militar, pues ofreció servir una campaña sin sueldo, con montura y equipo propios (es decir, sin cargo para la Real Hacienda) a cambio de un

---

<sup>2302</sup> *Ibidem*.

<sup>2303</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Santiago, Expediente 3073.

<sup>2304</sup> *Consulta de la Cámara sobre la pretensión de Dña. Elena María Laso de la Vega de que, en consideración de los servicios de su padre, D. Luis Laso de la Vega, vizconde de Puertollano, y los de su difunto marido, el maestre de campo D. Pedro Laso de la Vega, se le haga merced de una encomienda para D. Antonio Laso de la Vega, su hijo, caballero de Alcántara, y de dos hábitos para el remedio de dos hijas, de cuatro con que se halla. Madrid, 26-5-1647. AHN, Consejos, Leg. 4430, nº 55.*

hábito de la orden de Santiago<sup>2305</sup>. Al igual que en el caso de la Junta del Despacho de los Soldados, muchos de los individuos que se animaron a alistarse, exigieron que se les concediera antes de hacerlo, para lo cual estaban dispuestos a depositar una fianza. Esta es la petición que D. Diego elevó ante la Junta, pero el monarca se mostró contrario a ello<sup>2306</sup>. Según nuestra opinión, la negativa estaría motivada por el temor a que una vez concedido el hábito, desaparecieran las ganas de servir, y que el beneficiario optara porque la Real Hacienda se quedara con la cantidad entregada como garantía de que se presentaría ante los oficiales de esta unidad. Así, un hábito concedido como premio a futuros servicios se convertía en un hábito “beneficiado”, dispensado a cambio de una suma de dinero.

Al parecer, los deseos de D. Diego de obtener el hábito mediante el servicio en el Batallón de las Órdenes eran sinceros. Según una certificación realizada por D. Pedro del Castillo Alvarado, contador de la unidad, sirvió a su costa en la compañía de D. Sebastián Centurión, desde el 28 de mayo de 1640 hasta el 24 de febrero de 1641<sup>2307</sup>. Y en agosto de ese año se ordenó al secretario Jerónimo de Lezama que iniciara los trámites para la concesión de la merced<sup>2308</sup>. Sin embargo, no nos consta que en última instancia, D. Diego vistiera el hábito de Santiago que se le había prometido. Por el contrario, hay constancia documental de que en 1648, por consulta de la Junta de Medios y de la Cámara de Castilla, se le hizo merced de un hábito de la orden de Santiago para su sobrino, D. Gaspar Antonio Rodríguez de Monroy, familiar del Santo Oficio, quien lo recibió al año siguiente<sup>2309</sup>.

Dentro de los individuos sin experiencia en combate, que podían ver en el Batallón un destino en el cual colmar sus expectativas, se encuentran los pertenecientes a los peldaños inferiores del estamento nobiliario. En concreto, nos referimos a hidalgos y caballeros. Esta realidad supondría la consumación de los proyectos olivaristas

---

<sup>2305</sup> *Consulta de la junta de Caballería sobre la pretensión de D. Diego de Monroy, regidor de la villa de Madrid, que ofrece servir a su costa esta campaña en el batallón de las Órdenes, de que se le haga merced del hábito de la orden de Santiago.* Madrid, 10-5-1640. AHN, OO.MM, Leg. 1105.

<sup>2306</sup> *Consulta de la junta de Caballería sobre la pretensión de D. Diego de Monroy, por recomendación de la villa de Madrid, de que se le haga merced de despacharle la cédula del hábito de la orden de Santiago de que V.M. le ha hecho merced, por ir a servir a su costa en el batallón de las órdenes militares.* Madrid, 16-6-1640. AHN, OO.MM, Leg. 1105.

<sup>2307</sup> *Certificación de D. Pedro del Castillo Alvarado, contador del batallón de la caballería de las órdenes militares, en la que da fe de que D. Diego de Monroy ha cumplido con el servicio que ofreció por la merced del hábito de la orden de Santiago.* Tarragona, 24-2-1641. AHN, OO.MM, Leg. 105(1), nº 102.

<sup>2308</sup> *Papel del secretario D. Fernando de Contreras al secretario D. Jerónimo de Lezama, en el que informa que se puede dar el despacho del hábito, de que está hecha merced, a D. Diego de Monroy por haber cumplido con lo que se le mandó cuando se le hizo la merced.* Madrid, 10-8-1641. AHN, OO.MM, Leg. 105(1), nº 102.

<sup>2309</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Santiago, Expediente 7136.

recogidos en el Gran Memorial, cuyo fin último era vincular a los dos grupos mencionados con el servicio militar, y donde la promesa de importantes recompensas, sobre todo en forma de hábitos, estaba destinada a jugar un activo papel. Tales supuestos vendrían a romper una lanza a favor de los designios formulados por el Conde Duque, que en ocasiones han sido calificados de descabellados o anacrónicos, en la mayoría de las ocasiones sin ser sometidos a un análisis riguroso, o dando por buenos los apriorismos emitidos por la historiografía tradicional. Según nuestro parecer, Olivares estaba en lo cierto cuando afirmaba que si conseguía establecer una política de gratificaciones, en la cual los individuos tuvieran la certeza que una vez cumplida su parte del acuerdo, verían satisfechas sus expectativas de promoción social, no sería necesario recurrir a métodos represivos para cubrir las plantillas de los ejércitos reales, sino que los propios interesados serían los que acudirían al auxilio de la Corona. Si bien es posible que lo acontecido en el Batallón de las Órdenes sea una excepción en la situación general del ejército español, nos da la impresión de que éste era el camino para que los cuadros inferiores del segundo estado se constituyeran en la nobleza de servicio que deseaba articular.

En este contexto se insertan las propuestas de D. Benito de Taboada Maldonado y D. Baltasar de Terán y Mesa. En el caso del primero, ofreció servir una campaña a su costa a cambio de un hábito para su persona. Cimentó su petición en un argumento muy sencillo: si se ofrecía el hábito a los sustitutos por servir dos campañas, a él, “por su calidad”, por servir sin sueldo y con cargo a sus rentas, se le debería conceder a cambio de una única campaña<sup>2310</sup>. Esta situación es extrapolable a lo acontecido con las Ordenanzas Militares de 1632, que establecían unos años de servicio para los ascensos (en teoría inmutables), pero que se podían ver disminuidos si el aspirante era un individuo de origen esclarecido, procedente del segundo estado.

D. Baltasar, por su parte, se mostró dispuesto a servir dos campañas por la merced. Pero demandó que le fuera concedida con anterioridad, comprometiéndose a depositar una fianza como garantía<sup>2311</sup>. De nuevo nos encontramos ante una petición

---

<sup>2310</sup> “D. Benito de Taboada se ha ofrecido a servir a su costa, en el batallón de la caballería de las órdenes, haciéndole V.M. merced de un hábito de ellas, por entender que, habiéndose ofrecido por premio preciso a los sustitutos el hábito, en dos campañas, sería de conveniencia para el servicio de V.M. se diese en una a este caballero, así por su calidad, como por la circunstancia de querer servir a su costa montándose y armándose.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes, sobre la pretensión de D. Benito de Taboada y D. Baltasar de Terán de que, sirviendo esta campaña en el batallón de ellas, se les haga merced de hábito de la orden de Santiago*. Madrid, 20-6-1640. AHN, OO.MM, Leg. 6340(1).

<sup>2311</sup> “Y D. Baltasar de Terán ha dado un memorial en esta junta, refiriendo que sus padres y abuelos habían servido en las ocasiones que se ofrecieron en sus tiempos, a cuya imitación deseaba, y ofrecía,

anticipada del hábito, donde primero se concede el premio y luego se hacen los servicios. Pese a que el rey valoró de forma positiva los esfuerzos de la Junta por atraer al Batallón a “sujetos principales”, resolvió que primero se sirvieran las dos campañas establecidas, tras lo cual recibirían su premio<sup>2312</sup>. Suponemos que en última instancia el monarca no dio su brazo a torcer, pues no consta que ninguno sirviera en la caballería de las Órdenes. Según nuestra opinión, esta circunstancia apuntalaría la idea que venimos defendiendo, relativa a la falta de incentivos que existían para emprender la profesión militar, si no iba precedida de la concesión de premios y mercedes.

En la misma situación se encontraban D. José de Dueñas Duque, D. Miguel de Montalvo y Luna, y D. Fernando de Peralta y Beaumont, tres caballeros de Medina del Campo (Valladolid) pertenecientes a la nobleza local, quienes se mostraron dispuestos a servir en el Batallón de las Órdenes (todos acreditaban experiencia en combate, pues habían servido la campaña de Fuenterrabía a su costa, con caballos propios, y acompañados de sus criados, circunstancia que estaban dispuestos a repetir en esta ocasión), a cambio de que se les honrara a cada uno con un hábito, y que fuera despachado antes de ir a servir. Para ello ofrecían hasta 4.000 ducados de fianza, o la cantidad que se les mandare, como garantía de que acudirán a servir la referida campaña<sup>2313</sup>.

De nuevo, al igual que en otros casos mencionados, llama la atención que ofrezcan una suma de dinero como aval de su asistencia en persona, pues podría tratarse de individuos dispuestos a perder la cantidad ofrecida, lo cual se consideraría como una compra encubierta. Aunque en este caso es factible que su deseo de servir fuera sincero, pues ya habían prestado servicios en el socorro de Fuenterrabía. En este sentido, tales ejemplos como éstos supondrían la culminación de los planteamientos teóricos de D. Gaspar de Guzmán, cuya meta era emparentar a los estratos inferiores del segundo estado con el servicio a la Corona en general, y en concreto a la profesión de Marte.

---

hacerlo en dos campañas. Y para que fuese con mayor lucimiento, suplicaba a V.M. le hiciese merced de un hábito de las órdenes militares, que daría satisfacción de cumplirlo, y presentarse montado el día que se le mandase.” *Ibídem*.

<sup>2312</sup> *Ibídem*.

<sup>2313</sup> “(.....) refieren que, voluntariamente y a su costa, sirvieron a V.M. la campaña de Fuenterrabía, con caballos y criados, sin que se les haya hecho merced, y ofrecen continuarla esta campaña a caballo, llevando dos criados montados a su costa, el tiempo que durare, haciéndoles merced, desde luego, de hábitos de las órdenes militares, con fianzas de 4.000 ducados, o de la cantidad que se les mandare a cada uno para cumplirlo.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes, sobre la pretensión de (.....), que van a servir en el batallón de ellas, de que se les haga merced de hábitos, con calidad de servir esta campaña, montados y armados, y cada uno con dos soldados, dispuestos en la misma forma, todo a su costa y sin sueldo, el tiempo que durare la campaña*. Madrid, 9-7-1640. AHN, OO.MM, Leg. 6340(1).

La Junta dispensó una favorable acogida al ofrecimiento de estos individuos, tanto por su calidad como por su experiencia militar previa. Pero había un tercer factor que justificaba su presencia: el beneficioso ejemplo que tendría para animar a otros que se encontraran en una situación similar a prestar servicio en el Batallón<sup>2314</sup>. Pero el monarca decretó que sirvieran primero, y una vez cumplido el servicio se despacharía el hábito. Esta actitud venía motivada porque algunos individuos a quienes se hizo merced de hábito antes de ir a servir, a la hora de cumplir su compromiso rehusaron hacerlo, pues preferían perder la cantidad depositada como fianza de la merced, que no poner su vida en peligro.

De los tres sujetos, sabemos que dos de ellos llegaron a vestir el hábito. Se trata de D. José de Dueñas, quien fue admitido en la orden de Alcántara en 1642, . Sin embargo, esta circunstancia no se debió a su presencia en el Batallón de las Órdenes, sino que fue por casarse con una hija de D. Rodrigo Jerónimo Pacheco, oidor de la Chancillería de Valladolid, a quien se hizo merced de hábito para ello en 1638<sup>2315</sup>. En cuanto al segundo, D. Miguel de Montalvo y Luna, hay evidencia documental de que sirvió en la caballería de las Órdenes Militares. Tras cumplir con lo pactado, en 1649 su esfuerzo se vio recompensado con el ingreso en la orden de Calatrava<sup>2316</sup>. Mientras que del tercero, D. Fernando de Peralta y Beaumont, no hemos encontrado ninguna referencia, y no nos consta que se presentara a servir en el Batallón, ni que obtuviera el hábito.

También se puede incluir dentro de esta categoría la propuesta de D. Gaspar de Valdés Sorribas, quien ofreció servir una campaña en el Batallón de las Órdenes, a su costa y sin sueldo, a cambio de un hábito de la orden de Santiago<sup>2317</sup>. Nos encontramos ante un miembro de la nobleza asturiana (su familia ostentaba el señorío de la casa y lugar de Sorribas, la cual había prestado servicios al monarca en anteriores ocasiones), con experiencia militar previa (había servido como alférez de la compañía de su padre,

---

<sup>2314</sup> “(.....) Y entiende la junta que este ejemplar ha de alentar a otros caballeros, de igual porte y estimación, a que hagan lo mismo, que sería de tanta conveniencia y utilidad, si por este medio se aumentase en número y lucimiento en esta caballería. Y los deseos que tienen de continuar el servicio de V.M. merecen este premio.” *Ibidem*.

<sup>2315</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Alcántara, Expediente 447.

<sup>2316</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Calatrava, Expediente 1693.

<sup>2317</sup> “(.....) Y D. Gaspar solicita que se le haga merced de un hábito de Santiago para que pueda servir con más aliento y decencia a su calidad, por ser caballero hijodalgo notorio, y descendiente de tales por todas sus líneas.” *Consulta de la junta de Caballería sobre la pretensión de D. Gaspar de Valdés Sorribas, de que se le haga merced de hábito de la orden de Santiago, con calidad de que haya de servir una campaña a su costa, montado a caballo, en la caballería de las Órdenes*. Madrid, 13-7-1640. AHN, OO.MM, Leg. 1105.



el capitán D. Diego de Valdés, perteneciente a la milicia del concejo de Villaviciosa, una de las quince enviadas por el principado de Asturias al socorro de Fuenterrabía. Y al año siguiente su padre hizo una leva de 100 infantes, destinada a la Armada de Flandes, que en esos momentos estaba fondeada en La Coruña, la cual fue conducida hasta su destino, y entrega a D. Lope de Hoces, su almirante, por D. Gaspar), por lo que su candidatura a formar parte de esta unidad era más que recomendable.

La inclinación de D. Gaspar a formar parte de la caballería de las Órdenes fue muy estimada, y se reconoció la conveniencia de aceptar su oferta, ya que si a los sustitutos se les prometió el hábito por dos campañas, era asumible que D. Gaspar sólo tuviera que servir una campaña, tanto por su calidad como por hacerlo a su costa y sin percibir haberes de la Real Hacienda<sup>2318</sup>. Al igual que en otros casos similares, el ímpetu de la Junta también fue frenado por el monarca. Esta negativa enfrió los ánimos de D. Gaspar, pues no tenemos constancia documental de que acudiera a servir, ni de que recibiera el hábito.

A finales de mayo de 1641, D. Fernando de Silva y Figueroa, regidor y alcalde mayor de Jerez de los Caballeros (Badajoz), solicitó un hábito de la orden de Santiago para su hijo, D. Juan de Silva y Figueroa. A cambio, se comprometía a que una vez tuviera la edad suficiente para empuñar las armas, cumpliría con su obligación (bien en el Batallón de las Órdenes o donde se le ordenare). Mientras tanto, ofrecía pagar un sustituto para que sirviera en el Batallón; o si se consideraba oportuno, su asistencia personal<sup>2319</sup>. Ante la idoneidad de su oferta, la Junta sugirió al monarca que, si el regidor de la villa pacense acudía a servir esta campaña, y daba un sustituto que lo hiciera por su hijo, se podría acceder a su demanda, pues a D. Diego de Monroy, regidor de Madrid, como hemos podido comprobar, se le concedió el hábito con la condición de servir una campaña.

De nuevo, nos encontramos con otro caso de trato de favor, pues a D. Fernando sólo se le obligó a servir una campaña, cuando se había establecido (si bien es cierto que para los sustitutos de los caballeros y comendadores) que debían asistir durante dos años antes de poder alcanzar esta merced. Sin embargo, “la calidad” de D. Fernando bien justificaba tal distinción. Pero su deseo de servir en el Batallón no era más que un ardid para conseguir sus objetivos, pues a principios de julio su vocación castrense se había

---

<sup>2318</sup> *Ibidem*.

<sup>2319</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Fernando de Silva y Figueroa, de que se le haga merced de un hábito para su hijo, D. Juan de Silva y Figueroa*. Madrid, 26-5-1641. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

diluído, y únicamente estaba dispuesto a presentar dos sustitutos, uno por su persona, y otro por su hijo, oferta que fue aceptada<sup>2320</sup>. D. Fernando cumplió con lo prometido, pues al año siguiente (1642) su hijo recibió el hábito solicitado<sup>2321</sup>.

Aún más flagrante fue lo acontecido con D. Gregorio Romano Altamirano, quien sirvió a su costa en la compañía del Conde Duque entre septiembre de 1640 y marzo de 1641<sup>2322</sup>, y en mayo de 1642 solicitó que se le despachara la merced que se le había prometido<sup>2323</sup>. Nos llama la atención de que incluso habiendo servido menos de la mitad del tiempo requerido para obtener el hábito, D. Gregorio alcanzara tal distinción. Esto podría venir motivado porque la propia Junta no tenía un criterio único a la hora de definir el tiempo de servicio entre año natural o campaña (que como ya hemos visto no eran lo mismo). Además, pensamos que D. Gregorio debía de disfrutar de una buena posición económica, suficiente para costear los gastos que acarreó su participación en esta unidad. Quizá la respuesta se encuentre en la trayectoria profesional de su padre, homónimo, caballero de la orden de Santiago, que sirvió varios empleos en Indias, entre ellos el de alcalde mayor de las minas de Huautla (en Méjico)<sup>2324</sup>, donde cabe la posibilidad de que hiciera fortuna.

Pero también los militares profesionales, vista la necesidad que había de soldados experimentados, vieron en el servicio en el Batallón una forma de mejorar su situación y de acceder a los honores que se les negaban. Como ya hemos podido comprobar, tal carestía era más acuciante en el caso de la caballería. Así, desde la Junta de la Milicia de las Órdenes, en su búsqueda de sujetos aptos, tanto para la oficialidad como para formar parte de la tropa, se pusieron todos los medios posibles para atraer al mayor número posible de ellos.

Uno de los individuos representados en este perfil es el capitán de caballos D. Gregorio de Mercado, quien a priori era uno de los pretendientes más aptos para comandar una de las compañías, pero el principal problema que presentaba su candidatura consistía en que no era miembro de las milicias cristianas. Sin embargo,

---

<sup>2320</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre cometer al conde de Monterrey el examen, y reconocimiento de los impedimentos que tuviere D. Fernando de Silva y Figueroa para no ir en persona a servir al Batallón de ellas.* Madrid, 6-7-1641. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>2321</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Santiago, Expediente 7766.

<sup>2322</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Gregorio Romano Altamirano.* Madrid, 19-5-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2323</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Santiago, Expediente 7210.

<sup>2324</sup> *Nombramiento de D. Gregorio Romano Altamirano, caballero de la orden de Santiago, como alcalde mayor de las minas de Huautla.* S.l., 4-6-1625. AGI, Indiferente, Contratación, Leg. 5788(2), Fols. 312r-313v.

para salvar este inconveniente se determinó concederle el hábito de manera inmediata<sup>2325</sup>. Esta decisión vendría determinada por las beneficiosas consecuencias que esto tendría para alcanzar el objetivo que se perseguía, y que no era otro que conciliar (en el mayor número posible de individuos) el prestigio que infería la posesión del hábito con la profesión de las armas, y la vinculación al mundo castrense. Según venimos manteniendo, dichas cualidades eran las que otorgaban esplendor y lustre a las milicias cristianas, las cuales se buscaba resucitar en estos momentos para que el Batallón de las Órdenes se convirtiera en una unidad militar operativa. Con todo, D. Gregorio había sido propuesto por la Junta del Despacho de los Soldados, para recibir un hábito de la orden de Santiago con la condición de continuar sirviendo, el cual se hizo efectivo al mes siguiente. Pero con el objetivo de no dilatar su incorporación al Batallón de las Órdenes, solicitó que sus pruebas fueran realizadas en Madrid, por patria común<sup>2326</sup>. Aunque para acceder al mando de una compañía debió esperar a que D. Pedro de Cañaveral renunciara a la suya. Con motivo de esta vacante, su candidatura fue la preferida para llenar este vacío.

Otro ejemplo de este colectivo profesional fue D. Andrés Verdugo y Osorio<sup>2327</sup>, quien además del hábito solicitó conservar su empleo de sargento mayor de Manzanares el Real, así como seguir cobrando su sueldo durante el tiempo que sirviere en el Batallón y, en último lugar, que se le permitiera designar libremente a la persona que le sustituiría en el puesto de sargento mayor durante su ausencia<sup>2328</sup>. Aunque sabemos que recibió el hábito de la orden de Santiago que pretendía<sup>2329</sup>, no nos consta que sentara plaza en el Batallón de las Órdenes. En cambio, si podemos atestiguar su presencia (en

<sup>2325</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre el nombramiento de D. Gregorio de Mercado como capitán de una de las compañías del batallón de ellas*. Madrid, 27-4-1640. AHN, OO.MM, Leg. 6340(1).

<sup>2326</sup> “D. Gregorio de Mercado ha servido a V.M. muchos años, y por concurrir que su persona fuese en la caballería de las Órdenes, para que con su experiencia se supliese el inconveniente de haber en ella tantos bisoños, esta junto le propuso a V.M., y que se le diese hábito con que pudiese conseguir este fin. Y ahora, habiendo referido que V.M. se ha servido de hacerle merced de el por la junta de los soldados, y suplicado a V.M. dispensase en que sus informaciones se hiciesen aquí, para que siendo despachado luego, pudiese ir en el batallón de las Órdenes, como lo deseaba.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Gregorio de Mercado*. Madrid, 22-5-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>2327</sup> Empezó a servir en 1610 en Nápoles, y posteriormente pasó a Malta y Milán, hasta 1637. Ese año volvió a España y se le hizo merced de la sargentía mayor de Manzanares el Real, donde formó 9 compañías (1.350 hombres), que envió al ejército de Cataluña. *Relación de los servicios de que es heredero D. Andrés Verdugo de Guardiola, hijo de D. Andrés Verdugo y Osorio*. Madrid, 6-6-1667. AGI, Indiferentes, Leg. 120/188.

<sup>2328</sup> *Consulta de la junta de Caballería sobre la pretensión de D. Andrés Verdugo y Osorio de que, en consideración a 30 años de servicios, y a que desea continuarlo en los batallones que se forman de la caballería de las órdenes, se le haga merced de hábito de Santiago*. Madrid, 1-6-1640. AHN, OO.MM, Leg. 1105.

<sup>2329</sup> *Relación de los servicios de que es heredero*.....6-6-1667.

1642) en el Regimiento del Príncipe (exhibiendo una patente de capitán de caballos corazas) en la compañía que mandaba el maestre de campo D. Diego de Guardiola hallándose en la toma de Aytona, aunque murió poco después por enfermedad<sup>2330</sup>.

El capitán D. Jerónimo de Luna y Díez de Aux también se mostró dispuesto a servir esta campaña en el Batallón, a cambio de un hábito de la orden de Santiago, y que las pruebas se hicieran en Madrid, por patria común, pues D. Jerónimo es natural de Nápoles. Se trata de otro oficial con una contrastada trayectoria militar, la cual incluye 10 años de servicios en Flandes y España, como alférez, teniente, capitán de caballos corazas, y sargento mayor, estando presente en las jornadas de Leucata, Fuenterrabía y Salces<sup>2331</sup>. Pese a la opinión favorable de la Junta, se ordenó que en primer lugar acudiera a servir, y una vez cumplido el tiempo estipulado se tendría en cuenta su solicitud. En este supuesto tampoco hemos encontrado indicios de que se alistara en el Batallón. Con todo, debió de continuar sirviendo en los ejércitos hispánicos, pues al año siguiente, por consulta de la Junta de Ejecución, se le propuso para recibir el hábito de la orden de Santiago, que finalmente pudo vestir en 1643<sup>2332</sup>.

D. Pedro Portocarrero y Monroy fue otro de los individuos que se puso a disposición de la Junta de la Milicia de las Órdenes. Este militar, que había servido en Flandes durante 6 años y estuvo presente en el socorro de Fuenterrabía, ofrecía servir una campaña a su costa en el Batallón a cambio de un hábito de la orden de Santiago<sup>2333</sup>. Su propuesta fue aceptada, aunque con la condición de que sirviera también la campaña del año siguiente (1641), y se pasó a comunicar a la secretaría del Consejo de las Órdenes Militares esta decisión, para que una vez cumplido el compromiso despacharan la merced<sup>2334</sup>.

Según la pertinente certificación, expedida de nuevo por el contador del Batallón, D. Pedro del Castillo, sentó plaza en la compañía del Conde Duque el 29 de septiembre, y a finales de marzo de 1641 continuaba haciéndolo, sin sueldo, en la

---

<sup>2330</sup> *Ibidem*.

<sup>2331</sup> *Consulta de la junta de Caballería sobre la pretensión de D. Jerónimo de Luna y Díez de Aux de que, en consideración de lo que ha servido, y el deseo que tiene de continuarlo en la caballería de las Órdenes, se le haga merced de un hábito de la orden de Santiago, y que sus pruebas se reciban en esta Corte, sin ir a sus naturalezas*. Madrid, 16-7-1640. AHN, OO.MM, Leg. 1105.

<sup>2332</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Santiago, Expediente 4689.

<sup>2333</sup> *Consulta de la junta de Caballería sobre la pretensión de D. Pedro Portocarrero y Monroy, de que se le haga merced de un hábito de la orden de Santiago, ofreciendo servir esta campaña a su costa en la caballería de las Órdenes*. Madrid, 20-9-1640. AHN, OO.MM, Leg. 1105.

<sup>2334</sup> *Papel del secretario Gregorio de Tapia a la secretaría de Órdenes en el que informa que S.M. ha hecho merced a D. Pedro Portocarrero y Monroy, de hábito de la orden de Santiago para pasada la campaña de 1641*. Madrid, 25-9-1640. AHN, OO.MM, Leg. 105(1), n° 108.

referida compañía<sup>2335</sup>. Pese a todo, aún le quedaban varios meses de servicio para poder obtener la merced, y a la altura del mes de junio abandonó su puesto, lo cual significaba que su pretensión sería desestimada sin más. Pero no se trataba de una deserción, sino que se le concedió permiso para retirarse, pues iba a servir como teniente de la compañía de caballos corazas sustentada por el Consejo de Indias, una de las que iban a formar parte del ejército que se estaba aprestando en el reino de Aragón para entrar en Cataluña, la cual iba a estar comandada por su hermano, D. Antonio Portocarrero, caballero de la orden de Calatrava (quien también había servido en la caballería de las Órdenes)<sup>2336</sup>. Aunque se trataba de una flagrante violación de los términos originales en los que se suscribió el acuerdo entre ambas partes, la Corona aceptó sus servicios como teniente de caballos en la compañía de su hermano, puesto que comenzó a servir a finales de julio de 1641, y se le concedió el ansiado hábito de la orden de Santiago en 1650<sup>2337</sup>.

También nos encontramos con individuos que acaban de iniciarse en la carrera de las armas y que, pese a desarrollar su actividad en escenarios sin ningún vínculo con la caballería, vieron en el Batallón una ocasión inmejorable para conseguir un hábito de las Órdenes Militares. Entre ellos, se encontraba D. Antonio Ramírez de Arellano, quien había empezado a servir en 1639 como soldado en la flota de Nueva España y en la de la Guarda de la Carrera de las Indias, quien ofreció concurrir en esta unidad a cambio de que se le hiciera dicha merced<sup>2338</sup>. Pese a que se resolvió concedérselo tras prestar servicio en el Batallón, no tenemos constancia de que llegara a hacerlo. Sin embargo, en 1642 formó parte de la compañía del conde de Oropesa, una de las del Batallón de la Nobleza<sup>2339</sup>; y suponemos que aspiraría a la misma gracia. Tampoco en esta ocasión se accedió a su petición, pues se lamentaba de esta decisión y del agravio cometido con su

---

<sup>2335</sup> *Certificación de D. Pedro del Castillo Alvarado, contador de la caballería de las Órdenes, en la que da fe de que D. Pedro Portocarrero ha servido, a su costa, en ella.* Tarragona, 9-3-1641. AHN, OO.MM, Leg. 105 (1), nº 108.

<sup>2336</sup> *Certificación del contador Juan del Monte, que lo es del ejército real que se junta en el Reino de Aragón, de los servicios de D. Pedro Portocarrero y Monroy.* Barbastro, 10-1-1642. AHN, OO.MM, Leg. 105(1), nº 108.

<sup>2337</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Santiago, Expediente 6646.

<sup>2338</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes, sobre la pretensión de D. Antonio Ramírez de Arellano.* Madrid, 11-11-1640. AHN, OO.MM, Leg. 6340(1).

<sup>2339</sup> *Relación de los servicios de D. Antonio Ramírez de Arellano.* 1641.AGI, Indiferente, Leg. 112/12.

persona, pues tampoco se habían remunerado los servicios de su padre, el capitán D. Juan Ramírez de Arellano, desempeñados a lo largo de 30 años<sup>2340</sup>.

Incluso algún teniente de las compañías (que recordemos solo uno de ellos era caballero de hábito), aprovechó esta ocasión para hacer valer sus pretensiones y demandar su ingreso en las Órdenes Militares. Este fue el caso del capitán D. Lucas Núñez de Prada, que había servido 9 años en Italia y Flandes. Se trata de una situación peculiar, pues en un principio había acudido como sustituto de su tío, D. Diego de Prada, caballero de la orden de Santiago, pero su experiencia militar (pese a que se circunscribía a la infantería) le presentaba como el candidato perfecto para ejercer como segundo, y se le nombró teniente de la compañía de D. Francisco de Mayoralvo, de la orden de Calatrava<sup>2341</sup>.

Junto a su acreditada experiencia militar, obtenida en dos de los teatros de operaciones más activos, D. Lucas, ya con el puesto de teniente, se encargó del alojamiento de más de 200 soldados que iban a formar parte del Batallón, para su posterior entrega a los oficiales al mando de las compañías. Así, entregó cien de ellos a D. Antonio de Venegas, teniente de la compañía del Conde Duque, y el fueron repartidos entre el teniente Andrés de Durango (segundo de la compañía de D. Manuel de Arriarán), y Gonzalo Sabino de Zúñiga, ayudante del comisario general<sup>2342</sup>.

Por este motivo, la Junta propuso recomendar su persona y que se le hiciera merced de un hábito de Santiago (pese a que primero debía servir las dos campañas estipuladas como regla general para que los sustitutos obtuvieran el hábito), por las consecuencias positivas que este hecho tendría, pues confluirían en su persona la distinción de pertenecer a las Órdenes Militares, así como sus conocimientos castrenses<sup>2343</sup>. En última instancia, se decretó que sirviera una campaña en lugar de las

---

<sup>2340</sup> D. Antonio solicitaba que, por este motivo, se le hiciera merced de una compañía de mar y guerra de la Armada de Barlovento, y si esto no fuera posible, que se le concediera un entretenimiento en ella, y que se le otorgara el mando de la primera compañía que quedara vacante. *Ibidem*.

<sup>2341</sup> *Patente del nombramiento del capitán D. Lucas Núñez de Prada como teniente de la compañía de D. Manuel de Arriarán*. Madrid, 6-10-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4641.

<sup>2342</sup> “(.....) Y habiéndose reconocido en él particular afecto al servicio de V.M., y que tenía práctica y experiencia en lo militar, la junta le ha encargado el alojamiento de más de 200 soldados, que ha tenido en diferentes cuarteles. En que ha procedido con toda aprobación, gobernándolos y conservándolos hasta haberlos entregado, a D. Antonio Venegas, 100 que tocaron a la compañía del conde duque; y los demás al teniente Andrés de Durango y al ayudante de comisario general Gonzalo Sabino de Zúñiga.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del capitán D. Lucas Núñez de Prada*. Madrid, 29-11-1640. AHN, OO.MM, Leg. 6340(1).

<sup>2343</sup> “(.....) y atendiendo a ser de calidad conocida, y haber llegado a servir en esta caballería después de haberlo hecho en Italia y Flandes, y sido capitán de infantería, que esto, y el haber gobernado los soldados que ha tenido en los alojamientos, le diferencia para que, siendo V.M. servido, le haga esta merced. Y el hallarse ya con puesto de teniente, también le asiste, pues a cualquier caballero de hábito le toca más

dos establecidas<sup>2344</sup>. Aunque habían quedado muy claras las condiciones en las que se despacharía la merced, no hemos encontrado rastro documental de que D. Lucas, en última instancia, alcanzara su objetivo.

## **8.2. 1642: LA GENEROSIDAD DE LA CORONA.**

En el capítulo anterior hemos podido comprobar como durante el año 1642, con motivo de la salida del rey hacia el frente, se revitalizó el deseo de mantener un cuerpo de caballería teóricamente compuesto por miembros de las Órdenes Militares. Sin embargo, la mayor parte de sus integrantes fueron individuos que, a través del servicio en esta unidad, buscaban ingresar en ellas. En este sentido, asistimos a una nueva reedición de la problemática servicios prestados-recompensas, donde la participación del monarca, así como la del Consejo de Órdenes, estaba llamada a constituirse en la piedra angular de este proceso.

Pese a las iniciativas promovidos a instancias del Conde Duque, se trataba de un problema cuya resolución era hartó complicada, pues había demasiados intereses en juego para optar por una política de concesiones de hábitos generalizada. Como ya sabemos, Olivares se mostró partidario de utilizar los hábitos para gratificar a quien lo mereciera sin tener en cuenta su origen, motivación que era aún más importante en el caso de los servicios militares. Todas estas tensiones, y en cierto modo contradicciones, afloraron en el año 1642, cuando se decidió echar el resto para formar el Batallón de las Órdenes que iba a estar al mando del conde de Monterrey.

Uno de los aspectos que más se deseaba cuidar era el de los capitanes de las compañías. En esta ocasión, se buscaba potenciar aún más el carácter nobiliario de la unidad, con el objetivo de que fuera todavía más prestigiosa que la formada en 1640. Por este motivo se hicieron todos los esfuerzos posibles para cubrir estos empleos con nobles titulados (aunque también se eligieron capitanes entre los escalafones superiores de la milicia).

---

propiamente ser oficial en estas compañías de las órdenes, y fuera conveniencia que los hubiese, con el requisito de haber servido los años que lo ha hecho D. Lucas.” *Ibidem*.

<sup>2344</sup> *Ibidem*.

Tras las gestiones llevadas a cabo por el conde de Monterrey entre los individuos afines a su círculo, éste informó al monarca de que uno de los interesados en aceptar el mando de una compañía era D. Juan Antonio Pacheco y Osorio, marqués de Cerralbo, caballero de la orden de Calatrava (aristócrata con experiencia militar, pues había servido como capitán de caballos en Flandes). Sin embargo, su participación no le iba a salir gratis a la Corona, pues aprovechó esta ocasión para obtener el mayor partido posible, en concreto para mejorar sus problemas de liquidez. Las oportunidades que ofrecía el servicio en el Batallón de las Órdenes eran inmejorables, pues muy probablemente en ninguna otra unidad se explotarían mejor las circunstancias que concurrían en ella: búsqueda de aristócratas (a ser posible con experiencia en combate) y militares de alta graduación.

Pero al tiempo que asumía esta obligación hizo patente su delicada situación financiera (posiblemente exagerada), parte de la cual se debía a partidas pendientes de cobro con motivo de servicios prestados a la Corona, circunstancia que dificultaría el desempeño de su empleo de capitán. Entre ellas se incluían: una encomienda valorada en 2.000 ducados de renta anual, que aún no se le había hecho efectiva, así como los haberes que se le adeudaban de su periodo de servicio en Flandes. Por si esto no fuera suficiente, declaraba que estaban por percibir 8.000 ducados, correspondientes a las propinas de consejero de Guerra que percibía su padre; y otra encomienda de 3.000 ducados de renta al año, la cual fue concedida también a su ascendiente, quien heredó esta merced y únicamente había percibido dos anualidades<sup>2345</sup>.

Pese a que se trataba de unas demandas que en otras circunstancias hubiesen sido desestimadas fulminantemente, la idoneidad de su persona para el puesto en cuestión aconsejaba realizar algún esfuerzo. Así, desde la Junta se propuso que se le abonaran 2.000 ducados para que pudiera hacer frente a los gastos que acarrearía su servicio en el Batallón. Mientras que en lo tocante a las encomiendas se sugirió dejar el asunto en suspenso, a la espera de compensarle, bien con más dinero o con la concesión de alguna vacante<sup>2346</sup>. Pero la resolución final del monarca fue aún más generosa, pues

---

<sup>2345</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del marqués de Cerralbo, y condiciones que pone para aceptar el mando de una de las compañías del batallón de ellas*. Madrid, 15-5-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2346</sup> “(.....) Y reconociendo que su persona será muy a propósito, y que ha servido, desea la junta que haya medios para facilitarlo, y le parece que en la parte de que se le paguen los 2.000 ducados de su sueldo de capitán, y las propinas de su padre, siendo V.M. podría mandar que se librase uno y otro, para que pudiese valer de este caudal, pues no puede haber consecuencia con el pretexto tan justificado de ir a servir a V.M. para otros en quien no concurriere en las mismas circunstancias y obligación de gasto. Y en lo que toca a la situación de las encomiendas, o renta equivalente de ellas, podrá V.M. tomar resolución



ordenó se le abonaran hasta 3.000 ducados y una ayuda de costa. En último lugar, se ordenó tenerle presente a la hora de proveer encomiendas vacantes y mientras tanto se le concedía, se le librarán mil ducados al año<sup>2347</sup>.

Por si esto no fuera suficiente, poco después reclamó otros 1.500 ducados en efectivo. A cambio, prometía renunciar a lo que se le adeudaba a su padre en concepto de propinas como consejero de Guerra (que tasaba en 3.000 ducados), así como a otros tantos procedentes de una encomienda de la que su progenitor era titular (quien sirvió como virrey de Nueva España entre 1624 y 1635), sita en el Nuevo Mundo, a lo cual también se accedió<sup>2348</sup>. La concesión de estas prebendas consiguió el efecto deseado, pues el marqués de Cerralbo aceptó el mando de la compañía. No obstante, en la documentación se ocultó cualquier mención a las abultadas mercedes que había exigido para ello. De la misma manera, da la impresión de que se trata de prebendas concedidas por el monarca de forma voluntaria, cuando lo que en realidad aconteció fue una negociación entre ambas partes<sup>2349</sup>. Pero la ambición del marqués de Cerralbo no se vio colmada todavía, pues reclamó que los 1.500 ducados que se le habían asignado fueran librados en plata y no en vellón<sup>2350</sup>. La Corona, de nuevo, claudicó ante sus exigencias pues, en general, siempre trató de que los fondos concedidos con cargo a la Real Hacienda fueran librados en vellón y no en plata, por la necesidad que había de aumentar las reservas argentíferas con vistas a financiar el conflicto catalán y las contiendas europeas.

Respecto a la encomienda prometida, a mediados del mes de octubre se había producido una vacante. Se trataba de la encomienda de Daimiel, perteneciente a la

---

arbitrando la forma de hacerle merced de la mayor cantidad que pudiese, para que con estos caudales se disponga, valiéndose de ellos en ocasión de tanto lucimiento (.....)." *Ibidem*.

<sup>2347</sup> "(.....) He mandado al consejo de Guerra que se le sitúen las ayudas de costa y que entretanto D. Antonio de Camporredondo le libre en parte donde lo pueda cobrar prontamente, hasta 3.000 ducados, precisamente; y que de la encomienda de 2.000 ducados de que se le ha hecho merced, se le señale futura sucesión, y entretanto se le de la mitad en Madrid o en la parte donde sirviere." *Ibidem*.

<sup>2348</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del marqués de Cerralbo de que se le sitúen, por ese año, 1.500 ducados*. Madrid, 23-5-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2349</sup> "(.....) El marqués de Cerralbo, cumpliendo con las obligaciones de su nacimiento, ha aceptado una compañía de las Órdenes, mostrando en esta ocasión un celo y afecto al servicio de V.M. muy parecido al de todos sus antepasados. Que en el estado y descomodidad que tiene, es de mayor mérito y estimación. Y ha parecido ponerlo en la consideración de V.M. para que le haga merced al marqués en lo que se ofreciere." *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que informa al rey de que, con ocasión de haber entendido que el marqués de Cerralbo va a besar la mano a V.M., representa que, cumpliendo con las obligaciones de su nacimiento, ha aceptado con sumo gusto el mando de una de las compañías de las Órdenes*. Madrid, 4-7-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2350</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del marqués de Cerralbo de que los 1.500 ducados que V.M. mando se le librarán, sean en plata*. Madrid, 4-8-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

orden de Calatrava, que en esos momentos se encontraba sin titular por fallecimiento de su último usufructuario. Ante esa circunstancia, el marqués de Cerralbo reclamó que se le hiciera merced de ella. Su petición estaba fundamentada en los servicios prestados con la compañía, así como en los cuantiosos desembolsos que había realizado para su conservación<sup>2351</sup>.

Pese a todo no se le pudo conceder la encomienda referida, pues ya había sido comprometida para retribuir a otro individuo. Esto no significó que su pretensión cayese en el olvido, pues se ordenó buscar otra que estuviera vacante, o de carácter vitalicio, para concedérsela en cuanto fuera posible<sup>2352</sup>. No obstante, podrían pasar varios años hasta que alcanzara este objetivo. Por este motivo, solicitó que en el interim se le abonaran los otros 1.000 ducados, correspondientes a la renta de la hipotética encomienda<sup>2353</sup>. Con ello, el marqués de Cerralbo se salía con la suya, al tiempo que ocasionaba un grave trastorno a la Corona, pues no podría endosar esta deuda a las mesas maestras, sino que debería abonarla con cargo a la Real Hacienda.

También aceptó el mando de una de las compañías D. Luis Enríquez de Guzmán, conde de Alba de Aliste, caballero de la orden de Alcántara, aristócrata con experiencia militar, ya que había servido el puesto de gobernador de las armas del ejército destacado en la provincia de Zamora, encargado de defender ese sector de la frontera con Portugal. Además, como muestra de buena voluntad, ofrecía (¿o realidad impone?) la persona de su hijo, D. Manuel Enríquez de Guzmán, para el puesto de teniente de la unidad. Nos inclinamos a pensar que se trataba de una exigencia, pues tal y como reconocía la propia Junta, la presencia de los hijos de los nobles en los empleos

---

<sup>2351</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del marqués de Cerralbo, de que se le haga merced de la encomienda de Daimiel*. Zaragoza, 16-10-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2352</sup> “(...) Y habiéndose reconocido las futuras de encomiendas que están señaladas, no la hay proporcionada a esta renta, y se ha entendido que todas están dadas o tienen supervivencias, con que el marqués no puede elegir ninguna, ni la junta proponerla, que lo representa a V.M., y de nuevo el mérito de sus servicios y del marqués su padre, y los motivos de haberse encargado de una de las compañías de las órdenes.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la encomienda que V.M. ha hecho merced al marqués de Cerralbo*. Zaragoza, 20-10-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2353</sup> “(.....) el marqués suplica que se sirva de hacerle merced de mandar que se le sitúen por entero los 2.000 ducados mientras llega el caso de la encomienda, para que pueda repararse de la necesidad en que se halla. A la junta parece que podrá V.M. servirse de hacer merced al marqués, entretanto que se le señala la encomienda, de mandar que los otros mil ducados que le están por situar, en cumplimiento de los 2.000, conforme el ofrecimiento que le está hecho, se le paguen en la parte donde sirviere, pues ya V.M. lo tiene resuelto que los mil se le den en Madrid o también donde sirviere, por haberse hecho cargo de esta compañías de las órdenes y estando tan dispuesto y fervoroso de continuar sus servicios.” *Consulta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del marqués de Cerralbo de que se le sitúen otros mil ducados mientras se le señala la encomienda de que V.M. le hizo merced*. Zaragoza, 28-11-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

de oficial subalterno, era muy aleccionador para que otros se animaran a servir en estas ventajosas condiciones, aunque no hubieran empuñado un arma en su vida<sup>2354</sup>.

Pero D. Luis tampoco se encontraba en una posición muy boyante (o al menos eso representaba. Por ese motivo, propuso a la Junta dos medios, los cuales serían suficientes para financiar su participación y, al mismo tiempo, atenuar parte de su falta de liquidez. En primer lugar, que se le abonaran 8.000 ducados en vellón (al parecer, ya se había aprobado la paga de 6.000), en compensación de 20.000 de plata que, según el conde, se le adeudaban por diversos conceptos. La segunda de las peticiones fue que se le autorizara el traspaso a su hijo la encomienda de la orden de Alcántara que disfrutaba, y que percibiera una pensión anual de 3.000 ducados con cargo a las rentas de ella. De todas maneras, con anterioridad ya se le había dado permiso para que sus sucesores pudieran seguir recibéndolas durante 6 años, a partir de su fallecimiento<sup>2355</sup>. En un primer momento se rechazó concederle los 8.000 ducados solicitados, aunque se le facilitaría la cantidad suficiente para que pudiera servir este puesto con la decencia correspondiente a su categoría. Y en cuanto a la encomienda, el rey se obligaba a acceder a esta petición una vez que ambos hubieran servido la campaña de 1642<sup>2356</sup>. Tras este revés D. Luis manifestó, sutilmente, que sin los fondos necesarios se vería obligado a declinar el ofrecimiento que se le hacía. La Junta decidió interceder de nuevo por él, al tiempo que representaba la conveniencia de que tanto el padre como el hijo acudieran a servir, lo cual bien merecía hacer algún esfuerzo para conseguirlo<sup>2357</sup>.

Al final, el tira y afloja entre la Corona y el conde de Alba de Aliste acabó en tablas, pues el aristócrata no obtuvo la cantidad que solicitaba, aunque por el contrario consiguió pasar la encomienda a su hijo, así como la pensión de 3.000 ducados. Además, esta merced acarreaba la concesión del hábito, en este caso de la orden de Alcántara (pues la encomienda en cuestión era de esta orden). Además, para agilizar los trámites, y que no se dilatará la salida de la compañía hacia el frente, las pruebas se

---

<sup>2354</sup> “(.....) Hase conferido con el conde de Alba de Aliste, que no sólo ofrece llevar por teniente a D. Manuel Enríquez, su hijo mayor, mostrando en todo un celo muy parecido al de sus pasados, digno de cualquier merced, por grande que sea. Y reconociendo este medio por eficaz, para que otros grandes, a su imitación, hagan lo mismo.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensiones del conde de Alba de Aliste para aceptar el mando de una de las compañías del batallón de ellas que se forma ahora*. Madrid, 26-5-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2355</sup> *Ibídem*.

<sup>2356</sup> *Ibídem*.

<sup>2357</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que vuelve a representar las pretensiones del conde de Alba de Aliste para aceptar el mando de una de las compañías del batallón de ellas que se forma ahora*. Madrid, 15-6-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

realizarían en Madrid, por patria común<sup>2358</sup>. Respecto a esta última merced, la Corona actuó con una celeridad que en otros casos no se produjo, pues el hábito concedido a D. Manuel Enríquez se despachó ese mismo año<sup>2359</sup>, y con él acudió a servir en calidad de teniente de la compañía de su padre<sup>2360</sup>.

Sin embargo, aún formuló una última petición. Se trataba de obtener autorización para suspender, durante cuatro años, una deuda que tenía su padre con la tesorería de la orden de Alcántara, originada durante el periodo en el que ocupó el cargo de tesorero, consistente en cerca de 4'2 millones de maravedís (unos 11.200 ducados). En los años anteriores se pactó que fuera satisfecha, a partir de 1635, en anualidades de 200.000 maravedís (unos 533 ducados). Pero en 1640, por haber acudido a servir como gobernador de las armas en Zamora, se le eximió del pago de la cantidad correspondiente a ese año<sup>2361</sup>. Con este antecedente, al cual se unía su salida hacia el frente catalán, como capitán de una compañía del Batallón de las Órdenes, en 1642 se creyó en condiciones de elevarla de nuevo. Pese a que pudiera tratarse de una cantidad poco significativa, lo cierto es que cualquier pequeño alivio podía significar una notable mejora en su situación económica. En esta ocasión, el conde de Alba de Aliste obtuvo lo que pretendía, pues se le autorizó a suspender por dos años el pago de esa deuda<sup>2362</sup>.

Otro de los individuos designados para el mando de otra compañía fue D. Alonso de Lemos y Ulloa, conde de Amarante, caballero de la orden de Alcántara, a quien le unían vínculos con el conde de Monterrey. Pese a que las exigencias presentadas para aceptar este empleo fueron mucho menores que en otros supuestos, también fueron encaminadas a la obtención de liquidez. En este caso, se trataba de tomar a censo sobre su mayorazgo una determinada cantidad, con la cual poder acudir a este servicio y, al mismo tiempo, aliviar su situación económica. Pese a que ya se le había concedido facultad para obtener hasta en 3.000 ducados, con los cuales pagar el rescate de su hijo mayor (que había sido hecho prisionero por los franceses en el

---

<sup>2358</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre lo que representa el conde de Alba de Aliste*. Madrid, 21-7-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2359</sup> “Señor mío, escribo a V.m. para que se sirva de remitir, luego, las órdenes, conforme a lo que S.M. tiene resuelto, particularmente con mayor brevedad la que toca a las pruebas del hijo del conde de Alba de Aliste, porque ha de salir con su padre. Y estamos en estado que dentro de cuatro o seis días ha de marchar esta caballería.” *Papel del secretario Gregorio de Tapia al secretario Juan Bautista de Navarrete, sobre el hábito del hijo del conde de Alba de Aliste*. Madrid, 7-8-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4644.

<sup>2360</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Alcántara, Expediente 463.

<sup>2361</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del conde de Alba de Aliste, de que se le suspenda, por cuatro años, la paga de lo que debiere al tesorero de la orden de Alcántara*. Molina de Aragón, 17-9-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2362</sup> *Ibídem*.

Milanesado), y costear su participación militar en Extremadura, este arbitrio no pudo salir adelante porque no los hipotéticos inversores no suscribieron la referida cantidad<sup>2363</sup>.

Con motivo de su participación en el Batallón de las Órdenes, renovó esta pretensión, aunque ahora exigió que la referida cantidad fuera abonada en plata, y que se le autorizara la venta de unas tierras anejas a su mayorazgo. Pese a que su exigencia imponía unas condiciones diferentes a las pactadas con anterioridad, se creyó oportuno acceder a ello<sup>2364</sup>, y se ordenó a la Cámara de Castilla que, a la mayor brevedad posible, le expidiera los certificados necesarios<sup>2365</sup>.

De nuevo la Corona accedió a las pretensiones de un aristócrata, pero los beneficios que esperaba conseguir con la presencia del conde de Amarante en el Batallón, bien justificaban esta liberalidad, pues se trataba de un individuo con una consolidada red clientelar, gracias a la cual podría formar su compañía en un plazo de tiempo razonable. Pero no solo era importante que la unidad estuviera lista en el menor tiempo posible, sino que también había que valorar la calidad de sus integrantes. Aquí era donde D. Alonso podía jugar su baza más fuerte, pues se había comprometido a integrar en ella a un considerable número de hidalgos<sup>2366</sup>.

La trayectoria profesional de D. Alonso permite asestar otro golpe a los detractores de la nobleza por el abandono de su función tradicional (es decir, el servicio militar personal). Pues no solo sirvió en su puesto de capitán (a partir del 17 de agosto), sino que según la relación de los servicios de D. García de Ozores, su nieto, consta que murió el 16 de octubre, como consecuencia de las heridas recibidas en combate<sup>2367</sup>. Pero además, según esa misma relación, D. Diego de Lemos, su hijo, que también sirvió en el ejército de Cataluña como capitán de caballos arcabuceros reformado (con 60 escudos

---

<sup>2363</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Alonso de Lemos y Ulloa, caballero de la orden de Alcántara, de que se le permita tomar a censo sobre su mayorazgo 3.000 ducados, para disponerse y prevenirse en la ocasión presente, que va a servir en el batallón de ellas.* Madrid, 30-5-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2364</sup> *Ibidem.*

<sup>2365</sup> *Papel del secretario Gregorio de Tapia al secretario Juan Bautista de Navarrete sobre la facultad concedida a D. Alonso de Lemos y Ulloa, caballero de la orden de Alcántara.* Madrid, 19-6-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4644.

<sup>2366</sup> “(.....) Y la junta representa a V.M. la calidad, lustre y séquito de vasallos de D. Alonso, así como lo que ha ayudado a esta leva; y para perfeccionarla tiene buscados muchos hijosdalgo. Y en ninguno de su grado se reconoce pueda ser más a propósito para este empleo.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes en la que recomienda la persona de D. Alonso de Lemos y Ulloa, caballero de la orden de Alcántara, para una de las compañías del Batallón de ellas.* Madrid, 20-7-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2367</sup> *Relación de los servicios del maestro de campo D. García de Ozores, conde de Amarante, caballero de la orden de Alcántara.* Madrid, 12-2-1680. AGI, Indiferente, Leg. 128/50.

de sueldo al mes) estuvo activo durante el mismo tiempo que su padre, pues también murió ese mismo día en el campo de batalla<sup>2368</sup>.

Pese a que en este documento no conste, sería razonable suponer que D. Diego prestó servicios en la compañía de su padre. Entre los argumentos que sustentan esta teoría se encuentra la coincidencia del periodo en el que ambos lo sirvieron, además era una práctica muy habitual (más si cabe en el caso de la caballería de las Órdenes Militares) que los familiares más próximos al jefe de la compañía sirvieran en ella; y en último lugar, el salario percibido como capitán reformado, 60 escudos, recuerda a otros supuestos similares en los que se hizo merced al individuo en cuestión del último sueldo percibido, como incentivo para servir en el Batallón. El punto débil de esta teoría se encuentra en el hecho de que no sirviera como teniente o alférez de la compañía de su padre, pues era frecuente esta circunstancia. Su ausencia (en los mencionados empleos) resulta aún más sorprendente si tenemos en cuenta que D. Diego contaba con experiencia militar como capitán de caballos arcabuceros; y precisamente era la falta de contacto con la carrera de las armas lo que podía pesar más en su contra, pues en el caso de la caballería de las Órdenes Militares, muchos de los tenientes serían los verdaderos capitanes de las compañías.

El marqués D. Carlos Dacia, maestre de campo y caballero de la orden de Santiago, nombrado capitán de otra de las compañías, fue otro de los oficiales que trató de sacar el máximo partido posible a su presencia en el Batallón de las Órdenes. Su principal anhelo era conseguir una plaza en el Consejo Colateral de Nápoles (principal órgano consultivo del Reino, cuyos ministros se sentaban junto al virrey), de la cual se creía merecedor por sus méritos, además de un hábito para un sobrino. No obstante, tras debatirse esta pretensión en el Consejo de Italia, se resolvió concedérsela pero con la condición de que sirviera primero dos campañas más<sup>2369</sup>. Pero la Junta de la Milicia de las Órdenes intercedió por D. Carlos y solicitó que se redujera a una sola (la del año en curso). Sin embargo, esta solicitud fue rechazada en dos ocasiones<sup>2370</sup>. Por consiguiente, si quería hacerse con esta merced debía cumplir el acuerdo inicial, consistente en dos campañas de servicio. Sin embargo, los acontecimientos posteriores ablandaron la resistencia de la Corona, pues D. Carlos combatió valerosamente en la batalla de Lérida,

---

<sup>2368</sup> *Ibíd.*

<sup>2369</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del marqués D. Carlos Dacia, caballero de la Santiago.* Madrid, 27-6-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2370</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del marqués D. Carlos Dacia.* Daroca, 19-9-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

donde recibió graves heridas, (que le imposibilitaron continuar el servicio activo) y estuvo prisionero de los franceses durante un breve periodo. Esta circunstancia motivó que se autorizara, de manera inmediata, el despacho de dicha merced, y que dispusiera de ella lo antes posible<sup>2371</sup>.

Hasta este momento, en todas las peticiones de hábito gestionadas por la Junta de la Milicia de las Órdenes estaba presente la condición de servir, al menos, una campaña en el Batallón. Es decir, primero se realizaba el servicio en cuestión, y una vez realizado, se concedía la recompensa. Pero a principios de junio hemos encontrado la primera referencia a un individuo que solicitó vestir el hábito antes de acudir a servir. Se trataba del maestre de campo D. Antonio de Ulloa y Lemos, teniente de la compañía del conde de Monterrey. Pese a sus servicios previos (que incluían 25 años en diferentes teatros de operaciones), y el empleo tan importante que iba desempeñar, se creyó conveniente reprobar su petición, porque supondría abrir la puerta a solicitudes de este género, contrarias al objetivo que se pretendía alcanzar<sup>2372</sup>.

Pese al rigor de esta normativa, debemos mencionar que hubo algunas excepciones. Entre ellas se encontraba el capitán de dragones Julián Jordi, alférez de la mencionada compañía, quien también había servido 25 años, repartidos entre Milán, Flandes y Cataluña. En primer lugar, se le concedió el hábito antes de cumplir el tiempo de servicio establecido<sup>2373</sup>, una gracia que a otros se había denegado, lo cual nos lleva a plantearnos por qué había tenido éxito donde otros fracasaron. Tal vez se debiera a que el capitán Julián Jordi podía ser utilizado como reclamo para otros catalanes, como ejemplo de individuo que había sido honrado y gratificado gracias al servicio a la Corona. Además, la situación en la que se encontraba Cataluña, levantada contra el rey de España y bajo protección francesa, aconsejaba la puesta en marcha de programas destinados a ganarse la voluntad de los vasallos rebeldes, así como ganar adeptos para la

---

<sup>2371</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del marqués D. Carlos Dacia, de que se le haga merced de mandar que se le cumpla la merced de plaza en el consejo colateral de Nápoles, por lo que ha servido este año.* Zaragoza, 26-11-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2372</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del maestre de campo D. Antonio de Ulloa y Lemos, que va a servir en el batallón de ellas como teniente de la compañía del conde de Monterrey, de que se le anticipe la merced de hábito que se da a los demás que van con el, y que sea de la orden de Santiago.* Madrid, 11-6-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2373</sup> “Suplico a V.m. se sirva de que se envíen los despachos necesarios al consejo de las Órdenes, sobre que se reciban aquí sus pruebas, conforme la resolución de S.M., porque está para marchar luego, y sería de sumo desconsuelo no lograr antes esta merced.” *Carta del secretario Tapia al secretario Juan Bautista de Navarrete sobre el hábito del capitán Julián Jordi, alférez de la compañía del conde de Monterrey.* Madrid, 9-7-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

causa realista<sup>2374</sup>. Además, se accedió a que las pruebas de su hábito se hicieran por patria común (tal y como se estableció que se hiciera con todos los peticionarios catalanes y portugueses). En este supuesto, al ser su familia oriunda de Perpiñán, en esos momentos sitiada por los franceses y a punto de caer, estaba más que justificada.

Ya solo quedaba superar un último obstáculo: la prohibición general que afectaba a las concesiones de hábitos (como ya hemos mencionado, en 1642 se prohibió despachar hábitos de Santiago), el cual también fue salvado, pues el capitán Jordi acreditaba servicios en Cataluña durante las campañas antecedentes, y su hábito podía ser despachado con toda tranquilidad<sup>2375</sup>. Sin embargo, no tenemos evidencias documentales de que fuera admitido en las Órdenes Militares (tal vez su candidatura fuera rechazada por el descubrimiento de alguna falta, bien en su familia bien en su persona; o podría haber sucedido que esta merced hubiera ido a parar a un familiar o a una tercera persona). En cambio, si se atendió a otra de sus peticiones, consistente en una patente de capitán de caballos corazas, junto con el sueldo de reformado (80 escudos de sueldo al mes)<sup>2376</sup>.

Juan Martín de Terrazas, quien se disponía a servir como alférez de la compañía de su padre, el comisario general Juan de Terrazas, caballero de la orden de Santiago, fue otro de los ejemplos en los que mejor se aprecia la importancia de las relaciones familiares a la hora de proveer los cargos de la oficialidad de las compañías. A esta circunstancia se unía su pertenencia a una familia con una dilatada trayectoria militar. En este sentido, el servicio en unidades comandadas por familiares, a pesar de los inconvenientes que acarreaba (en lo relativo a venalidad y nepotismo) era un buen camino para que jóvenes con vocación militar pudieran adquirir experiencia, hacer carrera en el ejército y optar a los empleos mayores. Este parece ser su caso, pues su trayectoria profesional comenzó en la compañía de su tío, el capitán de corazas D. Bartolomé Terrazas, donde sirvió como alférez, y ahora iba a servir ese empleo en la

---

<sup>2374</sup> En su artículo sobre la presencia de oficiales catalanes en el ejército español, menciona al capitán Jordi como uno de los demandantes de mercedes a la Corona por sus servicios. En esta ocasión se trataba de un cargo del que no se especifican más detalles. ESPINO LÓPEZ, A.: "Oficiales catalanes.....", *Op. cit.* p. 52.

<sup>2375</sup> "S.M, Dios le guarde, en resolución de consulta de la junta de la milicia de las Órdenes, de 5 y 16 de junio de este año, ha sido servido de hacer merced al capitán Julián Jordi del hábito de la orden de Santiago, en consideración a sus servicios y que va a continuarlos en la caballería de las Órdenes, y que no le embaraza la prohibición general por haber servido en Cataluña." *Papel del secretario Tapia al secretario D. Jerónimo de Lezama, en el que informa que S.M., ha hecho merced de hábito de la orden de Santiago al capitán Julián Jordi*. Madrid, 15-7-1642. AHN, OO.MM, Leg. 105(1), nº 137.

<sup>2376</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del capitán de dragones Julián Jordi, de que se le haga merced de patente de corazas y sueldo de reformado*. Madrid, 5-6-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.



compañía de su padre. En lo relativo a las mercedes que exigió por su asistencia, se encontraba un hábito de la orden de Santiago, y que fuera despachado ese mismo año, porque al haber servido la campaña de 1641 en Tarragona, no le afectaba el periodo de la prohibición<sup>2377</sup>. Pese a todo, su petición no debió de ser atendida, pues no hemos encontrado ninguna prueba de que llegara a convertirse en caballero de hábito.

Lo acontecido con D. Juan Barba de Bordas, caballero de la orden de Alcántara y caballerizo de la reina (que iba a servir el puesto de alférez de la compañía de D. Francisco Antonio Fernández de Córdoba, marqués de Guadalcazar) constituyó uno de los ejemplos más reveladores de lo que se podía conseguir con individuos sin ninguna vinculación con la milicia, siempre y cuando se le ofrecieran los incentivos adecuados. D. Juan obtuvo su hábito gracias a los servicios prestados como caballerizo de la reina, pero al contrario que la mayoría de los caballeros de las Órdenes Militares que ostentaban empleos vinculados a las Casas Reales (quienes en función de estos empleos estaban relevados de acudir en persona y solo tenían que entregar un sustituto) se presentó para servir en el Batallón de las Órdenes formado en 1640.

Desde el principio, D. Juan trató de sacar el máximo partido posible a su participación, pues solicitó a la Junta de la Milicia de las Órdenes que recomendara su persona al Conde Duque (en su condición de capitán general de la caballería de las Órdenes Militares), como candidato a comandar alguna de las compañías de la orden de Alcántara<sup>2378</sup>. Si bien no fue tenido en cuenta a la hora de la provisión de los empleos de capitán, sirvió en el Batallón hasta principios de 1641, cuando el marqués de los Vélez le concedió licencia, por dos meses, para abandonar el servicio y ocuparse de asuntos relativos a su familia. No obstante, dejó un sustituto montado y armado en su lugar<sup>2379</sup>.

Según nuestro criterio, nos da la impresión de que, al no ver satisfechas sus expectativas, buscó cualquier excusa que le permitiera abandonar el servicio, y que no se le obligara a volver al frente. Con todo, antes de retirarse solicitó que se le hiciera

---

<sup>2377</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del alférez Juan Martín Terrazas, que ha servido en Tarragona, y que va a continuarlo en el batallón de ellas, en el puesto de alférez de la compañía del comisario general Juan de Terrazas, su padre, de que se le haga merced de hábito de la orden de Santiago.* Madrid, 20-7-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2378</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Juan Barba de Bordas, caballero de la orden de Alcántara, que va a servir en persona en el batallón de ellas.* Madrid, 3-9-1640. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>2379</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Juan Barba de Bordas, caballero de la orden de Alcántara.* Madrid, 22-5-1641. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

merced del gobierno de la ciudad de Popayán<sup>2380</sup>, dependiente del virreinato del Perú (situada en la actual Colombia), aunque no nos consta que se le concediera.

Todas estas circunstancias, al menos en teoría, supondrían el final de la singladura de D. Juan en la profesión de Marte. Pero la formación del nuevo Batallón de las Órdenes en 1642 le ofrecía una segunda oportunidad, pues si en 1640 eran necesarios individuos con experiencia militar, sobre todo en la caballería, dos años después lo eran todavía más. En esta tesitura, la situación era todavía más favorable a sus intereses, pues en él confluían las dos cualidades más apreciadas en los integrantes del Batallón: la posesión del hábito y la experiencia militar (si bien D. Juan solo había servido durante unos meses, lo había hecho en la anterior formación del Batallón, circunstancia que sería especialmente valorada).

Su nombramiento como alférez del marqués de Guadalcazar venía a darle la razón, pues con sólo unos meses de servicio obtuvo un empleo de oficial en la unidad más prestigiosa del ejército español, a lo que habría que añadir un salario mensual de 40 escudos. Por si esto no fuera suficiente, el nombramiento que acababa de recibir le serviría de trampolín para optar a nuevas mercedes. Así, D. Juan solicitó que el hábito que le correspondería por servir la campaña de ese año, fuera a parar a un primo-hermano suyo, D. Francisco de la Milla Barba, pasado el tiempo de la prohibición<sup>2381</sup>. En última instancia, sus servicios tuvieron un peso definitivo para el éxito de su pretensión, allí donde otras habían sido desestimadas, ya que fue tramitada con una diligencia digna de mención, pues al año siguiente D. Francisco recibió el hábito de la orden de Alcántara que se había prometido a D. Juan por servir en la caballería de las Órdenes Militares<sup>2382</sup>.

El capitán D. Francisco de Tapia, designado alférez de la compañía del conde de Alba de Aliste (quien acreditaba un cuarto de siglo de servicios a sus espaldas, parte de ellos en la caballería, prestados en Alemania, Italia y Flandes), junto con el hábito que estaba prometido con carácter general, solicitó las pruebas se realizaran en Madrid, por patria común. Además demandó el sueldo de capitán de caballos corazas, consistente en 80 escudos al mes, así como la patente de dicho empleo, tal y como se había hecho con

---

<sup>2380</sup> *Ibíd.*

<sup>2381</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Juan Barba de Bordas, caballero de la orden de Alcántara, que ha servido en el batallón antiguo de ellas, y que va a servir en este que se forma, de que se le conceda un hábito para D. Francisco Barba, su primo hermano.* Madrid, 20-7-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2382</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Alcántara, Expediente 974.

otros oficiales menores del Batallón<sup>2383</sup>. Su intachable hoja de servicios, junto con el hecho de que D. Francisco, debido a la falta de experiencia del conde en combate (ya que pese a haber servido como gobernador de las armas, no era un cargo que implicara arriesgar su integridad física en el campo de batalla), como de su hijo, D. Manuel Enríquez, que iba a servir como teniente de ella, iba a ser, de facto, el capitán de la compañía, , aconsejaban mostrarse generoso con su persona. Pese a todo, sus exigencias se consideraron excesivas y fueron desestimadas, pues únicamente se accedió a despachar su hábito por patria común<sup>2384</sup>.

Un par de meses más tarde, consumado el desastre de Lérida, D. Francisco solicitó de nuevo la patente de capitán de caballos corazas con el sueldo anejo, así como la futura sucesión del castillo de Tortona (ubicado en el Milanesado), y si esto no fuera posible, que se le hiciera esta merced en cualquier de fortaleza de Nápoles o Sicilia. Sin embargo, en esta ocasión tampoco alcanzó todos sus objetivos, pues sólo se le concedió la patente de corazas “ad honorem”<sup>2385</sup>.

Pero a la altura de 1647 todavía no se le habían hecho efectivas estas mercedes, pues en esa fecha reclamó que se le despachara la patente de caballos corazas sin sueldo, y que el hábito de la orden de Santiago que tenía prometido pudiera ser utilizado para dotar a su hija, Dña. Ana de Tapia<sup>2386</sup>. Pues además del tiempo que estaba obligado a servir para su concesión, lo continuó durante los años siguientes, incluyendo la campaña de 1646 de nuevo en la caballería de las Órdenes Militares, y después como uno de los asistentes del marqués de Leganés, capitán general del ejército de Cataluña<sup>2387</sup>. Al final, decidió que el hábito fuera para la persona que contrajera matrimonio con una hermana suya. Pero al morir esta sin utilizarlo (en 1664), fue a parar a un sobrino: D. José de la Puente y Verastegui, quien ingresó en la orden de Alcántara en 1673<sup>2388</sup>.

---

<sup>2383</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensiones de algunos que van a servir a V.M. en el batallón de ellas.* Molina de Aragón, 17-9-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2384</sup> *Ibidem.*

<sup>2385</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre las pretensión del capitán D. Francisco de Tapia, que va a servir en el batallón de ellas como alférez de la compañía del conde de Alba de Aliste.* Zaragoza, 6-11-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2386</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Francisco de Tapia, de que se le cumplan las mercedes que S.M. le tiene hechas por servir en el batallón de ellas la campaña de 1642 como alférez de la compañía del conde de Alba de Aliste.* Madrid, 8-2-1647. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>2387</sup> *Ibidem.*

<sup>2388</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Alcántara, Expediente 1233.

Aunque en general la Corona se mostró generosa con quienes estaban dispuestos a servir en el Batallón (aún más acentuada en el caso de los oficiales), también hemos encontrado algún caso en el que las esperanzas depositadas no se vieron satisfechas. Uno de ellos fue el capitán de caballos corazas D. Bartolomé de Arizmendi (en servicio desde el año 1622), teniente de la compañía del comisario general de la unidad, D. Juan de Terrazas. Desde el primer momento tuvo claro que no deseaba utilizar el hábito prometido para si mismo, sino que su objetivo era emplearlo para dotar a una de sus dos hijas, con vistas a conseguir un matrimonio ventajoso<sup>2389</sup>. Sin embargo, nuestro rastreo por la documentación no ha dado resultados positivos, y no nos consta que se despachara ninguna merced por ese motivo.

Otros oficiales, tanto con hábito como sin el, creyeron más conveniente no solicitar la merced que les correspondía por servir la campaña de 1642 en el Batallón, y optaron por plantear otras reivindicaciones. Entre ellos, destaca el capitán de caballos arcabuceros D. Sebastián Correa de Silva, caballero de la orden de Santiago, y teniente de la compañía de D. Alonso de Lemus, uno de los que más ventajas obtuvo de su servicio en la caballería de las Órdenes Militares. En primer lugar, exigió una patente de capitán de caballos corazas sin sueldo, y que los 300 reales mensuales que tenía asignados (además de su salario ordinario) con cargo a los fondos del pagador general del ejército de Extremadura (teatro de operaciones en el que prestaba servicios antes de incorporarse a la caballería de las Órdenes), le fueran entregados a su mujer; a lo cual se accedió<sup>2390</sup>. De la misma manera, consideró que su presencia en el Batallón suponía una ocasión inmejorable para resarcirse de sus pérdidas patrimoniales, ocasionadas por la rebelión de Portugal, y consolidar su posición en la villa de la que era oriundo, Olivenza (en la actual provincia de Badajoz). Así, solicitó que se le abonaran 4.000 ducados de renta, procedentes de los bienes incautados a los rebeldes, así como los empleos de capitán, alcaide mayor y castellano de la localidad pacense. Por si esto no fuera suficiente, en última instancia, demandó que se le hiciera merced del sueldo de capitán de caballos corazas<sup>2391</sup>. El hecho de que D. Sebastián era portugués, y las beneficiosas

---

<sup>2389</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*..... 17-9-1642.

<sup>2390</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del capitán de arcabuceros a caballo D. Sebastián Correa de Silva, caballero de la de Santiago*. Madrid, 5-6-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2391</sup> “(.....) Y en consideración de sus servicios y por haber muerto su padre en Olivenza, y haber tomado los rebeldes su hacienda y su casa, suplica que se le haga merced de los cargos de capitán, alcaide mayor y castellano de aquella villa, que tenía el dicho padre, y los perdió con la vida en el levantamiento presente. Y que asimismo, se le den hasta 4.000 ducados de renta, de la hacienda que constare ser de los traidores.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*..... 17-9-1642.

consecuencias que tendría mostrarse generoso con él (para animar a otros individuos de la misma nación a permanecer fieles a Felipe IV, o tomar partido por la causa española) motivó que la Corona accediera a todas sus peticiones salvo el sueldo, que fue canjeado por una ayuda de costa aún por cuantificar<sup>2392</sup>.

El capitán de caballos lanzas D. Francisco Vélez de Medrano, caballero de Calatrava, propuesto para la tenencia de la compañía del marqués de Guadalcazar (cuyos servicios se remontaban al año 1629), tampoco estaba dispuesto a desaprovechar esta oportunidad para sacar el mayor beneficio posible. Como D. Francisco ya poseía el hábito, estaba autorizado, como el resto de caballeros que se disponían a servir en el Batallón, a hacer efectiva esta merced en quien creyera oportuno. No tenemos constancia de que propusiera a alguien para ella, lo cual podía deberse a que renunciara a ella a cambio de otras prebendas para su persona.

D. Francisco tenía a su favor el hecho de que, al igual que lo acontecido con las compañías de la nobleza y el Escuadrón de la Nobleza, la Junta de la Milicia de las Órdenes entró en conflicto, a la hora de reclutar a los individuos más capacitados para formar parte del Batallón, con otra unidad a la cual ya nos hemos referido: el Regimiento del Príncipe. Esta pugna, por hacerse con los servicios de los más beneméritos, jugó a favor de los militares (en concreto aquellos con unas trayectorias profesionales más dilatadas), pues en última instancia podían decidirse por servir en una u otra formación, conforme los incentivos que se le ofrecieran. Es más, podía darse el caso, como ocurrió con el capitán Vélez de Medrano, de que se exigiera el resguardo de las prebendas que ya se le habían prometido por alistarse en el Regimiento del Príncipe, si la Junta de la Milicia de las Órdenes deseaba contar con su persona en el Batallón. En este sentido, el organismo encargado de la formación de dicha unidad se comprometió a respetar todas aquellas promesas de hábito que se habían hecho por servir en el Regimiento del Príncipe, si sentaban plaza en la caballería de las Órdenes Militares. Pero no se trataba únicamente de hábitos, sino que con carácter general se subrogaron la totalidad de las mercedes.

Entre las que solicitó D. Francisco se encontraba la concesión de un tercio, así como de la oportuna patente de maestre de campo, y el sueldo anejo (que ascendía a 116 escudos mensuales). En última instancia, demandó que se le hiciera efectiva la encomienda de 400 ducados de renta que tenía concedida con anterioridad, y mientras

---

<sup>2392</sup> *Ibidem.*

esto ocurría, que se le abonara dicha cantidad con cargo al servicio de millones que pagaba la ciudad de Soria<sup>2393</sup>. Este hecho vendría a demostrar que, de una manera similar a lo acontecido con los hábitos, la utilización de las encomiendas para recompensar los servicios prestados, también estaba dando síntomas de agotamiento, pues si su concesión no iba acompañada de la renta anual que llevaba aneja esta recompensa, perdía gran parte de su atractivo. La posesión del título de comendador era un poderoso aliciente para un caballero de hábito, pero en gran medida, las encomiendas eran deseadas porque otorgaban al usufructuario una renta vitalicia, segura, que le permitiría vivir con cierto desahogo. Por otra parte, no debemos ignorar que las encomiendas de las Órdenes Militares también sufrieron la crisis que afectó al agro castellano durante esos años, y que se tradujo en una notable caída de su producción, así como de los ingresos que percibían los titulares. Suponemos que por ese motivo D. Francisco propuso que los 400 ducados que debía percibir, se le abonaran a través del servicio de millones, una de las figuras fiscales que más engordaban las arcas de la Real Hacienda<sup>2394</sup>. Pese a todo, no tenemos evidencia documental de que se cumplieran todas sus expectativas, pues únicamente se accedió a su pretensión de la encomienda, mientras que las restantes demandas no fueron atendidas<sup>2395</sup>. Tampoco tenemos constancia de que D. Álvaro Daza, caballero de Santiago, alférez de la compañía del marqués de Carpinete, reclamara dicho hábito, sino que demandó una patente de capitán de caballos corazas, junto con el sueldo de capitán de caballos arcabuceros. En última instancia, se cumplieron parcialmente sus deseos, pues se le despachó la referida patente, en concreto de caballos arcabuceros, aunque sin sueldo<sup>2396</sup>.

Otro que tampoco podía quejarse de su decisión de cambiar el hábito ofrecido por otras gratificaciones, fue el capitán de caballos corazas D. Rodrigo Dávila Ponce de León, caballero de la orden de Santiago y teniente de la compañía del marqués de Cerralbo. Como hemos podido observar en las páginas anteriores, D. Rodrigo trató por todos los medios de excusar su presencia en el Batallón, aunque en última instancia, como consecuencia de los incentivos que se le ofrecieron, cambió de parecer y aceptó el puesto que se le ofrecía. Esta decisión le iba a reportar jugosos beneficios, pues solicitó una patente de maestro de campo y el mando de un tercio. Además, instó a la Corona

---

<sup>2393</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del capitán de caballos lanzas D. Francisco Vélez Medrano, caballero de Calatrava.* Madrid, 3-5-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2394</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes.*..... 17-9-1642.

<sup>2395</sup> *Ibidem.*

<sup>2396</sup> *Ibidem.*

para que se permitiera a su hermano, D. Enrique Dávila Ponce de León, también caballero de Santiago, que era teniente de la compañía en la que ambos servían, mandarla en su ausencia. Detrás de esta decisión se encontraba el deseo de conservar la inversión que los dos hermanos habían hecho (levantaron su propia compañía de caballos en 1639), y evitar que otro individuo accediera al empleo de capitán, con el consiguiente malestar para D. Enrique, que se vería obligado a servir a las órdenes de otro oficial, ajeno a su familia. Su última demanda consistió en solicitar permiso para vender un censo vinculado a su mayorazgo, valorado en 2.500 ducados, con los cuales poder financiar parte de su participación en esta empresa, así como obtener algo de liquidez<sup>2397</sup>.

El capitán de caballos arcabuceros D. Francisco Spataro, alférez de la compañía del marqués D. Carlos Dacia, quien había servido durante 17 años en Italia, Flandes y España, también optó por solicitar otras mercedes en lugar del hábito. Por una parte, a D. Francisco ya se le habían concedido 60 escudos mensuales, por alistarse en el Regimiento del Príncipe, los cuales serían percibidos en Sicilia una vez finalizado su tiempo de servicio, por alistarse en el Regimiento del Príncipe. Sin embargo, la Junta de la Milicia de las Órdenes echó el resto para que D. Francisco sirviera en el Batallón, y además respetarle la gratificación anteriormente despachada, se le nombró alférez de una de las compañías, y se le entregó una patente de capitán de caballos corazas con el sueldo de reformado<sup>2398</sup>.

El capitán de infantería Gonzalo Sabino de Zúñiga fue otro de los militares que vio en el Batallón de las Órdenes una ocasión inmejorable de promoción, pues acreditaba una dilatada trayectoria castrense, la cual incluía 20 años de servicios en la caballería, prestados en Flandes con los empleos de alférez y teniente. Estos méritos eran más que suficientes para desempeñar el cargo de ayudante de comisario general, que ostentó durante las campañas de los años 1640-1641. Sin embargo, nos llama la atención que, al contrario que otros muchos profesionales de la milicia, no pidiera un hábito a cambio de prestar servicios en el Batallón, sino que sus aspiraciones se dirigieron hacia el mando de una compañía de caballos arcabuceros<sup>2399</sup>. Al año siguiente

---

<sup>2397</sup> Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del capitán de caballos corazas D. Rodrigo Dávila Ponce de León, caballero de la de Santiago, que ha aceptado la tenencia de la compañía del marqués de Cerralbo. Madrid, 21-7-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2398</sup> Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del capitán D. Francisco Spataro. Madrid, 23-7-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2399</sup> Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del capitán Gonzalo Sabino de Zúñiga. Madrid, 5-5-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

solicitó se le hiciera merced del empleo de comisario general de la caballería del Reino de Galicia<sup>2400</sup>, y en 1642 un hábito de la orden de Santiago (realizándose las pruebas en Madrid, por patria común) así como una compañía de caballos corazas<sup>2401</sup>. En vista de su intachable hoja de servicios, pese a que demandaba el cumplimiento de todas sus peticiones para continuar sirviendo en el Batallón, bien en su antiguo empleo, bien como teniente de alguna de las compañías de la segunda formación de la caballería católica, la Corona no podía permitirse el lujo de prescindir de sus servicios<sup>2402</sup>.

La Junta, consciente de la necesidad que tenía la Corona de militares como éste, y con experiencia en la caballería, se mostró a favor de concederle el hábito y una patente de capitán de caballos corazas, siempre y cuando aceptara servir la campaña de 1642<sup>2403</sup>. Pese a este dictamen favorable, lo cierto es que el sistema de concesión de hábitos de las Órdenes Militares, para recompensar a los servidores de la Corona, evidenciaba cada vez más muestras de colapso pues era imposible dar satisfacción a esta ingente demanda. La reacción del poder real ante esta circunstancia fue restringir el despacho de dichas mercedes, y limitar a su concesión (en lo relativo a la orden de Santiago) a quienes hubieran prestado servicio en Cataluña durante el año anterior<sup>2404</sup>.

Aunque continuó prestando servicios en el Batallón en su antiguo empleo de ayudante de comisario general, por lo menos hasta octubre-noviembre de 1642, no hemos encontrado pruebas que atestigüen su ingreso en las Órdenes Militares. En ese momento solicitó ser reformado, o que se le concediera licencia para retirarse a Galicia, donde serviría en las tropas de a pie, ya que su falta de salud le impedía seguir militando en la caballería<sup>2405</sup>.

Suponemos que este deseo respondería a su frustración por no haber recibido las mercedes solicitadas. Según su criterio, debido a sus contactos con el marqués de Valparaíso, gobernador y capitán general del Reino de Galicia, tenía muchas más

---

<sup>2400</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de Gonzalo Sabino de Zúñiga, ayudante de comisario general de la caballería de ellas.* Madrid, 15-4-1641. AHN, OO.MM, Leg. 4667.

<sup>2401</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión.....*5-5-1642.

<sup>2402</sup> *Ibídem.*

<sup>2403</sup> *Ibídem.*

<sup>2404</sup> “(.....) como parece [en cuanto a la concesión del hábito], no contraviniéndose a la orden que tengo dada en cuanto a hábitos.” *Ibídem.*

<sup>2405</sup> “(.....) suplica que se le reforme, ofreciendo servir sin puesto y sin sueldo esta campaña, o que se le de licencia y pasaporte para que vaya a servir a Galicia, donde tiene su casa y hacienda, y se la está quemando el enemigo. Habiendo constado por informe médico que padece gravísimos dolores renales (.....).” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la licencia que pide Gonzalo Sabino de Zúñiga para que vaya a servir a Galicia.* Zaragoza, 26-11-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.



posibilidades de obtener algo productivo, pues había recomendado su persona para el cargo de comisario general de la caballería regnícola<sup>2406</sup>.

Lo acontecido con este oficial es muy ilustrativo de lo que podía suceder si la Corona no ofrecía fuertes incentivos a quienes tenían intención de alistarse en la caballería de las Órdenes Militares. Pues el abandono del servicio activo era una posibilidad que debía ser tenida en cuenta. Así, el alistarse en esta unidad fue atractivo en tanto en cuanto sus integrantes tenían la esperanza de ver colmadas sus expectativas socio-profesionales. Pero si su asistencia estaba rodeada de las mismas incertidumbres que en el resto de las fuerzas españolas, muy pocos estarían interesados en sentar plaza en ella.

Otro ejemplo de competencia entre el Batallón de las Órdenes y el Regimiento del Príncipe, por incluir en sus filas a oficiales veteranos, fue el del capitán D. Alonso de Ortega y Robles (con más de 11 años de servicios a sus espaldas, prestados en las galeras de Génova y en Italia), a quien se prometió un hábito a cambio de enrolarse en este último. Sin embargo, su tramitación se vio paralizada por un hecho al que ya nos hemos referido: la promulgación medidas restrictivas en el despacho de los hábitos, que estuvieron vigentes durante todo el año 1642<sup>2407</sup>. Junto con esta merced, solicitó una patente de capitán de caballos corazas “ad honorem” (sin sueldo), la cual sería entregada a la conclusión de la campaña.<sup>2408</sup>

Nos encontramos ante una nueva evidencia de la imposibilidad de la Corona para recompensar a todos los que lo merecían. En estas circunstancias, desde principios de la década de los 40 se intensificó la pugna entre el rey y el Consejo de Órdenes, pues mientras éste deseaba utilizar los hábitos sin ningún tipo de limitación, aquel se mostró partidario de restringir su concesión por el temor a que su consideración social se viera devaluada. Por algún motivo que desconocemos, abandonó el regimiento del Príncipe y sentó plaza en la caballería de las Órdenes,. Aunque pudiera deberse a que al estar prometido el hábito, con carácter general, a todos los que sirvieran en esta unidad,

---

<sup>2406</sup> “(.....) Y refiere que el marqués de Valparaíso, suplicó a V.M. se le diese compañía de caballos, junto con el título de comisario general de la caballería de aquel Reino [Galicia]. *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión*.....5-5-1642.

<sup>2407</sup> *Papel del secretario D. Fernando de Contreras al secretario D. Jerónimo de Lezama, en el que participa que S.M. ha hecho merced al capitán D. Alonso de Ortega y Robles, de hábito para pasado el año de la prohibición*. Madrid, 15-5-1642. AHN, OO.MM, Leg. 105(2), nº 124.

<sup>2408</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del capitán D. Alonso de Ortega y Robles, de que se le haga merced de una patente de caballos sin sueldo*. Madrid, 21-7-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

considerara que tenía más posibilidades de promoción sirviendo en ella<sup>2409</sup>. Pese a que los términos de la concesión habían quedado perfectamente estipulados, D. Alonso debió de esperar varios años hasta que alcanzó su objetivo. Sabemos que cumplió con su obligación, pues sirvió hasta mediados de noviembre, cuando se le concedió licencia para que pudiera curarse de las graves heridas recibidas en la batalla de Lérida (7 de octubre); y una vez repuesto sirvió hasta diciembre de 1643 en la compañía de Juan de Otho. Por si esto no fuera suficiente, continuó sus servicios durante la campaña de 1645, a su costa, en el regimiento de la guardia del rey<sup>2410</sup>. Al final, sus gestiones fructificaron y en 1651 pudo vestir el tan ansiado hábito de la orden de Santiago<sup>2411</sup>.

Pero los efectos de la prohibición general se dejaron sentir en individuos que tenían concedido el hábito con anterioridad a ella, como por ejemplo el capitán de caballos arcabuceros D. Miguel de Chaporta Meceta<sup>2412</sup>. Sus servicios, así como el hecho de haber servido las campañas de 1640 y 1641 en el ejército de Cataluña, tener sentada plaza (si bien de forma efímera) en el Regimiento del Príncipe, y continuar haciéndolo al frente de la compañía de arcabuceros que se le acababa de conceder, le hacían merecedor del hábito sin esperar al año de la prohibición. Al mismo tiempo, como consecuencia de los gastos ocasionados por servir sin sueldo, y a su costa, las dos

---

<sup>2409</sup> “(.....) Al capitán Ortega, que va a servir en el batallón de las Órdenes, ha acordado la junta que, en conformidad de resolución de S.M., se le de luego cédula de hábito, como a los nobles que fueren a servir en la caballería de ellas, poniendo en ella la calidad de servir primero en el dicho batallón la campaña de este año. Y que esto se entienda no usando de la merced que tiene, de un hábito para pasado el año de la prohibición.” *Papel del secretario Tapia al secretario Lezama sobre el hábito que está hecha merced al capitán D. Alonso de Ortega, para pasada la prohibición, con calidad de servir la campaña de este año en la caballería de las Órdenes*. Madrid, 21-8-1642. AHN, OO.MM, Leg. 105(1), nº 124.

<sup>2410</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del capitán D. Alonso de Ortega, de que se le admita la cédula de merced de hábito que se le dio, con calidad de servir un año en el batallón de ellas*. Madrid, 2-2-1646. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>2411</sup> AHN, OO.MM, Expedientillos, nº 2.570.

<sup>2412</sup> El inicio de su carrera militar se remonta al año 1626, cuando sirvió como soldado aventajado en la compañía del capitán D. Pedro Pérez de Aristizábal, integrada en las fuerzas que acudieron a socorrer la isla de San Juan de Puerto Rico, sitiada por los holandeses. Continuó sirviendo hasta 1639 en la Armada de la Carrera de Indias, y ese año se le nombró ayudante de sargento mayor de uno de los tercios que servían en la Armada del Mar Océano. En octubre de 1640 pasó a servir en el ejército de Cataluña, de nuevo como soldado (pero en esta ocasión a su costa), en la compañía del capitán D. Agustín de Valencia, perteneciente al tercio del maestro de campo D. Fernando Miguel de Tejada, y lo continuó hasta 30 de agosto de 1641. Y en mayo de 1642 sentó plaza en el regimiento del Príncipe, en la compañía de Diego Gómez de Sandoval, hasta finales del mes de julio, con 25 escudos de sueldo al mes, fecha en la que se le hizo merced de una compañía de caballos arcabuceros, hasta el 22 de octubre, en que fue reformado. Finalmente, continuó sirviendo como capitán reformado hasta el 1 de diciembre, cuando el marqués de Leganés le concedió licencia para acudir a Madrid. *Relación de los servicios del capitán D. Miguel de Chaporta Meceta, caballero de la orden de Santiago*. Madrid, 15-6-1658. AGI, Indiferente, Leg. 117/48.

campañas referidas, reclamó que sus pruebas se hicieran por patria común, con cargo a la Real Hacienda<sup>2413</sup>.

Pese a su idoneidad para ingresar en las Órdenes Militares, se debieron detectar algunas irregulares durante las diligencias administrativas, ya que sus pruebas se encontraban pendientes de tramitación (un eufemismo que en la práctica significaba que el despacho del hábito podía quedar paralizado indefinidamente). No fue hasta 1647 cuando, debido a la intervención personal del rey a favor de D. Miguel, se dinamizó el proceso, pues se ordenó al presidente del Consejo de Órdenes que acelerara todo lo posible la resolución de este asunto, para que D. Miguel pudiera acceder a tan ansiada merced<sup>2414</sup>.

Junto a estas situaciones, hemos identificado a algunos caballeros que, mediante las concesiones de hábitos para algún pariente (o la persona que contrajera matrimonio con una hermana, hija, sobrina o nieta), vieron el servicio en el Batallón como una manera de consolidar la posición de su familia; aunque esta práctica también fue habitual en individuos que no pertenecían a las Órdenes Militares. Entre ellos se encontraba el capitán de caballos corazas D. Pedro López de Unzueta<sup>2415</sup>, caballero de la orden de Santiago, quien tras ser reformado (a finales de 1641) sentó plaza en la caballería de las Órdenes Militares con 110 escudos al mes (al igual que los capitanes vivos de las compañías del Batallón), quien solicitó un hábito para casar una hija, a cambio de servir la campaña de 1642<sup>2416</sup>.

---

<sup>2413</sup> “(.....) Dice que V.M. le tiene hecha merced de un hábito, en consideración de 16 años de servicios. Y porque estas dos campañas últimas las ha servido en Cataluña, a su costa y sin sueldo alguno, y su gasto ha sido tan considerable, está imposibilitado de poder hacer las pruebas. Y así, respecto de no ser comprendido en la prohibición de los hábitos y pruebas en esta Corte, por haberse hallado en el sitio de Tarragona, suplica a V.M. se sirva de hacerle merced de las pruebas de hábito en esta Corte, o que se haga en sus naturalezas por cuenta de la Real Hacienda.” *Memorial de D. Miguel de Chaporita Meceta dirigido al presidente del Consejo de las Órdenes*. S.f., s.l. AHN, OO.MM, Leg. 4644.

<sup>2414</sup> *Decreto del rey dirigido al presidente del consejo de Órdenes, para que haga todo el buen pasaje que permitiere el estado de la materia, acerca del breve despacho de las pruebas de su hábito*. Madrid, 18-7-1647. AHN, OO.MM, Leg. 7022.

<sup>2415</sup> En 1642 acreditaba 19 años de servicio, prestados en las galeras de España, Italia, Flandes y Alemania. Asimismo, era miembro del Consejo de Guerra en Flandes. En septiembre de 1637 pasó a servir en Portugal, al servicio de la princesa Margarita, con 40 escudos de sueldo, en el castillo de Cascais, hasta marzo de 1640. A finales de agosto de 1641 se le hizo merced de una compañía de caballos corazas, para que sirviera en el ejército de Cataluña, hasta el 27 de diciembre en que fue reformado. *Relación de los servicios del teniente coronel D. Pedro López de Unzueta, caballero de la orden de Santiago, consejero de guerra en los estados de Flandes*. S.l., 17-9-1653. AGI, Indiferente, Leg. 124/65.

<sup>2416</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Pedro López de Unzueta, caballero de Santiago, de que se le haga merced de un hábito para una hija, en consideración de sus servicios y de que va a continuarlos en el batallón de ellas*. Madrid, 18-5-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

Pese a que las mercedes no podían hacerse efectivas hasta haber cumplido el tiempo de servicio, y una vez superado el periodo de la prohibición, solicitó que se hiciera una excepción y se le despachara por anticipado. Su solicitud se sustentaba sobre la decisión de excluir de la prohibición general del año 1642, a quienes acreditaran haber servido en Aragón o en Cataluña durante el año anterior (entre los cuales se encontraba D. Pedro)<sup>2417</sup>. Sin embargo, sus aspiraciones no se vieron cumplidas y tuvo que esperar hasta el año 1643 para recibir la recompensa prometida<sup>2418</sup>. Y no fue hasta 1661 cuando Martín Ruiz de Isuquiza y Gareca, destinatario final de la merced, solicitó que le fuera despachada, ingresando al año siguiente en la orden jacobea<sup>2419</sup>.

Pero algo que a todas luces parecía legal se reveló como un camino a través del cual obtener un beneficio económico. Por ejemplo, el capitán de caballos corazas D. Gabriel de Rubalcaba y Guerra, caballero de la orden de Santiago<sup>2420</sup>, solicitó que a cambio de servir la campaña de 1642 se le hiciera merced de un hábito de la misma orden para “ayudar a poner en estado<sup>2421</sup>” a su hermana. Pero según la definición del término, a efectos del despacho de la merced, no era lo mismo que fuera para la persona que contrajera matrimonio con ella, que si se utilizaba para pagar la dote necesaria, con vistas a su inminente ingreso en un convento. En el primero de los casos, al menos teóricamente, no se trataba de una operación mercantil (pese a que el hábito iría a parar a una persona con una posición económica consolidada, que lo utilizaría para mejorar su posición social, y sentar las bases para un posteriores ascensos), pues la merced no sería

---

<sup>2417</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Pedro de Unzueta, de que se le haga merced de hábito para una hija, sin esperar el año de la prohibición.* Madrid, 9-8-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2418</sup> “(.....) Suplica mande que corra el despacho del hábito. Y a la junta parece que ha vencido esta merced, porque el tiempo de la prohibición es cumplido, y la calidad con que se consultó, de que sirviese la campaña, se verifica bastante habiendo ido, como fue, a servir en el batallón de las Órdenes, y hallándose en el reencuentro del día 7 de octubre donde, peleando, recibió heridas tan peligrosas que de que ha estado a la muerte. Y aunque no está libre de ellas, ni en estado de poder servir la campaña de este año, se le podrá dar luego el despacho del hábito para la persona que casare con la hija que nombrare.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Pedro López de Unzueta de que se le despache el hábito que venció, sirviendo en el batallón de ellas, pasado el año de la prohibición.* Madrid, 27-6-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2419</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Santiago, Expediente 7307.

<sup>2420</sup> En el momento de formular esta petición, llevaba 24 años de servicio, realizados en Flandes, Italia y España, con los empleos de soldado particular, capitán de infantería, teniente de la compañía de hombres de armas del marqués de Leganés (cuando éste desempeñó el puesto de gobernador y capitán general del Milanesado), y dos veces capitán de caballos corazas. Asimismo, sirvió personalmente en el Batallón de las Órdenes formado en 1640. *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre las pretensiones de algunos que van a servir a V.M. en el batallón de ellas.* La Muela, 21-9-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2421</sup> Según el diccionario de la Real Academia de la Lengua, con este término se definen varias situaciones que se implican un cambio en la situación civil de la persona. En concreto: “Colocar a los hijos en el estado eclesiástico o en el de matrimonio.”

despachada hasta que hubiera constancia documental de haberse celebrado el matrimonio.

Pero lo que llamó la atención de la Junta fue la exigencia de D. Gabriel, quien solicitó permiso para poder disponer de la merced a su criterio; en definitiva, que se legitimara la venta del hábito. Pero este organismo no accedió a su exigencia, y cortó de raíz cualquier tentación de lucrarse con una venta encubierta del hábito. Sus recelos venían motivados por el hecho de que, si el hábito era enajenado con este fin, el vendedor podía solicitar una cantidad mayor que la necesaria para este efecto, la cual iría a parar a sus bolsillos. Así, no se accedió a su exigencia, y la junta desatendió su deseo de echar mano del hábito a su criterio, cortando de raíz cualquier tentación de lucrarse con una venta encubierta de esta prebenda<sup>2422</sup>.

Pese a que sentó plaza en la compañía del conde de Monterrey, y sirvió en ella desde el 11 agosto hasta el 7 de diciembre, momento en el cual se le concedió licencia para retirarse hasta la primavera (siempre y cuando dejara en su lugar un sustituto montado, como al parecer hizo)<sup>2423</sup>; no nos hemos topado con ningún indicio de que se le concediera la merced solicitada. La respuesta se encuentra, al igual que en otros supuestos similares, en la diferente interpretación que la administración real y los individuos que servían en el Batallón de las Órdenes, tenían del tiempo que correspondía a una campaña. Gran parte de esta confusión se debía a que, tradicionalmente, con este término se describía el periodo comprendido entre el inicio de las operaciones militares en primavera y su conclusión a finales de año, el cual no equivalía a un año natural. Por este motivo, salvo que se indicara lo contrario (y que alguno de ellos debiera servir más de una campaña) muchos pensaban que con solo unos meses de servicio (que en el peor de los casos llegaría a medio año), estarían en condiciones de obtener la merced.

Consideraciones de esta naturaleza debieron hacer reflexionar a la Corona, pues se estaba ofreciendo una gratificación desproporcionada al servicio a realizar. Así, tenemos constancia de que en algún momento de 1643 se estableció, con carácter oficial, que una campaña equivalía a 12 meses continuados de servicio. De esta manera, al igual que otros muchos individuos que acudieron a servir en la caballería de las

---

<sup>2422</sup> “(.....) Y suplica que se le haga merced de un hábito de Santiago para ayudar a poner en estado una hermana, y con calidad de que pueda disponer de el. Y a la junta le parece podría V.M. hacerle merced del hábito, y que sea solamente para poner en estado a la hermana, sin calidad de disponer de el en otra forma.” *Ibidem*.

<sup>2423</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del capitán D. Gabriel de Rubalcaba, caballero de la de Santiago*. Madrid, 3-2-1645. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

Órdenes Militares, D. Gabriel debía servir los ocho meses restantes en esta unidad si quería que se le despachara el hábito que había pedido para socorrer a su hermana. Pese a que la Junta intercedió por el (pues se trataba de un oficial que llevaba un cuarto de siglo sirviendo empuñando las armas), el monarca no creyó oportuno relevarle de ese compromiso, y ordenó lo cumpliera en su integridad<sup>2424</sup>. Suponemos que la negativa de la Corona a admitir su reivindicación, sumada al hecho de que debía servir otros ocho meses (circunstancia sumamente dolorosa cuando acreditaba dos décadas y media de servicios) debió desanimar al capitán Rubalcaba de obtener algún provecho de sus servicios militares en general, y de los prestados en el Batallón en particular, pues no hemos encontrado más referencias a su persona, ni de que volviera a sentar plaza en alguna unidad, ni de que demandara de nuevo esta merced.

Otro ejemplo de la utilización del servicio en el Batallón de las Órdenes para apuntalar el status social de la familia, fue el caso del capitán D. Agustín Arias de la Muela<sup>2425</sup>. En el se produjeron variaciones sobre un tema ya conocido: el traspaso de hábitos entre distintos miembros de una familia, a la manera de una mercancía; lo cual vendría a dar la razón a quienes criticaban el uso que se estaba dando a unas mercedes tan valoradas desde el punto de vista de la estimación social.

El problema estaba ocasionado porque a su padre, Juan Arias Castillo de la Muela, regidor de Molina de Aragón, se le hizo merced de un hábito para casar a una hija, pero más adelante suplicó que se hiciera efectiva en D. Agustín, para que pudiera servir la campaña de 1642 en el Batallón como caballero de hábito. Y al mismo tiempo, el hábito que estaba prometido a quienes sirvieran en la caballería de las Órdenes Militares la susodicha campaña, fuera proveído en quien contrajera matrimonio con la hija referida (hermana de D. Agustín). En fin, un auténtico galimatías cuya única finalidad era sacar partido al servicio en dicha unidad, a lo que el monarca se negó<sup>2426</sup>.

---

<sup>2424</sup> “(.....) Y respecto de haber declarado V.M. que aquella campaña hubiese de ser de un año para tener efecto las mercedes que se hicieron a los que sirven en ella, y que D. Gabriel solamente ha justificado que sirvió el tiempo referido, que es 4 meses, no se le ha dado el despacho de este hábito, y parece que la calidad del tiempo, que conforme a la declaración de V.M., debió servir, aunque se puso después de hecha la merced, no está cumplida, y que la consecuencia tendrá inconveniente si V.M. no se moviere por el mérito de los demás servicios que representa y circunstancias que concurren en este caso, porque podrá hacerle merced.” *Ibidem*.

<sup>2425</sup> Su carrera militar comenzó el año 1638, cuando acudió a servir en el socorro de Fuenterrabía, donde ostentó el grado de alférez. Posteriormente prestó servicios en la infantería y en la caballería, sin salario, hasta que levantó una compañía de 100 infantes a su costa, con la cual sirvió “en todas las ocasiones que se han ofrecido en dicho tiempo”. *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del capitán D. Agustín Arias de la Muela*. Madrid, 5-6-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2426</sup> *Ibidem*.

Como ya mencionamos al hablar de los hábitos concedidos a quienes se comprometieron a levantar contingentes militares, se pusieron límites a la concesión de hábitos destinados a personas diferentes del solicitante de la merced. Esta parece ser la causa de la denegación de su solicitud, aunque poco después elevó una nueva petición en la cual exigía lo mismo, y alegando que se trataba de un intercambio de beneficiario, y que no intervenía ninguna otra motivación en ella<sup>2427</sup>. En esta ocasión, sus súplicas fueron atendidas, pues se dio el beneplácito a la operación, y dos años más tarde ingresaba en la orden santiaguista<sup>2428</sup>. Junto al hábito solicitó una patente de capitán de caballos corazas, así como el sueldo correspondiente. Respecto a esta nueva pretensión, se acordó concedérsela, aunque sin sueldo, tras las dos campañas de servicio<sup>2429</sup>.

Otro de los que tuvo éxito en sus gestiones fue el capitán D. Juan Astete de Monroy, caballero de la orden de Santiago (uno de los que recibió el hábito por haber servido en el socorro de Fuenterrabía y comprometerse a seguir sirviendo). En esta ocasión pretendía un hábito para casar a una hermana, el cual sería concedido una vez pasado el año de la prohibición<sup>2430</sup>. Gracias a la merced lograda, D. Juan pudo proporcionarle un matrimonio ventajoso, que de otra manera le hubiera sido muy difícil conseguir, pues el hábito fue a parar a manos de D. Juan de Arce y Otálora, oidor de la Chancillería de Valladolid y gobernador del Principado de Asturias<sup>2431</sup>. En una de esas paradojas de la Historia, D. Juan era nieto del homónimo tratadista nobiliario<sup>2432</sup>, uno de los más acérrimos defensores de la nobleza de sangre, quien sin duda se hubiera sorprendido de la manera en que su nieto había ingresado en las Órdenes Militares.

---

<sup>2427</sup> “(.....) la junta representa a V.M. que no se tiene por comprendida, en la prohibición general, la merced que suplica el capitán D. Agustín Arias, de que se le pase el hábito que está dado a Juan Arias del Castillo, su padre, para una de sus hijas. Quedando el suyo con la calidad de servir la campaña de este año, para la que eligiere su padre. Pues solamente viene a ser un trueque, y concurre el mérito de los servicios de D. Agustín, y la súplica y consentimiento de su padre. *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del capitán D. Agustín Arias de la Muela*. Madrid, 4-7-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2428</sup> Sin embargo, en su expediente de caballero consta que, pese a que se aprobó la concesión del hábito, sus pruebas se encontraban detenidas, por que se habían detectado algunas irregularidades. AHN, OO.MM, Caballeros-Santiago, Expediente 597.

<sup>2429</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*.....21-9-1642

<sup>2430</sup> *Consulta sobre la pretensión del capitán D. Juan Astete de Monroy, caballero de la orden de Santiago, de que se le haga merced de un hábito para la persona que casare con una hermana suya, para después del año de la prohibición*. Madrid, 29-6-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2431</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Santiago, Expediente 548.

<sup>2432</sup> Sobre este personaje, véanse los trabajos de LORCA MARTÍN DE VILLODRES, M<sup>a</sup> I.: *El jurista Juan Arce de Otálora (s. XVI): pensamiento y obra*. Madrid, 1997. “El jurista Juan Arce de Otálora: un apologeta de la nobleza de sangre (la hidalguía)”, en: *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País*, vol. 53, nº 2 (1997), pp. 611-654. *La nobleza en los comienzos del Estado moderno: el pensamiento del jurista Juan Arce de Otálora, situado en la encrucijada del Medievo y la Modernidad*. Madrid, 2004.

El capitán de infantería D. Juan Marroquín de Montehermoso<sup>2433</sup>, fue otro de los solicitantes de un hábito para un familiar, en este caso un hijo, a cambio de servir la campaña de 1642 en el Batallón<sup>2434</sup>. Sin embargo, pese a cumplir con su obligación hasta el punto de resultar gravemente herido y caer prisionero de los franceses en la batalla de Lérida<sup>2435</sup>, no obtuvo la merced prometida.

Este hecho debió desanimarle, pues cuando se recuperó de sus heridas rompió su vinculación con la caballería de las Órdenes. No obstante, retomó la profesión militar como soldado aventajado en el ejército de Tuy dos meses (entre septiembre y noviembre de 1643), hasta que pasó a las islas Canarias con D. Pedro Carrillo de Guzmán, cuando éste fue nombrado gobernador y capitán general del archipiélago. Y posteriormente en el ejército de Extremadura, y como comisario de la caballería de la ciudad de Sevilla<sup>2436</sup>. Sin embargo, más de 50 años después, su hijo D. Juan Marroquín de Montehermoso y Blázquez obtuvo el hábito de la orden de Alcántara porque a Dña. Beatriz Dávila, su esposa (de D. Juan padre), se le hizo merced de hábito en 1687 para casar una hija, en consideración de los servicios de su difunto marido. Pero cuando ésta decidió convertirse en religiosa, solicitó que la merced fuera para D. Juan (hijo), petición que fue atendida en 1699<sup>2437</sup>.

El maestro de campo D. Francisco de Torres Castejón (al que ya nos hemos referido, pues obtuvo un hábito de la orden de Santiago en 1640 por haber levantado 800 hombres, aunque no se le despachó hasta 1643), ofreció servir la campaña de 1642 a cambio de un hábito para la persona que contrajera matrimonio con Dña. Melchora Ruiz de Salazar (su cuñada)<sup>2438</sup>. Pero D. Francisco incumplió el acuerdo, pues no sirvió

---

<sup>2433</sup> Su primer destino fue en Indias, como soldado a su costa en el virreinato de Perú, ocupación que debió iniciar en torno a 1626-28, y que continuó durante 7 años. A su vuelta a España, consiguió que en febrero de 1634 se le concediera una patente de capitán de infantería española, para que levantara una compañía de 80 infantes, con la cual se incorporó a la guarnición del presidio de Cádiz. También sirvió en el presidio de La Mármora, donde se le concedió el mando de una de las compañías del mismo. Entre diciembre de 1640 y junio de 1641, fecha en la que se le concedió licencia, sirvió bajo las ordenes del duque de Medina Sidonia, en el ejército de Ayamonte, formado para asegurar la frontera onubense de un ataque portugués. *Relación de los servicios del comisario general de la caballería D. Juan Marroquín de Montehermoso*. Madrid, 23-4-1668. AGI, Indiferente, Leg. 122/26.

<sup>2434</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del capitán D. Juan Marroquín de Montehermoso, de que el hábito que había de disfrutar sirviendo esta campaña en el batallón de ellas, sea para su hijo, y que sea de la orden de Santiago*. Madrid, 20-7-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2435</sup> “(.....) Y se halló el día del reencuentro que se tuvo con el enemigo sobre Lérida, señalándose mucho, y empeñándose con los batallones del Francés, haciendo grande daño y peleando con valor hasta que se perdió, cercado de muchos, donde le mataron el caballo, dándole al caer una herida en el brazo derecho, defendiéndose todavía a pie, y herido hasta que le tomaron prisionero.” *Ibídem*.

<sup>2436</sup> *Ibídem*.

<sup>2437</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Alcántara, Expediente 901.

<sup>2438</sup> *Papel del secretario Tapia al secretario Lezama en el que informa que S.M. ha hecho merced de hábito al maestro de campo D. Francisco de Torres Castejón, para la persona que casare con Dña.*



todo el tiempo pactado, lo cual acarreó que su pretensión fuera desestimada. La razón que adujo para justificar su ausencia fue estar ocupado en una leva de 400 caballos. Al final se optó por una solución intermedia, pues se acordó que aprestara un sustituto que sirviera por él hasta cumplir el tiempo de servicio<sup>2439</sup>. Pero al igual que en otros casos similares, esta merced recorrió un largo camino hasta que en última instancia se hizo efectiva. Pues en 1681 Dña. Melchora solicitó que fuera para el futuro marido de Dña. Jerónima Martínez de Granada, su hija. El designado fue D. Bartolomé Núñez de Villavicencio, natural de Sevilla, quien ingresó en la orden de Alcántara al año siguiente<sup>2440</sup>.

El caso de la familia Gallo, oriunda de Burgos, es muy ilustrativo de cómo la obtención de un hábito a través del servicio en el Batallón se convirtió en una tarea en la que se implicó todo el clan. En un principio, D. Alonso Gallo de Haro, caballero de la orden de Santiago, se había comprometido a servir una campaña a cambio de un hábito para su nieto homónimo. Pero D. Alonso no pudo cumplir con su obligación (desconocemos el motivo), y para evitar que la petición fuera descartada, D. Álvaro Gallo de Haro, caballero de Santiago y regidor de Burgos, hijo de D. Alonso y padre del otro D. Alonso (el potencial beneficiario), aceptó hacerlo en su lugar<sup>2441</sup>. De la misma manera, en una práctica muy habitual, D. Álvaro aprovechó esta ocasión para incrementar su liquidez, pues se le concedió permiso para tomar a censo 1.000 ducados sobre sus mayorazgos<sup>2442</sup>.

No obstante la presencia de D. Álvaro en esta unidad fue testimonial, pues se circunscribió a cuatro meses (entre mayo y septiembre), prestados en la compañía del marqués de Guadalcazar. Además, en este breve intervalo no llegó a entrar en combate, ya que únicamente realizó la marcha desde la Corte a Zaragoza, y una vez que su unidad arribó a la capital maña, cayó enfermo<sup>2443</sup>. Al no cumplir con su parte del trato, y no

---

*Melchora Ruiz de Salazar, hermana de su mujer, con calidad de servir esta campaña en el batallón de las Órdenes.* Zaragoza, 30-9-1642. AHN, OO.MM, Leg. 1401 (1).

<sup>2439</sup> *Papel del secretario Tapia al secretario Lezama en el que informa que S.M., por consulta de la junta de la milicia de las Órdenes, ha mandado se de el despacho del hábito que tiene dado a D. Francisco de Torres Castejón, para quien casare con una cuñada suya, por haber dado un montado que fue a servir en su lugar.* Madrid, 28-8-1643. AHN, OO.MM, Leg. 1401 (1).

<sup>2440</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Alcántara, Expediente, 1074.

<sup>2441</sup> *Papel del secretario Tapia al secretario Lezama en el que informa que S.M. ha hecho merced de hábito a D. Álvaro Gallo, para su hijo, D. Alonso de Gallo, sirviendo en la caballería de las Órdenes.* Zaragoza, 1-10-1642. AHN, OO.MM, Leg. 1399.

<sup>2442</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes.*.....21-9-1642.

<sup>2443</sup> “(.....) certifico que, por la lista de la compañía de caballos corazas del nuevo batallón que últimamente se ha formado de la dicha caballería, de la cual es capitán el marqués de Guadalcazar, consta y parece que D. Álvaro Gallo, caballero de la orden de Santiago, asentó plaza para venir a servir a S.M.

tener ninguna intención de volver a continuar el servicio, la merced quedó en suspenso. Sin embargo, D. Alonso no se resignó a quedar fuera de las Órdenes Militares, y en 1660 suplicó al monarca que se le concediera este hábito, pese a que se había producido una flagrante violación de los términos en que se acordó su concesión. Pese a todo, accedió a su demanda y en 1664 fue honrado con un hábito de la orden de Alcántara<sup>2444</sup>.

De un modo muy similar a lo acontecido con algunos oficiales subalternos del Batallón, también hubo algunos caballeros que, o bien realizaron otras peticiones más cuantiosas, o bien solicitaron otras mercedes en lugar el hábito para el familiar que designaren. Entre ellos se encontraba el capitán de infantería D. Adriano Veli y Viparesqui, caballero de la orden de Calatrava, natural de Roma, quien lo conmutó por una patente de capitán de caballos corazas sin sueldo. Pese al dictamen favorable de la Junta, que recomendó acceder a su pretensión por las beneficiosas consecuencias que tendría para atraer al servicio a caballeros de origen italiano (tanto con hábito como sin el), muchos de ellos con experiencia militar, su demanda no fue tenida en cuenta. Suponemos que, pese a no significar un desembolso para la Real Hacienda, había otros factores que justificaban esta negativa. El más importante de ellos era el deseo de no aumentar todavía más el número de oficiales del ejército<sup>2445</sup>. En este sentido, hemos documentado cómo un ingente número de solicitudes en las que individuos con conocimientos castrenses, se mostraron dispuestos a alistarse en el Batallón, a cambio de la concesión de una patente de capitán (con sueldo o sin sueldo), en lugar del hábito que tenían prometido de manera ordinaria.

En una línea similar se inserta la petición del capitán de caballos corazas D. Luis de Valenzuela Fajardo<sup>2446</sup>, caballero de la orden de Alcántara (a quién ya nos hemos referido). Pero este militar fue aún más ambicioso, pues junto con el hábito para un hijo<sup>2447</sup>, solicitó una encomienda y, en última instancia, que los consejos de Cámara,

---

en 19 de mayo de este presente año, y consta que quedó enfermo en Zaragoza, con licencia del capitán, en 30 de septiembre de dicho año.” *Certificación de D. Francisco de Unzueta, caballero de la orden de Santiago, veedor general de la caballería de las Órdenes, del tiempo que ha servido D. Álvaro Gallo, caballero de la dicha orden*. Fraga, 12-11-1642. AHN, OO.MM, Leg. 1399.

<sup>2444</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Alcántara, Expediente 573.

<sup>2445</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del capitán D. Adriano Veli, caballero de la Calatrava, de que se le haga patente de corazas sin sueldo*. Madrid, 4-7-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2446</sup> Como ya hemos apuntado en las páginas anteriores, D. Luis (que afirmaba llevar 22 años en activo, sirviendo en la Armada, África, Italia y España), recibió el hábito porque a D. Sebastián de Centurión, caballero de Santiago, capitán de una de las compañías del Batallón formado en 1640, se le hizo merced de hábito para el referido D. Luis.

<sup>2447</sup> D. Luis de Valenzuela Fajardo y Monte, su hijo, ingresó en la orden de Santiago en 1649. AHN, OO.MM, Caballeros-Santiago, Expediente 8468.

Indias y Órdenes le tuvieran presente a la hora de proveer algún corregimiento o gobierno “para personas de su calidad y servicios”<sup>2448</sup>. D. Luis cumplió con su obligación y sentó plaza en la compañía del conde de Monterrey, con 110 escudos de sueldo al mes, y poco después se encargó de gobernar la del marqués de Guadalcázar (suponemos que esto se debería a que el teniente de la misma tendría algún problema y debió de abandonar el servicio), donde sirvió a satisfacción de los oficiales superiores<sup>2449</sup>. En cuanto a las recompensas, sabemos que estuvo propuesto para la encomienda de Villarrubia (perteneciente a la orden de Calatrava) que a principios de 1643 había quedado vacante por muerte de su titular, D. Francisco de Bracamonte, aunque no tenemos constancia de que finalmente la disfrutara<sup>2450</sup>. Y respecto a los empleos civiles que pretendía, sabemos que fue nombrado gobernador de Villanueva de la Serena, y poco después corregidor de Guadix, Baza y Almería. En última instancia, también hemos tenido conocimiento de que en 1645 estaba propuesto para algún cargo en las Indias, aunque desconocemos cuál era y si en última instancia llegó a servirlo<sup>2451</sup>.

También centró sus aspiraciones en conseguir un corregimiento el capitán de caballos D. Mendo Gómez de Ledesma, caballero de la orden de Santiago, que inició su carrera militar en el socorro de Fuenterrabía (1638), y a partir de entonces estuvo presente en todas las campañas que tuvieron lugar en suelo peninsular. En concreto solicitó que, una vez concluida la campaña de 1642, se le hiciera merced del empleo de corregidor de alguno de los siguientes partidos: Málaga, Córdoba, Granada o Plasencia. Junto con su voluntad de servir en persona, representó el ruinoso estado en el que se encontraba su economía, como consecuencia de la merma de las rentas de sus posesiones en Zamora, debido al inicio de la rebelión portuguesa. Por si esto fuera poco, también mostró su malestar por no habersele concedido el empleo en Italia que se le había prometido por sus servicios en Fuenterrabía<sup>2452</sup>. D. Mendo también estuvo presente en el Batallón, y en diciembre de 1643 se le nombró corregidor del partido de Chinchilla-Villena, que ostentó durante tres años, siendo sustituido en diciembre de 1646 por D. Juan Duque de Estrada<sup>2453</sup>.

<sup>2448</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*.....21-9-1642

<sup>2449</sup> *Relación de los servicios del capitán de caballos corazas D. Luis de Valenzuela*.....

<sup>2450</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Luis de Valenzuela Fajardo, caballero de la de Alcántara*. Madrid, 21-3-1643. AHN, OO.MM., Leg. 4668.

<sup>2451</sup> *Relación de los servicios del capitán de caballos corazas D. Luis de Valenzuela Fajardo*.....

<sup>2452</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*.....21-9-1642

<sup>2453</sup> MOLINA PUCHE, S.: *Las elites locales del corregimiento Chinchilla-Villena en el siglo XVII*. (Tesis doctoral inédita dirigida por los dres. CHACÓN JIMÉNEZ y HERNÁNDEZ FRANCO. Defendida en el

En otro orden de cosas, destacamos la inclinación a servir en el Batallón de un importante número de italianos (entre los que se contabilizaban algunos nobles), procedentes de los territorios bajo dominio de la monarquía española, atraídos por el ofrecimiento de un hábito para quien se alistara en la referida unidad.

Uno de ellos era D. Francisco Piatti, conde de Carpiñano, quien representaba haber servido durante 6 años en Milán, dos de ellos a su costa, donde alcanzó el empleo de teniente de la compañía de D. Carlos de la Gata, y posteriormente el de capitán de corazas, tras lo cual pasó a servir en el Principado de Cataluña, donde estuvo presente en el sitio de Tarragona<sup>2454</sup>. En las pesquisas realizadas por el Consejo de Órdenes (pues D. Francisco deseaba que las pruebas del hábito se hicieran por patria común), se evidenció la falta de dos actos positivos, uno por línea materna y otro por la paterna. En cualquier caso, sus servicios prestados, su calidad y, sobre todo, su determinación de incorporarse al Batallón, consiguieron vencer este obstáculo. A cambio, el conde de Carpiñano debía contribuir con dos soldados para que sirvieran la campaña de 1642. Pese a todo, se trataba de un servicio asumible, máxime cuando otros aspirantes en la misma situación habían afrontado un desembolso mucho más cuantioso<sup>2455</sup>. Sin embargo, por motivos que desconocemos, no pudo presentar los dos soldados en cuestión, si bien su destacada actuación en el campo de batalla debía ser suficiente para que se aceptara su pretensión<sup>2456</sup>. Pero lo cierto es que en mayo de 1643 de nuevo solicitó que las pruebas de su hábito se hicieran por patria común. Por si sus méritos no eran suficientes, en esta ocasión había que unir el hecho de que D. Francisco resultó gravemente herido en la batalla de Lérida. Ante esta circunstancia, La Junta hizo todo lo posible para que no se viera apartado de su recompensa. De nuevo los argumentos de

---

Departamento de Historia Moderna, Contemporánea y de América de la Universidad de Murcia, en octubre de 2005). p. 77.

<sup>2454</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Francisco Piatti, conde de Carpiñano, de que se le haga merced de hábito, y que sus pruebas se hagan en esta Corte*. Madrid, 5-6-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2455</sup> “(.....) Habiéndose reconocido que faltan dos actos [positivos], uno en cada línea, y siendo, como es, la calidad tan notoria, y concurriendo el mérito de lo que el conde ha servido, parece a la junta que, se le puede hacer merced de mandar que las pruebas se hagan aquí, con que demás de ir sirviendo en persona en este batallón, de otros dos soldados que hagan lo mismo la campaña de este año. Que es a todo lo que podrá alargarse por vía de composición, respecto de su falta de caudal.” *Consulta de la junta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del conde de Carpiñano de que se hagan en Madrid las pruebas de su hábito*. Madrid, 26-6-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2456</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Francisco Piatti, conde de Carpiñano, de que se le cumpla la merced de hábito, sin embargo de no haber llevado los dos soldados que habían de servir con el, como se consultó*. Zaragoza, 26-11-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

carácter ejemplarizante parecen estar detrás de su decisión, pues lo acontecido con su persona podía disuadir a otros muchos de animarse a servir en el Batallón<sup>2457</sup>.

La causa por la cual su pretensión no salió adelante, se encontraba en un decreto que, debió ver la luz a finales de 1642 o principios de 1643, según el cual se prohibía, taxativamente, la realización de las pruebas por patria común, y la obligatoriedad de realizarlas en los lugares de origen. Esto suponía que el proceso se prolongaría en el tiempo, lo cual llevaba anejo un incremento del coste para el aspirante<sup>2458</sup>. Pese a todo, la petición de D. Francisco había sido formulada antes de la entrada en vigor de esta resolución, por lo que podría ser satisfecha sin incurrir en ninguna irregularidad. Pero en el hipotético caso de que estuviera comprendida en dicho término, bien podría hacerse una excepción con él, pues otros suplicantes, mucho menos cualificados, habían conseguido que sus pruebas se realizaran por patria común<sup>2459</sup>. Pese a estos argumentos, el monarca se mantuvo firme y se rechazó la pretensión de D. Francisco, quien no llegó a ingresar en las Órdenes Militares.

Otro ejemplo similar fue el del sargento mayor Octavio Brancaccio, quien había servido durante 12 años. Entre las exigencias que planteó para sentar plaza en el Batallón, se encontraba el despacho del hábito antes de acudir a servir; por si esto no fuera poco, también solicitó una patente de maestro de campo sin sueldo, así como 80 escudos al mes (ya que su empleo como sargento mayor le reportaba 75)<sup>2460</sup>. Pese a que había servido el año anterior en Cataluña, motivo por el cual estaba excluido de la prohibición general, esta circunstancia no influyó en la resolución final, pues la Corona sólo estaba dispuesta a concederle el hábito, aunque primero debía haber servido el tiempo estipulado<sup>2461</sup>.

De nuevo la Junta se implicó al máximo, en este caso para que el sargento mayor Brancaccio sentara plaza, pues su calidad y servicios, junto con las beneficiosas consecuencias que su presencia, como caballero de hábito, tendría en la caballería de las

---

<sup>2457</sup> “(...) Y en premio de sus servicios, y de haberlos continuado en el batallón de las Órdenes el año pasado de 1642, hallándose en la ocasión de Lérida el día 7 de octubre, y se ha entendido que no se le despacha, de que se halla con sumo desconsuelo. Y porque el cumplimiento de esta merced no tiene inconveniente, desando que no vuelva a su casa con despecho de no haber conseguido el conseguido esta merced, que tan bien ha mercedado.” *Consulta sobre la pretensión de D. Francisco Piatí, conde Carpiñano, de que sus pruebas para la obtención del hábito se hiciesen en esta Corte*. Madrid, 14-5-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2458</sup> *Ibidem*.

<sup>2459</sup> *Ibidem*.

<sup>2460</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del sargento mayor Octavio Brancaccio*. Madrid, 5-6-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2461</sup> *Ibidem*.

Órdenes Militares, tanto como ejemplo para otros, como por razones de operatividad militar, aconsejaban realizar un esfuerzo<sup>2462</sup>. Sin embargo, el monarca no accedió a su pretensión, y lo máximo que se le podía conceder era el hábito, pero en primer lugar debía cumplir el periodo de servicio establecido. Esta circunstancia debió desanimarle, pues no hemos encontrado evidencias de que sentara plaza en el Batallón, así como de su ulterior presencia en alguna de las milicias cristianas. Del mismo modo, es muy posible que no confiara en recibir la merced a posteriori. Pues a pesar de haber cumplido con su compromiso, cabía la posibilidad de que el Consejo de Órdenes ralentizara los trámites, o incluso que le reprobara.

El capitán de infantería D. Francisco Saponari también solicitó que se le concediera el hábito antes de acudir a servir, pues manifestaba haber servido en Tarragona y Perpiñán durante 1641<sup>2463</sup>. Este supuesto guarda similitudes con el caso anterior, pues nos encontramos ante otro sujeto cuyos servicios le presentaban como el candidato perfecto para formar parte del Batallón. Sin embargo, tampoco logró su objetivo.

Por otra parte, aunque ya hemos presentado algunos ejemplos, fue bastante habitual que los solicitantes tuvieran que seguir prestando servicios durante varios años más hasta que, en última instancia, pudieran gozar de esta merced. Entre los individuos que tuvieron que pasar por esta situación se encuentra D. Jorge de Ulloa y Arias de la Barreira, natural de Liulfe, en la provincia de Lugo. Su caso es uno de los que mejor ilustra la imposibilidad de la Corona (a instancias del Consejo de Órdenes) para mantener, en todos los casos, la promesa del hábito por servir una campaña en el Batallón. En el caso de D. Jorge, había sentado plaza en mayo de 1640 como sustituto del marqués de Tarazona, formando parte de la compañía del capitán D. Sebastián Centurión (que a su muerte fue proveída en el capitán D. Pedro Giner). A diferencia de

---

<sup>2462</sup> “(....) Y porque como esta junta tiene representado a V.M., son de particular consideración los motivos de la calidad y mérito de los servicios de este caballero. Y entiende que será de mucho provecho en este batallón, y de buen ejemplar para el aliento de otros de sus obligaciones y sangre.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del sargento mayor Octavio Brancaccio*. Madrid, 4-7-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2463</sup> *Papel del secretario Gregorio de Tapia al secretario D. Jerónimo de Lezama, en el que informa que S.M., por consulta de la junta de la milicia de las Órdenes, ha mandado que al capitán D. Francisco Saponari se le de luego el despacho del hábito de que le estaba hecha merced, pasada la prohibición, atento a que va a servir en el batallón de la caballería de ellas*. Madrid, 25-6-1642. AHN, OO.MM, Leg. 105(1), nº 158.

otros integrantes de la unidad, no abandonó su puesto, ya que en octubre de 1642 (momento en el que cursó su solicitud) aún servía en ella<sup>2464</sup>.

Pese a la resolución favorable del monarca, encargando al Consejo de Órdenes despachara la merced con la máxima celeridad, lo cierto es que su demanda no fue atendida. Pese a que en estas circunstancias no se le podría reprochar que abandonara su puesto, no sólo no lo hizo, sino que continuó sirviendo en la caballería de las Órdenes Militares, de forma continuada, hasta marzo de 1644. Aunque esta determinación tampoco le valió de mucho, pues en esta ocasión tampoco recibió el hábito. Pero su voluntad de ingresar en las milicias cristianas no se vino abajo, y continuó su carrera militar con la esperanza de poder conseguir tan ansiada recompensa. A partir de ese momento su suerte empezó a cambiar, pues en esa fecha se le hizo teniente de una compañía de las Guardas de Castilla en la cual continuaba sirviendo a la altura de febrero de 1647<sup>2465</sup>. Por fin, después de siete años, en 1648 D. Jorge ingresó en la orden jacobea, viendo colmadas sus pretensiones de pertenecer a esta élite<sup>2466</sup>. En esta ocasión, su candidatura presentaba unos cimientos mucho más sólidos, pues a sus años de servicio en la caballería de las Órdenes Militares, se le unía el hecho de que ahora disfrutaba de un empleo de la oficialidad.

Pero estos casos no son más que una mínima parte de lo acontecido durante el año 1642. En concreto, el periodo comprendido entre los meses de junio y octubre fue testigo no ya de una “inflación de hábitos”, sino de una auténtica política de concesiones generalizadas de estas prebendas, a todos aquellos que se comprometieran a servir una campaña en el Batallón, pues en ese intervalo hemos podido identificar cerca de 500 promesas de hábito (en concreto 470) a individuos dispuestos a alistarse en el. Este procedimiento se sustentaba sobre dos resoluciones de la Corona: en primer lugar, una fechada el 26 de abril, en la cual se acordó conceder un hábito a todos los nobles que acudiesen a servir en la caballería de las Órdenes, de manera similar a lo obrado en 1640 con los sustitutos de los caballeros y comendadores, salvo que en esta ocasión el tiempo de servicio se limitaba a una sola campaña, en lugar de las dos establecidas con

---

<sup>2464</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Jorge de Ulloa y Arias de Barreira, de que se le conceda el hábito que ha vencido, por el ofrecimiento que se hizo generalmente a los que salieron en el batallón de ellas.* Zaragoza, 22-10-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2465</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del teniente de caballos D. Jorge de Ulloa y Arias, de que se le conceda el hábito que ha vencido sirviendo en el batallón de ellas, y que sea de la orden de Santiago.* AHN, OO.MM, Leg. 4669. Madrid, 7-2-1647.

<sup>2466</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Santiago, Expediente 8272.

carácter general<sup>2467</sup>. En cuanto al segundo pilar, se trataba de la determinación de la Corona de ofrecer la cédula del hábito antes de que acudieran a servir, con la condición de que no sería despachado hasta haber cumplido el tiempo de servicio<sup>2468</sup>.

El ansia de los pretendientes por acceder al honor llegó a tal extremo que muchos de ellos, a quienes se les había prometido un hábito de Santiago, estaban dispuestos a trocarlo por el de las órdenes de Calatrava o Alcántara, siempre y cuando se le concediera rápidamente, y se despacharan las pruebas con celeridad. La junta no vio con malos ojos esta posibilidad, y solicitó a la Corona libertad plena para gestionar este expediente y, sobre todo, capacidad para poder decidir de qué orden sería el hábito en cuestión. Para lo cual se remitieron las cédulas de hábito con el nombre del beneficiario en blanco<sup>2469</sup>. La idoneidad de esta medida se vio refrendada por el visto bueno de los oficiales de los oficiales de las compañías, quienes destacaron su conveniencia por el incuestionable atractivo que tuvo entre los potenciales reclutas, lo cual favoreció la formación del segundo Batallón. Pero si el despacho de las cédulas en blanco (con la condición de servir una campaña), junto con la facultad para designar la orden en la cual ingresaría el candidato, sirvió como aliciente para sentar plaza en esta unidad, al mismo tiempo fue motivo de queja y malestar por parte de quienes, esos términos, hicieron lo mismo y aún no habían visto satisfecha su pretensión<sup>2470</sup>.

---

<sup>2467</sup> “(.....) Y la junta consultó a S.M., en 26 de abril de este año, que a los nobles que hubiesen de ir mezclados en el batallón que se forma de ellas, con los caballeros de hábito, cómo se ofreció a los sustitutos de la leva pasada, por premio preciso, hábito sirviendo dos años, se le ofreciese en uno, por la mayor dificultad que corría encaminarlos a seguir esta profesión, para que se alentasen y se repoblase esta caballería de gente que no fuese de menos obligación.” *Papel del secretario Gregorio de Tapia a la secretaría de Órdenes*. Madrid, 21-6-1642. AHN, OO.MM, Leg. 105(1), nº 164.

<sup>2468</sup> “(.....) Y el día 5 de mayo, representó la junta que el principal fin que movía a todos los hombres nobles y calificados era el ofrecimiento del hábito. Y sería de grande conveniencia que, para que se poblase de sujetos que perseverasen en ella, se les diese el despacho del hábito, con la calidad de servir primero la campaña de este año. Que aunque esto hacía poca diferencia, puesto que el ofrecimiento se les había de cumplir, y que los sujetos, con la aprobación y admisión de la junta quedaban para la merced calificados, habiendo de pasar después por el juicio de las pruebas, se reconocía que este requisito les daría mayor aliento.” *Ibidem*.

<sup>2469</sup> “(.....) Y algunos van a servir en el batallón, y tienen merced de hábito de Santiago, desean ganar el tiempo que se perdería si se hubiese de consultar a cada uno. Y la junta propone a V.M. se sirva de dar mano y elección a la junta en esto, pues sobre estar hecha merced del hábito, no parece requisito en que se pueda reparar mucho. Si bien se tendrá particular atención en cuanto pueda ser a que se reparta entre las órdenes de Calatrava y Alcántara, a que también se inclinan algunos que lo piden.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre lo que representan algunos que van a servir en el batallón de la caballería de ellas*. Madrid, 23-6-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2470</sup> “(.....) Y las cédulas de los hábitos he repartido a sus dueños, los cuales están muy animados; y otros con el ejemplar. Pero muchos desabridos con no ver las suyas.. Y así advierto a V.m. de que las que hubieren salido sería buena diligencia remitir algunas.” *Carta de D. Antonio de Ulloa y Lemus, teniente de la compañía del conde de Monterrey, caudillo mayor de la caballería de las Órdenes, al secretario D. Gregorio de Tapia*. Chinchón, 2-8-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4644.



Con estas ventajosas condiciones, un número importante de nobles (pertenecientes a las bases del estamento privilegiado) consideraron atractiva la posibilidad de obtener un hábito a cambio de servir unos meses. Esta nueva política, mucho más liberal en lo relativo a la concesión de estas mercedes, corrobora los planteamientos que venimos sosteniendo a lo largo de la tesis, los cuales focalizan los problemas del dispositivo militar español más en la falta de un adecuado sistema de remuneraciones, que en la escasez de hombres, uno de los argumentos que más se ha invocado por parte de la historiografía tradicional para explicar este proceso. No obstante, aunque se habían ofrecido las máximas garantías a los interesados (iban a recibir la cédula del hábito de manera inmediata, aunque la merced no sería despachada hasta que atestiguaran mediante certificaciones expedidas por los oficiales administrativos del Batallón, que habían cumplido con su obligación), algunos de ellos no confiaban en que pudieran vestir el hábito. Sus recelos se debían a la tardanza con la cual, desde el Consejo de Órdenes, se remitían las cédulas<sup>2471</sup>. Esta dilación, que en algunos casos parece ser intencionada, amenazaba con echar por tierra todos los esfuerzos realizados hasta el momento, pues todos los integrantes de la unidad esperaban que antes de abandonar la Corte con destino hacia el frente, tales documentos ya hubieran sido tramitados.

Según nuestro criterio, la utilización de los hábitos de las Órdenes Militares con esta motivación supondría la culminación de los proyectos del Conde Duque en lo relativo al uso de mercedes honoríficas como acicate para el servicio a la Corona, en concreto para el desempeñado con las armas (tanto por el hecho de que era el mayor esfuerzo realizado hasta la fecha en esta dirección, y muy posiblemente en toda la historia de España, como porque Olivares estaba a punto de ser destituido). No debemos olvidar que desde el comienzo de su ministerio, pugnó contra viento y marea para elevar estas cuestiones al primer plano de la vida política, pues consideraba que la supervivencia de la monarquía española, en un contexto cada vez más hostil, dependía de ello. Suponemos que ante la decisión del monarca (esta vez definitiva) de abandonar la Corte y emprender el camino hacia el frente catalán, decidiera jugarse el todo por el

---

<sup>2471</sup> “(.....) la desconfianza que tienen algunos en el cumplimiento de esta merced, atrasa mucho el servicio de S.M. Y propongo a V.m. que podrían formarse y despacharse las cédulas, dejando en blanco la orden para que, mientras se elige, estén firmadas y despachadas, y no haya que hacer más que llenar la orden, por si esto se pudiere ajustar al estilo y reglas de ese oficio, que sería muy importante para adelantar la materia. *Papel del secretario Gregorio de Tapia a la secretaría de Órdenes sobre el despacho de las mercedes de hábito de los que van a servir en el batallón de ellas*. Madrid, 3-7-1642. AHN, OO.MM, Leg. 105(1), nº 164.

todo y llevar hasta el final sus designios en esta materia, hasta el punto de ofrecer un hábito de las Órdenes Militares (en los términos que hemos referido) a todo aquel que prestara servicios en el Batallón.

Pese a lo acertado del planteamiento, tanto cuantitativamente (pues un número importante de individuos lo consideró atractivo y se mostró dispuesto a formar parte de este proyecto) como sobre todo cualitativamente (ya que los interesados, o bien poseían experiencia militar, o mostraban una clara inclinación a iniciarse en la carrera de las armas. Y al mismo tiempo, en número importante de ellos concurría la circunstancia de pertenecer a los escalones inferiores del segundo estado, muy importante para conseguir las cuotas de calidad exigidas a esta unidad), los resultados no fueron todo lo satisfactorios que cabría esperar.

Según los datos que hemos recogido a lo largo de nuestra investigación, de las 470 solicitudes de hábito atendidas durante el periodo en cuestión, sólo 89 de ellas (el 17'5%) concluyeron con la concesión definitiva de la merced. Sin embargo, únicamente en 26 de los supuestos (el 29%) fue a parar a la persona a quien se había prometido el hábito. De estos 26 agraciados, 11 pertenecían a la oficialidad del ejército; en concreto un alférez, un teniente de caballos, ocho capitanes de infantería y un sargento mayor, mientras que de los 16 restantes no hemos encontrado ningún dato que nos permita deducir su ocupación. De la misma manera, confirmando la tendencia apuntada en las líneas anteriores, salvo contadas excepciones, no se puede decir que los interesados recibieran sus hábitos con rapidez, sino que debieron esperar varios años hasta poder vestirlos.

En concreto, nueve de las mercedes se despacharon entre los años 1642-1644 (y solo cuatro en los años 1642-1643, momento en el cual, al menos ya tenían que haberse hecho efectivas); mientras que las 17 restantes se concedieron a los interesados en el periodo comprendido entre 1645-1664 (más de 20 después de la realización del servicio que dio pie a la merced). Esta realidad revela el fracaso, a instancias del Consejo de Órdenes, de los designios tendentes a dinamizar todo lo posible los trámites administrativos, cuyo objetivo último era que los miembros del Batallón pudieran vestir el hábito a la mayor brevedad. En estas condiciones, no es de extrañar que el desánimo y la apatía cundieran entre quienes estaban dispuestos a alistarse en él. Pues a pesar de haber cumplido con su obligación, podían pasar varios años, e incluso décadas, hasta que ingresaran en las Órdenes Militares, si es que en última instancia lo lograban.

En cuanto a las 63 mercedes de hábito (el 71%) que, en última instancia, fueron a parar a una persona distinta de la que había formulado la petición, concurrieron cuatro situaciones diferentes. Todas ellas se sustentaban sobre una realidad a la que ya nos referimos al comienzo de la tesis, y es la peculiar naturaleza que tenía el servicio a la Corona, mucho más compleja que un simple acto entre el rey y un particular, la cual debe ser entendida como una realidad que afecta a todo el clan familiar. En este sentido, los méritos realizados tanto por ascendientes como descendientes, en la práctica podían ser heredados como un bien más, y un servicio que había quedado sin recompensar, podía ser invocado por algún familiar al solicitar una merced. De esta manera, el servicio al monarca adquiría una nueva dimensión, mucho más amplia, que extendía sus efectos hasta individuos ajenos al hecho que había motivado la gracia real.

Por importancia porcentual dos son las más repetidas: en primer lugar, hemos documentado 23 casos (el 31'5%) en los cuales el aspirante, desde el principio, manifestó su voluntad de servir por un hábito para otra persona; entre los cuales se incluyen 16 caballeros de hábito que, al pertenecer ya a este selecto club, no podían utilizarlo para sus personas. De ellos, 19 fueron a parar a familiares varones (en muy diferentes grados, que abarcan desde hijos, hermanos, sobrinos, primos, etc.), y las otras cuatro a individuos que contrajeron matrimonio con una hija, nieta o sobrina de la persona que se había comprometido a servir en el Batallón de las Órdenes.

En segundo lugar, con idéntico número de supuestos y porcentaje, se encontrarían todos aquellos aspirantes que, por circunstancias varias, cambiaron de opinión y con el paso de los años solicitaron que el hábito fuera a parar a otra persona. En este sentido, aunque en un primer momento el ingreso en las Órdenes Militares fue para ellos su máxima aspiración, debido a la tardanza en el despacho de las pruebas, y a que pudieran fallecer sin cumplir su objetivo optaron por ceder la merced a algún pariente que pudiera sacar mayor partido de ella (14 casos), o para conseguir un matrimonio beneficioso a alguna de las mujeres de su familia (3 supuestos). Aunque también albergamos sospechas más que razonables de que se produjo una venta indirecta del hábito, creando un parentesco muy laxo (como el de primo-hermano) en los seis restantes, pues no hay certeza de que el emisor y el destinatario de la merced pertenezcan a la misma familia.

También hemos recogido un importante número de situaciones en las que, al producirse la muerte en combate del aspirante (16 casos, el 28%), se solicitó autorización al Consejo de Órdenes para poder disponer de la merced. En diez casos, se

emplearon en parientes masculinos, mientras que en cuatro lo fueron para dotar alguna hija, hermana, sobrina o nieta del finado, o del pariente a quien se hubiera permitido disponer de esta prebenda. Respecto a los dos restantes, no hay ninguna mención al vínculo que le unía con el solicitante del hábito, por lo que podría tratarse de ventas encubiertas por parte del familiar a quien se había designado para ello.

Finalmente, seis de los solicitantes (el 9%) murieron sin llegar a vestirlo, bien por la falta de medios, lo cual les imposibilitaba para costear los gastos que implicaba la tramitación de la merced; bien porque las pruebas se dilataron a lo largo de los años y falleció sin ingresar en las Órdenes Militares. De ellas, una se destinó a casar a una mujer de la familia, mientras que las otras cinco fueron para un pariente masculino. Conforme estos datos, se ponían de manifiesto dos circunstancias, las cuales repercutían de forma negativa a la hora de remunerar a individuos que sólo acreditaban sus servicios para acceder al honor. Pues no solo se debían hacer méritos, sino que también había que acreditar una posición económica holgada, suficiente para acometer los desembolsos que para su concesión. Y en segundo lugar, a lo cual ya nos hemos referido, la lentitud y falta de diligencia del Consejo de Órdenes a la hora de despachar los hábitos a los interesados. Pese a desde la Corona se intentaron llevar a cabo medidas tendentes a paliar este problema (despacho de las pruebas por patria común y envío de cédulas en blanco), lo cierto es que, salvo pequeños avances, no se consiguió alterar la situación.

Al igual que lo acontecido con las mercedes proveídas en quienes se habían comprometido a servir, se confirma que los destinatarios últimos debieron esperar largos años hasta conseguir su objetivo. De los 63 hábitos referidos, solo 7 de ellos (12'3%) se despacharon durante los años inmediatamente posteriores, 1642-1644; mientras que otros tantos fueron entregados entre 1645-1650. Sin embargo, 38 de los interesados (el 57'9%) vieron satisfecha su pretensión en el periodo 1651-1700, de modo que asistieron impasibles al naufragio de su solicitud en la inmensidad de la maquinaria administrativa de la monarquía, y soportar esperas que en algunos casos llegaron al medio siglo. En cuanto a las diez restantes (17'5%) no hemos conseguido identificar el año en que fueron satisfechas, por lo que existen dudas más que razonables de que, finalmente, culminaron con éxito los trámites y los interesados vistieron el hábito.

En cuanto al origen de los demandantes de hábitos, hemos conseguido identificar a 29 (el 38'5 del total), que pertenecen a los cuadros de mando de los ejércitos españoles: 15 capitanes de infantería (54'5%), 7 capitanes de caballos (22'7%),

4 maestros de campo (9%), 2 sargentos mayores (9%) y un alférez (4'8%). Según estos datos, pese a que no puede afirmarse que el servicio en la caballería de las Órdenes Militares fuera utilizado de forma masiva por la oficialidad para mejorar la posición social de su clan familiar, gracias a la concesión de un hábito para alguno de ellos, o para acordar un matrimonio ventajoso, lo cierto es que algunos de ellos utilizaron esta vía para satisfacer sus ansias de medrar en la sociedad.

En lo referente a los receptores últimos de los hábitos, solo hemos encontrado algún dato de 9 de ellos, pertenecientes a muy diversos ámbitos profesionales, entre los que se incluyen: dos capitanes de infantería, uno de caballos, dos regidores, un veinticuatro, un oidor de Chancillería, un contador mayor y un paje del rey. Por ello, es sumamente complicado establecer un perfil social de los sujetos que recibieron el hábito por los servicios prestados por otras personas en el Batallón de las Órdenes.

Con carácter general, nos llama la atención el número tan reducido de peticiones que finalmente fueron satisfechas, pues ni siquiera dos de cada diez fueron atendidas. Respecto a las razones que se encuentran detrás de estos porcentajes tan bajos destacamos dos. A una de ellas ya nos hemos referido, y aludiría al hecho de que ante la indefinición mostrada por el Consejo de Órdenes a la hora de tramitar las mercedes, así como las pocas garantías que se les ofrecían, cierto número de individuos optaron por abandonar el servicio. En cuanto a la otra, tenemos constancia de que algunos de los aspirantes, una vez se les autorizó a regresar a sus hogares al darse por concluida la campaña de 1642 (con la condición de que debían servir el tiempo restante hasta cumplir con la obligación contraída), no volvieron al frente y perdieron la oportunidad de conseguir el hábito.

Sin embargo, consideramos que el principal artífice del fracaso de este designio es el Consejo de Órdenes, quien no estaba dispuesto a colaborar en un proyecto que era contrario a sus intereses. Su oclusión venía motivada porque acarrearía un considerable incremento en el número de sus integrantes, lo cual se traduciría en una devaluación de lo que significaban los hábitos de las Órdenes Militares y, por su extensión, del poder y la influencia que detentaba este organismo. Al igual que en otros proyectos presentados por el Conde Duque, los tradicionales grupos de poder (en este caso los órganos consultivos de la Corona), mucho más preocupados por la defensa de sus preeminencias y prerrogativas que por el interés de la monarquía, dieron al traste con un arbitrio que, pese a no ser la solución definitiva a los graves problemas que presentaba la estructura militar hispana, suponía un paso en la dirección correcta. Su ideoneidad estaba fuera de

toda duda, pues suponía un acicate para todos aquellos que desearan ascender socialmente mediante el servicio militar, lo cual permitiría alcanzar uno de los anhelos de D. Gaspar de Guzmán: la formación de una nobleza de servicio, basada en una fidelidad incondicional al monarca, al tiempo que se reforzaba el nexo entre la profesión de Marte y las Órdenes Militares.

En última instancia no debemos pasar por alto otro factor muy importante, al cual ya nos hemos referido a la hora de abordar otros designios: la incapacidad (o mejor dicho, la imposibilidad) de la Corona para gratificar a todos sus servidores. La mejor prueba de ello fueron las medidas promulgadas durante los años 1641 y 1642 para limitar la concesión de hábitos. Estas disposiciones la circunscribían, de forma exclusiva, a quienes hubieran servido personalmente en Cataluña durante esos años; al tiempo que se detenía el despacho de las mercedes solicitadas para ser puestas a disposición de una tercera persona. Pese a todo, una vez que finalizó el plazo establecido, la Corona exigió que fueran despachadas lo antes posible<sup>2472</sup>, aunque, como ya hemos visto, esta orden no se cumplió con el rigor que hubieran deseado los demandantes. En este sentido la Corona no podía recurrir, con carácter general, a la concesión de pensiones y ayudas de costa, porque significaría gravar aún más a la Real Hacienda; mientras que la opción de retribuir con mercedes honoríficas tenía un alcance limitado, pues no se podían utilizar arbitrariamente sin despertar suspicacias, tanto por parte del Consejo de Órdenes como de la masa de caballeros de hábito, quienes no verían con buenos ojos que se abrieran las puertas de las Órdenes Militares a este nivel, porque su consideración social se vería menoscabada.

Según nuestro criterio, lo acontecido durante el año 1642, y en concreto durante los meses de junio y octubre, es un claro ejemplo de lo que pudo haber sido un grandioso éxito para la Corona, y sobre todo para el Conde Duque, pues hubiera significado un importante respaldo a sus proyectos reformistas, en un momento en el que su figura política estaba más cuestionada que nunca y sus enemigos se preparaban para asestarle el golpe definitivo (acontecimiento que se produjo a principios de enero de 1643). Por el contrario, el balance final ofrece unos resultados mucho más modestos,

---

<sup>2472</sup> “(.....) V.M. me ha mandado remitir diversos decretos y órdenes de mercedes de hábitos a diferentes personas, por sus servicios y otras consideraciones, para después de pasada la prohibición (y hay algunos para casar hijas, hermanas y sobrinas). Y porque acuden a mí las partes a pedir sus despachos, representando que es ya pasado el tiempo de la prohibición.” La respuesta del monarca no deja lugar a dudas: “cúmplaseles los decretos”. *Consulta del secretario Jerónimo de Lezama en la que representa los decretos de mercedes de hábitos, hechos para pasado el tiempo de la prohibición*. Madrid, 13-12-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

que si bien tienen cierta importancia, pues se trata de hábitos concedidos por la prestación de servicios militares, se trata de una actuación aislada, sin continuidad en el tiempo, y cuyos resultados no implicaron una transformación de las estructuras vigentes. Tampoco podemos dejar de reseñar que, a diferencia de otros designios, no se obligaba a los pretendientes de los hábitos a servir durante un periodo más o menos largo, a cambio de la merced, con vistas a que hicieran carrera en el ejército y conseguir unas fuerzas de caballería experimentadas. Al contrario, (con la salvedad de los oficiales reformados y algunos individuos que deseaban continuar sirviendo) fue muy habitual que una vez cumplido el tiempo de servicio, se abandonara todo contacto con la profesión militar y el sujeto en cuestión retomara sus ocupaciones cotidianas.

**CUADRO 17. HÁBITOS CONCEDIDOS POR SERVIR EN EL BATALLÓN DE LAS ÓRDENES. (1642)**

<b>NOMBRE</b>	<b>ORDEN</b>	<b>DESTINATARIO FINAL</b>	<b>AÑO CONCESIÓN</b>
D. AGUSTÍN ARIAS DE LA MUELA (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	SANTIAGO	IDEM.	1644
<b>D. AGUSTÍN DE VILLAVICENCIO MEJÍA</b>	CALATRAVA	D. AGUSTÍN DE VILLAVICENCIO MEJÍA (HIJO)	1652
D. ALONSO DE CAMARGO (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	SANTIAGO	D. JUAN ANTONIO DAZA Y BERMÚDEZ DE TREJO	1682
D. ALONSO DE ORTEGA Y ROBLES (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	SANTIAGO	IDEM.	1651
D. ALONSO DE TORICES	SANTIAGO	D. PEDRO FRANCISCO CHARRO DE LORENZANA	NO CONSTA
D. ALONSO DE TORRES	SANTIAGO	D. MARTÍN ASENSIO DE CHAVARRÍA Y DE MAGUNA	1688
D. ALONSO DE ULLOA RIVADENEIRA Y DE MOURE	SANTIAGO	IDEM.	1650
D. ALONSO ORTIZ	SANTIAGO	D. JUAN ANTONIO DE FUENTES Y GONZÁLEZ DE HERRERA	1648
D. ÁLVARO GALLO DE HARO	ALCÁNTARA	D. ALONSO Y CASTRO GALLO	1664
D. ANDRÉS DE RADA Y VÉLEZ (ALFÉREZ)	SANTIAGO	IDEM.	1646
D. ANDRÉS TREJO Y DE MONTEALEGRE (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	SANTIAGO	IDEM.	1652
D. ANTONIO DE FUENTES	SANTIAGO	D. JOSÉ DE FUENTES Y GONZÁLEZ DE HERRERA	1644

D. ANTONIO DE LOSADA Y ESCOBAR	SANTIAGO	IDEM.	1650
D. ANTONIO DE SILVA	CALATRAVA	D. ALONSO DE SILVA Y HERRERA	1691
D. ANTONIO LÓPEZ DE PEÑARANDA (CAPITÁN DE INFANTERÍA Y SARGENTO MAYOR)	SANTIAGO	IDEM.	1650
D. ANTONIO PÉREZ	SANTIAGO	D. JUAN ANTONIO DE CUADROS Y JIMÉNEZ	1692
D. BALTASAR DE MANSILLA Y DE CÓRDOBA	SANTIAGO	IDEM.	1644
D. BENITO DE BARROS SALGADO (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	SANTIAGO	D. PEDRO DE CASTRO SALGADO Y TRONCOSO DE LIRA (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	1650
D. BENITO DE OVALLE Y TRONCOSO	SANTIAGO	IDEM.	1645
D. CRISTÓBAL DE VERGARA Y GRIMÓN (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	CALATRAVA	IDEM.	1646
D. DAMIÁN SÁENZ VELA Y DE ARRIETA	SANTIAGO	IDEM.	1643
D. DIEGO DE GUARNIZO	SANTIAGO	D. FRANCISCO DE HERRERA Y GUARNIZO	1675
D. DIEGO DE MOM Y HARO (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	SANTIAGO	D. ENRIQUE DE MOM Y HARO	NO CONSTA
D. DIEGO DE TORRES Y ACEDO LA RAYA Y RUEDA HERRERA	CALATRAVA	IDEM.	1649
D. DIEGO PONCE DE LEÓN (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	SANTIAGO	D. TOMÁS PONCE DE LEÓN Y CUETO (VEINTICUATRO DE SEVILLA)	1677
D. DIEGO PONCE DE LEÓN Y DE ARANDA	SANTIAGO	IDEM.	1644
D. DIEGO VALENTÍN DE PERLINES	SANTIAGO	IDEM.	1644
D. ESTEBAN DE MONTOYA Y CARDONA	SANTIAGO	D. CARLOS DE MONTOYA CARDONA	1654
<b>D. FADRIQUE PLUNQUETO Y BIETAX</b> (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	SANTIAGO	D. FADRIQUE PLUNQUETO Y DE BOHORQUES (PAJE DEL REY)	1650
<b>D. FELIPE DE ESCOBEDO</b> (MAESTRE DE CAMPO)	CALATRAVA	D. DIEGO DE ESCOBEDO Y ABOZ PALOMAR	MIRAR
D. FELIPE MUÑOZ DE LEIVA	SANTIAGO	D. JUAN ORIA MUÑOZ Y DE GUIRGUILLANO	1688
<b>D. FERNANDO DE SALCEDO SOJO</b>	SANTIAGO	D. PEDRO DE SALCEDO Y SOJO	1643
<b>D. FERNANDO DE VILLALOBOS Y PORRES</b> (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	SANTIAGO	D. ANTONIO RODRÍGUEZ DE EBÁN Y ALIPRANDO (REGIDOR DE MEDINA DEL CAMPO)	1663



D. FRANCISCO BARONA Y SOJO	CALATRAVA	IDEM.	1642
D. FRANCISCO DE ACHA VALDIVIESO	SANTIAGO	D. BERNARDO DE ACHA Y VALDIVIESO (CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS)	1657
D. FRANCISCO DE IDOBRO	CALATRAVA	D. ALONSO BRAVO DE LA MAZA (CONTADOR MAYOR DEL TRIBUNAL DE CUENTAS DE PERÚ)	1666
D. FRANCISCO DE MONTOYA (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	ALCÁNTARA	D. LUIS DE LARREA	1691
D. FRANCISCO DE TAPIA (CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS)	ALCÁNTARA	D. JOSÉ DE LA PUENTE VERÁSTEGUI Y ORDÓÑEZ DE PINEDA	1673
<b>D. FRANCISCO DE TORRES CASTEJÓN</b> (MAESTRE DE CAMPO)	ALCÁNTARA	D. BARTOLOMÉ NÚÑEZ DE VILLAVICENCIO Y SANDIER	1682
D. FRANCISCO MUÑOZ (CAPITÁN DE CABALLOS)	SANTIAGO	D. JERÓNIMO DEL REY Y HERRERA	1664
D. FRANCISCO RODRÍGUEZ DE LEDESMA Y DURÁN	SANTIAGO	IDEM	1651
D. GABRIEL DE FRÍAS	SANTIAGO	D. FRANCISCO DEL CASTILLO Y PÁRAMO (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	1648
D. GASPAR DE QUIROGA Y GARCÍA	SANTIAGO	IDEM.	1656
D. GASPAR ORTIZ	SANTIAGO	D. DIEGO DE BUSTAMANTE Y QUIJANO	1675
D. GASPAR RENGIFO (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	SANTIAGO	D. MARTÍN DE UGALDE Y DE ARBAIZA	1686
D. GONZALO DE APONTE (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	SANTIAGO	D. JUAN ANTONIO APONTE Y DE LOS RÍOS	1653
D. GREGORIO COELLO DE PORTUGAL Y GALLARDO (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	SANTIAGO	IDEM	1664
<b>D. GREGORIO ROMANO ALTAMIRANO PORTOCARRERO</b>	SANTIAGO	D. ANTONIO ALTAMIRANO Y CALATAYUD	1675
D. HIPÓLITO PELLICER ABARCA	SANTIAGO	D. DIEGO PELLICER SALMERÓN Y TOVAR	1689
D. JERÓNIMO DE MENDOZA Y MENDOZA	CALATRAVA	IDEM.	1645
D. JORGE DE ULLOA Y ARIAS DE BARREIRA	SANTIAGO	IDEM.	1648
D. JOSÉ TOFIÑO NAVARRETE (ALFÉREZ)	SANTIAGO	D. RODRIGO DE CEPEDA TOFIÑO Y NAVARRETE	1674
D. JUAN ANTONIO COELLO DE PORTUGAL Y GALLARDO (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	SANTIAGO	IDEM.	1664
D. JUAN ASTETE DE MONROY (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	SANTIAGO	D. JUAN DE ARCE Y OTÁLORA (OIDOR DE LA CHANCILLERÍA DE VALLADOLID Y GOBERNADOR DEL	1644

		PRINCIPADO DE ASTURIAS)	
<b>D. JUAN BARBA DE BORDÁS</b> (CABALLERIZO DE LA REINA. ALFÉREZ DEL MARQUÉS DE GUDALCAZAR)	ALCÁNTARA	D. FRANCISCO DE MILLA BARBA VELÁZQUEZ Y BORDÁS	1643
D. JUAN DE EUSA Y ASAÍN	SANTIAGO	D. SEBASTIÁN DE EUSA Y TORREBLANCA	NO CONSTA
D. JUAN DE FRÍAS VALDERRAMA	ALCÁNTARA	D. PEDRO JUAN FRÍAS DE LA VEGA	1673
D. JUAN DE MORALES DE LOS COBOS	SANTIAGO	IDEM.	1648
D. JUAN DE OLAIZ (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	SANTIAGO	D. BUENAVENTURA DE BARRIENTOS LOMELÍN	NO CONSTA
D. JUAN DE PAZOS Y BUELA (CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS)	SANTIAGO	D. NICOLÁS MATÍAS DEL CAMPO Y LARRINAGA	1667
D. JUAN DE SOSA Y DE SOLIER Y VARGAS	SANTIAGO	IDEM.	1644
D. JUAN DE ZÚÑIGA	SANTIAGO	D. PEDRO NÚÑEZ DE PRADO Y FERNÁNDEZ DE POLANCO	1655
<b>D. JUAN DEL CASTILLO TERRAZA</b> (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	SANTIAGO	D. FRANCISCO DEL CASTILLO TERRAZA Y SUÁREZ	1665
D. JUAN FLÓREZ DE QUIÑONES (MAESTRE DE CAMPO)	SANTIAGO	D. ANTONIO FLÓREZ DE QUIÑONES Y CENTENO	1672
D. JUAN MARROQUÍN DE MONTEHERMOSO (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	ALCÁNTARA	D. JUAN MARROQUÍN DE MONTEHERMOSO (HIJO)	1699
D. LUCAS DE NAVARRETE (CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS)	ALCÁNTARA	D. ANTONIO CALSADO	NO CONSTA
D. LUCAS DE RADOR	SANTIAGO	D. PEDRO DE RADOR CARRANZA	NO CONSTA
D. LUIS DE RAVANAL Y SOLÓRZANO	SANTIAGO	D. JUAN DE SOLÓRZANO Y DE ARANDA	1643
D. LUIS DE ZÚÑIGA BLANCO	SANTIAGO	D. FRANCISCO BLANCO DE SALCEDO	1644
<b>D. LUIS DE VALENZUELA FAJARDO</b> (CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS)	SANTIAGO	D. LUIS DE VALENZUELA FAJARDO Y MONTE	1649
D. MANUEL ENRÍQUEZ DE GUZMÁN (TENIENTE DE LA COMPAÑÍA DEL CONDE DE ALBA DE ALISTE, SU PADRE)	ALCÁNTARA	IDEM.	1642
D. MARCOS DE PARADA Y MENDOZA	SANTIAGO	D. JUAN ANTONIO DE PARADA Y GRACIANO	1676
D. MARTÍN DE VILLAFÑE Y CORONEL (CAPITÁN DE CABALLOS ARCAUCEROS)	SANTIAGO	D. LESMES DE OÑA Y PALACIO	1665
D. MELCHOR JIMÉNEZ DE ENCISO	SANTIAGO	D. DIEGO JIMÉNEZ DE ENCISO Y GONZÁLEZ	1674

D. MIGUEL DE ULLOA Y CEDRÓN (CAPITÁN DE INFANTERÍA Y ALFÉREZ MAYOR DE LUGO)	SANTIAGO	D. FROILÁN DE ULLOA Y RIVADENEIRA	1674
D. MIGUEL SOTELO	SANTIAGO	D. JOSÉ SOTELO Y ARIAS	1683
D. MIGUEL SOTELO SALGADO	SANTIAGO	IDEM.	1643
<b>D. PEDRO DE AGUILAR</b>	SANTIAGO	D. ANTONIO FRANCISCO AGUILAR Y ZAYAS	1645
D. PEDRO DE CÓRDOBA Y CONTRERAS	CALATRAVA	D. ALONSO DE CÓRDOBA Y CONTRERAS	NO CONSTA
D. PEDRO DE VICUÑA Y FIGUEROA	SANTIAGO	D. JUAN DE VICUÑA Y FIGUEROA	NO CONSTA
<b>D. PEDRO JIMÉNEZ DE ENCISO</b>	CALATRAVA	D. JOSÉ JIMÉNEZ DE ENCISO	1700
<b>D. PEDRO LÓPEZ DE UNZUETA</b> (CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS)	SANTIAGO	MARTÍN RUIZ DE ISQUIZA Y GARECA	1662
D. PEDRO SERRANO NEGRAL	SANTIAGO	D. NICOLÁS ANTONIO NICOLÁS	1645
D. PEDRO TELLO DE VILLARRAGUD (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	SANTIAGO	IDEM.	1650
D. RODRIGO DE ROJAS Y QUIÑONES	ALCÁNTARA	D. LUIS QUIJADA (REGIDOR DE LEÓN)	NO CONSTA
<b>D. SANCHO DE CARVAJAL</b> (CAPITÁN DE INFANTERÍA. ALFÉREZ DEL MARQUÉS DE CERRALBO)	ALCÁNTARA	D. FRANCISCO DE VARGAS CARVAJAL Y CÓRDOBA	1646
D. SEBASTIÁN CORREA DE PAREDES (CAPITÁN DE INFANTERÍA Y SARGENTO MAYOR)	SANTIAGO	D. FRANCISCO GONZÁLEZ DE AGÜERO Y ROJAS	1684
<b>D. VENTURA DE LACANAL</b> (MAESTRE DE CAMPO)	SANTIAGO	D. JUAN JOSÉ DE BILBAO Y TORRES	1663
PABLO DE LEÓN (SARGENTO MAYOR)	SANTIAGO	D. DOMINGO DE LEÓN	NO CONSTA

Fuente: AHN, OO.MM, Legs. 104-122, 1397-1402, 1582, 1585 y 4668. (En negrita individuos que ya eran caballeros de hábito).

Aunque el principal incentivo ofrecido era la promesa de un hábito, algunos de ellos pretendieron otras mercedes por alistarse en esta unidad. En las páginas precedentes ya hemos visto como algunos individuos que ya pertenecían a las Órdenes Militares, optaron por ello. Pero lo que llama poderosamente la atención, es el hecho de que un considerable número de militares, que no eran miembros de estas corporaciones, y que podrían ver el ingreso en las milicias cristianas como la culminación a sus largos

años de servicio, se inclinaron por premios que, según su criterio, podían significarles un mayor beneficio personal que la concesión de un hábito.

Nos inclinamos a pensar que detrás de esta decisión, se encontraría el hecho de que, pese a las garantías ofrecidas por la Corona no había una certeza absoluta de obtener el hábito. Esta incertidumbre venía motivada porque en última instancia debían enfrentarse al Consejo de Órdenes, organismo encargado de hacer las pruebas de ingreso, el cual podía dilatar el proceso durante largos años. Por este motivo sería más fructífero demandar otra serie de gratificaciones, tal vez más seguras, que significarían una promoción en sus carreras profesionales, o la percepción de unos ingresos relativamente garantizados. Con todo, como ya pusimos de manifiesto en las páginas anteriores, hubo individuos que además del hábito exigieron otras concesiones para prestar sus servicios en el Batallón.

Como muestra, hemos recogido 102 peticiones que no correspondían a hábitos, formuladas por 90 de ellos (la cifra no corresponde porque hubo quienes hicieron más de una), entre los cuales se incluían 13 miembros de las Órdenes Militares. En ella concurren una amplia variedad de grados militares, aunque el más común fue el de capitán de infantería, con 35 supuestos (el 39'1% del total); seguido del de alférez de infantería con 13 casos (14'4%), y en tercer lugar aparecen 7 tenientes de caballos (7'9%). Los 45 restantes abarcan toda la carrera militar (incluyéndose 15 supuestos en los que no hemos podido identificar el empleo del solicitante), desde simples sargentos de infantería pasando por capitanes de caballos o ayudantes de sargento mayor, hasta alcanzar el de comisario general de la caballería<sup>2473</sup>.

En cuanto a sus aspiraciones, la variedad es amplísima, pero en general se reducen a concesiones de sueldos, patentes, o empleos, que les permitieran progresar en la escala militar. Entre las que más repetidas, se encuentran las solicitudes de patentes de capitán de infantería, con 19 supuestos (el 18'6% del total). Sin embargo, no todas responden a un mismo perfil, pues 12 de ellos la demandan junto con el sueldo de capitán de infantería reformado (25 escudos), otros cuatro con el salario correspondiente al de capitán en activo ("vivo"), que ascendía a 40 escudos; mientras que tres la pedían sin sueldo. Estas peculiaridades se debían a que no había una correspondencia entre el puesto desempeñado y el salario a percibir. En esta circunstancia, se podía ser capitán

---

<sup>2473</sup> Los datos presentados han sido extraídos de las consultas elevadas ante la Junta de la Milicia de las Órdenes, durante el año 1642, en las que se recogen las pretensiones de todos aquellos que se muestran interesados en servir en el Batallón. Todas ellas se encuentran recogidas en: AHN, OO.MM, Leg. 4668.

de infantería, pero no tener tropa a la que mandar (es decir no tenía el mando de una compañía), o percibir unos haberes que correspondían a un empleo inferior en el escalafón militar. Análogamente, cabía la opción de suplicar sólo la patente del puesto, porque gracias a otros servicios se podía haber obtenido el sueldo de capitán de infantería vivo. De la misma manera, el incumplimiento de la legislación vigente, en lo relativo a ascensos y promociones profesionales, así como la concepción que se tenía en esta época de los empleos de la oficialidad, motivaron situaciones de este tipo.

En su mayoría se trataba de alféreces (tanto de infantería como de caballería) y ayudantes de sargento mayor, quienes aceptaron servir en la caballería de las Órdenes como simples soldados rasos, a cambio de conseguir una mejora en su situación profesional, y finalmente obtener aquello que deberían haber conseguido por sus años de servicio (sin necesidad de recurrir a otra instancia) pues acreditaban una media próxima a los nueve años. A modo de ejemplo presentamos el caso del alférez de infantería D. Antonio de Alvarado, quien había servido durante 18 años en Nápoles, Milán y Flandes, demandante de una patente de capitán de infantería, junto con el sueldo de reformado (lo cual supondría aumentar sus haberes en 5 escudos mensuales, pues como alférez le correspondían 20), pero no se accedió a ello<sup>2474</sup>. En cambio si se creyó oportuno despachar la patente junto con el sueldo de reformado al alférez de infantería Onofre Falcón, que había servido los mismos años que D. Antonio, aunque sólo los percibiría el tiempo que sirviera en la caballería de las Órdenes Militares<sup>2475</sup>. No obstante, disfrutó este salario durante muy poco tiempo, pues falleció en combate prestando servicio en la compañía del conde de Monterrey<sup>2476</sup>.

Junto a estos profesionales de la carrera de las armas, encontramos otros solicitantes con muchos menos años de servicio, quienes buscaron acceder a este empleo de una manera mucho más rápida, gracia a su presencia en esta unidad. Entre ellos se encontraba el ayudante de sargento mayor D. Diego Velázquez de Zárate, cuyos servicios se limitaban a tres años en los presidios norteafricanos, a quien se le prometió la susodicha patente, sin sueldo, a cambio de servir la campaña de 1642<sup>2477</sup>, o Pedro

---

<sup>2474</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del alférez D. Antonio de Alvarado*. Madrid, 17-6-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2475</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del alférez Onofre Falcón*. Madrid, 5-6-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2476</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*. Madrid, 14-5-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2477</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*.....17-9-1642.

Salazar (de quien no nos consta que ostentara ningún empleo, ni vivo ni reformado), con 6 años en diferentes partes, y solicitó la patente sin sueldo por el mismo servicio<sup>2478</sup>.

También fueron muy demandadas las patentes de capitán de caballos (sobre todo de corazas), en sus diversas modalidades, pues hemos contabilizado hasta 18 solicitudes (el 17'6%). En lo relativo a estas mercedes, tampoco podemos hablar de un patrón único pues cinco de ellas se solicitaron con sueldo de capitán vivo (110 escudos), 7 con el de reformado (80 escudos), y las seis restantes “ad honorem”. En cambio si hubo más homogeneidad respecto a los peticionarios de patentes de capitán de caballos corazas, pues 13 de ellos lo eran de infantería, dos de caballos arcabuceros, otro de dragones y dos tenientes de caballería. Llama la atención que un importante número de oficiales procedentes de la infantería, pretendan el mando de una compañía en el arma montada. No obstante, pese a tratarse del mismo, ser capitán de caballería era mucho más prestigioso que quien servía a pie. De la misma manera, nos sorprende que, contrariamente a lo que sería la lógica militar, los capitanes de infantería no solicitaran la patente del empleo que estaba por encima en el escalafón; es decir, el de sargento mayor, pues ninguno de ellos lo hizo.

Tampoco debemos pasar por alto que tres individuos que ya servían como capitanes de caballería, si bien sus patentes eran de arcabuceros y dragones, también aspiraban a obtener una patente de corazas. Eran tres oficiales subalternos de las que iban a servir en las compañías del Batallón comandado por el conde de Monterrey: el capitán de caballos arcabuceros D. Francisco Spataro, alférez de la del marqués D. Carlos Dacia; el también capitán de caballos arcabuceros, D. Sebastián Correa de Silva, caballero de Santiago, teniente de la compañía del conde de Amarante; y el capitán de caballos dragones Julián Jordi, alférez de la compañía del conde de Monterrey. Su ambición vendría motivada por el prestigio que suponía poseer un cargo como el de capitán de caballos corazas, mucho más reputado que las dos tipologías referidas.

Mucho más lógica puede parecela pretensión de los dos tenientes de caballos: Miguel Fernández de Espinosa (que había servido 24 años en Lombardía, Flandes y Alemania) y Hércules Lunati<sup>2479</sup> (militar italiano natural de Pavía, que llevaba 6 años sirviendo en Milán), quienes gracias al servicio en el Batallón de las Órdenes podrían ascender en la carrera militar, y alcanzar el empleo que tanto anhelaban.

---

<sup>2478</sup> *Ibidem.*

<sup>2479</sup> *Ibidem.*

En tercer lugar por importancia numérica, con 12 supuestos (11'8%), se encuentran las demandas de salarios correspondientes a determinados empleos militares, de los cuales uno se repite con mayor frecuencia: el de capitán de caballos corazas vivo (110 escudos al mes), con ocho solicitudes, mientras que las cuatro restantes se referían al de alférez reformado, alférez vivo (20 escudos), capitán de infantería reformado (25 escudos) y sargento mayor (40 escudos). Pero la concesión de estos emolumentos suponía una gravosa carga para las arcas reales, ya de por sí erosionadas por la financiación de los compromisos bélicos en los que se encontraba inmersa la monarquía española. Por este motivo ninguno de los ocho solicitantes de sueldos de capitán de caballos corazas tuvo éxito en su pretensión, pues cinco fueron desestimadas sin contemplación. Entre ellas se encontraba la del capitán D. Antonio González de Proaño, a quien sus 24 años de servicio en Italia y Flandes no le sirvieron de nada<sup>2480</sup>, o la del capitán D. Juan de Ulloa (sus servicios se prolongaban por espacio de 19 años, realizados en Flandes, Milán y Cataluña), que saldó con el mismo resultado<sup>2481</sup>.

En cuanto a las tres restantes, fueron conmutadas por otras mercedes menos gravosas. Al capitán D. Carlos de Larrea, con 14 años de servicios a sus espaldas en Flandes, la Armada, Cantabria y Cataluña, se le concedió la patente de capitán de caballos corazas sin sueldo, así como el mando de una compañía de esta clase<sup>2482</sup>. El capitán D. Carlos Genaro, que con cinco años de servicios en el Milanésado, obtuvo el sueldo de capitán de caballos corazas reformado (80 escudos)<sup>2483</sup>; y el capitán de infantería D. Lucas de Navarrete y Córdoba, cuya carrera militar había comenzado en 1631, habiendo servido en la Armada, en Flandes y en España, obtuvo la patente del empleo en cuestión, también sin sueldo<sup>2484</sup>.

---

<sup>2480</sup> *Ibídem.*

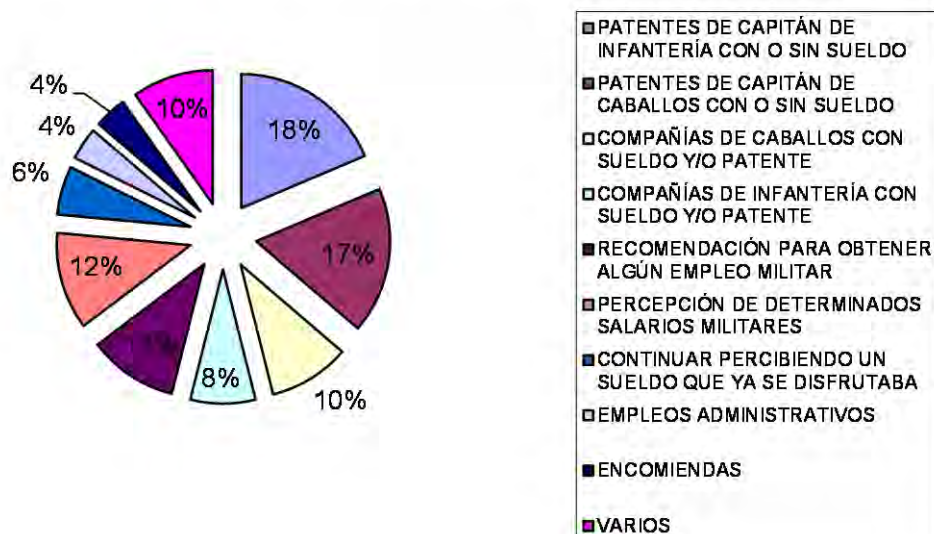
<sup>2481</sup> *Ibídem.*

<sup>2482</sup> *Ibídem.*

<sup>2483</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del capitán D. Carlos Genaro.* AHN, OO.MM, Leg. 4668. Madrid, 5-6-1642. Al igual que en caso del alférez Onofre Falcón, D. Carlos murió en el curso de las operaciones militares en las que se vio inmerso el Batallón de las Órdenes, en concreto en la batalla que tuvo lugar en torno a Lérida el día 7 de octubre. *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*.....14-5-1643.

<sup>2484</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes*.....17-9-1642.

**GRAFICO 8. PETICIONES FORMULADAS PARA SERVIR LA CAMPAÑA DE 1642 EN EL BATALLÓN DE LAS ÓRDENES, QUE NO SON HÁBITOS. (TOTAL 102)**



**Fuente:** AHN, OO.MM, Leg. 4668.

Otra de las recompensas más demandadas, en concreto 11 (10'8%), fue una recomendación para obtener determinados empleos militares cuando éstos quedaran vacantes. Los puestos más demandados, pues acaparan más de la mitad de las peticiones de este epígrafe (seis), fueron las castellanías, en concreto las que tienen por destino los dominios italianos de la monarquía española, seguidos de las sargentías mayores (tres) y, con un supuesto: la solicitud de una compañía del presidio de La Habana, y la del puesto de veedor general del Reino de Sicilia. En lo tocante a los empleos de castellano, el capitán D. Juan Gabino Serra solicitó que se tuviera en cuenta su persona cuando se produjeran vacantes de dicho puesto en el Reino de Cerdeña<sup>2485</sup>; o el también capitán D. Miguel Sensano, quien suplicó la misma merced, pero despachada en cualquiera de los castillos de Nápoles o Milán<sup>2486</sup>. La única petición que no tenía como destino las posesiones itálicas, fue la formulada por el capitán de caballos arcabuceros D. Sebastián

<sup>2485</sup> Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del capitán D. Juan Gabino Serra y Manca. Madrid, 20-7-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2486</sup> Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes.....17-9-1642.



Correa de Silva, caballero de la orden de Santiago, teniente de la compañía del conde de Amarante, a la cual ya nos hemos referido, y que tenía como objetivo la consecución de el empleo de castellano de la localidad de Olivenza.

A diferencia de las castellanías, las solicitudes de empleos de sargento mayor tenían una dimensión eminentemente peninsular, pues todas ellas implicaban destinos en el corazón de la monarquía. La primera de ellas fue la demandada por el capitán de infantería D. Francisco del Castillo (que representaba haber servido 11 años en Italia y España), aspirante al puesto de sargento mayor del presidio de San Sebastián<sup>2487</sup>; mientras que el también capitán D. Juan de Rozas y Velasco, con 10 años de servicios en Flandes, el Palatinado y España, solicitó la sargentía mayor de la milicia de las Cuatro Villas<sup>2488</sup> (actual Cantabria). Por último, el capitán D. Martín de Villafañe y Coronel, con 12 años de servicios a sus espaldas, realizados en Alemania, Milán, Flandes y España, pidió que se le concediera el empleo en cuestión, pero en este caso de la milicia de Murcia<sup>2489</sup>.

### 8.3. RESTRICCIONES A PARTIR DE 1643.

El gran esfuerzo realizado el año anterior, junto con los evidentes signos de agotamiento del método empleado para atraer al servicio a quienes mostraran inclinación a formar parte de la caballería de las Órdenes Militares y, al mismo tiempo, remunerar a los que finalmente sentaran plaza en ella, acarreó una profunda revisión de los mecanismos empleados a tal efecto. Sin embargo, el problema más perentorio era encontrar una solución a las solicitudes de hábito de quienes acudieron a servir la campaña de 1642, bajo la promesa de esta merced. Si durante el año anterior se contabilizó un número de peticiones considerable, se verían incrementadas aún más durante 1643, pues había concluido el periodo de la prohibición. Una de las primeras

---

<sup>2487</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del capitán D. Francisco del Castillo, de que se le haga merced de la sargentía mayor del presidio de San Sebastián, para cuando vague, en consideración de sus servicios, y de ir a servir en el Batallón de ellas.* Madrid, 16-6-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2488</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del capitán D. Juan de Rozas y Velasco, de que se le haga merced de la futura sucesión de la sargentía mayor de las Cuatro Villas de la costa del mar, en consideración de sus servicios y de continuarlos en el batallón de ellas.* Madrid, 23-7-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2489</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes.....*17-9-1642.

que hemos recogido fue la de D. Francisco de Hoces y Córdoba, a quien se le prometió un hábito para D. Francisco de Urdaneta Barrenechea, su tío, pues él ya tenía concedida la merced. Conforme las certificaciones expedidas por los oficiales administrativos de la unidad, D. Francisco cumplió con su obligación, sirviendo en el Batallón de las Órdenes hasta que resultó herido en la batalla de Lérida. Pese a que no había servido la campaña completa a causa de las graves heridas recibidas, D. Francisco solicitó que se hiciera efectiva la merced<sup>2490</sup>.

En su caso, la opinión favorable del monarca fue decisiva para que se accediera a su petición, y D. Francisco de Urdaneta fue agraciado con un hábito de la orden de Calatrava, que pudo vestir ese mismo año<sup>2491</sup>. Del mismo modo, D. Francisco de Hoces recibió el hábito de la orden de Santiago dos años más tarde (1645)<sup>2492</sup>. Este acontecimiento fue el punto de partida de una prolífica trayectoria en el ámbito administrativo, pues accedió a una veinticuatría en la ciudad de Córdoba (de donde era natural), y más tarde fue nombrado contador en la Contaduría Mayor de Cuentas.

Según nuestras investigaciones, un importante número de aspirantes al hábito, bien para ellos, bien para familiares, se encontraban en una situación similar. Ante esta circunstancia la administración real se vio desbordada, tanto por la ingente cantidad de peticiones presentadas, como por las peculiaridades de cada una de ellas. Esta disparidad de situaciones impidió a la Junta aplicar una regla general, por lo que se vería obligada a estudiarlas de forma individual y, según las circunstancias de cada una, dictaminar la resolución oportuna<sup>2493</sup>. Con todo, el Consejo de Órdenes (personalizado en el secretario Jerónimo de Lezama), consiguió sintetizar la mayor parte de los supuestos en los que estaban comprendidos los demandantes de hábitos, en cuatro categorías. En primer lugar, quienes hubieran quedado inútiles para el servicio como consecuencia de las heridas recibidas, o que hubieran sido hechos prisioneros por el enemigo. En suma, quienes no pudieran continuar sirviendo por causas ajenas a su voluntad (como D. Francisco de Hoces), recibirían el hábito sin exigirles que completaran el tiempo estipulado para ello<sup>2494</sup>.

---

<sup>2490</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Francisco de Hoces y Córdoba*. Madrid, 7-1-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2491</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Calatrava, Expediente 2652.

<sup>2492</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Santiago, Expediente 3939.

<sup>2493</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre lo que representa el secretario Jerónimo Lezama*. Madrid, 23-2-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2494</sup> “(.....) Los que de las ocasiones de aquella campaña, quedaron estropeados de las heridas que recibieron, o fueron prisioneros, con que no pudieron continuar, ni están en disposición de hacerlo, que se les cumpla la merced del hábito sin atender al tiempo que sirvieron. Pues en el merecieron lo que

En segundo lugar, se dictaminó que quienes hubieran recibido licencia para retirarse a sus localidades, sin haber recibido orden de incorporarse a filas en una fecha concreta, quedarían obligados a servir en la campaña de 1643 lo que les restara para cumplir un año de servicio. Sobre esta cuestión, que había dado lugar a muchos malentendidos, se decretó oficialmente que una campaña equivalía a doce meses, de modo que no se espacharían hábitos a quienes no acreditaran haber servido ese periodo<sup>2495</sup>. En tercer lugar, todos aquellos pretendientes que hubieran recibido permiso para volver a sus hogares, pero con la condición de presentarse a retomar el servicio, debían hacerlo en las mismas condiciones que los recogidos en la anterior situación. En última instancia, se creyó conveniente ofrecer un perdón general a todos los desertores del Batallón, siempre y cuando mostraran determinación de retomar su compromiso, quedando obligados a servir el tiempo que les restaba para cumplir el año pactado, si querían ver satisfecha su pretensión<sup>2496</sup>.

Si tenemos en cuenta estas decisiones, se constata un endurecimiento de la posición de la Corona, pues se exigió que los interesados sirvieran al menos un año para recibir el hábito. Con todo, en esta ocasión se adoptó una actitud cuanto menos complaciente. En concreto, nos referimos al último de los cuatro supuestos, pues si los abandonos del servicio (tanto con permiso como sin el) se hubieran producido en otra unidad, los infractores hubieran sido severamente castigados, y sus pretensiones desestimadas sin contemplación.

Otra de las medidas adoptadas, que confirma el cambio de tendencia hacia posiciones mucho más restrictivas, fue el hecho de que durante los primeros meses de 1643 se paralizó otro de los expedientes acordados a finales de 1642. El arbitrio en cuestión proyectaba ofrecer un hábito a todos aquellos caballeros que entregaran un hidalgo que los sustituyera (armado y pagado por 18 meses), antes del 15 de febrero de 1643, el cual podrían hacer efectivo en quien creyeran oportuno (sin ningún tipo de limitación). El estímulo que se encontraba detrás de todo era el deseo de asegurar la continuidad del Batallón, debido a los pocos rendimientos obtenidos de los expedientes para este fin.

---

pudieran en la más larga campaña, peleando con tanto valor y riesgo, quedando los unos inútiles y los otros prisioneros.” *Ibidem*.

<sup>2495</sup> “(.....) Los que han venido con licencia, sin limitación de tiempo, que vuelvan a servir la campaña de este año, y se les admita el tiempo que sirvieron en la pasada, y de ambas se componga la campaña. Que conforme a la noticia que la junta tiene, de lo que V.M. ha declarado, ha de ser un año; y venzan el hábito.” *Ibidem*.

<sup>2496</sup> *Ibidem*.

Nos encontramos ante una versión mejorada de las prácticas adoptadas en 1640, cuando se ordenó que los titulares de los hábitos y encomiendas abonaran un mes de salario a los individuos que los iban a sustituir. En esta ocasión el desembolso a realizar era mucho más sustancioso, pues ascendería a cerca de 250 ducados (a 150 reales al mes), a los cuales habría que agregar el coste de la montura, el equipo militar y las armas. Pero el esfuerzo bien merecía la pena, pues la generosidad de la Corona alcanzaría cotas impensables hasta ese momento. Incluso se llegó a ofrecer una merced de hábito para que el beneficiario, sin ningún tipo de limitación, pudiera proveerla en quien creyera oportuno<sup>2497</sup>.

En resumen, debido a la imposibilidad de asegurar un flujo constante de capital, que permitiera financiar la participación de esta unidad en la campaña de Cataluña, se tomó la decisión (tal y como había acontecido en los primeros momentos de vida del Batallón) de cargar esta responsabilidad sobre los hombros de los miembros de las Órdenes Militares. Consideramos que la decisión de Corona de aumentar su munificencia, estaba más que justificada por el deplorable estado que presentaba la unidad a la conclusión de la campaña de 1642, así como por el deseo de que continuara operativa. En función de estos objetivos, dicha medida se revelaba como la única posibilidad de reunir, en un breve plazo de tiempo, el mayor número de efectivos para reforzar esta fuerza montada.

La meta a alcanzar era ambiciosa, pues se buscaba que los efectivos del Batallón alcanzaran los 2.000 hombres, pagados y asistidos con cargo al fruto de este expediente. Pese a que sería harto complicado alcanzar la cifra en cuestión, pues ni siquiera se llegó a ella en 1640, al menos permitiría insuflar nuevos bríos a su presencia en el teatro de operaciones catalán<sup>2498</sup> y, no menos importante, asegurar su paga y abastecimiento sin

---

<sup>2497</sup> “(.....) He resuelto que los comendadores y caballeros ayuden a este intento tan propio suyo, y que los que no fueren personalmente, de cada uno en su lugar un hijodalgo montado y armado de corazas y pistolas, y lo que montare su sueldo 18 meses a 15 escudos de a 10 reales al mes, para que con esto se haga la remonta y la leva, y se sustente todo el grueso, entre tanto que se vayan beneficiando los medios aplicados a la dotación, de que he querido advertiros, para que en lo que os toca dispongáis luego la ejecución y enviéis vuestro montado en la forma referida, de manera que pueda pasar revista en esta corte ante el Conde Duque de Sanlúcar, Capitán General de la Caballería, en 15 de febrero del año que viene, que es el día señalado en que se han de ver y reconocer todos para probar y admitir los que fueren a propósito y vinieren con caballos y armas que sean de provecho. En cuya consideración, y por el gasto que habéis de hacer en montarle y armarle y el sueldo, y para facilitar este servicio os hago merced de un hábito de las dichas órdenes, sin reserva del de Santiago, para la persona que eligieredes, y con vuestro nombramiento se le dará cédula de él, constando que habéis cumplido a satisfacción de mi Junta de la Milicia de las Órdenes.” *Carta del rey a D. Francisco Pérez de los Cobos, caballero de la orden de Santiago, en que le ofrece un hábito de las órdenes militares para la persona que designare, presentando un sustituto en las condiciones referidas.* Madrid, 28-12-1642. AHN, OO.MM, Leg. 4646.

<sup>2498</sup> *Ibidem.*

que le costara un solo maravedí a la Real Hacienda. Pese a todo, la Corona tuvo que seguir sosteniéndola mediante la consignación de determinadas rentas, sin las cuales no se podía asegurar su continuidad<sup>2499</sup>.

Por los testimonios recogidos, da la impresión de que un número considerable de caballeros aprovechó esta oportunidad para hacer negocio con la merced de hábito, haciéndola efectiva en la persona que más dinero estuviera dispuesto a desembolsar por ella. Pese a que se trataba de un acto contrario a la legislación de las Órdenes Militares, la actitud de la Corona, concediendo plena libertad para utilizar esta prebenda, era una invitación a hacerlo. Es más, algunos llegaron a manifestar, no sabemos si de forma sincera o porque exageraban su situación económica, que su única manera de cumplir con esta obligación era “valerse del hábito” (es decir, venderlo), y con los fondos obtenidos afrontar el gasto del sustituto<sup>2500</sup>. Esta decisión sólo se justificaba por la urgencia de las necesidades bélicas, pues como ya hemos podido ver, desde finales de 1642 se buscó poner fin a las actividades de la Junta de Hábitos (que desde 1635 se había dedicado a la venta de estas mercedes a cambio de un número variable de hombres para servir en Cataluña, y más adelante por su equivalente monetario). Además, esta actuación iba en contra de los intereses de la Corona, pues suponía poner en manos de terceras personas los beneficios que se obtendrían de una de sus regalías. En este sentido, lo lógico sería que todos aquellos caballeros interesados en este expediente intentaran obtener la mayor cantidad posible por el hábito, con vistas a que, una vez satisfechos los gastos, pudieran sacar algún partido de la operación. Así, asistimos al retorno de prácticas que la Junta de Hábitos había evitado; es decir, si no había más remedio que recurrir a la venta de estas mercedes, que por lo menos los beneficios fueran a parar a la Real Hacienda y no a manos de particulares.

---

<sup>2499</sup> “(.....) Y si bien en tiempo que ay tanto a que acudir y que mi Real Hacienda se halla con las cargas y empeños que es notorio, no parecería posible aplicar a esto los medios que se ofrecieron, y que era preciso ajustar el cumplimiento, he aplicado algunos a su dotación, que importarán en cada año más de 250.000 ducados. Y he mandado formar un hospital, con financiación y renta a parte, para que en el se curen los heridos y enfermos que hubiere.” *Ibídem*.

<sup>2500</sup> “(.....) En las ocasiones pasadas representé a V.M. mi corta edad, poca salud y mucha necesidad. Y ahora, significo lo mismo, a cuya causa, y por mis muchos achaques, no puedo servir en persona, y que por haber contribuido en ellas, me hallo con grande empeño, y si no es valiéndome de la merced del hábito, imposibilitado por mi poca hacienda para poder servir a V.M. con un hijodalgo montado, como V.M. manda.” *Carta de D. Pedro de Rivera y Rivera, caballero de la orden de Santiago, al rey, en respuesta a la de S.M., sobre el montado y la merced de hábito*. Medina del Campo, 31-1-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4646. “(.....) Y así, valiendome de la merced del hábito, procuraré disponerla en un hijodalgo, en la forma que V.M. me manda, y de otra manera será imposible.” *Carta de D. Pedro Morejón, caballero de la orden de Santiago, al rey, en respuesta a la de S.M. sobre el montado y la merced del hábito*. Medina del Campo, 31-1-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4646.

Tal vez como consecuencia de abusos como este, y porque la utilización de los hábitos de las Órdenes Militares para la remuneración de servicios estaba dando síntomas de saturación, en el mes de marzo se decidió revocar esta oferta<sup>2501</sup>, aunque para no causar ningún problema a las solicitudes ya tramitadas, se autorizó la continuación de las diligencias ya iniciadas, pues se habían juntado 70 sustitutos, con los cuales se pensaba formar la compañía de D. Álvaro de Quiñones<sup>2502</sup>.

Si bien la determinación del monarca no dejaba lugar a dudas, la aplicación de esta normativa se produjo de manera flexible. Una muestra la encontramos el mismo día que fue aprobada, cuando el capitán de infantería D. Alonso Martel Durán, quien sirvió la referida campaña hasta quedar inútil para el servicio como consecuencia de las heridas recibidas en la batalla de Lérida (por este motivo obtuvo licencia del marqués de La Hinojosa para retornar a su domicilio, dejando las armas y el caballo), solicitó que se le despachara el hábito prometido. Según la resolución adoptada el 23 de febrero, si era cierto que estaba impedido, no debía servir el tiempo restante hasta completar el año, y se le debía despachar la merced. Pese a que la ley estaba de su parte, D. Alonso ofreció un sustituto, armado a su costa y pagado su sueldo por 18 meses “como se ha practicado con algunos caballeros en este llamamiento” (en clara alusión al ofrecimiento descrito en las líneas anteriores), si se le relevaba de cualquier obligación y se le despachaba inmediatamente la merced ofrecida<sup>2503</sup>. Pese a estar resuelto lo contrario, se decidió aceptar su ofrecimiento, pactándose el despacho del hábito una vez que el sustituto acreditara haber servido los 12 meses<sup>2504</sup>.

A pesar de todo, D. Alonso no hizo efectivo este compromiso pues consiguió el hábito por otro camino. En concreto, su ingreso en las Órdenes Militares se debió a que el capitán de infantería D. Juan de Río y Malo, caballero de la orden de Santiago, uno de los agraciados con un hábito por entregar su sustituto (en las condiciones referidas), nombró como beneficiario a D. Alonso. Sin embargo trató de conseguir que el hábito

---

<sup>2501</sup> “(.....) V.M. por resolución de consultas de esta junta de 9 y 28 de marzo del año de 1643, fue servido mandar que las mercedes de hábitos que generalmente se habían ofrecido a los caballeros de las órdenes para las personas que nombrasen (dando un montado armado y pagado por 18 meses) , no pasasen adelante por el inconveniente que en ello se ofreció, y que sólo se cumpliese la dicha merced (como con efecto se cumplió) a los caballeros que antes de esta resolución habían dado el montado y pagado el sueldo.” *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre el despacho que se debe dar de los hábitos a los caballeros que han cumplido con dar sus montados*. Madrid, 4-4-1643. AHN, OO.MM., Leg. 4668.

<sup>2502</sup> *Ibidem*.

<sup>2503</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del capitán D. Alonso Martel Durán*. Madrid, 4-4-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4668

<sup>2504</sup> *Ibidem*.

concedido a cambio de presentar su sustituto no se perdiera. De este modo, solicitó que fuera a parar a su sobrino, D. Alonso José de Martel, petición que fue rechazada<sup>2505</sup>.

La determinación de la Corona de poner fin a esta oferta, motivó que algunos caballeros que ya lo habían presentado pero no se les despachaba la merced prometida, elevaran su malestar a la Junta, la cual dio cuenta de ello al monarca. Este organismo se puso de su lado, y le sugirió que cumpliera lo pactado, más que nada por razones prácticas. En este sentido, como ya hemos referido, se formó una compañía con estos sustitutos (al mando de D. Álvaro de Quiñones) que ya se encontraba de camino hacia el frente. En estas circunstancias, si la Corona daba marcha atrás causaría graves daños, sobre todo en lo relativo a promover contribuciones similares en otra ocasión<sup>2506</sup>. Pese a que según los cálculos de la Junta, no eran demasiados los caballeros que se encontraban en esa situación, y que su satisfacción no supondría incrementar en exceso el número de caballeros de hábito, Felipe IV se negó a ello, y ordenó detener todas las concesiones pendientes por este servicio<sup>2507</sup>.

Pese a que este expediente ofrecía unas condiciones muy ventajosas, algunos caballeros las consideraron demasiado estrictas. No obstante, la Corona les autorizó a conmutar la presentación del sustituto por otro servicio. Uno de los supuestos que ilustran esta realidad fue lo acontecido con el secretario Jerónimo de Canencia, caballero de la orden de Santiago, que servía en la Contaduría Mayor de Cuentas, y su hijo, Juan Gabriel Jerónimo de Canencia, perteneciente a la misma orden. Por alguna razón que desconocemos, la Junta le autorizó a sustituir los dos montados por seis caballos, en lugar de los dos montados que debían presentar, los cuales fueron destinados a montar a otros tantos soldados de la compañía de D. Álvaro de Quiñones<sup>2508</sup>.

Pese a todo, el secretario Canencia no se dio por satisfecho y, alegando servicios anteriores, solicitó que se le concediera un hábito de la orden de Santiago para otro de sus hijos, en este caso D. Mateo de Canencia, lo cual revestiría de una aparente

---

<sup>2505</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del capitán D. Alonso Martel Durán, caballero de la orden de Santiago, de que el hábito que V.M. le tiene hecha merced, con calidad de dar un montado, armado y pagado por 18 meses, sea para D. Alonso José de Martel, su sobrino, por constar que no ha usado de la merced de este hábito.* Madrid, 8-2-1647. AHN, OO.MM, Leg. 4669.

<sup>2506</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre el cumplimiento de las mercedes de hábitos a los caballeros que dieron al tiempo el montado.* Madrid, 12-5-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2507</sup> *Ibíd.*

<sup>2508</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de Jerónimo de Canencia, caballero de la orden de Santiago, y contador mayor de cuentas.* Madrid, 30-5-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

legalidad a una práctica que transgredía las condiciones originales. Con ello se confirma la hipótesis que apuntábamos en las líneas anteriores: el uso irregular que la mayor parte de los caballeros hizo de los hábitos concedidos por este concepto, donde las ventas y otros actos venales estuvieron a la orden del día. Precisamente porque Jerónimo de Canencia iba a utilizar este hábito para un hijo, y no había ninguna posibilidad de que se lucrara con esta operación, la Junta se manifestó a favor de ello<sup>2509</sup>. Aunque en principio el monarca se mostró remiso a satisfacer su demanda, al final accedió a ella<sup>2510</sup> y ese mismo año D. Mateo de Canencia ingresó en la orden de Santiago<sup>2511</sup>.

Resulta aún más sustancioso lo ocurrido con D. Alonso de Parada, caballero de la orden de Santiago, natural de Sevilla. A él también se le permitió entregar tres caballos, que también se utilizaron para formar la compañía referida<sup>2512</sup>. Según informó la Junta, las monturas ofrecidas por D. Alonso presentaban la calidad requerida, y se habían presentado dentro del plazo establecido, por lo cual se debía ofrecerle el hábito prometido<sup>2513</sup>. Sin embargo, el despacho de la merced se dilató más de lo que D. Alonso hubiera deseado. Ante esta circunstancia, contraatacó y exigió el cumplimiento de lo pactado. En este sentido, la legalidad estaba de su parte, pues a finales de enero de 1643, tras una consulta del conde de Monterrey, se autorizó a todos los caballeros a que presentaran, bien 600 ducados o bien caballos por esa cantidad, en lugar del montado armado y pagado por 18 meses<sup>2514</sup>. Su reclamación fue atendida y designó para el hábito a D. José de Zuleta, también natural de Sevilla, quién ingresó en Santiago en 1646<sup>2515</sup>.

---

<sup>2509</sup> “(.....) Y parece a la junta que por ser el hábito para su hijo, premio que merecen los servicios del secretario Canencia, y a que se emplea bien en ministro tan benemérito, será propio de la grandeza de V.M., dársele, admitiendo el ofrecimiento que hace de los 6 caballos por los dos sustitutos que habrán de dar, pues esto no es contra la orden y resolución general que V.M. ha tomado con tanto acuerdo, así porque esta merced tiene por único motivo los servicios del padre y el de los caballos corresponde a la obligación de los sustitutos que deben dar, teniendo hábitos los dos como también por haberse puesto en este cuidado y gasto luego como se le previno antes de la prohibición que es el mismo caso, exceptuado en ella y en que cesa el escrúpulo y mayor reparo de venta que no puede intervenir entre padre e hijo.” *Ibídem*.

<sup>2510</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión del secretario Jerónimo de Canencia, de que se le haga merced de hábito de la orden de Santiago para D. Mateo de Canencia, su hijo, y admitiéndosele los caballos que ofrece, conforme lo que se ajustó con él.* Madrid, 19-6-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2511</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Santiago, Expediente 1473.

<sup>2512</sup> *Consulta de la junta de la milicia de las Órdenes sobre la pretensión de D. Alonso de Parada, caballero de la orden de Santiago.* Madrid, 20-6-1643. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

<sup>2513</sup> *Ibídem*.

<sup>2514</sup> “(.....) En decreto de 26 del mismo año [1643] declaró la junta que D. Alonso había cumplido, conforme a la resolución tomada por punto general, sobre que se pudiese admitir, en lugar del montado y sueldo de 18 meses que los caballeros habían de dar para vencer el hábito, dinero hasta en cantidad de 600 ducados; y de la misma manera caballos, en los precios que se concertase al mismo respecto, como S.M. lo mandó en respuesta de consulta que hizo el sr. conde de Monterrey en 31 de enero de dicho año [1643].” *Papel del secretario Tapia al secretario Lezama en el que informa que S.M., por consulta de la*



Estos ejemplos nos permiten apreciar la devaluación sufrida por los hábitos de las Órdenes Militares, pues los méritos a realizar habían disminuido considerablemente. A modo de ejemplo, si tomamos como punto de partida el estallido de la guerra con Francia, en solo ocho años se produjo una innegable disminución de los servicios exigidos (en dinero, en hombres reclutados o en servicios personales) para obtener uno de ellos, hasta llegar al extremo de que, por aproximadamente la tercera parte de lo que era necesario 1635 (según hemos visto, por la Junta de Hábitos se vendían estas mercedes por cerca de 1.600 ducados), se podía ingresar en las milicias cristianas. Llegados a este extremo, ni el deseo de la Corona de mantener el Batallón de las Órdenes podía justificar esta política de liberalidad, pues se corría el riesgo de que estas preciadas mercedes se desestimaran tanto que ya no resultaran atractivas. Por este motivo se decidió revocar el ofrecimiento de un hábito a cambio de prestar un sustituto y acometer un giro radical, hacia posiciones mucho más restrictivas y selectivas, en lo relativo a su concesión.

Respecto a los resultados prácticos en los que se tradujo esta iniciativa, hemos podido documentar 56 supuestos (aunque es probable que haya alguno más, pues en todos los casos no consta el motivo por el que se concede la merced) de individuos que recibieron este honor, como consecuencia de que un caballero de hábito cumplió con el servicio solicitado.

**CUADRO 18. HÁBITOS CONCEDIDOS POR PRESENTAR A TIEMPO EL SUSTITUTO QUE SIRVIERA POR EL TITULAR DEL HÁBITO Y/O ENCOMIENDA EN 1643.**

CABALLERO	ORDEN	BENEFICIARIO	ORDEN	AÑO CONCESIÓN	¿EL BENEFICIARIO OSTENTA ALGÚN EMPLEO?
D. ANTONIO ENRÍQUEZ PIMENTEL (CONDE DE LUNA)	SANTIAGO	D. BERNARDINO DE MONTENEGRO Y XALÓN	SANTIAGO	1643	CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS
D. AGUSTÍN DAZA Y ESPINOSA	SANTIAGO	D. FRANCISCO DESBRULL Y VILLALONGA	SANTIAGO	1644	
D. ALONSO DE PARADA	SANTIAGO	D. JOSÉ DE ZULETA REALES	SANTIAGO	1646	
D. ÁLVARO DE BAZÁN Y BENAVIDES	SANTIAGO	D. MARTÍN ZANARTU	SANTIAGO	1643	

*Junta de la milicia de las Órdenes, ha resuelto se de a D. Alonso de Parada el despacho del hábito que ha vencido, conforme lo que se ajustó con él. Madrid, 2-1-1644. AHN, OO.MM, Leg. 106(2), nº 147.*

<sup>2515</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Santiago, Expediente 9189.

(MARQUÉS DE SANTA CRUZ. MIEMBRO DEL CONSEJO DE ESTADO)					
D. AMBROSIO JORGE DE MEDINA	SANTIAGO	D. BERNARDO CALDERÓN DE LA BARCA	SANTIAGO	1645	SECRETARIO DEL SECRETO DE LA INQUISICIÓN DE SEVILLA
D. ANDRÉS DE LOSADA Y QUIROGA	SANTIAGO	D. PEDRO DE LOSADA Y QUIROGA	SANTIAGO	1684	
D. ANTONIO DE HOCES SARMIENTO	SANTIAGO	D. DIEGO DE HOCES SARMIENTO Y HOCES	SANTIAGO	1693	
D. ANTONIO DEL BOSCO Y VELÁZQUEZ	SANTIAGO	D. FERNANDO DE VALDÉS LLANOS	SANTIAGO	1644	
D. ANTONIO DEL CASTILLO CAMARGO	SANTIAGO	D. MANUEL ANTONIO DE ENRÍQUEZ Y DE CASTILLO	SANTIAGO	1644	
D. BARTOLOMÉ DE ANAYA Y MENDOZA (MAESTRE DE CAMPO)	SANTIAGO	D. PEDRO DEL CASTILLO Y MUÑOZ DE SALAZAR	SANTIAGO	1644	
D. DIEGO PAMO DE CONTRERAS	SANTIAGO	D. JERÓNIMO DE PRIEGO PEDRAZA	SANTIAGO	1643	CAPITÁN DE INFANTERÍA
D. FELIPE ALOSA RODARTE (SECRETARIO DE LA CÁMARA Y DE LA INQUISICIÓN)	CALATRAVA	D. LUIS BARONA Y SARAVIA DE RUEDA	ALCÁNTARA	1645	OIDOR DE LA CHANCILLERÍA DE VALLADOLID
D. FELIPE DE PORRES	ALCÁNTARA	D. ANDRÉS DE VILLELA Y LARRAONDO	SANTIAGO	1643	OIDOR DE LA AUDIENCIA DE LIMA
D. FERNANDO DE ALARCÓN Y ZÚÑIGA	ALCÁNTARA	D. PEDRO DE COSÍO RUBÍN DE CELIS	SANTIAGO	1645	
D. FERNANDO GONZÁLEZ DE MADRID (REGIDOR DE MADRID Y CABALLERIZO DE LA REINA)	SANTIAGO	LOPE OSORIO DE SOTO	SANTIAGO	1644	CAPITÁN DE INFANTERÍA
D. FRANCISCO DE LUZÓN Y GUZMÁN (REGIDOR DE MADRID Y GENTILHOMBRE DE LA BOCA)	SANTIAGO	D. ANTONIO DE AGUINAGA Y ARANO	SANTIAGO	1645	
D. FRANCISCO DE OLIVARES Y FIGUEROA (SIRVIÓ EN EL ESCUADRÓN DE LA NOBLEZA)	SANTIAGO	D. PEDRO FELIPE DE RIVADENEIRA NOGUEROL	SANTIAGO	1644	

D. FRANCISCO DE ROCAMORA Y RIQUELME (PROCURADOR DE CORTES POR MURCIA)	SANTIAGO	D. JUAN ANTONIO LEJARRAZ Y MONROY	SANTIAGO	1695	ESTÁ SIRVIENDO EN LA ARMADA
D. FRANCISCO DE VELARDE Y SIERRA (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	SANTIAGO	D. PEDRO DE VELARDE Y FERNÁNDEZ	SANTIAGO	1643	
D. FRANCISCO GÓMEZ DE LASPRILLA (SECRETARIO DE LA CÁMARA)	SANTIAGO	D. ANDRÉS DE ARAMBURU Y PÉREZ DE ARANA	SANTIAGO	1644	7 AÑOS DE SERVICIOS EN LA ARMADA. TESORERO DE LA REAL HACIENDA DE LA CIUDAD DE VERACRUZ
D. FRANCISCO JURADO Y MOYA	SANTIAGO	D. LUIS JURADO MANRIQUE	ALCÁNTARA	¿?	
D. FRANCISCO LASO DE CASTILLA	SANTIAGO	D. JUAN BAUTISTA RAMÍREZ DE ARELLANO	SANTIAGO	1643	
D. GABRIEL DE LA PUEBLA ESCOBEDO	SANTIAGO	D. DIEGO FRANCO DE QUERO	SANTIAGO	1644	ALGUACIL MAYOR DE LA CIUDAD DE SANTO DOMINGO, EN INDIAS
D. GONZALO DE HOCES	SANTIAGO	D. PEDRO DE AGUILAR SUÁREZ DE FIGUEROA	ALCÁNTARA	1649	
D. GREGORIO DE MERCADO Y LEDESMA (CAPITÁN DE CABALLOS CORAZAS)	SANTIAGO	D. ALONSO DE PAZ GUZMÁN PEDROSA	CALATRAVA	1644	VEINTICUATRO DE GRANADA
D. GREGORIO DE TAPIA SALCEDO (SECRETARIO DEL CONSEJO DE ÓRDENES)	SANTIAGO	D. PEDRO DE ARMESTO Y VALCÁRCEL	SANTIAGO	1648	CAPITÁN DE INFANTERÍA
D. JACINTO ANTONIO DE MERCADO (GENTILHOMBRE DE LA CÁMARA DEL DUQUE DE BÉJAR)	CALATRAVA	D. PEDRO DE SALDIAZ	¿?	¿?	CAPITÁN DE INFANTERÍA
D. JERÓNIMO DE FUNES MUÑOZ (MIEMBRO DEL CONSEJO DE ITALIA)	SANTIAGO	D. DOMINGO GRAFFEO	SANTIAGO	1645	
D. JERÓNIMO RODRÍGUEZ DE ROZAS (TENIENTE GENERAL DE LA ARTILLERÍA DE LA ARMADA DEL	SANTIAGO	D. JOSÉ DE ALBISNA E IDIÁQUEZ	¿?	¿?	

MAR OCEANO					
D. JUAN DE CASTILLA (MARQUÉS DE LANZAROTE)	CALATRAVA	D. FRANCISCO BANDRÉS DE ABARCA CABALLERO	SANTIAGO	1645	ESCRIBANO DE MILLONES DE LA CIUDAD DE ÉCIJA
D. JUAN DE ESPAÑA Y MONCADA	SANTIAGO	D. ISIDRO BANDRÉS DE ABARCA CABALLERO	SANTIAGO	1645	
D. JUAN DE ISASI E IDIÁQUEZ (CONDE DE PIE CONCHA. AYO DEL PRÍNCIPE BALTASAR CARLOS)	SANTIAGO	D. PEDRO DE ARIZ Y YANGUAS	SANTIAGO	1643	
D. JUAN DE RÍO Y MALO (CAPITÁN DE INFANTERÍA)	SANTIAGO	D. ALONSO MARTEL Y DURÁN	SANTIAGO	¿?	CAPITÁN DE INFANTERÍA
D. JUAN DE ROZAS ESCALERA	SANTIAGO	D. GARCÍA JUAN RIVADENEIRA NOGUEROL	SANTIAGO	1644	
D. JUAN ENRÍQUEZ DE SALINAS	CALATRAVA	D. MIGUEL VICENTINI Y CAPELETTI	SANTIAGO	1645	
D. JUAN GONZÁLEZ DE UZQUETA Y VALDÉS (CONSEJERO DE INDIAS)	SANTIAGO	D. ANDRÉS DE FRÍAS Y DE PERNÍA	SANTIAGO	1643	
D. JUAN JERÓNIMO MUÑOZ DE SALAZAR	SANTIAGO	D. JUAN BAUTISTA DE ITURRIOZ Y DE LIZARRITURRI	SANTIAGO	1644	CAPITÁN DE INFANTERÍA
D. LORENZO RAMÍREZ DE PRADO (MIEMBRO DEL CONSEJO DE CASTILLA)	SANTIAGO	ANDRÉS MARTÍNEZ DE AMILETA	SANTIAGO	1644	ABOGADO DE LOS REALES CONSEJOS Y OIDOR DE LA AUDIENCIA DE SANTO DOMINGO
D. LUIS DEL ALCÁZAR Y CONTADOR DE BAENA (JUEZ DE LA CASA DE LA CONTRATACIÓN)	SANTIAGO	D. JUAN DE OVANDO SANTAREM	CALATRAVA	1652	
D. LUIS LÓPEZ DEL CASTILLO	SANTIAGO	D. JUAN DE OÑA PALACIOS	SANTIAGO	1649	ABOGADO DE LA AUDIENCIA DE LA PLATA (INDIAS)
D. LUIS MÉNDEZ DE HARO (MARQUÉS DEL CARPIO. GENTILHOMBRE DE LA BOCA)	SANTIAGO	D. ALONSO MONTERO DE VILLALOBOS	SANTIAGO	1644	HA SUSCRITO VARIOS ASIENTOS CON LA JUNTA DE LA MILICIA DE LAS ÓRDENES
D. MANUEL DE ACEVEDO Y ZÚÑIGA (CONDE DE MONTERREY. MIEMBRO DEL CONSEJO DE	SANTIAGO	D. JUAN DE LARREATEGUI E ITURBE	SANTIAGO	1643	SECRETARIO DEL CONDE DE MONTERREY

ESTADO)					
D. MANUEL DE ARRIARÁN GAMBOA (CAPITÁN DE UNA DE LAS COMPAÑÍAS DE LA PRIMERA FORMACIÓN DEL BATALLÓN DE LAS ÓRDENES)	ALCÁNTARA	D. ALONSO DE CARRANZA Y MUDARRA	SANTIAGO	1646	
D. MANUEL GÓMEZ DE LASPRILLA	SANTIAGO	D. ANTONIO DE LAS INFANTAS	SANTIAGO	1645	CAPITÁN DE INFANTERÍA
D. MATEO DE SANDOVAL	ALCÁNTARA	D. BARTOLOMÉ DE PEÑAFIEL Y SÁNCHEZ CAÑAMERO	SANTIAGO	1644	CAPITÁN DE INFANTERÍA
D. MELCHOR PÉREZ DE VARÁEZ	SANTIAGO	D. ANDRÉS DE HERMOSILLA	¿?	¿?	MAESTRE DE CAMPO
D. PEDRO PORTER CASANATE (ALMIRANTE DE LA ARMADA)	SANTIAGO	D. PEDRO DE NOGUERIDO Y FIGUEROA	SANTIAGO	1645	
D. RODRIGO JURADO DE MOYA (FISCAL DEL CONSEJO DE HACIENDA)	SANTIAGO	D. DIEGO DE ORTEGA JURADO Y GUERRERO	ALCÁNTARA	1651	
D. SANCHE DE MONROY Y ZÚÑIGA (MARQUÉS DE CASTAÑEDA. MIEMBRO DEL CONSEJO DE ESTADO)	SANTIAGO	D. JUAN DE LARREA Y ORTIZ	SANTIAGO	1643	SECRETARIO DEL MARQUÉS DE CASTAÑEDA
D. TOMÁS FERNÁNDEZ DE SALAZAR	CALATRAVA	D. ALONSO DE TAPIA Y VARGAS	¿?	¿?	VEEDOR GENERAL DE LAS ARMADAS Y FLOTAS DE LA CARRERA DE INDIAS
D. VICENTE PIMENTEL MANCINI	SANTIAGO	D. PEDRO DE ZANARTU	SANTIAGO	1643	
DÑA. ISABEL DE ZÚÑIGA (MARQUESA DE TARAZONA. POR LA ENCOMIENDA DE ALANGE)	SANTIAGO	D. MANUEL GALAZ Y BASURTO	SANTIAGO	1654	
GREGORIO DE TAPIA (SECRETARIO DEL REY)	SANTIAGO	D. ANTONIO DE VERGARA AZCÁRATE	SANTIAGO	1650	CAPITÁN DE INFANTERÍA
JERÓNIMO DE CANENCIA (SECRETARIO DE LA CONTADURÍA MAYOR DE CUENTAS)	SANTIAGO	D. MATEO DE CANENCIA Y TRUJEQUE	SANTIAGO	1643	
JOSÉ GONZÁLEZ (MIEMBRO DEL	SANTIAGO	D. SEBASTIÁN SANTIAGO DE	SANTIAGO	1648	OIDOR DE LA AUDIENCIA DE

CONSEJO Y CÁMARA DE CASTILLA)		ALARCÓN (EN 1648 PIDE SEA PARA D. ÁLVARO DE ALARCÓN Y AYALA, SU HIJO, QUE ESE AÑO INGRESÓ EN LA ORDEN DE SANTIAGO)			LIMA
MARQUÉS DE TARAZONA	SANTIAGO	D. ANTONIO DE SOTOMAYOR Y DE ORIVE	SANTIAGO	1643	ALCAIDE DEL CASTILLO DE COCA.

**Fuente:** Elaboración propia a partir de las consultas elevadas a la Junta de la Milicia de las Órdenes. AHN, OO.MM, Leg. 4668.

El primer dato llamativo es la predilección mostrada por la orden de Santiago (comprensible porque la oferta de la Corona acarreaba que la merced fuera de esa orden). Esta inclinación llegó hasta el punto de que 46 de ellos (el 82%) ingresaron en la orden jacobea; mientras que Calatrava sólo está representada por dos individuos (3'6%), y Alcántara por cuatro (7'2%). En última instancia, nos hemos topado con otros cuatro supuestos (7'2%) en los que no hemos podido identificarla. Estos porcentajes, si bien son algo superiores, se encuadran dentro de la tendencia general que situaba a la orden santiaguista, en términos de estimación social, por encima de las otras dos

También nos sorprende la celeridad con que se tramitaron las solicitudes de hábitos, sobre todo si lo comparamos con acontecido durante el año 1642, cuando se ofrecieron estas mercedes por servir la campaña de ese año en el Batallón. Como ya hemos podido comprobar, la mayor parte de los aspirantes a ingresar en las Órdenes Militares debieron esperar varias décadas hasta que pudieron ver cumplido su objetivo (el 60'3% de ellos fueron despachados entre 1651-1700). En esta ocasión, se produjo un vuelco de la situación, pues dos de cada tres mercedes (37 supuestos, que representan el 66% del total) se entregaron entre 1643-1645. Suponemos que la rapidez demostrada a la hora de finiquitar los trámites burocráticos, vendría determinada por el deseo de enviar a Cataluña el mayor número posible de efectivos. Del mismo modo, si se había decidido poner fin a este proyecto, sería conveniente liquidarlo lo antes posible, pues no convenía dejar cabos sueltos que dieran lugar a ulteriores reclamaciones.

Respecto a los demás, otros nueve pudieron ser vestidos entre 1646-1652 (el 16%); y únicamente cuatro individuos (7'2%) debieron esperar más allá de esta fecha.

En este sentido, el hábito que tardó más tiempo en despacharse fue el de D. Juan Antonio Lejarraz y Monroy (que se encontraba sirviendo en la Armada), beneficiario de la merced concedida a D. Francisco de Rocamora y Riquelme, caballero de la orden de Santiago, procurador de Cortes por Murcia. La demora se debió a que D. Francisco esperaba utilizarla en uno de sus hijos, pero al no tener descendencia, en 1694 decidió que fuera a parar a D. Juan Antonio, quien al año siguiente recibió el hábito de la orden jacobea<sup>2516</sup>. Este caso reúne todas las circunstancias necesarias para definirlo como una venta de la merced, pues no consta que hubiera ningún vínculo, ni familiar ni clientelar, entre ambos sujetos, máxime cuando ambas partes vivían separadas por el océano Atlántico, pues D. Francisco era natural de Murcia, mientras que D. Juan Antonio había nacido en Méjico. Así pues, ¿cómo llegaron a ponerse en contacto?, ¿alguien actuó como intermediario entre comprador y vendedor?, ¿había alguna entidad administrativa encargada de ello?

Como ya hemos mencionado, la recompensa prometida a los caballeros que cumplieran con el servicio solicitado, siempre y cuando se hiciera dentro del plazo fijado para ello, era un hábito de las Órdenes Militares para la persona que creyeran conveniente, sin ninguna limitación para ello. Partiendo de dicha premisa, ¿Quiénes fueron los individuos que, en última instancia, ingresaron en estas corporaciones? En primer lugar, la diferencia más palpable con respecto a la manera en que se concedieron hábitos por servir la campaña de 1642 en el Batallón fue que, con carácter general, se trataba de un servicio cuyos últimos beneficiarios no serían las personas que lo habían realizado, sino que éstos ejercerían una función distribuidora del honor, de intermediarios entre la Corona y los aspirantes a obtener estas distinciones. Otra de las divergencias fue que, en 1642, la mayoría de las mercedes destinadas a una persona diferente de la que había prestado el servicio, se utilizaron para remunerar a parientes varones en diferentes grados, o para conseguir un matrimonio beneficioso a una mujer

---

<sup>2516</sup> “(.....) Certifico que, por los libros de mi oficio consta que en 10 de marzo del año pasado de 1643, se presentó ante el sr. marqués de Leganés, capitán general de los ejércitos de Cataluña, D. Mateo Cerón y Peñaranda, vecino de la ciudad de Murcia, con sus armas y caballo, en lugar de D. Francisco de Rocamora y Riquelme, caballero de la orden de Santiago, vecino de la dicha ciudad, a quien dio por su montado (.....).” *Certificación de D. Francisco de Unzeta, caballero de la orden de Santiago, veedor general de la caballería de las Órdenes, de que D. Francisco de Rocamora Riquelme ha presentado sustituto para servir en su lugar en dicha caballería, y que ha servido el tiempo recogido en las ordenanzas*. Fraga, 20-10-1645. AHN, OO.MM, Leg. 121(2). *Memorial de D. José Antonio Lejarraz y Monroy, en el que suplica se le conceda el hábito que se hizo merced a D. Francisco de Rocamora Riquelme, por haber presentado a tiempo su sustituto el año 1643*. S.f., s.l. (1694). AHN, OO.MM, Leg. 121(2).

de la familia; pues de 63 hábitos destinados a terceras personas, 60 de ellos (el 95%) se incluyen en las dos situaciones referidas.

El panorama es diametralmente opuesto en 1643, pues de los 56 hábitos despachados por este concepto, sólo seis caballeros (el 10'7%) creyeron oportuno que la persona designada perteneciera a su círculo familiar más próximo. Mientras que los 50 restantes (el 89'3%) hicieron su elección en individuos con los cuales no tenían ningún vínculo de sangre, lo cual deja la puerta abierta a múltiples interpretaciones sobre el camino que recorrieron las mercedes, desde que el rey aprobó la concesión a los caballeros habían cumplido con el servicio, hasta que el agraciado ingresó en estas instituciones.

Pero, ¿quienes fueron los caballeros que recibieron un hábito de las Órdenes Militares, para la persona que desearan, por este servicio? De los 56 supuestos que hemos identificado, solo estamos en condiciones de ofrecer datos de 28 de ellos. El grupo más representado, con 15 individuos, (el 26'8% del total, y el 53'5% de aquellos que tenemos datos sobre su actividad profesional) es el del servicio en la administración real. Concretamente, se trata de siete consejeros, cinco secretarios, un fiscal del Consejo de Hacienda, un procurador de Cortes y un juez de la Casa de la Contratación.

En segundo lugar, se encuentran aquellos caballeros que prestaban servicios en el ejército o que, al menos, tenían un grado militar. Este grupo, con ocho representantes, constituye el 14'3% del total, y el 28'5% de quienes hemos conseguido referencias sobre su ocupación. Entre ellos se encuentran: un teniente general de la artillería, un almirante de la Armada, un maestro de campo, dos capitanes de caballos corazas (uno de los cuales es D. Manuel de Arriarán y Gamboa, caballero de Alcántara, que sirvió este empleo en una de las compañías del Batallón de las Órdenes constituido en 1640), otros dos capitanes de infantería, y un caballero que sirvió en el Escuadrón de la Nobleza la campaña de 1642.

En cuanto a los nueve casos restantes, que suponen un porcentaje del 17'8% de este grupo, se encuentran dos caballeros que servían empleos cortesanos: D. Juan de Isasi e Idiáquez, conde de Pie Concha, caballero de la orden de Santiago, ayo del príncipe Baltasar Carlos; y D. Luis Méndez de Haro, marqués del Carpio, también caballero de Santiago, gentilhomme de la boca del rey, que en esos momentos sucedía a su tío, D. Gaspar de Guzmán, como ministro principal del rey. Asimismo, hemos identificado a dos caballeros, que además de servir puestos relacionados con las casas reales, asimismo eran regidores de la corporación municipal de la capital del Reino. Se



trata de D. Fernando González de Madrid, caballero de Santiago, caballero de la reina y de D. Francisco Luzón de Guzmán, gentilhomme de la boca. En último lugar, se encontraba D. Jacinto Antonio de Mercado, caballero de Calatrava, el cual prestaba servicios como gentilhomme de la cámara del duque de Béjar.

En este sentido, nos llama la atención la importancia numérica de los caballeros que desarrollaban su carrera profesional en el ámbito burocrático. Nos inclinamos a pensar tal circunstancia podría deberse a que, en general, los altos cargos de la administración tenían la suficiente capacidad económica para poder afrontar el desembolso que supondría el servicio exigido por la Corona. Además, estos hábitos les serían muy útiles, más que para venderlos, para poder recompensar a sus servidores, o para ganar voluntades en el azaroso entorno del sistema polisinodial. En el extremo contrario, nos sorprende el poco peso numérico y porcentual del ámbito cortesano, impresión que es aún más profunda si tenemos en cuenta la imagen que la historiografía tradicional ha transmitido de la Corte, como el contexto ideal para todo tipo de prácticas venales y corruptelas.

Respecto a los receptores de las mercedes, hemos intentado agruparlos conforme su actividad profesional, lo cual nos ha permitido vislumbrar algunas diferencias. La más sustancial de todas fue que, si en el apartado anterior había una mayoría de caballeros vinculados a la administración, entre los beneficiarios (si bien por poco) los militares fueron el colectivo preferido. De los 27 supuestos que hemos podido identificar su esfera profesional, hasta 13 (el 23'2% del total de los afortunados, y el 48'2% de los que hemos encontrado referencia a su actividad laboral) se refieren a profesionales de la milicia. Entre ellos son clara mayoría los capitanes de infantería, con nueve representantes; también se encuentran presentes un maestro de campo, un capitán de caballos corazas y un aspirante a la merced que sirve en la Armada (aunque no se menciona si lo hacía con algún grado).

El segundo lugar le corresponde a quienes servían en el aparato burocrático de la monarquía, pues 11 de ellos (el 19'7% del total, y el 40'8% de los que tenemos datos sobre su profesión) responden a este perfil. Dentro de este apartado, la situación más frecuente es la de oidor, de la que hemos contabilizado cuatro ejemplos: D. Luis Barona y Saravia<sup>2517</sup>, oidor de la Chancillería de Valladolid, quien recibió el hábito (de la orden de Alcántara) concedido a D. Felipe de Alosa Rodarte, secretario de la Cámara y de la

---

<sup>2517</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Alcántara, Expediente 164.

Inquisición, caballero de Calatrava; D. Andrés de Villela y Larraondo<sup>2518</sup>, oidor de la Audiencia de Lima, quien recibió el hábito de la orden de Santiago concedido a D. Felipe de Porres, caballero de Alcántara.

El tercero fue D. Andrés Martínez de Amileta<sup>2519</sup>, oidor de la Audiencia de Santo Domingo y abogado de los Reales Consejos, receptor de la merced hecha a D. Lorenzo Ramírez de Prado, caballero de Santiago, miembro del Consejo de Castilla. En último lugar se encuentra D. Sebastián Santiago de Alarcón, también oidor de la Audiencia de Lima, en quien recayó el hábito concedido a José González (uno de los más estrechos colaboradores del caído Conde Duque de Olivares), caballero de la orden de Santiago. Sin embargo, D. Sebastián decidió, en 1648, que esa merced fuera para su hijo, D. Álvaro de Alarcón y Ayala, quien ingresó en la orden jacobea ese mismo año<sup>2520</sup>. Nos llama la atención que en tres de estos ejemplos, haya una coincidencia profesional entre la persona que tiene la facultad de designar el destinatario del hábito, y la que finalmente lo recibe. Pese a que pudiera parecer temerario adelantar conclusiones generales con sólo tres supuestos, cabe la posibilidad de que, por razones corporativas, desearan aumentar el peso de los burócratas dentro de las Órdenes Militares, y por ese motivo designaran para las mercedes a sujetos con quien compartían ámbito laboral. Sin embargo, esta hipótesis se vendría abajo si decisión su respondiera a motivaciones de carácter venal, las cuales no pueden ser descartadas. Tal planteamiento se sostendría porque tres de los receptores del hábito prestaban servicios en el Nuevo Mundo, y no sería descabellado pensar que pudieran haber ingresado en las Órdenes Militares mediante el pago de cierta cantidad de dinero, pues ya hemos dado a conocer algunos casos en los que caballeros americanos accedieron al honor a través de contribuciones monetarias al servicio de la Corona, y en esta ocasión la única diferencia consistiría en que los fondos no pasarían a engrosar la Real Hacienda, sino las bolsas de los particulares.

Nuestro planteamiento encuentra nuevos soportes si analizamos al resto de receptores de hábitos encuadrados en este conjunto: un secretario de la Inquisición de la ciudad de Sevilla, un alguacil mayor de la ciudad de Santo Domingo, un veinticuatro de Granada, un escribano de millones de la ciudad de Écija, un abogado de la Audiencia de la ciudad de La Plata, un tesorero de la ciudad de Veracruz y, en último lugar, un veedor

---

<sup>2518</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Santiago, Expediente 8972.

<sup>2519</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Santiago, Expediente 4948.

<sup>2520</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Santiago, Expediente 179.

general de las armadas y flotas de la Carrera de Indias. Se trata de funcionarios que, en algunos casos, sirven en Indias y/o su actividad profesional esta relacionada con la gestión de los caudales públicos, dos circunstancias que podrían resultar sospechosas.

En cuanto a los tres restantes, se trata de dos individuos vinculados al servicio nobiliario: D. Juan de Larreategui e Iturbe, secretario del conde de Monterrey, caballero de la orden de Santiago, quien recibió el hábito de la misma orden concedido a su señor; y D. Juan de Larrea y Ortiz, que tenía el mismo empleo, pero al servicio del marqués de Castañeda, caballero de Santiago, quien le designó para este honor. En cuanto al último, nos encontramos ante un viejo conocido, pues se trata de D. Alonso Montero de Villalobos<sup>2521</sup>, “hombre de negocios” que, entre otros servicios, había suscrito algunos asientos con la Junta de la Milicia de las Órdenes durante el año 1642, agraciado con el hábito de la orden de Santiago concedido a D. Luis Méndez de Haro.

Con este proyecto se puso fin a cualquier iniciativa en esa dirección, tendente al ofrecimiento de hábitos con carácter general, tanto para atraer nuevos reclutas al Batallón como para gratificar a quienes habían militado en el. Esto no significó que no se concedieran nuevas mercedes por servicios prestados en esta unidad, o que los descendientes de quienes lo hicieron en los años posteriores los presentaran como mérito a la hora de solicitar su ingreso en las Órdenes Militares. Pero insistimos, se trata de trámites individualizados, en los cuales las condiciones son mucho más exigentes que los proyectos que hemos analizado en las líneas anteriores.

\*\*\*\*\*

A pesar de que los individuos que ingresaron en las Órdenes Militares gracias a su servicio en el Batallón, o el llevado a cabo por otra persona, del cual se pudo valer, no suponen una cifra demasiado significativa, lo cierto es que para algunos grupos muy concretos se convirtió en el mejor camino para satisfacer sus ansias de promoción social; en concreto para dos. El primero de ellos eran los oficiales reformados, quienes acreditaban una valiosa experiencia en el campo de batalla, muy útil en unos momentos

---

<sup>2521</sup> AHN, OO.MM, Caballeros-Santiago, Expediente 5464.

donde era necesario hasta el último hombre para defender el corazón de la Monarquía de España.

Con motivo de la formación de esta unidad, los profesionales de las armas comprendieron que su momento había llegado. En este sentido, algunos de ellos tuvieron la capacidad necesaria para explotar a su favor la necesidad que la Corona tenía de militares veteranos, y acceder a recompensas que de otra manera hubieran tenido muy difícil obtener. Hasta tal punto llegó la demanda de estos sujetos, que el organismo encargado de la formación de la caballería de las Órdenes Militares entró en conflicto con otras entidades administrativas, encargadas de levantar unidades militares para que prestaran servicio en el frente catalán. Esta rivalidad por reclutar a quienes más se hubieran distinguido, jugó a favor de ellos (en concreto aquellos con unas trayectorias profesionales más dilatadas), pues tenían la posibilidad de ofrecer sus servicios al mejor postor, y sentar plaza en aquella formación que más incentivos les ofrecieran. El otro grupo era el de los cuadros inferiores del segundo estado, el objetivo preferente de los planes reformistas del Conde Duque, donde la promesa de importantes recompensas, sobre todo en forma de hábitos, estaba destinada a jugar un activo papel.

El punto culminante de esta política se produjo entre los meses de junio y octubre de 1642, cuando la promesa de un hábito a cambio de servir una campaña en el Batallón atrajo a unos 500 individuos. No obstante, salvo excepciones muy concretas, se trataba de una oferta limitada a los dos grupos referidos. Si tenemos en cuenta estas circunstancias tan favorables, no debería sorprender la buena acogida que tuvo su propuesta. Del mismo modo, con ello se confirmaría que las deficiencias de la estructura militar española no se debían a la falta de hombres (si bien no sobraban los recursos humanos, eran más abundantes de lo que se nos ha hecho creer), sino a la falta de incentivos para el emprender (y continuar) la carrera de las armas. Así, en vista de los resultados obtenidos, deberíamos replantearnos la valoración emitida sobre los proyectos de Olivares, que en general no han salido demasiado bien parados. En este caso concreto, tanto su diagnóstico del problema, como sobre todo los remedios planteados para su resolución, vendrían a demostrar que estaba en lo cierto cuando argumentaba que la única manera de atraer a la profesión de Marte, tanto a unos como a otros, era el ofrecimiento de sustanciosas recompensas, y que fueran escrupulosamente cumplidas.

Por otra parte, lo acontecido con el Batallón de las Órdenes (sobre todo durante 1642) también debería hacernos reflexionar sobre la relación del segundo estado con la

actividad bélica, y desechar presupuestos que hemos dado por válidos sin ser sometidos a un análisis riguroso, pues hemos presentado numerosos ejemplos de aristócratas (si bien es cierto que, en general, se trata de títulos menores), para quienes el servicio militar personal supuso una opción profesional atractiva. Sin embargo, su decisión no vino motivada por el fervor patriótico, sino por las grandes cesiones que debió hacer la Corona para asegurarse su asistencia. Pese al gran esfuerzo que supuso esta política de liberalidad, su eficacia estaba fuera de toda duda, pues era el único camino posible para alcanzar el objetivo propuesto. Como la experiencia anterior se había encargado de poner de manifiesto, si la carrera de las armas no ofrecía posibilidades reales de satisfacer las expectativas que se esperaban alcanzar con ella, sería imposible obtener alguna asistencia del segundo estado.

Con todo, al igual que lo ocurrido en otros proyectos olivistas, sus deseos chocaron con la oposición frontal de aquellas instituciones o grupos de presión que más tenían que perder con la aplicación de las nuevas medidas. En este caso, el principal enemigo con que tropezó fue el Consejo de Órdenes, institución que se enfrentó al ministro con todas sus fuerzas pues consideró que, de ponerse en práctica, implicaría un notable incremento del número de caballeros, cuya consecuencia más evidente sería la desvalorización de los hábitos. Y si esto se producía, su poder e influencia se verían recortados de forma considerable. Junto a este obstáculo se situaba otro, muy relacionado con el anterior: el monarca no podía utilizar los hábitos de las Órdenes Militares libremente, y pese a no existir una norma escrita al respecto, debía cuidarse mucho de aumentar el número de caballeros por encima de unos niveles que devaluaran unas mercedes tan estimadas.

La caída de D. Gaspar de Guzmán, a principios de 1643, marcó un punto de inflexión en la singladura del Batallón de las Órdenes. Pese a que este proyecto sobrevivió a su artífice, lo hizo en unas circunstancias muy diferentes de las vigentes en sus primeros años de vida. En primer lugar, se produjo una disminución de las exigencias de la Corona a los caballeros de hábito y comendadores, pues a partir de ese momento ya no se les exigió que prestaran servicio militar en persona, sino que la forma de servicio que se estableció con carácter general fue la presentación de un sustituto. Mientras que la segunda, se refiere a la aplicación de políticas más restrictivas en cuanto a la concesión de estas mercedes.

En este sentido, se tomó la decisión de suspender un designio nacido a finales de 1642, consistente en entregar un hábito a todos los caballeros que presentaran un

hidalgo, para que sirviera como sustituto, equipado y pagado por año y medio, antes del 15 de febrero de 1643, para que lo hicieran efectivo en la persona que consideraran conveniente. Con dicha iniciativa se alcanzaba el límite de la utilización de estas mercedes como incentivo para el servicio pues, aunque se trataba de una oferta limitada a quienes ya pertenecían a las milicias cristianas, la obtención de un hábito nunca volvería a ser tan asequible como el periodo referido.

Si analizamos lo acontecido durante el periodo comprendido entre 1635 y 1642 podemos apreciar con claridad la devaluación que sufrieron los hábitos de las Órdenes Militares (en gran medida motivadas por las necesidades financieras de la Corona). Durante esos años hemos podido documentar cómo de los 1.600 ducados, que de media se abonaban por una de estas mercedes, se pasó a poco más de un tercio.

El recurso a esta medida, que era muy favorable a los intereses de los solicitantes, se explica porque Olivares consideraba que el Batallón aún podía demostrar su valía en las operaciones militares que tenían lugar en el Principado de Cataluña. Y en ese sentido parece que no le faltaba razón, pues todos los testimonios indican que esta unidad fue una de las que mejores resultados ofreció. Por este motivo, había que arbitrar alguna medida de urgencia que asegurara su continuidad, pues las rentas anejas a su conservación no eran suficientes para ello.

Pero lo cierto es que la mayor parte de los caballeros que consideraron atractiva esta oferta, aprovecharon la ocasión para mercadear con el hábito, nombrando como beneficiario a la persona que más dinero depositara por esta distinción. A pesar de que estas prácticas eran incompatibles con la normativa interna de las milicias cristianas, en general fueron toleradas por la Corona, pues al autorizar la libre disposición de la merced, era inevitable que no tuvieran lugar actuaciones de esta naturaleza.

## CONCLUSIONES.

En las páginas precedentes se ha querido poner de relieve la pervivencia del nexo entre la nobleza y la profesión de las armas. Al igual que otros apriorismos que se han dado por buenos, tales como la exención fiscal absoluta del estamento privilegiado o la omnipotencia del poder real para imponer totalmente el absolutismo, un análisis basado en la documentación de la época desmonta visiones relacionadas con el divorcio entre el segundo estado y la guerra..

Buena parte de este erróneo razonamiento se debe a la diferente interpretación que la Corona y la aristocracia tenían de la manera en la cual esta última debía contribuir al esfuerzo bélico común. En primer lugar, los nobles eran conscientes de las ineludibles obligaciones de carácter militar inherentes a su condición; pero no era menos cierto que su prestación estaba condicionada a la presencia del rey en el campo de batalla. Como hemos podido comprobar, cuando en 1642 se produjo esta circunstancia, acompañaron a Felipe IV en su marcha hacia el frente. Y hasta 1646, último año en que el monarca se acercó a Zaragoza, en mayor o menor medida lo hizo acompañado de un importante número de nobles. De este modo muy poco se les podría reprochar, pues habían cumplido con su obligación. Pero la situación fue muy diferente cuando se exigió esta asistencia sin que el rey se pusiera al frente de sus tropas. En este caso, la mayor parte de la nobleza mostró muy pocos deseos de acudir en persona, e hicieron caso omiso de los requerimientos reales. Al mismo tiempo, cuando el poder real se vio obligado a recurrir a la nobleza en busca de hombres, dinero, suministros, e incluso su asistencia personal, debió abandonar posiciones que podríamos definir como absolutistas, para adoptar una actitud mucho más dialogante y abierta a la negociación.

La experiencia había demostrado a la Corona que por muchas amenazas y por muchas medidas represivas que contemplara emprender contra quienes se negaran a satisfacer sus exigencias, si no ofrecía incentivos suficientes sería imposible obtener ningún servicio del estamento privilegiado. Y al contrario, como demuestran los casos que hemos presentado a lo largo de estas páginas, aquellos sujetos que vieron cumplidas sus expectativas fueron aquellos que mejor asistieron.

Del mismo modo, debemos tener presente que la carrera de las armas podía ser una opción profesional muy atractiva (como de hecho así lo fue) para sectores muy

concretos de la aristocracia, sobre todo segundones de las principales casas e individuos procedentes de los cuadros medios y bajos quienes optaron, de manera voluntaria, por hacer carrera en los ejércitos del rey de España. Pero tampoco es menos cierto que algunos de los miembros del segundo estado que se negaron a servir a la Corona (en sus diversas formas), no hacían más que jugar sus bazas para sacar el mayor partido posible a sus servicios.

De esta forma, como primera conclusión estamos en condiciones de sostener que la nobleza, en su conjunto, desempeñó un activo papel en los ejércitos del Rey Católico en el siglo XVII. La evidencia más palmaria de esta realidad es el monopolio que ejercieron del alto mando, pues ningún contingente estuvo comandado por miembros del estamento llano. Esta realidad también se puede hacer extensiva a los empleos de maestros de campo, e incluso a los de sargento mayor y capitán (tanto de infantería como de caballería) donde es habitual tropezar con nobles. Como ya hemos referido, una parte importante de la aristocracia tuvo la suficiente amplitud de miras para identificar la asistencia en la guerra, en sus diversas modalidades, con la posibilidad de obtener prebendas que significaran tanto un beneficio personal como para su linaje. Entre ellas se encontraban la apropiación de rentas reales y funciones propias de la Corona, la ampliación de sus competencias, o la posibilidad de actuar como intermediarios, a la hora de dispensar las mercedes, entre el rey y su clan (tanto familiar como clientelar).

En segundo lugar, e íntimamente relacionado con lo anterior, hemos querido analizar la relación de la nobleza con la guerra desde una perspectiva más amplia, alejada de los planteamientos heredados de la historiografía tradicional, según los cuales a partir de las décadas finales del siglo XVI la aristocracia perdió su vocación castrense en detrimento de otras ocupaciones más lucrativas y menos azarosas. Según nuestro criterio, pese a que durante casi todo el Quinientos la presencia de hidalgos y vástagos de las principales casas nobiliarias (en concreto segundones) fue algo corriente, respondió a unas circunstancias muy concretas, las cuales se prolongaron durante unas décadas. Sin embargo, parte de la tratadística de la época se resistió a aceptar el cambio que se había producido y elevó a lugar común un modelo cuya viabilidad era más que dudosa.

Una de las razones que imposibilitaron la vigencia de este modelo de ejército fue la inexistencia de un sistema eficaz de remuneración de los servicios prestados (y más concretamente los realizados con las armas). La tercera conclusión tiene mucho que ver



con esta circunstancia: no había ninguna normativa que regulara el acceso al honor (tanto a los títulos nobiliarios como a los hábitos y encomiendas de las Órdenes Militares). Por este motivo, se hacía necesaria la adopción de alguna medida destinada a paliar esta carencia. Pero todo ello acarrearía llevar a cabo cambios profundos en la naturaleza de las relaciones entre la Corona y los militares, cuyo resultado final sería algo parecido al establecimiento de un contrato entre ambos, donde quedarán reflejados los derechos y obligaciones de cada parte. Así, el acceso a estas mercedes vendría determinado por los méritos realizados, lo cual implicaría rebajar el papel del monarca como distribuidor de las mercedes, pues quedaría en un segundo plano ante la incuestionable superioridad de los servicios efectuados.

El gran valedor de las políticas tendentes a elevar el peso de los méritos personales fue el Conde Duque de Olivares, quien estimuló la concesión de hábitos a los profesionales de la milicia que se comprometieran a continuar en sus puestos durante cierto número de años. Pero no sólo se recompensaron los servicios personales en la guerra, sino que también se gratificó a quienes estuvieran dispuestos a reclutar unidades militares a su costa. Si tenemos en cuenta estas consideraciones, pese a que la movilización de los caballeros y comendadores tenía como objetivo prioritario que estos individuos asistieran en persona, también estaba concebida como una oportunidad para todos aquellos profesionales de las armas con largos años de experiencia, pues si acreditaban dos años de servicio en la caballería de las Órdenes Militares (como sustituto del titular del hábito y/o encomienda), podrían ingresar en ellas.

En cuarto lugar, consideramos que si la Monarquía de España hubiera sido capaz de tener realmente operativo un cuerpo de caballería eficaz, y no lo que sucedía con las Guardas de Castilla, unidad sobre la cual, al menos en teoría, recaía la responsabilidad de proteger el corazón de la monarquía, no se hubiera visto obligada a arbitrar una serie de expedientes, cuyo objetivo era incrementar las fuerzas montadas tanto en cantidad como en calidad, siendo uno de ellos la formación de una fuerza montada en la que concurrieran caballeros de hábito, comendadores e hidalgos (como sustitutos de éstos)

Pero la decisión de movilizar a las milicias cristianas, es decir las Órdenes Militares, no surgió de la nada, sino que supuso la culminación de una singladura surgida a partir de finales del siglo XVI. Así, como quinta conclusión, consideramos que la coincidencia en el tiempo de las primeras críticas serias contra el estamento nobiliario, por haber abandonado su función tradicional, con la aparición de proyectos destinados a que las Órdenes Militares recuperaran su pasado esplendor, y retomaran su

primigenia función, no puede ser casualidad. Esta concomitancia se produjo por la estrecha vinculación de ambas entidades, y porque se trataba de dos de los pilares que sustentaban el ideario social y encarnaban los valores más apreciados por ella: la limpieza de sangre, el honor, el ardor guerrero y la defensa del catolicismo contra sus enemigos.

No obstante, la ingente producción literaria que se ocupó de esta materia estaba destinada a chocar con un problema irresoluble al cual ya nos hemos referido: la ausencia de una legislación que reglamentara la concesión de los hábitos mediante los servicios prestados en la milicia; en definitiva, ¿cuántos años había que servir en el ejército para ingresar en las Órdenes Militares? Pues una cosa eran las reflexiones teóricas y otra la realidad de la época, pues hemos podido documentar numerosos ejemplos de individuos cuyos méritos les hacían merecedores de este honor, que vieron frustradas sus pretensiones porque, o bien el solicitante o alguno de sus antepasados no pudieron atestiguar su condición de cristianos viejos.

En sexto lugar, la resolución de este dilema fue una de las obsesiones del Conde Duque durante su ministerio, pues era consciente de que si la Monarquía de España quería salir airosa de la pugna a la que se enfrentaba era inexcusable emprender cuantas acciones fueran necesarias para acrecentar sus fuerzas armadas, tanto en cantidad como en calidad. Y en el cumplimiento de este objetivo, hábitos y encomiendas estaban destinados a desempeñar un cometido trascendental, tanto para animar a los nuevos reclutas como a retener en el ejército a los veteranos. En relación con este aspecto, pensamos que el principal problema al que se enfrentaban los dirigentes españoles no era la falta de hombres (pese a que comunmente se haya aludido a ella como responsable de las deficiencias del dispositivo militar), sino que era la falta de incentivos. A lo largo de estas páginas hemos presentado numerosos ejemplos que confirman este aserto, pues si la Corona ofrecía recompensas seguras a quienes arriesgaban (o iban a hacerlo) su integridad física en la guerra, los reclutamientos se llevarían a cabo con rapidez, hasta el punto de verse desbordada por el número de individuos interesados en sentar plaza o continuar en su puesto. Con todo, pese a que se llevaron a cabo actuaciones en esa dirección, lo cierto es que su efecto fue limitado, pues la Corona no tenía capacidad suficiente para remunerar a todos los profesionales de las armas, ni con honores (pues su estimación se deprecia ante un incremento significativo de sus beneficiarios) ni con ascensos en la carrera militar (ya que se agudizaría aún más la macrocefalia que padecía el ejército hispano), ni con pensiones,

ayudas de costa o gratificaciones de carácter pecuniario (por las estrecheces de la Real Hacienda).

Respecto a la séptima conclusión, la decisión de formar la unidad conocida como Batallón de las Órdenes vino precedida de una movilización general del segundo estado la cual tuvo lugar a partir de 1635. Durante los años siguientes, y ante la necesidad de asegurar la frontera pirenaica ante una invasión francesa, se fueron dando los pasos que llevaron al llamamiento de caballeros de hábito y comendadores en el año 1640. El punto de inflexión de todo este proceso tuvo lugar con la entrada de las tropas borbónicas por Guipúzcoa, y el asedio que sometieron a la ciudad de Fuenterrabía en el mes de julio de 1638. Lo acontecido con motivo de la expedición de socorro que se envió para levantar el cerco de esta plaza constituye una paradoja a la hora de justificar la convocatoria de 1640, pues los testimonios recogidos sobre la operatividad militar de la nobleza fueron decepcionantes, y en la mayoría de los casos supusieron en estorbo. Según nuestro criterio, a pesar de que la lógica de las operaciones bélicas desaconsejara la presencia en el frente de los privilegiados en conjunto, pues no tenían la preparación necesaria para ello, las urgencias a las que debía hacer frente la Corona justificaba tal decisión.

Lo que en realidad se buscaba era aprovechar el efecto que tendría sobre el resto de los súbditos la presencia de los miembros de las Órdenes Militares en el campo de batalla. En la cabeza del Conde Duque debía estar muy presente que, en un momento donde la supervivencia de la Monarquía estaba en juego, la formación de una unidad de caballería compuesta por caballeros de hábito, comendadores e hidalgos, movería las conciencias de la población para implicarse con mayor ahínco en las tareas defensivas. Pese a que en la primera formación del Batallón se aspiraba a conseguir el servicio personal de los individuos citados, lo cierto es que la realidad de la guerra se encargó de poner las cosas en su sitio. De tal manera, si la mayor parte de los caballeros y sustitutos que iban a prestar servicio no habían empuñado un arma en su vida, era más que probable que este cuerpo montado desapareciera en los primeros choques. Para evitar esta circunstancia, los funcionarios encargados de su puesta en marcha se vieron obligados a admitir como sustitutos a miembros del tercer estado, pero con una experiencia en el ejército que algunos casos superaba las dos décadas, y lo que es más importante, habían prestado servicios en la caballería. En general se trataba de oficiales reformados, para quienes el servicio en la caballería de las Órdenes (como sustitutos de

los caballeros y comendadores excusados) se reveló como oportunidad inmejorable para ingresar en ellas a cambio de servir dos campañas.

Sobre la octava conclusión, la decisión de Felipe IV de encabezar sus ejércitos durante la campaña de 1642 fue uno de los acontecimientos más destacados de la trayectoria de esta unidad. Pues con motivo de este hecho se creyó oportuno formar un nuevo Batallón, autónomo del constituido en 1640. Sin embargo, en esta ocasión tuvieron lugar algunos cambios durante el proceso de reclutamiento, con respecto a lo llevado a cabo dos años antes. Dos fueron las principales divergencias; en primer lugar, el responsable máximo de esta nueva unidad, el conde de Monterrey, disfrutó de mucha más autonomía que el marqués de Mortara, comandante nominal del Batallón antiguo. Esta independencia se reflejó en la facultad que se le concedió para proveer los empleos de la oficialidad entre los miembros de su red clientelar, circunstancia que confirmaría la importancia de las relaciones personales y clientelares a la hora de formar contingentes militares. En segundo lugar, a partir de ese momento se empezó a ver con mejores ojos la posibilidad de aceptar un pago a cambio del servicio militar personal del caballero o comendador en cuestión, pues era la disposición que mejor satisfaría a ambas partes.

Como novena conclusión, se subraya que a partir de 1643 el servicio militar de los caballeros de hábito y comendadores se convirtió en una exigencia fiscal más. Esta transformación, la cual suponía adulterar los objetivos iniciales del proyecto, venía impuesta por el gasto que suponía el levantamiento de las compañías, así como la compra de monturas para sus integrantes, máxime cuando las principales partidas sobre las que recaía su financiación no ofrecían unos ingresos regulares, suficientes para asegurar su continuidad. Esta incapacidad para hacer frente a sus compromisos motivó que la Junta de la Milicia de las Órdenes se viera compelida a capitalizarse a través la firma de asientos, gracias a los cuales podría obtener unos fondos regulares. Pese a todo, la dimensión militar de este proyecto continuó vigente, aunque con unas metas mucho más modestas que en los años anteriores. De esta manera, el Batallón se convirtió en una unidad aún más selectiva que, mediante la promesa de importantes recompensas (sobre todo mercedes de hábito) buscaba integrar en sus filas a unos perfiles muy concretos: caballeros de Órdenes, sectores inferiores del estamento nobiliario y militares veteranos.

Pero a partir de 1647 terminó por convertirse, definitivamente, en un servicio de naturaleza pecuniaria, según el cual se exigía a este organismo que aprestara un número

variable de caballos para la conservación de esta unidad con cargo a sus rentas. Sin embargo, a partir de 1652 se ordenó la entrega de una cantidad en metálico a cambio de los equinos que debía presentar. Pese a que en un principio se trató de una medida de urgencia, motivada por los gastos que acarreó el sitio de Barcelona, en 1655 se determinó su establecimiento con carácter general, quedando establecida la contribución en 200.000 reales de vellón al año (en teoría para acometer la compra de monturas para el ejército). Si bien la primera impresión es que esta transformación suponía dar varios pasos atrás, lo acontecido durante los años siguientes vino a dar la razón a quienes optaron por conmutar la movilización de caballeros y comendadores por un desembolso en efectivo. Con todo, aún quedaba un escalón más por descender en la devaluación del proyecto original, el cual tuvo lugar en 1666. A partir de ese año, y siempre invocando la excusa de atender una urgencia inexcusable, la Real Hacienda se apropió de ella en momentos puntuales para atender a obligaciones que no tenían ninguna relación con la caballería, y en muchas ocasiones eran ajenos a los gastos militares.

En cuanto a la décima conclusión, para algunos grupos muy concretos (en concreto para dos), el servicio en el Batallón de las Órdenes se convirtió en una atractiva posibilidad de ingresar en una orden militar. El primero de estos sectores fue el de los oficiales reformados, quienes acreditaban una larga experiencia en el campo de batalla. Con motivo de la formación de esta unidad, algunos profesionales de las armas pensaron que su momento había llegado. Tuvieron la capacidad necesaria para explotar a su favor la necesidad que la Corona tenía de veteranos y acceder a recompensas que de otra manera hubieran tenido muy difícil obtener. Hasta tal punto llegó la demanda de estos sujetos que el organismo encargado de la formación de la caballería de las Órdenes Militares entró en conflicto con las entidades administrativas encargadas de levantar unidades militares para que prestaran servicio en el frente catalán. Esta rivalidad por reclutar a quienes más se hubieran distinguido jugó a favor de ellos, pues tenían la posibilidad de ofrecer sus servicios al mejor postor, y sentar plaza en aquella formación que más incentivos les ofreciera. El otro grupo era el del sector inferior del segundo estado, el objetivo preferente de los planes reformistas del Conde Duque, donde la promesa de importantes recompensas, sobre todo en forma de hábitos, estaba destinada a jugar un activo papel.

Hasta tal punto llegó la situación que durante la formación del segundo Batallón de las Órdenes se produjo una avalancha de solicitudes para integrarse en él. La razón de este fervor bélico se encuentra en las generosas condiciones que la Corona ofreció a

los aspirantes: un hábito a cambio de servir una campaña en la referida unidad. Dicha oferta atrajo a cerca de medio millar de individuos, lo cual confirmaría que, si se ofrecían incentivos suficientes, nunca faltarían hombres dispuestos a formar parte de los ejércitos reales. Este ejemplo contradice la idea de que el principal problema de la estructura militar española era la falta de hombres. Pese a que los recursos humanos no sobraban, la principal razón por la que los ejércitos españoles no cubrían sus plantillas teóricas era la ausencia de alicientes para iniciar (o continuar) esta ocupación.

Tales consideraciones también son evidentes en el caso de la aristocracia, circunstancia que debería hacernos reflexionar acerca de su relación con la guerra, y rechazar planteamientos que han sido aceptados sin un análisis riguroso. A lo largo de las páginas de esta tesis, y sobre todo con motivo la segunda formación de la caballería de las Órdenes, hemos presentado numerosos ejemplos de aristócratas (si bien es cierto que, en general, se trata de títulos de escaso patrimonio), para quienes el servicio militar personal supuso una opción profesional atractiva. Sin embargo, su decisión no vino motivada por el fervor patriótico, sino por las cuantiosas recompensas que obtuvieron por parte de la Corona. Este era el único camino posible para conseguir que los principales súbditos de la monarquía participaran en el esfuerzo bélico, pues de lo contrario sería imposible obtener alguna asistencia de ellos.

Pese a que el Conde Duque estaba en lo cierto, al igual que en otros proyectos suyos, se encontró con la enconada oposición de quienes más tenían que perder con la aplicación de las nuevas medidas. En este caso, el principal enemigo con que tropezó fue el Consejo de Órdenes, que se enfrentó al ministro con todas sus fuerzas pues consideró que, de ponerse en práctica, incrementaría notablemente el número de caballeros, cuya consecuencia más evidente sería la desvalorización de los hábitos y de su significado. Y si esto se producía, su poder e influencia se verían recortados de forma considerable.

Junto a este obstáculo se situaba otro, muy relacionado con el anterior: el monarca no podía utilizar los hábitos de las Órdenes Militares con plena libertad. Además, pese a no existir una norma escrita al respecto, debía cuidarse mucho de aumentar el número de caballeros por encima de unos niveles que devaluaran unas mercedes tan estimadas.

La undécima, y última conclusión, se refiere a la supervivencia del proyecto a su artífice, pese a que fuera en unas circunstancias diferentes de las que rigieron sus primeros años de existencia. La más importante de ellas fue la disminución de las

exigencias de la Corona a los caballeros de hábito y comendadores, pues a partir de ese momento ya no se les exigió que prestaran servicio militar en persona, sino que la forma de servicio que se estableció con carácter general fue la presentación de un sustituto. Además, en contraste con lo acontecido durante 1640-1642 (sobre todo este último año), se aplicaron políticas mucho más restrictivas a la hora de ingresar en las Órdenes Militares.

En este sentido, se tomó la decisión de poner fin a una oferta aparecida a finales de 1642, según la cual se ofrecía un hábito a todos los caballeros y comendadores que presentaran un hidalgo, para que sirviera como sustituto, equipado y pagado por año y medio, antes del 15 de febrero de 1643, para que lo hicieran efectivo en la persona que consideraran conveniente. Con dicha iniciativa se alcanzaba el límite de la utilización de estas mercedes como incentivo para el servicio pues, aunque se trataba de una oferta limitada a quienes ya pertenecían a las milicias cristianas, la obtención de un hábito nunca volvería a ser tan asequible como el periodo referido.

El recurso a esta medida, muy favorable a los intereses de los solicitantes, se explica porque Olivares pensaba que el Batallón aún podía demostrar su valía en las operaciones militares. Y no parece que anduviera muy equivocado, pues todos los testimonios indican que esta unidad fue una de las que mejores resultados ofreció. Por este motivo había que arbitrar alguna medida de urgencia que asegurara su continuidad, pues las rentas anejas a su conservación no eran suficientes para ello. Pero lo cierto es que la mayor parte de los caballeros que consideraron atractiva esta oferta aprovecharon la ocasión para mercadear con el hábito, nombrando como beneficiario a la persona que más dinero depositara por esta distinción. A pesar de que estas prácticas eran incompatibles con la normativa interna de las milicias cristianas, en general fueron toleradas por la Corona, pues al autorizar la libre disposición de la merced, era inevitable que no tuvieran lugar actuaciones de esta naturaleza.

Así pues, tal vez debamos replantearnos la relación de la nobleza con la guerra, y desechar ideas preconcebidas como la supuesta ruptura del vínculo que unía a ambas, ya no por motivaciones de índole caballeresco o de honor, sino por razones mucho más prácticas: el segundo estado no podía permitirse el lujo de dar la espalda a una de las actividades gracias a la cual obtenía importantes recompensas y que, prestado en las circunstancias adecuadas, era una oportunidad inmejorable para mejorar su posición, tanto la suya como la de su linaje.

## FUENTES.

### FUENTES MANUSCRITAS.

**-BIBLIOTECA NACIONAL. (BN). Sección de Manuscritos. (Mss).**

-904. *Recuerdo dado a SM de Ramón Ezquerro, sobre las tres Órdenes Militares de Santiago, Calatrava y Alcántara, y ejercitar la nobleza de España.* 28-11-1596. Fols. 169r-172v.

-1.092. *Discursos políticos para el bien de estos reinos por Pedro López del Reino.* 1624. Fols. 254r-258v.

-1.630. *Título de maestre de campo general del ejército que se junta en Aragón, a D. Carlos Caracciolo, marqués de Torrecuso.* Madrid, 6-8-1640. Fols. 205r-206r.

-1.752. *Lo que se ha de considerar para tratar del aparejo que puede haber para ofender a España, y el que es necesario para su defensa.* S.f., s.l. (mediados del siglo XVI). Fols. 275v-278v.

-1.752. *Apuntamientos sobre la milicia cuando se trataba de ello, dados por uno a quien S.M. mandó que le diese su parecer en Madrid.* S.f., s.l. (mediados del siglo XVI). Fols. 279r-281r.

-1.927. *Misceláneos políticos e históricos escritos por Alberto de Torme y Liori.*

-2.329. *Carta de D. Francisco de Silva, capitán general del ejército de Cataluña al rey.* Zaragoza, 23-9-1643.



-2.355. *Relación de la institución en Roma de la orden militar de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, nuestra señora, por la Santidad del Papa, nuestro señor, Urbano Octavo.* Roma, 8-2-1624. Fols. 492r-493v.

-2.371. *Diario de la guerra de Cataluña por Antonio Pellicer y Tovar.*

-2.372. *Relación de los sucesos de D. Álvaro de Quiñones, teniente general de la caballería de las Órdenes Militares, después de la sublevación de Cataluña y lo que ha obrado con la caballería y con la del ejército de Aragón, que estuvo a su cargo después de la muerte del duque de San Jorge, por despacho de S.M.* Sin fecha, sin lugar (1640). Fols. 311-r-312r.

-2.374. *Relación de las compañías del batallón de las Órdenes del que fue caudillo mayor el conde de Monterrey.* S.f., s.l. (1642). Fol. 237r.

-2.374. *Relación verdadera de los felices sucesos del encuentro que tuvo el excelentísimo señor Marqués de la Hinojosa, con el ejército de Francia, conducido por su general Mos. De la Mota, en la ermita de Villalonga.* Sábado, 18-1-1642. Fols. 507v-508r.

-2.374. *Relación verdadera de la rota y presa del general D. Pedro de Aragón y todo su ejército.* S.f., s.l. (1642). Fols. 531r-533r.

-2.374. *Relación de lo sucedido en El Vendrell.* 8-1-1642. B.N. Mss. 2374. Fols. 621v-622v.

-2.731. *Copia de una carta enviada a un ministro de S.M., en que se da cuenta de la victoria que tuvo la caballería de las órdenes militares sobre Cambriles, plaza de armas de Cataluña.* Sin fecha. Diciembre 1640. Fols. 1r-3v.

-5.998. *Discurso hecho por fray Agustín Salucio, maestro en Santa Teología de la orden de Santo Domingo, acerca de la justicia y buen gobierno de España en los estatutos de limpieza de sangre y si conviene o no alguna limitación en ellos.* Fols. 1r-149v.

-8.446. *Discurso y modo fácil por el cual estará toda España proveída de armas y en continuo ejercicio militar, para la conservación de su monarquía, haciéndose eterna, sin declinación ni caída. A la Sacra Católica Real Majestad del rey don Felipe III, por Pedro Frías Cascales, criado del Serenísimo señor Archiduque Alberto.* Fols. 70r-91r.

-9.442. *Discurso sobre el ejercicio militar de las Órdenes Militares para la defensa de las costas de África.* S.f., s.l. (principios del siglo XVII). Fols. 130r-140v.

-9.645. *Que cosa es nobleza e hidalguía por Antonio Quintela de Salazar.* 1590. Fols. 70r-76r.

-10.431. *Discurso sobre los estatutos de limpieza por D. Diego Serrano de Silva, que habiendo sido provisor e inquisidor de Cuenca, fiscal y consejero de la Santa General Inquisición, varón muy docto y de mucha reducción e inteligencia, murió a 5 de octubre de 1630.* S.f, s.l. Fols. 131r-150v.

-11.021. *Relación de la famosa y memorable victoria que el ejército del rey de Portugal, gobernado por el conde de Villafior, D. Sancho Manuel, alcanzó del rey de Castilla, gobernado por su hijo D. Juan de Austria, en la provincia del Alentejo, en 8 de junio de 1663, en que D. Juan de Austria perdió el artillería, bagaje, grande número de muertos, prisioneros, y la principal nobleza de Castilla, finalmente todo el ejército, y se escapó con pocos caballos.* Fols. 313r-327v.

-11. 077. *Títulos que ha dado el rey D. Felipe IV, nuestro señor, hasta el año de 1635.* Fols. 55r-58v.

-11.326. *Decreto de Felipe IV dirigido al presidente del Consejo de Órdenes, en el que le ordena proponga medios para aliviar la situación de la monarquía.* Madrid, 31-3-1630. Fols. 14r-15v.

-11.362. *Decreto de Felipe IV al presidente del Consejo de Órdenes, para que contribuya a las provisiones generales.* Madrid, 28-9-1635. Fol. 24r-25v.

-11.362. *Decreto sobre el servicio militar de los caballeros de hábito*. Madrid, 1-1-1640. Fols. 27r-28v.

-12.615. *Relación de algunas cosas cumplideras al servicio de S.M. acerca de la gente de guerra, por un vasallo de S.M., que ha residió 21 años en sus ejércitos*. S.f., s.l. Fols. 160r-174v.

-18.175 *Copia de un real decreto de 15 de diciembre de 1625 por el que se nombra capitán general de la caballería de España a D. Gaspar de Guzmán, Conde Duque de Olivares*. Fols. 20r-25r.

-18.635<sup>39</sup>. *Dictamen sobre la mejora de la disciplina militar, por D. Gregorio de Contreras*. Consuegra, 15-1-1639.

-18.658 n°25. *Consulta del licenciado Manuel Riberos de León, hecha a la Majestad del rey D. Felipe IV, sobre echar pensión en las encomiendas de las tres Órdenes Militares de Santiago, Calatrava y Alcántara para soldados que actualmente sirvan y la nómina de las que son, con sus valores* Madrid, 6-2-1630.

-Mss.18.666<sup>47</sup>. *Relación del socorro que iba a los condados de Rosellón y Cerdeña a cargo de D. Pedro de Aragón, hermano del duque de Cardona y Segorbe, y capitán general del ejército de Aragón, y del consejo supremo de Guerra, y de la llave dorada de S.M., y su capitán de la compañía de la guardia tudésca, y de una compañía de hombres de armas de las Guardas de Castilla, claverero y comendador en la orden de Alcántara, escrita por Tomás de Lubiano, Gabriel Manrique, Pedro Portocarrero y Alfonso de Padilla*. 4-5-1645.

**-ARCHIVO GENERAL DE SIMANCAS (AGS).**

**CONSEJO Y JUNTAS DE HACIENDA (CJH).**

Leg. 303.

**GUERRA ANTIGUA (GA).**

Legs. 1.074, 1.095, 1.098, 1.185, 1.120, 1.121, 1.122, 1.123, 1.125, 1.129, 1.150, 1.215, 1.216, 1.217, 1.218, 1.325, 1.326, 1.327, 1.328, 1.329, 1.333.

**-ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL (AHN)**

**CONSEJOS.**

Legs. 4.427, 4.428, 4.429, 4.430, 4.431, 4.449, 7.134, 7.135, 7.155, 7.256, 13.197

Libro 1.531.

**DIVERSOS-REALES CÉDULAS.**

Nº 4.673.

**ESTADO.**

Legs. 727, 860, 1287<sup>1</sup>, 2.795, 4.827, 6.405<sup>2</sup>

**ÓRDENES MILITARES (OO.MM).**

Leg. 104<sup>1</sup>, 104<sup>2</sup>, 105<sup>1</sup>, 105<sup>2</sup>, 106<sup>1</sup>, 106<sup>2</sup>, 107<sup>2</sup>, 108<sup>1</sup>, 109<sup>1</sup>, 114<sup>2</sup>, 119<sup>3</sup>, 121<sup>2</sup>, 1.104, 1.105, 1.397, 1.398, 1.399, 1.400, 1.401<sup>1</sup>, 1.402, 1.582, 1.585, 4.641, 4.642,

4.643, 4.644, 4.645, 4.646, 4.647, 4.649, 4.667, 4.668, 4.669, 4.670, 4.671, 4.672, 4.690, 4.738, 6.339, 6.340<sup>1</sup>, 6.340<sup>2</sup>, 6.341, 6.347, 7.022.

**EXPEDIENTES DE CABALLEROS.**

-SANTIAGO: 179, 391, 548, 597, 639, 1.473, 1.488, 1.587, 1.738, 2.864, 3.073, 3.939, 4.689, 4.813, 4.948, 5.432, 5.464, 5.669, 6.129, 6.646, 7.136, 7.210, 7.307, 7.766, 7.822, 8.272, 8.297, 8.468, 8.972, 9.189.

-CALATRAVA: 1.051, 1.693, 2.652.

-ALCÁNTARA: 164, 447, 463, 573, 670, 901, 974, 1.074, 1.233, 1.551.

**EXPEDIENTILLOS.**

2.570, 16.278

**-SECCIÓN NOBLEZA DEL ARCHIVO HISTÓRICO NACIONAL (SNAHN).**

**FRÍAS.**

26/5, 26/6, 26/28, 26/42, 26/53, 26/54, 26/56, 26/138.

**OSUNA.**

1471/2

**PRIEGO.**

1/35, 3/19, 3/21, 3/25, 3/32.

## FUENTES IMPRESAS.

-ANÓNIMO: *Copia de carta del marqués de Leganés, escrita a S.M., en la que le da cuenta de la grandiosa victoria que sus católicas armas han tenido contra las de Francia, en el sitio de Lérida.* Lérida, 22-11-1646.

-ANÓNIMO: *Junta y marcha del ejército de S.M. para el socorro de la plaza de Lérida, que gobierna D. Gregorio Brito, valeroso y leal portugués.* Zaragoza, 1646.

-ANÓNIMO: *Medio para defender las costas de África, asegurando las plazas que el rey, nuestro señor, tienen en ellas, ilustrando las Órdenes Militares de que S.M. es maestro y perpetuo administrador.* S.f., s.l.

-ANÓNIMO: *Memorial dirigido a S.M. sobre el arte y disciplina militar.* S.f., s.l.

-ANÓNIMO: *Pragmática para que ningún natural de estos reinos, y residente en ellos, pueda, sin licencia, traer ni usar, en público ni en secreto, ni recibir hábito alguno militar de los que dan los príncipes y señores de otros reinos y señoríos.* Madrid, 15-10-1609.

-ANÓNIMO: *Relación de lo sucedido en la ciudad de Valladolid, desde el punto del felicísimo nacimiento del príncipe Don Felipe Dominico Víctor, nuestro señor, hasta que se acabaron las demostraciones de alegría que por él se hicieron.* Valladolid, 1605. (Atribuido a Miguel de Cervantes). Edición de MARÍN CEPEDA, P., en: *Cervantes Bulletin of the Cervantes Society of America*, nº 25 (2005). pp. 194-270.

-ÁLAMOS DE BARRIENTOS, B.: *Discurso político al rey Felipe III al comienzo de su reinado, por (.....).* (Edición de: SANTOS LÓPEZ, M. Barcelona, 1990). (1ª edición: Madrid, 1598.)

-ÁLAVA Y VIAMONT, D. de: *El perfecto capitán, instruido en la disciplina militar y nueva ciencia de la artillería.* Madrid, 1590.

-ÁLVAREZ Y BAENA, J.A.: *Hijos de Madrid, ilustres en santidad, dignidades, armas, ciencias y artes*. Tomo I. Madrid, 1789.

-ANDRADE, A. de: *El buen soldado católico y sus obligaciones, compuesto por* (.....). Madrid, 1642.

-AYALA, M. de: *Compendio y declaración de lo que son obligados a guardar los caballeros de la Orden de Santiago, así por los votos, fin de su orden y disposición de su regla, como por los estatutos y loables usos y costumbres de ella*. Trento, 1552.

-BAÑOS DE VELASCO, J. de: *Política militar de príncipes, a la Católica Majestad del rey D. Carlos II*. Madrid, 1680.

-BARROS, A. de: *Reparo de la milicia y advertencias de* (.....) S.f., s.l.

-BASTA, G.: *Gobierno de la caballería ligera, compuesto por* (.....). Madrid, 1642. (1ª edición castellana: Bruselas, 1624).

-BERNI Y CATALÁ, J.: *Creación, antigüedad y privilegios de los títulos de Castilla*. Valencia, 1769.

-CALDERÓN DE LA BARCA, P.: *Obras completas*. (Edición de: VALBUENA BRIONES, A.). 2 vols. Madrid, 1959.

-CARAMUEL LOBKOWITZ, J.: *Declaración mística de las armas de España, invictamente belicosa*. Bruselas, 1636.

-CARO DE TORRES, F.: *Historia de las Órdenes Militares de Santiago, Calatrava y Alcántara desde su fundación hasta el Rey Don Felipe segundo*. Madrid, 1628.

-CHAVES, B. de: *Apuntamiento legal sobre el dominio solar que por expresas donaciones reales pertenece a la orden de Santiago en todos sus pueblos*. Madrid, 1740.

-COLECCIÓN DE DOCUMENTOS INÉDITOS PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA (CODIN). Tomo XCV. Madrid, 1890.

-DE LA MOTA, D.: *Tratado sobre un problema en que se advierte como se ha de pretender el hábito de las Órdenes Militares y los padres encaminar a sus hijos*. Valladolid, 1603.

-DE LA SALA Y ABARCA, F. V.: *Después de Dios, la primera obligación y glosas de Órdenes Militares*. Nápoles, 1681.

-DE LAS CUEVAS, P.: *Discurso y arbitrio de (.....) a S.M. S.f., s.l.*

-DEL CASTILLO Y AGUILERA, I. del: *Memorial en el que se contienen algunos puntos importantes al real servicio, y en uno de ellos hay una proposición y forma de hacer levas de soldados y tener tercios fijos, por (.....)*. Madrid, 1650.

-DEL CORRAL Y ROJAS, A.: *Advertencias de guerra*. S.f., s.l.

-ENRÍQUEZ DE VILLEGAS, D.: *Levas de la gente de guerra: su empleo en todas facciones militares: sirve de introducción a los elementos militares o primeros principios de todas las matemáticas de que se necesita el noble ejercicio militar*. Madrid, 1647.

-ESCALANTE, B. de: *Diálogos del arte militar*. (Edición de: MARTÍN POLÍN, R. Madrid, 2002). (1ª edición: Sevilla, 1583).

-FUNES, J. de: *Arte militar en el que se declara que sea el oficio de sargento mayor, y que sea orden cuadrada y como se ha de caminar con una compañía de infantería, o con un tercio o ejército, o donde ha de ir la artillería, bagajes y carruajes, con otros avisos necesarios al dicho oficio, por el alférez (.....)*. Pamplona, 1582.



-GIL DE VELASCO, J.B.: *Católico y marcial modelo de prudentes y valerosos soldados*. Madrid, 1650.

-GRACIÁN, B.: *Oráculo manual y arte de prudencia*. (Edición de: BLANCO, E. Madrid, 2007). (1ª edición: Huesca, 1647).

-GRIMMELSHAUSEN, H.J.CH.: *Simplicius Simplicissimus*. (Edición, estudio preliminar y notas de: GONZÁLEZ, M.J. Madrid, 2004). (1ª edición en alemán: 1669).

-HANKE, L. Y RODRÍGUEZ, C. (Eds): *Los Virreyes españoles en América durante el gobierno de la casa de Austria: México*. 5 vols. Madrid, 1976-1978.

-ISABA, M. de: *Cuerpo enfermo de la milicia española, con discursos y avisos para que pueda ser curado, útiles y de provecho, compuesto por el capitán (.....)*. (Edición de: MARTÍNEZ RUIZ, E. Madrid, 1991). (1ª edición: Madrid, 1594).

-LANARIO Y ARAGÓN, F. de: *Las guerras de Flandes, desde el año de mil y quinientos y cincuenta y nueve hasta el de seiscientos y nueve, por (.....)*. Madrid, 1623.

-LANARIO Y ARAGÓN, F. de: *Los tratados del príncipe y de la guerra, por (.....)*. Palermo, 1624.

-LLULL, R.: *El libro de la orden de la caballería*. Madrid, 2006. (Edición de: DE CUENCA, L.A.). (1ª edición: ca. 1275).

-LONDOÑO, S. de: *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*. (Edición moderna: Madrid, 1939). (1ª edición: Bruselas, 1587).

-LÓPEZ MADERA, G.: *Excelencias de la Monarquía y Reino de España, por el licenciado (.....), dirigidas al príncipe Don Felipe, nuestro señor*. (Edición de: BERMEJO CABRERO, J.L. Madrid, 1999). (1ª edición: Valladolid, 1597).

-MAQUIAVELO, N.: *Del arte de la guerra*. (Edición de: CARRERA DÍAZ, M. Madrid, 2008).

-MARAÑÓN, M.: *Libro del origen y actos capitulares de la Orden de Calatrava*. Valladolid, 1568.

-MARIANA, J. de: *La dignidad real y la educación del rey*. (Edición de: SÁNCHEZ AGESTA, L. Madrid, 1981). (1ª edición: Madrid, 1599).

-MARTÍNEZ SALAZAR, A.: *Colección de memorias y noticias del gobierno general y político del consejo de Castilla*.....Madrid, 1764.

-MASCAREÑAS, J.: *Apología histórica por la ilustrísima religión: su antigüedad, su extensión, sus grandezas entre las militares de España*. Madrid, 1651.

-MEDINA, J. de: *Breve compendio militar*. Longón, 1671.

-MELO, F.M. de: *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña*. (Edición de: ESTRUCH TOBELLA, J. Madrid, 1996). (1ª edición: San Vicente, 1645).

-MELZO, L.: *Reglas militares sobre el gobierno y servicio militar de la caballería*. Milán, 1619. (1ª edición en italiano: Amberes, 1611)

-MEMORIAL HISTÓRICO ESPAÑOL (MHE). Tomos XIV-XVI. Madrid, 1862.

-MENDO, A. de: *De Ordinibus Militaribus desquisitiones canonicae, theologicae, morales et historicae*. Salamanca, 1657. (La traducción: *De las órdenes militares, de sus principios, gobierno, privilegios, obligaciones y casos morales que pertenecen a sus caballeros y religiosos*. Madrid, 1681).

-MICHELI MÁRQUEZ, J.: *Tesoro militar de caballería. Antiguo y moderno modo de armar caballeros y profesar, según las ceremonias de cualquier orden militar*,

*regla debajo la cual militan, origen que tuvieron y a fin de que pontífice fueron aprobadas, y concesiones que han tenido, así imperiales como reales, constituciones que guardan desde el emperador Constantino el Magno, primer legislador, insignias y hábito de cada una, maestres y encomiendas que tienen y las que hoy lucen.* Madrid, 1642.

-MONCADA, G.R. (marqués de Aytona): *Discurso militar: proponense algunos inconvenientes de la milicia de estos tiempos y su reparo* (.....). Valencia, 1653. (1ª edición: Madrid, 1647). (Edición moderna: DE MESA GALLEGU, E. Madrid, 2008.)

-MONTERO DE ESPINOSA, R.: *Diálogos militares y políticos discurridos por Heráclito y Demócrito sobre las campañas y ejércitos de Flandes.* Bruselas, 1654.

-MURCIA DE LA LLANA, F.: *Discurso político del desempeño del reino, seguro de la mar, y defensa de las costas de la Monarquía de España.* Madrid, 1624.

-ORDEN DE SANTIAGO: *Establecimientos de la orden de Santiago* (según el Capítulo celebrado en Madrid en 1573). Madrid, 1577.

-ORDEN DE SANTIAGO: *Regla de la orden de la caballería de Santiago, con notas sobre algunos de sus capítulos y un apéndice de varios documentos.* Madrid, 1791.

-PELLICER Y TOVAR, J.: *Avisos.* (Edición de CHEVALIER, J.C. y CLARE, L.). París, S.f.

-PEÑAFIEL, A. de: *Obligaciones y excelencias de las tres órdenes militares.* Madrid, 1643.

-PEÑALOSA, B. de: *Libro de las cinco excelencias que despueblan a España para su mayor potencia y dilación. Ponderanse para que mejor se adviertan las causas del despueblo de España, y para que los lugares despoblados de ella se habiten y sean populosos.* Pamplona, 1629.

-PÉREZ DE HERRERA, C.: *Discurso décimo y último al rey D. Felipe, nuestro señor, del ejercicio y amparo de la milicia de estos reinos, por el doctor (.....), protomédico de las galeras de España de S.M., residente en su Corte*. S.f., s.l

-PÉREZ DE TUDELA, G.: *Discurso histórico legal en que se demuestra que los priores y vicarios de la orden militar de Santiago se hallan autorizados para ejercer en el suelo del maestrazgo toda jurisdicción eclesiástica y espiritual (.....)*. Madrid, 1788.

-PIZARRO Y ORELLANA, F.: *Discurso apologético en gracia y favor de las Órdenes Militares*. Madrid, 1629.

-PORTILLA Y DUQUE, F. de la: *Regalías de la orden y caballería de Santiago, tratado de su antigüedad*. Amberes, 1598.

-QUEVEDO, F. de: *Política de Dios y gobierno de Cristo. Sacada de la Sagrada Escritura para acierto de rey y reino en sus acciones*. (Edición de: OVEJERO Y MAURY, E. Madrid, 1986). (1ª edición: Madrid, 1626).

-QUEVEDO, F. de: *Discurso de las privanzas*. (Edición de: DÍAZ MARTÍNEZ, E.Mª. Pamplona, 2000).

-RADES Y ANDRADA, F.: *Catálogo de las obligaciones que los comendadores, caballeros, priores y otros religiosos de la orden y caballería de Calatrava tienen en función de su hábito*. Madrid, 1571.

RADES Y ANDRADA, F.: *Crónica de las tres órdenes de caballería de Santiago, Calatrava y Alcántara en la cual se trata de su origen y suceso y notables hechos en armas de los maestros y caballeros de ellas*. Toledo, 1572.

-ROHAN, duque de: *Discursos militares*. Amberes, 1652. (1ª edición francesa: París, 1636).

-RUIZ DE VERGARA Y ÁLAVA, F.: *Regla y establecimientos nuevos de la orden y caballería del glorioso apóstol Santiago (conforme lo acordado por el Capítulo General que se celebró en Madrid en 1652-53)*.

-SAAVEDRA Y FAJARDO, D. de: *Empresas políticas*. (Edición de: DÍEZ DE REVENGA, F.J.: Barcelona, 1990). (1ª edición: Munich, 1640).

-SALAZAR, D. de: *Tratado de Re Militari, hecho a la manera de diálogo entre los ilustrísimos señores D. Gonzalo Fernández de Córdoba, llamado Gran Capitán, y el duque de Sessa, y D. Pedro Manrique de Lara, duque de Nájera (.....)*. (Edición de: BOTELLA ORDINAS, E. Madrid, 2002). (1ª edición: Alcalá de Henares, 1536).

-SALAZAR Y CASTRO, L.: *Defensa del derecho de erigir iglesias de la orden de Calatrava en los pueblos de su campo*. Madrid, 1718.

-SAMANIEGO, J.A.: *Disertación sobre la antigüedad de los regimientos de infantería, caballería y dragones de España*. (Edición de: GÓMEZ RUIZ, M. y ALONSO JUANOLA, V. Madrid, 1992). (1ª edición: Madrid, 1738).

-STRUZZI, A.: *Imagen de la milicia y de un ejército firme, con el favor del marqués Spínola, maestro de campo general del ejército de S.M. en los Estados de Flandes, y con la industria, estudio y cuidado de (.....)*. Bruselas, 1614.

-VIERA Y CLAVIJO, J. de: *Noticias de la historia general de las islas de Canaria*. Tomo III. Madrid, 1776.

-VILAR Y PASCUAL, L.: *Diccionario histórico, genealógico y heráldico de las familias ilustres de la Monarquía española*. Tomo II. Madrid, 1859.

## FUENTES DIGITALIZADAS.

*Certificación de Diego Manrique de Aguayo, capitán de caballos corazas y gobernador de la artillería del Estado de Milán, sobre las preeminencias que tocan a su cargo.* Madrid, 4-5-1636. AGI, Filipinas, Leg. 41/6.

[http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control\\_servlet?accion=3&txt\\_id\\_d\\_esc\\_ud=423101&fromagenda=N](http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control_servlet?accion=3&txt_id_d_esc_ud=423101&fromagenda=N)

*Nombramiento de D. Gregorio Romano Altamirano, caballero de la orden de Santiago, como alcalde mayor de las minas de Huautla.* S.l., 4-6-1625. AGI, Indiferente, Contratación, Leg. 5788<sup>2</sup>. Fols. 312r-313v.

[http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control\\_servlet?accion=3&txt\\_id\\_d\\_esc\\_ud=175099&fromagenda=N](http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control_servlet?accion=3&txt_id_d_esc_ud=175099&fromagenda=N)

*Relación de la famosa victoria que tuvieron seis galeras del serenísimo gran Duque de Florencia, de Ali Jorge, renegado inglés, gran corsario.....* Sevilla, 1617. Biblioteca de la Universidad de Sevilla. A 109/085(076). Edición digital: [http://fondosdigitales.us.es/books/digitalbook\\_view?oid\\_page=342119](http://fondosdigitales.us.es/books/digitalbook_view?oid_page=342119).

*Relación de lo que sucedió en la isla de Malta, habiendo llegado de improviso allí la armada turquesca, y echado gente en la dicha isla, y como los echaron de ella.* Sevilla, 1614. Biblioteca de la Universidad de Sevilla, A 109/085(045). [http://fondosdigitales.us.es/books/digitalbook\\_view?oid\\_page=340144](http://fondosdigitales.us.es/books/digitalbook_view?oid_page=340144).

*Relación de los servicios de D. Antonio de Oca Zúñiga y Sarmiento.* Madrid, 25-11-1662. AGI, Indiferente, Leg. 120/16.

[http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control\\_servlet?accion=3&txt\\_id\\_d\\_esc\\_ud=239020&fromagenda=N](http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control_servlet?accion=3&txt_id_d_esc_ud=239020&fromagenda=N)

*Relación de los servicios de D. Antonio Ramírez de Arellano.* Madrid, octubre de 1643. AGI, Indiferente, Leg. 112/12.

[http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control\\_servlet?accion=3&txt\\_id\\_d\\_esc\\_ud=238040&fromagenda=N](http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control_servlet?accion=3&txt_id_d_esc_ud=238040&fromagenda=N)

*Relación de los servicios de D. Carlos Coloma, marqués del Espinar.*  
<http://www.tercios.org/personajes/coloma.html>.

*Relación de los servicios de D. Diego de Portugal, caballero de la orden de Alcántara, general de la artillería y gobernador de Gibraltar.* S.f., s.l. 1665. AGI, Indiferente, Leg. 118/120.

[http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control\\_servlet?accion=3&txt\\_id\\_d\\_esc\\_ud=238850&fromagenda=N](http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control_servlet?accion=3&txt_id_d_esc_ud=238850&fromagenda=N).

*Relación de los servicios de D. Francisco de Olivares y Figueroa, caballero de la orden de Santiago.* 1646. AGI, Indiferente, Leg. 113/31.

[http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control\\_servlet?accion=3&txt\\_id\\_d\\_esc\\_ud=238213&fromagenda=N](http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control_servlet?accion=3&txt_id_d_esc_ud=238213&fromagenda=N)

*Relación de los servicios de D. Jerónimo de Goñi y Gaceta, caballero de la orden de Calatrava, gobernador del partido de Martos.* S.l. 20-8-1654. AGI, Indiferente, Leg. 115/92.

[http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control\\_servlet?accion=3&txt\\_id\\_d\\_esc\\_ud=238530&fromagenda=N](http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control_servlet?accion=3&txt_id_d_esc_ud=238530&fromagenda=N)

*Relación de los servicios de D. Luis Francisco de Benavides Carrillo de Toledo, marqués de Caracena.*

<http://www.tercios.org/personajes/caracena.html>.

*Relación de los servicios de que es heredero D. Andrés Verdugo de Guardiola, hijo de D. Andrés Verdugo y Osorio.* Madrid, 6-6-1667. AGI, Indiferente, Leg. 120/188.

[http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control\\_servlet?accion=3&txt\\_id\\_d\\_esc\\_ud=239192&fromagenda=N](http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control_servlet?accion=3&txt_id_d_esc_ud=239192&fromagenda=N)

*Relación de los servicios del capitán de caballos D. Diego de Brizuela Salcedo.* S.f., s.l. (1635). AGI, Indiferente, Leg. 161/182.

[http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control\\_servlet?accion=3&txt\\_id\\_d\\_esc\\_ud=243682&fromagenda=N](http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control_servlet?accion=3&txt_id_d_esc_ud=243682&fromagenda=N)

*Relación de los servicios del capitán de caballos corazas D. Luis de Valenzuela Fajardo.* Madrid, 23-10-1647. AGI, Indiferente, Leg. 113/57.

[http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control\\_servlet?accion=3&txt\\_id\\_d\\_esc\\_ud=238239&fromagenda=N](http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control_servlet?accion=3&txt_id_d_esc_ud=238239&fromagenda=N)

*Relación de los servicios del capitán de caballos corazas D. Pantaleón de Alvear.* Madrid, 30-1-1644. AGI, Indiferente, Leg. 112/74.

[http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control\\_servlet?accion=3&txt\\_id\\_d\\_esc\\_ud=238103&fromagenda=N](http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control_servlet?accion=3&txt_id_d_esc_ud=238103&fromagenda=N)

*Relación de los servicios del comisario general D. Rodrigo de Herrera Céspedes, caballero de la orden de Santiago.* Madrid, 20-11-1645. AGI, Indiferente, Leg. 112/136.

[http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control\\_servlet?accion=3&txt\\_id\\_d\\_esc\\_ud=238166&fromagenda=N](http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control_servlet?accion=3&txt_id_d_esc_ud=238166&fromagenda=N)

*Relación de los servicios del comisario general de la caballería D. Juan Marroquín de Montehermoso.* Madrid, 23-4-1668. AGI, Indiferente, Leg. 122/26.

[http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control\\_servlet?accion=3&txt\\_id\\_d\\_esc\\_ud=239397&fromagenda=N](http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control_servlet?accion=3&txt_id_d_esc_ud=239397&fromagenda=N)

*Relación de los servicios del maestro de campo D. García de Ozores, conde de Amarante, caballero de la orden de Alcántara.* Madrid, 12-2-1680. AGI, Indiferente, Leg. 128/50.

[http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control\\_servlet?accion=3&txt\\_id\\_d\\_esc\\_ud=240290&fromagenda=N](http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control_servlet?accion=3&txt_id_d_esc_ud=240290&fromagenda=N)

*Relación de los servicios del maestro de campo D. Pedro de Cañaveral y Córdoba.* Madrid, 10-7-1646. AGI, Indiferente, Leg. 113/15.

[http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control\\_servlet?accion=3&txt\\_id\\_d\\_esc\\_ud=238197&fromagenda=N](http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control_servlet?accion=3&txt_id_d_esc_ud=238197&fromagenda=N)



*Relación de los servicios del teniente coronel D. Pedro López de Unzueta, caballero de la orden de Santiago, consejero de guerra en los estados de Flandes. S.l., 17-9-1653. AGI, Indiferente, Leg. 124/65.*

[http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control\\_servlet?accion=3&txt\\_id\\_d\\_esc\\_ud=239787&fromagenda=N](http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control_servlet?accion=3&txt_id_d_esc_ud=239787&fromagenda=N)

*Relación de los servicios del teniente general de la caballería D. Rodrigo de Herrera Céspedes. Madrid, 10-1-1666. AGI, Indiferente, Leg. 121/21.*

[http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control\\_servlet?accion=3&txt\\_id\\_d\\_esc\\_ud=239223&fromagenda=N](http://pares.mcu.es/ParesBusquedas/servlets/Control_servlet?accion=3&txt_id_d_esc_ud=239223&fromagenda=N)

*Relación muy verdadera de la gran presa que hicieron seis galeras de la sacra religión de San Esteban.....Sevilla, 1616. Biblioteca de la Universidad de Sevilla, A 109/085(135):*

[http://fondosdigitales.us.es/books/digitalbook\\_view?oid\\_page=352531](http://fondosdigitales.us.es/books/digitalbook_view?oid_page=352531).

*Victoria cierta y verdadera que da cuenta de la presa que las galeras del duque de Florencia, juntamente con la patrona de Sicilia y su escuadra, han hecho de un navío de corsarios que andaban robando en la costa de Cataluña..... Madrid, 1626. Biblioteca de la Universidad de Sevilla, A 109/085(039).*

[http://fondosdigitales.us.es/books/digitalbook\\_view?oid\\_page=340124](http://fondosdigitales.us.es/books/digitalbook_view?oid_page=340124)

## BIBLIOGRAFÍA.

-ABAD LICERAS, J.M<sup>a</sup>.: “La Real Junta del Bureo: una jurisdicción en Palacio”, en: *La administración de justicia en la Historia de España* (Actas de las III Jornadas de Castilla-La Mancha sobre investigación en archivos, celebradas en Guadalajara los días 11-14 de noviembre de 1997). Junta de Comunidades de Castilla La Mancha, 1999. pp. 629-648.

-ABERG, A.: “The swedish army from Lützen to Narva”, en: *Sweden's age of greatness, 1632-1718*. Londres, 1973.

- AGUIRRE PRADO, L.: *Ambrosio Spínola*. Madrid, 1959.

-ALAN SOONS, C.: “Cartas sevillanas de D. Luis de Haro, noviembre-diciembre 1645”, en: *Bulletin Hispanique*, vol. 92, nº 2 (1990). pp. 827-835.

-ALBI DE LA CUESTA, J., STAMPA PIÑEIRO y SILVELA MILANS DEL BOSCH, J.: *Un eco de clarines. La caballería española*. Madrid, 1992.

-ALONSO ACERO, B.: *Cisneros y la conquista española del norte de África: cruzada, política y arte de la guerra*. Madrid, 2006.

-ALONSO RODRÍGUEZ, H.: *Algo sobre la fundación de la orden de Calatrava*. Barcelona, 1917.

-ALSEDO Y HERRERA, D. de: *Piraterías y agresiones de los ingleses y de otros pueblos de Europa en la América española, desde el siglo XVI al XVII* (edición de SÁNCHEZ MOLLEDO, J.M<sup>a</sup>). Sevilla, 2005. (1<sup>a</sup> edición: Madrid, 1883).

-ALTAMIRA Y CREVEA, R.: *Historia de España y de la civilización española*. 4 vols. Barcelona, 1913.

-ÁLVAREZ ARAUJO, A.: *Recopilación histórica de las cuatro órdenes militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa*. Madrid, 1866.

ÁLVAREZ-COCA GONZÁLEZ, M<sup>a</sup> J.: “El Consejo de las Órdenes Militares”, en: *Cuadernos de Historia Moderna*, nº15 (1994). pp. 297-323.

-ÁLVAREZ NOGAL, C.: *El crédito de la Monarquía Hispánica en el reinado de Felipe IV*. Valladolid, 1997.

*Los banqueros de Felipe IV y los metales preciosos americanos*. Madrid, 1997.

-ANDÚJAR CASTILLO, F.: “El reclutamiento privado en la España del siglo XVIII: el sistema de asientos”, en: *Studia histórica. Historia Moderna*, nº 25 (2003). pp. 123-147.

-ANDÚJAR CASTILLO, F.: *El sonido del dinero. Monarquía, ejército y venalidad en la España del siglo XVIII*. Madrid, 2004.

-ANDÚJAR CASTILLO, F.: “Empresarios de la guerra y asentistas de soldados en el siglo XVII”, en: GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (eds): *Guerra y Sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*. Vol. II. Ejército, economía, sociedad y cultura. Madrid, 2006. pp. 375-394.

-ANDÚJAR CASTILLO, F.: “Milicia y nobleza. Reformulación de una relación a partir del caso granadino (siglos XVII-XVIII), en: JIMÉNEZ ESTRELLA, A. y ANDUJAR CASTILLO, F. (eds): *Los nervios de la guerra. Estudios sociales sobre el ejército de la Monarquía Hispánica (s. XVI-XVIII): nuevas perspectivas*. Granada, 2007. pp. 251-276.

-ANTELO IGLESIAS, A.: “El ideal de cruzada en la Baja Edad Media”, en: *Cuadernos de Historia*, Tomo I (1967). pp. 37-43.

-ARROYO MARTÍN, F.: “El marqués de Leganés. Apuntes biográficos”, en: *Espacio, Tiempo y Forma*. Serie IV, Historia Moderna, nº 15 (2002). pp. 145-186.

-ARROYO VOZMEDIANO, J.L.: “Reclutamiento militar, articulación política y mecanismos de clase en el Alto Valle del Ebro durante el siglo XVII. El concejo de Calahorra”, en: *Espacio, Tiempo y Forma*. Serie IV, Historia Moderna, nº 20 (2007). pp. 73-94.

-ARTECHE, J.G.: “El marqués de Torrecuso”, en: *Revista Europea*, nº 133 (1876). pp. 21-30.

-AYALA MARTÍNEZ, C.: *Las Órdenes Militares hispánicas en la Edad Media (siglos XII-XV)*. Madrid, 2003.

-AZNAR Y MARTÍNEZ, D.: “Una caída en desgracia naval: el arzobispo almirante Escoubleau de Sourdis y el fracaso del sitio de Tarragona. 1641”, en: GARCÍA HURTADO, M.R., GONZÁLEZ LÓPO, D.L. y MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, E. (eds.): *El mar en los siglos modernos*. Tomo II (Actas de la X Reunión Científica de la FEHM, celebrada en Santiago de Compostela- Ferrol los días 11-13 de junio de 2008). Santiago de Compostela, 2009. pp. 87-99.

-BALTAR RORÍGUEZ, J.F.: *Las Juntas de gobierno en la Monarquía Hispánica (siglos XVI-XVII)*. Madrid, 1998.

-BARBER, R.: *The knight and chivalry*. Londres, 1970.

-BARBERO, A. y VIGIL, M.: *Sobre los orígenes sociales de la Reconquista*. Barcelona, 1974.

-BARBERO, A. Y VIGIL, M.: *La formación del feudalismo en la península ibérica*. Barcelona, 1986 (4ª edición).

-BARNIE, J.: *War and medieval society. Social values and the Hundred Years War, 1337-1399*. Londres, 1974.

-BELADIEZ, E.: *España y el Sacro Imperio Romano Germánico: Wallenstein, 1583-1634*. Madrid, 1967.

-BENIGNO, F.: *La sombra del rey*. Madrid, 1994. (1ª edición en italiano: Venecia, 1992).

-BENITO RUANO, E.: “Las Órdenes Militares españolas y la idea de Cruzada”, en: *Hispania*, Tomo XVI, nº LXII (1956). pp. 3-15.

BITTON, D.: *The French Nobility in crisis, 1560-1640*. Stanford University Press, 1969.

-BORREGUERO BELTRÁN, C.: “De la erosión a la extinción de los Tercios españoles”, en: GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (eds): *Guerra y Sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*. Vol I. Política, estrategia, organización y guerra en el mar. Madrid, 2006. pp. 445-484.

-BOXER, C.R.: *Salvador de Sá and the struggle for Brazil and Angola, 1602-1686*. Londres, 1957.

-BOXER, C.R.: *The Dutch in Brazil, 1624-1654*. Oxford, 1957.

-BREWER, J.: *The sinews of power. War, money and the English State, 1688-1713*. Londres, 1989.

-BÜHLER, J.: *Vida y cultura en la Edad Media*, Méjico D.F., 1977.

-BUNES IBARRA, M.A. de: “La defensa de la Cristiandad; las armadas en el Mediterráneo en la Edad Moderna”, en: *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, nº5 (2006). pp. 77-99.

-CADENAS Y VICENT, V. de: “Documentos para la historia de la Orden de Malta. Cesión de la isla en feudo por el emperador Carlos V”, en: *Hidalguía*, nº 26 (1958). pp. 749-760.

-CALDERÓN ORTEGA, J.M.: “Pugnas nobiliarias para el control de las dignidades de las Órdenes Militares en la Castilla bajomedieval: el caso de la encomienda de Azuaga (1465-1478), en: *Espacio, Tiempo y Forma*, serie III. Historia Medieval. nº1 (1998). pp. 97-135.

-CAMARERO PASCUAL, R.: “La Guerra de Recuperación de Cataluña y la necesidad de establecer prioridades en la Monarquía Hispánica (1640-1643), en: GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (eds): *Guerra y Sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*. Vol I. Política, estrategia, organización y guerra en el mar. Madrid, 2006. pp. 323-357

-CAPPONI, N.: “Le Pallo di Marte: military strategy and diplomacy in the Grand Duchy of Tuscany under Ferdinand II de Medici (1621-1670)”, en: *The Journal of Military History*, vol. 68, (2004), nº 4. pp. 1105-1141.

-CÁRCELES DE GEA, B.: *Fraude y administración fiscal en Castilla. La Comisión de Millones (1632-1658). Poder fiscal y privilegio jurídico-político*. Madrid, 1994.

-CÁRCELES DE GEA, B.: *Fraude y desobediencia fiscal en la Corona de Castilla en el siglo XVII (1621-1700)*. Valladolid, 2000.

-CARRASCO MARTÍNEZ, A.: “Herencia y virtud. Interpretaciones e imágenes de lo nobiliario en la segunda mitad del siglo XVI”, en: RIBOT, L. y BERENGUER, E. (coords): *Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI*. Tomo IV. La Corona de Castilla. Madrid, 1998. pp. 231-271.

-CARRASCO MARTÍNEZ, A.: “Los Mendoza y lo sagrado. Piedad y símbolo religioso en la cultura nobiliaria”, en: *Cuadernos de Historia Moderna*, nº 25 (2000). pp. 233-269.

-CARRASCO MARTÍNEZ, A.: *Sangre, honor y privilegio: La nobleza española bajo los Austrias*. Madrid, 2000.

-CARRASCO MARTÍNEZ, A.: “El orden sagrado. Mitos sociales, legitimación teológica y teorías de la desigualdad social en los siglos XVI-XVII”, en: *Cuadernos de Investigación Histórica*, nº18 (2001). pp. 267-279.

-CARRASCO MARTÍNEZ, A.: “La formación de los valores nobiliarios en el reinado de Isabel la Católica”, en: *Cuadernos de Investigación Histórica*, nº 21 (2004). pp. 21-37.

-CARRASCO MARTÍNEZ, A.: “Guerra y virtud nobiliaria en el Barroco. Las noblezas de la Monarquía Hispánica frente al fenómeno bélico (1598-1659)”, en: GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (eds.) *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*. Vol. II. Ejército, economía, sociedad y cultura. Madrid, 2006. pp. 135-163.

-CARRASCO MARTÍNEZ, A.: “La idea de nobleza en Toscana y en España. Debate social y contexto político en la transición del siglo XVI al XVII”, en: AGLIETTI, M. (Ed.): *Instituzioni, potere e società: Le relazioni tra Spagna e Toscana per una storia mediterranea dell'Ordine dei Cavalieri di Santo Stefano*. (Actas del Congreso Internacional celebrado en Pisa el 18-5-2007). Pisa, 2007. pp. 303-337.

-CASEY, J.: *El reino de Valencia en el siglo XVII*. Madrid, 1983 (1ª edición: Barcelona, 1981).

-CASTILLO CÁCERES, F.: “La idea de la guerra en la obra de Francisco de Quevedo”, en: *Estudios sobre cultura, guerra y política en la Corona de Castilla*, Madrid, 2007. pp. 327-357. (Publicado por primera vez en: *Revista de Historia Militar*, nº 80 (1996).

-CASTRO, B.: *Los comendadores de la Orden de Santiago*. Madrid, 1949.

-CEPEDA ADÁN, J.: “Desamortización de tierras de las Órdenes Militares en el reinado de Carlos I”, en: *Hispania*, Tomo XL, nº 146 (1980). pp. 487-528.

CERROZALA, A.: *Spínola. Un genovés en Flandes*. Madrid, 1946.

-CESPEDES DEL CASTILLO, G.: “La defensa militar del istmo de Panamá a fines del siglo XVII y comienzos del siglo XVIII”, en: *Anuario de Estudios Americanos*, nº 9 (1952). pp. 235-275.

-CHACÓN, G.: *Crónica de D. Álvaro de Luna*. Madrid, 1941.

-CHARTRAND, R.: *Louis XIV's Army*. Londres, 1988.

-CID, J.A.: “La personalidad real de Stefaniglio. Documentos sobre el personaje y presunto autor de *La Vida y hechos de Estebanillo González*”, en: *Criticón*, nº 47 (1989). pp. 7-28.

-CONTAMINE, P.: *La guerra en la Edad Media*. Barcelona, 1984. (1ª edición en francés: París, 1980).

-CONTRERAS GAY, J.: *La problemática militar en el interior de la península durante el siglo XVII. El modelo de Granada como organización militar de un municipio*. Madrid, 1980.

-CONTRERAS GAY, J.: “Aportación al estudio de los sistemas de reclutamiento militar en la España Moderna”, en: *Anuario de Historia Contemporánea*, nº 8 (1981). pp. 7-44.

-CONTRERAS GAY, J.: “El siglo XVII y su importancia en el cambio de los sistemas de reclutamiento durante el Antiguo Régimen”, en: *Studia Histórica, Historia Moderna*, nº 14 (1996). pp. 141-154.

-CONTRERAS GAY, J.: “Las milicias pecuniarias en la Corona de Castilla (1650-1715)”, en: *Studia Histórica. Historia Moderna*, nº 25 (2003). pp. 93-121.



-CORONA MARZOL, C.: “La defensa de la península ibérica: la frontera de agua a finales del siglo XVI”, en: RIBOT, L. y BERENGUER, E. (coords): *Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI*. Tomo II. La Monarquía. Recursos, organización y estrategias. Madrid, 1998. pp. 531-549.

-CÓZAR GUTIÉRREZ, R. y MUÑOZ RODRÍGUEZ, J.D.: “El reino en armas. Movilización social y “conservación” de la Monarquía a finales del siglo XVII”, en: GARCÍA HERNÁN, E. Y MAFFI, D. (eds): *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*. Vol. II. Ejército, economía, sociedad y cultura. Madrid, 2006. pp. 436-446.

-CUARTAS RIVERO, M.: “La venta de oficios públicos en el siglo XVI” en: *Actas del IV Symposium de Historia de la Administración*. Madrid, 1983. pp. 225-260.

-DÁNVILA Y COLLADO, M.: “Nuevos datos para escribir la Historia de las Cortes de Castilla en el reinado de Felipe III”, en: *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Tomo VIII, nº 4 (abril 1886). Mirar páginas.

-DE BENITO, E.: “La Real Junta del Bureo”, en: *Cuadernos de Historia del Derecho*, nº 1 (1994). pp. 49-124.

-DEDIEU, J.P y RUIZ, J.I.: “Tres momentos en la historia de la Real Hacienda”, en: *Cuadernos de Historia Moderna*, nº 15 (1994). pp. 77-98.

-DE FRANCISCO OLMOS, J.Mª y PRESA GARCÍA, Mª A.: “Los Fugger y el arrendamiento de los maestrazgos. El último contrato. 1635-1645, en: *Las Órdenes Militares en la península ibérica*. Vol. II. Edad Moderna. Cuenca, 2000. pp. 1759-1776.

-DE LUCAS ALMEIDA, J.M., “Nuevas aportaciones al estudio de Santa María de España”, en *Revista de Historia de El Puerto*, nº 6 (1991). pp. 11-32

-DE MESA GALLEGU, E.: *La pacificación de Flandes. Spínola y las campañas de Frisia (1604-1609)*. Madrid, 2009.

-DE SANTIAGO FERNÁNDEZ, J.: “Propuestas de reforma en la moneda de plata castellana a principios del siglo XVII”, en: *Boletín del Museo e Instituto Camón Aznar*, vol. LVIII (1994). pp. 113-128.

-DESPORTES, C.: *Le Siège de Malte. La grande défaite de Soliman le Magnifique, 1565*. París, 2000.

-DEWALD, J.: *La nobleza europea. 1400-1800*. Valencia, 2004. (1ª edición inglesa: Cambridge University Press, 1966).

-DÍAZ MORENO, F.: “D. Diego Enríquez de Villegas en el solar de Marte. Rasguear con la espada en el siglo XVII”, en: *Anales de Historia del Arte*, nº 15 (2005). pp. 197-218.

-DÍAZ PEÑA, E.: *Entorno caballeresco, infanzones y caballeros villanos en la Castilla medieval*. Madrid, 1999.

-DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: “La movilización de la nobleza castellana en 1640”, en: *Anuario de Historia del derecho español*, nº 25 (1955). pp. 799-823.

-DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: *Política y hacienda de Felipe IV*. Madrid, 1960.

-DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: *La sociedad española en el siglo XVII*. 2 vols. Madrid, 1963-1970.

-DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: “La conspiración del duque de Medina Sidonia y el marqués de Ayamonte”, en: *Crisis y decadencia en la España de los Austrias*. Barcelona, 1969. pp. 113-155.

-DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: *Las clases privilegiadas en la España del Antiguo Régimen*. Madrid, 1973.

-DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: “La venta de cargos y oficios públicos en Castilla y sus consecuencias económico-sociales”, en: *Seminario de Historia Social y Económica*, 1975. pp. 151-177.

-DOMÍNGUEZ ORTIZ, A.: “Comercio y blasones. Concesiones de hábitos de órdenes militares a miembros del consulado de Sevilla en el siglo XVII”, en: *Anuario de Estudios Americanos*, nº 33 (1976). pp. 217- 256.

-DOMÍNGUEZ NAFRÍA, J.C. “El rey y sus ejércitos (Guardas reales, continos, monteros y tropas de Casa Real del siglo XVII), en: GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (eds.): *Guerra y Sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*. Vol I. Política, estrategia, organización y guerra en el mar. Madrid, 2006. pp. 707-738.

-ECHEVARRÍA BACIGALUPE, M.A.: *Alberto Struzzi. Un precursor barroco del capitalismo liberal*. Lovaina, 1995.

-ELLIOTT, J.H.: *El Conde Duque de Olivares y la herencia de Felipe II*. Valladolid, 1977.

-ELLIOTT, J.H.: *La rebelión de los catalanes*. Madrid, 1982. (1ª edición en inglés: Cambridge, 1963).

-ELLIOTT, J.H.: *España y su mundo (1500-1700)*. Madrid, 1989.

-ELLIOTT, J.H.: *El Conde Duque de Olivares. El político de una época en decadencia*. Barcelona, 1990. (1ª edición en inglés: Londres, 1986).

-ELLIOTT, J.H.: “Conservar el poder: el conde-duque de Olivares”, en ELLIOTT, J.H. y BROCKLISS, L. (dirs.): *El mundo de los validos*. Madrid, 1999. pp. 165-179. (1ª edición en inglés: Yale University Press, 1999).

-ESPINO LÓPEZ, A.: “Oficiales catalanes en el ejército de los Austrias”, en: *Cuadernos de Historia Moderna*, nº 24 (2000). pp. 11-31.

-ESPINO LÓPEZ, A.: *Guerra y cultura en la Edad Moderna*. Madrid, 2001.

-FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M.: *La sociedad española del Renacimiento*. Madrid, 1970.

-FERNÁNDEZ IZQUIERDO, F.: *La orden militar de Calatrava en el siglo XVI. Infraestructural institucional. Sociología y prosopografía de sus caballeros*. Madrid, 1992.

-FERNÁNDEZ IZQUIERDO, F.: “De las historias de las Órdenes a las Órdenes en la historia: historias generales de España durante la Edad Moderna publicadas en los últimos cien años y órdenes militares”, en *Las Órdenes Militares en la península ibérica. Vol. II. Edad Moderna*. Cuenca, 2000. pp. 1181-1235.

-FERNÁNDEZ IZQUIERDO, F.: “Las Órdenes Militares en la Edad Moderna en la historiografía española desde 1995. Notas para un balance”, en: *Studia Historia. Historia Moderna*, nº 24 (2002). pp. 73-95.

-FERNÁNDEZ IZQUIERDO, F.: “Los caballeros cruzados en el ejército de la Monarquía Hispánica durante los siglos XVI y XVII: ¿anhelo o realidad?”, en: *Revista de Historia Moderna. Anales de la Universidad de Alicante*, nº 22 (2004). pp. 11-60.

-FERNÁNDEZ IZQUIERDO, F.: “Las órdenes de caballería hispánicas y su proyección militar en los siglos XVI y XVII”, en: GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (eds.): *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*. Vol. II. Ejército, economía, sociedad y cultura. Madrid, 2006. pp. 861-884.

-FERNÁNDEZ LLAMAZARES, J.: *Historia compendiada de las cuatro órdenes militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa*. Madrid, 1862.

-FERNÁNDEZ VEGA, L.: "Ventas, arriendos y renunciaciones de oficios en la ciudad de Santiago, durante los siglos XVII y XVIII", en: EIRAS ROEL, A. (ed.): *La historia social de Galicia en sus fuentes de protocolos*. Santiago, 1981. pp. 409-430.

-FEROS, A.: "Lerma y Olivares. La práctica del valimiento", en: ELLIOTT, J.H. y GARCÍA SANZ, A. (coords.): *La España del Conde Duque de Olivares*. Valladolid, 1990. pp. 197-224.

-FEROS, A.: "Almas gemelas: monarcas y favoritos en la primera mitad del siglo XVII", en: KAGAN, R.L. y PARKER, G. (eds): *España, Europa y el mundo atlántico: Homenaje a J.H. Elliott*. Madrid, 2001. pp. 49-81. (1ª edición en inglés: Cambridge University Press, 1985).

-FLORES OLEA, A.: "Los regidores de la ciudad de México en la primera mitad del siglo XVII", en: *Estudios de Historia Novohispana*, nº 3 (1970). pp. 1-24.

-FONT DE VILLANUEVA, C.: *La estabilización monetaria de 1680-1686. Pensamiento y política económica*. Madrid, 2008.

-FORTEA PÉREZ, J.I.: "Los donativos en la política fiscal de los Austrias (1625-1637): ¿servicios o beneficio?", en: RIBOT GARCÍA L.A. y DE ROSA, L. (Dirs.): *Pensamiento y política económica en la Edad Moderna*. Madrid, 2000. pp. 31-76.

-FORTEA PÉREZ, J.I.: "Las ciudades, sus oligarquías y el gobierno del Reino", en: FEROS, A. y GELABERT, J.E. (dirs.): *España en tiempos del Quijote*, Madrid, 2004. pp. 235-278.

-GARCÍA BALLESTEROS, E. y MARTÍNEZ TORRES, J.A.: "Gregorio López Madera (1562-1624): un jurista al servicio de la Corona", en: *Torre de los Lujanes*, nº 31 (1998). pp. 163-178.

-GARCÍA DE PASO, J.I.: "La estabilización monetaria en Castilla bajo Carlos II", en: *Revista de Historia Económica*, nº 18 (2000). pp. 49-77.

-GARCÍA FITZ, F.: *Castilla y León frente al Islam. Estrategias de expansión y tácticas militares (siglos XI-XIII)*. Sevilla, 1998.

-GARCÍA FITZ, F.: *Ejércitos y actividades guerreras en la Edad Media europea*. Madrid, 1998.

-GARCÍA GARCÍA, B.J.: *La Pax Hispánica. Política exterior del Duque de Lerma*. Leuven, 1996.

-GARCÍA GUERRA, E.M<sup>a</sup>: *Las acuñaciones de moneda de vellón durante el reinado de Felipe III*. Madrid, 1999

-GARCÍA HERNÁN, D.: *La nobleza española en la España Moderna*, Madrid, 1992.

-GARCÍA HERNÁN, D.: “Las fuentes de ingresos de la aristocracia castellana bajo los Austrias”, en: *Torre de los Lujanes*, nº 28 (1994). pp. 45-59.

-GARCÍA HERNÁN, E.: *Irlanda y el Rey prudente*, Madrid, 2000.

-GARCÍA HERNÁN, E.: *Milicia general en la Edad Moderna. El Batallón de D. Rafael de la Barreda y Figueroa*. Madrid, 2005.

-GARCÍA HERNÁN, E.: “El colegio de San Patricio de los Irlandeses de Madrid (1621-1937)”, en: *Madrid. Revista de arte, geografía e historia*, nº 8 (2006). pp. 219-246.

-GARCÍA FIGUERAS, T., GARCÍA RODRÍGUEZ, C. y SAINT-CYR, J.: *Larache: datos para una historia en el siglo XVII*. Madrid, 1973.

-GARCÍA ORO, J.: *Cisneros. Un cardenal reformista en el trono de España (1436-1517)*. Barcelona, 2007. pp. 254-255. (1ª edición: Madrid, 2005).

-GARCÍA RODRÍGUEZ, J.M<sup>a</sup>: *Ambrosio Spínola y su tiempo*. Madrid, 1942.

-GELABERT, J.E.: “Tráfico de oficios y gobierno de los pueblos en Castilla”, en: RIBOT GARCÍA, L.A.: y ROSA, L. de (dirs): *Mundo urbano en la época moderna*, Madrid, 1997. pp. 157-186.

-GIBELLO BRAVO, V.M.: *La imagen de la nobleza castellana en la Baja Edad Media*. Cáceres, 1999.

-GILBERT, F.: “Maquiavelo: el Renacimiento del arte de la guerra”, en: PARET, P. (coord.): *Creadores de la estrategia moderna. Desde Maquiavelo a la era nuclear*. Madrid, 1992. pp. 25-42. (1<sup>a</sup> edición inglesa: Princeton University Press, 1986).

-GLOZIER, M.: *Scottish soldiers in France in the reign of the Sun King. Nursery for men of honour*. Leiden, 2004.

-GÓMEZ VOZMEDIANO, M.F.: “Fuentes para la historia militar de los siglos XVI y XVII en los archivos nobiliarios españoles”, en: GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (eds): *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*. Vol. II. Ejército, economía, sociedad y cultura. Madrid, 2006.

-GÓMEZ VOZMEDIANO, M.F.: “El conflicto comunero en tierras de Ciudad Real, los maestrazgos de Órdenes y el señorío de Chillón”, en: GÓMEZ VOZMEDIANO, M.F. (coord.): *Castilla en llamas. La Mancha comunera*. Ciudad Real, 2008. pp. 169-209.

-GONZÁLEZ CASTRILLO, R.: *El arte militar en la España del siglo XVI*. Madrid, 2000.

-GONZÁLEZ DE LEÓN, F.: “Doctors of the Military Discipline. Technical expertise and the paradigm of the spanish soldier in the Early Modern period”, en: *Sixteenth Century Journal*, nº 27, Vol. I, (1996). pp. 61-85.

-GONZÁLEZ FUERTES, M.A. y GONZÁLEZ FUENTES, A.R.: “La reforma de los caballeros de cuantía de 1562: un intento fracasado de crear una milicia ciudadana”, en: MARTÍNEZ RUIZ, E. (coord): *Madrid, Felipe II y las ciudades de la Monarquía*. Vol. I. Poder y dinero. Madrid, 2000. pp. 129-141.

-GONZÁLEZ HONTORIA, M.: *La embajada de D. Alonso de Cárdenas en Londres (1638-1655)*. Madrid, 1949.

-GOODMAN, D.: “El dominio del mar y las armadas de la Monarquía”, en: RIBOT, L. y BERENGUER, E. (coords): *Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI*. Tomo II. La Monarquía, recursos, organización y estrategias. Madrid, 1998. pp. 365-382.

-GRACIA RIVAS, M.: “La campaña de Bretaña (1590-1598). Una amenaza para Inglaterra”, en *Cuadernos Monográficos del Instituto de Historia y Cultura Naval*, nº 20 (1993). pp. 41-56.

-GRACIA RIVAS, M.: “La Jornada de D. Juan del Águila de 1591 y sus aspectos sanitarios”, en GARCÍA HERNÁN, E, BUNES, M.A. de, RECIO MORALES, O. y GARCÍA GARCÍA, B.J. (eds), *Irlanda y la Monarquía Hispánica: Kinsale, 1601-2001. Guerra, política, exilio y religión*. Madrid, 2002. pp. 153-172.

-GRASSOTTI, H.: *Las instituciones feudo-vasalláticas en León y Castilla*. 2 vols. Spoleto, 1969.

-GROSJEAN, A.: *An unofficial alliance. Scotland and Sweden, 1569-1654*. Brill Academic Publishers, 2003.

-GUARNERI, G.: *I cavalieri di Santo Stefano, nella storia della marina italiana, 1562-1859*. Pisa, 1960.



-GUARNERI, G.: *L'ordine di Santo Stefano nei suoi aspetti organizzativi interni sotto il gran magisterio Mediceo*. Pisa, 1969.

-GUIJARRO RAMOS, L.: *Papado, Cruzadas y Órdenes Militares, siglos XI-XIII*. Madrid, 1995.

-GUILLAMAS GALIANO, M.: *Reseña histórica del origen y fundación de las Órdenes Militares y bula de incorporación a la Corona Real de España, con datos estadísticos relativos a los maestrazgos, encomiendas y alcaldías, con sus productos, el número de iglesias y monasterios de religiosas, con otras varias noticias muy curiosas*. Madrid, 1850.

-GUILLAMAS GALIANO, M.: *De las Órdenes militares de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa*. Madrid, 1852

-GUILLÉN BERRENDERO, J.A.: “La tratadística nobiliaria como espejo de nobles. El ejemplo de Juan Benito de Guardiola y su tratado de nobleza de 1591”, en: *Brocar*, nº 26 (2002). pp. 81-106.

-GUILLÉN BERRENDERO, J.A.: *La idea de nobleza en Castilla durante el reinado de Felipe II*. Valladolid, 2007.

-GUILLÉN BERRENDERO, J.A.: *Los mecanismos del honor y la nobleza en Castilla y Portugal, 1556-1621*. (Tesis doctoral inédita dirigida por el Dr. CARRASCO MARTÍNEZ, defendida en el Departamento de Historia Moderna de la UCM en 2009).

-GUTIÉRREZ AYUSO, A.: *Magacela: el patrimonio de un municipio de la orden de Alcántara*. Badajoz, 2002.

-GUTIÉRREZ CRUZ, R.: *Los presidios españoles del norte de África en tiempo de los Reyes Católicos*. Melilla, 1997.

-GUTIÉRREZ NIETO, J.I.: *Las comunidades de Castilla como movimiento antiseñorial*. Barcelona, 1971.

-GUTIÉRREZ NIETO, J.I.: “La estructura castizo-estamental de la sociedad castellana del siglo XVI”, en *Hispania* nº 125 (1973). pp. 519-563.

-GUTIÉRREZ NIETO, J.I.: “Limpieza de sangre y antihidalguismo hacia 1600”, en: *Homenaje al Dr. D. Juan Reglá Campistol*, vol. I. Valencia, 1975. pp. 497-514.

-GUTIÉRREZ NIETO, J.I.: El pensamiento económico, político y social de los arbitristas”, en: *Historia de España de Ramón Menéndez Pidal*, Tomo XXVI, vol. I. Religión, Filosofía y Ciencia. Madrid, 1986. pp. 329-465.

-GUTIÉRREZ NIETO, J.I.: “La sociedad española de tiempo de Felipe II”, en: *El Escorial. Biografía de una época*. Madrid, 1986. pp. 164-185.

-GUTIÉRREZ NIETO, J.I.: “El reformismo social de Olivares”, en: ELLIOTT, J.H. y GARCÍA SANZ, A. (coords): *La España del Conde Duque de Olivares*. Valladolid, 1990. pp. 419-441.

-HANLON, G.: *The twilight of a military tradition: Italian aristocrats and European conflicts, 1560-1800*. Londres, 1998.

-HERNÁNDEZ FRANCO, J. y MOLINA PUCHE, S.: “El retraimiento de la nobleza castellana con motivo de la guerra franco-española (1635-1648). El ejemplo contrapuesto del Reino de Murcia, en: *Cuadernos de Historia Moderna*, nº 29 (2004). pp. 111-130.

-HERNÁNDEZ SERNA, J.: “La orden de la Estrella, o de Santa María de España, en la cantiga 78 del código BR20 de Florencia”, en: *Alcanate: Revista de estudios alfonsíes*, nº 2 (2000-2001). pp. 227-250.

-HERNANDO SÁNCHEZ, C.J.: Castilla y Nápoles en el siglo XVI: el *virrey Pedro de Toledo: linaje, estado y cultura (1532-1553)*. Valladolid, 1994.

-HERNANDO SÁNCHEZ, C.J.: “La gloria del caballo. Saber ecuestre y cultura caballeresca en el reino de Nápoles durante el siglo XVI”, en: MARTÍNEZ MILLÁN, J. (Dir.): *Felipe II (1527-1598). Europa y la Monarquía Católica*. Tomo IV. Literatura, Cultura y Arte. Madrid, 1998. pp. 271-310.

-HERNANDO SÁNCHEZ, C.J.: *El Reino de Nápoles en el imperio de Carlos V: la consolidación de la conquista*. Madrid, 2001.

-HERRERO SÁNCHEZ, M.: “La red genovesa Spínola y el entramado transnacional de los marqueses de los Balbases al servicio de la Monarquía Hispánica”, en: YUN CASALILLA, B. (dir): *Las redes del Imperio. Elites sociales en la articulación de la Monarquía Hispánica, 1492-1714*. Madrid, 2008. pp. 97-133.

-ISRAEL, J.I.: *European Jewry in the age of mercantilism, 1550-1750*. Oxford, 1985.

-JAGO, C.: “The influence of debt on the relations between Crown and aristocracy in seventeenth-century Castile”, en *The Economic History Review*, vol. 26, nº 2 (1973). pp. 218-236.

-JAGO, C.: “The crisis of the aristocracy in seventeenth-century Castile”, en: *Past and Present*, nº 84 (1979). pp. 60-90.

-JAGO, C.: “La Corona y la aristocracia durante el ministerio de Olivares”, en: ELLIOTT, J.H. y GARCÍA SANZ, A. (coords): *La España del Conde Duque de Olivares*. Valladolid, 1990. pp. 373-398.

-JIMÉNEZ ESTRELLA, A.: *Poder, ejército y gobierno en el siglo XVI. La Capitanía General del Reino de Granada y sus agentes*. Granada, 2004.

-JIMÉNEZ MORENO, A.: *Los caballeros de hábito ante la crisis de 1640* (Trabajo de Investigación de Doctorado dirigido por el Dr. Carrasco Martínez, defendido en el Departamento de Historia Moderna de la UCM, en mayo de 2004).

-JIMÉNEZ MORENO, A.: “Las Órdenes Militares y la defensa de la Monarquía Hispánica, un proyecto de organización naval atlántica. El memorial de Ramón Ezquerro (1596)”, en: GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (eds): *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, Estrategia y Cultura en la Europa Moderna. (1500-1700)*. Vol. II. Ejército, economía, sociedad y cultura. Madrid, 2006. pp. 691-708.

-JIMÉNEZ MORENO, A.: “La dimensión naval de las Órdenes Militares durante el primer tercio del siglo XVII”, en: GARCÍA HURTADO, M.R., GONZÁLEZ LÓPEZ, D.L. y MARTÍNEZ RODRÍGUEZ, E. (eds.): *El mar en los siglos modernos*. Tomo II (Actas de la X Reunión Científica de la FEHM, celebrada en Santiago de Compostela- Ferrol los días 11-13 de junio de 2008). Santiago de Compostela, 2009. pp. 253-265.

-JIMÉNEZ MORENO, A.: “En busca de una nobleza de servicio. El Conde Duque de Olivares, la aristocracia y las Órdenes Militares (1621-1643)”, en: RIVERO RODRÍGUEZ, M. (coord.): *Nobleza hispana, nobleza cristiana. La Orden de San Juan*. Vol. I. Madrid, 2009. pp. 209-256.

-JIMÉNEZ MORENO, A.: “Poder central y poderes locales. El cumplimiento de la convocatoria de los caballeros de hábito del año 1640 en Jerez de la Frontera”. Comunicación enviada a la IX Reunión Científica de la FEHM, celebrada en Málaga los días 7-9 de junio de 2006. (En prensa).

-JIMÉNEZ MORENO, A.: “Honos a cambio de soldados, la concesión de hábitos de las Órdenes Militares en una coyuntura crítica: La Junta de Hábitos (1635-1642)”. Comunicación enviada al Congreso Internacional “Las élites en la época moderna”, celebrado en Córdoba los días 25-27 de octubre de 2006. (En prensa).

-KEEN, M.: *La caballería*. Madrid, 1986 (1ª edición en inglés: Londres, 1984).

-LADERO QUESADA, M.A.: *Los Reyes Católicos y la conquista del reino de Granada*. Valladolid, 1967.

-LADERO QUESADA, M.A.: “Algunos datos para la historia económica de las órdenes militares de Santiago y Calatrava en el siglo XV”, en: *Hispania*, nº30 (1970). pp. 637-62.

-LAMBERT-GEORGES, M.: *Basques et navarrais dans l'ordre de Santiago* (1580-1620). Paris, 1985.

-LAMBERT-GEORGES, M.: “Santiago et la defense de la Mediterranee (Notes sur le XVI<sup>e</sup> siècle)”, en: *Las Órdenes Militares en el Mediterráneo Occidental (siglos XIII-XVIII)*. Casa de Velázquez. Instituto de Estudios Manchegos. 1989. pp. 213-247.

-LARIO, D. de: *El comte-duc d'Olivares i el regne de València*. Valencia, 1986.

-LINDEGREN, J.: “Men, money and means”, en: CONTAMINE, P. (ed): *War and competition between states*. Oxford University Press, 2000. pp. 129-162.

-LLORET GÓMEZ DE BARREDA, P.: “Los servicios a la Monarquía y el proceso de ennoblecimiento del linaje valenciano de los Vilaragut en el siglo XVII”, en: ARANDA PÉREZ, F.J. (coord.): *La declinación de la Monarquía Hispánica*. Actas de la VII Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna. Cuenca, 2004. pp. 631-643.

-LOMAX, D.W.: *La Orden de Santiago. (1170-1275)*. Madrid, 1965.

-LÓPEZ GONZÁLEZ, C.: “La incorporación a la Corona de los maestrazgos de las Órdenes Militares españolas”, en: *Revista de Historia Moderna y Contemporánea*. U.A.M. año II, 2<sup>a</sup> época, nº8. (1980). pp. 1-32.

-LÓPEZ GONZÁLEZ, C.: *La hacienda de las órdenes militares castellanas durante el reinado de Felipe IV*, Madrid, Universidad Autónoma, 1990 (Edición en microfichas).

-LÓPEZ SALAZAR, J.: “Una empresa agraria capitalista en la Castilla del siglo XVII: la hacienda de D. Gonzalo Muñoz de Loaisa”, en *Hispania* nº 148 (1981) pp. 355-408.

-LÓPEZ SALAZAR, J.: *Mesta, pastos y conflictos. El campo de Calatrava (siglo XVI)*. Madrid, 1987.

-LÓPEZ SALAZAR, J.: “La Sección de Órdenes Militares y la investigación en Historia Moderna, en: *Cuadernos de Historia Moderna* nº15 (1994). pp. 325-373.

-LORCA MARTÍN DE VILLODRES, M<sup>a</sup> I.: *El jurista Juan Arce de Otálora (s. XVI): pensamiento y obra*. Madrid, 1997. “El jurista Juan Arce de Otálora: un apologeta de la nobleza de sangre (la hidalguía)”, en: *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País*, vol. 53, nº 2 (1997), pp. 611-654.

-LORCA MARTÍN DE VILLODRES, M<sup>a</sup> I.: *La nobleza en los comienzos del Estado moderno: el pensamiento del jurista Juan Arce de Otálora, situado en la encrucijada del Medievo y la Modernidad*. Madrid, 2004.

-LOURIE, E.: “A society organized for war: medieval Spain”, en: *Past and Present*, nº 35 (1966). pp. 54-76

-LUCENA SALMORAL, M.: *Piratas, bucaneros, filibusteros y corsarios en América: perros, mendigos y otros malditos del mar*. Madrid, 1992.

-LUTRELL, A.: *The Hospitaller State on Rhodes and its Western provinces, 1306-1462*. Aldershot, 1999

LYNCH, J.: *España bajo los Austrias*, 2 vols. Barcelona, 1970-72. (1<sup>a</sup> edición en inglés, 1965-69).

-LYNN, J.A.: “The pattern of army growth, 1445-1945”, en: LYNN, J.A. (Ed.): *Tools of war. Instruments, ideas and institutions of warfare, 1445-1871*. Urbana, 1990. pp. 1-27.

-LYNN, J.A.: "Recalculating French Army growth during the Grand Siècle, 1610-1715", en: *French Historical Studies*, vol. 18, nº 4 (1994). pp. 881-906.

-MACKAY, R.: *Los límites de la autoridad real. Resistencia y obediencia en la Castilla del siglo XVII*. Salamanca, 2007. (1ª edición en inglés: Cambridge University Press, 1999).

-MAFFI, D.: "Potere, carriere e onore nell'esercito di Lombardia, 1630-60", en: *La pluma y la espada. Il mondo militare nella Lombardia spagnola cinquecentesca* (Actas del congreso internacional celebrado en Pavía los días 16-18 de octubre de 1997). Lucca, 2000. pp. 195-245.

-MAFFI, D.: "Milano in guerra. La mobilitazione delle risorse in una provincia della Monarchia, 1640-1659", en: RIZZO, M., RUIZ IBÁÑEZ, J.J. y SABATINI, G. (eds): *Le forze del Principe. Recursos, instrumentos y límites en la práctica del poder soberano en los territorios de la Monarquía Hispánica*. Tomo I. Murcia, 2003. pp. 347-408.

-MALDONADO, A.: *Hechos de don Alonso de Monroy, claverero y maestro de la orden de Alcántara*. Madrid, 1935.

-MALLET, M.: *Mercenaries and their masters. Warfare in Renaissance Italy*. Londres, 1974.

-MALLET, M.: "El condottiero", en: *El hombre del Renacimiento*. Madrid, 1990. (1ª edición en italiano: Roma, 1998). pp. 53-77.

-MANN, G.: *Wallenstein*. Barcelona, 1978. (1ª edición en alemán: Frankfurt, 1971).

-MARAÑÓN, G.: *El Conde Duque de Olivares. La pasión de mandar*. Madrid, 1999. (1ª edición: Madrid, 1936).

- MARAVALL, J.A.: *Poder, honor y élites*. Madrid, 1979.
- MARTÍN, J.L.: *Orígenes de la orden militar de Santiago. 1170-1195*. Barcelona, 1974.
- MARTÍN NIETO, D.A. y DÍAZ DÍAZ, B.: *Los priores de Magacela de la orden de Alcántara. La mal llamada sexta dignidad de la orden*. Badajoz, 2002.
- MARTÍNEZ DE CAMPOS, C.: *España bélica. El siglo XVII. La decadencia del Imperio*. Madrid, 1968.
- MARTÍNEZ OYARZÁBAL, E.: “La tratadística militar hispana en las bibliotecas particulares del siglo de Oro”, en: *Revista de Historia Militar*, nº 96 (2004). pp. 219-252.
- MARTÍNEZ OYARZÁBAL, E.: “El libro y la literatura militar en la segunda mitad del siglo XVII”, en: GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (eds): *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*. Vol. II. Ejército, economía, sociedad y cultura. Madrid, 2006. pp. 817-842.
- MARTÍNEZ RUIZ, E.: “La reforma de un “ejército de reserva” en la monarquía de Felipe II: las Guardas”, en: RIBOT, L. y BERENGUER, E. (coords): *Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI*. Tomo II. La Monarquía. Recursos, organización y estrategias. Madrid, 1998. pp. 497-511.
- MARTÍNEZ RUIZ, E.: “La difícil supervivencia del “ejército interior”: las Guardas, los aposentos y la escasez de dinero a finales del siglo XVI”, en: SANZ CAMAÑES, P. (ed.): *La Monarquía Hispánica en tiempos del Quijote*. Madrid, 2005. pp. 433-461.
- MARTÍNEZ RUIZ, E.: *Los soldados del rey. Los ejércitos de la Monarquía Hispánica (1480-1700)*. Madrid, 2008.



-MARTÍNEZ RUIZ, E. y PI CORRALES, M. de P.: “Los perfiles de un ejército de reserva español. Las Ordenanzas de las Guardas de 1613”, en: MARTÍNEZ RUIZ, E. y PI CORRALES, M. de P. (eds): *España y Suecia en la época del Barroco*. Madrid, 1998. pp. 341-371.

-MARTÍNEZ RUIZ, E. y PI CORRALES, M. de P.: “Un ambiente para una reforma militar: la Ordenanza de 1525 y la definición del modelo de ejército del interior peninsular, en: *Studia Histórica. Historia Moderna*, nº 21 (1999). pp. 191-216.

-MARTÍNEZ-VALVERDE, C., “Las Órdenes Militares en la mar. La orden de Sancta María de Espanna”, en: CAMPOS, J., (coord.): *Lux Hispaniarum. Estudios sobre las Órdenes Militares*. Madrid, 1999. pp. 167-177.

-MAURA Y GAMAZO, G.: *Vida y reinado de Carlos II*. 3 vols. Madrid, 1942.

-MENESES GARCÍA, E.: “Documentos sobre la caballería de alarde madrileña”, en: *Hispania*, Tomo XXI, nº 83 (1961). pp. 323-341

-MERLOTTI, A.: “Un sistema degli onori europeo per Casa Savoia? I primi anni dell’Ordine dei Santi Maurizio e Lazzaro (1573-1604)”, en *Rivista storica italiana*, nº 94 (2002). pp. 477-514.

-MERLOTTI, A.: “Le ambizioni del duca di Savoia. La dimensione europea degli ordini cavallereschi sabaudi fra Cinque e Seicento”, en: GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (Eds.): *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*. Vol. II. Ejército, economía, sociedad y cultura. Madrid, 2006. pp. 661-690.

-MOLINA PUCHE, S.: *Las elites locales del corregimiento Chinchilla-Villena en el siglo XVII*. (Tesis doctoral inédita dirigida por los Drs. CHACÓN JIMÉNEZ, F. y HERNÁNDEZ FRANCO, J. Defendida en el Departamento de Historia Moderna, Contemporánea y de América de la Universidad de Murcia, en octubre de 2005).

-MOXÓ, S. de: *La disolución del régimen señorial en España*. Madrid, 1965.

-O'DONNELL y DUQUE DE ESTRADA, H.: "Tyrone y Tyrconnel. La aportación irlandesa a Kinsale", en: GARCÍA HERNÁN, E., BUNES, M.A. de, RECIO MORALES, O. y GARCÍA GARCÍA, B.J. (eds): *Irlanda y la Monarquía Hispánica: Kinsale, 1601-2001. Guerra, política, exilio y religión*. Madrid, 2002. pp. 283-294.

-OLIVAL, F.: *As Ordens Militares e o Estado Moderno. Honra, Merce e Venalidade em Portugal (1641-1789)*. Lisboa, 2001.

-OLIVAL, F.: "The Military Orders and the nobility in Portugal, 1500-1800", en: *Mediterranean Studies*, nº 11 (2002). pp. 71-88.

-OLIVAL, F.: "La historiografía sobre Órdenes Militares en el periodo moderno: balance y tendencias (1970-2002)", en: *Studia Historia. Historia Moderna*, nº 24 (2002). pp. 193-206.

-OLIVAL, F.: "Os Austrias e as reformas das ordens militares portuguesas", en: *Hispania*, nº 216, LXIV/1 (2004). pp. 95-116.

-OLIVAL, F.: "Norte de Africa ou India? Ordens Militares e serviços (século XVI)", en: *As Ordens Militares e as ordens de cavalaria na construção do mundo ocidental. Actas do IV Encontro sobre Ordens Militares*, Lisboa, 2005. pp. 769-795.

-OLIVÁN SANTALIESTRA, L.: *Mariana de Austria en la encrucijada política del siglo XVII*. (Tesis doctoral inédita, dirigida por la Dra. LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, defendida el Departamento de Historia Moderna de la UCM en 2006).

-OLLAQUINDIA AGUIRRE, R.: "La orden militar de San Antón", en: *Cuadernos de etnología y etnografía de Navarra*, nº 75 (2000). pp. 147-158.

-PARDO MOLERO, J.F.: *La defensa del Imperio. Carlos V, Valencia y el Mediterráneo*. Madrid, 2001.

-PARELLO, V.: “Entre honra y deshonor: el Discurso de fray Agustín Salucio acerca de los estatutos de limpieza de sangre (1599)”, en: *Criticón*, nº80 (2000). pp. 139-153.

-PARKER, G.: “El soldado”, en: *El hombre barroco*. Madrid, 1992. (1ª edición en italiano: Roma, 1991). pp. 51-81.

-PARKER, G.: *El éxito nunca es definitivo: imperialismo, guerra y fe en la Europa Moderna*, Madrid, 2001.

-PARKER, G.: *La revolución militar moderna. Innovación militar y apogeo de Occidente*. Madrid, 2002 (1ª edición inglesa: Cambridge, 1988).

-PARROT, D.: *Richelieu's Army. War, government and society in France, 1624-1642*. Cambridge University Press, 2001.

-PARROT, D.: “France's War against the Habsburgs, 1624-1659: the politics of military failure”, en: GARCÍA HERNÁN, E. Y MAFFI, D. (eds): *Guerra y Sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*. Vol I. Política, estrategia, organización y guerra en el mar. Madrid, 2006. pp. 31-48.

-PARRY, J.H.: *The sale of public office in the Spanish Indies under the Hapsburgs*. Berkeley, 1953.

-PÉREZ BALSERA, J.: *Los caballeros de Santiago*. 7 vols. Madrid, 1932-36.

-PÉREZ DE TUDELA, J.: *Sobre la defensa hispana del Brasil contra los holandeses (1624-1640)*. Madrid, 1974.

-PÉREZ DE TUDELA Y VELASCO, Mª I.: *Infanzones y caballeros: su proyección en la esfera nobiliaria castellano-leonesa (S. IX-XIII)*.

-PÉREZ HIGUERA, T.: “Caballos y jinetes en la Edad Media: Una aproximación a través de su iconografía en Al-Andalus y los reinos hispánicos”, en: *Mil años del caballo en el arte hispánico*. Sevilla, 2001. pp. 37-58.

-PÉREZ-PRENDES MUÑOZ DE ARRACO, J.M.: “El origen de los caballeros de cuantía y los cuantiosos de Jaén en el siglo XV”, en: *Revista Española de Derecho Militar*, nº9 (1960). pp. 1-69.

-PFANDL, L.: *Cultura y costumbres del pueblo español en los siglos XVI y XVII. Introducción al estudio del siglo de Oro*. Barcelona, 1929. (1ª edición en alemán: Munich, 1924).

-PI CORRALES, M. de P.: “Las ordenanzas de las Guardas y la búsqueda de una élite militar”, en MARTÍNEZ RUIZ, E. (ed): *Poder y mentalidad en España e Iberoamérica*. Madrid, 2000. pp. 157-166.

-PI CORRALES, M. de P.: “La Armada en el siglo XVII”, en: ALCALÁ-ZAMORA, J, y BERENGUER, E. (coords): *Calderón de la Barca y la España del Barroco*. Tomo II. Madrid, 2001. pp. 131-155.

-PI CORRALES, M. de P.: “La Armada de los Austrias”, en: *Estudis*, nº 21 (2001). pp. 23-51.

-PI CORRALES, M. de P.: “Los tercios en el mar”, en: *Cuadernos de Historia Moderna. Anejos*, nº5 (2006). pp. 101-134.

-PI CORRALES, M. de P.: “Las Guardas de Castilla: algunos aspectos orgánicos”, en: GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (eds): *Guerra y Sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*. Vol I. Política, estrategia, organización y guerra en el mar. Madrid, 2006. pp. 767-786.

-PIKE, R.: *Aristócratas y comerciantes: la sociedad sevillana del siglo XVI*. Barcelona, 1978. (1ª edición en inglés: Ithaca, 1972).

-POSTIGO CASTELLANOS, E.: “Las Órdenes Militares castellanas en la historiografía de los siglos XVI al XX” en *Hidalguía*, nº 201 (1987). pp. 353-371.

-POSTIGO CASTELLANOS, E.: “Notas para un fracaso: la convocatoria de las Órdenes Militares. 1640-1645”, en: *Las Ordenes Militares en el Mediterráneo Occidental (siglos XIII-XVIII)*. Casa de Velázquez. Instituto de Estudios Manchegos, 1989. pp. 397-414.

-POSTIGO CASTELLANOS, E.: “Caballeros del Rey Católico. Diseño de una nobleza confesional”, en: *Hispania* LV/1, nº189 (1995). pp. 169-204.

-POSTIGO CASTELLANOS, E.: *Honor y privilegio en la Corona de Castilla. El Consejo de las Órdenes y los caballeros de hábito en el siglo XVII*. Valladolid, 1998.

-PRESTWICH, M.: *Armies and warfare in the Middle Ages. The English Experience*. Londres, 1996.

-PUDDU, R.: *El soldado gentilhomme*. Madrid, 1984 (1ª edición en italiano: Bolonia, 1982).

-PULIDO BUENO, I.: *La familia genovesa Centurión (mercaderes, diplomáticos y hombres de armas) al servicio de España*. Huelva, 2004.

-QUATREFAGRES, R.: “La elaboración de una nueva tradición militar en la España del siglo XVI”, en: *Cuadernos de Investigación Histórica*, nº4 (1980). pp. 7-16.

-QUATREFAGRES, R.: *Los tercios españoles*. Madrid, 1983.

-QUATREFAGRES, R.: “Génesis de la España militar moderna”, en: *Militaria. Revista de Cultura Militar*, nº 7 (1995). pp. 59-68.

-QUATREFAGRES, R.: *La revolución militar moderna. El crisol español*. Madrid, 1996.

-RANUM, O.: "Richelieu and the great nobility: some aspects of Early Modern political motives", en: *French Historical Studies*, vol. 3, nº 2 (1963). pp. 184-204.

-RECIO MORALES, O.: "La gente de naciones en los ejércitos de los Austrias hispanos: servicio, confianza y correspondencia", en: GARCÍA HERNÁN, E, y MAFFI, D. (Eds.): *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*. Vol I. Política, estrategia, organización y guerra en el mar. Madrid, 2006. pp. 651-680.

-REDER GADOW, M.: "Las Órdenes Militares en América", en: CAMPOS, J., (coord): *Lux Hispaniarum. Estudios sobre las Órdenes Militares*. Madrid, 1999. pp. 399-423.

-REDLICH, F.: *The german military enterpriser and his workforce, 13th to 17 th centuries*. 2 vols. Wiesbaden, 1964.

-REVILLA VIELVA, R.: *Las Órdenes Militares de Santiago, Calatrava y Alcántara*. Madrid, 1929.

-RIBOT, L.A.: "El ejército de los Austrias, Aportaciones recientes y nuevas perspectivas", en: *Temas de Historia Militar*. Vol. I. Madrid, 1983. pp. 159-203.

-RIBOT, L.A.: "Types of armies: Early Modern Spain", en: CONTAMINE, P.: *War and competition between states*. Oxford University Press, 2000. pp. 37-68.

-RIBOT, L.A.: "Las milicias de Castilla. Reclutamiento y composición de un ejército de reserva", en: RIBOT GARCÍA, L.A.: *El arte de gobernar. Estudios sobre la España de los Austrias*. Madrid, 2006. pp. 57-91. [Publicado por primera vez en: *Cuadernos de Investigación Histórica*, nº 9 (1986). pp. 63-90.]

-RIGALT Y NICOLÁS, B.: *Diccionario histórico de las órdenes de caballería*. Barcelona, 1859.

-RIVERO GÓMEZ, R.: “Consejeros de Órdenes: procedimiento de designación (1598-1700)”, en: *Hispania*, nº 214 (2003). pp. 657-744.

-ROBERTS, M.: *Gustavus Adolphus, a history of Sweden, 1611-1632*. 2 vols. Londres, 1953-1958.

RODRÍGUEZ DE LA PEÑA, M.A., “La orden de Santa María de España y la orden Teutónica. Apuntes en torno a un modelo de relación entre las Órdenes Militares y las monarquías europeas en el siglo XIII”, en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, nº 32 (1996). pp. 237-246.

-RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, A.J.: “El reclutamiento de españoles para el Ejército de Flandes en la segunda mitad del siglo XVII”, en: GARCÍA HERNÁN, E. y MAFFI, D. (eds): *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*. Vol. II. Ejército, economía, sociedad y cultura. Madrid, 2006. pp. 395-434.

-RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, A.J.: *Los tambores de Marte. El reclutamiento en Castilla durante la segunda mitad del siglo XVII (1648-1700)*. (Tesis doctoral inédita dirigida por el Dr. RIBOT GARCÍA, defendida en la Universidad de Valladolid en 2007).

-RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, A.J.: “De Galicia a Flandes: reclutamiento y servicio de soldados gallegos en el ejército de Flandes, (1648-1700)”, en: *Obradoiro de Historia Moderna*, nº 16 (2007). pp. 213-251.

-RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, A.J.: “La contribución militar del Reino de Granada durante la segunda mitad del siglo XVII: la formación de tercios de Granada”, en: JIMÉNEZ ESTRELLA, A y ANDÚJAR CASTILLO, F. (eds): *Los nervios de la guerra. Estudios sociales sobre el ejército de la Monarquía Hispánica (s. XVI-XVIII): nuevas perspectivas*. Granada, 2007. pp. 149-189.

-RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, A.J.: *España, Flandes y la Guerra de Devolución (1667-1668). Guerra, reclutamiento y movilización para el mantenimiento de los Países Bajos españoles*. Madrid, 2007.

-RODRIGUEZ LLOPIS, M.: *La encomienda santiaguista de Yeste y Taibilla, siglos XIII-XV. Conflictos fronterizos y dependencia señorial*. Albacete, 1982.

-RODRÍGUEZ VELASCO, J.D.: *El debate sobre la caballería del siglo XV. La tratadística caballeresca castellana en su marco europeo*. Valladolid. 1996.

RODRÍGUEZ VILLA, A.: *Ambrosio Spínola, primer marqués de los Balbases. Ensayo biográfico*. Madrid, 1904.

-ROTHENBERG. G.E.: “Mauricio de Nassau, Gustavo Adolfo, Raimundo Montecuccoli y la revolución militar del siglo XVII”, en: PARET, P. (coord.): *Creadores de la estrategia moderna. Desde Maquiavelo a la era nuclear*. Madrid, 1992. pp. 45-73. (1ª edición inglesa: Princeton University Press, 1986).

-ROVIRA GÓMEZ, S.J.: “El comportamiento de los nobles de Tarragona y Tortosa durante la guerra de separación de Cataluña”, en: ARANDA PÉREZ, F.J. (coord.): *La declinación de la Monarquía Hispánica. Actas de la VII Reunión Científica de la Fundación Española de Historia Moderna*. Cuenca, 2004. pp. 617-630.

-ROWLANDS, G.: *The dynastic state and the army under Louis XIV: royal service and private interest in France, 1661-1701*. New York, 2002.

-RUIZ IBÁÑEZ, J.J.: “Espacios de monarquía: la paz y la guerra en el pensamiento de Diego de Villalobos y Benavides”, en: *La pluma y la espada. Il mondo militare nella Lombardia spagnola cinquecentesca* (Actas del congreso internacional celebrado en Pavía los días 16-18 de octubre de 1997). Lucca, 2000. pp. 55-81.

-RUIZ MARTÍN, F.: “Las finanzas españolas durante el reinado de Felipe II”, en *Cuadernos de Historia Anexos a la Revista Hispania*, nº 2 (1968). pp. 109-173.



-RUIZ RODRÍGUEZ, J.I.: *Hacienda y la administración territorial de tributos en el siglo XVII. El distrito de los campos de Montiel*. Madrid, Universidad Autónoma, 1993 (Edición en microfichas).

-RUIZ RODRÍGUEZ, J.I.: “Las Órdenes Militares castellanas (siglos XVI-XVIII). Dinámica política, estancamiento económico y freno social”, en: *Hispania*, Tomo LIV, nº 188 (1994). pp. 897-916.

-SAGUIER, E.R.: “Economic impact of commercial capital on credit transactions: Buenos Aires in the Early Seventeenth Century”, en: *Anuario de Estudios Americanos*, nº 44 (1987). pp. 109-139.

-SALAS ALMELA, L.: “Las espadas del rey: nobleza y defensa territorial en Castilla en el siglo XVII”, en: *Campo de Calatrava*, nº 3 (2001). pp. 101-114.

-SALAS ALMELA, L.: *Colaboración y conflicto. La capitanía general del Mar Océano y costas de Andalucía, 1588-1660*. Córdoba, 2002.

-SALAZAR Y ACHA, J. de: *La casa del rey de Castilla y León en la Edad Media*. Madrid, 2000. RUIZ BREMÓN, M.: “Los primeros Guardias Reales en España”, en: MARTÍNEZ-CARDÓS RUIZ, J.L. (Ed.): *La Guardia Real en su Historia*. Madrid, 2004. pp. 30-50.

-SALES, N.: “La desaparición del soldado gentilhombre”, en: *Saitabi*, nº 21 (1971). pp. 41-69.

-SALVÁ RIERA, J.: *La Orden de Malta y las acciones navales españolas contra turcos y berberiscos en los siglos XVI y XVII*. Madrid, 1944.

-SÁNCHEZ-ALBORNOZ, C.: *En torno a los orígenes del feudalismo*. 3 vols. Buenos Aires, 1974-1979.

-SANCHEZ BELÉN, J.A.: *La política fiscal de Castilla durante el reinado de Carlos II*. Madrid, 1996.

-SANCHEZ BELÉN, J.A.: “Las reformas económicas y fiscales a finales del siglo XVII”, en: RIBOT GARCÍA, L.A. y DE ROSA, L. (Dirs): *Pensamiento y política económica en la Edad Moderna*, Madrid, 2000. pp. 77-99.

-SÁNCHEZ HERRERO, J.: “El proceso de canonización de Fernando III el Santo”, en: *Anuario del Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*, nº 18 (2001). pp. 349-370.

-SÁNCHEZ PRIETO, A.B.: *Guerra y guerreros en España según las fuentes canónicas de la Edad Media*, Madrid, 1990.

-SANZ AYÁN, C.: *Los banqueros de Carlos II*. Salamanca, 1988.

-SANZ AYÁN, C.: “Consolidación y destrucción de patrimonios financieros en la Edad Moderna: Los Cortizos (1630-1715)”, en: ROBLEDO HERNÁNDEZ, R. y CASADO ALONSO, H. (coords): *Fortuna y negocios: formación y gestión de los grandes patrimonios (siglos XVI-XX)*. Valladolid, 2002. pp. 73-98.

-SANZ CAMAÑES, P.: *Política, hacienda y milicia en el Aragón de los últimos Austrias entre 1640 y 1680*. Zaragoza, 1997.

-SANZ CAMAÑES, P.: *Diplomacia hispano-inglesa. Razón de estado y relaciones de poder durante la Guerra de los Treinta Años, 1618-1648*. Cuenca, 2002.

-SASTRE SANTOS, E.: *La orden de Santiago y su regla*. Madrid, 1982.

-SERRANO, J.M.: *Ejército y fiscalidad en Cartagena de Indias. Auge y declive en la segunda mitad del siglo XVII*. Bogotá, 2006.

-SERRANO MANGAS, F.: *Vellón y metales preciosos en la Corte del rey de España (1618-1668)*. Madrid, 1996.

-SIGNOROTTO, G.: *Milán Español. Guerra, instituciones y gobernantes durante el reinado de Felipe IV*. Madrid, 2006.

-SMITH, J.M.: *The culture of merit. Nobility, royal service and the making of absolute monarchy in France, 1600-1789*. Michigan University Press, 1996.

-SMZOLKA CLARES, J.: Granada y la política norteafricana de los Reyes Católicos (1492-1516), en: *Anuario de Historia Contemporánea*, nº 8 (1981). pp. 45-82.

-SMZOLKA CLARES, J.: *El conde de Tendilla, primer capitán general de Granada*. Granada, 1985.

-SOLANO CAMÓN, E.: *Poder monárquico y estado pactista (1626-1652). Los aragoneses ante la Unión de Armas*. Zaragoza, 1987.

-SORIA MESA, E.: *La nobleza en la España Moderna. Cambio y continuidad*. Madrid, 2007.

-SPAGNOLETTI, A.: *Stato, aristocrazie e Ordine di Malta nell'Italia moderna*. Roma-Bari, 1998.

-STONE, L.: *La crisis de la aristocracia. 1558-1641*. Madrid, 1985. (1ª edición en inglés: Oxford University Press, 1965).

-STORRS, C.: “La pervivencia de la monarquía española bajo el reinado de Carlos II (1665-1700), en: *Manuscripts*, nº 21 (2003). pp. 39-61.

-STRADLING, R.A.: *Europa y el declive de la estructura imperial española*. Madrid, 1983. (1ª edición en inglés: 1981).

-STRADLING, R.A.: “Spain’s military failure and the supply of horses, 1600-1660”, en: *History*, vol. 69, nº 226 (1984). pp. 208-221.

-STRADLING, R.A.: *Felipe IV y el gobierno de España. (1621-1665)*. Madrid, 1989. (1ª edición inglesa: Cambridge University Press, 1988).

-SYMCOX, G. (ed): *War, diplomacy and imperialism, 1618-1763*. Londres, 1974.

-TALLET, F.: *War and society in early modern Europe, 1495-1715*. Londres, 1992.

-THOMPSON, I.A.A.: *Guerra y decadencia: Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620*. Barcelona, 1981. (1ª edición en inglés: Londres, 1976).

-THOMPSON, I.A.A.: “Aspectos de la organización naval y militar durante el ministerio de Olivares”, en: ELLIOTT, J.H. y GARCÍA SANZ, A. (coords): *La España del Conde Duque de Olivares*. Valladolid, 1990. pp. 251-274.

-THOMPSON, I.A.A.: “The purchase of nobility in Castile, 1552-1700” en: *War and Society in Habsburg Spain*. Aldershot, 1992. pp. 313-360. (Publicado por primera vez en: *Journal of European Economic History*, vol. VIII (1979).

-THOMPSON, I.A.A.: “Los ejércitos de Felipe II: del Tercio a la Milicia”, en: RIBOT, L. y BERENGUER, E. (coords): *Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI. Las sociedades ibéricas y el mar a finales del siglo XVI*. Tomo II: La Monarquía, recursos, organización y estrategias. Madrid, 1998. pp. 477-496.

-THOMPSON, I.A.A.: “Milicia, sociedad y estado en la España Moderna”, en: VACA LORENZO, A. (ed): *La guerra en la Historia*. Salamanca, 1999. pp. 115-133.

-THOMPSON, I.A.A.: “El soldado del Imperio: una aproximación al perfil del recluta español en el Siglo de Oro”, en: *Manuscripts*, nº 21 (2003). pp. 17-38.

-THOMPSON, I.A.A.: “Consideraciones sobre el papel de la nobleza como recurso militar en la España Moderna”, en: JIMÉNEZ ESTRELLA, A y ANDUJAR

CASTILLO, F. (eds): *Los nervios de la guerra. Estudios sociales sobre el ejército de la Monarquía Hispánica (siglos XVI-XVIII): nuevas perspectivas*. Granada, 2007. pp. 15-35.

-THOMPSON, I.A.A.: “Conflictos políticos en las ciudades castellanas en el siglo XVII”, en: FORTEA PÉREZ, J.I. y GELABERT, J.E.: *Ciudades en conflicto (siglos XVI-XVII)*. Madrid, 2008. pp. 37-53.

-TOMÁS Y VALIENTE, F.: “La venta de oficios de regidores y la formación de oligarquías urbanas en Castilla (siglos XVI-XVII)”, en: *Historia, Instituciones, Documentos*, nº2 (1975) pp. 523-547.

-TOMÁS Y VALIENTE, F.: *Los validos en la Monarquía Hispánica del siglo XVII*. Madrid, 1982.

-TORRES FONTES, J.: “Dos ordenamientos de Enrique II para los caballeros de cuantía de Andalucía y Murcia”, en: *Anuario de Historia del Derecho Español*, nº 34 (1964). pp. 463-478.

-TORRES FONTES, J.: “La orden de Santa María de España”, en *Miscelánea Medieval Murciana*, nº 3 (1997). pp. 75-118.

-TORRES FONTES, J.: “La Orden de Santa María de España y el Monasterio de Santa María la Real, de Murcia”, en *Alcanate: Revista de estudios alfonsíes*, nº 2 (2000-2001). pp. 83-96.

-TORRES RAMÍREZ, B.: *La Armada de Barlovento*. Sevilla, 1981.

-TORRES SUÁREZ, C.: “Rodrigo Téllez Girón, maestre de Calatrava”, en: *Miscelánea Medieval Murciana*, Vol. III (1977). pp. 43-71.

-UHAGÓN, F.R. de, “Desafío entre Rodrigo de Benavides y Ricardo de Merode”, en: *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 40, 1902, 177-251.

-ULLOA, M.: *La Hacienda Real de Castilla durante el reinado de Felipe II*. Madrid, 1986.

-VALE, M.G.A.: *War and chivalry. Warfare and aristocratic culture in England, France and Burgundy at the end of Middle Ages*. Londres, 1981.

-VALLADARES RAMÍREZ, R.: *Epistolario de Olivares y el marqués del Basto (Portugal, 1637-1638)*. Badajoz, 1998.

-VALLADARES RAMÍREZ, R.: “El arte de la guerra y la imagen del rey. Siglos XVI-XVII”, en: VACA LORENZO, A. (ed): *La guerra en la Historia*. Salamanca, 1999. pp. 163-189.

-VALLADARES RAMÍREZ, R.: “Las dos guerras de Pernambuco. La armada del conde da Torre y la crisis del Portugal hispánico (1638-1641)”, en: SANTOS PÉREZ, J.M. y CABRAL DE SOUZA, G.F. (eds): *El desafío holandés al dominio ibérico en Brasil en el siglo XVII*. Salamanca, 2006. pp. 33-66.

-VARELA MARCOS, J.: *Las salinas de Araya y el origen de la armada de Barlovento*. Caracas, 1980.

-VÁZQUEZ DE PRADA, V.: *Historia económica y social de España. Vol. III: Los siglos XVI y XVII*. Madrid, 1978.

-VÁZQUEZ DE PRADA, V.: “Un episodio significativo de las relaciones de Felipe II con la Liga: la intervención en Bretaña 1589-1598”, en MARTÍNEZ MILLÁN, J., *Felipe II (1527-1598). Europa y la Monarquía Católica. Actas del Congreso Internacional sobre Felipe II (1598-1998). Europa dividida: la Monarquía Católica de Felipe II*. Tomo I. Madrid, 1998. pp. 923-952.

-VERBRUGGEN, J.F.: *The art of warfare in Western Europe during the Middle Ages*. Ámsterdam, Nueva York, Oxford, 1977 (1ª edición: Bruselas, 1954).

-VV.AA: *Hidalgos & Hidalguía dans l'Espagne des XVI-XVIII siècles*. Paris, 1989.

-VV.AA.: *Estructuras feudales y feudalismo en el mundo mediterráneo (siglos X-XIII)*. Barcelona, 1984.

-WEISS, S.: *Eine italienische Prinzessin als Landesfürsten von Tirol (1604-1648)*. Innsbruck-Wien, 2004.

-WILLIAMS, P.: "Past and present: the forms and limits of Spanish naval power in the Mediterranean, 1590-1620.", en: RIZZO, M., RUIZ IBÁÑEZ, J.J. y SABATINI, G. (eds): *Le forze del Principe. Recursos, instrumentos y límites en la práctica del poder soberano en los territorios de la Monarquía Hispánica*. Tomo I. Murcia, 2003. pp. 239-278.

-WOODARD, C.: *La república de los piratas: la verdadera historia de los piratas del Caribe*. Barcelona, 2008. (1ª edición en inglés: Orlando, 2007).

-WRIGHT, L.P. "Las Órdenes Militares en la sociedad española de los siglos XVI y XVII. La encarnación de una tradición histórica", en ELLIOTT, J.H. (ed): *Poder y Sociedad en la España de los Austrias*. Barcelona, 1982. pp. 15-56. (Publicado por primera vez en: *Past and Present*, 43, (1969). pp. 34-70).

-YUN CASALILLA, B.: "La situación económica de la aristocracia castellana durante los reinados de Felipe III y Felipe IV", en: ELLIOTT, J.H. y GARCÍA SANZ, A. (coords): *La España del Conde Duque de Olivares*. Valladolid, 1990. pp. 519-551.

-ZEJONA Y RASE, M.: *La verdad histórica de las órdenes militares en España*. Madrid, 1874.

-ZUDAIRE HUARTE, E.: *El Conde Duque y Cataluña*. Madrid, 1964.